Luis Oyarzún

Diario íntimo

Edición y prólogo
Leonidas Morales T.

La publicación del *Diario íntimo* de Luis Oyarzún (1920-1972), llevado durante 33 años y escrito, en su mayor parte, en el transcurso de viajes que se multiplican a través de Chile, América, Europa, Asia, debería constituirse en un acontecimiento mayor dentro de la literatura chilena. Su extensión inusual, el rigor de la imagen o del comentario que suscitan los estímulos de cada día, los efectos estéticos y de verdad de la prosa, la unidad del pensamiento transmitido (unidad en torno a zonas de tensión que retornan), lo convierten, sin duda, en la realización más importante del género del diario íntimo en Chile e Hispanoamérica. El testimonio y la confesión de sus anotaciones registran las peripecias de una conciencia biográfica que brega por determinarse a sí misma en el interior de una experiencia crítica de la modernidad en sus dos escenarios polares, el mundo del subdesarrollo y el desarrollado, y una variedad de expresiones: la vida cotidiana, la literatura, el arte, la filosofía, la política. Oyarzún, figura casi mítica del medio literario y artístico chileno en las décadas del 50 y del 60, fue, en la Universidad de Chile, profesor de Estética e Introducción a la Filosofía, Decano de la Facultad de Bellas Artes y Rector subrogante. En 1971 regresa de Nueva York (por dos años había sido Adicto Cultural del gobierno de Chile ante las Naciones Unidas) y se hace cargo del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Austral, en Valdivia,

(Continúa en solapa posterior)

SERIE *DOCUMENTOS*

FACULTAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS
UNIVERSIDAD DE CHILE

Leonidas Morales T.

LUIS OYARZÚN, *DIARIO ÍNTIMO*

© Leonidas Morales T.
© Herederos de Luis Oyarzún

Inscripción N° 91.361
ISBN 956-19-0199-4

Edita:
Departamento de Estudios Humanísticos
Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas
UNIVERSIDAD DE CHILE

Diseño y Producción: *Asesora Reditext Ltda.*

Impreso en los Talleres del Departamento
de Estudios Humanísticos
Universidad de Chile
Avda. Ejército Libertador 333, Santiago, Chile
Fonos Fax : 6951555 - 6718567

Hecho en Chile/Printed in Chile
Derechos reservados para todos los países

151265

LUIS OYARZÚN

DIARIO ÍNTIMO

Edición y prólogo de ***Leonidas Morales T.***

La preparación de la edición del ***Diario íntimo*** de Luis Oyarzún y su publicación, han contado con el financiamiento del **Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes**.

EL *DIARIO* DE LUIS OYARZÚN

Leonidas Morales T.

1

Los orígenes del diario íntimo parecen estar asociados, en Europa, a determinadas prácticas de vida cotidiana operadas por la Reforma y la Contrarreforma. Se trata de prácticas de racionalidad religiosa, comunes tanto en aquellos centros eclesiásticos reformados más estrictos, como asimismo en los medios de religiosidad católica moderna liderada por los jesuitas, que introducen, dice Max Weber, la costumbre de llevar un libro con la cuenta de los pecados, tentaciones y logros de cada día, como técnica auxiliar del examen y la regulación del comportamiento moral[1]. Independizado de sus orígenes religiosos, y con otras funciones, el diario íntimo se instala de manera estable entre los géneros de la literatura europea moderna a partir del siglo XVIII, sobre todo con el Romanticismo y su giro hacia la subjetividad. Han sido principalmente literatos y artistas quienes desde entonces lo han cultivado, aportando páginas insustituibles sobre la personalidad, el pensamiento y el proceso de producción de la obra del autor, o sobre particularidades del contexto cultural en el que se forma y actúa.

Es curioso: en contraste con su difusión en Europa o Estados Unidos, el diario íntimo ha tenido una presencia pobrísima en la literatura hispanoamericana moderna. Son escasos los publicados como libros, y ninguno ha ocupado un lugar de importancia en la recepción crítica dentro de esta área cultural. El material existente de textos diarísticos se ampliaría desde luego si se pesquisa la publicación de fragmentos. Una revisión minuciosa de revistas y otras clases de publicaciones, descubriría en ellas no pocas inserciones de páginas provenientes de diarios íntimos. Algunas nos son conocidas. Por ejemplo, las de José M. Arguedas, escritas entre mayo de 1968 y octubre de 1969, e incorporadas a la composición de su novela póstuma, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*[2]. Faltan además las investigaciones en archivos, con probables

---

[1] Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, Premiá, 1991. 9ª ed. p. 77.

[2] Buenos Aires, Editorial Losada, 1971. Los "Diarios" aparecen intercalados en el relato entre las páginas 11-31; 95-101; 203-212 y 283-288. Está pendiente el estudio de la función de estos "Diarios" en la estructura de la novela.

hallazgos de diarios íntimos inéditos. Pero cualquiera sea el rendimiento de estas pesquisas e investigaciones, no modificará, creo, la evidencia del disminuido desarrollo del género a nivel hispanoamericano.

En la literatura chilena moderna, los géneros de la intimidad (memorias, diarios íntimos, cartas, autobiografías) se hallan dominados en términos apabullantes por el de las memorias. Desde el siglo XIX hasta hoy, escritores y políticos se han turnado para mantener viva su tradición. Por la facilidad con que proliferan, dan la impresión de ser la otra cara, la privada e informal, de la pasión chilena por la historiografía. Sospechosa pasión: habría base para levantar la hipótesis de que las memorias y el ensayo historiográfico acaban siendo, en la mayoría de los casos, portadores de discursos cómplices del poder: articulados a él, absorbidos por él. Interesante sería, en el campo de la hipótesis, estudiar el diario íntimo y la autobiografía como discursos periféricos, de margen, elaborados en un espacio de ruptura y resistencia. Tal vez fuera posible construir así un cuadro donde los géneros de la intimidad se ordenarían de acuerdo al modo en que sus discursos responden a las estrategias del poder, plegándose a ellas o quebrándolas.

Una tarea para otra oportunidad. Ahora sólo me ocuparé de esta pieza mayor de la literatura chilena que es el *Diario* de Luis Oyarzún. Trataré de precisar su forma, aislando algunos rasgos, y de establecer el marco de una propuesta de salvación espiritual del hombre que contiene, inscrita en una experiencia de la modernidad. Pero antes es necesario fijar la breve y magra trayectoria chilena del género, que desemboca en el *Diario* de Oyarzún, una realización sin antecedentes comparables, ni en Chile ni en el ámbito hispanoamericano, desde el punto de vista de su volumen y de los efectos de verdad del lenguaje (poéticos y de pensamiento).

Del siglo XIX no se conocen diarios íntimos. Hay sí textos publicados con el título de "diario", pero son, casi todos, diarios de "viaje", proclives por lo tanto a dar cuenta de sorpresas o asombros en escenarios geográficos y culturales recorridos por primera vez, lo que los pone a menudo en la perspectiva de la "aventura". Por ejemplo, el de Vicente Pérez Rosales, *Diario de un viaje a California*[3], con anotaciones desde diciembre de 1848 hasta marzo del año siguiente. O el de Benjamín Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario durante tres años de viaje (1853-1855)* por América y Europa[4]. O el *Diario* de Isidoro Errázuriz sobre los cinco años (1851-1855) de su permanencia como estudiante en Estados Unidos y luego Alemania[5]. También José Victorino Lastarria llevó un "Diario" desde junio de 1849 hasta marzo de 1852,

---

[3] Santiago, Sociedad de Bibliófilos de Chile, 1949. Segunda edición, Buenos Aires-Santiago de Chile, Editorial Francisco de Aguirre, 1971.

[4] Obras Completas, Vols. I y II. Santiago, Universidad de Chile, 1936.

[5] Santiago, Sociedad de Bibliófilos de Chile, Nascimento, 1947.

pero no de viaje: el suyo recoge la actividad política de esos años en Chile, las pugnas parlamentarias entre liberales y conservadores, en las que el autor es figura protagónica[6].

Si bien todos estos textos registran y comentan experiencias del día, se cierran a la dimensión propia del diario íntimo: la reflexión interior, el autoanálisis, los conflictos de la personalidad, las tensiones de orden moral, los fantasmas de la memoria biográfica. El diario íntimo, y el tono inconfundible con que se anuncia, aparece en las primeras décadas del siglo XX. Quienes comienzan a escribirlo son mujeres: Lily Iñiguez y Teresa Wilms. Ambas mueren jóvenes, y en Europa: una a los 24 años, de tuberculosis, y la otra a los 28, suicidada.

Las anotaciones del Diario de Lily Iñiguez van desde abril de 1913 hasta agosto de 1926, año en que muere. Lo escribe en francés, lengua de uso entonces ritualizado entre escritores y artistas de diversas nacionalidades, eco todavía de aquel status de París como "capital" cultural del siglo XIX. Intercala pasajes en inglés e italiano, y frases en alemán, gesto que se repetirá en Oyarzún con citas en francés, inglés y latín. De familia rica, Lily Iñiguez vive en un medio de objetos y gustos refinados. Los viajes y el placer de vivir, muy en el estilo "belle époque", marcan los ritmos cotidianos que la palabra del Diario retiene. Su intimidad no conoce las sequedades de la conciencia insatisfecha, o los desajustes perturbadores del sentimiento, ni siquiera cuando se entera de su enfermedad. Una reacción piadosa, de dulzura, disuelve en aceptación tranquila lo que podría haber sido una crisis desestabilizadora. Por lo mismo, el Diario, escrito con finura y sentido del detalle, tampoco da lugar a grandes iluminaciones[7].

El mismo año del suicidio de Teresa Wilms en París, en 1921, la revista argentina *Nosotros*, en la que había colaborado, publica sus "Páginas de diario"[8]. Las anotaciones, enmarcadas por una introducción y una conclusión, no son regulares (saltan de un mes a otro) y conciernen nada más que a dos años: 1919 (Londres, Liverpool, Madrid) y 1920 (Madrid). Las páginas serían parte de un Diario más extenso, inédito hasta ahora, cuya escritura se habría iniciado en Chile en 1916[9]. Pero las publicadas (apenas ocho) son suficientes para percibir una existencia muy distinta a la de Lily Iñiguez. No hay aquí a la vista ningún contexto familiar: ni rutinas ni la nitidez segura de los objetos domésticos para apoyar la mirada. Lo que leemos es un Diario de la soledad, de lenguaje

---

[6] El "Diario" de Lastarria lo publicó por entregas la *Revista Chilena*, Santiago, a partir del N° 1 (Año I, Tomo I) de abril de 1917.

[7] Después de la muerte de la autora, lo publicaron sus padres con el título de *Pages d'un journal*. La traducción castellana es de 1954 (Santiago, Editorial del Pacífico. Prólogo de Joaquín Edwards Bello).

[8] Año XV, N° 151, diciembre de 1921. pp. 458-465.

[9] Ruth González Vergara, *Teresa Wilms Montt*. Santiago, Editorial Grijalbo, 1993. p. 111 y ss.

alucinado y emotividad deshidratada. "No he podido dormir. A la una de la madrugada cuando iba a entregarme al sueño, me di cuenta de que estaba rodeada de espejos", escribe el 16 de octubre de 1919 en Liverpool, probablemente en un hotel. Son los espejos de la irrealidad de una conciencia que parece suspendida en el vacío, sin pasado ni futuro, veladora impotente de la angustia. "Me siento mal físicamente (...). Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido", dice en la conclusión, ya en la víspera de su muerte.

Después de las páginas inaugurales de estas dos mujeres, es Luis Oyarzún, un escritor homosexual, quien asume a continuación el género. (El estatuto de la mujer y el homosexual en la sociedad chilena, e hispanoamericana, es un indicio, claro por lo menos en Teresa Wilms y Oyarzún, que refuerza la hipótesis según la cual el diario íntimo sería un discurso enunciado, dentro de las relaciones de poder, desde un margen y una resistencia). Oyarzún saca el género del mundo clauso de sus predecesoras, y lo abre a la profusión de estímulos de la vida cotidiana contemporánea. Comienza su *Diario* hacia fines de la década del 30. No lo interrumpe sino un día antes de morir en 1972 (había nacido en 1920). Lo escribe con talento y recursos (de lenguaje y cultura) inencontrables en Lily Iñiguez y Teresa Wilms. ¿Leyó sus Diarios? No tengo noticias que confirmen. Sí leyó la poesía de Teresa Wilms, de méritos literarios para él menores. Pero se interesó en ella por su valor de testimonio indirecto del fin de un orden social y cultural: el construido a lo largo de la Colonia por la aristocracia chilena, a la que la autora pertenecía. A este problema le dedicó un ensayo, que sigue siendo lo mejor que se ha escrito sobre Teresa Wilms[10].

Oyarzún fue profesor universitario (de Filosofía y Estética), Decano además por tres períodos (en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile). Pero, ¿cuándo haría clases? Porque las anotaciones de su *Diario* no son, para fortuna del lector, las de un académico sedentario, preso en la parcela de su saber, que acepta la aridez de una disciplina de trabajo continuado como condición por la que pasa la expectativa de conquistas intelectuales superiores. Son en cambio las de un hombre que pareciera habitado por demonios (o ángeles) que maquinan sin cesar la compulsión de los desplazamientos, la avidez por los imprevistos estímulos del mundo circundante. "No podré salvarme, pienso, si no lo veo todo, si no veo bien lo que tengo frente a mí" (3 de diciembre, 1952). Las regiones geográficas por las que transita (a pie, a caballo, en tren, automóvil, barco, avión), sumadas, casi coinciden con la extensión del planeta: Chile minuciosamente (incluyendo la Isla de Pascua), América Latina, Estados Unidos, Europa, Asia, parte de Africa. De ahí precisamente uno de los rasgos singulares de su *Diario*: es el diario íntimo de un viajero. O mejor: el diario de una conciencia íntima que intenta autodeterminarse, o aprehenderse, a la luz contrastante o

[10] "Lo que no se dijo - Teresa Wilms". En *Temas de la cultura chilena*. Santiago, Editorial Universitaria, 1967. pp. 101-111.

afín de sociedades y culturas de distinto signo. No hay en él dispersión: desde la vasta variedad retornan las mismas tensiones subterráneas, los mismos núcleos de pensamiento.

2

Sin embargo, este escritor amante de la diversidad, de excursiones y viajes interminables, enemigo de toda vida (y de toda sociedad) gobernada por rígidas planificaciones, que celebra la libertad creadora de la naturaleza y del espíritu, acató durante décadas las imposiciones de un género como el diario íntimo. Tiránicas sin duda. Porque el diario íntimo está sometido, dice Blanchot, "a una cláusula de apariencia liviana pero temible: debe respetar el calendario"[11]. En otras palabras: está obligado a ser siempre la escritura de un presente, el presente de cada día, y a desplegarse por lo tanto en la perspectiva de lo cotidiano. Aun cuando Oyarzún se acusa de un "máximo desorden" y a menudo extravía o pierde cuadernos, no incurre en transgresiones a la cláusula a la que se refiere Blanchot. Sabe muy bien que de su acatamiento deriva la identidad misma del género: en ella se funda. En 1961 comprueba la pérdida de un tercer cuaderno. Surge entonces la tentación de salvar, rememorándolo, el caudal de experiencias perdido, pero de inmediato lo detiene la conciencia de lo que le está prohibido. Anota el 24 de mayo de ese año: "¿Cómo recomponer un Diario íntimo perdido? Desvanecidos los instantes que lo engendraron, toda reconstrucción parece una impostura". Se transforma en "impostura" porque ya no se trataría de un diario íntimo: las "reconstrucciones" de la memoria biográfica rompen con la sujeción al calendario, abrogan la identidad del género y deslizan la escritura hacia el territorio de un género distinto, si bien vecino: el de la autobiografía[12].

Pero al diario íntimo, aparte de una identidad como género, le corresponde también un status como producción literaria diferenciada. Es fácil inferirlo de las siguientes palabras de Amiel, tomadas de su *Diario íntimo*: "El Diario es una almohada para la pereza; dispensa de profundizar los temas, se acomoda a todas las repeticiones, acompaña todos los caprichos y vueltas de la vida interior y no se propone objeto alguno (...). Es un engaña-dolor, un derivativo, una escapatoria. Pero ese factótum que reemplaza todo, no representa, debidamente, nada" (26 de julio, 1876). Dos frases, de significado convergente, resultan claves en la cita: "no se propone objeto alguno" y "no representa, debidamente,

---

[11] "El diario íntimo y el relato". En *El libro que vendrá*. Caracas, Monte Avila Editores, 1992. 2ª ed. (1ª, 1969). p. 207.

[12] Philippe Lejeune, "Le pacte autobiographique". En *Poétique*. París, N° 14, 1973. p. 138.

nada". La verdad del pensamiento formulado negativamente en estas frases, tiene su fundamento en algo que aquí Amiel no dice, pero que es el supuesto de lo que dice: el hecho de que el diario íntimo no es *obra*[13]. Y es ello justamente lo que define su status particular. Está más acá o más allá de la obra, pero no participa de su espacio porque carece de sus atributos.

La auténtica obra es creación y libertad: se delimita desde dentro de sí misma. No conoce más dependencia que la del principio cuya energía la despliega y constituye. El diario íntimo en cambio es dependiente: del calendario, de los estímulos de cada día. Es, en este sentido, escritura parasitaria. O mejor: residual. ¿No habrá algo de infantil en quienes, como Oyarzún, o Amiel, se han dejado seducir, y atrapar, por este género? ¿No decía Walter Benjamin, gran iluminador del mundo de la infancia, que los niños acostumbran jugar con "desechos", y con "las cosas que hacen jugando entre sustancias de muy diversa índole crean una nueva y caprichosa relación"?[14]. El diario íntimo, cuando es el de hombres excepcionalmente dotados, como Oyarzún, o Amiel, gratifica igualmente al lector con hallazgos de lenguaje, de observación y de visión que no pocas *obras* envidiarían.

Dos de los libros de Oyarzún son páginas fechadas de su *Diario*: *Diario de Oriente* (1960) y *Mudanzas del tiempo* (1962). Un tercero, póstumo, fue preparado por el propio autor con trozos entresacados del *Diario*, de los que eliminó las fechas para darles una presentación ensayística: *Defensa de la tierra* (1973). Otro de sus libros, *Ver* (1952), desarrolla pensamientos que son una constante a lo largo de todo el *Diario* (el "ver" como órgano de la redención espiritual del hombre), e incluye modificadas algunas de sus páginas. Muchas de las reflexiones que pueden leerse en sus dos colecciones de ensayos: *Leonardo da Vinci y otros ensayos* (1964) y *Temas de la cultura chilena* (1967), fueron primero anotaciones del *Diario*. El primer libro que publica, *La infancia* (1940), a los 20 años (aunque terminado a los 18), pretende ser una ficción bajo la forma de la novela. Pero el carácter autobiográfico de la narración, y su proximidad por lo tanto al género del diario íntimo, apenas lo disfrazan el cambio de nombre de los personajes y el uso de la tercera persona. En *Los días ocultos* (1955) Oyarzún retoma, ahora desde la primera persona, el tema autobiográfico del libro anterior. El tono de intimidad, el espacio cotidiano y las tensiones del mundo del niño protagonista, que oscila entre sentimientos de beatitud y de miedo (con la madre como centro luminoso, pero frágil, de un paraíso corroído por la incertidumbre), son los mismos. Incluso el final de ambas evocaciones es textualmente casi coincidente.

---

[13] Sobre este tema véase Maurice Blanchot, op. cit. p. 208 y ss.

[14] Walter Benjamin, *Escritos*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1989. p. 95 y s.

De manera pues que estos libros, o son publicaciones parciales del *Diario*, o están armados con trozos suyos, o reelaboran algunas de sus anotaciones, o remiten al ámbito de las constantes de su pensamiento, o, por el contenido autobiográfico, se sitúan en la vecindad del género. Pero es importante aislar y considerar las proyecciones de un procedimiento constructivo consustancial al diario íntimo: la formación de conjuntos textuales mediante fragmentos. Oyarzún parece haberlo aplicado a la composición de la mayoría de sus libros. No me refiero desde luego a aquéllos que son páginas desprendidas del *Diario*, donde tal procedimiento es obvio, sino a los demás. *Defensa de la tierra*, por ejemplo, no es sino un montaje a partir de fragmentos cuyo lugar de origen, ya se dijo, se halla en el *Diario*, y que en el traslado conservan la forma primitiva o sufren reescrituras. (Una variante de esta manipulación de textos previos la ofrece *Los días ocultos*: en su totalidad es una reescritura de la novela *La infancia*).

Pero la marca del fragmentarismo de la composición sigue siendo perceptible aun cuando no se advierta incorporación de textos previos, o sean de inclusión ocasional. Las páginas de los libros *Ver* y *Los días ocultos* están llenas, como las de cualquier diario íntimo, de los intersticios derivados de una composición que opera articulando fragmentos. Causan la impresión, inseparable de un tipo de composición semejante, de corte suave en las junturas interiores de los textos (entre párrafos) y abrupto en sus fronteras externas (entre separaciones mayores). Una impresión similar produce la lectura de algunos ensayos de crítica cultural o artística. Quizás el más notorio en este sentido sea el que encabeza los reunidos en *Temas de la cultura chilena*: "Resumen de Chile". Los seis últimos de la colección *Leonardo da Vinci y otros ensayos*, muy breves, semejan, cada uno de ellos, redacciones de un todo inconcluso, o partes desgajadas de algún conjunto ausente. De paso: este fragmentarismo de la escritura de Oyarzún, ¿no es, justamente, uno de los rasgos del pensamiento moderno más vivo, menos obsecuente, y ligado sin duda a la disolución de *centros*, de visiones organizadas alrededor de ejes metafísicos, que el movimiento histórico de la modernidad ha traído consigo?[15].

La misma personalidad de Oyarzún se nos revela atrapada dentro de un campo de fuerzas dispersoras, centrífugas. Fuerzas que conspiran contra una continuidad disciplinada de propósitos y tareas de orden intelectual, urdiendo rupturas, fugas. Oyarzún cede: se va de excursión, o de viaje; se entrega a la lectura de libros diversos, viejos y nuevos; se reúne con amigos a beber, a derrochar ingenio, cultura, simpatía; se enamora una y otra vez, siempre con el saldo de un sentimiento de pecado. Pero luego censura su incapacidad para resistir. Se acusa de "debilidad de carácter", de "avidez por todo lo insustancial", de "tenden-

[15] Sobre estas disoluciones, ver, por ejemplo, Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Buenos Aires, Siglo XXI de España Editores, 1989. 3ª ed. pp. 1-27.

cia al goce y al escepticismo" (31 de diciembre, 1961). Vuelve en otra oportunidad a esta querella secreta, nunca resuelta, que mantiene consigo mismo, y dice: "No puedo elegir. Por eso todo se me desordena y tiende a aplastarme. Yo no elijo. Soy elegido. Me llevan y me traen, y a veces me canso" (20 de marzo, 1964).

"Yo no elijo. Soy elegido". Estas palabras podrían ser también la divisa de la relación de Oyarzún con el género del diario íntimo, al que le fue fiel por tantos años, prácticamente los de toda su vida de escritor. Si se tiene en cuenta la función determinante de su *Diario* como cantera de la mayor parte de su producción y modelo originario del procedimiento constructivo al que ella responde, y, por otra parte, las incontrolables tendencias de la personalidad del autor, solidarias con la idiosincrasia del diario íntimo, habría que concluir en que la obstinada adhesión al género está lejos de corresponder a una verdadera elección. Lo cierto sería lo contrario: que el género lo eligió a él. Anota el 28 de agosto de 1954, después de más de un mes que no lo hacía: "He vuelto a este Diario como a una patria perdida". La imagen hace visible la dirección del vínculo, puesto que nadie elige a la patria, sino al revés. Algo muy parecido a lo que le ocurrió a Amiel, con quien Oyarzún tiene además muchas otras zonas comunes.

Pero esta entrega al género del diario íntimo, para un escritor como Oyarzún, que soñaba con una *obra,* no se dio sin dejar tras de sí sombras de insatisfacción, de desvalor. En una *obra* de verdad (la de un narrador, un poeta, un músico, un pintor), el yo del autor se borra. Desaparece en el orden artístico libremente creado[16]. Sólo así se accede a la medida profunda de sí mismo y a una salvación espiritual. El yo de Oyarzún, en cambio, permanece intacto en sus libros, sin que el espacio de una *obra* lo transfigure, con su carga biográfica no liberada, con los nudos ciegos que retornan, siempre los mismos. Por eso decía: "Me he dejado llevar. Soy mi propio desconocido. He huido de mi propia medida" (15 de junio, 1959). Termina pensando que cuanto ha escrito, al no estar recubierto por los privilegios de la *obra*, lo reducía a una condición de autor menor: habla de sí mismo como de un "autor inactual e insignificante" (11 de septiembre, 1967). Un juicio a todas luces injusto. Porque ha de llegar el momento en que su *Diario* sea reconocido como una de las grandes configuraciones de la literatura chilena moderna.

Al revés de lo que pasa con el resto de los géneros literarios, el diario íntimo obedece al proyecto de una escritura replegada sobre sí misma, sin destinatario, que se constituye como *secreto.* Dentro de un movimiento circular, el de una suerte de grado cero de la comunicación, el autor se desdobla en su lector: en guardián del secreto. Es cierto: algunos diarios incluyen narratarios, es decir, destinatarios inscritos en el texto, pero éstos son parte del secreto. Ahora bien, con la intervención de un lector externo, ¿se desbarata el proyecto? No: simplemente el

[16] Maurice Blanchot, op. cit. p. 209 y ss.

secreto queda expuesto a la mirada. De ahí que la lectura de un diario íntimo sea distinta a la de los demás textos: está marcada por las connotaciones de lo clandestino, del voyerismo. Aparte de las publicaciones póstumas decididas por los herederos del autor, u otros, la historia del género revela también participaciones del propio autor en la exposición del secreto a la mirada del lector. A veces se lo da a leer a un lector privado (es el caso de Naïs Nin). O resuelve, en una iniciativa de máxima apertura, compartir su secreto con el lector institucionalizado: autoriza la publicación póstuma del diario (Amiel), o él mismo lo publica (Gide)[17].

El secreto del diario íntimo se cruza, en Oyarzún, con la convicción de que no puede renunciar al lector, porque es en él donde la palabra escrita, al ser acogida y suscitar una respuesta, cumple su destino vinculante, eminentemente comunitario. Dice: "Si estuviera en una isla desierta, seguiría pensando en el lector. Aun entonces necesitaría un eco, por más remoto o quimérico que fuese" (26 de febrero, 1956). Por el cierre de su escritura, ¿no es el diario íntimo una "isla" de signos, y "desierta" asimismo en la medida en que el proyecto del género no contempla al lector, el único que podría animarlos, dándoles vida? ¿Cómo sale Oyarzún del atolladero? Pone en práctica dos estrategias supletorias de apertura. En la primera, hacia el lector institucionalizado: publica aquellas páginas del *Diario* que no comprometen los pliegues más interiores de la intimidad. En ellas se leen los encantamientos de una sensibilidad y las aprensiones de una conciencia moral en su tránsito por escenarios del mundo contemporáneo. Se trata de descripciones de la naturaleza y reflexiones sobre tópicos culturales y políticos. *Diario de Oriente* y *Mudanzas del tiempo* se originaron así. Y además varios artículos aparecidos en periódicos.

La segunda estrategia tiene en la mira un receptor comparable al de Naïs Nin, que le daba a leer su *Diario* a un lector privado (Henry Miller). Sólo que en Oyarzún no es un lector sino un oyente privado, y no es uno sino una multitud. Los oyentes pertenecían al grupo numeroso de sus amigos, formado por escritores y artistas de la generación del 50, pero también anteriores y posteriores. Solía leerles, de cuadernos o agendas del *Diario* que acostumbraba a llevar consigo, pasajes diversos: descriptivos, humorísticos, de ironía, y otros demoledores sobre personajes conocidos del medio cultural. Porque el carácter privado del oyente, la relación de amistad, la informalidad de los encuentros (en bares, paseos públicos, alguna casa particular, en excursiones), permitían relajar la autocensura, pero sin abolirla. Sin duda con estas lecturas Oyarzún ganaba para la palabra del *Diario* un receptor cómplice de su

[17] Sobre el problema del destinatario en el diario íntimo y los diversos grados de apertura del secreto, véase Jean Rousset, "Le Journal intime, texte sans destinataire?" En *Poétique*. Paris. N° 56, novembre 1983. pp. 435-443.

secreto, le devolvía la función comunitaria, vinculante[18], junto con gratificarse de su probada eficacia literaria. De la impresión imborrable que dejan los textos oídos, de la curiosidad con respecto a las páginas no reveladas al oyente (y dentro de su secreto, se sospecha, aquellas asociadas a la homosexualidad del autor), se fue creando en ese grupo de amistad, con filtraciones al exterior, una verdadera leyenda sobre "el Diario de Oyarzún".

3

De todos los estímulos del mundo cotidiano a los que este *Diario* les presta atención, ninguno retorna con más insistencia, ni es abordado con más riqueza de conexiones de sentido, que el de la naturaleza. Oyarzún nunca deja de responder a él, no importa dónde se encuentre, si en Chile o en viaje por el extranjero. Pero es la naturaleza chilena el objeto principal de su interés. Son escasos los rincones del país donde no estuvo, atento a las formas, la luz, los colores, olores, sonidos, movimientos, para traducirlos mediante la palabra. A algunos lugares de la zona central, hacia la costa, regresa regularmente, como si fuera el oficiante de un rito: Caleu, Til-Til, Lo Gallardo, Horcón. El lenguaje de sus descripciones, con inserciones ocasionales de nomenclatura científica (la del botánico), es el lenguaje del entusiasmo, a ratos el del arrobo, y también el de la elegía, cuando el que escribe se enfrenta al espectáculo sombrío de especies ya exterminadas o próximas a estarlo. Los procesos modernizadores causantes de la depredación, la misma en todo el planeta, encuentran en Chile, demuestra Oyarzún, terreno abonado: una actitud crónica de indiferencia, cercana al odio, ante la naturaleza. Ya lo dije en otra parte[19]: ese pequeño libro de amor y dolor, *Defensa de la tierra*, debería ser tenido por los ecologistas chilenos como su manifiesto fundacional.

En el cuento y la novela de la literatura chilena moderna, la presencia de la naturaleza ha sido desde luego constante, sobre todo entre los narradores "regionalistas", que además hicieron de ella una instancia determinante de los personajes. Sin embargo, Oyarzún nos sorprende con una descripción frente a la cual las anteriores resultan casi olvidables. Nos era por completo desconocida esta naturaleza que surge del *Diario*. El despliegue de su belleza es una conquista inesperada en la prosa

---

[18] Tal vez por eso, después de un encuentro con el poeta Nicanor Parra, amigo suyo asimismo, anota con un sentimiento de frustración, quizás de disgusto: "A Nicanor le leí algunos trozos de este Diario y fragmentos de poemas. No dijo nada" (7 de abril, 1958).

[19] En el prólogo a mi selección de páginas del *Diario* de Oyarzún. Concepción, Ediciones LAR, 1990. p. 27 y s.

literaria de nuestro país. ¿No será, como pensaba Benjamin, que las cosas se dejan ver de verdad sólo en el momento en que comenzamos a perderlas?[20]. ¿Y no será este movimiento de retiro el que aporta esa nota de melancolía que se adivina en el trasfondo de la mirada de Oyarzún? Pero cuando la describe, la percepción es atrapada por el goce refinado de los sentidos. Pone todo su enorme saber, el de su experiencia, el de su cultura, al servicio de una retórica feliz que privilegia los efectos estéticos. El lector reacciona seducido ante las galas de la naturaleza chilena que el lenguaje de las anotaciones va haciendo visible, como recién nacida. A continuación destaco tres de los procedimientos retóricos más comunes, ilustrándolos con breves citas.

Uno, el de la hipérbole. La figura, aquí, no deforma el objeto ni lo vuelve extraño, a la manera barroca, sino que la exageración es el modo de celebrar algún aspecto extremado de su apariencia. De las hojas de los castaños dice: "Son tan grandes las hojas de los castaños que en cada una podría escribirse una égloga de Garcilaso, sobre la tez tostada del otoño" (6 de junio, 1959). Dos, el recurso a la sinestesia. Se tiene la impresión en estos casos de que la riqueza de un determinado estímulo rebasara la capacidad de registro del sentido al que por su índole va dirigido. Así ocurre con el olor de unas flores, las de la acacia, que termina exigiendo el concurso de la vista y el oído: "los racimos opulentos de las acacias, con su olor silencioso, soñoliento, envolvente, un olor de atenuada blancura" (21 de octubre, 1961). Tres, el uso de las comparaciones. Son infinitas. El término de la comparación proviene de variados ámbitos: el arte, la literatura, la historia, la vida cotidiana. Un árbol nativo, el coigüe, no pierde su identidad real al comparárselo con un bergantín y una telaraña, pero de la comparación sale transfigurado poéticamente: "Nada más fino, más aéreo ni más firme en la tierra que un coigüe. Tiene la elegancia de un bergantín, la nervadura sutil de una telaraña. Cuando lo remecen los vientos, él se estremece entero, tiembla como un velamen y no suelta una sola amarra, elástico, tenso y dócil" (9 de noviembre, 1965).

Los efectos estéticos en las comparaciones (y en otras figuras) suelen ir acompañados de connotaciones humorísticas, un componente esencial del lenguaje del *Diario* (y que en anotaciones ajenas al tema de la naturaleza puede derivar en ironía o abierta mordacidad). La descripción del moscardón incluye, más de una vez, estas connotaciones: "Un moscardón salió recamado del interior de una digital, como un sacerdote que se dispone a iniciar el rito" (26 de enero, 1959). En otra anotación el mismo insecto queda aprehendido en una imagen de graciosa sensualidad por su comparación con un personaje histórico conocido: "Un

---

[20] Walter Benjamin ha escrito más de una vez sobre el problema de las condiciones de visibilidad de los fenómenos culturales. Por ejemplo, en "El narrador". En *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Caracas, Monte Avila Editores, 1970. p. 192.

moscardón chupaba con avidez el néctar de cada pervinca, colgado de la corola como un Enrique VIII al seno de una doncella" (10 de octubre, 1954). El mismo día, mientras escribe tendido sobre el pasto, ve pasar una cuncuna: "¿De dónde saldría una cuncuna gris y anaranjada que acaba de pasar al lado de mi pluma, muy apurada, equilibrándose sobre lo alto de los tréboles? Va tan decidida como si fuera a misa". Rodrigo de Triana aparece sorpresivamente evocado por el término con que compara el grito de unos tiuques: "Los tiuques graznan de pronto como si hubiesen descubierto América" (21 de febrero, 1958). En otra de las anotaciones de ese día, el circo le presta uno de sus personajes para comparar el ajetreo de los choroyes en la rama seca de un árbol: "iban y venían como tonies de circo sobre una rama seca de pellín. Si alguno perdía pie se sostenía con el pico".

Es necesario, por último, referirse al marco de pensamiento en el que se inscribe la representación de la naturaleza en el *Diario*. Ella se da dentro de una visión que acoge tradiciones espiritualistas y núcleos del pensamiento bíblico y cristiano. La visión se articula, en la base, a una percepción desolada de la vida moderna: la de una sociedad de masas vacía de todo ideal de trascendencia, rota en su unidad interior, sometida a racionalizaciones que junto con rigidizarla, la planifican para el consumo de bienes materiales e imágenes hedonísticas, sin lograr erradicar la miseria, más bien contando con ella. Pero esta conciencia no se cierra alrededor de las certezas que la perturban o angustian: en dirección contraria, la de las ausencias, la atraviesa una permanente aspiración a restituir en el hombre los equilibrios rotos, a reandar los pasos perdidos de la unidad. En resumen, a religar la cultura de la vida cotidiana a experiencias de trascendencia en un sentido religioso.

Frente a la tradición cristiana para la cual la imitación de Cristo es el modelo de salvación, Oyarzún apuesta, también, a la vía de la contemplación de la naturaleza como fuente de una cultura renovada. Le parece la salida a una situación que conduce al empobrecimiento extremo de la vida, si no a su final destrucción. El suyo no reintroduce exactamente el gesto romántico, porque no le vuelve las espaldas al mundo histórico: mediatiza su transformación. Ni tampoco esconde una idealización de la naturaleza. Oyarzún pareciera concebir el paraíso bíblico como un estado "unitivo", de fusión del hombre con la naturaleza. Después del "pecado", que lo rompe, ambos quedan igualmente "contaminados". La raíz del mal no reconoce pues fronteras: "Cada cosa tiene su sombra. Cada árbol, su pequeña serpiente viva en el interior" (17 de septiembre, 1951). Hay que aceptarlo, dice: el mal forma parte del inventario de lo real. Pero si en él la naturaleza no es un paraíso hollywoodense, sí es un paradigma: desde su fondo oscuro, "cruel", se levanta, en ritmos cíclicos, desplegando los signos que llaman a la salvación, al reencuentro del ser consigo mismo, trazados en el vuelo de los pájaros, las formas perfectas de flores y árboles, las combinaciones felices de colores, los milagros de la luz, los sonidos y murmullos.

Contemplar amorosamente estos signos, penetrar en ellos hasta que la "lectura" silenciosa de la mirada los sature, constituye un acto espiritualmente liberador: nos descarga del lastre de la temporalidad biográfica (la del yo), nos reconcilia con el todo, nos devuelve un momento de unidad y, en la medida en que su orden rija la cultura de la vida cotidiana en los diversos grupos sociales, nos hará en definitiva una humanidad mejor. Oyarzún no cesa de afirmarlo. Quien lo afirma es alguien consciente de su propia incapacidad para resistir los impulsos que lo precipitan en el mero goce de los sentidos, en la promiscuidad sexual, en el alcohol. Pero estas "caídas", en vez de banalizar la afirmación, de volverla espuria, acentúan su verdad dándole una dimensión de dramatismo. Es una de las tantas tensiones que recorren la escritura del *Diario* y la entregan a un juego dialéctico donde los destellos de verdad surgen de la fricción, del tironeo de los contrarios.

Oyarzún es un escritor moderno, y en él se reitera una constante de todos los grandes artistas y escritores desde el Romanticismo: la de vivir la modernidad como una camisa de fuerza. En su caso particular, el conflicto adopta la forma de una contradicción entre dos propuestas: de un lado la suya, es decir, la de la contemplación de la naturaleza, y del otro, la de la sociedad moderna. La segunda no sólo se mueve en dirección opuesta a la primera: bloquea su desarrollo y en definitiva la hace inviable. Porque ella es portadora de un proyecto cultural cuya realización pasa justamente por la borradura de la naturaleza como "texto", cancelando así el horizonte de trascendencia a que nos abre su "lectura", y al mismo tiempo de un proyecto económico que la condena cada día a su destrucción material. Pero a pesar de las evidencias históricas en contra, Oyarzún no cree inhabilitada su propuesta. Más aún: desde el paradigma de la naturaleza hace la crítica de las estrategias, sofismas y estragos de la modernidad. Una crítica siempre iluminadora y nunca suspendida a lo largo del *Diario*. Los escenarios culturales en que opera son múltiples y entrecruzados. Me limitaré a tocar algunos aspectos de la crítica referida al arte y la literatura, y a las relaciones entre los espacios urbanos y la naturaleza.

Oyarzún nos recuerda que el hombre y el protozoo comparten una misma condición: son animales. Pero el protozoo vive en fusión con el cosmos, y si tuviera conciencia, "gozaría", dice, de la "contemplación unitiva". El hombre en cambio es "un animal degenerado y loco" que se obstina en renegar de ese gozo salvador: "construye neuróticamente murallas y diques para apartarse de la naturaleza y devorarse a sí mismo remojado en su propia salsa" (28 de diciembre, 1961). Las grandes ciudades del siglo XX, allí donde el espíritu de la modernidad se exhibe, se recrea y profundiza, son la encarnación delirante de esos "diques" y "murallas" de separación. Una anotación hecha en Nueva York nos deja ver, con asordinadas vibraciones apocalípticas, el corte radical entre las ciudades modernas y la naturaleza: "Bandadas de aves migratorias se estrellan con la torre del Empire State Building y caen muertas o agonizantes en plena ciudad" (28 de septiembre, 1970). La imagen es

todo un emblema de la relación de ruptura que expulsa a la naturaleza. Como objeto de contemplación configuradora de una conciencia cultural, ella está ausente de estos espacios urbanos. A la vida cotidiana que alojan la gobierna una cultura *des-naturalizada*, ajena a las experiencias de la unidad del ser. Una cultura mercantil, tecnológica, fragmentadora de la conciencia. En vez de absorber la soledad y la violencia, las induce y exacerba. Hasta el vicio y la miseria resultan más desamparados dentro del paisaje urbanístico. El rascacielos, que domina ese paisaje, supera al árbol en altura, en monumentalidad, pero carece de su aura humanitaria: "Un borracho al pie de un rascacielos está peor que al pie de un árbol. El árbol siempre tiene algo de misericordioso" (9 de marzo, 1968).

El juicio crítico de Oyarzún sobre la literatura y el arte está determinado por un concepto de obra de creación según el cual ésta sería "una tentativa para imponer un orden al sufrimiento metafísico del hombre" (7 de agosto, 1959). Se trata de un orden espiritual, trascendente, sinónimo para él de "belleza". Paralelo, y semejante en la función liberadora, a aquel otro orden al que se accede a través de la contemplación de la naturaleza. Aun cuando en el *Diario* se comenta un vastísimo conjunto de producciones literarias y artísticas de variada procedencia (europea, norteamericana, latinoamericana, chilena, o de culturas premodernas), quiero circunscribirme al juicio sobre dos poetas chilenos: Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Estos nombres regresan con regularidad a las anotaciones del *Diario*. Y con razón: el concepto de obra de creación de Oyarzún encuentra en la Mistral una ratificación, y en Neruda, una provocación.

Con la poesía de la Mistral, Oyarzún establece desde el comienzo una identificación esencial. Porque ella "no cierra el mundo". No lo cierra alrededor de su pura materialidad, o del sufrimiento "metafísico" que lo habita. Por el contrario, "transfigura las visiones de la tierra en exaltación ultraterrena" (15 de junio, 1959). Es decir: abre el mundo hacia un orden trascendente, y al abrirlo, lo redime. Bastaría con invertir el sentido de las afirmaciones anteriores para tener la lectura que Oyarzún hace de Neruda. Su poesía cierra el mundo, no lo abre a ningún orden trascendente, y cuando lo abre, lo hace en una dirección que él considera uno de los sofismas de la modernidad: la de la revolución social. Su lectura de Neruda es ambivalente, o ambigua. No puede negarle el talento poético. Pero el marco de pensamiento desde donde lee, lo lleva a rechazar en él la dimensión ideológica como un error: la revolución no suprime, dice, la enfermedad, el dolor, la muerte. En este punto, Oyarzún revela una afinidad con Nicanor Parra. Ambos protagonizan en la literatura chilena el mismo gesto generacional: la crítica de las ideologías como visiones distorsionantes. Y la posición de Parra frente a la poesía y la persona de Neruda, no es menos ambigua que la de Oyarzún[21].

[21] Véase mi libro *Conversaciones con Nicanor Parra*. Santiago, Editorial Universitaria, 1991 (2ª ed., 1992).

LA PRESENTE EDICIÓN DEL *DIARIO* DE OYARZÚN

Entre 1988 y 1989 preparé para su publicación una selección de fragmentos de este mismo *Diario*. El libro apareció a comienzos de 1990[22]. Advertía en una nota introductoria que la selección se había hecho dentro de un universo de páginas cercano a las mil. En esa cifra no se incluían las que le sirvieron a Oyarzún para armar dos de sus libros, *Diario de Oriente*[23] y *Mudanzas del tiempo*[24], a excepción de aquellas (las menos) cuyos originales se hallaban en el material con que yo trabajaba. Semejante volumen de escritura, sumado a la ausencia en esos años de una política estatal de apoyo económico a publicaciones de esta naturaleza, es decir, excéntricas con respecto a las expectativas de lectura que los medios de comunicación de masas inducen en los lectores, y a la reticencia de las editoriales ante libros sin costos financiados, a menos que su impacto comercial pudiera calcularse con certeza, volvían ilusoria la idea de una publicación completa. Sólo ahora tal idea ha terminado siendo practicable.

Las anotaciones del *Diario*, en su estado actual, se extienden en el tiempo desde agosto de 1949, con el viaje de Oyarzún a Inglaterra, becado por el British Council, hasta la víspera de su muerte en Valdivia, en 1972. Son pues 23 años de fidelidad al género. Pero el inicio efectivo de esta fidelidad parece ser muy anterior a 1949. Así se deduce de la lectura de *Mudanzas del tiempo*. Las páginas del *Diario* que lo componen, fechadas todas, corresponden al primer viaje a Europa (1949-1950), a un segundo viaje al Brasil (1955) y a excursiones, en años distintos (1956, 1957, 1962), a través del territorio chileno. Entre estas últimas hay también algunas fechadas en 1948, 1947 y 1939. Por lo tanto, y aun cuando no tengamos las anotaciones originales, puede inferirse que ya en 1939, a los 19 años, estudiante universitario entonces, habría comenzado a escribir el *Diario*. Lo cual haría retroceder su comienzo en 10 años, cubriendo un período de 33 años.

Lo escribía regularmente, aunque no siempre todos los días. Lo hacía en cuadernos y agendas, con tinta. Pero ha sido una constante, incluso, ya se verá, después de la muerte del autor, las pérdidas de material escrito. Como consecuencia, menudean las lagunas, mayores y menores, en la continuidad del *Diario*. Las indico a continuación,

---

[22] Luis Oyarzún, *Diario*. Concepción, Ediciones LAR, 1990. Edición y prólogo de Leonidas Morales T.

[23] Santiago, Editorial Universitaria, 1960.

[24] Santiago, Luis Rivano Editor, 1962.

omitiendo aquellas interrupciones menos notorias, atribuibles a variaciones naturales en el ritmo de la escritura o a impedimentos temporales. La laguna mayor: de 1969, año en que Oyarzún se traslada a Nueva York como Adicto Cultural del Gobierno de Chile, no tenemos ninguna anotación. Apenas inferior es la de 1960: las anotaciones se reducen a las del mes de enero (el *Diario de Oriente* sólo recoge las de marzo a mayo). Las demás: 1956, con anotaciones de febrero a julio; 1963, de noviembre a diciembre; 1968, de enero a abril; 1970, de agosto a noviembre. En 1971 las hay en enero y luego sigue un vacío hasta julio, recuperándose la normalidad en el resto del año.

Algunas de las pérdidas ocurrieron mientras Oyarzún vivía. El mismo se acusa, en una anotación de mayo de 1961, de "máximo desorden", al comprobar la pérdida de un tercer cuaderno. Es necesario recordarlo: el *Diario*, sin dejar de ser un diario íntimo, es a la vez un diario de viajes y excursiones. El grueso de sus páginas no están escritas en la biblioteca de Oyarzún, donde era fácil asegurar el resguardo, sino en los lugares más heterogéneos, en que los incesantes desplazamientos lo ponían: a bordo de aviones y barcos, en hoteles, restaurantes, posadas rurales, casas de campesinos o amigos, sentado bajo un árbol o en un puente, tendido frente a una playa o en medio del campo. Agréguese el hábito de reunirse con amigos, en bares de Santiago y otras ciudades, y leerles pasajes del *Diario*. Todos escenarios y circunstancias favorables al extravío u olvido de un cuaderno, de una agenda.

La pérdida de tres cuadernos anunciada en 1961, tal vez explique que durante el año anterior, 1960, no haya más anotaciones que las de enero (y las que se leen en *Diario de Oriente*). Pero, ¿y su ausencia total en 1969? ¿Y los vacíos o suspensiones abruptas de la escritura en los otros cinco años arriba mencionados? ¿Debería pensarse en nuevos cuadernos o agendas perdidas? Oyarzún no lo consigna, ni tengo yo, de otras fuentes, información que confirme su ocurrencia. ¿O algunas de las pérdidas se produjeron en Valdivia y están asociadas a decisiones tomadas por la Universidad Austral a raíz de su muerte?

En efecto, esta Universidad, a la que llegó a enseñar en 1971 y donde era también Director de Extensión Cultural, designó una comisión para ocuparse de los homenajes y de la posible publicación de escritos inéditos. La formaban dos amigos de Oyarzún, los profesores Jorge Millas y Eugenio Matus, más el Secretario General de la Universidad, Hernán Poblete Varas. Matus no revisó ni vio el archivo de Oyarzún, que había quedado en poder de la madre. Quien sí tuvo acceso a su contenido fue Jorge Millas. ¿También Poblete? Lo ignoro. ¿Se retiraron materiales para examinarlos? Al parecer así sucedió[25]. En tal caso, ¿fueron

[25] Los originales de *Defensa de la tierra*, publicado al año siguiente por la Editorial Universitaria, pudo entregarlos Millas, aunque también podían estar ya en la Editorial, porque en 1971 Eduardo Castro, su gerente, le envía a Oyarzún una carta (que se halla en el archivo) respondiendo a su propuesta de publicar dos libros: *Defensa de la tierra* y un segundo volumen de *Temas de la cultura chilena* (la misma editorial había publicado el primero en 1967).

todos devueltos al archivo? Por la informalidad, y dispersión, con que trabajó esa comisión, no hubo ningún acta del escrutinio del archivo.

Aun cuando entonces enseñábamos en la misma Universidad, en Valdivia, no tuve la suerte de ser amigo de Oyarzún. Conversamos, probablemente en 1972, un par de veces. De su producción sólo había leído dos libros estupendos: *El pensamiento de Lastarria* y *Temas de la cultura chilena*. Pero de la existencia del *Diario* no supe sino hasta la segunda mitad de la década del 80. Es pertinente dar cuenta aquí de cómo llegué a conocerlo, a apasionarme con su lectura y a participar en su publicación.

Cuando la madre muere, en 1985, se hizo cargo del archivo un sobrino de Oyarzún, Eugenio Oyarzún. Desde la muerte misma del tío, a quien admiraba, se interesó en el archivo. Intuía el valor literario y cultural de los manuscritos que contenía: la correspondencia[26], un fichero, copia de artículos publicados, poemas, papeles diversos y desde luego los cuadernos y agendas del *Diario*. Fue él quien recogió de las revistas donde habían aparecido, los ensayos de uno de los libros póstumos de Oyarzún, *Meditaciones estéticas*[27]. A fines de la década del 70, conversa con Sergio Fernández Larraín y éste acepta encargarse de la edición del *Diario*. Fernández no pudo descifrar la escritura de los cuadernos. Eugenio Oyarzún, que la conocía bastante bien, fue haciéndolo durante un año y medio, sacando dos copias mecanografiadas, una que guardó y otra que entregó a Fernández junto con los cuadernos. La muerte de Fernández en 1982 no sólo frustra el proyecto de edición: también echa a andar el proceso de la pérdida, a todas luces definitiva, de los cuadernos. Eugenio Oyarzún no los rescató a tiempo, y cuando quiso hacerlo, la biblioteca y los documentos de Fernández habían sido ya traspasados a la Biblioteca Nacional. Todas las pesquisas para dar con los cuadernos (en las últimas intervine yo mismo) concluyeron en un fracaso: no se hallaban registrados en la Biblioteca Nacional y los familiares de Fernández no sabían de ellos. El "máximo desorden" presidía pues la historia de estos manuscritos, antes y después de la muerte del autor.

No estaríamos aquí introduciendo la edición del *Diario* si Eugenio Oyarzún no hubiese tenido la precaución de quedarse con una de las copias mecanografiadas. Pero también en la copia se infiltró el "desorden". En parte porque ya estaba en el original: el autor no siempre

---

[26] Cartas a (y de) familiares (sobre todo la madre), amigos, escritores, pintores, etc. Esta correspondencia, de indudable interés para el conocimiento de la personalidad de Oyarzún, aporta además indicios valiosos sobre el medio intelectual, universitario y político en que vivió. En un principio pensé incorporarla como apéndice en esta edición del *Diario*, pero su extensión hacía imposible la idea de contener el *Diario* en un solo volumen. Valdría la pena publicar aparte una selección de estas cartas.

[27] Santiago, Editorial Universitaria, 1981. Prólogo de Omar Cofré.

registraba el año al que correspondían las anotaciones (confiado quizás en su prodigiosa memoria). Y sobre todo porque el inexperto copista no fue numerando las páginas. Tratándose de un corpus de casi mil páginas, con el tiempo y la manipulación algunas se perdieron y otras se mezclaron. De tal modo que al final el conjunto no estaba lejos de remedar la figura de la Torre de Babel.

Hacia mediados de la década del 80, Eugenio Oyarzún le entregó esta copia al poeta Omar Lara, amigo del autor en los años de Valdivia, colaborador suyo asimismo en la Extensión Cultural de la Universidad Austral. Lara, recién retornado del exilio, estaba empeñado en afianzar en Chile la pequeña empresa editora que había creado en España: Ediciones LAR (Literatura Latinoamericana Reunida). Concibió, entusiasmado, la idea de publicar una selección del *Diario* (la publicación completa sobrepasaba la capacidad financiera de su editorial). Pero el trabajo de ordenamiento que la copia mecanografiada le imponía, lo abrumó. Y en una visita que me hizo, me preguntó si yo podría asumir el proyecto y su ejecución. Sabiendo quién era Oyarzún, no dudé en aceptar la propuesta.

Lo primero fue numerar provisoriamente las páginas, en el mismo orden en que estaban. Es obvio, tal numeración para nada coincidía con la secuencia cronológica efectiva, cosa que debía establecerse. Entre 1988 y 1989 logré avanzar en una medida suficiente para los propósitos de configurar una selección de fragmentos (publicada, como dije, en 1990). Con posterioridad me he dado cuenta de errores en la asignación de fecha a determinadas páginas, corregidos ahora.

Para la presente edición había que recomponer la totalidad de la secuencia. Puse en práctica, de nuevo, métodos sencillos para fijar años y, lo más exasperante, devolver a su sitio páginas que se hallaban en cualquier otro. A veces servía observar la palabra final de página: su significado, la concordancia sintáctica y el contexto ayudaban a dar con la página que debía seguir. O valerse del lugar, mes y día de un grupo de páginas ya ordenadas, como línea de continuidad a la que pudieran plegarse otras. Productivo resultaba igualmente reparar en la mención de acontecimientos conocidos, por ejemplo, el cincuentenario de Neruda o la partida desde Cuba del Che Guevara, lo que permitía descubrir el año de las páginas comprometidas. En muchos casos estos métodos no funcionaban. De gran utilidad para resolver algunos fue el archivo de Oyarzún: la correspondencia, sus pasaportes y los de la madre (viajaron a veces juntos). Y también sus libros armados con páginas del *Diario*.

Mediante estos métodos y fuentes auxiliares, pudo reordenarse y fecharse la casi totalidad de las páginas. Pero el corpus final ha sido enriquecido con dos pequeñas agendas que Eugenio Oyarzún había mantenido en su poder, y que me eran desconocidas en el momento en que preparé la selección de fragmentos publicada en 1990. Las recibí sólo en el transcurso de 1993, cuando se formalizó el proyecto de una edición completa del *Diario*. Una de esas agendas es de particular

interés: contiene las últimas anotaciones, las inmediatamente anteriores al día de la muerte de Oyarzún[28].

Otra serie de dificultades planteaba la copia mecanografiada, tan engorrosas como las ya descritas, y quizás más: la transcripción equivocada, o sospechosa, o con doble escritura, de palabras. Son centenares, que remiten a las más variadas esferas del uso del lenguaje: la toponimia, la onomástica, la botánica, la crítica de arte y literaria, la historia, la filosofía, o que pertenecen a otras lenguas (francés, inglés, latín). Es decir, los plurales campos por donde circulaba la curiosidad y el saber de Oyarzún. Las palabras de transcripción equivocada se descubren pronto por el contexto de la frase o por el saber previo del editor. Para verificar las sospechosas, o con doble escritura, he recurrido a mi biblioteca y a menudo a la de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile: diccionarios, enciclopedias, mapas, novelas, poemarios, ensayos. No todas sin embargo han podido dilucidarse: hay nombres de pueblos y lugares mínimos de Inglaterra o Francia que ningún mapa registra, y otros aún más misteriosos, provenientes de la toponimia, la arquitectura y la religión de Japón o China. Pero las palabras de escritura no resuelta deberían sumar una cantidad muy menor.

Un punto importante. Para diversos años (ninguno anterior a 1961) contamos con copias mecanografiadas de algunos tramos del manuscrito del *Diario* hechas por el propio Oyarzún[29]. Son paralelas a las de Eugenio Oyarzún, a partir de los mismos cuadernos, pero con diferencias porque el autor modifica en las suyas la redacción, o descarta anotaciones, o introduce otras nuevas (tomadas de alguna agenda). He preferido desde luego la copia revisada del autor, incorporando a veces anotaciones existentes en la copia de Eugenio Oyarzún, cuando éstas revelaban un evidente interés.

Le he puesto al texto del *Diario*, a lo largo de toda su extensión, numerosas notas a pie de página, sin ninguna intención de exhaustividad. Algunas sólo persiguen despejar, en muy contadas anotaciones, problemas generales de comprensión, o indicar, cuando pareciera necesario y se dispone de la información, los nombres de amigos que figuraban con iniciales, lo que Oyarzún hacía con gran frecuencia. En otras se da el

---

[28] Un opúsculo de Hernán Poblete, *Luis Oyarzún Peña (1920-1972)* (Santiago, Academia Chilena de la Lengua, 1985), además de reproducir extensos pasajes del *Diario*, cita la frase final, en inglés, de esta agenda: "Taken for a ride" (y la cita mal: escribe "drive" en vez de "ride"). ¿Cómo obtuvo los textos transcritos o citados? A pesar de tratarse de un documento de excepcional importancia en la literatura chilena, no lo indica, ni siquiera en una nota.

[29] Las copias corresponden a los siguientes años y meses: 1961 (mayo a julio), 1963 (noviembre), 1964 (enero a julio), 1965 (abril a junio), 1967 (agosto a diciembre), 1968 (enero a abril), 1970 (agosto a octubre), 1971 (junio a agosto), 1972 (marzo a agosto).

nombre real de personas a las que el autor se refiere con apodos. Se individualizan también, aportando datos de edición, libros de autores chilenos (y no de los extranjeros) que son objeto de comentarios. Pero la mayor parte de las notas se ocupa de señalar las páginas que Oyarzún trasladó a varios de sus libros: *Diario de Oriente, Mudanzas del tiempo* y *Defensa de la tierra.* Y a artículos periodísticos.

Tres observaciones finales. 1. Esta edición no incluye ninguno de los poemas que Oyarzún solía escribir en los cuadernos del *Diario,* entremezclados con las anotaciones. 2. Ni las extensas citas que hacía, sin comentarlas, de libros diversos, como si acumulara material para sus clases o para la redacción de posteriores artículos o ensayos. 3. Ni tampoco aquellas páginas que no se encuentran en las copias mecanografiadas con que he trabajado y que dieron origen a *Diario de Oriente* y *Mudanzas del tiempo.*

Leonidas Morales T.

DIARIO ÍNTIMO

Luis Oyarzún.

1949

Londres, 28 de octubre[30]

5 días ya en Londres. Estoy comenzando a familiarizarme con esta ciudad. Me gusta. Me gusta aún más que París. Vivir libre, solo y desconocido. Ayer en la tarde, aprovechando el sol, vagué por Hyde Park. Unas prostitutas sentadas en sillas de lona en medio de un gran prado de césped húmedo me llamaron desde lejos y se rieron. Llegué después hasta el Royal Albert Hall. A pesar del sol, había una bruma que entristecía la superficie de la gran laguna, dándole un carácter semi salvaje, como de gran abandono, que me recordó el lago Lanalhue, cuyas orillas recorría una mañana nebulosa hace 4 años. El agua acerada se movía lentamente en las orillas, agitada por el viento, y hacía tambalearse a las apretadas totoras, entre las cuales chillaban y aleteaban una aves acuáticas. Se podía sentir positivamente que ése era uno de los confines del mundo, un sitio salvaje azotado por las tempestades y las lluvias, donde los hombres tienen que ser duros y melancólicos, unos combatientes que se defienden de los rigores constantes de la naturaleza. Pero aquélla era una mañana de fines de noviembre y en las huertas de las granjas alemanas de Contulmo florecían los manzanos. Se esperaba el triunfo del sol para el mediodía. Entonces aparecerían las abejas, hijas del sol, que se orientarían en medio del invisible bosque de perfumes que el sol despliega aun en estos países nebulosos. Hyde Park me pareció desolado como esos lagos del sur de mi país y adecuado como ellos para abrirse de una vez, en los bellos días, como una flor que ha esperado pacientemente largo tiempo. Mi cuerpo recordaba tantos otros lugares lluviosos y oscuros que he visto en el sur, donde la primavera y el verano son más espléndidos que en cualquier otra parte. A comienzos de este año, en mi primer verano, vi el cielo más puro del mundo, en la isla de Chiloé. Recuerdo una mañana cerca de Ancud. Salimos temprano del hotel y caminamos por la costa, a esa hora poblada de innumerables aves marinas de una blancura azulada que parecían descansar sobre la tranquilidad de las aguas. Por el largo camino que bordeaba el mar, se veían, a muy diferentes distancias de nosotros, grupos de campesinos y pescadores que venían a la ciudad con sus pobres mercancías: manzanas rojas, grosellas, choros o erizos. Pero, aun con ellos, todo parecía

[30] Oyarzún viaja a Europa en septiembre de 1949, becado por el British Council para estudiar durante un año Estética e Historia del Arte en Londres.

deshabitado y nosotros éramos los únicos seres vivos, con camisas de sport y pantalones de franela, que tenían allí una identidad y una edad. Entramos a una pobre casa a comprar manzanas, una casa de madera ahumada, con techo de tejuelas de alerce, plateado y verdoso, esponjoso de humedad, y una vieja nos dio una docena por uno o dos pesos, y nos autorizó para entrar por un callejón al bosque que quedaba en el fondo de su huerto. Había un niño sucio y baboso en un cercadillo de madera en la extensa cocina negra de la casa y yo sentí que, a pesar de todo, ésa era una casa, una buena casa como todas las que se levantan en lugares desamparados, un refugio contra el largo invierno y contra la tempestad, el tabernáculo del fuego que brota de los leños negros y retorcidos, mientras afuera cae el diluvio y aúllan los zorros en busca de gallinas. Allí estaba aquella vieja silenciosa cerca de su hijo o nieto, sola al lado del mar terrible, gozando inconscientemente de ese bello verano que ella había sembrado con sus padecimientos del invierno que había roto los cristales de sus ventanas y que nosotros cosechábamos gratuitamente. Nos internamos por el callejón y a nuestro costado derecho teníamos la arboleda de manzanos y perales de hojas relucientes cubiertos de frutas pesadas como frutas de oro, y a nuestros pies la densa capa de hojas secas caídas de los robles, peumos, litres, arrayanes que ya nos ocultaban el cielo. Subimos una pendiente y llegamos a una explanada, desde donde se dominaba un campo sembrado entre los bosques. Se oían esos gritos que parecen canciones de dioses dormidos que lanzan los campesinos a sus bueyes, y poco después apareció un muchacho con una yunta. Venía de sembrar. Era de Dalcahue y para él Ancud era una gran ciudad y Osorno o Valdivia al norte, el extremo norte del mundo, donde se podía ganar mucho dinero...

Londres, 5 de noviembre

Amo el sol, el sol de mi país. Pero en el otoño de Londres amo el fuego de la chimenea, ese fuego que es como el alma de Inglaterra y que a esta hora arde en todos los hogares, en pequeñas chimeneas de ladrillo y en chimeneas de mármol o de piedra. Me gustan estos gruesos fósforos de madera de pino blanco, que parecen recién salidos de un noble árbol abierto en el bosque. El fuego avanza lentamente por esta madera dura que pesa entre mis dedos cuando enciendo un cigarrillo. También me recuerda nuestros bosques, de Concepción al sur, pero esta fuerza con que me seducen a la distancia las cosas de Chile no me impide disfrutar de esta nueva vida. Es extraño para mí que la atracción de mi patria sea tan poderosa y que actúe en la dirección de cierto primitivismo disuelto en la atmósfera chilena y americana que no existe aquí, a pesar de los bosques y del mar. Soy una criatura del Nuevo Mundo, un sudamericano al fin, un hijo de Pillán y de los monstruosos dioses indios. Allá no sabemos que nuestra existencia está llena de poesía, de sol, de aire, de fuego, de mar, de estrellas, de cordialidad selvática, a veces terrible y, sin embargo, qué fascinadora y qué fuerte comparada con este senil y

exquisito corazón de Europa. Pero también amo esta poesía europea, aunque no pueda respirar sino con medio pulmón.

Londres, 6 de noviembre

El día de hoy es en Inglaterra el día del recuerdo, consagrado a los hombres que murieron en las dos guerras mundiales. En la mañana, después de comer el desayuno preparado por Michael -pues Mrs. Keeler ha estado enferma estos días-, fuimos a la catedral de Westminster. La misa fue realmente hermosa: bellos cantos sagrados y silencio y recogimiento de parte de la gente que no alcanzaba a llenar el templo, a pesar de la importancia del día. La catedral está todavía inconclusa. Temo que jamás la terminen. El mundo no habrá perdido mucho.

Después, caminé por Victoria St. hasta Westminster. Al costado de la Abadía había un cementerio simbólico lleno de pequeñas cruces con nombres de víctimas de la guerra. En la gran calle sin vehículos, tres ex combatientes tocaban una triste melodía, y uno de ellos pedía limosna a los transeúntes. Más tarde presencié el desfile de unas pintorescas tropas, con sus guaripolas vestidos con trajes medievales, cubiertos de bordados y dorados. Llegué hasta el palacio de Buckingham y vi desde lejos, entre la multitud, la salida de los reyes en automóvil hacia Whitehall. Atravesé Green Park, lleno a esa hora de paseantes que daban migas de pan a los gorriones o contemplaban a los patos que nadaban en la laguna -muchos de ellos muy extraños, dorados o con cabeza morada-, y salí frente a Hyde Park Corner. Entré en este otro parque mientras el día se empañaba. A la una de la tarde parecía anochecer. Una ligera bruma cubrió los árboles. Compré un pequeño y desabrido racimo de uvas rosadas y me senté al sol, al palidísimo sol. Vagué lentamente, vi un tronco de árbol muy grueso, húmedo, viejo y negro lleno de figurillas esculpidas y coloreadas en su misma madera y después contemplé perezosamente la laguna circular, poblada de cisnes, gaviotas, patos y buquecitos a vela, algunos de ellos maravillosos. Sus propietarios -entre ellos un viejo gentleman de abrigo azul y jockey sobre su cara roja de grandes bigotes blancos- los vigilaban desde la orilla, con ese espíritu de vacaciones tan propio de los ingleses.

1950

20 de enero

Me asalta una visión de hace cinco años. Iba una tarde de febrero con Nicanor Parra en un paseo a caballo por Cucao, al oeste de la isla grande de Chiloé, y subíamos por un caminillo entre unos espesos bosques. Había llovido continuamente los días anteriores y el aire era impecable. Nos envolvía el olor de la madera viva y de las hojas que se pudrían en el suelo espeso. De pronto llegamos a la cumbre de la colina y vimos una pequeña bahía de mar tranquilo enmarcada por la selva, como un lago. Permanecimos un rato admirados y a mí me hizo bien contemplar esas dulces aguas después de haber visto y escuchado a las desgarradas olas que cubren de espuma a las rocas en forma de ídolos enormes de la gran playa cubierta de pangues inmensos, de tallos animales, amoratados.

26 de febrero

Otro domingo de invierno. Escribo frente a mi ventana, con mi diario paisaje de Highgate delante de los ojos. Inglaterra no tiene colores. Es una tierra plateada sin más transparencia que la de los cristales empañados. Siempre hay aquí un cristal entre nuestras pupilas y el mundo exterior. Creo que recordaré siempre estos grandes árboles del jardín de mi casa, tal vez castaños. No sé precisamente qué árboles son. Una de las cosas que me hacen sentirme extranjero es no conocer el nombre de los árboles y de las flores. Estos son unos árboles viejos que por fortuna nadie ha podado. Me gusta que los ingleses no poden por lo común a sus árboles. Son como grandes jefes de la tierra, que avanzan hacia el espacio con cientos de vigorosas ramas y ramillas. Se mueven señorialmente en el viento. Son reyes legendarios que se balancean y silban. El tronco y las ramas principales son oscuros, casi negros, mientras las ramas más finas parecen plateadas porque en ellas alcanza a filtrarse el cielo. El humo de las chimeneas rinde culto a estos árboles. Vuela hacia ellos como el incienso. En este momento, el sol ha iluminado por unos instantes unos boquetes llenos de casas en las colinas de Highgate, pero ha vuelto a ocultarse antes de que pudiera ver más que el cuadro general: la luz que transfigura el purgatorio en paraíso. El viento hace ondear en el bajo, entre dos casas modestas, unas ropas blancas colgadas. Veo también un mantel de un verde celeste. Más allá estas casas como animales de ladrillos rojos: buhardillas arriba y bow

windows hacia abajo. He visto todo esto como si hubiera estado prisionero aquí muchos años. Ayer le decía a Salvador Reyes[31] que me interesaba actualmente la poesía como un ejercicio de la visión. Le pido que me enseñe a ver y quisiera que fuese como la pintura de los flamencos. Nada me parece desdeñable. Cualquier objeto visto plenamente, o cerca de su verdadero ser, trae consigo la revelación total. Si pudiera ver a ese pájaro que ha pasado volando en este instante sobre el cielo -un ave de presa que se balanceaba voluptuosamente en medio del viento-, sabría lo que le escribo con su vuelo. Sabría qué es lo que Dios lee. Otra vez el sol sobre las colinas. Las nubes pasan blancas y grises, con una rapidez que parece el fruto de una decisión firmemente tomada. Hay radas azules. Este cielo me recuerda al Estrecho de Magallanes.

28 de febrero

Ultimo día de febrero, último día del mes completamente invernal. Después del fog de ayer, hoy ha habido sol todo el día. Escribo sentado en un banco de New Gardens. Sobre este maravilloso parque -tal vez el más bello que haya visto nunca- vuelan patos y pían gorriones. ¿Cómo se sabe que es ya la primavera? Debe ser la luz, todavía muy suave, pero ya más abierta. El sol está todavía lejos, pero aún alto en el cielo, a mi derecha, no se ocultará hasta las 5 y media de la tarde. Ya está bien presente sobre estas islas. New Gardens se extiende sobre unas suaves colinas. Los ingleses aman estas ligeras variaciones del relieve que abren perspectivas a la mirada y que ejercen un efecto sedante. El pasto brilla con ese intenso verdor que a veces llega a ser morboso en Inglaterra, sobre todo en los cuadros de los pre-rafaelistas, que me producen un invencible disgusto. Tengo ante mí grandes árboles desnudos y algunos, bajos, gordos, robustos, de negro follaje perenne. Sólo sus ramillas más altas se mueven con la brisa, igual a la de nuestro septiembre. ¿Qué es lo propio de este vientecillo de comienzos de primavera? Tal vez soplar sin nubes. Sopla en el azul. Riza las aguas y hace temblar los volantines y las hojas. El frío termina por echarme de este banco. ¡Qué agradable vagar solo durante varias horas! Como un animal, husmeo en la ciudad el nacimiento de la primavera. Acabo de ver, en el borde de la laguna, cerca de la entrada, un sauce de ramas hinchadas, todo encendido como una adolescente que siente el calor de sus fuerzas para ella desconocidas, una llamarada de juventud en medio del paisaje frío, del agua y del césped.

Sobre otra laguna que han secado, han florecido unos duraznos japoneses. En el barro pasean, como en una lectura de *Le Petit Français*, gansos, patos y otras aves acuáticas. Otro sauce en esta parte del parque está más adelantado. Comienzan ya a estirarse las verdes hojuelas.

---

[31] Novelista chileno, desde hacía poco Cónsul y primer secretario de la Embajada de Chile en Londres.

21 de marzo

El domingo fui con Salvador Reyes, Juan Gómez Millas y el comandante Solminhiac a Oxford y después, de vuelta a St. Albans. En Oxford estuvimos con Nicanor Parra[12]. Las primeras flores de la primavera cubrían el césped bajo los árboles de los Colegios. Flores de colores sorprendentes, demasiado vivos para los que uno podría esperar en este país. Colores fríos, sin embargo. Vivos y fríos como los colores de los pre-rafaelistas. Hoy es el primer día de la primavera. Ha amanecido nublado. Cuando niño yo creía que el 1° de septiembre empezaba el verano, con un esplendor definitivo. En esa fecha alguien daba rápidamente vuelta a una de las hojas del libro del año. Recuerdo que una vez me sorprendí porque ese día llovió. Una de mis convicciones resultaba frustrada.

28 de abril

A pesar de mis contrariedades económicas, siento una alegría que se debe, según creo, a que estoy trabajando en mi novela sobre el tío Isaac, a la que titularé probablemente *Un caballero raro*. Esta mañana escribí algunas páginas de la novela. Después de un ligero almuerzo que me dio Mrs. Byler, he seguido leyendo los poemas de W. B. Yeats que figuran en su propia antología de poesía inglesa moderna editada en Oxford. Sus poemas me gustan poco en general, pero entre ellos encontré uno que me llama la atención porque coincide con lo que pensaba viendo la representación de *Marlborough s'en va t'en guerre*, por J. L. Barrault. Se me ocurrió que los hombres hacen la guerra sin objeto y sin estar determinados por una rigurosa causalidad sociológica. Lo hacen simplemente porque les gusta. Hay una fascinación en destruir, en destruirse, en desaparecer, sobre todo si la auto-destrucción se opera dentro de cierto estilo, que le da la apariencia de un sentido. Pues el hombre siente que su vida es anárquica, inevitable destrucción. Toda vida es destrucción a la vez que creación -en el camino ascendente de los griegos-. ¿No es natural que pretenda también establecerlo, aunque no sea sino artificio de un orden, en la destrucción, en el camino ascendente? La guerra crea la ilusión de que se muere por algo y para algo, aunque en el fondo siempre se haya sabido que tal finalismo no es sino una convención agradable que hace más humano, más racional, el aterrorizante impulso que lleva al hombre hacia su ruina. Pero, naturalmente, para que la conmoción exista, se necesita que a la guerra sobrevivan algunos hombres más o menos organizados, que sobreviva la comunidad a la cual, visiblemente, se defiende. Esta condición ha desaparecido en nuestros días, pues se sabe que en una nueva guerra es probable que desaparezca la humanidad entera y aun toda la vida sobre la tierra. Se

[12] Parra se había trasladado a Inglaterra para seguir cursos en Oxford.

ve por primera vez, entonces, al impulso de auto-destrucción desconvencionalizado, puesto al desnudo, apoyado sólo en sí mismo, sin el sostén de una armadura ideológico-social. Desaparecida esa apariencia social y finalista de la guerra, ésta se nos presenta escuetamente como un fenómeno humano de significación cósmica, como un hecho humano en última instancia superior al hombre mismo e independiente de él, como uno de esos actos en que, según los viejos mitos, se enfrentan los dos poderes sobrenaturales que casi todas las religiones reconocen y que el psicoanálisis ha revelado en el hombre: el genio creador y el genio de la destrucción. El hombre parece haber sido hasta ahora en el plan o en la lucha del universo principalmente un poder destructor: el pecado original, la crucifixión, las guerras y la descomposición analítica de la naturaleza lo sugieren. Pero el poder creador no permanece inactivo ni en él ni fuera de él, y si tuviéramos ojos sagaces, lo veríamos en acción ahora mismo.

El poema de W. B. Yeats que me ha vuelto a traer a estos pensamientos se llama "An irish airman foresees his death", y dice así:

"I know that I shall meet my fate
Somewhere among the clouds above;
Those that I fight I do not hate,
Those that I guard I do not love;
My country is Kiltartan Cross,
My countrymen Kiltartan's poor,
No likely end could bring them loss
Or leave them happier than before.
Nor law, nor duty bade me fight,
Nor public men, nor cheering crowds,
A lonely impulse of delight
Drove to this tumult in the clouds;
I balanced all, brought all to mind,
The years to come seemed waste of breath,
A waste of breath the years behind
In balance with this life, this death".

Pues la verdad es que el hombre siempre deseará su propia muerte, confesándoselo o no a sí mismo, mientras no regrese al paraíso, pues fuera del paraíso, que es, al fin y al cabo, nuestro único lugar natural -nuestra verdadera patria, pues allí fuimos creados-, siempre nos sentiremos insatisfechos, angustiados, extranjeros. Todo goce, si no es un *pris-aller*, un placer que se extingue apenas saboreado, no es sino el reflejo o la esperanza de la vida paradisíaca, lo que Bergson en una página admirable llama *alegría*.

"Nor law, nor duty bade me fight,
Nor public men, nor cheering crowds,

A lonely impulse of delight
Drove to this tumult in the clouds".

Ese voluntarioso irlandés de la otra guerra al que W. B. Yeats canta se hallaba en el caso en que hoy se encuentran los futuros soldados de todo el mundo occidental, es decir, todos los que saben a dónde puede conducirnos una nueva guerra. Si esta guerra llega a producirse, no habrá aclamaciones de la multitud que despidan a los que partan ni habrá realmente -como en otros tiempos- una voz interior, el disfraz de la ética social, que impulsa a los hombres al combate. Por debajo de la desesperación o de la sombría tristeza, actuará sólo ese solitario impulso de deleite que eleva al tumulto humano hacia las nubes, desde las cuales se dejarán caer hacia la tierra las espantosas -y deseadas- cargas explosivas. Cada uno sabrá en las nubes que va a encontrar su destino, y a sellar el destino de los demás habitantes de países o continentes enteros. Y ¿quién podría decir que odia a sus enemigos o que ama realmente a los que defiende, cuando en la profundidad de su alma cada hombre sabe que todos sus semejantes son potencialmente dignos de amor o de odio, y que el amor o el odio dependen de la visión o la ceguera de nuestro corazón?

"I balanced all, brought all to mind,
The years to come seemed waste of breath,
A waste of breath the years behind
In balance with this life, this death".

11 de mayo

En esta luminosa mañana el bosque me hizo reparar otra vez en ese carácter particular que tienen los bosques ingleses, ese tono lóbrego, tenebroso, el mismo de las legendarias florestas nórdicas habitadas por espíritus no humanos. Los troncos muy negros y las ramas nudosas, contorsionadas por el viento, cuyos penachos de fronda transparente y clara tiritan como un líquido en su tensión hacia la altura, están dentro del mundo de Grünewald y de los pintores medievales alemanes. Falta aquí esa dulce caída de los follajes hacia la tierra que hace sedante y suave el paisaje mediterráneo.

13 de mayo

Escribo en un hotel campestre, cerca de Broadway. Otro día glorioso de primavera. A las 10.30 de la tarde -no se puede decir de la noche- todavía hay luz. Me he paseado por la terraza contemplando el valle poblado de pequeñas aldeas que se extiende bajo nosotros y el cielo donde un largo resplandor rosado se prolongaba debajo de un azul muy pálido. Se disfrutaba aquí una idílica paz, con cantos de gallos, balidos de ovejas y cantos de pájaros que aún no se deciden a dormir. Los

bosques de pinos y castaños están tapizados de bluebells y los prados, de pequeñas primaveras. Frente a mi ventana hay un enorme cerezo florido. Lilas, romeros, nomeolvides, clemátides, amapolas, tulipanes, todo está abierto y perfumado. Esta gloria me embriaga y creo que ahora sé un poco mejor que antes cómo responderle.

23 de mayo

Escribo sentado en mi pieza frente al jardín de Mrs. Byler. Creo que es un mirlo el pájaro que canta escondido en el follaje del gran álamo blanco. Otro a lo lejos le responde, desde un jardín vecino. Deben ser unos pequeños pajarillos los que pían, como artistas menores, con un lenguaje inexperto y gozoso. He sentido también -vuelvo a sentirlo ahora- unos arrullos de paloma. El suave viento de la tarde pasa por las hojas del álamo que se demoraron tanto en brotar. En una semana han cambiado de color. Eran de un rojizo dorado y ya son de un verde claro que representa su juventud. En el jardín hay unas largas varas de un azul lila que sostienen enhiestas sus umbelas. Más acá, una flor de yuca rosada, con reflejos plateados, la misma yuca que había en mi primera casa de Santa Cruz. Aún no se abren las primeras rosas del rosal trepador que atraviesa el jardín horizontalmente y lo divide en mitades. Es delicioso estar aquí sentado, lejos y por encima de las grises calles de Londres.

31 de mayo

Esa seguridad exterior cuya búsqueda caracteriza a las sociedades actuales se manifiesta en grado máximo en los EE.UU. Acabo de leer en *The Economist* que uno de los "leit motiv" de la reciente gira del presidente Truman por el interior del país fue la afirmación de que la meta inmediata del pueblo norteamericano debe ser la obtención de una renta mínima de US$4.000 por persona. Y esto en la época más incierta de la historia y, en todo caso, en una de las más infelices. El gobierno laborista inglés, con menos pretensiones económicas, no persigue otra cosa con su política del "full employment" y de la nacionalización industrial. Pero esta seguridad exterior tan deseable y, al mismo tiempo, más precaria que nunca en un mundo diariamente amenazado por una nueva guerra, tiene bien poco que ver con la felicidad posible para el hombre, con aquello que John Dewey ha llamado las "eras expansivas de la historia humana". Esta falta de correspondencia entre bienestar mínimo y verdadera alegría de la vida se ve muy bien en este país, que es positivamente hoy uno de los más tristes y opacos que existen. Desde aquí se desprecia a nuestros países latinoamericanos como *backward countries*, que ni siquiera merecen ser incluidos entre los pueblos representativos de la cultura occidental. Y sin embargo, jamás he percibido en ellos esa tristeza que impregna aquí a todas las cosas, comenzando por las relaciones humanas, tristeza y opacidad que me parecen las consecuencias directas de la

enorme distancia que aquí existe entre persona y persona, tristeza que hace imposible toda fiesta, toda expansión dichosa del alma humana en la comunión con sus semejantes. Vale la pena preguntarse hasta qué punto la introversión no es un defecto, tal vez el defecto humano fundamental, la cara más positiva del egoísmo y del pecado. Hay, por lo demás, un hecho que inhabilita de inmediato a Europa y a los EE.UU. como dirigentes del género humano: ese hecho es la guerra. Creo que ya estamos en condiciones de saber que todas las explicaciones idealistas y materialistas de la guerra son, por lo menos, superficiales. Los hombres no se baten en el fondo ni por defender formas de vida ni por conquistar mercados. Lo que los lleva a luchar es un frenético e inconsciente deseo de destrucción que nace del odio que abrigan hacia la vida y hacia sí mismos. Si amáramos realmente a la vida, no haríamos la guerra. Pero ¿cómo se puede amar una vida que es puro vacío, mecanización y tristeza? Tiene razón Schwartzmann cuando sostiene que lo que falla en el hombre actual es el resorte de la vinculación con el prójimo, uno de los resortes metafísicos del alma humana.

Hay una noble tristeza, una noble nostalgia, inherente al hombre, que puede coexistir con la más pura alegría, como se ve en la música de Bach. Mientras estemos en este mundo, experimentaremos la nostalgia del paraíso, de una pasada y perdida condición perfecta; el dolor que originan en nosotros los límites que necesariamente enmarcan -y empequeñecen- nuestra vida terrena. Pero, ¡qué diferente es la innoble tristeza que nace de nuestras timideces, desconfianzas y omisiones!

Mis reflexiones sobre Inglaterra están naturalmente influidas por el hecho de que no tengo vínculos personales ni institucionales con este país, en el cual vivo solo, sin amigos. Pero esta desventaja no deja de traer consigo sus compensaciones, pues, si bien es cierto que nada atrae particularmente mi visión, por otra parte nada personalmente amado la desvía del cuadro general. Y ¿no es ya un rasgo de enorme importancia para la comprensión del país esta dificultad en que se encuentra un extranjero socialmente normal si quiere establecer amistades, contactos más o menos directos con los demás? En este sentido, Inglaterra es un muro y pocas cosas hay más terribles que la forzosa soledad a que el inmenso Londres obliga a la generalidad de los extranjeros que en él viven. Soledad en un paisaje desprovisto de belleza y poblado por millones de hombres silenciosos que pasan, extraños unos a otros, tal vez de una rica intimidad, pero carentes de antenas, descoloridos, fantasmales. ¿No es posible comprender aun la guerra como una explosión neurótica de este cuerpo enfermo hecho de células prisioneras que apenas respiran? Vivir en esta ciudad es como vivir adentro de una herida abierta. Es como sentirse el microbio que habita una herida tumefacta. La enfermedad del hombre contemporáneo está disuelta en este aire morboso. "¿De qué sirve vivir en un mundo sin amigos?", se preguntaba Hölderlin. Hoy, especialmente, suspiro por estar de nuevo bajo el luminoso cielo de mi país y siento otra vez que nuestro nacimiento

significa una alianza con una tierra, una luz, un paisaje, una gente que no podemos reemplazar.

1 de junio

Después de escribir lo anterior, encuentro en el libro de Schwartzmann[33] un comentario sobre Jaspers, quien afirma que en nuestra época se tiende a evitar el "contacto de hombre a hombre en lo personal". A consecuencia de ello, dice, una *angustia vital* desconocida en el pasado surge del hecho de que parecería que nadie se vincula de *modo absoluto* a nadie. Se trata verdaderamente de una angustia *vital*, provocada por la desrealización humana del mundo, que se verifica especialmente en las grandes ciudades. El individuo inmerso en la masa en movimiento establece sólo contactos superficiales y efímeros, que son casi siempre desagradables: relaciones de asfixia en un horrible espacio demasiado estrecho. El mecanismo de las grandes ciudades deberá ser considerado algún día -si es que aún la humanidad tiene muchos días delante de sí- como monstruoso: ruidos metálicos, enormes vehículos en movimiento, luces rojas, anaranjadas y verdes que regulan los actos de la multitud. Casi no se da ya como posible la ociosa vagancia del hombre que busca descanso en la contemplación de la belleza de su ciudad o en el diálogo peripatético con su amigos. Vivimos en ciudades-fábricas, hechas para los automóviles y no para los hombres. Aun en el retiro doméstico después del trabajo, se tiende a reemplazar lo personal por el anonimato de las voces radiales y de las imágenes de la televisión, que constituyen una realidad humana anémica. El hombre se comunica con el hombre a través de aparatos. ¿Podríamos imaginarnos a Sócrates discutiendo con sus discípulos a través de los hilos y esferas radiales? Se dirá que el crecimiento de las grandes ciudades ha sido un fenómeno inevitablemente determinado por factores económicos y políticos y que de nada sirve quejarse contra ellos, pues nuestras lamentaciones no lo harán desaparecer. Pero los bombardeos pasados y posibles demuestran que existe una forma de protesta que trabaja desde el inconsciente colectivo con demoníaca violencia. Nadie podría asegurar que dentro de 20 años Londres, Nueva York, Chicago estarán todavía en pie. ¿No ha desaparecido ya Berlín casi completamente? Sería más positivo pensar en la posibilidad de transformaciones urbanísticas radicales, para adaptar el régimen industrial a las necesidades humanas.

Pues son las necesidades fundamentales del hombre lo que estamos empezando a conocer a través de la neurosis y la destrucción, la anatomía espiritual que se armoniza con la corpórea y cuyos órganos reclaman, como los del cuerpo, un funcionamiento, una proyección

[33] Aquí y en páginas posteriores, Oyarzún se refiere al primer tomo del libro de Félix Schwartzmann *El sentimiento de lo humano en América* (Santiago, Editorial Universitaria, 1950).

hacia el mundo. El hombre necesita expresar su intimidad a través del amor, la amistad y la familia. La soledad prolongada en una metrópolis me da autoridad para decirlo sobre mi propia experiencia. Necesita también satisfacer su tendencia a la expresión colectiva, más allá de la órbita del trabajo, que puede estar en nuestro mundo colectivamente organizado desde un punto de vista técnico, pero que no lo está desde el punto de vista humano general.

Hay en el hombre una necesidad de fiesta, de festivales sagrados y juegos profanos que la sociedad actual no proporciona, o que da sólo pobre, gregariamente, sin intervención de la fantasía creadora de cada individuo.

Consuela pensar -postulativamente- que el hombre esencial está intacto, a pesar de la ruina que lo rodea, y que lo único que hace falta es una reacomodación revolucionaria de la sociedad, para poner en movimiento todo lo que en él está dormido. Pero, por cierto, ni el impulso inicial ni la ejecución pueden darse sin una participación de aquello que es, dentro y fuera del hombre, más alto que el hombre mismo.

Anoche, en dos horas de insomnio, sentía esa desesperante zozobra que sólo muy raras veces había experimentado antes de venir a Europa. Físicamente, un vacío en el estómago, agudizado a intervalos; psicológicamente, el sentimiento de estar suspendido, flotante, solo en un mundo en que lo humano es apenas un pequeño círculo de luz amenazado por tinieblas agitadas, vivientes, poderosas, en medio de las cuales nuestra vida no tiene ni la más remota significación. El hecho de que la causa de este estado sea puramente subjetiva y fácilmente pesquisable -soledad en un país extranjero, comunicaciones infrecuentes con la familia y los amigos, pobreza, etc.-, no altera el valor universal del estado mismo, que me muestra despiadadamente uno de los costados de la realidad humana.

En el hotel en que me alojé en Dublín, ponían botellas de agua caliente en las camas. Durante mi insomnio, sintiendo esa circunscrita tibieza, experimentaba aún más nítidamente esta orfandad del hombre en un universo hostil. Más allá de esta botella que iba paulatinamente enfriándose bajo mis pies, la ancha cama era fría y más allá aún me rodeaba una habitación extraña, desolada, desprovista de toda marca personal, cuya puerta era empujada en la noche por el viento que en estos países del norte se cuela -como la niebla- a través de los más sutiles intersticios. Más allá aún, las otras habitaciones semejantes a la mía con hombres y mujeres fantasmales dormidos, los salones y comedores helados, oscuros, vacíos, y más allá la negra ciudad desierta en la que el viento levanta papeles viejos, polvo y basura; el río de aguas aceitosas que lame los ennegrecidos muelles de cemento por donde merodean las ratas nocturnas en busca de gorriones dormidos; la isla fría, lluviosa, poblada por unas cuantas aldeas pesadas bajo el sueño de los borrachos.

Continué leyendo anoche *Les mysteres de l'Orient* y encontré esta cita de Hermes Trismegisto, de *Asclepios*:

"¡Oh, Egipto, Egipto! De tu religión no quedarán sino cuentos, palabras grabadas sobre la piedra que hablarán de tu piedad desaparecida. Llegará un tiempo en que se dirá de tus hijos que sirvieron vanamente a los dioses con tanto fervor y celo, pues los dioses regresarán al cielo y en la tierra los hombres perecerán. ¿Lloras, Asclepios? Pero aún sobrevendrán males mayores: el Egipto mismo, antaño la Tierra Santa, llegará a ser el ejemplo de la impiedad. *Entonces, lleno de disgusto por todas las cosas, el hombre no tendrá ya por el mundo ni veneración ni amor... Tal será la vejez del Universo... Y entonces el mundo será consumido por el fuego*"[34].

Y esta otra cita de la II Epístola de San Pedro:

"Entonces los cielos se derrumbarán con estrépito, los elementos inflamados serán destruidos y la tierra y todas las cosas que hay sobre ella se consumirán por el fuego".

¿No hemos llegado en el mundo occidental a ese momento en que los hombres, llenos de disgusto por todas las cosas, no tienen ya por el mundo veneración ni amor? No faltarán quienes digan que la destrucción absoluta de este mundo y la vuelta a la noche cósmica pueden ser el comienzo del reino del Espíritu. ¿No es este pensamiento el que trabaja en el fondo de la historia occidental?

Dice Schwartzmann que la manía de planificación de nuestra época -y a la que, afortunadamente, los pueblos latinoamericanos se resisten- es una consecuencia del hecho de que se concibe el destino humano como función de la voluntad de autogobierno. El hombre es infeliz porque cree que puede determinar completamente su propia vida futura en la tierra. ¿No es esta lucha del cálculo contra el misterio igual que aquella guerra del espíritu contra la vida de que habla Klages? Toda previsión exacta reposa en la limitación de la naturaleza de lo que se prevé. Planear la vida significa creer que el hombre es algo determinado y conocido y nada más que ese algo. Se niega la posibilidad -en todo caso, la legitimidad- de lo imprevisible, de lo misterioso, de lo sobrenatural, de lo celeste o infernal. Pero esa negación racional y consciente de lo imprevisible o misterioso no es sino una consecuencia de la desconfianza inconsciente en la vida, en Dios.

El planificador social en la esfera de lo colectivo es el tipo correspondiente a lo que es el avaro en la esfera individual. Planifican su existencia los pueblos que no se atreven a vivir con generosidad. ¿Qué otra cosa hace el planificador que enmarcar el comportamiento humano en un sistema de normas y acciones futuras por temor a las consecuencias de la libertad, por temor a la variedad en que la vida ascendente tiende a multiplicarse? Por cierto esta desconfianza en la libertad, es decir, en

[34] El destacado es de Oyarzún.

la naturaleza misma del hombre y del cosmos, es la exacerbación de una desconfianza legítima que brota de la comprobación de que en el hombre y en el mundo hay también una raíz perversa. Pero, si la hay, es evidente que ella resultará robustecida en su capacidad de acción con todo aumento de poder, con todo desarrollo técnico y toda centralización. No hay salida posible, si no se llega a la convicción de que el fondo primero del hombre y de la creación es bueno -Adán es anterior al pecado- y de que el camino de la salvación está en la busca incesante de esa naturalidad esencial no contaminada, unida a esta otra, cuán más importante, de la existencia de un Dios bueno con el cual podemos comunicarnos y que interviene continuamente en nuestra vida, dándonos oportunidades. Respetuoso de nuestra libertad, Dios no nos obliga a nada, ni siquiera al bien, pero nos da oportunidades, materiales para crear nuestra salvación.

En Dublín vi un espectáculo horrible. En la iglesia de St. Michau hay una vieja cripta donde se conservan unos cadáveres cuya descomposición se verificó de la manera más extraña, por momificación y resecamiento. En el suelo de la polvorienta cámara, parecen estatuas de barro, endurecidas en expresiones fijas que aún animan grotescamente los rostros ya borrados en las desnudas cabezas sin cabellos. Se paga un chelín para incorporarse al grupo de los visitantes que bajan a ver estos muertos sin reposo. El guía, un individuo alto y delgado, de cara roja y dientes amarillos, cubierto por un ennegrecido impermeable, da a conocer -¿cuántas veces al día con los mismos gestos y palabras?- lo que se sabe de la historia de esos cadáveres industrializados que producen diarias ganancias a la iglesia -protestante- que le permiten a él ganarse la vida: este bulto, según se cree, perteneció a una monja, que debe haber sido coja, a juzgar por la deformación que se advierte en una de sus piernas; tal vez vivió hace 300 años. Este otro, que se conserva aún mejor, es mucho más antiguo. Se estima que es el cuerpo de un cruzado del siglo XIII y se mantiene tan bien, que aún conserva la piel del tórax. Y el hombre levanta una especie de pergamino que descubre los huesos del difunto. Según la tradición, agrega, si se lo saluda estrechándole la mano, se consigue buena suerte. E invita a los miembros de la partida a cumplir con el rito tradicional. Todos obedecen y, en medio de risas, saludan: "How are you, dear. How do you do?". Después, en otra cripta, muestra una cámara en donde las arañas han podido tejer tranquilamente sus telas durante siglos por encima de los ataúdes. La atracción del lugar reside en la vista del espacio atravesado de hilos y copos de pelusa cenicienta.

No es fácil hallar una señal más clara de esa delectación en lo tenebroso, y en lo horrible, que suele hallarse en tantas manifestaciones del alma nórdica y, por cierto, en el arte. Se organiza el pasatiempo de lo horrible.

15 de junio

Tenemos derecho a preguntarnos si nuestros tiempos no están otra vez enfermos de esa esterilidad que, según la leyenda babilónica, afectó

a las plantas, a los animales y a los hombres cuando la Madre Celeste bajó a los infiernos.

> "Nisiba, diosa de las cosechas que maduran, apartó sus senos de la tierra. Durante la noche los campos blanquearon y se cubrieron de una sal corrosiva. La verdura ya no crece, las sementeras se secan, el infortunio pesa sobre los hombres. El sexo de las madres se cierra y el niño no duerme ya en su vientre. El pez de las aguas no pone ya huevos, el pájaro no pone ya en su nido. El toro no cubre a la vaca, el asno no se acerca a la asna, el esposo no se acuesta con la esposa, el hombre duerme solo en su lecho y la mujer sola en el suyo. ¿Hasta cuándo estará detenido todo lo que crece? ¿Hasta cuándo lo que reverdece estará ligado?".

"El amor se enfriará", dice San Mateo, hablando del fin de la segunda humanidad. "El sol del amor, corazón del mundo, se apagará, y al corazón del hombre descenderá esa noche polar cuyo soplo glacial ya sentimos. ¿No ha suspendido la diosa Instar la fecundidad de nuestra tierra?", pregunta Merejkovski. Nuestro mal es la insensibilidad. Después del pecado, el hombre pierde una parte de sí, pierde la gozosa unidad y plenitud de su ser original y comienza a ser insensible. En nosotros, esta insensibilidad es ya máxima. Estamos al borde del estado de máquina. No empleamos sino la fraseología del amor, salvo en raros momentos de iluminación que no son vividos sino por raras personas. El mismo término iluminación con el cual se nombra a esos estados de ensanchamiento amoroso de nuestro ser, indica elocuentemente la naturaleza diminutiva de nuestra condición. ¿Por qué no concebir también la caída como una baja de los sentidos a la vez que como una ceguera del espíritu? Los dos hechos me parecen correlativos. Justamente a causa del rebajamiento paralelo de los sentidos y del espíritu, se pierde el punto de contacto entre ambos y aparecen los dos mundos en que infelizmente vivimos: materia y espíritu, carne y razón y hasta diríase naturaleza y cultura. Somos insensibles. Soy un insensible. Mis amigos son insensibles. No conozco sino insensibles. No he conocido hasta ahora ninguna celda que rompa el círculo de la condenación. Tal vez no hay salida. Acaso nuestra insensibilidad no depende en absoluto de nosotros. Acaso es una parte en un juego que no comprendemos.

16 de junio

No sé hasta qué punto sea infundada la impresión que uno tiene en los países protestantes de que con la Reforma la vida social perdió su espontaneidad y su alegría. Siempre hay algo profundamente triste en los templos y en las instituciones del protestantismo. Parece que el hombre se hubiera hecho demasiado consciente del demonio y de la muerte que lo habitan y que hubiera perdido, en cambio, la capacidad de tocar dentro de sí las fuentes divinas y angélicas. Siguiendo a

Schwartzmann, lo que lleva tal vez al movimiento reformista a la inhabilidad para establecer vínculos directos y espontáneos con el prójimo, la ruptura interior del mecanismo de la amistad, del amor y de la comunidad. De ahí el desarrollo creciente, que señala Fromm, de la individualidad en la época moderna, de una individualidad que, más y más privada del alimento comunitario que es el único que la mantiene, termina por languidecer y por hacerse vacía. Así es como aparecen, después del individualismo triunfante en el siglo XIX, los regímenes de fuerza de este siglo que aspiran a la reconstrucción de lo comunitario. Pero estas nuevas comunidades, constituidas a base de individualidades disminuidas, son comunidades sustractivas, que exigen del individuo la supresión de todo aquello que sobresale del mínimo sobre el cual se constituyen. El mismo "gran hombre" o jefe de tales comunidades -un Hitler, un Mussolini, un Stalin- no es sino la expresión psicológicamente poderosa del rebajamiento de la masa. El es también un hombre disminuido, que no obra a través de una mayor potencia espiritual traducida en visiones superiores, sino por intermedio de una fuerza física o psicológica de coacción.

No sé hasta qué punto la idea de Schwartzmann de que el desarrollo de la historia muestra el robustecimiento de un proceso de interiorización del hombre y de la responsabilidad humana, no es una nueva formulación de la teoría del progreso. Es difícil escapar a la tentación de ver en la historia un sentido unívoco, lo que supone la afirmación de la *humanidad*, y no solamente de la persona como sujeto de ella. En todo caso, cualquier pronunciamiento en esta dirección está necesariamente circunscrito al limitado círculo de nuestro conocimiento histórico. ¿Podría decirse legítimamente que la historia del Egipto y la de Babilonia revelan un aumento en el grado de interiorización de la responsabilidad humana? ¿O se refiere Schwartzmann sólo a la cultura occidental moderna, considerada como un ciclo formal susceptible de indefinidas recurrencias?

Por lo demás, la idea misma del humanismo ateo me parece absurda, si no se le da como punto de partida esta casi imposible experiencia humana: la aceptación de la caducidad de la vida y de la muerte unida a la valoración suprema de ella misma. Cuando Marx dice que el hombre es lo más alto para el hombre o que el hombre es el ser supremo para el hombre, como tales afirmaciones se coordinan en su pensamiento con la negación de Dios y de lo eterno, lo que asegura con ello es un imperativo de amor exclusivamente ligado a lo temporal. Mientras yo esté vivo, dice, y no lo estaré seguramente mucho tiempo, en todo caso no más de un siglo y medio, el fin último de mis preocupaciones han de ser los otros seres humanos vivientes, presentes o futuros, los cuales, igual que yo, disponen de un tiempo rigurosamente limitado. Se puede decir que, en tal caso, el fin último de mi existencia está a la vez desapareciendo y cambiando de substancia continuamente, pues día a día los hombres mueren ante mi vista. Y ni siquiera estoy autorizado para decir que ese fin último de mi existencia se prolonga indefinidamente

hacia el futuro, pues científicamente sé, con plausible probabilidad, que el género humano desaparecerá un día de la tierra. Por otra parte, para asegurar la continuidad del sentido de mi vida, debo amar, más que a unos cuantos o a un solo hombre en particular, pues cada uno de ellos es demasiado mortal, al hombre en general, con lo cual gano por lo menos algunos siglos o milenios de relativa seguridad. Pero bien sentimos que la vida humana es en todo caso demasiado frágil y precaria para concentrar en ella sola la fundamentación última de nuestro interés por ella. ¿Puede subsistir, no digamos la salud del pensamiento, pero sí la salud psicológica y orgánica del hombre sin la aprehensión de un núcleo invariable, eterno en el hombre mismo?

Marx parece decir: Vivo para los demás, mi vida se agota en el servicio de los demás, el servicio de los demás es el fin supremo de mi vida. Pero cada uno de esos hombres que están comprendidos en la idea de "los demás" deben decirse a su vez: Vivo para los demás. El esfuerzo de cada hombre resulta perdido si no hay al mismo tiempo que la vida para los demás la vida para sí o la vida para Dios, que exigen un planteamiento completamente diferente. A menos que esa "vida para los demás" sea considerada simplemente como un pasatiempo. Sin la afirmación de lo eterno, la vida humana es sólo juego, honesta recreación, si es que no recreación deshonesta, guerra, gangsterismo o crimen. Pues, si he de morir absolutamente para siempre, ¿no me da lo mismo que mi muerte ocurra hoy o dentro de cincuenta años?

Siendo la *desdivinación* del mundo el correlato necesario de la conquista del sentido de la plena responsabilidad humana, es lógico que la historia sea vista (por Schwartzmann) como un desarrollo progresivo, puesto que sólo en los últimos tiempos esa desdivinización se ha operado en gran escala. Pero, con ingenuo optimismo, se tiende a interpretar todos los síntomas negativos que acompañan o siguen a esa desdivinización como mera etapa de tránsito hacia una era feliz en que, vencido el miedo a la libertad, el hombre pueda asumir íntegramente la dirección de sí mismo. ¿No es ésta la misma falla que se reprocha a los comunistas soviéticos? Pues, si esa desdivinización del cosmos ha llevado a millones de individuos al caos, a la locura, al crimen y a la muerte, no se ve cómo, sin afirmar el absolutismo del hombre en general o de la especie humana sobre la persona, pueda ser ella justificada. De ahí que la fórmula según la cual "el hombre es el ser supremo para el hombre", necesita siempre una determinación más estricta. ¿De qué hombre se trata? ¿Del hombre general o del individuo humano? ¿De la especie o de la persona? El elogio de la desdivinización, a pesar de las desgracias individuales que ha traído consigo, parece indicar que el ser supremo consiste principalmente en la humanidad futura. ¿Y la actual? ¿No merecía ser considerada como ser supremo? El prescindir de ella en la calificación del proceso desdivinizatorio equivale a asegurar la primacía de lo social futuro sobre lo social presente y, en todo caso, de lo social sobre lo personal. La humanidad resulta concebida como organismo.

Estoy completamente de acuerdo con Schwartzmann en su afirmación de que el primer rasgo común que une a los latinoamericanos es lo que él llama el *trauma primario de lo natural*, la experiencia propia de lo visto por primera vez, de lo no hollado, que todo americano siente latir dentro de sí con rara proximidad. Presencia interior de lo originario y desprovisto de historia, que no sólo enlaza románticamente en torno a la naturaleza, sino que confiere, además, especial fuerza al sentimiento del futuro. Es decir, la sensación de encontrarse interiormente próximo a los orígenes, la unidad del trauma primario de lo natural, condiciona una peculiar experiencia de la temporalidad: su pura percepción o afirmación es concebida en sí misma como auténtico valor.

Desde un comienzo he sentido en Europa, como el rasgo dominante, la presencia de la historia, que confiere sentido y perspectiva al presente, por mediocre que éste pueda ser. Como tal cosa nos es en América totalmente desconocida, ella provoca en el ánimo del americano la más violenta y definitiva experiencia. No siempre se trata de una experiencia grata y estimulante, aunque suela conducir a una suerte de estado de gracia. A veces, produce fastidio, tedio y aun horror. Conozco de sobra la depresión de la historia, que es semejante al sentimiento físico de la pérdida de la frescura en una habitación cerrada y llena de gente. La historia europea no ha sido hecha por ángeles y no puede aspirar a lo sublime. En ciertos instantes uno suspira por hallarse otra vez en nuestros libres espacios, en nuestras costas virginales. He querido analizar alguna vez esta nostalgia. ¿Qué es lo que aquí falta? Poco me ha faltado para creer que falta un perfume salvaje, una crepitación de materia virgen que se funde en torno nuestro. El olor del mar no es aquí el mismo. La vida inglesa, en cierto sentido supercivilizada, es toda ella, en comparación con nuestra existencia, vida doméstica, *indoors*, aun cuando suela ventilarse al aire libre. Para nuestra sensibilidad, no es grato el espectáculo de las gentes sentadas o tendidas en los caminos campestres los fines de semana, al lado de sus automóviles o de sus carros de excursión, conversando y tomando el té, que preparan dondequiera, ni tampoco el de las playas cubiertas de sillas de lona con miles de individuos que toman el sol. Hasta el último grano de arena parece mancillado por el contacto humano. ¿Es puramente arbitraria mi sensación de que estos mares no tienen olor? Ya he comentado anteriormente el paisaje inglés, bello y, sin embargo, deprimente. Demasiado pálido y peinado, hasta ser también un paisaje doméstico, como un parque. Es probable que este peso de la historia, esta densidad humana -densidad sin comunión- y esta falta de vitalidad en el paisaje -ausencia de naturaleza, de fuego vivo-, provoque en el hombre un estado de atonía que se traduce en un escepticismo práctico, en una falta completa de entusiasmo y en una pérdida del sentido estimulante del futuro. Todo parece hecho y dicho. La tarea de la vida consiste entonces, más que en creaciones y riesgos, en la conservación de las cargas pretéritas y en la exégesis de ellas. Se escribe una cantidad portentosa

de obras acerca del pasado, poetas, filósofos, artistas, guerreros, políticos. Es decir, la cultura tiende a alimentarse de cadáveres.

Paradójicamente, no me parece la menor de nuestras ventajas nuestra capacidad para saborear virginalmente los refinados frutos de la cultura europea, más allá de toda erudición. Podemos conocer con juvenil entusiasmo muchas de estas viejas obras y hacerlas vivir de nuevo, pues aquí, en todo lo que tiene que ver con la aventura de su proyección hacia el porvenir, esas obras cumplieron su destino y están ya muertas. Han perdido la virtud de transformar la vida, porque ya la transformaron y el organismo cultural se ha hecho insensible a ellas, como un cuerpo acostumbrado a una droga.

Arles, 2 de julio

Escribo sentado en un café en la Plaza del Toro. Son las 3 y media de la tarde. Los grandes plátanos sombrean la verde estatua de Mistral, frente a las dos columnas y a los restos de murallas del Foro Romano. Ayer pude encontrar sólo una pequeña y lóbrega habitación en el último piso de un hotel sin nombre, cerca de esta plaza. Dejé allí mis bártulos y salí a conocer esta ciudad, que me maravilla.

(Están saliendo del Hotel Nord Pinus los toreros españoles de la corrida de hoy en la Arena de Arles. Vi pasar a unos picadores cubiertos de dorados que se apretaban en un taxi, tal vez no muy felices de la tarea que tienen por delante. No iré, por cierto. Una sola vez fue bastante).

Hay una nobleza particular de vieja ciudad del Mediterráneo, pequeña, pero viva y rica en sus elementos medievales, neoclásicos y barrocos. Ayer vagué sin rumbo y llegué a los costados del Coliseo, desde donde se domina la campiña que se extiende más allá de la parte baja de la ciudad. En un sitio eriazo cubierto de escombros, unos muchachos jugaban con bolas de fierro, una de las cuales lancé. Había ancianas sentadas en las aceras, conversando, y solían verse jóvenes vestidas con elegantes trajes de arlesianas para la fiesta de la noche en el Teatro Antiguo. Llegué después a la Place de la République, donde admiré no sólo el bello portal románico de la Catedral, sino también la hermosa y simple fachada gris del Musée des Lapidaires, casi un edificio colonial español. Después comí en un restaurante español -siempre menos barato de lo que esperaba- y me fui al Théâtre Antique a escuchar *Aída*. Naturalmente, el escenario era mejor que la pieza, de la que soporté sólo dos actos. Frente al anfiteatro de piedra, las viejas columnas romanas y detrás una densa hilera de cipreses delante de la torre cuadrada de la catedral y de las casas vecinas. Uno de los más nobles marcos arquitectónicos que puedan hallarse en el mundo: tranquilidad de líneas, solidez y al mismo tiempo liviandad latina. El teatro estaba lleno de un público que no mezquinaba los aplausos, aun en los momentos inadecuados.

En la Place de la République, presencié el desfile de los gardiens con las muchachas y muchachos y niños vestidos de arlesianos. La reina y sus damas cabalgaban en la grupa de los caballos de sus guardianes. La procesión era encabezada por los tamborileros.

Aix-en-Provence, 4 de julio

Me vine ayer desde Marsella con Mark Ollsson, un muchacho sueco que conocí en el Puerto viejo. Fuimos juntos al Château d'If sobre el mar más intensamente azul que haya visto nunca. La noche anterior, la poza del vieux Port llena de embarcaciones y con las dos iglesias iluminadas sobre los cerros, la multitud coloreada que bailaba tangos y paseaba entre los cafés junto al mar, me produjo un verdadero estado de arrobamiento. En ese momento, Marsella parecía una ciudad mágica. Ayer en la mañana, todo había cambiado, pero seguían gustándome la atmósfera, la gente y aun el calor.

Aix es una pequeña ciudad divina, llena de callejuelas con viejas casas de piedra dorada; la torre del Ayuntamiento y la Catedral de San Salvador las vi a la caída de la tarde. Unas mujeres descansaban junto a un laurel rosa florido en el maravilloso claustro románico. Pero Aix es sobre todo la ciudad de las fuentes, fuentes con delfines, cabezas de dioses romanos, columnas y estrellas, adonde van las mujeres y los niños a buscar el agua con sus cántaros provenzales de greda pulida. De trecho en trecho, nos ofrecían agua fresca para mojar nuestra cabeza y para saciar la permanente sed en estos días de calor.

Cagnes, 6 de julio

Mediodía. Bebo un martini en el Bar des Peintres, cerca del castillo y de la iglesia. Quisiera quedarme indefinidamente en este pueblo. Mediodía de la naturaleza, mediodía de la tierra, como el Mediterráneo mediodía del mundo. Aquí la vida parece al fin reposar sobre ella misma, en un equilibrio de proporciones fijas que se expande en rumor de abejas y cigarras. El ojo humano se alimenta de este verdor en los lomajes dorados y el azul mediterráneo le ofrece un descanso perfecto. En la felicidad que se encuentra, la vida humana tiene algo del dormir, una suavidad interna que parece lo contrario de la atención y del trabajo, pero que es, en verdad, su realización verdadera, su perfección sin esfuerzo. En todo el resto del mundo, algo sobra o algo falta. A nosotros nos sobran las montañas, demasiado violentamente surgidas de la tierra. En Inglaterra falta la luz, la conmoción del mundo alrededor de la cabeza humana. Pero aquí sólo sobran los mosquitos, que obligan a velar en la noche y a escuchar la vibración de las grandes hojas de las palmeras en los patios.

Leo en *La Petite Infante de Castille*, de Montherlant, que compré esta mañana en una pequeña librería de Cagnes, estas frases (...)[35].

Londres, 17 de julio

Llegué a Londres el miércoles 12. Al día siguiente fui al Garden Party de Buckingham Palace. Todos estos días flotan en la inquietud de la guerra. El viernes estuvo Michael a verme. Fui con él en la tarde al New York City Ballet, al Concert Garden. El sábado después de almuerzo partí con Salvador y con Suzanne a Canterbury y después a la costa. Dormimos en Hyde -mar y tierra del fin del mundo- y ayer en la tarde visitamos Ryde y Hastings, donde almorzamos. En la tarde visitamos Brighton, el acuario y el Royal Pavilion.

Creo que el principal defecto de la obra de Schwartzmann reside en su carencia casi absoluta de composición. Buena parte del libro es puramente enunciativo, un prólogo que llega a parecer interminable. El autor se complace en remitir a desarrollo futuro cada una de las ideas substantivas que llega a enunciar. Practica un método dilatorio. Falta en la obra esa indispensable dosis de clasicismo, sin la cual un libro no es más que una colección de notas. No se resiste a la tentación de las citas. Frente a cada coyuntura en el desenvolvimiento de sus ideas, se detiene, toma aliento y trae a colación todo lo que él recuerda que otros han dicho sobre el particular. Naturalmente, con tales procedimientos -si su erudición fuera mayor- habría terminado por componer una enciclopedia. Se siente que avanza trabajosamente, como un excursionista cargado de mapas tan pesados que casi le impiden avanzar hacia la cumbre de la montaña y a los cuales conserva y consulta por la sola razón de que ninguno de ellos dice nada acerca del camino. Esta carencia de espíritu selectivo me parece un aspecto de su calidad de autodidacta. Aunque se siente muy seguro de sus ideas, se empeña por demostrar que ha estudiado las doctrinas ajenas y -cosa bien ridícula, en el caso de una persona tan brillantemente equipada con arreos filosóficos y literarios- que no es un ignorante. El aspecto es bien común entre los ensayistas hispanoamericanos, que son por lo general, con o sin estudios sistemáticos, inseguros de su cultura. Me pregunto lo que hubiera hecho un francés con las fértiles ideas de Schwartzmann. La obra es, a pesar de todo, viable, pero sin una modificación fundamental en su estructura, aparecería como monstruosa ante el lector europeo. Dista mucho, sin embargo, de ser un caso aislado. Creo que un examen general de nuestra cultura latinoamericana revelaría una análoga falla en el sentido de la composición. Somos incapaces de limitarnos. En lugar de expresarnos en cada obra, a la manera del sol que se expresa en un prisma de cristal, nos vaciamos en ella y metemos allí todo lo que existe en nuestra interioridad. Nos pierde artísticamente el afán de decirlo todo.

---

[35] Falta en la copia mecanografiada del *Diario* la página con las citas y el comentario.

En obras de esta naturaleza, es inevitable que la mayor parte de las afirmaciones estén precariamente fundadas. Cuando el tema es a la vez tan inexplorado y tan vasto, una primera aproximación no podría ser sino un sistema de hipótesis. Pero este mismo carácter hipotético de los juicios exige un enlace orgánico y, podría decirse, bien que se trate de una construcción lógica discursiva, una forma artística que robustezca el poder de transmisión de las ideas. ¿No es toda hipótesis una imagen al mismo tiempo que un juicio? Resulta bien difícil, si no imposible, saber si efectivamente el americano del sur -¿o se trata del latinoamericano?, ¿o del hispanoamericano?- se caracteriza por las importantes cualidades que Schwartzmann le atribuye. Dada la fluidez del objeto al cual sus aserciones se aplican, la certeza científica, por lo mismo que es inalcanzable, pasa a ser secundaria. Lo importante es que aquellas atribuciones despierten en algunos o en muchos de los sujetos humanos implicados por ellas un movimiento de simpatía, es decir, una respuesta formadora. Si algunos americanos del sur llegaran a sentirse descubiertos, comprendidos o revelados a sí mismos por las intuiciones del señor Schwartzmann, su libro habría cumplido la importante misión a que está sin duda destinado. Así es como me parece podemos situarlo: antes que una pieza de sociología, de psicología social, es, a mi juicio, un mensaje moral escrito con hondura de pensamiento -y aun de emoción- y sobre bases científicas necesariamente endebles, pero no desdeñables. Me complace verlo en el campo de nuestra literatura como una obra formadora, capaz de influir -a pesar de todos los pesos superfluos que sobre ella gravitan- en la constitución de la sensibilidad de las nuevas generaciones latinoamericanas.

Winchester, 18 de julio

Escribo en la primera de las Youth Hostels que he visitado en este viaje que hago solo por el sur de Inglaterra. Se trata de la casa que ocupaba el antiguo molino de la ciudad, una casa de ladrillos rojos edificada sobre el río que corre tumultuosamente bajo nuestros pies. La gran sala en que estoy, de muros de ladrillo, está llena de muchachos y muchachas que conversan, escriben, consultan mapas y leen revistas. Una vieja rueda de coche ha sido adaptada como lámpara. Las mesas son de antigua madera, gruesa, maciza, venerables.

Esta ciudad tiene bellos rincones. La catedral y los espacios verdes con grandes árboles, casas isabelinas y edificios de piedra medieval, me maravillaron. Vive aún ahí la nobleza de un mundo perdido. Alrededor de la enorme fábrica de piedra, las encinas, las ventanas iluminadas para una vigilia de lectura, cerca de las puertas de la vieja ciudad. Alguien corría las cortinas, unas cortinas doradas en una casa isabelina. A través de una ventana vi a una viejecilla que limpiaba el marco de azulejos de la chimenea de su estancia. Estoy cansado físicamente como si hubiera caminado mucho, y el saco de dormir me espera.

Boldre, 21 de julio

Escribo, sentado sobre una tumba, en el cementerio de la pequeña iglesia de Boldre. He mirado recién la arcada normanda de piedra blanca. En la puerta hay dos bancas, un vitral y unas inscripciones que recuerdan a los marinos del "Hood" que murieron en 1940. En medio de las gramíneas ya maduras, hay unas altas flores rosadas en forma de heliotropos. También existe aquí la correhuela y dos o tres cigarras vacilantes que marcan, a pesar de las nubes pesadas, la plenitud del verano. Frente a mí, entre la torre cuadrada y la entrada de la iglesia que da hacia el norte, hay una fuente de bronce ennegrecido, cuya taza superior sostiene unos efebos que descansan sobre otra taza más amplia. Estoy solo y echado boca abajo sobre esta anónima piedra funeraria, solo, vagabundo y feliz. Continúo mi viaje hacia Burley.

Burley (Hampshire), 22 de julio

Escribo ahora en la deliciosa sala común de la hostería. El albergue está a la orilla de la New Forest. Esta mañana, a unas tres millas de Boldre, encontré a Diego y Jean Paul (amigos que conocí en Winchester) en una encrucijada, que habían llegado hasta ahí *hitch-hiking*. Un señor inglés de edad nos trajo hasta Burley, adonde llegamos poco después del mediodía. La aldea está rodeada de enormes encinas y en una concavidad del terreno se oculta la pequeña iglesia moderna, pero encantadora. Luego de almorzar, decidimos ir a Ringwood. Hice las seis millas a pie y quedamos de reunirnos en esa ciudad, pero no nos encontramos. El camino me gustó, a pesar de su aridez, a causa del sol y del horizonte despejado, pero, después de desembocar en la ruta de Bournemouth, se me hizo desagradable por la vulgaridad y la abundancia de vehículos. En Ringwood, que tiene algunas bellas casas con techo de totora, varias de ellas cubiertas de rosas, tomé el té en una viejísima hostería y después recorrí la calle principal. Regresé en autobús. Después de comer, paseé por un camino que avanza entre sementeras, al lado de la hostería, leyendo los versos de Tristán e Isolda de Laurence Bunyan. Me conmovieron, tal vez a causa del paisaje que me recordaba los campos de Santa Cruz que recorría con A. A. en los comienzos de mi adolescencia, conversando y leyendo. Los macizos de árboles perfilaban su oscuridad sobre las superficies doradas y por encima de ellos, hacia el mar, resplandecían unas nubes broncíneas que empezaban a apagarse. Miré hacia el occidente en el cielo despejado y traté de representarme el lugar de Chile, al fin de ese cielo, después de cruzar el mar y las tierras que, ahora que camino a pie, vuelven a parecérseme casi infinitas.

Recorriendo estas campiñas, saboreo el placer de la lentitud, del viaje en íntimo contacto con las pequeñas hierbas, con la tierra húmeda o seca, con las piedras que mis pies rozan o pisan y que mis ojos ven individualizadas con toda la precisión de la cercanía familiar. Hay aquí

también una tierra viva, a veces casi salvaje bajo las pezuñas de las vacas que pastan y de los ponies de New Forest. Pero los grandes caminos interrumpen la armonía de la naturaleza.

A ratos me siento deliciosamente vacío, sin peso interior, sin imágenes, en un atolondramiento del alma que deja todo su sitio a la dulce fatiga de mi cuerpo. Mañana partiremos a Lymington a juntarnos con Salvador y Suzanne.

Lytton Cheney, 25 de julio

Después del desayuno en la granja con Jean Paul y Diego, partí a pie hacia Wareham. Comenzaba a llover. A poco andar, me recogió el conductor de un camión, con quien avancé silenciosamente hasta la pequeña ciudad, donde visité St. Martin's Church, mezcla de normando y gótico. Vi el monumento funerario a T. E. Lawrence, ni hermoso ni feo. Fui luego a ver Lady St. Mary's Church, que posee algunas bellas cosas perdidas en la totalidad que ha sido deformada y restaurada hasta ser ahora una iglesia confortable que podría estar emplazada en el Golf, en Santiago. Admiré una fuente bautismal exagonal de plomo negro con los 12 apóstoles, cuyas caras fueron borradas por los abominables puritanos, ordenados bajo nobles arcos románicos. Es hermosa también la gran ventana del fondo, a pesar de los vitrales contemporáneos que la vulgarizan. Al salir, llovía torrencialmente. Entré a un bar frente al río y bebí una cerveza; tuve que responder tímidamente a las preguntas amables de los parroquianos que me compadecían a causa del mal tiempo, y me concentré en la contemplación de dos pececillos asalmonados que nadaban en una pecera sobre el mostrador. Aproveché una breve bonanza para salir del pueblo y alcancé a divisar a Jean Paul y Diego, justo antes de que otro conductor de camión me ofreciera adelantarme dos millas en mi camino hacia Dorchester. Bajo la llovizna, me quedé en una encrucijada y había caminado un kilómetro cuando un hombre alto, delgado, de cierta edad, de largo rostro rojizo y bondadoso, un tanto jibado sobre sus pantalones verdes, que conducía un enorme camión con medicina veterinaria y artículos de uso doméstico para los granjeros, me ofreció traerme hasta Dorchester. Como tenía que detenerse en varias granjas antes de llegar a esta ciudad, me preguntó si tenía prisa. Naturalmente, decidí seguir con él. En la primera visita, me señaló una casa que, según me aseguró, tenía más de mil años. Se veía en verdad como una mansión renacentista de ladrillo y piedra, pero es probable que en ese sitio hubiera existido desde la Edad Media una casa importante. Almorzamos en un pequeño restaurante del camino, junto a unos muchachos de Manchester que iban en bicicleta a Bridport. En todos ellos volvía a encontrar la bondad y esa gentileza que constantemente he advertido en los ingleses que he hallado en este viaje. Se descubre en ellos una salud del alma y una especie de distinción natural que los hace extraordinariamente amables. Me parece éste un pueblo lleno de las más preciosas virtudes del alma. En Dorchester, me libré de la lluvia

visitando St. Peter Church, que, aparte de su pórtico sur, transición entre el normando y el gótico primitivo, y dos efigies de guerreros tendidos, no tiene nada especialmente interesante. Entré en seguida al Museo de la Ciudad, dedicado especialmente al Dorset prehistórico y romano. Miré vagamente mientras pasaba la lluvia, que no pasó.

Londres, 14 de agosto[36]

No recibo cartas de mi casa desde hace dos semanas. No tengo un centavo. Ayer fui con Gonzalo Santa Cruz a Oxford y a Bleinham. Estuvimos con Nicanor Parra.

Desde hace 3 noches me es imposible dormirme antes de las 3 de la mañana. El viernes, después de comer con Gonzalo y Reresbie Sitwell en casa de J. J., me quedé allí a dormir. Sólo a las 4 y media pude conciliar el sueño. Me atormentaba el olor de la naftalina. Antes de visitar a Lord Dausaury en Shouham, fuimos a Kenwood. Admiré un magnífico autorretrato de Rembrandt y un Ver Meer. En la noche no dormí hasta las 3. Terminé, con escalofríos de espanto, la lectura de *The Turn of the Screw*. Anoche leí *L'Ours Polaire* de Pontoppidan, un boceto de las desoladas, primitivas tierras del norte. Literariamente es una obra elemental, pero posee la fuerza de esa humanidad bárbara. El aniquilamiento del insomnio me inclinaba a las ideas sombrías. A la llegada del largo día estival, los esquimales abandonan sus tugurios y se dirigen a las altas planicies cubiertas de nieve a practicar la caza del reno y a las costas rocosas a matar focas y morsas, cuya carne guardan para el invierno. Está ahí, desnudo, el horror de la vida. Después del pecado, la muerte es el destino del hombre. Los animales huyen de él, y unos hombres de otros. La vida se alimenta de la muerte, de los muertos despojos de la vida, que yo también consumo. El espanto está ahí también en los tarros de conserva en mi cocina. Es imposible no precipitarse en un escepticismo implacable. El palacio que visitamos ayer le fue regalado al primer duque de Marlborough por la reina Ana, como premio por haber matado muchos hombres. La muerte humana engrandecía a Inglaterra. El palacio es el fruto de la sangre y de la muerte. ¿Qué defendía el duque de Marlborough? Es idiota preguntarlo. Nada. Daba curso a la necesidad, al juego de la muerte. La única barrera ante la que se detiene mi escepticismo, es la creencia en la caída y en la redención. ¿O nunca hubo una caída? ¿O la redención fue inútil? ¿No está en relación con estas aprensiones, preguntar y dudar, el *indiferentismo* que Keyserling atribuye al ánimo sudamericano?

He pasado la tarde, hasta las 6, leyendo *Typée*, de Melville, que me seduce. El día ha estado de un sol pálido, fresco, de brisa constante a

---

[36] Algunas páginas del *Diario* sobre excursiones en el mes de julio por Inglaterra y el sur de Francia, fueron reescritas por Oyarzún e incluidas en su libro *Mudanzas del tiempo* (Santiago, Luis Rivano Editor, 1962. pp. 17-35). En el libro aparecen sin embargo fechadas en agosto.

través de los árboles del jardín. Hoy se ha producido esa crispación del verano que es para R. H. el temprano comienzo del otoño. Son recién las 6 de la tarde y ya la luz empieza a declinar. Como Tomuro, estoy solo en un país extraño, en una isla civilizada y salvaje.

15 de agosto

Día nublado y triste. Según el *Times* -"The Course of Nature"-, éstos son los días sin canciones. Sin embargo, aún el pájaro carpintero entona su demanda de un poco de pan y..., pero ya es incapaz de hacer el esfuerzo completo y omite su referencia al queso. Todavía suele cantar la alondra y el pequeño reyezuelo que tiene una voz increíblemente poderosa para el tamaño de su cuerpo. Puede oírse también el agudo trino del gorrión de los setos (curraca) y el gorgeo del veredón, pero esto es todo lo que resta del coro del verano. Mas, después de este intervalo de silencio, en este mismo mes de agosto se inician las canciones del temprano otoño, dirigidas por el petirrojo que se lamenta del paso del verano junto con el reyezuelo de los sauces.

Londres, 28 de agosto

La creación del hombre, término de la soledad de Dios. Estaba el espíritu solo en los grandes espacios, solo en el fondo y en la superficie de sí mismo y todo no era sino el eco eterno de su pensamiento que resplandecía en hielo sobre los cielos y en fuego sobre las estrellas, cuando sintió un día una laxitud que era como la angustia que producen los deseos todavía indecisos. Aquel pensamiento de infinitos efectos inmediatos, seducido por una idea de juego, podía crear para sí mismo su propia resistencia. Y mientras el pensamiento trabajaba en la arcilla, a medida que surgía una forma nebulosa, iba aumentando en El un calor nuevo, un entusiasmo desconocido. Aquella resistencia podía ser semejante a El, un compañero, un amigo, vecino a El en la eternidad: el hombre.

En la estación de Darlington, mientras esperaba el tren que me llevaría a Durham, escribí este poema:

> Jamás convencido de la necesidad, pero sin necesidad alguna, su apetito es saciado demasiado pronto, demasiado pronto lo cubre la protección de su guarda. El cántico salta alrededor de sí mismo.
>
> Su sabiduría es sólo esa vaga esperanza que lo obliga a estar vigilante. ¿Abrirá alguien la puerta? Los ojos, las alas fueron hechas al parecer para una libertad inexistente.
>
> Las hojas del plátano pueden ser rasgadas por el sol como la vela de un barco y deshilvanada por el viento como una bandera. Su felicidad consiste en su reposo. La tranquilidad rige a los seres que vuelan en reflejos instantáneos o solamente en semillas que atraviesan el campo.

Pero el cautivo suspira por un cielo que no basta mirar. Hay un sol para los que están tendidos y otro sol para los que se agitan. Un sol que arranca movimientos de placer de las húmedas hierbas y gritos de las flores, mientras otros suspiran. El cautivo salta alrededor de sí mismo.

29 de agosto

Entre las ideas que encuentro más interesantes en el libro de Schwartzmann está la contraposición que establece entre la creencia en la libertad histórica del hombre y su libertad personal real. Cuando se afirma aquélla, no se hace en verdad otra cosa que hipostasiar a la humanidad, elevándola a la categoría de sujeto auto-suficiente de la historia, pero con eso mismo se destruye a la individualidad, que en último término no puede, en rigor, ser representada como libertad pura, a menos que se prescinda de la enfermedad y de la muerte. No puede hablarse sino en términos relativos de un control racional de la vida del individuo, pues todo control tropieza necesariamente con el límite irracional de la muerte. En cambio, hasta hoy ha podido plausiblemente la humanidad ser considerada como inmortal, por lo menos en comparación con la duración normal de la vida de los individuos. Después de la bomba atómica, ya no es ello posible. Pero sobre ese postulado de inmortalidad se han edificado las teorías del control racional de lo colectivo. La ilusión de la humanidad permitía cerrar los ojos a la misteriosa e inevitable muerte del hombre y hacía posible la aplicación práctica del peligroso optimismo colectivista que hoy vemos más o menos universalmente difundido. El individuo es la víctima, pues para moldear el ser imaginario de la sociedad se lo somete a controles que lo desfiguran y esclavizan. Si abandonamos, en cambio, la creencia en la absoluta libertad histórica del hombre, para reconocer francamente el rol que en la historia cabe a la Providencia -cuyo trabajo no es otro que el de concedernos continuamente oportunidades frente a las cuales juega la libertad real del hombre-, desde el punto de vista cristiano de la vida mi experiencia de la libertad no puede resultar sino enriquecida. No sólo me siento en cada instante libre para responder a esa voz que continuamente me habla ofreciéndome caminos. Además, sé que ella no es sino el Amor que me exige respuestas y que me alimenta desde el fondo de mí y este saber me produce alegría, un sentimiento de libertad frente al mundo cósmico y social, un desasimiento delante de ese mundo que me transforma en un aventurero y que excita mi fantasía.

31 de agosto

Es un hecho que buena parte de las obras maestras de la novela del siglo XIX -especialmente francés- se nos aparecen en la actualidad no sólo como anacrónicas, sino también como superficiales u ociosas. Se tiene la impresión de que grandes regiones del alma humana, justamente

aquéllas que consideramos más profundas, les eran a sus autores desconocidas, por lo cual los problemas centrales que en esas obras se agitan nos parecen vanos, inútiles, estúpidos. Entiendo que la clave para entender este fenómeno de envejecimiento está en el hecho de las variaciones de la intimidad a que Schwartzmann se refiere en su obra. Nuestro mundo íntimo es otro, es decir, otro es el campo de aquello que, por parecernos el asiento específico de lo que nosotros mismos somos, nos inspira un respeto mezclado de dudas y temores y que, por lo mismo, guardamos celosamente de la indiscriminada vista ajena. Es esta intimidad lo que nos interesa primariamente conocer en los demás y en nosotros mismos, pero bien sabemos que ella no puede ser conocida sino construyéndola artísticamente.

2 de septiembre

Disfruto de uno de mis últimos días en esta casa. Esperaba hoy a Nicanor Parra, pero no ha venido. El lunes o martes debo partir. Vagaré a pie por el condado de Sussex durante una semana y después, según espero, me marcharé a España. Hoy es ya un día de temprano otoño, un bello día de viento que desprende de los árboles las primeras hojas amarillas. El sol es muy pálido, un sol triste como el de algunos días despejados de invierno en el sur de mi país. Creo haber visto en alguna parte este mismo sol sobre una playa desolada, donde no había sino unas casas de madera y la armazón de un barco inconcluso. Se diría que el mundo estaba en trance de ser deshabitado. Todos se iban de él, hasta el sol, y unas familias se quedaban solas. Esa composición de lugar no está lejos de mi estado presente. Tengo la impresión de haberme quedado solo en un lugar muy remoto de la tierra. Todos terminarán por irse a otra parte, pero yo permanezco, deshabitado. Nuestras relaciones con los demás, ¿qué son sino chispazos de luz débil en la noche oscura? ¿Qué poseemos? Sólo un tiempo precario, cuya esencia misma es desvanecer, pasar. He suspirado por ver a mi madre, por vivir de nuevo con ella. Como un niño o como en los cuentos le diría: "Ahora no nos separaremos más". Pero, ¿cuánto tiempo volveremos a estar juntos? En cada instante de nuestra vida está presente esta certeza interior de la muerte, nuestra creencia fundamental, el hecho fundamental de la vida. Si describimos irreligiosamente desde la realidad de nuestro fin la perspectiva de nuestro destino, todos los movimientos sociales de la época contemporánea aparecen desprovistos de sentido, como las piruetas de un loco o las contorsiones de un pez fuera del agua. Irreligiosamente tomada, la vida humana no tiene más forma respetable que el juego. Tal vez lo único que vale en un mundo ateo es un cierto tipo de juego exploratorio que sea como un desafío a los poderes de la verdad sobrenatural que yace en nuestro interior. Algo semejante a lo que quiso ser el surrealismo, despojado de su prejuicio demoníaco.

4 de septiembre

Me pregunto si la *impotencia expresiva* que Schwartzmann atribuye al hispanoamericano -acertadamente, a mi juicio- no es un rasgo humano general que debe ser entendido como una de las consecuencias fundamentales de la caída, de la catástrofe interior del hombre que determinó en él una ruptura que le impide expresarse en un solo acto por entero. Nos es imposible vernos y poseernos de un solo golpe, y parece que siempre terminara por escapársenos aquello que en esencia somos: nuestro nombre, el fundamento ontológico de nuestro ser, aquello que sería lo único en permanecer si fuéramos despojados de todo lo que no es en nosotros más que añadido o máscara. Dada la imposibilidad de una convivencia perfecta, a causa de esta trabazón interna del ser humano, la conformidad con un régimen de convivencia disminuido, pero, sin embargo, tolerable, se expresa a través de convenciones que han constituido la malla de las relaciones humanas civilizadas en todas las culturas, especialmente en aquellas que se caracterizan por una dosis mayor de formalismo. Mas, parece darse en el hispanoamericano una resistencia particular contra las convenciones que hacen posible la convivencia política. Expresando tal vez la rebeldía de la naturaleza frente a lo que toda cultura tiene de arbitrariedad y mentira, se da frecuentemente entre nosotros la desconfianza ante las palabras, motivada no sólo por un recelo que las hace nacer de las intenciones, sino también por una especie de escepticismo acerca de su valor expresivo, como si se supiera a priori que todas las palabras del mundo serán incapaces de expresar aquella oculta verdad del individuo que no está destinada a ver la luz en esta tierra. Acaso esté en relación con este mismo hecho la prosperidad del género poético en nuestros pueblos, ya que la poesía es necesariamente una distorsión del lenguaje ordinario que el poeta destruye para moldearlo de nuevo, como si arrojara al crisol los viejos tipos de una imprenta para aprovechar el metal en la fabricación de letras antes desconocidas. Diríase que el hispanoamericano busca un nuevo lenguaje, en su impotencia.

Holmbury St. Mary (cerca de Dorning), 5 de septiembre

Después de desalojar mi departamento en casa de Mrs. Byler, partí esta tarde de Londres, poco antes de las 5, en viaje a Dorning en autobús. Ahora me puedo considerar un vagabundo completo, pues ya no tengo casa. Dejé a Mrs. Byler sentada en el césped de su jardín con Mme. Tonnaillou, su hija, Sally y una amiga con su pequeñuela de la edad de Sally. Allí, sentadas bajo el sol espléndido de hoy, se veían dignas de ser eternizadas. Por un instante eran tal vez felices en medio de tantos bienes pasajeros: el verano, el sol, ese jardín de una casa ya vendida. Así vivimos.

En Dorning tomé otro autobús que me trajo hasta un crucero del camino a Holmbury St. Mary. Caminé unas dos millas por una vía muy

angosta que atraviesa los bosques de Leigh Hill. Ha sido la tarde más perfecta que he visto en Inglaterra. La luz, aunque pálida, era de una pureza tal que brillaba, inmóvil y sin embargo como estremecida, a lo largo de cada rayo de sol. Me sentí feliz caminando de nuevo con mi saco alpino bajo las encinas y hayas enormes que entrelazaban sus ramajes en lo alto del camino. El suelo está cubierto de grandes helechos, de un verde que se va haciendo más borroso y sombrío a medida que la mirada se adentra en la espesura. Nada me recordaba a Londres ni a la Inglaterra urbana que me disgustaba. Al atravesar la aldea que se extiende a lo largo de una ruta principal sentí las campanas de la pequeña iglesia que daban las 8 menos cuarto. Los ingleses han sabido conservar aun en las ciudades industriales la poesía de los relojes que dan la hora con una voz familiar que une a través de las edades el destino de las generaciones. Cuando las oigo, siento que amo a este país y que sufriré siempre de su nostalgia. Después de pasar la aldea, donde compré unos bollos que me sirvieron de cena, seguí por el camino, según las indicaciones que me dio una de estas amables, legendarias viejas que no existen sino en estas islas. Era una señora parecida a Cristóbal Colón, que caminaba como él debe haber caminado, claudicante y glorioso, en su pobre vejez. Me dijo algo sobre mi saco y, en seguida de darme las noticias de mi ruta, concluyó diciéndome, compasiva, que sería para mí agradable el momento en que llegaría a mi destino. "Oh, very nice indeed!", le contesté. Desviándome del camino principal, una vereda bajo árboles que formaban un túnel de verdura me trajo hasta esta hostería moderna, limpia, confortable. Unos 10 muchachos y muchachas leen en este momento en la sala común, después de la cena. Una muchacha teje. Son recién las 9, pero ya es noche completa.

Tyllingbourne Hostel (cerca de Wolton, Surrey), 6 de septiembre

Creía hallarme en una granja cuando de pronto, al salir de la sala común donde arde un fuego escaso en esta tarde de lluvia, me encuentro con que estoy en la planta baja de una ancha mansión de piedra dorada. El dormitorio ocupa una enorme sala con techo artesonado, tal vez isabelino, en el mismo cuerpo de edificios de los antiguos establos. A un costado del jardín hay un remanso del río.

Salí esta mañana de Holmbury, después de pulir los bronces de las puertas, trabajo que me correspondió en la repartición de las tareas matinales. Me interné por un camino del bosque y llegué a la cumbre de una colina, desde la cual se dominaba, a pesar de las nubes, el ancho paisaje de verdes sembrados y de oscuros árboles. Hacia el norte no se divisaba ningún poblado. Si me hubieran traído a ciegas, no habría creído jamás hallarme a menos de 40 millas de Londres. Ante mi vista se desplegaba la vieja Inglaterra pastoril, con un cielo azul de blancas nubes esculpidas. Antes del desayuno, vi cómo la humedad se evaporaba del pasto. No después de dos horas, los tenues vapores oscurecían todo

el cielo. Bajé sin rumbo, entre los bosques de encinas, hayas, pinos, castaños, comiendo algunas moras y apartando de mi paso a los helechos. Demasiado tarde me di cuenta de que había penetrado a un terreno particular. Cerca de una mansión jacobeana de ladrillos oscuros, sentí el terror de escuchar unas voces detrás de un seto, sólo a unos cuantos pasos de mí. Pasé sigilosamente y a poco andar desemboqué en el camino. En la encrucijada decidí seguir a Shere, que mi guía de Inglaterra presenta como la más linda aldea de Surrey. Siempre me cuesta decidir en los cruceros. Querría ir al mismo tiempo a todas partes. En Shere me detuve largamente en la iglesia, gótica con elementos normandos, situada al lado del río que corre bucólicamente entre sauces. Admiré un pórtico normando decorado con esos simples elementos geométricos que le dan tanta nobleza: triángulos y líneas en zig-zag. La torre chata tiene un encanto de estampa infantil. Recorrí después la aldea, que parecía deshabitada o dormida, pasé frente a algunas casas isabelinas y salí hacia Albinger Hammer, en el camino principal que, a pesar de mis prevenciones contra los caminos principales y de la frecuencia de vehículos, me pareció hermoso. Una angosta vereda corría a trechos, a varios metros de la vía, bajo grandes encinas y olmos. De cuando en cuando aparecían huertos con manzanos cargados de fruta aún no madura, ciruelos con frutos rojos, girasoles que parecían venerar al sol fantasmal, oculto detrás de las nubes. Al llegar a Albinger Hammer, compré a un vendedor ambulante un racimo de uva blanca italiana, que comí deleitosamente frente al reloj de la aldea, esperando que el guerrero golpeara la campana con su martillo para dar las 3. Después visité Albinger Common y, bajo una lluvia cada vez más rápida, busqué Tillingbourne Hostel, que encontré por fin.

Pedraza, provincia de Segovia, 27 de septiembre

Llegué a Madrid en avión hace una semana y me vine el sábado por la mañana con Alfredo Lefevbre a Segovia, ciudad de las más hermosas que conozco. El lunes en la tarde nos fuimos en coche de línea a Cuéllar, que tiene unas bellas calles apretadas y una bella plaza en el centro, con viejas casas altas adornadas con escudos de piedra y con alrededores polvorientos llenos de ruina. Caminamos ayer por la tarde hasta el Henas, donde hay una ermita a la Virgen que allí se apareció a un pastor. Pasamos por la orilla de unos bosques de pinos raquíticos, de los que se explota la resina. El sol es puro, despejado, debajo unas negras nubes que el viento helado empujó hacia el poniente sin soltar una sola gota de agua sobre las tierras secas hasta la miseria. En Cuéllar, una vieja maldita -la Madre de todas las calamidades- nos explotó desvergonzadamente. En la noche, me devoraron las chinches. La vieja organizó nuestros menús para que resultaran carísimos. Esta mañana, después de dormir en el confortable hotel de otras viejas, nos vinimos de nuevo a Segovia, donde pasamos el día. Visitamos el Alcázar antes de almuerzo y el Monasterio de los Jerónimos después. Nos vinimos en

autobús a La Velilla, de donde caminamos hasta Pedraza, con una pequeña caravana de campesinos y burros. Aquí nos hemos alojado en la posada de la plaza, de sorprendente limpieza, bien arreglada en una casa del siglo XII con portales. Fuera de nosotros, hay en el comedor dos señores de edad que parecen ingenieros. De los muros cuelgan cerámicas, con decoraciones de pájaros y flores. El suelo es de mosaicos blancos y negros. Se oye cómo fríen en la cocina las mujeres que hablan incansablemente. Un reloj de péndulo sin caja, con grandes pesas, marca a mi lado la hora. El techo artesonado tiene grandes vigas paralelas de color nogal. Nuestro dormitorio es grande y da a una galería exterior que mira a la iglesia románica de la plaza. El dueño del hotel nos ha dicho que la mayoría de las casas de este burgo están arruinadas, derrumbándose. La viuda de Zuloaga vive en el castillo. Amo este duro paisaje castellano y estas ruinas ilustres.

Nueva York, 15 de octubre

Mi contacto con esta ciudad me ha hecho ver con más claridad que nunca mi irresistible tendencia al mundo natural. Creo que el mejor momento que he vivido fue aquel en que divisé por primera vez desde el avión el Atlántico libre, poco después de salir de Lisboa. Igualmente ayer, acodado en unos fierros en la punta de Manhattan, me emocionó sentir el movimiento de las aguas del Hudson que azotaban la orilla y las maderas de un muelle. Eso significaba más para mí que los rascacielos que tenía a mi espalda y que el Queen Mary que en esos momentos abandonaba el puerto. La existencia de estas grandes ciudades me parece condenada, desequilibrada, fea, y aquí más aún que en Londres. Hallo que uno de los mayores encantos de París está en la combinación de su consumada urbanidad y su ruralidad. La misma sensación experimentaba en las ciudades italianas. Madrid, en cambio, es una capital del desierto, una ciudad calcinada, sin huertas circundantes, sin ruralidad.

Por lo que he visto, Nueva York me parece una ciudad monstruosa. Es el frenesí del utilitarismo. Los avisos luminosos son un escándalo cósmico. Las luces urbanas más impresionantes que el hombre ha producido iluminan el corazón del mundo con imágenes de la Coca-Cola y de los autos Ford. A su carácter prosaico, veo que ella une el orgullo de su condición. Dejando aparte la grandiosidad cuantitativa de los rascacielos, que tienen por lo demás un encanto desolado un poco ridículo, la ciudad es horrible: un Londres sin la seducción de Inglaterra. Me sorprende la ordinariez de la gente que llena las calles, su rudeza, su falta de serenidad y de alegría. Jamás creí que los Estados Unidos fueran a producirme tal impresión de barbarie. No se ve aquí raza, en el mejor sentido de la palabra. Hasta en las revistas literarias me parece descubrir una especie de brutalidad, de gangsterismo. Me disgusta, además, este contacto directo y continuo con las máquinas, con los metales, a que está uno sometido, así como esta inevitable cuadriculación de los movimientos bajo la orden de luces rojas y verdes. Aun hallo, caprichosamente sin

duda, un claro salvajismo en los taxis, vertiginosos, fuertes como torpedos y pintados de amarillo y rojo. Se siente que la vida humana no importa aquí nada.

Creo advertir en la literatura hispanoamericana una tendencia a la humanización del paisaje radicalmente distinta a la que se comprueba en la literatura griega, en la cual la naturaleza no es por lo general sino un fondo decorativo frente al cual se mueven los hombres. Acá, en efecto, los hombres se mueven *dentro* de la naturaleza, entrelazados con ella, a la que se atribuyen, por otra parte, potencias humanas de odio y amor. Los personajes no se recortan en el marco natural. Todo el tiempo están en lucha pasional con el paisaje. Arboles, ríos, montañas, riscos, son seres próximos, animados, a los que se dota de una actitud humana. Recuérdese *La vorágine*, la madera, el vino, la lluvia de Neruda, la pampa de *Don Segundo Sombra*. Así también, en la literatura europea los animales son *pets*; en la americana, son personajes situados a la misma altura que el hombre mismo. No es común que en nuestra literatura se reconozcan los límites de las cosas. Hay siempre más o menos presente un soplo pánico que lleva a la presión de los elementos, y desde luego a la de las personas. Acaso pueda servir para explicar la violencia del hispanoamericano, su incapacidad para resignarse a reconocer la naturaleza solitaria, y en el fondo inasible, del individuo. Se quiere abolir ese misterio tenebroso que oculta el fondo de las almas y entablar relaciones paradisíacas.

Nueva York, 16 de octubre

Escribo sentado frente a la laguna del Central Park, donde nadan unos patos bajo el sol espléndido de esta mañana de otoño. Personas de edad toman el sol, mientras bandadas de niños conducidos por sus viejas maestras pasean en visita de estudio. Voy hacia el Metropolitan Museum of Art. Esta mañana temprano me conmovió la noticia de la enfermedad de las gárgolas de Notre Dame y de las viejas piedras de Francia, que leí en el *New York Times*. Parece que, bajo la acción de un insecto o microorganismo traído por el viento, la piedra se hincha como si estuviera afectada por un cáncer, y después se deshace. No podría haber recibido una noticia más en consonancia con mis tristes aprensiones por el mundo. No quedará sino esta vulgar barbarie americana.

Anoche, en la habitación que ocupo en mi horrible hotel, pensé que este país debe estar habitado por innumerables fantasmas de máquinas y de hombres devorados por las máquinas. La materia debe rebelarse fantasmalmente frente a la opresión del hombre, que la obliga a trabajar sin descanso.

No conozco en toda la cultura latinoamericana ninguna expresión de pura espiritualidad semejante, siquiera de lejos, a la música de Bach, a la pintura de un Fra Angélico o a la poesía mística española. Siempre se está en ella en plena pasión y subjetivismo, en una especie de querella del ser con los demás y consigo mismo. No es extraño que el arte

hispanoamericano colonial culminara en el barroco y que en un barroquismo de buena o mala clase se haya vivido invariablemente hasta hoy. El alma nuestra se da en un continuo forcejeo. ¿En busca de qué? De una expresión personal auténtica, en busca de sinceridad, es decir, de relaciones humanas puras y sin mezcla, como si se quisiera -¿indebidamente?- eliminar esa mancha negra del hombre en donde, según Carossa, habitan los demonios necesarios a la vida. Pero es curioso también el que el hispanoamericano en general se niegue a conceder al trabajo una significación trascendente dentro de la existencia humana. Se quisiera instaurar desde luego una sociedad paradisíaca en la que el hombre, sin mediación de ninguna clase, vale por sí mismo, por lo que es y no por lo que hace ni por lo que tiene. Se desconoce el rol de auto-revelación del esfuerzo disciplinado, y, por lo mismo que los oscuros ideales que se pretende realizar son absolutamente inalcanzables sin un cambio radical del mundo, se cae por lo común en una suerte de escepticismo vitalista que se manifiesta bajo la forma de un culto sombrío a la vida en cuanto vida, lo que naturalmente lleva a la desintegración de la conducta individual y social, a la admiración del borracho, del criminal, del bandido, del disipado y del "hombre fuerte", admiración no exenta paradójicamente de desprecio. De ahí me parece derivar gran parte de las particulares dificultades con que el oficio político tropieza en América Latina. El hispanoamericano suele ser el más intolerable de los críticos, con lo que resulta imposible complacerlo, y como no parece tomar en serio nada que no sea la vida misma con todas sus contradicciones, crueldades e intemperancias, no es fácil gobernarlo. Acaso Portales en Chile contribuyó a su propio éxito con esa combinación de humorismo, sensualidad y dureza que caracterizaba a su personalidad y merced a la cual pudo imponerse sobre sus contemporáneos, sin tomarse a sí propio demasiado en serio. Tenemos el sentimiento de que lo único que merece ser respetado y hasta venerado es la corriente *ciega* de la vida que nos arrastra en el seno del incomprensible universo. Somos significativos sólo en la medida en que este *poder* se manifiesta también en nosotros, como amor u odio, en todo caso como pasión y aventura. Somos seres poseídos por la vida, por su fuerza de desarrollos imprevisibles. Pero, por lo menos la porción mestiza y criolla de la América Latina, lejos de entregarse al fatalismo, se entrega al juego, como para dar a esa vida una ocasión mayor de manifestarse sin el estorbo de los planes humanos.

Esa aspiración a lo paradisíaco se expresa muy bien, por ejemplo, en las siguientes palabras de uno de los personajes de *Canaán*, de Graça Aranha, que tomo de la obra de Schwartzmann: "Ha de llegar el día en que nuestro espíritu de hombre destructor logre, adaptándose al medio cósmico por una extraordinaria longevidad de la especie, recibir la fuerza orgánica de su propia y pacífica armonía con el ambiente, como sucede con los vegetales, y entonces abandonará, para subsistir, el sacrificio de los animales y de las cosas... Siento dolorosamente que al atacar la tierra ofendo la fuente de nuestra vida misma, y hiero menos lo

que hay de material en ella que el prestigio religioso e inmortal que tiene en el alma humana".

Mientras en el arte europeo el tema de lo irracional, tenebroso, demoníaco, siempre más o menos presente, jamás alcanza a cubrir todo el campo, pues siempre hay una referencia a lo luminoso y espiritual, en el hispanoamericano lo frecuente es que se ofrezca en estado difuso, impregnando todas las realidades, sin la presencia de la luz. El universo mancillado sufre sin esperanza.

Nueva York, 17 de octubre

Tanto el Metropolitan Museum como el Museum of Modern Art parecen admirables. Creo que nuestras escuelas en general, pero nuestras escuelas de arte especialmente, deberían aplicarse con más énfasis a las artes decorativas o menores. Hay que fomentar las artesanías como oficios centrales o laterales.

Río Piedras (Puerto Rico), 23 de octubre

Parece que las primeras imágenes del hombre americano, transmitidas a Europa por Colón y sus compañeros, influyeron en el robustecimiento de la conciencia naturalista que iba a culminar en Rousseau y el romanticismo. (¿No es una diferencia fundamental entre la Edad Media y la época moderna el hecho de que ésta tiende a borrar el pecado original de la imagen del hombre?). Las descripciones de Colón pintan a las sociedades americanas como paradisíacas, o poco menos. Fueran o no justas, ellas influyeron no sólo en Europa: también en la América Latina, a través de los europeos que aquí venían con la esperanza de encontrar *la buena tierra*. Sería interesantísimo el intento de rastrear, sobre la base de los testimonios que aún nos quedan, las motivaciones de los conquistadores. ¿Qué venían realmente a buscar? Pues vale la pena desprenderse tentativamente de la imagen inventada por los autores de la "leyenda negra" de un hato de hombres rapaces y forajidos que perseguían exclusivamente el oro y riquezas. Esa obsesión de la buena tierra, de una humanidad exenta de pecado, esa obsesión utópica, vuelve a hacerse fuerte con la Independencia y los primeros ensayos de organización republicana. Recuérdense, por ejemplo, los proyectos de Constituciones políticas a la romana o a la norteamericana, que se fundan en imágenes idealizadas de Roma y de los EE.UU.: imágenes poéticas de la realidad social.

Samuel Ramos observa que para el indio -mexicano- el valor de las cosas sólo existe "en cuanto están en relación mística con el todo". De ser ello así, no resulta difícil comprender la notoria pasividad de esos indios frente a la conquista española, ni su actitud frente a la cultura científico-técnica moderna. Si atendemos sólo a esa relación mística de la cosa con el todo, eliminamos casi la posibilidad de fabricar instrumentos y aun la de usarlos, pues tanto la creación como el uso técnico requieren un proceso de abstracción racional, que necesariamente des-

truya el enlace místico con la totalidad. No me atrevería yo a transformar un lingote de hierro en una pieza de máquina si no prescindiera de la significación religiosa que aquél puede tener y si no descartara de él su aspecto sobrenatural. Constancia y pasividad son lo primero que exijo de una máquina o de un instrumento cualquiera. Para usar prácticamente las cosas es, en efecto, preciso dejar de atribuirles una conexión directa con lo sobrenatural, desde que lo sobrenatural, como fuerza que se determina a sí misma, las haría inminentemente peligrosas con su intervención sobre ellas. Una concepción mística de la realidad resulta asfixiante si no se deslindan los campos respectivos de la divinidad y del hombre. Parece inherente al espíritu europeo la idea de la libertad humana frente a Dios, es decir, la idea de un mandato que el hombre ha recibido del poder divino para gobernar a su amaño, aunque sin excluir una prudente colaboración de la Providencia, el pedazo de mundo que le está destinado. ¿No está en relación con esto mismo el sentimiento de angustia y de esclavitud que suelen producir en el ánimo europeo las creaciones de las culturas místicas, como esos dioses hindúes de miles de brazos entrelazados, demasiado unidos a la naturaleza, o las espesas selvas de los bajorrelieves mayas? Hay un elemento deportivo inherente al espíritu occidental, un elemento de juego con las cosas que depende de la capacidad que el alma occidental tiene de cambiar el punto de vista y desubstancializar los objetos, olvidando su gravedad mística. Uno de esos juegos -el juego racional- ha originado a la ciencia; otro a la técnica. Pero estos indicios místicos se niegan a jugar, sumidos en una sombría cavilación escatológica. Todo resulta para ellos enorme, infinito y hasta un pájaro en vuelo sostiene sobre sus alas la masa del universo. Tal mundo me resulta irrespirable, tanto como el de la cultura rusa, que en su implacable intención sistematizadora revela un análogo afán místico de integración forzada de las cosas en totalidades sin ruptura. ¡Bendita sea la frivolidad! No puedo ocultar el desagrado que me provoca este retrato del indio maya actual de M. Soto Hall, citado por Schwartzmann: "Es grave, meditativo, callado, hermético en una palabra. En sus momentos de mayor alegría no es expansivo; apenas si sonríe de manera enigmática. La carcajada ruidosa, espontánea, le es poco menos que desconocida. Ni bajo el influjo del alcohol se modifica esta característica de su naturaleza. A cuanto más llega en estado de embriaguez es a llorar y a quejarse; pero esto último es una forma abstracta. Jamás se lamenta de sus desgracias íntimas, ni descubre sus secretos, ni deja conocer sus emociones. Alegrías y penas las rumia en silencio. Puede asegurarse que su única confidente, acaso porque está convencido de su absoluta discreción, es la naturaleza".

De pronto, a las 3 de la tarde, se oscureció el día y hubo que encender las luces en la casa. Ahora llueve a cántaros. Me sorprende siempre esta naturaleza tropical, nunca tranquila: parece que, desconfiada de sí misma, pugnara por hacerse presente con sus caprichos y

explosiones temperamentales. Cae una lluvia copiosa sobre las hojas verdes y naranja de las palmeras.

Río Piedras, 24 de octubre

Cada cuarto de hora suenan en mi cabeza las campanas de la torre vecina de la Universidad. No me producen aquí, sin embargo, el mismo efecto que las campanas de Oxford, de los barrios de Londres o de las aldeas inglesas. Aquí la luz demasiado deslumbrante parece suprimir el tiempo. No hay aquí distancias ni medidas. Todo es cercanía y presente. No existe el misterio de lo nebuloso, de lo entrevisto, esas sordas ambigüedades, esa penumbra que en países más sombríos las campanas anuncian, presagian y alumbran a medias. Este mundo es excesivamente definido, vertical, hecho de una indudable presencia durante el día, o de una noche completa, sin gradaciones. No hay aquí matices.

Esta mañana di un paseo por las afueras de Río Piedras, hacia una granja que llaman la Garrapata. Anduve bajo el sol buscando en vano esa efervescencia lujuriosa del trópico que me fascinaba en el Brasil y que aquí no existe. No hay grandes árboles ni abundan las flores. El verdor lo dan sólo arbustos y pastos. Hay, en cambio, demasiadas carreteras de asfalto, camiones y automóviles. Casi no existe aquí paisaje. Existe sólo actividad humana. Los colonizadores españoles y norteamericanos talaron los árboles mayores, limpiando el terreno para el cultivo de la caña. Como consecuencia de la desaparición de esos árboles, murieron las plantas trepadoras de enormes flores y los arbustos coloreados. Uno de los rasgos más dolorosos en los llamados países nuevos, o países de explotación en masa, es esta violenta muerte del paisaje primitivo, de los viejos árboles, de los jardines naturales y de la libertad de la naturaleza. Siempre me sorprendió en Europa la abundancia del bosque, de praderas silvestres, de flores -todos ellos más o menos artificiales en su origen, pero naturales otra vez, desde que se le deja libertad para crecer de nuevo dentro de ciertos límites-, en contraste con esta América pelada, de tierras secas, muertas o planificadas que el hombre va chupando con avidez implacable. En nuestros países no se dan sino la naturaleza pura, aun virgen, que será también mancillada un día, y los eriales o semieriales, los campos semiindustrializados sin belleza. Sólo lo superior al hombre en resistencia, como el mar o las montañas, han podido preservar su dignidad. Lo demás son ruinas.

Mi vida social en esta isla ha sido intensa, demasiado. He conocido algunos personajes agradables. Segundo Serrano Poncela, que fue Ministro del Interior durante la guerra civil española, me ha parecido un espíritu sutil, bondadoso, profundamente desencantado en este mundo en el cual no tiene raíces. Cipriano Rivas Cheriff, humorístico, histriónico, hombre cordial, con una expansividad que suele darse entre los de su condición. Otro desencantado, Luis Aracena, largo y delgado como un ibis. El pintor surrealista Fernández Granel, que me parece poseer un notable equilibrio y una viva inteligencia. Pablo Garrido, que

me da la impresión de tener un busto monumental instalado sobre un pedestal de yeso. Y Pedrito d'Andurain, muchacho del pueblo chileno que toca bien el violín por un milagro de ubicación de los talentos. Mis relaciones con Jorge Millas y Manén son excelentes. Amistad, confianza, humor y camaradería.

Río Piedras, 26 de octubre

"El cielo es la fuente de la luz en la naturaleza y lo gobierna todo", dice Constable, el pintor.

Río Piedras, 27 de octubre

Ayer di mi primera conferencia en la Universidad, sobre la naturaleza en la literatura hispanoamericana. Según parece, Frondizi dijo que mis afirmaciones no lo convencían, porque igualmente podrían hacerse las contrarias.

Creo que los dos errores básicos de las clasificaciones caracterológicas son los siguientes: indefinición de los términos empleados -como los de mundo externo y mundo íntimo, defecto que Schwartzmann señala muy bien en su obra, aludiendo principalmente a Kretschmer y a Jung- y parcialidad o unilateralidad sistemática. Es no sólo aceptable, sino inevitable y útil, una unilateralidad metódica, puesto que no se pueden agarrar todos los hilos de la madeja al mismo tiempo. Pero es evidente que sobre la consolidación del carácter humano actúan todas las influencias: siderales, telúricas, sociales, individuales, etc. El verdadero problema reside en la determinación de los factores que condicionan la respuesta del hombre a dichos estímulos, es decir, el de la naturaleza humana y sus variaciones. Pues es evidente que el hombre no es una tabla rasa indiferenciada. La caracterología nos lleva, en consecuencia, a plantearnos el problema del hombre y del individuo. De captar la existencia de una individualidad originaria, anterior a toda influencia externa y equivalente a una variedad singular dentro de lo humano, y de captar, por otra parte -cosa más fácil-, la individualidad o unicidad de las influencias externas y su continua variación en el tiempo, nos hallamos ante una perspectiva escabrosa: un universo variable ejerciendo influencias sobre un organismo único y también variable. Para descubrir lo que hay de estable y legal en este proceso infinitamente diferenciado, es preciso acudir a los hechos y observar las consecuencias, el comportamiento de los seres individuales, sin excluir la posibilidad de efectuar algunos experimentos y de aprovechar los que la naturaleza o la historia producen espontáneamente. Pero nuestras conclusiones generales no se referirán en ningún caso a cada uno de los seres humanos reales, sino a una o varias entidades abstractas -hombres simplificados o desrealizados- que no podrán servirnos, desde un punto de vista científico, sino como *punto de apoyo* para comprender al ser individual en su singularidad, por la aplicación de otros métodos. Las

conclusiones caracterológicas no son mucho más importantes para el conocedor de los hombres que la vista de las líneas de la mano al quiromántico: apenas un punto de partida.

Señala Jaensch con énfasis saludable -si se toma en cuenta el hecho de que tal factor había sido por lo común desdeñado- la importancia de la luz en la formación de la personalidad, según él, los tipos psicológicamente integrados serían aquellos que poseen una capacidad de adaptación a la luz solar, es decir, a los rayos de onda larga, y especialmente al rojo. Serían desintegrados, en cambio, los que se adaptan preferentemente a los rayos de onda corta de la luz celeste o nocturna. Por cierto, tales afirmaciones son considerablemente vagas, aun cuando el principio en que se apoyan sea justo. Si la vida social fuera predominantemente nocturna, es probable que integrado fuera el más adaptable a los rayos siderales, a menos que el organismo humano exija necesariamente una dosis mínima de luz solar para su funcionamiento normal. Por otra parte, esta clasificación de los hombres en diurnos y nocturnos confirma viejas intuiciones místicas y poéticas que han llegado a formar parte de la propia sabiduría popular y que guardan alguna relación con la astrología. Como se ve, el *lunático* adquiere patente científica.

Mas, salvo que asignemos a la luz una significación privilegiada, sobrenatural o científica, no hay razón para clasificar a los seres humanos sólo o principalmente desde el punto de vista de su sensibilidad a ella. Es obvio, es claro, que una perfecta adaptación a la luminosidad del medio actuará como un factor positivo en mi respuesta frente a cada situación concreta. Y es legítimo pensar que la intensidad luminosa mayor o menor contribuye a condicionar diferentes conformaciones psicológicas. Me parece que en Inglaterra y en los países nórdicos en general, un hombre del sur puede presentir claramente la efectividad de tal proceso.

Río Piedras, 3 de noviembre

Una cultura es sobre todo un repertorio de actividades que la sociedad ofrece al individuo, no sólo para que se gane la vida, sino principalmente para que a través de ellas pueda vivir y crecer hacia una meta de sabiduría y de beatitud. La superficialidad de nuestra cultura se manifiesta patentemente en el carácter forzoso y no liberador que esas actividades revisten para el individuo. Escasos son entre nosotros los que miran al trabajo como algo más que un medio de ganar el sustento. Ya lo señalaba en Chile don Manuel de Salas a fines del siglo XVIII. Existe una honda disociación entre el individuo y su obra. Cualquier trabajo da lo mismo, desde que se trata sólo de ganarse el pan, cumpliendo de malas ganas la condena bíblica. El trabajo, como el juego, carece de una fuerza imperativa que mane de la intimidad de nuestra gente, de sus deseos. Parece haber una inadaptación del alma a la nueva vida condicionada por el pecado, después de la expulsión del paraíso. Es decir, uno se encuentra con un rechazo de la cultura y de la sociedad

civilizada. Todo da lo mismo, puesto que todo es de antemano, si no perverso, fútil. Flota en el continente un sentimiento desvalorizado de las obras humanas, lo que tal vez explica nuestra visible ausencia de la historia de las creaciones culturales a lo largo de toda la época moderna. Pues la verdad es que no somos tan nuevos en el concierto de la cultura occidental. Somos, en cambio, buenos imitadores y receptores pasivos. Justamente porque todo nos da en el fondo lo mismo, podemos digerirlo todo, ni bien ni mal, indiferentemente, apáticamente, sin entusiasmo creador.

Creo que uno de los caracteres diferenciales de la angustia que hallamos en la literatura latinoamericana es su indefinición, su carencia de objeto.

Río Piedras, 15 de noviembre

Desde hace 3 días, llueve furiosamente, con intermitencias de calor. Me molesta en este país el tono uniformemente oscuro del verdor de los árboles y plantas. Si la vegetación no fuera muy diferente, las verdes colinas harían pensar en Inglaterra. Por eso mismo me gustan especialmente las plantas que crecen pegadas a mi ventana que da al jardín del Rector. Son ésas semejantes a la planta del girasol, coronadas de hojas especiales que parecen pétalos encarnados. Me dice doña Manuela que la llaman aquí flor de Navidad. Las grandes hojas lustrosas, de un tono claro, y los tallos verde nilo balancean su desnudez bajo la lluvia. Evocan la delicia del baño en este país de calor.

He seguido leyendo lentamente *Les Secrets de la Naturité* de Hans Carossa. Me agrada extraordinariamente todo lo que ahí hay de reflexión general, sensitiva, caprichosa, inequívocamente germánica, acerca de la vida, pero me desagrada el tono beato con que trata sus amores con Bárbara y sus relaciones con las dos mujeres.

Creo que otra de las confirmaciones de mi tesis acerca del ciego vitalismo latinoamericano es el hecho de nuestra carencia de moralistas. No me refiero, naturalmente, a los insoportables escritores "qui font la morale", sino a los que, creando una distancia entre su conciencia y su experiencia, intentan *ver* su propia vida con el fin de establecer una relación entre los fragmentos dispersos de lo vivido y entre lo vivido y el cuadro general de lo real. No hay un apetito de visión, sino de pasión. Nuestras novelas surgen de una relación de proximidad tan estrecha entre el autor, la acción, los caracteres y el paisaje, que llegan a parecer, más que novelas, interminables poemas líricos. ¿No suele ocurrir que lo mejor de ellas es lo que tienen de poesía pura? Dijérase que son obras purgativas, pero no contemplativas. La poesía de Neruda me parece en buena parte un exorcismo, un desesperado acto ritual de purificación interior. Aunque ella posee en sí misma valores indiscutibles -desde luego, el hallazgo de imprevistas relaciones entre los objetos y el descubrimiento del ritmo más original que se haya dado en la poesía

contemporánea de lengua española-, su éxito fuera de América se debe tanto como a la influencia del factor político, al hecho de que hoy en día la conciencia en crisis se halla en estado de exigir perentoriamente tal tipo de actos rituales. Todo el siglo ha padecido la sed de desentrañar los monstruos de las oquedades mentales, la pasión de verse. Entiendo que nuestros escritores se limitan a expulsarlos, sin designio alguno de visión. No parece aplicarse a ellos la justa observación de Carossa: "verosímilmente el hombre es la única criatura de la tierra que tenga la voluntad de mirar el interior de otra".

"Las más amargas palabras que se dicen los hombres tienen raras veces un poder tan grande de división como aquellas que no son pronunciadas y que uno espera vanamente del otro", dice Carossa. La sentencia es una buena ilustración de la tesis de Schwartzmann acerca de los efectos desintegradores que sobre lo social ejerce lo que él llama impotencia expresiva del americano. Nuestras vidas suelen desarrollarse en una atmósfera de mutua hostilidad proveniente de la carga, fuerza gravitacional de todo aquello que se calla. Existe un resentimiento tácito que es, desgraciadamente, la tierra común de la que brotan muchas de nuestras relaciones humanas. Es el tema -ya no sé si de Juan Tejeda o Eduardo Molina- de aquella novela -*El fondo del vino*- que me permití comentar hace algún tiempo. "Hay que aclarar el asunto..." Nadie, por supuesto, aclara nada. ¿Es una simple ilusión de presentimiento que uno tiene en nuestras sociedades de hallarse en un pantano densamente poblado de animálculos semivegetales que forman una especie de baba? Yo diría que las nuestras son *sociedades coloidales*. El elemento ligador es una especie de erotismo difuso que llega a su apogeo en la borrachera colectiva y que las mantiene en ese silencio receloso que constituye una protección en contra de las claridades comprometedoras de la sinceridad. Pero habría que saber si en su condición presente es el latinoamericano capaz de sinceridad. No puede serlo quien sea inhábil para mirarse a sí mismo, quien sea inapto para establecer esa mínima *distancia* que la contemplación requiere.

Río Piedras, 16 de noviembre

Anoche estuve en casa de Serrano Poncela, que nos leyó lo que tiene escrito de su farsa poética inspirada en el romance del conde Claros. Intenta ser una combinación de teatro y ballet, con fondo de música rococó. Salvo pequeños detalles, el texto me pareció excelente, sobre todo en aquellos pasajes en los que el uso de ciertos símbolos y nombres permite reconstruir poéticamente a la Edad Media.

"¡Oh, solamente en islas reservadas habitan los órdenes armoniosos de la humanidad, eternamente amenazados por las llamas negras y purpúreas del incendio universal, que profetizan los viejos cantos de Islandia!" (H. Carossa). ¡También de Islandia!

Río Piedras, 21 de noviembre

Ayer llegó Juan Ramón Jiménez a la Casa de Huéspedes. No me lo representaba tan viejo. Tiene una hermosa cabeza del Tiziano, unos pequeños y penetrantes ojos oscuros bajo cejas revueltas. Habla principalmente de su enfermedad, de sus malestares. Se queja de los médicos, con una obstinación de viejecito mañoso. Se refiere infaltablemente con desagrado a los otros poetas. Habló mal de Jorge Guillén y de Luis Cernuda que, según él, no es sino un mediocre traductor de poemas ingleses. Tuve que fingirme médico ante él, a petición de doña Zenobia. Anoche, a mi llegada, pasé a verlo a su cuarto. Acostado bajo el mosquitero, parecía un dios hindú enfermo. Esta mañana me ha vuelto a hablar de sus enfermedades mientras un barbero lo afeitaba.

A mediodía presencié junto con Jorge Millas y W. Peñaloza, una parte de su entrevista con el rector Jaime Benítez. Me causó pena advertir los grandes esfuerzos que el anciano hacía por decir cosas agradables e hiladas sobre Puerto Rico. Al parecer, descubrió que un buen método consistía en hablar en contra de EE.UU. Dijo lugares comunes y disparates, entre otros, que Puerto Rico influye tanto sobre EE.UU. como éstos sobre Puerto Rico. Recomendó esforzarse por civilizar a Norteamérica.

Después, a la hora de almuerzo, a solas conmigo, y entre sus muchas quejas sobre su mala salud y su debilidad, hizo una pavorosa descripción de la persona física de Antonio Machado, hombre que jamás conoció el agua como artículo de aseo, a quien la ropa se le caía a pedazos, que usaba cuerdecillas en lugar de los botones ausentes en sus camisas, enfermo incurable de una sífilis repugnante, etc.

Río Piedras, 22 de noviembre

Esta mañana conversé de nuevo con Juan Ramón Jiménez. Habló de la poesía hispanoamericana. Considera que hay muchos buenos poemas, pero pocos buenos poetas. Dice que, con la excepción de Chile, los demás países no han sabido hacer una poesía representativa del Nuevo Mundo. Los argentinos, a causa de la influencia extranjera, "han matado lo único típico que era la pampa". La literatura colombiana le parece desastrosa. Los colombianos se precian de hablar el mejor castellano de América y hablan el peor, puesto que es el menos vivo, un castellano retórico del siglo XIX, hinchado de elocuencia. En cuanto a los mexicanos, toda su cultura está afectada por el conflicto no resuelto entre lo español y lo indígena. La poesía que hacen le parece anticuada. Según él, la poesía chilena, en cambio, ha logrado constituir una visión más rica del Nuevo Mundo y de su fuerza. Cree que el gran poeta de la segunda mitad del siglo será chileno. Dice que le parece que Chile estará destinado a ejercer un rol dominante en el Nuevo Mundo del Pacífico, que será el centro de la cultura, después de terminada la rotación milenaria de Oriente a Occidente, que ha servido para que Europa digiera

los contenidos culturales que extrajo de Oriente. Me agregó que tomó estas ideas de sus conversaciones con Mr. Henry Wallace.

Anoto aquí, antes de que se me olvide, algunas de las cosas que dijo Pío Baroja, en las visitas que le hice con Salvador Reyes en Madrid, en octubre pasado. "La literatura está dando sus últimas boqueadas. Al mundo actual sólo le interesan los escritos científicos y técnicos y los folletines. El escritor es ahora un pobre diablo. En el siglo XIX, era un rey. Zola fue un verdadero rey. En Francia no hay ya grandes novelistas. El que más me interesa es Julien Green".

"No comprendo cómo un novelista puede hablar de lugares que no ha visto. Pérez Galdós escribió un libro que se desarrolla en un pueblo de Galicia que él no visitó jamás. Valle Inclán en *La guerra carlista* dice que en el país vasco se ven curas que salen a cazar con escopeta. Yo, que soy vasco, no he visto nunca tal cosa. También dice que hay acequias. Eso es una cosa ridícula, porque lo que allí sobra es agua. Valle Inclán es un farsante".

"Ramón Zubiri es un hombrecillo lleno de pretensiones. No puede compararse a Ortega. Eramos vecinos en la Ciudad Universitaria en París. Cierto día vi que el retrete estaba roto y llamé a una portuguesa, que era nuestra criada. 'Mire usted, le dije, ese retrete está roto'. '¡Ah!', contestó, 'fue el señor Zubiri quien lo rompió de una patada' ".

"Ya casi no salgo de casa. Salgo sólo una hora, temprano en la mañana, a dar un paseo al Retiro. Diariamente encuentro a un "colillero", que ordena sus colillas en una solera. Lo he observado con mucha atención, pero no he llegado a saber cómo entra al parque. Debe llegar muy temprano. Es un hombre enigmático".

"La censura suprimió un capítulo de mi última novela, *El cantor vagabundo,* porque en él hablaba de la insignificancia del hombre, tan minúsculo en medio del universo. Pero se les olvidó suprimir un párrafo de otro capítulo en que vuelvo a decir, más brevemente, lo mismo. Nadie entiende nada".

"Cuando vi que los alemanes avanzaban hacia París, decidí marcharme al sur de Francia para pasar a España. Había cometido el disparate de escribir un artículo contra los alemanes y supuse que esta gente me iba a hacer la vida imposible. Me costó conseguir el visado del pasaporte en la Embajada española. Un día encontré allí a Pérez de Ayala que hablaba con mucho énfasis contra los rojos y que decía *nosotros*, refiriéndose a los franquistas, a pesar de haber sido embajador de la República".

Me pareció un viejecito lleno de encanto y de bondad, pero ya debilitándose, hasta repetir dos o tres veces la misma historia.

Río Piedras, 24 de noviembre

Ayer, malísima representación de *Hécuba* de Eurípides en el Teatro de la Universidad. En la noche debí pasar, en mi calidad de

médico de cabecera, a ver a mi ilustre paciente. Hoy en la mañana ha estado malísimo. Dice que teme sufrir en cada instante un síncope. Con su bella cabeza de autorretrato del Tiziano melancólicamente inclinada sobre el pecho, se toma continuamente el pulso. Se convence con tristeza de que le está llegando la hora de la muerte. Suele animarse hablando de literatura. Me dijo que nunca había tenido con Baroja la amistad que con Ortega, pero que siente por él mucha estimación literaria, a pesar de qué cree que lo ha dañado su excesiva fecundidad. "Es un escritor agudo, con grandes dotes de observación, conciso. Escribe mal desde el punto de vista castellano, pero él ha rechazado siempre ese punto de vista". "¿Y ha sido usted amigo de Azorín?" "Sí, pero nos hemos distanciado a causa de sus claudicaciones políticas. Es un hombre capaz de cualquier cosa por dinero". "Ahora escribe en el *ABC* -le digo- unos artículos en que revela haber perdido las cualidades que antes tenía". Al punto me arrepiento, cuando él me contesta: "La vejez es una cosa terrible. Si no lo sabré yo...".

Río Piedras, 6 de diciembre

Mi enfermo sostiene que no hay prosa, que todo es verso. El francés son los alejandrinos; el inglés y el italiano, endecasílabos; el castellano, romance. Leyó varios poemas de Londres y *Un animal herido*. Está evidentemente mejor, pero lo atormenta el no sentirse en la realidad. Lo aterrorizó esta tarde una pequeñuela que lo visitó. "¿Qué seres son estos niños que no hablan más de dos o tres palabras?". Mis relaciones con él son semejantes a las que tenía en otro tiempo con mi tío Isaac. Le doy compañía, pero huyo de esta vida en reposo.

Empieza a desplomarse la noche sin crepúsculo, anunciada por los llorosos coquíes que llenan la oscuridad de esta isla. Es triste una tierra sin pájaros, sin insectos luminosos, alumbrada por los batracios. Aquí se vive bajo el canto de los batracios. Las lagartijas se pasean por las casas y suben a las camas. La noche cae como una pedrada sobre los follajes de un verde grisáceo. Nunca había amado menos un paisaje que en este país. Odio las verdes colinas plantadas de caña grisácea, desde las cuales sube un vaho de humedad parecido al polvo de los molinos de piedra. Sólo me gusta aquí el mar.

Lo único que me inclina a conceder alguna realidad al género humano como tal, es la teoría del inconsciente colectivo.

En el avión, entre Puerto Rico y Santo Domingo, 12 de diciembre

Hace una hora partí con tristeza de San Juan. Fueron a despedirme Menén y Jorge, Cipriano, Serrano y Purita, Amparo Granell y los Molina. He avistado las costas de la Española. Veo rompientes escalonadas en forma de sierra y tupidos bosques de un verde oscuro. Bosques espesos, africanos. Ya los ocultan las nubes.

Juan Ramón quedó en pleno ataque, llamando urgentemente a un médico. Mi partida le hizo daño. Me dijo que yo era una de las personas mejores que había conocido en su vida. Que yo le había dado paz.

Kingston, 13 de diciembre

Holganza. El vicioso mar azul ondulaba apenas frente a mí, en este mediodía de espera. Mañana otro cielo. Entretanto, descanso bajo las palmeras que orillan la piscina del Bank Hotel. Bebo un vaso de whisky and water. Es la primera vez que estoy en una colonia. It's rather depressing. Parece que este hotel es el único lugar soportable para la pequeña burguesía náutica y administrativa. Afuera, me persiguen los jóvenes negros holgazanes. Cargan detrás del hotel el Elsa Barse, un mercante danés. Distingo más lejos, en fila, las proas grises del Drina, el Britany y otro barco cuyo nombre no alcanzo a ver. Ya se marcharon los primeros americanos que se bañaban en la piscina jugando con una pelota con alegría de niños. Se marcharon también los oficiales del ejército inglés, de bigote largo, caído y rojo. Circulan algunas viejas colonialistas que buscan el amparo de las grandes sombrillas de lona verde con flecos blancos, y la negra vieja cuidadora de la caseta de baños necesita una canción, aburrida del mediodía. Un negro atraviesa el agua, solo en su pequeño bote. El mar ha adquirido un tono grisáceo, acerado. Estoy perfectamente bien, en un estado de reposo absoluto después del baño. Pero esta inmovilidad no parece bien sino por su fugacidad. Mañana a esta hora volaré ya sobre Chile. Pensé tantas veces en este momento, que ya casi no puedo representármelo. Advierto que mis manos se llenan de pecas. No siento ninguna nostalgia, ningún deseo. Las visiones sombrías de la vida me parecen ingenuas. ¿Para qué darle precio? Es así. Un juego. Ella me lleva del mismo modo que los aviones en los que atravieso el mar. Los males históricos provienen de los hombres que quieren dominar la vida. Yo no quisiera sino extremar mis sensaciones. Por ejemplo, fumar de un modo perfecto y sentir cada vez la caricia del humo en mis pulmones. Sentir esa inspiración del humo, el alma del humo. El whisky, el mar, el cielo, el calor del mediodía, la influencia magnética del cuerpo, de mi cuerpo.

En este momento el sol se oculta detrás de unas nubes blancas, externas y rígidas, las nubes que más aborrezco porque turban el verano. Ayer, al despedirse, me dijo Serrano Poncela que yo era la persona más simpática que había conocido en los últimos años. En un primer momento me encontró un gordote con aspecto de tonto. ¡Qué desagradable confesión! Hubiera preferido que me hallara primero resplandeciente y después un idiota.

Port-au-Prince

Un cielo pesado sobre el aeródromo casi desierto. Parece que nos detuvimos 5 minutos sólo para que bajara un obispo protestante.

Peñaflor, 20 de diciembre

Pleno verano.

Hortensias que se acercan al rosa de su madurez, pálidas en la puerta de sus varillas, en medio de las oscuras hojas carnosas. Sentado bajo un abeto, reconozco la melodía de esta agua que se despeña desde la cordillera y supo la mirada de los negros y pequeños ojos ribeteados de una línea amarilla en lo alto del cuerpecillo de barro de un sapo, animado por las fluctuaciones de su húmedo corazón. Reconozco este viento refrescante que atraviesa los follajes más ligeramente que en otras partes del mundo. ¡Ah, el sol sobre los geranios rojos, la leña desparramada en el suelo y las dadivosas hojas de los plátanos orientales! Montañas a través de los árboles, hervidero de un sol templado sobre los negros terrones del suelo abierto para sembrar, luz consumada en su más perfecta posición de equilibrio. Termina la primavera. Las amapolas están crecidas y un escalofrío de verdor matinal sacude las altas malezas entre los perales y duraznos cuyas frutas maduran. Tencas, tordos y zorzales, queltehues que conocen y reciben los regalos de la humedad, buitres aéreos que definen la claridad del cielo, todos vosotros habláis entre vosotros y ahora os puedo escuchar. Esta es mi tierra.

Quisiera describir realmente algo. Descubrir un objeto. Romper de un solo tajo en mí el destierro del alma humana. ¿No estamos fuera del paraíso porque no vemos? ¿Oigo a este jardín? ¿Lo veo? Hay en la flor del azulillo un tiritón de mi alma que no puedo expresar. También en el mismo azul de los ojos. En el agua, ¿debería beberla toda?, ¿mirarla indefinidamente desde el fondo? ¿Ahogarme? Quisiera tener en la palma de mi mano una de estas magnolias en que la suavidad de la tierra hace opaca y amable a una concha marina. Objetos que se me escapan. Más sabio que yo, pesado por el oro de su pelaje, un abejorro se luce al sol. Desde pequeño quise contemplar el mundo desde el interior de un animal.

Es esta luz lo que más amo, brillante, discreta, respetuosa de los colores propios de las cosas. Una luz que no quema, que deja perfectamente al descubierto la forma, el estremecimiento de los árboles, los vellones plateados y lilas de los jóvenes rábanos silvestres en el camino del huerto.

1951

26 de enero

He pasado más de un mes sin escribir más que unas cuantas cartas. Me corrompo otra vez. América me devora. Ya estoy harto de esta poesía de cafés y borracheras. Muchas veces he pensado que en este continente no se concede valor formador al trabajo humano. No se considera que el trabajo sea vida. En el trabajo se teme a la soledad. La vida es el amor, la fiesta, el compadrazgo, la comilona. Nadie cree en la revelación del trabajo. Las reuniones de amigos suelen ser pesadas, fatigosas, lápidas mortuorias. Pero son indispensables y la gente se precipita a ellas, atiborrada de una angustia ciega y sorda. Siento en mí y percibo en los demás el placer rústico, infernal de la autodestrucción. Parece que R. H. estuviera empeñado en morirse. "Se nos va todo, se nos va todo..." E. L.[37] lucha por organizar su vida de "escritor", de "novelista", de "homme de letres". Un pollo nuevo en el nido de águilas. Ya siento que me desintegro otra vez. Aquí hace uno demasiadas cosas y no hace nada. ¿Tienen espíritu los latinoamericanos? ¿Son hombres? Este país me parece lleno de ánimas que hacen experimentos morbosos con su cuerpo, con sus sentidos, con las simpatías y las antipatías. Se vive acá en un cuadro de J. Bosch.

2 de febrero

"She got up as if she were going somewhere. But she stopped. Then she strolled over to the window that looked out on the street. The houses opposite all had the same steps; the same pillars, the same bow-windows. But now dusk was falling and they looked spectral and insubstantial in the dim light" (*The years*, Virginia Woolf).

Recuerdo con absoluta precisión ese tipo de fealdad que hace de algunos barrios de Londres algo siniestro. Antes de llegar a Inglaterra, yo no sabía hasta qué punto la uniformidad puede producir impresiones siniestras, sombrías. No había experimentado antes tampoco esa violen-

[37] R. H. (a veces simplemente R.) es Roberto Humeres, y E. L. Enrique Lafourcade (son también en otros casos las iniciales de Enrique Lihn). La cita, a la que Oyarzún volverá, corresponde a un verso de Gabriela Mistral.

ta sed de luz, de resplandor meridional. Sin embargo, la penumbra londinense crea en días de niebla o en tristes atardeceres un mundo de tanto desamparo, que la tristeza humana llega a ser allí representada de un modo perfecto. Esa expresividad de los muros ennegrecidos y apenas entrevistos, de los faroles del alumbrado que arrojan una luz violeta sobre el pavimento desolado, tiene una noble belleza. Se presiente en todo eso uno de los límites superiores del hombre, una de esas limitaciones que ningún hombre podría vencer y que exigen del espíritu una melancólica respuesta de aceptación. Se trata de la consumación de una forma. En tal clima, en esas latitudes de la tierra, el hombre no puede hacer más. No puede sino expresar el don de uno de esos días luminosos, translúcidos, que acaban con el espectáculo sin par de las nubes violáceas y doradas que esculpen el occidente de un civilizado cielo, parecido a los de Italia.

Lo que me aterra en Chile[38] es la torpeza humana, la elementalidad de la vida exterior. Mi país me produce la impresión de estar habitado por ánimas de devorador e infuso subjetivismo, en un plano inferior a la espiritualidad. ¿Tienen espíritu los arquitectos chilenos? Si lo tuvieran, no construirían estos monstruos que son los nuevos edificios de Santiago. Algún día otros chilenos distintos a los actuales tendrán que hacer aquí una ordalía, para construir sobre esta tierra edificios livianos, luminosos, que respondan armoniosamente al ataque de la luz violenta y destructora. Pero bien se ve el mismo primitivismo inferior en las casas miserables. No se trata sólo de la pobreza económica, sino de un pauperismo de la conciencia sensible. Este pueblo no tiene el sentido de la belleza -lo prueba la literatura chilena- sino el sentido de la expresión. Ved una casa miserable, un tugurio de Santiago, un barrio de tugurios. ¿Hay allí flores o siquiera algún adorno que atempere la infinita pobreza de los materiales, del adobe molido o la hojalata? ¿Hay siquiera dos rayas blancas de cal que se crucen para dar un mínimo movimiento estético a esa cosa polvorienta? Nada hay, sino polvo, hollín, huesos y trapos tirados por el suelo, piedras grisáceas, hierbajos secos bajo el sol de verano. Esta es la ciudad del polvo, pero no es éste el polvo dorado de Castilla. Es un polvo gris, como el cemento molido de La Calera. ¿De dónde viene? Vista desde el aire, Santiago parece una cantera enorme que produce estupor a los viajeros que llegan de ese modo por primera vez. ¿Cuándo se comprenderá que hay que preocuparse también del aspecto que las ciudades presentan desde el aire?

Me sorprendía, al leer *Los hombres del hombre* de Eduardo Barrios, la extrema pobreza de su visión del mundo exterior. No hay allí percepción de la naturaleza, que está sólo contada, pero no vista.

---

[38] El texto que se extiende desde este párrafo hasta el final de lo escrito el 2 de febrero, fue reproducido en mi selección de páginas del *Diario* publicada en 1990 (pp. 111-113) con un error: en vez de estar fechado el 2 de febrero (lo correcto), lo está equivocadamente el 2 de enero.

Describe beatamente los encantos de una casa campestre, vecina a la cordillera. Pero, aparte de un falso temblor lírico que impregna entonces a las frases, no hay ahí visión ninguna de nada, ni de la casa, ni del campo, ni de las montañas. No hay paisaje. ¿No habría en esa propiedad rural árboles individualizados, pájaros, insectos, variaciones de la luz y transfiguraciones sensibles de los objetos? Porque estas cosas comienzan a hacerse presentes en la literatura chilena, me gusta *El libro de Kareen*[39]. La naturaleza empieza a ser vista con ojos civilizados, a ser espiritualmente poseída por el hombre. Porque lo cierto es que los escritores chilenos han escrito sólo acerca de la masa natural, de una naturaleza masificada, a la que representan como un mar indiviso, como una fiera presta al ataque, como un ser enemigo. La describen con terror, visceralmente, pero no con ojos amantes. Hablan a lo sumo de *los* maquis o de *los* choroyes o de *la* montaña, como si el mundo natural fuera una jalea en que apenas se recortan las formas. Puede haber en eso grandeza, y la hay en Neruda, en la Mistral, en algún criollista, en Prado. Pero *la* naturaleza no es sólo esa madre o madrastra de porte oceánico. Es también, y aún más que eso, *esta* montaña, que me dice tales y cuales cosas y que veo, en este momento, de este modo. En este *aquí y ahora* está una de las raíces de la literatura.

Mas, para llegar a la iluminación literaria se necesita una sensibilidad visual, una conciencia libre que acepta el mundo. La conciencia nuestra está traumatizada por la presencia de fantasmas interiores que empañan la visión. Quien ve un mundo de topos, no puede iluminar objeto alguno ni transformar estéticamente a la realidad. Por eso vivimos en ciudades de topos, habitables a lo sumo por ratones y arañas. En este mismo momento, me aterra el cuadro que se extiende frente a mi ventana. De la masa gris de los techos de zinc o de tejas polvorientas, sobresale el casco de ladrillos de la gran casa que en otro tiempo fuera mansión -palacio santiaguino-, que queda en la esquina de Huérfanos y San Martín. No importa que el fondo de la mansión fuera horrible, porque allí iba a vivir la servidumbre. No llegaban hasta acá pinturas ni estucos. Hace tiempo que la mansión perdió su dignidad y ahora el fondo es un conventillo, un hacinamiento de maderas calcinadas, ropas tendidas, arabescos rotos. Por los ventanucos suelen asomarse ancianas miserables que hacen fuego en el interior de las habitaciones. Allí, como arañas exasperadas, preparan el café de la mañana. En esas cuevas se crían niños. El aire no es más consolador, enturbiado desde temprano por el humo de los hornos crematorios de las orillas del río y de las fábricas del barrio Vivaceta. Hay que mirar a lo más alto del cielo para dar con un azul que parece inalterado. Más abajo del cenit, sólo suciedad y desaliño. ¿Será a causa de esto que los pintores chilenos, salvo dos o tres, pintan la luz con polvillo de cemento o lechada de cal? En los cuadros de interiores, los muebles se ven cubiertos de polvo. Aquí no se ha

[39] Primera novela de Enrique Lafourcade (Santiago, Editorial Universitaria, 1950).

descubierto aún el mundo de los ojos. La gente ve con el estómago o con los órganos sexuales; en el mejor de los casos, con un corazón devorado. Ni se ve ni se oye al mundo. Se aman los ruidos más espantables. ¿Hay cosa más estúpida que nuestras Navidades urbanas, llenas de detonaciones y desprovistas de música? Por si eso fuera útil -que a lo mejor no lo es y estos defectos son inmodificables-, sería bueno que nuestras escuelas se preocuparan de civilizar, de abrir los ojos y oídos para ver y escuchar la realidad. Pero ¿dónde están los maestros? Recuerdo las exposiciones de trabajos escolares y vuelvo a abismarme de nuestro pauperismo sensible.

7 de febrero

Me parece original la adjetivación en *El libro de Kareen*. Eso promete para obras posteriores la creación de un lenguaje propio. La sombra de Neruda, ese terrible Aconcagua, suele deformar con el gerundio la diafanidad de la frase poética. Desde la primera página: "Luz agresiva *ascendiendo* a lo largo de los álamos..."

Como en el mundo de los cristales, en el literario no es imposible descubrir el espíritu de un libro observando con atención una sola de sus páginas. Ya la primera me da aquí la totalidad. Un mundo natural íntimo, un parque, una laguna en la que se refleja el sol. La luz no sólo precisa las hojas de los álamos, las transforma, las hiere por dentro. "Era el mediodía", un mediodía opulento que pesaba sobre las cinerarias de hojas anchas, "cada una más verde, de hojas más anchas que las demás". Podría decirse que aquí está el tono de la atmósfera, en esta luz que flores, plantas, montañas, el mar diversifican. Nos muestra los rostros de la luz, la aparente eternidad de ellos, la permanencia de las nubes en el cielo, enmarcadas por las líneas de los cipreses y abajo el mediodía de la tierra, desde la cual unas hormigas rojas trepan al tronco de un ceibo. La mirada del contemplador baja del cielo de las blancas nubes a la tierra de las rojas, estivales hormigas. Vuelve a alzar la cabeza y descubre con asombro "un cielo límpido, vacío". Las nubes se han disuelto en el aire y -¿no es éste el tema del libro?- una de ellas, la más pequeña, la más débil de ellas, "escapa aterrorizada hacia las montañas". "Estaba solo".

"Dios me libre de un búfalo" (E. L. en la Rhenania).

Reñaca, 12 de febrero

Hoy ha amanecido un mar de Boudin, verde azul, con una permanente orla de plácida espuma. A pesar del sol, hay una bruma rosada que hace borroso el horizonte. Veo cómo el mar se refleja con tonos más oscuros en la gran puerta vidriera de la casa de Edo. Alessandri, en la que estoy alojado.

Esta es la gloria del verano. He pasado unos días agradables, demasiado dulces.

"Ni siquiera toda la humanidad tiene derecho a silenciar a un disidente", dice J. S. Mill.

Hay sobre mi mesa unos alhelíes dobles en un vaso de vidrio. Quisiera descubrir cómo son, verlos realmente. Cada flor está compuesta de varias pequeñas rosas jaspeadas, de múltiples tonos, granate, lila, carmesí. En algunas flores los estambres son celestes. El fondo es blanco y blancas son también las pequeñas manchas que aparecen en medio del rojo. La materia de la flor es rígida y me llega a sugerir el papel, pero los tallos y las hojas, de un verde claro, tienen todavía la frescura de las plantas vivas. El mar resuena a unos cuantos pasos de mi habitación. La primera noche me costaba dormir.

Me gusta en *El libro de Kareen* la descripción precisa, elíptica y sin embargo completa de objetos naturales: "Junto al estanque bordeado por la hierba, crece el magnolio. Su fruto una piña obscura y sus semillas, púrpura. La flor es blanca, enorme, fragante" (p. 12).

La naturaleza es frágil. Prefiere nombrar y describir débiles arbustos que la lluvia o una mala palabra pueden quebrar. Frágiles, como las dos muchachas, Kareen y Ximena, o como la mariposa cenicienta que los niños querían hacer prisionera. Cultiva una poesía natural, ingenua. Descubre con candor la belleza de los pequeños actos cotidianos e inventa escenas reales y místicas: "El comedor, aquella noche, no sé por qué circunstancia, era como un refugio en la fría playa. Casi oculto por pinos, encendidas sus lámparas. Llevábamos una botella tibia con el calor de nuestras manos, orgullosos de llevarla. Cuidadosamente. Algo que presumíamos no podría ser sino el más exquisito vino de La Calera, guardado por los pescadores únicamente para festejar los naufragios, las noches de luna, el regreso de los delfines..." "Ha llegado el Verano. Zumba entre las hierbas la mosca azul".

Bajo las galas de un mundo natural percibido con una sensibilidad fina y violenta, mundo de fuerte dulzura, aparecen y reaparecen unos sollozos que a primera vista cuesta oír bajo los follajes opulentos: "Cómo habría sido posible salir al encuentro de los amigos y gritar en voz alta: ¡me siento tan solo!". "¿Qué soberbia no puedo vencer?". Hay en el autor una familiaridad tal con el sufrimiento, una tan verdadera compenetración con él, que toda su visión de los objetos, hasta del más mínimo, revela la mordedura íntima de su corazón. De ahí provienen esas palpitaciones que en él animan a los seres sensibles. Son las suyas unas constelaciones de criaturas que se estremecen como las estrellas de un cielo volcánico. Y sin embargo el ojo dolorido se complace en la belleza de todo, hasta la boca gusta ávidamente hasta el menor sabor de lo que vive. Es el frenesí de una juventud abierta y trémula, así como la infancia de Hans Peter, el niño enfermo, es también encantadora, vital y cruel. Moja su puñal con frambuesas maduras.

Las descripciones de animales, plantas y paisajes se parecen aquí a las pequeñas figuras de conejos, pavos reales y flores que los pintores flamencos hacían en los pradillos y los marcos de sus grandes cuadros.

Todo el libro llega a ser una fascinante serie de estampas, sin más hilo central que la mano que las escribe.

Y el sueño final. La piedra que se suelta de la montaña, aplasta a los mineros y convierte a la cordillera en torbellino que corre hacia el valle, hacia la pequeña casa de madera donde ellos duermen. La frágil casa es milagrosamente respetada, porque su fondo da al mar. Se han salvado en el sueño. Pero ya es de día.

Cautiva una descripción sabia, elástica, llena de una diáfana sensibilidad. Se ve que ha visto, que sabe ver. Sorprende los detalles significativos de las cosas y de las acciones con un ojo civilizado, con un ojo que pone una distancia entre la pupila y el objeto. Creo que está bien reaccionar en contra de nuestra tendencia primitiva a sumergirnos en el mundo y a conocerlo, por palpitación. En estos países hace falta aire, la claridad del desprendimiento. He aquí un adolescente que balbucea, que escribe casi exclusivamente acerca de sí mismo, pero que por naturaleza va más allá del reino de las tinieblas inferiores para realizar de cuando en cuando, no siempre, ese acto milagroso, entre todos los actos humanos el más próximo a lo sobrenatural: el *acto de ver*.

Autor tan fascinado por la belleza corre el riesgo de hablar o susurrar con voz meliflua. Deseo que en el futuro no se detenga demasiado en los exquisitos elementos de su actual mundo poético. Sería una abeja literaria, excesivamente fragante, embriagada de polen. Las flores son también una Ménade feroz.

Por otra parte, una primera obra está protegida por las benignidades que autoriza la esperanza que ella hace concebir. *El libro de Kareen* tiene una visible calidad poética. Es un delicioso acto de visión. Olvidemos por ahora que es una novela frustrada, que no tiene unidad, que sus personajes son pretextos para que el joven autor hable de sí mismo, para que cante, suspire y llore. Nada cuesta olvidarlo. La obra vale como poesía.

El lirismo suele llevarlo demasiado lejos: "Tu nariz es fina, *increíblemente* pequeña". ¿No es demasiado? Y agrega: "Verla casi produce dolor". Dicen que algunas Erinias carecían de nariz y por eso aterrorizaban a los mortales. ¡Dios nos guarde! Parece un hecho que los jóvenes escritores chilenos tienen más talento literario que sus cofrades de comienzos de siglo. ¿Por qué suelen redactar tan mal? No les haría daño la disciplinada lectura de los clásicos españoles. Con frecuencia uno tiene la impresión de que piensan en francés o en alemán y de que en seguida traducen. Son escritores extranjeros. Tienen el don creador de lenguajes, pero no son guardadores de la tradición indispensable. ¡Que vuelvan los clásicos! ¿Por qué sólo Rilke, Joyce, Proust o los surrealistas? ¿No ha habido antes literatura? Un buen ejercicio de clasicismo castellano no les haría correr el riesgo del atildamiento. Están ya demasiado lejos de eso. Pero domaría un poco su pelo hirsuto y enriquecería su "chileno básico". ¿Está bien decir: "Estabas enfrente al sol"?

Admiro estas pequeñas estampas de miniaturista: "Embalsamó el aire el perfume del aromo florido y el de los ciruelos, que crecen en los costados del parque. El viento parece traerlo directamente de los árboles, pero sólo para nosotros, con absoluta exclusividad. En medio de él vienen las abejas. Las hay que se detienen en su vuelo para beber. Que se cansan de volar y caen sobre el agua. Ya en ella, de fatiga, se dejan morir. Durante mucho tiempo flotan sobre la laguna" (pp. 16-17).

No hay aquí sino un mundo íntimo, una naturaleza personificada, cuatro o cinco personas, nada mas. ¿Habrá que celebrar en esta obra el ocultamiento del siglo? No hay acá guerras ni revoluciones ni crisis sociales. El libro es como una carta de enamorada, con toda su limitación y su ceguera para tantas cosas. También existen en nuestros tiempos estas Arcadias melancólicas. ¿No valía la pena conocerlas?

Extrema, peligrosa candidez a veces: "Fue aquel instante verdaderamente tan bello, tan hermoso..." ¿Cómo fue? La literatura no se hace con suspiros sentimentales. Se hace, en cambio, con el aliento del párrafo que sigue, que describe poéticamente a un zoológico, el nuestro del cerro San Cristóbal (Empiezan a entrar sin vergüenza nuestros paisajes diarios en la poesía...), sobre el cual se arrastra un ascensor verde, como una oruga.

Santiago, 14 de febrero

Una de las claves de *El libro de Kareen*: "Soy un ser dañado, herido, como con desventaja para vivir". ¿Nace de aquí su sutileza? "Un momento en que tu presencia ha sido inscrita en su totalidad, plenamente, hubiese bastado para colmar toda nostalgia". Esta frase feliz pudiera ser un epígrafe. ("Necesitaría otra existencia auxiliar, mas, sin olvidar la que poseo, obstinada en dañarme").

Hay en el libro más de algún lugar común poético, pero la atmósfera general tiene originalidad, es única; como son únicas e inolvidables ciertas imágenes en que hay verdaderamente revelación: "En el fondo mismo de la noche aparece la luna llameante, llena. Un trozo de vidrio recoge su luz y me la entrega azul, acaso verde" (p. 26).

Una representación del Nuevo Mundo, una adolescencia en el Nuevo Mundo: "Los hombres sombríos de los caminos, encuclillados, queman las hojas de los árboles para calentarse" (p. 27). "Había en el aire un perfume a humo que me llenó de tristeza" (p. 27). "Yo quiero que me acompañen en una vida exaltada, libre, plena de exceso, júbilo, angustia. Implacable" (p. 29). "Kareen, es doloroso el pensamiento. Nosotros nunca seremos razonables" (id).

Si este libro fuera sólo un poema de amor, sería vulgar. Lo elevan las cosas vistas, la objetividad poética. Aun en la alabanza amorosa: "Kareen, la de la dulce boca, cogerá las almendras, la única manzana que queda del Verano". Estos puros trofeos de la sensibilidad: "En la oscuridad, al despertar (p. 35), vi la flor del laurel rosa que traje del

Parque. La vi brillar en la noche como una mirada plena de una sencilla bondad, protegiéndome el sueño, impidiendo con su perfume que entraran en él insectos, demonios familiares" (p. 36).

Santiago, 15 de febrero

Leo en un artículo de John Rickmann, Presidente del Instituto de Psicoanálisis de Londres, estas líneas que me parecen muy interesantes:

> "Muy temprano -demasiado temprano para nuestro tranquilo desarrollo- somos sorprendidos por el odio, odio aun por aquellos a quienes amamos. Este odio envenena aun nuestras relaciones con nosotros mismos. Pienso que tal cosa tiene que ver con lo que el vulgo llama Pecado Original".

Y estas otras:

> "Existen quienes evitan el dolor de un conflicto negando el mal dentro de sí mismos. Tales personas pueden tener afortunadas vidas exteriores, pero carecen de profundidad y de ternura".

¿No es J. uno de estos fariseos?

El artículo es superficialísimo, una somera defensa de la dignidad humana sin Dios. Pero Mr. Rickmann reconoce en él que la necesidad de Dios se confunde con la necesidad de amor. ¿Y no se abre aquí justamente el misterio del problema?

11 de la noche. Escucho el Concierto para 4 pianos y orquesta de Vivaldi-Bach. Quisiera llegar a estar naturalmente algún día en ese estado divino. Ya no hay aquí alegría o tristeza, hay simplemente alabanza, ensueño contemplativo en el que se revela en un solo acto, bajo un solo rayo de luz, la realidad completa. Hay una noble melancolía en el movimiento largo, la noble melancolía de la contemplación pura del orbe creado, del hombre salido de las manos de Dios. Una plegaria por el luminoso hombre caído, el fruto de una soledad sonora. Este es el espíritu en su más alta expresión terrena. Aquí están otra vez el sol y la luna en el movimiento final, la alegría que produce la visión del cielo. ¡Ah, felicidad! No somos esclavos de la naturaleza. Ninguna esfera hostil oprime nuestra frente. Los ojos miran y ven. Cada sentido está en su sitio justo, vuelto hacia la puerta en la que todos los seres ascienden desde la eternidad a lo perfecto. ¡Ah, felicidad, esta soledad de la comunión de los santos!

Vuelvo a sentir a Europa como el mundo en que la vida del espíritu es posible, en que la revolución del espíritu es posible, gracias a esa comunión de los hombres que es la historia, la historia de las formas espirituales del hombre. No hay caos ni decadencia completa, mientras una forma dada en el pasado se mantenga de algún modo presente. El haberse aproximado alguna vez a lo luminoso imprime carácter para

siempre. Mientras el europeo tenga viva ante sus ojos la materialidad de la historia, será criatura de orden, tierra abonada para el brote del espíritu.

¡Qué desamparada está América! Esta es la confusión, el caos, el humus larvario. Me explico el predominio del *hombre titanesco* entre nosotros. Es el tipo central de esta cultura heroica. Pero se trata aquí de un heroísmo *sui generis*. Casi diría el heroísmo de la pasividad, de la resistencia al quebranto, un heroísmo que consiste en no dejarse morir, en no desintegrarse, en no entregarse totalmente a la vida devoradora. Pobres de aquellos entre nosotros que han sido educados para una vida refinada y dulce. Están aquí al desnudo las monstruosidades de la vida elemental, los animales que se comen unos a otros, las plantas carnívoras, los terremotos, la volcánica respiración de la tierra, la muerte de un mundo sin religión. Faltan las grandes intuiciones espirituales y las instituciones o convenciones que extraen de aquéllas su dignidad. El hombre está solo frente a la naturaleza, frente a una naturaleza no domeñada por la agricultura ni humanizada por la poesía. La sociedad es aquí también naturaleza, apenas apresada por instituciones endebles. En un mundo sin *politema*, la relación interhumana es también, en el fondo, relación natural y no cultural. Cuando los hombres están juntos, a poco andar, rompen las compuertas -la *politema* es aquí compuerta, no puerta- y liberan al unísono sus poderes angélicos y demoníacos. Tal es la naturaleza humana. La cultura es, en cambio, un sistema de alimentación y expresión de los poderes humanos, demonios y ángeles. ¿Quién alimenta *culturalmente* sus deseos en este continente? Por qué sorprenderse de que los contactos humanos sean sádicos, contactos de pasión, si la naturaleza primordial es pasional, ígnea y tiende a la fusión integral. Los límites de la individuación, la personalidad, la soledad del espíritu encarnado, inspiran terror, un terror carismático que los americanos quieren abolir con la violencia elemental desatada por el alcohol o la locura. No hay aquí otro alimento que el hombre vivo. ¡Qué poco importantes son los muertos en este continente! No influyen aquí sino los vivos. Y a causa de esta misma vitalidad, éstas son las tierras de la juventud y del poder. Vivimos nuevos tiempos homéricos. Pero, ¡qué pocos salvan su equilibrio en tales tiempos si quieren ser algo más que instrumentos del destino, si aspiran realmente a ser personas! De todas maneras es apasionante vivir aquí y luchar, habitar el fondo de esta quebrada por la que corre un torrente entre matorrales espesos, con las altas murallas de roca en los costados. Pero, si hay algo que aquí no se puede perder sin peligro inmediato de muerte, eso es la fuerza. Aquí no sobreviven los achicados ni los débiles. Sólo las aves de presa cruzan nuestros cielos.

Me pregunto si una de las fuerzas históricas que actúan a través del pretexto anticomunista en los EE.UU. no es la de llegar a una completa *americanización* del país. Diríase que uno de los objetivos de la política profunda es allí el acabar con lo europeo, con esos islotes de Europa que son, por ejemplo, algunas universidades. América nace brutalmente a la vida de sí misma, oponiéndose fieramente a lo extraño, a todo lo extraño,

no sólo al comunismo ruso, sino también a Europa. El gladiador se despoja de su túnica y se queda desnudo.

16 de febrero

Anoche, desvelado a las 3 de la mañana, leí un artículo de Margaret Lane sobre el descubrimiento de unos ensayos escritos por Emily Bronté mientras perfeccionaba su francés en una escuela de Bruselas junto con Charlotte. El caso es uno de los más prodigiosos de la historia literaria. Su pasmoso conocimiento de la naturaleza humana parece haberlo sacado enteramente de sí misma, desde que nunca conoció una verdadera relación con otras personas, aparte de su familia. En la misma época y en el mismo país en que Darwin concebía la más tenebrosa visión de la naturaleza, una joven inocente, que jamás leyó sus escritos ni oyó hablar de él, expresaba una visión análoga del mundo orgánico y del hombre. Visión iluminada, sí, en su cima por una fe y una esperanza mística que acaso Darwin hubiera también conquistado si no se hubiera hecho, por anquilosamiento de la sensibilidad, incapaz de comprender a Shakespeare. Los personajes de *Cumbres borrascosas* tienen una rudeza que llega a lo monstruoso. Son naturaleza humana elemental -¿no es la búsqueda de ésta uno de los temas centrales de la literatura contemporánea?-, ángeles fuertes, demonios sin disfraz. Aman y odian sin condiciones, sin convención. Están puros, inmodificados, en ellos el mal y el bien, el infierno y el paraíso. Me imagino que más de algún crítico habrá dicho que ésta es la novela inglesa más emparentada con la novela rusa y en especial con Dostoievski y, si es que se puede comparar una novela perfecta con embriones novelísticos, la más afín a las novelas latinoamericanas. Me parece que Emily no necesitaba en rigor de muchos contactos humanos para alcanzar a esa visión cruel, primitiva del hombre y de la naturaleza. Darwin fue, a su modo, persona tan recoleta, tan *encuevada*, como ella. El naturalista es, por la raíz íntima de sus motivaciones, pariente de la enamorada de perros y gatos que fue la joven Bronté. Encuevados ambos, desamparados en medio de los hombres de la era industrial, que en aquellos ambientes puritanos trajo consigo un sentimiento de opresión y de tristeza, como si el carbón hubiera ennegrecido la tierra.

Dice Emily en su ensayo "El gato": "Puedo decir con sinceridad que me gustan los gatos. Puedo dar también buenas razones para demostrar que quienes los odian están en el error". "No podemos compararnos con el perro, que es infinitamente superior a nosotros". (Su perro, Keeper, marchó detrás de su ataúd en sus funerales y nunca volvió a alegrarse después de su muerte). "Pero el gato, aunque difiere de nosotros en algunos rasgos físicos, se nos parece extremadamente en sus disposiciones". Puede haber gente que diga "que el parecido afecta sólo a los más deleznables seres humanos, ya que se refiere a su excesiva hipocresía, crueldad e ingratitud -vicios detestables en nuestra raza e igualmente detestables en la del gato... Contesto que si la hipocresía, la

crueldad y la ingratitud son características exclusivas de la gente ruin, esta clase incluye a todos los hombres. Nuestra educación desarrolla una de estas cualidades hasta su perfección máxima; las otras prosperan sin necesidad de cultivo, y nosotros, lejos de condenarlas, las consideramos a las tres con gran complacencia". El gato suele ocultar con falsas suavidades su real naturaleza, primitiva y cruel: "A tal finura en él la llamamos hipocresía, pero en nosotros mismos le damos otro nombre, *polite*, y cualquiera persona que no la usara para disfrazar sus verdaderos sentimientos sería pronto expulsada de la sociedad".

Emily veía naturalmente a los seres humanos como crueles e ingratos. Según Charlotte, se sorprendía al descubrir que los personajes de *Cumbres borrascosas* eran considerados por su hermana como estremecedores y monstruosos. Su visión del mundo entero era sombría, como se ve en su ensayo "La mariposa". Veía a la naturaleza como crueldad y no como hermosura. "¿Para qué canta el ruiseñor tan gloriosamente cuando sus arpegios sólo servirán para orientar a sus enemigos hacia su vida? Pero, toda creación es igualmente insana. He aquí estas moscas que juegan sobre el arroyo, golondrinas y peces cuyo número disminuye a cada instante. Todos llegarán, a su vez, a ser la presa de algún tirano de la tierra o del agua, y el hombre, por entretenimiento o necesidad, matará a sus asesinos. La naturaleza es un enigma indescifrable. La vida existe sobre un principio de destrucción. Toda criatura está destinada a ser implacable instrumento de muerte para otros, bajo pena de cesar de vivir. Sin embargo, celebramos el día de nuestro nacimiento y alabamos a Dios por habernos permitido entrar en este mundo".

"¿Por qué fue el hombre creado? El atormenta, mata, devora; sufre, muere, es devorado: ésa es toda su historia". Y añade esta otra reflexión tenebrosa y desgarradora: "Es verdad que hay un cielo para el santo, pero el santo deja bastante miseria aquí abajo como para entristecernos aun ante el trono de Dios por no haber aniquilado al hombre el mismo día de su primer pecado". ¿No es significativa la imagen de la *maquinaria*? La máquina debe haber aparecido ante aquellos espíritus sensibles y obsesivos de la primera mitad del siglo XIX como la más pura representación de lo humano inhumano, de la implacabilidad del hombre.

Mas, en ese momento de sus reflexiones, que en el ensayo sitúa durante un paseo por el campo, divisa a una mariposa que revolotea al sol y que desaparece al cabo de unos instantes. Emily la acepta como un consuelo, como un símbolo de la dicha prometida a la tierra. "Este es el símbolo del mundo venidero. Así como el feo gusano es el comienzo de la mariposa espléndida, este globo es el embrión de un nuevo cielo y de una nueva tierra cuya más ínfima belleza sobrepasa infinitamente la imaginación mortal. Cuando veáis el glorioso desenlace de lo que ahora os parece tan deleznable, cómo despreciaréis vuestra ciega presunción al condenar al Omnisciente por no haber destruido a la naturaleza en su infancia".

"Dios es el Dios de la justicia y la piedad. De seguro, cada dolor que El inflige sobre las criaturas, humanas o animales, racionales o irracionales, cada sufrimiento de nuestra infeliz naturaleza es sólo una semilla para esa divina cosecha que será lograda cuando el pecado haya gastado su última gota de veneno y la muerte lanzado su último dardo, cuando ambos mueran en la pira funeraria de un universo en llamas y dejen a sus antiguas víctimas en un eterno reino de felicidad y gloria".

Esa primera visión monstruosa del mundo dado anima a dispares y distantes pensadores y artistas de la época: Darwin, Emily Bronté, Malthus, Marx y tantos otros vinculados a la cara sombría del romanticismo. No es fácil negarse a los consuelos posibles y ubicarlos en esta vida o en la otra. Emily remite al futuro absoluto, posterior a la completa destrucción por el fuego, la dicha de los hombres. Marx se queda a este lado del límite. Para ambos, la historia humana es perversa, pero el hombre mismo es en el fondo bueno y está destinado a la felicidad, a la paz, al amor. A pesar de todo, estos dos románticos excéntricos cuyas familias espirituales son hoy multitud, están entre sí más cerca que de Darwin o Malthus, que no acariciaban esperanza alguna.

Navidad, 18 de febrero

Salí esta mañana, antes de desayuno. El sol, "faisán redondo", empezaba ya a blanquear las colinas. La pequeña iglesia de madera tiene una encantadora torre de hojalata, desde la cual repica una campana tímida, infantil. Abundan acá los pinos, araucarias y cipreses. Me gustan los cipreses que el aire seco de la costa hace tan precisos como en Castilla. Aún es el tiempo de la buganvilla florida. Vi sobre el polvo del camino las últimas flores de jacarandá.

No sé por qué me ha causado cierta angustia saber que hoy es domingo. R. devora un par de huevos a la copa, huevos robustos de un amarillo subido que unta con un sabroso pan amasado fresco. Las gallinas de Navidad son fuertes. Frente al comedor o vestíbulo picotea una madre gallinácea negra cuyas plumas azulean, mientras un gallo dorado de calzón corto escarba entre las hojas secas de las ramas de eucalipto con que alimentan el horno de hacer pan.

El Horcón, 22 de febrero

Esta sí es una hermosa caleta de pescadores, rodeada de colinas de suave línea, con montañas clásicas al fondo del paisaje. No faltan los árboles ni las plantas que se alimentan con el magnesio del mar. Las casas blancas tienen una decorosa limpieza y la arena es dorada.

Tenía un recuerdo completamente falso de Navidad y Matanzas. Cuando visité estos lugares hace dos años con A. B., era otra época del año y otra época de mí mismo. En Navidad había sementeras doradas y rosas silvestres en los caminos y en Matanzas no nos preocupamos sino

de escalar unas rocas y de bañarnos en el mar. No percibí entonces -o lo olvidé después- el lado siniestro de esos paisajes y de sus habitantes. En febrero, Navidad está consumido bajo el polvo; las colinas están calcinadas. El escaso verdor es grisáceo. (Advierto que en este gracioso Horcón abundan demasiado las moscas y las pulgas). Matanzas es un finisterrae, un lugar de exilio. Las miserables casas se caen. En todo el pueblo no hay sino un árbol -un pobre ciprés negro frente a los cerros de arena oscura. Un mar demasiado bravo azota la playa y los islotes. Llegamos allí el domingo, a la hora de las carreras a la chilena, ese estúpido pasatiempo sin forma. La playa estaba llena de huasos a caballo y de campesinos que habían llegado allí en camiones y carretas. El huaso es incompatible con el mar. En medio de pequeños grupos, algunos cantores deprimidos y deprimentes rasgueaban sus guitarras, mientras los vasos de mal vino solían pasar de boca en boca. Unos hoteles miserables y carísimos estaban atestados de horribles paseantes de la región. Nos impresionó un hotel sin forma, un laberinto de corrales cerrados por tabiques de madera, sin ventanas y sin entablado, en donde había que penetrar a un dormitorio con las camas deshechas y con olor a cuerpos sucios y andrajosos para beber un vaso de pisco, servido por la hotelera, una gorda pálida y triste que se hacía pagar con usura. Flotaba en la atmósfera una pestilencia a cuero de animal desollado. En la cocina colgaban esas horribles presas de cordero recién muerto que han sido para mí siempre la pesadilla del campo chileno.

En el interior de otro hotel más pequeño, pero no menos miserable, festejaban al general Ibáñez, que andaba en gira por la región. Lo vi salir, rodeado por sus tenientes y anfitriones y avanzar hacia la playa, donde le hicieron observar algo, relacionado, supongo, con algún problema local. Me produjo una impresión desagradable la expresión ininteligente de su rostro manchado, como quemado, y de sus ojos empequeñecidos en esa cara que engorda, detrás de unos pequeños lentes de avaro, con armadura de oro. "Vamos a Navidad, a un malón que le damos al general", dijo un vejete muy moreno que se movía sobre la arena suelta con andar claudicante.

Esto es Chile, este contradictorio país. Si no amara la tierra, algunos paisajes, algunos árboles, no me sentiría unido a nada de él. Desde lejos pensaba con entusiasmo en el salvajismo de estas tierras. Olvidaba que lo salvaje es muchas veces algo calcinado y destruido.

Tomo el sol, tendido en la arena del Horcón. El mar está cubierto de algas entrelazadas. Pinos, eucaliptos, un sauce, se escalonan por las colinas próximas al mar. Uno de los signos de nuestra mala barbarie es no conocer los nombres precisos de las cosas. Eso significa que este mundo nuestro es pobre, que no nos interesan todas las cosas y las variedades de las cosas. Desde las Ventanas, avanza hacia nuestra bahía una embarcación con una vela cuadrada en la proa.

El Horcón, 25 de febrero

Acabo de leer que los cambios que el alma de las élites europeas han sufrido después de 1914, se revelan muy visiblemente en los epistolarios. Después de la Primera Guerra, casi desaparece el tono íntimo personal, frívolo que hace de tantas cartas del siglo XVIII y del XIX encantadores recuentos de cosas y placeres. La preocupación angustiosa por el mundo y la historia inunda las correspondencias. No se advierte ya la presencia de una fe espiritual, de una graciosa conformidad con la naturaleza y lo humano. El alma europea despierta a una pesadilla zoológica. El hombre es también *esa bestia*, como el sol de mar que vimos ayer en una poza, aparentemente dormido, que levanta sus viscosas patas con cruel lentitud apenas siente el contacto de su presa, unos caracolillos listados que le echamos deliberadamente, para observar sus movimientos. Algunos caracolillos, sobre el cuerpo de la bestia que parecía un tejido indígena de fibras vegetales, sacaban sus pequeños cuerpos blanquecinos y estiraban sus cuernos, poseídos por el espanto. ¡Extraños huéspedes tiene Nuestro Señor! Observamos una concha de loco, horadada por penetrantes enemigos que buscarían el blando cuerpo escondido. Como defensa, el loco desarrolló en la concha un engrosamiento que, avanzando hacia adentro de la cavidad protegida, ha de haber terminado por oprimir al animal y asfixiarlo. ¿Por qué está contaminada la naturaleza? Sólo hay derecho para hacer esta pregunta en el caso de que la naturaleza no sea natural, consubstancialmente así. Pues si es solamente furia y estrépito, todo está por encima del bien y del mal. El mar suspira, se queja, ruge, se desploma sobre las rocas y las embarcaciones y esto no es más que una línea en el cuento sin sentido contado por un loco. Los seres aparecen y desaparecen. El caracolillo listado es deshecho por los ácidos del sol marino, Virginia Woolf se ahoga, un terremoto o una guerra hacen perecer a millones, todo es lo mismo, imperceptibles estremecimientos de este humo que ocupa el espacio de un universo sin testigos. Toda libertad es vana si no puedo preguntar: ¿Quién pecó? ¿Quién rompió la armonía y la belleza de la creación? Pero, rigurosamente, no puedo hacer esta pregunta. Fue vana la muerte del pececillo redondeado y gris que encontramos sobre la arena, ayer, a la hora del crepúsculo. Su muerte fue humilde, secreta. Se estremeció por última vez, en una placentera embriaguez de oxígeno, según dicen. Nadie escuchó su muerte. Súbitamente, comenzó a ser carne podrida y a contribuir con su pequeña pestilencia a los olores podridos de la costa. Más allá, entre unas rocas, vimos un enorme pelícano muerto, con sus alas grisáceas a medio desplegar y su pechuga blanquecina hinchada. Hasta allí lo arrojó la mecánica del mar, mientras la química del aire y del cuerpo desintegraba sus órganos, la misma química que en estos momentos determina mi acidez de estómago.

¡Cómo iniciar otra vez la metafísica del alma!

Hay algo espantoso en estos veraneos, descansos en la mano crispada de la naturaleza. Bello el paisaje, bello el mar, aceptables las

incomodidades, pero terribles los objetos arrojados en la arena, la cabeza de congrio cortada en una mueca de risa dibujada por unos dientecillos finos bajo el ojo irisado y perverso. Terrible el apaleo de las *viejas* recién pescadas. Quedó un agua sanguinolenta en el fondo del bote, después de la agonía silenciosa. Hace dos años, en Chiloé, salí con unos pescadores a la faena de las sierras en la ancha bahía de Ancud. Había que destrozar con un garrote de fierro la cabeza de la sierra plateada.

En el siglo pasado se decía que para cambiar la sociedad se necesitaba una reforma intelectual y moral de los individuos. Ahora se dice que no puede haber reforma intelectual y moral de los individuos sin reforma económica. ¿Y el pecado original? No hay reforma sin revelación. Estamos en el trance de ser salvados. Lo único necesario es la salvación, un nuevo encuentro con lo divino, más allá del marxismo, del capitalismo y de todo esto.

Un eco de Gide, de *Les nourritures terrestres*, en el esteticismo que colorea la atmósfera del libro[40] y que aparece a veces demasiado visible: "Tu cabello suelto, frío, extendido como un abanico dorado entre las almohadas. Te enseñaría, Kareen, la voluptuosidad. Sólo a los muy solitarios les está permitido conocerla" (p. 39).

Me gustaría señalar dos páginas -39 y 40- como uno de los mejores himnos de juventud de nuestra literatura, un hermoso canto a la naturaleza y a su encuentro con un corazón y un cuerpo adolescente. "Eramos muy jóvenes y valientes. Podíamos caminar horas enteras entre las piedras saltando de una a otra. Trepar hasta la más alta. ¡Acaso hallásemos un nido de gaviotas o los huevos manchados del alcatraz!... Nuestra vida era generosa. Podíamos mirar el sol sin que los ojos se cubriesen de lágrimas... Rojas eran nuestras orejas durante el verano. Y la playa de color de oro, y el mar, turquesa... Pienso que poseíamos una especie de pureza, de limpidez, de transparencia de corazón..."

No es fácil dejar de caer en la vulgaridad sentimental de un diario de amor. Pero, con frecuencia, el lirismo erótico hace aquí descubrimientos de translúcida poesía que se condena en estampas que me cuesta olvidar: "¡Qué suaves son tus brazos! Como las alas de las mariposas, cubiertas de un polvo de oro. ¿También respiras por ellos? ¿Te sirven para volar? Alguna tarde empezarán a moverse sin que tu voluntad pueda detenerlos. De tus cabellos harás dos antenas doradas. Y como las mariposas no tienen corazón..."

Escribo frente al mar cubierto de algas del Horcón, entre las cuales nadan unas gaviotas, al parecer mansas, bucólicas. Sobre una roca vecina a mi ventana, hay una gaviota meditabunda, parada en una pata. Tiene elegancia natural de líneas, dignidad de colores. Mira el paisaje de agua y piedra con aparente desprendimiento, como si ella estuviera por encima y muy lejos de él. Pero algo ha visto, y de pronto despliega

---

[40] Oyarzún retoma el comentario sobre la novela de Lafourcade, *El libro de Kareen.*

sus alas, se inclina y vuela con el cuerpo ladeado, como si el viento la descontrapesara y la llevara. En seguida, mientras escribo, vuelve. Yo escribía su vuelo. Ella ha volado y está otra vez ahí vigilante. Vuelve a volar, segura ahora de sí misma. Pasa frente a la ventana, como en navegación recta hacia un punto fijo.

En este largo verano que comenzó para mí en mayo o junio del año pasado, recuerdo un día de agosto en que yo vagaba por el extremo sur de Inglaterra. Me separé de mis amigos en Boswinger, donde dormimos en una granja vecina a la hostería de juventud que estaba repleta. Debíamos encontrarnos esa tarde en Land's End, frente al correo. No los vi más. Me perdí en la mañana y durante horas, con lluvias copiosas que me obligaban a refugiarme bajo los árboles, pretendí salir de lo que jamás supe si era isla o península. Cargado con mi saco alpino, pasé frente a una mansión isabelina de ladrillos rojos, que miraba a los acantilados y al mar y seguí por un camino orillado de hayas y encinas. Al atravesar un caserío, oí oraciones que salían de un torreón de piedra y divisé a un viejo vagabundo que caminaba delante de mí, apoyándose en un bastón forrado. Llevaba un saco al hombro. Tenía una larga barba blanca y nariz aguileña como San Pedro. Concebí la esperanza de que fuera un profeta y lo saludé, como instándolo a que me invitara a marchar con él. Sus ojos abstraídos me miraron apenas y contestaron a mi saludo sin distinguirme. Más tarde casi desaparecían los grandes árboles y el paisaje se tornaba árido y pobre. Por la carretera principal pasaban autos elegantes o enormes camiones cargados de heno o de madera. Una mujer vieja y mal vestida que salió de una casa deteriorada a la que llamé para informarme sobre mi ubicación, me dijo que estaba lejos de todas partes. Continué, ligeramente desalentado, en busca del mar, hasta que un angosto camino me condujo a una comarca boscosa y risueña bajo el sol. Al llegar a un *ferry-boat* que debía tomar para seguir a Penzance, unos hombres de aspecto miserable me hablaron desde un pequeño camión destartalado de muy antiguo modelo. El mayor, un hombre flaco, moreno, de ojos como huevos de perdiz, era tartamudo y me costó entenderle. El otro, era un muchacho de baja estatura, de dientes rotos. Me invitaron a seguir con ellos. Trepé, feliz, al camión. Atravesamos aquel brazo de mar y de nuevo entramos en un país árido, a donde ellos se dirigían en busca de gallinas que comprar. Poseían una carnicería en un villorrio. Me costaba equilibrarme en la cubierta sin barandas. Los que creí castillos en las polvorientas colinas lejanas, eran grandes hornos en los que se purifica la arcilla que sirve para hacer la porcelana de China. Era la región más pobre que hubiera conocido en Inglaterra. En Cornwall, la opulencia se concentra en los bordes del mar. El interior del país es desolado, está herido por ásperas canteras y las aldeas son recientes, de ladrillos y no de piedra. Las iglesias son pobres. Parece que todo el mundo se hubiera marchado a otra parte. Sólo unos niños sucios, abandonados, juegan con pedruscos entre las hierbas macilentas. Acompañé al tartamudo y su ayudante a unas barracas donde negociaron con astucia las gallinas, a las cuales pesaban en una balanza. El tartamudo, con gestos epilépticos, las

atormentaba. Las sacaba de un saco tirándolas de una pata, mientras las infortunadas se quejaban en el lenguaje universal de las gallinas, desprovisto de inteligencia, pero expresivo bajo los redondos ojos que se nublan, sorprendidos. Debí recoger el saco desde la cubierta y sostenerlo, mientras corríamos hacia un pueblo negruzco, donde me dejaron, para que yo continuara por mi cuenta. Yo desesperaba ya de salir de esa ingrata comarca, de tierras secas. Me sentía lejos de todo y ahora, por primera vez, me pesaba mi soledad.

En el primer pueblo tomé un autobús que me llevó a Penzance y después otro, en el que llegué a Land's End, en donde termina la mayor de las Islas Británicas

El Horcón, 26 de febrero

Son poco más de las 6 de la tarde de un día ventoso. Hace frío como en Ancud, o como en el último verano de Inglaterra, y es casi necesario refugiarse en el amplio comedor del hotel, cuyas ventanas dan directamente al mar. Reparo en que el mar siempre me ha producido angustia, una sutil aflicción. Tal vez se trata de lo desesperante de su gran movimiento ocioso. Toda esa agua se mueve en una constante queja sin sentido, con una voz anterior a toda tibieza humana. Hace frío sobre el mar, a causa de este viento que viene desde el sur, desde los hielos desamparados. Se me ocurre que la cultura humana ha sido una larga búsqueda de calor, de tibieza, de cordialidad de la materia y del espíritu en medio de la frialdad de la naturaleza. Los países cálidos no parecen por eso cultos en el mismo sentido de los templados y fríos. Pienso en lo helado de las algas, de los peces, de los moluscos y rocas en este mar. Me defiendo de la angustia flotante en el cuerpo de la naturaleza. Este cuerpo que cae en el espacio oscuro y que no sabe adónde va.

Tendido esta mañana en la arena, bajo el sol, terminé de leer *Prométhée mal enchaîne* de Gide. Las primeras 50 páginas me habían decepcionado. Me parecían sosas e insubstanciales, pero después el libro adquiere una forma y con la más admirable liviandad es profundo y generoso en posibilidades que fueron efectivamente cumplidas. Se trata, creo, de la felicidad puesta en duda y de la exaltación de la personalidad, pero también de la muerte de los mitos y de la pérdida de la aventura de la vida. Alabanza del hombre y vituperio de la cultura.

Un barquichuelo con blanca vela en forma de trapecio cruza la pequeña rada del Gobernador. Sobre las montañas de Zapallar hay unas largas nubes rosadas que anuncian ya el crepúsculo. No sé por qué siento, al verlas, que he vivido ya muchos años. Experimento la profundidad de mi pasado, como si en mi vida fuera ya posible y justo morir. He dado una primera vuelta al mundo que me estaba destinada. Podría despedirme de él amistosamente, con serenidad, como estas plantas de la costa que se secan en paz mucho antes del fin de verano. No creo tener ni desesperanza ni escepticismo. Al contrario. Creo en la permanente inconclusión de la vida, en una permanente vitalidad de la

que emergen formas provisorias que preparan una forma final imprevisible. Pero lo que en este momento preciso necesito es una estación de reposo, una quietud llena de trabajo interior.

El Horcón, 28 de febrero

Ayer en la tarde, excursión con R. por rocas y montes a la puesta del sol, entre bosquecillos de jóvenes macrocarpas sobre el mar. Vimos al Don Diego de la Noche blanco triste y entrecerrado, con sus largos estambres y su pistilo amarillo limón coronado por una estrella de cuatro puntas. Recogí algunas semillas maduras que regalé a R. El pequeño cactus de hojas rosadas y carnosas como flores estiraba sus varas en las que se suspenden unas campánulas violeta de la más sedosa materia refinada por el verano de la costa. Entre las ramas de pino tejían sus telas grandes arañas verdes con incrustaciones de oro. Desde lo alto de una colina vimos primero un cielo rosa y dorado con nubes como follaje de ciprés casi lilas, un cielo del Veronés o del Tiziano que se hizo más tarde, al anochecer, cielo de Gainsborough o de Romney de un siena apagado y de larga línea aristocrática como la airosa y un tanto triste pluma de un sombrero de Lady Hamilton. Cuando pisábamos las arenas del antiguo conchal de los indios, brillaba ya Venus en el poniente, la misma que sería nombrada, mirada y quizás adorada por aquellos bárbaros que fabricaban cántaros de barro cocido, hacían fogatas y pescaban en este mar peces y mariscos, cuyas conchas subsisten al lado de los pedazos rotos de cerámica. En estas lomas jugarían los niños, encenderían las mujeres el fuego, adorarían, cantarían, se abrazarían esas gentes que consumió la arena y cuya sangre se perdió en el despeñadero de las sangres que en este país nuestro se han juntado.

En *El libro de Kareen* no aparecen sino los chilenismos que se filtraron a causa de la ignorancia del autor. *Vio lingüísticamente el paisaje*: vio cardos blancos, aromos, el árbol de Judea, el laurel rosa, pero habría sido humillante para él ver y nombrar el paico, el poleo, el boldo, el quillay. Sus pájaros fueron creados en jaulas escogidas: pavos reales, faisanes, águilas, jilgueros, rigurosamente preservados del plebeyo contacto de tiuques, chercanes, chincoles o loicas. No revela por ahora condiciones de enriquecedor de lenguajes. Es un espíritu seleccionador, abandonado en la avenida de un parque, que ha dado dos o tres notas al paso de un viento delicado que venía del interior de una mansión versallesca recién construida, con toda clase de adelantos higiénicos y confortable.

2 de marzo

Hoy, día brumoso, entreabierto, destemplado. Un día ideal para el arte; podría escribir como un anticuario, como un alquimista separado de la vida, en un cuarto oscuro alumbrado por una lámpara de gas que se limitara a dar un círculo de luz alrededor de mi cuaderno. Me gustaría

ahora vivir en una ciudad nebulosa de Inglaterra o de Holanda, en una ciudad de altas callejas estrechas en donde mi libertad tuviera los límites de la noche y del interior de las casas. Recuerdo a veces como encanto incomparable mi vida en Londres, esa libertad independiente de toda gala de la naturaleza. Aquí, bajo un cielo demasiado luminoso y demasiado abierto.

Cae la tarde. Percibo la fatiga de la luz y mi fatiga. Eso es el crepúsculo, que aquí tiene la gravedad de la naturaleza. Una gravedad natural. He visto tantas veces crepúsculos en grandes ciudades que encendían sus luces y sugerían a la gente un gran deseo de amistad, de amor, sordamente rechazado por la frialdad congénita de la vida. Recuerdo crepúsculos de París. Yo estaba solo y maravillado. Pero sentía en mí el vacío de esa ausencia humana. Nadie era mi prójimo. Yo no era nadie. Vivimos ahora bajo este mal. ¿Quién es alguien para los demás, para la "cultura"? El hombre necesita en el espíritu algo semejante a lo que es el acto sexual en el cuerpo. ¿No es eso la religión? Un mundo sin religión, vacío como Londres después de las 6 de la tarde. Recuerdo los *escalators* del subterráneo. Yo subía, bajaba y eso me parecía siempre una imagen de la vida humana. Solo, sin alegría, llevado hacia arriba o hacia abajo. Y sin embargo el corazón humano tiene tal esperanza, en otra vida posible, en la verdadera vida. Hay tal necesidad de amar, de aceptar, de ser bueno, una necesidad de bondad cuya insatisfacción produce los millones de rostros del mal. ¡Oh, quiero amarte, Dios mío!

8 de marzo (navegando en el Dalcahue, hacia Ancud)

Día gris, con poca visibilidad sobre los canales. Es difícil hallar en el barco un lugar en el cual sentarse.

En el miserable comedor del buque, leo con creciente placer el libro de González Vera: *Cuando era muchacho* Una señora sesentona, tal vez maestra jubilada, cuenta de buen humor la historia de una terrible operación al intestino. Me recuerda a muchas dignas viejas de boca fruncida que he conocido en mi infancia. Se parece a la Griselda, que hablaba ardorosamente mientras hacía costuras para mi madre. Lleva un gran anillo de piedra verde y une con tranquilidad sus manos de grandes venas azules. Más allá, todavía diserta el canoso personaje, típico parlanchín de provincia, que parece tan enterado de todas las cosas de la política. Es el inteligente chileno inconformista, más o menos fracasado en todo, criticón, pillo, vividor, simpático. Hombre cuya compañía buscan estos otros chilenos lentos y desprovistos de imaginación; los entretiene, pero no lo estiman. No, no entienden a este tarambana. El intendente de Aysén, ex prefecto de policía, dormitaba oyéndolo, escéptico. Tiene una bella cabeza de tontón alemán. No le quedan sino unos pocos cabellos blancos, a los que la pomada ha hecho formas arabescas sobre su calvicie.

Puerto Montt, 14 de marzo

Bastante aburrido al cabo de una semana de gira pedagógica por Chiloé y Puerto Montt. Echo de menos soledad y amigos. No sirvo para hombre público. Hay que hacer aquí vida de diputado, hablar estupideces y comer y beber, sin poesía, hasta el exceso. Prometo no aceptar ninguna más en adelante. En fin, el viaje me ha servido para visitar otra vez estas tierras. En este momento, me sorprende la gran tristeza de un mundo austral frío carente de intimidad humana. Si los chilotes y sureños tuvieran una intimidad más poderosa, habrían sentido la necesidad de arreglar más confortablemente sus casas y hoteles, que son páramos en una comarca en que abunda la madera y la noche es larga. Se calientan comiendo y bebiendo en habitaciones oscuras. No hay acá el sentido flamenco del interior. Se vive para el aire libre o para el intestino, para el interior del cuerpo. El mundo exterior no entra por los ojos sino por la boca. Podría citar aquí una oculta costumbre que ya he observado con repugnancia muchas veces. Me sorprende la importancia que tiene en Chile lo ciego y extra-estético del cuerpo, la ignorancia chilena del universo visual. Esta gente es cordial y cariñosa. Tiene alma, pero es anterior al espíritu. Se exige comer hasta el abotagamiento. La cortesía exige saciarse y, si es necesario, reventar.

Vi de nuevo, con cierta nostalgia, la bella bahía de Ancud, que en los días de sol parece un paisaje del Mediterráneo, con las almenas semi derruidas del fuerte, entre los espinalillos de un verde húmedo. Nada más desolador que una asamblea pedagógica. En algunos momentos, sin embargo, he sentido piedad, una melancólica simpatía humana ante esos humildes destinos, frente a esos tristes ojos de maestros que viven aquí una pequeña vida, llena tal vez de un sentido de que la mía carece. Se ha apoderado muchas veces de mí el agudo sentimiento de la injusticia que pesa sobre todas las pobres gentes de esas islas. Los magnates y los hábiles destruyen sus riquezas, engórdanse con ellas y los dejan allí condenados al hambre y a la oscuridad. Las alumnas de la Escuela Normal de Ancud duermen en un galpón miserable, que se llueve por todas partes. Pertenece al Obispado, que no ha querido arreglarlo. El Liceo es una pocilga. Me gustó ahora menos el paisaje de Chiloé. Lo veía a través de la pobreza.

En Castro. Me causan desagrado las nuevas construcciones de cemento, al margen de todo estilo, pesadas y sucias de barro. Nos invitaron a un *curanto* del Cuerpo de Bomberos, en el campo. Comimos sentados a una mesa al aire libre. En una casa cercana había una fiesta popular. En un pequeño cuarto oscuro, las parejas ebrias danzaban apretujadas al son de una guitarra. Inmediatamente fuera de la casa había sol, brillaban las avellanas rojas y sobresalían las enormes dalias en un jardincillo cercano. Las ovejas pastaban apaciblemente en el césped de las colinas y más allá unos jugaban al foot-ball. Los bailarines se peleaban de tiempo en tiempo en la habitación oscura, dominada por el olor de las papas podridas, el olor de Chiloé. En el curanto, antes de mí

había hablado un jefe de los bomberos, secretario del Juzgado de Letras. Habló como un antiguo leader del antiguo Far West, irguiendo su cuerpo fuerte, pero obeso, con violenta voz de mando. Dijo en un pasaje de su peroración: "Así como la plaga inmunda del tizón ha arruinado nuestras siembras, nuestra institución sufre la amenaza de la inmunda plaga de la traición, representada por la 4ª Compañía..." Yo -¡yo!- los exhorté en mi discurso a la concordia. Cuando terminé, un anciano mecánico de origen alemán, de ojillos lacrimeantes, que había estado cerca de mí, me felicitó y me dijo: "Muy bonitas sus palabras... Pero me asalta la duda perfecta: ¿qué se oculta detrás de todo lo que usted dice?" Buena expresión de desconfianza criolla.

Abunda acá en todas partes la buena pasta humana, una buena humanidad primitiva. Anoche estuvimos en la Isla de Tenglo, en la Quinta Hoffmann, cuyo dueño, un alemán de 70 años, de noble frente y bigote caído, nos invitó a probar unas botellas reservadas de vieja sidra. Nos expuso su teoría sobre el origen del tizón. Su causa sería la extracción del aire por la planta que han instalado los americanos en las cercanías de Puerto Montt. No teníamos noticias de esta planta. Se dice que está en relación con la bomba de hidrógeno. ¿Es posible?

Santiago, 23 de marzo

El Señor ha muerto. Nuestro joven Señor fue asesinado. Fue colgado de lo alto de un árbol. Nadie ama verdaderamente al Señor. En el fondo de su júbilo, el demonio llora. Un león gimió con su melena herida, abriéndose paso por entre los matorrales calcinados por la fuerte primavera de Judea. Ha muerto el Señor, nuestro Dios, y el corazón humano suspira. Jóvenes corazones suspiran. Nunca más una primavera sería completa. Los jóvenes vagabundos blasfeman contra el Señor. Parten con sus mochilas hacia las montañas, destinados a una alegría que no se consuma sin El. Todos los trenes llevan hacia la muerte del Señor. El muere en las negras minas, en las miserables casas de los trabajadores sedientos de la vida que deja nuestro Dios entregada a la crueldad de los hombres. Enormes pescados blancos alumbran la mesa del hombre rico que olvidó la muerte y la vida del Señor. El está solo, colgado de un árbol florido; delgado, su blanco cuerpo sangrante. Ya derramó sus lágrimas. Señor, sólo quedan los sollozos de placer, un cuerpo oscuro, un cuerpo cansado. Sin la salvación de las heridas, sin la salud de los latigazos, Señor Dios, el cuerpo del hombre está cansado, tendido en el pasto, cansado. Un cuerpo oscuro debajo de tu cuerpo radiante. No me alcanza el sol de tu sangre, el sol que aligera tus pies y te separa de la tierra. Los jóvenes vagabundos blasfeman contra el Dios joven que ha muerto. Ríen a carcajadas subiendo las montañas, en busca del sol. Pero no hay otro sol que tu sangre y de tu sangre nacerá la nueva sangre de los hombres, ¡oh, Señor, muerto!

30 de junio (en vuelo de Bahía Blanca a Trelew)

Vuelo sobre la rojiza Argentina del medio sur. Desde lo alto la llanura parece pobre, calcinada, sin árboles como el reino de Aragón. La planicie no es interrumpida sino por las numerosas lagunas. Todo aquí es ancho, horizontal, sin repliegues. Al amanecer, aparecieron sobre el mar de Bahía Blanca unos arreboles delicadísimos, de un rosa encendido, sin gravedad. Debe de haber viento, pues el avión corcovea.

Leo en una *World Review* atrasada un artículo sobre Malraux y el misticismo de la acción. Los corcoveos se hacen más fuertes. Al oeste de la gran llanura se ven o, más bien se presienten en la lejanía brumosa, los blancos volcanes de los Andes. Ancha, leonada, oscura es esta tierra que poblaron los iguanodontes y mastodontes. Habrían sido también insignificantes desde la altura a que volamos. Pero más insignificante que una ramilla seca caída de un nido o que un chanchito de tierra es desde aquí el hombre en este enorme país sin ciudades. Esta es, sin embargo, la Tierra. Aquí, terrosa, leonada. En Inglaterra y Francia, verde, húmeda, cubierta de pasto, cultivada, acariciada por los hombres. Esta es la tierra casi deshabitada del continente austral. Bosques de árboles sin hojas en este invierno, acantilados rojizos, lagunas de agua inmóvil, un horizonte de nubes grises que se extienden como la frontera que separa el mundo de los hombres del mundo de los vientos y los avestruces.

El mastodonte atravesaría con pasos pesados esta planicie sombría. Es tan llana y uniforme, que resulta difícil apreciar la altura de nuestro avión. Vienen desde el sur unas nubes vertiginosas, locas, que se desgarran alrededor del avión hasta cubrirlo todo. Volamos ahora a ciegas.

Trelew, una aldea de casas de madera y de chalets blancos en el páramo sin árboles azotado por un viento frío. En las cercanías, divisé una comarca arbolada más grata, en la vecindad de un río grande. Ahora volamos sobre un paisaje lunar de arcilla y cráteres, cubierto de escamas blanquecinas y salpicado de lagunas de café con leche. Otra vez las nubes ocultan la tierra, para provocar este particular acto místico de la vida moderna, la suspensión del hombre entre el ser del cielo y la nada del globo. No me había tocado hasta ahora un paisaje tan monstruos -y bello en su desolación- como el que diviso desde que salimos de Comodoro Rivadavia. Aquí ya no cabe ninguna medida humana. Al parecer, ni un animal ni un árbol contemplan fuera de nosotros esta inmensa superficie lunar helada. Una extrema blancura sería todavía un símbolo humano. Este desierto es malva, azulado, con abundantes manchas lilas, siena, grises. No se advierten montes tampoco, sino grietas, hendiduras, hondonadas, a veces en forma de tortuga, o de escudo de armas. Imagino el silencio que reina allá abajo y los crujidos del hielo cuando llega la primavera. Brilla un sol brumoso sobre este sucio cuero de la oveja terráquea, en donde nunca se ha escuchado la risa de un niño ni los suspiros del amor. Ya es ésta, lejos aún de la Antártica,

una helada virginidad. El Sur del mundo es absolutamente casto y se resiste aun al contacto conquistador de la mirada que resbala sobre su desnudez sin hallar en qué asirse.

Acabamos de volar sobre el gran río Santa Cruz, en cuyas orillas hay algunos pueblos. Parte del río está ahora helada.

Punta Arenas, 1 de julio

Desde mi ventana en el Hotel Cosmos veo un mar de tono flamenco, que todavía duerme bajo un muelle de madera. Son las 9 de la mañana y pronto va a salir el sol. Llegamos ayer a las 5 y media, cuando la noche ya comenzaba. El avión voló muy bajo sobre los ríos, torrentes y lagunas heladas, sobre las nevadas colinas cuyo color lila a esa hora crepuscular era el símbolo de la soledad absoluta. Desde Río Gallegos a Punta Arenas no más de 3 ó 4 luces de estancias lejanas unas de otras.

Punta Arenas, 2 de julio (8 de la mañana)

Aún es de noche. Acabo de mirar, tiritón, hacia el patio que da a la ventana de mi cuarto. Sobre la nieve, el viento o la nieve misma han dibujado unas figuras de Joan Miró.

Ayer temprano -cerca de las 10-, caminando con precaución sobre la escarcha que cubre durante todo el día las calles de Punta Arenas en esta época, fui al muelle; contemplé desde allí la ciudad, con sus casas bajas protegidas bajo las colinas nevadas. El silencio es uno de los efectos de esta nieve austral que no es suntuosa. No es la nieve de llameante blancura bajo el sol de Suiza o de Santiago. Esta nieve magallánica es tímida, humilde y me produce la vaga angustia del amanecer cordillerano, antes de la salida del sol, a esa hora en que el frío y los reflejos lila hacen sentir el desamparo de la tierra. Descargaban al Villarrica que ha traído del norte el vino, el azúcar y la harina que se había agotado en Punta Arenas. Traté de reconocer el camarote en que dormí cuando fui al sur. ¿O fue en el Puyehue? Al lado estaban el Micalvi y el Lautaro, escampavías de la armada, grises, chatos, inhospitalarios. Desde uno de ellos venían las voces destempladas de un aparato de radio. Llegaba en ese momento un pequeño barco argentino, el Lucho II, que hacía esfuerzos por atracar convenientemente, vigilado por los obreros de la bahía, entre los que se mezclaban anchos rostros chilotes de ojillos mongoles desconfiados y yugoslavos de chaquetas de cuero. Un perrillo de la mar ladraba, precioso desde el puente.

Volví después a la ciudad. Me costó reconocer sus calles, almacenes, bancos. Todo me pareció ahora tan mezquino como un campamento. Vi la primera vez, hace 10 años, a Punta Arenas como una gran ciudad nórdica. Es un aldea con unos cuantos edificios de arquitectura victoriana y con casuchas de Alaska. ¿Dónde están los techos rojos que yo recordaba? La arquitectura no guarda aquí relación

con el clima. Los bungalows y cottages de Santiago deberían estar aquí, en donde nieva. Por la plaza plantada de pinos y cipreses pasaban unas niñitas con gorro de lana hacia la modesta iglesia. La avenida Colón, cubierta de nieve sucia, es casi un camino rural. Compruebo aquí una vez más la transformación que han sufrido mis ojos después de mi viaje a Europa. Buenos Aires también me pareció una ciudad en construcción. Fuera de la avenida de Mayo no hay en ella estilo.

Punta Arenas, 3 de julio

Ayer tuve impresiones más favorables de P. A. La mañana era perfecta, un cielo pálido y translúcido, un mar turquesa alrededor de los barcos del muelle. Subí hasta la laguna helada del regimiento, en donde patinan los muchachos de Dusty Answer. Estaba desierta, en la silenciosa solemnidad del sol que, como en Londres en esta misma época del año, describe aquí cada día un breve camino; en el invierno austral están cerca el oriente y el poniente. Hacia abajo se escalonaban los techos rojos de la ciudad. Efectivamente existen. Alrededor de la laguna hay una faja de pasto seco cuyas raíces defienden su vida y esperan la nueva primavera bajo el hielo.

Anoche salí a caminar con M. Bunster después de comida. Atravesamos calles desiertas en las que la escarcha nocturna parece barro. Entramos al bar Pingüino, un bar miserable de botellas vacías. Nos atendió un hombre todavía joven, delgado, moreno, de ojos negros y profundos. -¿Es usted español?, le pregunté. -No, soy hindú. Gran sorpresa. Abandonó su hogar en Bombay a los 15 años y llegó a España, donde estuvo 4 años antes de volver a la India para venirse, por último, a Chile. Aquí se ha casado y no desea moverse. -¿Conserva usted su religión? -¡Qué! Si la conservara, me moriría de hambre. -¿Por qué? ¿No le darían trabajo? -No, es que aquí no podría comer nada... -Pero, ¿usted cree todavía en su religión? -¡Qué voy a creer! Las religiones no son para los que viajan. -¿Y en Dios? -Bueno, en Dios sí. Todo el mundo cree en Dios. No hay nadie que no crea en Dios... Ya en la India yo me rebelaba contra los mandamientos absurdos de la religión de mis padres. Y muchos jóvenes igual que yo.

Para Malraux, "vivir humanamente no es ser, sino actuar, y actuar es actuar exclusivamente, intensamente, violentamente". "Hay un impulso de misticismo en todo aventurero..."

Punta Arenas, 4 de julio

Solo en mi habitación de luz mortecina, siento el olor de la pintura húmeda, golpes que dan sobre planchas de fierro mohoso en el puerto, bocinas indecisas, automóviles que pasan y hacen vibrar los muros, y a veces también, si pongo atención, el mar del Estrecho que choca contra la arena parda y con pedazos de máquinas abandonadas en la playa.

La criada me trae una taza de té. Mi cuarto está tibio, apenas sopla el viento que lleva a los vagabundos a buscar los umbrales. Esta mañana vi dos cerca del mar. Uno de ellos miraba el agua y su vista llegaba hasta las montañas de la Tierra del Fuego. Un barco saludaba con sus banderas al entrar en el puerto. A nuestra espalda, vi el viejo casco rojo de un remolcador. También él había sido abandonado. Olvidado. El hombre, cubierto con un saco de cáñamo, tenía la barba canosa crecida. Me miró con ojos recelosos de insomnio.

Este es el frío de la tierra que ahuyenta a los árboles, a las flores. La tierra está aquí pelada, oscura. No soporta otra desnudez que la suya o la del fuego, el dorado fuego de las tristezas hiperbóreas.

Punta Arenas, 7 de julio

Hoy, visita a Laura Rodig en su casa de Leña Dura. Fui en auto con el juez de Letras y dos profesoras. Había estado sólo una vez con Laura, en el célebre cocktail de homenaje a Neruda en 1948. Estaba hoy en cama, con un pañuelo a cuadros en la cabeza en la gran pieza de estar donde ardía un magnífico fuego de grandes leños. Me sorprendió la belleza de su rostro maduro y dolorido, sus ojos dulces bajo párpados pesados, sus labios finos, sensibles. Tiene una cara de italiana. Se ve que posee aquí solícitos amigos que se interesan en ella, pero me apenó verla en estos páramos, vencida. Quiere irse a vivir a la isla Navarino, a la última isla del mundo. Atravesó por mi mente el pensamiento de que su destino consiste en esta fuga a las extremidades del mundo. Quiere esconderse. Me dijo que recibió hace pocos días una carta angustiosa de Gabriela. Contó divertidas historias de su vida con ella. La historia de Catita que mató la paloma de Gabriela en Los Andes y que en Punta Arenas acribilló a picotazos el primer abrigo de pieles de Laura. La llegada de las dos a México.

Punta Arenas, 10 de julio

Acabo de terminar *The years*. Es una de las novelas que más me han impresionado en mi vida. Siento el suicidio de Virginia Woolf como si fuera mi tragedia personal, como si con eso todos hubiéramos fracasado, como si fuera la prueba de que el mundo carece de sentido. Ella se arrojó al Támesis. Sus descubrimientos, su sabiduría, su dulzura, la ciencia de Eleanor no eran todo. Había algo más, algo insoportable, superior a la fuerza, a la bondad humana. Las caparazones no podían ser removidas para revelar la nuez dulce, la castaña. ¿O eran brutalmente removidas y no había dulzura? No había dulzura. Sólo un áspid debajo de la cortesía.

Siento momentáneamente el tedio del extremo sur, el tedio de los países nórdicos, el tedio de mi soledad y de mis excesos. No me gusta vivir encerrado, como estos ingleses y americanos que juegan intermi-

nablemente junto al fuego en el salón del hotel. Experimento la necesidad de caminar, de ser tonificado por el aire frío. El día de hoy ha sido lúcido, de un cielo impecable. Después de terminar *The years*, salí a pasear por la playa, con la conciencia despejada y los músculos apretados, tensos. Mi excursión empezó bajo señales estimulantes. Había varios barcos en el muelle, rodeados por un mar turquesa, helado y liso. Un avión daba con ímpetu juvenil una vuelta circular por la bahía. Brillaba como un juguete precioso, de cuerpo plateado y de hociquillo rojo. Una camioneta cargada de enormes panes dorados y sierra quemada llegaba al apostadero naval. Sentí los orígenes de *Petruschka* cuando unos rústicos marinos invisibles empezaron a ensayar en desorden sus instrumentos en un galpón de madera amarilla. Pero, más allá, al salir a la playa, me hallé con una gaviota muerta, al lado de una charca helada, sitiada por algas secas. Allí dormía, con sus plumas pardas ribeteadas de blanco y con su vientre todavía suave. La playa está cubierta de pequeños objetos rotos o abandonados: trozos de ladrillos limados por el agua, pedacitos de vidrio, correas de acero, cintas de quilla semihundidas en la arena. En una lengua de tierra que se interna en el mar, un hombre de altas botas recogía algo que echaba en una olla. Parecía husmear el suelo como un perdiguero. Avidamente. Lo miraba cuando advertí a mi lado un perro muerto, casi sumido en la arena negra. No se veían su cabeza ni su cola. Tenía un flanco pelado por los insectos. Recuerdo que el mar de Tres Puentes, cercano a Punta Arenas, está lleno de sangre. Flotan en él las vísceras de los corderos del frigorífico. Vuelan allí miles de aves de rapiña que se pelean los despojos. Volví hacia el muelle, barrido por una brisa enérgica. Me gustó mirar desde ahí las montañas de la Tierra del Fuego, enteramente blancas sobre el mar.

Punta Arenas, 12 de julio

Bendigo el alcohol, que me saca del país y del *tedium vitae*, para reconciliarme con el *élan vital*. No creo que haya filosofía contemporánea más hermosa que la de Bergson. Hermosa con todos sus puntos débiles. Hay que beber dos copas para sentir la proximidad de su riqueza. La filosofía tiene entre sus atractivos éste: proporcionar un nuevo punto de vista sobre lo bello. En ella, en efecto, la belleza está en relación íntima, consubstancial con la verdad, y se da, misteriosamente, en función de ésta. Aquí se confunden. Me han dicho que soy frívolo porque rechazo al marxismo por razones estéticas, las mismas por las cuales condeno el pragmatismo de los pedagogos. La filosofía, la poesía, el arte, la ciencia deben proporcionar un estado de ebriedad y contemplación. La ebriedad de la contemplación. Como que uno llega a ellos *ebrio y anhelante*. Armando Roa me celebró esta conjunción en 1939 -y ¡qué importa!-, ebrio y anhelante. Por razones estéticas rechazo la miseria. Mi acción no tendría que ser menos práctica por eso. La filosofía de Bergson es bella. ¿Por qué? La pregunta no es impertinente cuando se trata de la matrona llamada Filosofía. Ella es dura, equilibra-

da, transparente como Minerva. Y está armada... Es bella en cuanto me satisface, en cuanto me da respuestas que recogen múltiples preguntas y apetitos de mi espléndida naturaleza, de mi naturaleza espléndidamente rica. Un buen marxista ebrio, con la euforia lujosa de la ebriedad sin pecado, se ríe del marxismo. ¿Podría creer un empirista lógico en su filosofía después de beber una botella de Carmen Margaux? Lejos de la ebriedad, la razón se reseca y burocratiza. La virtud mal entendida lleva a la pasteurización del espíritu. La filosofía no trata de ordenar, sino de inventar y mover. ¡Ah! Los pedagogos, los revolucionarios que aspiran al orden, los planificadores, ¡infección de los tiempos! Planificar: meter a los sapos en la red. Pero aun ahí cantan. Adentro y afuera, a Dios gracias. Todos creen que la vida humana es larga, eterna. No aman al hombre y creen en la especie. ¡La especie! Me río de ellos y los desafío a que comuniquemos a las personas en estado de entusiasmo, a ver quién las ama más, quién las deleita más, quién las sigue más. Horror de bichos, cargados de anteojos y carpetas.

Punta Arenas, 23 de julio

En algunos instantes llega al colmo mi tedio de mí mismo y de estos lejanos lugares. Quisiera volver a Europa de un solo impulso, sin pasar por Santiago. Ayer, en la estancia Cerro Negro, sentí la asfixia del destierro. Más allá de la sórdida casa de madera cuya calefacción me aturdía, la estepa nevada, cubierta de troncos rotos, entre los cuales las ovejas escarban en busca de pasto. En cierto modo el día anterior había sido perfecto, una travesía entre plantas. El viento levantaba polvo de mica bajo un cielo cándido, que era tan puro de líneas, tan intacto como la planicie blanca. En una pequeña bahía que vimos al dejar el Estrecho e internarnos hacia Rubens, había un grupo de ancianos flamencos, a los que la edad pone -según nuestro chofer, don Apóstol- de un color rosado encendido. En estos páramos dominan los ingleses de la Sociedad Explotadora y los primitivos yugoslavos. Los hombres delicados aquí se entregan al alcohol. Siento la necesidad de beber. Llega el instante en que no sirven los libros. Hay que escribirlos, como Stendhal, o enloquecer. La mayoría de la gente se defiende comiendo las carnes abundantes de este mundo de corderos. ¿Tendría que decir que odio a los corderos? El alcohol es como una promesa de espíritu. No distingo bien en mí en estos días. No sé a ciencia cierta cuándo estoy sobrio. Carente de puntos de relación, vago en estado sonambúlico. Aquí se reseca la vida de los contemplativos y se endurece la actividad. Si hubiera tenido antes alguna experiencia mística, diría que mi estado actual es de apatía. Así será la opresión interna del alma aherrojada.

Buenos Aires, 30 de julio

(Ruinas)
Súbitamente las pieles le fueron arrebatadas. Fue desgarrada la

seda como el velo del templo. El mundo ha sido, a pesar de todo, demasiado tranquilo durante largo tiempo y ha visto la multiplicación de las cortesanas de lujo. Ahora la ruina avanza por su viejo rostro, lenta, implacablemente como la congestión por el rostro del viejo actor alcohólico. Hijos de príncipes arruinados, de nobles asesinados veinte años atrás, se mezclaban a los sedientos y quemaban las carnes de sus primos hermanos. Las banderas se truecan, como las palabras. La muerte ha perdido su carácter secreto. Ya no llega furtivamente al lecho de la *poetisa*, del *aldeano*, del *vigilante*. Enloquecida ella misma, corre, se afana por todas partes, de una barricada en otra, ebria con tanto alimento, pero insatisfecha con tan grandes cambios. Su grandeza ha desaparecido. Ella también es indigna, insignificante. *¿Quién se ocupa ahora de la majestad de los hombres?*, grita la muerte empequeñecida, no más grande esa sublime muerte que un ratón que corre de una cueva a otra en el santo silencio de las alcantarillas vacías de una muerta ciudad. Al fin ha sido la muerte derrotada. ¡De la manera más imprevista! De la manera más imprevista, es ella tan miserable como los hombres. Pero ¿quién puede regocijarse? Dios mismo estaba desconcertado y ha preferido esta tarde -tarde de mil años- dormir.

Santiago, 9 de agosto (La Bahía)

Quisiera dibujar, *exactamente*, una hoja de encina. Hoja elegante, con las entradas y salientes de su lámina tersa, que cruje entre los dedos que la refriegan y deja un aroma agudo sobre el escozor. Dibujar una hoja de encina, como un artesano románico. Dibujar una hoja, *exactamente*, exige aceptar el mundo tal como ha sido poblado de acuerdo con un plan que nos es ofrecido. He visto hojas de encina con arrugas, verdes arrugas, hinchazones de un tono más claro, más pesadas que la hoja normal. Una enfermedad suntuosa en la cosa creada por la primavera, por el entusiasmo de las raíces que la tierra de septiembre calienta. Las he visto después caer, doradas, bajo los primeros rigores del otoño, livianas, danzantes, más nobles, pero ya vacías, con una desengañada transparencia que hacía sobresalir la solidez de las fibras en la robada lámina. La muerte es allí alada, propicia al vuelo, contraria a la plenitud material del verdor.

No hay posesión sin descripción, descubrimiento de lo que es. De lo que es más allá de ideas, de almas humanas separadas. Más allá de eso, un acto místico. No, de visión. Ser capaz de ver. Ver, he ahí el entendimiento, el arca de la alianza. No digo ver verdaderamente, pues no rige aquí la exigencia de la verdad. Ver hondamente, con extrañeza, lo que es. ¿Quién ve una hoja? ¿Quién ve un erizo? Recomiendo a los filósofos mirar las playas. Bañarse y nadar, entreabrir los ojos bajo el agua, sacarse el traje de baño y mirar una roca negra, áspera, con manchas de superficie suave. Escuchar la impertinencia de los grillos que interrumpen una noche de amor como un hormigueo que provoca una dulce voluptuosidad sin deseo. El dios humano hablaba en todo el

cuerpo, espiritualmente, porque era lo que hay en el hombre de amante. ¡Crepitación de las murallas de la fortaleza, susurros que el oído debe oír sin poner nada de su parte, sabiduría de la piel que sabe cuál es su placer y su alegría!

13 de agosto

Bajo las hayas y los álamos, el anciano vagabundo camina abstraído. Su larga barba es sucia, de una blancura alterada por las noches de insomnio en los pajares. Su saco es pequeño. Para el largo camino basta un pedazo de pan negro. Hay que ver el mundo, impostergablemente. El tiene que verlo con sus propios ojos, ya no puede confiar en nadie. En los últimos tiempos ha recibido informes contradictorios. Claro, está perplejo. El mismo parece decrépito y se pierde. Aun su inteligencia es, a veces, insuficiente; aun su corazón. Aun El se cansa y sus viejos zapatos le pesan en los pies. Aun El se ve obligado a hablar solo, a discutir consigo mismo. Desde lo alto de las hayas rojas, cerca del mar, en el sur de las islas, los tordos, los zorzales lo reconocen y *cantan la más simple canción de la alegría*. Las palomas en la glorieta de la noble mansión arrullan ahora para El, ya no para sí mismas. Sus ojos azules son tan simples, tan necios, que una sola mirada basta para agradecer a los seres su alabanza. Un hombre que pasa lo mira también, pero olvidó cantar y, antes, olvidó ver, reconocer. El pasa. En una granja, una mujer alumbra el fuego del almuerzo. Miró el reloj, presa del día, afligida ella sola, ahí, en la casa que pesa sobre sus pensamientos. El anciano la contempla al pasar. La mujer responde a su mirada, pero un leño pierde el equilibrio en el hogar y le vuelve la espalda. Tiene tanto que hacer. La vida es difícil, Señor mío. Tú sigues. Entre las hayas y los álamos fieles a la mañana de verano. Tú también avanzas abstraído, sin ver.

18 de agosto

El Parmigianino fue enterrado, a su muerte, desnudo y con una cruz de ciprés en su pecho.

19 de agosto

Siempre existirá esta gozosa soledad del alma consigo mismo, este éxtasis de la tarde, para celebrar la muerte del día y llorar la muerte de Dios. Sigo siendo incurablemente romántico. No hay otra cosa trascendente que el llanto místico del alma humana. Dios ha muerto. Dios vive entre nosotros. ¿Vive en mis manos Dios? ¿Vive El en mi cuerpo? Siento a esta hora la santidad de la vida. Todo es de tal manera profundo y sagrado. Estar juntos, tú, mi prójimo, ¿cualquier hombre?, y yo; estar realmente juntos, ¿no es estar con Dios? Bach me ofrece esa

reunión casi imposible en la vida diaria. Estoy junto a una alma, en lo mejor de ella, en una creación que fluye de esa alma sin alterar nada. Esta es la vida verdadera, sin ahogo.

30 de agosto

Es natural que en el paraíso haya una vida plena, y vacía. Sólo con los accidentes y felices contratiempos de la Alabanza. ¡No poder volver! Habrá que sentir la nostalgia del insomnio, echar de menos las fatigas, los desconsuelos del amante abandonado, la orfandad del mísero, la sed, el frío del vagabundo. ¿Amar el ave de mal agüero transformado en paloma? Mis ojos querrán ver las pupilas desveladas del búho, la codiciosa mirada del buitre y mi oído nocturno escuchar el susurro ahogado de la lechuza que calienta el aire que respira, jadeante. Quisiera que Dios ame los contrarios y que prefiera al que no quiere salvarse. Enfermedades, dolores, ostracismos, amados sirvientes de la vida. ¿Podéis desaparecer para el hombre? Desde el fondo de la cisterna, para José eran enemigas las estrellas de la felicidad que interrumpían la sublime negrura del cielo eclipsado. La oscuridad hace crecer un árbol sobre el vicioso corazón. Pero no tiene árbol la virtud deslumbrante que te derrite como un sol helado. Oh, vamos allí, vamos en vuelo, vamos a esa destructora altura. ¡Vamos, vamos! Vamos, por cierto. Mas yo me quedo, tú te quedas, nos quedamos. No vamos. Iremos sin ir. Nos quedaremos yendo.

17 de septiembre

No creo que en el sexo se busque tanto el placer como un cierto tipo de actividad dionisíaca. Vale más la excitación que el acto mismo. En el acto sexual se viene a sentir con máximo esplendor, como en un rabioso *allegro*, la ruina del pecado. Hasta dónde la conciencia cristiana ha intensificado este sentimiento, no podría decirlo, pero en todo caso no ha sido por ella creado. El deseo de inocencia me parece primario en el alma humana. Me levanto hoy dispuesto a purificarme en el agua helada del mar, a ser en cierta manera perdonado por el sol sobre la hierba tierna de septiembre. Luchan en todo ser la vida y el cielo. Todo quebranto es crisis en el sentimiento de la vida, pérdida de su punto de apoyo en el cielo. El santo es el único que no acepta un compromiso entre el cielo y la vida. El no cede y vive de cuerpo entero en el amor celeste. En el poeta, la tensión es máxima. ¿Quién goza, sufre más que él la celestialidad de todas las cosas y al mismo tiempo su doblez? Cada cosa tiene su sombra. Cada árbol, su pequeña serpiente viva en el interior. Es terrible pensar que no es tampoco posible vivir plenamente el pecado. No sólo la virtud absoluta es inaccesible; es inaccesible el pecado. Como en los misterios medievales, un hombre ya maduro vive la guerra del pecado y la inocencia en una mañana de septiembre. ¿Son ángeles los ángeles? ¿Son animales los animales? Para éstos existe el pecado de la enferme-

dad, y el pecado de la presencia del hombre. Devoro animales, desgarro carne de animales, como huevos de animales; degüello corderos, estrangulo gallinas, apuñalo cerdos, engaño peces. Todo eso y cuanto peor hago cada día, en el mismo instante en que mi corazón aspira a la pureza. ¡Oh, el enredo de Dios!

Acabo de bañarme en el mar. Estoy solo, sentado en una piedra, al sol. Otra vida, la que más amo, una vida solar, diurna. La salud me viene por la luz, por el acto físico de ver. Me he pasmado recién de la debilidad del ser humano desnudo en la naturaleza. ¿Qué es mi cuerpo al lado del mar? Veo cordilleras a la distancia. Más allá de las serranías de la costa. Soy tan microscópico como una bacteria, como un espermatozoide. Soy tal vez el espermatozoide de otro yo. Pero soy, bajo este sol. Soy un cuerpo presente. Una conciencia que respira. Dos minúsculas arañas subían por mi casaca. Eran tan acabadas como el mar. Dios no tuvo que pensar menos, que amar menos, que jugar menos, para crearlas.

Debo emprender mis trabajos en el día. Dormir de noche. La noche es para mí un veneno. ¡Qué bueno descubrirlo aquí, ahora, y sentir que hay salvación, que hay un sol! En los cerros se abren las flores de la joven primavera. Flores sin nombre, una pequeña flor de tres pétalos de espuma, tres pétalos de cera jade y seis estambres dorados, la más delicada que he visto, un parpadeo de inocencia en este mundo infinito. La tierra se inspiró especialmente para crearla. Reunió sus materias más aéreas, hasta hacer esta hija del aire. La tierra y el aire celebran sus nupcias en esta pequeña flor.

20 de septiembre

Mañana brumosa, avivada por la excitación de las gaviotas. Yo descanso en el comedor, *rather languid*. Tal vez iré otra vez a tenderme sobre la colina próxima al mar, entre cactus en los que se abren fugaces flores rosadas, blancas y amarillas. Una especie de manzanilla salvaje goza ahora de todo el esplendor de sus hojas oscuras de dulce aroma y de sus flores de un amarillo violento. Aun el diente de león parece aquí en esta época una planta de jardín. Tal es la fuerza de esta primavera, que un trozo mordido, desgarrado de cactus que arrojaron en la playa, medio hundido en la arena seca, ha respondido al sol con tres flores, como en un desesperado, tenaz saludo a la vida de que él ya se aparta.

Tendido en la colina, bajo el sol de la siesta primaveral, terminé de leer *Fermina Márquez*, que me pareció un libro delicioso, equilibrado, perfecto en su falta de brillo. Posee una melancólica banalidad; la pureza de líneas de una estatua clásica. El final es también vulgarmente triste, pero no hay en toda la obra nada más. Es una novela que pertenece a lo que podría llamarse clasicismo del corazón o del *esprit de finesse*.

R. y yo nos dedicamos a buscar flores silvestres. ¡Qué lástima no conocer los nombres de todas! Rampante, al borde del precipicio, se

ocultaba la flor azul de Novalis que encontramos hace años en Algarrobo: una estrella blanca de cinco puntas en el fondo de una campánula turquesa. En los bordes más áridos de la colina crece la arvejilla salvaje, cuyas hojas son de un verde gris perla que forma la más exquisita armonía con el lila de delicadas rayas violetas de los pétalos. Hasta el rábano de los campos tiene su esplendor, sobre las flores diminutas que apenas sobresalen de la hierba crecida, entre los alfilerillos tiernos. La tupa morbosa empieza a abrir sus umbelas eróticas, que pasan bruscamente de lo fálico a lo venusino. Su jugo es fétido como el del palqui. Plantas hijas de Abriman, parientes cercanas de la jaiba, la jibia y la araña velluda.

21 de septiembre

Bruma, aguas aceradas. El mar tiene hoy un vago horizonte. Parece que el alcohol se ha apoderado de los jóvenes pescadores, que noche a noche beben hasta desplomarse en el Restaurant Central. Desde hace muchos días están inactivos. Cuando hay sol, pasan horas tendidos en círculo, en la arena candente. Veo aquí también la miseria de la educación chilena. Para las Fiestas Patrias, las profesoras, por cierto, se habían marchado a Santiago y no habría habido ningún acto cívico si Doña Historia no hubiera organizado por su cuenta desfiles con banderas, cantos, recitaciones y pruebas al aire libre. Pero no participaban sino niños de corta edad. Los muchachos ni siquiera se interesaron por ser espectadores. Debiera haber en esta escuela un grado vocacional que estimulara las artesanías marinas; un pequeño coro, una biblioteca. Como a tantos pueblecitos de Chile, hasta aquí no llega el Estado, el monstruo que ocupa Santiago. No hay una posta de primeros auxilios, ni un practicante. Nadie sabe poner inyecciones. En Europa, una pequeña caleta al margen del Estado sería una bendición; sería una comunidad libre, arraigada en sus tradiciones, en su propia riqueza. Esta, en cambio, es una comunidad elemental; sería bárbara, si la gente no poseyera una cultura moral casi innata, sin moralismo. Veo con tristeza la pobre vida chilena, la mugre, el desaliño, la falta de cosas. Fuera de la pesca, no se aprovecha aquí nada de lo que el mar y el campo ofrecen a la fantasía creadora. Casi no existe el sentido del adorno. Los habitantes han vivido siempre en este villorrio. Muy pocos se moverían de él. Sin embargo, parecen estar de paso, vivir en tiendas. Estos hombres están de paso y parecen extraños a la creación. No son de un mundo que se crea incesantemente. Pertenecen a las esferas oscuras de la pasividad. El pueblo chileno, en este bueno, humilde sentido creador, me parece impotente, trabado, sin arte. Un pueblo visceral. En este país todos declaman, empezando por las gentes de buena fe. He visto innumerables escuelas que no eran sólo pobres, sino paupérrimas, por falta de amor, de fantasía. Los maestros, casi todos, son incapaces de educar, pues aunque sepan un poco más que sus discípulos, es la misma la rusticidad de sus almas. Los dignatarios son iguales. Contra el frío del

mar, contra la inhospitalidad de la naturaleza, sólo tienen el fuego del aguardiente, del agua de la vida. ¿Y después?

Leo *Hijo de ladrón*. Llevo 50 páginas que me parecen de las más densas de humanidad, sensibilidad y riqueza de experiencia popular que haya leído en la literatura chilena. Manuel Rojas se limita a contar y es sin duda uno de los mejores narradores que existen en lengua castellana. Cuenta como los grandes autores de la novela picaresca. No dogmatiza, ni siquiera juzga; pero realiza la hazaña de convencer mostrando. Habría que decir que es un novelista fenomenológico. De su descripción del mundo de los ladrones y de la policía, surge naturalmente una especie de demostración de la naturaleza humana. Ladrones y policías se parecen más de lo que se diferencian y no son tampoco tan distintos de los demás hombres como a primera vista pareciera. "Los rateros eran semejantes a los policías, a los jefes, a los abogados, a los gendarmes, a los trabajadores, a todos los que él conocía y a los que habría podido conocer" (p. 48). El ojo que hace esta comprobación no es, sin embargo, escéptico. Los individuos le inspiran ternura y, si mira con reticencia a las instituciones y al Estado, es justamente a causa de esta misma ternura. Las reacciones humanas del ladrón profesional son tan variadas, y tan imprevistas, como las de cualquier hombre, y sus tipos, los mismos que se hallan en otras corporaciones. Los hay simpáticos, irresistibles, generosos, artistas, vanidosos, ordinarios, finos, pesados. ¿Por qué no puede ser un ladrón un gran señor? Su profesión es más peligrosa que las otras, pero es al mismo tiempo más libre, menos aprisionada por la fatalidad mecánica que pesa sobre los hombres establecidos en los casilleros sociales "decentes".

¡Qué raro! Este mundo de Manuel Rojas no es sórdido, aunque tiene todos los elementos de la sordidez, y más a causa de la generosidad del alma del autor, que da origen a una visión rica, enternecida, de esos bajos fondos. Allí descubre, ¡con qué naturalidad exenta de beato sentimentalismo!, el lado bueno de esa pobre gente: la humanidad en la miseria, hasta en el hampa. Es triste, no obstante, ese paisaje -¡ay!- demasiado real de nuestro pueblo flagelado por todos los males de esta tierra.

22 de septiembre

Allí donde se juntan el aire y el mar, o el aire y la tierra; allí donde se juntan la luz y la materia, hay vida. Las aguas son turbadas por corrientes, la tierra por ríos que buscan el mar, en el cual zambullen cabezas siempre nuevas de larga cabellera; ríos de cabellera blanca, ríos ancianos como el Nilo o el Ródano; ríos de cabellera negra, salvajes, de cuerpo aceitado, con manos que empuñan lanzas, ríos que aúllan, como el Amazonas y el Congo; ríos femeninos, parecidos a ninfas, que entran al mar a bañarse y a dormir, como el Tajo o el Bío-Bío; ríos pesados, llenos de caimanes; ríos aéreos cargados de pejerreyes; ríos del mar que saben su destino, como el río de Humboldt. Cerca del aire, el líquido de

las olas oscila sin descanso, corren las unas al encuentro de las otras; la temperatura de las aguas se acerca a la de un cuerpo vivo de sangre cálida; hay allí día y noche, estaciones, invierno, primavera, otoño, verano; hay evaporación y cambio de equilibrio; allí el mar se levanta, se inclina, se derrumba, curvado por el peso de animales y plantas, coronado de algas como un joven Neptuno. Pero, cuando en las profundidades pierde el agua su enlace con la luz o cuando en las alturas la luz vuela sola, sus párpados se cierran y comienza la noche del espacio líquido, la noche de los fluidos. El viento cesa, la ola se apacigua, las corrientes se duermen, perezosas, en el regazo oscuro del abismo. Ya no hay noche ni día, ni calor ni hielo; ya nada disminuye o aumenta, nada puede nacer, nada perece, excepto aquellos monstruos que crean su propia lámpara en su cuerpo aterido y que se devoran en festín silencioso. Hasta ese fondo llega el polvo impalpable de todo lo que se muere allí donde la luz crea la vida; polvo de algas, ceniza de ahogados, arenilla de peces, polen, tierra, corpúsculos de hueso, astillas de barcas, limadura de plumas que los vivos entregan a su muerte.

Los pescadores preparan en la playa sus botes y aparejos para la faena de mañana. Saldrán antes del amanecer hacia la isla en cuyos farellones abundan los locos, que habrán de precipitarse sobre los discos de cemento en los cuales se ha amarrado cuidadosamente algunas jaibas muertas. Si estuvieran vivas, me dicen, serían ellas quienes comieran a los locos. Unos a otros se devoran con naturalidad. Cerca de una de las barcas, había una ala de plumas blancas apoyada en la roca, ala de gaviota tal vez, más parecía que se le hubiera caído a Mercurio en su carrera.

La arcilla roja de las profundidades del mar suele contener en abundancia huesos timpánicos de cetáceos y dientes de escualos recubiertos de manganeso. También se han encontrado allí alguna vez diamantes pequeñísimos provenientes del espacio cósmico. (Todo cae finalmente al mar).

Las diatomeas que se complacen en las aguas frías polares son algas microscópicas, de forma de caja con cubierta de ópalo, es decir, de sílice hidratada con adornos de estrías dispuestas en filigrana. Ellas extraen la sílice del agua del mar, o, más bien, de la arcilla disuelta en estado coloidal. Lo que el químico en su laboratorio sería incapaz de efectuar -descomponer la arcilla que es un silicato de aluminio y extraer de él la sílice- sin la ayuda de todos sus instrumentos, de sus balones, de sus hornos de alta temperatura, de sus reactivos más enérgicos, la diatomea microscópica lo cumple por su simple fuerza vital (Thoulet, *Océanographie*). A su muerte, el protoplasma de estas pequeñas algas sirve de alimento a peces, a diversos animales y especialmente a las ballenas. Entonces sus fístulas caen al fondo y lo recubren con una capa de sílice mineralizado. Estas acciones bioquímicas se efectúan en todo el océano, cuyas aguas colorean de verde pálido, y más que en ninguna parte en las aguas del Océano Antártico.

Santiago, 26 de septiembre

Algunos hombres se impersonalizan para huir de la tristeza de la personalidad, que es la tristeza de la muerte y del tiempo. Toda personalidad exige reposo, el reposo de la meditación que disuelve la riqueza, la momentánea dicha del mundo y lleva al pensamiento, a la obsesión de lo perecedero.

Curioso. En *Hijo de ladrón* parece no haber crisis. La miseria de la gente ha estado con ella siempre. Lo más semejante a su atmósfera me parece el cine italiano de post-guerra.

28 de septiembre

La atención que dispensa a la naturaleza Manuel Rojas en *Hijo de ladrón* es insignificante. Cuando llega a mirarla, sus ojos revelan cierta desconfianza, si no hostilidad. La cordillera, por ejemplo, es sobre todo el viento que echa al suelo las carpas de los trabajadores o la nieve que hace más intenso el sentimiento de la soledad entre las montañas y obliga a interrumpir la faena. No se nombra aquí ni a árboles, plantas ni pájaros por sus nombres particulares. Se trata de una novela urbana y al autor parece no interesarle sino las personas. Los intereses que animan a los personajes son escasos, pero no son por eso pobres. Aparte de los grandes intereses vegetativos que dominan la existencia de estas gentes que disfrutan sólo de un pan precario, hay en muchos de ellos un sano, rico, tierno interés por lo humano, una innata cultura moral sin la cual serían bestiales y por cuya virtud son a veces personalidades más cabales que otras mejor favorecidas por la suerte.

No encuentro nada más semejante a la atmósfera que este libro crea que la del cine italiano de post-guerra. Hay aquí análoga efervescencia de vida espontánea, de naturalidad en las relaciones humanas, de humanidad que baña la rudeza, la aparente vulgaridad, la miseria de los protagonistas.

El interés de la acción -no sólo externa- de la novela casi impide en una primera lectura darse cuenta de los rasgos de su composición. ¿Cómo está escrita? Como por recurrencia de un tema central, diríase que musicalmente.

5 de octubre

Leo, en cama, resfriado, *La decadencia de Occidente*. Acaso no por azar se me ha ocurrido leerlo ahora, después de tantos años de tenerlo y en cierta manera, de conocerlo. No temblará la eternidad porque lo leo 15 años antes o 15 años después. He estado leyendo también el *Jemmy Button*, libro que suele ser con la misma desenvoltura apasionante y majadero. El espíritu del autor es pesado, sin gracia, sin humor. Su estilo carece de poesía. Parece no haber nacido para manejar palabras.

¡Cuánto le cuesta, y sin embargo casi siempre encuentra las menos oportunas! Describe el interior del pico de una ave marina y habla de su "dentellón". ¿Qué es eso? Sus reflexiones son con frecuencia banales, cursis y, lo que es peor, aparecen como la resaca vulgar de grandes meditaciones hechas por otros -Th. Mann, Gide, Conrad- en forma maestra. Pero, no obstante, no es un libro ordinario. Puede ser antipático; el autor está en él demasiado visible, no deja que la acción y los personajes se desenvuelvan tranquilamente, de acuerdo con su propia ley. Se ve demasiado que los hace suyos, que se apodera de ellos y pone sus ideas, sus sentimientos, sus caprichos en su boca. A pesar de todo, es en nuestra literatura un gran libro, un gran libro pesado. Me interesa primero en él una virtud secundaria, para mí a veces fundamental: Subercaseaux conoce los objetos de que habla, posee esa ciencia menuda, prolija de los naturalistas, de los geógrafos, de los artesanos. Se sabe bien sus pájaros, sus plantas, sus aparejos y maniobras náuticas. No llega a la revelación poética. No, se presiente que su talento está más cerca del ensayo histórico de tendencia científica, que de la literatura o de las bellas artes. Su sensibilidad parece un tanto roma; pero ¡qué bien la administra! ¡Casi hasta el extremo de sus posibilidades! (Es curioso: leía, alternándolos, *Jemmy Button* y *La decadencia de Occidente* y, a pesar de la traducción, desde las primeras frases se advierte que Spengler es mil veces más artista que nuestro compatriota, aun cuando jamás escribiera una obra de ficción). Subercaseaux sabe narrar alrededor de una tesis. Sabe componer situaciones, crear hechos, reconstituir paisajes, inventar gestos y pensamientos que tienen cierto valor por sí mismos, pero que valen sobre todo en relación con una doctrina que él quiere probar acerca del hombre americano. Buena o mala, más mala que buena, la doctrina toca viva, apasionadamente, un gran problema. Vitaliza el problema, le da una nueva dignidad.

Pensaba recién en la pobreza de nuestro sentido histórico, que coexiste con la imponente masa de informaciones históricas de que disponemos. Pocas veces nuestra imaginación, o nuestro *esprit de finesse*, es capaz de sacar desde dentro de nosotros aquellas imágenes que sean capaces de hacernos vivir el pasado y sentir nuestro parentesco con los hombres desaparecidos. La humanidad no es sentida como tarea común; tampoco lo es, en rigor, la cultura. Siento jugar a unos niños que gritan, silban, lloran. Otros niños jugaron, otros han jugado durante miles de años; otros jugarán y los escuchará otro hombre tendido que acaso piense lo que yo pienso ahora. Estos son los niños que se juntan para jugar. ¿Le importará a alguno de ellos la historia?

El demonio anti-místico de la historia ha devorado la conciencia moderna. "En el principio, era la acción", dice Goethe. ¿Por qué la acción? ¿No es también *escapismo* la idea de que la historia, o la humanidad, tienen una meta? ¿No significa posponer la responsabilidad individual de una perfección del individuo mismo, el acceso a lo que hay en él de anti-histórico, de beatitud? La idea del pecado es un reconocimiento de la existencia real de una humanidad y es correlativa a la

redención y a la de la Iglesia o cuerpo místico. El cristianismo es ambiguo en esta materia como en otras. Pero también es por él permitida la beatitud individual, el transporte místico, la total redención provisional que es como una ruptura momentánea de la humanidad y de la historia. Habría que combinar, de acuerdo con los deseos fundamentales de la naturaleza humana -*terra incógnita* para el hombre contemporáneo- ambas tendencias.

Habría que preguntarse si la historiografía no ha desempeñado en la cultura moderna una función semejante a la que corresponde en las empresas comerciales a los libros de cuenta y razón, si no tiene que ver con una concepción técnico-racional, mercantilista, del mundo.

No podría decir hasta qué punto nuestro pueblo tiene sentido histórico, pero hay sin duda hechos que parecen alegar en favor de la idea de que se siente sin historia. Acaso, nuestro exceso de historiografía corresponda a una reacción compensatoria, ejecutada por un grupo social dominante formado a la europea.

La conciencia histórica parece requerir la integración de dos sentimientos a primera vista opuestos: el sentimiento de la *comunidad* universal, cultural o nacional, y el de lo personal. Sin éste último, no puede haber conciencia histórica fuerte. En efecto, mientras la humanidad, la cultura o la nación tienden a diluirse en lo eterno, a ser proyectadas más allá de la historia, esto es, de lo contingente y perecedero, la persona, que es lo más visiblemente histórico que existe, proporciona, con los acontecimiento singulares que ella protagoniza, los puntos de referencia y las fechas. Podría acaso decirse que, por este lado, la conciencia histórica sigue las vicisitudes de nuestro sentimiento de lo personal. Si sentimos *biológicamente* al grupo humano, sólo en cuanto grupo, tal como pudiéramos sentir a una determinada especie zoológica, no tendremos una clara y vigorosa conciencia de su historia, desde que en tal caso la conducta de los individuos será vista fundamentalmente como impersonal, con prescindencia de sus matices singulares, dentro de un círculo de acciones más o menos constantes, en una atmósfera de recurrencias y eternos retornos.

7 de octubre

An almost glorious morning. Me encontré con E. L.[41] en la cumbre del San Cristóbal. Pequeña sorpresa feliz que me reservaba mi ascensión a pie. Estamos en el Restaurant del cerro. Todo ha florecido. A nuestro lado hay grandes cinerarias abiertas, "cada una más grande que las otras", morada, solferino, con estambres dorados, puntiformes, en medio de las anchas hojas esponjosas. Florecen el jazmín de Jujuy, los anthuriums aterciopelados, geranios, caléndulas, amapolas de California, hiedras, verbena escarlata. Una manguera oculta a mis ojos lanza al aire

[41] Probablemente Enrique Lafourcade.

el agua. Hormiguea como un enjambre de moscas de luz sobre el césped del jardín en pendiente. Esta es la primavera ansiosa que atrae a los amantes y enloquece a los abejorros que apenas se sostienen en demanda de la miel de los anthuriums. Los hay a mi lado de varios colores: unos muy pálidos, transparentes, de tono amarillo limón, aéreos y sin embargo compactos como un pequeño dragón marino, como un hipocampo; los hay rosados, granate, mezclados de amarillo y rosa, erguidos en sus varas que la brisa balancea imperceptiblemente.

Santiago, 27 de octubre

"Para muchos primitivos existe un tiempo del sueño -*dream-time*, el cual es, genéticamente, situado en los comienzos del mundo, el tiempo en el cual el Tiempo creaba, en el cual los antepasados míticos apenas creados llegaban a ser a su vez creadores..." Se tiene la experiencia del tiempo germinativo, de un tiempo hormigueante de semillas que dan lugar a especies, o monstruos, a piedras; el tiempo-juego o el tiempo-capricho, o el tiempo como un *niño que juega* de Heráclito. Se trata de un tiempo tan joven, tan dueño de sí, que no tiene muerte, ni límite, ni divisiones, ni reloj. El reloj es el signo de la ancianidad de este tiempo terráqueo. Con él parece que la Tierra hubiera comenzado a envejecer, como el dulce de membrillo sacado del fuego que se endurece en el molde. O es el hombre como especie quien se pone ¿provisionalmente? ¿definitivamente? viejo y ve la hora, porque ya no crea siempre y tiene lagunas de esterilidad que llena o divide con unidades abstractas. Pero, si en el sueño se restaura este tiempo dentro del hombre para crear en él otro universo, el hombre no ha perdido este poder. Tiene sólo, como la Tierra, una corteza y un fuego interior. Lejos, hacia el fondo, está la almendra viva, la almendra llameante. Un astro en ignición, sin corteza, todo hirviendo y llameando, se parece a un loco absoluto, a un loco furioso. Un astro pura corteza, un astro seco, sin fuego, se parece a un demente, a un cataléptico. La corteza terrestre es en verdad tiempo endurecido, el orden de la memoria ciega. El hábito y la razón son tiempo también endurecido, tiempo muerto, al revés del tiempo del sueño. Lo *contemporáneo* se define como intención de romper la corteza: el romanticismo, Nietzsche, Rimbaud, Dostoievski, Freud, los surrealistas, los antropólogos de la mentalidad primitiva. (Proust quería animarla otra vez).

Se advierte que entre los primitivos, a consecuencia del valor que se confiere a los sueños visionarios como poder creador de mitos, los cuales son a su vez una forma de conocimiento auténticamente aceptada, existen las instituciones sociales que traducen la visión individual -o colectiva dentro de los caracteres excepcionales que lo colectivo reviste para ellos- en conducta del grupo. Se trata de comunidades que expresan válidamente su sueño y su vigilia. No son comunidades del todo despiertas, porque la vida no se vive del todo despierta. El sueño normal es la tercera parte de la vida. La época moderna ha querido vivir

enteramente despierta, desentendiéndose del sueño. Es un hecho altamente significativo el que el hombre occidental moderno no haya querido, en este sentido tan fundamental, asumir íntegramente. Por *amor del orden*, Descartes relegaba a los sueños a una baja condición de apéndice fantasmal, monstruoso, de la vida humana. El sueño ha sido para el moderno símbolo del caos, de las tinieblas. ¿Confiaría alguien en suprimirlo? La edad de la razón prefería ignorarlo. Una cultura de la vigilia, una cultura despierta -¿dormía Minerva cuando su búho emprendía el vuelo en el crepúsculo?- parece creer que el orden sin el cual no hay universo ni moral es incompatible con el sueño. Ciertas investigaciones antropológicas y psicológicas muestran que hay un *orden onírico*, cuyo centro es otro, y más profundo, que el orden racional: no la idea de Dios, sino Dios mismo. La conciencia moderna ha sido insensible a un orden semejante. A su actitud ante Dios y el misterio puede aplicarse este proverbio: *en la puerta del Paraíso se quema el pan*. Me pregunto si no ha de ser la tarea de los nuevos tiempos volver a ganar esa sensibilidad perdida, reconquistar el orden del sueño, volver a hacer del tiempo un niño que juega.

La relegación moderna del sueño a lo insensato reposa sobre la afirmación de la discontinuidad de la naturaleza humana. La afirmación contraria, extendida aun al universo, gana terreno, apoyada por la ciencia misma, en los tiempos presentes.

30 de octubre

Dice André Breton: "Il est indigne de supposer un remède à la souffrance morale".

Anoche y hoy después de almuerzo me dediqué con Ricardo Benavides a revisar su traducción de un capítulo de la obra sobre el misticismo de Miss Evelyn Underhill. Vuelve esta obra excelente a producirme el ahogo que casi invariablemente me causan los textos místicos con su abuso de términos abstractos que quisieran ser concretos, como que se aplican al *ens concretissimum*, y que borran la multiplicidad de las criaturas. Me cansa lo Uno, el Amado, la Llama de amor vivo, la Noche Oscura del Alma, toda esta fraseología del aniquilamiento y de la ocultación, enrarecida como las más altas atmósferas donde no existe ya el hervidero de la vida. Miss Underhill rechaza la idea de que haya en el místico un hedonismo llevado al frenesí, una especie de materialismo transpuesto, pero no es convincente. Lo abominable en el místico es la fusión de todas las cosas en el Todo, en el Uno, en la odiosa unidad. Más me gusta Santa Teresa amando a sus pucheros que transida por el rayo divino, olvidada del mundo. Es este mundo con todas sus cosas el que debe ser restaurado. ¡Qué pobre es el lenguaje místico, pobre como el arrobamiento y el anhelo que borran todo límite! Nunca he amado mucho en literatura el estilo de la pasión extrema a la cual, como a los viejos en el chiste de G. B. Shaw, ya no les importa el mundo. No me parece que Dios celebre la entrega extática, la avidez insaciable de la

criatura que sólo a El lo mira. Los místicos deben ser como los cortesanos asiduos de su palacio y el buen rey, a lo mejor, prefiere a los campesinos que lo veneran sin que jamás se les ocurra ir a la corte a rendirle homenaje. El soberbio San Juan de la Cruz o el encendido Rolle carecían del sentido de la distancia. Vivían dando brincos hacia el cielo.

31 de octubre

Primavera plena, gozosa, casi estival. Veo desde mi ventana las montañas de la costa, a las que cuesta creer completamente inmóviles en sus sombras de diferente intensidad. Se adivina con deleite el frescor de las quebradas donde se despeña el agua salvaje en la que es grato bañarse contemplando las flores del valle que mece la brisa que brota de la fuerza misma del agua. No sé si en definitiva debería vivir tierra adentro, o en un valle de la altura, como Caleu. El mar y su fauna me son, en el fondo, extraños. Según Hasner, Rilke vivía aún en el mundo del Padre. Dice Keyserling que no tenía nada de místico y que el sacrificio, para Hasner inherente a la vida y esencial para la salvación, no pasaba de ser para él un dulce holocausto bucólico: la muerte de un corderillo o la ofrenda de frutos y mieses. Comprendo que hay entre los seres *diferencias caracterológicas espirituales* más importantes que las orgánicas y psíquicas.

10 de noviembre

¿Quién comprende el significado de las campanas? ¿Quien repara en este saludo transmitido, regalado por los hombres remotos y que las manos de los campaneros todavía repiten, saludo de la tierra a lo que no es ella? Muchas cosas se alzan de la tierra: humo, vapores, insectos, fluidos eléctricos. También campanas, un mensaje hacia aquello que la Tierra no ve. El género humano, a pesar de todo, inspiraría respeto a quienes vinieran de otros mundos y escucharan, entre los llamados de las fábricas, las sirenas de incendio, las voces iracundas de las locomotoras, esta música contraria de las campanas que tocan a maitines, a vísperas, al mes de María.

"Lo cotidiano -que se opone a lo suprarreal- es la vida sin fervor" (Monnerot, *La poésie moderne et le sacré*, p. 157). "El hecho y el poder de ser transportado, raptado, de perder -pero perder de verdad- la distinción de lo subjetivo y de lo objetivo, de lo interior y de lo exterior, del conocer y del ser, es la materia prima empírica de lo suprarreal, sin lo cual lo sagrado, y después lo religioso, no podrían existir".

¿No nos será también dado escribir poemas en el cielo? "Ama y haz lo que quieras". Hay ángeles músicos; luego, podrá haber ángeles poetas que alaban a Dios y a lo creado, que cantan la vida y aun el recuerdo de la muerte, trovadores de Dios.

"Se habla, dice Jaspers, de ciertas cosas para decir en seguida que, justamente, *no es de ellas* de lo que se trata... Es un vacío, pero que es también otra cosa que el vacío" (Monnerot, p. 170).

La dialéctica socrática o marxista no puede justificarse sino en cuanto alude a una móvil imperfección del hombre, a la naturaleza moviente del espíritu mismo. Pero su empleo no exige, ni podría exigir, la afirmación de que la realidad ontológica misma sea móvil u obedezca a sus leyes.

1952

4 de enero

Empieza a refrescar, después de un día sofocante que parecía día de Daudet, anunciador del siroco. (Santiago es un hoyo de polvo, ceniza y carboncillo en la trasparencia del verano rural chileno; desde lejos veía ayer, regresando de Caleu, la turbiedad de este valle; ¡qué distinto del diáfano estío de Caleu!). Han aparecido unos arreboles rosados de formas barrocas, bajo un cielo de un gris celeste que no parece de esta época, ni de esta hora, ni de esta ciudad. Un cielo húmedo, inconsistente, casi líquido, como de amanecer, o de crepúsculo en invierno o de alta mar. Un día de calor como éste da trabajo al cuerpo, lo envuelve en vagas, pesadas solicitaciones, penetra en la carne y hace que se sienta lo que es ella, una masa de mundo que se ha hecho sensible a su esclavitud, a su ausencia de libertad. Si la viscosa *agua muerta* tuviera una aguda conciencia de sí misma, se suicidaría, sin duda, pues ¿cómo resistir, sintiéndola, tan grande esclavitud? La brisa refrescante de la tarde aliviana al alma del cuerpo, como si se lo llevara.

Hace dos semanas, estaba sentado con C. G.[42] bajo los olmos del Forestal escuchando el concierto nocturno. Desde que empezaron a tocar el Concierto N° 4 de Beethoven, la multitud mantuvo absoluto silencio. Toda esa gente sentada o tendida sobre el pasto adquirió entonces nobleza, dignidad, como en un vieja fiesta en los jardines de un castillo. Nosotros estábamos silenciosos oyendo esa grave voz que de pronto es tan tierna como la de una doncella herida; fuerte, a veces, como un titán que se ha transformado en el destino. Se oía a la pasión que lo ha sufrido todo, que nada espera sino el don de sí misma y la sorpresa que es para ella en ese límite de la sensibilidad todo presente. Miraba vagamente hacia el camino del tilo, que parecía el sendero privado de un parque, miraba oyendo, cuando vi a una figura frágil que avanzaba, casi sin peso, entre los cuerpos reverentes. Otros miraban también. El noble lord, distraído, el pelo gris en liviano desorden; un poco jibado ya, salía de casa y encontraba en su propio jardín esta muchedumbre tan digna, esta música que decía lo que había querido él mismo decir esta noche. Con paso inseguro, no, inseguro no, como en imperceptible levitación, los pies a diez milímetros del suelo, el lord -¿qué era, un poeta, un sabio astrónomo?- iba hacia la música, a oír ese diálogo que él conocía, que él

[42] Claudio Giaconi.

había vivido tan ardiente, tan desoladamente tantas veces. Miré interrogativo, directo a los ojos, a C. G. Sí, me dijo, es él: R.[43].

13 de enero

Hacía mucho tiempo que no pasaba un día de tan tranquila soledad, como en Londres. Todos salieron este domingo en mi casa. Preparé cualquier cosa para almorzar y, después de una siesta pesada y como sin respiraderos de sueños, seguí recostado y leyendo, vagamente infeliz y a pesar de todo en reposo, bajo el sopor atmosférico de este verano dominical. Antenoche me acosté muy tarde, cerca del amanecer, pues tuve que corregir exámenes de bachillerato después de separarme de R. a las dos. Antes de comer, le leí en su casa el artículo del *Times Literary Supplement* sobre la correspondencia entre Rilke y la princesa de Thurer. Quedó, naturalmente, conmovido. La princesa escribe a Rilke, consolándolo de su desesperación: "Feliz Ud. que es un gran poeta y lo sabe... ¿Podría ser un gran poeta sin su desesperación?... Bendiga su desesperación..." Y en otra carta: "Cada hombre está irremediablemente solo y debe buscar sólo en sí mismo, en ese algo que existe en nosotros y que no conocemos ni comprendemos". Hace falta asumir también, cada día, la soledad física. Estar solo y esperar. Como dice Carossa, velar y contemplar. No deseo por ahora orar por otra cosa que por el fervor interior. Reconquistar el fervor interior, el estremecimiento, la ansiedad por lo trascendente que se oculta dentro de mí, en cada hombre. Me conmovía ayer el encontrar en el *Ensayo de una metafísica escatológica* de Berdiaieff que leía con R. D. lo que tanto he sentido y pensado en estos años: que hay en el alma humana una trascendencia inmanente, un *otro yo* más verdadero que el yo del *Schein* kantiano. Descubrir que la aridez y el pecado no son, por último, sino espejismos. Habría que hacer el esfuerzo de cambiar a cada instante la dirección de la mirada por un desarreglo sistemático y *espiritual* de todos los sentidos para ver las cosas de nuevo. Antenoche, la luna llena ya estaba cerca del poniente cuando, cansado, me acosté a dormir. A través de las persianas veía un cielo que tenía la oscura transparencia de un azul nocturno no turbado por estrella ninguna. La luna parecía velar, inteligente, el sueño de la ciudad. Yo había trabajado sin flaquear y sentía la satisfacción de mi esfuerzo. Mi madre, temprano, había dejado abierta mi cama. Curiosamente, me regocijaba la ilusión de ser otra vez estudiante que se ha quedado despierto hasta tarde, en la víspera de un examen. (En estos últimos días me han perseguido las Ménades; acabo de volcar un tintero sobre mis pantalones). La luna velaba, pero había llegado para mí la hora de dormir. Me asombró, tendido, darme cuenta de la extrañeza del sueño, del raro acto de tenderme y dormir. Cada ciertas horas, el cuerpo humano se echa sobre la tierra y duerme.

[43] Roberto Humeres.

La creación podría haber sido diferente: una continua vigilia. Pero no, hay que dormir; tienen que dormir los reyes, los poetas, los campesinos, los sanos, los enfermos sin remedio; los leones, las abejas, las hierbas, las flores, tienen que dormir. El cielo tiene que dormir también; tiene que reposar de la luz. Dios durmió, gozoso, en el séptimo día. Los organismos tienen que reparar sus células; la araña, su tela; el alma tiene que vagar o quedarse inmóvil en su noche, en la noche de ella misma. Existe el conocimiento del dormido, el conocimiento espectral de los sueños. Hay la verdad del amanecer y la del oscurecer. ¿Qué hace el alma en esos sueños sin memoria en que ella parece anulada? Es absurdo pensar que está muerta cuando el cuerpo se ha alejado de ella para restaurarse a solas. ¿Qué hará entonces el alma? Acaso ahí se da su más profunda experiencia, en esa ocultación. He aquí un hecho: los hombres duermen. Tan acostumbrados estamos a ver como importante sólo a la vigilia, que da risa y estupor pensar que Stalin, que Mr. Truman están durmiendo. ¿Qué verá el Papa en sus sueños? Todos vuelven allí a una especie de orfandad o de infancia. Stalin sueña que es un niño otra vez; sueña que la vaca de su familia está enferma y que muge tristemente en la pesada, cálida noche vicarina.

18 de enero

¡Qué extraño es que en este mismo momento haya pigmeos despertando en el Africa Central!

Lecturas de estos últimos días: las *Cartas latinas*, de María Edgeworth, traducidas al francés; *Samedi soir au Grey Hound*, de John Humpson, y *Más allá de la noche*, de Alejandro Gaete. Empecé *Roderick Hudson*, de Henry James.

Las *Cartas* de María Edgeworth son deliciosas como *pérlode-pièce*. A veces parecen un himno a la bondad doméstica, a la felicidad de las familias y de los corazones sensatos. María y su padre vivieron existencias útiles y agradables. Mr. Edgeworth, literato, moralista y reformador social, presentó en 1802 a la Academia de Ciencias de París un nuevo modelo de *cerraduría* que él había inventado. Eran, por lo demás, padre e hija gentes finas, sensibles. Se ve que todo les interesaba; con noble sencillez personal, saboreaban igualmente el lujo de los grandes salones y la simplicidad del campo. María fue la encarnación de la virtud, el ángel abnegado de su familia. Parece haber gozado de un buen humor natural que no era turbado ni siquiera por el pensamiento de su propia fealdad. A nosotros se nos aparece como ya fabulosa la vida de comienzos del siglo XIX. Miss Edgeworth y su padre se relacionaban en París con la más alta sociedad sin perder un instante el encanto de sus costumbres familiares. María escribe a una de sus tías agradeciéndole unas exquisitas medias de lana que acababa de enviarle. El familión que había dejado en su mansión de Irlanda parece haber sido un pequeño, encantador falansterio. Otra sorpresa: en 1821, abundaban en Suiza los hoteles inmundos, plagados de chinches. (¡Qué rápidamente cambian

las costumbres!). Y otra: Pestalozzi es visto aquí como un vejete medio loco, desgreñado, que vive en las nubes y baja a la tierra en busca desesperada de elogios, cuando turistas distinguidos visitan su escuela.

Toda esa gente tenía tiempo. Hacían dos, tres visitas al día; recibían invitados, asistían a conferencias. María y unas nobles amigas escucharon arrobadas una conferencia sobre la taquigrafía, leían en grupo cuando Miss Edgeworth viajó en coche por Suiza con sus sobrinas, su acompañante, M. Pictet, les leía en voz alta los últimos dramas, escribían. No estaban apurados por nada urgente, a pesar de que la Revolución Francesa acababa de suceder. Vivían en la convulsionada época napoleónica. Mas, estaban entonces ahí tanto la vida privada como la pública. María Edgeworth, su padre, sus hermanas, paseaban en coche por Europa con un corazón liviano.

30 de enero

Acabo de saber que Pedro Prado está moribundo en su casa de Viña del Mar, en *esa bella ciudad envenenada*:

"Tanto conozco esta ciudad pequeña,
su mar, su caserío, su laguna,
que el corazón la mira y la desdeña;
no encuentro en ella novedad alguna..."

En esta ciudad morirán sus manos, que siempre vi pequeñas y sensibles, una mano de artista en que los años habían puesto unas manchas doradas. Recuerdo su poema "Las manos", noblemente escrito por esa mano suya que trazaba líneas curvas, elegantes, generosas, aun en la época en que su estado de desequilibrio nervioso hacía temer un nuevo ataque de parálisis. El alma que gobernaba esa mano mantuvo siempre una última firmeza; no se dejó arrastrar hasta el extremo de la desintegración. Más de una vez, mirando su rostro que el mal del cuerpo congestionaba, percibí el sufrimiento de este hombre aparentemente tan armonioso, tan sereno, tan sabio. Parecía que una oculta llama se hubiera desatado en él y que no hallara salida; una materia espiritual volcánica lo mantenía tenso, alumbraba sus ojos, daba a su voz esa gravedad íntima que en nadie más he escuchado, ese acento de revelación personal que creaba entre él y sus oyentes una comunicación sagrada. Su voz venía en tales instantes de una profundidad para la que no valen los términos de luminoso u oscuro, una profundidad cercana a esos bajos fondos del mundo en donde el espíritu es al fin singular e indiviso, pues allí están juntos los que se separan y se alejan. Pedro Prado hablaba antes de las palabras, en un monólogo dialógico que no requería respuestas verbales, como si él escuchara el pensamiento, el alma de sus amigos.

A veces estábamos en el huerto de su vieja casa de Santiago. Paseábamos en una tarde de otoño bajo el parrón de grandes hojas doradas, húmedas, casi purpúreas. Las malezas que él dejaba que

crecieran libremente habían perdido ya su vigor y se reclinaban en las tapias de adobes que él amaba mirar. Creo que él prefería esa estación del año en que la tierra misma se parece a la casa abandonada de sus poemas, pues más que los racimos opulentos parecían fascinarlo los últimos pámpanos cuya fuerte dulzura tiene algo de la sabiduría postrera, de quien ha conocido y aceptado el sufrimiento. Como en su poesía, descubría Prado en su conversación los enlaces imprevistos entre las cosas, revelaba las almas de los pequeños objetos. Miraba con transparencia y veía no sólo a las criaturas aisladas, pues también su vista alcanzaba a sorprender las formas, los gestos sutiles que ligan a esas criaturas y crean la familia del mundo, la hermandad de la creación.

Pienso que en pocos tan bien como en él he sabido lo que es esa *piedad hacia las cosas* de que habla Gabriel Marcel. Prado sentía tiernamente la trascendencia de los pequeños seres que participan con nosotros de la angustia y la grandeza de nuestro mundo caído. Jardines ruinosos, casas deshabitadas, puertas vencidas, una hoja de parra suspendida ya sin fuerzas del húmedo sarmiento del otoño, viejos muebles, las últimas flores que la glicina guarda después de su segunda floración, una cesta de mimbre olvidada bajo un alero, el sinnúmero de las cosas era para él como una familia menor que está también bajo la guarda del corazón humano.

Tenía Prado la certidumbre de otro mundo más alto, en el que a veces se perdía él mismo con vértigo. No por eso disminuía en su corazón la grave nostalgia de lo irreparablemente perdido. El descubría con la clarividencia de los grandes poetas espirituales el eterno precio de la experiencia humana. ¿No es cada hecho real de nuestra vida mensajero simbólico que nos envía la amorosa atención divina? Persona tan admirable, tan extrañamente dotada de esa capacidad de adivinación de lo invisible en lo más próximo, oyó desde la infancia voces, se oyó a sí mismo y supo desde temprano que su soledad adquiría su pleno misterio, pero sólo en unión y como en choque con esa urgente Presencia. Siempre admiré la riqueza de su mundo íntimo y habría querido que todo ello se expresara, cosa imposible, en su obra desde el comienzo tan sensible y tan rica.

El clarividente aun en la última hora anhela. No hay vida cerrada, completamente hecha y madura, sino para quien está todo él en esta tierra y para quien no tiene otro destino que el realizar lo terreno de su ser en la perfecta conquista de lo que le es semejante. Mas ¿quién es totalmente de esta tierra? En lo definitivo de sí mismo, Prado era aéreo, un elfo nostálgico que recorre en vuelo como Alsino los cielos que circundan el alma humana en apasionada búsqueda del cielo verdadero:

"toda calle del mundo se salía;
seguí por ellas, sin saber qué hacía;
por ellas sigo indefinidamente..."

31 de enero

"Más ardiente es el amor, mientras más cierto sea nuestro conocimiento". (Amor y conocimiento, ¿cuál primero? No se trata evidentemente de eso, puesto que nada podríamos conocer sin un primer impulso, sin una inicial apertura al mundo de naturaleza amorosa. Se trata de templar al amor y de hacerlo vidente, *así como de hacerle perder el miedo a la verdad*). "No se aprende a conocer sino lo que se ama, y el conocimiento será tanto más comprensivo y más profundo, cuanto más poderosos y vivos hayan sido el amor, o aun la pasión", dice Goethe. Y Leonardo, otra vez: "Toda gran pasión es hija de un gran conocimiento".

El Horcón, 7 de febrero

La primera quincena de febrero es brumosa en la costa. Son las 10 y empieza recién a despejarse el cielo sobre la frase de Gluck. El mar, como si hubiera perdido la seguridad de su ritmo. Su respiración vehemente es recogida por los sargazos cercanos a la playa, que parecen nebulosas innumerables en un cielo de tempestades siderales si uno los mira con los ojos largamente abiertos, sin pestañar. En el minúsculo jardín cercado por varillas de caña han florecido unas grandes dalias rojas, tan pesadas por la madurez del verano, *que se inclinan sobre sus tallos como si pensaran.* Ya tiene el manzanillón arbóreo más flores secas que vivas y el perfume de la retama se expande con esa fuerza desesperada de los últimos días estivales. El sol produce tantos reflejos sobre el mar más lejano, en la dirección de la iglesia, y el agua los desplaza con alternancias tan variadas, que más que una visión parecen una obra de música que el oído debería escuchar.

En algunos hombres, la conciencia del bien está ligada al sentimiento de la naturaleza. No descubro en ninguna parte tan excelentemente mi bondad como al respirar el aire yodado del mar, al atardecer de un bello día dedicado a la lectura y a los ejercicios físicos, y aun se restaura en mí el goce de la más pura inocencia cuando, en favor de esa respiración de salud, puedo percibir mi parentesco con los pájaros, los peces, las plantas.

El Horcón, 13 de febrero

¿Hay algún gesto más ingenuo de la naturaleza, más primitivo en su candor, que las huellas de una bandada de pájaros marinos en la arena húmeda? Quisiera reconocer el nombre de estos pájaros por sus patas impresas en la playa y seguir con la imaginación la nerviosidad de su carrera cuando la ola se precipita hacia ellos.

Más allá, ir más allá, siempre, o quedarme para siempre en un mismo punto, absolutamente inmóvil; dos caminos.

La naturaleza, matemáticamente organizada, es el mundo de la limitación, mundo cerrado en que sólo lo posible es posible. ¿Qué otra

cosa significa aquí el orden? Las ecuaciones diferenciales que expresan el movimiento de los astros o el de las olas son las grandes formas, limitadas en su número, que contienen, como conchas de transparente inteligencia, la expansiva materia del mundo sensible. La vida trae consigo un desorden que el espíritu, luego, extrema: la posibilidad de lo ilimitado. Con ella, llega a ser posible lo imposible. Aun puede sólo entonces darse la visión de una naturaleza dotada también de espíritu, pues éste puede revelarse a sí mismo hasta en ese universo extraño que lo ignoraba.

No habría tantos bandidos si no hubiera tantos jueces. Nada hay más envenenador del alma que la crítica continua de ella misma, la persecución puritana del pecado, nacida de una conciencia de mal tan terrible que llega a equivaler ella al mal.

19 de febrero

Placer de mirar, de respirar. Frente a mí, más allá del bosquecillo de pinos, se baña entre las rocas un hombre que se cree solo. Da pequeños saltos en el agua que agitan las algas. Su cuerpo brilla, al sol, rodeado por la luz azulina y verde de las olas. Lo veo, serenamente, entre las ramas que descienden hacia la playa, dibujando una curva abierta sobre la arena dorada. Aquel hombre maduro, gordo, de cuerpo blando y blanco, se solaza en el mar de la mañana, inocente como él. Para los ojos matinales no existe sino el bien. Pececillos innumerables deben girar alrededor del cuerpo de este hombre contento, admirándolo sin codicia y sin miedo. Se reflejan sobre mi cuaderno las agujas de los pinos, temblorosas, finas; algunas turban la blancura de las páginas con una sombra casi imperceptible. En la fuente próxima, que muchas veces hemos saludado pensando que aquí, bajo las húmedas plantas trepadoras de la roca, debiera haber una estela que recordara a un efebo divino, a un muchacho tocador de flauta salido del mar, han abierto dos lirios acuáticos, de un lila casi transparente oscurecido en el fondo de la corola por estrías violetas, que simulan bañarse con placer en el agua verde oscura, en la cual se entreabren, fugaces, pequeños círculos de oro intenso; el agua se crea ojos para gozar también de sí misma, de los lirios recién abiertos, de los pinos y del cielo en reposo. Unas gaviotas revolotean a lo lejos, en la proximidad de los botes de los buzos. En uno de ellos, un niño ordena unas cuerdas. Es la última figura que sobresale del mar. Si continúo la línea que va desde mis ojos hasta él, llegaré sin tropiezos, sin hallar ninguna figura nueva, hasta la Oceanía, cuyo aire podría acercar a mis narices si respirara apasionadamente, con mis pulmones enloquecidos por la sed del espacio.

No hay estudio más sombrío para el hombre sin Dios que el de la astronomía. En ella aparece más que la forma, la magnitud; se trata del dominio de la cantidad y de lo que, siendo cuantitativo siempre, tiende, sin embargo, hacia lo inconmensurable, al hombre; hacia el infinito del espacio. Sin Dios, un espacio infinito es monstruoso. Y, sin El, no se

puede tampoco olvidarlo. Puedo olvidarme de las magnitudes siderales, o reírme de ellas, si pienso que Dios me ha puesto donde estoy con la misma mano amorosa con que puso a la Vía Láctea en su sitio, para cumplir un destino que nada tiene que ver con la cantidad sino a título instrumental, un destino que es cualidad pura, espíritu, y que se confunde, al último, con una mirada de gratitud, con una frase de amor, con un sueño en que yo juego con los ángeles. Y ¡vaya si en el paraíso no habrá ocasión para reírse de los astrónomos! ¿No será para este caso cierto el verso de la Mistral: "Una pajita dentro de mis ojos era"?

Encuentro en Henri Rambaud (*Sincerité d'André Gide*, ensayo recargado de *ménagements*, pero no carente de interés, escrito para justificar la publicación del libelo de F. Derais) esta cita de *Les faux monnayeurs*: "El análisis psicológico ha perdido para mí todo interés desde el día en que me he dado cuenta de que el hombre siente lo que imagina sentir. De ahí a pensar que él se imagina sentir lo que siente..." Y después: "No hay sentimiento, por simple que sea, que no sea de inmediato complicado y falseado por la introspección".

Las estrellas más ardientes son blancas; las más frías, rojas.

Desde el punto de vista del universo, todo parece ser una excepción en el camino que conduce hasta el hombre.

En el fondo de la Tierra, sobre el cual flotan los continentes, corren con lentitud espantables ríos de hierro y de níquel, cuyas aguas espesas, increíblemente pesadas, fluyen a miles de grados de temperatura. Imaginad los salmones de esos ríos, y sus garzas.

20 de febrero

No sé si muchos sentirán tan imperiosamente como yo un deseo de total inocencia. En las rocas, la gente del hotel destripa jureles para el almuerzo, hasta dejar sanguinolentas las pozas de agua limpia. El mar no tiene por qué sorprenderse de esta sangre, terrible como es, tanto o más que la tierra. Las gaviotas se arrebatan las entrañas con gozosa ferocidad. Beben el agua sangrienta sin ensuciar la blancura de sus pechugas ni de sus alas. Su pureza engañosa no es menos deslumbrante cuando despliegan las alas para devorar pececillos o vísceras recién arrancadas. ¿Dónde termina la ferocidad? Ni siquiera en mi corazón; mi cuerpo tiene que devorar tan necesariamente como la gaviota o la jibia la carne parecida a la mía; mi alma devora jugando. Pero ¿quién diría que no busca una mirada pura que restablezca la fraternidad de los seres más allá de la crueldad vencida?

Dos tipos, dos estilos humanos: quienes aceptan la crueldad de la vida, pues no entienden la grandeza de ésta sin ella, y los buscadores de inocencia.

El azar crea formas, dibuja aletas, agallas, pinzas, estómagos, pupilas, cerebros; el azar, el mundo que rodea a los mínimos glóbulos sensibles, al protoplasma cuya delicadeza engendra infinitos imprevis-

tos. Dios no conoce sino la poesía de la realidad; su imaginación levanta y transforma objetos reales, y no imágenes. ¡Oh! El juega con los cromosomas sin cansarse. Y con la muerte. Su espíritu travieso se divierte arrojando semillas extravagantes. ¿Recoge su piedad todos los frutos? Me abismo pensando qué pretende este viejo Dios que no se cansa de jugar. A veces se diría que los años no le han enseñado nada.

23 de febrero

Paseándome por la playa, he terminado de leer *The history of nature*, de Von Weiszäcker. No es un gran libro en su género, pero está escrito con nobleza, autoridad y claridad. No contiene muchos hechos ni ideas sorprendentes; la obra vale por su forma y por su organización, por su intención de síntesis a gran altura.

> "Comparad la mano altamente compleja del hombre de Neanderthal con la palanca primitiva que ella fabricó. Sin embargo, sólo la conciencia llega a conocer la complejidad de lo que ha sido inconscientemente creado. La mano misma no tiene conocimiento de su propia perfección, la roca sedimentaria nada sabe de las leyes de la naturaleza que la formaron. El ser es anterior al conocimiento. Mas, por otro lado, está esta verdad, que ya no puede ser expresada sino por una tautología: Sólo el conocimiento sabe lo que el ser es" (p. 24).

Estas dos afirmaciones sobre el ser y el conocimiento ofrecen una formulación más aguda de lo que entendía cuando hablaba del círculo de mutua dependencia entre sujeto y objeto.

24 de febrero

Cormoranes y alcatraces vuelan hacia el norte. ¿Emigran ya, en busca de su perenne primavera estos sibaritas del cielo? Tal vez tienen solamente sus nidos en las rocas del fondo de la amplia bahía, y vuelven allí hacia el crepúsculo, cansados de volar y de pescar pececillos suculentos. Negros, absolutamente nítidos en la atmósfera de un gris azulado, volaban sobre el mar con sus distintas elegancias. Los alcatraces casi rozando el agua, hoy inmóvil, como si contemplaran gravemente la figura de su bandada sobre el mar; seguros, majestuosos a pesar, o a causa de la fealdad de sus rostros, al parecer perfectamente libres, hijos mayores de la naturaleza crepuscular. Los cormoranes, nerviosos, batían más rápidamente sus alas, a media altura, mensajeros se diría de un pensamiento inmaduro, dispuestos a retardar su marcha si una idea de travesura cruza, imprevista, sus pequeñas cabezas prolongadas en el oscuro pico suspicaz. Pero seguros también, protegidos por la implacable madre que abrillanta el repentino fuego de sus pupilas para herir más justamente al pejerrey de frágil reinado en la superficie de las aguas.

25 de febrero

Regreso de un paseo crepuscular por la playa del norte. Debí haberme bañado, para deshacer el sopor de la siesta. No quisiera repetir el almuerzo de hoy. Es fácil descubrir en sí mismo lo peor, la antipatía, el odio, y juzgar acremente, sin piedad. Todos dijimos mucho, demasiado, con ferocidad de negación. La araña puede destruir febrilmente su tela, ávida de desamparo; existe la vocación de la orfandad. Paseando por la playa abandonada y casi oscura, sentía mi pequeñez y, como un niño de nuevo, la necesidad filial del regazo, de una mano amante que pudiera perdonarme tanta aridez. No, Dios mío, no estoy autorizado para juzgar ni condenar. He recibido siempre más de lo que merezco, un amor que no he devuelto en la misma medida. ¿Por qué se me vino, caminando sobre la arena oscura, el recuerdo consolador de aquel regreso del lago Budi a Puerto Saavedra, hace cuatro años? Veníamos a pie por una playa interminable, Fernando, J. P. y yo, cansados hasta el exceso, pero livianos de corazón. He vivido pocos días más felices que aquél. A la vuelta, la noche oscurísima casi nos ocultaba completamente a unos de otros, pero sabíamos, con una dulce sabiduría nocturna de amistad, que cada uno estaba cansado, soñoliento y dichoso.

26 de febrero

La marea está esta tarde tan baja, que he podido proseguir mi caminata crepuscular hasta playas que me estaban vedadas. Desde las rocas de las colinas, caen hacia el mar pequeños raudales de agua dulce, que parecen inmóviles. Contemplo sorprendido las figuras humanas que esta ceguera se complace en dibujar y en colorear con líquenes sobre la arena, piernas y muslos con sus músculos, tendones y nervios; miembros de atletas que se alistan para saltar, y también cabelleras de divinidades fluviales, derramadas al inclinarse sobre las olas.

Ver también la articulación de la fiera en la rosa, rosa incisiva de la naturaleza. Soñé que el nombre científico de la rosa era *rosa incisiva naturae*.

Aún me asusta la inestabilidad del paisaje vecino al mar, en la playa del norte. Cada invierno se desmorona algún trozo de colina que los vientos, los temblores y las aguas desprenden de la blanda masa ocre. Suelen caer también pedazos de roca que arrastran migajones de tierra con sus hierbas todavía floridas. En las altas mareas, el océano lame su presa. Es extraño que la tierra parezca débil, al lado de la fuerza marina. No, no es necesario demostrarse que el agua no es nuestro elemento. No puedo entrar en ella sin temor, pues aun su delicadeza es traicionera, como esas grandes olas vespertinas que veía recién, verdes, traslúcidas, antes de romperse. Al subir creaban una atmósfera increíblemente pura, de un jade inocente que me sugirió la idea de un toldo exquisito concebido para festejar a una bella desposada de comienzos del siglo. Mas este cristal candoroso, esta mantilla hecha por ángeles hará lucir en

transparencia después de que hayan muerto los hombres, verde indefenso, castidad de unos ojos insensibles, extraños a la melancolía que su perfección suscita en el corazón humano.

No cansa el mirar las piedras, buscando en ellas dibujos, figuras rupestres, siluetas japonesas, inscripciones hititas, trazos de Paul Klee. Se puede ver en ellas lo que se quiera y aún encontrar el camafeo de uno mismo y de sus amigos, hasta llegar al vértigo, a sentir que en estas materias venidas quién sabe de dónde hay una creación de figuras dormidas, encadenadas por un dios cruel. Figurillas vivas que miran, impotentes, la impotencia del hombre.

27 de febrero

Sería comprensible que fueran tristes los pueblos que viven en tierras de bello paisaje, tan extraña al mundo es la belleza. El crepúsculo de hoy ha inmovilizado al mar, lila, celeste, rosa. Mas ¿de dónde proviene la hermosura? ¿Portadora de qué palabra que el corazón, martirizado de nostalgia, no llega siquiera a presentir? Más que yo debe saber el pelícano. Veo uno, soñador, sobre su propio reflejo, y un grupo de ellos, solemne diadema, sobre un islote rocoso, en semicírculo. No podría estar el alma en estado de mayor desamparo, más titubeante, insegura de sí que cuando la fascinan las visiones inesperadas que le ofrece Aquel que mira desde mis propios ojos, vidente y no visto.

Un solo pecado, siquiera de pensamiento, basta para hacer triste la condición humana y para corromper la mirada y con ella al mundo. Jamás dejaré de ser esclavo si no soy santo. Mas la palabra atribuida hipotéticamente a mí me sonroja.

1 de marzo

Ultimo o penúltimo paseo crepuscular por las playas del norte de la caleta. Como la marea está baja, he seguido en dirección a la iglesia y me he sentado a escribir, bajo el cálido poniente del primer día de marzo, frente a las aguas en donde dos botes pescadores se balancean, esperando que se hinche la red. Cuando pasaba, dos hombres, a quienes la distancia y la luz no me dejaban reconocer, me saludaron con gestos amplios de los brazos y yo les contesté de la misma manera, lleno de una especie de felicidad, sintiendo, con desconfianza por primera vez, la solemnidad del saludo humano. No nos divisábamos en esta soledad, en este páramo de arena y polvillos de espuma, sino humildemente, confiadamente. Nos hacíamos un ademán de paz. Reman ahora mar adentro; los remos suben y bajan con lentitud, avanzando hacia otras embarcaciones lejanas en el horizonte de nubes rosa y doradas que el sol poniente confunde casi con el cielo. Dejan aquí la red, marcada y sostenida por los flotadores de tronco de chagual.

2 de marzo

Absurdo pensamiento, mientras estoy tendido en el castillo de rocas, al borde del tajo por donde entra el mar, quemante: la naturaleza es así esposa. Hoy alabo con ella esponsales. ¡Dios vela sobre nosotros y la trinidad se consuma!

El pecado no es sólo caída; es negarse a ascender a los éxtasis posibles; enmohecerse. (¿No consiste en esto mismo la negatividad del mal?).

3 de marzo

¡Qué breve es ahora el crepúsculo! No por eso menos delicado en sus tonos de pétalo marchito entre las hojas de un libro, lila y rosa en la arena que las olas alisan; celeste, jade en el mar. El abandono de la playa responde a mi tristeza: una pluma gris de gaviota, el envoltorio de paja de una botella, un aplastado racimo de huiros arenosos, bajo la piedra venerada en otro tiempo que cubre todavía la hierba loca.

4 de marzo

Aspiro a una vida ascética, de recogimiento interior y de trabajo. Quiero ser capaz de responder a mi deseo profundo de abandonar por completo las aventuras de los sentidos.

6 de marzo

La política del mundo, aun la de la Iglesia, será siempre política del mundo. No hay otra política de Dios que el amor y la santidad.

Los horconeros[44] llaman *Río Jordán* a la Vía Láctea, nombre de poesía extraordinario que acerca los cielos a la tierra por el bautismo de Cristo. El hijo de Dios fue bautizado en un río de astros, sobre nuestras cabezas, en un río nocturno de blanca y palpitante corriente que abraza al mundo.

Llaman *ardentía* a la fosforescencia de las noctilucas. Aun el rústico Don Zoro es capaz de hallazgos verbales. Hace unas noches, le mostramos unas hojas de eucalipto, coloreadas por la tierra, que recogimos en el bosque, para admirar los tonos cálidos de dos de ellas y la frialdad de la otra. Observándolas muy de cerca de sus ojos miopes de Vulcano, ojos de ágata rapaz, nos dijo al señalar las cálidas: "Estas dos se gastan más simpatía una con otra"[45].

---

[44] Desde el 7 de febrero las anotaciones del *Diario* están escritas en El Horcón o en playas próximas a esta caleta de pescadores del litoral central a la que Oyarzún solía ir con amigos.

[45] Don Zoro, un lugareño al parecer muy conocido por Oyarzún y sus amigos, y cuyo nombre regresa en otras páginas del *Diario*.

Estar aquí tendido todavía al sol, sobre la arena que ondea como el trigo maduro, entre secos despojos de algas y pedúnculos morados de erizos de mar, al sol. Tendido al sol, mientras escucho al pescador que construye su barca y mientras la carne limón de las jibias se asolea en las varas donde tienden las redes. Las redes que tiñen con el rosado fruto del molle que traen de las montañas, cerca de los colgaderos a donde los muchachos bajan suspendidos por cuerdas a robar los huevos de las gaviotas en los huecos de los acantilados, y de la playa en que buscamos ágatas suaves, tibias como huevos de gaviota recién puestos bajo el sol de la costa. Allí crece también la vid salvaje, aunque no he bebido su vino. Tendido sobre la arena salpicada de fragmentos de conchas, conozco esa ebriedad, cuando oigo el martillo del carpintero de ribera y los jóvenes pescadores dormitan, mientras vaga no lejos de mi piel el mar que no se deja cautivar por uno sólo de los colores de su naturaleza, jugador de las flores.

16 de marzo

No espera este cielo de otoño sino lo que de antemano ya está consumado, "color de alga muerta, color de neblí". Lejana está ya la ola verde que dejaba conchas irisadas, translúcidas en la arena; alguien habla desde lejos. ¿Querrán volver? ¿Querrás volver? Pero ya es distinto a sí mismo y su rostro se borra. Mirabilis jalapa cuya raíz chupa hilillos de un agua bebida por bocas felices que ya murieron.

Santiago, 29 de marzo (en el Convento de los Benedictinos en Las Condes)

Llegué anoche, invitado por Eduardo Matthei, que es ahora el hermano Mauro. El azar hizo que viniera conmigo Héctor Carvallo. Nos recibió en la puerta el Padre Pablo, un joven fraile alemán que demuestra una gran bondad que ilumina su rostro rubicundo bajo una cabeza ya calva. (No sé por qué tuerce la boca cuando canta en el coro). Poco después de llegar, fuimos presentados al Prior, alemán también, bonísimo, según parece, a pesar de la expresión jurídica de su cara estrecha, de huesos macerados. Antes de entrar al refectorio, saludé a Eduardo, que es ahora un pálido novicio de cabeza semi rapada. Su piel se ha hecho transparente como la de un monje de Zurbarán y sus ojos azules miran con la doble vista de la pureza. Comimos una sopa de arroz y unas papas cocidas con mantequilla, después de que hubo acabado la cena de los monjes. Servían a la mesa Mauro y un lego de barba entrecana y ojillos benévolos y burlones que parecía un reno o un alemán de la Prusia Oriental. Pasamos más tarde a la capilla, donde oímos rezar las Completas. Los monjes son unos ocho o diez, entre los cuales no distingo todavía sino a algunos. Aparte del Prior y del maestro de ceremonias, a un monje alto y flaco, que camina curvado sobre sus largas piernas, y que parece ser un alemán, como el P. Silvestre, doctor en Teología, cuya cara

aguzada tiene una expresión inteligente semejante a la de Baudelaire. Además, hoy me han mostrado a Fray Pedro Subercaseaux, que es un hombre ya anciano, reconcentrado, de mirada distante bajo una inmensa calva. Me siento aún perdido en este mundo, agradablemente perdido; anoche me costó dormir, aunque estaba cansado. Leí unas páginas de Sparkenbroke, tendido en mi cama de noble dureza. A través de las dos ventanas angostas, terminadas en triángulo, se adivinaba la noche oscurísima, sin luna. Los monjes dormían. Miré el crucifijo de madera colgado de la pared desnuda, a un costado de la cama, me persigné, recé unas oraciones vagamente medroso y dormí superficialmente hasta las 4 y media, cuando me despertaron las campanas que llaman a maitines. Dulces campanas después de las cuales mi sueño fue profundo.

Antes del desayuno recorrí la viña, cogí unos pámpanos de uva dorada y rosa; nos dieron después té con leche, pan añejo recalentado y miel. ¡Qué cautivante es seguir paso a paso, sin premura, las oraciones de la misa! Hoy es el sábado de la cuarta semana de Cuaresma y corresponden ornamentos morados. La antigua iglesia estacional de este día era San Lorenzo fura di Mauri, cerca de la cual alojé en Roma. "Todos los que tenéis sed, venid a las aguas, y los que no tenéis dinero, venid y bebed con alegría" (Salmo 77, 1), canta el oficiante en el Introito de la misa de hoy. Y después en la Lección: "Esto dice el Señor: En el tiempo que me plazca, te escucharé..." (Isaías, 49, 8-15), dirigiéndose al Mesías. "Para que restaures la tierra y tomes posesión de las heredades devastadas; para que anuncies a los prisioneros: ¡Salid fuera! y a los que viven en tinieblas: ¡Venid a la luz! Se apacentarán sobre los caminos y hallarán pastos en todas las llanuras". "No padecerán hambre ni sed, ni les ofenderá el calor ni el sol; porque el que de ellos se apiade, los guiará y abrevará en las fuentes de agua". "Entonces vendrán de lejos, unos del Norte y del mar, otros de la tierra del Mediodía. Alabad, cielos, y regocíjate, tierra; cantad, montes, alabanzas".

El Evangelio de hoy: "En aquel tiempo, dijo Jesús a la multitud de los judíos: 'Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida' " (Juan, 8, 12-20).

La comunión: "El Señor me conduce, nada me faltará; El me hace pastar en las verdes praderas. Me guía a las reconfortantes aguas".

En la Regla de San Benito se considera al silencio como salvaguarda de la vida interior. (Hace años, después del retiro de Semana Santa a que asistí en el Convento de los Jesuitas en Marruecos, y como consecuencia de haber sufrido y gozado el silencio, pensé que debería introducirse en toda escuela la práctica del cuarto de hora o media hora de silencio completo. Si no hubiera aquí silencio, ¿podría escuchar en este momento ¡ay! ya pasado -pero vuelve, de más lejos- el canto opulento, maduro, como de órgano silvestre, de una tenca que se alegra de seguro porque el sol acaba de abrir las nubes y hacer llameante el verde del pasto y de los macrocarpa?). Mas, como un pequeño diablo me persigue, choco torpemente con la concha de loco que un lego me trajo para que la usara como cenicero, y provoco un ruido insistente, duro, que

me interrumpe el canto. La falta de espiritualidad se revela también en la inhabilidad de las manos. Los ángeles y los santos tiene las manos finas. ¿Cómo serán las de Dios?

30 de marzo (Convento de los Benedictinos)

Fui ayer, después de almuerzo, con Héctor Carvallo a visitar la iglesia de Los Dominicos en Apoquindo. Es una bella iglesia ruinosa construida en el siglo XVIII con algo de severidad escorialense moderada por la molicie criolla. En el hermoso patio de la antigua casa de corredores vi el palto más grande que hubiera visto nunca. Debe de tener unos 30 metros de altura y casi un metro de diámetro en el tronco. A su alrededor y casi bajo su sombra crece un jardín desordenado y mohoso en el que sobresalían unas dalias muy crecidas de flores amarillas veteadas de rojo. Había también fucsias de tonos pálidos y morados y cerca del tronco, la antigua estrella de Belén de mi niñez. No conocía un arbusto semejante al matico que en lo alto de sus ramas verticales da una especie de magnolia lila de gruesos pétalos entrecerrados, altiva llamarada de otoño en el jardín entrecano. El interior de la iglesia, casi abandonado, es vulgar, pero se pueden admirar ahí todavía las dos viejas pilas bautismales de piedra gris y un cuadro español, de tonos oscuros, que representa a un ascético San José de barba plateada con el niño en sus brazos. Detrás del altar, en el que fue coro, atestado ahora de sillas destripadas y de esos curiosos despojos eclesiásticos que permite acumularse la desidia de los clérigos -jardineras de lata, pedazo de algún friso de madera, flores artificiales marchitas-, vi otro cuadro, de algún hispanoamericano primitivo. Un Cristo herido, torturado por clavos y azotes, yace en tierra, bajo un versículo popular escrito con letra de fines de siglo XVIII. Detrás, San Pedro se alza, medroso, entre unas rocas, sobre una de las cuales canta un gallo.

3 de abril

Pienso que ahora, por primera vez en muchos siglos, experimentan los hombres a la muerte sin defensa, sin consuelo religioso. La desdivinización del mundo tiene como centro a la vida y deja a la muerte fuera de su sistema. Pero ella viene y de alguna manera tiene que expresarse, a pesar de todo, el sentimiento místico y metafísico del ser humano. Cada situación vital es para el hombre una oportunidad de conocimiento, de lucha y salvación. Aun el vicio. Se puede vivir ahora en su desnudez lo terrible. A nuestro tiempo le ha caído en suerte la experiencia de la vida terrible en aquel fondo de la conciencia en donde el placer cede su sitio a la muerte. Habría que buscar en esta experiencia misma su salida, las vías de acceso hacia lo eterno, hacia la esperanza.

Reñaca, 12 de abril (Viernes Santo)

He soñado vagamente a la hora de la siesta que invocaba al mar y que lo llamaba tumba imprecisa. Tumba imprecisa al sol, espejo de pies oscuros, agitado por sueños que crean animales, infinitos animales armados en el inconsciente marino.

14 de abril

De vuelta en Santiago, sufro más acremente la falta de paisaje, la asfixiante plenitud urbana de esta ciudad. A pesar del otoño ya avanzado, hace calor en mi cuarto, mientras escribo. Nubes de humo de los hornos incineradores barren el techo plano de los edificios de enfrente. Bajo un cielo puro, los tejados están polvorientos. Suena el teléfono y alcanzo a escuchar la voz de Schwartzmann que clama ayuda médica de mi hermano varias veces al día. No hay a mi alrededor naturaleza, ni árboles, ni pájaros, ni flores. Peor que yo viven los cientos de miles de habitantes de esta lamentable ciudad seca, entenebrecedora, árida. No hay aquí río ni mar en que descansar el ánimo y la vista. Hay que estrellar los ojos con la piedra estéril de la cordillera y dormir preso en la red de sus radiaciones electrónicas, con ese imán por almohada. No está lejos el día en que abandone todos mis deberes visibles en busca de un valle como Caleu o de una playa, desde la cual vea cómo regresan las aves marinas a sus nidos cuando acaba el día.

1 de mayo

Siguen los calurosos días de sol. Esta mañana reanudamos, A. B. y yo, nuestra lectura de *Les penseurs de la Grèce* de Gomperz, esta vez en el cerro Santa Lucía. Leímos el capítulo sobre Heráclito, sentados en un banco de piedra. Llegaba hasta nosotros el dulce perfume del níspero florido, que descubrí allí mismo por primera vez en mis paseos por el cerro, sitio realmente encantador. Terminé después de almuerzo, perezosamente tendido, *The puppet show of memory*, el libro de recuerdos de Maurice Baring, que compré en Madrid. Es a ratos delicioso, y aun bello en su discreta nostalgia de una Europa desvanecida.

18 de mayo

Cada persona debería pertenecer a un coro o grupo musical. Creo que buena parte de la agresividad de la vida chilena proviene de la inexistencia de grupos de inspiración espiritual. Se vive en la soledad vacía, o peleando. En cierto modo es verdadero aún lo que notaba Lastarria. Sólo perdura vivamente en este país el apetito de poder; todo tiende a transformarse en política, incluso el arte o la universidad. Los inseguros de sí mismos quieren revestirse de mantos reales. Hay en América una especie de naturalismo darwiniano, que hace que los

hombres parezcan lobos, saurios o crustáceos que se acechan para devorarse. ¡Ay del débil, si ocupa una posición que otro codicia! No hay casi nadie que no crea que él estaría mejor en el lugar de otro, incluso en el ser de otro. "Si yo fuera tú, sería mejor..." "Yo debería ser tú también... Tendría más derecho a serlo..."

Nicanor Parra está demasiado fascinado por el kafkismo y por una poesía científica. Huyendo de la belleza, se puede llegar también a una retórica estéril. "Un poeta tiene que superar El Quebrantahuesos". Siempre le ha gustado a Parra esta clase de absurdos. Pero no los lleva hasta el fin.

24 de mayo

Acabo de terminar la lectura de *Juan cobarde y el ángel hostil.* Soy el primer lector de esta obra [46], lo cual me parece un título nobiliario. Difícilmente podría juzgarla. Mi juicio sería interesado. Algunos pasajes me produjeron irritación; otros, cólera; otros, encantamiento. Los últimos capítulos, real emoción literaria. Yo no dudo de que es una novela, y de que está bien. A veces muy bien y, en algunos trozos poéticos, espléndidamente bien. E. L. es un artista. Sólo Aurelio es, sin embargo, un personaje realizado, a medias. Los demás son bocetos. E. ve mucho mejor el mundo externo que el interno. O, tal vez, expresa mejor el primero. No sabe todavía expresar las cavernas del alma de que hablaba Shelley, ni el juego superficial de los sentimientos y de las ideas que dominan en Wilde. Lo mejor de su literatura es lo perceptivo e imaginativo. Es un poeta que ha realizado el inmenso, agotador esfuerzo de novelar sin poseer la madurez del novelista. Narra bien, sin duda, y puede llegar a ser, no sólo un poeta, sino un novelador extraordinario. Acaso el libro yerra novelísticamente a causa de que sus personajes son tomados de la realidad. Debería crear seres de su invención y echarlos a vivir libremente. Serían más ricos, sometidos únicamente a su propia ley.

27 de mayo

Ha amanecido un día brumoso, después de los cielos espléndidos de este otoño que he visto llameante en los robles leonados y en los nogales de hoja deslumbradora de Caleu. Canta un gallo en lo más bajo de la niebla. Tuve un sueño fatigoso. Estaba en Valdivia y se apoderaban de mí unos amigos de mis padres, coaligados con el tío Antonio, se escandilazaban porque yo me negaba a estudiar Leyes. Hacían venir a mi familia, para entregarme como a un preso. Parece que yo los desafiaba en una pieza de hotel, desde lo alto de un velador.

---

[46] Parece tratarse del manuscrito de la novela que Lafourcade publicará con el título de *Pena de muerte* (Santiago, Editorial Universitaria, 1952).

30 de mayo

Uno de los males más frecuentes en los hombres de hoy es el no poder hacer nada sin pensar que sería mejor hacer otra cosa, o, aún más, que se debería estar haciendo otra cosa que lo que se hace. Nuestros deberes son ahora también invisibles. "¿Qué buscar?, ¿qué buscar?", preguntaría a un caminante, como preguntaban los patos silvestres de Nils Horgesson sin abandonar su vuelo. Y el avistado debería responderme: "Mi deber, mi deber".

Almorcé hoy con E. M.[47], que está encantado con el poema que, según dice, ha escrito. Se trataría de un poema con ramificaciones metafísicas, poéticas, estéticas, religiosas, como un diamante arbóreo, cuyo resplandor lo tiene hechizado. Hace unos días se encargó un horóscopo.

12 de junio

Mal día, fuera del orden, tan lejos de él que sólo puedo escuchar la cigarra nocturna, la cigarra metálica de la oscuridad en un edificio de departamentos en donde ella es el suelo en que crecen los llantos de un niño. Pasa un tren lejano que llega a la ciudad y canta con su electricidad lastimera, también nocturna, canta la muerte del día, la muerte del corazón humano, la muerte de los bosques; canta como si esa máquina misma sintiera el miedo con que los animales viven en el mar y en la tierra. Yo diría que el hombre transmite su pecado a las cosas y que la angustia desgasta a los metales, corrompe al mar. "Dios mío, Dios mío ¿por qué, Señor, me abandonas?" "Dios y Señor mío, me han abandonado", dice el hierro, dice el vapor que lo tortura. Perdona, Señor, mi pecado.

22 de junio

Leía hace poco en el *Diario* de Paule Réquier un fragmento que corresponde muy bien a mi estado de espíritu. Ella se asombra de lo que sale de sí misma cuando escribe, y se sorprende de que una persona religiosamente tan tibia no pueda escribir sin invocar a Dios, sin dirigirse a El. Si no escribiera, dice, creería que soy una atea. Es exactamente mi caso. Pienso que todo ser humano es en el fondo profundamente religioso, un animal divino, y que no hacemos otra cosa "que olvidar nuestro origen" en todo lo que hacemos por develarlo. Ciencia, pasiones, arte, trabajos innumerables, sólo son esfuerzos por llegar hasta allí, esfuerzo que crean el sedimento que los hace inútiles.

Ayer reapareció furtivamente R. Vino, dice, por ser el día de San Luis. No habría creído 10 minutos antes de oírlo, que su voz fuera a

[47] Eduardo Molina Ventura.

producirme tanta alegría. Fuimos juntos con R. D. a ver al Museo la Exposición Francesa. Vista con él, fue como verla tres veces. Me decepcionó un tanto Seraphine Louis, "La fleuriste du Paradis", de quien esperaba más poesía sensible. Me pareció excesivamente seca, pero uno de sus cuadros, unas flores lilas violetas, ígneas, es fascinador. Los tres Picasso, sobre todo la "Mujer acodada", son obsesionantes. Observa R. que predominan en esta Exposición dos estilos de composición opuestos: la composición ventral, intravertida, que reconstituye el claustro materno; y la composición vertical, que avanza hacia lo alto, como la de un hermoso Shedlin, que tiene una gran espiritualidad. Me gustó especialmente uno de los cuadros de Masson, que parece el interior de una naranja de fuego: "Sombras". También "El ángel y la bestia" de Flexon y "La lección de música" de Chartel.

Buenos Aires, 27 de junio

Viaje perdido al Museo de Bellas Artes. Ayer en la tarde miré de nuevo, ahora con mayor avidez, la "Mujer sentada" de Gauguin, aun más ardiente entre las dos grises marinas de Boudin. El anaranjado de la playa es más real que las verdes campiñas de Picasso o que el agua tersa de Corot; más intensamente real que las otras es esa cabeza azul de ala de cuervo, sobre el cuerpo oliváceo embalsamado; ¿es una espuela de galán la flor que yace al lado de un caracol sobre la arena? Acaso Gaugin tenía una pequeña plantación de capuchinas.

Me gustan también los 3 gatos de Foujita que se disputan un pescado, con una expresión de ferocidad sin límites. El cuadro es cruel hasta en la finura del dibujo y en la extrema delicadeza de los tonos grises.

La sala dedicada a los pintores belgas contemporáneos es pésima. Pero este museo mediocre es la gloria al lado del nuestro. Ahora escribo sentado en un banco, frente a un pesado edificio color rosa. Me asombran estos árboles tan característicos de Buenos Aires -¿son quebrachos?- de fina hoja compuesta, de un verde gris, y troncos intensamente negros, que parecen tostados por los fuegos fatuos que emergen de los pantanos del Chaco. (Una monja cruza la avenida con un aire desventurado entre los automóviles veloces). Algo de lo que hallo insoportable, despreciable en Buenos Aires, proviene de estos árboles morbosos, que despiden el olor espeso de los equinoccios continentales. Ellos expresan la barbarie argentina, son un símbolo de lo excesivo de esta naturaleza plana en donde puede correr un auto o un potro sin término. (¡Qué error que los parques miren hacia avenidas de vehículos vertiginosos! La época contemporánea debería tener jardines suspendidos, islas de siesta en las ciudades).

No sé si lo desagradable que tiene Buenos Aires para mí se deba, aparte del acento del lenguaje, a que muchas cosas recuerdan a Europa, sin que haya aquí nada verdaderamente europeo. (La tortura de los intelectuales argentinos depende de que no son ellos mismos europeos y no son capaces de ser otra cosa).

No se ha reparado bien, a pesar de todo, en lo monstruosamente distinto que es la vida en las grandes ciudades modernas a la que había sido siempre la vida humana hasta este siglo. La diferencia es esencial, hasta el punto de que, si no se transforma el hombre en un ser substancialmente distinto, ello equivaldría a una demostración indirecta de la existencia de la naturaleza humana. Es, en efecto, monstruoso, usando este término en un sentido puramente descriptivo, vivir sin paisaje natural, y aún más lo es, el ver a miles de seres humanos desconocidos físicamente próximos, sin establecer con ellos comunicación ninguna. Este tipo de contacto no lo conoció el hombre antiguo sino en las guerras, durante las batallas, y constituye la negación de lo que la presencia humana ha significado primariamente para el hombre. Pues no ha sido hasta hace poco posible sino por excepción el que un hombre se tope con otro sin entrar en relación con él, sin establecer una siquiera deleznable, efímera intimidad. Es grave el hecho de que el hombre haya llegado a ser un extraño, un desconocido para el hombre, pues eso nos coloca a todos frente a nuestro semejante en la condición de objetos. Vuelve a aparecer, por caminos distintos, el hombre-objeto, el hombre-cosa de la antigua esclavitud. El bombardeo de las ciudades abiertas no es un gesto de distinta naturaleza al codeo de las gentes en las calles de las grandes ciudades. Este contraste de vecindad física y lejanía real me parece desquiciadora para la vida del espíritu.

El hielo se pliega en el vaso como la flor que se alista en su capullo cerrado, como la savia que se concentra en virtud de un pensamiento feroz en el cáliz; pintor de sí mismo el capullo, pintor el hielo, semejante a la remota estrella mental que engendra la agonía, libre al fin de los colores y de los bordes precisos; forma perfecta que no resiste ninguna perfección en su descenso a la unidad imposible que ahora se realiza.

28 de junio (sobre la Pampa)

Amanece sobre una pampa nueva, de juego infantil, pintada por Joan Miró y Paul Klee. Mirando el cielo tenuemente rosa del oriente, pensé en aquel rosicler del alba de que hablaban los poetas románticos. Diríase que una bandada de viejos flamencos dejó en las nubes ligeras la huella de su vuelo, al comenzar hoy el día.

Un observador extraño anotaría la sugerencia de que este pueblo simplote aspira a reconstituir el matriarcado; de tal modo está lleno de llamados, alabanzas y oraciones a Eva Duarte, quien está, al parecer, moribunda. El asunto es no menos raro que irritante. El tono de la prensa es ya increíble y no parece depender de una pura intención servil.

La hélice derecha del avión, al girar bajo la luz del sol naciente, engendra un espeso, vertiginoso río de oro que se proyecta sobre los campos arados. Acabamos de dejar atrás una cadena de montañas que yo no sabía que existiera a tan corta distancia de Bahía Blanca, a donde en este momento descendemos, con cerrazón violenta de oídos.

F. Schwartzmann, tiene una abeja debajo del sombrero. Por eso es ácido. Estimulante como el jugo del diente de león.

Entre Bahía Blanca y Trelew, tierras lunares, ocres, rojizas, salpicadas de lagunas inestables; de lechos abandonados, de ríos de un día, blanqueados de sal. No se ven árboles ni montañas. Al aterrizar en Trelew, cuyo fértil valle fue colonizado por galeses, espantamos en el campo vecino al aeródromo a un rebaño de cabras. Fuera del valle de Trelew, toda esta tierra es árida, desnuda, tierra muerta antes de la primavera.

Aparecen las primeras manchas de nieve en la planicie. El sol de los últimos días las ha derretido y se han inundado los caminos. El capitán del avión viene a mostrarnos unos omnibuses detenidos a causa del agua.

La nieve parece ahora un rebaño de ovejas, alrededor de lagunas heladas.

Al sur de Comodoro Rivadavia volamos sobre un mar turquesa, en cuyas olas el juego de los delfines es un escozor voluptuoso en la transparencia invernal. La tierra es ahora semejante a una piel de puma en la que se hubieran desplomado flamencos de rosa oscuro, que descansan.

Volamos al lado del gran río de aguas azules en cuya desembocadura está Puerto Deseado. Ha desaparecido la nieve como en la primavera siberiana, pero no hay árboles, ni hierbas ni flores. Otra vez me parece la tierra una oveja trasquilada. Cubierta de pozas que han formado las lluvias, el continente americano parece aquí recién hecho, apenas desocupado por las aguas, el primer día después del diluvio.

Alcanzamos otra vez el país de los pequeños lagos helados de innumerables figuras. Una cabeza de lobo se une a un cuerpo de águila por un sinuoso cuello de cisne. Más allá un pez; aquí dos senos, un cochinillo celeste y más lejos, Pólux. ¡Aquí se ve, al fin, todo lo que se quiere! ¡Atención, señores! Cuidado con ver vuestro futuro, con ver vuestra fea muerte en el hielo. El crepúsculo ennegrece a la tierra y mucho antes de que se entre el sol ya hay arreboles de espuela de galán.

Este paisaje de las postrimerías tiene una solemnidad lúgubre. Al fondo de la tierra ocre, ennegrecida por la nieve deshecha, las joyas crepusculares alumbran sierras negras, que se prolongan en un borroso horizonte azul pizarra. No se ha visto una sola casa desde Puerto Deseado. Supongo que no hay aquí sino pájaros e insectos que horadan la arcilla en busca de raíces. ¿Qué haría un caminante en este páramo, en donde, según dicen, el viento levanta a las piedras, que vuelan como bandada de pájaros? Acabo de ver un sol de mundo primitivo que aún me ciega. Rojo, se asomó fugazmente por una grieta de nubes de un lila violento y brilló extendiendo dos pesadas aspas de molino. Mirado en el cristal de mi ventanilla, se rodea de una telaraña de surcos translúcidos. Es un insecto feroz, recién salido del agua, sol langosta o sol jaiba convertido en sol escorpión, en Sol de Cáncer.

Quisiera no olvidar estos misteriosos arreboles horizontales, apenas una pluma de fuego tendida sobre el horizonte, bajo las nubes oscuras, entre San Julián y Santa Cruz.

Punta Arenas, 29 de junio

¡Qué cosa extraña! En una esquina de la plaza Muñoz Gamero, de un árbol cuelgan los cuernos de un buey, con sus raíces aún ensangrentadas.

Regreso de un tonificante paseo por las colinas que rodean a la ciudad y después por el muelle. Glorious day, cuyo amanecer espié desde mi cama. Es ésta un alba lenta como una agonía que empieza con los tonos graves, lilas, morados, fucsia, de la muerte. Viene trabajosa, difícilmente, desde lejos, hasta que sus alas suben sobre el Estrecho en lilas livianos, el lila de los pétalos de la flor cuando en octubre uno los toma entre los dedos y los extiende contra la luz. Poco antes de las 8 y media apagaron las luces de la calle, que permaneció todavía un cuarto de hora indecisa en el claroscuro de la mañana.

La ciudad estaba desierta cuando subí hasta las cercanías de la laguna, desde donde miré el paisaje de los techos rojos, que a esa hora enviaban al cielo sin nubes los primeros humos, y el mar tranquilo, celeste del Estrecho. Había llegado un buque, el Viña del Mar, en la noche, y en este momento otro, el Concón, se aproximaba al muelle. En el aire que sentía rizado, estremecido por venas de brillo como el mar o como el follaje de los perales, se olía y se palpaba con las orejas una vibración de engañosa primavera, que hacía inminente el despertar de los capullos en los abedules del Cerro de la Cruz. Sonaban campanas dominicales que, si hubiera cerrado los ojos, habría creído campanas inglesas o escandinavas, campanas puras en el aire frío de un día de oraciones y cánticos de júbilo.

En el muelle, desembarcaban gentes modestas del Viña del Mar, preocupadas de sus colchones, sillas y gallinas. Las gallinas sacaban, profundamente extrañadas, sus cabezas entre los listones de las jabas, con aire a la vez sorprendido, indefenso e indiferente, como si dijeran: "¡Bah!... Al fin Punta Arenas... Media novedad..."

Verde inglés primero, lila en un remanso a donde bajan gaviotas, azul marino al fondo. Vibra, fluye hacia el sur el mar como un río.

30 de junio (día de San Pablo)

Anoche soñé con Pablo Neruda, quien había regresado a Santiago. Iba yo con sus dos hijas menores, unas niñas, que me decían al divisarlo en la calle: "Mira, allí viene papá". Me sorprendía verlo con los labios y la cara pintados como los de una mujer y con sus manos envueltas en unos guantes de cuero café que, no sé por qué razón, me parecían escandalosos. Nos saludamos familiarmente y poco después me contó

que los sufrimientos habían hecho crecer desmesuradamente la nariz de Delia. Desperté poco después y vi de nuevo el oscuro y lento amanecer. Más tarde, una lectura de *Los monederos falsos*. Algunas de las "audacias" de Gide parecen ahora infantiles. Es curioso notar que a esta distancia, se halla en esta novela algo de la atmósfera de Paul Bourget: familias burguesas, visitas, salones, adulterios.

Vasari cuenta que Leonardo acostumbraba a comprar pájaros en la plaza del mercado, con el fin de devolverles su libertad. "El jilguero llevará leche a sus pequeñuelos enjaulados; la muerte antes que la pérdida de la libertad", dice Leonardo.

El sentimiento de la solidaridad de todo lo que existe en el mundo físico: "La tierra es movida de su posición por el peso de un pequeño pájaro que se posa sobre ella. La superficie de la esfera del agua es movida por una pequeña gota de agua que cae sobre ella".

"Plumas elevarán a los hombres, como a pájaros, hacia el cielo, es decir, por medio de letras escritas con sus plumas".

"Este venerable caracol, el sol..." (¿A causa de que el sol sale diariamente de su concha y se recoge en ella por la noche?).

"El hombre tiene un gran poder de lenguaje, pero la mayor parte de éste es vacía y engañosa. Los animales lo tienen escaso, pero ese poco es útil y verdadero, y mejor es una cosa pequeña y cierta que una gran falsedad". En esta crítica del discurso se vislumbra algo semejante a la actitud cartesiana. Así, el elefante posee por naturaleza cualidades que raras veces tienen los hombres: probidad, prudencia, sentido de justicia y de observancia religiosa. (Desencanto de los hombres, vuelta hacia la naturaleza, idealización del animal. El animal es concebido como ser auténtico, como ser sincero, por el desencanto de la falsedad de los hombres). Otra manifestación del mismo espíritu: entre los daños que se puede causar a grandes cosas cuando se dispara un cañón, nombra a las telarañas que son destruidas.

1 de julio

Continúo leyendo *Los monederos falsos*, más interesado cada vez. Estimulado por el libro, he puesto atención en un muchacho pensionista de mi hotel, alto, rubio, de finas facciones, que come solo siempre leyendo en una mesa vecina a la nuestra. Parece norteamericano. Averigüé su nombre, indirectamente, mirando el fichero del hotel y haciendo indagaciones distraídas sobre todos los desconocidos. Se llama John Ford y habita en el cuarto N° 9. Nada más, por el momento. Me gusta el gesto de sus largas manos, muy blancas, cuando se sirve el vino, sin apartar casi la vista de su libro. Almuerza y come temprano.

Anoche apareció de visita el filósofo Waldo Ross, que trabaja aquí en la Aduana. Es un muchacho alto, de un pelo rubio ya escaso, desgarbado y de cándidos ojos azules, que revela, con su sangre inglesa, algo de pastor rural. Parece sincero, desenvuelto y pagado ingenuamen-

te de sí mismo. Es anticatólico y se dedica a la teología. Me trajo sus dos libros, malísimamente editados. Bien se ve también en ellos la descompaginación de su persona. Uno, titulado *Dios y la filosofía*, es una réplica a Etienne Gilson, trae un prólogo de Oscar Alvarez Andrews y está fechado "en el aniversario de O'Higgins". Después de esto, no me extrañó que se confesara ibañista y, veladamente, peronista. Me deja, sin embargo, una buena impresión.

Cuando, cerca del mediodía, iba hoy hacia el cementerio, encontré a Isaías, que atravesaba un puentecillo japonés sobre el río de las Minas, con su grueso y pesadísimo abrigo de paño café y con su boina negra. Venía de un pésimo humor, tal vez a causa de que se le ha desprendido uno de los incisivos superiores, protestando por sus muchos quehaceres y porque M. Bunster lo despertó importunamente esta mañana. Habría que insistir en él, porque es todo un personaje novelesco, de un egoísmo además siniestro.

Paseé por el cementerio, leyendo las inscripciones de las tumbas inglesas: "In living memory..." El cementerio está sobre una colina, sobre el Estrecho y sus avenidas están bordeadas por macrocarpas recortados en forma de cono trunco. Es hermoso en su ordenación, desolado cuando está cubierto de nieve. Crecen allí arbustos de nombres para mí desconocidos, que forman matorrales sobre los sepulcros olvidados. Hay también algunos rosales casi salvajes, de grandes espinas, que aún exhibían unos botones rojos, apretados, que ya no se abrirán. Al fondo, en un terreno cerrado por una verja de hierro, está el templete bizantino de la familia Braun. A su alrededor crecen unos cipreses frondosos, entre los cuales se divisaba, como en un triste día de Córcega, el mar gris de esta mañana nublada. Busqué, distraída e infructuosamente, la tumba del padre de Hirk, uno de mis compañeros de viaje, que también la buscó en vano hace días. Su padre murió hace muchos años, después de haber vivido en las Malvinas y en Navarino y de haber sufrido el abandono de su mujer, que partió a Inglaterra para siempre. Sus hijos no han sabido más de ella. Guillermo posee un temperamento delicado, sensible, devorado por un dolor moral constante. Ha venido acá detrás de las huellas de su familia y de su infancia, pero se ha encontrado con que casi todos sus viejos conocidos han muerto.

2 de julio

Sigue el buen tiempo magallánico. En este momento, a mediodía, hay 10 grados, casi la temperatura máxima que puede producir un sol tan lejano como el de esta ciudad. Cuando lo veo a las 12, apenas a unos 45 grados sobre el horizonte, recuerdo el sol y el cielo de Londres, que a veces producía reflejos cobrizos en el follaje de las hiedras que subían hasta la ventana de mi cuarto.

Estuve recién en el Restaurant Santiago, que pertenece al magnífico pintor ingenuo que descubrimos el año pasado. El no estaba, pero hablé con su mujer, que admira también el arte de su esposo. Me dijo que

éste ha abandonado la pintura, a causa de que su costumbre de pintar con esmaltes dañaba su salud. La acuarela le parece demasiado opaca. Ha quedado ella de conseguir que el artista me muestre las obras que tiene en su casa. Volvió a gustarme el paisaje de témpanos y montañas nevadas que me atraía el año pasado. Su mujer prefiere, en cambio, el hotel de cordillera, que le hizo poner en el lugar más destacado del restaurante. Agregó últimamente un paisaje crepuscular en que un sol de plomo se pone entre unas montañas redondas, sobre el mar gris. La mujer me dijo que él había pintado este cuadro con gran inspiración.

"El don principal de la naturaleza es la libertad", dice Leonardo. Problemas para mi trabajo[48]: ¿Cómo concebía a la naturaleza y qué entendía por libertad?

Reconocimiento de la perversidad del hombre en el célebre pasaje sobre los submarinos: "Cómo mediante un aparato muchos pueden ser capaces de permanecer por algún tiempo bajo el agua. Cómo y por qué no describo mi método de permanecer bajo el agua tanto tiempo cuanto pueda permanecer sin alimento; y esto no lo publico ni divulgo, a causa de la perversa naturaleza de los hombres, que podrían practicar asesinatos en el fondo del mar rompiendo los barcos en sus partes inferiores y hundiéndolos junto con los tripulantes que están en ellos".

"El artista debe ser hijo y no nieto de la naturaleza".

Es significativo que Leonardo fuera de los primeros en atreverse a violar el sagrado secreto del cuerpo humano difunto y que quisiera ver en el interior los elementos y las formas ocultas, sin satisfacerse ya con el sentido y la simbología de la forma externa.

Se me ocurre que hay una semejanza entre Leonardo y Rimbaud. Pero aquél no se fugó una sola vez a sus Africas mentales: se evadía siempre, queriendo ser Dios, cada vez que tocaba el límite de lo particular inherente a lo humano. "Leonardo, frère italien de Faust", dice Michelet. No parece haber interesado tanto a Leonardo el conocimiento o el arte, como el método de conocer y el método de crear, el procedimiento o la actitud primera, la actitud de adquisición y creación, que pueden, una vez conocidos y dominados por el espíritu con el cual se confunden, llevar al hombre a su verdadera realización, a un cumplimiento imprevisible. "Deseo hacer milagros. Puedo tener menos posesiones que otros hombres más tranquilos y que aquéllos que desean enriquecerse en un día". ¿No lo había dicho también Rimbaud? Me interesa saber cuál fue el estado de espíritu de Leonardo en sus últimos años. ¿Moriría desesperado?

---

[48] Las reflexiones de Oyarzún sobre Leonardo originarán un ensayo incluido en su libro *Leonardo da Vinci y otros ensayos* (Santiago, Editorial Universitaria, 1964).

3 de julio

Me parece que la concepción misma de la historia universal exige o supone el sentimiento de la comunidad humana: la creencia en que los hombres, con todas sus diferencias y conflictos, se hallan enlazados en un común destino. Difícilmente se descubriría en nuestra época, a pesar del verbalismo universalista, la conciencia afectiva de tal comunidad. Es posible pensar, en efecto, en la Humanidad o sociedad abstracta de los hombres, pero tal cosa no es sino una idea que, por medio de la abstracción, permite ordenar un variado contenido de hechos dispersos, que en lo fundamental se insertan en el presente, sin mayor voluntad de futuro. Esta es, en cambio, esencial cuando se trata de la *comunidad humana*, concepto que se funda en una emoción, o en el sentimiento de que los hombres están unidos sobre la raíz de una naturaleza idéntica que admite, sin desvanecerse jamás ella misma, toda clase de expresiones singulares. No puede semejante sentimiento prosperar, es verdad, sino a partir de una relación interhumana saludable, auténtica, profunda. No hay ahora fe en la historia universal porque no hay sentimiento de la comunidad universal humana y éste no existe a causa de la inautenticidad de las relaciones interpersonales.

La Historia nace con la escritura. Lo importante es saber qué significa este gesto tardío de la humanidad: escribir acerca de lo vivido. No escribiríamos nuestra historia sin la conciencia de que los sucesos son irretornables, de que la vida es irrepetible, de que el instante es perecedero y único. Me parece que la Historia y no sólo la historiografía, es el resultado de una mutación en la conciencia del tiempo. Si el hombre sintiera su propia existencia como totalmente insignificante, como insignificante irrevocablemente, en su esencia misma, no haría filosofía ni historia con sentido formador, ni podría ser él mismo sujeto de creaciones históricas. Por otro lado, aun poseyendo la conciencia de la vida, si sintiéramos que nada podemos aprender, pues lo fundamental para el hombre está ya dado de antemano en las formas de vida de la comunidad aprehendida como arquetipo inmutable.

"Un buen pintor tiene dos objetos principales que pintar, el hombre y la intención de su alma; el primero es fácil, difícil el segundo" (Leonardo).

"Nuestro cuerpo está sujeto al cielo, y el cielo está sujeto al espíritu".

"¡Oh, Dios, tú nos vendes todas las buenas cosas al precio del trabajo!"

Leonardo se formula esta pregunta metafísica: ¿Qué es el hombre? Y procura responderla plásticamente, con el lenguaje de la física. De ahí su pasión anatómica, su exploración incansable de los rasgos humanos, la lucidez de su conocimiento de las depredaciones que el tiempo verifica en los rostros y en los cuerpos. Siente Leonardo que el cuerpo es mensajero, espejo, placa sensible del alma y de sus *intencio-*

nes. ¿Qué es el hombre? ¿Qué es lo que más hondamente busca y desea? Mirad sus arrugas. Habría que entender de este modo su naturalismo estético aparente como un instrumento de indagación metafísica. En este sentido, él sigue considerando al cuerpo como sagrado, como revelador de algo desconocido y eterno que es el hombre mismo. En esta actitud suya se unen el filósofo y el artista, pues sólo un artista entre los filósofos podría haber sido tan obsesivamente sensible a lo que las formas corpóreas tienen de expresivo en un sentido espiritual. El mira la desnudez del rostro y la de los miembros, los torsos en movimiento, en curiosa espera, en reposo, con ojos de curiosidad y amor. Mira la desnudez del hombre y no sólo su belleza con ansiedad de amante, y la verdad es que cualquiera sonrisa, fruncimiento de los párpados o mueca del rostro le parecen tan enigmáticas como la sonrisa de la Gioconda.

Leonardo se califica a sí mismo de "inventor e intérprete entre la naturaleza y el hombre" y habla con desprecio de los "recitadores y repetidores de las obras de otros". Aquéllos, comparados a éstos, "son como un objeto frente a un espejo comparado con su imagen vista en el espejo". Aquél es algo en sí mismo, y este otro nada: "gente cuya deuda a la naturaleza es pequeña, pues parece que sólo por casualidad usara la forma humana y que, si no fuera por esto, habría que clasificar con los rebaños de bestias".

En otro fragmento, sin embargo, declara tal vez con ironía que ya sus predecesores han explotado todos los temas útiles y necesarios, y que, entonces, él procederá como quien, a causa de su pobreza, "es el último en llegar a la feria", y es obligado a escoger sólo aquello que, por su escaso valor, los demás han desdeñado. La fatiga de los libros, el tedio de la cultura lleva a Leonardo, típicamente renacentista, a redescubrir el valor de la experiencia, de los estímulos inmediatos, directos. "La exposición de mis temas requiere experiencia, y no las palabras de los otros. Y, desde que la experiencia ha sido la amante de todos los que han escrito bien, yo la tomo por amante, y a ella apelaré en todo". Llegué a mis conclusiones como resultado de mi experiencia simple y llana, la cual es mi verdadera señora.

Le desespera a Leonardo la idea de vivir en vano, temor más legítimo que en otro en un ser como él tan cargado de variados talentos. Además, gran cosa nueva, se miraba hondamente a sí mismo y ya no sabía a ciencia cierta, a fe cierta para qué vivir. (¿Y toda esta maravilla fue creada para mansión de una serpiente?).

Este fragmento, por la universalidad de su sentido tanto como por su estilo, parece escrito por un pre-socrático: "Nuestro juicio no sitúa en su orden exacto y adecuado a las cosas que han sucedido en diferentes períodos de tiempo, pues muchas cosas que sucedieron hace muchos años nos parecen próximamente relacionadas con el presente, y muchas que son recientes nos parecen antiguas, como si se extendieran al remoto período de nuestra juventud. (Se ve aquí un sentido muy moderno, casi bergsoniano, del tiempo). Y así sucede con el ojo, con respecto a las

cosas distantes, que, cuando son iluminadas por el sol, parecen cercanas a él, mientras muchas que están cerca parecen lejanas".

Extraño fragmento, heraclitiano, en el que se señala la unión de los contrarios: "La felicidad suprema será la más grande causa de miseria, y la perfección de la sabiduría, ocasión de locura". Confesión que hubiera hecho Rimbaud; anti-medieval me parece, opuesta al sentimiento de la beatitud que parece exigir un mundo cerrado. Leonardo cree sentir el vértigo de la infinitud del universo, la infinitud de cada cosa, en rigor, en el pozo insondable que cada cosa mirada definitivamente hacia adentro de ella misma contiene para este hombre que siente la relatividad de las magnitudes, con una tan aguda conciencia de las innumerables posibilidades de visión de los objetos que se abren con el solo hecho de modificar el punto de vista desde el cual se los mira.

Esta inscripción, junto al dibujo de un pájaro enjaulado: "Los pensamientos se vuelven hacia la esperanza". ¿Confesión también?

Este bello fragmento está inspirado en Ovidio: "¡Oh, tiempo, tú, que consumes a todas las cosas! ¡Oh, edad envidiosa, tú destruyes a todas las cosas y las devoras a todas con los duros dientes de los años, poco a poco, en lenta muerte! Helena, cuando se miró en su espejo y vio las marchitas arrugas de la ancianidad, lloró, y se preguntó por qué había sido dos veces robada".

"La edad, al huir, se desliza secretamente y engaña a unos y a otros. Nada es más flotante que los años, pero el que siembra virtud, cosecha honra".

Terrible pensamiento: "El hombre y los animales son simplemente un pasaje y un canal para el alimento, una tumba para otros animales, una rada para los muertos, pues dan vida por la muerte de otros; un cofre lleno de corrupción".

4 de julio

Esta tarde compré una pipa inglesa de raíz de cerezo y una lata de tabaco de Edimburgo.

Encuentro un eco anticipado de Pascal en esta frase de Leonardo: "He aquí una cosa que, mientras más la temes y mientras lejos huyes de ella, más se te acerca: la miseria, que, mientras más lejos huyes de ella, te hará más infeliz y sin descanso".

El gran poeta en Leonardo opera con figuras de precisión perfecta: "El aire, tan pronto como llega la luz, se llena de innumerables imágenes, para las cuales el ojo sirve de magneto". "¡Oh, matemáticas, alumbrad este error! El espíritu no tiene voz donde hay un cuerpo, pues donde hay un cuerpo hay ocupación de espacio que impide al ojo ver cosas situadas más allá de ese espacio; en consecuencia, este cuerpo llena por sí mismo todo el aire circundante con sus imágenes".

Otra vez la poesía de la imaginación científica, que descubre símiles inesperados y, sin embargo, exactos: "El cuerpo de la tierra

posee la naturaleza de un pez, como el delfín o la ballena, pues respira el agua en vez del aire". Simple juego poético, que tiene la exactitud de la poesía.

Un elogio de la simplicidad: "Cuando desees producir un resultado por medio de un instrumento, no te permitas el complicarlo introduciendo muchas partes subsidiarias, sino que sigue el camino más breve posible, y no actúes como aquellos que, cuando no saben cómo expresar una cosa en su propio vocabulario, proceden por un método de circunloquio y con gran prolijidad y confusión".

Extraordinaria sentencia: "Cuando pensaba estar aprendiendo a vivir, he aprendido, en verdad, a morir".

El consuelo de la limitación clásica en este recuerdo que Leonardo hace de la *Etica* de Aristóteles: "El hombre es digno de alabanza y condena sólo con respecto a aquellas acciones que, dentro de su poder, puede él ejecutar o abstenerse de ejecutar".

La experiencia no lo proporciona todo; tiene también sus límites: "Aquel que espera de la experiencia lo que ella no posee, va contra la razón".

Humanismo de Leonardo: "El conocimiento del pasado y de la posición de la Tierra es el adorno y alimento del espíritu humano". Bien se ve cuán importante era para él el conocimiento astronómico. Para el alma renacentista, resultaba estimulante o angustioso, pero en todo caso indispensable, saber cuál es la posición de la Tierra entre las esferas siderales. Conocer nuestra pequeñez y la infinitud del mundo. De ahí nace una actitud distinta ante el espacio. Diríase que por eso el espacio terráqueo, visto en toda su insignificancia, deja de ser temible y que con ello se abre la posibilidad de todas las aventuras geográficas. Pero es sobre todo importante el conocimiento astronómico, esta vez parejamente al saber histórico, para templar la soberbia humana, situando a cada individuo frente a la imponencia del tiempo histórico y del espacio cósmico.

5 de julio

Hoy ha nevado con nieve indecisa que apenas ha alcanzado a blanquear los prados, pues se derretía en las aceras y las calles. A las 5 de la tarde estaba ya oscuro, bajo un cielo nebuloso que llegaba casi hasta los árboles.

Sorprendente trozo sobre la nada: "Entre las grandes cosas que se encuentran entre nosotros, la más grande es la existencia de la Nada. Esta habita en el tiempo y extiende sus miembros hacia el pasado y el futuro, y con ellos atrae hacia sí misma todas las obras pasadas y las venideras, tanto las de la naturaleza como las de los animales, pero no posee nada del presente indivisible. No se extiende, sin embargo, hasta la esencia de nada".

"El amante es arrastrado por la cosa amada, así como los sentidos lo son por lo que ellos perciben y se nace con ello; así llegan a ser una sola y misma cosa. La obra es la primera cosa que nace de esta unión; si es baja la cosa amada, bajo llega a ser el amante. Cuando la cosa con la que nos unimos está en armonía con lo que la recibe, se siguen regocijo, placer y satisfacción. Cuando el amante se une con aquello que él ama, encuentra allí descanso; cuando se aparta la carga, se encuentra descanso. La cosa es conocida con nuestro intelecto". La idea de que los sentidos y el objeto percibido por ellos, semejante al pensamiento de que "el cuerpo llena por sí mismo todo el aire circundante con sus imágenes", forman una unidad, tiene un sabor bien contemporáneo, casi fenomenológico. Es curioso ver cómo blondelianamente Leonardo se representa en una obra la consumación del amor. (Seguir este camino en la interpretación estética: el arte es cosa d'amore, la encarnación o fruto de una actitud de apertura hacia los seres). "Si es baja la cosa amada, bajo llega a ser el amante". El amor más alto requiere una armonía entre nuestro ser y lo que amamos; reconocida y experimentada esta armonía, el amante reconoce el descanso.

En concordancia con su pensamiento de que el producto del amor es la obra, concibe Leonardo a la existencia como regida por un deber que se traduce en actividad, en creación que hace de la muerte un descanso: "Así como un día bien empleado trae un sueño feliz, así la vida bien usada trae consigo una muerte feliz".

"Todo nuestro conocimiento se origina en nuestra sensibilidad".

"Gozar, amar una cosa por sí misma y por ninguna otra razón".

"Los sentidos son de la tierra, la razón se erige aparte de ellos en la contemplación".

"Nuestro cuerpo está sujeto al cielo, y el cielo está sujeto al espíritu".

Me parece que esta frase está en relación con la dignidad que Leonardo atribuye al conocimiento astronómico. El cuerpo humano es, como la Tierra, un cuerpo celeste que, como todo el cielo, depende de leyes inteligentes o, mejor dicho, de una inteligencia ordenadora, de modo que aun el cuerpo, por su lado puramente corpóreo, está sujeto al espíritu.

Ascetismo de Leonardo: "Si mantuvieras tu cuerpo de acuerdo con tu virtud, tus deseos no serían de este mundo".

¿De qué fracasos o de qué nostalgias surgirá esta comprobación de Leonardo: "No se debe desear lo imposible"?

"Observa la luz y considera su belleza. Entrecierra los ojos y mírala. Lo que ves no estaba allí al principio, y lo que allí estaba no está ya. ¿Quién es el que hace las cosas de nuevo si el hacedor muere continuamente?" Me gusta la pregunta, pero no la entiendo.

¿O escepticismo metafísico? ¿Idealismo de Leonardo? ("El cuerpo llena por sí mismo todo el aire circundante con sus imágenes...").

"A vosotros que especuláis acerca de la naturaleza de las cosas, no os alabo por conocer los procesos que la naturaleza efectúa ordinariamente por sí misma, sino me regocijo si llegáis a conocer el resultado de las cosas que vuestra mente concibe". (Pensar en las consecuencias que de aquí se sugieren para entender el naturalismo estético de Leonardo; el arte no imita a la naturaleza, sino que proyecta al espíritu mismo).

6 de julio

"Aquel que no aprecia a la vida, no la merece".

"La tierra cambia de posición por el peso de un pequeño pájaro que descansa sobre ella".

Poesía pictórica de Leonardo: hablando del fin del mundo, dice: "los campos ya no se cubrirán de ondulante trigo..." (Curioso: para la experiencia de esta tarde, una frase como ésta es un consuelo; me siento mejor).

Leonardo pronostica la muerte de la tierra por el fuego.

Veo que a Leonardo le dolía y hablaba de eso una y otra vez, el admitir que la vida de los animales no es posible sin la muerte de otros, sin el sacrificio alimenticio de plantas y animales. "Por qué no ordenó la naturaleza que un animal no viviera por la muerte de otro..."

(Es imprescindible vivir hasta donde se pueda sin pecado; sin los pecados que se originan sólo a causa de una floja voluntad. ¡Cuánto cuesta no despreciarse después del pecado que la voluntad consiente y no perder el sentimiento esencial de nuestra propia dignidad! Quien ha perdido la conciencia de su dignidad, adquiere una especie de libertad infernal, la libertad de la corrupción que habla a veces imitando hipócritamente a la virtud).

Me asombra la extraordinaria *clarividencia* de Leonardo, de la cual surge mucho de su increíble sutileza. En su diálogo fragmentario sobre la sombría devoración de animales a que la naturaleza obliga a animales y hombres, dice que la naturaleza es caprichosa y se deleita en crear y producir una sucesión de vidas y formas, "porque ella sabe que sirven para enriquecer su substancia terrestre". "La naturaleza es más lista y rápida en crear que el tiempo en destruir, y por eso ella ha ordenado que muchos animales sirvan de alimento unos a otros, pero con esto aún no satisface su deseo, ella envía frecuentemente ciertos vapores dañosos y pestilenciales y plagas continuas sobre las vastas acumulaciones y rebaños de animales y especialmente sobre los seres humanos que aumentan con demasiada rapidez porque otros animales no se alimentan de ellos".

"Por eso esta tierra busca perder su vida junto con desear la reproducción continua... Los animales sirven como tipo de la vida de este mundo..."

Y, por último, en el diálogo, estas líneas que no podría sino calificar de asombrosas, con júbilo adolescente mezclado de terror:

"Considerad ahora la esperanza y el deseo de volver al propio país o volver al caos original, como aquel de la polilla que va hacia la luz, del hombre que con perpetua nostalgia siempre espera con júbilo cada nueva primavera y cada nuevo verano, nuevos meses y nuevos años, quejándose de que las cosas que él desea son demasiado lentas en venir, sin darse cuenta de que él desea su propia destrucción. Pero este deseo es en su quintaesencia el espíritu de los elementos, que encontrándose a sí mismo preso dentro de la vida del cuerpo humano, desea continuamente volver a su fuente. Y debería deciros que este mismo deseo es, en su quintaesencia, inherente a la naturaleza misma, y que el hombre es un tipo del mundo".

Es preciso comprender el arte de Leonardo partiendo de esta visión suya, tan particular, de la naturaleza. El, un contemplador tan consumado, mira a la naturaleza con ojos sombríos, y en su persistente asombro hay siempre tristeza e incluso pavor. Lo pasma con desconsuelo su propia naturaleza, que participa de las leyes y de la substancia de ese mundo que es como un árbol cuyas ramas tienen que devorarse entre sí para subsistir. Acaso no sea posible dejar fuera del arte esta naturaleza a la vez mortal y homicida; acaso no sea posible. Pero hay que intentarlo. Que el arte sea el orden superior que el espíritu humano crea para contemplar el mundo sin espanto, para agregar al Ser una trama cuyos estremecimientos proporcionen al alma la paz y no el terror. Rectificar por el arte aquellos caminos tortuosos. Demostrar por él que el hombre no es sólo un animal de presa, es decir, inventar una salida con recursos humanos. Pues los sobrenaturales parecen estarle a Leonardo vedados. Su visión, tan lúcida, es casi la de un existencialista.

7 de julio

Bella mañana austral. Quisiera imitar este cielo despejado, sin fondo, sin culpa, o imitar la facilidad con que el mar se olvida de sus tempestades, el cielo de sus nubes. El día más oscuro engendra este hijo sin manchas. Se baña completamente él mismo hasta llegar a un exceso de transparencia, turbada sólo por el canto de un gallo cautivo. Lava, Dios mío, el cielo de mi alma.

Cerca de las 5 de la tarde, aparece en este instante sobre la Tierra del Fuego brumosa una gran luna llena, rosada, como un flamenco en reposo contra el cielo de un celeste grisáceo, casi verde inglés, bajo el rosa intenso del cielo más alto. Es ahora casi dorada y diría que la veo subir, separándose del bote abandonado, inmóvil en el agua del Estrecho.

8 de julio

Para Leonardo, la naturaleza procede en forma matemática: "dada la causa, la naturaleza produce el efecto de la manera más breve posible", pero no es ella misma matemática. ¿O lo es? Y está justamente en este

carácter que ella posee lo que la hace monstruosa, poblada de hombres y animales monstruosos para el espíritu.

Bien se ve que después de comparar el tiempo con el espacio, al instante con el punto y a la serie temporal con una línea, le quedó a Leonardo algún remordimiento, puesto que escribió líneas más adelante: "Escribir acerca de la naturaleza del tiempo, como distinto de su geometría".

Aun hablando de fenómenos puramente físicos suele introducir Leonardo como por juego términos psicológicos o morales, como cuando dice que la relación directa y recíproca que existe entre vida y movimiento los lleva a destruirse en el mismo instante, "en la común vendetta de su muerte". O cuando dice: "la liviandad nace del peso y el peso de la liviandad, y ambos se engendran el uno al otro al mismo tiempo, volviendo a pagar el precio de su existencia, y en el mismo instante se destruyen el uno al otro como vengadores de su muerte".

Las preguntas enigmáticas de Leonardo: "¿Por qué el ojo ve más claramente en los sueños que la imaginación cuando estamos despiertos?" El observaba tan bien y con tanta libertad el mundo interno como el externo.

Rara confesión, reveladora del mismo traumatismo que hay en la visión que Leonardo tiene de la vida: "Te obedezco, oh, Señor, primero, a causa del amor que razonablemente debo tenerte, y segundo, porque Tú sabes cómo acortar o prolongar las vidas de los hombres".

9 de julio

Hoy, día de nieve. Los soldados que desfilaban por la plaza para la Jura de la Bandera llevaban carámbanos en la punta de sus espadas. Las trompas y tubas de la banda estaban también salpicadas de copos.

11 de julio

Acaso no existe la objetividad de la cultura y el amor por actividades o bienes en que el hombre no está directamente implicado, sino porque el hombre mismo es siempre inconcluso, y nos decepciona.

17 de julio

Lamento no haber escrito nada estos días. Parece que la florecilla de El Horcón me detiene. Torturado por un resfrío y por un movimiento social excesivo, he vivido unos días llenos de encanto, aspirando ávidamente el perfume de una de esas amistades tiernas que son, en el fondo, el bien de la vida. No busco, al fin, sino ternura y confianza, allí donde engañosamente el deseo no me daría, realizado, sino remordimientos.

18 de julio

La florecilla, cogida en un crepúsculo luminoso de verano en las dunas de la costa, no me impedirá escribir una línea frente a este crepúsculo lento de Punta Arenas. La luz se resiste a partir. ¿Qué se hace después? Ahí está todavía, insomne, la más triste luz de la Tierra, penetrando tal vez lentamente en las cosas, que la necesitan, la beben con una avidez cansada. Anoche nevó, pero la nieve se ha derretido ya en las calles. Permanece sólo en las colinas desnudas, nieve sola, vista por las bandadas de gansos salvajes. Ayer había un cielo de nubes gris perla que parecían plumas de tórtolas precursoras de nieve. Recordaré esta dulce angustia crepuscular de calles desiertas, de mi garganta adolorida, de mi cambiado corazón. ¿Ayudar a los seres, a un ser? ¿Desearlo? Me es ahora posible amarlo solamente sin saber siquiera con certeza qué amo en él, pues todo en él me oculta y me muestra, al mismo tiempo, un doble. Dulcemente angustioso amar siempre al doble de los seres. Si fuera yo plenamente mi otro yo, mi doble, lo amaría en la realidad, en el presente transfigurado. (Esta página, con este Don Diego de la Tarde, de tallo azucarado, es la más bella que he escrito).

20 de julio

En casa de Aldo. Esta tarde, paseo frustrado al refugio de los skiadores, a donde en la mañana había ido J. No pudimos llegar hasta allí. Sentí el sumo deleite de ver las colinas nevadas con la ciudad y el Estrecho en el fondo, y a lo lejos las costas de la Tierra del Fuego, bajo una luz ya casi crepuscular y un cielo de horizonte verde pálido, con nubecillas lila y rosa, inmóviles en la lejanía, hacia el Sur. En su hondonada de un ocre toledano, Punta Arenas parecía Bergen o Aalberg, una de esas ciudades escandinavas de las primeras páginas del diccionario, que tanto me seducían cuando niño. Anoche, velada de conversación y música con Aldo y John.

Me parece ambigua la forma en que Leonardo condena a los nigromantes, cuando, después de tratarlos de falsarios, enumera con no disimulada complacencia los increíbles poderes que ellos tendrían si fuera efectiva su magia. (Entre paréntesis, se trata ya de poderes alcanzados por el hombre contemporáneo). Parece mostrarse a sí mismo con horror y encantamiento los tesoros que consigue del demonio el Dr. Faustus. ¿No parece referirse a nosotros, cuando dice que el tipo nigromántico corresponde a aquellos hombres "que mucho desean, que no guardan consideración por ninguna divinidad..., ese infinito número de personas que para satisfacer uno de sus apetitos serían capaces de destruir a Dios y a todo el universo"?.

"Quienes abrevian obras dañan al conocimiento y al amor, pues el amor por una cosa es la parte del conocimiento; amor que es más ferviente mientras más cierto es el conocimiento, y esta certeza brota de

un completo conocimiento de todas aquellas partes que, unidas, componen el todo de esa cosa que debe ser amada". (Véase qué importante es para Leonardo el sentido de totalidad).

Este sentimiento de la totalidad del mundo, que él quisiera plenamente armonizar, lleva a Leonardo a avergonzarse una y otra vez por el hecho de que el hombre tenga que devorar animales y de que tengan los animales que devorarse entre sí. Aun la explotación de los árboles le arranca más de una tácita protesta. El quisiera que el hombre fuese un guardián de la creación y no "la tumba de todos los animales". No es el hombre el rey de los animales sino el rey de las bestias, "y aún más diría si me fuera permitido decir toda la verdad". "Mas, no dejemos este tema sin referirnos a una suprema forma de maldad que apenas existe entre los animales, entre quienes nadie devora a su propia especie, salvo por falta de razón pues hay insanos entre ellos, así como entre los seres humanos, aunque no en tan gran número. Ni sucede esto sino entre los animales voraces, como el león, o entre leopardos, panteras, linces y criaturas como éstas, que algunas veces se comen a sus hijos. Mas no sólo coméis vosotros a vuestros hijos, sino a vuestro padre, madre, hermanos y amigos, y aún, no siendo esto bastante, hacéis expediciones a islas extranjeras y capturáis a hombres de otras razas y entonces, después de mutilarlos de vergonzosa manera, los engordáis y atiborráis con ellos el gaznate. ¿No produce la naturaleza suficientes cosas simples como para saciarnos? O, si no os contentáis con cosas simples, ¿no podéis, mezclándolas, formar un número infinito de compuestos, como hacían Plotino y otros autores que escribieron para los epicúreos? ¿Qué piensas, Hombre, de tu especie? ¿Eres tú tan sabio como crees ser?" Este extraño fragmento parece haberlo concebido Leonardo bajo la impresión de algunos de los primeros relatos acerca de pueblos exóticos o primitivos, como sugiere la mención que hace en otra parte de ciertos hindúes, que devoran las imágenes de sus santos.

Otra vez el temor a la vanidad de la vida: "Mientras más se piensa en aquel que acepta que el tiempo se deslice, sin creer él en virtud, más triste nos ponemos". "Sólo llega a ser feliz el hombre que sigue a Cristo. No hay don perfecto sin gran sufrimiento. Nuestros triunfos y nuestras pompas pasan. La glotonería, la pereza y la enervante lujuria han desterrado a toda virtud del mundo. Como si saliera de su cuerpo, nuestra naturaleza es vencida por el hábito".

En el siguiente fragmento, en verdad grandioso, se ve claramente el sentimiento orgánico que Leonardo tenía del mundo: "Nada crece allí donde no hay vida sonriente, fibrosa o racional. Las plumas crecen sobre los pájaros y cambian todos los años, salvo una parte como el pelo de la barba en leones y gatos y criaturas como éstas. El pasto crece en los campos, las hojas sobre los árboles, y todos los años se renuevan en gran parte. Así entonces, podemos decir que la tierra tiene un espíritu de crecimiento y que su carne es el suelo; sus huesos son los sucesivos estratos de las rocas que forman las montañas; su cartílago es *the stone*; su sangre, las fuentes de las aguas. El lago de sangre que yace alrededor

del corazón es el océano. Su respiración se verifica por el aumento y disminución de la sangre en sus pulsos, y así es en la tierra el flujo y reflujo del océano. Y el calor vital del mundo es el fuego que está difundido a través de la tierra, y la mansión de su espíritu creador está en los fuegos, que en diversas partes de la tierra respiran en baños termales, minas sulfurosas y volcanes, como el monte Etna en Sicilia, y en muchos otros lugares".

"Nada puede ser amado u odiado a menos que sea primero conocido".

"El amor lo conquista todo".

"La experiencia prueba que aquel que no confía en ningún hombre no será nunca engañado". La violencia renacentista debe haber influido en esa visión tan sombría que Leonardo tiene del hombre.

"La necesidad es señora y guardiana de la naturaleza. La necesidad es el tema y el artífice de la naturaleza, la brida, la ley y el tema".

Otra vez la sombría visión: "En la vida la belleza perece y no dura". (En un dibujo de la cabeza de una anciana).

"No cambia aquel que fija por una estrella su curso".

"La muerte antes que el cansancio".

El corazón humano se alimenta destruyéndose a sí mismo. Pienso en corazones más lacerados que el mío por una aspiración, una exaltación, un amor que los desgarra, como para hacer, en el extremo del dolor, a toda crueldad posible, deseada. Volcanes... are formed in the bottom of the earth and in the very bottom of the human soul. La volcánica naturaleza humana se me presenta hoy en mí como una especie de dulce y ridícula fuente termal que basta para llenarme de un vago vacío del cual no conozco ni el lugar ni el nombre, ni la acción ni nada. Nunca había tenido una conciencia más aguda de lo imposible que hay en el amor, pues en este momento yo no amo a un ser humano. Amo a una estrella, a la estrella de ese ser humano. ¿A quién, a Quién amamos? No hay respuesta. La mayúscula no es aquí respuesta, pues para nada siento que en el amor ame a Dios -¡no, Dios mío, no eres tú el amado!- sino a un ser humano, pero a un ser humano divino, que no es tampoco el que acude a mi deseo, al cual no podría acceder desde que yo mismo no conozco mi propio deseo, sino el que se resiste a mi deseo, el que me hace desear sin causa ni objeto, con un deseo puro, que no es el deseo de nada que yo conozca, sino de algo que ignoro, pero que sé que *no es*. ¡Oh! ¿Dónde nos encontramos, dónde nos encontraremos, en nuestra intermitencia eterna? No sé dónde te conocí, dónde estuvimos unidos, o acaso fuimos contrarios mortales, pues al verte recuerdo lo que ignoro... Platonian amity... Ver, ver, se trata de ver. SAPER VEDERE. Todo lo invento, sabiendo que no lo invento: Dios me libre de inventar cosas... "Parece que ésta es mi felicidad".

26 de julio

Hoy debía haber partido a Santiago, pero el avión no llega dicen que hasta el lunes. Anoche comí en casa de Aldo con John y Juanito Kuscevic, después de mi última clase sobre la filosofía y el amor en el pensamiento platónico. Vuelan lentamente dos gansos sobre el Estrecho gris, en calma. Canta un gallo, uno de los últimos gallos del mundo. Aquí como en Land's End, todo resulta ser casi lo último. Al fondo de la calle, alcanzo a divisar la otra orilla desde la ventana de mi cuarto: una montaña amatista se ve muy próxima. Ahora estoy aquí esperando. Igual que siempre, en espera, en una espera que por unos instantes proporciona un sosiego absoluto, como si nada nuevo fuera a ocurrir nunca y todo estuviera ya consumado.

30 de julio

Tal vez es éste el último día que paso en esta ciudad. Acaban de comunicarme que el avión ha salido de Balmaceda.

31 de julio (en vuelo al norte sobre la Patagonia chilena)

La ventanilla se cubre de cristales de hielo que hacen difícil este paisaje de tundras escarchadas, sin un árbol.

10 de agosto (domingo)

Alrededor del palacio de Bellas Artes vuelan palomas asustadas por el cañonazo de las 12. Frente a la Escuela hay un aromo florido. Sus flores no pesan sobre el aire; se elevan, flotan en la luz brumosa. Todavía duermen los olmos en el claro del parque. El tilo no despierta. En este instante comienza la primavera; otra más. Se conmueve la tierra que madura ella misma como un fruto, urgida por el sol. ¿Hasta dónde la abraza el sol, hasta dónde penetra en el suelo y qué respuesta provoca? Este es el vientre; ahí se hinchan los cebollinos de los lirios del valle, surcados por filamentos lila, los cebollinos de las lágrimas de la Virgen que florecerán alrededor del tronco de una higuera, de un olivo, con la flor del traro y el huilli de los cerros.

15 de agosto

Ascensión de la Virgen. ¿A dónde? Es un día de lluvia. Respira como un enfermo la estufa de parafina, con su pequeña gruta de llamas; en el segundo piso corren los niños encerrados. Juegan ruidosamente. Jugarán las almas en el paraíso, en donde habrá higueras. El esperar no es la esperanza. Pero hay una seguridad en las paredes de vidrio del instante, en la transparencia del gin con gin que bebo en las Antillas.

5 de septiembre

Hace más de 10 días recibí una encantadora carta de J. F.[49]. El 2 de este mes di mi conferencia "Arte e imagen del mundo en Leonardo". Ayer, 4, Ibáñez fue elegido por segunda vez Presidente de Chile. Trabajé intensamente en mi conferencia y quedé satisfecho de mi esfuerzo; tanto, que ahora me siento un poco de vacaciones, a pesar de que tengo tantas cosas que hacer. Ha llegado realmente la primavera. Anoche, hacia el oriente, en la Alameda, se veía la luna llena que alumbraba a la multitud que festejaba el triunfo de Ibáñez. Es tiempo ya de salir de excursión y estudiar plantas silvestres. Tiempo de bañarse en los ríos. Un sol aquiescente llama a sus súbditos aletargados, mientras Schwartzmann bosqueja una teoría bioquímica de la evolución

18 de septiembre

Llegué con R. ayer en la tarde[50]. El día de hoy es a glorious day, el más indescriptible que haya visto. No hay una nube, ni un vapor en el cielo. Detrás del Garfio, se ve nítidamente el Aconcagua, tan benigno en su majestad que parece hoy salido de un verso de Gabriela Mistral. Escribo sentado en el reborde de un puente, sobre la canción del agua, que arrastra pétalos blancos de flor de peral y los amarillos del espino silvestre que dora los faldeos. Algunos perales están en la plenitud de su flor y son visitados por las abejas que se atreven a salir de sus colmenas, después de las *nublazones* de los últimos días. Un montañés nos contaba ayer que este año fue pobre en mieles a causa de las nublazones de octubre. Decía que en los años fríos las abejas se mueren de hambre o bien huyen al monte para instalarse en el hueco de un árbol o en la grieta de una roca. Quedó de traernos tallos tiernos de la flor del chagual y también hojas silvestres que crecen al borde de los arroyos y que son "tan suaves al paladar como una grasita". Pía un chincol nuevo que recién aprende a volar y más lejos, entre los perales, canta una tenca, alternando sus versos graves con estribillos ligeros. Aun los suelos más secos están ahora cubiertos de grama y de florecillas lilas y blancas, que simplemente gozan existiendo.

Santiago, 2 de octubre

La virtud filosófica de la objetividad no es otra cosa que la expresión intelectual del amor, la superación del salvajismo, el cual no es, bien mirado, otra cosa que el odio, el odio de la herida a la espina. Suele elogiarse en otro lo que se aprecia en uno mismo, ¿no es éste el mal? ¿El mal ver? Recuerdo a F. S. que, después de mi conferencia sobre

[49] John Ford.

[50] Parece tratarse de la zona de Caleu, cerca de Til-Til.

Leonardo, elogió especialmente lo que él me había sugerido. ¡Ah, si viera! ¡Ah, si amara! ¡Ah, si fuera en verdad un santo, sin aureola, sin título, sin beatas, sin altares! Si pudiera vivir siempre en un estado de receptividad y de piedad, comprendería más profundamente lo real que si me limitara a las proezas del intelecto.

La ciencia nace del asombro; del deseo de conocer, de ver. Ayudar a ver el mundo, tal debiera ser su destino. Pero, abusivamente, ha triunfado en ella la voluntad de dominio. Ver y dominar: dos polos opuestos en la conducta humana.

Ahora, temprano en mi casa, escucho a Bach. Mi mamá, en su pieza, oye un concierto de Rayén Quitral. Tienen que operarla dentro de unos días de algo que puede ser un quiste o un tumor. En este comercio de vida y muerte, enfermedad y amor, revienta el corazón humano. ¡Qué extraordinario, asombroso es que haya oasis! El ruido extraño que se introduce en la música pura de la radio, ese reventón de irracional potencia eléctrica, es también la punta del mal, de la dolencia y del pecado que enturbia la vida. También lo son mis antipatías, pero sería bueno danzar.

6 de octubre

Antenoche, una prueba, un aviso que debo escuchar. Aspiro más fuertemente que nunca a una vida pura, ascética, pero todavía siento los efectos terribles del alcohol y sobre todo las imágenes vagas, deshechas de lo que no recuerdo. No sé si habré vivido realmente lo que la imaginación me trae. Bastaría una gota de memoria para transformar enteramente mi pasado.

23 de octubre

Desde el lunes, mi mamá otra vez en casa, de vuelta de la Clínica. La operación fue, ¡a Dios le sean dadas las gracias!, feliz.

29 de octubre

Curiosidades de lecturas: Encontré hace días, en un comentario sobre un libro acerca de los jenízaros, estos datos muy divertidos: en las refinadísimas fiestas del Sultán, era frecuente soltar en los jardines a gran número de tortugas, a las que se adosaban pequeñas lámparas sobre sus conchas. En cierta época del año, debían desfilar ante el Sultán todos los gremios, desde los juglares hasta los pickpockets y las prostitutas. El desfile duraba tres días.

Vicuña, 1 de noviembre (Día de todos los Santos)

Las pequeñas nubes blancas hacen más alto el cielo sobre los pimientos de la plaza de Vicuña. Desde la ventana del hotel Plaza, veo

las arboledas de paltos de un verde tierno, amarillento bajo esta luz africana y al fondo las serranías áridas. En los jardines de la plaza hay rosas, geranios encendidos, una especie de alhelí morado y en el centro una fuente de piedra en la que el agua cae de una en otra, con fresco sonido, sobre las tres bandejas bien proporcionadas, de bordes ondulantes. Cantan gozosamente los pájaros en los árboles: zorzales, tencas y otros desconocidos que silban con pasión inquietante. Los muchachos los imitan y a las dos notas bien conocidas agregan una inflexión modulada, un silbido. Se pasean en camisa, ociosos, con ánimo despreocupado, aunque sea el día de Todos los Santos. Son morenos, sus narices son cortas, los ojos oscuros ardientes, y su paso es cimbreante, como si al hábito de repechar las colinas tuvieran cotidianas costumbres de juego. Recuas de borriquitos cargados de leña pasan frente a la iglesia, cuyo pórtico de columnas blancas sobre un fondo rojo evoca el sur de los Estados Unidos, así como la torre termina en un minarete cuadrado con pequeñas almenas, como la Señoría. "¡Qué lindo día!", dice Roberto como desajustado, que acaba de afeitarse. Pasan mujeres y niños con ramos de flores para los muertos: grandes añañucas rojas con estambres dorados, manzanillones, rosas, claveles, gladiolos, pajaritos. El valle está cargado de flores que se derraman en los patios y en las umbrías, bajo las arboledas frutales. Hay ya sementeras de trigo maduro y campos plantados de cebada, macizos, compactos, blandos. Empiezan a madurar los damascos en los árboles de tiernos brotes rojizos y en todas partes aparecen sorpresivamente granados floridos. Hace calor, a pesar de la brisa, y entre los montes de aridez deslumbrante, diamantinos bajo la luz, la tierra fértil es aquí efervescente, y zumba como un enjambre de abejas.

Ayer fuimos a pie hasta la aldea de San Isidro, en un paseo tan lleno de halago de los sentidos, que no podría describir nada de él ahora. Al crespúsculo salió la luna llena. La iglesia de San Isidro, de cúpula de tejuelas plateadas y tono de un lila delicado con franjas azules, era una creación perfecta contra el cielo de un lila opalescente.

Visitamos la casa en cuya fachada hay una plancha discreta que dice: "En esta casa nació Gabriela Mistral". Probé dos nísperos del huerto, emboscado de paltos y malvaviscos. Ella debió conocer el nogal añoso.

Quisiera volver a este valle y recorrerlo lentamente, a pie, con un amigo, mochila y saco de dormir.

Ahora R. conversa con la vieja Madre de todas las calamidades, cuya calva cabeza de piel aceitosa de color mate veo, cubierta por una artificiosa araña de pelo engominado. Viste una camisa americana de sport adornada con árboles y mancebos en traje de baño. En la noche, apenas empieza el frío, se cubre con una negra capa española.

Habría que despertar aquí lentamente los sentidos a una nueva vida: escribir, dibujar, pintar, fijar las imágenes en la memoria, que ya nunca más sería igual después de haber perpetuado en ella el bulto del ciprés sobre los campos maduros, delante de los cerros de piedra lila.

Tendré que conversar despaciosamente con muchachos, con viejos. Estaré más unido al follaje líquido de los pimientos que responden a la brisa que deja a los otros árboles imperturbables. En el extremo de las ramas, se balancean los racimos rosados del pimiento.

Los Vilos, 4 de noviembre

Después de abandonar Vicuña en un taxi, nos encontramos con que todos los aviones posibles habían partido ya de La Serena. No nos quedó más remedio que venirnos a Combarbalá en un tren lentísimo que no tiene sino 3ª clase. Llegamos a las tres de la mañana a un hotel increíble, con algo boliviano, indiano, y siniestro. El pueblecito es simpático y el valle, encantador. (Habrá que recorrerlo y describirlo). Ayer, en un tren de carga, atravesamos serranías de piedra translúcida y vallecitos verdes y dorados, y llegamos a Los Vilos. La luna alumbraba la avenida desierta, bordeada de macrocarpa.

11 de noviembre

Encontré al azar el texto de una traducción de *La Virgen de Los Dolores* de Claudel, que hice hace 10 ó 12 años y que nunca hallé ocasión de publicar. La elocuencia claudeliana me hace sentir nostalgia y tocar más de cerca el vacío de algodón de hoy, de ayer, de estos años. Me parece que el tiempo de un gozador es más breve, más irritantemente fugitivo que los otros. El futuro mismo está desde luego hipotecado a la gran frivolidad y en esta bruma danzante se pierde todo, todo se extravía, hasta los objetos de uso diario, hasta la propia casa. "¿De qué vale una vida no examinada?", preguntaba Sócrates. Sin oración cotidiana, continua. Deseo cada vez más fuertemente, pero con un deseo que es todavía demasiado sordo, como que no se manifiesta sino en mis canas, una vida de soledad y oración para rehacer lo que el mismo trato irreverente con personas y cosas destruye de ellas, para descubrir el verdadero rostro de lo que amo. "De lo que abunda en mi corazón, que hable mi boca..."

Mi padre, que ha llegado a ser el buen fantasma de esta casa, abre dulcemente la puerta, dice sorprendido: "¡Bah, estabas aquí!", como si fuera profundamente extraño encontrarme. Dedica sus días a la lectura del diario y al cultivo de su ausencia particular, largamente sentado, en silencio. Sus sueños son agitados y a veces despierta con miedo, como un niño. Como yo mismo, que sufro de pesadillas. Antenoche entraba a la sala de clases del 2° A del I.N.B.A.[51] y al comienzo no veía nada sino una penumbra espectral, de un azul espeso. Lo que veía más tarde me

[51] Internado Nacional Barros Arana, donde Oyarzún hizo sus estudios secundarios.

provocó tal terror, que, al despertar y olvidar bruscamente, temí morir de una ataque cardíaco.

20 de noviembre

Los sacerdotes navajos ejecutaban obras de arte con arenas coloreadas, pero después de la ceremonia del sacrificio las arrojaban al viento. (A más de algún escritor que conozco le vendría bien esta lección de humildad).

La distinción entre arte geométrico y arte orgánico puede también compararse con la que hace Heráclito entre el fluir de lo viviente y la inmutabilidad del Logos. No está tampoco demasiado lejos de él el sentimiento primitivo que hace de la geometría un conjuro y de la representación abstracta, puramente decorativa que se basa en la repetición y el ritmo, un antídoto contra el *mysterium tremendum* de la vida. La decoración se dice es usada por el primitivo para triunfar del *horror vacui*, del miedo a las tinieblas y al vacío. El primitivo y el niño temen a la oscuridad, a lo que no está humanamente ocupado, distribuido en formas. Temen a la total ausencia del Logos clarificador, es decir, temen a lo natural puro.

Si el pecado original transformó a nuestros primeros padres, ¿cómo podría no afectarnos? Fue, nos dicen, alterada su naturaleza, que no era sólo su propia naturaleza, sino también la nuestra, por una mutación de consecuencias definitivas. Si se trataba, como es plausible, de la aparición de la conciencia, sólo en el instante del pecado se consumó, en rigor, la naturaleza misma. Pero tal hecho positivo, pues la conciencia es un bien en sí, trae consigo los riesgos más graves y, desde luego, el de la *demonización*, desde que se hace posible una vida de poder divorciada de lo divino. De aquí el antídoto del bautismo, que se propone ligar esta nueva y peligrosa potencia humana con lo trascendente. Por la esperanza de lo trascendente, el hombre se compromete con Dios a redimirse y a aceptar ser redimido, a aceptar la gracia.

Son análogas la idea de asombro y la distancia estética. El asombro nace de un distanciamiento entre el yo y el mundo, de un desprendimiento, de una ruptura semejante a la que se produce al nacer entre el cuerpo del hijo y el cuerpo de la madre. Es así como el asombro nos lleva a reconocer lo otro y al mismo tiempo a reconocernos como distintos. Abierta esa distancia entre nuestros ojos y la cosa vista, podemos mirarla y admirarla en una contemplación estética.

Valparaíso, 24 de noviembre

En los valles altos vecinos a Rungue, Montenegro y Til-Til, las sementeras no eran sólo doradas bajo el sol matinal. Tenían reflejos rosas y lila, como un halo movible de rubor en un rostro tostado. En la estación de Viña, la flor del Inca.

Bajo el pimiento de la terraza del Cerro Alegre, mirando al mar, después de almuerzo. Bastaría con que observara los reflejos danzantes del follaje sobre esta página, para que ya supiera que es casi verano. No sólo la luz interna, también el ritmo de este balanceo de las hojas tiene una blandura de siesta.

Hay pocos barcos en el puerto. Entre ellos, el mismo viejo Viña del Mar carga mercadería y respira, humeante. Tal vez zarpará hoy. Sopla una brisa demasiado fresca. Iré al Bar Roland. En la bajada del ascensor, han crecido algunas de las flores más enormes que he visto.

Llega también un momento en que se siente la alianza con el mar y en que la naturaleza deja de ser destructiva, para unirse nupcialmente a nosotros. La fuerza de esta ola que se rompe en una exhalación de espuma bastaría para reventar mi cabeza en la roca. ¿Qué importaría?

El domingo, Jorge Millas, arrebozado en un viejo chal que terminaba en hilachas y sentado en un aguayo boliviano multicolor, entre unos roqueríos de El Quisco, consumía muerto de frío su merienda, anonadado por la presencia del mar, verde e inmensamente serpenteante en ese día nublado. No se cansaba de decirnos que no podía tolerar su movimiento brutal y ocioso. Pero no sería menos inhumano si moviera molinos.

Santiago, 25 de noviembre

El plumbago celeste florece alrededor de un cactus arbóreo en el cerro Santa Lucía y el tamarix nebuloso parece pintado por Marie Laurencin. Este hermoso cielo de Santiago significa el verano. Otro verano.

En el tren, de vuelta de Valparaíso, terminé con deleite el *Thésée* de Gide. Bella historia, que sería mejor si Gide no pretendiera burlarse de una moral que respeta.

¿Valdría la pena dejar aquí registrado este fragmento escrito hace dos años?

> "Estaba el Espíritu solo en los espacios, solo en el fondo y en la superficie de sí mismo y nada era sino el eco eterno de su pensamiento en hielo sobre los cielos y en fuego sobre las estrellas, cuando sintió un día una laxitud que era como el temblor de un deseo todavía indeciso. Aquel pensamiento de infinitos efectos inmediatos, seducido por una perspectiva de juego, decidió crear para sí mismo su propia resistencia. Pero, mientras cantaba en el vacío, construía y deshacía imágenes insatisfactorias, hasta que apareció en El un entusiasmo desconocido. Aquella resistencia podía ser su semejante, un amigo por fin, un camarada unido a El en la infinita extensión del pensamiento, vecino en la eternidad."

26 de noviembre

En los Desastres de la Guerra y en los Caprichos de Goya, se encuentra, como en dibujos y pensamientos de Leonardo, un tono de *sombría contemplación*, dentro de un registro, sí, más limitado, pues aquí se mira sólo al hombre y se inscribe su brutalidad. "Para eso habéis nacido...": un moribundo se sostiene, vomitando sangre, sobre un montón de cadáveres. El tenebrismo español adquiere aquí, al no apoyarse en una visión religiosa profunda, un nuevo sentido. "¿Por qué?", pregunta Goya frente a una escena en que tres soldados cuelgan a un prisionero del tronco de un árbol. "No se puede saber por qué", se contesta, mostrando a ocho condenados que esperan el garrote. "Nada", escribe un espectro sobre la piedra.

Es impresionante la historia que cuenta Matherson de la visita del obispo de Granada a Goya en su casa de campo. El obispo se detiene ante un cuadro en donde se ve a un espectro que sale de su tumba y que traza en una hoja de papel la palabra "Nada". Numerosos fantasmas de formas indecisas llenan el fondo de la tela y uno de ellos sostiene una balanza con sus platillos invertidos. El obispo exclama: "¡Nada! ¡Nada! ¡Idea sublime! ¡*Vanitas vanitatum et omnis vanitas*!" Y Goya, viejo y sordo, haciéndose repetir sus palabras, exclama a su vez: "¡Ah, pobre Ilustrísima! ¡Cómo me ha comprendido! Mi espectro quiere decir que él ha hecho el gran viaje, y que no ha encontrado nada allá abajo". En el más allá no hay justicia, no hay nada.

Frente a ese *nihilismo ardiente*, es débil la defensa de la Ilustración. La Verdad sale del sepulcro, radiante, mientras una multitud de monstruosas cabezas huye, furibunda. O la última plancha de la serie de los Desastres, perdida, que representa a una joven rodeada de rayos que recibe de un anciano decrépito y a quien muestra un cielo incandescente, del cual caen flores y niños enlazados, que revolotean en una danza simbólica. Al pie de la figura, dice el comentarista Iriarte, un niño, aún en la cuna, se abriga en los pliegues de su túnica. E Iriarte agrega: "Es la idea de Fourier, la de Saint Simon, la teoría de Jean Reymond, la Icaria feliz, Proudhom, Cabet, todos los utopistas honrados a quienes preocupa el amor de la humanidad y todos los reformadores en estado embrionario que fueron presentidos a fines del siglo XVIII en España, por un pintor aislado en una sociedad ignorante y fanática". Pero el repudio de la imaginación no es sino un paliativo pasajero, pues en verdad Goya ha sentido un terror cuyas fuentes son más profundas que las desventuras sociales: el terror ante el abismo.

En su quinta de San Isidro, cada vez más sordo y más entregado a su espontaneidad sombría, Goya autoriza la expresión de todo aquello que los hombres habitualmente rechazan. Su censor se ha dormido. Sólo así puede pintar finalmente el supuesto "Saturno", que devora a sus hijos con gesto feroz.

Santiago, 29 de noviembre

Anteayer en la tarde, venía de las Antillas[52] con R. H. y E. M., cuando encontramos en la calle San Antonio a E. L.[53], que traía bajo el brazo, en una carpeta jurídica de cartón con cintas negras, las pruebas de su *Pena de muerte*. (¿No sería mejor *Peña de muerte*?). Nos mostró, ufano, algunos cuadernillos en los que figuran como personajes principales Aurelio de Arze y Don Soro, cuyo nombre como el de la mayoría de los protagonistas de la novela, habría sido igual al que tienen sus modelos en la vida real, si no se hubiera interpuesto la mala ortografía del autor. Al llegar a la esquina de Monjitas con San Antonio habíamos divisado a un hombre raro: un sujeto ya maduro con una pierna cortada, que avanzaba difícilmente en sus muletas, y que ocultaba su rostro bajo un antifaz negro. Tal combinación de invalidez, frivolidad carnavelesca y gravedad de continente y paso, parecía un símbolo. "Vimos a un ser extraño más extravagante que don Zoro", le dijo R. H. al autor de todos nosotros. "Ved a tres personajes que huyen de su autor", le dije al despedirnos[54].

Valparaíso, 3 de diciembre

Almorzando en el Bote Salvavidas, comprendo mejor el elogio aristotélico de la visión, la primacía de los ojos en nuestro contacto con el mundo. Y aunque el espectáculo, a través de las vidrieras, es el común paisaje de un puerto, entiendo mejor también la cortedad de nuestras palabras. Pues aun este vulgar regalo de los ojos resulta indescriptible, y yo quisiera describir hasta el fin. No podré salvarme, pienso, si no lo veo todo, si no veo bien lo que tengo frente a mí. Qué difícil es, en verdad, que vea siquiera medianamente bien, y cuánto más difícil todavía es que escriba, que represente verbalmente lo que veo, pues, al fin, ¿no es éste un designio de pintor y no de escritor? Pero mis pinceles estarían también empañados por nostalgias, por sordas aprensiones interiores, si mi ojo es esclavo. Liberar al ojo humano me parece ahora más importante que toda

---

[52] Al parecer es el nombre de un restaurant o bar de la época en Santiago. Había sido ya mencionado anteriormente en el *Diario*.

[53] Por lo que se dirá en la nota siguiente, es necesario recordar una vez más los nombres que aquí vuelven a darse sólo con sus iniciales: R. H., Roberto Humeres, pintor; E. M., Eduardo Molina Ventura, poeta. Ellos y Luis Oyarzún se encuentran en la calle con E. L., Enrique Lafourcade, que llevaba consigo las pruebas de la segunda edición de su novela *Pena de muerte* (Santiago, Editorial Zig-Zag, 1953).

[54] El juego con el título del drama de Pirandello (*Seis pesonajes en busca de autor*) se explica porque los tres, Oyarzún, Humeres y Molina (y otros, como Don Zoro, lugareño de El Horcón) son modelos reales de personajes en la novela de Lafourcade.

liberación del proletariado. (¡Qué blasfemia contra los usos actuales del mundo!). Pero así me parece ahora, aquí, en este momento. Todos los hombres tienen derecho a expresar sus deseos más variables, sus aspiraciones que cambian y que hacen superficial, inhumano, el dogmatismo de Neruda, quien querría sólo cantar la vida simple que pasa, al obrero que cae del andamio, al palanquero que mueve su manubrio, a la gaviota que se gana la vida disparada sobre la ola que le exige el sudor de su frente. El pueblo tiene también sus placeres y no querrá que siempre los poetas le celebren sus miserias, escribiendo con una mano limpia, cómoda y pulida. Cualquier hombre del pueblo me comprendería si yo pudiera expresar el deleite de mis ojos ante los barcos anclados en el puerto de Valparaíso y la suavidad del ánimo endulzado por media botella de vino. Además, existe el placer de escribir, de escribir libremente al mediodía de un miércoles ocioso, cuando en estas latitudes del mar sopla el verano sobre las aguas y encrespa los pétalos de las olas que exhalan un perfume de balanceo, siesta y sueño que me hace entrecerrar los ojos y confundir el aire y el mar en un vaho azulado. ¡Qué distinto sería, diría mi contradictor comunista, si estuviera yo hambriento y sin vino, si mi madre enferma no tuviera remedios y mis hijos gimieran sin pan! Tienes razón, confieso. Sólo el egoísmo me deja aquí, gozando miserablemente de mi bienestar. Con la cuchara deshago los grumos del nescafé, perplejo, contrariado, porque en medio del placer doy con mi culpa y por ahora no puedo eludirla.

No es raro que el mar produzca una desintegración moral. El contacto con esta masa líquida insegura, cimbreante, de gravedad caprichosa, sin estabilidad, incapaz de sujetarse a promesas, ha de ser mortal para la solidez de los principios, ha de inclinar al sueño, al crimen. No es muy decente el mar. Desde luego su olor, su ambiguo olor de muerte y vida, de putrefacción, de semen, de algas descompuestas, de peces muertos, de blanca espuma, de aceite flotante. Pero, más que el olor, su balanceo que puede bruscamente transformarse en derrumbe de furia. Su corrupción no altera la ilusión de pureza que él produce. El mar, el *puro*, está aquí cerca lleno de desperdicios: pedazos de diario, cabezas de pescado y de cebollas, vómitos de buques, basura humana que no llega a perturbar la elegancia de su túnica. Entre la superficie y el fondo, el mar es como una bestia felina, es animal, no es planta, aunque pudiera ser comparado a una flor carnívora. Recoge ávidamente la luz del amanecer y se enciende, lámpara principal del planeta, y se oscurece absolutamente también, desdeñando la luz de las estrellas, aunque Venus lo raya, pero asociado con la luna, pues los dos se parecen. ¿Qué haría la luna, si tuviera tiempo y reposo, a un buque anclado bajo su luz? Le haría algo parecido a lo que produce el mar -heridas no, pues sólo la tierra hiere-: máscaras indecisas, arenales simulados, dunas de musgo, tatuajes de líquenes y coccinelas, como un paciente pintor decidido a grabar en toda superficie el rostro de sí mismo. El mar no es como el fuego. Es lento, solapado. Ansioso, pero infinitamente obstinado, sabe que terminará por recibir los frutos de la tierra deshechos, es cierto, pero ¡qué le importa! si él ama los elementos, el polvo, la harina de las cosas para

crear su mezcla transparente, la líquida locura que embriaga a los que sueñan, y ¡ay de quien confíe su destino a su paciente sagacidad!

El mar transforma en líquido a todo lo que toca (¿cómo sería un hombre líquido que viviera en un vaso o en un cántaro y que de repente fuera bebido sin morir?), hace líquida el mar al alma dura, pues si la tierra encierra, el mar desata. Temed la pata felina de su languidez y sobre todo tened cuidado con ese desequilibrio que ninguna técnica podría borrar entre el ojo humano y la extensión marina, pues lo hace infinito para la mirada, infinito, seductor, el tentador, casi el sin nombre, el sin límite.

En la baranda del Bote Salvavidas, leo *Le voyage d'Urien* y me maravillo del talento con que Gide hace de las ideas criaturas sensibles, como si pensara a través de la piel y el pensamiento fuera para él un acto de voluptuosidad. Pero algunos de los nudos de su estilo han sido banalizados por el abuso literario, por el sobajeo de quienes lo siguieron. Suele hablar como el Alone de *La sombra inquieta*. Hay en él demasiado *azar* y una especie de claridad diamantina sentenciosa. De pronto, una solemnidad que evoca lo falso -y lo verdadero- de *Los pájaros errantes*. ¿Lo leería Prado alguna vez? Pero aun en frases que parecen convencionales y que expresan un sofocamiento artificioso, aparece el escritor, el poeta verdadero. Dan ganas de aprender de memoria estas exclamaciones para decirlas en el momento oportuno e intensificar con eso el momento: "Que dirá votre pompe et votre plénitude, soleils d'Orient, soleils de midi sur les nobles!"

No había visto el mar desde niño, desde aquel año -¿1927?- en que veraneamos en Pichilemu. Tal vez no he tenido mayor deslumbramiento que el de esa mañana de 1938 en que salí temprano del Hotel Garden en que habíamos dormido y trepé, casi inconsciente de entusiasmo, a un remolcador que atravesaba la bahía, para llegar al buque en que Jorge Millas regresaba de EE.UU. Esta misma poza, con barcos como los de hoy, me pareció deslumbrante. Nunca había visto un buque, a pesar de que cuando niño hice innumerables flotas de papel y dibujé otras tantas, nunca había visto uno solo, hasta los 18 años. Deslumbrante bahía, atronadora también, pero las bocinas de las lanchas me parecían cuernos soplados por dioses marinos, suspiros de Neptuno, llamadas a la libertad de la lejanía sin límites, voces de un despertar que llegaba al fin hasta mí.

Cursilería de Gide: "la frescura de la noche como un beso en los párpados..."

9 de diciembre

El sábado en la tarde partí a Santa Cruz, donde pasé estos dos días en casa de A. de A.[55], nuestra antigua casa. Recorrí con sus niños la finca irreconocible ahora, pues los antiguos potreros están plantados de

[55] Arturo de Andraca, amigo de la infancia. Es el destinatario de una parte importante de la correspondencia conservada en el archivo de Oyarzún.

naranjos y limoneros, entre los cuales florecen los azulillos y la correhuela blanca y rosada. Vimos nuestras inscripciones en el tronco de las higueras: Hannibal y un ancla; AOM y debajo, con bonita letra, "J'aimé à Moi". Desapareció mi lema de esos años. Ya no existe la higuera, la inscripción de Tommy, que murió como aviador inglés en la guerra. En las orillas del Guirivilo, arbustos de tiernos matorrales y de bosquecillos de olivos, crecían las flores del traro, que mi ahijado Fernando llamaba flor de la culebra, asegurando que crían culebras. En donde estaban los altos perales, al lado del baño en el estero, no quedan ahora sino una o dos parras salvajes, las mismas que se enroscaban por ellos hasta sus copas con audaces zarcillos.

Ayer fuimos con Luis Hernán Granier al Huique, a visitar la casa de doña Elena Errázuriz de Sánchez, su abuela. La casa misma es notable, con sus inmensos corredores, sus 20 patios y su sinfín de muebles, pero me gustó sobre todo la iglesia del siglo XVIII, de tono rosa con molduras blancas, construida en el estilo barroco de los jesuitas. Quisiera dibujarla. Las paredes rosadas están, hacia el lado del jardín delantero de la casa, cubiertas de buganvillas.

16 de diciembre

Nuevo fin de semana en Santa Cruz, a donde fui con R. H. Hicimos con Arturo, la Silvia y los niños una excursión a San Pedro de Alcántara y Llico. Visitamos cerca de Alcántara el lugar en que se encuentra una piedra que parece haber sido una piedra solar de los incas. Se notan claramente los rayos que convergen en el centro. Al mediodía, el sol da de lleno sobre ella. En la colina rocosa que hay al lado, descubrimos dos piedras paralelas en forma de menhires que dan la idea de haber sido una especie de trono, desde el cual se domina el lecho, hoy seco, del estero, cuyas arenas brillan al sol y dejan las manos doradas cuando uno las examina.

Santiago, 20 de diciembre

Llamé ayer a Fernando Murtinho, que llegó hace un mes de Inglaterra. Me pareció el mismo de antes, aunque más dulce en su trato con los demás. Visitamos el Salón Oficial, le presenté después a R. H. y enseguida comimos en su casa, frente al Parque, con su madre.

Me pregunto si hay alguna relación entre el paisaje inglés en la pintura, la actitud inglesa ante lo natural y su actitud de timidez ante el prójimo. Constable recomendaba "la pura aprehensión de los hechos naturales" y Wordsworth decía: "Dejad que la naturaleza sea vuestro maestro". Evidentemente, a aquél le parecía posible la pura aprehensión de los hechos naturales. ¿Le parecía igualmente posible la pura aprehensión del hombre? Schwartzmann ha mostrado muy bien la relación inversa que suele existir entre ambas actitudes: si el hombre deja de inspirarnos confianza, volvemos nuestro herido corazón hacia la natura-

leza. Hay una vinculación íntima, además, entre nuestra actitud hacia el prójimo y el sentimiento del pecado, como que, si nos sentimos substancialmente pecadores, perversos, y más aún si sentimos la irremediable perversidad del prójimo, sólo podremos volver nuestra esperanza a la naturaleza, para buscar allí, sin saberlo, nuestra propia inocencia. Entonces viene la idealización del paisaje, junto con la adoración casi idolátrica de animales, plantas y pájaros. El lirismo naturalista -que suele ocultar un panteísmo insuficientemente examinado- configura una visión cándida, no menos tendenciosa que la del idealismo o del mecanicismo, de una naturaleza de la cual se han eliminado los reptiles, los monstruos marinos, las plantas carnívoras, las ratas, los gusanos, los moluscos que se devoran apretando fieramente sus valvas sobre la blanda presa. Epocas hay tal vez en que se siente, por el contrario, más intensamente el mal en las cosas que en el alma y en que se halla una más clara promesa de inocencia en el hombre mismo que en el mundo, épocas de afirmación humana, de exaltación optimista de la cultura, tendenciosas y superficiales a su modo, pero sin duda más luminosas. No sé hasta qué punto sea un cierto racionalismo indispensable en tales instantes -como un Sócrates o un Santo Tomás de Aquino. Bueno sería elaborar, tentativamente, una filosofía de la historia basada en un estudio de la conciencia del mal y del sentimiento del pecado -en relación con este gran tema de las vinculaciones entre el hombre y el mundo natural.

Es posible desconfiar, es claro, tanto de la naturaleza como del hombre, y sentir que todo está contaminado, pero esta idea misma de contaminación nos retrotrae a la fe en Dios. Si perdemos absolutamente toda confianza, no podemos vivir. No hay escepticismo total. Todo escéptico que se defiende es un hombre que oculta una esperanza.

Herbert Read, refiriéndose al naturalismo lírico de los poetas y de los paisajistas ingleses, dice que para ellos es esencial la pasividad del artista. Se trata de recibir lo que aguas, flores y vientos pueden darnos, de oír sus palabras, de hacerse receptivo hasta conseguir un estado vecino al éxtasis. Pero hay siempre aquí el deseo secreto de oírse a uno mismo, de transfigurarse. Esa pasividad aparente es actividad, en el fondo. Me quedo en suspenso, y cambio -y veo de otra manera-, algo se mueve en mí.

En *Le voyage d'Urien* también aparece la imagen de un cuerpo visible -esta vez son témpanos, en lugar de nubes- que se disuelve en azul.

21 de diciembre

Una de las pocas ideas en verdad interesantes que encuentro en *Vieja y nueva moral sexual* de Bertrand Russell, es la de que acaso la muerte precoz de toda curiosidad científica en la mayoría de los niños se deba a la censura que se impone al conocimiento de los asuntos sexuales, que interesan naturalmente desde temprano con especial intensidad. El muchacho, al chocar con una negativa que se opone a su deseo de saber,

empezaría a derivar su curiosidad hacia lo extra-intelectual y, por cierto, hacia lo extra-escolar, hacia lo que está al margen de un oficialismo que se le revela hermético. "El único medio de evitar la indecencia es evitar el misterio", sostiene, y su proposición es irrebatible si se refiere sólo a los misterios artificiosos que no son en el fondo tales. Pero, pasa Russell por alto la posibilidad de que, debajo de esa máscara falsamente misteriosa, haya un misterio real.

25 de diciembre

Navidad tranquila, demasiado tranquila, repulsiva de tranquilidad. Tan tranquila, que mi corazón palpita con angustia, medio embargado por el calor del día. No debiera quejarme. Si mi corazón fuera puro, sería éste un día de paz, un día de contemplación, de alabanza y plegaria. *Murder in the cathedral*, T. S. Eliot. He estado leyendo en la tarde esta obra; me desagrada hasta ahora su fondo eclesiástico. Parece una pieza en que el cristianismo es religión de iglesia más que de amor. Estos han sido días de fuego: el sol no tiene piedad. Apena pensar en la tierra calcinada, azotada; en el agua perseguida por su enemigo, que arteramente la hipnotiza hasta alterarla. El sol atrae al agua hacia sí y ¡cómo vuela el agua también hacia su muerte, como presa de una voluntad de vacío! Ella responde al fuego con docilidad. Unos pocos grados bastan para que el agua muera y ¡qué terrible es imaginar estos enormes universos sin agua que pueblan el cielo! -masas estelares de fuego, sin hierba, sin pájaros, sin la ternura de un arroyo en que se bañan gozosamente las pequeñas aves acuáticas. Universos sin nenúfares, sin botones de oro, sin truchas, sin moscas de agua. Es sorprendente ver hasta qué punto nos hacemos los desentendidos frente a la inmensidad inhumana y antiespiritual del mundo físico.

Abundan en *Murder in the cathedral* los pasajes profundos, y aun grandiosos.

31 de diciembre

Habría que decir adiós a muchas cosas que este año ha visto morir y saludar a lo que no se conoce, con un escalofrío de temor.

Un signo de lo que somos: los niños actuales manifiestan su júbilo de Navidad y Año Nuevo con estampidos. El caramillo de los griegos se ha transformado en petardo, en explosivo. A cada instante doy un brinco involuntario porque a alguno de los inocentes infantes se le ha ocurrido estallar un fulminante.

Pequeño detalle encantador de fin de año: a mi mamá se le ha ocurrido ir a hacerse ver las manos por la señora Franulic, su quiromántica. Quiere saber qué le traerá el año nuevo. (¿No son el sadismo y el masoquismo las últimas e inconscientes defensas de un alma, hedonista, que ansía convertir en placer aun lo más doloroso?).

1953

Santiago, 10 de enero

Me interesó hace días el artículo de Anguita sobre la inercia hispanoamericana, "el peso de la noche" de que hablaba Portales. Poco antes había leído uno de los artículos de Joaquín Edwards Bello sobre la influencia que ejerce en nosotros el aire que respiramos aquí, al lado de la cordillera, un aire, según él, lleno de gérmenes y de polvo volcánico, que ablanda la voluntad. Anguita recuerda que Huidobro hablaba de que la atmósfera chilena le hacía perder todo el impulso que traía de Europa. Sus mejores iniciativas se desparramaban inútilmente, sin respuesta, hasta morir. A mí me ha pasado lo mismo. En Inglaterra estaba lleno de ideas prácticas aplicables a Chile, pero, una vez aquí, todo ese activismo continuado parece vano, como si hubiera fuerzas telúricas que inclinan a los hombres a vivir como las plantas, sedientas, pero resignadas a su destino de primaveras e inviernos. La muerte -y sobre todo la muerte en vida-, el vivir muriendo, es aquí menos importante. (Me ha costado un mundo el decidirme a publicar *Ver*, que al fin ha salido[56]. Al venirme de Europa, tenía no menos de 6 libros en proyecto...). Poco después leí -lectura de siesta- una de esas obras banales de Somerset Maughan, que son como apéndices disminuidos de Conrad o Stevenson. Pero en el pequeño volumen, uno de los tres cuentos me atrajo poderosamente: "La caída de Houston" (no estoy seguro del nombre del protagonista), que cuenta la historia de un muchacho de Chicago, típico joven de empresa, que se instala en Tahití, para rehacer la fortuna familiar desbaratada por su padre, antes de casarse con la rica heredera que él ama. En Tahití, junto a un tío de su novia que allí vive, después de haber sido condenado a años de cárcel en Chicago, descubre la futilidad del orden económico y la grandeza de la vida vegetativa. Decide, entonces, quedarse para siempre en los Mares del Sur y ser un hombre tan perfecto como una planta o un pez, un hombre enlazado a la naturaleza, por raíces que son los ojos, el corazón, la piel, los deseos del cuerpo y del alma. Es seducido por aquella sabiduría de un viejo pueblo paradisíaco, anterior al pecado. Nuestro pueblo es pariente de aquél, pero la mezcla racial -anterior a la llegada de los españoles- y las circunstancias históricas lo han llevado a vivir insatisfecho, preso dentro de una existencia ajena, en un mundo de trabajo dominado aquí por los expedientes usados para "sacarle la

[56] Libro de prosa poética (Santiago, Editorial Cruz del Sur, 1952).

vuelta", soñando inconscientemente en el paraíso perdido. Nuestras razas más antiguas son anteriores a la irrupción de los pueblos jinetes, que introducen en la historia el afán de poder y las estructuras institucionales del Estado. Por eso, la historia las ha roto, y las ha arrojado en el resentimiento, en el alcohol, en la violencia. En nuestra vida, como en la europea, abunda la violencia, pero es aquí una violencia suelta, sin objeto, sin sentido. Con ella los europeos levantaron una cultura; nosotros la destruimos.

Varias veces me he preguntado por la significación de Cristo y su enseñanza frente a esta dualidad de formas culturales. El no viene, sin duda, a confirmar a los pueblos jinetes en su dinámica del poder. (Jehová, en cambio, es un Dios de jinetes, de dominadores). La misma historia de Marta y María lo insinúa. Jesús no miraba con buenos ojos al trabajo tal como lo practicaban los precoces industrialistas de su tiempo. San Buenaventura dice en su *Vida de Cristo* que el Señor adolescente, en Nazaret, era mirado como un perdido, como un ocioso.

> "Habiendo vuelto N. S. J. del templo y de Jerusalén con sus padres a la ciudad de Nazaret, estaba sujeto a ellos, y habitó allí en su compañía desde este tiempo hasta cumplir los 30 años. Ni se halla en las Escrituras que en todo este tiempo hiciese cosa alguna, lo cual no deja de causar admiración... Pone aquí toda tu atención y podrás ver claramente que, no haciendo nada, hizo cosas magníficas. Ninguno de sus hechos carecen de misterio, sino que, así como obraba virtuosamente, así también por virtud callaba, descansaba y estaba retirado... Mostrándose a los ojos de los hombres inútil y despreciable e insensato... Se apartaba, pues, el Señor de la compañía y conversación de los hombres. Iba a la sinagoga: allí estaba mucho tiempo en oración, poniéndose para ello en el lugar más vil. Volvía a casa y estaba con su Madre, y alguna vez ayudaba a su nutricio San José en sus trabajos... Todos se maravillaban viendo que un joven tan hermoso nada hiciera que pareciera digno de alabanza... Se maravillaban en gran manera y se burlaban de El, diciendo: "Este es un hombre inútil, es un idiota, un hombre que para nada vale, un necio e insensato..." El continuaba este género de vida con tanta constancia, que comúnmente era tenido por todos como un ser vil y desechado. Lo cual bien lo había dicho antes el Profeta hablando en persona de El: "Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe" (Salmo 21)". (Cap. XV del libro de San Buenaventura).

Para El se trataba también, por entonces, de *velar y contemplar*. ¿Cómo, si no, salvar el alma? El endiosamiento del trabajo no puede producirse sino dentro de una atmósfera de pura terrenalidad. Si creemos en la eternidad, no podemos tomar el trabajo sino como ritual -como una especie de ritual de la naturaleza- y no hay que olvidar que la naturaleza descansa y que trabaja describiendo el orden del juego.

16 de enero (en avión a Punta Arenas)

Montañas boscosas salpicadas de manchas rojizas, bajo las nubes de una mañana gris. En todas partes la erosión hace estragos, lepra transmitida por el hombre a la naturaleza virgen. Hemos penetrado ya en el sur del Valle Central. Aparece un sol ambiguo, que no se sabe de dónde proviene, entre las nubes de las alturas y las nubecillas de abajo.

No es la primera vez que siento un estado de suspensión casi vecino al éxtasis, el estado de reposo en los aires. Velozmente llevado sobre la tierra, ni la velocidad ni el malestar físico me impiden saborear esta soledad, angustiosa, dulce, como la de un potro salvaje separado de su bandada, perplejo, perdido, pero medio feliz, no se sabe por qué.

Punta Arenas, 17 de enero

Hay rosas blancas abiertas en los jardines de Punta Arenas. Y también caprichosos anthuriums, pajaritos, caléndulas y madreselvas de flores ya viejas de color marfil. Pero el cielo es hoy gris y no hay rumores de abejas ni píos de pájaros que vuelen con la ebriedad del sol. Es ésta la ciudad de la existencia íntima, de una vida indoors con que siempre he soñado, pero que soy tal vez incapaz de resistir.

Ayer en la tarde -después de las 9 aún estaba claro- salí con Miguel Córdoba a dar un paseo hacia el puerto. El muelle de madera penetraba en un mar gris azulado que tenía la tersura transparente de un pétalo y, como siempre, ahí estaba, en la bahía, balanceándose casi imperceptible, el desarbolado velero -la Alejandrina- que he llegado a amar, asociándolo con tantas cosas diferentes que aquí ya he vivido. En el cielo, entre nubes de un gris lila -que debemos haber atravesado en vuelo- se extendía, como pejerrey del cielo, un arrebol de carmín, perfectamente individual, refulgente, un huso de oro separado de la plebe atmosférica.

Si no fuera por los periódicos, la vida humana sería enteramente privada. En el hecho lo es, y lo es también metafísicamente. El alma individual no da cuenta a Dios de sus relaciones con el mundo, ni con el pasado, sino de sus coloquios con El, dentro de su propio corazón o en su trato con sus amigos, con sus conocidos directos. Algo tiene de demoníaco este comercio ficticio con la humanidad, a través de diarios, libros, revistas: "El año 2234 A.C. empezaron las observaciones astronómicas caldeas... En 1814 Napoleón fue enviado a la isla de Elba... En 1861 Lincoln fue asesinado..." Excelentes informaciones que me distraen. ¿Me sirven de ejemplo? ¿Me exaltan? ¿Me empujan hacia mis profundidades, hacia aquellas aspiraciones que son en mí fuerzas vivas en donde se suprimen los límites que me separan de Dios, del hombre, de la naturaleza? En buena hora saber, pero cada uno tiene que descubrir en sí mismo qué debe saber, para llegar a amar, y permanecer. ¿No es éste el secreto de nuestros reales e insensatos polinesios? Pues la Reina Victoria vivió su vida y cumplió, bien o mal, su deber, en el sitio que el azar le asignara. Pero yo no tengo por qué vivir pegado a ella, ni a

Alejandro Magno ni a Sixto V ni a Cervantes, sino unido a este aquí, a mi ser, que no soy yo solamente, enclaustrado, sino mi yo, mi conciencia, que se abraza, forcejea -y se deshace de ellos para mirarlos y que los ama- con los astros y sus constelaciones, con la historia, con las rocas que veo o remonto, con el mar, con mis amigos, con mi madre, con mi cuerpo, con este minuto que veo y toco, y con la Divinidad que se oculta detrás de todo y que cuando quiere se me revela, en un instante de plenitud imprevista. Quiero escribir acerca del sol y de la luna, sobre la respiración, sobre el amor físico, sobre los baños de mar, sobre las familias que se mueren de hambre, sobre la desolación geográfica. Esta es mi vida. Aquí estoy. ¿Por qué ahora? No sé por qué yo vivo ahora, pero el hecho es que vivo ahora, y no en el siglo I A.C. ni en el CC después de C. Ahora. Sólo ahora, y, a pesar de los médicos soviéticos que alargan la vida a 150 años, me voy a morir y no veré el siglo XXII. Ahora vivo. ¿Continúo a alguien? ¿Preparo a alguien? ¡Disparates! En el fondo de sí cada uno es un comienzo absoluto. Algo hay que es lo mejor de mí, mi origen; algo omnipotente, divino. Ahí está Dios, el comienzo de la visión de Dios. El tiempo -el tiempo de mi vida y el tiempo histórico- se hizo para que yo -y tú y todos los otros hombres- llegáramos a ese punto final de reposo, de acabamiento y rapto. Ahí está la bondad como un sol. Para eso vivo, en este pequeño lugar que yo soy, bajo la sombra de las galaxias, del saco de carbón, de Zeus. Metafísicamente, soy sedentario hasta el fin. Ahí he de quedarme. Aquí, agarrado a este sueño, estoicamente, pero agarrado a una esperanza confusa. Todo lo demás es asunto de los demás. Allá ellos. ¿Soy dueño de los hombres?

Ahora se estima y pondera el trabajo que los griegos despreciaban -y lo que ellos amaban compete hoy eminentemente a los mendigos, vagar y ver.

Me sorprende el estar tan desligado de todo, y de todos. Por eso ¡oh, contradicción! ¿por eso? vengo a Punta Arenas, al Extremo Sur. Aquí se acaba el mundo. ¿Qué más? El mundo se acabó, y yo sigo. ¿Resentimiento demoníaco? Así lo dice Lucifer, "el mundo se acabó y yo sigo". ¿Para qué seguir?

18 de enero

Son las 10 de la mañana de un domingo austral. Las campanas de la pequeña catedral llaman a misa. No se oyen ruidos, fuera del tictac de mi reloj en el velador. Alguien pasa silbando por la calle, con ese silbido entre burlón y triste de los muchachos chilenos. Sólo en Vicuña he oído silbar de otra manera -silban allí como pájaros golosos.

A las 11 de la noche, lluvia desatada como las de la infancia que hacían el mundo tan desolado que forzosamente se llegaba con ansias a abrigarse bajo la protección de los padres. Cae la lluvia nocturna sobre la Patagonia seca, ávida de aguas.

19 de enero

El nombre del tratado de Hipócrates me inspira este título para el libro que preparo: *Memorias de los aires, las aguas y los sitios, o Memoria de aires, aguas y lugares.*

22 de enero

Me gusta a veces sentirme tierra, suelo descompuesto, terreno de labranza que alimenta por igual a malezas y trigos y que aprende a aceptar.

Esta mañana, visita a Pecket Harbour. En los campos sin árboles que rodean a las casas, pastan avestruces junto a las ovejas. Son sucios como ellas y se confunden con el paisaje de un ocre verdoso, bajo el cielo inmenso, completo, cuyas nubes cambiantes, veleidosas, no me canso de mirar. Vi la esquila de las ovejas, que me pareció una operación lamentable y cruel. Pero es bello el momento en que el esquilador despliega en tierra el manto opulento, blanco y sedoso que el animal tenía pegado a su cuerpo, mientras la bestia de paciencia infinita mira, indefensa, cómo le arrebatan su vestidura suavizada por su propio sudor.

Hermosos jardines, incomparables delphiniums, altos, enormes, de un azul evocador de los huertos de Sommerset, protegidos del viento por un seto de tablas, a través de las cuales se divisa la planicie sin término. La especie de acacia que aquí llaman retama por su flor amarilla, se hallaba en la plenitud de su flor, y también los *sweet-williams* -de hojas parecidas a los dengues-, cuyas flores aterciopeladas poseen múltiples colores. Los lupinos eran variados y robustos y entre ellos admiré los del color de la glicina, y alrededor las nevadillas, los pensamientos enormes, los anthuriums, las nemesias y las primaveras. Cerca de las 12 había sol y, sentado en un banco verde de madera, sentí por unos instantes un transporte vecino a la dicha -bajo ese sol, asediado por oleadas de perfume, sobre el césped, en aquella casa de los confines del mundo. Aquí también podría quedarme a vivir, y a morir-pensamientos en el fondo unidos, pues ¿qué sentido tendría querer vivir en un bello lugar o en un sitio amado sin aceptar allí mismo la muerte? Como la planta sobre la misma tierra en donde cayó su flor. No puedo amar sin querer morir, no sólo por lo que amo, sino *en* aquello que amo sin querer de algún modo eternizarme en lo amado -como en mi poema, *ser otro*, pero ser con eso mismo descubierto en una especie de restauración paradisíaca.

"Polvo seré, mas polvo enamorado..." ¿Cómo puede morir con el corazón humano su deseo de eternidad -de otro mundo? *Habremos vivido juntos tres días gemelos en una noche eterna.* Nos habremos visto, entrevisto, conocido, ignorado; habremos apresado un instante en las hondas aguas el liviano pejerrey de oro y no habremos podido darle la vida, fuera de sus tinieblas germinales. Habrá seguido él corriendo por el río, y nosotros, sentados a la orilla, con los ojos vencidos, hasta que la

electricidad que animaba a los estambres de madreselva haya sido interrumpida y no quede sino el perfume que respiré hace unas horas o hace tantos años, en una mañana de esplendor.

Dura es la piel del avestruz, que deberá mirar durante horas en la dirección del Polo Sur. ¿Qué distingue a lo lejos? Entre un latido y otro de su corazón, animálculos de la hierba nacen, aman y mueren. (Pienso en la posibilidad de que una avestruz se cayera a un pozo petrolífero).

Allí estaba el Seno Otway con aguas de acero o de plata rápida arrugada de espuma, adanado al parecer en rimar con las nieves de los ventisqueros del fondo -todos ellos tranquilos en su soledad indefensa ante el viento. Estas aguas son ásperas, herrumbrosas, semejantes al hierro, pero se ama su desamparo altivo, y se diría que poseen la voluntad de no producir nada, de no entregar nada a los codiciosos. Tiernamente, en cambio, la tierra -*vieja madre consentidora*- alimenta en su seno -más pródigo que el de Otway- a los *delphiniums*, que deleitan al hombre. Mrs. Mc. Clay debiera sentir orgullo, pues bien pocos habrán transformado tan violentamente un terrón escarchado en jardín de Alicia -en los últimos linderos de la Tierra.

Teofrasto refiere que en la tierra se encuentran piedras que, una vez rotas, muestran la imagen de la palma de la mano. (Recuerdo las piedras que R. H. y yo hallamos en las vegas del río Elqui y cuyas formas nos evocaron a los dos el verso en que Gabriela Mistral cuenta que, en el sueño, ve una piedra, y es el rostro de su madre lo que ve. Eran piedras rugosas, pero lavadas por el agua, blancas, aunque salpicadas de pecas y con manchas rojizas, como pedernales esculpidos por geniecillos del fuego subterráneo; piedras maceradas, sometidas alternativamente a presiones muy altas y muy bajas, expuestas a las llamas y a la nieve y por lo mismo desapacibles de ver, y aún más de palpar).

Aristóteles proporciona sorpresas: sostiene que los peces fósiles viven sin movimiento en la tierra -peces detenidos, que no pueden nadar a causa de que la tierra es más densa que el agua- o que -¡Dios mío!, ayúdame, porque esta suposición me llena de dicha- que los peces fósiles son peces *extraviados* en el interior de la tierra y que, por culpa de su extravío, se han vuelto tierra.

M. le Baron y Mme. de Beau Soleil y de Auffenbach publicaron en 1640 su obra *Restitución de Plutón*, en defensa del fuego. (¿Hasta cuándo vagar? Si hago un hoyo en mi corazón, encontraré el Jardín del Edén).

Acaso todos me son enviados para producir algún efecto espiritual, demoníaco en mí, y yo enviado para lo mismo, y cada uno ante los otros para lo mismo. (El gran dilema es éste: diálogo humano-diálogo divino, o comunicación y soledad).

¿Qué hace, decidme, qué hace el cocodrilo que toma el sol entre juncos a la orilla del Níger? No pregunto qué espera ni por qué descansa; quiero saber cómo lo ve, allí, inmóvil, majestuoso, con su panza repleta, el Eterno. (Si continúo por este camino, me volveré loco).

Suelo pensar que la creencia no es sino poesía, y que la mejor poesía es la ciencia-anhelo del espíritu humano de crear un mundo, levantar un mundo como quien amasa un pan, o modela una estatua. Me deleita leer obras científicas de cualquier época. Hay en ellas un deseo de VER. Y ¿qué relaciones metafóricas más imprevistas que las de la realidad? Dice Buffon: "Son las aguas del mar las que han producido las montañas; son las aguas del cielo las que las destruyen. El Sol se apagará por falta de alimento; la Tierra, al salir el Sol, era líquida y ardiente". Pueden no faltarle en el futuro alimentos al Sol, si es que se alimenta no sólo de sí mismo, sino, como sostienen ahora, del gas interestelar. Pero me gusta esta idea de Buffon: antes de salir el Sol, un pequeño Sol, nuestra Tierra tenía fuerza propia, un alma. ¿No habrán terminado los hombres de apagar el alma de la Tierra? Me agrada pensar que mi alma es una parcela del fuego que antes la Tierra irradiaba al espacio en forma de calor y de luz. Pensar que yo soy también un sol, que cada ser viviente es un sol, hijo del sol, y que el sol de mar no remeda en vano a su padre. Cada célula un sol, ¿te das cuenta? ¡Ah, un sol increado por el cual circula y fluye la sangre de Dios, el aliento primero! Y pensar -¡Gran Dios!- que los actos familiares están llenos de sol, de energía celeste, de Dios mismo. Enciendo un fósforo o un encendedor Ronson y creo una conflagración idéntica al origen del mundo. Y si mi corazón se estusiasma, un cosmos se forma, goza de su juventud y muere para no renacer en sí mismo.

Punta Arenas, 23 de enero

Hoy, almuerzo con J. F. en el Restaurant Santiago. En la tarde paseo al maravilloso Rock Garden de Alfonso Campos. En lomajes al lado del mar, crecen exuberantes las campánulas azules, el *sedum* amarillo -la exaltación de mi querida planta de rulo de la Cordillera de la Costa-, las que aquí llaman amapolas, y las verdaderas, el coral de flores menudas, aéreas, translúcidas en el aire crepuscular, y las más sorprendentes clavelinas sencillas, en forma de estrella. Era la hora del perfume junto a las aguas de un azul acerado y un moscardón obeso se dedicaba aún a chupar las madreselvas barrocas de un tono de laca y de marfil, esculpidas o amasadas para una fiesta de la Belle en casa de la Bête. Predominan las rosas blancas -tal vez porque al sol le cuesta encender a los pétalos de rojo o naranja y no alcanza a llegar al vigor necesario para producir en la materia transparente un eco de su fuego- pero una pequeña mata, apenas de unos 30 centímetros de altura y de tronco frágil, produjo una rosa roja, tan pesada para ella, que se veía inclinada, reverente ante ese tesoro engendrado por su tenacidad. Gaviotas regresaban a sus roquedales, arrojando al pasar gritos de codicia, voces posesivas que afirman la soberanía de su vuelo sobre las playas desiertas del Estrecho. Y, más allá del jardín, crecían también mis preferidas flores silvestres, innominadas para mí, y entre ellas una pequeña flor azul, cuyos estigmas son como volutas jónicas entre los estambres cilíndricos terminados en conos de un morado profundo.

24 de enero

Hermosa excursión con J. F. al Rock Garden.
Gracias a la estrella de mar, el agua se transforma en roca.

Venid, pastorcillos,
Venid a adorar
Al Rey de los Cielos
Que ha nacido ya.

Cerro Castillo, 29 de enero

Desde 3 días, sopla el viento con una fuerza que, según las noticias, llegó a ser catastrófica en Punta Arenas el mismo día en que volamos directamente a Río Paine. Desde el avión, piloteado por un muchacho con quien no cambié más de cuatro palabras por el auricular, yo miraba con temor hacia el cielo y hacia la tierra. Durante unos minutos avanzamos paralelamente al Douglas de la LAN, como un pececillo junto a un gran salmón en aguas transparentes y profundas, sobre un fondo ocre, como de mar devastado, sin plancton. Las nubes veloces son portadoras de intranquilidad. Anuncian al viento, pero en los aires el viento significa estremecimientos, vaivén de las alas y saltos dentro de las ligaduras que unen al cuerpo con el asiento, ablandado apenas por el saco del paracaídas. Con los fonos puestos sobre las orejas, mi aislamiento del mundo se hacía aún mayor y, de pronto, la sensación de paz, de reposo absoluto, me sobrevenía con su conformidad vecina al éxtasis.

En el interior desolado de la estancia, con Mr. Sanders y José Herrera, que corre por el campo con su red cazando mariposas australes. Ha amainado el viento y hacia la cordillera de la Península en el Lago del Toro el cielo es transparente, de un azul cándido de huevo de gallina araucana sobre los picachos flanqueados de glaciares. La sequía de los dos últimos años ha secado el pasto, pero en este lugar hay todavía algún verdor mezclado con el amarillo de los senesios y de las flores de la mata de espinos entrelazados que aquí llaman mata barrosa. Las montañas no tienen ya sino manchas de bosques y en su mayor extensión, vistas de lejos, parecen arenosas y tan áridas como las del norte de Chile. Ricardo Braun Menéndez decía ayer que en 20 años más esta región será tan desierta como la Patagonia Argentina. Pasó el tiempo de *Idle days in Patagonia* de Günther Pluschow.

Ahora, en el interior de la estancia El Lazo, frente a las Torres del Paine. Se puede dominar el macizo completo, cuya majestad es sólo comparable al capricho de sus formas. El Lago Sarmiento, de aguas de un jacinto apagado, azota las orillas de roca estratificada con una tenacidad marina. Sopla el viento que silba entre las grietas y cuando atraviesa los agujeros de las rocas, sobre las cuales crece un liquen verdoso o morado. No hay casi árboles en las cercanías y el viento habla

solo sobre las aguas encrespadas. No es voluptuosa esta espuma, sino helada, pétrea, como la respuesta que surge de la irritación del lago en un día gris y ventoso como éste.

En las gradas de la entrada de la casa del capataz, en la estancia El Lazo, que es una sección de Cerro Castillo. Está a cargo de un joven de apellido Scott, que peleó durante la Guerra en Palestina. Desde su casa se divisa todo el macizo del Paine y aun se oye en los días de calma la caída de los témpanos del Ventisquero Gray sobre el lago. A pocas cuadras de la casa está el Lago Verde, rodeado de praderas más húmedas y amables que las que habíamos visto en el camino. Algunas se ven de color ladrillo, a causa de las semillas de una maleza que ha crecido sobre las tierras en que sembraron avena el año pasado. Aún se conservan aquí algunos bosques de robles. Las ramas enrojecidas por el otoño temprano parecen flores. El joven Scott, con su boina de soldado escocés con una rosa de cinta atrás, tiene un rostro rosado y bonachón, como Mr. Sanders, quien también usa su boina de guerra.

Se ha nublado y silba el viento sobre la camioneta en el camino de Cerro Castillo. Por momentos produce el ruido de un tren en marcha lenta sobre un puente. Herrera y Mr. Sanders levantan postes caídos y piedras en busca de insectos tenebrosos, entre ellos algunos de colores muy bellos, pequeños coleópteros de cuerpo verde brillante atravesado por franjas azules; otros, mortuorios, como una especie de escarabajo negro, duro, de élitros para anunciar su encarnación. Cristo es un astro, un fluido, y, sin embargo, un hombre -un puente entre los cielos y el corazón humano. Y El no empequeñece los cielos para llegar a convertirse en hombre -hace humana la luz fría de las constelaciones, hace brotar esa misma luz que crea sistemas de las nebulosas en las entrañas del ser humano. Me decía a mí mismo que Cristo es la flor del árbol sideral. Consuelo nocturno.

Uno de los escarmenadores de lana en la estancia Bader -al pie del Paine- es un anciano polaco que habla 7 u 8 idiomas y que vive allí desde hace 12 años, sin salir de su rincón. Lo recogió el administrador, un señor Radic, pues el anciano había llegado hasta la mendicidad a causa del alcohol. Conversé con él y, a pesar de su forzada abstinencia, se notan en sus ojos y en su nariz los signos de su antiguo vicio, que afean su rostro de pícaro. No me dio la impresión de ser un sabio sino un pillastre benévolo. Declara que allí está feliz y que no desea bajar al mundo. En otros tiempos había sido un lego viejo y medio borrachín.

6 de febrero

En la mañana debemos regresar a Porvenir. "Vuelta a la civilización". Desde aquí Punta Arenas es una metrópolis. He pasado en este lugar sin nombre -Lote 15- unos días de reposo completo, al margen de todo, sin raíces, más atento al cielo que a la tierra, pues los paisajes de la pampa en la Patagonia y en la Tierra del Fuego son cosas como las que amaba el elfo de la leyenda, *paisajes sin nubes*. Y qué cambiantes son

estas planicies que reciben el viento de la Antártica; no permanecen un solo instante; movibles como el mar, parecen no tener ley y jamás repiten la misma figura. Tanto como ellas, cambia el color de la hierba y de la tierra.

Punta Arenas (lunes, no sé qué fecha)

Otra vez el tedio del extremo sur. ¿Por qué estoy aquí? "¿De qué sirve la vida sin amigos?" No podría responder sino mi yo monstruoso. ¿Por qué aquí? ¿Habré aquí de morir, suspendido como una estalactita, adornando un fuego hiperbóreo? He huido tal vez, y ya no puedo seguir. No hay más allá. Aquí terminamos -tú terminas, tierra, y yo me acabo también, me acabo contigo. ¿Qué os parece el fondo del mar? Helo aquí, éste es el fondo, y no puedo dar sus nombres verdaderos a los pececillos. Ni a los gérmenes cuya vida es tan preciosa como la mía, pero se halla más lejos de mi comprensión. ¿Veís como un poeta lírico, víctima de sus pies?

Puerto Natales, 20 ó 21 de febrero

Perezosamente caminé 12 kms. esta tarde, desde Pto. Natales hasta Estancia Nueva, pasando por el Frigorífico Bories, miraba cielos y nubes, observaba rocas estratificadas y el vuelo atontado de los últimos abejorros del verano. Vencido por la fatiga, me senté en una piedra, poco antes de llegar a las deseadas casas de la Estancia, y por unos instantes pude sentir la unión paradisíaca con el cielo, con la tierra torturada por el viento y con un zorzal que se detuvo sobre un poste, confundiendo el dorado plumaje de su pecho con el dorado de las hierbas del suelo. Descansa allí, como Jacob -como un Jacob ocioso, sin mensaje. Fue esta tarde un rapto de dicha.

Tal vez 23 de febrero (navegando cerca de la Angostura Inglesa, al S.)

San Julián: No vio ahí Magallanes avestruces ni guanacos. Allí ajusticiaron a los amotinados, y ahí también hizo Drake juzgar por insubordinación a Master John Doughty, quien prefirió la muerte a las otras posibilidades que le ofrecieron. Antes de morir, recibió la Comunión al lado de Drake y exhortó a la obediencia a sus compañeros. Fue decapitado justamente en el patíbulo levantado por Magallanes. (Excelente tema que debió Melville haber aprovechado).

Canal Messier, el mismo día

Escribo en el bar del Villarrica en una de las calmas escasísimas que se pueden disfrutar en un buque atestado. También aquí como un

Jacob ocioso, sobre las aguas que al mediodía perforaban en su limpidez los témpanos. Afirmo una vieja cabeza en el mar y tiendo hasta el horizonte una mirada ciega. A un ser tan profundamente distinto a los otros, no le quedan sino la ternura y el anhelo interior, como buenos caminos. Diría que estoy en el colegio otra vez y que escribo en un pequeño resquicio de reposo, en un subterráneo o en la sala de piano, o en la sala de clases después del timbre de recogida. Siempre sentí mi diferencia -no la más superficial, sino la más profunda-, la descubrí temprano[57]. Una diferencia tal, que la amistad con un ser humano -con un semejante- se convirtió así en un acontecimiento tan raro y, por lo mismo, tan precioso, que equivale al amor. Cualquiera otra relación se apaga. No tengo amigos, sino amados. Es ésta, al parecer, una viciosa e incivilizada condición, pues, aunque nada me cuesta la cortesía, a lo sumo existe debajo de ella la ternura. ¡Haber venido a las últimas tierras habitadas para beber en la soledad un cognac y reconocerme a mí mismo! Buen viaje. Y qué lento es. Apenas avanza el barco hacia el Golfo de Penas y podría morir sin haber probado el sol, "el sol de la costa", de que hablaba Cáceres. (La otra noche soñé con él[58]. ¿Dónde lo hallaba? En uno de estos lugares desolados del final del mundo, en el momento en que realizaba un hallazgo etnológico: un caballo sumergido en la tierra. Ese caballo poseía una importancia extrema, era una revelación inesperada del más allá, pues había que matarlo, aun cuando hubiera muerto en edades geológicas tan remotas, que encima de sus restos estaba aún descrita sobre la ciénaga funeraria la huella de unos carneros que en fila murieron después, edades después. "Yo me ofrezco", dijo Cáceres para matarlo. Yo no me atrevía. Había que degollarlo. Pero Cáceres se resignaba a ser el ajusticiador de un caballo prehistórico y alistaba su cuchillo de mesa. Mas, ¡horror!, llegado el instante el victimario era también la víctima. El caballo era él y torpemente, después de varios ensayos infructuosos, se abría la garganta).

Santiago, 15 de marzo

Ayer en la tarde, lectura de *La muerte de Virgilio* de Hermann Broch, con R. H. Estilo envolvente y sentimiento de la tierra tan entrañable, que llega el lector a sentirse fango germinal, fermento terráqueo, humus. Identificación sorprendente con lo que yo mismo quiero expresar. Después comimos en casa de N. Parra. El atraviesa por circunstancias difíciles. Está confundido, hundido en la confusión de sí mismo, víctima de su necesidad moral insatisfecha. Escuchamos su poema "Narciso", cantado por un cura, primo suyo, sobre la música que compuso su hermana Violeta. Hermoso lied, de una gran nobleza,

---

[57] Habla de su homosexualidad.

[58] Se refiere a Jorge Cáceres, poeta de su generación, amigo suyo.

mezcla de canto llano y melodía popular chilena. Por primera vez en mucho tiempo me acosté tarde y ahora me siento desajustado, seco, chamuscado interiormente como si me hubieran pasado por las llamas de una fogata. (El viernes terminó al fin con buena postura la interminable historia municipal de R.).

El sábado en la tarde, a la hora del té, estuve en casa de J. F.[59], con Mrs. Kelly, la pintora neozelandesa, Manuel Huidobro y la señora Uka. Muy amables, pero me doy cuenta de que la vida social me produce impaciencia y hasta náuseas.

"Alejamiento de la naturaleza", artículo de Leopold Zahn en *Das Kunstwerk*, la revista de Baden. Como epígrafe, esta cita de Novalis: "En verdad el arte de la pintura es tan libre y auto-suficiente desde un principio como el arte de la música". El otro epígrafe: "En el siglo XX, viviremos entre rostros extraños, nuevas figuras y sonidos nunca escuchados" (Franz Marc, 1880-1916).

Santiago, 17 de marzo

La afirmación de Novalis es perfectamente legítima en lo que concierne a las bases ontológicas -constitutivas-, no sólo de la pintura, sino de todas las artes. La pintura es, por cierto, primero pintura y sólo después, si se quiere, otra cosa: representación de la naturaleza o estímulo para una determinada acción o reacción sociales. Lo mismo vale para la poesía o la música. Pero, evidentemente, las formas artísticas puras se constituyen no sólo ontológicamente, en un reino de esencias, sino también antropológicamente, en el mundo humano -y nada de lo humano puede serle ajeno. De ahí la relación indestructible entre la ley estética pura, que rige el dinamismo de las formas en sí mismas, y las vivencias humanas que impregnan con su propia tonalidad a toda creación artística concreta. La relación del arte y la naturaleza es, así, una de las formas en que puede expresarse la conexión significativa, presente siempre en el arte, entre las formas y su sentido humano. Aparte de ella, existe la tensión -aún más profunda que la que da origen al naturalismo- entre arte y mundo inter-humano, o entre arte y sociedad, arte y religión, arte y política.

20 de marzo

Se puede aplicar también a la filosofía contemporánea la distinción entre *homo magus* y *homo technicus*. El existencialismo quiere establecer la magia del espíritu, mientras el empirismo lógico hace de la filosofía una simple técnica del intelecto.

---

[59] Son las iniciales de John Ford, a quien conoce en Punta Arenas en 1952 y en donde vuelven a encontrarse en los meses de enero y febrero de 1953.

Lo Numinoso se ha trasladado desde Dios y la naturaleza hacia el hombre mismo. Es ahora el hombre mismo -lo inconsciente, lo Social, la Máquina- lo sentido como primariamente extraño y aun tenebroso. Dios y la naturaleza son, por comprensión, la paz, y el antiguo temor y temblor, superado por el nuevo, es casi un consuelo. ¿No sucede así en Kafka, o en Léger y Chirico, cuando pintan máquinas y robots?

Significación de D. H. Lawrence como aprendiz de profeta de lo orgánico, del *homo magus*, contra el *homo technicus*. Magia de la naturaleza y magia de la técnica, las dos desesperaciones. La naturaleza como aceptación y retorno. Lo primitivo.

Santiago, 21 de marzo

No sé cuándo escribí en Punta Arenas estas líneas:

"Tener sol y tiempo, un ideal de vida. Habrá que llegar a la conclusión de que el microcosmos y el macrocosmos nada tienen que ver entre sí. El macrocosmos es humano y está, desde nuestro punto de vista, a nuestro servicio. ¿No es ésta una de las verdades de la Biblia? Incluso el célebre melón de M. de Saint Pierre tiene efectivamente sus tajadas bien dispuestas para la repartición familiar. Los demás puntos de vista no son nuestros y no pueden interesarnos sino en el caso de que los transformemos en ornamento, en cosmos."

La política no se justifica para el individuo sino cuando surge directamente de una experiencia moral. En cualquier otro caso, es demoníaca.

7 de abril

El Jueves Santo partí a Querelema con J. F. y A. B. Allí fuimos huéspedes de Edo. Moore. El viernes continuamos a Llico, donde alojamos. El sábado en la mañana recorrimos en bote una parte del lago Vichuquén, donde J. F. pescó un pejerrey enorme. El día estaba nublado y las aguas del lago, absolutamente tranquilas y transparentes. Hay allí gran abundancia de aves y en la quietud de las aguas se sienten sus gritos y llamadas, mientras saltan elegantemente al aire las cachambas y los cauques. En las piedras cercanas a los pajonales de la orilla se instalan los cuervos que parecen sostener el equilibrio del paisaje con la fuerza del pensamiento. Nadan hualas y taguas y vuelan tórtolas, garzas y un pajarillo rojizo que nuestro guía llamó azarcón.

En la tarde, A. B. y yo partimos a pie, de regreso a Querelema, mientras J. F. volvía en auto. Ibamos sólo con nuestros sacos de dormir y con medio kilo de queso. Atravesamos primero los bosques del vivero forestal de las dunas, formado por grandes pinos y eucaliptos que han vencido a la arena. La atmósfera del día nublado transpiraba aromas

vegetales, como los de *Jack in the bush* de D. H. Lawrence. Saliendo del bosque entramos en las dunas que formaban frente a nosotros una inmensidad lila, plácida de mirar, pero pesada para nuestros pies. Divisamos a dos mujeres que parecían aldeanas de las landas[60], que avanzaban hacia Llico. Nos dijeron que esa tarde no llegaríamos a Bucalemu ni a Boyeruca, pues estábamos demasiado lejos. Seguimos en busca de la Laguna Dulce, que era nuestro primer punto de referencia. Allí queríamos bañarnos. Pasadas las dunas, entramos en un caminillo polvoriento, rojizo, bordeado de zarzamoras y boldos parduscos. Sudábamos copiosamente bajo nuestra carga, sintiendo el placer de la soledad y del esfuerzo. Nos rodeaban campos de aspecto árido, muy pobres, pero se advertían las señales de las sementeras segadas del año anterior. Creíamos que la Laguna Dulce sería una lagunilla de agua clara que vimos en una hondonada, hacia el poniente, y hasta allí bajamos a bañarnos. Después supimos que la llaman "el agua dulcilla". Nadamos bajo la luz crepuscular y nos secamos con las manos. Unos niños invisibles nos gritaban desde un faldeo próximo, en donde estaban jugando. Una media hora más tarde, nos cruzamos con una mujer harapienta y una niña que traían brazadas de leña del monte. La mujer, con voz nerviosa, nos dio instrucciones sobre nuestro camino y nos advirtió que nos faltaban dos horas para llegar a las salinas de Boyeruca. Pero más tarde temimos perdernos y pedimos la hospitalidad de los dueños de una casa grande, medio ruinosa, edificada en un bajo y precedida por un pequeño jardín en que brotaban azucenas rosadas. El joven propietario y su mujer nos recibieron amablemente; nos invitaron a cenar y a dormir. La comida fue simple, una sopa de fideos, una costilla de cordero, papas y repollo cocido, dulce de membrillo, sin vino. Nuestro anfitrión, locuaz, nos contó bromas de aparecidos. En la misma pieza hicieron una cama, que yo obtuve por sorteo. A. durmió en su saco, sobre el mío, en el suelo. Yo quería sentir las voces de los pájaros nocturnos, pero el sueño me venció pronto. Despertamos a las 7 y media y no pudimos partir hasta las 8 y media, con dos horas de retraso sobre nuestros planes. Tomamos desayuno y subimos pesadamente una loma donde hubo trigo, hasta llegar al camino de Boyeruca. Mirando hacia el sur, nos despedimos del lago de Vichuquén y de la Laguna Dulce, que divisábamos a nuestra izquierda. En la tierra seca crecían florecillas tenaces, resistentes a la sequía. Tal vez se alimentan del magnesio del mar... A nuestra derecha, veíamos bajo una bruma ligera y triste las casas del pobre villorrio de Valdivia de las Salinas, rodeadas de montones de sal y tajamares que apresan el agua de la laguna de Boyeruca. Estas

[60] En su copia mecanografiada del *Diario*, Eugenio Oyarzún transcribe aquí "aldeanas de las lanchas", frase a todas luces sin sentido alguno. Sospecho pues un error de desciframiento. He reemplazado la palabra "lanchas" por "landas", que tal vez era la que se hallaba en el manuscrito, y que por lo demás se ajusta mejor al contexto de la narración.

salinas existen desde antes de la Colonia, pues ya los indios extraían aquí la sal. Más tarde la exportaron al Perú y un corregidor estableció que la sal producida naturalmente por la evaporación del agua en las grietas de la roca pertenecía al Rey. Se hablaba entonces de la sal del Rey. A la distancia, aquella vida en un paisaje descolorido me pareció angustiosa, ilimitadamente miserable. ¿Cómo viven los salineros? (Hace años, Mariano Latorre me dijo que quería escribir una novela sobre ellos). No se veían sino grupos negruzcos de matorrales. Seguimos por nuestro camino rojizo, que resultó ser, según he sabido después, el viejo camino real de la costa o camino de los costinos, que partía desde Valparaíso y pasaba por Casablanca, Rosario, Malvilla, Llo Lleo y Santo Domingo; bordeaba la Laguna de Cáhuil o de los Choros y Boyeruca y Bucalemu; subía al cerro de Llico, seguía por los cerros de Iloca y caía al Mataquito, a la altura del antiguo poblado indígena de Lora, en donde había un balseadero. Hallamos unas dos casas de gente pobre, con mazorcas de maíz en los techos, y nos cruzamos con un costino, un viejo de barba entrecana que parecía un jeque del desierto, que arreaba tres mulas cargadas de cochayuyo. Estábamos ya a 20 cuadras de la laguna de Boyeruca que, cuando la vimos, nos pareció el estero de Alcántara... La vadeamos, conducidos por un niño de la vecindad. Su madre no había reparado en nosotros, cuando bajábamos la loma, a espaldas de su choza, mientras ella se aprestaba para castigar a uno de sus hijos: "Me dan ganas de partirte el hocico...", le decía con expresión feroz, y el chico daba chillidos. Cuando le pedimos instrucciones, nos contestó con la misma amabilidad vehemente que habíamos encontrado en las otras. Cosía en su máquina, en el corredor de su casucha, frente a la cocina instalada en un cobertizo exterior. La laguna, de aguas macilentas, estaba poblada de garzas. Atravesamos, semidesnudos, el vado, y debimos repechar después un fatigoso camino de arena, para llegar a la puerta de Bucalemu. En la cumbre, comimos unas tajadas de queso. Por el camino de bajada, abundaban los chaguales, que formaban setos y que mostraban ahora unas flores que nos dejaron deslumbrados sobre sépalos cubiertos de un polvillo rosa como desprendido de azucenas, una corola de numerosos pétalos carnosos cuyos tonos van desde el coral al naranja, con estambres amarillos. La flor ocupa el centro bordeada de hojas espinudas y resulta increíble esa carne delicada, voluptuosa, entre tan zarpados rayos. A. se oponía a que yo cortara una o dos que quise traer, envueltas en un pañuelo, porque no deseaba destruir esas vidas. Ignorancia botánica... Había cientos de ellos, protegidos del polvo por quién sabe qué defensas, o simplemente por su naturaleza misma. Habría que llamar a éste chagual o cardo de la Pasión, pues florece al máximo en estos días. Un joven labriego rubio y de rostro muy fino, que parecía un griego, pasó arrastrando un cerdo, acompañado por una mujer que se le parecía. Nos aconsejaron acortar camino, metiéndonos por unos campos vecinos a un lugar en que trillaban a máquina y enfilando hacia una punta plantada de pinos. Debimos bajar y subir penosamente, abriéndonos paso por entre espinas voluntariosas, un tajo profundísimo abierto por las aguas y que

en primavera se cubre de helechos. Aún sobrevivían algunas doradillas. Parecía que no llegábamos nunca a Bucalemu, y después de un largo camino, a las Cabeceras, al final de unas vegas grises, entre cerros bajos con algo de monte y unas cuantas palmas. La fertilidad de las Cabeceras nos pareció paradisíaca. En un despacho compramos cigarrillos y bebimos un jarro de chicha dulce. En el horizonte estaban las colinas arboladas de Querelecura, a cuya cumbre llegamos después de 8 horas de marcha durante el día.

En 1658 era cura de Vichuquén don Martín de Oyarzún.

Interesante documento sobre el espíritu de la Iglesia en la Colonia. Dice Fray Gaspar de Villarroel en carta al Rey: "El clérigo cuya feligresía tenía por término un poblezuelo de 40 chozas, se halló obligado a administrar sacramento a 50 indios esparcidos de 4 en 4, a 8 y 10 leguas de distancia en 50 casas, con que hay doctrinas de 40 leguas. El estipendio tasado para cada cura son dos pesos y dos reales de cada indio; éstos le pagan de lo que al indio le han de pagar por su trabajo. Hay muchas doctrinas de 30 indios y otras de menos, esparcidas en 10 ó 12 estancias, a 4 y 5 leguas unas de otras; las cuales todas ha de visitar el clérigo para enseñar la doctrina cristiana en cada una, para decir dos o tres misas los días de fiesta, habiendo caminado después de dichas ellas 7 a 8 leguas antes de comer, para confesar, olear, bautizar y desposar, y esto a 200 ó 300 personas, negros, mulatos, mestizos, y españoles dueños de estancia, y a todos éstos se administra a costa de los 30 indios. Y el triste cura arriesga en ahogarse cada día por 60 personas en año". (Citado por René León Echaiz, *Historia de Curicó*, p. 87).

14 de abril

Almuerzo en el Rhenania con John Ford y R. H. El sol de otoño en un cielo transparente, ya débil, doraba las parras, mientras almorzábamos bajo el níspero.

Concepto japonés de *delimitación*. Panteísticamente, el artista japonés, dice Tsuneyoshi Tsudzumi, puede representar el cuerpo humano como paisaje.

¡Qué dulce crepúsculo! Apenas dorado sobre los cerros del poniente. Descansan en el aire, respirando esta luz sedante a punto de desvanecerse, como en el cansancio del amor, las torres de Andacollo y las agujas de las Sacramentinas. Sopla una brisa de la costa. La luz se va como la vida de un cuerpo que muere, dichosamente. Se va como debiera irse siempre, con una solemnidad tan natural, tan discreta, que inclina a la meditación, al reposo, a sentir la alianza del hombre y la tierra.

Al llegar casi la noche, el cielo del poniente se ha atrevido a encenderse en tonos de espuela de galán. Un cielo azafranado sobre las montañas de azul piedra, que he visto en intimidatorios grabados de viajeros que representaban con temor estas tierras de América. ¡Qué sorprendente! En este último minuto, el cielo se alivianó, como si

hubiera salido la luna a la orilla del mar, después de un día de playa que hubiera disfrutado hasta el último instante. Se debilita ahora, se va el cielo del día, feliz de sí mismo, y ya Venus se atreve también a surgir, próxima a su ocaso.

Félix Schwartzmann me entregó las pruebas de las primeras 70 páginas de su libro (tomo II)[61], para que le sugiera observaciones. *Tropo tarde*. Hasta ahora, me parece enormemente mejor escrito que el tomo I. El sujeto y el predicado pueden, al fin, mirarse las caras. El pensamiento, bien ceñido, y aun más que antes, interesantísimo en el fondo. Tengo debilidad por autor y libro. A pesar de que su tesis no sólo no me convence por completo, sino que llega también a sofocarme, con su obsesión *bíblica* de lo inter-humano. La Biblia es la descubridora de lo inter-humano elevado a la calidad de origen y fundamento del mundo, con su humanización de Dios en la persona de Jehová y en el anuncio de Cristo. El Universo es pálido al lado de Jehová; en cambio, el Cosmos griego tiene la misma -o mayor- altura ontológica que los dioses. No está Schwartzmann lejos de San Bernardo de Clairvaux cuando éste dice que no hay otra ciencia que la de Jesús crucificado -ni de Marx, que afirma que el hombre es lo absoluto para el hombre. Pues no se limita a organizar el mundo en torno al hombre. Va más allá, mediatizándolo -diría él- hasta el extremo de amenazar su misma existencia y de incitar a oscurantismo paradisíaco, sin Dios, luego sin ciencia, limitado a un horizonte humano que evoca el hermetismo de las tiendas hebreas en el desierto. Me recuerda también a Kafka, quien sin duda ha influido en Schwartzmann con más fuerza que ningún otro autor contemporáneo.

"Eternamente percibirá el hombre algo como íntimo, inalienable. Saber a qué todo colectivo se contrapone como opuesto complementario aquel núcleo espiritual inefable, he aquí lo fundamental", escribe Schwartzmann.

"Por lo que respecta al conocimiento de los fenómenos naturales quiero que a su estudio te entregues con el mayor afán, porque no debe existir mar, río ni fuente que tú no conozcas, así como todas las variedades de peces, los pájaros del aire, los árboles, los arbustos y los frutales, las hierbas, los metales ocultos en el vientre de los abismos y las piedras preciosas del Oriente y del Mediodía", le dice Gargantúa a Pantagruel[62].

Uno de los grandes hallazgos de Schwartzmann: el americano experimenta "un lúbrico vértigo ante el sexo concebido como naturaleza".

Veo que Hans Carossa recogió de Milton, uno de los sonetos de la Ceguera, su idea de *velar y contemplar* que un joven autor chileno ha usado en su última obra: "They also serve who only stand and wait".

---

[61] Este tomo II de *El sentimiento de lo humano en América* aparecerá a fines de 1953 (Santiago, Universidad de Chile).

[62] Citado por Schwartzmann, op. cit., p. 43.

Hay relación entre las tendencias abstractas del arte contemporáneo y el interés que han demostrado los artistas por las artes aplicadas, las cuales, en cierto sentido, son formas aun más puras que las obras de arte representativas.

20 de abril

El sábado fui a Caleu con R. H. El otoño es ahí aún más espléndido que la primavera. Miramos una vez más nuestro Roble tutelar -monte paterno, totémico que extiende sus brazos para proteger el valle en un semi-círculo de paz. Su grandeza crea la intimidad del hombre con la tierra de ese reino, pequeño como Itaca. Sus faldas y quebradas están ya leonadas por el otoño de los robles que se encienden con tonalidades tan variadas a lo largo del día, que el color tiene aquí el genio vagabundo y cambiante de los aromas. Lila al crepúsculo, como el humo de la alabanza. En el valle, los álamos balancean follajes ardientes que al menor soplo de viento se estremecen y las hojas caen con distintas caídas, algunas en arabesco, otras perezosamente acostadas en el aire, negándose a la tierra y defendiendo su vuelo. Desde los álamos al rosa de los perales y al escarlata del quintral florido, la luz atraviesa tabiques translúcidos como biombos japoneses y ella misma -como en susurro- funde en un solo resplandor cálido sus emociones diferentes y también parece subir al cielo, en alabanza.

Ayer llovió. Después de almuerzo, desde nuestra habitación, los techos de la capilla, en la atmósfera plateada, eran como los techos de París -tenían la melancólica solidez del Norte. Poco antes de la lluvia, recogimos peumos encarnados que el paciente cuece en la boca. Había un cielo precursor de nieve -cielo de un brillo fijo muy claro, casi blanco. En la noche anterior, sopló un viento huracanado que dispersó las hojas y empujaba las puertas con encono. Temprano en la mañana, la cima de El Roble estaba cubierta por nubes que venían de la costa en formaciones de asalto y que, al caer en las quebradas, se arremolinaban, danzaban o permanecían allí, ocultas, adheridas a los bosques.

En la estación de Til Til, encontramos a un grupo de muchachos que salían de una caseta y atravesaban los rieles, dirigiéndose a una pequeña taberna. En la oscuridad perturbada por los reflejos del acero y el eco de luces rojas y verdes, tenían con sus gorras de lana y de cuero rezumante de agua, un aire tan exótico como el de los marineros de un buque de Melville. Los hallamos de nuevo en el bar, a donde fuimos a beber un vaso de cerveza. Uno de ellos, cubierto de un capote negro y de un casco de cuero semejante al de Minerva, bebía allí como un mensajero etíope al servicio de la diosa.

Santiago, 27 de abril

Giovanni Battista Braceli dibujó hombres autómatas, "robots", en 1624. Sus hombres máquinas parecen seres de madera; sus movimien-

tos evocan las danzas de Joos. Uno de ellos sostiene con el brazo izquierdo el cuerpo de otro, que aparece embutido en el hueco de su tórax y que cuelga hacia adelante, cabeza abajo, con los brazos doblados, como gesticulando defensivamente. Solamente los pies del primero proyectan sombra en el suelo. En otra figura, el hombrecillo embutido ha pasado una pierna por la abertura del tórax de otro. Ya Erhard Schön, en 1538, había dibujado hombres cubistas en las ilustraciones de su obra *Orden de las proporciones*. Tales figuras están recostadas o arrodilladas sobre un suelo de baldosas rectangulares, en una bóveda. El torso es un paralelepípedo integrado por seis cubos; las cabezas son cúbicas y las facciones de las caras se distinguen en el interior, como si las paredes de aquéllas fueran transparentes. Piernas, pies y brazos son también figuras geométricas. La unión de gestos humanos y anatomías matemáticas es francamente repulsiva, desoladora en grado máximo.

Santiago, 3 de mayo

El 3 de mayo de 1902, al inaugurarse su curso de Clínica Quirúrgica en la Escuela de Medicina, el doctor Lucas Sierra se refirió a "la avalancha inmensa de desmoralización y desenfreno que lo ha invadido todo en nuestro país en los últimos años".

Atravesando el puente Manuel Rodríguez, seguí por Vivaceta hasta la casa de H. C.[63]. Difícilmente habrá ciudad más fea, miserable, sucia y deprimente en el mundo entero. No sé cómo la insensibilidad nacional tolera los basurales del río y el espectáculo lunar de esa pobre corriente que baja entre los montículos de escoria y mugre, al lado de una población callampa. Me avergonzó la existencia de esta pobreza humana -cientos de miles de hombres viven a nuestro lado una vida ominosa, pútrida, innoble, sumergidos en una letrina, mientras nosotros nos paseamos bajo los árboles. "El pauperismo agobiador no puede conducir sino a la degradación moral... A un pueblo hambriento y ocioso no puede aparecérsele Dios sino a través del trabajo, el alimento y los buenos salarios". No fue un simple político el que escribió las líneas anteriores. Fue Ghandi. Multitudes nuestras están ya envilecidas. Entre las basuras que se pudren en las calles, pues el servicio municipal de aseo no trabaja los domingos, con lo cual contribuye a que se alabe a Dios aun por los malos olores, las radios dominicales eran atronadoras. La transmisión de los partidos de foot-ball me parecía el símbolo de este vacío espiritual de la ciudad. ¿Qué han hecho los maestros? ¿Qué han hecho los curas? No es solamente la pobreza de este pueblo la responsable de su abandono; hay algo más profundo y oscuro, que se nota en la extrema fealdad -complacientemente aceptada- de todo lo que lo rodea. Al fin, el arreglo de la casa o el cuidado de los árboles de la acera son cosas gratuitas. ¿Habrá que esperar siglos? Una mejora económica revolucionaria del país es, en todo caso, impostergable.

[63] ¿Héctor Casanova?

15 de mayo

Sonaban anoche las sirenas de incendio y se oían las bocinas de las bombas mezcladas con un murmullo nocturno de ciudad entredormida. Se me hizo aún más patente lo monstruoso de nuestra carne pesada -indiferente al dolor, a la catástrofe; indiferente al prójimo. Si viviera en una aldea o en un bosque, me sentiría solidario de todo acontecimiento -podría acudir en socorro de una bestia herida, de un árbol tronchado, de un hombre en pena. Pero en estas ciudades enormes la carne dormita e impera y la gente hacinada se aísla en sus huecos de hierro, en torrecillas de humo, sin la mediación de una naturaleza viva que nos haga humanos. Lejos de ella, en nuestra vida urbana, aun la experiencia de la muerte se hace insignificante, vergonzosa -y, por lo mismo, atroz.

31 de mayo

Anoche comí con E. L. y B. Subercaseaux en un restaurant italiano vecino a la avenida Matta, después de la lectura del prólogo que B. ha escrito para la segunda edición de *Pena de muerte*. Lo elogia con entusiasmo. Identifica a Aurelio con el hombre de que habla Sartre -y sobre el cual había escrito previamente él mismo-, que se afana por encontrarse, por expresarse plenamente, desde lo biológico hasta lo espiritual. (¡Brava novedad!). Su escasa cultura filosófica permite a B. Subercaseaux ser encantadoramente ingenuo y descubrir raíces ya completamente secas. Observé los cambios que se operan en E. cuando trata con el glorioso escritor, transido de cortesía y de seriedad. Parecía un niño mientras escuchaba, protegido por las blanduras de un gran sillón, la lectura que B. hacía de la semblanza que traza de él. Después me confesó que había procedido de acuerdo con cálculos perfectos, desde que se trataba simplemente de obtener un prólogo. Cerca de las 12 de la noche, se nos ocurrió pasar al bar del Capri, para tomar un trago y telefonear a N. Parra. Allí fuimos víctimas de la más intolerable agresión por parte de un energúmeno borracho que bebía acompañado de sus compinches, todos ellos tal vez empleados de banco en juerga sabatina. Mientras hojeábamos el *Jemmy Button*, sentimos que un sujeto gordo, aún joven, de cara blanda y enrojecida por el alcohol, al pasar detrás de nosotros nos hacía determinadas tocaciones y, ante nuestras protestas, empezaba a injuriarnos. Nos conminaba a abandonar ese local, destinado a personas decentes, nos desafiaba a agarrarnos a bofetadas con él y nos aplicaba calificativos irrepetibles. Seguramente habían apostado entre ellos y él cumplía su parte. Nos mantuvimos razonablemente en un terreno de discreción, pero, para aplacar la conciencia, habría sido necesario pegarle, cosa que no hicimos. Me es imposible agredir físicamente. Por último, el monstruo cejó, pero la molestia producida en mí por su comportamiento me impedía después dormir. El individuo estaba poseído de un furor demoníaco, como si le hubiéramos inferido un daño irreparable. En él se podía ver lo gratuito de ciertos odios.

19 de junio

Como me produce tristeza el Diario abandonado, lo tomo esta noche de nuevo, aunque no tengo nada que escribir. Me levanté a las 7 y media de la mañana, e hice clases a profesores primarios en la Escuela Normal desde las 8 y media hasta las 11. Previsiblemente, la reacción de algunos fue entusiasta, lo cual no deja de conmoverme. Tal vez me premian el que en la clase me dé por entero, como un pianista en un concierto. Después, una reunión pedagógica, es decir, fatigosa hasta el límite. Almuerzo y una larga, insólita siesta que me dejó con el ánimo flotante hasta la hora del concierto dirigido por Igor Markevich. Mientras iba hacia el teatro, vi en los diarios de la tarde que esta noche electrocutaban a los Rosenberg. Me ha quedado un gran desasosiego; traté de representarme sus últimos momentos, que ahora, justamente, están viviendo, marido y mujer, unidos misteriosamente en la muerte, en el aniversario de su luna de miel. ¿Estarán juntos? La muerte no tiene por qué asombrarnos y forma parte de la cotidianeidad, pero qué incomprensible resulta dar muerte por medio de la ley, diríamos, sin odio, invocando a la justicia, al bien público. Eisenhower ha perdido mi escasa estimación. En un mundo de timbres, nada cuesta ser implacable. ¿Por qué no asiste a la ejecución? Debía imponerse legalmente a los gobernantes la obligación de conocer personalmente a los hombres a quienes se niega el indulto y la de presenciar su muerte. ¿Podrá decirse que los U.S.A. defienden los valores cristianos? Nuestro mundo carece de piedad. El cordero sangrante fue envuelto en la toga de los jueces. Cristo hablaba sin simpatía de los jueces. Cómo dirán estos jueces las palabras sagradas: "Perdónanos nuestras deudas, *así como nosotros perdonamos* a nuestros deudores..."

26 de junio

Después de leer *El tiempo del desprecio* de Malraux se me hace punzante la pequeñez egoísta, voluptuosa de mi vida. Mi falta de amor, de sacrificio, de destino. Es terrible pensar que, con el comunismo, desapareció la única gran causa colectiva que se opusiera humanamente, con calor humano, a la crueldad. También es cruel su régimen, aún más que los otros. Una auténtica cultura es la lucha por abolir la crueldad, que es la manifestación activa del odio -la mala naturaleza humana, no sólo fatalmente poseída, sino aceptada, transformada en acto, en libertad. Acaso odiar sea un castigo inevitable, la señal de nuestra limitación, la cara humana no iluminada por el resplandor divino. Pero la crueldad hay que elegirla y aun es preciso trabajar por ella, cultivarla -no es natural sino humanamente demoníaca. Un fondo tan apasionadamente humano como el del carácter de Malraux posee los extremos del amor y del odio, y bien se ve cuánto se defiende contra su propia crueldad, volcando el odio en aventuras, riesgos y peligros, en acciones de autodestrucción.

La humanidad es hoy más que una idea -es un deber que coincide con un deseo humano eterno que recién empieza a despertar o, mejor, cuya satisfacción recién empieza a ser posible. Sin una pasión por lo humano, sin una transformación imaginativa de cualquier hombre en prójimo real, no hay para nosotros grandeza humana. Lo demás es pereza, complacencia en el sueño privado, en menudas quimeras psicológicas. El ser es este hombre que somos, que eres, en toda la extensión de la tierra, con sus dioses, sus entusiasmos, sus enfermedades, el corazón del hombre que late sensibilizando el mundo.

¿Qué acción emprendes, más allá de la vanidad y la crueldad?

Terminé anoche la lectura del provinciano *Reportaje a mí mismo* de Benjamín Subercaseaux. Una dueña de casa que se cree gran hombre e infla el pecho para recetar en alta voz el consumo del cochayuyo y del luche. B. Subercaseaux carece de estilo; escribe a tropezones; cuando quiere ser gracioso, sus chistes son pesados de sangre; no tiene tampoco rigor intelectual ni finura en el manejo de las ideas. Es una tía solterona dedicada a meditar sobre el país -rara mezcla de Violeta Quevedo y Tancredo Pinochet. Es bien difícil imaginar un hombre con menos condiciones literarias y con más desesperante obsesión de serlo.

28 de junio

La naturaleza vencida por el hombre suscita dioses. Inspira el deseo de volver a ella y el corazón humano siente la necesidad de un nuevo pacto. Acabada la guerra, disfrutemos de paz, celebremos al fin nuestras nupcias. ¿Verdad, Rousseau? Mary Webb, en *Gone to Earth* -que leo ahora en cama- canta las frustraciones del industrialismo, de las absorbentes ciudades y quiere, olvidada de la lucha cuerpo a cuerpo entre el cazador y sus bosques hostiles, proteger a los pájaros, identificarse con alimañas, flores y cielos. Su Hazel es semejante a la Hija de la Didí de *Mansiones verdes* de W. H. Hudson. ¡Qué distinta es la actitud literaria de nuestros escritores ante la naturaleza! Nosotros estamos en plena lucha y nuestra naturaleza no es todavía amante que pueda ser contemplada. No la comprendemos y esto es lo más importante, porque el dominio que el inglés ha obtenido no es solamente físico -es también y sobre todo moral, dominio poético, que se expresa en descubrimientos, visiones singulares, discriminación de plantas, peces, nubes, insectos, iluminados en la contemplación. En nuestros poetas hay forcejeo con el mundo natural, abrazo y entrelazamiento. Hora es de mirar.

¿Tendrá algo que ver el paraíso perdido con el descenso que sigue al acto sexual? De ese paraíso se cae.

El amor sacramental de la naturaleza.

6 de julio

El sábado en la noche, tempestuosa comida con Benjamín Subercaseaux, J. Onfray y M. Espinoza.

El domingo en la mañana paseo en automóvil con H. Díaz Arrieta y G. Peña.

Durante unos minutos, paseé por el Parque con R. H., al acabar un día increíblemente gris, contra cuyo cielo se distinguían hasta las últimas ramillas de los plátanos. La ciudad estaba desierta; podíamos pensar que éramos los últimos sobrevivientes de la pena del mundo, y preguntarnos como el coro de *Murder in the cathedral*: "What sign of the spring of the year? Only the death: not a stir, not a shoot, not a breath. Do the days begin to lengthen? Longer and darker the day, shorter and colder the night..."

Vi a E. L. arrastrando sus alas escamosas.

Extraordinario pasaje poético el lamento del coro después de que el Arzobispo ha sido amenazado de muerte. Pocas veces he leído tan elocuente canto de congoja al pecado cósmico del hombre.

A propósito de los argumentos especiosos y farisaicos de Henri Rambaud contra la sinceridad de André Gide en su *Diario* -los cuales valdrían también para él-, podría citarse este verso de T. S. Eliot: "Human Kind cannot bear very much reality".

9 de julio

Con ayuda de X-B. Saintine, autor de la obra *La mythologie du Rhin et les coutes de la mère-grand*, recuerda Bachelard en *L'eau et les rêves* las relaciones entre la muerte y los cuatro elementos. Los cutas solían poner el cadáver en un árbol y abandonarlo en las aguas de un río, o lo colocaban en lo alto de un árbol para que sirviera de alimento a las aves de rapiña. Neruda, en su poema "Sólo la muerte", se representa *ataúdes a vela*, ataúdes que suben "el río vertical de los muertos", "el río morado, hacia arriba, con las velas hinchadas por el sonido de la muerte..." También la asocia -a la muerte- con la tierra: "su canto tiene color de violetas húmedas, de violetas acostumbradas a la tierra", y con el aire: "de repente sopla: sopla un sonido oscuro que hincha sábanas", para volver al agua: "Hay camas navegando a un puerto en donde está esperando, vestida de almirante".

Baudelaire había exclamado en *Les fleures du mal*: "O mort, vieux capitaine, il est temps! levons l'ancre".

Más que el barco del Holandés Errante, el Caleuche es el barco de los muertos. ¿O son los dos el mismo? Aun pudiera ser que la leyenda hubiera sido traída a Chiloé por los corsarios holandeses del siglo XVIII. El Caleuche está tripulado por muertos, pero se relaciona con ciertos magos aún vivientes, con "gente de arte" que le suministra provisiones: son los proveedores de que hablaba una vieja de Ancud.

El agua era su elemento; él tenía algo de pez. R. H. decía que parecía un caballito marino.

"Translúcido membrillo sobre el páramo frío".

Se enciende el cielo del poniente, con resplandor oscuro. Densidad sobre los cerros, tras los humos de la ciudad en su cráter, el cielo espuela de galán se consume, se acaba, se va de viaje hacia el fondo del mar, penetra en las olas, las dora como a la carne el fuego y sigue hacia adentro, más allá -cautivo de una luz tan pesada, que el cielo de la noche, liberado, corre y goza de su juventud. ¡Oh, tras la vejez del día, la infancia de la noche!

En mi infancia, alcancé a escuchar en Santa Cruz leyendas de ninfas que conservaban las gentes del campo. No recuerdo bien si era mi tío Isaac o era mi tío Manuel quien contaba que en Lihuelmo -en donde se hallaba el fundo de mi abuelo- se decía que una niña muy hermosa salía del estero y se sentaba a la sombra de una higuera a peinarse sus largos cabellos rubios con una peineta de oro. El estero, de aguas mansas, que corría entre sauces cuyas ramas flotaban en las ondas, tenía, a pesar de su tranquilidad, algo de trágico. Allí se ahogó, siendo todavía muy niño, uno de los hermanos de mi padre, el que llamaban el primer Antonio, para distinguirlo del otro a quien después pusieron su mismo nombre. Conservo una fotografía en que mi tío Manuel, nostálgico, mira las aguas y los ramajes, unos meses antes de su propia muerte.

Acaso los famosos *cueros del agua* que, según nuestros campesinos, pueblan los ríos y los esteros, acechando a los hombres para envolverlos con sus tentáculos invisibles, sean una transposición indiana de los cabellos de las ninfas que se apoderan de quienes se bañan.

Bachelard muestra las asociaciones de la cabellera -primero de las ondinas, ninfas y náyades, y después de toda cabellera- con el agua, con la corriente de los ríos, con un arroyo -en "Forse che si, forse che no" de D'Annunzio-, o con el mar fosforescente, en *Séraphita* de Balzac. Sin otra intención que la de comprobar el parentesco, traté de recordar alguno de mis poemas para ver si ahí también se encontraba la asociación presente. De inmediato hallé en "El bosque", que pertenece a *Las murallas del sueño*, estas líneas que, en el lenguaje de Bachelard, son el producto del complejo de Ofelia: "Su cabellera *como el mar*, su cabellera *plena de latidos*, mordida por los palpitantes surcos de la noche. *Flotan* sus brazos iluminados, *flotan* sus gestos oscuros y movibles... Su cabellera desordenada y sola. Organiza el ritmo de lo indomable (¿la muerte?), y es la forma viviente del silencio..."

10 de julio

Lectura de siesta: el folleto "Perfil cultural de Hispanoamérica", escrito por el señor Angel Alvarez de Miranda -uno de esos ensayistas de la Hispanidad que hacen durante su lectura odiar a España violentamente. Irrealidad y fanfarronería se dan aquí la mano para soltar

disertaciones increíbles sobre el "catolicismo entrañable" de América y sobre nuestra supuesta formación a través de los pensadores españoles. El argentino César Picó sostiene que la Hispanidad es una real estructura supranacional que sostiene nuestra vida y que España es para nosotros lo que Europa es para España; por lo tanto, deberíamos asimilar a Europa a través de España. ¡Bien aviados resultaríamos así! Tal racismo arqueológico me parece repulsivo -el producto de un simple resentimiento fundamental, ni más ni menos que el indianismo o autoctonismo de los mexicanos. Lo español está o no está en nosotros, según nuestra constitución y preferencias personales. En un sentido creador, no hay en el mundo contemporáneo naciones rectoras. El mundo, a pesar de todo, se ha abierto hasta hacer posible una efectiva mundialidad en lo que concierne al pensamiento y a la vida del espíritu. Apenas puede España consigo mismo y pretende regirnos. Es como para admirar y seguir de nuevo a Lastarria... Pocas ideologías más endebles y puramente literarias que el Hispanismo. Si poseemos algún destino específico, él no puede ser otro que el de una auténtica universalidad; que en nuestras tierras, por primera vez en gran escala en la historia, convivan y se mezclen todas las razas, dentro de una efectiva libertad, favorecida incluso por la enormidad de nuestros territorios. Que haya aquí repúblicas democráticas, ciencias, artes, filosofías, religiones, técnicas, sin limitaciones ideológicamente impuestas bajo la presión de exclusivismo ingenuo. Después de que estos caballeros nos perdieron por su inveterada torpeza y después de los horrores infecundos de su guerra civil, pretenden arrastrarnos hacia un catolicismo despótico que considera poco menos que heréticas a las doctrinas de Maritain y que mira con escándalo las "liviandades galas".

Será bueno alguna vez utilizar como testimonio ilustrativo de las muy opuestas maneras de ver los sucesos de 1830 en Francia, las frases conmovidas de Marceline Desbordes, que reproduce el escritor católico C. Lecique en su librito publicado, con aprobación de la censura eclesiástica, por el editor Lethielleux de París, en 1913. Cito a Lecique: "La más dolorosa de estas estadas fue la que hizo en Lyon, desde 1829 a 1834. Hacia su fin, fue allí testigo de las insurrecciones populares. Asistió a esas jornadas sangrientas en que la voz del cañón respondía a los toques de queda; en que se fusiló en la calle y *hasta en las iglesias* a centenares de obreros rebeldes. Es fácil representarse su estado de alma en medio de estas hecatombes. Escribe a Emil Souvetre: "He visto este motín ahogado bajo el cañón y el buen orden, como ellos dicen. El hambre y la desesperación están debajo. Por encima, se va y se viene, se hacen visitas, se hacen compras, se hacen regalos. Todo es como antes. Sólo los muertos han comprendido la lección. Ella no es comprendida por los que sobreviven. Volverá a comenzar, más terrible tal vez, pues el pueblo, al que llaman turba y hez, en el tiempo de su desesperación, en su reinado de cinco días, ha sido sublime de clemencia, de orden y de generosidad. Aparte dos o tres energúmenos que han dado muerte a varios de nuestros queridos soldados, ya caídos en tierra -¡qué

dolor para quien lo ha visto!-, el resto de este pueblo hambriento, estad seguro, ha sido como retenido por la imposibilidad de ser malvado. Este inmenso fenómeno no ha sido señalado por nadie, pero yo he sentido varias veces cómo se doblan las rodillas de gratitud y admiración" ".

El mar ha gastado su mirada. Los ojos de la estatua son ciegos, pero en su lugar brilla el rocío de la inmovilidad. El viento frío corre a su alrededor con pies descalzos, animándose con voces forzadamente alegres, de duna en duna, para no perecer. De la estatua es la paz. Sobre su cabeza giran esferas transparentes que se alternan a uno y otro lado del vacío. El mar arroja en sus brazos flores desgarradas, mientras la estatua vela en el centro de un jardín de aguas. Frente a ella, los días se levantan con veinte o más ojos irisados, con edificios recién construidos, con algas moribundas. La estatua, indiferente, respira el oxígeno que brota de la luna. A sus pies, se agita el mar, frenado por la mano escondida que empuja a cada ola. La arena brilla cuando un pez suelto en la muerte, cae sobre ella. La estatua mira la hoguera pálida del Polo.

15 de julio

¡Cómo retratarte, cielo del crepúsculo! Cómo responderte, cómo imitarte. Diariamente asisto desde mi ventana a esta transfiguración, a esta opulencia del poniente, sobre los cerros de la costa. Indescriptibles, innombrables colores; asociaciones imprevistas no sólo de luz, sino también de materias: el aire naranja, azul, verde, transparente, sin peso, enlazado con la densidad de las nubes que pesan como campanas, nubes salmón, nubes de oro derretido, o plumajes lila, gris perla, escritura en el cielo como de agujas impalpables de pino -densidad del vapor y de la bruma que hubiera amado un Turner.

Ocultad bajo el agua mi corazón. El cielo se ha confundido con el mar. Podéis nadar, coronados de musgos, en perfecto silencio, sobre las cisternas blancas de la tierra. El mar ondula sobre los árboles y su movimiento es delicado como el estaño que la golondrina deja detrás de su vuelo. Nadar es una necesidad absoluta. Podéis nadar a través de las campanadas que hacen respirar al oro en su reposo. La espuma, piña coronada de hojas, pavo real de la ola, se solaza en el cielo, con la pasión de la luz alrededor del ala de los pájaros. Yo soy también el júbilo de los horizontes extendidos por tu gran tristeza.

El agua inerme del corazón. Pero queda en las arterias un áspid de sal.

16 de julio

Después de almuerzo, visita de E. Molina, a quien le leí la traducción que hice de un fragmento de *The murder in the cathedral*, que encontró magnífico. No menos magníficos encontró los poemas míos que le leí como si fueran de Eliot. Si hubiera sabido la verdad, habría modulado cadenciosamente su entusiasmo, con notas graves y agudas.

22 de julio

Es divertido que ahora valga sobre todo para los comunistas la célebre frase de Tertuliano: *Credo quia absurdum.*

La fe como origen y norma reguladora de la conducta sólo se justifica cuando se confunde con el amor, como en el auténtico cristianismo. Sin amor, toda fe actuante se resuelve en crueldad.

La comunicación con el otro -o con los otros- es para Jaspers la aspiración última del filósofo. Tal es también, me parece, la tesis final de Schwartzmann. Los dos angostan la filosofía y la reducen a una moral. Según ellos, en una sociedad de hombres felices no habría filosofía. Yo creo que la habría siempre, desde que una comunicación ingenua, inmediata, amorosa entre los hombres, lejos de cerrar el misterio, lo abre.

Diríase que existen varios, aun innumerables, planos sobre los cuales el hombre experimenta su libertad. Ninguno de ellos es, en un sentido humano, ilusorio; en todos se da una libertad real, incluso en el sonambúlico. Anoche yo penetraba solo, en busca de alguien, por los peores barrios nocturnos. Me sentía desafiante, invadido por un soplo juvenil de aventura, perfectamente libre y, además, invulnerable, por encima de todos los peligros. Ningún cogotero podía hacerme nada. Yo lo sabía. La ciudad me parecía el escenario de piedra de un drama italiano de Shakespeare. Yo mismo era un hombre del Renacimiento. Hoy, al despertar, he revivido, con otra conciencia, los peligros a que me exponía tontamente, arrastrado por un deseo que ahora no podía aceptar sin repugnancia. Hoy rechazo libremente lo que libremente fui anoche, un poco borracho, medio delirante, pero instalado también de un modo particular en el centro de mi libertad.

Caleu, 1 de agosto

Desde ayer aquí, con R. H. Exploramos la tierra para adorar las primeras revelaciones de la primavera. En Til Til, vimos cerca de la estación un almendro florido, cargado de flores blancas que pesan contra el cielo de un azul oscuro. Las abejas han salido de sus colmenas cerradas durante el invierno. Entrecerrando los ojos, R. dio gracias por ver otra vez ese azul entre las ramas en flor. Desde una casa pintada de un rosa suave, salió silbando hacia el terraplén del ferrocarril, verde de pasto, el más hermoso de los muchachos que vimos al empezar el invierno. Entonces llovía y se había cubierto con un casco negro de cuero que chorreaba agua. Ahora iba en camisa frente a unos aromos a punto de florecer.

Apenas se anuncia en Caleu la primavera. Ya viene, sin embargo, y hay que cantarla con el estribillo de la *Vigilia de Venus*: "Amad mañana, vosotros que habéis amado, y amad también mañana los que no habéis amado todavía". Las yemas de los robles están a punto de abrirse,

envueltas en una pelusilla plateada; el canelo muestra botones de laca de donde saldrán las nuevas hojas con el presentimiento de la flor; todas las ramas están ya heridas por la primavera, cuyo resplandor será alimentado por las nieves del Roble paternal. Furtivamente se enroscan en los árboles los tallos tiernos de las enredaderas y el chupa-poto -no tengo más remedio que llamarte así, guirnalda de Endymión dormido- sube por el aire con sus minúsculas estrellas rampantes y sus pececillos rojos, de los cuales vimos hoy los primeros. En la espesura de los arrayanes, entre las piedras azules de las pircas, se sueltan los apretados botones del peral del Japón, cuyos estambres de oro riman con el sol, padre de toda cosa. Recogimos violetas de la orilla de un arroyo e hicimos un ramillete con sus propias hojas y una hoja seca de álamo. Siento el aroma mientras escribo, mientras ladra un perro en el silencio de la casa, y Roberto frente a mí, y el cielo frío se hace visible con tantas estrellas y con una Vía Láctea tan densa, tan material, que podría pensar que ha sido recién lanzada del pecho de Juno y que llega hasta nosotros que la miramos.

"Así será la eternidad -que siempre estamos como estábamos..."

Santiago, 11 de agosto

Una de las necesidades vitales del hombre: vencer a la muerte haciéndola estimable -humanizándola, divinizándola, transformándola en rito, el rito de la muerte. La cultura humana es inseparable de los ritos funerarios, pero no sólo de la inhumación sacramental de los cadáveres, sino también del sacramento de morir. Deseamos, en el fondo, un buen morir, un bello morir -tomar a la muerte por las astas.

Sin vigilancia sobre sí mismo, el hombre deja de ser humano. Esa vigilancia se llama cultura.

Acaso la vida urbana, ocultando el sentido genérico del amor, que vemos en animales y plantas en plena naturaleza, conduzca al homosexualismo o, por lo menos, a un homosexualismo sórdido, vicioso, sin belleza.

He visto en estos días a la ciudad política y administrativa -la polis- como un hormiguero en que nuestros conciudadanos se entregan al juego oscuro -háptico- de las hormigas en su universo ciego. Cada día veo mejor que la política tiene inevitablemente sus leyes propias, las del poder, sin otra relación con la vida real del resto de los hombres que la recurrencia verbal a sus intereses, de acuerdo con las reglas del juego. Ni al Presidente de la República ni a ministros o parlamentarios tiene por qué interesarles el bien común, desde que están allí, en el estadio del poder, como los jugadores de foot-ball en la cancha -independientes de los espectadores, convertidos en espectáculo. Los alaridos de aplauso o repulsa forman, para ellos, parte del juego, pero no son en absoluto reales.

14 de agosto

F. S. me dice que dentro de 5 años y 1 día, me hablará de algo que no puede comunicarme ahora.

10 de octubre

En todo este intervalo, acción. Llegué a perder la tranquilidad del sueño. Sobresaltos, entusiasmos, caídas.

El joven judío dijo que se sentía solo, pero que no quería tener amigos. Tenía algo de loco y una disimulada ternura. Reveló un completo desinterés. Se acercó a nosotros, atraído por la noche, que arrastra como el mar toda clase de animálculos hasta la playa. Había bebido en un baile y no sabía orientarse. Inmediatamente confesó que se hallaba muy solo, que deseaba partir a México, que era judío y que nosotros también lo éramos. Nació en Stalingrado.

Santiago, 22 de octubre

Hay personas que buscan su muerte con cólera, exasperadas contra la vida, hasta exhalar un último suspiro de mal genio.

Mi madre no puede tolerar el descanso. Tiene a la casa metida en su sangre; no puede estar en cama tranquila porque, según ella, hay siempre tanto que hacer y nadie puede hacerlo bien, sino ella. Lanza su mal humor al mundo, bajo la forma de trabajo.

10 de noviembre

Anoche, comida con I. V. Podría ser arrastrado por una violenta pasión física. Tal vez no por otra. O tal vez sí. Gradualmente va echando más y más lastre a tierra.

Día blancuzco de primavera ociosa. Nubes blandas, inmóviles. Estoy lejos de toda naturaleza, en pleno mar humano, medio deshabitado también, perdido entre las malezas.

16 de noviembre

Gran sorpresa descubrir que Waldo Frank es un buen escritor -hasta un gran escritor- en su *América hispana*. Tiene el sentido de lo cósmico y sensibilidad para el misterio humano. Al comenzar, temí que su lirismo fuera puramente verbal, pero me encuentro con que sus palabras orgiásticas se agarran a las cosas y las ponen en movimiento. A pesar de todo, son demasiado numerosas y sin duda por eso no han entrado en el mundo anglosajón. Pero, en todo caso, es mucho más que lo que yo pensaba. Tenía la falsa idea de que no era sino un idolillo adorado por Gabriela Mistral y por las mentes ociosas del continente.

Las revistas de hoy comentan mi derrota como un traspié del Gobierno en la Universidad. Me avergüenza aparecer bajo esta luz que no me corresponde. Torpeza de J. G.[64].

30 de noviembre

Anoche regresé con R. H. y H. C. desde Caleu. La madurez de la primavera podía apreciarse por el espesor del perfume en nuestro vagón de 3ª, cargado de claveles y nardos. Nosotros éramos, con nuestras mochilas, los únicos pasajeros entre los bultos que semejaban personas.

Partí el viernes con H. C., en un tren del atardecer. Llegamos a Til Til con la noche y en el andén de la estación encontramos a F. G., que se paseaba en camisa, moreno como el cielo. Entre los muchachos y niños admirados, organizamos nuestra carga de excursionistas, y partimos hacia la Cuesta de la Dormida. F. G. nos hizo pasar a su casa para llenar de agua las cantimploras. Allí nos presentó al buen hombronazo de su padre, jubilado de ferrocarriles, y a una de sus hermanas, gordita, morena de grandes ojos oscuros y tranquilos. Su madre estaba enferma. El nos acompañó hasta el cruce desde el cual se desprendía nuestro sombrío camino, por el que avanzamos, hacia el poniente, durante dos horas de noche, oyendo el salto de las aguas que bajan de los cerros y lejanos ladridos de alarma, bajo un cielo sin luna. Sólo nos cruzamos con dos hombres silenciosos que nos dieron las buenas noches en una garganta de la cuesta. A las 11 decidimos acampar en una ladera. En la noche desperté y vi la salida de la luna menguante, inmediatamente seguida por el amanecer. El aire estaba embalsamado por las flores del palqui. Hicimos fuego a eso de las 6, ya en pleno día, después de haber reconocido el lugar, que resultó ser el terreno vecino a una casa, cuyos dueños celebraron con nosotros nuestra aparición imprevista. Todos nos burlamos de los perros, que no se enteraron de nuestra llegada nocturna. Bebimos leche recién ordeñada, que nos ofreció la mujer -una morena bondadosa, sin dientes, de espléndido humor, rodeada de sus chicos en el corredor de su pobre casa. Admiramos su jardincillo plantado de clarines y de cáñamo. Hacia la costa, medio cubiertos de niebla, se mostraban los farellones lila de las Vizcachas, altos y enteramente pétreos. Nos hallábamos en un vallecito estrecho de pequeños predios de árboles frutales, trigos y cebadas aún verdes, llamado El Asiento.

Seguimos subiendo toda la mañana, hacia la sierra de las Vizcachas primero, y después, por el camino del Roblecillo, hacia el llano de Caleu, que dominamos cerca del mediodía. Era el día glorioso de ese camino

---

[64] Estas iniciales podrían ser las de Juan Gómez Millas, profesor de la Universidad de Chile, que ocupó cargos importantes de su administración. Lo que Oyarzún comenta tal vez sea el fracaso de una postulación suya a algún cargo administrativo destacado de la Universidad, y en la que Gómez Millas quizás intervino como mentor.

de montañas, inundado ahora por las flores fugaces de noviembre: calceolarias delicadísimas, de tono amarillo limón; canelos floridos, humerianas mórbidas, oyarzunias excelsas, huillis enormes, principillos, falsos capachitos, toda nuestra flora familiar de Caleu respiraba allí gozosamente al sol y a la sombra de las quebradas. Desde la altura dominamos los dos valles, el conocido y el por conocer, regidos por las cumbres del Roble y del Garfio. Almorzamos en el llano bajo un bosquecillo de perales, mientras un viento fuerte traía nubes blancas, esculpidas desde la costa. Dormimos también al sol unos cuantos minutos y nos perdimos después en las tierras, fértiles a trechos y a trechos barrenadas y revueltas por los mineros de Caleu. Unos niños nos dieron agua en una casa en donde acababan de sacrificar un cabro de dos años y después una loca embarazada nos dio instrucciones sobre el camino en una casa antigua y solitaria, cuyos pilares de madera eran sostenidos por capiteles coloniales. Nos acompañó unos metros para ponernos en nuestra ruta y se alegró de saber que volveríamos al día siguiente. El año había sido tan malo para la fruta, nos contó, que el damasco de su huerto no tenía sino la suficiente para humedecer la boca. El agua se secaba y había que ir a buscarla lejos. Ella vivía sola con su madre y una hermana. Otra hermana había muerto. La casa era tan vieja. ¿Eramos nosotros vendedores de ropa? Continuamos hacia la Capilla por senderos escarpados, bajo un candente sol de siesta que apagaba hasta el canto de los pájaros. Sólo las codornices lanzaban en la espesura llamadas de anhelo, voces cálidas que convocan impacientes.

Descansamos, esperando la llegada de R. H. en su autobús, en el corredor de la hostería, frente a la Capilla. Todavía están las acacias floridas, pero el suelo está ya alfombrado por la basurilla blanca de los racimos. Conversamos lentamente con un viejo, mientras bebíamos cerveza. Siempre hay leones en los cerros y de cuando en cuando se llevan vaquillas, ovejas o cabras. Llegó R. A causa del rodeo de Caleu, el autobús venía atestado. En el camino subió una vieja cubierta de velos negros, a la que abrieron paso unas mujeres que imploraban un asiento para la abuelita que venía ahogada: ¡Ah! ¡Ah!, resoplaba la anciana que, apenas pasada la expectación que producía la vista de su cansancio, descansó y se calló.

Al caer la tarde, R. H. nos acompañó hasta una casa cercana al portezuelo de Vichiculén, donde admiramos unas rosas enormes y vimos cocer el pan en un horno dorado por el calor. No anduvimos mucho después. Dormimos en el segundo piso de una casa, cuyo dueño, don Serafín Salinas, se hizo cargo de nosotros, que en la oscuridad nos habíamos perdido. Comimos a la orilla del fuego bajo un peral y fuimos poco a poco conociendo a algunos de sus 12 hijos, que llegaban del rodeo. Partimos temprano y muy poco después dominamos el valle de Vichiculén y de Llay Llay, con las fértiles tierras lejanas y los bosques y matorrales próximos, en una sucesión de planos que la Cordillera de Aconcagua cierra en el horizonte.

Til Til, 8 de diciembre

Después de un baño en el agua fresca -tibia casi- del estero, se siente el cuerpo agradablemente laxo, suavizado por la linfa atravesada de verdes algas en el fondo. El ocre de las colinas va sutilizándose también hasta llegar al marfil. Junto a nosotros se bañaban unos jóvenes que hacían piruetas en el agua con alegría de delfines. Uno de ellos, muy gordo, gozaba de su torpeza al zambullirse y hacía reír a los demás. Nuestro compañero, el pequeño Guido, se lanzaba como un pájaro marino en vuelo horizontal, mientras los demás chicuelos chapoteaban, siguiendo las instrucciones de R., que pretendía enseñarles la flotación indefinida. Todos eran morenos, tostados como cacharros de greda, y resultaron ser cuatro hermanos en una familia de 11. El mayor tiene 14 años y desde hace 8 trabaja como minero, lo que no le ha impedido aprender a leer, a escribir y a contar. Todos los días, a las 3 y media de la mañana, parte con sus burritos a la mina de El Guindo, a 7 kms. de distancia, en busca de mineral de oro que transporta hasta las cercanías de Til Til. Así gana hasta $300 diarios que entrega a su madre. Nos decía alegremente que trabaja desde hace 8 años y que espera tener 6 burros dentro de unos meses, para ganar $500 diarios. Uno de los guarisapillos humanos declaró que el padre es "tomadorcito", pero que, trabajando entre todos, la madre y los niños se mantienen.

Nos vinimos después hacia el pueblo viejo y miramos unos instantes la partida de foot-ball a través de una alambrada. Panchito Guerrero es el goalkeeper de los ferrocarriles. Con una camiseta de color verde jade y sus largas piernas decoradas por medias de franjas verdes y blancas, parecía, según R., un antílope joven.

Escribo junto a un pequeño parrón en una ventana frente a la cancha de juego. Suena desmayadamente el silbato del árbitro, mientras conversamos con la patrona, una morena fina que nos habla de sus flores y de sus árboles. Descubrimos una azucena roja de pétalos aterciopelados, de un tono profundo. De uno de los postes del parrón cuelga una hiedra de flores lilas, plantada en una olla azul, y de otra, una mata de claveles. La madre de la mujer era aficionada a las plantas y a los pájaros. Criaba tordos que hablaban y pajarillos silbadores. Ella les hablaba y les silbaba. Los pájaros se apoderaban a veces de los dedales y huían con los ovillos de hilo. A la sombra verde del parrón de envolventes guías, crecen matas que gozan del frescor -hasta un duraznillo que muestra sus frutos. Por el camino pasa un arriero con su tropilla de borricos grises. El cielo se ha cubierto de cirros blancos. Sopla una brisa refrescante que mece las ramas pendientes del nogal negro, que en esta región prospera aun mejor que los algarrobos y espinos. Nos cuenta que el agua de Til Til es variable; que la hay muy buena, pero que otras son duras, saturadas de minerales. En una casa cerca de la iglesia, tuvieron que cavar un pozo de 25 metros.

Las cabras regresan a sus majadas. Golondrinas todavía afanosas planean en vuelo rasante; la tenca se despide del día, con una voz que

sugiere la madurez del amor. Una a otra se hablan a través del valle, entre las colinas doradas. Los álamos se ordenan siguiendo el filo del agua, detrás de unas sementeras. Algarrobos, olivos, tunales dan la justa medida de estas heredades ocultas al oriente de Til Til. El algarrobo tiene un follaje claro, aéreo, pero en este instante reposa gravemente, dedicado a la meditación del crepúsculo. Una mujer llama a sus cabras; en otro aprisco, juegan con ellas unos niños, convenciéndolas de que ha llegado la hora de recogerse y dormir.

13 de diciembre

Restaurant El Jote con R. H. y E. M. Parecerá increíble recordar que esta mañana subí con nuestra buena Gorila Sara a las gargantas del Roble, para ver a la vez el mar y el Aconcagua. La madre consentidora "rengueaba", pero subía sin quejarse, mirando desde muy cerca las flores silvestres y con lirismo geográfico la cordillera. Admiró el paisaje de un valle ultramontano y lo relacionó de inmediato con algún pintor alemán cuyo nombre se le escapaba. A pesar de su "flebitis alcohólica", subía y subía y estaba feliz. No le faltaban sino paisajes de nube y belleza humana, me dijo[65]. En la mesa vecina -de mineros de Polpaico, según se supone-, beben y discuten de fútbol algunos mozos despiertos, entre otros dormidos, uno de los cuales bosteza y reposa, con los pies descalzos con calcetines a rayas -y con sus zapatos mocasines al lado. Se ha llenado de colores la antes descolorida vestimenta popular.

14 de diciembre

Determinamos el nombre científico de la "humeriana mórbida", que suele ser llamada "azucena de campo" -según le dijo a R. una anciana de Caleu- o "pata de vaca". V.M. Baeza, en su libro *Los nombres vulgares de las plantas silvestres de Chile*, la identifica como *Chlorea speciosa*. Es, como pensábamos, una orquidácea. Crece en el centro y el sur de Chile, tiene raíz fasciculada y flores blancas en espigas. (Ayer encontré un ejemplar de flores amarillas). Su nombre de *Chlorea* se debe a las protuberancias verdes del labelo. Venimos encontrándola este año desde hace por lo menos 4 semanas, pero ha sido esta última la de mayor abundancia y esplendor. Crece aun en terrenos secos, en faldeos expuestos al sol, entre los matorrales, de los cuales cuesta a veces sacarla. Subiendo hacia El Roble, aparece hasta unos 1800 metros de altura. Primero creíamos que se daría preferentemente en tierras húmedas, a la sombra de rocas, pero no es así[66].

---

[65] Entre el 8 y el 13 de diciembre hay una o dos páginas perdidas del *Diario*. Ello explica la confusión que se produce en el lector con respecto a la identidad de "nuestra buena Gorila Sara".

[66] Este texto fue reescrito por Oyarzún e incorporado a su libro póstumo *Defensa de la tierra* (Santiago, Editorial Universitaria, 1973. pp. 51-52).

16 de diciembre

Acabo de terminar, conmovido, la lectura de *María Chapdelaine*, que tanto le gustó a mi mamá. Si no fuera por el discurso moralizante y patriótico de las tres voces finales, sería un libro perfecto. A pesar de eso, es imposible no sentir el efluvio de su humanidad simple, poderosa. Es uno de esos libros que uno se alegra de admirar conjuntamente con el gran público. La lucha del hombre con la naturaleza, el amor, la muerte, aparecen en él con nitidez y profundidad clásicas.

17 de diciembre

Con R. D. en el restaurant El Edén, de Valparaíso. En el mismo Edén que para R. H. fue, hace tres años, un infierno. Por aquellos días lloraba en restaurantes y bares. Ahora, R. D. come un negro plato de choros con delicadeza suma. Saborea voluptuosamente un caldo oscuro lleno de ojos dorados de gallo. Remoja sus labios de polinesio equivocado con vino del Rhin, pero aún mantiene una compostura jurídica de traje azul, corbata carmesí y zapatos nuevos tallados en madera de guindo, como una pipa. La radio tocaba a Chopin y en este instante se lamenta -como gallina presa- un violín que va a poner un huevo. No hay mucha animación en este sitio, después de que se marcharon los jugadores de cacho. De pronto vienen efluvios descompuestos -tal vez del mar, tal vez de algún excusado próximo. Nos han ofrecido entradas para un beneficio unos muchachos morenos, serios, especialmente compuestos para la ocasión, de la Casa de Menores, con overoles azules. No se sabe por qué este restaurant no podía ser sino de Valparaíso. ¿Son los espejos que aparecen imprevisiblemente en un aparador o en un muro? ¿O es el hule muy limpio? ¿O los aparatos innecesarios que recuerdan un barco?

Ramón Fernández tiene mucho de sofista superficial, pero inteligente. A veces demasiado.

En el cabaret Don Otto cantan un tango que no conocía, que repite las primeras frases del Padre Nuestro.

Tema de novela: la madre Amada, la madre, el deber cumplido.

Pasodobles, mambos, zambas, en el cabaret Don Otto. Parece la libertad. ¿Por qué no pueden darla las palabras? Marineros, jóvenes empleados de tiendas y mercerías se doblegan con R. D. y conmigo, bajo esta miseria irracional que se yergue en los cuellos minúsculos, inútiles que responden a la fiesta, mísera y grandiosa.

Caleu, 20 de diciembre

Ayer en la tarde, subí con R. H. hasta el portezuelo del Roble. Cuando íbamos a medio camino, salió la luna llena detrás de la cumbre del Garfio. R., que iba cansado por su falta de training y que pensaba ya

no seguir, sacó fuerzas de la maravilla que veíamos y continuó animoso, después de reverenciar varias veces al astro que ascendía, casi transparente al principio, por el cielo ligeramente brumoso. Habíamos cogido las últimas humerianas del año, casi ocultas entre matorrales espinosos y casi las últimas azucenas silvestres rosadas. A nuestra vista se extendían el llano de Caleu y el valle de la Capilla con sus líneas nobles, ondulantes que sostienen un paisaje clásico y no obstante, grandioso. Al llegar a la garganta, se abrió bajo nuestros ojos el paisaje profundo -abisal ese día- de los valles y montes de la costa, velado por nieblas que se concentraban ante nosotros en nubecillas vagas como nebulosas. Veíamos cómo se formaban en los fosos de la tierra, tan misteriosa al crepúsculo, que cada instante algo nuevo nos era ofrecido o algo que habíamos visto se ocultaba. Así verían los dioses desde el Olimpo la formación del mundo. En la víspera del solsticio de verano, velamos las primeras horas del plenilunio hasta que la noche nos obligó a bajar. Perdimos dos veces el sendero y tuvimos que orientarnos entre los riscos blanqueados, tropezando en los zarpados chaguales y sujetándonos a la desesperada de las ramas de los romerillos.

21 de diciembre

Hace unas cuantas noches, soñé que Ramón Fernández me llamaba por teléfono para pedirme que leyera su ensayo *L'homme est-il humaine?* que compré hace años en París. Empecé a leerlo con interés y acabo de terminarlo con cierta decepción. No hallé en él nada de extraordinario. Su pensamiento es a menudo confuso y su defensa de la razón suele ser un tanto irracional. No habla muy bien de su clarividencia para entender el desenvolvimiento del mundo futuro su frase: "nosotros, los de América Latina, sin grandes amarras que nos unan a nuestra tierra y peloteados de sitio en sitio, tenemos la ilusión de poder escoger cualquier país, tal como se elige una corbata en una tienda..." (p. 168). Las naciones no se crean solamente a partir de tradiciones, que son inciertas entre nosotros; como bien lo vio Renan, tanto como por la tradición, las naciones se hacen por la aspiración, por la voluntad de futuro.

24 de diciembre

Relectura de Díaz-Casanueva y sorpresa de encontrar que es aún peor de lo que suponía. Crea con seguridad constante la inflación poética, la inflación metafísica. Debajo de sus urnas griegas, de sus dioses y de sus exclamaciones, no hay nada claro. Encuentro en él a un Nietzsche de menor cuantía y a un T. S. Eliot con trago. Aparte de eso, en algunos pasajes es genialmente cómico. Me doy cuenta, sin embargo, de que inconscientemente tomé de esa poesía, en una época, temas, acentos, ritmos, que provienen de poetas herméticos, casi siempre falsamente metafísicos.

1954

Valdivia, 2 de enero

En Valdivia, con mi madre, desde hace 5 días. Vida bien distribuida y ajustada. En la mañana, trabajo una hora o dos y camino por las orillas del río. Hoy, temprano, fui con Inga a la clase de natación en el río mismo. Me lancé con temor desde el muelle y, aunque empezaba a llover, el agua verde era agradable. Después de almorzar, una siesta profunda, de la que cuesta despertar. Más tarde, paseos, lecturas y clases. Caminatas nocturnas, sueños tranquilos, equilibrio del cuerpo y del espíritu. Se advierte la diferencia con Santiago. El secreto está en que hay aquí paisaje, naturaleza, frescura y dignidad del aire, silencio.

20 de enero

Están abiertos los nenúfares rosados y blancos bajo el fijo resplandor del mediodía. Las ranas, hinchadas de transparencia acuática, responden al zorzal y al silbido, desde su espesura de algas y raíces. Una blanca nube vela el brillo sostenido del sol y oscurece a los pinos en torno a la laguna[67]. Jamás había pensado que las ranas pudieran marcar el tiempo, relojes linfáticos que cantan en dos voces, rápidas como si pretendieran llegar a alguna parte.

22 de enero

Un joven labriego desembarca en su bote con su pequeña mujer y sus dos pequeños hijos, tímidos ante el gentío del puerto. El lo hace todo, mientras ella aguarda sentada a popa que todo esté listo. Deben ser muy pobres, pues toda su carga se reduce a un gran canasto y un cajón de lechugas. Antes de bajar a tierra, él, con pulcritud y escrupulosidad de insecto, se lava el torso en las aguas del río, se peina y se aliña, mientras ella, recelosa, mira a la ciudad y lo observa a él en su quehacer.

Cosas que traen los botes: manzanas, papas, porotos verdes, chupones, manzanillones, pajaritos azules, alhelíes rosados, ilusiones, hortensias blancas y celestes, lechugas, arvejas, repollos, cebollas,

[67] Las anotaciones de este día se refieren con toda seguridad a la laguna existente en la isla Teja, frente a Valdivia.

zanahorias, habas, zapallitos italianos, flores del lazo, perejil, ajos, pensamientos, claveles rojos, betarragas.

Al mercado de las orillas del río llegan las embarcaciones cargadas de legumbres, frutas y flores. La mayor parte de los campesinos son blancos y pulcros. No he visto indios. Los pescadores traen ulte cocido -el tallo grueso del cochayuyo-, que venden como salchichas. Lo comen con ají y uno de los parroquianos me dijo que no hay cosa más exquisita.

Acabo de comprar una mata de flores del lazo color salmón, con manchas oscuras, casi negras. A Nicanor Parra[68] le ha parecido mezcla de fucsia y copihue. Ayer, en Corral (con J. P.[69], la Ruby y Mauricio Sepúlveda), recogimos unos racimos cilíndricos levemente rosa, que crecían en una ladera, entre helechos y musgos, que un hombre pasajero nos dijo llamaban *flor del pasmo*, por su aplicación a la cura de este mal. Una mujer, en cuyo huerto crecían en abundancia, declaró no saber su nombre. Trajimos también mariposas del campo -*Alstroemeria pulchra*- de un tono anaranjado mucho más claro que el de las del norte.

24 de enero

En Naguilán, a orillas del río de su nombre. Estamos alojados en casa del señor Alberto Westermayer, administrador de la hacienda, que pertenece a la Sociedad Agrícola Allipén. Vinimos a la aventura y sin presentación en la Chivila -un vaporcito mísero-, pero bastó que nos pusiéramos en contacto con W. para que nos invitara a su casa, encantadora y confortable como una casita de *Hansel y Gretel*. Su amable señora alistó nuestras habitaciones de amplias ventanas que se abren hacia el parque de enormes pinos y abetos y hacia el villorrio de los inquilinos. La pieza de la Ruby tiene un techo que baja en declive hacia los costados, como nuestro *flat* de Londres que tanto seducía a Salvador Reyes. Visitamos las plantaciones de formio, trocha o pita que explotan aquí interiormente. W. nos dio explicaciones de notable precisión, a pesar de que declaró no saber botánica. Los campos cubiertos por estas plantas de un verde gris despiden un olor agrio que evoca al trópico. Los obreros estacionales trabajan desde las 5 de la mañana hasta las 8 de la noche. Los cerros que nuestro anfitrión llamaba cordilleras están cubiertas de grandes bosques de pino. "Parece el Canadá", dijo J. P. Aún quedan montes chilenos de coigües aéreos, lingues, quilas zarpadas y helechos que bajan, creciendo, hasta el lecho de los torrentes. Había

---

[68] Era común en la década del 50 que Oyarzún y otros intelectuales que viajaban desde Santiago (Nicanor Parra, Jorge Millas entre ellos), participaran durante los veranos en actividades culturales en Valdivia, dando cursos y conferencias.

[69] Más adelante, en las anotaciones del 14 de febrero, Oyarzún habla de una excursión a Huequecura en la que participa Jorge Pérez. A él deben pertenecer las iniciales J.P.

abundancia de digitales moradas y blancas, de pequeñas fucsias de cuyos estambres pendían gotas de lluvia y una parásita de flor globular de color capucine. En la otra orilla del río, las montañas se ven cenicientas a causa de los troncos quemados. En febrero del año pasado ardieron todos los cerros expuestos al viento sur. El fuego pasó de una orilla a otra del bello río Tornagaleones y arruinó las selvas de ese lado de la Isla del Rey. Un campesino me dijo que por el aire volaban bolas de fuego que lo incendiaban todo tan rápidamente, que se quemaron cientos de vacunos. El y su familia tuvieron que pasar una noche en vela defendiendo la casa; otros trasladaron sus muebles y enseres a las orillas del río y allí esperaron la intervención de la lluvia, que vino al fin, pero no alcanzó a apagar por completo el incendio, que después siguió siempre adelante, hasta que cambió el viento. El hombre hablaba de todo aquello como de fenómenos tan puramente naturales como los estragos que la flor de la trupa -digital- hace a la miel, a la que vuelve picante como el ají. Las tierras de Lumaco, frente a Naguilán, pertenecen a colonos, que poseen lotes de unas 50 hectáreas y que se dedican a la explotación rapaz de los árboles. El Fisco les da pañuelos de tierra y no las cooperativas, ni escuelas ni asistencia técnica. También él practica la política de la tierra arrasada y fomenta la erosión. De vuelta de Naguilán, navegando por las verdes aguas del Tornagaleones, que de pronto hacían hervir los cardúmenes de afiebradas sardinas, pensé en la urgencia de reforestar estos suelos que serán pronto una árida Castilla, y entonces, ¡adiós bellezas del sur!, ¡adiós turismo!

31 de enero

Visita matinal a la tumba de don Carlos Anwandter en la Teja. Bajo enormes pinos de troncos cubiertos de hierba, crecen las malezas a sus anchas, entre ellas la Alstroemeria amarilla. Corté un cardo de la tierra del sepulcro y puse un ramo de clavelinas silvestres que había recogido en las afueras. Había florecido también en esa tierra que olía extrañamente a putrefacción un pequeño nomeolvides.

1 de febrero

Ayer, navegación a Niebla con la Sociedad de Amigos de la Universidad. Glorious day. Los arrayanes están cargados de flores. Son aquí grandes árboles de troncos rosados -bruñidos y desnudos, con vetas lila que parecen translúcidas. Según Paulina Oyarzún Philippi, la Alstroemeria amarilla que florece pródigamente en esta región en esta época es *Alstroemeria auriantiácea*. Desde lo alto de una colina, divisé el curso inferior del río Tornagaleones que rodea varias islas boscosas antes de desembocar en el Valdivia. El paisaje del mar, orillado por campos dorados y verdes de labranza, era ayer amplio y tan claro que se distinguían hasta los relieves de las pequeñas rocas de la costa. En el

viaje de vuelta, Raquel Barros cantó viejas canciones chilenas con acompañamiento de guitarra. Me encantó "El aire".

El sábado se incendió la Chivila, la lancha que nos llevó a Naguilán. Kurt Haverbeck, su dueño, quería, desesperado, lanzarse al mar.

Hoy en la mañana, lectura de Montaigne por las orillas del río. Mi admiración aumenta cada día. Quisiera llegar a tener esa sencillez, esa naturalidad, esa objetividad con que él se expresa. Mas, para eso es necesario poseer su sabiduría.

Leí hace días una antología de Jules Renard, que hace años me recomendó Gabriela Mistral en Petrópolis. Me gustaron apenas unas 20 ó 30 frases -algunas de ellas por su poesía de la naturaleza, otras por su justo carácter descriptivo en materia de sentimientos, o por su invención ingeniosa. Pero, el resto es insoportable. No me agrada tampoco el personaje, impostado a fuerza de querer ser sencillo, lleno de ambición literaria, desconfiado, receloso, individualista hasta la mezquindad. No creo que, por otra parte, fuera sincero en sus anotaciones. Declara demasiadas veces que lo es o que desea serlo.

Hallé una preciosa edición de los poemas de Walter Scott con grabados en acero. Me costó $30.

Trabajo con el río al frente, en la biblioteca vacía del hotel junto a Nicanor Parra, que prepara su conferencia sobre la poesía popular.

2 de febrero

Navegación a Punucapa en bote a motor, para las fiestas de la Candelaria. Mañana de calor en el río Cruces, bajo inmensos cúmulos blancos que sombrean el verde oscuro de las colinas. Pasan pequeños vapores cargados de peregrinos, casi todos tan miserables como los que llevaba Lord Jim en su trágico viaje por los mares de China. Inga lee *Hambre* de Knut Hamsun, cumpliendo esa necesidad de leer en todas las circunstancias que observé entre los ingleses. Espectáculo deprimente. La sórdida iglesia de madera de Punucapa, a la que se llega después de recorrer un camino polvoriento flanqueado por huertos de manzanos, está llena del olor acre y húmedo de los fieles. Un padre franciscano gritaba en medio de la multitud que entraba y salía desordenadamente: "¿No hay más guaguas que bautizar?" Los campesinos se arremolinaban como abejas alrededor de las imágenes. ¡Cómo será su miel, Dios mío! Una niña avanzaba arrodillada hacia la Candelaria, con una vela encendida en cada mano. Vestía bluejeans. Inga y yo sorprendimos en el Obispo una extraña mirada que interrumpía la piedad representada por sus manos juntas. Expresaba impaciencia, risa y temor de que se dieran cuenta de su fastidio. Se mantenía en el costado derecho del altar, esforzándose por conservar hierática su cara de santidad. Estuvimos de acuerdo en que evocaba a uno de esos siniestros Obispos de la Inglaterra medieval como el que aparece en *The black arrow*. Afuera, entre los

pinos enormes o a la sombra de castaños también gigantescos, la gente se apretaba alrededor de sus provisiones. Algunos asaban costillares y piernas de cordero. Vendían empanadas fritas, chupetes helados, tajadas de sandía y de melón, como en una tarde de domingo en la Quinta Normal.

7 de febrero

Siento ya la nostalgia de los primeros días de Valdivia, cuando paseaba por las orillas del río, mirando el agua y los barcos cargados de madera roja, leyendo sin prisa *The endraped flood* de W. H. Auden. Habría detenido el tiempo en esa perfección estival y habría dejado que el sol atravesara siempre las aguas verdes hasta alumbrar el légamo ondulante del fondo. Navegando en el Angachilla y mirando a través del follaje de los coigües, Hernán König descubrió hace días que estaba ya comenzando el otoño del sur. ¿Cómo poner en mis versos a estos barquichuelos cargados de madera roja que surcan el río aguas abajo? Deseo nombrar cosas concretas, no hacerlas abstractas.

La Chivila, el vaporcito que nos llevó a Naguilán, se incendió minutos antes de partir. Tal vez le llevamos la mala suerte. Nuestro paseo habría sido tan perfecto, que el barco debía desaparecer como la copa en que bebimos después de un brindis apasionado. Otro hecho: unos pescadores sacaron en San Carlos un pez enorme, de piel acerada y muy pequeños dientes, una especie de tiburón que exhibieron en la Aduana y que vi con J. P. y Ruby.

14 de febrero

Excursión a Huequecura, 50 kms. al sur de Valdivia, con Jorge Pérez y H. C. Salimos temprano de Valdivia, con tiempo amenazante. Caminamos unos 5 kms., hasta que nos recogió un camión. Cerca del fundo del Regimiento, nos sorprendió un grupo de personas que iba en aumento a medida que avanzaba y que arrastraba o se hacía seguir por no menos de unos 15 perros de diferentes razas y condiciones. Los llevaban a vacunar, como a una fiesta o a un torneo. En el trayecto, nos trasladamos a otro camión que venía detrás (...)[70]

---

[70] De la copia mecanografiada del *Diario* se han perdido, en este punto, algunas páginas (dos o tres). En ellas debía figurar el resto de las anotaciones sobre la excursión del día 14, y también las que darían cuenta del traslado de Oyarzún y su madre desde Valdivia a Puerto Varas y las primeras actividades en este último lugar. Lo que se lee a continuación es sólo la parte final de las anotaciones escritas en Puerto Varas en torno a una excursión al lago Todos los Santos. El encabezado, "Puerto Varas, febrero", lo he puesto yo, sin mención desde luego del día, que ignoramos.

Puerto Varas, febrero

... El día fue realmente *glorious*. Llegamos hasta Casa Pangue, a unos 5 kms. de la frontera argentina; desde allí se puede ver el Tronador, con sus ventisqueros de verdes cristales. Entre los maderos del muelle de Peulla, se veía el agua tan verde y tan diáfana como en el centro del lago. Aun en un vaso conservaría su esplendor de piedra preciosa. La belleza del lago Todos los Santos es romántica como la de un lago de Wordsworth, con sus montañas boscosas, sus islas y sus aguas agitadas. El volcán Osorno es el padre tutelar de estas aguas, tranquilo como un patriarca, prudentemente coronado de nieve, generoso en las lomas de sus faldas que se extienden con suavidad, abrazando una vasta región de los dos lagos. El Puntiagudo podía ser visto con nitidez, hasta en los roquedales de sus flancos, que han de ser invencibles para el escalador. El Llanquihue tiene una belleza serena. El cambio de una mesa en mi cuarto, que me permite mirarlo mientras escribo, me ha producido un efecto de liberación. Lo veo a través del ramaje de los ciruelillos (notros) del jardín de la Residencia Minte, que tiene semillas casi maduras.

Puerto Varas, 20 de febrero

Subí con mi mamá hasta la Cruz del Cerro Philippi. Más que los dos volcanes en el fondo del lago inmóvil, admiramos el taique florido. Las flores son pequeños cambuchos rojos con punta amarilla. Pero el árbol más espléndido de esta época es el ulmo. Sus flores de cuatro pétalos recuerdan las del jazmín de Siberia. El peso de las flores inmoviliza al árbol macizo, fuerte como un toqui, pero las abejas le prestan el hervor de su vuelo. Entre el volcán Osorno y el Calbuco que diviso desde mi ventana, envueltos en la rosa palidez del cielo sobre el lago, debieron pasar hace siglos oleadas de araucanos. El lago tiene ahora un tono de flamenco apagado que realza el vivo color de las espuelas de galán del jardín. Alguien toca preludios de Debussy en el piano desafinado de la casa. Una brisa levísima balancea las ramas de los ciruelillos. Un zancudo descansa en uno de los vidrios de la ventana. Para él también este día termina. Me avergüenza un poco disfrutar de esta dicha burguesa y sentirla con el dejo de tristeza que suelen producirme las vacaciones. Mis sueños parecen sugerirme que no merezco este reposo. ¿Quién lo merece? La lagartija al sol. En el sueño siento desvanecimientos y me veo, desvalido, llorando. Dormido, a la siesta, sentí que todo había terminado. Que ya no había mundo. Voces de muchachos cantan "Río, Río" en el pretil del lago. La señorita Minte regaba nemesias amarillas y flores blancas y lilas. Hablamos sobre el candelabro del rey anaranjado y amarillo, y sobre la tigridia que no florece sino un día, mientras el lago se apagaba lentamente.

22 de febrero

Desde las 6.30, lectura del tomo I de Encina. El hombre sabe animar su relato. El capítulo sobre los pueblos que habitaban Chile antes de la llegada de los españoles es pobrísimo, simplemente enumerativo. La cosa cambia cuando llega a los araucanos; la simpatía que siente por ellos -acaso de origen infantil- le hace entusiasmarse y crear imágenes más vivas. La expedición de Almagro pudo estar mejor descrita.

Antenoche terminé de leer, de un tirón, *Hambre* de Knut Hamsun, que compré en Valdivia en la misma edición barata de Zig Zag que leí hace muchos años. Había olvidado completamente el argumento, pero, al empezar la lectura, comprobé que todo estaba, profundamente oculto, en mi memoria, que no había olvidado ni la menor frase. La obra tiene una fuerza elemental que interesa. Me hizo penetrar en una adolescencia ruda, cuyo relato llegaba a avergonzarme, sumido como yo estaba, mientras leía, en tibios almohadones de pluma.

Ayer, domingo, estuve toda la mañana en cama, cautivado por *Seis ángeles en mi espalda*, la novela de John Bell Clayton, historia desolada de la vida en el sur de los EE.UU. Si ha de darse crédito a los novelistas, la existencia en los EE.UU. es la más descompuesta y sin esperanza que sea dable imaginar. Otra vez es aquí la violencia la nota dominante. La gente vive perdida, sin tradiciones y sin futuro, esclava de sus deseos neuróticos de bienestar. A lo sumo siente el personaje central la misma ciega adhesión a la tierra que se puede ver en otros novelistas -como Thomas Wolfe. La novela está bien compuesta, con notable sentido de la unidad temática. La tragedia va preparándose sorda y sobriamente a través de las páginas.

Sopla un fuerte viento del sureste que agita las aguas del lago y, frente a mi ventana, las ramas de los ciruelillos. Han caído gotas pasajeras de lluvia sobre los vidrios. Hacia el lado del volcán Osorno las nubes grises se entreabren en un resplandor opalino. Hay muchos tonos en el agua: el blanco de la espuma, un verde gris difuso en las olas que corren, morado débil en el movimiento mismo, lomajes azules.

En Valdivia, leí *The endraped flood* de Auden. Inteligente y sensible, pero demasiado dispersa divagación sobre el tema del mar en la literatura romántica. Leí también, a la hora de la siesta, *La luz que se apaga*, una de las obras más insignificantes de Kipling, que no sé por qué no leí nunca cuando niño, a pesar de que tenía el libro. Recuerdo que mi tío Isaac lo elogiaba con entusiasmo. Una mañana, leí con N. Parra el *Rumor del mundo* de Julio Barrenechea. Poesía sentimental, fácil; salvo 2 ó 3 poemas, los demás carecen de gracia e invención. Ha saqueado a otros poetas. Terminé de leer en alemán la antología de poemas de R. M. Rilke hecha por Y. Pino. Il n'est pas né pour traducteur...

23 de febrero

Sopló anoche un viento fortísimo que no amainó sino cuando comenzó a llover. El lago estaba furioso todavía en la mañana -respira sofocado, con los restos de su cólera- y la cama se remecía y crujía tanto que mi madre, llena de miedo, decidió trasladarse a dormir a mi pieza. Amaneció hoy un día claro, inocente, ignorante de todo. Pero también durante un breve rato se cerró y se puso a llover. Pronto bajaré al lago.

En la exaltación vitalista de la vida se olvida que el hombre configura siempre selectivamente su mundo. ¿Querríamos el crecimiento atropellador de bacterias, hongos, líquenes a expensas del hombre, de las plantas benignas y bellas, de los animales que admiramos? Al lado de la selección biológica, actúa también en nosotros un principio de selección estética.

Proyecto de libro: Barros Arana y Encina. Dos visiones de Chile.

Sorprendimos a un ciervo volante en el reborde del lago. D. B. lo trajo para examinarlo al microscopio, después de anestesiarlo con éter. Su gran tamaño impedía observarlo bien. Entonces -¡oh, crueldad!- él propuso concederle sólo libertad condicional. Lo amarramos por la cintura a un largo cordel y lo lanzamos desde el segundo piso al césped del jardín. Allí estuvo, aletargado, hasta que empezó a moverse y yo a mirarlo, con la esperanza de verlo volar. Pero seguramente sus amarras se lo impedían y hasta lo habrían lastimado, porque no se veía muy animoso. Decidí libertarlo de su cadena, no sin haberlo hecho antes columpiarse ampliamente en el aire, pero en el último momento preferí cambiar la cuerda desde la cintura a una de sus mandíbulas, por si aún quisiera volar. Tampoco lo hizo y fue languideciendo tanto que, al final, de nuevo en el reborde del lago parecía ya exánime. Mientras paseaba en las cercanías, leyendo *La muerte de Narciso*, de Herman Broch, un muchachón rústico andrajoso que caminaba por el pretil de cemento lo aplastó, sin darse cuenta, con uno de sus calamorros. Cuando lo vi pasar presentí que eso iba a ocurrir y pensé con ternura en el animalillo que vivía sus últimos segundos. Tan duro era, sin embargo, que quedó con vida; reventado, pero no deshecho. Sus largas pinzas verdes estaban intactas. Lo anestesiamos de nuevo y lo examinamos en el microscopio. En la profundidad de su vísceras, aún palpitaba la vida en una especie de pozo viscoso, rodeado de telas transparentes. Aquello parecía una gruta insondable.

25 de febrero

Llueve intermitentemente. Fui a dejar temprano a D. B. a la estación y regresé después por las colinas, detrás de la parroquia. Las buenas casas de techo rojo de Puerto Varas contrastan con las pequeñas casas grises de madera de la gente pobre. En lo alto de una de ellas, un loro cantaba y silbaba.

6 de marzo

Pasó la flor del ulmo y con ella, el verano. Las moras están maduras, pero la falta de sol las hace menos dulces que en la zona central.

Lectura impresionante, deprimente de *Entre la libertad y el miedo* de Alejandro Magnet. Acaso tenía razón el Dean Inge, que acaba de morir, cuando anunció que entrábamos a nuevos "tiempos oscuros". Estamos rodeados de criminales entronizados en el poder. A pesar de lo que dice Luigi, el capitalismo yanqui resulta bien parado del libro de Arciniegas.

8 de marzo (Ultimo día)

Versos que pueden servir de epígrafe a las páginas sobre Caleu:

"Y sea ahora el lobo que huye de las majadas, manzanas doradas dé la firme encina, narcisos florezcan sobre el aliso resplandeciente; ámbar sobre la corteza de las plantas lacustres, y Titio sea como Orfeo, cante a través de los bosques y sea como Arión entre delfines..." (Virgilio, Egloga VIII).

Todo el día de ayer y la mañana de hoy, han sido de un cielo perfecto, que en él se daban todas las gradaciones del azul, reflejadas en un lago recorrido por brillantes estremecimientos de dicha. Esta mañana los volcanes eran también superficies de materia celeste, suspendidas sobre las lejanías del lago.

Til Til, 1 de mayo

Los granados otoñales parecen espinos en flor. Las granadas abiertas brillan en el follaje dorado y excitan la voracidad de las ratas de las pircas.

Camino a El Asiento, en un bolsillo de las colinas, surge una casa con un ciprés, como en Provenza, y otra rodeada de viñas rojizas ocultas en los suaves repliegues de la hondonada. Cosechaban nueces en la espesura, detrás de un bosquecillo de olivos cuyo brillo plateado Minerva protege. Los cardos se protegen solos. Cubrían un campo humedecido por la niebla de la mañana. Equivocados de estación, crecen de nuevo, como si estuviéramos al final del invierno.

Montañeses de El Asiento bajaban a Til Til arreando tropillas de burros, que cargaban cajones de tunas de la primera cosecha. Un niño de ojos castaños sonrientes, montado muy atrás en su borriquillo, nos dijo, sorprendido: -¿Por qué no hicieron parar el camión que pasó, en lugar de ir a pie? Su cordialidad confiada embelleció aún más el paisaje opulento del otoño, cuyos tonos son parecidos a los de su camisa a cuadros, amarillos y pardos.

En la casa en que pedimos agua, en un portezuelo de las montañas de la costa, tenían colgado un vestido lila de 3 piezas, el traje de fiesta de su dueña. La falda redonda parecía una rueda, con rayos, un aspa suntuosa de molino. Al entrar a la casa, protegido por un cerco de piedra azuleja, vimos que allí crecía el padre tutelar de los nogales negros. Un litre de hoja arrugada, grisácea y venosa sombrea la casa. "Buenos días, compadre litre..." El hombre que nos dio de beber tenía un diente de oro enorme y los otros le faltaban. El nos dijo que las ratas se comen las granadas y que la cáscara es tan preciosa que los almaceneros de Til Til buscan niños para que coman las pepitas y devuelvan la corteza vacía. Se quejó del viento frío del mar que sopla por el portezuelo en los inviernos. Hay que defenderse de él con fuego abundante, fuego de litre, de quillay, de granado.

La Sierra de las Vizcachas, dentada como una corona de rey bosquimano, es amatista al amanecer. Hoy era como un leño duro, esculpido por el viento, por la edad, por el terral de la cordillera, por la travesía que parte lentamente la roca. Los árboles chilenos, primos hermanos, nos obligaban a acercarnos y a preguntar: ¿peumo? ¿quillay? ¿patagua? Y aún: ¿litre? ¿lilén? ¿corcolén? Prosperan en el filo del agua y en este Asiento, viejo, barnizado, asiento usado por algún vicario del Inca, invitan a la vid abandonada que se enrosca por ellos, ávida de altura, opulenta de hojas, cálida de color sobre la austera verdura de sus anfitriones.

Unos muchachuelos volvían de cosechar el peumo rojo que llenaba sus sacos. El uno era Víctor; el otro se llamó Guatón, guatoncillo cántaro de greda para guardar peumo de los cerros. -¿Dónde viven? -En Til Til, en la calle O'Higgins. La dignidad republicana parecía incongruente con ese camino de tierra blanquecina, entre esos cerros en donde el quisco mira de una a otra vertiente de los bosquecillos de hoja lustrosa que el húmedo Sur y Nuestra Señora de los Bosques protejan.

El Horcón, 22 de mayo

Ayer recuperé este cuaderno, que dejé olvidado en los días de Semana Santa. Al llegar, vimos un Horcón gris azul, de aguada japonesa. La niebla entraba y salía por la ventana de las rocas, como en un cuento de Lord Dunscury. La caleta estaba casi desierta. Los muchachos habían ido al foot-ball y los otros a calar, a dejar puestos los espineles. Nos mostraron el fondo del Caleuche lleno de pescadas y jureles. Algunas pescadas habían sido descamadas por las pulgas de mar, que se aprovechan de su inmovilidad dentro de la red para hincarles el diente. "En la mar hay de todos los animales que hay en la tierra", nos dijo un pescador cuando le preguntamos si esas voraces pulgas eran las mismas que saltan en la arena. "Si en la tierra hay perros, en la mar hay peje-reyes". Los jureles eran verdes, azules, irisados, una mancha movediza de color.

En la playa de los Jotes había abundantes *soñadores*. Así llaman los horconeros a los caracoles porque al comerlos hacen soñar con muchas visiones. Carne adivinatoria.

Es el tiempo en que los pescadores se vuelven hacia sus pañuelos de tierra, en las colinas, y siembran arvejas. Me gustan también estos días desolados, como el de hoy. R. duerme, intimidado por la mañana gris. Las olas van y vuelven contra los roquedales vecinos al comedor. Gaviotas activas gritan como chunchos, tartamudeando la expresión de su apetito insaciable. Parece que al fin hubiéramos llegado a detener el tiempo -en este fondo gris de la existencia.

En el libro de Káster sobre los Incas, descubrí que el floripondio -flor y corteza- era usado por los indios como planta adivinatoria. Pero, aunque don Abel Gutiérrez se comiera todos los floripondios de su jardín, no podría profetizar.

23 de mayo

Excursión matinal en busca de pencas y de callampas para el almuerzo. Pedí también zapallo asado que comimos con deleite. Su carne tenía la substancia del sol, "sol de los incas, sol de los mayas; maduro sol americano". R. Matta podría pintar estas materias. ¿Por qué sólo gérmenes y abstracciones? Las monedas que entregamos como homenaje al pozo de la parra virgen se mantenían sobre una hoja de nenúfar, una de ellas enmohecida, la otra roja. Cae el agua en más abundancia desde las paredes de roca pobladas de plantas parietales. La calceolaria perpetua exhibe sus flores.

Santiago, 15 de junio

No pude terminar de corregir *Los días ocultos*[71]. A través de las frases, un solo nombre, una sola imagen volvía: Pablo, Pablo bebiendo conmigo en el Flora Nocero, Pablo durmiendo tumbado en el taxi con una mano enlazada a la mía, Pablo luchando conmigo para ir a abofetear a una poblada, Pablo con los ojos cerrados en otro taxi frente al más espléndido mar de mediodía, Pablo sonriendo, Pablo con sus mil rostros diferentes, apasionado, lleno de curiosidad o lleno de malicia, tratándome como a un viejo al cual no está mal explotar. Todas imágenes para mí preciosas, necesarias. ¡Cuánto daría por que sonara el teléfono y apareciera su voz grave que pronuncia las palabras con precipitación, como faltándole el aliento! ¿Llamará alguna vez, o habrá que buscarlo siempre como ladrón nocturno en lucha con perros, con senderos resbaladizos?

[71] Libro de recreación poética de la infancia, que Oyarzún publica a comienzos de 1955 (Santiago, Editorial del Pacífico).

Ahora me doy cuenta de la tranquilidad que acabo de perder y de qué manera todo se me hará más difícil. Jamás hubiera creído hace 4 años, que escribiría lo que escribo justamente la misma noche en que estoy invitado a la comida que le dan a J. P. que se casa el 26. Ahora soy yo el primero en celebrar su matrimonio.

Caleu, 26 de junio

Después de la lluvia de ayer, la cima del Roble cubierta de nieve. Desde las faldas se elevan nubecillas blancas, como fumarolas de geysers, sobre los bosques de robles leonados por el otoño. Los torrentes crecieron con la lluvia. Cantan las aguas con más fuerza la canción acostumbrada de Caleu, valle de aguas. Escribo equilibrándome difícilmente en una roca, al sol. Debajo corre el arroyo en cuyas orillas crecen en noviembre las humerianas. Las hojas oscuras de los culenes han quedado pulidas con la lluvia. Ayer recogimos hojas de lilén, transfiguradas por el otoño. Algunas de ellas, amarillas, con manchas circulares rojizas; otras de un pardo oscuro casi gris; otras, cárdenas. Todas son duras y suaves como monedas. Encontramos una flor del aire roja. No habíamos visto otras de ese color. Debajo de unos robles, hallamos un hongo enorme, revestido por una piel afelpada y dura de amarillo intenso. Desiderio la llamó callampa de los palos. Rendimos homenaje a nuestro Roble tutelar, pero esta vez no apareció el ciervo volante custodio de sus tesoros. Arrayanes y canelos están con fruto, pequeñas bayas de un azul negro.

Los álamos son llamaradas temblorosas de oro líquido en el fondo del valle, todavía más íntimos, más hechos a la medida humana en contraste con la cordillera de la lejanía. La cadena del Aconcagua es anunciada por otras más bajas, en un paisaje de Humboldt. Suspiran las codornices ocultas en los matorrales. Los zorzales se resarcen en las arboledas frutales de los ayunos de ayer. Sobran para ellos las peras de agua, las manzanas amarillas, las reinetas, los higos. El goloso canta su satisfacción con trinos que dispersa desordenadamente en el aire.

¡Oh, los cantos de gallo en el tranquilo invierno, después de la lluvia!

Antenoche, extraña peregrinación, cargando en anda a la Virgen desde la Capilla hasta la lejana casa del nogal. La romería había llegado de noche. Los romeros portaban faroles cuadrangulares de papeles de colores y cantaban himnos de alabanza a la Patrona.

Santiago, 27 de junio

Después de almuerzo salió el sol, tras varios días de lluvia. Blancas nubes de Gainsborough daban grandeza escultórica al cielo de jacinto. Imperceptiblemente se tiñeron de rosa y hacia el poniente, sin perder su magnitud, se hicieron tan lejanas, que bien podíamos sentirnos

en el fondo de una inmensa llanura. R. H. y yo reverenciamos en el Parque Forestal las primeras flores de los ciruelos que exhalaban el dulce aroma que es como una promesa de felicidad. ¡Qué importa que no sea jamás cumplida!

Santiago, 21 de julio

Ayer, té con Díaz Arrieta y Marta Brunet. Tema principal, el cincuentenario de Neruda. En la reacción contraria interviene la inconfesada, abundante y natural envidia de la gente de pluma, reacia a rendir homenaje a los vivos. ¡Qué de alabanzas no cantarían si en lugar de celebrar sus 50 años estuviera Neruda en su capilla ardiente!

En todo caso, la celebración ha llegado a las más altas cimas de la ridiculez comunista. Pero sólo a los escritores puede ocurrírseles transformar tanta retórica en peligro internacional. H. D. se pasma ante el espíritu práctico de Neruda, mas, al atacarlo con saña, él también da muestras de tenerlo. También "capitaliza" su pesca en aguas turbias. Marta Brunet se dolía de sus experiencias nerudianas, después de 30 años de amistad. Sin duda, el gran poeta es por lo menos muy especial. Una enorme bolsa humana oscura, macrovisceral, hecha de plancton que no sirve de alimento sino a pececillos.

Sé dónde estás, pero tampoco estás ahí. No estás ahí. Ni en ninguna parte.

En el continente de la naturaleza, uno puede vivir toda una triste vida metido en una sucia ciudad sin árboles.

24 de julio

Caso extraordinario, digno de Bocaccio, que recuerda Ventura Maturana en sus memorias. Cierto día, en visita policial a un prostíbulo, halló a un guardián de Talca que se refocilaba en un lecho con una de las niñas, mientras el condenado a presidio perpetuo que traía a Santiago lo esperaba, amarrado a la pata del catre.

28 de agosto

En el camino a Caleu hay mayos floridos de opulencia amarilla cuya tosquedad es, sin embargo, generosa como una ubre primaveral que anuncia regalos mejores. Y qué cosa mejor en estos días que el fino esplendor del lilén, con sus plumillas de polvo de oro ocultas entre las hojas, relucientes ahora, verdes, las mismas que en el otoño serán de cobre o rojas como el peral del Japón. Los senderos crepusculares de Caleu están perfumados de lilén, con este dulce aroma que mezcla y recuerda a otros: al olor fijo y fugaz de la flor del espino, a lilas de melancólica liviandad y hasta un poco al dafne que no teme al frío de la noche, pues su cuerpo es firme alrededor de las flores que es preciso

saborear acercándose a ellas. En los huertos de Caleu se ocultan los últimos juncos del invierno que han cedido su cetro pasajero a los tulipanes amarillos que son un poco flores de disfraz, de corola ingrávida, sin carne. Sólo algunas logran abrirse y mostrar sus pecheras amarillas y sus crestas naranja. La mayoría, en estos terrones de las alturas de la costa, se quedan a medio florecer, amarillo pálido y como entumidas bajo los almendros y damascos cargados de riqueza floral. Un damasco de suave rosa tenía tal tesoro de flores, que aun mucho después de la puesta de sol había abejas que se hundían entre los estambres de laca delicada, sin resignarse a partir a sus colmenas. Florece ya en los bordes de arroyuelos y senderos la vinca-pervinca y entre los riscos, como avergonzado de sus pequeñas estrellas cremosas, florece el huingán. La armonía de las ramas doradas del lilén y de las piedras cálidas de las pircas era perfecta a la hora en que los picos cordilleranos son rosa y parecen a la vez lejanos y próximos entre los cerros de la costa que encierran el valle. Al pie de las pircas se arrastran las hojas lustrosas de la humeriana mórbida que florecerá a fines de octubre. Golondrinas de vuelo voluntarioso gozaban del aire sereno, sondeándolo a alturas diferentes. Tan rápidamente volaban y tan fuera de toda línea regular, que parecían a veces volar de espaldas. Un chercán nervioso saltaba en los ramajes de perales a punto de romper en flor. A todos nos protegía el Roble encanecido de nieve casi lila sobre el majestuoso cuerpo oscuro.

En la noche, fuimos a la más miserable función de circo. Atada por una cadena a uno de los pilares de la carpa, medita su dolor una condoresa de ojos ya resignados a su desdicha. Sus plumas pardas, enormes y apretadas parecen un traje y el conjunto una concha de choro a la distancia, bajo la cabeza de expresión animal, semejante a la de un carnero salvaje. Parece que no actúa en el circo, propiedad de un búlgaro de aspecto siniestro que hace trabajar a su mujer indiana y a todos sus hijos, que cantan, se contorsionan, pisan vidrios y afuera, en la miserable tienda en que duermen, tosen semidesnudos sobre sus jergones. Una cabra blanca amaestrada saltó vallas, caminó sobre sus rodillas delanteras peladas y se paró con sus cuatro patas sobre un tarro puesto encima de una mesa. El búlgaro habla un castellano incomprensible, sordo, pastoso. El héroe del circo es uno de los hijos, un niño de unos 10 años, que actúa como payaso adulto con entera desenvoltura. Un viejo mendigo es el clown vergonzante. El humorismo era soez.

Tal vez habrá en el futuro lugares de reposo que permitan a los hombres retroceder en el tiempo, reproduciendo las condiciones de una edad más simple o introduciendo en épocas desaparecidas. Recuerdo tal cosa en que siempre he pensado al escribir ahora en esta más que vieja, incómoda y helada casona de Caleu, a la luz de una vela en el silencio nocturno. Agosto no ha despertado aún a las bestezuelas festivas de la noche. No canta el grillo todavía ni hay tampoco sapitos cantarines en estas montañas. La tierra permanece medio entumecida, pero las galas que ella hace brotar son seguras y se contagian una tras otra hasta llegar a la plenitud de octubre y de noviembre. Vi hace 3 semanas en Algarrobo

los primeros soldadillos, que volvía a ver y recoger en Til Til el triste y hermoso domingo pasado, para adornar esa bella cabeza que no volveré a tener ya nunca más tan próxima. A pesar de todo, tal hermosura bien merecía tal guirnalda que habrían inmortalizado los griegos. Apareció también el soldadillo falso, mucho más persistente que el otro, como para confirmar la frase de Leonardo: "La belleza perece y no dura..." Los pececillos risueños de amatista, oro y fuego no salen de su acuario de aguas tropicales sino para nadar unas semanas en los aires de agosto y septiembre. Menos de 5 semanas, 5, les dura el esplendor... Bajo los robles punteados de yemas, en los faldeos expuestos al sol del norte, crecían unas pequeñas crucíferas blancas, con dos clases de hojas diferentes, pues las cercanas a la raíz son parecidas a las de la violeta y las más altas como las del apio. Volvimos al hotel cargados de enormes ramos de lilén florido, después de un grato trabajo. El dócil lilén, que deja caer lánguidamente sus ramas temblorosas, se deja arrebatar sus flores con simpatía, sin una queja ayudando a la mano cuya avidez debe ser perdonada gracias al encantamiento que el aroma proporciona a la nariz y a los más sutiles abanicos del corazón.

He vuelto a este Diario como a una patria perdida. Entretanto, Quilpué, Valparaíso, Peñaflor, Algarrobo, Til Til fueron las lunas de mi locura. Aunque está bien que fueran, no quiero que vuelvan ni que vuelva tampoco el sol negro que les daba oscuridad y luz.

En Caleu, lectura de fragmentos de la *Ilíada*.

Caleu, 12 de septiembre

Doy gracias al cielo por estar aquí, al mediodía de un domingo azul de primavera. Al escribir me tiembla la mano, después de haber blandido el machete contra los troncos resistentes del chagual que defiende el delicioso tallo de su flor. Acompañado por Juan, el niño menor de nuestra mesonera doña Pascuala, fui más tarde, entre los perales floridos de los huertos, a recoger berros que crecen junto a hierbas buenas y botones de oro en el lecho de un pequeño arroyo que ha cavado un hondo cauce. Las colinas del llano amarillean de las mariposas del espinillo. Hallé la primera verbena silvestre del año. Tal vez es ésta la llamada verbena de tres esquinas. En estas alturas, no hay sino nubes blanquísimas que nacen como inspiradas en una intención de pureza, hechas para demostrar la inocencia del cielo y el poder genésico del sol que cubre aquí a las vacas que vuelven de los valles de invierno, a las abejas, a las plantas asombradas que van a florecer. Felices los oídos que escuchan el cacareo gozoso de las gallinas, que a esta hora viene de espesuras y parajes lejanos, como un estertor de dicha susurrado por la misma tierra. Felices los oídos que oyen un pío informal de pavos nuevos que recorren el huerto en busca de simientes sabrosas, de cogollos de perejil, de granos de maíz ocultos entre las ortigas húmedas. Feliz mi espalda que el sol puro calienta mientras escribo.

Cortamos sólo cuatro chaguales, pero sólo uno de ellos estaba tierno. Los otros ya estaban amargos, pues en ellos la amargura anuncia la proximidad de la flor, verde venosa y azul cerúlea.

El miércoles pasado fui a Valparaíso, en la comitiva que recibió en el Santa Lucía a Gabriela Mistral. No la había visto desde el Brasil, hace 9 años. Parecía, como antes, una reina en exilio, una Ofelia recién venida, alumbrada por lunas de locura, pero ella misma perfectamente lúcida. Se alzó de su asiento cuando entramos al salón en que estaba, con ojos húmedos muy abiertos. Su expresión me pareció otra vez sin tiempo, como de un ser que vive con lentitud infinita. Estábamos frente a ella Hernán Díaz Arrieta y yo y, como ella titubeara en elegir, me retiré un paso y ella, adelantándose tal vez a lo que H. D. pudiera decirle de su delgadez, lo saludó alarmándose de la imaginaria flacura de él: "Tiene que cuidarse usted, Alone. Le agradezco que haya venido. Yo no me había atrevido a pedírselo. Pero ¡qué delgado está usted...!" En eso llegó el Alcalde de Valparaíso con sus regidores y pronunció unas palabras solemnes en nombre de la ciudad, que ella agradeció con una frase y una sonrisa, como extrañada y divertida de tanto revuelo. Con H. D. la vimos llegar, desde las gradas de la Intendencia, bajo un sol de Marsella. La plaza estaba llena de una muchedumbre blanca y azul de niños, que agitaba banderas y pañuelos cuando ella entró, saludando con una fina mano fija, en gesto de bendecir. No faltaron matronas entusiastas que alcanzaron a iniciar conversaciones fugaces antes de que ella bajara del automóvil. Después, el Alcalde le entregó una medalla de oro y más tarde, desde los balcones, oyó coros y discursos, sentada bajo un pequeño quitasol. Habló dos veces, en honor del mar, que le cura todos sus males y del espíritu democrático de Valparaíso, donde prometió vivir entre quienes la escuchaban. La segunda vez, ofreció mandar semillas de flores importantes, porque los franceses son muy amigos de crear novedades para sus jardines, y una de las honras menos conocidas en Chile es que sus mujeres son muy buenas jardineras.

Sólo antes de entrar al almuerzo de la Intendencia me reconoció, ayudada por Santiago Polanco, y me dijo: "He leído muy pocas cosas de usted, pero todas eran muy buenas... Los dos nos hemos portado mal porque dejamos de escribirnos". En el almuerzo quedamos muy lejos. Yo frente a H. D. y al lado de una dama que me tuvo intrigado pues me costó saber que lo que veía en su cabeza era un sombrerito de plumas de perdiz y no su pelo. Resultó ser una poetisa admiradora de Gabriela (...)[72].

---

[72] Están perdidas de la copia mecanografiada del *Diario* las páginas (una o dos) referidas al resto de los detalles de la recepción de la Mistral en Valparaíso y a su posterior viaje a Santiago.

... Al llegar a Santiago, los habitantes de las poblaciones callampas ribereñas del Mapocho corrían, vitoreándola, detrás del tren. Cuando llegamos a la estación, salió Gabriela apoyada en el ministro Herrera y me dijo: "Qué lástima que nos separemos, pero ya sabrá usted dónde encontrarme..."

Volví a verla el viernes, antes del homenaje en la Universidad[71]. Fuimos a buscarla a su casa. Con su mismo abrigo gris, tomaba sentada una taza de caldo. "Pero este caldo no tiene nada de sal..." Durante el viaje al centro, me habló de sus nuevos poemas y de su deseo de conocer las provincias que le faltan. Miraba Santiago con ojos de completa ignorancia. "Yo conozco muy poco a Santiago. Victoria Ocampo me decía: "Lo que te pasa a ti, Gabriela, es que has seguido siendo una provinciana, una elquina..."" En la Universidad, leyó con voz muy apagada una página que después hallé admirable, pero que ahí no pude entender. Creyó que le habían dado un discurso inconcluso y se dedicó durante una hora a divagar sobre la reforma agraria, sobre la suerte de los mineros, sobre los países grandotes y los chicos, con escándalo de los graves Decanos.

"¡Juaniquillo, ven... Juaan, Juanitoo...!, llaman a mi escudero de esta mañana, que andará traveseando por el huerto".

10 de octubre

Recuperé el cuaderno en el Restaurant La Bomba en Til Til. Creía haberlo perdido en Caleu la semana pasada, durante el paseo que hicimos con R. H., P. y O. M. Mucho se le ha escapado en este lapso: la estada en Montemar con Gabriela, mi nuevo encuentro con P., las flores de la primavera. Retozando ahora a mediodía en La Vega, sobre un prado ameno de grama y tréboles minúsculos, salpicado de florecillas lila de 5 pétalos. La quebrada tiene aguas cristalinas y abundantes, protegidas por quillayes gigantescos y canelos que bañan sus raíces en la corriente. Entre los árboles se enrosca la vid silvestre que ahora empieza a brotar con hojas de un verde tierno cubiertas de pelusa plateada. En medio del prado se levanta una palma chilena de tronco monstruoso, oblicuo y panzón con protuberancias que evocan la belleza de la Venus hotentote. Las codornices ocultas en los matorrales se cambian ahogados gritos de amor. En lo alto de los árboles, los abejorros forman un rumor sostenido que es como el techo de luz del mediodía. Un moscardón chupaba con avidez el néctar de cada pervinca, colgado de la corola como un Enrique VIII al seno de una doncella. El jilguero canta con modulaciones rápidas. Lo hace muy bien, pero tiene tanto que hacer y tiene prisa. En cambio, el silbido se demora, goza del mediodía y su canto es un suspiro de dicha

[71] El discurso de homenaje en la Universidad de Chile estuvo a cargo del mismo Oyarzún, quien lo incorporó a su libro *Temas de la cultura chilena* (Santiago, Editorial Universitaria, 1967. pp. 70-76).

en la opulencia del campo. ¿De dónde saldría una cuncuna gris y anaranjada que acaba de pasar al lado de mi pluma, muy apurada, equilibrándose sobre lo alto de los tréboles? Va tan decidida como si fuera a misa.

Al llegar a La Vega, por el sendero que sale de La Cuesta de la Dormida, pasamos a la casa de Uberlindo, que a R. H. y a mí nos dio hospedaje cuando descubrimos por casualidad este lugar, ya de noche y con mucho frío. Nos recibió su mujer. La chica menor, que nos pareció tan linda, ha estado enferma del estómago y nos miraba con unos ojillos azules tristes, enflaquecidos. La madre estaba resignada a los vómitos de la criatura y el padre había salido. Es éste un lugar tan aislado, que no se conocen sino las medicinas de la Edad Media. Aquí la naturaleza se enferma, se cura y se muere sola.

A. B. duerme tirado en el pasto. Un zorzal pasa anunciándose entre los follajes modulados por el sol y la sombra. Una vaca amarrada mordisquea el pasto en un bosquecillo de culenes. Es ésta la semana del espino florido hasta el extremo límite del perfume, un aroma tibio que llena la quebrada. Más pálidas y húmedas, imitan al espino las frías calceolarias y desde el rosa al lila y casi hasta el azul, se muestran y se ocultan las verbenas silvestres. Acabo de recoger largos vinagrillos morados.

Anoche dormimos en el refugio de piedra de El Asiento. El encargado, un hombre rústico y bondadoso, vive extrañamente con su prima ya madura, que se da muchas ínfulas y habla sin parar de sus antiguos esplendores. No daba crédito a mis oídos. Parecía haber sido no sólo muy rica, sino además bien relacionada y comprobaba sus afirmaciones con datos ciertos. Pero hablaba con términos populares, frente al silencio a ratos hostil, a ratos admirativo de su primo.

Pasábamos de un prado a otro en el valle de La Vega. Era la siesta, pero la opulencia de los árboles nada perdía con esa luz porque el cielo azul de ese día la hacía también liviana, vibrante, un poco ebria como si la viera a través del ala temblorosa de una libélula. No sabía si seguir o no tres días con A. B. Con él, podríamos caminar sin fin, subir a la Campana o trepar rocas inaccesibles. Al ver ese olmo que empezaba a echar hojas de un verde bañado en líquido de oro, decidí. No seguiría. No quería seguir con él pues, en lugar de recordar aquel verso del siglo XVIII, que R. recuerda, de la parra que trepa "les ormeaux", se sonaba con los dedos y me hablaba de casos psicológicos. ¡Ah, si aquí estuviera R., otro gallo me cantara y el olmo, celebrado por el antiguo poeta, sería olmo dos veces y yo dos, cuatro veces extasiado! Comimos unas tunas al pasar el cerco y, entretanto, fui a ver unas enormemente altas azucenas rojas que habían florecido.

4 de noviembre

El lunes, día de los muertos, recogíamos conchas, caracoles, alas de nácar en la arena de El Horcón, en un pleno descanso lleno de

pequeños hallazgos, como cristalizaciones del tiempo. Tout passe... Las colinas de la costa tenían una ardentía de flores. El lila y rosa del rábano silvestre con el amarillo espeso de los manzanillones de tallo suculento con aroma de miel. Y más arriba, entre las rocas, las transparentes cabezuelas de los cactus aéreos.

Limache, 7 de noviembre

Tiempo de primavera madura con opulencia de rosas bajo un cielo liviano que se desvanece en lejanías casi verde. Antes de las 5 cantaban esta mañana los primeros chincoles.

Santiago, 18 de noviembre

Relectura de Rimbaud después de un resfrío especialmente cruel. Antenoche, una extraña orgía. Ayer, en cama, casi moribundo, embrutecido. Hoy, actividades y discursos en la velada a Rimbaud, con Neruda por hilo magnético y Anguita por su propio hilo.

21 de diciembre

Ayer, vuelo a Concepción y hoy, regreso en el lugar del piloto del avión, que resultó ser un antiguo compañero de Fernando. El copiloto, René Bobe. Buena parte del tiempo volamos entre nubes, blanco estrato -cúmulos que ocultaban a los suaves lomajes de la Cordillera de la Costa. Pasamos casi directamente sobre Santa Cruz, que no alcancé a distinguir bien a través de la espesura vaporosa. Vi, en cambio, hasta la última casa de Yáguil. Los cerros han sido desposeídos de todos sus árboles, cosa que ocurre en gran parte de la zona central. ¡Qué alegría era ver bosques intactos al poniente de Cauquenes y al poniente de Alhué! Entre Concepción y Chillán abundan las plantaciones de pinos. El tiempo se me hizo demasiado corto en Concepción: entrega del premio Atenea, discurso, comida, conversaciones con Jorge Elliott y Alfredo Lefevbre. La ciudad me pareció fea, inconclusa, ruinosa y demasiado nueva. Pero los alrededores son tan hermosos como antes: los puentes sobre el río, la laguna San Pedro, el cerro Caracol, las playas.

¿Cómo celebrar hoy el solsticio de verano?

El Horcón, 26 de diciembre

En Horcón, desde el 23 con R. y Orlando M. Encontramos aquí a Jaime Lazo.

Celebramos la Nochebuena con una botella de vino espumante. Habíamos despachado el pan de Pascua en la tarde. O. come con apetito de gaviota. Decoramos la mesa con lirios de la arena y hojas de vid, que avivaban el tono de llama languidecente de las flores. En el cielo

nocturno, hacia el oriente, Venus brillaba como la estrella de Belén. Antes de ir al restaurant de Morales, brindamos con versos, celebramos la alegría del verano, cantamos las glorias de la vid y bebimos vino blanco con durazno que preparó, devoto, O. Aun discutimos sobre Cristo, en este comedor de don Zoro que goza del lujo de estar abierto al mar. Mis versos resultaron un tanto ofensivos, hasta contrarios al Niño que nacía.

Después, el restaurant de Morales ardía de música y embriaguez. Como siempre, todo el mundo es aquí amable en la noche. Curiosamente, los pescadores practican una doble vida. En el día se permiten hasta la agricultura. La noche los enajena y esta caleta, aparentemente dormida, disimula sus gestos ambiguos detrás de una muralla de perros guardianes que ladran en la oscuridad absoluta, y de un cinturón fluctuante y tranquilo de gallos que avizoran el día. "¡Ya están cantando los gallos!" La noche entera los gallos crean la impresión de que el amanecer está por llegar. Tal vez se equivoquen. O quién sabe si el amanecer no les importa nada.

¡Dios mío, para qué creaste las pulgas!

En un acantilado de arenisca, debajo de la capa de ágatas rodadas desde la cordillera, hay una capa de conchas. Nunca he visto un caracol como el que no pudimos sacar intacto del muro. Cerca de ahí O. descubrió una especie de vértebra de saurio, un cilindro de unos 4 cms. de largo y 1 cm. de diámetro parecido a un trozo de bambú, con unas hendiduras laterales, color marfil. No lejos de ahí, descubrimos el pedazo de hueso de mastodonte que halló hace tiempo J. P. ¿Cómo sería todo esto en otras edades? ¿Cómo será después? Hoy es la dulzura mediterránea con un mar satisfecho y montañas que parecen ocuparse de preservar la tranquilidad de los hombres desde sus cimas gastadas que han llegado a poseer una nobleza de líneas que se diría maternal, sobre la infancia de las ensenadas que la brisa hace jugar.

Versos recitados por Herminio Romo:

Quisiera ser como el cisne
Que su muerte conoció,
Antes de morir
Abrió las alas y cantó.

Brindo, dijo un carretero,
Por la picana y el clavo,
Si el toro me sale bravo,
Saco el lazo y lo laceo,
Saco el poncho y lo poncheo,
Saco el cuchillo y lo capo,
Echo las h... en un saco
Y me las como hechas fiambre.

El diablo se vistió 'e luto
Y se dentró a un convento
Y ya lo que se vio adentro,
Se vio asustado aquel bruto.

Galape, gigante horrible,
Con mucha gente él estaba,
Y él ahí que resguardaba
En la puente de Mandible.
Carlos Magno y sus vasallos
No aceptaron desafío
Y Oliverio malherido
Fue donde era llamado.
Halló al turco recostado
Y le habló en cortesía
Diciéndole que él venía
A pelear con los paganos.
De ese modo los cristianos
Dentraron a la Turquía.

Chita, animal matado,
Tate quieto y no te apenes,
Cómo querís que te cure
Si no te estay sosegado.
Por lo manso te he comprado
Y ahora querís morderme.

Un freno para ese hocico
Te he mandado ahora hacer.
Soy roto que me amanezco,
No le tengo miedo al frío
Porque cuando cae rocío
Parece que me refresco.

En un tiempo de rodeo
Soy de esos que se cotejan.
Monté en una yegua vieja...
(Lo cantó Herminio, pero está en un disco).

Herminio, que ha comido con nosotros, canta con O. y J. L. "Nos veremos tristes y amargados...", que tiene un ritmo mucho más importante que la letra. Y ahora: "Bailando charleston, charleston..."

Santiago, 27 de diciembre

Regresamos de Horcón a mediodía. Cuesta volver, estar en una ciudad sin playa, sin inmensidad. Los últimos días del año se precipitan vertiginosamente el uno en el otro, como si ya nada les importara el año. Sería difícil iniciar nada nuevo en estas semanas. El mar del Horcón, sin embargo, era el mismo. No existía para él sino el verano con sus nuevos vientos, con sus corrientes, sus peces y sus pájaros. Los alcatraces disponen al parecer de tiempo, como que reflexionan más intensamente que los filósofos. Desde su roca se puede contemplar la redondez del mundo y descansar poseyendo toda la planicie de las aguas. Acaso las hormigas celebren fiestas apresuradas como las de fin de año. Tendrán que contabilizar sus mendrugos de trigo, sus granitos de centeno silvestre y deberán apurarse para no quedar en mora con el Año Nuevo.

En el Restaurant Astor con P.

1955

Puerto Chico (en Puerto Varas), 8 de enero

Desde anoche, solo en este lugar. J. P. y su compañía se quedaron vendiendo camisas en Osorno. Allí nos separamos, después de haber sufrido uno de los días más calurosos que recuerdo. Sólo después de las 6 de la tarde resultó placentero el viaje a través de tierras cada vez más verdes y más suavemente onduladas. Uno de los encantos del sur son los ríos de aguas transparentes, verdes, azules, que bajan pausadamente hacia el mar. El día caluroso los pobló ayer de bañistas que saludaban al tren desde el frescor de las ondas, desde la incomparable delicia transparente y verdosa del agua. Más de un muchacho hizo gracias, para ser admirado por la multitud anónima de los viajeros. En los taludes cercanos a la vía férrea, desde el Bío Bío al sur, crecían azucenas del campo color carmín, salvias dedos azules que cubrían campos enteros. La cordillera estuvo invisible por la bruma del calor. Después de quedarme solo en Osorno, bebí media botella de vino y me dormí, hélas! hasta Puerto Montt, de donde tuve que venirme en taxi después de medianoche. Las alturas desde donde Pérez Rosales vio por primera vez el Seno del Reloncaví, que confundió con un lago, estaban cubiertas de una niebla espesa, que daba a los grandes árboles frondosos y retorcidos que orillan el camino un aire fantasmal, nórdico, como de película inglesa de misterio. Desperté aletargado por la blandura de esta cama de una tranquila pensión alemana en la orilla del lago Llanquihue. Acaba de salir la luna llena al sur del volcán Osorno, dorada y pesada, luna mayor del verano, dorando el lago con una franja escamosa de claridad cálida. En la tarde se bañaba la juventud en esta playa. Alemanes de cuerpos bronceados practicaban el ski acuático, mientras otros jóvenes alemanes volaban en vuelo rasante en aviones pequeños, como de juego. Pero nunca faltan aquí, indiferentes al paisaje, sentados en el pretil del lago, los descendientes casi puros de los indios que los araucanos empujaron al sur, mezclados con cuncos y acaso con alacalufes. Parecen mongoles y son tan pobres como los de Chiloé (...)[74].

---

[74] Faltan, en la copia mecanografiada del *Diario*, las páginas que continúan las anotaciones sobre este viaje al sur, cuyos detalles quedan así incompletos.

Santiago, 25 de abril

Hoy participé en un homenaje a Teresa de la Parra en la Universidad. En la tarde leí sus cartas. No era un gran espíritu -sólo una deliciosa criolla anhelante de sensibilidad, anhelante de dicha, deseosa de salvarse a toda costa. En sus últimos años descubrió que le gustaba América, que amaba a América.

Más organizada y lúcida que Teresa Wilms, se le parecía en ese individualismo tierno, pasional, hecho de fuego interior que explota en el vacío.

Anoche, una escena de Goya -o de acabo de mundo. Ibamos con R. H., R. D., Enrique Lihn y Carlitos de Rokha por la calle Esmeralda, al llegar a los Alemanes, cuando, al enfrentar a un cura narigudo que venía en dirección contraria vestido con una sotana brillosa que parecía tener muchas solapas, Carlos dijo en voz alta: "Tocar fierro..." El cura, de paso claudicante, se detuvo para decir: "Cállate, desgraciado de mierda, c. de tu m..." "Miren, con qué palabras habla el representante de Cristo...", le repuso Carlos. Y el cura, ni corto ni perezoso, "Por qué me faltas el respeto, mierda..." Casi un anciano, el clérigo estaba frenético y había llamado la atención de los transeúntes. "¡Enemigo de Cristo! ¡Enemigo de Cristo!", siguió gritándole Carlitos, mientras entrábamos a los Alemanes.

27 de abril

En el restaurant La Bomba de Til Til, con R. H. y O. M. Desde hace 6 meses, R. H. no hace sino mascullar la sílaba OM. He aquí el resultado. Estar aquí, al comienzo de otro año, al lado del parrón cuyas hojas llena el sol de luz dorada como el vino blanco, debajo de sus racimos negros y de sus racimos ámbar. Aquí mismo, en este lugar en que beben los mineros vino blanco endulzado con chicha. Hay otra vez claveles rojos en floreros de plaqué. Una música mezcla de tangos y aires hawaianos toca entre las hojas para sí misma. Los mineros que beben debajo del parrón llevan camisas a cuadros de colores alegres. El pueblo se transforma, desde que los árabes le han dado telas vivas para sus camisas. Los mineros y obreros de la región dejan sus bicicletas apoyadas en las parras y se sientan a beber en estas mesas con manteles a cuadros y claveles rojos al frente. Dibujaré la botella del agua que hay en una mesa vacía, mientras R. H. hace el elogio de la mano de ámbar de la sílaba OM, atravesada por venas que son para él Ganges, Nilo, Amazonas.

A través de la botella llena de agua, el sol pasa y quema la mesa. El humo que sale del mantel parece cosa de arte, parece la satisfacción de la mesa que se hubiera embriagado. Una mesa ligeramente curada. ¡Se curó la mesa! Se curó con el sol que transformó el agua en vino. Este encuentro del sol y del agua -¡esta boda!- es uno de los orígenes del Cosmos. El sol se vale del agua para aumentar su fuego, para repartirlo

por la tierra. El agua favorece al fuego. Lejos de apagarlo, transforma en cristal -ella, la madre de los cristales-, despierta aquí mismo sobre la tierra, sobre una mesa al alcance de la mano, el remoto fuego del sol. O. M. nos ha dicho que "el quintral vive a costillas del espino". Y una mujer de los cerros explicó la cosa diciendo que el quintral "es muy amistoso".

Al pequeño pueblo con su iglesia rodeada de olivos no llegan los mineros. Llegan zorzales, torcazas pasajeras, y tordos no huidos a la sombra del higueral comen los higos más dulces que la miel silvestre. Aquí la tierra es seca, el sol translúcido y la cal de la entraña terrestre alimenta con celo sus cosechas escasas.

Cosechamos almendras amargas. Las que comí estuvieron a punto de envenenarme. Llegamos a la casa del ciprés frente a la cual crecían verbenas moradas. Un viejo ciruelo lucía las últimas flores, violetas y blancas. Por el jardín descuidado se arrastraba roto, un plumbago florido. Este es el momento de decir que su suerte no es del todo inmerecida porque sus flores tienen algo de papel, papel celeste pálido de esquela de provincia. Sobre la tapia de adobes descansaban las ramas frondosas de un damasco muy viejo de follaje tierno, oscuro y fresco. Alrededor de la casa, la arboleda era un oasis de verdor, rodeado de colinas de aridez dorada. Allí nos dio la hora en que las vacas vuelven a los establos y las cabras al aprisco circundado de pircas prehistóricas de piedra. Las colinas descansan al abrigo de las sierras filudas de roca que sólo a veces, en bolsillos abrigados del viento, encierran todavía robledales que ahora empiezan a leonarse. El dueño del oasis, un hombre bondadoso con expresión de bandido, nos regaló racimos de uva rosada.

En la quinta Las Mariposas se combinan mineros y huasos que dejan sus cabalgaduras en la puerta y entran a la sala de baile haciendo tintinear las espuelas. Es una sala grande de piso verde de mosaicos relucientes, adornada con guirnaldas de papel rosado y verde que imitan flores, flores del aire. Todo parece limpio, pulcro como en un pueblo andaluz. La orquesta en descanso, con su pianista albino, ha sido reemplazada en este momento por un altoparlante cruel. El pueblo chileno tiene los ojos más delicados que los oídos. Parecen agradarle estas estridencias mecánicas que rompen el silencio transparente de la noche de Til Til, una de las más cristalinas. Predominan los bebedores de chicha y vino. No son muchas las parejas que bailan. La conversación de las gentes es lenta, salpicada con exclamaciones satisfechas de los huasos y alegres de los mineros. Mirando a esta gente que luce camisas de dominical blancura o a los huasos con sus dalmáticas de colores vivos, se puede asegurar que este país no es pobre ni bárbaro, a pesar de la aridez de la región de Til Til. La luz eléctrica y hasta los execrables tubos de luz neón producen aquí un efecto de bienestar. Cierta vez, con H. C., estuve en esta misma quinta después de medianoche, un sábado de invierno. A través de la ventana enrejada que da a la sala de baile divisamos a una anciana muy morena de cabellos blancos que miraba el espectáculo y no daba a sus ojos punto de reposo. No es difícil advertir en este pueblo chileno una tendencia al agrado de la vida. Acaba de

acercarse a nuestra mesa un hombrecillo bien plantado de camisa azul a rayas, moreno, de ojos chispeantes, ofreciéndonos con finura tres copas de vino arreglado que trae en las manos. Debajo de la camisa lleva una camiseta blanca inmaculada. Nos habló de inmediato con desenvoltura. "Noté que no eran de aquí, que eran de Santiago..." O. M. dice que está feliz.

Dos horas más tarde ya no lo estaba. Cuatro horas después, vagaba, ebrio demonio lunar, por el camino pavimentado frente a la estación. Sin vernos, en la oscuridad de la madrugada, se detuvo frente a un abrevadero de cemento caído, ante el cual caviló, como Endimión ante una extraña estela descubierta en la sombra de la luna. Caviló allí, borracho, largamente. Había terminado nuestra noche feliz y vivíamos, él, R. y yo, la noche triste, como personajes de Paul Bowles, en pueblo de mineros tan silencioso que la música de Las Mariposas se escuchaba a kms. de distancia. Hacía frío y no había adónde dormir. Ninguna cama de hotel ni cama amiga. Ningún cuerpo amistoso como el quintral era a esa hora visible. (Y cuántos podrían haberse ofrecido). En aquel páramo plantado de tunas -a esa hora había que olvidar los olivos, aunque fueran de Minerva- y circundado de sierras, afiladas como cuchillas, sentíase la nostalgia de una cama cómoda en que hacer reposar los huesos transidos de tiempo, nostalgia aun de la elegancia moral, del refinamiento del insomnio con un angustioso amanecer de la luz angustiosa sobre el Parque. ¡Qué felicidad, aun en la desdicha, ver a la luz tan cruel del alba alumbrar las flores encarrujadas de la Pavlovnia Imperialis entre sus hojas de oreja de elefante! Aquí era el frío, el divorcio de cuerpos y almas, la gélida sala de espera de la estación con un mujik dormido en espera del primer tren. Pasaron unos trenes de carga que no se detuvieron, a pesar de su alarido de inclemente ave nocturna. Dormir allí, en un banco, no era divertido. Fue, con lo anterior, un sorbo de desdicha mortal, una copa de sulfato de soda o de agua de mar expresamente calentada para dar un mal gusto a la boca, a la boca misma del alma.

¡Pura naturaleza, pura contradicción! Subiré la cuesta escarpada que lleva a la garganta de los cerros que da al Aconcagua y al mar. Aunque fuere a gatas, subiría hasta mi último día. Santa Lucía me conserve los ojos para admirar cuando me dieron.

26 de mayo

Viaje a Valdivia la semana pasada con J. M. Recorrimos en avión medio país, mirando la cordillera recién nevada y el mar de un azul pervinca, a través de un cielo puro, sedante. Los bosques de robles vecinos al lado de Vichuquén, los de Cauquenes y los del Itata estaban leonados como en un cuadro de Palencia. Aun desde abajo transmitían la calidez opulenta del otoño. Al sur de Temuco volamos entre nubes. La estación es menos espléndida en Valdivia. Las lluvias y los vientos desnudaron ya a las encinas, las hayas, los olmos. Los pellines se

conservan encendidos, pero sus fulgores son allí más uniformes, menos libres que en las quebradas de Caleu.

J. M. es un ideal compañero de viaje[75]. Uno querría estar siempre con él. En su proximidad se hacen mejores las cosas buenas que uno posee y las otras se duermen. Salvo que él adquiera el tono oficial, la grandilocuencia académica que usa como una especie de *habit vert*, con espadín y todo. H. C. está entregado a sus tareas, menos tenso, menos trágico; empieza a ser liberado por la acción, por el contacto humano dinámico dentro de algo que le interesa. Escena en la estación de Antilhue, en el viaje de regreso: frente a una casa ocurrió la más terrible tragedia... No pude dejar de interrumpirlo: -¿Y no habrá ninguna casa que haya presenciado escenas de gran felicidad? Risas de J. y semisonrisa de H. C.

Santiago, 8 de junio (Corpus Christi)

Escena de esta mañana en los Benedictinos, después de la misa y del sermón del P. Bonifacio sobre el cuerpo místico y el amor. H. D. quería encontrarse con un amigo joven que ha entrado de huésped al convento y se dirige, seguro de ser reconocido, a Fr. Pedro Subercaseaux. Lo saluda y le expone el caso, dándole el nombre del amigo. Fr. Pedro lo miró con ojos transparentes y distraídos y luego de una pausa, le pregunta: "¿Cuál es su nombre?" "H. D. A.", le contesta y Fr. Pedro cavila y meneando la cabeza, le dice: "No, no conozco ese nombre, no está aquí".

25 de junio

"Otra vez, otra vez, como en tiempos de sed..." En el amor hay siempre el deseo de descubrir juntos el mundo, otro mundo que es este mismo mundo nuestro con gentes, ríos, animales, florecillas. Correr aventuras en común, salir a rodar tierras.

Asunción (Paraguay), 29 de junio

Me resulta increíble estar a las 7 de la mañana escribiendo en camisa, después del desayuno, en pleno invierno paraguayo. La temperatura es deliciosa en esta época a lo largo de todo el día y la noche. Viniendo de Chile, en los primeros días este trópico tierno, luminoso y fresco produce un efecto sedante, de distensión nerviosa y libertad de los sentidos. Ayer, se le echó a perder un motor al avión sobre la cordillera y al parecer llegamos hasta aquí rengueando por los aires, sobre los pantanos del Chaco. Cuando volábamos sobre la región del Paraná, la puerta trasera estuvo a punto de desprenderse.

---

[75] Se trata del escritor y profesor universitario Jorge Millas.

En los alrededores del mercado de Petirossi, nos hallamos una pareja de indios churumpés. El vestía ropa de lejano origen norteamericano y se reconocía por la expresión hierática, fija de sus ojos toscos, como tallados en madera pesada del trópico. Ella lucía un tatuaje que le dividía la frente y se desparramaba radialmente, en trozos azul verdoso, bajo la boca. Sergio Larraín les tomó fotografías. Yo les compré una faja tejida de hilos blancos y azul piedra. No sabían sino unas pocas palabras castellanas.

Visité dos mercados más bien pobres, sin mucho color, poblados de gente mestiza. Abundaban las viejas fumadoras de puros. Ningún olor especial, ni malo ni bueno. La gente se pasea o descansa al lado de su comercio, conversando con liviandad y con caras ligeras desprovistas de profundidad y de tragedia. Se advierte aquí en todas partes un cierto contentamiento sin mucho brillo ni carácter. El trato es suave, gentil. No escuché discusiones ni disputas. La vegetación es abundante alrededor de las casas y aun en las calles empedradas o de tierra roja desnuda. En el mercado había profusión de hortalizas europeas, pero muy pocos frutos autóctonos. En un puesto ofrecían frutillas como las de Chile.

Son hermosas las cercanías del puerto, con el abierto paisaje del río Paraná, la catedral edificada por los jesuitas y el palacio rosa del Congreso en una explanada verde donde jugaban fútbol, casi desnudos y descalzos, los cadetes del Colegio Militar.

Río de Janeiro, 6 de julio

Habla aquí el hombre con colores frente al mar turquesa[76]. Los parasoles escarlatas, amarillos encendidos, azules sobre la arena clara abrigan languideces que son una buena respuesta al cielo de jacinto. Hasta los ojos más insignificantes adquieren color y, mientras las olas se hinchan, golosas, y se aclaran al llegar a la arena, las muchachas miran y sueñan, ojidoradas, y los muchachos juegan con pelotas que animan con su rápido vuelo la atmósfera tibia del invierno de Río. Este es el paraíso de la desnudez. Después del baño y del juego, la gente desnuda atraviesa con naturalidad las calles apretadas de automóviles y se interna por la ciudad, habituada al balanceo del cuerpo humano desnudo. Ni un solo gesto de vigilancia ni sorpresa. Cuerpos negros, cuerpos dorados, cuerpos mulatos, cada uno ha sido el objeto de un culto, cada uno se sabe presente en el mundo, consciente de su realidad y belleza. La primera obra humana aquí no es el pensamiento, es el cuerpo y en seguida el color. Jugar con los colores que la naturaleza no prodiga, extenderlos, multiplicarlos, hacer de ellos un mundo y un lenguaje. Tal es el goce de la salud que, por el cuerpo, puede aprender el alma.

---

[76] Extensos pasajes de las páginas del *Diario* escritas en Brasil entre el 6 y el 22 de julio figuran, con modificaciones, en el libro de Oyarzún *Mudanzas del tiempo*, ya citado (pp. 35-43).

Copacabana

Cuántos gestos tiene una ola, cuántas maneras de mirar, cuántas de ser mirada. La tierra, con sus cerros, con su caminos, descansa, mientras ella se niega a aceptar las órdenes del cielo. A nadie abriga. Fascina, envuelve, enfría, da alegría, pero no da ternura. Aun la dura quebrada es el regazo de helechos friolentos. Aun el pedregal me da calor, me da descanso. No la ola que sólo me levanta y me tumba. Sobre ella cabalgo y canto. Ella me da su áspera canción. Mas la tierra es mi cuna. Canta y canta la tierra, madre de palmeras, y sólo a ella busco para mirar, después de la noche agitada del mar.

En el hall del hotel Gloria, volví ayer a encontrarme con Jean Cassou, que esperaba a su amigo Correa, el editor, a quien no veía desde hacía más de 20 años. Me dijo que Río lo había fascinado, que esta ciudad era un portento, etc. Cuando llegó Correa, se abrazaron muchas veces.

10 de julio

Anoche, visita a Niemeyer. Al bajar a la casa, Francisca resbaló sobre las losas mojadas por la lluvia y rompió a llorar. J. J., después de consolarla, entró a la casa, donde se habían reunido algunos amigos de Niemeyer, y preguntó con desenfado: "¿Dónde está el dueño de casa para saludarlo?" Como no estuviera ahí en ese momento, no saludó a nadie.

La playa de Copacabana está llena de multitudes multicolores en esta asoleada mañana de domingo. Rojos y amarillos papagayos de papel juegan en el aire. Una bruma azulada suaviza la muralla de edificios que avanza hasta la lejanía. En pleno invierno, vibra aquí un verano tumultuario que ofusca a los ojos. Parece siempre ser la hora del descanso. Por las aceras ofrecen billetes de lotería y cigarrillos americanos. Todas las edades se encuentran en la misma desnudez casi completa. Estoy aquí como suspendido en el puro presente, sin amarras, simplemente del lado del gentío y del mar. ¿Qué pasará en otras partes? ¿Qué pasará mañana? No interesa... La cuba libre y el cuerpo azul del mar pesan más que el destino. Ni siquiera duele la falta de compañía.

Ouro Preto, 14 de julio

Desde el inconfortable hotel construido por Niemeyer en Ouro Preto, los hermosos tejados de la ciudad se ven como a través de las rejas de una jaula. ¡Tanto cristal para tan poca visión! Uno querría estar aquí en una habitación sin murallas para contemplar mejor este burgo que parece de Galicia o del Portugal, milagrosamente preservado con sus calles tortuosas, sus iglesias de piedra jabón y sus tejados musgosos, entre montañas verde rojizas. En las casas de 2 ó 3 pisos, hechas a desnivel, predominan los vanos sobre los muros, aumentando el efecto de suspensión en el tiempo y en el espacio que produce Ouro Preto.

Desde la altura, las colinas edificadas rodean una barranca verde de plátanos y matorrales con palmeras. Los colores de la ciudad son discretos con primacía del rosa de las tejas y de algunas fachadas y del siena y del ocre de las montañas. Por el cielo nublado vuelan buitres que de pronto resplandecen al atravesar bahías azules. Cantan gallos de voz señorial en esta ciudad sin autos. Aquí se cumple mi deseo de tener lugares de reposo que preserven la vida de otras épocas. Palomas de gestos inmemoriales se arrullan en los aleros viejos.

En Sabará, el director del Museo del Oro, el señor de Almeida, un hombre fino y suave, nos dijo que allí vivía una artista chilena considerada por Gaudi una de las mejores grabadoras del mundo: Graciela Fuenzalida. ¡Qué azar encontrarla! La conocí hace casi 20 años, cuando era la amada de Carlos Pedraza y la Niña Chela de los versos de Nicanor Parra. Sigue siendo tan misteriosa, tan difuminada como entonces. Cuando apareció por el pasillo del hotel modestísimo en que vive desde hace 9 años, la vi venir envuelta por el mismo halo de ensimismamiento que a veces me desconcertaba cuando era yo casi un niño. No es su segunda sino su primera naturaleza. Su distancia carece de afectación. Está muy delgada y su pelo es ya entrecano sobre el rostro muy pálido. Los ojos, luminosos, puros, cansados. El cuerpo, "apenas cuerpo, apenas, como la Santa..." La voz, dulce, clara, extranjera, de ningún país. Sus frases, sus palabras y las cosas que dice, recuerdan a Gabriela. ¡Qué fuegos habrá habido tras esa tranquilidad, tras esa elegancia que se ha inventado sin querer un lenguaje! Y qué soledad ahora, en ese hotel, casi en las afueras de la pequeña ciudad cerca del río de aguas verdosas, con fuentes e iglesias de piedra.

Ouro Preto, 15 de julio

Para viajar, uno debería ser libre como un cangaceiro; de otro modo, los malos sueños atormentan.

Anoche, poco antes de las 4 de la mañana, se presentó ante el hotel un grupo de estudiantes que inició una serenata. Durante una hora cantaron con guitarra modinhas melancólicas dirigidas a una turista. Al final, las voces tenían que competir con los cantos sonoros de los gallos del amanecer.

Ayer, en la iglesia de Antón Díaz, presenciamos una lección de catecismo dirigida a niños que venían a hacer su primera comunión. Los había de todos los colores, hasta el negro absoluto de un chico de grandes ojos que no dejaba de abrirlos y elevarlos al cielo junto con sonreír con grandes dientes de blancura luminosa. Contestaban con entusiasmo, atropellándose unos a otros y no revelaban fatiga. Bajo uno de los altares de esa iglesia, está sepultado el Aleijadinho. Su padre portugués fue el autor del templo. Después de ver un buen número de sus obras, el Aleijadinho disminuye. No fue, sin duda, un artista de tamaño universal. Fue un imaginesco de mucha maestría y gran talento, pero carecía de profundidad expresiva; carecía de una gran imaginación creadora.

Salvo los Profetas, casi todas sus figuras son convencionales y preparan el camino de las imágenes religiosas más vulgares que han llenado después las iglesias de América. Muy poco o nada tomó de casas y paisajes de Brasil. Tuvo más habilidad que los "maestros" autodidactas que en toda América han tenido obstinación y afición decorativas, pero no es de un linaje muy superior a ellos. Sin su vida de tormentos increíbles, no sería tal vez especialmente recordado.

Desde la explanada de santa Efigenia, en lo alto de la ciudad, hacia el sur, Ouro Preto puede compararse a un burgo medieval bien conservado. Lo mejor que tiene son los tejados cálidos, embellecidos por el tiempo, alrededor de las iglesias erguidas en las colinas: Nossa Senhora do Carmo, San Francisco de Paula, Nossa Senhora das Mercés. La ciudad es pequeña y tranquila, casi sin automóviles, con música de campanas de voces diferentes que se hablan de torre a torre. Pero la gente no tiene color local ni en las actividades ni en los trajes. Son las mismas encantadoras personas de buena voluntad y buen genio que uno halla en Río, en Sao Paulo. Sólo un poco más pobres, un poco más lentas. Es un misterio saber de qué viven. No hay señas de minerales cercanos. Las tierras vecinas están incultas, el comercio es menor. ¿Vivirán de las campanas? Las calles empedradas con lajas planas y brillantes resuenan al paso de borricos cargados con alforjas de harina, con cestos de piñas y plátanos. Los muchachos juegan al billar. Vuelan palomas. ¿Cuál será el escondido trabajo que da vida a la antigua Villa Rica del oro?

16 de julio

Todo el problema filosófico de la ética se resuelve en última instancia en la aspiración a una conciencia lo más lúcida y completa posible. La doble naturaleza del hombre corresponde a la dualidad de inconsciente y conciencia, entendiendo a esta última como una realidad dotada de infalibilidad, desde que la conciencia en su más alto sentido - en cuanto visión pura del mundo espiritual- no puede equivocarse. La realización integral de la conciencia representa el tiempo definitivo del espíritu, la victoria del cielo sobre las tinieblas infernales. En este sentido, Satanás es el príncipe de este mundo, el señor del error, la encarnación de nuestra ceguera y de nuestra debilidad. Sócrates tenía razón cuando identificaba al bien con el conocimiento. Sólo que su concepción de un conocimiento salvador puramente racional era estrecha.

Desde hace varios días, pero especialmente desde antenoche, he padecido una inquietud intensa relacionada con sueños.

Salvador, 19 de julio

Dos arcoiris se elevan sobre el Atlántico tranquilo de la Bahía de Todos los Santos. Por el río que sale calladamente al mar navegan

veleros de apariencia chinesca. Sobre la ciudad se encuentran las nubes del Océano y las nubes de las tierras interiores que de tiempo en tiempo descargan aguaceros violentos, que no alcanzan a amedrentar a los bañistas ni a los pescadores. Cuando sale el sol, el mar se alumbra de verde. Entre las casas de la ciudad hay palmeras, mangues, flores encarnadas, jardines húmedos, lustrosos que abrigan a pájaros de espesura que cantan con frases largas casi humanas.

21 de julio

Aquí es muy fácil dejar de ver el puerto nuevo con sus vapores y abrazar con los ojos el mar de azul fuerte e inmóvil, a veces verde o turquesa, con sus barcas pescadoras de vela fenicia, de vela griega, sintiéndose un hombre antiguo ante el Mediterráneo poblado de navegantes extraños.

Admiré la elegancia majestuosa de las negras viejas que danzaban en el candomblé. Parecían las madres de la tierra, herdticas, monótonas, unidas al mundo subterráneo por una mirada sumida en las tinieblas. Hasta las más ancianas se vistieron con trajes y manteletas de colores vivos, turbantes de seda celeste, amarilla, verde, aros, ajorcas, pendientes, conchas y caracoles, manecillas de hueso, chinelas rojas que se les salían de los pies en el momento del éxtasis. La dueña de casa, Doña Lúzia, que parecía la más anciana, se dobló con gestos de placer extremo o dolor extremo cuando fue poseída por el antepasado. Su cara de un negro rojizo, de labios finos y ojos hundidos entre las arrugas de pergamino, se contrajo y se redujo, iluminada por dentro por esa música de tambores e instrumentos de hierro en forma de garfio. No gritó ni danzó. Se entregó solamente al vacío que se abría bajo sus pies. Después pareció transformada en diosa de la viruela, con la cebeza cubierta por una corona de collares de caracoles y un embudo de fibras vegetales que le llegaba hasta debajo de los hombros. Así abrazó a los circunstantes y repartió bendiciones.

Ha aparecido la luna nueva sobre el mar de Bahía. En forma de barquilla, está fija en su brillo sobre nubes negras salpicadas encima del horizonte marino. El agua siempre aplacada parece un óleo sordo que no se extendiera mucho más allá del último barco que deja ver la noche naciente. Más allá, no hay mundo. La tierra se redujo de pronto y no es ahora más que un escenario para el diálogo entre dos barcas, una del cielo, pura y vacía, y la otra de la tierra misma, con hombres, peces y frutas.

22 de julio

El *berimbau* de una sola cuerda tendida a lo largo de un arco de color acompañaba con su música elemental las piruetas de los luchadores en la *capoeira*. No podían atacarse sino con la cabeza, las piernas y los pies. Las manos les servían sólo para caminar en busca del pañuelo del

triunfo que debían recoger del suelo con la boca. Los jóvenes combatientes -negros o mulatos- dominaban ágilmente sus cuerpos y transformaban la lucha en danza casi ritual. De tiempo en tiempo se levantaban, extendían los brazos y se tomaban las manos, posición necesaria para recomenzar. Una especie de heraldo cantaba, antes de cada encuentro, las virtudes de los duelistas, con la melopea de los instrumentos detrás. Los espectadores, de pie en los costados de la barraca con techo de paja, seguían serenamente el juego, riendo sólo de vez en cuando ante algún movimiento de humor. Pero, tanto la música como los movimientos son de una infinita monotonía. Al cabo de 15 minutos se tiene la impresión de que el tiempo ha desaparecido y de que la *capoeira* no va a terminar jamás. Este mismo sentimiento de parálisis del tiempo, de eterno presente, se experimenta aquí mirando el mar, mirando las expresiones lánguidas de los bañistas, de los vendedores del mercado, de los pescadores semidesnudos en sus barcas. Cada mañana, en la bahía de agua extática y perfecta, vuelve a comenzar la misma visión: las velas antiguas recogen el viento y acuden al escenario idéntico.

Til Til, 4 de septiembre

Un día de primavera con cendales blancos sobre el cielo de un azul perfecto, primero azul de Sèvres, azul jacinto después sobre las sierras de la costa de amatista flanqueada de nieve (...)[77].

Los Vilos

... Había dos gaviotas muertas en la playa y más allá un jote tumbado que aún conserva la crueldad en la altivez de la cabeza calva e imperiosa. Entre uno y otro golpe de ola moriría ese lilén corredor de la arena. No pocas muertes presencia esta playa intranquila, interrumpida por hondonadas y montículos, flanqueada sólo de hierba loca grisácea. Sobre los cerros de poca vegetación había nubarrones detenidos. Se combinan en Los Vilos el pueblecito minero y la caleta de pescadores. Hay paz. Hasta el aire gris es sedante. Las calles tienen pinos macrocarpa robustos que con su ala negra protegen a las casas de un piso, blanqueadas de cal. Cerca de la playa crecen pittosporums y floripondios que forman un oasis con algo de caprichosamente polinesio, una fronda de clima caliente con cabañas de techo de paja y escondrijos que se

[77] La descripción iniciada por Oyarzún queda trunca, como también es abrupto el comienzo de las anotaciones que siguen, referidas a Los Vilos (el encabezado con el nombre de esta caleta lo he puesto yo), porque aparecen perdidas algunas páginas de la copia mecanografiada del Diario. Como las anotaciones que siguen al fragmento sobre Los Vilos están fechadas el 13 de noviembre, las páginas perdidas deberían registrar anotaciones correspondientes al resto del mes de septiembre y a octubre.

ocultan de la luna. No se sabe bien cuándo los pescadores descansan, no se sabe bien cuándo trabajan. Sus movimientos son pausados como la ola de un día perezoso, silenciosos como los del pez. El mar desgasta aquí, como en todas partes, las espinas del tiempo. El agua recuerda a la tierra que ella es más eterna, más duradera, que ella no cambia. En tierra, los insectos se afanan día y noche, susurran las aves nocturnas en concomitancia con las nubes húmedas de luna. En el mar, la luna no tiene sonido. En tierra, el hombre excava minas, levanta castillos y hace girar ruedas. El mar no avanza: ¿adónde iría? Allí está, entregado a su respiración. Se eleva y baja, baja y se eleva, entrelazado con los filamentos, esporas, flotadores, pulmones de su red. El pescador alza su red, hunde su pequeña red en la red inmensa y algo extrae, algo que el mar ni siente ni acusa. Peces y conchas que el mar, sibilante, repone.

2 kms. al sur de Los Vilos brotan unas vertientes que forman el estero de Quereo, estero de breve curso que va a desembocar en una ensenada erizada de rocas y rompientes. De ahí proviene el agua potable del pueblo. Alrededor de los hontanares -verdaderas fuentes secretas- ha crecido un bosque tan apretado de canelos y arrayanes que uno se imagina en plena Araucanía. Algunos arrayanes tienen troncos gruesos como encinas. Crecen abrazados unos a otros en red tupida de troncos y ramas desnudas, que sólo arriba se expanden en ramajes tiernos de hoja perfumada, buena para no apunarse, según los montañeses. Ni en el sur había visto canelos más corpulentos. Surgían de la densa masa arbórea cubiertos de flores, como los custodios del agua escondida. El interior sombrío del bosque está atravesado por lianas resistentes que se enroscan en los arrayanes, molles y boldos. Toda la tierra parece tan fértil que los yuyos y rábanos silvestres alcanzan más de 2 metros de altura. El bosque es asilo de pájaros, chincoles, zorzales, diucas. El tordo le dio su nombre araucano, *quereo*. En el bosque cogimos manojos de hierba buena y en las inmediaciones, huillis violeta, matizados de blanco y de oro. En 1899, según dicen, hallaron en este bosquecillo ameno los huesos de un mastodonte.

En las costas hay zarpadas poblaciones de cardones o copaos que bajan por las rocas, con sus erguidas y crueles alabardas, hasta la misma ribera. Las manzanillas silvestres (Bahía *ambrosioides*) cubría de blanco algunos bolsillos de tierra entre los acantilados. Abundaban la llamada papa de zorro (*Solanum maglia*) con sus flores azules con glóbulos amarillos, hermana del natri (*Solanum congestiflorum*) y del huévil (*Solanum valdivianum*), y las arvejillas de flor dorada (*Vicia modesta*). La menor brisa, cerca de la playa o en las lindes del bosque, estremecía a las tembladeras (*Briza*), de cuyas espigas dice Teofrasto que los griegos hacían un pan que producía el sueño. Empezaban ya a abrirse las flores encarnadas de la tupa (*Lobelia salicifolia*), cuya leche causa la demencia (R. A. Philippi). No he podido ubicar la hermosa mariposa del campo que recogimos en la playa de Los Vilos y que florecía en estos días hasta la cuesta del Melón. La flor parece de una *Alstroemeria pulchra*, es decir, es una amarilidácea, pero cerca del mar

la planta alcanza un tamaño elevado, hasta medio metro, y sus hojas tienen una calidad suculenta y unas formas que nunca había visto. Los dos pétalos mayores solían ser enormes, con rayas amarillas sobre un fondo de laca.

El Horcón, 13 de diciembre

El trato diario con los poderes vivientes de la naturaleza es indispensable para el enriquecimiento armonioso de la vida. No hay salud sin él. El aumento de la población del globo hará necesario un gran perfeccionamiento en las técnicas de restauración y creación de la tierra. ¿Cómo vivir sin la tierra y sus criaturas, sin el mar y el aire poblados por una vida sujeta a ritmo como la respiración y la circulación de la sangre?

Sobre la riqueza multiforme y dispersa de la vida, el espíritu no parece ser sino *voluntad de orden.*

El Horcón, 19 de diciembre

Sobre la playa de Cau Cau, trillan lentejas. En lo alto de la loma, nubecillas de oro intensifican el azul, mientras se va formando la "frente de las lentejas", una trinchera delante del mar.

Santiago, 22 de diciembre

Gracias por este nuevo solsticio de verano. Y por la primavera y lo que ella me trajo. Gracias.

24 de diciembre

Gracias, Amigo mío, por haber nacido, por haberte acordado de la Tierra. Gracias por tu nacimiento, por el pesebre y gracias por el oro, el incienso y la mirra. Amigo nuestro ¿quién te obligaba?

31 de diciembre

Gran sorpresa: Don Zoro ha instalado una radio en el comedor clásico de su fonda y ¡oh, felicidad! en este momento, después del baño de sol en la playa privada, escuchamos un quinteto de Schumann. Afuera, sobre las rocas de un ocre verdoso bajo la luz crepuscular, las gaviotas descansan después de haberse disfrutado una pescada, que finalmente se comió un perro. Doña Prosperina, como Diosa Pomona, acaba de traernos cerveza y sandwiches, pero, olímpica a su modo, quiso cambiar a Schumann por un bolero. Tales son los riesgos de la civilización.

Nos vinimos temprano, María Cristina, Hernán Valdés, L. E. y yo. En este último tren del año leíamos versos de Rubén Darío que fascina-

ban a M. C. y no tanto a L. E. que con mucha razón me acusó de tener demasiado impulso lectoril. Hernán a trechos dormía, a ratos miraba, a veces admiraba. El tren de San Pedro a Quintero se detuvo, como siempre, sin más razón aparente que el cansancio del año. En vano tratarán los mecánicos de sacar voces del alambre telefónico por medio de una especie de anzuelo. Nos bajamos en el puente de Concón y tomamos un taxi que nos trajo a Ventanas.

Podrían haber pintado nuestro almuerzo o haberlo contado como una escena pastoril del siglo XX. En una posada de paredes blancas, una pequeña mesa redonda cubierta por un mantel a cuadros nos presentó pan, mariscos y vino, confirmados en toda su presencia por la luz más espléndida y pura del verano. ¿Qué más? ¿Qué más también que la frase de Gluck a la distancia y las colinas de oro y de cuero curtido en el trayecto que hicimos a pie de Ventanas a Horcón? Un muchacho de camisa azul marino abierta pasó galopando en un caballejo tordillo, en dirección a un campo en que recogían trigo. Parecía feliz.

Finalmente, surgió entre pinos el agua de hirviente azul y después, enlazadas por sus redes y sus botes, las casas blancas con adornos livianos de color. La caleta estaba pesada de las algas, que removidas hacen del agua un jardín de innumerables tonos que se deslíen los unos en los otros, esmeraldas indecisos como cuando se balancean las hojas de las palmeras, lilas y púrpuras anaranjados de puestas de sol.

Sobre la playa, dorada, al sol, el pensamiento resulta una pobreza innecesaria. Las gaviotas detienen en el aire su vuelo y proyectan una sombra cristalina en la cara que recibe del cielo el vellocino. Aun los animálculos de la arena bajan y suben recamados de ornamentos como hierofantes de Oriente. Los tábanos extienden sus alas y dan ganas de dejarlos chupar la sangre a cambio del espectáculo irisado que ofrecen.

1956

San Felipe, 25 de febrero

Los pavos reales volaron a dormir en las altas ramas de un pino del parque. Volaron uno a uno, desplegados, como en una borrada estampa japonesa.

La luna llena parecía saber que ésa era su última noche de verano. Subió desde las montañas desnudas, inmensa y grave, difundiendo una luz que permaneció dorada durante más tiempo que otras veces. En el huerto, cerca de la medianoche Andrés y yo conversamos sentados en la tierra. Todavía cálida, aquietados por esa luz que nos unía después de la dispersión del día, esa luz inmóvil que efectivamente hacía ilusorio, puramente humano, el tiempo. Aves sin nombre cruzaban, posesionadas del silencio, por el cielo. "Tejían el cielo". Intimamente podía sentirse algo semejante a la grandeza, no por hacer ni decir grandes cosas, sino por esa tranquilidad que nos emparentaba a todos los hombres que desde antes de la historia se han sentado en la tierra ennoblecida por la calma lunar a mirar algo que no se sabía ya si estaba adentro o afuera de ellos mismos. Así conversarían Jacob y su hijo José tendidos en el desierto debajo de la insinuante Ishtar. Nuestra conversación tocaba naturalmente los más lejanos temas, se elevaba sin trabajo, como un nadador que pasa de pronto del agua al aire y magnifica sus gestos. Así un dios podría nacer imperceptiblemente de un hombre, gracias a la emanación de la noche. Recuerdo haber buscado secretamente siempre este estado simple, cristalino del alma, en las navegaciones por mar, en las montañas, en el silencio absoluto, en la música, en el amor físico. Aunque haya olvidado, ¿no habré sido formado tal vez por esos instantes y no dependerá de ellos mi poca virtud?

El afán de absoluto adopta muchas figuras, y tal vez la más cercana, la más accesible, ha de ser la exigencia de que cada cosa sea completa en sí misma, de que los instantes sean humildemente perfectos, perfectamente adaptados a su destino, como una semilla que tiene dentro de sí algo plenamente acabado.

San Felipe, 26 de febrero

Después de comida, Ulda, Marie Claire y L. E. se fueron al cine. Alfonso y yo, acompañándolo. Le leí casi todo el ensayo "Ocio y culto" de Joseph Pieper. Hermoso ensayo, que coincide con lo que escribía ayer

sobre la tranquilidad y la grandeza. Ahora, escribo solo en la biblioteca de esta casa de campo, casi completamente tranquilo. Bebo un vaso de cerveza y fumo un cigarrillo. Estoy rodeado de libros y cuadros. Espero que vuelvan. Mugen vacas bajo el cielo sin luna, ladran unos perros lejanos, de pronto se despiertan queltehues, todo aplacado y tranquilo. Estoy solo, pero no estoy solo en el desamparo. Todo parece armonioso, justo, presente, sin expectación. Mi corazón ha respondido pasajeramente a la invocación del verso de Yeats que conmovía a Joyce: "Impetuous, heart, be still, be still!" Pero no soy sino accidentalmente escritor de las horas nocturnas. Prefiero la mañana y me es indispensable estar bien, estar en forma, vigorizado por el sol, cerca del mar o de árboles, en contacto con la tierra y con el día. El presente me estimula y me dice cosas que entregado sólo a mí mismo no hubiera advertido. El estado ideal es una combinación de soledad y compañía, tranquilidad exterior y la garantía de una respuesta. Si estuviera en una isla desierta, pensaría siempre en el lector. Aun entonces necesitaría un eco, por remoto o quimérico que fuese. Desde el punto de vista del escritor -uno entre muchos- el progreso social representa la posibilidad de más y más respuestas inteligentes o sensibles, limpias. Necesito de un orden mínimo para escribir primero que nada, de un orden interno creado siquiera por el impulso irresistible que me lleva a inclinarme sobre el papel, pero después también orden externo de personas y cosas, un mundo circundante pulcro. Así, el estar sentado frente a un bello paisaje de costas, de campo o de jardín, con la página en blanco bajo los ojos puede ser el goce más perfecto, una especie de goce de amor de recibir y darse. Eso, en cuanto a la creación literaria prevista, calculada -una novela, un ensayo filosófico, que requieren continuidad. Ancho es el campo de lo imprevisto, sobre todo en las formas iniciales de la creación poética. Cualquier lugar, cualquier circunstancia, cualquier estado de alma hasta los estados emocionales más intensos, una mesa de restaurant, una acción, un banco de un parque, una espera angustiosa, una sesión solemne, con vino o sin vino, son compatibles con el gesto primero de la expresión. Pero en estos casos es habitualmente menor el goce íntimo y más largo es generalmente el trabajo posterior sobre la propia obra.

20 de marzo

En la acción, como en el amor, se llega a sentir el contacto con esta especie de fatalidad que, lejos de anular la libertad humana, la engrandece. No sé por qué vuelve a mi mente el tema de la grandeza, como una obsesión que sigue activa en el inconsciente. Nos afanamos por ser grandes, por hacer grandes cosas. Pero en el fondo me parece que la grandeza verdadera tiene algo de impersonal y que tiene que ver sobre todo con gestos externos que el hombre, simple intérprete, vuelve a crear, aunque todo exteriormente cambie. Tiene que ver con cierta tranquilidad interior, con una elegancia parecida a la santidad, como ella, requiere desasimiento. ¡Cómo llegar a la serenidad de una canción de pastores!

Desde mi ventana veo a la luna creciente que baja hacia el océano. ¡Cuántas veces vista, más vista que el sol! El sol da vida a los ojos, crea a la luz, engendra vida, por él existimos, pero no se deja ver, no se entrega. El posee. La luna, en cambio, llama a mirarla, brilla y da descanso, se sitúa en la justa armonía necesaria a los ojos y aun da paz a los desventurados. Hace del cielo algo femenino y humano. En medio de la plenitud, en medio del vacío cósmico, ella sola parece un alma.

Muere el pez, mueren los pescadores, muere ese perro que ladró tantas veces, tantas veces en vano, muere el día y ¡qué lástima! muere también la noche, mueren los hombres y todos los libros morirán un día, en el momento mismo de nacer muere un suspiro, muere el que da compañía y muere el que la niega, muere el cigarrillo entre la boca y los dedos, muere al fin el que fuma, muere el amor como un fuego cualquiera. Mas el que va a morir sabe y no sabe que muere, cada cosa lo precipita en la muerte, mas, antes, cada cosa le inspira el deseo de la eternidad.

10 de abril[78]

No sé cómo lo recuerdo, padre. No sé si lo recuerdo cruel, cariñoso o desvelado. Recuerdo cómo de pronto, en la noche, usted encendía la luz y fumaba un cigarrillo. Unos perros ladraban. Una vez salió por los corredores de la casa, pasada la medianoche, con la escopeta al brazo en busca de unos imaginarios ladrones de gallinas. Tenía también un revólver tan temido que no nos atreviamos siquiera a tocar. Usted miraba profundamente el fuego del brasero y meditaba en silencio. Cierta vez nos disparó naranjas ácidas por la cabeza y nosotros huimos. Nunca estuvimos realmente juntos, sin miedo. No pude llegar sino hasta su frente impenetrable, su hermosa y despejada frente, o hasta el reloj que usted usaba en el bolsillo del chaleco. Nunca supe qué pensaba usted, qué sentía de lo que vimos juntos a lo largo de tantos años. ¿Qué supe de usted? No más que usted de mí, tal vez menos. Entre nosotros crecían zarzamoras espesas, erizadas de espinas y a lo mejor alguna vez saboreamos juntos su fruto dulce y oscuro. Estaba tan lejos de nosotros cuando dirigía nuestro cochecillo de dos ruedas, ¡cuando fustigaba con cólera a esa yegua vieja de mirada humana como la suya! Lo recuerdo tanto, hasta el último detalle de usted, pero no sé realmente cómo era, quién era. ¡Ya nunca lo sabré!

[78] En mi selección de páginas del *Diario* de Oyarzún (ya citada), las anotaciones que siguen aparecían fechadas el 10 de febrero. Un mejor examen de los textos y las secuencias cronológicas hace más confiable la fecha que aquí se da.

Cachagua, 24 de mayo

El accidente más inesperado nos ha retenido en esta casa por una semana. Hoy ha sido el primer día invernal y el aire gris azulado está lleno de nostalgias, lleno de ausencias. En la mañana un pato parecía muerto, de pie sobre la arena. Estaba enfermo, ojeroso, con el pico pálido, entreabierto, con la mirada sin luz y con algo de exasperación vencida de los agonizantes. La tarde ha sido crepuscular desde temprano. Bandadas de cuervos cruzaban el aire en fila india, silenciosos. Si hubiera estado en una caleta de pescadores, habría visto un paisaje de redes ociosas. Todo el día los vinagrillos, las pequeñas fucsias y las florecillas de las colinas han permanecido húmedos, inmóviles, esperando una lluvia que se demora en venir.

Parecía otra vez el verano, o por lo menos una primavera ardiente y sin nubes, sobre las colinas abundantes de flores, verdes de grama y doradas en las partes desnudas. Volvíamos del almacén, con una cesta de provisiones: pan negro, café, queso, repollo.

Es tan internacional esta vida, dijo R. No sería diferente en la Costa Azul. Lecturas, dibujos, poemas, trabajos de cocina. ¡Qué lástima no poder llevarla siempre!

Desde lo alto de la loma no alcanza a verse nuestra casa de piedra, pero no cuesta adivinarla, en la misma playa, rodeada de miosporums, aromos, higueras y eucaliptos que de noche parecen un jardín inglés sobre el verdor del césped.

Al llegar a una hondonada, descubrimos prodigiosas imágenes. -¡Qué antiguo! ¡Y qué bello! Parece una escena de la Biblia... En el fondo, bajo la sombra de unos molles de verdor oscuro, opulentos al contacto del agua, se abre una cisterna cubierta por una tapa de madera. Un muchacho moreno de vivos ojos negros y dientes muy blancos, forcejeaba tirando un balde lleno de agua que sacaba del pozo. "Parecía un kabyla". Vertía después el agua en unas damajuanas que encajaban en unas armazones en los dos flancos de su borriquillo. El borriquillo esperaba al sol, mordisqueando las breñas. El tiempo estaba allí concentrado, vivo y lento. Tiempo de Abraham, de Jacob, del Asia Menor, del Africa y prodigiosamente de ahora también, a la orilla de un mar intensamente azul, que parecía un muro, un deseo sin mezcla, una cosa elemental y cristalina[79].

25 de mayo

Excursión a las alturas de la Quebrada del Tigre, con R. H. Allí los árboles chilenos vuelven a ser gigantes, son los señores de la serranía.

---

[79] La mayor parte de las anotaciones de este día y de las del siguiente, Oyarzún las incluyó en su libro *Mudanzas del tiempo* (pp. 46-49), pero como escritas en abril de 1957 (?), fecha en que se hallaba en Estados Unidos.

El belloto de tronco ocre pálido, y de ramas muy gruesas, se eleva desde el fondo de las hondonadas cubiertas de musgo y de hojas secas, con su follaje oscuro, reluciente y tranquilo. Lo acompañan lingues, litres, peumos, arrayanes. Subimos hasta la garganta más alta, cerca de las fogatas de nuestros enemigos carboneros, que están arrasando poco a poco los bosques de más al sur. Aunque estamos casi en invierno, desde el principio subimos en mangas de camisa, descansando a ratos para mirar a nuestra espalda el paisaje amplísimo y sin embargo perfectamente enmarcado por los cerros. Desde mediana altura se distinguen con claridad la puntilla del Horcón y la de Quintero, y hacia la derecha del marco majestuoso, se extendían al occidente los cerros lejanos de Valparaíso, en los que aún podía verse brillar la blancura de las casas. Desde las colinas cálidas que nos rodeaban hasta la frialdad poética de la lejanía en el mar y en los cerros, las transiciones de color y tono eran innumerables. Recogimos flores abundantes de quebradas y de pronto, en la espesura, unas pequeñas manzanas amarillas llenas de pepitas de granada nos hicieron descubrir en lo alto de los árboles unas flores grandes y espléndidas que colgaban de una enredadera, una especie de pasionaria de 10 pétalos rosados y en el fondo de la corola, asentados a ella, estambres azules. El pistilo, de estigmas amarillos, evoca a los clavos de Cristo. La hoja, parecida a la de una higuerilla, tiene tres divisiones. La llaman granadilla y es la *Passiflora pinatistipula*.

18 de julio

Después del Congreso de Filosofía me vine a Cachagua desde Viña del Mar. Esperaba hallar aquí a L. E., Gabriel y Hernán, pero no han venido. Estoy solo y contento de estarlo. Aún los picaflores polinizan a los eucaliptos floridos. En el viaje anterior, después de abrir la puerta en la mañana, entró uno de ellos a la casa, ebrio de polen y de sol. Estuvo largo rato aleteando contra la ventana, en rápidos vuelos horizontales y verticales, hasta que halló la salida. R. H. lo veneró como un sacerdote japonés. Estoy leyendo *Decline & fall* de Evelyn Waugh.

Alguien dejó abandonado en la playa un carretón de juguete. Ahí lo vio un pato, yeco, el cual llamó a otro, lo hizo subir y le ofreció un paseo por la arena.

Molina chisporroteó como una peineta arrojada al fuego[80].

29 de julio

Nueva lectura de la *Vigilia de Venus*, con H. V., E. L., G. C. y R. H.[81]. Esta mañana subimos hasta las nieves del Roble. Bebimos agua

[80] Aunque no da detalles, se refiere a su amigo Eduardo Molina.

[81] Detrás de estas iniciales hay nombres ya familiares en la escritura del *Diario*: el pintor Roberto Humeres (R. H.) y el novelista Hernán Valdés (H. V.). El contexto no permite inferir si E. L. corresponde a Lafourcade o a Lihn. Ignoro la identidad de G. C. Las anotaciones de este día se refieren a Caleu.

recién hecha que bajaba sonora por las quebradas en donde ya florece el lilén, anuncio de la primavera. A nuestro paso volaban perdices de los matorrales. Dentro de un mes Venus unirá a los pájaros, que volarán en parejas hasta muy alto, sobre los bosques caleusinos. Oiremos en la espesura arrullos de tórtolas montesinas, que hoy, día de lluvia y nubes, estarán cobijadas en la tibieza de sus nidos rellenos de plumillas grises. Florecen ya los almendros y los duraznos, los álamos parecen a punto de brotar, mas aún los perales están desnudos, con sus ramas de un lila tranquilo.

15 de octubre

Días de deslumbramiento natural en el Norte Chico. Se veían olas, oleajes, mareas de flores, añañucas con todos los tonos del rojo y del amarillo, la *Nolana paradoxa* azul cerúleo con fondo blanco, huillis enormes de otros tonos y otros decorados que los comunes, convólvulos azules que cubrían praderas enteras hasta el mar y rodeaban el pequeño cementerio de Tongoy, schizanthus rosados y lilas, todos los colores, todas las ternuras de la piel vegetal, en infinidad de formas y paisajes.

1957

Santiago, 6 de enero (día de la Epifanía)

Adiós, Gabriela. "Día del encontrarnos, día de la Epifanía..." La poetisa de los "Sonetos de la muerte" presintió, con esa claridad oscura de la profecía poética, la virtud de su Epifanía. También nos trajo ella oro, incienso y mirra. Recibió ella el oro con humildad; olió, como ausente, el incienso y la ungimos ahora, en este nuevo día suyo, en este último día, con la mirra que ella conoció tan bien, desde tan joven como "la ceniza precoz de la muerte".

La vimos partir desde la casa de Montemar en automóvil hacia el valle de Elqui. Miró ella el balcón del segundo piso, sonrió cansada y levantó su mano derecha. Iba a ver de nuevo, por última vez, el valle de sus niñeces, en donde el pan tenía "forma de sol, de pez o de halo", y nosotros no habíamos sido capaces de estar en pie, ya metidos, a esa hora temprana, para decirle adiós. Uno siempre se engaña y se niega a aceptar el presentimiento de que un adiós pueda ser un adiós para siempre. Prefiere seguir eternamente "cazando tordos huidos a la sombra del higueral".

Ya en Petrópolis, 10 años antes, Gabriela se veía cansada, y su fatiga parecía incurable, aunque no fuera precisamente fatiga de la vida ni escepticismo ni amargura. Más bien era una mezcla de ternura y desconsuelo, amor y tristeza, como si ella hubiera sentido desde muy adentro de sí que, amándolo todo, nada podía ya jamás pertenecerle, ni siquiera la ilusión de que algo nos pertenece. "Se nos va todo, se nos va todo..."[82].

Valdivia, 15 de febrero

R. H. dice que el peral, al lado de la ventana de nuestro comedor, es enteramente poético. Está cargado de peras que empiezan a dorarse,

---

[82] Gabriela Mistral muere de cáncer en Estados Unidos el 10 de enero. Oyarzún sin embargo escribe su "Adiós" el 6 de enero. Una explicación, poco plausible, es que haya equivocado el día en sus anotaciones. Pero lo más probable es que las haya escrito sobre el horizonte de la muerte inminente de la Mistral, que ya había sido internada en un hospital de Long Island. Cuando sus restos llegan a Chile, Oyarzún es quien lee el discurso de su despedida en el Cementerio General, texto que después recogerá en su libro *Temas de la cultura chilena* (pp. 76-83).

grandes y pesadas. No pertenece a esta casa sino a la vecina. Mirándolo, antes del té, sentí una tentación violenta de probar esas peras ajenas y fue tan intenso el apetito que tuve que enviar a la sirvienta a comprar peras al despacho.

Hoy en la mañana, lectura peripatética, despaciosa, de Montaigne. Es la segunda vez que lo traigo en verano a Valdivia. Se puede vivir en las manos con él, leyéndolo cada día. Fuera de unos versos de sobremesa no he escrito nada. Sueño abundante, caminatas. Ayer, excursión a Llancacura, con G. C. y Fco. Rudloff en jeep. En la mañana llovía. Día perfecto para quedarse en cama leyendo hasta muy tarde. Nos levantamos a las 6 y media, los goterones caían como bellotas sobre el techo. Llegamos a Llancacura poco después de las 11. Al final, entre las montañas, el camino atraviesa bosques de pellín, coihues, tineos, tepas, ulmos ahora floridos. Los troncos son muy altos y musgosos. Los árboles se han estirado años de años, apretados entre ellos, para arrebatarse la luz. Hay que imaginar esta lucha lenta, obstinada. El ejemplo resulta de una tenacidad obsesiva y llega a hacer odiar a los árboles, por lo menos a mirarlos con recelo, como si fueran grandes monstruos solapados. Pero lo cierto es que el follaje del raulí era de un verde tan tierno y translúcido como un estero del sur y alegraba los ojos. Llegamos a pie hasta el fondo del bosque, guiados por Mr. Scott, un escocés casi anciano que subía a grandes trancos con agilidad de corzo. Es uno de los ingenieros forestales de Llancacura y sin ostentación parece no ignorar nada sobre los árboles. Vivió 20 años en Birmania, luchando por una explotación científica de los árboles y aquí, en medio de los más horrendos incendios, ha seguido en lo mismo. Lo escuché con entusiasmo, pero la verdad es que irracionalmente simpatizaba poco con su causa, pues yo quería que nadie derribara un árbol y que ese bosque de siglos siguiera en pie para siempre, con sus caos, sus pudúes, sus abejas silvestres que dan la miel blanca del ulmo. Fuera de los copihues y del diente de león no había flores. Entre los árboles blanqueaban las siringas de ulmo, perfumadas como el jazmín de Siberia -son casi iguales-, y florecían los avellanos, que dan a la vez la flor amarilla pálida y el fruto rojo como una manzana.

En la *Marcha nupcial*, Björnson recuerda la vieja superstición de que cada uno va seguido por un *vardögen*, animal invisible que se nos parece en carácter.

Valdivia, 27 de febrero[83]

La lechuza del prestidigitador estaba desplumada. Le habían cortado la cola y las alas. No le quedaba bien su cabeza con sus enormes ojos. El muchacho decía que iba a hipnotizarla, pero los ojos de la lechuza lo miraban con sorna y no se dejaban hechizar. Así y todo, ella

[83] Las anotaciones que siguen parecen ser el comentario a un espectáculo presenciado por Oyarzún en alguna calle de Valdivia.

parecía más sabia que nosotros. Parienta de Minerva, tía del búho sapientísimo, estaría deprimida y hasta irreconocible con su cuerpo redondo como el de una perdiz, pero de todas maneras con esos ojos no era posible bajar hasta la plebe. El prestidigitador no sabía que era esclavo de ella y que su mirada lo atravesaba por entero.

Lima, 20 de marzo

Con A. I. en el restaurant Kuong Ton, después de comer camarones, pedacitos de gallina, guatitas y arroz, todo un poco misterioso y viscoso. Estamos en el barrio del Mercado Mayorista, en una casa alrededor de un patio sombreado por un parrón de buganvillas rojas. Está casi despejado el cielo. La humedad es menor que otros días. El barrio entero huele a pescado podrido, a fritangas, a almuerzo en el mercado de Bahía o en alguna caleta de Chiloé. Los chinos y los serranos hablan un castellano incomprensible. Revoloteaban nubes de gitanas que se hacen la competencia unas a otras. Acaba de irse una rosada y rubia, que se dijo mexicana. Recordaba a Mignon.

En la iglesia de la Merced, a las 11 de la mañana, desfilaban romerías de hombres y mujeres que imploraban tan vehementemente a las imágenes como los indios en las iglesias de Bolivia. En la oscuridad, muchos se turnaban para tocar una cruz puesta en el sitio en que el padre Urraca escapó de un demonio que lo perseguía a través de una grieta que se abrió allí milagrosamente.

21 de marzo (en vuelo por el N. del Perú, viajando de Lima a Quito)

En Lima se escuchan pocos cantos de pájaros. Las aves marinas de Miraflores revoloteaban silenciosas. Al amanecer, oí hoy el arrullo de la tórtola, único canto en medio de las acacias de la avenida.

Washington, 29 de marzo

En uno de los lugares más importantes de Washington, un monumento a Hahnemann.

Las esculturas aztecas, aterrorizadas y crueles. Buscaban materias preciosas para expresar el espanto (parecido con algunos contemporáneos). Tenían la obsesión de la calavera. ¿Cómo usar un collar de calaveras? En cambio, las máscaras funerarias de Teotihuacán parecen querer elevarse a una especie de idea platónica de la persona. Expresan serenidad y no terror. Entretanto, un cráneo azteca de cristal me mira con sus grandes ojos huecos. Impresionante guerrero muerto con una máscara de águila. Su boca está abierta como si gritara o como si al morir hubiera vomitado su águila interior, para entrar con ella a lo desconocido. Estos indios amaban el ónix, el jade, el mármol, turquesas,

conchal, jaspe. Tenían sin duda sentido de la belleza de la materia. Un sentido parecido al nuestro. ¿O buscaban principalmente la materia que dura? Un jarro de ónix de fecha desconocida representa a un mono que se sujeta la cola. ¿Será ése el comienzo del hombre? Los rostros de las esculturas mayas son los mismos de nuestros indios bolivianos, peruanos, ecuatorianos.

En este caos de figuras y de líneas hay un orden impecable. Parece que en este arte hasta el menor detalle significa algo indispensable para comprender el todo.

En un jarro mochica de arcilla, dos gaviotas esculpidas se disfrutan un pescadito pintado.

Un dios del maíz recogido en Copán tiene la gracia serena de un efebo griego, con algo oscuro en los ojos cerrados y en la boca caída.

Algunos dioses mayas se parecen a Neruda y a M. A. Asturias. Maravilloso espejo de mosaicos de Tiahuanaco. Piritas, turquesas y conchas forman por un lado rostros humanos y por el otro reflejan el rostro que mira.

Un guerrero maya se arrodilla en medio del laberinto.

El refinamiento en el empleo de la materia hasta hallar sus más delicados matices se ve en una máscara mixteca de madera con incrustaciones de turquesa, madreperla y concha. "El gris con el azul forman un canto". Y, sin embargo, la boca está ocupada por tres enormes dientes incisivos y dos colmillos inmensos.

El sacerdote o el guerrero aztecas solían usar durante un mes la piel de su víctima sacrificada al dios Xipe.

Una serena cabeza olmeca.
Los ojos de jade de un ídolo de madera.
Cinco animales de oro se agarran las colas sobre las cabezas.
Guara, el dios cocodrilo con ojos de buitre.
Juntas, dos palomas que se besan sobre dos serpientes.
Un collar de camarones de oro.
Un buitre de dos cabezas.
Juntos, un cisne y un jaguar.
El animal feroz se pega a la cabeza del guerrero muerto.

Washington, 2 de abril

Jardín Botánico. La planta manchada de Valdivia: Maranta Kerchoveana. Jardín relativamente pobre. Azaleas y rododendros en flor. Abundancia de cinerarias. El Mercurio de Giovanni Bologna corre, danzante, sobre el agua que brota de la fuente del hall central de la National Gallery. Acabo de visitar al Director, Mr. Perry Cott, hombre relativamente joven, rubicundo, elegante y lejano. Una breve visita de

cortesía, en todo caso menos interesante que los primitivos sienenses, aun menos que los primitivos norteamericanos. Hace 7 años, prefería a los primitivos italianos casi sobre todos los otros pintores. Ahora, prefiero a otros más singulares, más dramáticamente personales, Rembrandt o Picasso. Los sienenses llegan a parecerse a algunos escultores egipcios en el primado de la convención, en las ricas materias decorativamente trabajadas, sin la menor alusión a la expresividad del instante. Pero todavía me dura la maravilla de Fra Angélico. Vuelvo a la Adoración de los Magos con un pavo real sobre el techo del pesebre.

En el cuadro de Domenico Veneziano, los estigmas de Cristo que bajan sobre San Fco. parecen un marciano, un homúnculo escarlata de cabeza encapuchada, cuerpo de pez y patas de rana.

¿De dónde sacaría Fra Angélico sus árboles de un trópico desconocido, como los de Rousseau?

En una crucifixión de Francesco Pesellino, el cielo es de un gris oscuro, casi negro; el sol, es una cara roja y la luna una esfera negra. Un santo arrodillado tiene ya los estigmas.

El joven de perfil de Massaccio de la colección Mellon marca una de las primeras señales de humanidad pura, a comienzos del siglo XV. Está solo y mira fijamente hacia un punto invisible. No representa nada. Es él simplemente, un joven. (Lo mismo, más tarde, en el retrato de Matteo Olivieri de Domenico Veneziano).

La Santa Lucía de Fco. del Cossa tiene en las manos un tallo que, en lugar de flores, termina en dos ojos. Las caras de su Crucifixión son feas, tienen un realismo un tanto siniestro. Su S. Florián también es un hombre feo.

Washington, 4 de abril

El San Jerónimo del Greco es el único que está solo, de verdad, en el yermo. Los otros, con su león al lado, habitan ruinas y miran a sus pies ciudades opulentas. Este, en cambio, está desnudo entre rocas. Es el atardecer. Las peñas están ya casi oscuras y al fondo se divisa un claro de cielo tempestuoso. Unos árboles desnudos se yerguen detrás del santo, que ha apoyado una rodilla en la piedra y mira, vehemente, hacia un punto invisible del cielo.

Washington, 6 de abril

Una naturaleza muerta de Caravaggio y otra de Juan van der Hamer y León, hispano-flamenco (1596-1693), son los más sorprendentes de la parte antigua de la N. G. No importa o importa poco la fiel representación de los objetos. Poco importan las uvas cristalinas perfectas o las moscas de Caravaggio ni las roscas y picarones de van der Hamer. Lo extraordinario es la exaltación artística que alcanzan las cosas más familiares. Nada de lo infinito se trasluce aquí a través de lo

finito, salvo lo infinito de la finitud misma, el tiempo, el instante, el fulgor de unos objetos que fueron reales, gozosamente reales durante unas horas efímeras. Sólo en la naturaleza muerta conservan la esplendidez de su vida. ¡Con qué ternura acierta el pintor hispano-flamenco a dar eternidad a unos buñuelos, a unos higos y naranjas confitados, a unos potecillos de repostero y a unas cajas de madera sin pintar! Todo, en una pulcra, sobria ordenación zurbaranesca. Por lo demás, Zurbarán está al lado con su San Jerónimo con Sta. Paula y Sta. Eustaquia. Las figuras sentadas y el paisaje urbano del fondo se equilibran en una inmovilidad que produce reposo. El tratamiento del dibujo y del color es ascético. Sólo lo indispensable para expresar la grandeza de la serenidad en el rostro barbado del santo. Allá el mundo sensible fijado en el reposo de una mesa de cocina; aquí, el reposo del mundo espiritual aquietado. (Sería interesante seguir la historia de San Jerónimo en la pintura como un símbolo del misticismo atormentado, así como San Sebastián es un símbolo de la juventud heroica que acepta sonriente el martirio). La Sta. Lucía muestra 2 ojos en una bandeja de hierro, coronada de rosas y violetas.

Claude Lorrain tiene una poesía aérea. Abre los cielos y hace penetrar un fluido transparente en el follaje de los árboles. El claroscuro le sirve para alivianar aún más la luz, siempre suave, de sus atmósferas. La figura humana es insignificante en medio de esos paisajes llenos de lejanías. Sin embargo, pinta a los hombres y a las cosas menudas con delicadeza de miniaturista ("Paisaje con mercaderes"). Aparece en él el aire como substancia del reposo, llenando espacios delimitados por ondulados horizontes de montañas, horizontes marinos. En cambio, en Chardin adquieren carnalidad los temas del reposo. Su sentimiento no es menos profundo, pero, en lugar de volar, casi sin cuerpo por los aires, desciende a la tierra y penetra al interior de las casas y descubre allí, como Caravaggio y los españoles, el misterio patente de la naturaleza muerta, la quietud de la cocina, la dignidad poética de los trabajos humildes. Su naturaleza muerta de la N. G. es más inquieta que la de van der Hamer. El fondo está valorizado y va del ocre al gris verde. Las líneas centrales son dinámicas, como una espiral dramática sobre la vertical de la mesa. Un faisán está allí tendido, con la espectacularidad de sus plumas tornasoladas, con la cabeza colgante, al lado de una naranja con 3 ó 4 hojas y de unos conejillos gris azulados que aún parecen vivos. Hay inquietud en esta naturaleza muerta. La serenidad fluye más bien de los tonos apagados, de la gama restringida. Maravilla del "Castillo de naipes". Un niño hace solitarios sobre una mesa azul. La expresión está concentrada en su máxima simplicidad. La naturaleza muerta de la Dale Col. Una jarra, unos duraznos, un vaso de agua, unas ciruelas es una proeza de luz y de materia. Los duraznos brillan con su pelusa aterciopelada. En la misma sala, parecen, al lado de este Chardin, huecos y artificiales los paisajes de Canaletto y Guardi. "La joven institutriz" y las "Pompas de jabón" son otros ejemplos de poesía mistraliana, de ternura por las cosas.

El impecable Poussin. Ingres recupera el tono mayestático de los grandes maestros del Renacimiento. Su mano es prodigiosa y se solaza en hacer lo que quiere, brillos, opacidades, filigranas, trazos inapelables.

Estoy sentado dando la espalda al Napoleón de David, particularmente venerado por unas ancianas de California. Unos marineros vinieron recién a fotografiarlo especialmente, posesionados de la manía fotográfica que se ha apoderado de los americanos. Otro fotógrafo de Napoleón acaba de llegar, con ampolleta y todo.

Abundan por estas calles las figuras hermosas, bellos cuerpos, bellos rostros por lo general tan inexpresivos que producen el mismo efecto que los hermosos pájaros de un zoológico. Así como se parecen unas a otras las casas, las avenidas, las ciudades, se parecen las gentes. Cuesta hallar expresiones y gestos singulares. Los trajes, luminosos, llamativos, llenos de *modern art*, sobre todo en los hombres, son también iguales. Pronto se agota el repertorio de los modelos en boga. Por todas partes se pasean muchachos con camisas de un escarlata que en Chile sería escandaloso. Aquí es ya demasiado común. Los guisos tienen también gran variedad de nombres, pero el mismo sabor. La impersonalidad alcanza un límite en el rock and roll. Los teen-agers danzan con los ojos ausentes, magnetizados por los tambores de la selva africana. Los negros gozan con esta revancha. Allí la raza oprimida domina tiránicamente a sus amos y los transforma en zombis.

En la semi oscuridad de la boîte de Eye St., mientras afuera se agolpa un gentío impaciente que espera el momento de entrar, los asistentes, principalmente muchachos, beben cerveza y participan, hipnotizados, en el delirio de los danzantes, que se contorsionan en un espacio estrecho, más estrecho con los gritos guturales y los sonidos ululantes de la orquesta de negros vestidos de rojo.

¡Qué bueno volver a ver el ángel de alas irisadas de la Anunciación de Bonta, de la Guebenkian Col., que estaba en Londres!

Philadelphia, 10 de abril

Sin duda el arte moderno más puro, en el caso de la pintura, debe ser considerado como el reverso de la moneda representada por la pintura renacentista. Es otra cosa, que no tiene mucho que ver con la anterior y que cumple una función psicológica diferente[84]. Siempre han existido tal vez las dos formas, una pintura que se expresa a través del mundo -el mundo visto a través de un temperamento- y otra que se expresa por la creación de un mundo a base del tratamiento libre de la línea y el color. Las dos pueden fundirse y en el hecho se funden en algunos grandes

[84] En su libro *Leonardo da Vinci y otros ensayos*, Oyarzún dedica un ensayo a la identidad del arte contemporáneo, y otros a la obra de algunos pintores modernos (Van Gogh, Gauguin, Matisse, y un chileno: Juan Fco. González).

artistas, y hasta en culturas enteras, como en las precolombinas o en la griega. Los ingenuos.

Otra vez la obsesión azteca de la calavera. Las jugarretas de Duchamp ya no le llaman la atención a nadie. Una dama gorda y canosa vestida de negro vino en gran crujidera de zapatos directamente a apoyarse en una rueda olmeca de piedra. Después se ha secreteado con un negro largamente.

Los cubistas menores -Delaunay, Metzinger, Gleizner- parecen ahora profesores de gimnasia. En cambio, Braque nunca dejó de tener el sentido melódico más refinado. Un cuadro de Picabia, "Culture physique". Le bien nommé... Léger tartamudeó desde 1910 la misma canción en azul y rojo.

Curiosa combinación de arte precolombino y contemporáneo en la Colección Arensberg.

Resulta divertido ver a tantas ancianas refociladas con Pacabia y Duchamp. Se ve que los norteamericanos han recogido hasta las basuras de los famosos.

La escultura mexicana pesa sobre la tierra. Está destinada a durar, a reírse de los terremotos, de las hormigas y de los siglos. Tal vez sólo para eso la hacían.

Los pintores ingenuos son frecuentemente rousseaunianos. Les gusta ver el mundo pacificado y regido por la bondad. Los animales feroces sonríen, lamen el lomo de las ovejuelas del Señor. Ha salido el arcoiris y todo está bien. Las selvas tropicales de Rousseau -la coincidencia de nombres no puede ser más curiosa- son inofensivas. Unos monitos se abrazan, un loro observa, florece un lirio que parece mirar también la deliciosa escena.

Me decía anoche Mr. Finn que Juan Gris, de quien fue muy amigo, era un magnífico dibujante goyesco, "lleno de humanidad y espíritu" y que Picasso lo incorporó al cubismo a la fuerza. Después, Juan Gris había odiado a Picasso. Sin embargo, se expresa maravillosamente en lo que hizo y el cubismo no le impide ser un pintor humano, humorista y tierno. Su "Hombre en el café" (1912) es de las mejores cosas de la Col. Arensberg. "El tablero de ajedrez" (1917) es de una elegancia y precisión impecables. "La Place Ravignan" (1915) está aún llena de misterio, con su centro lila, azul y rojo que irradia sobre los árboles y casas.

¿Qué significaría esta inmensa concha de Teotihuacán?

No hay duda que Dalí sabe fotografiar a mano. Pinta con una cámara en la mano, pero además pinta. Cuando perdió la crueldad se puso dulzón. Su *Símbolo agnóstico*: un relojito minúsculo en una cuchara cuyo mango viene desde el horizonte, a través de una terraza oscura.

La granjera hila en su rueca mientras vigila las vacas en un cuadro de Rousseau. A Hans Arp le dio por rellenar cada pintura con hoyos del queso suizo. No pocos abstraccionistas parecen peritos calígrafos.

Brancusi entero vale menos que una sola escultura mixteca.

Suprema melancolía del Hyde Pk. de Monet (1871).

A Fantin Latour le faltó una gran sensualidad.

Cielos de Courbet, cielos luminosos, tierras oscuras. Pintor de crepúsculos nacientes.

Maravilloso tacto vibrátil de Picasso.

Figuras de Daumier y mímica de J. L. Barrault.

Millet debería ser uno de los favoritos del realismo socialista.

Realismo mágico de una marina de Courbet. Se ha cerrado el horizonte. El cielo es un muro detrás del mar, que sostiene, iluminado, sus barcas a vela.

"Flores y frutas" de Delacroix: Pedraza en abundancia máxima. No rechazaría sino los azules y le pondría anaranjado. Unas dalias parecen de Renoir.

Hasta el Jerónimo es gordo en un cuadro flamenco.

Una garza con patas de rana y cola de pavorreal, habitante del Limbo, en un cuadro del flamenco Christopsen (c. 1510). Se ríe un mono con un ojo en el sexo, sentado sobre una concha. Otro animal tiene doble cuello de garza, patas de rana y alas de mariposa.

Nueva York, 15 de abril

Los mejores pintores americanos son abstractos o ingenuos.

La pintura moderna está destinada al goce puro de los sentidos. Ya la pintura abstracta permite restaurar el placer infantil de jugar con los colores, sin intervención de la inteligencia ni de la apercepción práctica del mundo.

Los pintores ingenuos liberan al mundo de su peligrosidad. Lo hacen inofensivo, como los leones de Rousseau: que miran con ojos bondadosos y con expresión de abuelas. El león de "La gitana dormida" huele a la mujer más boliviana que gitana, tendida en las arenas del desierto, bajo la luna llena que ilumina a la tierra y da esplendor a su melena magnífica. Un mono vestido con una falda multicolor toca su cuerno en la selva de "El sueño". Hay también luna llena en el cielo. La naturaleza tiene la bondad de los calendarios. En cambio, qué peligroso es un Gauguin o un Van Gogh. V. G. siente el cielo de la "Noche estrellada", gira sobre su cabeza como en la visión de Fátima. Un cielo convulsionado, lleno de estrellas efervescentes. Los cipreses tiemblan. La noche hipertensa tiene pulso. La naturaleza primitiva de Gauguin está llena de dioses, monstruos e ídolos. Los contactos violentos de color corresponden a desequilibrios del alma. Desde el impresionismo, la naturaleza se anima y subleva.

En Bonnard se da no sólo la sensibilidad más fuerte y firme. Se da también la ternura de los sentidos. (Gracias por poder, parece decir...).

El y Matisse tienen algo de primitivos en la exaltación del color, aun a expensas de todo lo demás.

En Chagall se unen la pintura ingenua y el expresionismo. A esos dos elementos, Modigliani agrega el clasicismo renacentista.

Tanto ha avanzado la americanización del mundo, que cualquier habitante de una gran ciudad no se siente extranjero en EE.UU.

Fernand Léger, ese hombre importante y sin genio.

Dudo que un cuadro como "Les demoiselles d'Avignon" pudiera estar bien en otra parte que en un museo. Hay una pintura sólo apreciable en los museos. Demasiado poderosa o terrible, se devoraría una casa, la haría su esclava.

La tragedia de un pintor tan notable como Juan Gris estuvo en ser un prisionero entre dos muros, Picasso y Braque. Suele ser mejor que los dos, pero ¿cuándo es él mismo? Debería haber vivido más, haber tenido la vitalidad de Picasso.

Nueva York, 17 de abril

"The boy is handsome".

Los griegos trabajaban las conchas como los pescadores de Chile. Admiro uno de los caballos griegos del siglo V que maravillaban a Gauguin.

Erigen templos, levantan columnas coronadas de hojas, graban sellos, recuerdan a los muertos, celebran el vino, amenazan, sonríen, se emborrachan, se acuestan, duermen, engendran los ídolos de mármol, los jinetes de bronce, las madres de terracota roja. En toda la extensión de la tierra, recogen las manos lo que ven los ojos y el valor de la sangre derrite la cera para imitar al mundo con unciones. No te dejas morir, hermano mío, y a la pira temida la amansas con tu mano. Pules la piedra, la haces suave como un torso de efebo. La aguzas y con ella perforas otras piedras o el pecho de tu hermano. No importa, no te quieres morir. Quieres permanecer entre los pájaros, guardar el vino en ánforas y llevártelo lejos, al otro lado del vaso. Un espejo te ha sido más necesario que el pan. Cómo te miras, desde tu rostro oscuro en las cavernas hasta el muro transparente poblado de sí mismo que cautiva hoy tus ojos. No te quieres morir ni quieres dejar de mirarte.

Se mira entrelazado con hierbas y serpientes, se mira disfrazado de león y se tiende en la arena con sueño de lagarto. O se sienta, hierático, con los ojos cerrados, vestido de monarca, más allá de este mundo mirándose. No para ocultarse fue creada la máscara. Para verse mejor con nuevo rostro creáronla. Para desprender la cara de sí misma. Otro espejo. Aknatón se miraba con sus labios cerrados, miraba sus propios ojos fijos como el guerrero maya.

Tú no quieres que tus huesos se pierdan en la tierra. Quieres durar, amansar ● la muerte con frases sibilinas, con palabras de arcilla, con

murmullos de tela. ¡Cuán lentamente llega la piedra de la flecha y el hacha a adquirir tu figura! No te dejas morir. Se habría deshecho el día como el sueño nocturno sin el frenesí de tus manos que fabrican tu espejo. Admiras tu belleza y le buscas origen más allá de la tierra.

¡Oh, los gansos egipcios! ¿Qué azar os permitió estar vivos? Gallos etruscos, caballos griegos, serpientes aztecas, leones y jaguares alaban tu belleza. Adán y Eva permanecen juntos y Caín no se niega a sí mismo. Se adereza y se mira. El escriba sentado se mira. Se mira la cautiva. Miras tus remeros y tus barcas solares. Miras el pan, los esclavos y el vino. Tú miras la crueldad y la dulzura. Te miras a caballo, vestido y desnudo. Amasando la harina, fabricando cerveza, retirando la red llena de pájaros acuáticos, cazando peces con azagayas en la orilla de un río, lanzando flechas desde un carro dorado. Te ves ordeñando las cabras, estrujando racimos, midiendo el campo, cosechando el trigo. ¡Cómo te amas! No te quieres morir. Toda cosa es tu espejo, toda cosa eres tú y todo te lo llevas a la casa mortuoria. Aborreces la arena, la ceniza, la lava. Amas la piedra, el cristal, el bronce, el papiro, la tela resistente. Miras tu cara en el agua del pozo rodeado de sicomoros y pones en el techo de tu casa el cielo con todas sus estrellas. Miras el mal y el bien y quieres hipnotizar a la muerte con mirada sin miedo.

El usa una corona roja, diademas de oro florido, pelucas de seda. Bebe en vasos de plata y en el hueco de una piedra preciosa, se hace proteger por escarabajos o alimañas, se divierte esmaltando lo descolorido y las mejores joyas son joyas funerarias. No habrá luto en la muerte. Viste con opulencia a sus mártires. Cristo muere cubierto de ropajes espléndidos. *La creación entera cabe en un sarcófago y su forma es humana.*

Nueva York, 22 de abril

Este es al fin un día del abril florido, con un cielo puro por encima del smog de N. Y. Tomo el sol, apaciblemente sentado, en el Observation Roof de Rockefeler Center, frente a la torre del Empire State Bd. Las lejanías se pierden en la bruma. Suenan aviones como abejorros perezosos. Esta ciudad es gótica como una gárgola. Unos niños juegan en la terraza, a 69 pisos de altura. Inevitables como el transcurso del tiempo o como las estaciones del año, unos americanos rubicundos toman fotos de este paisaje, el más conocido del mundo.

Por un instante creí ver entrar a una de las salas del Renacimiento italiano en el Metropolitan Museum al buen poeta Molina, más delgado y con paraphernalia fotográfica. Miraba con atención el encuentro de Marte y Venus del Veronés.

Chicago, 10 de mayo

La tierra engendró iridiscencias en un vaso de Siria. Apareció un lila de Bonnard en armonía con el ocre viejo de la tierra mediterránea.

Verde musgo de árbol podrido y turquesa, índigo de cola de pavo real. Todo gastado, pero atravesado por fulgores de una luz que parece nacer ahora mismo del vidrio tanto tiempo olvidado. En otros vasos, la iridiscencia llega a ser llameante. Cada grano de materia emite luz. La misma substancia que el ave del paraíso envía a su plumaje reverbera aquí, verde escarabajo, oro de liquen, laca y topacio reunidos.

Naturaleza muerta de un Juan Sánchez Catán. Sobre el reborde de una ventana abierta a un fondo negro -estructura geométrica que realza aún más la vitalidad de los objetos iluminados con luz de crepúsculo- descansan un melón abierto, un pepino grande y otro semioculto y encima suspendidos de cuerdas, cuelgan una pera, un repollo, una becasina, una codorniz, un ánade y un pato silvestre. Están vivos e inmóviles como el símbolo de la eternidad de lo perecedero. En un cuadro de Velázquez, "El sirviente", un muchachito negro, en claroscuro, se reclina sobre una mesa larga con objetos que parecen salidos de Zurbarán, Azorín o Santa Teresa. Alguien colgó de un clavo en la muralla una cesta de mimbre tapado con un paño blanco. El negrito cavila. Acaba tal vez de terminar su trabajo. La atmósfera es aceitunada, una atmósfera quieta. Still life y retrato.

Dan deseos de imitar el arreglo de flores y frutas de Zurbarán. En una fuente blanca decorada con finos dibujos geométricos dorados y puesta sobre un pequeño plinto gris, muchas peras amarillas y rojas, peras cerezas tal vez. Ninguna otra fruta, salvo unas manzanas. Entre ellas y caídas abajo, sobre el plinto, ramitos de jazmines de España, azucenas blancas, rosas blancas. Reposo, armonía, eternidad, símbolo y cosa se confunden aquí. Me inclino ante este cuadro.

Me maravilla en la pintura española del Siglo de Oro la honda, casi metafísica aprehensión de las cosas cotidianas. No son decorativamente vistas, alrededor del hombre, sino puestas en un mismo plano de dignidad con él, tan humanas como él mismo. En esta familiaridad con el mundo, llega más de un pintor español a lo humorístico. Ya en el siglo XV, Bartolomé Bermejo pinta a un santo obispo con todos sus paramentos sentado frente a un facistol, componiendo un manuscrito. Está recamado de oro y perlas. Su casulla es de un brocato finísimo. Sobre su pecho arde un rubí. Su expresión es meditativa y ausente, mientras con la diestra enarbola la pluma, vacilando entre una frase y otra. Pues, ¿qué hay debajo del facistol? Un pájaro, grande como un gallo, de pata, pico y ojos encarnados, avanzando hacia el santo. ¿Por qué? El santo debió ser amante de las aves, pues sobre su cabeza hay en su celda una pequeña jaula. Dios lo inspiraría a través del canto de los pájaros. ¿Por qué no? Vecina a su estancia se ve una cocina. Un fraile observa el fuego. En el reborde de la ventana hay una plantita en un macetero y se divisan también unas cazuelas en una hornacina.

Jeronymus Bosch parece una mezcla de Kafka y del Douanier Rousseau en su Paraíso terrenal del Art Institut de Chicago. Un surtidor -¿vendría de ahí toda el agua del mundo en esa época?- divide la tierra en dos pisos y penetra al segundo a través de un agujero. Su parte central

es como un templo hindú, como un rascacielos y está habitada por hombrecillos o diablos que lo miran todo: la tentación, el pecado original, la admonición de Jehová, la expulsión del paraíso. Todo al mismo tiempo y, seguramente, muy contentos. En el 2° piso de la tierra, que es un prado de césped, triscan unos venados. Las rocas tienen ojos y de los ojos salen ramas con pájaros parados en ellas. Sobre una callampa enorme al revés crece una roca, y allí mismo un ave mira, muy preocupada, la tentación. No hay serpiente. Un ser mitad hombre mitad mono, con larga cola, pasa una manzana coloradita a Adán y Eva que están desnudos, sentados a la orilla del camino. Adán tiene cara de tendero español. Eva se parece a Juanita Subercaseaux. Los árboles crecen secos y tienen formas de fuentes. Eva se arrodilla -¿arrepentida?- delante de Jehová, que tiene una cara de pena, como si se dijese: Pues ¡vaya!, ¡qué le vamos a hacer! Jehová se ha abrochado la túnica con un prendedor de oro y zafiro. Entretanto, Adán, abrumado, se ha tendido y apoya el codo en un saco azul rebosante de esferas rojas, verdes y azules como grosellas de cristal. Siempre hay alguna avecilla de testigo. Al fondo hay un lago con algo de pantano. Tal vez era un lago y el pecado original lo transformó en pantano. Sobre él un ángel como un niño en camisa de dormir con alas blande una espada celeste flamígera. Por el cielo vuelan bandadas de pájaros y en el arroyo que nace de la fuente central asoman su cabeza unas ranas.

El pecado original, el menos original de todos los pecados.

¿Sería tartamudo Guardi?

El Greco, Magnaso, Tiépolo.

Iconos rusos, El Greco, Chagall.

En cambio, las naturalezas muertas de Van Gogh son vivas. Están atravesadas por ondas turbulentas y aun por líneas zigzagueantes de energía. Su naturaleza estaba hecha de una materia incandescente, como si él hubiera intuido los descubrimientos posteriores de la Física. Se siente trágicamente ligado a los objetos, pero no es nunca un contemplador en reposo. Más bien, mira como un hombre que estuviera girando en un torbellino. Los colores se descomponen en pinceladas rojas. No tiene paz. Ni siquiera en "La berceuse". Las flores del fondo ondulan sobre un plano de puntos de color. El rostro vibra.

Maravilla de la mujer mirando un acuario de Matisse. Azul petróleo, lila de flor nueva, verde de hoja tierna. Más que las formas, son aquí los colores en sordina los que establecen el reposo y fijan para siempre el instante.

Los polinesios de Van Gogh siempre parecen un poco desesperados, como si presintieran un cataclismo. Duermen como en un intermedio.

Los mejores Durain los he visto en Chicago: naturaleza muerta con uvas, "Le bassine", paisaje con río, montañas y cipreses. Es aquí puro, nítido, fuerte y cálido. Gama ocre y gris. Irradia fuerza.

Un guitarrista de la época de Picasso parece pintado por Jodorovsky para ilustrar un poema de Enrique Lihn. Se contorsiona, se vacía como un ojo sobre su guitarra.

Si la naturaleza imita al arte, ya habrá aparecido en alguna comarca del trópico los árboles inventados por el Douanier Rousseau, esos árboles de grandes hojas generosamente verdes con inmensas espigas moradas, esos arbustos de coral con hojas de Victoria Regin.

Existe un cierto tipo de idiota, acaso el más aborrecible, que siempre comienza diciendo que Cézanne no sabía pintar.

Las viudas de Rapa Nui eran hijas naturales de las viudas de Gauguin.

No pocos pintores contemporáneos, Francisco Bacon entre ellos, y también, por cierto, Lucien Freud, descienden del Greco. Habrá que considerar como un símbolo de la importancia que ha adquirido el negro en los cuadros actuales. Negros, morados, púrpuras, colores eclesiásticos, predominan en esta sala de Chicago. Un rostro aterrorizante de Dubuffet negro y siena le muestra los dientes a un autorretrato de Beguman vestido de frac negro. Entre los dos, se levantan tres figuras de Giacometti en metal negro sobre un plinto negro. En una enorme tela abstracta, Picabia juega con negros, morados y púrpuras. La mujer cuchara de Giacometti es negra y los buzos sobre fondo amarillo de Léger tienen fondos negros. (Léger merecía haber sido mexicano). Hasta el "Saludo a Matisse" de Picasso, tan luminoso, compensa la luz con lutos geométricos, y los mismos "Bañistas" (1916-17) de Matisse se meten en un agua de tinta, con la que limitan también sus "Manzanas" (1916). Viene en seguida su célebre "Naturaleza muerta con helecho negro", pero aquí la negación del color aumenta la vitalidad del bermellón, del azufre y del verde y hace más delicado el gris azul y el rosa de la mujer sentada. Sólo está ausente el negro de la "Odalisca con magonolias". Para mí la fórmula ideal de expresión está entre la pintura y la poesía.

No es la audacia lo que sorprende en buena porción del arte abstracto, sino, al revés, la falta de audacia, la repetición, la fórmula. Sólo un tonto podría haber pintado este "Campanil" de Ben Nicolson. Un círculo y unas rectas de cuaderno de geometría sobre yeso. Y él no debe ser tan tonto. O a lo mejor lo es.

Bonnard capta mejor que nadie en este siglo la poesía de lo viviente, la poesía increíble de lo real. Miro su "Vestíbulo" (1928). Ocre, rosa, celeste. Una mujer y un niño. La intimidad del color, su ternura.

Después de ver un Picasso, "On the upper deck" -fauve como el mejor Vlaminck-, me convenzo una vez más de que es capaz de ser un genio en todos los estilos.

Arp ha sido ampliamente superado por los decoradores de vitrinas.

La cascada de Enco que vi este verano con R. H. pertenece enteramente a Courbet.

Delacroix es un hombre del Renacimiento. Podría haber sido conquistador de América como Ercilla o navegante como Camoens. Poussin es mucho mejor cuando se olvida de las ruinas.

Mezclar las máquinas con organismos vivientes, tuercas y vísceras.

Más que un gran pintor, Gauguin fue un gran personaje.

El sentido escenográfico salva siempre a Dalí. ¡Qué gran director de cine o teatro podría ser!

14 de mayo (de Chicago a San Francisco)

Volando sobre Colorado e Idaho, siento un rapto de ternura por la tierra desierta, por su desnudez y sus arrugas. Estoy ya liberado de la opresión de Chicago, después de volar entre cúmulos blancos sobre los montes Rocallosos, movido por el viento, escuchando la charla generosa de unas damas californianas, inagotables como cascadas. Hay nieve abundante en las cumbres y en los desfiladeros. Los Rocallosos son anchos como un verso de Whitman y el aire es puro, un aire de tempestad. Los pinos suben hasta las calvas redondas de los montes y el verano no ha abierto aún los senderos de los cazadores. En este instante atravesamos una nube. La atmósfera es aquí variable, caprichosa, y el DC-7, The Mainlines, se conmueve a trechos y hace difícil escribir. Entre los bosques, se divisa de pronto una barraca perdida, en la inmensidad perfectamente tranquila.

Gran Cañón del Colorado, Arizona, 21 de mayo (The Angel Lodge)

Cae aguanieve sobre el abismo. La niebla ocupa las quebradas en donde crecen las rosas de piedra. Hay una especie de mirto florido. No son muy abundantes las flores. En medio de la muchedumbre de turistas, un muchacho de 17 años, rubio, de ojos azules, con camisa negra, bluejeans y zapatos de cowboy, espera que a las 2 y media le contesten si tendrá en el hotel trabajo durante el verano. Vino de un pueblo cerca de Phoenix, a más de 300 millas, a recibir esta respuesta. Estudia en un colegio secundario y necesita trabajar para ayudarse en sus estudios. Allí está sentado, esperando, con la cabeza entre las manos, soñoliento después de largo viaje en autobús. ¿Cómo será sentirse un átomo perdido de 17 años en esta inmensidad de autos y fábricas?

Algún día habrá también en Caleu grandes ventanales para mirar la caída de la nieve desde sillas de balanza al lado del fuego. Si no fuera por eso, creería que estoy ahí, contemplando una pirca de piedra y unos arrayanes en flor. Acaso las pruebas atómicas de Nevada han arruinado la primavera de Arizona. Ayer llovía también en San Francisco. Han tratado aquí de imitar un rancho de cowboys. Las paredes son de troncos apenas trabajados. De una de ellas cuelga una colección de sombreros del Oeste y en unos anaqueles exhiben fusiles y rifles. Podría aparecer

un bandido de verdad que espantara a estas viejitas. Sólo por instantes he podido divisar el Gran Cañón desde la terraza del hotel. Murallones de piedra ocre y rosa como un viejo castillo.

No puedo sentirme en orden sino en contacto con la naturaleza. De ella recojo mis fuerzas y sólo ella me pone sobre mis pies. Acabo de caminar dos horas por un sendero , a la orilla del Gran Cañón. La lluvia y la niebla habían ahuyentado a los turistas. Caminé solo bajo los pinos de Oregón que goteaban sobre mi cabeza, solo y feliz. El corazón se me enferma en los interiores calefaccionados en exceso, un verdadero azote en este país, pero allí, a paso firme, palpitaba de acuerdo con mis pulmones que respiraban el aire húmedo, entre esas rocas fantasmales suspendidas sobre los precipicios. Pude alguna vez ver hasta el fondo y esos cambios súbitos del aire eran semejantes a iluminaciones espirituales. Así se podría abrir también, sin aviso, el mundo del alma en las grandes mutaciones o después de la muerte. Algo semejante se busca en vano en los paraísos artificiales. Había entre los pinos, el único árbol de los faldeos, altramuces azules, una flor roja que crecía en una planta pequeña parecida a un crisantemo, senecios amarillos. Frente al Angel Lodge, una de las montañas de un ocre sanguinoso parece un enorme templo indio, una pirámide de pisos escalonados.

Estoy sentado al pie de una cruz de pino, puesta sobre un montículo de piedras cardenosas, al borde del abismo, ahora todo claro, salvo en las cumbres ocultas por las nubes. Cada monte aquí se ha transformado en templo. Por las laderas más suaves crecen pastos de un verde grisáceo que absorbe el agua de la nieve. Todavía queda nieve apresada entre las hojas de las bromeliáceas. La nieve se forma a cada instante en las oquedades y sube hasta el borde en que estoy. Escucho el grito del pájaro azul, que chilla tres veces, y que es tenido por ave de mal agüero, a pesar de su hermosura. Denantes voló con un reflejo brillante de sierra en aguas claras. Podría estar infinitamente aquí, fascinado como un lama por los rostros cambiantes de la montaña. Recién avancé hacia una saliente que da al abismo y un señor que estaba junto a la cruz me miró con miedo. Me halló cara de suicida.

Los caminos de Arizona, viniendo del Gran Cañón, podrían ser los del Norte Chico. En las montañas se ven matorrales y en los llanos, arbustos dispersos sobre el suelo ondulado. No he visto flores ni casas ni animales.

Knoxville, Tennessee, 23 de mayo

La primavera es este olor de turbia agua de riego y de hojas de arce que balancean sus sombras en el pasto. Es el ruido de las pelotas de tenis en las canchas de los estudiantes. Es el grillo que anoche cantaba en mi pieza mientras yo padecía de insomnio -¿la primavera también? Recuerdo primaveras con el olor de los guindos silvestres mezclándose al de las

tierras mojadas de las acequias. El día de hoy es de perfecta primavera en Knoxville, una primavera madura en el pasto ya crecido, entre los edificios rojos de la Universidad que me recuerdan a Julien Green. Una arañita atravesó corriendo sobre la tinta fresca de mi cuaderno abierto. Sopla una brisa que hace bailar las sombras de los árboles bajo mi pluma. Me gustaría conocer más este sur de los EE.UU. Los autos parecen dominados por los árboles y hay en el aire una languidez de siesta. Buena parte del año se vive aquí en camisa. Los cuerpos están ya hace tiempo tostados.

Ciudad de México, 30 de mayo

El dios del viento es un hombre con cabeza de pájaro.

Diosa de la fertilidad boca de rana, sentada con las piernas abiertas, soñando con ojos azules, hinchados y pequeños, el sueño cruel de la creación del mundo.

El dios del fuego de Teotihuacán está ya tan viejo y descaecido, que no le queda más fuego que el de un brasero que lleva sobre su cabeza.

La diosa del maíz tierno es siempre joven y doncella.

Un hombre con cola de paloma.

¿Por qué la diosa de la fertilidad parece siempre tan dolorida?

Mucho de Rivera y casi todo Siqueiros no es sino mala pintura con una ñoña ideología, como un discurso de Lombardo Toledano o del Cura de Catapilco.

Anoche comí en un restaurant chino con Cipriano Rivas Cherif. Lo encontré envejecido, flaco y un poco a mal traer. De pronto tiene una expresión de bruja goyesca, pero conserva toda su jocundidad y la lengua parece haberle crecido desde los años de Puerto Rico. Me da la idea de estar aquí un poco aislado. Antes de comer fuimos al Colegio Nacional a una clase de Castro Leal sobre Ibsen. Inconexa y mediocrísima. Yo no le conocía. Me pareció casi completamente indio y hoy lo he visto sin duda en las esculturas precolombinas. Sus mayores admiraciones literarias chilenas son Prado con quien inventó a Karex al Roshan, y Barrios. Acabo de comer un sabroso postre, chongos zamoranos, algo así como grumos de manjar blanco en almíbar.

Comenzó Rivas Cherif contándome sus avatares y los de J. M.[85] en sus últimos tiempos de Puerto Rico. Según él, el Rector Benítez lo persiguió por medio de hampones marihuanos para obligarlo a irse de la isla. El mismo habría organizado una campaña de desprestigio contra J. M. Pero sin duda Cipriano es una curiosa mezcla de intrigante, espía, delator y paranoico, todo lo cual es a veces contrapesado por su simpatía.

[85] Se refiere a Jorge Millas, que vivió algunos años en Puerto Rico como profesor de la Universidad.

Se ve que no le duran las amistades. No hay español notable, exceptuando a Azaña, contra quien no dispare sus fuegos. Si tuviera talento literario, sus memorias podrían ser entretenidísimas, una novela picaresca de la España de este siglo. Está preparando un libro sobre las ambigüedades de Benavente en su obra y en su vida. Allí contará la historia de su falsa hija adoptiva y de sus amores. Recuerda que uno de ellos le fue usurpado por Irene López Heredia, 25 años mayor que el muchacho. D. Jacinto, furibundo, se trasladó al teatro en que ella ensayaba una de sus obras, la increpó con frenesí y le retiró su venia para representar sus dramas. La López Heredia, entre sollozos, estrechó al mancebo entre sus brazos y lo retuvo, diciéndole: "¡Cómo me abandonas, cuando yo te he librado de que te crean m...!" El doncel se quedó con ella y perdió los favores del ilustre autor. En 1938, propuso al gobierno de la República la organización de un conjunto de teatro español que saldría por el mundo financiado por él, y Azaña estuvo dispuesto a darle autorización para salir del país, pero Negrín se opuso, y decidió fundar en España un gran teatro nacional, en cuyo consejo puso a Benavente, a Rivas Cherif -a quien hizo venir de Ginebra-, a Diez Canedo, a Alberti. Cipriano hizo elegir director a Benavente, quien ofreció traducir *Las bodas de Fígaro*, obra muy actual, dijo, por haber sido su autor uno de los representantes de la Revolución Francesa. Es claro que nunca tradujo nada y el teatro nacional no llegó a constituirse. Por ese tiempo, D. Jacinto asistía a las manifestaciones políticas en Valencia saludando con el puño en alto. Al año siguiente apareció en Madrid con uno de los generales franquistas en los balcones del Ayuntamiento, para la entrada de las tropas, y se arrodilló al paso de una Virgen. Poco más tarde estrenó una pieza titulada *Aves y pájaros*, imitada de Aristófanes, e hizo convocar a unas aves siniestras con los nombres de Niceto, Indalecio y Cipriano, justo el mismo día en que éste había sido condenado a muerte, lo cual provocó protestas hasta en los propios periódicos de Franco. Pero el mismo Cipriano le escribió posteriormente desde la cárcel, recordando que ese año se cumplían 50 años de su vida literaria y que él había decidido celebrarlo con una representación protagonizada por los presos. Benavente le contestó, conmovido, enviándole una obra inédita.

Si el hombre es la medida de todas las cosas, la fealdad del arte mexicano debe ser el efecto de la fealdad muchas veces expresiva del pueblo. Indios y mestizos lucen su pobreza o su opulencia en la Ciudad de México y con frecuencia unen a su miseria actitudes humanas que dan, por ejemplo, a una madre que descansa con su niño andrajoso bajo un árbol, un relieve estatuario. La pintura republicana es tosca y no pocas veces cruel, violenta, agresiva. Sorprende por eso en Rivera y Siqueiros la combinación de dureza expresiva con la filantropía de sus declaraciones. "Proletarios del mundo, uníos", sí, pero con la ferocidad de los lobos que se juntan en una manada. Hasta los colores de Tamayo son tensos, inhumanos. Para qué hablar de sus hombres, animales o frutas. Las sandías son tajadas sangrientas que sugieren, más que halago de los sentidos, el dolor de la cuchillada.

Me habló Rivas Cherif muy largamente de lo que él sabía de la muerte de García Lorca, a través de Luis Rosales en cuya casa estaba aquél cuando fue apresado. Según él, no hay tales amores o enredos oscuros. Esos existían por otros lados y el principal objeto de ellos se hizo matar voluntariamente en la guerra, después de la muerte de Federico.

Canción que Rivas Cherif aprendió de niño en un colegio de frailes:

La go-londrina
con vue-lo vario
roza el-alero
del cam-panario
y allá en-los aires
gozo-sa gira,
y mien-tras vuela
canta y -suspira,
canta y -suspira.

Guatemala, 5 de junio

Esta pequeña ciudad parece construida por el señor Palet. Tiene algo de español, pero de Hotel Español chileno de provincia. No me desagrada. Conocí esta tarde a Luis Domingo Valladares, joven poeta y actor para quien traía una carta de Rivas Cherif.

Ayer, visita a Alfonso Reyes en su casa llena de libros. Estaba en una especie de winstrel's gallery, donde tiene su escritorio, en un costado de la enorme estancia biblioteca. Lo había conocido la semana pasada, cuando asistí a una de sus conferencias en el Colegio Nacional, sobre el pensamiento político griego. Dio una clase excelente sobre la idea de norma en Heródoto. Me pareció una dulce mezcla de mandarín chino y diosecillo olmeca panzudo. Un hombre de ideas claras, amable, tolerante, que disfruta discretamente de sí mismo. Nada genial, por cierto, pero sí un extremado modelo de letrado fino, elegante, un poco escéptico, refinadamente gozador de sus placeres, gozador de libros y de cosas. Habla muy bien, pero no tanto para que no se note su esfuerzo por ser siempre impecable. Me pidió noticias de Chile y se interesó por saber de sus amigos, todos más o menos impersonales, recordados entre libros, como seres de pluma. Entre ellos, Alone de quien se expresó con admiración llena de cumplimiento, como para darme de placer. Preguntó por Neruda. ¿Dónde está Pablo? Habla moderadamente de sí mismo, un poco en estatua. "Cuando volví a México después de pasar muchos años en el extranjero, me recibieron con ataques que duraron mucho tiempo. Me atribuían europeísmo y me acusaban de imponer a los jóvenes una doctrina política extraña. Pero la verdad es que yo he estado siempre solo

en México y no he pretendido influir directamente sobre nadie. Ahora los ataques casi han cesado. Me quedan sólo dos o tres amigos". Rivas Cherif contó algunas de sus famosas historias, con gran contentamiento de A. R. que reía con la mano sobre su vientre redondo y gracioso. Nos dijo que huia del mundo, refugiándose en los clásicos. "En ellos tengo a mis amigos". Tiene archivos perfectamente ordenados, tan perfectos, que una vez consultó para determinar con certeza los años en que fue Embajador en Brasil. De pronto extrajo una carta de Menéndez Pidal en que lo felicitaba por su elección como Presidente de la Academia de México. No dijo nada especialmente interesante, ni se presentó la ocasión de que lo hiciera pues la tarde parecía detenida y con fatiga, pero me agradó ver a un hombre que vive en una suerte de pagoda consagrada a los libros, al parecer tan ordenadamente como la reina de las abejas en el centro de sus panales. Mirando hacia arriba con sus ojillos vivos de hombre muy pequeñito, con las manos puestas sobre el abdomen y con su barbita cana que lo convierte en deleitable enanillo, difundía seguridad, discreción y paz.

Guatemala, 6 de junio

Visita al mercado. La pitahaya es aquí más morada que en Puebla. Entera parece un cardón redondo y púrpura, y cortada es deslumbrante, tan intensamente violeta que parece poseer una luz personal. Compré semillas de zapote, la fruta que se asemeja a un coco de cáscara color tabaco y blando, interior rosado. Unas enormes vainas, verdes y gordas, se llaman paternos. El mercado estaba lleno de gente pobre que circulaba entre los puestos de madera. Toda la construcción es de madera con un aspecto de fragilidad. Un niño con botines blancos descansaba sobre la espalda de una india vieja, tal vez su madre, y miraba con ojos soñadores la inmensidad del techo de vigas entrecruzadas.

Una dueña enlutada, con voz descaecida, pedía en la puerta de la catedral de México "una limosna para el aceite del Santísimo Sacramento". ¿Cómo podrán ser tan pobres? Parecía una bellísima invención.

En México los pequeños almacenes se llaman misceláneas, y las calas, alcatraces. "La novia llevaba un hermoso ramo de alcatraces..." Las ilusiones se llaman nubes.

Ernesto Velasco venía de Sinaloa. Me dijo que allí la gente era muy pobre y que él desde niño fue tan malo o tan ardiente que lo creían una encarnación del diablo. Pero sus ojos tiernos y medrosos le desmentían el diabolismo. Cuando llegó a Ciudad de México, quedó tan deslumbrado con los edificios y las luces que pensó que ése sería el Paraíso, que así sería la gloria y que las gentes de las calles serían todos santos y bienaventurados. Pronto comprendió su error, cuando empezaron sus ambiguos trabajos. Hasta que llegó a ese lugar semi secreto de la calle de Puebla, donde bailaba desnudo, "encuerado", decía. A uno que se negaba a desnudarse aquella noche delante de unos americanos, que

aún querían ver más, le preguntó riendo: "¿Qué eres al fin, puta o monja?"

Guatemala, 7 de junio

Qué cosa más impresionante que el esqueleto de un feto de 4 meses hallado entre dos trastos de arcilla. Fue un niño maya que no alcanzó a nacer, pero que tenía ya un cráneo, unas costillas muy arqueadas, piernas. ¿Dónde andará esa alma en pena?

Guatemala parece una pequeña provincia de Chile. Estos países deberían unirse y gastar menos en el lujo caro de ser repúblicas independientes. En la ciudad, la gente es oscura, pero menos india de lo que yo suponía. Son dulces y amables. Se alimentan de frijoles, de los que acabo de comer un plato abundante, cocinado con tocino y pimentón, a la bretona. Anoche comí chile relleno, ají relleno de carne molida, cebolla y azúcar. Sabroso, pero no de mi gusto. Sirven también una crema negra de frijoles picantes sobre tostadas.

La gracia de esta ciudad, fugaz sin duda, es que no pesa sobre el ánimo. Es pequeña y liviana. Ayer fui con J. D. a la Antigua. Llovía, pero aun así el camino por las montañas cubiertas de vegetación es lindísimo. La vieja ciudad es de las más hermosas que he visto. Las ruinas alcanzan allí una suprema belleza. El terremoto se quedó a medio camino y permitió unir la destrucción y la forma. Parecen ruinas deliberadamente esculpidas y rodeadas de la vegetación más idónea. Se realiza en Antigua una mezcla de vida actual -porque la ciudad está habitada- y abandono. Es un raro lujo bañarse en la piscina moderna de la Posada de Belén y contemplar desde ahí los muros cálidos de la iglesia de Santa Cruz, donde representaron "Juana en la hoguera".

Quito, 10 de junio

Lo mejor es aquí la transparencia del aire que origina perfiles nítidos. Las montañas parecen muy próximas y muestran hasta el último detalle de sus árboles. Ayer se veían el Cotopaxi y el Cayambe con sus nieves eternas sobre el paisaje subtropical poblado de palmeras. Vi en el campo una especie de huingán con flores blancas y una especie de diamelo con flores lilas de igual perfume. El camino campestre que seguimos estaba bordeado de magüeyes, la planta de que los mayas hacían redes, cuerdas, hamacas, pulque.

En la cultura de Tiahuanaco se adoraba al *Dios que llora*, que derramaba lágrimas con cabezas de cóndor y de serpiente.

En el camino de Ila-ló, hombres y mujeres que caminaban imperturbables bajo sus sacos de carga, algunos muy voluminosos, sobre todo en domingo. Es curioso. Estos indios siguen ignorando la rueda. No importa que la vean en cientos de formas. Pero ni quisieran ni quieren sacarle partido.

Para el quechua, trabajo y religión se confundían. "Todo trabajo que no fuera ceremonial carecía de sentido y significado". Muchos de los males modernos que afectan a las masas provienen de la ruptura de esa alianza que no podrá ser reconstruida sino por un cambio interior tan revolucionario como los cambios externos del mundo que están hoy mismo viendo nuestros ojos. El trabajo era una flor en sí para el indio.

Mr. Finn me decía en Philadelphia que en los EE.UU. es posible serlo todo con facilidad y seguridad, salvo ser diferente. El hombre diferente puede subsistir, pero está obligado a llevar una vida disminuida y más o menos clandestina. ¿No será lo mismo en Rusia?

"No robes, no mientas, no seas flojo". Moral incásica.

Quito, 12 de junio

Ayer, viaje al lago San Pablo, cerca de Otavalo. El camino va por la falda de montañas que en el aire absolutamente diáfano se ven inmediatamente azules, de piedra cristalina. Los horizontes de la sierra son nítidos y lejanos. Sólo de tiempo en tiempo aparecía la cabeza del Cotopaxi entre las nubes. El Cayambe se eleva bruscamente de la tierra, majestuoso como un león, cuadriculado hasta muy alto por los indios otavaleños que tienen poca tierra y han tenido que trabajar las paredes inclinadas, casi colgados sobre el vacío. Los resplandores del poniente fueron, a esa altura, violentamente dorados y rojos como en un atardecer de Rubens. Para ir a Otavalo se baja desde la Sierra de Quito a lo hondo de un valle caliente, en Guayabamba, donde prosperan paltos inmensos, chirimoyos y bananos, que se levantan, frondosos, detrás de muros de adobes. Aun en los pueblos más pequeños y al parecer abandonados se ven nobles iglesias.

Recién leo en Von Hagen que Durero, después de conocer los tejidos peruanos en la corte de Carlos V, escribió en su diario: "En toda mi vida no he visto nada que regocijara tanto mi corazón como estas cosas".

Quito, 13 de junio

Nubes blancas y ligeras como sílfides del Marqués de Cuevas atraviesan un cielo azul renegrido de pureza. Entre los tejados musgosos, abre sus ramas un palto. Pían unos pollos en algún huerto. Ladra un perro de jardín, aburrido de su encierro en una mañana como ésta. Un aromo florido se alza inmóvil en la otra ventana. La luz es alta como una espiga. Opulenta y fugaz, como la túnica del Inca.

Quito, 14 de junio

Ahora se descubre que las callampas han sido consideradas alimento de los dioses y, como tal, secreto. De ahí la leyenda de que sean

venenosas. En Oaxaca son todavía usadas para tener visiones maravillosas, extraordinarias arquitecturas y movimientos de superficie coloreadas. Cierta especie intensifica, como el peyote, las percepciones visuales. Los chinos poseen una llamada "divina callampa de la inmortalidad". Ya Suetonio decía que "las callampas son el alimento de los dioses". El nombre que le daban los aztecas significaba "carne de Dios". En piedras anteriores a la era cristiana, en Guatemala, un dios habla desde una callampa.

Moneda de Judas, una planta con hojas secas, doradas y livianas, casi translúcidas, redondas como monedas.

Pichidangui, 30 de junio

En un espejo de la residencial Lucero se refleja, como en un cuadro de don Pablo Burchard, un vaso con achiras y chinas. En el marco cuelgan, guirnalda de la primavera, los más adelantados soldadillos que haya visto hasta ahora. Ha sido un domingo de primavera, con vinagrillos en flor en las colinas tiernas de grama y con misa en honor de San Pedro, Don Pedro en la goleta que busca el tesoro.

Caleu, 14 de julio

Nunca había visto hielo en las orillas de la fuente, allí mismo donde hemos leído a Horacio tendidos a la sombra de los arrayanes. Ya aparecieron las primeras hojas suculentas de las orquídeas. Más abajo del tranque había carámbanos suspendidos sobre el torrente, entre el musgo y las barbas de la hierba de la plata. Los robles parecen a punto de brotar. El ramaje lila está lleno de perfumes de laca, pero los brotes se demoran, duermen largamente al sol antes de abrirse. En el huerto infinitamente descuidado abrían juncos y junquillos.

Lo Gallardo, 29 de julio

Elenita Barquero me dibuja, al lado del fuego, en la encantadora casa de Lo Gallardo. Momo[86] prepara unos tragos en el pequeño bar, debajo de los cuernos de caza. Efraín acaba de leer "Piel de hoja" y "Detrás de junio", versos en los que impera una tierra que germina tanto en las raíces como en los pájaros y en todos los animales. Patricio agita la cocktelera. R. H. y Efraín han conversado 8 horas, una jornada completa que empezó con nuestra caminata del mediodía a las Rocas de Santo Domingo, entre campos recién llovidos, bajo un cielo azul con nubes blancas de viaje. Los picaflores están en plena faena de polinización

[86] "Momo", nombre repetido en el *Diario*, es Inés del Río, viuda de Balmaceda, dueña de una casa en Lo Gallardo y amiga de escritores y artistas. El poeta Efraín Barquero vivió algún tiempo en su casa.

de los eucaliptos. No he conocido más dichosos trabajadores. Sus gorjeos de actividad y de alegría son el equivalente sonoro de sus colores movibles. Recogimos callampas recién aparecidas. R. H. le dice a la Momo que ella es tan sabia que sabe hacer dar a cada uno su sonido particular. En ese instante Patricio sopla en un cuernecillo de caza que muge como un buey enfermo y Momo dice: "¿Ve usted? Patricio está dando su sonido". Los 16 años de Patricio no saben todavía sentarse. Acaba de tomar en sus manos una calavera que no habían movido por años de lo alto de un estante. Elenita nos regaló esta tarde unas plumas de flamenco, largas y finas, con tonos diversos de espuela de galán. El crepúsculo fue plateado sobre el mar e intensificó el verde del césped y la rojez de los frutos del crategus. Terminé las *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar y, como el Emperador muere de un corazón hidrópico, siento ahora molestias en las venas, mientras Efraín describe los malestares y náuseas que sólo pueden curarse escribiendo. Por lo demás, el poeta se alegra con el vino y, según Elenita, anda de mal genio cuando esta musa le falta. Patricio toca ahora una cajita de música: "Yo no quiero querer a un torero..." La música parece venir del salón en penumbra en donde un enorme ramo de ciruelos japoneses hubiera fascinado a Colette. Doña Gina es una maravillosa hacedora de ramos. Hace días, antes del temporal, se escuchaba desde aquí el tumulto del mar. Poniendo mucha atención, podría oírse ahora el paso del río crecido. Dice Efraín que en la noche se siente el ruido de frotación de las lechuzas que se ahogan de sabias mirando en la oscuridad con esos ojos acostumbrados a ver solamente un mundo entrelazado y espeso. Suena ahora "La petite tonkinoise" en otra cajita de música verde. Habría que hacer el experimento de dejar cajitas de música sonando cerca de las lechuzas en la noche. ¿Qué harían?

Después de la lectura anterior[87] la Momo me dice que saqué trago. Sigue la sesión de dibujos. Elenita deshila una servilleta con hilo rojo. R. H. ahora diserta sobre el amor con la Momo. Y luego se conversa sobre la mejor manera de dibujar o pintar a Efraín, cosa difícil, dicen, porque, aunque sus rasgos son firmes, los ojos son muy cambiantes. La radio transmite noticias sobre la rebelión contra el Sultán de Omán. Momo, con un pañuelo de seda brillante como un mosco de verano, mira y escucha acodada en el bar. Los ojos le brillan como pervincas de la orilla del río, de su propia orilla. Una plumilla de flamenco vibra apoyada en un libro verde oscuro sobre la chimenea. Crepita el fuego. Gina nos trae la ofrenda de dos garrafas de vino tinto. Todo hace más envidiable la existencia de Efraín y Elenita en Lo Gallardo, bajo un cielo surcado siempre por pájaros y sobre una tierra que brota. "Lo mejor ha sido el dibujo que Lucho le hizo a Patricio. Parece de Chagall", dice Elenita. "¿Qué significa Chagall...?", pregunta Patricio con estupor. "No es un chacal", asegura Momo. Elenita hace innumerables jockeys a Efraín y

[87] ¿Del libro de la Yourcenar? ¿Del pasaje anterior del *Diario*?

Peregrino[88], que está pedigüeño, y aprovecho la ocasión para solicitar uno. Romero y Figurín, los dos perros de la casa, esperan afuera, tan desesperados por entrar como las ánimas del Purgatorio al cielo. Romero es un perro policial color champagne protegido de Efraín. Tiene una cara noble con las orejas paradas y acompaña al poeta por todos los caminos. Parece que considera que su propia cola es un cuerpo extraño, culpable de todas sus malas acciones. Efraín lo alimenta tiernamente como a un gorrión.

Lo Gallardo, 30 de julio

Ayer, Peregrino leyó un poema a Lo Gallardo en que se hace bajar el cielo hasta las flores de los aromos. Tal vez bajo la influencia de ese poema, soñé después, ya en la mañana, que estaba en una iglesia de piedra en la Ciudad de México. Yo miraba hacia arriba desde mi cama y veía cómo unos trapecistas volaban suspendidos de cuerdas por lo alto de ese espacio y tañían las campanas. Yo sentía maravillamiento y terror. Uno de los equilibristas estuvo a punto de caer sobre mí desde una alta cornisa.

Escribo sentado en el bote que está en tierra, al lado del río. Están floridos los aromos y los prunus. En el suelo muy húmedo se abren los jacintos. Este invierno en la costa es como la primavera en otros países, con ebriedad de picaflores y golondrinas danzantes. Los papayos brillan húmedos, desafiantes como megaterios, cargados de frutas que madurarán muy pronto. En el pasto de los cerros empiezan a florecer los vinagrillos.

Til Til, 1 de agosto

La sierra de las Vizcachas está todo nevada y se ve tan cerca que podría contarse el número de los robles que todavía le quedan. Comemos huevos a la copa con R. H., solos y los mismos aquí, en este lugar, El Jote, por años y años. Aún no florecen los aromos. Ginés está en cama, con medio Chile en cama. Nosotros bebemos vino. Cantan gallos en la distancia que es ahora sin afectación ni impostura, azul, enteramente azul. Cantó una tenca. Los almendros están floridos, pero empieza a hacer el mismo frío de algunas estampas japonesas. Igual que los guanayes de la costa, los dependientes de El Jote están macilentos, a punto de caer de influenza. Sólo se sostienen esperando que en el tren de las 5 lleguen otros que los ayuden. Un anciano increíblemente viejo se arrastra con increíble dificultad apoyado en un bastón de árbol silvestre después de haber dormitado, al lado de un papayo, en el jardín. "Yo soy la tierra debajo de sus pies". La casa del anciano era tan vieja

[88] El nombre "Peregrino" es recurrente en el *Diario*. Al parecer Oyarzún llamaba así a su amigo el pintor Iván Vial.

como la tierra y algo tendría de su dulzura pues aun en su sordera y casi ceguera regaloneaba a un gato.

4 de agosto

Decía anoche E. M. que en Chile hay sólo 2 escritores que se preocupan de escribir sobre la vida misma de cada día, sobre la vida chilena, para encauzar el juicio público: Benjamín Subercaseaux y Juan Tejeda.

Til Til (Restaurant La Bomba), 25 de agosto (día de San Ginés)

Desde las 11 de la mañana, vagué a caza de la primavera con Ginés. Primero la cordillera de 3 provincias, pura, gris perla, azul, lila, muro que detiene la vista sin agraviarla, levantando dioses en la orilla de la tierra. Compramos un queso de cabra recién hecho en un aprisco de las montañas. Unas muchachas estaban a cargo de la casa rodeada de colmenas y gozaban de pasar solas este domingo de sol como la miel. "¡Bah! ¿Están solas? ¡Qué bueno!", exclamó una vecina que llegaba con un jarro de leche y bajaron, muertas de risa, hacia el bajo del río donde florecían los almendros.

Dibujamos al borde del estero de Til Til un paisaje de aguas y sauces amargos (*Salix humboldtiana*), bajo un sol de mediodía que hacía zumbar a los mosquitos azules. -¡Mira, allí va la primavera!, me dijo Ginés, mostrándome una mariposa naranja que volaba rápido y torpe entre unos quilos punteados de laca. Después pintamos el costado de la iglesia, bajo los eucaliptos citrodora. Unos pequeños, hijos de un cabo de carabineros, nos acompañaron, felices de pintar y ver pintar, atentos a cada movimiento de la mano de Ginés y a cada trazo de la mía. Ginés, ¡oh prodigio!, ama el ritmo de las montañas y los vinagrillos de oro que se abren en la humedad de la hierba. Amó la placidez variada de Til Til y se entristeció al final del día, cuando respiramos el aire blando del atardecer mirando oscurecerse a los olivos y bajar a los rebaños de cabras dando brincos por la falda escarpada de las colinas. Dos colillas de cigarrillos representaban nuestras vidas sobre el pasto y humeaban, distantes, con humos diferentes. La colilla de Ginés dio una gran humareda y se extinguió. La mía boqueó secretamente y dejó de dar señales de vida, casi en el mismo instante. Los cerros de la costa están en el momento inmediatamente anterior a las flores, tan cercano ya que, cuando se pone el sol, la humedad plateada parece un halo de florecillas sobre el verdor. A la vuelta, mientas bebíamos vino con duraznos en la Bomba, sobrevino con la misma aureola y con una *musette*, después de haber transformado a Rungue en Citerea, gracias a unas aves de paso que bajaron de la montaña. Sus terrazas primaverales entre los sauces de Castilla lo dejaron un poco nervioso, hablando como padre presentado detrás del confesionario. ¡Terrible mezcla de Bonnard y don Crecente Errázuriz!

¡Qué encantadora persona! ¡Qué distinguida! ¡Qué noble raza ésta de Chile!

Tongoy, 21 de septiembre

Oficialmente ha llegado la primavera. El día está nublado y tibio. Cantan los gallos con la pereza del mediodía. Un lagarto amarillo y verde acaba de deslizarse entre las matas de huévil florido. No han abierto aún todas las flores de la costa, pero en las colinas abunda ya el cebollino jacinto con una estrella púrpura. Las alcaparras amarillas están pesadas de flores, vulgares y ardientes en el fondo de las quebradas, en donde se abren las primeras suntuosas alstroemerias o mariposas de campo. Descubrimos el fruto del quintral que crece sobre los quiscos, especialmente en los que tienen forma de candelabros. Parecen pequeñas uvas ensartadas entre las espinas y el sabor evoca también al de las uvas comunes. La semilla es amarga.

Pichidangui, 22 de septiembre

Nos vinimos ayer después de almuerzo, bajo un cielo amenazante. Caían gotas de lluvia cuando llegamos al costado de la Silla del Gobernador, que estaba oculta por las nubes.

¡Oh, felicidad! ¿Qué milagro hizo posible escuchar por la radio un buen concierto de música de cámara en el comedor rústico, abierto a la costa, de la Residencial Lucero? Tocan el concierto de Haendel para arpa y orquesta y la música tiene la gracia un poco solemne de las líneas que organizan este paisaje, que se ve bien a través de las puertas viejas que le acomodaron a esta casa. El 2° movimiento es grave y melancólico y me hace recordar lo que leía ayer acerca del carácter triste que algunos personajes de Shakespeare atribuyen a la música. "I am never merry when I hear sweet music" (Jessica en *The merchant of Venice*).

Sobre todo a esta hora matinal, la música parece introducir un principio contrario al optimismo de la luz y del sol encendido. Desearíamos escucharla mejor en el crepúsculo, cuando todo vuelve a ser élfico y feérico y la tierra misma produce un silencio y una penumbra que son semejantes a la música, más amiga de la luna que del sol.

Salimos a mediodía hacia Guanaqueros, por la playa, bajo un sol suave y puro que tostaba la piel sin quemarla. Nos dijeron que el viaje sería corto, cosa de transmontar unas colinas solamente. Llegamos al pie de las colinas arenosas, cubiertas de manzanillones amarillos y allí, en medio de un pequeño prado de alfalfa, un hombre parecido a Oknos el Soguero, de piel muy oscura y cabello entrecano, que trenzaba algo echado en el suelo, nos indicó el sendero que seguimos sin prisa, oliendo heliotropos silvestres y menudos altramuces con sus venillas moradas. Más allá, alrededor del lecho seco de un torrente por el cual bajamos, florecían con esplendor de oro macizo las alcaparras. Los cerros que se

sucedían, al parecer sin fin, estaban verdes, espesos de hierba como el lomo de un cordero antes de la esquila, pero la falta de aguadas los mantiene casi desiertos. Sólo de tiempo en tiempo un abrevadero es capaz de poblarlos. Había en algunas quebradillas perales floridos, higueras que brotaban, señales de la mano humana en esos parajes solitarios, ahora fugazmente espléndidos de verdor, pero envenenados por esa soledad bajo luz tan deslumbrante. Más lejos hallamos a un rebaño de vacas que deambulan entre unas higueras. En la falda del cerro había una casa de adobes, a la que fuimos, apremiados por la sed. Estaba abandonada y nunca tuvo pozo. Los pobres cuartos estaban llenos de papeles viejos, tapas de botellas. Seguimos y seguimos, casi desesperados al fin. ¿Dónde diablos estaría Guanaqueros? Ginés brincó al divisar el mar por el otro lado de la península que habíamos costeado innecesariamente. Pero todavía nos costó algo llegar a divisar la primera casa a la orilla del mar, distante unos 2 kms. de Guanaqueros. Una joven ya medio vieja nos dio agua, mientras un sinfín de niños harapientos nos miraban como a venusinos recién bajados del cielo. Difícilmente se podría ver un ambiente de mayor pobreza. El agua venía de un pozo sucio. Para ellos no habría 18 de Septiembre. Llegamos al encantado Guanaqueros después de una caminata entre rocas que, combinándose con litres y quillayes viejos, componían a la orilla del mar un paisaje que hubiera servido bien para las bacanales y los misterios órficos.

El pueblecito de pequeñas casas blancas entremezcladas de pescadores estaba todo adornado de banderas. Los botes descansaban en la arena. Una lancha a motor jugaba en las aguas cerúleas de la poza. El aire mismo era festival. Subimos hasta la casa de doña Ercilia, donde podíamos comer algo después de 5 horas de camino. En una pieza oscura, sin vista al día, bailaban unas parejas, como moscas atontadas al son de una guitarra y un pandero, escuchando canciones mexicanas en falsete y cuecas entonadas con angustia metafísica. Bebían vino arreglado, mezclado con bilz. Los bailes de esta gente, a lo largo de todo Chile, están desprovistos de alegría. Se entregan al baile como las beatas al rosario, sombríamente, sin hablar, sin mirar, sin comunicarse con la compañera sino por medio de la copa que va de mano en mano hasta aturdirlos. Los hombres se emborrachan hasta el sueño, pero las mujeres, menos bebedoras, permanecen lúcidas y terminan por lo común cargando con su galán lamentable.

Santiago, 11 de octubre

Carta de Peregrino, escrita frente a las costas de Gibraltar. Anoche, vi desde el Observatorio Astronómico el primer satélite artificial, que atravesó el cielo según las previsiones de los rusos. Gran emoción. Nunca en la historia humana los hombres habían visto casi simultáneamente un mismo objeto hecho por ellos.

Horcón, 13 de octubre

Con H. V. y Ginés. Nos vinimos a pie por la playa desde Quintero, a través de una tarde gris azul como de Whistler. Viajamos en camiones desde Santiago. El día era caluroso y lo perfumaban de miel los manzanillones de los cerros. En el valle de Aconcagua había naranjos cargados de azahares. Están ya abriéndose las últimas lilas. Los corredores y las estaciones se ocultan detrás de un muro de glicinas, violetas, lilas blancas, todas con un poco de ceniza.

Platón consideraba a los metales como líquidos condensados.

Aún están verdes las teatinas que ondulan bajo la brisa. La puntilla está sembrada de heliotropos blancos, manzanillones, alstroemerias, huillis. Se yerguen moradas, las espigas de las ballicas. Ginés, como un titán, recorta su silueta contra la poza manchada de algas y la población de casas blancas, verdes y celestes. Hernán devora vainas tiernas de arvejas. A pesar del fresco de la mañana nublada, un abejorro se embriaga sobre el centro yema de huevo de un senecio silvestre. ¡Qué dulces son las arvejas que crujen entre los dientes! Ginés acaba de dar un hermoso y blanco Don Diego de la Noche a un cerdo inmundo. Ojalá no haga lo mismo con su propia virtud. Una cerda rosada y rubia que dormita sobre el polvo ha inspirado a H. V. deseos impetuosos.

El mar se llevó este año la playa de los Jotes y la reemplazó por pedregales en donde Ginés y yo hemos recogido piedras imprevistas, sabias de armonía, rojas, lilas, ocres, variadas como flores. Al subir la colina nos encontramos con Maritza que bajaba en traje de baño, con la cabellera suelta como un ala de trigo y de lino, en dos tonos. Iba con su madre y conversamos al pasar. Parecía una joven preparando las cosechas del año. Ginés se canta un canto entre los infinitos rábanos floridos de las colinas sobre el mar. La frase de Gluck, graciosa y muda, es hoy azul. "Quisiera vivir aquí siempre", me dice Ginés. El mar se canturrea también a sí mismo. Altramuces lilas y violetas cubren todo un faldeo de la colina que se despeña sobre la playa. "Este es el lugar más bello del mundo... Escríbelo en tu Diario". "Yo no soy tan sensible a la belleza de estas flores como a la belleza de esas líneas que componen el paisaje", dice Ginés.

París, 30 de octubre

Escribir una comedia: *El parto de los montes*.

París, la Toussaint

"Soy un ángel hecho de demonio a la fuerza. Soy una manzana agujereada por un obús", me decía anoche A. Jodorowsky.

2 de noviembre (Vuelo de París a Praga)

Tanta cosa en estas dos semanas de viaje. Angustia y malestar en los primeros días. En cada salida de Chile me siento como un árbol arrancado o bien pelado como un plátano, "mondado en granada viva", hasta que me adapto, ave migratoria, al viaje. En el aeródromo de Buenos Aires, me sentí morir de desolación. Sentía cruel el vuelo, implacable el dios que me ordenaba esa separación. Volé un poco sonámbulo, sin duda intoxicado. Mi compañero de viaje fue Gottz, un joven agrónomo alemán que trabaja en Chile. Vimos en río a los bañistas de la playa de Galeao, en una tarde cálida y blanquecina. Después cruzamos durmiendo el océano. Vi el rojo amanecer sobre el cielo de Africa, con resplandores de libro de aventuras. El malestar de la cabeza y del estómago y el calor sobre mis ropas gruesas impidieron admirar bien a los negros senegaleses desde Dakar, con sus bonetes sacerdotales y sus largas túnicas azules.

Otra vez me sentía próximo a morir y sólo deseaba no hallar la muerte en ese lugar tenebroso, como un personaje de Paul Bowler. Fue un alivio avistar las costas de Europa, el estrecho de Gibraltar en la lejanía, Cádiz y el Guadalquivir. Después de 8 años, volvía a mirar esas tierras plantadas de olivos, la ocre meseta de Castilla después, recién arada, las ciudades de piedra, Madrid con su aeropuerto lleno de gente ociosa y de banderas. En adelante los paisajes fueron crepusculares y vagos, hasta llegar con familiaridad a París.

Moscú, 2 de noviembre

Mi primera impresión de Moscú es la de una enorme ciudad victoriana con algo de Zola. Donde esperaba encontrar lo ultramoderno, hallo un hotel apenas terminado hace un año, recargado de adornos bizantinos, con dorados y azules, y con habitaciones y galerías ancien régime. Espesas alfombras rojas, muebles enormes, una inmensa tina de baño sin ducha, cortinajes pesados. Una vieja dama que parecía una alemana rubicunda está a cargo del piso y la criada, con cofia blanca, es una mujercita muy flaca y macilenta, de mirada triste, con la que no puedo intercambiar palabra. La sala de espera en el aeródromo, a donde llegamos en avión a chorro desde Praga, a más de 1000 kms. por hora, me pareció llena de ancianos jubilados, algunos de ellos fotógrafos del tipo de Herrera Guevara, en torno a una mesa de estación de provincia. Me esperaba un joven gordo que habla castellano corriente, muy amable, y una dama de unos 35 años, rubia, alta, suave, tan enterada de Chile que para empezar me habló de Marcela Paz y Mariano Latorre, de quienes no han podido por trabas del correo chileno, recibir las obras. Todo lo sabía con exactitud. El joven arregló diligentemente mis papeles y se ocupó de mi equipaje, mientras otros se hacían cargo de la delegación francesa con la cual viajé. Era un poco como la llegada de los profesores de una escuela de temporada a una ciudad de provincia. Nos esperaba un auto enorme, ancien régime como el hotel, con un chauffeur muy stilé

con un caftán de piel. Recorrimos los 30 kms. lentamente, bajo la niebla, con ocasionales conversaciones en castellano. Yo callaba, elgolfado en la oscuridad, mientras ellos hablaban en ruso. Vladimir, a quien había conocido en París, funcionario de las Relaciones Culturales del Estado, se vino con nosotros, porque era difícil encontrar un taxi en el aeródromo. Entramos pausadamente a la ciudad, al mismo tiempo que salíamos de la niebla. Grandes edificios colectivos primero, muchos en construcción todavía, y después hospitales de fachadas neoclásicas y la parte antigua de la ciudad, con casas bajas, más bien modesta. Vagamente divisé el río Moska, el Kremlin y la Plaza Roja en la semioscuridad. No tuve la impresión de llegar a una de las capitales del mundo, sino a una ciudad en sordina, con muchedumbres oscuras y silenciosas. Eran las 10 y media de la noche. Habrá que ver todo esto mañana, a la luz del día. En mi cuarto hay una pequeña radio, como en los hoteles de EE.UU., por la que ahora una voz de mujer anuncia el trayecto del Sputnik a través del mundo. Tocan ahora una canción popular en acordeón.

Primera experiencia de un país en que no entiendo palabra del idioma. En el menú del restaurant gran estilo Ramis Clar figuraba toda suerte de exquisiteces, como para que Acario Cotapos se sintiera en el paraíso y bailara a la rusa. Pedí esturión a la moscovita en homenaje a Chichikov y me trajeron una escalopa, con un vino tinto pasable. En este hotel abundan, entre la servidumbre, viejos, viejas y gente mal vestida, desaliñada, como en nuestros hoteles de provincia. Ya en el avión me sorprendía ver que los rusos tenían aspecto de trabajadores holgados, sin elegancia, y no me pareció mal este rasgo de sencillez. El gusto artístico del hotel, con sus enormes sillones de felpa roja y sus puertas de hierro forjado y bronce, es abominable.

Moscú, 4 de noviembre

No hay tiempo para escribir. Con gran sorpresa de los moscovitas estos días han sido de niebla. Aún no he podido tener una impresión clara de la ciudad, que al parecer no se entrega fácilmente. Demasiado extendida y descolorida, no es fácil verla. Sólo el Kremlin posee una fisonomía absolutamente propia, pero lo he visto sólo al pasar. Nuestros guías e intérpretes son de una amable cortesía y nos dominan con amables sonrisas. Ayer pasamos la mañana en Gorki, donde Lenin vivió sus últimos años. Allí murió, en una mansión señorial que había pertenecido al Gobernador de Moscú. El parque de la casa tiene altas encinas y abedules cuyos troncos blancos hacían más fría a la mañana brumosa. El culto de Lenin, como el de Napoleón o de Lincoln, llega también a los extremos de la nimiedad. Un guía joven con ojos de loco nos leyó interminables párrafos de artículos y mensajes y nos contó hasta el último detalle de la vida de su dios. En la tarde, visita al museo de la ciudad y después a la filial del Teatro Bolshoi, a ver *Fidelio*.

Visita a un koljoz, "Camino de Stalin", a 30 kms. al norte de Moscú, en el camino a Leningrado. El barro que produjo la lluvia de

anoche nos impedirá visitar los campos, dedicados a la ganadería. Nos hacen pasar a una sala de reuniones, donde el presidente expone las características de su organización. Es un hombre bajo y grueso de expresión bonachona y cabeza clara. Habla de la desarticulación que trajo la guerra al trabajo de los koljoces. Faltan los varones. Como todos los agricultores, se queja del tiempo. El cielo raso de la sala está decorado con follajes y arabescos celestes, amarillos y azules, como una escuela normal de provincia. Pululan los fotógrafos. En un cuadro malísimo, Lenin trabaja en su retiro de Gorki. En otro muro hay una fotografía de Krushev. Al frente, una de Bulganin. Nos traen refrescos. Al parecer los koljoces han adquirido últimamente mayor libertad para organizar su trabajo y repartir sus ganancias. Como hay varios intérpretes, cuesta entender.

El metro de Moscú luce un exceso de mármoles, bronces y lámparas de cristal. Cada estación tiene galerías palaciegas de mal gusto, por donde circulan los tipos humanos variados de Moscú. Las expresiones no son radiantes, pero tampoco revelan angustia. Se ven como obreros vestidos suficientemente, bien alimentados, sin elegancia. Un país de trabajadores que ha llegado a los niveles de vida de la clase media. El presidente del koljoz nos dice que su meta es alcanzar en los próximos años el standard de producción de los EE.UU.

Ayer, al despertarme por teléfono, Lucía, nuestra intérprete, me dice: "¿No sabe la noticia? Hace dos horas hemos lanzado un segundo satélite más grande que el anterior, con un perro adentro". Los mozos del hotel, aun el anciano mujik de largas barbas, leían esta mañana ansiosamente el *Pravda* que traía la trayectoria del nuevo Sputnik. La falta de idioma me impide darme cuenta mejor de la importancia que tiene este tema para la gente.

El presidente del koljoz habla con optimismo de los progresos de los últimos años en la producción de leche, aves y huevos. 8 aldeas se han incorporado a este koljoz. El hombre es entusiasta y ama las estadísticas. Los temas de la vida nacional son económicos y técnicos. Aún no veo bien el lugar que ocupan aquí las demás cosas. El arte se me aparece influyendo en la vida social sólo por medio de sus aspectos más vulgares y retrógrados, con gusto ampuloso de Círculo Español de provincia.

No comprendo para qué han hecho venir a tanta gente a este koljoz si vamos a estar todo el día encerrados escuchando lo que se puede leer en libros o revistas. Lo mismo sucedió ayer en la casa de Lenin y en el museo de la ciudad. Las explicaciones que nos dan ocupan horas que podríamos mejor pasar libremente, mirando y conviviendo con la gente de las calles.

(Los campos otoñales de la Umbría eran como páginas de un libro de horas: vendimias, siega de heno, recolección de nueces y castañas. Los rojos y leonados de los follajes resplandecían bajo el cielo azul puro mientras nosotros corríamos, felices, en nuestras motonetas mirando colinas con olivares y castillos).

Moscú, 6 de noviembre

Escucho el discurso de Krushev en la reunión del Soviet Supremo. Habla delante de una tribuna en que están sentados los miembros del Comité Central del P. C. ruso y además Mao Tse Tung, Ho Chi Mihn, Gomulka, Togliatti, la Pasionaria y muchos otros. El centro del escenario lo ocupa una enorme cabeza de Lenin, rodeada de banderas rojas y hundida en un montículo de ramajes y flores rojas y blancas. El estadio está lleno de gente que escucha en completo silencio. Krushev habla con voz enérgica, vibrante y apasionada. Acaba de decir que la revolución socialista ha creado no sólo valores materiales, sino también espirituales. Da una impresión de sinceridad y buena fe. En la concurrencia hay muchas mujeres -algunas con pañolones en la cabeza-, militares y ancianos. La muchedumbre aplaude la referencia a los satélites, que Krushev tiñe de cierta poesía, invitando después a los americanos y a otros pueblos a lanzar lunas para crear una comunidad de satélites. Mao Tse Tung, en el centro del escenario, escucha con auriculares, inmóvil. Krushev habla del culto de la personalidad y de los defectos de Stalin que fueron acentuándose con los años. Lo hace con serenidad, científicamente. "Al criticar todos los aspectos negativos de la personalidad de Stalin, no podemos solidarizar con las calumnias dirigidas contra él". La multitud aplaude a las palabras de elogio a la obra de Stalin. Recuerda las actividades "anti-partido" de Malenkov, Molotov, Kaganovitch y Shepilov. Todo el énfasis lo pone en la importancia de la ciencia y la técnica. Hay en su voz un tono de optimismo y aun de orgullo. Aviones a reacción, cohetes balísticos intercontinentales, satélites artificiales cargan sus palabras de entusiasmo.

Moscú, 8 de noviembre

En el Kremlin. Coronas, cetros e insignias de los Zares. Jaeces y caballos. Prodigioso mal gusto. Carroza regalada por Isabel de Inglaterra a Boris Godunov.

De nuevo en el estadio cerrado frente al presidium con Krushev y Mao al centro, bajo la obsesionante efigie de Lenin rodeada de banderas rojas. Recién habló una delegada china con voz de pájaro. Habla ahora el vicepresidente de la Federación Mundial de Sindicatos, un belga o francés. Lo sigue Pollitt, a quien la concurrencia recibe de pie. Todos los discursos se parecen. Participan de una retórica común, como los cuadros que decoran los edificios públicos de este país. Pollitt es un hombre ya entrado en años, bajo, de anteojos y pelo blanco, que habla con énfasis un inglés correcto. Exalta el espíritu de sacrificio del pueblo soviético. Los asistentes a la reunión son principalmente hombres y mujeres de edad madura, decentemente vestidos, de caras reflexivas. No se ven muchos jóvenes. El jefe comunista hindú también es recibido de pie. Escuchando estas frases mil veces oídas, este pensamiento sin invención, vuelvo a sentir la misma aversión de siempre hacia todas las

ideologías. Me emociona el contacto humano con este pueblo cordial que tiene algo de cándido en su afán de amistad y cercanía. Anoche, caminando por la calle Gorki, sentí el calor simple y puro de los grupos que paseaban, a veces cantando. Pero la repetición majadera de las ideas es enemiga del intercambio espiritual. Los aplausos son tan mecánicos como las ideas. Una ovación cerrada recibe a la Pasionaria. Es una gruesa dama canosa de negro que habla con voz tribunicia que la muchedumbre aplaude aun antes de que intervenga el traductor.

En la tarde, nuevo espectáculo en el estadio cerrado. El público era menos abundante que en la manifestación política de la mañana. Escuchamos sin entender unos sketches alusivos a la revolución y a la construcción socialista, y unas declaraciones pomposas sobre la industrialización de la U. R. S. S. con grandes proyecciones luminosas. Inmensa fiesta parroquial. Pero había también impresionantes masas corales de muchachas y soldados que cantaban himnos políticos y guerreros con voces ricas y apasionadas al son de orquestas situadas en la gigantesca gradería. De pronto un oficial de pie cerca de la entrada principal dio unas voces de mando y entró un destacamento de cadetes que desfiló entre el público hasta llegar al proscenio con la bandera que clavaron en Berlín en 1945. "La guerra patria" fue para la U. R. S. S. la confirmación de su poder y su grandeza. El espectáculo, a pesar de su carácter festivo, era tan político como el de la mañana: mezcla de ideología revolucionaria, glorias militares, acrobacia, ballet y canto. Se palpaba el vigor expansivo de esta sociedad en armas que acomete en pie de guerra aun las empresas de paz. El público aplaude frecuentemente, pero muy raras veces se manifiesta en ovaciones prolongadas. Abundan los muchachos de ambos sexos vestidos con trajes regionales, con rostros ligeramente maquillados. Como en todas partes, los niños eran encantadores. Apareció un tumulto de pequeños pioneros vestidos con ropas típicas y con ramos de flores artificiales. Regalé a unos muchachitos unas monedas francesas que les produjeron un júbilo extremo. De inmediato, con expresiones sonrientes y puras, buscaron algo que regalarme y me dieron unas hojas con versos y dibujos pintados por ellos. Los himnos soviéticos combinan la marcialidad al lirismo y llegan a una solemnidad religiosa impregnada de ternura. Al oírlos cantar, se intuye la humanidad de este pueblo. No he conocido otro más efusivo, más abierto, más buscador de comunicaciones afectuosas. ¡Qué nos dará cuando una mayor seguridad dentro del mundo haya reducido a lo indispensable esta armadura ideológica beligerante que ahora todo lo penetra! Pues se advierte con certeza que es éste un pueblo grande, un pueblo del destino. Hasta lo vulgar, lo provinciano, adquiere entre ellos dignidad. Anoche vi *La madre*, ópera basada en la novela de Gorki, con una escenografía, no del todo realista, perfecta. La música es una simple ilustración del texto. En la expresión de la rebeldía revolucionaria alcanzan a la grandeza y cada vez que mueven masas en la escena el efecto es profundo. Las voces graves y potentes remueven aún a los más fríos. Provocan la comunión.

Leningrado, 11 de noviembre

En L'Ermitage, frente a unos pescados de Jan van Beyerer. La naturaleza muerta es aquí tratada como paisaje. Pescados, jaibas, camarones y una especie de pulpo descansan sobre una playa oscura, mucho más grandes y materiales que los veleros y el castillo del fondo.

Comparar las materias de las naturalezas muertas holandesas y españolas. Curiosamente, las dos son las que en el siglo XVII tienen un acento popular marcado. Al lado de la pintura cortesana o burguesa, se dan las escenas de la vida modesta, bebedores y cantinas, kermesses y mendigos, con ojos llenos de ironía y de humanidad.

Algunas naturalezas muertas holandesas parecen ilustraciones de cuentos de hadas. Frutas tan transparentes y luminosas no pueden sino haber sido comidas en la fiesta de Cenicienta o en el Paraíso Terrenal. Así, los paisajes de un Brueghel o de un van de Velde son ilustraciones de sueños o de leyendas románticas. Adrián van de Velde es como un ilustrador goyesco en su "Triunfo de la muerte". Pero amaban tanto acaso su tierra amenazada que no se alejaban mucho de ella en la pintura. No paraban de celebrarla con colores.

Curiosidades de L'Ermitage: un paisaje del Brasil de Franz Post y un retrato de Ercilla por Ribalta.

A través de las ventanas de L'Ermitage, Leningrado en nuestros días de otoño se ve como una Venecia fría, inclinada a todas las nostalgias, como el último anillo de una familia de ciudades marítimas y fluviales que avanzan desde el Mediterráneo a las regiones hiperbóreas. Es otro su encanto en estos días cortos sin sol. Parece ofrecerse una vida de interioridad, dedicada a la meditación o a la vagancia entre brumas. Pero en la Unión Soviética las largas y profundas meditaciones que tanto amamos no tienen cabida. El pensamiento está aquí encadenado a la acción y la acción reposa ya sobre una teoría segura. El régimen soviético ha circundado su mundo. Se ha fijado sus límites y sus fines y, fuera de la ciencia, el pensamiento no hace sino repetirse en consignas cristalizadas. Si viviera en este país, sería eso lo que más echaría de menos: la libre y ociosa vagancia de una conciencia que se mira e intenta ahondarse a sí misma, eso mismo que aquí no figura en el registro de las actividades aceptables. No se puede por ahora venir a la Unión Soviética sino como invitado, a menos que se disponga de grandes sumas para pagar hoteles de primera categoría. El portentoso esfuerzo que el Estado soviético ha realizado en 40 años condena a una sociedad a la cual yo no desearía pertenecer. Pero nadie, ni siquiera este Estado inteligente, es capaz de fijar para siempre el curso de la historia. Estos niños encantadores, abiertos y cordiales, que nos invitaban ayer a bailar sus rondas, serán hombres un día y acaso vuelvan a descubrir por sí mismos, o con la ayuda del contacto con el mundo exterior, todos esos deseos, hoy sofrenados, que están en la base de la vida espiritual de Occidente. "Este es un pueblo feliz...", he oído decir a más de alguno de los comunistas amaestrados que han sido mis compañeros de viaje. Sí, feliz, a pesar de sus

privaciones más o menos consentidas. Pero, ¿no les quedan los escollos que fijan el destino humano y lo hacen común a todos? ¿No existe aquí el amor no correspondido? ¿Habrá desaparecido el sentimiento metafísico de la soledad? No he encontrado en este pueblo sino gracia, amabilidad, bonhomía. Los amigos se pasean del brazo por las calles. Los hombronazos juegan con los niños. Por todas partes se ven parejas de expresión bondadosa que miran con alegría a los demás. Pero uno querría que su vida fuera más variada, más rica, que estuvieran menos sometidos a los planes del Estado, que la economía dirigida dejara libre el juego de la cultura espiritual.

14 de noviembre (en el TU 104, volando de Moscú a Praga)

No había tenido hasta ahora un cumpleaños con nieve, ni en el aire, a más de 1000 kms. por hora. En Moscú amaneció nevado y los alrededores del aeropuerto estaban blancos. En 2 ó 3 minutos nos elevamos casi verticalmente sobre las nubes y llegamos al cielo más puro, a un azul pálido de primitivo flamenco. En el avión regresan algunas de las delegaciones extranjeras que concurrieron a las fiestas del 40 aniversario. He tenido que cargar con una piel de tigre que Neruda se hizo traer de China con el escultor Alberto Sánchez. Hace días me llamó sibilinamente a mi hotel para invitarme al suyo porque tenía que hacerme "un pequeño encargo" muy importante. Fui después del desfile en la Plaza Roja y el "pequeño encargo" era esta piel principesca que no había podido llegar a sus manos porque el avión de Sánchez estaba detenido en Irkustk... "Si tienes exceso de equipaje, yo te reembolso el dinero en Chile..." Por debilidad acepté. Veremos. La piel de tigre puede ser un buen amuleto... Será la primera que entra al Occidente en avión TU 104.

Ahora, en la calma solar del avión, viendo un cielo despejado después de muchos días de niebla y de nubes, muchos descansan escribiendo. ¡Cómo se viajaría en Rusia hace 100 años! Venir de Moscú a Praga sería una empresa homérica. Ahora nos demoramos menos de 2 horas. El poder soviético..., tal vez el primero que reposa casi por entero en la técnica científica. Quien llega a Moscú se sorprende de hallar a primera vista sólo una inmensa ciudad con algunos rascacielos, bloques de edificación pesada, un metro suntuoso y de mal gusto e innumerables caserones viejos. El poder está en las fábricas y en las escuelas y universidades. El desfile militar del 7 de noviembre en la Plaza Roja fue justo lo suficiente como para dar una impresión de conjunto de las nuevas armas y de la disciplina de los cuadros. Krushev saludó con su sombrero a la muchedumbre al llegar al mausoleo de Lenin y Stalin, el Santo Sepulcro, rodeado de jerarcas. Después habló Malinovsky y las bandas militares tocaron el Himno Soviético, solemne

y simple. La parada empezó con las escuelas militares de las diferentes ramas y en seguida pasaron velozmente carros blindados, tanques, cañones antiaéreos, para terminar con un golpe de efecto impresionante: los proyectiles intercontinentales, como vehículos marcianos. Para contrarrestar estas imágenes sombrías, el desfile militar fue seguido por la feérica presentación de los deportistas, exuberantes de color y fantasía, como un carnaval: globos lanzados al aire, cintas multicolores, disfraces, esferas terrestres con satélites, movimientos de danza, muchedumbres portadoras de espigas, de flores y de frutos. Una féerie, un ballet multitudinario, festival y alegre. Más tarde, y por varias horas, el pueblo organizado agitando banderas y guirnaldas, al pasar delante de la tribuna.

París, 16 de noviembre

Ayer, vuelo de Praga a París. Naturalmente, dan deseos de quedarse más de un día en Praga, vagando entre un puente y otro sobre el Moldava, que vi envuelto en brumas que velaban todas las lejanías. Era el Occidente de nuevo, a pesar de la democracia popular, que ese día velaba al Presidente Sapotocky sin grandes aspavientos. Me pareció una ciudad alemana con tradición señorial, metida contra su voluntad en las disciplinas del socialismo stalinista, que aparece con frecuencia bajo la forma de letreros que interrumpen la armonía de los edificios. Pero la catedral está abierta y en ella brilla la lámpara del sagrario y todas las iglesias, casi innumerables, celebran regularmente sus oficios. La vieja ciudad, con puertas de piedra, relojes medievales y callejuelas retorcidas, conserva una vida que me pareció más suelta que la de Moscú o Leningrado. Bajo la niebla, parejas ardientes se besaban en los umbrales sombríos y en el gran bulevar los cafés estaban repletos. Desde el puente Carlos, flanqueado de estatuas de Cristos y santos, el paisaje de Praga da una de esas visiones que hacen el encanto de Europa: torres, cúpulas, palacios, jardines, calles que sin concierto previo, se armonizan como si hubieran sido rigurosamente planeadas, gracias a una comunidad espiritual que, sin propaganda ni partidos, engendra estilos victoriosos. En nuestro siglo se confía demasiado en la propaganda y muy poco en la convergencia espontánea de los espíritus. Se abusa, por eso, de lo inútil. En la vida soviética hay un exceso de gráficos luminosos e íconos de Lenin. ¿Para qué? Tal despliegue revela debilidad. Después de los satélites artificiales se diría que no es necesario politizar el contorno de la vida hasta el punto de hacer el aire irrespirable a fuerza de frases y consignas. Parecería que los años no han pasado y que la Revolución está en peligro cuando se oye a Krushev hablar del "renegado Kautzky" y del trotzkismo.

En la perspectiva histórica, el régimen es nuevo, pero los hombres que todavía lo dirigen son ancianos, casi ancianos. K. y B. son septuagenarios. Tendrá que producirse una revolución interior cuando

los que hoy tienen 50 años lleguen al poder, con otros recuerdos y otro espíritu[89].

París, 23 de noviembre

Acario canta melodías de *Tannhäuser* en el Café Cejas. Montecino parte mañana a Hamburgo. Acario sigue su propia historia y exige ser escuchado. "Pájaros digestivos", dice después de toser con un ¡Cotapos! cantando. La discorola americana dejó de tocar. Toca de nuevo unos ritmos ventrales, accionada por vagos africanos, efebos con rostro de niña y muchachas varoniles. Anoche dormí sobre la piel de tigre chino de Neruda. Hoy, día entre sol y luces. Acabo de saber que murió J. L. Borges[90]. "La mujer hace teatro del sexo", dice Acario. "Tiene la misma animalidad nuestra, pero con sus crespos y aliños aparenta ser otra cosa". "¡Qué bien lo ayudan a dormir a uno esos gallos lejanos!" Y los imita. Continúa con unas gallinas aburridas.

Louvre, 25 de noviembre

Una puerta falsa separa a la vida de la muerte. Aún nos envían los ojos pintados en el cedro del sarcófago, unos ojos oscuros que miran el mundo subterráneo, impasiblemente.

El guardián de una de las salas de antigüedades egipcias en el Louvre, para vencer el tedio, se identificaba cada día con un personaje diferente de los que él custodiaba. Podía ser así, diosa con cabeza de león, escriba, perro.

Busqué el basalto más negro para que mi reposo fuera tan secreto como la noche de las cavernas y me tendí bajo la arena con palomas esculpidas en mi pecho y un falo debajo de mi rostro dormido. Mis grandes orejas abiertas como conchas marinas escuchaban palabras que la eternidad se demora milenios en dictar por completo a los dormidos. Conmigo reposaban bandadas de pájaros y, mudos conmigo, se aquietaban los signos que tanto sacudieron mi vida.

El sol del desierto calienta mis pies de granito rosa. La luna los refresca. Los chacales aúllan. Yo permanezco mientras el Nilo fluye. Mas, yo no sabía que hasta el basalto pasa y que sólo basta mirarlo desde lejos para verlo en su desgaste tan vertiginoso como el pensamiento de un endemoniado. ¿Qué podía elegir? Ahora espero, mi segunda muerte.

Todavía me asombro de haber perdido el miedo entre los griegos y de haber envuelto el caos con mi propia belleza. Hércules disipó mis

---

[89] La mayor parte de las anotaciones entre el 2 y el 16 de noviembre, correspondientes a las estadas en Moscú, Leningrado y Praga, fueron incluidas por Oyarzún, con algunos cambios, en su libro *Diario de Oriente* (Santiago, Editorial Universitaria, 1960. pp. 9-34).

[90] Noticia desde luego falsa. Borges murió en 1986.

terrores, lavó mi cuerpo en una fuente entre los bosques e invitó a los pastores a cantar al amor con dulces flautas. Pero aun entonces soñé con los infiernos y cada noche oía debajo de mí los lamentos de Eurídice.

Museo de Cluny, 4 de diciembre

Los museos suelen ser como las antologías de frases célebres, gratas a los americanos. Cada pieza fuera de su contexto original, aparece como un miembro arrancado del cuerpo de que formaba parte. Hay algo de simple espíritu coleccionista en la afición museológica contemporánea y también un poco en Europa de simple solazamiento erudito, pues la verdad es que estos objetos arrancados del pasado no tienen muchas veces mayor mérito que el que les proporciona su antigüedad y son, al fin, sólo islotes que, sin comprometernos mayormente, nos sacan por un instante de nuestro propio tiempo sin alcanzar a re-crearnos. Visitando la mayoría de los museos, se siente de qué manera el presente es dueño de nosotros. ¡Cuánto trabajo empleó este escultor románico en tallar un capitel que los demás y yo, exceptuando a los especialistas, verán en un minuto! Pero su trabajo era su presente, y no puede ser el mío, en cambio, a menos que lo estudie, y al estudiarlo siempre vería en él más de mí que de él.

Viejos ladrillos y piedras de Cluny, con un arco sobre unos árboles desnudos. Por el boulevard St. Michel pasa la gente y se oyen las motonetas. Brillan luces neón, allá afuera, tanto más allá de tanta virgen y Cristo. Tanta figura se quedó vacía, tanto ángel sin vuelo, tanta madriguera sin habitante. Estatuas decapitadas, un dragón os arrebató la cabeza. ¡En buena hora! ¿Por qué eternas? Os dio vida la cabeza arrancada. Tanta crucifixión, tanto Apóstol, tanta virgen doliente, sin Israel ni pesebre ni quebrazón de cañas. ¡Mono con banda imperial y media luna! !Más vivo que vosotros es todavía el cuerno erecto del unicornio! La liebre encuentra su correspondencia y la garza parada en una pata su quietud. Crecen los árboles y se carga el naranjo de frutos. Me quedo en el jardín. Aquí reposo, sin evangelio, sin Corán ni escritura. Ladran los perros, caen las bellotas, un león con capa se ríe a carcajadas mostrando su bandera. El unicornio mira a otro lado y la dama sostiene un halcón en su mano. El cielo sembrado de arbustos floridos está lleno de leones y gacelas. Florecen a la par la tierra y el cielo. Vuelan faisanes por el cielo frondoso. Un perro cazador escucha entre las constelaciones. La doncella en azul toca el armonio contra el cielo rojo. El unicornio escucha. Y al fin, sobre la ternura del leopardo y la ardilla, ondea la cola del león y el unicornio posa sus patas en la falda de su amada.

La eternidad que buscasteis no es de esmalte. De nada sirve que crucifiquéis a Cristo en cruz de plata, con ojos de amatista. También se los lleva al fin el viento. ¡Tanta moneda, tanta rosa de oro! Los rosales florecen mejor. ¡Cristo muere mejor! De tanto apóstol guardo los colores sin historia, la obsesión de un ritual, mi cara que se mira en el más viejo espejo. ¡Cuánta cosa perdida! ¡Cuántos amores viejos! Ya no hay

caballo para estos jaeces. Déjame resbalar sin tanto peso. No me prestes calvario ni armadura. Déjame enloquecer tranquilamente. ¡Déjame devorar mi libro de horas!

9 de diciembre

La defensa de la tesis de Audin, en la Sorbonne, es la contrapartida positiva del affaire Brasillach. Comunista, el profesor Audin tomó el partido de los revolucionarios en Argelia, fue detenido hace algún tiempo y desapareció, sin que hasta ahora se sepa nada de su suerte. La Facultad de Ciencias, ante la cual había presentado su tesis doctoral, la aprobó en ausencia, en una ceremonia solemne. Al mismo tiempo, intentaban representar en París *La reine de Césarée* de Roberto Brasillach, que fue ejecutado después de la guerra bajo la acusación de colaborador y anti-semita. Algunos cientos de individuos, encabezados por judíos fanáticos, impidieron la representación. Para ellos no era suficiente que Brasillach hubiera pagado con la vida sus errores políticos. La condenación alcanzaba también a su obra. Es claro que esas gentes que asaltaron el teatro no eran miembros de la Universidad de París, pero eso mismo da que pensar sobre el aislamiento de las élites en la sociedad contemporánea, aun de Francia. La élite intelectual de Francia, en todos sus matices, tiene sin duda esta superioridad sobre las otras: convertir los problemas políticos de cada día en casos de conciencia. Se diría que están naturalmente engagés, es decir, que su mundo es amplio y rico, que supera con mucho al estrecho subjetivismo de otros intelectuales. Ellos tienen mundo y, mientras no lo pierdan, serán las cabezas dotadas de mayor irradiación universal. La mentalidad de los intelectuales franceses me parece deber su formación sobre todo al universalismo de la Ilustración y de los enciclopedistas, pero el *esprit de finesse*, que permite combinar la independencia personal con los temas que interesan al destino humano, les viene de Pascal y los moralistas. Se trata de la moral anti-multitudinaria, enemiga de las consignas y muy a sus anchas en el nido temperado del yo, pero que arremete, con la lógica del corazón, contra la necedad, la injusticia y el abuso. Debajo de todo esto, como si aún se oyeran Montaigne, Ste. Geneviève, las lecciones de Sto. Tomás, advierto una necesidad de orden, de ese orden sin el cual cualquiera vida es inútil o mezquina. Contemplo a mi alrededor vidas infortunadas, ahogadas, presas de la asfixia que proviene de la circunscripción del yo sólo a unos pequeños temas sin los cuales la vida regresaría al caos o a la catalepsia. No habrá equilibrio sin combinación armoniosa de yo y mundo. ¡Qué desgracia para Don Quijote quedarse todo el tiempo en cama!

Sin duda, Europa produce hoy un efecto de inseguridad, hasta de desesperanza. Mucho más que hace 8 años, éste es el continente de la angustia y de la muerte. No se intuye aquí la proximidad de grandes empresas humanas, capaces de rejuvenecer la vida. La lectura de los periódicos deja una impresión lúgubre. La U. R. S. S. me parece un monstruo juvenil al lado de esta Francia tranquila y rutinaria enamorada

del análisis. Así sería Bizancio -la imagen no es nueva- delante de los turcos. Descubro en este instante que quiero irme, quiero regresar al resplandor de las costas del Pacífico, para tocar unas rocas que aún no han aprendido a temer a las explosiones atómicas. Cuando encontré a Neruda en la Aérogare des Invalides, él partía a Praga y a Moscú, y yo a Roma, y me dijo con los ojos cansados: "He estado aquí tres meses. No sé por qué estuve tanto tiempo..." Ahora descubro, tal vez injustamente, que esta bella Francia enerva y que aun el exceso de atractivos de París lo transforma en una especie de teatro ocioso, más impersonal que Moscú.

No hay gran ciudad más hermosa que París, pero no olvidemos que todas las grandes ciudades son feas. No sólo por los barrios feos -barrios residenciales modernos, barrios industriales, barrios obreros- sino, sobre todo, porque pesa sobre ellos la fealdad de lo impersonal, realzada en París, como en Nueva York, por la auto-conciencia que tienen de ser centros del mundo. En este sentido, Londres y Moscú se parecen por una especie de modestia, de recogimiento.

1958

Santiago, 6 de enero (Pascua de negros)

Roof garden del Carrera. Luna llena. Vino con Luis Advis, joven músico.

Concepción, 28 de enero

Nada.

Contulmo, 4 de febrero

Con Roberto y Miguel, después de ir a pie a bañarnos a la laguna Lanalhue. Es aquí la época de la cosecha del trigo. Las carretas cargadas de paja dejaban el camino lleno de su olor inmemorial como el del pan. Atravesamos papales en flor. A la orilla de las acequias se enroscaban correhuelas, con flores lilas tan grandes como suspiros. Los cerros de la cordillera de Lanalhue están plantados de pinos, aromos, eucaliptos y castaños. Los árboles chilenos han desaparecido casi por completo, hasta el punto de que Lautaro no podría ya reconocer su Araucanía. Sobreviven, al borde del camino, unos cuantos robles, canelos, lingües, peumos. En la paz del atardecer, bramaban los toros, una vaca acariciaba a otra, los tiuques se preparaban a acostarse. Volvimos lentamente y si nos hubiéramos mirado desde alguna colina, habríamos sentido, con la belleza de las líneas suaves de los cerros, la felicidad de nuestra vagancia en medio de los perfumes del hinojo y la resina. El agua era tibia, tranquila, apenas ondulada por una brisa que no sentíamos. Me saqué el traje de baño después de nadar y disfruté intensamente de esa purificación solitaria. El hotel en que nos alojamos es una casa grande de madera construida por alemanes que dejaron al nuevo posadero sus aromos con naturalezas muertas y escenas de amor y cacería con el decorado de la Selva Negra y del Rhin. Somos casi los únicos huéspedes. Las ventanas de nuestro cuarto en el segundo piso dan a unas grandes encinas que resguardan la paz en este pueblo desierto, con casas de madera rodeadas de siembras de coles, tilos, palmeras frondosas y manzanos cargados de frutas.

Contulmo, 5 de febrero

Despaché un paquete de diarios a Peregrino, con gran desconcierto de los empleados del Correo. "Nunca mandamos nada al extranjero", me

dijo un joven macilento con cara de indio. Tuve que ayudarlos a determinar el monto de las estampillas. Primero me habían cobrado $1.500, valor de la encomienda aérea. Eran sólo $105.

Fui después a la Botica Seeger, al final del pueblo, y como durante los viajes se despiertan apetitos de cosas que nunca compraría uno en otras circunstancias, compré el *Almanaque 18* de este año. Homenajes a la infancia. Lo abro y pienso: "A lo mejor tengo la sorpresa de hallar algo mío en este *Almanaque*". Segundos después, encuentro "Bahía de Valparaíso", una página de mi Diario que apareció hace 2 años en el Suplemento Dominical de *El Mercurio*. Esto es la celebridad... ¡En el *Almanaque 18*!

Niebla, 9 de febrero

Siete camisas, la escalonia rósea. Calle-Calle.

Os invoco, al lado del Mar Pacífico, en una tarde de verano, madres hilanderas. No abandonéis vuestras ruecas, no nos dejéis morir. Seguid alimentando a la jaiba, al buitre, al lirio de la arena. No cerréis ese último eco del sol. No apaguéis nuestros ojos. No habréis de permitir que la muerte se lleve nuestras siete vidas. Una vieja hilandera de Niebla.

Subí hasta una cuesta para divisar la playa de San Ignacio, al oeste de Niebla, y me vine con dos campesinas, madre e hija, a las que fotografié en otra playa, con sus canastos y tres enormes sierras recién pescadas. Les prometí traerles después la foto, y al despedirse, la madre, ya vieja, frunció sus ojillos indios, rogándome:

- Tráigamela, siempre que yo no salga muy fea...

Se fue a su casa, a media falda de las colinas, descalza, cargada con un saco pesadísimo, tras hacerme el elogio del aire de esta comarca abierta al mar.

- Este viento cargado de salitre nos protege de las pestes... Aquí no entra peste, ni de las gallinas. Este aire es muy sano. Por eso cuando vienen los vacunadores, yo les digo: ¿Para qué? Por no dejar vienen aquí... Aquí no entra peste.

- ¿Llovió mucho este invierno?

- Harto llovió.

- Será difícil ir a Niebla en invierno...

- Cuesta llegar, pues. Y a veces no se puede. Por eso hay que prepararse para el invierno, y guardar de todo, desde abril en adelante.

Imaginé esas vidas oscuras y solitarias, al lado del fuego y del humo, mientras azotan la costa los vientos del Pacífico. Oteando el horizonte, la mujer descalza tenía una mirada imperiosa, a pesar de su pobreza y de sus ojillos tajeados en la cara de greda, bajo las pestañas cortas y tiesas. Se volvió hacia mí y me dijo: "Si quiere encontrarme, puede preguntar por mí en esa casa que tiene un mirador, allá arriba del cerro. Ahí vive una hija mía. Y allá, en esa casa cerca de la playa, vive

otra hija. Y de esos que andan pescando, otros dos son hijos míos". Y señaló con todo el brazo la bahía de Corral llena de velas. Me pareció una matriarca antigua penetrada de dignidad, protegiendo, firme sobre la tierra, a su pequeño reino. A su lado, se borraban las expresiones macilentas de los hombres que habían aparecido para cargar los pescados y las cestas de provisiones. Esos hombres de ojos apagados, tal vez otros hijos de ella, tenían aspecto de siervos reverentes detrás de una reina bárbara.

Puerto Varas, 21 de febrero

Una india hila en la playa del lago. "Este huso es mejor que máquina... Unas señoras de Santiago se maravillaron de mi trabajo. Querían llevarme y si yo hubiera sido sola me había ido... Pero tengo marido..." La mujer es ya entrada en años, baja y rechoncha, con pelo largo y partido al medio y caído sobre la espalda. El pelo contrasta con la suave blancura del vellón. Un rebaño de ternerillos baja a beber al lago. La mujercita sigue hilando cerca del bote verde de su marido. Nos dice que el tiempo ya cambió, porque está corriendo "sure". El cielo hacia el oriente empieza a despejarse, pero aún no se ven los volcanes. Cuatro queltehues vocingleros vuelan sobre el lago. La india no los quiere y dice que cuando revolotean sobre el agua anuncian muerte en el agua. Con su rostro de arcilla y sus ojillos tajeados, su expresión nos llega de muy lejos, de los más remotos tiempos bucólicos de la humanidad. Unas chicuelas de trenzas que han venido a sentarse en el pretil del lago miran sonriendo y a nuestras preguntas contestan que no saben hilar. "Su finada mamá hilaba también... Estas niñas son huérfanas de madre". Un gallo aislado que canta nos hace sentir la tristeza de esta orfandad. El otoño ha enrojecido ya los manzanos de los huertos.

Hay todavía abundancia de flores en el jardín, mas ya se encuentra la mezcla de colores y aromas del verano maduro y del temprano otoño. Las dalias enormes del huerto suelen ser tronchadas por las manzanas rojas que caen. Hice a un moscardón panzudo la broma de aprisionarlo en el interior de un capachito de digital. Desesperado, se retorció e infló a su cárcel perfumada, con toda la fuerza de un pequeño *bulldozer*, hasta que lo solté y voló sin demora. Hace años, en este mismo jardín, hizo J. P. una broma parecida a unos tábanos -San Jorges o coliguachos los llaman también- que nos habían atormentado. Los redujimos a esclavitud adentro de unas campánulas y de unos gladiolos, y los mantuvimos allí un día entero. Los solté al día siguiente, después de que se pasaron la tarde zumbando y haciendo vibrar y mecerse las varas de las flores, que se movían como agitadas por un viento de tempestad que no dejó de aterrar a una criada, que irrumpió en la casa diciendo a las señoras Minte que unas flores estaban embrujadas en el huerto.

Según Théophile Gautier, los egipcios llenaban sus pulmones con plumillas de cardos.

La amarilla anémona silvestre parece recién lustrada. Muge un toro, poseído de ardor furioso. Las casas de madera en medio del campo son plateadas como el ulmo florido y como el lago. Este paisaje, aun con los volcanes ocultos, es la quintaesencia de la paz. Los tiuques graznan de pronto como si hubieran descubierto América, pero no se alteran y silban ociosos toda la tarde. Hace años me divertía en estos retazos del antiguo bosque escuchando el comadreo de los choroyes, que iban y venían como tonies de circo sobre una rama seca de pellín. Si alguno perdía pie se sostenía con el pico. Acabo de cortar una mata de romaza asemillada, tan vibrante de color que me pareció un arbolillo de coral recién sacado del mar. Las lejanías del poniente, sobre las colinas de la costa, bajo las nubes de un gris de tórtola, resplandecen, opalescentes, como unos horizontes marinos de Courbet. La flor de piedra trepa por el tronco de un lingue de 1000 años, con sus botellitas rojas.

Hierve en la espesura del bosque frío el canto de un picaflor.

Puerto Chico, 22 de febrero

Recién está apareciendo el Osorno, rodeado de cúmulos, resplandeciente en medio de un cielo gris. Los troncos de los arrayanes del sur, de un tono rosa, parecen en su suavidad cuerpos humanos desnudos.

El penetrante olor a magnolia fuscata de las hojas de luma. Su fruta azul, perfumada también.

Puerto Chico, 23 de febrero

Ayer y hoy han aparecido las primeras callampas de fondo rosado, todavía húmedas como ternerillos recién nacidos. Acabo de traer una buena cosecha para la comida. En la pampa en que las recogí, chillaban bandadas de choroyes. El lago ha adquirido un tono gris perla de Whistler, y el cielo entre los volcanes, nebuloso, combina los grises ambarinos con el turquesa de las radas abiertas.

Al atardecer, el lago cambia a cada segundo. Ha pasado por todos los matices del oro y del rosa y en este preciso instante los guijarros tienen un brillo plateado y las aguas el color del flamenco. El cielo resplandece con opulencias recamadas de casulla, con destellos de pavo real, con estremecimientos de concha. Parece respirar como en un acto de amor, hasta el momento del éxtasis en que un fuego interior exalta a todas las nubes y llamea en el hielo del volcán con resplandor de pétalos de capuchina. Desaparecen después los rosas y viene el adagio sostenido de los lilas. Otra respiración del cielo en el desmayo del amor consumado. Mas un nuevo arrebato enrojece los arreboles y hace verde las lejanías, mientras el lago, criatura femenina que se cansa más pronto, empieza, gris perla otra vez, a dormir despreocupándose del incendio del cielo.

Valdivia, 27 de febrero

"Probablemente hay más cometas en el cielo que peces en el mar", Kepler. No olvidar los escarabajos escopeteros. Ni un poema sobre el mimetismo.

Mehuín, 28 de febrero

Frente a una cabaña de pescadores, una costilla curva de ballena y una cadera en forma de cabeza humana con ojos perforados y coronada por un tarro mohoso. ¿Un ídolo? Alrededor, unos girasoles esqueléticos. Más allá, los paisajes chinos de rocas plateadas y robles gastados por el viento. De pronto, sale el sol y enciende un cielo de azul profundo con nubes viajeras semi doradas -¡vuela un elefante!- y un verde luminoso de terciopelo en la colina empenachada de robles como ancianos barbudos. En la playa, dos lamas subiendo difícilmente los senderos del Tibet, en pleno Himalaya. Sobre una estaca, una calavera blanquísima de buey.

Mehuín, 1 de marzo

El pil-pidén pía, desvalido, a la orilla del Lingue-Caulles. El chirre es una gaviota pequeña plomiza de cabeza negra. Un vuelo de gaviotas contra el sol. Las tripas de cordero son usadas como cebo para pescar jaibas.

El mar de Mehuín, que tal vez oculta un volcán, botó hace días infinidad de peces muertos y toda la playa se apestó de un olor a azufre.

En un chagual que crece en las rocas, partes de las hojas imitan flores escarlatas.

Esta agitación rítmica del mar da una de las representaciones más justas de lo eterno. El es un corazón que no dejará de latir, que descansa después de cada fiesta excesiva y se repone por completo, sin envejecer. Es como el fondo de un sueño tranquilo, seguro como la tierra, venerablemente activo como las hilanderas míticas. Su movilidad ordenada nos hace sentir menos el terror de la muerte. El afirma que no hay muerte eterna, que una ley providente rige las esferas.

Mehuín, 2 de marzo

A R. lo ha enervado la inmensa playa oscura y deshecha, por la que en este instante camino. Está marcada con las huellas de pies descalzos de los visitantes de hoy, domingo, que ahora se disponen a partir, cerca del caserío. Gente más bien pobre que viene de los pueblecitos cercanos. Hay conchas de tacas. De cuando en cuando, alguna pluma de gallinazo, otra de queltehue. A mí no me deprime esta inmensidad gris colindante con un mar abierto, que no alcanzan aquí a enmarcar las colinas pobladas

de bosques semi calcinados. Recuerdo el verso de Neruda: "Para mí no hay Dios sino la arena oscura..." Estas son las costas de su infancia, negras, al lado de un mar andrajoso y sin límites, con incendios de bosques a la vista. Un paisaje en que la tierra se carcome a sí misma, ayudada por el hombre. Es bueno caminar por esta playa poco antes de la puesta de sol para ponerse en orden. Estas vacaciones han sido de una sobriedad casi perfecta, pero sin grandes estímulos.

Entre ayer y hoy leí *Alexis ou le traité du vain combat* de Marguerite Yourcenar. El año pasado leí las *Memorias de Adriano*. Ella escribe a la sombra de Gide, una encantadora mezcla de sensibilidad e inteligencia, ética y estética. Ama las definiciones, las sentencias que rematan un período en una fórmula imprevista. *Alexis* es angustioso, sutilmente desesperante, la historia de un muchacho homosexual que se desprecia a sí mismo, entre el ascetismo y el vicio, hasta que al fin, ya casado y padre de un niño de meses, decide aventurarse locamente en una vida sin represión. Un homosexual enteramente distinto al Emperador Adriano, que vivía la generosidad del amor antiguo. ¡Cuántas vidas, y muertes, no ha envenenado San Pablo con la condenación de sus espístolas! La ruptura que produjo el cristianismo en el mundo antiguo fue, por cierto, la destrucción de un equilibrio, una enfermedad que, por sus consecuencias, merece el calificativo de grandiosa. Pero no sólo a Nietzsche hizo desgraciado. La padecemos todos. Fomentó esta unión de inmoralidad y moralismo que es uno de los males contemporáneos, y chilenos. Se vive, a sabiendas, y con pleno regocijo, en lo que se reconoce como mal o como vicio, pero, como hay que guardar las apariencias, el fariseo rasga sus vestiduras varias veces al día.

Acaba de ponerse el sol en un horizonte de Turner, espuela de galán, turquesa y lila. Las olas llegan hasta mis pies, debajo del roquerío. La luna creciente brilla a mi espalda, fría sobre la arena húmeda que el poniente enrojece. Las rocas están aquí sembradas de cardones, que deberían ser nuestra nacional emblemática. Son grises, espinudos, espesos y para sacarles el tallo tierno y sabroso o la flor de suaves tonos azules hay que clavarse las manos y matarlos.

Caleu, 15 de marzo

Otra vez Caleu, y otra vez los sonetos, en la misma mesa, esta vez con R. H., Miguel y Juan Capra[91]. Ladran unos perros campesinos y merodea cerca de nosotros el viejo Jack, mezcla de gran danés, empequeñecido a fuerza de privaciones. Aquí se oyen los pájaros nocturnos, se oye el fregar de las ollas en la cocina, se oye a la noche con

[91] Oyarzún y sus amigos solían escribir, a dúo, sonetos de ocasión (festivos, irónicos, carnavalescos). En el archivo de Oyarzún se conservan muchos de estos textos, en cuya escritura participaban, además del propio Oyarzún, entre otros Nicanor Parra, Lihn, Hernán Valdés.

todo su esplendor recogido. Bebemos vino, después de comida. R. H. leyó en Mehuín lo que escribí en este cuaderno contra él en Puerto Varas, un fragmento olvidado de este Diario que él dice, discretísimo como es, no leer jamás sin permiso. Pero el Diario es testigo de sus manipuleos y en él constan sus correcciones y notas. "Como siempre, has tratado de rebajar a un ser noble y grande. Nunca has visto con grandeza a nadie..." "Ese trozo de tu Diario me ha hecho cambiar de actitud contigo". Es claro que después de su lectura, paseando por las orillas del río Valdivia, me dio las gracias por mi excelente y comprensiva compañía durante el verano.

El Quisco, 22 de marzo

Ayer, en motoneta con Iván Vial, en la misma Vespa en que viajamos, con Peregrino, de Roma a Venecia. Campos de otoño, desvaídos, más bien monótonos, sin sorpresas. Esta mañana, visita a Neruda, que escribía frente al mar unos versos de su nuevo libro, *Estravagario*. Recién había escrito unos versos dedicados a unos vagos Oyarzunes, representantes de la comunidad humana o de los pueblos de Chile. Matilde o Rosario hacía a su lado alguna labor de aguja y yo envidié ese trabajo literario delante de un bello paisaje con una compañía amada, cosa que, si he tenido alguna vez, ha sido siempre en medio de la inseguridad, la mía, la de los otros, la de siempre, aun la inquietud del globo que gira en los espacios vacíos. Laten aquí ahora los relojes de esta casa, ¡tranquilidad de un tiempo domesticado por el ritmo comparable a los cantos de los gallos en la noche! Dios mío, dame el amor en el desierto, amén, sin langostas ni miel silvestre. Dame, Dios mío, el amor en la orfandad. No se oye el mar. Escuchamos a Lalande. Una laucha se ha deslizado por la chimenea. Lalande canta como con flauta de pastores. Y con ella aprisionó la vida, hizo eterna y real la belleza precaria y flotante que fluctúa de esfera en esfera. Debo ser fiel a lo fundamental y eterno, a lo que no cambia a pesar del progreso, a pesar de la ruina. Amé la tierra y, finalmente, la tierra me llevó. Hubiera preferido el aire, el agua, el fuego. Pero, yo era, sin duda, de tierra, y aun mi corazón lo atravesaban raíces. No volé sino con miedo, nadé a tientas y el fuego me hacía huir. Sólo la tierra era, amigo mío, mi lamento. Busqué amigos de tierra, amigos de cordillera, amigos de roca, amigos de musgo. Un solo terrón puesto en un macetero en mi ventana podía curarme de soledades. Nunca lo tuve. Hice o quise hacer tantas cosas. Nunca las que me eran indispensables. Me gustó explorar excesivamente en mí mismo y representarme con gustos innumerables. Ninguno era el mío. Otros hombres consiguieron su pequeña porción en el festín de los talentos. Yo tuve tantas que ninguna hice mía. Miré, admiré, poseí sin poseer, busqué la paz, provoqué la discordia. Anduve por el mundo, pero nunca tan reconcentrado ni tan suelto como para ser yo mismo en medio del desbarajuste de tantos que esperaban, *tal vez*, lo que jamás les di. Ningún mérito particular tiene haber amado la vida. No he conocido otra

cosa. Bueno será trabajarse espiritualmente a base de la más pura desesperanza. No hay otra vida, no hay Dios, no hay justicia, no hay caridad eterna. Bueno será partir en la última hora de lo que se sabe, de lo que no se sabe. Un pianista tan desconocido como los escultores góticos toca música de jazz, escribo y bebo un vaso de vino. Se durmió el mar. Perdóname, Señor, si me duermo en esta noche sin antes conversar contigo. ¿Qué podría decirte?

Claudio[92] dice que soy un Mozart y en cierto sentido es cierto, porque soy un improvisador. Sólo soy capaz o he sido de creaciones repentinas, páginas de diario, clases, sonetos de café. Si me responden, si me exigen, si creen en mí y me estimulan, saco del fondo del mar lo inverosímil. Nunca soy más inteligente que en medio de las orgías de la inteligencia. Pero quisiera, Peregrino, estar en una orgía de bondad sin tontería, descubrir un mundo de buena voluntad, una camaradería en que cada uno pudiera dar lo suyo, una especie de unión diferenciada en que cada uno supiera dónde está el justo bien. ¿Será eso la Naturaleza?

El Quisco, 23 de marzo

Caminata en la mañana, siesta, lectura de las *Geórgicas*, vino. Miguel estudia los verbos franceses. R. fuma y admira a Miguel. Lee revistas, mira, admira. Goza de lo que le faltaba, sufre de lo que le falta. Claro, existen las articulaciones del amor. La parra virgen se agarra tenazmente al muro. Pero no existen de la misma manera las antenas de la comunicación. Se ama, se suspira, pero no se oye. Así estaría el viejo Jacob mirando a su Jehová en el fondo de un pozo o en el fondo del cielo. He visto ya muchas veces estos ojos ansiosos, que ven vehementemente, anhelantes de amor y de servicio, en hombres y mujeres mayores, enajenados, alelados, olvidados de la presunta superioridad que dan los años, saliendo de sí como los israelitas detrás del dios desconocido que hay que revestir urgentemente con ropajes y formas que no le son propios. Brota el amor en la sequedad de la piedra y la deshace, como desharía al mundo natural un amor excesivo -y qué amor no lo es- que crearía de pronto ese orden para establecer la espera ansiosa de los anacoretas.

Cada hombre lo es en la medida en que es capaz de vivir situaciones extremas, capaz de optar, contra todo, contra todos, *Sebastian contra mundum*.

Los cormoranes creaban la sensación de lo infinito en la mañana gris. Salían en filas interminables de alguna caverna junto al mar y volaban hacia el sur, volaban en orden perfecto, llevados por su propia ciencia, una ciencia que nos era más desconocida aun en este día brumoso, entre los pinos de la costa.

---

[92] Probablemente se trata de Claudio Bravo, pintor amigo de Oyarzún.

El Quisco, 7 de abril

Terminé de leer *Caballo de copas* de Fernando Alegría. Está bien compuesta, concentrada alrededor del tema baladí del caballo chileno en California, desde el cual se ve vivir, como en círculos concéntricos, la fauna de la pobreza norteamericana en el más o menos bohemio San Francisco. Cada episodio, sobre todo el juego y la riña en la plantación de tomates, ha sido excelentemente concebido con cierto arte cinematográfico. El personaje central, que escribe en primera persona, no es sino un espejo que va por un camino, un ente impersonal, un hombre masa que no vislumbra nada profundo sino al final, en el sentimiento de hermandad que le inspiran los estibadores en huelga. Todo está, en cada uno de los personajes, más acá del mundo del espíritu. Recién leí en el Suplemento Literario del *Times* el artículo consagrado a Neruda por sus Obras Completas. El autor se pregunta qué entenderá Neruda por alma cuando emplea ese término en su poesía y sugiere que habría que traducirlo al inglés por *spirit of life*. Hace años, en Inglaterra, como tuviera que dar una conferencia sobre la poesía latinoamericana, me pareció hallar lo mismo, no sólo en Neruda sino en casi todos los más grandes poetas del continente. Y también los novelistas. Triunfa aquí la espesura de la vida, una especie de selva o de río torrencial, indescifrable, que lo arrastra todo, incluso al escritor, y tal vez a él en primer término. No hay distancia estética. Emoción y objeto se confunden. No hay trascendencia (estética) y por lo mismo no hay diálogo sino monólogo, un interminable fluir monologante en que el artista se siente mundo y lo deja hablar, prestándole su voz. Por eso también, resulta difícil y pobre la literatura comprometida con una causa que necesariamente trascienda al amor, aunque se trate sólo de una causa política. Corrientemente, tal causa se convierte en un mero amplificador del subjetivismo del artista, lo que explica, entre otras cosas, que los poetas comunistas suelan ser islas erizadas de espinas, hostiles entre sí, como de Rokha y Neruda, o Huidobro en otros tiempos. Sin trascendencia, imposible es que haya alianzas sustentadas en principios universales. No podría haber sino simpatías o antipatías, al margen de todo compromiso intelectual. Eso ocurre al personaje de Alegría. Su mundo es el del ánimo y lo mueven deseos, codicias, ternuras, odios. Jamás tensiones dirigidas hacia una esfera exterior a la vida más elemental, la única que sería capaz de introducir una disciplina e imprimir un orden a la existencia. Sus héroes, tan bien dibujados algunos, tan tiernamente y rudamente vistos, no son malos, por cierto. Son hombres que viven, tiranizados por el goce y el dolor de la vida. El Cowboy obsesionado por las apuestas y por el alcohol, el Cuate, ese encantador enanillo, admirable personaje de una novela picaresca contemporánea; Velázquez y su mujer, Hidalgo, el chileno que echa de menos las playas del norte, los mariscos, los amigos y el vino litreado, no dejan de ser humanos por el hecho de estar cerca de ser subhombres. Son generosos a su manera, derrochadores de su propia vida, que sienten, más bien en el fondo, como sustancia universal inagotable y sin nombre, como licor germinativo que se calienta y

derrama para reaparecer después, infinitamente. Los españoles, en cambio, son otra cosa. Marcel, el vasco tozudo, padre de Mercedes, vive peligrosamente, sin que nadie, fuera de su conciencia, lo obligue a ello, defendiendo hasta el sacrificio a sus camaradas estibadores. A él, más bien anarquista, la lucha sindical le da sentido y trascendencia. Es un hombre limitado, y no derramado, y por eso puede ser duro y tierno, porque sabe adónde va. Mercedes, su hija, que salva al héroe después de sus tiempos hípicos, como en una novela rosa, y lo hace regenerarse y estudiar, parece sacada de una novela de Pérez Galdós. Entretanto, el libro nos ha cogido, con algunos pasajes admirables de fuerza, y aun de lirismo, y nos ha llevado vertiginosamente hasta su precario desenlace. Después del tiempo de González, el caballo chileno, sus dos propietarios se aprestan a realizar sus sueños. Uno, innonimado, se casará con Mercedes y se pondrá a estudiar en la universidad. El otro, el pobre Hidalgo que de pronto ha saltado, todo contrahecho, a la riqueza, volverá a Chile para organizar en el norte, lleno de ímpetu, una empresa pesquera, porque añoraba, como el Padre Lacunza, como tantos chilenos expatriados, el olor del mar y de los mariscos de Chile. "Si me va mal, me vuelvo..." Tal vez se ha vuelto. En un pasaje rebelesiano, Alegría lo hace hablar magistralmente e impropiamente, quién sabe, de los tesoros de sensaciones que regala una ola al hombre que se mete a nuestro mar. Gran lectura.

La radio toca una sonata de Beethoven. ¡Qué abismo entre lo que ella dice y el libro de Alegría! Ahora Debussy. ¿Por qué va a ser menos auténtico este real refinamiento espiritual y sensible que cierta tosquedad sudamericana? Rubén Azócar decía la otra noche en casa de Neruda que *Caballo de copas* y *La semilla en la arena* eran las mejores novelas chilenas, superiores a Blest Gana y a Latorre. "¿Quién es ahora capaz de leer completa una novela de Blest Gana?", me preguntó una vez Joaquín Edwards. Yo no sé. Cuando lo leí casi de niño, lo encontré muy entretenido. "Además, *Hijuna* de Sepúlveda Leyton", dijo alguien. Se trata otra vez, y a pesar de todo lo que se ha escrito, de la polémica del criollismo. En el fondo, hay aquí implícita, en discusión, una visión del hombre. El criollismo ve para abajo y considera exótico a todo lo que en el ser humano se expresa más allá de las satisfacciones elementales. Habrá que averiguar un día hasta qué punto el criollismo no ha sido profundamente desesperanzado, retrógrado, producto directo o indirecto de una visión deprimente de la humanidad del pueblo, una visión recortada por una ideología. Gorki no veía así a sus obreros y campesinos y acaso por eso influyó en la Revolución. Nuestros criollistas ponderan sólo valores vitales -nunca espirituales- del pueblo y contribuyen a sumirlo en el letargo. No porque el pueblo los lea, sino porque los leen las clases medias intelectuales que creen que eso es el pueblo. Nada más que eso. Tendrá que precaverse el comunismo entre nosotros de apelar sólo a los impulsos vitales de la masa. No puede haber revolución victoriosa sin un idealismo capaz de amasar héroes. He visto ya no pocas veces a revolucionarios angustiados, carcomidos por la acción de cada

día, sin ventanas a lo desconocido. Hasta los católicos les llevan ventaja, porque hay sin duda, bajo la pompa y la vanidad de la Iglesia, un llamado a entregas absolutas que satisfacen la necesidad de lo superior que actúa en el hombre. Pareciera que el ideal último que actúa en nuestros comunistas -no en los rusos, ligados más bien a un imperativo de poder- es el principio del placer. Pero, desde Epicuro, el placer no es buen consejero. Se agota demasiado fácilmente y produce demasiada arena entre los labios. Hace años, en su casa de Ñuñoa, Michoacán, oí decir a Neruda: "Nada de espíritu. Para mí el espíritu son un par de zapatos y empanadas de horno para todo el mundo". En estas frases no carentes de verdad hay mucho de la ceguera de gusano luminoso característica de Neruda. Claro. ¿Por qué no zapatos? ¿Por qué no empanadas? Nadie está ya en contra de tal cosa. Ni los republicanos en los EE.UU. ni los conservadores en Chile. En 20 años más, si subsistimos, nadaremos acaso en empanadas y zapatos. Pero, ¿qué después? El pueblo tiene nobleza y aun santidad sin zapatos, con hambre. ¿Por qué tantas veces las pierde después, aun para los comunistas, cuando pasa a la pequeña burguesía? Porque no perseguía sino esas riquezas que, en el reino de la cantidad, se falsean y ocupan todo el horizonte. ¿Qué después? ¿El poder tecnológico? ¡Un medio! ¿Qué después de los sputniks, del dominio del planeta y de los espacios interplanetarios? ¿Qué después? ¿El amor? Al comienzo, en el medio y al final debería ser, porque sin amor no hay buena revolución posible. Pero, ¿no viene aquí la restauración de todos los valores arbitrariamente desechados, desde que el amor es por naturaleza infinito y sin límites?

No le déis hiel al pueblo. Demasiada le da su miseria. Dadle, poetas, amargura y exaltación, dadle inspiración, anhelos inmortales, la inmensidad del espacio y la del propio ser humano. Dadle, en transfusión de sangre, todo lo que sois. ¿Por qué amaron más a la Mistral que a otro poeta cualquiera que trató con más empeño de llegar hasta él? Porque ella se dio entera, sin plan, cuerpo y espíritu.

Neruda, muy cordial, vestido de playa, nos hizo una prueba de prestidigitación cuando llegamos a comer a su casa. La comida fue opípara de riguroso Viernes Santo y terminó en payas. Después de comer me dijo que las naturalezas muertas realistas -tenía una con uvas y granada- le gustaban más que toda la pintura moderna. A mí también.

A Nicanor le leí algunos trozos de este Diario y fragmentos de poemas. No dijo nada. Habló a Neruda en favor de Armando Uribe y Raúl Rivera. Neruda elogió a Uribe. Lo veo cada vez más ególatra, posesionado de una causa. Y vi también que dice cosas para halagar a Neruda. ¿Quién no las dice? Hasta los enemigos se le endulzan, atraídos por su magnetismo, y le cantan odas elementales agradables.

"Abril es el mes más cruel: engendra
lilas de la tierra muerta, mezcla
memorias y anhelos, remueve
raíces perezosas con lluvias primaverales..." T. S. Eliot.

Mirando el cielo del poniente sobre el mar, mirando un buque lejano, leí esta tarde a T. S. Eliot, el poeta de la ambigüedad. No le celebrarán los siglos su confusión consentida, su anhelo de despistar al lector, pero le agradecerán siempre su genio. El genio del pecador. No sería poeta sin el pecado. El pecado, y su horrible conciencia, lo obliga a mezclas baudelairianas. El los conoce a todos. A todos los reprueba. Ni siquiera una flor o un pez son inocentes para Mr. Eliot. El tampoco, por cierto. El se solaza, se lamenta y juzga. No quiere aparecer demasiado. ¿Cómo pudiera extremarse en favor de lo que execra? Entonces, como la jibia, se defiende. Pero, es poeta, gran poeta, y canta al revés. Canta, se descanta, se decanta, emborracha la perdiz, recorre las posesiones legendarias del Antiguo Imperio Británico, se confiesa, se justifica, se autoperdona, reza sus jaculatorias. Despista a los buenos burgueses de la Alta Iglesia de Inglaterra, se pone máscaras antropológicas, predica, goza horriblemente como un fraile casuista con la carne, se espolvorea ceniza sobre la cabeza. Y sobrevive.

Rocas de Santo Domingo, 18 de mayo

Después de varios días de lluvia, la costa vuelve a un sol más puro, fría en las noches, temperada, casi calurosa al mediodía. En las grietas de las rocas florecen los vinagrillos de hojas suculentas. El viento deformó a los cipreses de los acantilados y les dio formas japonesas. Unas figurillas humanas de Nemesio Antúnez, rojas, verdes se pierden en la playa gris que miro tomando el sol, desde unas altas rocas. Un perro pastor juguetea en la arena. Los grises están endulzados por los celestes y turquesas del mar. Cúmulos ondulados e inmóviles engrandecen el cielo. Hay una felicidad natural en este día tranquilo, en este abierto paisaje de costa solitaria sin veraneantes. La misma falta de pensamiento que se apodera aquí de la conciencia es como la sabiduría.

Las raíces de los árboles que crecen a la orilla de los ríos sujetan la tierra suelta y la arena reblandecidas por el agua. Los follajes dan sombra a las aguas, moderan a los vientos y disminuye la evaporación. Tranquilizan el agua y la detienen, la obligan a quedarse en su lecho. Cada rama suspendida sobre la corriente proporciona a los peces alimentación de insectos, animálculos y semillas.

Puerto Montt, 2 de julio

Llueve desde hace varios días en todo el sur. No hemos podido salir a Coyhaique. Esta mañana, bajo la lluvia, visitamos el mercado vecino al mar. Todo rezumaba agua. Patronas y gatos igualmente arrebozados se defendían del frío y del agua en el interior de las casuchas oscuras. Rubén Azócar, Braulio Arenas, Iván Vial, Hernán Valdés y yo nos metimos al bar restaurant El Piloto, una casa amarilla de madera.

Puerto Montt, 4 de julio

Tampoco pudimos salir hoy hacia Coyhaique. Parece que esta noche embarcamos en la barcaza Almirante Goycolea. Sólo hoy ha cesado la lluvia y ya empezaban a aparecer nubes entre los viajeros detenidos. Benjamín, exasperado por las limitaciones de su inglés y por la vehemencia conversacional de Kimon, lo bautizó de Penélope. Buen nombre.

6 de julio (navegando en el Golfo de Ancud)

Zarpamos de Puerto Montt ayer en la mañana. Lluvia en todas partes. Como fallara una máquina del buque y las noticias del Golfo de Corcovado no fueron buenas, anclamos en Aycará, en espera de mejor tiempo. Una chalupa nos llevó a tierra y Benjamín se opuso a que esperáramos a nuestro griego, que había corrido a su camarote a cambiarse zapatos. Eso nos entristeció el viaje. El lugar consta de unas cuantas casas de madera rodeadas de praderas y bosques. Los arroyos se habían transformado en torrentes desencadenados. Cerca de la playa en la que abundaban piedras verdes, Braulio descubrió un tronco rojizo de arrayán en forma de mandrágora. El aserradero está de para por las dificultades del comercio de la madera en la actualidad. Parecían dormir bajo la lluvia los grandes troncos de tepa, perfectamente cilíndricos y de corteza brillante como la piel de un lobo de mar. "La peor madera", nos dijo el carabinero que nos guiaba. "Además de todo, es hedionda". Efectivamente, de los castillos de tablas se desprendía un olor nauseabundo. La playa estaba cubierta de guijarros. Una bandada de becasinas que el carabinero llamó "aves casinas" emprendió un vuelo corto y plateado a nuestro paso. Volvimos a la caleta y en una de las casas nos juntamos con Benjamín, Rubén y Braulio, que se habían refugiado de la lluvia en un pequeño salón vecino a un almacén. El dueño de casa debe haber sido el rico del lugar, dueño de un vivero de ostras y de una goleta. El hombre nos ofreció cognac y pan con mermelada de manzanas.

Navegando en el Golfo de Corcovado[93]

El mar era tempestuoso. El Golfo de Corcovado nos ofrecía su peor cara: niebla, olas aserradas, cielo de nubes rápidas. Hacía ya horas que nos balanceábamos violentamente en la barcaza Goycolea. A pesar

---

[93] Este encabezado, "Navegando en el Golfo de Corcovado", lo he puesto para sustituir el que ofrece la copia mecanografiada del *Diario*, "3 de septiembre", a todas luces errado: es imposible que los viajeros hayan permanecido en Aycará casi dos meses aguardando mejores condiciones climáticas. Por otra parte, el *Diario* no contiene información como para que el lector se forme una idea de la naturaleza de este viaje de un grupo de escritores.

de todo, Braulio y yo paseábamos por la cubierta adaptada con corrales de madera para el transporte de animales. No amainaban los vientos. Muy a la distancia, en el horizonte brumoso, se diseñó la mancha gris de la gran Guaiteca. "¿Ves? Allí comienzan las Guaitecas... ¿Recuerdas los versos de Gabriela Mistral: "Y al besador en las Guaitecas se lo comió la tempestad"?" "De veras", dice Braulio. "Te juro que hasta ahora no me había dado cuenta de la realidad de esos versos". Y poco más tarde leía yo, entre los barquinazos de nuestra barcaza, un ejemplar de *The Observer* de Londres, en el cual hallé un comentario del segundo libro de Minon Drouet. Braulio y yo entre una ola y otra, estábamos aferrados de los corrales de la cubierta. Con pies y manos. "¿Sabías que Minon Drouet ha publicado un segundo libro?" "No, no lo sabía". Una ola inmensa escora a nuestra Goycolea. Poco falta para que nos demos vuelta de campana. "Pero lo que me asombra más es saberlo en estas circunstancias", agrega Braulio.

Nonquén, 17 de septiembre

Escribo junto a una cascada en el interior de los bosques, sentado sobre uno de los tubos del agua potable. Los infantes han seguido trepando. Bajo mis pies espejea el agua que acaba de saltar sobre las rocas, "crinada y dura". Todavía se mezcla aquí la plata preciosa del invierno con la ternura de las hojas nuevas. Abundan las horquídeas con sus hojas suculentas e inmóviles.

Nonquén, 4 de octubre

Ese oro interior de la violeta
como un olor azul de hierbabuena.

Nunca llegamos a odiar sino lo que de algún modo ha sido nuestro.

La experiencia poética y la mística tienen su asiento en el arqui-encéfalo. Es un retorno a la vieja unión con las cosas, experiencia unitiva originaria, sólo después disociada por los sentidos y por el análisis intelectual. Por ella volvemos a sumergirnos en la primigenia unidad, por ella volvemos a bañarnos en el cosmos, y somos otra vez bautizados.

Ese mínimo de amor sin el cual no podríamos tolerar el mundo.

En los pensadores latinoamericanos del siglo XIX, no hay pobreza de temas, sino de actitudes íntimas. Lastarria, Sarmiento, Bello, Letelier, atacaron los grandes asuntos, pero en un plano excesivamente intelectualizado, sin contacto vivo con ellos. En el lenguaje de Gabriel Marcel, podría decirse que transformaron todos los misterios -punto de partida fecundo e indispensable de cualquier filosofía moderna- en una simple problemática discursiva. Por anti-clasicismo vanguardista, además, eludieron el contacto con las grandes figuras de la tradición

filosófica y espiritual. Aun Bello, cuyo clasicismo fue puramente retórico, exterior: un clasicismo literario orientado a la defensa de la política conservadora. Pues, ¿dónde hallamos en Bello la huella vivificante de Platón, Plotino, San Agustín, Pascal? El también creía sobre todo, como Lastarria, en el poder de las ideas y leyes. Creía más en la letra que en el espíritu. Esta actitud farisaica de nuestros próceres intelectuales es la causa de que hoy no ejerzan influencia alguna en nuestros países, y es, en último término, lo que explica, en parte por lo menos, el fenómeno de nuestra discontinuidad espiritual, varias veces anotado. ¿Qué podrían ofrecernos? Desapareció su mundo y ellos, en verdad, no lo trascendieron. Sentimos más cerca a Nietzsche o a Marx, Emerson, Thoreau o Martí, que fueron sus contemporáneos, que a Lastarria y Bello. No por snobismo ni europeísmo, sino por intuición del valor, que en este caso no se confina exclusivamente a lugares sociológicos o geográficos. En el mismo sentido, aunque en otro plano, están más vivos Pérez Rosales, Vicuña Mackenna o Rugendas, que Barros Arana, los Amunátegui, los Arteaga Alemparte, a quienes la historia institucional del país debe, sin embargo, mucho que no pretenderíamos desconocer.

Cartagena, 30 de noviembre (San Andrés peras cocidas)

Querubín: ciencia, entendimiento, vía explicativa.

Serafín: amor, corazón, vía comprensiva.

"A la verdad, cosa abominable es que una virgen sea habladora" (San Buenaventura, 11).

"A la verdad no le mires el diente" (B. Arenas).

1959

Valdivia, 4 de enero

Paseo a Amargos con E.L.[94]. Lectura del libro *Poètes et névrosés* de A. Barine, en las partes dedicadas a Hoffmann y Th. de Quincey. Cielo deslumbrante. En las orillas del río, entre los juncos, apogeo de digitales. Los ojos recuperan aquí la salud del aire libre, se abren al encantamiento de la luz. Pero ya empiezan por ahí en el Tornagaleones o hacia Naguilán los siniestros incendios de bosques. Pocas aves, pocas flores, pero riqueza de azules y de follajes, jardines de brisas y de temperaturas.

Un anciano profesor jubilado del Colegio Alemán, alto, rojo y calvo, bebe ocho copas de vino, leyendo en una mesilla, y antes de irse a dormir pide indefectiblemente un gran vaso de cognac crudo - "un clavo para el ataúd...", dijo el mozo... Caballero solo...

5 de enero

Da contento comprobar que seguimos sensibles a los placeres de la contemplación. En el puente Pedro de Valdivia, a esta hora de la puesta de sol, cada pilastra está ocupada por alguien que mira serenamente al río, al horizonte, al aire. Alguien que contempla. Un estudiante, un vagabundo, una muchacha que teje, una anciana judía con su nieto. Pasan por el río las barcas del trabajo, cargadas de leña, de cerezas, de flores del lazo, de robalos o lisas, o bien pasan los esquifes de placer que permiten al cuerpo adueñarse velozmente del agua. Descansan ya los remolcadores. Revolotean las últimas golondrinas. Desde lo alto del puente, muchos ojos miran en paz la variedad del mundo.

Concepción, 11 de enero

No hay nostalgia más lacerante que la nostalgia de la creación. Esa es, por cierto, la verdadera nostalgia de Dios. El sentimiento del pecado no nos viene tanto de nuestras malas acciones como de nuestras omisiones. El peor pecado es la cesantía del alma, no amar, no admirar, no adorar, no cantar, no elevarse en himnos de alabanza al cielo. Ver, en cambio,

---

[94] Enrique Lafourcade o Enrique Lihn.

el humo ocioso del cigarrillo, sentir el estómago, el corazón y el páncreas, comer y beber sin causa, fornicar sin júbilo.

Puerto Montt, 24 de enero

Llueve como en pleno invierno sobre el seno de Reloncaví y el canal de Chacao. Las gentes pasan bajo la lluvia con sombreros de cuero y botas de goma. El cielo es gris, está lleno de agua como un mar. Leo *Priscilla d'Alesandrie* de Maurice Magre. Hace 25 años me fascinó *El misterio del tigre*. Magre es un novelista anticuado y menor, un orientalista de calendario, pero esta lectura me distrae como una historia sangrienta de niños, mientras bebo una cerveza y veo cómo cae el agua en la plazoleta municipal de Puerto Montt.

Con el debilitamiento del cristianismo, ha ido desapareciendo una de las más indispensables instituciones humanas, la institución del perdón. Necesitamos que alguien, investido de una autoridad indiscutible, nos perdone -sacerdote, padre, sabio o monarca- y nos devuelva a la pureza. Necesitamos apoyarnos en un Padre misericordioso. Acaso los jóvenes sientan sobre todo esta ausencia y por eso se pierden en la delincuencia o se desintegran violentamente en la orgía, como queriendo restaurar la vieja catarsis.

Puerto Aisén, 26 de enero

"Cielo del sur, amor, eres cambiante..."

"Me engañas con tu suavidad, piedra musgosa".

Racimo digital para el rocío.

Danzante fucsia de sagrados tallos.

Un moscardón salió recamado de polen del interior de una digital, como un alto sacerdote que se dispone a iniciar el rito. Canta el chucao, se ríe de los seres visibles, él, oculto en la espesura. ¿Quién puede verlo? Cae una llovizna intermitente. El río Aisén baja al mar con aguas cristalinas, gris verdosas, entre montañas escarpadas, aún cubiertas de bosques. ("Pero este camino es un parque", le dije ayer al ingeniero de la provincia. "Sí, todavía, pero esto se va a acabar. Mire usted..." Y me muestra un Buchenwald de árboles...).

Coyhaique, 29 de enero

En la concepción de Teilhard de Chardin, el Cuerpo Místico -al cual advendremos- equivale a una segunda naturaleza, a una especie de nuevo paraíso, creado esta vez con la participación del esfuerzo del hombre. De un tal paraíso -dada la irreversibilidad de la Evolución- ya no podríamos caer. O mejor, desde la altura histórica de este paraíso nuevo podemos sospechar que el otro fue prematuro, aún no lo

merecíamos, o bien que la caída de Adán y Eva representa justamente la aparición del hombre -la aparición de la conciencia- como una ruptura de la armonía de la primera naturaleza. Habrán de ser entonces reactualizados en el Cuerpo Místico poderes naturales que hemos perdido: comunicación a distancia, telepatía, visión unitiva, etc.

Puerto Aisén, 31 de enero

Glorious day. Al fin logro ver con cielo azul y sol espléndido este puerto siempre lluvioso. Un día como éste llena el alma de beatitud, la introduce en una especie de orden pastoril perdido. Nuestra alma animal más transparente canta con los chucaos de la espesura, brilla con el robalo, se balancea con las fucsias y con las sedosas espigas del pasto miel. Este es el Dios de la naturaleza bajo la más amable de sus formas, un Dios que aligera al cuerpo, que esponja a los corazones apretados y nos hace respirar con el ritmo de las aguas tranquilas, el mismo de las mariposas indolentes que vibran sobre una digital. Quisiera que toda mi vida fuera esta acompasada vida exterior, sin la interioridad del cuerpo -sin vísceras- y sobre todo sin la interioridad de la conciencia.

"No se destruye sino lo que se reemplaza". Esta verdad de Comte puede ser cruel.

Sobre los bosques de una montaña que da al río Aisén, aparece, a la luz del sol poniente, una sombra tan azul como el azul del arcoiris. Unas vacas mugen a la distancia, ebrias de tranquilidad, seguras de sí mismas, justas en su satisfacción o en su deseo, tan acordadas con el conjunto del crepúsculo como un color o como la llamada amorosa de un pájaro. Fluyen las aguas cristalinas bajo el cielo fijo en su pureza. Cristales inestables, que parecen eternos apenas instaurados, y que representan la más alta calidad a que tiende el mundo físico, cuya nobleza es la condición cristalina.

Estar sentado al crepúsculo en un puente colgante sobre un río, entre las montañas de Aisén. ¡Cuántas cosas, además de las aguas verdes que pasan lentamente! No hay sino dos casas en las cercanías, una de techo rojo y otra muy modesta, una simple cabaña de junquillos. Mugen los toros y las vacas a la distancia, pasó un perro corriendo desalado por el puente, un pato voló de una orilla a otra. Pero habría que reconocer cada pájaro, saberle el nombre a cada insecto, a cada arbusto que se balancea, a cada piedra del camino.

Puerto Aisén, 10 de febrero

Escuché a los gallos de Puerto Aisén, mientras amanecía. Uno tras otro, uno más lejos que otros, cantaban al parecer bajo la tierra, en dirección al centro, comunicándose por el interior desde las dos antípodas. ¡Gallo perdido! Descendiente de los más remotos, no alteraste en nada la cifra del canto. Las mismas notas graves y agudas que lamentan

la llegada de un nuevo día o se quejan, con fatiga, de la lentitud de la noche. ¿Quién ha visto el ojo del gallo cuando canta en la oscuridad? No se dará el caso de un gallo que cante con un solo ojo abierto.

Puerto Low, Gran Guaiteca, 16 de febrero

Tercer día de sol en las Guaitecas. El volcán muestra dos de sus picachos sobre el glaciar majestuoso que domina esta bahía en una mañana de verano pleno.

17 de febrero

Otro día de verano. Despertamos antes de las 8, oyendo a don Augusto que recorría la casa, gritando:

-¡Al asado de lobo! ¡Al asado de lobo!

Yo creí que se trataba de una broma, pero el rostro carmesí de Molina me convenció con su golosa extrañeza de la seriedad de tal anuncio.

Efectivamente, D. Augusto asaba a fuego vivo en el cobertizo un costillar de lobito de 15 días que trajeron de la isla de La Paz. Lo devoramos antes del desayuno. Es una carne oscura, grasosa.

Hablando de los alacalufes, dice el comodoro Byron que sus arrebatos de devoción "eran más frenéticos que religiosos". "La casualidad me hizo a veces ser testigo de escenas de las cuales habría preferido huir..." La iniciación de los jóvenes es descrita como un aquelarre de alaridos y gemidos. "De repente saltan sobre el fuego, cogen tizones encendidos, se los ponen en la boca y comienzan a correr por los alrededores quemando a quien se encuentra por el camino..." Después de los hombres siguen las mujeres este frenesí.

David Pincol, carpintero de ribera en el Repollal, en la isla Ascensión, frente a la gran Guaiteca, nos mostró el hermoso bote de ciprés que está terminando de construir. Lo calafatea, igual que los alacalufes que describe Byron, con estopa de alerce, que venden en Chiloé y Puerto Montt.

Gabriel Lafond du Lucy, en la parte relativa a Chile de sus *15 ans de voyages autour du monde* (1822), habla de los siúticos a propósito de las carreras de La Cañada. "Los siúticos vienen a hacer pinzas sus caballos. Un pañuelo de vivos colores, bordado, anudado negligentemente detrás de la cabeza, una corbata rodea su cuello. Al siútico le gusta el ruido, y el resonar de sus enormes espuelas traiciona de lejos su aproximación" (Chile, 52).

Antonio Arcos fue el Volpone de O'Higgins (Chile, 55).

El odio a los árboles debe ser más imputable a los españoles y chilenos que a los araucanos. Cuenta Edmond Reuel Smith (astrónomo norteamericano) que, al llegar a las tierras del cacique Mañín, se

encontró con "verdes prados, aguas puras y elevados árboles". Entonces, Pantaleón Sánchez, su intérprete y guía, le dijo:

-Si pudiéramos deshacernos de estos bárbaros, nosotros los cristianos luego echaríamos abajo los árboles.

-Mejor que queden los bárbaros con sus árboles -dije yo (Mr. Smith).

-¿Para qué sirven?- preguntó.

"Salí del monte verde y llegué al ciprés", expresión de las Guaitecas. Todas las islas están rodeadas de monte alto enmarañado e impenetrable. Acaba de partir un grupo de hacheros chilotes a la montaña. Deberán después caminar 12 horas con un haz de estacas de 60 kgs. de ciprés al hombro hasta la playa, asaltados por los tábanos. Ganan $40 por estaca de ciprés y pueden transportar 30 al día, cayendo y levantándose a lo largo de una senda accidentada de 5 kms. Agudizan al extremo su sentido de orientación.

Peregrino escribe sentado en un enorme tronco seco de arrayán. Pastan las vacas con su toro, tranquilizadas ya después de la venta matinal de su hermana arisca. Los gansos dormitan, cerca del arroyo de aguas color té, impregnadas de tanino. Grandes nubes como plumajes blancos dormitan en el cielo, todavía azul. Solamente los tábanos son incansables tanto como los coliguachos. Estos parecen inmortales. Ayer, desesperado, sumergí a uno en el mar y lo mantuve bien sujeto unos segundos debajo del agua. Apenas lo solté, reapareció en la superficie y volvió a picarme con los mismos bríos. En esta playa occidental de las Guaitecas, frente al mar libre, los arrayanes inmensos y los coihues están inclinados hacia el interior por la fuerza del W. Los queltehues, como siempre, se alarman de los rumores de las hojas que caen o de la carrera de algún grillo por el pasto. Sobre el roble de la colina pasa la conversación de una bandada de choroyes. En la playa sólo el pilpil de largo pico es activo. Las bandurrias y los caiquenes descansan, algunos parados en una sola pata; otros, con la cabeza lánguidamente oculta bajo el ala.

En unos faldeos vecinos a Coyhaique, en la granja del señor MacLean, vi en gran abundancia una mutisia de grandes flores anaranjadas. La señora MacLean, una suiza canosa y corpulenta, nos recibió sonriente, y nos invitó a admirar en su laguna una pareja de caiquenes y un pequeño pato silvestre que corría detrás de una pata doméstica, su madre adoptiva. Con el joven Johny Patricio subí hasta el Divisadero, hasta llegar con cierto trabajo a una caverna, a media altura. En el césped recogimos fresas silvestres, mientras E. M., que se había quedado con J. P. y E. L. a la sombra de un roble, se conmovía con los cambios orquestales de la luz y con la arquitectura de las grandes montañas.

"El mar ve debajo del agua", E. Molina.

"Ese mar que tranquilo se baña", E. Lihn.

Ancud, 23 de febrero

Esta mañana partieron a Puerto Montt J. P. y Peregrino. Nos quedamos E. M., E. L. y yo. Me despertó anoche el estruendo de la lluvia. Quería escucharla sobre los techos plateados de tejuela de ciprés, mirando el fondo de la bahía con los cerros bucólicos, verdes y dorados.

Me gustaría tener una habitación en lo alto de una casa de Ancud, con un palomar sobre el balcón.

Ancud, 28 de febrero

E. L. partió, bajo su saratán, el jueves. Nos quedamos E. M. y yo. Acabamos de regresar de una caminata por el campo, bajo un sol de Inglaterra que fue perdiendo sus nubes a lo largo de la tarde, hasta quedar enteramente puro. Los ulmos están floridos, pesados de flores, a pesar del viento y la lluvia de anoche. Los troncos de los arrayanes, aquí como en las Guaitecas, son intensamente rosas y a veces enormes, tan ramificados como una encina. Cantaba el chucao misteriosamente en la húmeda espesura. Los bosques de Chiloé -los que aún se conservan entre las colinas vecinas a Ancud- resultan muchas veces impenetrables por la invasión de las zarzas y por la humedad del suelo. Ayer, bajo la llovizna, se escapaba de los troncos el olor acre del coihue, el dulce aroma de la luma.

Un filósofo hindú afirmaba que las flores son demoníacas porque dan tos.

Parece que sir Joshua Reynolds era un hombre pomposo, mediocre y mezquino como Bontá.

Ancud, 2 de marzo

"En el comienzo fue el canto".

Afirma S. Langer que el canto es anterior al lenguaje. Tanto el uno como el otro surgen de una necesidad expresiva, no utilitaria.

Ancud, 3 de marzo

El hombre también se descubre a sí mismo a través de los animales. No perder la actitud de veneración frente a los animales. Zeus olímpico llegó a Grecia con los aqueos -un dios local de las montañas. Y conquistó el más bello de los mundos.

Mi ideal de vida: una libre relación de amor en el camino del conocimiento.

La verdadera trascendencia no es sino la identificación activa con algo absoluto.

Concepción, 8 de mayo

Aborrezco el desorden.

Nonquén, 24 de mayo

Caminata por la espesura en busca de changles y callampas. Los changles aparecen como arbustos marinos en la oscuridad de la hojarasca.

En 1833, el indio Anastasio Aquino se proclamó y coronó Emperador de los Noncealvos en la República del Salvador. "En la acción de Mejicanos, cubrióse de gloria Fernando de Arcolsa quien, moribundo, dijo a su esposa: "Entregad mi espada al ciudadano Arce y decidle que muero con el dolor de no haber podido defender la libertad de mi patria" (Jorge Larde y Larín, *Guía histórica de El Salvador*, p. 25).

Santiago, 3 de junio

El 3 de junio de 1861 nació mi tío abuelo Isaac. Anoche, comida con el P. Paul Henry, teólogo, traductor de Plotino. En la mañana dio una clase sobre la personalidad de Dios en Plotino. Según sus pruebas gramaticales y filológicas, el Dios plotiniano no es Theos -que es, en verdad, el todo, el Cosmos animado, para los griegos-, sino *autós*, un principio consciente, desprovisto, sin embargo, de voluntad, la cual -como la conciencia moral- habría sido desconocida por los griegos. El P. Henry exponía con elocuencia fogosa y abundantes citas en griego su tesis, claramente dirigida, por cierto, a mostrar la absoluta originalidad de la revelación cristiana, a base de un Dios personal y creador, plenamente consciente y voluntario. Jahvé no es nunca, dijo, en el Antiguo Testamento un poder creador del mundo -es simplemente ordenador, organizador. "¿En ninguno de los libros del Antiguo Testamento, mon Père?" "En ninguno". "Y la conciencia moral ¿será de tal modo desconocida por los griegos?" "Completamente". "¿Aun en Sócrates?" "Pero, fuera del intelectualismo de la ética socrática, ¿no hay conflicto, no hay realmente conciencia y voluntad moral en la experiencia del *Daimón*?" "¡Ah!, trés bien, c'est vraie, mais ça c'est un autre chose qu'il faudrait bien rechercher..." "Y en los trágicos, ¿no hay un problema moral, conciencia de una culpa, de un pecado, una experiencia de la voluntad, por lo tanto?" El Padre, bon vivant et bon buveur, hombre energético a lo Chesterton, se sobó las manos poderosas: "Eh, bien, c'est vrai, il faudrait travailler beaucoup sur les tragiques, mais ça ce n'est pas la philosophie, sans doute... D'autre part, Homére n'a pas le sens de la personnalité ni le sens du conflit moral..." Hombre cautivante el P. Paul Henry, mezcla de erudito y polemista, político del espíritu. Cordial, llano, abierto a la comprensión universal, hasta atraído, me pareció, por la herejía.

Comimos juntos, con Armando Roa y Juan de Dios Vial, en las Antillas.

La oreja de oso -*Primula veris*- se llama también en Inglaterra "manojo de llaves", "llaves del cielo" y "llaves de S. Pedro". Era usada para curar las falsas apariciones. De sus pétalos aún se fabrica un vino campestre.

E. M. amaneció un buen día con la cabeza cubierta de callampas[95].

6 de junio

En pleno mes de junio, hay en el huerto de Ocoa frutillas floridas. No hace un mes, comí frutillas aquí mismo. Entretanto, concentrado otoño, un caqui sin hojas luce al sol la carga de sus frutos, ardientes a esta hora como manzanas de fuego. Cuando maduran, parecen helarse, hacerse temblorosos y translúcidos en la mañana gris perla, cuando las ramas rezuman humedad. Otro de los bienes del otoño: los nísperos floridos que impregnan de perfume huertos enteros, un aroma dulce que atrae a las abejas. Y otro más: los primeros tallos tiernos de yuyos y rábanos silvestres, que tienen un remoto sabor a vacaciones de septiembre. Los chincoles celebran el sol. Una tenca ensalza gravemente este cielo azul de invierno. El musgo crece en las tejas de las tapias. Sucesivos gallos cantan en orden circular, fijando el horizonte de este esponjado mediodía en el valle de Aconcagua, que es semejante a una Provenza sin mistral ni siroco. Son tan grandes las hojas de los castaños que en cada una podría escribirse una égloga de Garcilaso, sobre la tez tostada del otoño. Este huerto medio abandonado -nogales, castaños, paltos, violetas, rosales viejos- es generoso con la tierra que lo nutre. El la alimenta a su vez, rico de hojazones, flores marchitas y podredumbre de frutas que nadie cosechó. Como un cielo completo, sin una estrella menos, el jazmín de España embalsama la sombra del jardín.

El robusto Padre bebió dos pisco-sours enormes y comió con delectación una bandeja de ostras y un filete a la inglesa, con buenos tragos de vino[96].

Ocoa, 7 de junio

Otro día sin una nube. Entre los eucaliptos, los picaflores polinizadores gorjean en un hervidero de cantos, como pececillos en varazón.

"El capitán alzó el vuelo, pues venía hecho águila, lleno de plumas..." (Manuscrito colonial maya).

---

[95] No se trata desde luego de la descripción de un hecho real. Oyarzún suele dar de pronto en el *Diario* imágenes libres, surrealistas, de su amigo Eduardo Molina (E.M.).

[96] Se refiere obviamente a Paul Henry, el teólogo sobre quien escribía el 3 de junio.

"Netzahualcóyotl fue botánico y astrónomo e hizo construir una alta torre de 9 pisos. En el 8° moraban hombres dedicados a sonar, en determinadas horas del día, unas finísimas hojas de precioso metal, arrodillándose N. al oírlas. Ese 9° piso estaba pintado de azul por fuera y recamado de oro y por dentro era oscuro" (J. F. Toruño, *Desarrollo literario del Salvador*, p. 45).

Directamente al fondo del potrero en que me paseo leyendo, nítido delante de un bloque parejo de nubes blancas, el más alto patriarca de los montes, se ve el Aconcagua.

Santiago, 15 de junio

Los filósofos no han sorprendido bien todavía la íntima asociación de música cristiana y cristianismo. ¿Quién se inspira en Sto. Tomás o en San Buenaventura? Cuesta un poco hallar al Evangelio en la filosofía. Curiosamente, la filosofía cristiana quiere volar, quiere penetrar en la trascendencia, darnos al Ser y aun el amor -*amor Dei intellectualis*-, pero no llega a traspasar la valla del Dios racional -¿cómo podría?- en que participa, no de la religión, por cierto, sino de la filosofía. No es tan grande la diferencia entre el Dios tomista y el Dios de Spinoza. Pero, este otro Dios jamás nombrado, este Dios parece que se entrega por una misteriosamente espiritual vía sensible, por esta misma carne que provoca tanta desconfianza a los teólogos, por los oídos del cuerpo y por las leyes físicas. Aquí, en mi oído, mi alma suspira, mi alma se queja, mi alma se revuelve en sí misma, mi alma se aparta "de tanta cosa infiel" y se deleita, ella misma arpa, violín, laúd, con el toque de la mano divina, en una voluptuosidad superior, más allá de la carne. Aquí está todo lo perecedero -¡esto no es sino tiempo, tiempo para todo, "tiempo de cosechar y de sembrar"!-, pero aquí está, mucho más fuerte, el contacto, el alma pura, el "Día del encontrarnos, el de la Epifanía".

La superioridad de Gabriela Mistral sobre tanto poeta pretensivo está justamente en esta apertura: ella no cierra el mundo, transfigura las visiones de la tierra en exaltación ultraterrena, expresa con pasión los deseos más hondos y eternos. Neruda, en cambio, es un gran poeta sucio -es un hombre que cree no ser más que hombre, un poeta sexual, machista y débil, un poeta demoníaco y desesperanzado, que se aferra de la retórica y del pan suyo de cada día, soberbio y clausurado como los eternos compañeros de colegio-, es un retórico genial de los sentimientos vulgares. El cree que todo el misterio se acabó con la multiplicación de los panes y los peces. Que hasta aquí llegaban el hombre y la historia. No es muy diferente a Bontá, a un cierto tipo de artista ordinario que quiere instalarse en el mundo. ¿Hasta cuándo, señor Neruda? ¿Hasta cuándo, señor Bontá? ¿Cuántos años les quedan? ¿Cuánto placer? ¡Cada

vez menos! Ninguno de los dos -a pesar del abismo de talento que los separa- conoce la alegría del espíritu[97].

Pero yo tampoco he penetrado en esta alegría pura. Me he dejado llevar. Soy mi propio desconocido. He huido de mi propia medida. No he defendido mi soledad ni mi fortaleza. Recibí la fuerza, he brotado en una rama joven de la especie humana, no me fueron negadas las fuentes. Me fue ofrecida el agua de la cual no he bebido. Parece que no hubiera querido otra cosa que angostarme, agotarme. Cargos y cargas, libros y libras, en lugar de vuelo. Quisiera estar solo un largo tiempo. Quisiera morir y renacer. Quiero olvidar. Quiero recordar. Quiero sumergirme en esta música de Corelli, ser humo sin obligación.

Nonquén, 28 de junio

"Hay un cierto estado de conciencia yóguica en el que todas las cosas llegan a ser bellas para quien las ve, simplemente porque ellas lo son en su realidad espiritual -porque son la transcripción del Ananda (la Felicidad divina, la alegría suprema), soberano de los mundos, de lo Divino oculto, en líneas, formas, cualidades, fuerzas de existencia y de conciencia". El arte nace de la mirada profunda que descubre el absoluto en cada existencia singular -como aquélla exaltada por la mescalina. "El arte revela lo que la naturaleza oculta". "Vivo al sol, me basta infinitamente con este sol de invierno", nos dice esa paloma. "Ignoro la existencia de la muerte, la muerte no existe".

El sol de invierno dispersa en un vuelo feliz a los pajarillos que disfrutan de la tierra recién sembrada, tierra oscura alrededor del resplandor eléctrico de los robles desnudos. Nada más tierno que esta tierra de sembradura, regazo materno de la vida, falda nutricia, lecho acogedor de los primeros y los últimos sueños, de las semillas que van a despertar y de las que bajan a dormirse.

El cielo crepuscular sobre el mar lejano era verde y lila como un cuello virado y cambiante de paloma.

Pinares (a orillas del Bío Bío), 29 de junio

Un boldo enteramente florido.

10 de julio

Plinio afirma que las hormigas trabajan durante todo el tiempo de la luna llena, y que descansan en todos los novilunios. Tiberio tenía

---

[97] En anotaciones de noviembre de 1971, Oyarzún recuerda, desencantado, a algunos profesores de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Entre ellos menciona a Bontá. Parece ser el mismo que aquí compara con Neruda.

cuidado de no cortarse los cabellos sino en la época de las lunas nuevas, y el sabio Varrón no se los mandaba cortar nunca sino en las crecientes de la luna, de miedo de quedarse calvo. "Antes de salir de casa en tiempo de tormenta se debe calcular la distancia de la tempestad". "Es cien veces más peligroso para una habitación el tener un mal pararrayo que el no tener ninguno".

Lo Gallardo, 25 de julio

El río Maipo, al crepúsculo, irisado como una concha de nácar vertiginosamente desvanecida, mientras lo escribía.

26 de julio

Un abejorro estaba desmayado en la humedad sombría del cerro, pero bien pronto se reanimó bebiendo unas cucharadas de agua con azúcar, que sorbía con su trompa retráctil. Voló después de cala en cala. Se regodeaba en el fondo de cada flor y aparecía recamado de polen, hasta que alzó su vuelo con arrojo hasta lo alto de los ciruelos floridos.

27 de julio

No hay que pedirle peras al olmo.
Pero ése es un olmo que no da manteca...
Boldo eres y en boldo te convertirás.

Un cura viejo de abrigo azulmarino apolillado oliendo con fruición un puñado de langostinos en el Mercado Central.

Lo Gallardo, 4 de agosto

Basta un poco de sol para que las gallinas cacareen en un mediodía gozoso de primavera. Los picaflores vuelan con un derretimiento de alegría, chisporrotean, avecillas de sol, entre los árboles, enardecidos por algo que rebasa a la pura necesidad de alimento. Desde hace una semana están floridos los duraznos y cerezos de flor. Vuela el aromo en ráfagas de perfume, la flor más barata y pródiga que abre en cualquier parte. Hay aquí rosas que sobreviven al invierno, botones que se abren lentamente con dificultad, duros, apretados, defendidos de las heladas. Pero se salvan.

Con E. M. buscamos callampas en los bosques de pino. Callampas, dijo: *la tierra misma hecha sabor y deleite.*

Manchas de aceite en los días de lluvia.

6 de agosto

Soplan airecillos de septiembre. "¡Qué delicioso! ¡Me siento como un volantín chupete!", exclama E. M.

¡Soy esa isla de pasto en medio del río, soy el arado y el surco, la tierra y el labriego!

Santiago, 7 de agosto

El *Concierto para oboe y cuerdas* de Cimarosa me trae mi vida en Londres. A veces Fernando Murtinho y yo lo tocábamos varias veces al día y sentíamos deseos de ir a Italia a pie, como antiguos peregrinos, pernoctando en bosques y pajares. Estábamos casi absolutamente solos, dos jóvenes en el vacío, en un viejo centro del mundo, en Londres, a medias fascinados por todo, a medias nostálgicos de todo. Cimarosa era la quintaesencia de nuestra soledad y de nuestra plenitud. Porque él, aun en medio de una celestial armonía, suspira y se lamenta. ¿De quién? De nadie, de nada que no sea la condición terrestre, y así danza -cornamusa danzante, flauta de ondina- con lágrimas. ¿Qué puede dolernos en esta mañana pura, en esta primavera? Nada, sino el ser ajenos, el contemplar una gloria que no es, por cierto, nuestra, pues debería yo lavar siempre mis pecados, *todos mis pecados*, comenzando por mi conciencia, para ser hermoso y puro como la telaraña que resplandece con el rocío o para florecer como la ola de aromos. La primavera provoca la nostalgia de una absoluta inocencia, y esta inocencia lo será sin muerte, sin conciencia divisoria, sin yo. El nirvana. Si fuera yo en este momento el río, si fuera la callampa que brotó suntuosa e intacta, si fuera enteramente devorado o si pudiera devorar el mundo, hacerlo mío y liberarme con él adentro, sin límite. Pero aquí estoy, y en lugar de la identificación contigo, día, no tengo sino el ¡ah! o la caricia.

La armadura del caballero es a la vez defensiva y máscara, símbolo de su soledad sin remedio. No quiere que lo toquen, no quiere ser herido, pero tampoco quiere que lo vean, que lo reconozcan por lo que él es sino por lo que quiere ser -¿no está en el escudo su retrato? No quiere aparecer, no quiere fundirse desnudo con las cosas, con su cuerpo falible. Quiere ser duro como los metales. Quiere estar bien protegido ahí adentro, con la armadura de conciencia. No quiere salir. ¿Qué sería de él sin armadura? Más que al enemigo, se teme a sí mismo. La armadura es su guerrero Apolo.

Y qué pureza se desprendía de que estuviéramos allí solos, desamparados. La ciudad de Londres es tan inmensa y complicada. Por eso nos admitía en su red. Nadie se sorprendía de que estuviéramos allí, pero nadie nos aceptaba tampoco. Vivíamos por un tiempo en esa parte del mundo.

La música y el arte es una tentativa para imponer un orden al sufrimiento metafísico del hombre. Lo que se llama belleza es simplemente

el orden, lo que hace que el arte no sea sufrimiento puro. El desborde expresivo es psicología o cualquier cosa, pero no arte.

Una de las virtudes sublimes de la música: el hombre se hace pájaro, canta y supera al ruiseñor, o se hace astro con la música electrónica, gira por el espacio, se comunica físicamente con el cosmos, participando en su música propia.

Pero el orden propio del arte nada tiene que ver con el orden social, ni con el justo -¿cuál sería?- ni con el injusto. Es el orden que se impone desde dentro -desde dentro del Cosmos, del Espíritu- sobre las ultimidades, que ningún sistema social podrá nunca ordenar, a menos que algún Cristo venga a suprimir la muerte, la enfermedad, la incomunicación sobre la tierra, en un segundo Reino. Ni Marx ni Lenin, ni la ciencia, que yo sepa, han prometido tal cosa. Su orden sigue siendo, entonces, el otro, el orden mediato, indispensable, pero accesorio, el orden próximo, el orden de la casa. Pero, aunque mi casa sea modelo de orden, nos enfermamos, sufrimos de mil cosas que nadie podría suprimir porque vienen de la singularidad de las personas, nos morimos o, lo que es peor, vemos cómo los demás se mueren. Si, con todo esto, alguien quiere desgañitarse en un baile de máscaras proclamando la felicidad universal, podemos llevarlo al manicomio de los imbéciles.

9 de agosto (domingo)

Fui con mi mamá, Fernando, la Eliana y los niños a Til Til[98]. Tarde gloriosa de transparencia. No había visto hasta ahora en esos rulos del norte de Santiago un esmeralda más resplandeciente y tierno como de musgo espeso. Me apenó pensar que ese verdor suntuoso, esa juventud de la hierba fuese tan efímero. Menos de "cinco semanas, cinco" les dura el esplendor, pero experimenté como leve consuelo la certidumbre de que, conmigo o sin mí, cada año traerá nuevas galas, mientras haya tierra capaz de sustentar estos gozosos brotes. Los almendros estaban ya completamente en flor, los aromos estaban pasando y los duraznos a punto de abrir. Aún no había profusión de abejas en el olivar de Til Til, pero la tarde, después de la puesta de sol, se despedía con el gorjeo de la tenca. Los *eucaliptus citrodora*, sin cortezas aromáticas, estiraban sus troncos lampiños, lilas, azules.

A propósito de la poca estima en que nuestra clase de dirigentes ha tenido a los trabajos de la imaginación durante el siglo XIX, anoto estas líneas de la vida de *M. L. Amunátegui* de Barros Arana: "no era propio (se decía de Amunátegui) de un hombre serio el escribir relaciones semi-novelescas. Esta apreciación, nacida a nuestro juicio de un error vulgar, pero muy común en Chile, que consiste en creer que los hombres públicos no deben cultivar la literatura y mucho menos la literatura

[98] Fernando (médico psiquiatra, profesor universitario), hermano de Luis Oyarzún, y Eliana, esposa de Fernando.

amena, nos hace recordar otro hecho ocurrido en nuestro propio país. Hace 35 ó 40 años se daba en la prensa con ciertas apariencias de escarnio, el título de autor de *El campanario* a don Salvador Sanfuentes..." (pp. 107-8).

18 de agosto

Las *Odas elementales* deberían llamarse las *Hadas elementales*. Son poemas de santa -Neruda sirviendo de medium a Sta. Teresita de Lisieux-, la santificación de la vida cotidiana.

Cuando se sumerge en la meditación religiosa, Bergson siente que, desde el punto de vista del conocimiento y del amor de Dios, las diferencias entre los hombres son mínimas, desdeñables.

Matta, entre otras cosas, es un excelente ilustrador de *science-fiction*.

"El otro lado de la luna".

La pintura que permanece, la que se hace decoración de interiores, la pintura en el muro y la pintura movible en el muro -según el humor, según el amor, según las flores del día.

N. Krushev y Ike, ancianos próximos a la muerte. De ellos depende el destino de la humanidad. Prueba indirecta de la trascendencia.

El deseo de sobresalir: expresión de lo cuantitativo. El deseo de ser: expresión de lo cualitativo.

Neruda es el poeta genial de la angustia de lo inmediato. Que él repara continuamente como la araña su tela.

Santiago, 7 de septiembre

Cuando llegó al Instituto Francés, Malraux parecía desvelado, y tímido. Caía bruscamente en un salón provinciano demasiado estrecho, y pareció dormir, entredormido, la peroración de bienvenida. Habló después con pupilas dilatadas. ¿Hasta qué punto será en el fondo un hombre de acción?, me pregunté. Parece excesivamente solo y la soledad es en esencia contemplación. Caracteres muy atormentados pueden entregarse a la acción tomándola como la única manera de estar solos, en paz consigo mismos. Lo que otro obtiene en la biblioteca o en el claustro, éste lo consigue solo en el escalofrío de un combate, de una operación secreta. Cuando le fui presentado, sentí que podíamos ser amigos, pero que no sería ahora posible, y no hice ningún esfuerzo por continuar una conversación necesariamente breve. "J'aurai l'honneur de vous recevoir demain à l'Université...", etc. "Je vous remerci. Nous devons avoir beaucoup en commun, je pense... L'art pour moi c'est aujourd'hui l'indice et l'instrument d'un monde universel dont je parle... Vous savez, il y a des actions qui sont angoissantes parce que un certain type d'actualité les haute et les comple d'energie vivante..." Unas

ancianas angustiadas por estrechar a Malraux venían a la carga, llenas de oxígeno comunicativo. Perdí de vista a Malraux, sintiendo que sería bueno verlo en alguna otra parte, más tarde. Sentí que la velocidad de su mente congeniaba con la mía como para quemar de inmediato todas las etapas previas a una conversación verdadera. El espíritu tiene una esencial velocidad, más importante en la comunicación que todas las diferencias o parentesco de ideas o sentimientos. En el principio era el ritmo. En el principio era la danza. Mi discrepancia más radical con R.H. es de ritmo, y él trata de racionalizarla atribuyéndome propósitos activos que no tengo.

Cuando recibí a Malraux en la Universidad, nos saludamos como viejos conocidos, pero tampoco sería la ocasión de ser amigos sino solamente, en la penumbra de la conciencia, de entender que tal vez hubiéramos podido serlo, que tal vez lo seríamos. Después vinieron mi discurso, el de Malraux, los gritos, volantes y petardos y una invocación de intelectual cansado de todo, pero metido, sin embargo, en esta historia: "Moi je vous répondrai moi-méme! Attendez. Je veux vous répondre!" ¿A quiénes? ¿Y qué? Vibraba en él el viejo guerrillero, el tribuno malgré-soi acostumbrado a la explosión imprevista del contrario que irrumpe en cualquiera galería de estadio con una bomba en la mano. Aquí se trataba de unos estudiantes decididos, tal vez. Nada importante. Pero lo suficiente para destemplar los nervios desvelados.

Perfumes ceremoniales: (El me dijo de pronto) ¿con qué perfumes, con qué aureolas de aromas despedir a los muertos?, ¿con cuáles celebrar a los desposados, recibir a los recién nacidos? Sólo la adivinación podría descubrir el enlace, la semejanza, las bodas de lo uno y de lo otro. Aceites, remos, aguas de olor, hijos de la naturaleza aprisionados para desparramarlos en lujo del corazón, semejantes en resplandor a la luz dentro de las piedras preciosas. Destilaciones, maceraciones, humos, para celebrar con ofrendas la primavera del cuerpo. Un éter, conmueve a los gases de las flores nupciales, funerarios, suntuosos y produce la música. Aloe, geranios de la india, quietos de noche, propensos a bailar en el crepúsculo, a crear nostalgias, estremecimientos, arrebatos, alaridos de fuga. La vida retardada entra aquí en la hoguera de la vida, en el frenesí del amor, mientras dura en su mansión, eternamente, la esencia absoluta, el poliedro de las gemas, que daría para perfumar el mundo, extrema densidad de cualidades que jamás se desgastan. Poliedro de innumerables caras: una menos, será la madreselva; una más, la verbena; entre las dos la facilidad suprema del abismo infinito, el salto puro. Un hálito de almendras vendrá como nube, con Bagdad y Basora, con el ave Roc, mientras aquí en mi jardín la hoja de geranio exprimido imita el aroma de la rosa y usurpa su trono. A esta hora hay almas que suspiran presintiendo el incienso, alguien busca en el espacio su concentrada eternidad segura, ese hilo que abriga del frío de los siglos, y restablecen en el páramo los ardientes ojos de las dignidades herméticas. Vino sagrado de los aromas, temblor de la mirada en el olfato. ¿Por qué vendría la pasión de la eternidad súbitamente, mirra, que fijas en pleno

furor la carrera de un moribundo enloquecido? Bastó un gramo y se aplacó la sangre turbulenta. -¡Nuestra muerte sin tiempo, nuestra vida sin vida, nuestra sola mirada, no, nuestro oler absoluto, nuestro oler sin mañana, esencia evanescente, esencia fija, esencia en soledad, esencia en compañía, esencia sola, para siempre idéntica, mirra!

26 de septiembre

Gratísima soledad vespertina. Termino *La voie royale*. Almuerzo con E. L. y Jorge Edwards en las Antillas. En *La voie royale*, a los 26 años, la gran interrogación: qué es el hombre, a través de una aventura. El encuentro del civilizado y el primitivo. O toi, mon prochain! Este salvaje que quema a los muertos, que los venera en la pira funeraria con el sexo erecto, este insecto trascendental que transforma al instinto en mito de sí mismo y del mundo, éste que va a torturarme, que va a arrancarme los ojos, que va a castrarme y hacerme su esclavo, éste soy yo, y yo soy también el que sueña y suspira escribiendo la *Pavana para una infanta difunta*. ¿No es todavía más extravagante que Ravel muriera aplastado por un automóvil? En todo caso, aquí y ahí, están el absurdo y el misterio de la condición humana.

Una pulga originaria de Persia vivió toda su existencia con máxima inseguridad.

El demonio es la fuerza bruta del espíritu: la psique.

Chile, país sin élite.

Concepción, 15 de noviembre

"Desdichado aquel cuyo corazón no aprendió en la juventud a esperar, a amar y a confiar en la vida". Joseph Conrad.

Cosas vistas:

Un hombre vestido como una cantante tropical, gran sombrero de pita, un enorme geranio rojo en el ojal, palm-beach y una pata de palo. Cruzó rápidamente la calle con paso enérgico, sin una vacilación.

Un cielo con la lengua traposa.

Una banda de circo sobre un camión, chaquetas beige, pantalones verde oliva, y todos iguales a Rafael Maluenda.

Teófilo Cid, con sus grandes ojos románticos, proyectó toda una noche una película surrealista mexicana de terribles pasiones, que E.M. recogió con avidez detrás de la pantalla.

"Si las cosas siguen así, sólo la gente que trabaja será capaz de vivir", dijo una marquesa al terminar la 2ª Guerra Mundial, en el colmo del asombro.

Antofagasta, 23 de noviembre

Temperatura deliciosa de oasis marítimo. Danza el follaje de un pimiento -sutil como una telaraña- sobre la hoja de este cuaderno. Desde temprano, el clamoreo de las gaviotas. Hay un ave marina que canta, rápida, asustada, a medianoche. Temerosa de la oscuridad. El agua ha poblado otra vez de flores los jardines de Antofagasta: malvas reales, pajaritos, quebrachos amarillos, floripondios. Con unas cuantas lluvias, todo esto sería un jardín placentero.

Ayer, viaje a Tocopilla con John Ford y su mujer. Colinas rocosas, lunares en las cercanías del mar. Masas de rocas moradas, verdes, cardenosas en forma de templos hindúes. Donde pueden se levantan los pimientos, al lado de una "animita", junto a lirios floridos y a yucas; a la orilla de algún pozo, al abrigo de las estaciones de ferrocarriles. Pasamos entre las ruinas de Cobija. El viento y la humedad han esculpido caprichos en las murallas desmoronadas de adobes. Y los graffitti en las paredes borradas. Gatico, donde se crió Charles Hobner, es otra ruina: una sola gran casa de 3 pisos, al parecer deshabitada, y unas cuantas casitas con murallas menos y sin techos. Detrás, el mar limpio, en perfecta salud, vestido de verano.

Copiapó, 24 de noviembre

Ciudad de pimientos y polvo.

Al entrar al cementerio, un hombrecillo me dice: -Patrón, ¿quiere huevitos para el viaje? Tal vez creyó que empezaba yo el viaje eterno en ese instante.

Curioso: en Chile los cementerios pertenecen al Servicio Nacional de Salud.

No había visto desierto más absoluto que el que se atraviesa de Chañaral a Copiapó. Arenas rosadas, siena, muy finas y suaves de dulces lomajes, sin el menor vestigio de vegetación. Tenía la impresión de estar próximo a alunizar.

Ayer recogí brazadas de alstroemerias lilas en la Quebrada de la Chimba. Apenas cae un poco de lluvia o se espesa la camanchaca brotan las flores: verbenas rosadas, manzanillas minúsculas, flores blancas de largos estambres morados.

El río Copiapó corre por un lecho verde de chilcas, decidido, cristalino en su pobreza, reflejando montes de piedra arenisca sin un alma. Un muchacho se lava prolijamente metido en el agua y se dirige después a su choza de ramas y de barro.

He visto aquí casas importantes, y aun tumbas suntuosas, con techo de barro. Como que hace 13 años que no llueve.

Esperaba hallar aquí una ciudad lánguida, a la sombra de viejos pimientos, y encuentro, en cambio, una población efervescente, que llena en las noches bares y fuentes de soda. Un grupo de jóvenes de

apariencia obrera, en mangas de camisa, discuten en una mesa vecina los problemas del cobre y del imperialismo, con bastante información periodística y dialéctica de células.

La plaza, muy bien iluminada en torno a una noble pila de mármol, muestra en marcos urbanísticos de arte moderno unas estatuas de mármol que representan a las 4 estaciones. Las baldosas, en anchos paseos, brillan bajo la luz tamizada por el follaje de los pimientos. Los bomberos riegan las calzadas. Unos estudiantes preparan sus exámenes a las 10 y media de la noche. Las viejas victorias, entremezcladas con taxis modernos, dormitan a un costado de la plaza. A esta hora de la noche, el peristilo de la Catedral parece un Partenón verdoso y tranquilo. He visto en Chile pocos lugares urbanos más dignos, mejor asentados en su modesta grandeza.

-Se perdieron los manzanillones, fijesé, sin saber ni cómo... -le decía una mujer a su vecina.

Caldera, 28 de noviembre

Caldera, polvo y olvido. La torre de la iglesia, atribuida a Eiffel, se levanta en medio de los techos terrosos, callampas descoloridas del desierto. Llega hasta el pueblo el polvillo cardenoso del mineral de hierro que embarcan en el muelle mecanizado, a donde llega desde Cerro Imán. Los pescadores duermen siguiendo el balanceo de su botes: Soy como Soy, Stalingrado, La Pantera. Tal vez éste pertenecía al cargador que vi allí mismo con una camisa manchada, imitación de pantera.

-A mí me encanta Caldera...

-Sí, pero en invierno es terrible, no hay nadie...

La muchacha de Copiapó sentía el embrujo del mar y de los barcos. Las niñas de Caldera, la soledad sin fiestas del pueblo en ruinas.

Chile, un país joven, pero lleno de jóvenes ruinas. Nadie gastó aquí en nada que pudiera permanecer. Cada uno gastó en su propia vida, gastó en vivir.

La gente llama aquí legaña de perro a una bella flor amarilla de largos estambres rojos. Cactus, oreja peluda.

Santiago, 2 de diciembre

Para mí todas las edades fueron gozosas y nostálgicas.

El río viene a conocerse cuando se precipita en una catarata.

Juanito Capra me comunica que la U. Soviética acaba de perfeccionar una máquina idéntica a E.M. Hasta el momento no se sabe cuál será su aplicación futura.

Tiritando de frío, almorzó ayer el grupo Fuego[99].

Unas petunias salieron malas para las matemáticas y tuvieron sólo la mitad de las rayas que les correspondían.

Lo Gallardo, 8 de diciembre

Un pájaro bailarín hipnotizaba a su presa en las vegas del río a la hora del crepúsculo. Aleteaba con suavidad de plumajes, ondulando sin peso sobre su víctima que no veíamos. Dos garzas blancas enormes atravesaron en silencio el cauce del río, buscando su primer alimento nocturno. A gran altura, en el cielo, regresaban a sus nidos escuadras angulares de patos salvajes. Para ellos, naturalmente, sin vacilación ninguna, sin tiempo interrumpido, sin tareas inconclusas, terminaba el día.

Ultimos minutos de 1959

Escucho *Imagen* de Debussy. Menos amor, menos pasión. ¿Más conocimiento?

[99] El Grupo Fuego era un grupo literario, de poesía, que existía en Santiago por esos años. Oyarzún se vale de su nombre para construir una imagen humorística, no exenta de connotaciones burlescas.

Luis Oyarzún hace uso de la palabra durante un acto solemne en la Universidad de Chile.

1960

1 de enero

Solo, acompañado, no menos, no más que antes. La realidad, no es más, ni menos, que esta música, apasionada aquí, allá lánguida. Suenan los cohetes, los petardos del Año Nuevo. Este año cumpliré 40. Debería saber algo más, ser algo más, soñar más. Sacarle, no el cuerpo, el alma, a estas obligaciones locales. Quisiera un baño de eternidad.

Horcón, 2 de enero

Un potrillo corre sobre la arena. Se contorsiona, gira sobre sí mismo, goza de su libre edad, me muestra los esplendores del tiempo.

Este mismo lugar de tantos años. Sale el sol y todo adquiere aquí opulencia. Se ilumina la arena, aparecen montes, se inventan nubes y lejanías.

Señora mía, Virgen Madre, Madre del Mar, María, Reina de las Mareas, alma y siempre, ahora, Señora mía, ahora y mañana, hoy y esta noche, no más tarde, Señora, ahora, dame la pureza absoluta.

La imagen misma de la tranquilidad -estos cardenales rosados, unos alhelíes blancos contra el mar. Un bote avanza lentamente entre los sargazos. Pero no hay correspondencia. El corazón no es eco de ningún presente placentero. Nunca hay presentes absolutos ni hay, entonces, absoluto placer. El absoluto placer sería la alegría, la eternidad un placer sin muerte, sin fin. El corazón humano sabe la limitación del tiempo. El vive el tiempo, es el creador del tiempo y tiempo significa, más que pasado recordado, opresión de futuro. Tiempo significa morir.

Lo Gallardo, 10 de enero

Deliciosas lecturas, buen sueño, grata conversación, cigarras y palomas. Unas dalias inmensas como emperadores aztecas. ¿Qué más? Un tortolino arrulla, oculto en la espesura. El corazón, ahora, marcha sin prisa, sin remordimientos. El cuerno de la abundancia está rebosante de ciruelos, damascos, aun naranjas del pasado invierno. La luna de noche parecía ella misma crujir entre las hojas de los aromos.

Entre todas las pretenciosas dalias cortesanas, una dalia roja quedó reducida a la más ridícula figura, como un pavo de moco desinflado -también originario de México. Una muñeca destripada o una

vieja trotera. No saben las otras pomposas damas dalias qué triste suerte les espera.

Melancolía de los perfumes y gozo de los sabores. Imagen e instinto.

Cada mata de maíz parece una persona. Un espantapájaros de sí mismo. Cuando las necias gallinas del criadero vecino tienen sobresaltos, se siente un clamor semejante a un trueno -y las protestas del cuidador, que pierde con ese brinco varias docenas de futuros huevos.

Dice Efraín[100] que las gallinas son para él tranquilizadoras.

Pequeña tragedia de verano: una hormiga ha trepado a mi mano y se ahogó en una gotita de jugo de damasco.

La angustia es un desajuste, una falta de concordancia, una falta de comunicación entre el sujeto y el objeto, entre nuestra conciencia y el mundo, sea éste naturaleza o personas -cosmos, naturaleza, cultura o prójimo. Ella nos viene de sentirnos de pronto sin amigos, mudos o sordos -mudos ante sordos, o mudos ante oídos bien dispuestos, o sordos ante quien se dirige a nosotros, o hablando a sordos[101].

---

[100] El poeta Efraín Barquero.

[101] El material conservado del *Diario* no ofrece otras anotaciones durante 1960. Pero, desde luego, las hubo: las páginas del *Diario de Oriente* (pp. 35-121) dedicadas a China, India, Egipto, Grecia (Oyarzún viajó a esos países entre marzo y mayo) provienen de cuadernos perdidos por el mismo Oyarzún (Sobre estas pérdidas, véanse las anotaciones del 15 y 24 de mayo de 1961).

1961

Santa Juana, 9 de enero

Casas de adobe todavía en el suelo, igual que la fachada de la iglesia[102]. Colinas plantadas de pinos, grandes y espesos tilos en la plaza, amena y sombreada.

Tolguaca, 11 de enero

Descubrimiento de la belleza de la araucaria silvestre que trepa hasta las cumbres rocosas y se recorta contra el cielo. También fue quemada aquí la selva primitiva, pero estos gigantes se salvaron gracias a la altura de las copas y a la corteza dura, casi metálica. Al lado del coihue como árbol de estampa japonesa, la araucaria es arcaica, hierática. Cuando el viento hace temblar las hojas ligeras de las hayas, la araucaria se mantiene inmóvil, sobre su tronco acorazado como un paquidermo apenas suavizado por el musgo. Los pájaros no hacen nido en este ruedo sobreviviente de la antigua selva. Sus frutos se dan en una esfera azul verde de tiras enroscadas que ocultan los piñones, alimento de los indios pehuenches. El chucao ríe en la espesura. La tórtola cordillerana arrulla al fin de sus amores estivales. Pero el pecado original de este paraíso está en los tábanos insistentes, incontenibles. El encanto del sol y de la tierra es roto por estos desalmados que es fácil e inútil matar, pues siempre aparecen otros y otros.

Es aquí la época de la alstroemeria peregrina amarilla, de tono vivo y abundantes hojas. En una casa de alemanes, a orillas de la laguna del Malleco, estoy viendo un *tropaeolum speciosum* formado de grandes flores rojas escarlatas.

Lago Icalma, 16 de enero

Subida a los farellones de araucarias con L.V.

---

[102] Destrozos causados por el terremoto ocurrido en mayo de 1960, cuando Oyarzún se hallaba fuera de Chile, en viaje por el Oriente (ver nota anterior). El terremoto afectó al país desde Concepción al sur, pero sobre todo a la región de la Araucanía y a las provincias de Valdivia, Llanquihue y Chiloé. En páginas siguientes del *Diario* se encuentran otras anotaciones que remiten también a ese desastre.

Bajo las hayas altas que dora a trechos el sol de la tarde, unas alstroemerias amarillas sobresalen del verdor oscuro como de violetas. Se responden dos juíos.

"El diálogo de esos dos pájaros
es casi tan silencioso como el nuestro".
"Estamos separados
y sopla el viento del oeste"[103].
Es ésta, por un instante, la perfecta paz.

Toltén, 21 de enero

Una larga playa abierta a las depredaciones del viento sur, de paisaje deshecho. Arenas grises, troncos náufragos, "un vasto hundimiento". El mar y el río subieron una legua tierra adentro. Los campos de labranza vecinos a la costa son ahora arenales cubiertos de despojos[104].

Lago Panguipulli, 24 de enero

Incendios de bosques. Los más bellos paisajes del sur son destruidos sin misericordia. "Chile país de turismo".

Las araucarias inútilmente abatidas, esqueletos de ballenas en las montañas.

En todas partes, la miseria de Chile, miseria con desidia, con mala voluntad, con impulsos agresivos. El problema no es sólo económico sino también moral y sería iluso quien creyera que la solución de éste depende sólo de la de aquél. El chileno proyecta su feísmo de población callampa a la naturaleza y por eso no le cuesta arruinar su hermosura. El no mira el paisaje ni tiene la capacidad de verlo en perspectiva, que exige una condición mental superior, la facultad de desprendimiento estético y moral. Los montes, las selvas, las cascadas impresionan al chileno por su magnitud, como expresión espectacular de fuerza, y no por su belleza, tal como podrían deslumbrarlo un portaviones o un terremoto.

La selva araucana, pobre en pájaros, ha perdido el arrullo de las torcazas, exterminadas por una peste hace algunos años, y conserva muy poco del jolgorio extremoso y abundante de los choroyes, también diezmados por el mismo flagelo. Obrero solitario, el pitío profiere una

---

[103] Estas frases entrecomilladas y dispuestas en el *Diario* en forma de versos, parecen, en su sentido, querer establecer un paralelo entre el diálogo de los dos pájaros (los juíos) y el de quienes lo escuchan, Oyarzún y su acompañante.

[104] El terremoto de 1960 fue acompañado por un maremoto que hizo subir las aguas (del mar y de ríos que desembocan en él), arrasando pueblos y transformando, en numerosos puntos, la geografía del litoral. De estos efectos toma aquí nota Oyarzún.

acerada voz de protesta, como si defendiera su silencio, cuando siente pasos extraños. En un sendero poco frecuentado cerca del lago Calafquén, vi altivamente erguido en lo alto de un tronco a un martín pescador, vestido de almirante con sombrero apuntado y ceremoniosa banda carmesí. Oteaba el horizonte con catalejo de oro. El juío mide la profundidad del bosque, le da relieve y distancia, saltando de rama en rama, como persiguiéndose a sí mismo, mientras el chercán diminuto, escurridizo, hace temblar el aire con su caramillo de frituras livianas. Pero el centro mismo de la espesura es feudo del chucao, que preferiría morir antes de dejarse ver, nuestro pájaro burlón, y de la gallereta, mal llamada cuervo de los pantanos, que no se cansa de reírse con trino de vieja contralto destemplada. Y allí donde el juío da la voz en sordina, lánguida, umbrosa, inconclusa, el zorzal entona tan repetidamente su gozo de dos notas que infunde una leve angustia, la del fin del verano.

Si no fuera por la bruma de los incendios que empaña los montes, el escribir aquí solo, sentado en el fondo de un lanchón a remolque que cruza el lago Panguipulli, sería un acto feliz como el comienzo del *Orfeo* de Jáuregui:

> "gozaba juvenil el trance Orfeo
> de libre edad su primavera ociosa..."

Nacimiento, Negrete, viejas aldeas en el suelo, nunca mucho, cada vez menos a la orilla de grandes y hermosos ríos, el Vergara, el Bío Bío, que resbalan azules entre pinos, mientras las calles polvorientas se desmoronan con las casas remendadas a la diabla. Sólo una real vida comunitaria dará nueva energía a estos pueblos pusilánimes, los más feos del orbe, sin flores, ennegrecidos por el uso y el desuso, calcinados por el sol, desabrochados por las lluvias, pueblos como Carahue, Nueva Imperial, Collipulli, Gorbea, sin pena ni gloria, mal ajustados a todas las estaciones del año, barriales en invierno, Saharas en verano, más hospitalarios con las ratas que con los hombres, buenos para enriquecerse y partir, para quedarse a medio morir saltando, para reventar e irse. El habitante de estos pueblos es indigno de su paisaje natural, es un fantasma ciego. Como dice Miguel Serrano del chileno, "vive de espaldas al paisaje". Y no sólo a las grandes líneas, también a las menudas. Son muy pocos los que conocen los nombres de los árboles o las flores y sólo la afición por la caza les permite denominar a los animales más comunes . La ruca araucana tiene una holgura, una espaciosidad, superior al rancho campesino. Es menos sórdida y hasta, se diría, más funcional, con todo a la mano y a la vista en su ruedo sin recovecos. Ruca y rancho están llenos de humo y los niños inmundos con conjuntivitis. Tal vez por eso les importa tan poco el humo de los incendios de bosque. Viven ahumándose. Los chicuelos araucanos de la isla Huapi en el lago Budi, frente a Puerto Domínguez, estaban

semidesnudos y muy sucios en el fondo de la ruca y lloraban sin consuelo posible cuando nos vieron llegar y conversar con sus madres.

Pocas son las manchas del bosque que subsisten en Huapi, antes recomendada por la densidad de su vegetación. Y, como a los araucanos los árboles parecen no importarles nada, la isla dentro de poco será un páramo, bien de acuerdo con la desolación de Puerto Saavedra y Puerto Domínguez. Ligera compensación: los "blancos cisnes de cuello negro" de este lago de Augusto Winter, que lloró e hizo a todo Chile llorar su fuga hace 50 años, han vuelto a multiplicarse en ciertas regiones del lago. Al llegar a Puerto Domínguez divisamos algunos que nadaban, airosos, entre los postes y alambradas de las vegas que el maremoto dejó bajo dos metros permanentes de agua. Lo mismo ha ocurrido en Puerto Saavedra, en Toltén y en Puerto Boldo, que son hoy tierras lacustres, salpicadas de lagunas en las que se solazan garzas y garzotas, cercetas, hualas, taguas, y toda clase de somormujos. Lo que parece comprobar que no hay mal que por bien no venga.

Ruedas de laurel de las carretas chanchas.

El pueblo de Panguipulli "en grisaille" por el humo a la distancia y las altas torres de madera de la iglesia como en un cuadro de Chagall.

Agua de la Gloria, 3 de marzo

Se nubla por primera vez el cielo en el verano. Sopla el viento del noroeste, que anuncia lluvia después de la sequía de 6 meses. Un abejorro vuelve rápidamente a su casa y lo mismo lo hacen unos matapiojos que no saben aún lo que es un cielo con nubes. Canta el juío sus últimas llamadas del día. Cuando me acerco, vuela ruidosamente una perdiz entre las hierbas secas. La luz baja tan bruscamente que se percibe de golpe el paso del verano al otoño y el cálido paisaje de Provenza se convierte en frío pinar de los Vosgos. La luz se degrada como el canto de los gallos. La tierra agrietada, los follajes polvorientos están ansiosos de lluvia. Graznan unos gansos, excitados por el cambio que se avecina. ¡Cómo relucirán bajo el agua los avellanos cargados a la vez de flores y de frutos! A través de los boldos casi negros, los girasoles llamean sobre el verde acentuado por el cubrimiento del cielo. En cambio, sin sol, se apagan reinas luisas, zinnias y claveles japoneses al lado del ajial sombrío, denso, inmóvil. El viento pasa muy arriba.

Entre estas colinas que se disputan los pinos extraños y los robles nativos, sólo se mueven las hojas inseguras de los girasoles más altos. Unos grillos crujen entre las hojas secas. Caen gotas dispersas en la calma tibia, callada, que sólo anima el borboteo de la vertiente en el bosquecillo sagrado de canelos. Todos se preguntan en silencio si lloverá al fin o no, pero el chincol no puede contenerse y se atreve a salir con su demanda intempestiva: "¿Has visto a mi tío Agustín?"

Agua de la Gloria, 4 de marzo

En las orillas del lago Icalma, el anciano pehuenche D. Cornelio decía tener 100 años, la misma edad que atribuía a su mujer, "la patrona". Nos invitó a entrar a su casa de madera, donde ella estaba sentada al lado del fogón con sus ojos ciegos. La cubría un manto negro sin adornos y la expresión sin vista realzaba la angulosidad de sus rasgos de águila cobriza.

-Se nos ahogó un hijo muy bueno hace poco, y la patrona de tanto llorar se quedó ciega...

-Y ¿cómo?

-Se subió a un bote en el lago con un amigo y su hijo mayor. Salieron a pescar. El amigo estaba borracho y se cayó al agua y mi hijo también cayó, por ayudarlo. Y el niño, que estaba salvo, fue a ayudarlos y cayó también. Se ahogaron a 9 metros de la orilla. No sabían nadar.

Están hechos a la fatalidad de estas muertes. Pero, la anciana con la nobleza de una matriarca, abre sus ojos muertos humedecidos por la lluvia sin fin de ese hijo, de otros, de toda su raza y su mundo.

-Cuando llegué a estas tierras, aquí no había nadie. El monte era más tupido que ahora, pues. Nosotros vivíamos de parte en parte y yo fui el primero que se instaló aquí.

Ahora los pehuenches tienen sus pedazos de tierra, apenas cultivada con la eterna excusa: "¡aquí no se da nada!", apenas unos pequeños sembríos de papas, de maíz, y sus ganados, vacunos, ovejas y chivos, que descansan a la sombra de los pehuenes en los riscos acantilados de los cerros que bordean el lago. Son dueños comunitarios también de las colinas con sus bosques de araucarias, que han sido ya en parte explotados por ellos con descuido y a vil precio. En los mismos días que acampamos aquí, vinieron el juez de indios, un delegado de la firma que les compró los rollizos y un agrónomo araucano, para hacerles entrega de E°3.700 que debían prorratearse entre todos, en proporción de sus cargas de familia. Al lado de la frontera junto a una laguna que se hiela en invierno, estuvimos en casa del ahogado, donde vive su viuda doña Blanca Guzmán de Cayuqueo. Todo está en una gran extensión, abarrotado de madera elaborada y de troncos que dejaron allí los aserradores y que nadie se interesó después por tomar. Entretanto, un bosque milenario desapareció para siempre.

Es lamentable apreciar el contraste entre el trato que se da a los bosques en los dos lados de la Cordillera, me decía una pareja de norteamericanos avecindados largo tiempo en Chile. Mr. Reed, administrador del conocido fundo El Vergel de Angol, que sostiene la Iglesia Metodista, es conocedor y amante *rara avis* entre los agricultores de los árboles nativos. Los incendios forestales alrededor del lago Panguipulli y entre éste y el lago Pirihueico -"son cien incendios o son más"- nos dolían en las carnes vivas. Riqueza tontamente desbaratada, sin provecho para nadie; paisajes deshechos. ¡Qué turismo ni qué nada

de este crepitar de hogueras, bajo el cielo de humo! Ríos naturalmente hermosos como los del paraíso convertidos en hacinamientos de troncos quemados (¡y seguimos hablando de las bellezas del sur!), la pesca arruinada, la erosión con cauces libres que se agregan a los deslizamientos de la tierra producidos por los terremotos. En suma, una tierra del diablo allí mismo donde los chilenos se complacen imaginariamente en situar el centro de la hermosura, sin hacer nada por detener la destrucción de este patrimonio universal, que ni siquiera es obra nuestra, sino herencia divina, don de la naturaleza.

En Malleco no queda nada de la antigua selva araucana. La Cordillera de Nahuelbuta, repartida entre los indios, está quedándose calva, roja, sin nada. Un desierto fabricado por el hombre que se descargará en aludes sobre la costa. Habría que idear un sistema que elimine estas pequeñas propiedades en manos de indígenas inexpertos, ignorantes, paupérrimos, que saquean sus propias pertenencias con el fuego.

Mientras conversamos, el lago Panguipulli se ha oscurecido antes de la noche con sombras rojizas y cuesta respirar.

Pero no sólo los indios son culpables, replico. Lo son todos. Lo es nuestra imprevisión, nuestra falta de amor y de inteligencia. En el verano más seco del siglo, seguimos quemando zarzas y rastrojos y cualquier viento difunde el fuego, que nadie podrá atajar. En su conciencia culpable, pobres y ricos piensan igual. Un Presidente de Chile años atrás y el indio me dijeron lo mismo: ¡Qué importan estos bosques! ¡Ya se reforestará! ¡Brotarán de nuevo! Voy al anca de un indio, cordillera adentro. Arde un bosque. Y el indio me dice:

-¡Viera usted la fuerza con que salen después los renovales, patrón!

Si en algo es urgente una planificación drástica y científica del Estado que se imponga a estos intereses particulares obcecados, criminales para el país, es en la defensa del patrimonio forestal, que es en Chile, mucho más que en otros territorios, defensa del suelo, defensa de la tierra, deber, más que económico, moral, asunto de dignidad nacional[105].

Santiago, 18 de marzo

Week-End en Lo Gallardo. Equinoccio de otoño con calores de pleno verano. Las lechuzas silbando en la noche y los perros aplacados, después del celo. Quisiera permanecer, siempre, en la estabilidad de un corazón que late junto con los hombres, con el Cosmos. ¿Será ésta la religión del Tao que el profesor Lipschutz vaticinó como religión

[105] Todo lo escrito este 4 de marzo fue incluido con modificaciones en el libro póstumo de Oyarzún *Defensa de la tierra* (Santiago, Editorial Universitaria, 1973. pp. 19-23).

universal del futuro? Será reconocer nuestra pertenencia al Cosmos, nuestra insignificancia individual y con eso nuestro poder de comunicación sin límite. No tener bienes, sino el Supremo Bien. Imaginemos que por un cambio genético, el Espíritu, que sopla donde quiere, suprime de nuestra psique todo apetito individual y nos hace amar, en cambio, el Bien en sí, el Orden trascendente. Con eso, adquirimos alegría y eternidad. Pues, si es el Cosmos eterno, y yo le pertenezco, también soy eterno en él. Una vida realmente espiritual hace innecesarias las revoluciones. El poder del espíritu bastará para que cada cual tenga lo suyo y con eso adore a Dios y a todas las criaturas. ¡Tanta lucha para conseguir las miserables cosas de la tierra! Cuando, en el fondo del alma, están las energías que nos abren las fuentes del Cielo. Yo pienso que la revolución material es hoy necesaria y está efectuándose, en parte a sangre y fuego, pero también secretamente en el tejido universal de la humanidad, en el cuerpo astral de los hombres. Y es esta última la más grande (...)[106].

Santiago, 15 de mayo

Un tercer cuaderno del Diario perdido. Signo de un máximo desorden. ¿Y por qué no tema de novela? Me digo: "aparecerá". Pero también me dije hace mucho tiempo que volvería a aparecer una persona que perdí por negligencia, que perdí de conocer y amar, y pasaron los años, y no apareció nunca. "No sería para esta encarnación". Sería para otra. O lo fue en otra. Lección: resignarse al destino. ¿O dominarlo?.

19 de mayo

"Por lo demás, el público mira nuestra guerra como si pasara en Congo", escribe Lastarria desde Buenos Aires a M.L. Amunátegui, refiriéndose a la guerra con España, en 1865, hace menos de un siglo.

24 de mayo

¿Cómo recomponer un Diario íntimo perdido? Desvanecidos los instantes que lo engendraron, toda reconstrucción parece una impostura.

Compré ese cuaderno escolar de tapas verdes en Buenos Aires, el 23 de enero, en una tarde luminosa de pleno verano en que llegamos mi madre, M.V. y yo desde Santiago, para volar a Madrid al día siguiente. Mi mamá no había volado nunca, y yo, en otro asiento desde el cual no la veía, estaba intranquilo por ella. La fascinó, sin molestias, la travesía de la Cordillera, con el Aconcagua casi desnudo, la pampa caligráficamente abstracta. En Buenos Aires, es decir, en Ezeiza, vimos

[106] Falta una página en la copia mecanografiada del *Diario*.

una tormenta de verano que había traído, quién sabe de dónde, un sinfín de mariposas, que caían aturdidas, desde el cielo cargado de nubes viajeras. Dormimos en el Hotel Internacional de Ezeiza, sintiendo el ruido nocturno de los aviones, con la intranquilidad del vuelo que vendría, sobre el Brasil, el Atlántico y Africa. Yo disfrutaba del placer de sentir las nuevas emociones de mi madre. No era mi viaje, sino el de ella. En la mañana, echando de menos ese cuaderno perdido, compré ese otro, perdido a su vez. Recordé mi estancia en Ezeiza, en 1957, cuando iba a Rusia solo y sentí allá de pronto una desolación aguda, a pesar de mi deseo de ver todo ese universo nuevo. Por la última vez, mi separación de Chile era un desprendimiento doloroso de amor. Amaba, o creía amar, y partía con las entrañas desgajadas, un niño solo arrojado en sentido contrario a su corazón. Después me he acostumbrado a sentir que cada acto de la vida, cada paso del tiempo, va en sentido contrario a alguna virtualidad imperiosa del ser, que puedo vivir en cada instante esa contradicción que parece un testimonio directo de nuestro origen. "En el comienzo fue la tragicomedia". Desde el primer día, la contradicción nos alumbra. ¡Sin ella no viviríamos! Pero no moriríamos tampoco. Quietudes y viajes, encuentros y soledades, me han revelado, en mí, la esencialidad viva de la muerte. Vivo con la muerte. Sin ella, no sería yo mismo.

Vuelo sin imágenes a Río. Casi mediodía del trópico, calor, negros, bellos cuerpos oscuros, opulencia de la luz equinoccial, gentes nuevas que viajan, la riqueza del turismo con sus maletas de plásticos relucientes, la precariedad del gozo y los adioses ajenos, los abanicos de la prosperidad, y después Recife, el océano rápidamente entrevisto, y en Dakar los negros sacerdotales, suntuosos, todos reales en un andar de viejas ceremonias, y mi madre que se come feliz dos langostas a las 3 de una madrugada húmeda y fresca, y del sueño violento después, sentado sobre el Africa, con el olor de caucho refrigerado y los reflejos ambarinos del whisky, y el amanecer florido del Sahara y la mañana trascordada sobre el "océano de acero" de Castilla.

Madrid. En el centro mismo del invierno, que no veríamos más este año, hasta la vuelta. Manchones de nieve en el Guadarrama. Hotel Príncipe Pío con balcones sobre el palacio de Oriente, el Campo del Moro y la Casa de Campo, este paisaje duro y sedante, de los fondos de Velázquez y Goya, con la buena gente española, las pulcras doncellas, los grooms que se mueren de hambre embutidos en sus libreas, la viva espontaneidad del trato, las cúpulas con azulejos de no sé qué iglesias contra el cielo sin humo. Dormimos un poco, aún balanceados por el vuelo. Aquí estamos, en este buen Madrid lleno de cafés y de tahonas con hermosos nombres, como El Anciano Rey de los Vinos, en esta ciudad gentil, toda siglo XVIII y XIX en su poder de evocación; esta ciudad que pudo ser la capital de nuestro desarticulado mundo hispánico. Madrid es, para mí, como París , y más que Buenos Aires, o México, la casa propia, la ciudad a donde se regresa. Qué fácil familiaridad crea entre ella y el forastero. Ese mismo día de nuestra llegada, admiré las montañas de

cigalas, cangrejos, langostas, la roja exaltación de los mares, y las voces sueltas y mediterráneas de los que sirven sin remordimientos al festín de Baltasar y a todos los festines.

31 de mayo

Dice George Orwell que, si Gandhi hubiera vivido en la U.R.S.S., nadie se habría dado cuenta de su existencia. ¿Por qué medios? ¿Y un Dostoievsky o un Kafka soviéticos? ¿Cómo?

Vino descalzo: vino débil, pobre de color o poco cubierto.

Descarpir: separar a dos o más que pelean o riñen.

Descentranar: apolillar.

Descomer: vomitar.

Desembocada: momento en que el venado deja el bosque y sale al llano, y también el toque de trompeta que con tal objeto se da.

Desencamar: sacar a la liebre de su cama.

El inventor de la polka, en un pueblo de Bohemia, Giusseppe Neruda.

Uno de mis primeros encantamientos literarios, cuando niño, en Santa Cruz, fueron los ejemplos tomados de autores clásicos en el texto de Gramática de Salas Marchán, que bien recuerdo, un librejo de tapas azules que cayó en mis manos.

1 de junio

El empobrecimiento cualitativo del mundo se trasluce en el contraste entre el riquísimo lenguaje, ya casi extinguido, de la navegación a vela y el actual, tan esmirriado, de los vapores, automóviles y aviones, por lo menos el que corrientemente se usa (que la misma velocidad obliga a esquematizar al máximo).

2 de junio

"Hubo mártires de la pureza, que prefirieron volverse a las llamas por no permitirles su recato presentarse en público en el estado en que se hallaban" (Oración fúnebre pronunciada por el entonces Pbro. D. Mariano Casanova, el 16 de diciembre de 1863, en los funerales de las víctimas del incendio de la Compañía).

Canción de gesta, el último libro de Neruda, expresa bien sus ideales de vida:

"porque cuando un fosfórico disparo
del hombre desgranó la maravilla

y puede ser por fin toda existencia
la de un rey, estrellada y exquisita."[107]

Bueno, calificar de *fosfórico* al disparo que lanzó a los sputniks o a Gagarin, revela por lo menos pobreza de la imaginación científica. El fósforo es apenas una cerilla al lado de los nuevos componentes explosivos, que tienen también más expresividad. Pero, y esto es lo importante, ¿cómo esta "maravilla" podría ser la causa de que "toda existencia" pueda ser, como la de un rey, "estrellada y exquisita"? ¿Estrellada? ¿Porque conquista a las estrellas? ¿Conquistó algún rey a las estrellas? ¿O por las estrellas de la corona, una existencia con diamantes? ¡Y exquisita! Una existencia, ¡al fin!, exquisita como la de los reyes. Una existencia exquisita tal vez como la de Eduardo VII. Y ¿dónde queda "la triste magnitud del tiempo y su aliada: la muerte con su arado / para la agricultura de los huesos"? El prefiere olvidarla, esperando la exquisitez.

Neruda combina, limitando con Sabella, el preciosismo y la revolución se llena de pedrerías y de flautas:

"cuando el pueblo establece sus violines"...
"Y así surgió Fidel cortando sombras
para que amanecieran los jazmines"
("Cuba aparece").

En cambio, en "La gesta" consigue un efecto de sencillez y fuerza. Y también en los versos que siguen. Mas está visto que Neruda, gran poeta, es siempre hombre de consignas, y con eso hombre pequeño, tan desprovisto de pensamiento como un futbolista de genio. Ahora ha adoptado, o demagógicamente o con ceguera histórica, el indigenismo, y execra a Valdivia para exaltar a los araucanos:

"pero yo continúo sus acciones
y por toda la tierra americana
sacudo los dolores de mis pueblos,
incito la raíz de sus espadas,
acaricio el recuerdo de los héroes,
riego las subterráneas esperanzas,
porque, ¿de qué *me* serviría el canto,
el don de la belleza y la palabra
si no sirvieran para que mi pueblo
conmigo combatiera y caminara?"
("Vengo del sur").

---

[107] Todos los destacados de versos, en ésta y en las demás citas del libro de Neruda, son de Oyarzún.

Es decir, este yo hipertrofiado cree que es él quien está determinando fenómenos sociales que su maestro Marx explicó hace tiempo y cuya mecánica debería él -por lo menos tanto como cualquier militante- conocer -no le pidamos más-, y es su poesía la que propaga el fuego y lo mantiene. (Sus poemas de alabanza a Castro son bien posteriores a las luchas de la Sierra Maestra, frente a las cuales su Partido, y él en consecuencia, mantuvieron una actitud bien cautelosa).

"Y voy por las Américas oscuras,
encendiendo las espigas y las lámparas,
me niegan pasaporte los tiranos
porque mi poesía los espanta:
si me cierran la puerta con cerrojos,
llego, como la luz, por las ventanas,
si incendian *contra mí* los territorios
voy por los ríos y entro con el agua,
baja mi poesía hasta la cárcel
a conversar con el que me esperaba,
con el oculto estoy contando estrellas
toda la noche, y parto en la mañana:
arrecifes del mar no me detienen:
las ametralladoras no me atajan:
mi poesía tiene ojos de aurora,
puños de piedra y corazón con alas.
Cuando me reconocen en la calle,
en terrenos de cobre o de cebada,
desde trenes que cruzan por el campo,
en plantaciones de dulzura amarga,
si me saludan en remotos puertos
o en infernales minas subterráneas
es porque allí pasó mi poesía
con su rueda de *amor y de venganza*
a establecer la claridad del mundo
y dar la luz a los que la esperaban
y a acercar la victoria a los que luchan
y a dar la tierra a los que la trabajan"
("Vengo del sur").

El mantiene la revolución, él se proclama la levadura del amasijo social. Quisiera saber si no hay en todos estos versos, desde el punto de vista marxista, formalismo, esteticismo, y si no hay, para quienquiera que lea, soberana vanidad, que transforma en humildísimas hormigas a Víctor Hugo y Pablo de Rokha. Por allí pasó su poesía, "con su rueda de

amor y de venganza / a establecer la claridad del mundo". Me pregunto qué claridad podrá sobrevenir del afán de venganza. ¿Y qué luz ofrece? ¿Qué justicia es ésta fundada en la venganza? Un poeta que se proclama tan responsable, y de tantas cosas, este vate omnipotente, esta luz de la sociedad, este clarificador, nuevo Cristo traicionado también por "los treinta horrendos dólares del crimen" y también coronado de espinas -"que coronan tu estirpe con espinas"-, está poseído por la sed de la exquisitez y la venganza, nuevo César, voluptuoso y sanguinario. Consuela pensar que en la realidad histórica él mismo ha cometido tan pocos crímenes como protagonizado hazañas, fuera de su militancia fiel y activa en un Partido que ha hecho, él sí, casi todas las cosas que él se atribuye exclusivamente.

¡Cómo negar la grandeza del poeta que se olvida de sí mismo y canta sin soberbia aquello que ve, aquello en lo cual participa apasionadamente! Por ejemplo, ¡qué bien da el tono de la solidaridad del poeta con su pueblo en "Así es mi vida", justo, en sordina! Y es tan bello el poema "Las aves del Caribe" que casi me arrepiento de haber condenado antes al vanidoso Neruda, que aquí respeta a todas las plumas ajenas de estos pájaros fulgurantes que él junta con amor arrebatado. El es un primitivo. Ocurre que para ser un revolucionario de nuestros días le falta ser un civilizado. Debería haber comprendido antes que Neruda -de ahí su grandeza poética- es un niño, liróforo terrestre, un flechero de sentimientos tornasolados que ama al hombre detrás del pensamiento, anterior a la ciencia, a la filosofía; anterior al amor cristiano. El es un animal expresivo que canta a la semejanza, una materia que se celebra y se canta por identificación, ¡pánicamente!

Leopardo bonachón, al fin se ablanda, es tierno y perdonador:

"Pero el castigo de mi paz furiosa
no amenaza a los pobres ni a los buenos:
con mi lámpara busco a los que caen,
alivio sus heridas y las cierro:
y éstos son los oficios del poeta,
del aviador y del picapedrero"
("No me lo pidan").

Pero, ¿quiénes, Dios santo, serán estos pobres y estos buenos, si él sigue con las tablas de su ley, acumulando estrellas y armamentos, en su duro deber americano, sin importarle "rosa más o menos"? ¡Ay de las rosas! "Tengo un pacto de amor con la hermosura / Tengo un pacto de sangre con mi pueblo". ¿Con qué hermosura? ¿Con qué pueblo? ¿Y si el pueblo no aceptara sus mandatos? ¿Si el pueblo no quisiera alimentarse de su pan ensangrentado? Pues ese pacto de sangre lo firmó él solo, y no es seguro que la otra parte, la de más importancia para este efecto, esté de acuerdo. Y si él celebró ese pacto, ¿por qué no abandona todos sus bienes y comparte la suerte del pueblo? Yo oí decir en China que un

intelectual no puede realmente comprender al pueblo si no comparte totalmente su vida, en las fábricas, en las comunas populares, y me pareció aquello difícil de cumplir para nosotros, pero respetable práctica desde el momento en que sea aplicada.

Hay un real impulso revolucionario en este gran ego. ¡Quién pudiera librarlo de sus razones! Su cabeza es enemiga del resto de su cuerpo. El poeta visceral es incomparable; el otro... Los intelectuales comunistas tienen una raíz de fanatismo, pero, si son marxistas, deben ser objetivos, es decir, inteligentes. La masa se conforma con slogans, aquí y allá. ¿También los poetas? El tema del imperialismo norteamericano es clave. La masa necesita chivos emisarios. El nazismo, a los judíos. Mussolini, a los ingleses. Los comunistas, a los EE.UU. La masa recrea, para el beneficio de su falta de inteligencia y de su agresividad, eternamente, a Caín y Abel. Jamás se pregunta: ¿cómo era Caín? ¿Cómo era Abel? La masa es maniquea. Hubo un tiempo en que Neruda se hundió en sí mismo y se desabrió en *Residencia en la tierra*: Caín y Abel. Ahora él es Abel, con su pueblo de América, y el Caín son los yanquis. Pero, ¡quién puede tragarse esto a estas alturas! Para incontables húngaros y polacos, la Unión Soviética es Caín, tanto o más que los Estados Unidos para América Latina. Y el Abel Fidel Castro, ¿no se ha transformado, si no para todos, para muchos seres reales de carne y hueso, en Caín? ¿No es el Caín de su íntimo amigo Morgan? El simplismo sentimental de Neruda, que no quita una pizca a su elocuencia poética, es expresión de lo más peligroso del hombre-masa. El no tiene ojos para ver, tiene aletas para sentir. Pero las aletas no discriminan, y bien puede ser que él mismo mañana eleve himnos a Kennedy, como los elevó a Pedregal, González Videla y, en algún sentido de asentimiento, a Batista y a Perón. Hay otros, más inteligentes, que piensan por él acerca de las reacciones humanas y políticas, usando esta fuerza primitiva que se identifica con tan deslumbrante belleza con el corocoro y el aguaitacaminos, aves del Caribe.

Mis reparos no afectan al poeta, a quien admiro, ni a la dirección política del hombre. El movimiento que él exalta es justo. Escribo sobre él como un abogado del diablo. Seriamente, como él escribió su "Norteamericano amigo", con nobleza. Y con genio, con amor real, "En el año 2000", que me hace deponer todas mis armas. ¡Bien! Amigo nuestro, no importa, ahí están la humanidad del poeta y su belleza.

3 de junio (Centenario del nacimiento de mi tío Isaac Lorca)

Llueve desde anteayer. Todo el sur inundado, y en partes, hundido. En cambio, en el Norte Chico no llueve desde hace 20 meses y se han muerto -en buena hora- casi todos los rebaños de cabras.

Leyendo un canto a Bolívar de V. Huidobro, escrito en 1936, veo que la tendencia sabelliana es más universal en Chile de lo que parece.

El primer pan se habría hecho en China: el pan del hombre.

D. Fco. José de Morán, Obispo de Santiago a fines del XVIII, siendo Obispo de Concepción cayó en manos de los indios, que jugaron su vida a la suerte de un partido de chueca. Atado a un poste, el infeliz prelado imploró la ayuda de la Virgen del Carmen, y triunfó el bando de la libertad. En este caso, más que la fe del Obispo, es asombroso el humor de los araucanos. Gracias a este suceso, se construyó la iglesia de la Estampa Volada de Santiago, que el Obispo costeó de su peculio, después del episodio del vuelo de la estampa que una señora había comprado frente a la Catedral y que cayó en el sitio del futuro templo. Las campanas de esta iglesia fueron las que primero saludaron al Ejército Libertador a su entrada a Santiago, después de la victoria de Chacabuco.

4 de junio

Ayer en la tarde, un cielo lila. Bajo la lluvia, los juncos de los pantanos fulguraban cálidos, ocultando aleteos atarantados de taguas o somormujos. Un jinete a lo lejos hacía visible el hondo desamparo del crepúsculo mojado.

6 de junio

Leo por primera vez las *Flores de cardo* de Prado, publicado en 1908, según Alone, "contra todas las reglas del jardín". Apenas se salvan unos cuantos versos, y no, por cierto, los que Alone -en su ejemplar firmado por H. Díaz Arrieta- subraya como "espléndidos" (sic):

"como los seres
que carecen de paz
porque han renunciado a la alegría
de sentirse personales en la vida!"
("Las parras").

Mucho falta aún para *Los pájaros errantes* y *Alsino*. El poeta se ha desecho de la retórica modernista, pero todavía no tiene nada que ofrecer. A veces, un alfilerazo de humor seco, una sonrisa desgarbada:

"el laurel emblema de la gloria,
burla de la muerte
que se burla sola!"
("Del laurel").

O, de pronto, sin orquestación todavía, un esbozo del que después será un sentimiento dramático de la naturaleza:

"cepas
que engarzando la debilidad de los zarcillos

caerán abrazadas a la tierra"
("Las parras").

Las barbas de Campoamor suelen enredarse en los ramajes, con dejos moralizantes. Ya surge en este contemplativo el elogio de la vida doméstica, del tiempo en reposo: unos píos de pájaros, unos cantos espaciados de gallos lejanos que describen lentamente el círculo de la comarca, el ruido de unos escobillones sobre la ropa que lavan en la artesa:

"Afuera no había nada
como la vida mansa
que toda la casa destilaba.
Y todo parecía respetarla
hasta la luz y hasta la sombra y hasta el aire
que cauteloso solamente entraba.
Dentro de ella, ella misma daba
una espesa sombra. Los árboles
nunca tendrán nada semejante"
("La casa").

A Alone en 1908 -17 años- lo deslumbraron, al parecer, estos versos, para él audaces, sin duda:

"Un momento de duda en el mirar a lo lejos:
el campo dormía amodorrado la cara al cielo"
("Zumo de naranja").

A pocos poetas les había ocurrido que se cumplieran, a más de 40 años de distancia, justamente los votos enunciados en la juventud, en versos de temblor romántico. Prado, en "Las manos", expresa un deseo:

"Cuando muera
haced que mis párpados se cierren,
pero haced que se cierren lentamente,
así mis ojos turbios vuestra imagen lleven
más allá de la muerte!"

El poeta, en 1952, en su antigua casa de Viña del Mar, expiró en los brazos de esa misma -en el fondo única- amada de 1908:

"Al recostarme en ti, rincón de tierra,
todo parece que creciera:
los tallos verdes se cruzan contra el cielo
por sobre mi cabeza

y se hace sensible entre las hojas
el mundo ignorado que te puebla"
("Cansancio").
"Desconocida yerba de este campo
quisiera resolverme en ti"
.....
"hundirme en tu simplísima existencia,
ahogar mis interiores guerras
en el lento crecer de verdes hojas..."

"Generación va y generación viene -dice el Eclesiastés-, mas la tierra permanece". ¡Ojalá permaneciera! Ahora ni siquiera sabemos si permanecerá la tierra como planeta. Bien pudiera ser que volara toda por los espacios, un insignificante escupitajo sideral. Pero aunque esto no ocurra, está desapareciendo debajo de nuestros pies la tierra que amamos, esta capa sutil de minerales y bacterias, hecha con el sudor humano y con hojas milenarias, este migajón germinativo donde crecen la hierba y los árboles con sus flores y sus frutos, este manto delgado que nutrió a nuestros abuelos y sus rebaños. Esta piel del planeta que nos fue dada para cuidarla con amor, como un hijo debe cuidar a su madre, está esterilizándose. La avidez, la ignorancia, la incuria, todos los males del alma empobrecen la tierra y la destruyen. La preservación de nuestro suelo es un deber sagrado. "Ama a la tierra como a ti mismo" debió también decirse. Mas los hombres no aciertan a amarse a sí mismos. Nuestra tierra inmediata es el espejo del alma humana. Mas el hombre quiere romper su espejo y quema los bosques, suelta el ganado en las quebradas y convierte el humus engendrador de dioses en ceniza muda, en fibras deshilachadas bajo el sol sin perdón. ¿No tendrán también las plantas un Marx que sostenga sus derechos? El hombre violento, que quiere destruirse, que no ama sino la vociferación o el goce conminatorio, odia a los pájaros, no ve flores, ciega los pozos. Allí donde cantaban las aves sobrevivientes del paraíso, la lluvia demuele los terrones y los precipita al mar.

7 de junio

Llueve otra vez. Desde Santiago al sur, el viento huracanado vuela techos y casas, arranca árboles de cuajo, los ríos se desbordan, Valdivia sigue hundiéndose. Pero apenas si han caído unas cuantas gotas en el Norte Chico, que tanto las necesita.

Terminé de leer -apacible pasatiempo de lluvia- *Gladys Fairfield*, una de las últimas obras de Blest Gana. Apenas una novela rosa, me confirma la impresión que me produjo *La aritmética en el amor*. La visión de Chile y su gente en Blest Gana es esquemática, simplísima, y la de la clase alta, más bien despectiva. Almafuerte y Rafaela, su mujer, son en esta obra una pareja de chilenos muy ricos, frívolos, vacíos, que

no saben enseñar a sus hijos, y que vuelven al primitivismo apenas cualquiera situación de crisis quiebra el barniz de sus convencionalismos civilizados. Habría que estudiar la imagen de la sociedad chilena en Blest Gana. A lo mejor se tendría alguna sorpresa, como el descubrir que fue sobre todo un novelista satírico, un censor de nuestra aristocracia.

12 de junio

"Si yo fuera un árbol o una planta modesta, sufriría la dulce influencia de la primavera. Soy sólo un hombre... No te alarme mi regocijo". (Anónimo chileno).

Según la leyenda, un viejo rey azteca usó un planeador de plumas de cigüeña para volar desde una colina.

16 de junio

"¡Que importan los hijos nuevos si los hijos viejos murieron!", dice Septimino que dice Job.

El licenciado Gregorio, en su obra *Opinión contra la libertad de los indios*, publicada en 1513, pretendió establecer que los indios eran esclavos de acuerdo con la naturaleza y la doctrina de Aristóteles.

Perdía mi chaqueta en Sao Paulo. El avión bajaba vertical, se desplomaba del cielo. Había un choque, pero no pasaba nada fuera de la pérdida de mi chaqueta. Mi mamá se quedaba en el restaurant del aeropuerto y yo salía a buscar la chaqueta hasta la frontera en un taxi. Veía amanecer y meteoros. El chofer se preocupaba de ayudarme, pero no hallábamos nada. En un instante apareció entre nosotros el Niño Divino. Un niño muy pequeño de una belleza tan extremada, tan pura, tan perfecto, que yo me dije al tenerlo sobre mis rodillas que no podía ser sino la muerte. Después, al recordarlo, se me helaba la sangre. Desaparecía. No encontré jamás la chaqueta perdida, con todo, todo perdido.

Cuando bebimos en Sitges vino de malvasía -mediodía aturdido de luz con el Mediterráneo a nuestros pies-, no sabía el origen de este licor balsámico, que los catalanes hacen de una vid fragante que trajeron de la isla de Chios en tiempo de las Cruzadas. Vino de malvasía, Monembasie , vino de Argos, vino tornasolado de mil ojos, vino real de plumas conuscantes.

Alguien en el sueño me preguntó por el patiperdido poeta Molina: "Está sormigrado en la piscina", respondí.

Patillas: el Diablo. Mandrágula o mandrágora. "Dijo la corneja al cuervo: quítate vos de allí, negro, y el cuervo a la corneja: quítate, negra..."

Este pez avión a chorro por un lado y monja por el otro.

Según la Academia, bagual viene del araucano cahual y éste del castellano caballo. Todo un circuito.

18 de junio

Bajo tantos ruidos o tan amenazantes silencios, sólo me equilibran al terminar la noche las campanas de Santa Ana que hacen denso, seguro el amanecer. Plateadas por el alba, vuelan hasta mi último sueño y me garantizan como las carretas de mi infancia, que vendrá otro día.

En el sueño buscaba piedras pulidas, hasta que hallé una que tenía casas, árboles, personas pintados como en un esmalte. Cuando la miré de cerca, todo este paisaje se animó y reemplazó el mundo de fuera. Ese de adentro era el mundo.

Según Las Casas, los indios eran "gente más que otra sencilla, quieta y no cruel". Llevado por su amor hacia ellos, impugnó fogosamente la doctrina aristotélica según la cual puede haber hombres esclavos "por mandato de la naturaleza" y habló de Aristóteles como de "un pagano que estará ahora quemándose en el infierno". "Debemos hacer uso de sus teorías hasta donde armonicen con nuestra fe y costumbres cristianas", declaró en su discurso pronunciado ante el Emperador Carlos V, en respuesta a Don fray Juan de Cabedo, obispo de Darién, acerca de la esclavitud de los indios. Este prelado sostenía, por cierto, que los indios eran siervos *a natura*. Pero más tarde, en 1520, el Emperador dictó una Real Cédula dirigida al Juez de Residencia y Justicia Mayor de la Española, Rodrigo de Figueroa, declarando que los indios son libres y por tales deben se tenidos y tratados.

19 de junio

Tan difícil ha sido que el hombre acepte de hecho la igualdad de razas, o de clases, que aun el justiciero Padre Las Casas, para defender y salvar a los indios de América, a toda costa advocaba la traída de negros esclavos. Comparaba a los españoles con lobos y decía de los indios: "no hay en el mundo gentes tan mansas ni de menos resistencia ni más hábiles e aparejados para recibir el yugo de Cristo como éstas". Las Casas llegó hasta negar la extremaunción a los españoles que tuvieran indios esclavos y que no hiciesen los testamentos en la forma que él aprobase, contra lo cual los oidores de Santo Domingo protestaron en carta al Rey, "porque conviene mucho que en estas tierras haya todo sosiego, que es lo más necesario para la población". A Las Casas, en cambio, el propio término *conquista* parecíale "tiránico, mahomético, abusivo, impropio e infernal". Pero, buen hijo de su tiempo -y de otros-, en 1545, en una proclama dirigida a sus ovejas de la diócesis de Chiapas, el nuevo Obispo conminó severamente a todos los ciudadanos y feligreses "para que den testimonio de los pecados y desarreglos de vida que conozcan bajo pena de excomunión".

Linares, 23 de junio

En el día nublado, una fuente de piedra gris; en el borde, unas

macetas de hortensias de invierno; el agua verde refleja un patio con pilares. Todo esto me produce una especie de comunión.

24 de junio

Leyendo en el *Observer* unos artículos sobre clubes y pandillas juveniles en Londres, pienso que hasta el peor proselitismo político o religioso es preferible a la organización espontánea de estas juventudes sin fe, sin nada trascendente en sus vidas. Están gobernadas por los instintos, por la inmanencia pura. (No había reparado bien en que los instintos son pura inmanencia, la vida desprovista de toda trascendencia consciente, haciéndose y deshaciéndose a sí misma, la vida que apunta sólo y exclusivamente a la vida). Un partido político, una secta, son, malos o buenos, un cauce, una meta, la sublimación del ego. Esos jóvenes ingleses, ni malos ni buenos, disueltos en la promiscuidad del grupo, se sienten valiosos sólo por su inclusión al gang.

"Aceptaríamos practicar la política cristiana de la no violencia", dice Krushev en 1958 a unos parlamentarios ingleses. "En una guerra nuclear, la URSS sufriría grandes daños, pero no sería totalmente destruida. En cambio, Gran Bretaña desaparecería del mapa. No queremos seguir apilando bombas atómicas bajo tierra. Las bombas atómicas no son como pepinos en escabeche". El hombre que durante cientos de miles de años ha luchado con, contra la naturaleza, ahora pelea vertiginosamente contra sí mismo, dentro de sí mismo. "El hombre es esencialmente peligroso para el hombre", escribió Ortega. La desconfianza natural es ley para las naciones, para los individuos. "Yo no creería en los americanos si ellos me dijeran que han destruido sus stocks de bombas. Los americanos tampoco me creerían si yo dijera lo mismo". Entretanto, las masas pudientes del mundo -tan masas como las otras- se precipitan ávidamente hacia placeres cada vez más precarios. Para Navidad o Pascua, los aeropuertos se atiborran de viajeros urgidos y desesperados, vestidos de colores brillantes, provistos de skis o de cañas de pescar, fugitivos del maelstrom. Los automóviles bloquean las calles. Necesitan horas para salir de las ciudades, y los viajeros llegan a los sitios de reposo con los nervios deshechos.

26 de junio

Una larga espera de Carlos Morand. El drama de un muchacho diferente. Mas ahora la diferencia no está dada sólo por la sensibilidad; principalmente lo está por la falta de compromiso ideológico. El expresa bien la extraña situación de quien no se identifica con ningún bando y tiene, por eso, que morir. El apasionamiento colectivo de nuestra época está borrando la función cognoscitiva, discriminatoria, de la inteligencia. El intelecto vuelve a ser una pura herramienta, al servicio de una acción que resulta al fin necesariamente gobernada por las pasiones, por las peores pasiones. El odio se presenta sin máscara. Un marxista puro

debería ser hoy motejado de idealista por los marxistas militantes. Todas las grandes revoluciones modernas están desprovistas de una verdadera imagen revolucionaria creadora del hombre. Son fenómenos de masas, imponentes, realizadores, remueven la tierra como bulldozers, pero no han hecho visible ninguna nueva revelación del hombre. El hombre a que aspiran los comunistas no es, en el fondo, diferente ni mejor que el hombre del capitalismo. Es el mismo hombre, con la diferencia de que no está -se espera- oprimido ni explotado por su empresario, y de que se espera también podrá florecer en el claustro del trabajo común. Pero este hombre es el mismo que el otro, y no hay razón plausible que nos haga creer que hará mejor uso de sus bienes y derechos que el antiguo. Es la revelación por lo exterior, y en este sentido es un alzamiento del hombre-masa, como lo es la liberación material gigantesca operada por el capitalismo en los EE.UU. y algunos países de Europa. Estos hombres dominan cosas, pero no se gobiernan a sí mismos, no enriquecen propiamente el mundo humano; son cadáveres activos y flotantes. Pueden también, por cierto, flotar por el espacio exterior, ser Gagarin o Sheppard. Es sintomático que estos dos hombres sean más héroes de nuestra época que los que trabajan sin ruido en empresas igualmente heroicas y más significativos para el destino del hombre, sean ellos místicos, poetas o científicos. Un hombre en la Luna -ideal expresado por el Presidente Kennedy-, un hombre en Marte, un hombre en Venus, son de todos modos el mismo hombre que partió de la Tierra, el mismo fanático, el mismo partidario. Pero un hombre que realmente llegue, por purificación interior, a amarse a sí mismo, a amar a sus semejantes, a amar a la naturaleza entera, ése no pesa ni influye socialmente, ése no tiene asiento entre los poderosos de este mundo, cuando es ése el que en verdad esperan las masas hambrientas no sólo de pan. Se ha insistido tanto, y con tanta justicia, en el hambre del cuerpo, que los mismos que la administran o procuran saciarla sentirán mañana el más grande asombro cuando se hallen ante la ola incontrarrestable de los que, ahítos o no, se desploman sobre esta sociedad mecanizada, pidiendo algún género de pan espiritual. El día está próximo y no faltan anuncios. Las juventudes coléricas no están hambrientas. Tienen pan suficiente, vestidos llamativos y sexo satisfecho, pero lo rompen todo. Quieren aun, en su barbarie, ese pan espiritual, esa levadura de amor, que no se negó en otro tiempo a bárbaros peores.

29 de junio

Excursión a Lampa. La Sierra de las Vizcachas está nevada, con arrestos de Cordillera, entre las nubes azafrán del crepúsculo. Naranjos cargados, y hasta en pleno invierno, olor a azahares. Grandes paltos, pimientos. Somnolencia dominical de un pueblo pobre, tan pobre que en las casas los catres se ven desde afuera, apenas detrás de las puertas, sobre el suelo de tierra. Ahí duermen las familias, obligatoriamente sucias, entremezclándose . Ahí viven y duermen los niños, que desde

temprano -desde siempre- participan de los secretos de sus padres, o de los otros, animalillos con conciencia. Un viejo de barba coloreada por el humo, cubierto por ropas ajenas ya muy viejas, leía *El Siglo* en una esquina, tomando el sol. Un viejo borracho, cordial, inquieto, buscador de contactos.

-¿Qué le parece la situación del mundo? ¿Habrá guerra a propósito de Berlín?

-Yo considero que será bueno que se consiga la paz.

Y pregunta de inmediato:

-¿Usted, señor, es chileno?

-¿Chileno? Pero, claro...

Ofrece sus manos, sus brazos:

-¡Chileno! Choque, caballero... Pero, dígame usted, no será enemigo usted de los rusos, francamente...

-¿Enemigo de los rusos? ¿Por qué? ¡No, amigo!

-¡Choque de nuevo! ¡Si yo tuviera con qué festejarlo, caballero! Pero no tengo...

Recordé una lejanísima escena.

1950. Verano lluvioso. El sur de Inglaterra, Devonshire. Felicidad de andar a pie, mochila en la espalda, de hurgar entre las casas y las gentes, de gozar de paisajes, de ser un momento parte del paisaje. Felicidad de ser joven. Felicidad de no tener prejuicios, de estar aquí y allá, no estar fijado en ninguna parte ni idea, vagar libremente sin obligación ni sanción. Felicidad, entonces, de ser joven y sentir la juventud. Y no sólo de sentirla, comunicarla, dar la conciencia de su juventud ignorada al joven desconocido hallado por casualidad, en el camino. Podía recorrer esos condados, libre, sin deber, mensajero real como los ángeles, apenas en shorts, aunque fuera lluvioso el verano. Un pueblo, un villorrio, un village, un castillo, y los largos caminos, aún no ocupados por los autos. El verano cambiante sobre mi cabeza, la exaltación del verano en mi goce solitario.

¿Qué aldea sería? No recuerdo. Era el largo crepúsculo de estío. Todos estaban en sus casas. Un pueblo desierto. Encinas, abetos, robustos manzanos al lado de las casas de piedra. Ellos viven aquí para permanecer, para engendrar y seguir hasta donde se pueda la vida, y morir. El reloj de la iglesia no da sólo las horas del día. Da también los meses, los años y los siglos. Un cruzado rojo y azul marca los siglos con su espada. Esta vida colinda con la eternidad. (En mi país, como bien lo ha dicho Benjamín Subercaseaux, todo es provisional, precario, todos están cambiándose de un momento a otro y una suerte de mediagua del alma es la ley). Atravieso la calle desierta. El reloj da bellamente las 9 de la noche. (¡Ah, si tuviéramos bellos relojes sentiríamos mejor la gravedad del tiempo, la hermosura dolida de la existencia! Pero aquí los relojes no cantan ni andan. Los más importantes relojes están sin cuerda. Hace tiempo que el reloj de la Municipalidad se paró en las 3,20. El reloj

de Santa Ana se detuvo, y hasta el de la Intendencia de Santiago está malo. Los chilenos no quieren saber nada de los ritmos del tiempo). Da bellamente el reloj de ese villorio las 9 de la noche. Está claro todavía. Voy sin rumbo.

En una esquina, me ataja un anciano (¡qué parecido a mi padre!). Me dice:

-¡Hola! ¿De dónde viene usted? ¿Viene de lejos?

-Sí, señor, de muy lejos.

-Apenas lo vi, adiviné. Viene usted de Francia, de Italia... (En esos tiempos no había aún el turismo masificado de los últimos años).

-No, señor, vengo de más lejos, de mucho más lejos, de la América del Sur, de Chile...

-¿De Chile? ¡Chile! Es la primera vez que veo un chileno...

El anciano, modestamente vestido, pero con grandes bigotes de lujo, retrocedió unos pasos.

-¿De Chile? Let me think. O, it's so strange...

Y se me acercó con los brazos abiertos, como un padre bíblico:

-¡Oh! Señor, permítame abrazarlo. Nunca vi a nadie que viniera de tan lejos...Oh señor, si no fuera que ahora estos malditos socialistas nos tienen tan estrechos de fondo, yo lo hubiera invitado a beber una buena cerveza conmigo para celebrar esto. Permítame abrazarlo. En mis buenos tiempos le hubiera dado una fiesta en el *pub*. Pero, no tengo sino mi pensión... Recuerde, joven, a este viejo que ahora lo saluda. Usted seguirá por el mundo. Yo no. Pero todos debemos conocernos y estimarnos. ¡Qué bueno que usted conozca estos pueblos! Yo quisiera haber viajado, haber recorrido la tierra. Me alegra tanto haberlo conocido a usted. Usted podría ser hijo mío, o nieto. Y me gusta saber que a usted le gusta caminar por estos senderos que yo conozco.

El buen anciano, inglés al cabo, se retuvo, se detuvo. Me abrazó de nuevo y se fue. Yo me quedé mirándolo, mientras se alejaba, pulcro como una hormiga. No lo vería más. ¿Dónde? ¿Cuándo? Tal vez lo veré cuando, si resucitamos, resucitemos.

Una conciencia estética es tan necesaria como la conciencia moral. Pero la estética sin ética engendra el cinismo. Yo no puedo curar los males de la humanidad. Aunque fuera Presidente de los EE.UU. Pero tengo una tarea. Una tarea que está por encima de mi afición de escritor. Una tarea urgente.

Si hubiera un renacimiento de la fe espiritual, no estaríamos donde estamos. El espíritu no es sólo sustancia, es dinamismo. ¡Que aterrice el Espíritu Santo! Quiero un espíritu con realidad, con tierra. Un espíritu que esté a la altura de la materia inflamada, inflamatoria, pues en este siglo todas las proezas las realiza aparentemente la materia con sus potencialidades reveladas. La materia está engendrando mitos. ¿Y el espíritu? Colonizamos el espacio. ¿Y el tiempo? ¿Colonizar el tiempo? ¿Quién sabe lo que somos en el tiempo? ¿Qué revelaciones oculta el

tiempo? La tarea del espíritu, fuente de todo humanismo, aun del marxista, ha de ser reincorporar al tiempo en el espacio, es decir, misteriosamente hacer de la muerte una instancia de la vida. Sólo en la medida en que yo haya hecho -¡hecho!- de la muerte un tránsito. Para que la muerte sea, como debe ser, una ilusión, debo yo sentir que la vida es también ilusión, pero una ilusión que obedece a un estímulo real, que es una fusión de la muerte y la vida. Y esta realidad que supera a la ilusión reposa en el abandono del yo, en la entrega. Lo doy todo, por amor, sin esperanza. Pero debo esperar que mi alma inmortal, puro amor, se haya identificado consigo mismo en esta total entrega, en este olvido -y que eso lleve a una república de amor universal y pleno. ¡Qué pueden importarme las cosas! No quiero sino el amor y el conocimiento. Estos son los bienes supremos y por ellos sufriría gozosamente el martirio. El hombre no quiere, en verdad, sino lo Uno, pero ese uno lo quiere desde su propia mirada, una mirada de amor. Si existen las personas, debo pensar que esta existencia tiene sólo un sentido de acorde musical, y que la felicidad suprema está en el abandono de sí, para la plena posesión de sí.

Arica, 10 de julio

Una cortina con un bordado de ojos que traslucen un jardín interior, fuente sellada, como en un cuento árabe.

Los chilenos creen que se hace chilenidad transmitiendo cuecas por radio, atronando los oídos de los turistas y los indiecitos de Arica.

Entre las piedras de la playa, unas indias de mantos y tonguitos negros, lavan la ropa en charcas de agua de mar. Una de ellas, pequeña y gorda, se peina los cabellos largos que caen sobre su traje amarillo limón. Los niños juguetean entre las ropas tendidas. Al fondo están la grúa del puerto y los barcos pesqueros. El mar agitado se encoge y se estira con relumbres verde gris, hasta con una gota de azul en el hueco de las olas. Los pelícanos, agudos, viejos y sabios, miran lo que buscan. La playa es un basural. Fierros viejos, excrementos, unas pobres, cenicientas matas de chilcas. Al otro lado de la línea del tren, una población callampa de nylon viejo. Todo es posible. Hasta lo imposible: una chola vendiendo en el mercado de la calle Maipú los discos de *Las bodas de Fígaro* grabados por la ópera de Viena. Dos hombres y dos muchachos con el torso desnudo empiezan a construir un armazón de tablas en medio del pasto. La población se extiende con despojos de todos los países y con las cholas enlutadas lavando en otra poza de agua verde cristalina, con plantas acuáticas. Detrás, un borrico mueve calmosamente la cola. Al otro lado de una muralla de pandereta, están los jardines del nuevo hotel con cabinas recién hechas, recién pintadas, recién inauguradas.

11 de julio

Vivero forestal de la Junta de Adelanto de Arica. El palo santo de tronco hueco en cuyo interior se cría la hormiga carnívora. Ando en busca de semillas en el desierto, reconstituyendo oasis arcaicos con mujeres y pájaros. Apenas encuentro un árbol -pimiento boliviano, higuerilla, palo santo-, vuelven a aparecer las tórtolas cordilleranas, los píos y las raíces que vivifican la tierra, las raíces que pueblan el aire de trinos. Flotaban plumillas sobre las hojas de los tamarugos jóvenes, árboles tan antiguos y de vida tan dura que aún nuevos parecían viejos, ya retorcidos, protegiendo con repliegues su alzadura precaria.

Arica, 13 de julio

Sobre la arena ocre del Morro, se deslizan, enlazadas, dos figuras pequeñas como hormigas. Una falda roja con chomba negra; él, pantalones oscuros, camisa blanca. Bajan el arenal, con pasos desenvuelto. Vienen de la mano. De pronto se detienen y se besan. Son jóvenes. El Morro, tan árido, es el paraíso terrenal que protege sus deseos.

Tacna, 17 de julio

La aridez del desierto aprieta a los valles, que se encogen con sus maizales, sus arvejas, sus habas, a la sombra de las vilvas frondosas, semejantes a los algarrobos.

Bajo una cúpula cuadrangular, como salido de la poesía de Neruda, en el Correo: "Buzón terrestre".

La lluvia se escurre por los techos de barro en declive, en forma de mansarda. El interior, tapizado de totoras o cañas, tiene algo de buque, una gracia de espacio holgado e íntimo a la vez.

Una buganvilla roja, rosa de sangre, en este paraíso de las buganvillas, que trepan valles adentro, hasta el borde mismo del desierto.

Tacna conserva sus portales de piedra tallada, sus dinteles esculpidos en madera. Conserva sus rejas coloniales, sus patios, sus cortinas de encaje. A pesar de su hospital modernísimo y suntuoso, de su grupo escolar espléndidamente instalado, de su biblioteca pública excelente, como todas nuestras ciudades tiene su corte de mendigos, sus lisiados, sus niños descalzos. Frente al lujoso hotel de turismo, los indios postrados, impasibles, con sus rorros a la espalda, esperando la repartición de Caritas.

Esa india venía del bautismo de su hijo, que llevaba envuelto, a la espalda. Los hombres iban adelante, endomingados también, a unos 10 pasos. Y ella sola, de atrás, sumisa, tranquila, a pie firme, con su pequeño recién bautizado. Se había puesto una falda de seda celeste y unos zapatos de taco mediano. Iba allí, pulcra, resignada, a paso entero, dispuesta a recorrer leguas y leguas sin una queja. La mujer fuerte.

Gigantescos, y con los pechos inflados de anhelo, Bolognesi y Grau, en la plaza principal de Tacna, bajo un arco oval grotesco, miran hacia Chile.

29 de julio

Para un libro de poemas: *Piedras de fuego.*

Lo Gallardo, 30 de julio

Prunnus rosados, ciruelos blancos en flor, cantos de gallos a la orilla del río. La flor del ciruelo es húmeda, de un verde musgoso. Un perro dormita en el mediodía nublado sobre un suelo blanqueado de flores. Van y vienen las abejas, con el mismo rumor de siempre, antiguo como el mar o el viento a los oídos humanos.

Los brotes de la primavera son devorados por los caracoles, golosos de malvas y sobre todo de las sedantes hojas del floripondio. Hace más de un mes que floreció la higuera. Cada rama se eriza hoy en una púa resignada. Los picaflores se persiguen entre las ramas del abutilón.

Con Pitón salvamos a una abeja que recién había caído presa de una telaraña. Estaba atontada, pero fue reanimándose en el interior de una flor de abutilón en que la pusimos, para que volviera a alimentarse. Entre las venas purpúreas, sumía su cabeza en los estambres macizos como ducados y salía del globo con las alas salpicadas de polen.

Entre las indecisiones lilas y verdes gris de la primavera naciente, el canto bronco y modulado de la tenca. Los pastos tiemblan con verdor umbrío. El río corre caudaloso.

1 de agosto

Lo último que podía esperar era conocer al Obispo de la Araucanía al mismo tiempo que al Moisés del Miguel Angel en Roma.

-¿Es chileno?

-Sí, monseñor.

-¿Qué le parece el Moisés? ¡Maravilla! ¿no?

-¿Y a usted que le ha parecido el terremoto del 21? [108].

-¡Qué horror! He sufrido tanto pensando en mis pobrecillas ovejas...

Mas, entretanto, el pastor hacía visitas de arte.

---

[108] El encuentro aquí evocado con el Obispo se produjo en 1960, cuando recién había ocurrido, en mayo, el terremoto que asoló el sur de Chile, el 21 en la región de la Araucanía y el 22 en las provincias de más al sur.

6 de agosto

El apogeo de los almendros en Til Til y en el camino a Caleu. La luz que se filtra en los pétalos, las nervaduras, los estambres de laca y de oro, el rumor nebuloso de las abejas, todo esto que es un ritmo de la tierra, por debajo y por encima de las pasiones humanas, más allá de los cambios, puesto que es la ley de los cambios, exige un sacrificio, una ofrenda, un acto de fe. Qué hallar sino el deseo de una integración con la tierra y la vida. Aquí vuelan, Señor, tus mariposas. Vuelan en mí, y yo vuelo en ellas. Yo soy también esta abeja que liba la flor que la colma y la rama que se expresa en mi alabanza. ¿No es la imagen del cuerpo místico, en otro plano, lo mismo que el principio de conservación de la energía? Con esta diferencia: la energía de la ciencia se conserva, se junta, constituye una unidad cósmica. Pero no se comunica. Sus unidades, moléculas, átomos, son ciegas. En el cuerpo místico -¿no es algo leibniziano?- se conservan, se unen y se ven y se aman *mutuamente*. Este es, me parece, el ideal de T. de Chardin. Mas, con *toda* su validez terrena, él es también como todos los ideales, una proyección al límite. Los ideales son sobrenaturales. Y la idea de la sobrenaturaleza es lo mismo que la trascendencia de la vida, la supervida, es decir, el espíritu creador, inespacial e intemporal, el espíritu ajeno a la muerte del cuerpo. El espíritu que no tocamos sino en trances de desasimiento o entusiasmo. Cuando un hombre llega a sentir su espíritu, todo él se transforma en *pluma* y sopla donde quiere. Mientras el alma, presa del tiempo, es triste, el espíritu es jubilatio máxima, identificación con el vuelo creador de la sobrenaturaleza. Si estuviéramos sólo prendidos a la psique con sus inserciones directas en el cuerpo, nuestra vida, pasada la juventud, no sería sino melancolía, tristeza , abatimiento. "Se nos va todo... Se va de ti mi cuerpo gota a gota", dice el verso conmovedor de la Mistral. Mas el contacto con el espíritu transfigura la nostalgia en esperanza, ensancha al yo y lo olvida -toda pesadumbre es sólo cosa del yo. Aquí coinciden Buda y Cristo. Si pudiera yo *vivir* adentro de mi yo el no yo, y sentir que el yo y el no yo son idénticos, participantes de la misma luz, con eso sólo vencería a la muerte. Y con eso vencería a la historia y sus terrores. Sentiría la ilusión del presente, la ilusión de toda urgencia, la ilusión de mí mismo, pero también la realidad eterna de este mismo presente y de este mismo yo, unido substancialmente a la totalidad, al destino, al mayor mundo. En el sueño reconquisto a los que amo y vuelvo a inflamarme en lo extinto. ¿Es menos real mi sueño que mis comunicaciones fútiles con el prójimo en el tiempo? ¿No me introduce el sueño en mi verdadero yo, ligado por comunicación entrañable a los demás seres humanos, a la materia, a Dios? Todo lo que veo decae y muere. Yo mismo, decaigo y moriré. Si fuera sólo materia organizada o intencionada, debería esperar desesperadamente el fin de todo, con el realismo más fino posible. Como el señor Krushev. Y millones como él. Pero en este vendaval del tiempo, hay instantes de visión, ventanas pequeñas, hacia la unidad. ¡Qué absurdo que nos sintamos tan importantes y tan solos! Somos, cada uno, como una minúscula flauta de llareta que da luz y calor,

sin perderse, una llareta inextinguible, en el diamante de caras infinitas. El pensamiento humano ha vivido tan encadenado a su función práctica, que no sabe todavía penetrar en su propia mansión. Vivimos y morimos con nuestros tesoros sellados y nunca los abrimos.

12 de agosto

Rousseau hace vivir a Saint Preux, el amante de la Julia de la *Nueva Eloísa*, en Juan Fernández. "He vivido tres meses en una yerma y deleitosa isla, serena y encantada imagen de la antigua hermosura de la naturaleza, y que aparece apartada al cabo del mundo para ser asilo de la inocencia y el amor perseguido; pero el codicioso europeo sigue su índole feroz, estorbando que la habite el indio pacífico, y se hace justicia en no habitarla él". Así escribe Saint Preux a la señora de Orbe.

Y, como recuerda don M. L. Amunátegui y Reyes en sus *Críticas y charlas* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1902), D. Manuel de Salas, espíritu ilustrado, durante su exilio en la isla, creía ver a Rousseau paseándose entre las peñas: "Consideraba, dice, que aquellas mismas sendas fueron algún día testigos de los suspiros que el rígido Juan Jacobo exhalaba por Julia, a quien, dando cuenta de su condición, decía que, después de pasar cuatro veces debajo del sol, miró la costa de Africa, volvió el rostro y se avergonzó de ser hombre".

Excesos del purismo filológico: "Nuestros niños -dice M. L. Amunátegui (*Borrones gramaticales*, Imprenta Cervantes, 1894)-, teniendo aún la leche en los labios, dicen *tata*, infringiendo con esta voz el léxico del idioma. El *Diccionario* no habla de tata sino de *taita*, y enseña que esta dicción significa el nombre con que el niño hace cariños a sus padres, a su nodriza, o a otra persona que atiende a su crianza" (p.20).

Se ha señalado que la lengua castellana suele ser imperfecta e inexacta en los pronombres. Esta falta se origina principalmente de que el pronombre *se* y el posesivo *su*, dicen relación igualmente a las personas y a las cosas de todos los géneros y números. De donde la anfibología en los casos siguientes: "Me ha traído este libro el señor de Aguado: *su* modo de discurrir me gusta mucho", "Acaban de estar aquí Antonio y su esposa, y ayer vi a *su* madre". (Vicente Salvá). Se me ocurre esta hipótesis: como la lengua no ha surgido originariamente para ser escrita, sino hablada, y el hablar forma un todo con el gesto, acaso sean menos exactas en este punto las hablas de los pueblos más gesticulantes, que colman los vacíos del vocablo con la prolongación del ademán. Tal vez los lenguajes de menos matices de lengua, entre pueblos de desarrollo mental equivalente, sean los que se consuman con más generosidad en el gesto expresivo no verbal. Eso mismo ha de influir en que el sujeto de la oración pueda tan frecuentemente ir tácito en castellano, cosa imposible en francés, inglés o alemán.

No sabía que la Academia también expulsa las palabras del Diccionario, como la Congregación de los Ritos descanoniza santos.

Hay palabras que corren la triste suerte de Sta. Filomena. Así, fue suprimida en 1884 el adverbio *abes*, *aves*, que en el *Poema del Cid* o en el *Libro de Alexandre* se usa en el sentido de *apenas*. Hay, pues, una fosa común oficial de las palabras. ¡Pobres palabras olvidadas! ¡Cuánto significaron un día, en discursos solemnes, en frases de pasión! Para terminar después, como las bocas que las profirieron, en nada, en ser borradas del Diccionario, que compendia la lengua viviente de los hombres.

¿No habrá también Purgatorio y Paraíso para las palabras?

Palabra a la cual en 1884 se le dio la ostraca: *Proco*: "el que pide con repetidas ansias a una mujer para poseerla en matrimonio, y más propiamente fuera de él". Y también a *silueta*, de curiosa historia. "Retrato de perfil sacado por el contorno de la sombra. Viene del apellido *Silhouette*, que lo es de un Ministro de Luis XV de Francia. Llamado al Ministerio para levantar el estado de la Hacienda pública, no tardó en caer en ridículo por la índole de sus reformas y su exagerada economía. El pueblo ridiculizó su sistema adoptando modas mezquinas, como, por ejemplo, calzones sin bolsillo, sobretodos sin pliegues, etc. Y entonces se idearon también esos retratos y dibujos sin detalles ni sombras, que han conservado el nombre de *siluetas*" (Pedro Felipe Monlau, *Diccionario etimológico*).

(Si la clase obrera hubiese estado más organizada y madura en 1924, se habría producido entonces en Chile una revolución del tipo de Fidel Castro. Hubo aproximaciones reales entre militares y obreros, y un vago anhelo por parte de unos y otros de lograr cambios profundos en la estructura social del país, para romper definitivamente la dominación oligárquica y plutocrática. Pero los militares no tenían cultura social ni capacidad política de ningún vuelo, y los obreros, por su parte, eran ingenuos, legalistas y débiles. Todo el movimiento fue así un episodio sonambúlico, contradictorio y triste, manchado por violencias incoherentes que a nada conducían. Los atropellos que cometieron los gobernantes, desde Alessandri a Ibáñez, pasando por muchos, fueron a la postre simple derivación de ambiciones personales estériles).

Después de leer a Vicuña Fuentes (*La tiranía en Chile*), uno se dice: "Ibáñez, ese hombre oscuro, elemental y nefasto". Pero se dice también: "Errázuriz Echaurren, ese crápula inculto e irresponsable"; "Germán Riesco, ese pobre hombre honrado y muerto de miedo"; "Pedro Montt, ese vejete reaccionario e inepto"; "Juan Luis Sanfuentes, ese aprovechador ambicioso y sin principios, asesino del pueblo"; "Arturo Alessandri, ese hombre ególatra, neurótico, histrión y desleal, que nunca estuvo a la altura de los sentimientos que despertó demagógicamente en las masas"; "Emilio Figueroa, ese infeliz". Y no queda más que decir: "Y este otro que juzga, Carlos Vicuña, ingenuo, presuntuoso, ególatra, ideólogo contradictorio, lenguaraz e impotente". Un cuadro desolador, pintado por un hombre apasionado, noble muchas veces, una especie de D'Artagnac de la democracia liberal, positivista, pomposo, limitadísimo, un comparsa inteligente de gran vehemencia y sin la menor profundidad.

Es muy difícil en cualquier época, pero sobre todo en la actual, sustentar a la vez la tradición y lo nuevo. Y sin embargo ésta ha sido la misión de ciertos creadores, que es preciso cumplir ahora más que nunca, pues más que nunca somos puentes; pero tenemos que ser puentes de larga arcada, o, mejor, puentes parabólicos, semejantes a espejos ustorios, para tomar contacto con un hombre que, aunque vaya asaltando a las estrellas, y tal vez por eso mismo se hunde a nuestra vista en las simas de lo impersonal.

13 de agosto

Para D. Evaristo: "Solamente un dar me agrada
que es el dar en no dar nada".

Me pregunto si la impersonalidad del verbo *haber* en castellano no implica un primado de la existencia sobre la esencia manifestada en la estructura del lenguaje. En las oraciones sin sujeto, el sujeto sería la existencia. Hay, había, hubo, etc., son formas verbales que expresan la existencia pura, que puede o no concretarse. Si decimos "llueve", no significamos que algo se llueve, que algo ejecuta la acción de llover, sino que "la lluvia llueve", que hay lluvia, en una especie de cosismo sustancialista. El sustantivo se hace verbo, sin cambiar su sustantividad, pues la sustancia de la lluvia es ésa: llover. Y la lluvia, en este contexto, no es la operación de un sujeto que esté tras de ella, sino que es ella misma en acción, ella misma irreductiblemente, al margen de toda conexión, como objeto puro que se ofrece al conocimiento como algo sustantivo, que exige un tipo distinto de relación cognoscitiva que la requerida cuando sujeto y predicado pueden ser distinguidos con nitidez. Un conocimiento por identificación más que un conocimiento discursivo. (Una curiosa iluminada de la Colonia, la monja clarisa Ursula Suárez, cuenta que vio una noche al diablo en un espejo. De inmediato supo que era negro, aunque no logró verle ni el rostro ni las manos. Era *lo* negro. No es que perteneciera a la raza negra. Era *lo* negro sin predicación, la sustancia *negra*). Suelen decir los gramáticos que en estas oraciones impersonales del verbo haber "hay animales", "hubo terremotos", el sujeto de hay o hubo es el universo, el mundo, la naturaleza. No parece que esta explicación calce al espíritu de esas proposiciones, que no apuntan acaso hacia ningún sujeto aparte del sustantivo mismo que en ellas se expresa como existencia. O en esta otra: "hubo un rico en Madrid...", sostienen que "el sujeto latente es la población, la sociedad madrileña". Más lógico es que no haya ningún sujeto fuera del adjetivo sustantivado, que se cierra a cualquiera excursión más allá de él mismo.

14 de agosto

Andrés Bello fue uno de los primeros criollistas de América. En su oda "El proscrito", introduce términos como guachalonco, huaso, chamanta, charqui, guarapón, etc.

Ha sido tanta y tan variadamente establecida la fama de Bello, que todo el mundo se olvida de que fue sin duda uno de los mejores poetas castellanos de su tiempo. Se da por hecho que fuera un maestro de la versificación, tanto en sus poesías originales como en sus traducciones, pero no se le concede el don poético creador. Sorprende, así, hallar versos como éstos, de tan pura visión virgiliana:

"No hay verde seto de tupida zarza
do a su amador la tórtola no arrulle,
ni umbrío bosquecillo que no esparza
perfume grato, si agitado bulle;
navega ufano el ánade; la garza
cándida en el estero se zambulle:
todo semeja que a gozar incita
y que de amor y de placer palpita".

Ha sido, sin duda, el primer cantor de la diuca:

"Do el aura entre los árboles murmura
y la diuca revuela y el jilguero".
("El proscrito")

Según cuenta Buffon, "los indios, admirados del resplandor y luz que despiden los colores del picaflor, les habían dado el nombre de *rayos de cabellos de sol*". En cambio, los españoles, acaso menos visuales, los denominaron *tominejos*, palabra relativa a su excesiva pequeñez.

Un atardecer profundo, de metales al rojo, en un pájaro de alas oscuras, cardenosas, pájaro de las oquedades del cielo. Sobre el mar, presentido más allá de las montañas, el verde inocente del paraíso. Y aquí, cerca, la ofrenda musical de Bach es un paisaje sin espacio, con el mar lejos y cerca, el mar en mí.

15 de agosto (4 de la mañana)

Mirando la historia -y el presente- el hombre se ve como un ser de tal modo feroz, que racionalmente resulta incomprensible la aparición de Cristo y la difusión de su credo. Como querer transformar súbitamente al carbón de leña en diamantes.

Si hay paz, el desarrollo de la técnica dará al hombre la posibilidad de redimirse ante la naturaleza, después de haberla estropeado tanto. Con ella, habremos creado nuestros propios medios de abastecimiento, por vía intelectual o sintética y no natural. Como nunca hemos sido naturaleza, es esto lo que nos correspondía hacer, y, con eso, dejaremos a los animales libres para reproducirse otra vez en los parques futuros, sin la amenaza del hombre astuto y devorador.

23 de agosto

La piedra de toque de las actuales luchas sociales es la idea de igualdad. Las masas luchan por la igualdad -ignoran o, mejor, odian las desigualdades naturales producidas por la evolución, combaten la singularidad de los hombres, y quieren que todo se reduzca a un padrón unánime, lo cual no es sólo consecuencia de sus propias demasías, sino también de la falla de las élites.

Contra los villanos y fariseos, contra los violentos, contra los simplistas, contra los odiosos y resentidos, comprendiéndolos a todos con piedad, no puede haber hoy otro compromiso que el del alma cristiana en defensa del espíritu. El estigma del hombre es el odio, la crueldad. El destino, la inteligencia, el amor. Hace tiempo comprendí tratando a hombres que podían convertirse en chacales, que no les faltaba sólo amor, sino inteligencia. Pues la verdadera inteligencia sólo opera con amor. Y quien no ama, es un baldado, un retardado mental.

26 de agosto

Casi todo el mundo en huelga en este país. Cayó Janio Quadros. Suena un pito de fábrica angustioso, largo. La campana de Sta. Ana convoca a una misa de lluvia, bajo un cielo de tórtola. Aumentan las tensiones en Berlín. Nehru se trasladará a Berlín a conferenciar con Krushev. Leo *Historia política, literaria y eclesiástica de Chile* por el Pbro. José Ignacio Víctor Eyzaguirre. Acaban de echar el diario por debajo de la puerta y me levanto a buscarlo: ¿qué más pasará en este nuevo día?

En la Colonia existió el cargo de *visitador de hechizos*, para combatir a las brujas promaucaes.

Una prohibición canónica excluía del sacerdocio a los hijos de blanco y negro.

Los cauces secos, en el camino de Putre, albergaban una vegetación resistente, heroica, "verdaderas joyas de la estepa", según Reiche. Recogimos heliotropos cargados de aroma en el lecho arenoso. Y en muchas partes, aunque no tan corpulentos como en el valle de Lluta, crecían sauces amargos (*salix humboldtiana*). Malvas de pétalos tan finos que llegaban a lo incorpóreo se abrían entre las piedras.

(En el mercado callejero de Arica, compré a unas indias unos tubérculos como pequeñas zanahorias amarillentas, que llamaron papa lisa jaspeada, *Basella tuberosa* o ullucus o ulluco, que se cultiva en la Sierra por sus papas ricas en férula. Pertenece a la familia de los Quenopodios, la misma de la *quínoa*, de cuyos granitos minúsculos los indios han hecho sopas y alojas desde tiempos remotísimos, mientras las hojas tiernas se comen como espinacas, las mismas, por otra parte, de la betarraga y de la acelga).

Los cactos subían en muchedumbre los cerros de rocas partidas, castillos gigantescos. Procesiones de candelabros que al secarse dejaban allí contorsionándose, intactos, sus pellejos de serpientes. Muchas hermosas plantas espinudas en cojín.

El canturreo, o cantería, como diría la Mistral, de la madre o del padre con el niño en los brazos, es una de las fuentes del lenguaje poético y de su ritmo. Pero es bien posible cantar así, en sordina, no sólo a la pequeña criatura humana. También a las cosas, y aun al mundo total, a la vida siempre inestable de los seres, aun a Dios. Gabriela Mistral en algunos poemas mece a los mundos, habla a Dios al oído y lo acuna, como la vieja madre consentidora, egipcia, griega o alacalufe. El corazón tierno de la criatura arrulla al Creador.

28 de agosto

Al fin, en todas las guerras y subversiones, el hombre no hace sino ejercer su derecho a amar y expandirse en el supremo goce de la disolución.

3 de septiembre

Varios días en cama con gripe. Algunas historias de ciencia-ficción, la lluvia cansina y la dificultad de dormir me deprimieron extremadamente. La ficción científica es una especie de mitología del mundo moderno supermecanizado -una mitología que contiene la amenaza del apocalipsis. Los hombres merodean, vencidos, diezmados y deshechos interiormente, entre las nubes en ánimas, entre los asteroides y planetas colonizados, en los desiertos radioactivos de la tierra. O bien, arruinados por el crecimiento vertiginoso de la población y por los derroches del programa espacial que aún no llega a ningún fin. En otra historia el Presidente de EE.UU. y los científicos deciden empequeñecer a la raza humana. John Wyndham ("The asteroids", 1924) hace perder el alma a su personaje en los espacios, en donde permaneció muchos años congelado, y llorar por el mundo sin ella, hasta salir de nuevo por el Cosmos a encontrarla. En casi todos estos relatos, Europa ha desaparecido bajo el diluvio nuclear. Robert Silverberg ("Dark companion") crea una versión futurista del ángel de la guarda: los *Compañeros*, imitación de seres humanos, producidos en el laboratorio, seres eficientes, destinados a cumplir una tarea específica, asexuados, sin fatiga, serviciales o implacables. Un ángel de la guarda infra espiritual, que salva del suicidio a su joven compañero.

En un *Country-Life* de 1909, revista de la alta burguesía de habla inglesa, hallo un comentario -muy admirativo- de *Los 7 ahorcados* de Leonidas Andreiev, que termina con estas líneas: "Los rusos son un pueblo de muchas emociones, de muchos sentimientos, tan variados como rápidos. Mas, no parece haber mucho propósito en sus almas. Un

filósofo de la teoría de "la voluntad de poder" dijo que ellos han acumulado más voluntad que ninguna otra nación. De ser así, no han tomado aún posesión de esa voluntad, la cual está esperándolos, puesta a interés, hasta que la nación entre a su mayoría de edad".

13 de septiembre

Primavera gris. Lloviznas. Amenazas de guerra. Pruebas nucleares. Janus. Un nuevo amor agridulce, con algo de acento "international gothic". Infancia en Varsovia, toda la guerra, las destrucciones y el hambre. Cuando cumplió 10 años, su madre le regaló dos papas, regalo principesco que consiguió a cambio de un anillo de brillantes. Comunista durante un tiempo, astutamente fugitivo después. No podía ser comunista, por exceso de sensibilidad y snobismo. Sus ojos son duros y desolados.

La explosión demográfica -tal es el otro fondo acongojante de las historias de ficción científica. Y la futura ociosidad. Ayer los Presidentes de Argentina y Chile reafirmaron su adhesión a los principios de la civilización "occidental, cristiana". Pero, el mismo día, en nombre de esos mismos principios, bajo el grito de "Algérie française!" una multitud de muchachos franco-argelinos arremetió en Argel contra los musulmanes que pasaban, los hicieron bajarse de sus automóviles, los revolcaron por el suelo, los patearon hasta matar a 7, y a uno, que daba aún señales de vida, lo remataron echándole un auto encima. En otra parte del mundo, en nombre de la justicia revolucionaria, el Paredón recogía nuevas cabezas de jóvenes anti-comunistas. Y quien mejor podría representar esos principios occidentales invocados por hombres tan mediocres espiritualmente como Frondizi, Alessandri o Carlos Martínez -este último, es claro, en un plano de infra-mediocridad-, Bertrand Russell, era condenado por la justicia inglesa a 7 días de cárcel por seguir oponiéndose, en nombre del porvenir de la raza humana, a los experimentos nucleares.

Los Vilos, 18 de septiembre

El ritmo musical de la luz del mediodía sobre las olas en reposo penetra en la mirada de la gaviota extática en la roca. Otra vez el mar se baña en sí mismo, revuelve sus claridades, desmelena sus frondas, redescubre sus piedras preciosas, todo es precioso y piedra cenital, exaltador de voces y de flores, removedor de gallos, desafiador del sol.

Una mosca de arena, frenética, una especie de pantera negra, cayó víctima de su voracidad. Mientras tomaba el sol en la roca color de miel, entre islotes coronados de espuma, sobre el hervidero del agua, provoqué una muerte cósmica, una desgracia comparativamente no menos importante que la desaparición del hombre.

20 de septiembre

Empezaba la *Nolana prostrata* a formar en las costas como otro mar, el huidizo azul de porcelana temblando en la proximidad del otro. La alstroemeria suculenta, la ortiga de estrellas amarillas y rojas, una enredadera de oscuras hojas de corazón con una pequeña estrella con olor a vainilla, lila y aterciopelada como un daphne. La primavera, aún brumosa, se desarrollaba en zarcillos, tanteaba el aire con sus tallos de laca, emitía débilmente su polen, todavía despoblada de abejas.

Como antes, como mañana, se enlazaban la muerte y la vida, no sólo ahí, no sólo a causa de la primavera. Ahí y en cualquier otro sitio, a causa de este renacer y de todo, a causa del espacio, por la virtud del tiempo. En el camino nuestro, estaba vigilante la muerte. No nos reconoció a nosotros. No quiso nada esta vez con nosotros. Pasamos por la muerte, nos metimos en ella y nos dejó salir. Unos minutos más tarde, se quedó con ellos, les cerró el camino, les dio unos golpes, los hizo dormir. Con Lucía buscábamos arcillas indias, puntas de flechas, pedazos de vida rotos en la muerte. Ahora ella está tan lejos de nosotros como esos indios sin rostro. Desde ayer. Cuando asistió con tanto maravillamiento a las clases de Arnaldez, cambiamos las últimas palabras. ¿Algo en ella sabría? ¿Algo sabe en nosotros?

No es la menor condenación del "mundo" como opuesto a la eternidad, este mundo con Naciones Unidas, Oriente, Occidente, Universidades, partidos, el que nada de lo suyo tenga la menor significación apenas morimos. Nada de eso vale para nada, ni podría llevarme, si hubiera otro "mundo". Pero sí podría llevarme la visión rapturosa, el estado de gracia, el amor. Una florecilla vale más ante lo eterno de mi alma que toda una temporada en la N.U.

21 de septiembre

Siempre asocia mi corazón la primavera a la muerte. Este exceso de vidas efímeras, esta profusión de sol, esta luz que se materializa en pétalos, estambres, perfumes; esta inquietud sonora, las sombras súbitas de las nubes que empañan los cantos de amor en la espesura, me imponen con su esplendor sensaciones de anhelo y de muerte. La juventud del cielo, sus bodas con la tierra florida, anulan mi voluntad y me dan la ansiedad, el asombro de la vida, el vértigo del no ser. El hombre moderno vive y agoniza para olvidar la muerte, y acaso por eso mismo se complace en hacerla violenta, en incorporarla de algún modo al imperio de la voluntad. ¡Con cuántas empresas vacías creamos la densidad de la existencia! Nuestro tiempo es como el espacio colonizado por una ciudad sin belleza: una red de calles y de casas que no conducen a ningún paraíso.

Pienso en dos amigos aplastados por un camión en un día de fiesta, en un camino pesado de ruedas, a la hora en que las flores de los cerros chilenos se hacen tristes como los borrachos del campo, angustiosas las

sombras de las cordilleras, siniestra la penumbra entre las primeras fogatas de los ranchos. Hay tristeza acumulada en estas tierras más que en otras del globo, y ella se apodera también de los hombres. Suyos fueron esos indios opacos que amasaron -¿te acuerdas?- esas gredas descoloridas que desenterrábamos de la arena humedecida por la noche. La tierra, pienso, es fecundada no sólo por las semillas que vuelan, también por los ritos, por las imágenes de los hombres. Y ¿dónde han estado aquí los ritos creadores, las bellas imágenes? Esta es una tierra sin hadas, sin elfos. Por eso se nos empobrece, se nos escurre entre los dedos, y tiembla debajo de nuestros pies. ¡Oh, tierra nuestra sin fuego interior, sin dolores sublimes, tierra opaca, espejo nuestro! Esta es la tierra triste de unos hombres tristes. El vino se nos vuelve angustioso. ¿Qué podrá producir sino ceguera un vino sin danzas, sin fiestas, sin conjuros liberadores? Las almas pobres empobrecen la tierra. Nuestros suelos no recibieron la adoración pagana, y el bautismo cristiano sólo trajo las tristezas de la explotación de los indios, de los negros, de los mulatos, de los mestizos. Nuestras tierras han sido regadas por sangres y sudores de duelo. No tienen el légamo de la alegría colectiva, de la comunidad fundada en el amor, que detiene con sus exorcismos la degradación angustiosa de nuestra madre Gea. Parece que aún no hemos merecido ser señores de la tierra nosotros, esclavos, y todo lo manejamos mal, tercamente, con urgencias miopes, sin horizontes. Nos falta la distancia inspiradora, cosa increíble en el país de más largo horizonte, el que más colinda con distancias marinas que deberían estar pobladas de deseos, es decir, de dioses. El pobre costino, que muele sus terrones para sembrar sus lentejas, ni siquiera se inquieta cuando avanzan las dunas que le comen sus fanegas de suelo, y las deja que estrangulen su finca. Es la naturaleza, piensa, y siempre fue así. Siempre ha sido así. El hombre aplastado por una naturaleza que le pide socorro, porque la tierra, siento, no desea morirse, y ama por igual sus cizañas y sus trigos, que son vida que cada año renace. La diosa Ceres no visitó nuestros campos. Se le interpuso nuestra Madre María, acostumbrada a las tierras desérticas, ignorante del deslumbramiento de las sementeras y las cosechas. El Mes de María es el mes de la primavera, que le da sus encantos, pero sus canciones son interiores, de puertas cerradas, de templos cerrados, con flores cortadas y ya descompuestas. No es el mes de las danzas festivales entre las colinas doradas de trigo, rojas de viñas. La vendimia viene con la cuaresma y la Semana Santa y la santa ebriedad de los primeros vinos sabe a pecado en el tiempo del sacrificio del Señor. Sólo los débiles villancicos de Navidad han dado un soplo de alegría a nuestras fiestas. Después, no puedo representarme a este país con la memoria libre de las grandes ordalías de los bosques en llamas. Todavía siento, en diciembre, el calor de unos días sofocantes, de unas noches alumbradas por la brasa de los cerros ardiendo cerca de Santa Cruz, unos cerros ahora calvos y desnudos, de donde venían en otro tiempo, hace apenas 30 años, unos muchachos desgreñados de profundos ojos oscuros que vendían cubos de maqui y cóguiles, que se producían en profusión en esos bosques de

las quebradas y faldeos de las montañas, con lianas, fontecillas y helechos, que todos igualmente perdimos, ellos, nosotros y nuestros hijos ¿Qué podían hacer? No tenían más para vivir. Los propietarios de la tierra se dedicaban a fabricar carbón de leña y les regalaban esos miserables frutos. ¿Quién ha amado esta tierra, para todos prestada? ¿Qué importa que se escurra, que se caldee desnuda y se parta, si nadie la ama y sostiene, si nadie la siente en verdad suya y de todos? Pero también la tierra instrumento, como un traje que se abandona cuando se pone viejo. La tierra dominada por el hombre débil, que se aprovecha de ella, como un amante clandestino de una mujer de mala vida, a la cual se pueden inferir agravios sin castigo. No, no merecemos a nuestra tierra. Pienso en todos los himnos y discursos patrióticos, justamente en estos días en que los destructores máximos de la tierra se presentan como los dueños del patriotismo contra las sectas internacionales. El patriotismo, con todo lo que viene después, comienza en la tierra. Habría que preguntarse: ¿has hecho buen uso de esta tierra, que dices amar? La respuesta es obvia, y falsa. ¿Canales de regadío? ¿Tranques? Sí, en buena hora, y con la ayuda del Estado, en todo caso, con el menor gasto posible. ¿Y el resto? ¿Ante quién habrá que rendir cuenta de tanto cerro pelado, de tantas tierras rojas sin árboles ni pájaros, de tanta quebrada seca, de los alerces perdidos, de las araucarias abatidas para siempre? ¿Podrá encontrar justicia tanta tierra descuidada y perdida, tanto bien de todos, que nosotros, simplemente, dejamos irse al mar, con mortandad de peces, con ceguera de puquios, con muerte de pájaros y flores? Presidirá, quién sabe un día este tribunal, más severo que otros, el mismo que pronunció la parábola de los talentos. "Te di un pedazo de la tierra bien plantado de árboles y ahora me lo devuelves yermo. Ahora sabes, te lo di para probarte, para ver quién eras. Te lo di lleno de flores y de cantos. Mira lo que me entregas. No me importa tanto la tierra como lo que hiciste con ella. Yo puedo crear donde quiera otra tierra, otras tierras. No me cuesta reparar lo que destruyes. Pero tu propia destrucción me importa y me cuesta. Cada tierra que te dé, de aquí o en los confines del Cosmos, será tu retrato. Mírate, en estos cerros secos, agrietados, satánicos. Aquí no brotan semillas. Ni siquiera malezas. ¿No es éste, hijo mío, tu rostro?" Ojalá recordáramos, después de eso, al hijo Pródigo[109].

24 de septiembre

Sanguinaria, centinodia, *Knotweed*, con sus espigas rosadas en los pasos de agua.

---

[109] Lo escrito en este día es la base de las páginas que constituyen el capítulo "Defensa de la tierra", en el libro de Oyarzún del mismo título (pp. 2-7).

26 de septiembre

Pintura e identificación con un objeto -tema o elemento. En la pintura renacentista, hay una identificación con la figura ideal del hombre. En la pintura paisajista china, el pintor se identifica con una figura ideal de la naturaleza, estilizada casi hasta el linde de la abstracción pura. Esta naturaleza adquiere libertad con el romanticismo, y en esta identificación con una naturaleza no vulnerada por el hombre hunde sus raíces el romanticismo iberoamericano en la pintura. (Es curioso que no haya ocurrido lo mismo, sino más bien lo contrario, en la literatura, que del romanticismo tomó sólo una de sus subcorrientes, el liberalismo, y se apartó de todo lo que aquél contenía de naturalismo radical, místico y, para el hombre de letras, disociador, nirvanizante. Las obras de los escritores románticos, salvo poquísimas excepciones, corresponderían al género de los retratos o pinturas históricas). En cambio, en la pintura, menos arte de ideas, el romanticismo, impulsado por artistas viajeros, pudo prender en el arte paisajista. Algún papel debe de haber correspondido en América a la nueva afición romántica por las montañas, aquí tan imponentes y solitarias. El arte del paisaje, tanto en China como en Occidente, está ligado a la sensibilidad estética por las formas o simples líneas montañosas, que constituyen la osatura de cierto tipo de paisajes. Las planicies, en cambio, tienden a inclinar a la pintura de interiores, retratos o abstracciones. En Chile, la sensibilidad volcada hacia la tierra ha integrado la representación de montes boscosos o diseñados en la pintura paisajista como elemento muchas veces esencial. Habría que preguntarse por qué el mar, tema no menos esencial del paisaje puro, aparece con tanta menos gravitación en nuestra pintura. No ha habido entre nosotros, en toda la América Española, ningún pintor que se aproxime a un Turner en su tratamiento del mar y la luz, hasta llegar a los no-figurativos. Y, tratándose de éstos, cabría otra vez distinguir las dos familias, los terrestres y los oceánicos, más las otras dos, que se dan puras o mezcladas con las anteriores, de los artistas del aire y del fuego -para seguir a Empédocles y Bachelard-, viendo cómo los llamados pintores de texturas, que hoy proliferan, son hijos de la tierra, amantes de las rocas, la arena y los caprichos infernales de la erosión en los mantos calcáreos, mientras los del agua se solazan en paisajes de opacidades y transparencias fluidas, siguiendo una línea de vasos comunicantes lineales y cromáticos. Vuelven a aparecer, en este nuevo romanticismo, opuesto a la abstracción geométrica o pintura concreta, los mitos ancestrales de los cuatro elementos, y, significativamente, la construcción artística se vierte hacia estos elementos míticos puros, al parecer descontaminados de toda huella humana, como queriendo -¡otra vez!- anclar lo humano en plena naturaleza. Pero esta naturaleza, por mucho que se haga, no se deja capturar así no más, virgen intocada, sino por unos pocos, poquísimos hombres, místicos o santos y se rehúsa a los simples oficiantes, por mucho que sea su talento. Y entonces, estas tierras acérrimas, estas aguas de los pintores no figurativos están, como

los pantanos, entremezcladas con hierbas acuáticas, con raíces que imprimen a esa materia original la forma de lo psíquico, con lo cual el acto estético de purificación se queda a medio camino y se retrovierte, desde los elementos buscados como fuentes de ascesis, hacia las honduras sombrías del inconsciente contemporáneo, poblado de sueños y terrores aún sin forma. Por este lado habrá que seguir con mirada expectante el desarrollo de la pintura no figurativa.

Agua de la Gloria, 1 de octubre

Laca hojuela de rosa. Llueve sobre flores y hojas nuevas. Admiro, embelesado, el plumaje verde de los patos caseros, que aquí se llaman chinos. Una gansa que empolla sus huevos ha tapizado el nido con las plumillas más finas que se arrancó del pecho. Allí está, entredormida, con el pico rosa pálido, los ojos empañados, imagen de la vida que ciegamente protege su camino. El macho vaga por las cercanías, furioso por adelantado contra todos los que pudieran aproximarse al *sancta santorum*, al cual él tampoco penetra. Arremete resoplando contra unos perrillos nuevos, que huyen con brincos de burla, y después contra mí. Un gallo de la pasión, negro, verde y dorado, de larga cola, que arrastra majestuosamente por el suelo, con la cabeza orgullosa echada para atrás, parece un reyezuelo negro. Se pasea alrededor de la casa, vigilando sus dominios. La gallina pasea con sus polluelos, algunos minúsculos, pollitos de la pasión; otros de cogote pelado, gigantes al lado de sus hermanos.

Cuando sale el sol entre las nubes, los lirios amarillos resplandecen. Un moscardón desentumece sus alas, lentamente, después del sueño invernal, en un agujero tapizado de hojas secas. Es tal vez una reina de los abejorros, un abejorrón ilustre. Se despereza, alisa su pelaje, que se esponja bajo el buen sol, y vuela en busca de alimento a toda la fuerza de sus motores. Tiene que alimentarse de las flores más sustanciosas antes de poner sus huevos en algún nido abandonado de rata de campo, tapizado de hierbas secas finamente desmenuzadas, en donde fabricará nuestra reina, girando sobre sí misma, una cámara circular. Después de unos días, ella producirá unas delgadas capas de cera, que amasará entre sus mandíbulas, para construir un vaso destinado a los huevos. Recogerá más polen, lo mezclará con néctar y lo almacenará en el fondo del vaso de cera. Hecho todo eso, pondrá allí la primera hornada de huevos, unos diez en forma de salchichas, que quedarán sobre el alimento precioso, en el vaso bien cerrado de cera. Además, habrá que construir otra ánfora de cera para guardar miel para los días de mal tiempo y habrá que dejarla llena de néctar. Llega el día en que las larvas salen de los huevos. Son pequeñas, nacaradas, y lo primero que hacen al asomarse a este mundo pequeño e inmenso de la cámara materna es ponerse a comer en el lecho de polen sobre el cual justamente nacieron. De tiempo en tiempo, la madre abre la celda y les jeringuea más néctar y pega más polen en las paredes. Cuando las larvas crecen, dejan de alimentarse y se convierten

en pupas, después de hilarse un capullo de seda en torno al cuerpo, hasta que al fin alcanzan la calidad de insectos perfectos. Todos los adultos de esta primera postura son obreros y se consagran a ayudar a su madre a criar nuevas hornadas de larva, que serán tanto más o menos abundantes según lo sean los obreros encargados de cuidarlas y alimentarlas. Sólo ya entrado el verano, cuando el alimento llega a ser pródigo, se crían nuevas reinas y machos, cuyas larvas exigen mucho más comida que la corriente. Después de ser fecundadas, las jóvenes reinas se atiborran de alimento y se retiran a algún sitio abrigado a pasar el invierno, hasta que llegue el momento de fundar nuevas colonias propias durante la siguiente primavera. Los pocos machos, obreros y viejas reinas que aún viven cuando llega el invierno, pronto mueren de hambre y de frío. (*The Observer*, 21 de diciembre, 58, Colin Butler).

En la oscuridad de ultratumbas se encuentran dos voces.

-¿Quién eres? En la tierra, fui reina.

-¡Oh, prodigio! Yo también fui reina. ¿Tuviste muchos hijos?

-Sí, todos murieron, menos mi hija reina, que se quedó dormida, mientras yo moría. Mis hijos también murieron, asesinados como yo.

-Mis hijos, mis hermanas, nuestros esclavos y yo, morimos de hambre y de frío.

-¡Qué destinos trágicos los nuestros! ¡Y qué parecidos en su sombría grandeza! Yo fui Reina de Francia. ¿Y tú?

-Reina de una colmena de moscardones.

Santiago, 5 de octubre

Primavera plena, más sucia en Santiago que en Londres. Quisiera escribir un libro de sensaciones evocadas: "primaveras", "veranos", "otoños", "inviernos", con sus olores, sabores, visiones minúsculas, cielos, nubes, cantos de pájaros, sueños.

Los portugueses, dignísimos representantes de la civilización cristiana, han asesinado en julio a 20 africanos en Angola, según el testimonio de unos misioneros bautistas ingleses citados en la Cámara de los Comunes por Mr. Gaitskell.

Ayer en la tarde, con R.H. y Carlos Pedraza, fui a la Casa de la Cultura de Providencia. En el camino encontramos a D. Pablo Burchard, apoyado en el brazo de su señora. Los ojos más sutiles y poéticos que se han abierto en Chile nunca, los más puros, están hoy apagados. Este hombre que descubrió, él solo, casi sin ayuda de nadie, un mundo angélico; este hombre que pudo mirar nuestras tierras montaraces con la inocencia de sus ojos, termina ahora su vida sin esos ojos inocentes, sólo con su corazón noble, pues ayer mismo, se interesaba por la salud de su amigo Edo. Videla, viejo profesor y pintor, y se apiadaba de sus achaques, diciéndome: "Qué hombre tan íntegro, tan artista, tan puro". Sentado frente a su retrato de joven, de su maestro Pedro Lira, podía ser

reconocido, a pesar del tiempo, como él mismo, sin ninguna de las transformaciones que los años infligen a la expresión, cuando un hombre ha atravesado el infierno de las pasiones, la ambición, la lujuria, la mezquindad, el exceso. El era ese mismo joven, "maduro de años", terminando la vida, ingrávido, un ángel envejecido bajo su retrato de 60 años atrás, perfectamente reconocible. Esta figura de un pintor ciego bajo su propia imagen juvenil, un hombre debajo de su propia imagen, fiel a ella, a pesar de tantos años, me pareció un acto metafísico -una confrontación vecina al Juicio Final, en esta tierra. Algún soplo divino ha mantenido hasta la vejez esta juventud tan pura. ¿Qué podrán saber de todo esto los poderosos del mundo?

Un hombre carcomido por la soledad, sin comunicación, en el desamparo extremo. Sus sentimientos de ternura no tuvieron eco. Apenas alguno, en la juventud. Pintó retratos de niños, conmovedores, anhelantes. Sus pasiones, acaso, se revolvieron dentro de él, sin eco. Amó sin respuesta. Fue esquilmado por gentes que para él no tenían corazón. Su fealdad se acentuó con tantos dolores. El dolor y el placer afean los cuerpos. Este hombre empezó a abandonarse, a perderse. Una buena samaritana también lo abandonó, exasperada por su pereza, por su desorden, su alcoholismo. Este hombre dulce fue amargo con ella, la expulsó de su lecho. Se quedó solo, sin nadie. A esa mujer no la amaba, pero, cuando ella partió, él perdió su último vínculo con el amor, y cayó al abismo. No pintó más. Hacer clases fue para él tan difícil como para Cristo subir al Calvario. Lo abandonó todo. Se abandonó. ¿Quién podría tenderle una caña para salvarlo del despeñadero? Los buenos samaritanos se ocupan de otras gentes, más urgidas; de gentes muy pobres, que no tienen sueldo ni techo. Este hombre tiene un buen sueldo, tiene un techo. Pero todo se le convierte en desolación y exceso. Su ayudante, un joven excelente, hace lo que debería hacer él y atiende a sus alumnos. El, con náuseas que lo precipitan aún más adentro en el golfo del trago, recibe el sueldo mensual, por no hacer nada. Falta el ayudante, este excelente joven que gana un exiguo salario. Los alumnos se quedan solos alrededor de la modelo. Entonces, esta buena samaritana desnuda, tiritando de frío, corrige los trabajos de los alumnos. Entretanto, el profesor, este hombre lacerado, se dice: "Quisiera dormir, dormir eternamente. No ver más el sol. No ver más la luz. Dormir, desaparecer conservando este placer del desaparecido que sabe que todavía existe, sin nombre, sin identidad. Dormir en mi madre, dormir en la tierra, dormir en el mar, dormir en el seno de la eternidad. Dormir sintiendo que no tengo deber ni nombre. ¡Ah, quién pudiera dormir!" Su taller, allí mismo donde pintó sus excelentes cuadros de niños, está abandonado. Hace 12 años que no entra al taller. Tiene miedo. El taller es el pasado, es la conciencia, es el padre. Se han roto los vidrios. Está inmundo. Por los vidrios rotos entraron alimañas, primero ratones, después gatos. Los gatos se comieron a los ratones y establecieron ahí una próspera colonia. Han pasado 12 años. Los gatos hallaron la protección de las solteronas, de las viejas judías misericordiosas del Parque Forestal, que veían a estos

pobres seres necesitados de ayuda. Estas santas mujeres compitieron en traerles alimentos, platos exquisitos, macarrones, carne de ternera, y los gatos se han multiplicado, y hasta han muerto, hinchados de spaghetti, en este antro abandonado, bajo unos sucios retratos de niños que cuelgan de los muros. Los gatos muertos, después de pudrirse, se momifican, y están ahí como pequeños ídolos. Todo esto hay que removerlo. Hay que barrer con toda esta miseria. Este espacio es vital para otros. ¿Quién podría respetar la podredumbre provocada por la ausencia de este hombre estéril, abandonado, que ha llegado a ser incapaz de expresar nada de sí mismo?

Tendremos que desalojarlo. Los jóvenes quieren hacer cosas. No hay lugar para los escultores en piezas de metal. El taller abandonado podrá servirles [110]. Todos son activos, entusiastas. En un día han sido expulsados los gatos. Los esqueletos y las momias son arrojados al río. Entran los representantes de la creación, los héroes de la luz, que se yerguen sobre el miserable encadenado a las tinieblas del alcohol y de la abulia. Es un día de fiesta para todos. La fiesta del Bien. Y rápidamente instalan sus pedestales, mesas, caballetes. Traen pedazos de autos, desechos de locomotoras, pernos, tornillos, paraguas, y empiezan a martillar para ensamblar estas piezas y fabricar esculturas que pondrán a la Escuela a la altura de las mejores del mundo. Suenan estrepitosamente los martillazos, de estos hacedores de nuevos mundos estéticos. La única nota nostálgica es la mirada fosforescente de los gatos desde las ventanas.

11 de octubre

El árbol, anestesiado, profundamente dormido, puede ser transplantado de un país a otro sin darse cuenta. Toda una avenida de magnolias fue así trasladada de Francia a Inglaterra.

20 de octubre

Leo en *El Mercurio* que en 1911 la Inspección de Geografía y Minas, cuyos servicios habían sido pedidos para verificar la existencia de petróleo en Magallanes, respondió que no contaba con ningún geólogo y que para atender la petición, debería esperar que llegaran dos especialistas contratados en Europa.

21 de octubre

Plenitud de la primavera más limpia de hojas, después de las lluvias imprevistas. Todo crece, da flores, menos el hombre, que ha

[110] En la época de estas anotaciones del *Diario*, Oyarzún era Decano de la Facultad de Bellas Artes (Universidad de Chile), lugar donde se hallaba el taller, frente al Parque Forestal.

perdido las estaciones, y con ellas los juegos y las fiestas, que animaban a las culturas arcaicas. Aún la antigua China, hasta hace poco, enviaba a sus mozos y doncellas a unirse en los campos, en la época de la embriaguez de la tierra. Con la uniformidad del trabajo mecánico y las temperaturas controladas a voluntad, hemos perdido tanto la remota conciencia de ser nosotros también tierra, que no tenemos respuestas para esta exaltación de las plantas y los animales. La efusión primaveral remueve aún la sangre, pero se abre paso en esa angustia que llevó a T.S. Eliot a proclamar a abril "el mes más cruel". Bastaría quién sabe quedarse inmóvil, recibir los efluvios, triscar tallos jugosos, abrirse a la primavera interior y mezclarla con la otra de fuera.

Había en Pomaire, en la huerta del Correo, aroma denso de azahares, combinado con el perfume hondo y liviano de las pequeñas rosas trepadoras. Zorzales emboscados se despedían de la luz tan plena, aún sin el rumor de las abejas, a pesar de los racimos opulentos de las acacias, con su olor silencioso, soñoliento, envolvente, un olor de atenuada blancura. Refregué en mis manos hojas de salvia, de romero y de malva aromática, como un pastor griego a la caída de la tarde, mientras R.H. pálido, miraba las hojas tiernas de las parras, reflejando en el dorso el último azul del cielo. Sostenía una rosa madura, blanca y rosa, de grandes pétalos a punto de empezar a envejecer. "La sabia Colette decía que el perfume de las rosas quita el apetito". Comimos huevos encendidos y lechosos de gallinas andariegas y bebimos vino tinto, conversando vagamente, mirando el rojo refulgente de los cardenales erguidos sobre el verde oscuro, cada vez más verde y más oscuro, hasta que un chincol lanzó su última pregunta.

La sociedad de masas exige una dilatación de la conciencia que haga posible a la sociedad abierta, la moral bergsoniana de la inspiración. ¿Cómo provocarla? Dejando entre paréntesis *la part de Dieu* que nosotros no podemos mover sino a lo sumo conmover por la buena voluntad y la oración. No diviso otro camino social que el del arte -el de los actos expresivos, liberadores, que pueden ser estimulados desde fuera, porque están al alcance de la voluntad. En este tiempo oscuro, podemos remover algo del *fundus animal* sólo por la experiencia estética. Nosotros -hablo de mí y de todos los que se hallan al margen de la religión como sistema- somos incapaces de promover movimientos religiosos. Pero lo más cercano al trance místico, que altera radicalmente el mundo y la perspectiva del valor, es la experiencia estética real, en la creación de objetos desinteresados, superfluos, que sean el espejo proyectivo, dinámico, de una personalidad estancada por el trabajo social mecánico y oprimida por los grupos.

"Il y a longtemps..." Cuando Marcel Proust descubrió esta frase, se abrió a su propia trascendencia. "Lo fundó una palabra", decía E.M. ¿Por qué no pensar que su apertura a la trascendencia le hizo descubrir tal frase, tal ritmo, tal palabra? Serán las dos cosas.

Cada uno con su infierno y sus demonios, cada uno con sus ídolos y sus exorcismos, cada uno con su ceguera, a este y al otro lado, al

Occidente y al Oriente. Se piden objetividad, paz, justicia. ¿Quién tiene estas cosas dentro de sí? Grabando una entrevista radial conmigo, H.D.[111] protesta de que la Iglesia Católica está contaminada de comunismo. El Arzobispo de Santiago ha llamado a una piadosa señora, amiga nuestra, presidenta de una sociedad de obras pías, para decirle que esta institución, que socorre a los desvalidos por puro amor, estremecida de caridad, debe ser disuelta, porque los tiempos exigen justicia social y esta justicia impone otros métodos. ¿No es esto una prueba de que el espíritu comunista penetra en la Iglesia? Termina la cinta grabadora, y le pregunto: "Y esta sociedad, H.D., ¿hace algo?" Me mira y con énfasis liberador, me contesta, con amplio gesto de las manos: "¡Nada!"

26 de octubre

Bestiario: las patitas a priori,

la patita existencial.

El tiempo es una contemplación imperfecta o un residuo de la contemplación.

2 de noviembre

"La fuente de la doncella".

10 de noviembre

Doña Momo y el Arzobispo Silva Santiago partían de fiesta con gran jolgorio.

Intensidad del goce sensible. Pureza del cuerpo después de un baño al aire libre. Apoyado en el borde de la piscina, mirar a los follajes repetidos en el agua, los ranúnculos macerados en la espesura. La exhalación del litre en flor, racimos con pétalos crema y estambres dorados. Muge un semental con espumas mediterráneas en los belfos. Canta un gallo parado en un carricoche verde y rojo. Empiezan los primeros grillos, los sapos.

Al pie del mismo salto, una pareja de patos silvestres avanzaba contra la corriente fortísima. Pico rojo, uno de ellos pechuga encarnada, plumas azules y blancas el otro, buscarían su nido entre las peñas inaccesibles, o alimento.

Una alta liliácea de espigas blancas crece en los acantilados del Laja. El perfume polvoriento de la rosa mosqueta se hace húmedo en la espesura de parques racimosos y de violetas silvestres. Los varios tonos de la rosa amarilla, más pálidos, más rojos sobre el fondo blanco velludo

[111] Es probable que se trate del crítico literario Hernán Díaz Arrieta.

de estambres, me evocan encantamientos infantiles, porcelanas guardadas en casa de mi tía Elena, una cajita de esmalte o algún sombrero proyectado por mi madre.

Lo Gallardo, 18 de noviembre

Un abejorro negro escapado de E.M. libaba el néctar de una rosa viuda -rosa sencilla morada, obispesa de los caminos.

Hualpén, 26 de noviembre

En el tronco seco de una palmera, entre los pelos, ha brotado una mata de maqui. Un hormigón de abdomen pardo y cuerpo negro se vuelve loco apenas lo miro. Quisiera ser penetrado íntegramente por el olor del bosque. Si esto ocurriera, reviviría toda mi infancia, sería eterno.

La poesía es la salvación por los sentidos.

Los vulgares peces parduscos del río se vuelven rojos, dorados y azules cuando los trasladan a la pila del jardín.

Cuando niño, admiraba y envidiaba un poco esta tranquilidad perfecta de los peces, una falta de pensamiento tan certera que llegaba a equivaler al pensamiento puro.

Un liquen rojo cubre la parte sombría de los acantilados y de la hondura de la quebrada viene el efluvio de los helechos de espada y doradillas.

Lo Gallardo, 2 de diciembre

Lilas, primavera nublada.

Noche del martes 28 de noviembre en el Círculo Valdiviano: R.H., E.M., R. de V. y yo. El Silabario Matte.

-El ojo, el loro, la mano.

E.M. descubre que practica la crítica literaria a base de estos 3 elementos: hay autores del ojo, del loro y de la mano.

E.M.: ¿Por qué pondría D. Claudio Matte al loro entre el ojo y la mano? El loro está entre el ojo que abre el mundo y la mano que lo domina.

Se arma una terrible gresca de puñetes en el patio del restaurant y R.H., mirando con desasimiento, pregunta:

-¿Son japoneses?

E.M. con tono lastimero confiesa:

-Estoy tan deprimido con los megatones.

Y se consuela con una buena caña de vino con frutillas. Sigue siendo el "anciano rey de los vinos".

Se habla de niños animalizados.

4 de diciembre

No sé si el nombre del cerro Caracol de Concepción proviene de su forma o bien de Fco. Espinoza Caracol, que fue cura y dignatario de esa ciudad en el siglo XVII.

Arañuela azul (*Nigella damascina*). Las judías moradas manchadas de negro en forma de nubes o archipiélagos, judías obispas. Un abejorro vespertino exprime el polen de las chilcas, pesadas de flores con algo de esplendor nocturno, de cielo estrellado.

Visiones espaciales entre los indios: "Y los indios de la tierra adentro refieren con la misma admiración que han visto cometas que según sus conjeturas les han puesto mucho temor, por juzgar que les amenazan desgracias y que han visto hacia el viento por la parte de la cordillera, hombres armados en el aire y ciudades formadas que dicen no puede ser otra cosa que los españoles han de volver a enseñorearse de ellos y a sujetarlos" (Carta del cura Juan de Saa al P.Rosales, desde el fuerte de Chepe, 2 de noviembre de 1656).

8 de diciembre

Día de Purísima con hallazgos de siemprevivas silvestres en las colinas ya secas de Lo Gallardo. Azules de porcelana, blancas, con las hojuelas marchitas, refulgían los últimos esmaltes de la primavera. *Triptilium spinosum*, R. y P.

10 de diciembre

El canto del pidén en el crepúsculo, la peregrina roja entre las breñas de diciembre, son anteriores al hombre en esta tierra del Maipo, río que atraviesa el centro mismo de Chile, para salir al mar sin mucha prisa, a veces muy turbio y caudaloso, como ahora; en otras estaciones, más flaco, pero cristalino. Aquí conviven todavía con plantas y animales extranjeros, que a veces los amenazan y diezman, como los gorriones a las diucas. El boldo tiene que defenderse de cardos y cardezuelos; el capachito se enfrenta a la galega y las zarzas son capaces de estrangular aun a la tupa, henchida de leches infernales. En estas colinas pobres, explotadas sin la piedad de los indios constructores de terrazas desde el siglo XVI hasta ayer mismo, se codean hoy sólo las malvas. La tierra perdió el humus, y con él la alegría de los pájaros y de sus fuentes. Está agrietada, seca, vencida y estaría ya muerta si no fuera por estas antiguas plantas fieles que se le agarran de la falda como chiquillos pobres de su madre.

15 de diciembre

Yo no voy a defender el Paredón ni las demás brutalidades del régimen de Castro, incluyendo ahora su ley que abroga la patria potestad

de los hijos mayores de 3 años, pero menos todavía podré estar con quienes utilizan cínicamente el *olvido farisaico* frente a todas las brutalidades presentes y pasadas, para cargar la mano al único dictador latinoamericano que se ha atrevido a lanzarse contra los yanquis y los ricos. No perdono, para citar sólo un caso entre millones, a San Martín y O'Higgins el asesinato deliberadísimo de los Carrera y Manuel Rodríguez, pero estoy seguro de que, si seguimos existiendo el año 2000, la América del Sur estará llena de estatuas a Castro. Para el Libertador San Martín, los patriotas enemigos suyos no merecían perdón. "A la primera que haga le damos el golpe en términos que no lo sienta", escribe a O'Higgins desde Santiago el 18 de mayo de 1918, refiriéndose a Manuel Rodríguez.

La exaltación de la madera, un buen cognac.

Si yo me pusiera en su punto de vista, tendría que hallarle la razón, H. Senador [112]. Pero ésa no sería, perdóneme usted, la razón de la cual usted habla, la razón universal. Sería sólo su razón vital. Usted defiende aquello por lo cual vive. Yo también. Pero se vive con diferentes paisajes, y la misma razón crece cuando el paisaje comprende a más y más seres. Usted no se opone a Fidel Castro por los fusilamientos. Usted está acostumbrado a la brutalidad y la practica. Usted se le opone porque él está efectuando una revolución proletaria. Si esta revolución fuera al revés, usted mantendría silencio, como el que mantiene ante Franco, ante Stroessner, o, antes, Batista. ¿Le importa a usted tanto Batista como Castro? ¿Tenía usted entonces la misma sensibilidad sutil ante los derechos humanos? Y, ¿qué le parecen los derechos humanos de los niños vagos que pululan en la capital y en todas partes del país? Los dignatarios eclesiásticos condenan el lujo y piden que, por lo menos, no se hagan, en estas circunstancias, bailes de etiqueta, ¿Pidió usted, ordenó usted a sus hijos que se abstuvieran de estas frivolidades? No se queje mañana, entonces, cuando la tempestad social nos amenace a todos, a usted y a mí, con toda justicia, porque no supimos oír.

El Libertador San Martín era implacable con sus enemigos. Más artero que Fidel, jugaba con ellos con habilidad de gato y no se cansa de empujar a O'Higgins a que proceda sin contemplaciones. Pone a Manuel Rodríguez agregado al estado mayor del ejército, pero *ipso facto* escribe: "Yo vigilaré su conducta, que creo no tardará mucho en descubrirse; pero, tiemble, porque hago con él una completa alcaldada si me da el menor motivo" (Carta a O'Higgins, 29 de junio de 1817). Y menos de un mes más tarde, le pregunta: "¿Qué le parece a Ud. Manuel Rodríguez? No le ha acomodado la diputación a Buenos Aires, pero le acomodará otro destino a la India, si es que sale pronto un buque para aquel destino en breves días, como se me acaba de asegurar; *es bicho malo y mañana*

[112] Algún Senador de la derecha chilena debe haber hecho una declaración pública en contra del régimen de Castro, y es su lógica la que Oyarzún refuta en lo que sigue.

se le dará el golpe de gracia". Por esos mismos días, en otra carta llama a José Miguel Carrera "*el salvaje*". Todos sus enemigos, "estos díscolos", no querían sino "la ruina del país". Las malas pasiones que engendra la acción parecen eternas. Siempre se trata del maniqueísmo, de la conciencia fanatizada que divide a los hombres en malos y buenos. Y quienes detentan el poder, si pueden, llegado el caso, pasan por las armas a los malos. "Si no se arma de la fibra que le es natural, los empeños tienen que abrumar y los *malvados* [113] quedarán impunes", dice en abril de 1819 al ahora Director Supremo de Chile. "Amo a Ud. como a un amigo querido; amo a Chile, y por estas dos razones le suplico se revista de la energía necesaria para castigar los delitos".

Al día siguiente de la victoria de Chacabuco, aún en el propio campo de batalla, o casi allí mismo, en Curimón, en lugar de entregarse a la exaltación del triunfo, recomienda a O'Higgins que flete barcos para despachar a las islas de Juan Fernández a todos los carrerinos, a quienes acusa de complicidad con el enemigo.

"Es imposible erigir estos países en repúblicas", dirá en 1821, desde el Perú, igual que tantos que hoy desconfían de tal posibilidad para el Congo u otros países del Africa. Tal pensamiento desalentado y desalentador sigue teniendo vigencia, y poder negativo, sobre nosotros. Son más de lo que pareciera los que creen hoy que la América Latina, por factores raciales, no tiene destino. Habría que preguntarles: ¿qué destino habría sido posible vaticinarle a China en 1910 y a Rusia en 1916? China era el más grande y el más desgraciado de los imperios, y Rusia apenas le venía en zaga. Por lo menos en este punto tiene razón Neruda cuando canta a la nueva primavera humana del socialismo. Pero hay una discrepancia fundamental: lo puramente descriptivo -en este caso la brutalidad humana- debe transformarse en normativo y, ante la crueldad revolucionaria, el verdadero humanista tiene la obligación de protestar y, más aún, de rebelarse. Es el único que tiene, en verdad, el derecho a hacerlo, porque el humanista es el único que ha protestado siempre, y el único que ha sido perseguido y martirizado por protestar. Un Gandhi, un Einstein hubieran tenido las manos limpias y libres para escribir a Fidel Castro, poniéndolo, desde su autoridad moral indiscutible, ante el paredón de su propia conciencia. Ellos y no el Papa, desgraciadamente, no el representante de Cristo que bendijo a las tropas fascistas que partían a Etiopía y España y que esperó la víspera de la derrota del nazismo para condenarlo con toda la fuerza de su espada, hasta entonces tímida, reticente, más discreta que santa. Bertrand Russell puede condenar los 50 ó 100 megatones de Krushev, pero no Churchill, ni de Gaulle, ni Kennedy.

Pasa el tiempo y los hombres levantan monumentos a los crueles y a sus contrarios: O'Higgins, San Martín y Carrera se miran en la Alameda. La América del Sur ha elevado monumentos a todos sus

[113] Se deduce del contexto que todos los destacados son de Oyarzún.

dictadores, algunos ilustres, otros puramente despreciables, todos perversos en algún grado, pero no han llevado al bronce ni al mármol a un Padre Las Casas, a un Luis de Valdivia, que representan a la humanidad más espiritual de su tiempo en su lucha contra la barbarie. Ayer mismo, el Obispo de Valparaíso recibió en el puerto a la Escuela Militar, por la hazaña de haber jurado a la bandera en el Morro de Arica. El Arzobispo de Lima y el de La Paz harán otro tanto con sus héroes y, entre tanta falsedad, ellos hacen falsa la universalidad del mensaje evangélico, sirviendo a estos localismos caducos. Un viejo vanidoso de obsesiones seniles como el senador González Madariaga, que sigue viviendo en 1870, ha desatado la histeria patriótica de los chilenos. ¡Como si fuera aún posible definirse a base de estas fronteras ridículas de nuestros países! Todo esto no revela sino el vacío mental de mucha gente y su absoluto desconocimiento de la época.

Tema de novela (para E.L., por ejemplo): el incendio efectuado en Valparaíso el 25 de diciembre de 1855 (¡Navidad!) por el artesano cordonero José Arias en la plazuela de San Fco. y la Cajilla. "Arias no era un hombre de malos antecedentes, y nunca pensó en efectuar aquel gran incendio. Había ido a pasear a Viña del Mar con unas *chilotas, amigas* suyas. Unos jóvenes calaveras le dieron de golpes y "le quitaron" las niñas. Arias, despechado, celoso, se fue a Valparaíso al cuarto donde vivían sus concubinas y con un fósforo prendió fuego a los vestidos que les había regalado a costa del sudor de su frente. El fuego pasó de la ropa a una cortina y tomó proporciones. Arias, aterrorizado, quiso sofocarlo. Sus esfuerzos fueron inútiles. Con una mano quemada huyó al Almendral y pasó la noche en un cafetín. Una mujer, María F., había visto a Arias y lo denunció. El celoso amante fue condenado a muerte, sentencia que se ejecutó con una circunstancia de especial crueldad. El pueblo decía que el Presidente Montt había mandado el indulto por telégrafo. El escribano Gándara corrió donde el Intendente Riesco para cerciorarse, y se le contestó con una negativa. En estas idas y venidas el desgraciado Arias sufrió media hora más en el banquillo".

Visita de Vicuña Mackenna y Barros Arana al Señor de Burgos, en la iglesia de Sta. Clara. El sacristán les dijo que esta imagen milagrosa se vino nadando desde Jerusalén hasta Burgos.

-Pero el mar está muy lejos -le dijo Vicuña.

-¡Ca! ¿que Ud. no sabe que los santos nadan también en tierra?

18 de diciembre

Los poetas chilenos del siglo XIX, políticos, moralistas, abogados. Aun el sentimiento íntimo asume tonos declamatorios. La descripción de la muerte es pomposa. Una excepción: Martín José Lira, poeta elegíaco en tono menor que anuncia a un Magallanes Moure.

Pueyrredón en 1818, en carta a O'Higgins, califica de *facinerosa* a Da. Javiera Carrera.

19 de diciembre

"Mesa soberana del sol y de las aves" (Fr. Félix de Aguirre y Beca, Zaragoza, 1690).

"El filósofo arrinconado".

23 de diciembre

"¿Has pensado en que el Cosmos no existiría sin una conciencia que lo abrace?" Parapetados en las ultimidades, tenemos que reconocer que no hay Cosmos, es decir, no hay en definitiva nada, si la realidad no es vista por alguien como totalidad. ¿Qué podría ser una totalidad no vista? No hay mundo sin conciencia absoluta, o sea, sin Dios. No habría sino inframundos, mundículos, pero es grotesco el sólo imaginar que el Todo, lo Real a secas, no tenga la dignidad coherente de un racimo de uvas. Todo se nos da en el mundo orgánico constituyendo formas totalizadoras, unidades en la variedad, pero nuestra conciencia olvida fácilmente que la forma sólo puede ser sostenida por la mirada que la revela.

¡Un dios griego condenado a la vida perfectamente organizada de las hormigas! ¿Cómo salvar este fuego divino? No veo asunto más grave que éste entre todo lo espectacular que nos rodea. ¿Cómo salvar el esplendor del hombre, que es, también, en algún sentido, la propia existencia del Cosmos? ¿Cómo lograr que el hombre miserable que somos siga siendo fuente de dioses? Habría que sentir un amor ilimitado por todo -¿budismo Zen?, ¿ácido lisérgico?-, elevarse al Todo sin perder la relación de amor con todo, aun lo más pequeño. Dar todo, darse en cada cosa, no retener nada, no ser esclavo de nada y serlo de todo, vivir el encantamiento del instante, sabiendo que "se nos va todo, se nos va todo..." Maravilla de esta vieja tan profunda, tan ferozmente tierna [114]. Pues nuestras ternuras son feroces. Somos todavía el jaguar o el quique y sin embargo el amor ha penetrado en nosotros. El amor que las bestias inocentes y puras no conocen, y este amor que produce milagros lleva también a crímenes, a obsesiones.

A veces no sé si he nacido, y soy el mar, las rocas, la luz. Quisiera poder decir: sí que he nacido, pero no soy yo, soy el dolor, soy esta herida, soy la enfermedad, y quisiera aun cargar yo con tantos males. O bien quisiera cambiar la dirección de la mirada y decirme, ¿qué es esto? ¿qué es esta ilusión? Soy nada más que una mirada lúcida, y no son nada el yo ni el tiempo ni las galaxias. Apenas "una pajita dentro de mis ojos era".

Maitencillo, 24 de diciembre

Hotel Pocitos. Mañana nublada. Desde el alba un papagayo, de pie en su casita roja de madera al centro del jardín, lanza exclamaciones,

[114] Gabriela Mistral.

preguntas, quejas, orgulloso de su posición tan resaltada y de su cola de tan vivos colores: azul, amarilla, roja.

La más universal de las historias humanas sería la de la crueldad, la complacencia en el dolor y el mal ajenos y el júbilo de provocarlos. La mutación más importante, y la más difícil, será, o está siendo, esta liberación del sadismo, que llena de sangre y lamentos aun a las empresas humanas de origen más generoso.

Crueldad de los españoles: "después de hacerlo presenciar la muerte de su mujer y sus hijos, Tupac Amaru fue arrastrado a la cola de un caballo, se le cortó la lengua, se ligaron fuertemente sus manos y pies a cuatro caballos indómitos y, no habiendo podido éstos desmembrarlo, hubo que recurrir a cortarle la cabeza" (Papeles del General Müller, Archivo de Vicuña Mackenna). Los españoles publicaron edictos para que jamás se hablara ni escribiera sobre Tupac Amaru, bajo severas penas. Todo esto ocurría hacia el final del siglo de las luces en 1781, bajo el ilustrado Rey Carlos III.

Tratar de encontrar el manuscrito de Sor Ursula Suárez que existía en la biblioteca del monasterio de Santa Clara de la Victoria. Una copia estaba en poder de D. Ignacio Víctor Eyzaguirre.

En 1819, el Gobierno se vio obligado a oficiar al gobernador del obispado de Santiago para que ordenase que las procesiones de Semana Santa acabasen antes del anochecer, "por ser demasiado escandalosos los desórdenes y porque la luz del día contiene a los más abandonados de entregarse a los excesos que les suelen presentar las sombras de la noche".

Maitencillo, 25 de diciembre

El lamento exasperado de una gaviota llena esta mañana plateada y ventosa.

Anoche nos quedamos a comer en Cachagua, invitados por Diego Sutil. Carmen nos mostró unas cabezas de niños y encantadores óleos de flores silvestres.

28 de diciembre

Acaso la evolución cósmica es determinada o acelerada por las explosiones nucleares y ahora, justamente por efecto de las radiaciones desatadas por el hombre, se produzcan mutaciones regresivas que, sin destrucción física, acaben con la raza humana y engendren una nueva raza de monstruos.

En más de un sentido podría pensarse que, a medida que descendemos en la escala animal, más poderosa es la unión del organismo con el Cosmos. Atribúyase conciencia a todos los seres vivientes, y hallaremos que el protozoo goza de la contemplación unitiva. El hombre

podría no ser sino un animal degenerado y loco que construye neuróticamente murallas y diques para apartarse de la naturaleza y devorarse a sí mismo remojado en su propia salsa.

Todos los primitivos son muy tiernos con los niños, pero a veces se los comen.

31 de diciembre

Todos los Años Nuevos que recuerdo son angustiosos. Esta es una fiesta falsa, una fiesta neurótica. Desposeída de su antiguo contenido ritual, es apenas una efeméride astronómico-administrativa, sin símbolos, apenas con esperanzas y temores individuales. No existe la comunión real del año nuevo. En 1950, pasé el año nuevo en Roma, con Eugenio Dittborn. Las calles de la Ciudad Eterna estaban desiertas y, como era invierno y teníamos muy poco dinero, nos echamos a la cama antes de las 12 en la Casa del Estudiante. Escuchamos entre sueños las campanas y las sirenas y nos levantamos temprano, para asistir a la misa que oficiaba Pío XII en su capilla privada. Cuando salía, terminada la misa, tal vez me miró como a una especie de símbolo de los jóvenes oscuros de 30 años que tendrían colectivamente en sus manos el mundo 10 años más tarde. Tal vez vio otras cosas. El hecho es que desde la silla gestatoria volvió aún su mirada, después de pasar frente a nosotros, y me clavó la vista insondable de sus ojos oscuros. Probablemente, eso no significaba nada, sino el súbito encuentro de dos hombres que no se volverían a ver. Uno, Pontífice Máximo de la Iglesia; el otro, un sudamericano anónimo, vestido con un impermeable ennegrecido por el hollín de Londres.

No quiero vivir sin inspiración. Me aplastan los libros, mi avidez por todo lo insustancial, mi actividad y mi persona, mis kilos demás, mi debilidad de carácter ante mí mismo, mi falta de caridad, mi tendencia al goce y al escepticismo.

El mundo actual y su camino masificado me abruman. La desidia de los chilenos, que es mía también. Las calles inmundas de Santiago. El aire polvoriento. La degradación de los borrachos dormidos en las aceras. Los niños desamparados. Las poblaciones callampas. La falta de fe. El ruido de las motos y motonetas. Las radios portátiles.

Me enderezan los cielos puros, con nubes, sin nubes. El mar. Las plantas. Los niños. Los ruidos naturales de olas, pájaros, hojas. La conversación con algunas personas. Los colores.

Todos necesitamos una purificación extrema del cuerpo y del alma. Para la sociedad algodonosa de Occidente, que cree tan poco en el alma como la sociedad comunista, es ya indispensable una disciplina interior comunitaria que abra las puertas clausuradas del amor. La libertad sin el amor es solamente lucha por la vida y selección de los más aptos, es decir, de los fuertes por herencia o por habilidad zoológica. Pero el sedicente amor marxista sin libertad, en que todo se entrega a la planificación, con mucho de pasional resentimiento, de los teóricos, es

tan falso como el otro. El amor por las masas sin diferenciación de personas es amor del yo. Es otra de las máscaras del Yo, de la bestia primitiva que quiere subyugar en vez de comprender y amar. ¿A quién amo, en nombre de la humanidad, si suprimo a todos los que no están de acuerdo conmigo? La barbarie colonialista o capitalista imperialista, de que hablan los chinos, se contrapesa con su propia barbarie, que es aun peor, pues, bajo el disfraz de la justicia, suprime, aun a título póstumo, a todo lo que sea diferente, en virtud de un cálculo que se disfraza de filantropía.

Vivimos todavía en la selva. Los diarios son boletines de la jungla. El hombre cree haber progresado, porque, igual que al caimán o al mono, nos subyuga el poder y la cantidad. Pero el progreso real, la mutación de la bestia al hombre, es asunto incierto, que debemos tomar en nuestras manos heroicamente, si queremos que a tanto estampido se imponga la verdad más poderosa del Cosmos, el amor, que bien puede ser vencido en nosotros, los hombres, sin pena ni gloria para nosotros, hijos de la ceniza de los titanes. ¡Si pudiéramos sentir, religiosamente, la alegría de nuestra participación en una eterna tarea!

"La civilización representa una continua conquista del hombre sobre sí mismo", dice Roger Caillois. El único real enemigo del hombre es el hombre, es decir, aquello que en el hombre sigue siendo naturaleza pura, propensa a devorar, a competir, a matar, a suprimir lo diferente. Porque el hombre no es lo que es gracias a sí mismo, sino principalmente en virtud de una naturaleza que él no se ha escogido y contra la cual debe luchar, mediante estos poderes complementarios y misteriosos que lo fundan, y que fundan al mismo tiempo al cosmos como espíritu: la libertad y la conciencia. Una conciencia crítica erigida contra la totalidad de lo que lo rodea, que aspira a determinarse a sí misma. Y, desde el fondo del Cosmos, la luz, que es el amor. Una conciencia que se determina libremente, amando, asegurando al Cosmos, haciéndolo posible. Todo lo que está fuera de esta vía, es el Mal.

1962

1 de enero

Abrazos con mi madre. Estamos los dos solos para este Año Nuevo. Llamé a Fernando y Eliana, que dormían. Después hablé con Anita Humeres y Roberto. Estallan petardos en el barrio. Se oyen algunos, potentes, con ruido de antigua batalla. En Chile vivimos mal, pero no conocemos ¡a Dios gracia! la guerra. En Europa, se vive con todas las exaltaciones, y con guerras periódicas. En este momento, pienso en el litre, en el boldo, en la patagua, en el quillay, en los robles, en las costas deshabitadas, en los hombres de las quebradas y las costas, miserables, pero, a pesar de toda su miseria, hospitalarios, pacíficos. Bastaría ahora una vuelta de tuerca en la mente de los hombres para hacerles sentir que son hermanos, que todos somos uno en la infinita heredad de la muerte y en el estrecho huerto de la vida. Pero esa vuelta de tuerca no la puede dar, quién sabe, sino Dios.

7 de enero

Basta extender los horizontes del espacio y del tiempo, para que Krushev y Kennedy aparezcan como dos hermanos rivales, hijos de la misma loba, como Rómulo y Remo. Desde Marte a Venus, no serían vistos de otro modo, y desde más lejos, Aldebarán, por ejemplo, serían considerados un mismo ser, y toda la vida sobre la tierra, con toda su historia, sus diferencias y sus luchas, no más que como una especie de plancton ligeramente agitado. De lo cual se infiere que sólo un ojo amante, una mirada divina, podría distinguir y asegurar nuestras singularidades.

La historia presente -en cualquier período histórico- acentúa su tonalidad de beligerancia entre grupos de actitudes al parecer irreductibles, justamente a causa de que es sólo presente, y olvida, o no ve, lo que hay de común entre los mismos grupos e individuos que se oponen hasta destruirse. La salvación deberá venirnos sólo de la imaginación creadora, creadora de realidad.

La voz general liga el progreso de la humanidad al mayor consumo de bienes materiales, a una mejor organización de la inteligencia y de las máquinas creadas por ella y, en los países subdesarrollados, al triunfo sobre la miseria, sobre el hambre. Justo programa. Mas, para que la tierra siga siendo habitable por una sociedad realmente humana, será necesario

establecer una relación entre el hombre y el hombre, entre el hombre y el Cosmos, que dé un lugar cada vez más importante al silencio, a la antitécnica que es justamente el espíritu, al sentimiento de integración con la Unidad y con el misterio. Hoy, *hic et nunc*, nos sentimos aquí, en nuestro pequeño país, aplastados por la pobreza, por la desvalorización de la moneda, por nuestra condición insignificante dentro de la economía de fuerzas del mundo. Pero, aun cuando subdesarrollados industrialmente, no somos sub-hombres. Somos sub-productores de cosas manufacturadas y super-pedigüeños de cosas, pero nuestra humanidad aspirativa y potencialmente creadora no es menor que la norteamericana o la rusa. Debemos cumplir tareas de emergencia para no ser todos mendigos, pues la gran tarea humana no depende de los planes colectivos de desarrollo económico, sino de una integración feliz, más o menos feliz, nunca demasiado, con lo que podemos llegar a sentir del espíritu del Cosmos, lo cual es, en último término, tan independiente de las condiciones económicas como la herencia genética. (En donde, si queremos, podemos situar positivamente a la Providencia).

8 de enero

Este país ha llegado a especializarse en la exasperación desesperada. Ultimo rincón del mundo hasta este siglo, su misma remotez le daba cohesión, ligaba indisolublemente a sus gentes a sus cordilleras y terrones, que eran la única patria posible. Lúgubre colonia penal para unos pocos, algunos poquísimos, se evadían apenas se hallaban en condiciones de hacerlo, pero las más de las veces volvían, hijos pródigos desengañados, vencidos o jactanciosos. Para los que permanecían, la tierra chilena era, axiomáticamente, "la copia feliz del Edén". Así, el país lejano azotado y pobre se fortaleció y creció. La vuelta de los años enriqueció a unos pocos, estagnó a muchos y empobreció a los más, porque nadie supo cuidar los bienes de la copia feliz del Edén. Se brocearon las minas pequeñas, fueron entregadas las grandes, se quemaron los bosques, se desmoronó la tierra en declive que habría sido preciso sujetar con dientes, muelas y raíces. Y, como fue cada vez más fácil asomarse al resto del mundo, fue también desmoronándose la creencia mítica en la virtud de esta comarca aislada y lejana. De todo eso resulta que los chilenos, aplastados por el capital extranjero, que se lleva las materias primas sin elaborarlas, por nuestra pequeña y mezquina plutocracia y por el general despilfarro nos estamos volviendo incapaces de sustentar, siquiera con proyectos y esperanzas, nuestro destino nacional, con lo que nuestro aporte a la unidad creciente de la América Latina va siendo cada vez más insignificante. El escepticismo de los estadistas se manifiesta en pereza hedónica o en sombrías estabilizaciones. Pero se olvida que no es posible estabilizar en esta época la injusticia y la miseria sin provocar desórdenes incontenibles. Alessandri ha abierto el camino a la revolución, democrática o no, legal o no, pero que, en pueblos como los nuestros, que hierven de resentimiento y frustración en

todos los sectores, es siempre cruel, injusta, caótica. En lugar de ser la Suecia o la Noruega de Sud América, seremos Cuba o, a lo peor, Bolivia o Paraguay. Tratando de estabilizar, de poner al enfermo sobre sus pies, el Presidente decidió dejarlo sentado, sin moverse y en postura incómoda. Como la mayoría de los hombres que se consideran realistas, olvidó la "part de Dieu", olvidó la inspiración y la esperanza. Como si el país fuera una simple empresa privada, se limitó a hacer cálculos de rendimiento y, mientras las masas permanecían dejadas de lado, los mismos de siempre incrementaron sus negocios especulativos arrastrando a su propio adalid al fracaso y a la desesperación. El espíritu de sistema -y más que ningún otro el capitalista- pierde a sus adeptos. ¿En qué han quedado todas las afirmaciones absolutas del Presidente? Resulta cruel culpar a un hombre de buena fe, pero es imposible no comprobar con él otra vez que la soberbia es enemiga de la sabiduría. Y aun que, como dice la Escritura, la soberbia es el único pecado sin remisión, el que perdió a Luzbel y quebró la armonía divina del mundo. Porque, a menos que la insignificante virtud de la humildad se haya labrado siquiera un mínimo sendero en su mente, que tanto podía contener en su propaganda electoral, el ciudadano presidencial seguirá pensando que él sólo tenía la razón y que su derrota es el triunfo del demonio, o sea, el triunfo de los deshonestos e incapaces. No podrá, jamás, reconocer que, de ser así, ello había ocurrido en gran parte porque él mismo no era tan capaz como creía ser. Nadie, por cierto, es capaz por sí solo. Tendría que venir el propio Dios Padre a curar nuestros males, y aun así... a Dios Padre se le sublevó Luzbel. Pero, si en vez de rodearse de la alta banca, de los gerentes, de la mafia dorada y especulativa que él conocía demasiado bien, hubiera buscado el Presidente algún contacto con el pueblo mismo, a través de sus representantes reales, habría sido sin duda capaz de modificar ventajosamente su originaria obcecación, sacando algún provecho de sus buenas y vagas intenciones, angustiosamente expresadas en el más triste mensaje de Año Nuevo que haya escuchado hasta hoy la vapuleada República de Chile.

9 de enero

Leo *Flyng saucers have landed* de Leslie y Adamski. Sorprendentes citas del Ramayana y de otros viejos libros. Hasta este siglo, los exégetas podían interpretar los relatos de vehículos aéreos como alegorías, pero desde que han sido inventados los aviones, es posible entenderlos como simples crónicas. La realidad histórica vuelve a desmitificar al mito.

¿Por qué no habrían de ser posibles los vehículos movidos por fuerza mental, si la energía de la mente es de la misma naturaleza que las otras, o mejor, éstas de la misma índole que aquélla? Aviones a chorro movidos por la fuerza del pensamiento. Los astros todos sostenidos e impulsados por el espíritu. Un motor impulsado por un violín.

"La gente no subía ni bajaba escalas en aquellos tiempos remotos", dice una leyenda de los Caribes. "Golpeaban una bandeja y cantaban una

canción y la canción decía adónde querían ir y allá iban..." "Todos podían danzar en el aire como las hojas en una tempestad. Todo era tan liviano" (Wilkins, *Secret cities of South America*).

Tomé, 15 de enero

Quién sabe si el hechizo estético de la música y la pintura dependen del poder inmenso, según algunos ocultistas, de los sonidos y colores como formas superiores de energía vibratoria. La música pitagórica de las esferas puede ser justamente la energía que las mueve, y la armonía ser el principio que sostiene a los cielos.

Luzbel puede haber sido toda una legión de rebeldes, una humanidad celeste que se rebeló contra el creador, que ama la existencia, y se destruyó a sí misma. La caída de los ángeles habría sido un hecho histórico y no mítico.

15 de enero

Caían bloques de hielo desprendidos de los astros.

16 de enero

¡Qué lejos del sonido espiritual de los mantras la voz de nuestro vate nacional [115], que confesó haber resuelto muchas dudas de toda la vida escuchando el inteligente y vulgar informe político de Carlos Fuentes! [116]. Fuentes, como un hábil Ministro de Relaciones Exteriores de algún gobierno latinoamericano de izquierda, expuso las bien conocidas tesis neutralistas de Belgrado, adaptadas a los países de América Latina: alianza con los países subdesarrollados, defensa de Cuba y de la auto-determinación de los pueblos (principio puramente oportunista y, en todo caso, anacrónico y, por lo mismo, falso, que los comunistas apoyan en el caso de Cuba, pero no en el de Hungría), exhortación en favor de políticas populares en la América y de una negociación entre la Unión Soviética y los EE.UU. para evitar la guerra. Todas, cosas oídas mil veces, muy razonables en su mayoría, pero más o menos incoherentes en conjunto. Pues, si ha de haber negociación entre las dos super potencias, dudo mucho de que se mantenga la manida auto-determinación de los pueblos.

Lo alarmante es que no puedan reunirse escritores del Hemisferio sin repetir *slogans* políticos. Este diálogo, que es monólogo para casi todos, es tan estéril como una discusión académica acerca de la historia

[115] Pablo Neruda.

[116] Durante el Congreso de Escritores que se realizaba en ese momento en Concepción. Las anotaciones de los días siguientes remiten a ese escenario.

literaria. Este puñado de "intelectuales" repitió las mismas cosas que cualquier periodista de izquierda expresa mejor y con más información. Los problemas que, junto con la política, deberían inquietar a los escritores: el destino de las letras en la sociedad de masas, la despersonalización progresiva de todos los regímenes creados por la sociedad mecánica, sea capitalista o socialista, que se traduce en conductas gregarias y super-individualistas a la vez, la pérdida de la comunidad y la persona, todo esto que es el verdadero rostro inquietante de nuestro tiempo para un hombre de espíritu, resultaba simple formalismo o retórica para estos enronquecidos y pomposos intelectuales de la América del Sur. Cada uno de ellos confiaría en el victorioso desenlace de la lucha clasista, en la victoria final del socialismo y en la vida ulterior asegurada, sin problemas.

Jamás podré comprender que la lucha contra la miseria no sea a la vez una lucha en favor del desarrollo del espíritu humano, una guerra contra lo inhumano del hombre y su vida. Cada hombre tiene una vocación de libertad; amor y búsqueda de la verdad, y esta vocación no puede parcelarse. No podemos establecer un sistema de precedencias cuando se trata de las vocaciones humanas concretas.

Estos escritores producen la impresión de ser una rudimentaria brigada de choque ideológico, que canta las mismas quejas, las mismas protestas con el mismo lenguaje aprendido. No ven del mundo moderno sino lo que encaja en sus alvéolos estrechos. Hasta diría que respiran por la mala conciencia. Muy distinto sería escuchar a un santo, a un ser que ha llegado a una realización espiritual superior y que es capaz de luchar por este mismo Bien general sin odio.

Si la revolución social es hecha con agresividad odiosa, sólo puede conducir a violencias y nuevas servidumbres. Estos comunistas o comunizantes quisieran invertir la estructura social, suprimiendo a los explotadores, para ocupar sigilosamente su lugar. No les arredran los tristes resultados. Los buscan. Desean, en virtud de antiguos apetitos, un nuevo compromiso, que ya están alcanzando, a merced de su triunfo probable, que los hace ya desafiantes. Consuela pensar que ninguno de estos cerebros lentos y furibundos logrará imponerse por mucho tiempo dentro de las jerarquías dinámicas de su propio Partido. Yo trato de mirarlos con la misma objetividad que a los otros, que me son igualmente extraños.

18 de enero

Al fin, el misterioso rodaballo, cuya fealdad hacía fruncir el entrecejo a Hegel porque alteraba sus doctrinas estéticas, es nuestra familiar corvina.

Neruda escuchaba las intervenciones como un gran guacamayo de engañoso plumaje, con sus ojos laterales apagados de frialdad, vanidad y astucia. Ahí estaba, inmóvil, entre su mujer y Carpentier, ganándose el pan con el sudor de sus ojos.

La nota más permanente en todas las descripciones de Chile, desde el siglo XVI, aparte la benignidad del clima, es la pobreza de las gentes. Indios pobres, miserables; colonos pobres, vecinos pobres. En Concepción, ciudad principal, segunda capital de Chile, desde los tiempos de Valdivia, no se conserva una sola huella de algún pasado opulento, ni siquiera las ruinas de un palacio o una iglesia, ni cuadros, ni estatuas, ni joyas, ni parques. Los que pudieron ser muy ricos se fueron a Santiago o a Europa. Pero aun entre éstos podía darse el caso de un hombre tan acaudalado y singular como D. Pedro Del Río Zañartu, que por penas de amor y afán coleccionista dio varias veces la vuelta al mundo, comprando los objetos abigarrados y pintorescos que legó después con casa y fundo a la ciudad de Concepción, y que levantó, en un paraje que hallaba con razón de los más hermosos del mundo, una sencilla mansión, de madera rústica en gran parte, que no tiene nada de suntuosa. Personas de mucho menos riqueza y señorío han construido casas inmensamente mejores en cualquier parte de la tierra [117]. ¿Qué conserva Valparaíso de la Colonia? Nada. Y no es cosa de los temblores, porque ni aun quedan ruinas. La modesta riqueza de La Serena es del siglo XIX, hija de las minas. Los ricos, que los hubo, sin duda, se gastaron la plata en otra parte. Eran los trasplantados de Blest Gana.

Tomé, 19 de enero

Neruda echó a andar su *juke-box* de poesía en el Foro de la Universidad después de las palabras de Gonzalo Rojas [118]: "Presentar a Pablo Neruda es como presentar a América". Avanzó después el poeta, con paso de ganso solapado, y empezó su salmodia, en ese escenario abierto a las colinas boscosas, bajo el cielo puro de luz crepuscular, con su monotonía de muecín. No he conocido hasta hoy en mi vida una mayor hipertrofia del yo. El es América, pero es también el socialismo: él es la voz de todos los pueblos oprimidos, el intérprete del futuro, el protector de Cuba, el gran padre y la gran madre de Chile, el gran juzgador y el gran perdonador, el dueño de la naturaleza, el que defiende a los pobres humanos de la amenaza imperialista, de supersticiones y misterios, el gran clarificador y, además, el gran cautivo, el vago genial que flamea y ondula entre los astros, el que a veces despierta, el Norte y el Sur. Todos le están obligados, su sola mirada es fundadora, de él se desprende el carisma. Como él cree de buena fe todo esto, pues la duda metódica no cabe en cerebro tan poco discriminatorio, y como su propio culto de la

---

[117] Sobre el tema de la pobreza crónica de Chile, Oyarzún insiste en su ensayo "Resumen de Chile", aduciendo entre los ejemplos que la ilustran también el caso de Concepción (véase su libro *Temas de la cultura chilena*, p. 12 y s.).

[118] El poeta Gonzalo Rojas fue el gran organizador y animador de los Congresos de Escritores en la Universidad de Concepción (de la que también era profesor) en las décadas del 50 y del 60.

personalidad atrae a toda clase de incautos, entre ellos el cándido Dr. Linnus Pauling, Premio Nobel de Química, empeñado buenamente en proscribir las pruebas nucleares, que le rindió homenaje hoy, sin saber que el vate ha celebrado los 100 megatones portadores de la paz, Neruda revela bien su cesarismo a lo oriental, su obsesión de homenajes, su avidez por rodearse de flores, inciensos y bálsamos que alejen de sus narices felinas el tétrico perfume de la mirra. Porque él, inmortal confirmado (¡siempre recitarán sus poemas y llorarán con ellos, cuando él ¡ay! haya muerto!), se sabe carne perecedera y niega con un resentimiento tan profundo que llega a parecer admirable, toda posibilidad de salida a una esfera trascendental que, de su real, lo reduciría a él mismo a una insignificancia comparable a la de los grandes banqueros difuntos o a la de los deportistas célebres de un día, porque en toda su obra, y en toda su vida, no está sino él buscando el poder y el aplauso, él, Nerón o Calígula, al acecho de los enemigos de su glorificación, saurio americano astuto y telépata, enemigo del espíritu, indiferente a todo, ánima blándula. Neruda es el gran hombre-masa, característico de este siglo; gran hombre masa como Hitler, Truman, Nerón, y tantos otros, que pueden expresar, aun con genio, emociones y resentimientos contrarios al espíritu. Sería interesante estudiar su poesía tan elocuente, instrumentalmente tan sabia, y descubrir cuál es el mundo que ve, cuál es el que siente como propio, y qué destino ofrece a los hombres este mascarón inflado. Hasta dónde su popularidad es obra del odio, del poder propelente del odio. Porque amor cristiano, franciscana piedad, misericordia, comprensión de lo ajeno, fraternidad libre de cálculo, nunca he encontrado en él. Necesita rodearse de esclavos e inflar prosélitos. Los mejores poetas de Chile han sido atacados por él, que quisiera reducirlos a la insignificancia: Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, Pedro Prado, Rosamel del Valle, Vicente Huidobro, Humberto Díaz Casanueva. El prohíja a los inofensivos, a los mansos: antes, a Angel Cruchaga, después a Juvencio Valle, a González Urízar. A los otros ni los conoce. Porque él vive en su propio mundo, entre los grandes del mundo. El es un gran simulador, cargado de poderes, inclusive la inteligencia, una inteligencia solapada, mimética, capaz de sutilezas, pero entregada por entero a los cálculos viscerales del instinto. Me pregunto por qué la América del Sur produce tan magnánimamente esta índole de caudillismos, mayores y menores, y por qué, en virtud de qué, Neruda ha llegado a ser un Porfirio Díaz de las letras de América. ¿Será necesario toda una revolución mexicana para ponerlo en su lugar?

Rubén Darío no se dio tantas ínfulas. Gabriela Mistral ha sido para él una afrenta permanente, que él aspira a borrar con el Premio Nobel. El lunes pasado me mostró una carta de Sun Axelson, quien le dice que el camino está abierto. Que Fulano, Director del diario más importante de Estocolmo, y personaje muy influyente en la Academia Sueca, ha decidido proponerlo ante la Academia Sueca, después de su último viaje a la URSS. Que ya no escribe contra él, sino en favor de él. Que él y Sartre son los candidatos para este año. ¿El será, entonces, el 2° Premio Nobel

latinoamericano, sin apoyo de gobierno alguno, salvo el de la URSS? A Gabriela le habría conseguido el Premio D. Pedro Aguirre Cerda. ¿Y a él quién? ¿Krushev? Lo obtendrá no hay duda. Este año o el próximo. Tiene el talento, el genio del yo. El genio del no yo. Y algún poder oscuro que lo impone. No tiene la calidad espiritual, pero sí posee el alma del yo resentido, que, misteriosamente -por vías inconscientes, enigmáticas- ha convertido de resentimiento en energía centrípeta, en magnetismo animal.

20 de enero

Estoy árbol lavado por la lluvia.

22 de enero

Ayer, almuerzo en Dichato con Mariano Picón Salas, en casa del Dr. Edo. Contreras. Después del almuerzo llegaron Matamala, Director del Depto. de Educación, el Dr. Catalán, médico de Tomé, y un farmacéutico, personas benévolas, característicos chilenos ilustrados de provincias. Hablamos extensamente sobre Cuba y el comunismo. Picón Salas es un fino intelectual de corte clásico, un humanista a lo Andrés Bello, moderado, apaciguador un poco escéptico, exactamente el tipo de espíritu de primera fila que por falta de pasión creadora no llega a la grandeza, pero que llega a ser como Alfonso Reyes, el amable arquetipo del letrado. En nombre de los valores más finos de la existencia, él está contra Castro y las formas de acción de la Revolución Cubana. Yo también, pero el conocimiento histórico me lleva a comprender que la monstruosidad de la violencia ha sido tan universal siempre, que no podríamos condenar tan ásperamente ésta de Cuba sino con la misma o mayor severidad, no sólo las brutalidades mezquinas de nuestros sátrapas, sino las de grupos y pueblos tan excelentes como el de Francia -no todo el pueblo, por cierto, ni De Gaulle, en su caso- que masacra en Argelia a sus enemigos con la crueldad más consumada. La pobre humanidad crece de una semilla partida, con una mitad maldita. Dicen que los hombres de otros astros nos miran con la misma desconfianza con que nosotros miramos a los papúas salvajes. Hablamos con énfasis de la razón cuando nos conviene y de los buenos sentimientos cuando nos son útiles, pero nos cuesta reconocer que nuestras opiniones están casi siempre movidas por el instinto de violencia, de odio o de agresividad, o por el conformismo más holgazán.

Matamala, ex comunista, preguntó ayer: ¿Valdrá la pena hacer todo lo bueno que los cubanos parecen haber hecho o están haciendo al precio de tantas vidas? Todos contestamos negativamente. Pero nosotros también sacrificamos vidas en la inacción.

23 de enero

Alcancé a escuchar una parte de la exposición de Miguel Serrano sobre Chile, los mitos, la tierra y el alma, los terremotos, el paisaje y el destino. Esta amable confusión de ideas adquiere en Miguel belleza y profundidad, pues él tiene la voz de un poeta verdadero, de un hombre de espíritu que aligera sus dogmatismos con imaginación y pasión abierta a todas las trascendencias. El es un buen ejemplo de exotismo creador. Y ¿qué habría sido de nosotros, latinoamericanos, en nuestra experiencia cultural sin este fenómeno raro del exotismo? Los intelectuales marxistas, en su fácil esquematismo, proclaman a la vez la necesidad de una responsabilidad social militante y la de un autonomismo que, en su descenso a las fuentes, invalida a todo lo foráneo salvo el marxismo como artículo de importación. Las híspidas cejas del señor Gerardo Molina se juntaron hostiles, en fruncimiento de guerra, para acompañar su dicho de que la libertad ha sido para nosotros en América un bien de importación, y que, como tal, puede y debe ser fácilmente borrado de nuestros registros. Como el aire que respiramos, por cierto, filtrado en el cedazo de las severas aduanas socialistas. Quisiera preguntar a Neruda qué habría sido de su poesía sin el exotismo de los simbolistas, de Rubén Darío y de Conrad, que le abrieron el ancho mundo. El exotismo ha sido el puente que liga nuestras huérfanas islas con la vibración humana de todas las culturas. Y aún más, el propio marxismo empezó a filtrarse por las arterias exotizantes en el cuerpo de nuestras provincianas sociedades. Los intelectuales, con su tentación de acciones políticas directas, desfiguran la misión del tipo humano a que ellos deberían pertenecer, misión crítica y contemplativa, en primer término. Aquí, como en Rusia y China, proliferan hoy los escritores que logran fortuna y fama gracias a su ancilarismo, con lo cual empobrecen las perspectivas de su propio credo, al amputar la indispensable extremidad crítica y fantástica de todo gran movimiento creador. No estoy lejos de creer que la Revolución Cubana se halla en el trance de empobrecerse hasta la insignificancia por falta de un pensamiento creador, que necesariamente es libre. Lo que me aterroriza en estos regímenes, aparte de su atropello sistemático de vidas y derechos, es el servilismo que imponen al pensamiento. Ellos saben que no tienen la verdad teórica, pero se apoderan de verdades fácticas y las transforman en toda la verdad. El sabio soviético de este encuentro no da flanco a la discusión de ideas: presenta hechos. La filosofía marxista, mucho más que todas las otras hasta hoy, obedeciendo a un destino puramente instrumental, se ha convertido en simple ideología, que cancela las interrogaciones y les da fáciles respuestas catequísticas. Por eso mismo conviene tanto a las actitudes más resentidas del hombre contemporáneo, que anhela cerrar las interrogaciones fastidiosas acerca de lo trascendente y el destino. Con lo cual olvida que la verdad expulsada por la puerta principal termina por entrar de nuevo por la puerta falsa. El sabio soviético ha venido a decirnos que en Rusia se ha implantado la fraternidad y que la ciencia y todos los beneficios

imaginables están proliferando a causa de ello. La fraternidad -este gran bien- no tendría por qué suprimir a los otros bienes, sino, al contrario, reforzarlos, dinamizarlos. A menos que sea una fraternidad destinada solamente a algunos y no a todos, luego, una falsa fraternidad, un falso amor, con otras explotaciones y nuevos abusos.

Los llamados países subdesarrollados están sufriendo la infección del resentimiento, que pugna por adquirir patente de legalidad en los ataques, casi siempre justos, dirigidos al imperialismo. Es una buena manera de enajenar la conciencia crítica atribuyendo todos nuestros males a la acción de factores externos, como la civilización de Rousseau. Ahora pasean por América bien comidos, vestidos y alhajados, nuevos buhoneros de lato turismo, luciendo los abalorios de estas verdades inconclusas, portadores de una verdad que encierran en flechas incendiarias. Carpentier pudo volar, pagado por la Universidad de Concepción, sólo para exponer el escalafón del servicio cultural de Cuba y lo que hacen en esa repartición. A pesar de su prosapia intelectual y tal vez por eso, ni una idea: sólo hechos parciales y locales, que bien pudiera haber exhibido también, *in illo tempore*, un delegado de Trujillo.

24 de enero

La caleta de Los Bagres al norte de Tomé está poblada por gente de la edad de la piedra. Viven en chozas de tablas y ramas sobre la costa, pero pasan el día en ramadas sobre la playa, en medio de un basural de lamilla podrida que no saben ni siquiera usar como abono para sus huertas, y toda clase de desperdicios. Su ocupación veraniega es la pesca de jaibas que venden a los paseantes. Entre los botes se acurrucaban familias de patos grises y barrosos, mortificados por el sol. Unos patitos nuevos comían leche fresca. Se sentían exclamaciones furibundas de un borracho: "¡Ya mierda, tráeme el bote!" Y, en efecto, poco después apareció, desmelenado, entre unas peñas, un hombrecillo de expresión desencajada y ojos de loco, que interrumpió sus denuestos para saludarme con gran reverencia.

Hoy, disertación de Julián Marías sobre la mundanidad y corporeidad del hombre. Obviedades analizadas a medias desde una psicología común y a medias desde el lenguaje. El sigue la tendencia muy española a construir castillos con análisis de palabras para llegar a la conclusión de que el hombre tiene cuerpo, con el cuerpo se encuentra con las cosas y con el mundo y con él tiende a completar sus polaridades en la unión convivencial de la mujer y el hombre. Es, en verdad, prodigioso volar de un hemisferio a otro hemisferio para exponer ideas tan sabidas con tanto forcejeo verbal. Los españoles, aun sin mentar a Dios, hacen la filosofía con métodos teológicos, con trajes negros y golillas blancas, como caballeros del Greco. Entre la aridez de los hechos distorsionados por la conciencia dogmática de izquierda y la aridez del regodeo verbal de estos hispanos más o menos elegantes, está el humanismo real que se funda en los problemas reales, económicos,

sociales o metafísicos, que intenta comprender, inspirar, mover algo en el mundo.

Los poderosos intelectuales castristas, que se sienten futuros mariscales del gran ejército revolucionario de la América Latina, manejan ideas tan pobres como sus expresiones. En ellos la filosofía se convierte en agria moraleja. Para ellos no existe el misterio en nada. Su trabajo intelectual podría ser realizado con mayor exactitud, y hasta con mayor sutileza, por rudimentarios cerebros electrónicos. Lo único que queda de ellos es una pasión con gestos airados, resentidos, la obsesión del pobre hombre que se cree genio y tropieza con sus escasas luces.

No han descubierto generosamente al pueblo, ni han descubierto generosamente nada. Usan al pueblo para ellos, para afianzar su *status*. La Fisiognómica, que ponderaba Julián Marías, permite ver en esos rostros pedregosos de miradas ávidas un trasfondo que no es el amor puro, sino las pasiones vengativas que insurgen para hacerse pagar, en nombre del amor universal entre los hombres, todas las ofensas sufridas. ¡Quién sabe qué ofensas terribles! Hogares deshechos, brutalidad policial, desdenes, humillaciones. Pero en estos ojos no arde el amor, como en los ojos de los santos. De ahí la alegría del Paredón. ¡Cómo lo celebran estos humanistas de América Latina!

26 de enero

En último término, es mío todo lo que yo pueda comprender y amar. Tal es, tales son mis tradiciones. La filosofía griega, el arte chino, la arquitectura maya, Nueva York, Roma, Moscú como concreciones de vida, todo eso y mucho más, todo eso es tan mío como la Naturaleza misma.

27 de enero

Exposición brillante, lúcida y sombría de J.M.[119] en la clausura de la Escuela de Verano: "Pérdida de lo humano en lo humano". (Ilustración al canto: veo y sobre todo escucho en este momento a dos viejas campesinas tocadas de pañolones, emponzoñando el silencio marino del bosque del Morro con una radio portátil que toca rock and rolls). Al final lanzó una gran jeremiada contra los dogmatismos ideológicos que están terminando de cosificar al hombre. Más tarde se levantó el profesor John D. Bernal, con su cuerpo de guagualote y su gran cabeza leonina, y, después de dar las gracias *urbi et orbi*, dijo hablar como representante del pensamiento anglosajón, "un pensamiento menos elocuente, menos retórico, menos poético, más preocupado de la existencia que de las palabras... un pensamiento amigo de fórmulas más breves". "He admirado estos discursos no menos bellos que los de la antigua Grecia o la

[119] Jorge Millas.

Italia del Renacimiento, pero me sorprenden su pesimismo, la oscura idea que tienen del hombre. Yo soy optimista y, más que en la filosofía y en la libertad metafísica, pienso en los adelantos de la ciencia, en el porvenir portentoso que se nos ofrece..." etc.

El profesor soviético Anatoli Zoovitkin no contestaba a las preguntas de Julián Marías y Jorge Millas sino a otras preguntas, que nadie le había hecho. Miguel Serrano, a mi lado, después del almuerzo campestre y de algunas copas, había perdido algo de su dulzura y lo miraba con ojo torvo. "No entiendo nada de lo que dice... Brutalidades todas. Odio esta clase de ideas... Mírale la cara. Parece una máscara, un autómata parlante... Viendo a esta gente, uno casi desea que haya una guerra..." De pronto decide preguntarle: "Que diga el profesor Zoovitkin si es intencionalmente que no contesta las preguntas que se le hacen..." El pobre profesor, naturalmente, respondió que contestaba lo que podía entender.

Hasta el mar se oscurece con el humo de los incendios de bosques. El sol se pone coronado de sangre.

Me es muy difícil expresarme en un medio colectivo, más si lo siento hostil. Y me son hostiles todos los grupos en que circula un solo pensamiento, sobre todo si se trata del pensamiento organizado -una especie de máquina sin invenciones. Aun el Consejo Universitario, al cual pertenezco desde hace 7 años [120], me parece hostil y ajeno y me cuesta hablar en él. El Rector es un confuso hombre de empresa y los Consejeros, con pocas excepciones, especialistas urgidos por la necesidad de dirigir empresas más pequeñas. Nada puede ser menos el cuerpo sabio de Platón y hasta de Comte que nuestro Consejo. Hace años, asistí a algunas reuniones de la Junta Nacional de la Falange, hoy Partido Demócrata Cristiano. Hallé excelentes intenciones en un tono de sacristía y seguridad trascendental que me produjo desgano. He participado una que otra vez en reuniones de intelectuales comunistas o comunizantes, y aquí mi repulsa ha sido más intensa. He confirmado estas impresiones en la Unión Soviética y en China, y he escrito claramente que yo no desearía ser hoy ciudadano de estos países socialistas. Debo recordar que mis pocos encuentros con organismos colegiados norteamericanos me han provocado el mismo disgusto. Desgraciadamente, es éste el mundo actual y las posibilidades de evasión son cada vez menores. ¿Evasión? ¿Por qué esta palabra? ¿Por qué no liberación? Aunque bien puede ser que la palabra evasión, aplicada principalmente a los prisioneros que se fugan, esté muy bien, porque de eso se trata, en el fondo. De fugarse de estos círculos cerrados de pensamiento y sensibilidad, para intentar lo que va siendo cada vez más increíble: crear un mundo propio. Todos están de acuerdo, comunistas y socialistas, Pacto de Varsovia y Alianza para el Progreso, Krushev, John Dewey y Kennedy, en que el hombre es

[120] Habla del Consejo Universitario de la Universidad de Chile, al cual pertenecía desde 1954 como Decano de la Facultad de Bellas Artes.

un ser social, que sólo en la comunidad da todos sus frutos. Sí, muy bien, pero ¿qué comunidad puede ser ésta sino la que brota libremente de cada ser, de cada ser creador?

La sociedad parece hoy dirigida, en todas sus esferas, hasta en el Vaticano, por hombres de acción que, con auxilio de estadísticas, ciencias y tecnologías, realiza el justo dictado de Carlos Marx de cambiar el mundo. ¿En lugar de comprenderlo? ¿Se oponen las dos cosas? Van desapareciendo, oficialmente, los hombres capaces de comprender el mundo y amarlo, la sal de la tierra, ésos que fueron calificados de ociosos por el Ministro de Educación de China cuando le pregunté por la suerte de los contemplativos en su inmensa República. "Deberán ser reeducados". Y, sin embargo, sin ellos no habría nacido la ciencia, el arte, ni la propia revolución marxista, que también nació como un sueño de una conciencia solitaria, rebelde, endemoniada, en un mundo organizado que le era refractario.

Recorro los arrabales de Chile, país de arrabales y miserias. Este es mi país, y deberé cargar con el lisiado, con el borracho perdido, con la mujer llena de piojos y maldiciente de todo, con los niños que se revuelven en el agua podrida, con los mineros del carbón, con los papeles y los tarros y las chancletas enfangadas en la tierra colorada apestosa, con las puñaladas del pueblo y los suicidios de la burguesía, con las especulaciones de todas las bolsas, hasta las bolsas miserables de las pulperías y despachos. Este es mi país, con sus volcanes impolutos y temibles como el mar, *le bel indifférent*, siempre sublime *comme il faut*; con sus comerciantes hinchados de riquezas mal habidas, con sus burócratas resignados, con el remolino de la miseria haciendo estremecerse en el aire dorado de álamos de otoño las blasfemias del borracho sin destino. Este es mi país, Dios mío, una mujer gorda semidesnuda defendiendo a su pequeño de los golpes de los niños más grandes, una mujer canta hablando de la bondad del cielo y un pobre hombre demacrado en el marco de una ventana, noble, indiferente, mirando como un retrato del Greco. Entre las casuchas veía el mar vespertino, intocado por la desdicha humana, bello, y pensé que la belleza postrera no es de este mundo y que hay también debilidad, mezquindad, equivocación en la repartición de los bienes del Cosmos, y que nosotros, por alguna culpa, habitamos en una población callampa que es toda la Tierra, entre la esfera espiritual esplendente.

28 de enero

El pensamiento rutinario de los intelectuales castro-comunistas debería preocupar seriamente al Comité Central del Partido. Ellos siguen pensando en la Revolución como si no hubiera pasado nada desde 1917, en una terminología que ya no es sino retórica, odiosa y sentimental, con referencias pomposas a la ciencia y la técnica. La política internacional de la URSS es más conciliatoria en espíritu que estas quejas mezcladas con amenazas contra los EE.UU. La revolución tecnológica

latinoamericana, la única plausible, podría ser apoyada por la URSS, los EE.UU. y Europa Occidental al mismo tiempo. Si se tratara de levantar el nivel de vida, dinamizando la vida social en todos sus aspectos, explotando las riquezas naturales y humanas inactivas, no se ve por qué no podríamos obtener la cooperación de todos, para evitar conmociones castristas generalizadas que serían universalmente dañosas, porque amenazarían la paz desde múltiples focos nacionales a la vez. No creo que el comunismo, en esta etapa de su ascenso mundial, quisiera multiplicar las áreas peligrosas, como Berlín y Laos, allí donde no le son necesarias. Su lucha por la expansión mundial ha dejado de ser únicamente, y principalmente, política. Lo que Krushev quiere demostrar es que el socialismo produce más puntos de bienestar que el capitalismo. La simple agitación no le interesa. Cada reventón de nuestras repúblicas es para él una molestia más que un triunfo. Seguramente es otra, por ahora, la actitud de China.

29 de enero

Ultimo día en Tomé. Aun esta insignificante despedida me produce melancolía y me hace mirarlo todo con ojos húmedos. No volveré a comer estas sandías rojas de enero en un comedor decorado de peces e hipocampos ni volveré a escuchar, en la noche sin gallos, los ladridos amortiguados de un perro de la vecindad.

La actitud de conquista anti-Las Casas, se da aun en Valdivia el noble Conquistador, que termina así sus ordenanzas: "Que aunque son los indios naturales perversos, mentirosos e huidores, no por el mal tratamiento que en las minas se les hace, ni trabajos excesivos que se les dan en el sacar el oro, ni por falta de mantenimiento que tengan, sino por ser bellacos y en todo mal inclinados, no embargante no se castigarán y se tratarán bien".

Hualpén, 1 de febrero

Anoche estrené mi carpa bajo los árboles de la escuela. Lamentable civilizado, dormí intranquilo, escuchando pisadas, ladridos y silencios reveladores. Caían hojas de los peumos sobre la carpa con leve crepitación que me arrancaba del sueño. De pronto, el canto agudo de algún mochuelo apresurado, el viento que agitaba a los ramajes y el estrellándose con la boca del río. Con el amanecer como en mi infancia pude dormir tranquilo, custodiado por la luz, ángel contrario a bandidos y fantasmas, y por el buen canto de las diucas, estas guardianas de la antigua paz campesina.

Las hojas secas de los peumos brillan, barnizadas, como panes recién sacados del horno, todavía con cenizas, resplandecientes. It's midsummer. Abejorros, silbidos de pájaros, cigarras. Y los bosques oscuros de Hualpén, lucientes, estáticos, con el destello rojo de la botellita parásita (*mitraria coccínea*).

¿Una belleza burguesa? De ser así, me explicaría el mal gusto de los países socialistas. Mas, yo no creo en la belleza clasista. Si la revolución socialista da frutos maduros, los hombres llegarán a las más sublimes experiencias estéticas. ¿Una filosofía "idealista" burguesa? Cuando la miseria haya desaparecido, como dijo Bernal, todos serán tal vez filósofos idealistas. ¿Ciencia burguesa? Nunca ha existido sino objetivamente. ¿Religión, "opio del pueblo"? Cuando todos los hombres tengan sus necesidades materiales básicas satisfechas, la actividad religiosa será la más importante de todas. Y quién sabe si desde aquí volverán a brotar nuevos conflictos, ojalá pacíficos.

Hualpén, 2 de febrero

Un abejorro bermejo, armado como Esplandián, cosecha néctares herméticos en las botellitas. Saltan carpas en la laguna, ansiosas de oxígeno y luz, más luz. El zorzal, satisfecho canta, sin dignarse recordar que se acerca el otoño. ¿Para qué? Los hormigones en cambio, vestidos de luto, viven para no morir de hambre en invierno y se mueven rápidos, cabeza abajo y con paraguas, entre los guijarros que ocultan pepitas comestibles. Una hoja dura de peumo cae en espiral con fulgores de mariposa. El sol de mediodía atraviesa las hojas de los canelos llenándolas de liviandad.

En el Museo de Hualpén, H.S.M. está midiendo una momia atacameña de El Molle, en Iquique. Parece hecha de barro y arena del desierto, como si Jehová la hubiera amasado recién en el norte de Chile con una arcilla impura. Así también el dolor de la vida en la muerte[121].

Hualpén, 3 de febrero

La oreja de palo (*fomes aplanatus*, Gill) puede llegar a tomar la forma de una columna china de marfil tallado con las más finas decoraciones de hojas. Se llama también *libro del monte*. Pertenece a la clase de los hongos Basidiomicetos y desintegra los tejidos interiores del árbol en que se instala.

"A sense of wakening leaves that filled the air
with boding of Elysian days to be..."
(Siegfried Sassoon).

Los grandes cielos de febrero tranquilos...
El dios araucano Meulén era el "Señor de las aguas minerales".

---

[121] Las anotaciones de los días 1, 2 y 3, reescritas y expurgadas, figuran en *Mudanzas del tiempo* (p.49 y s.).

Concepción, 6 de febrero

El mundo entero, y Latinoamérica muy en especial, son hoy víctimas de la pasión que quiere verlo todo en blanco y negro, sin matices. Toda la riqueza de la vida concreta desaparece en estas pinzas, obligada a definir cada situación o a remitirla a algunos de los esquemas que se reparten el territorio del viejo reino sin límites acotados de la comprensión. Bajo la máscara de lo indispensable, la inteligencia se allana a perder sus antiguos fueros y se humilla ante los altares a la aún más antigua violencia que clasificaba a los hombres sólo en amigos y enemigos. Pero, en la medida en que siga siendo fiel a sí misma, la inteligencia morirá tratando de comprender, aunque su protesta pueda ser anacrónica o caprichosa, defendiendo "el sagrado derecho a errar". La función de la inteligencia -en esta esfera- es inhibir la acción, oponerse a la agresividad intelectual transformada en instinto. Sigue siendo la lucha contra el instinto la final instancia humana. Mientras más se sabe del mundo macroscópico o microscópico, más se siente el horror neurotizante de nuestra condición. Más se siente, por lo mismo, la necesidad de una mutación radical. No podrá el hombre salvarse sin cambiar radicalmente, de la tierra al cielo, en una proeza que provocaría hasta el asombro de los dioses: un ser que para salvarse se transforma en otro, pero en un *otro* que es, al fin, él mismo, en una vía de autoformación vertiginosa, que no puede ser sino la vía de Dios, el camino de la salvación. "La dilatación de la conciencia", nos permitirá vivir con humildad, con tanto estrépito, en el silencio del más extremo peligro.

Duermo, y el tiempo con su devenir se acaba. Todos los tiempos son míos, se me abren y ofrecen. Y aun la infinitud de las edades aparece en mí, por esta mínima rotura de mi yo.

Duermo, y todos los espacios son míos, todos los soles, las galaxias y sus racimos. Despierto, y soy de nuevo, con mi cruz a cuestas. Vuelvo a dormir y quiero estar despierto, con tanto bien no vivido.

Y, al fin, muero, y vivo los bienes perdidos.

Desafío a un marxista a que me explique el milagro de las semillas.

Ebrio, en otoño, digo que sí a todos los racimos, me ofrezco a la vendimia, que me picoteen los pájaros, que las moscas se deleiten, que me pisoteen los pies del año, que sea yo expoliado, que me estrujen, que vierta mi corazón su sangre sobre la tierra calcinada.

Lo Gallardo, 1 de abril

Las ancianas eufemitas de 80 años exprimen el néctar de los abutilones. Desde que aclara el día, se estremecen, danzantes, con la apariencia de unir la necesidad al gozo. Sopla la brisa del mar y este abril de otoño de la costa podría ser también el abril florido. Las hortensias rosadas se balancean en pausados giros, grandes damas ansiosas de sombra, silenciosas en su falta de aroma. Los caracoles han terminado

por devorar casi todas las hojas del floripondio. Quedan sólo unas cuantas agujereadas y unas pocas flores colgantes, apenas lo justo para hacer un gran cigarro peruano contra el asma. En cambio, las linarias escarlatas, cuya semilla compré en Grasse el año pasado, y la arañuela celeste de España resplandecen en pleno verano, y el granado de flor brilla con hojas y flores, reluce con toda su alzadura. Pero los damascos han mullido el suelo con la palidez de sus hojas y las últimas peras, enormes, pecosas como huevos de diuca, doradas, bermejas, han alcanzado ya la máxima dulzura del otoño temprano. Es el tiempo de cosechar las nueces, de guardar las manzanas, de tomar los membrillos, de hacer los dulces, de recoger calabazas y de regodearse con los higos. Es tiempo de trenzar ajíes rojo sangre para colgarlos en las cocinas como el santo ornamento del año americano, picante, deslumbrador, terrible. El viento bota pesadas papayas de los árboles. Las dalias, rojas como ajíes, amarillas, malvas, rosadas, inclinan sus cabezas, damas isabelinas cortesanas al paso de la reina. Opulencia extrema de las hojas del caqui, ocres, lacas pizarras, cadmios en armonías en sordina, pintadas por Braque o salidas del brocato de alguna figura del Tintoretto. ¡Ah, la embriaguez del otoño con episcopales buganvillas caídas en la sombra del huerto, con membrillos abandonados en el suelo, con el golpe del viento en las cortezas sueltas de los eucaliptos, mirando un zapallo italiano amarillo y cebado de verde Morandi, Chirico, Tori, apoyado en el hueco que dejan las ramas de un ciruelo gris perla! "El abutilón calma mi sed", canta la eufemita y una rosa arrugada, tan vieja que lo que aún le queda de color parece maquillaje, me da violentamente su saldo postrero de perfume. ¡Ebriedad del otoño con los cálices ardientes de las rosas caídas! Una mariposa verde azufre y gris de perla se posa en una fucsia y el encuentro de tales colores parece una invención absoluta, el nacimiento de un ser nuevo.

9 de abril

La cocina es el mejor sitio para escribir porque uno no está rodeado de libros. Una botella de vino tinto, cigarrillos, diarios, frutas, ollas son mejores acompañantes que estos libros que se desbordan por todos lados, ávidos, tan densos de incitaciones que me producen vértigo estelar. Leí ayer un artículo excelente sobre Mme. Errázuriz, de Da. Eugenia Huici. Me gustaría tener su sencillez. Pero yo, nosotros, diré mi madre y yo, como buenos pobres somos acumulativos y, como niños, coleccionistas. Todo termina por dispersarse y aplastarse. Falta un poco de budismo Zen, conquista del orden en el alma y en las cosas.

La cultura -todas, desde la Paideia griega- es un sistema de vasos comunicantes que debe abolir fatalmente hasta la idea misma de las naciones. Hoy, las naciones son mitos muertos, hipócritamente aceptados, por conveniencia, por los mismos que están destruyéndolas. No hay naciones para la religión, ni para la ciencia, la técnica, la economía, el arte, la filosofía o la política. La idea de nación, en un tiempo verdadera

como instrumento de organización demográfica y estética, es hoy falsa, y sólo se sustenta en residuos de aislamiento que serán rápidamente superados. En este sentido, Rusia es más reaccionaria que los EE.UU., porque aún está construyéndose como nación, atrasada en un siglo, y todavía extiende su error a pueblos atrasados emergentes, como el Africa, Cuba o nosotros. Pero, el progreso tecnológico, en la medida en que es producido por hombres y afecta a hombres, es ecuménico en la destrucción y aplasta a las ideologías nacionalistas y también a las otras, más amplias, porque hoy ocurre que todos nuestros pensamientos sobre el mundo y su destino son anacrónicos, puramente defensivos como una sirena de alarma de incendio. Las ideologías son combativas y angustiosas. El hombre va quedándose detrás de sí mismo. El ha creado una realidad que lo sobrepasa, que le exige acciones y contemplaciones que el *ser hombre* visible y cotidiano es incapaz de realizar y que sólo pueden ser cumplidas por el único revolucionario real, el inconsciente, la fuente de los sueños, de la comunión, del olvido del yo. Allí donde tú sueñas y te olvidas, está el futuro. "El tiempo es un niño que juega".

Pero, ¿cuál es realmente el punto crucial? No quiero ser tímido al afirmarlo, mientras suenan sobre Santiago las campanas de incendio y la gente pulula entre insectos en el cinturón callampa de esta horrible ciudad. Primero, abrirse a la comunicación, explotar este país tan subdesarrollado que es el hombre interior, excavar en la minas del amor, *ser otros*. Si yo soy otro, porque he aceptado la vuelta de tuerca, y llego a olvidarme de mí, de mis bienes y males, para ser yo mismo dádiva innominada, si soy este Otro del Evangelio, del misticismo, del Tao, si cambio, santificaré las personas y las cosas, en esta No violencia que es el destino del Espíritu. Dios misericordioso, Señor que llamo así tanto porque estás encima de mí, en el temblor de todos los mundos que laten sobre mi cabeza, como en mi propio corazón, Señor, humillo ante ti mis talentos miserables y no quiero sino dar testimonio del Amor que brota de mí por ser la fontecilla de tu amor. El diablo retrocede cuando lo miro si Tú lo miras por mis ojos, pero estos ojos, Señor, no son míos, yo no los hice, y las puertas del infierno no prevalecerán contra mí, contra Ti. Déjame mirar, con tus más puros ojos, las florecillas, las alas de los pájaros, la hojarasca y los brotes, y con eso mismo me dejarás en vuelo entre la multitud, libre de quejas, feliz silencio, ángel mensajero portador, como ellos, de la Dicha.

22 de abril

Ayer, en la tarde plateada de nubes y brisas de lluvia, en el interior de Cuncumén, las más arcaicas escenas de la agricultura. En todas las casas, como en un libro de horas, los campesinos desgranaban maíz, quemaban rastrojos, preparaban la paja de trigo para sus techos. Nosotros íbamos justamente a comprar paja para el techo de la casa del cuidador y vinimos a hallarla muy lejos entre los cerros de siembra en la puebla de D. Alamiro Valdés, hombre jocundo aún joven, rubio, gordo, bonachón

y malicioso en sus ojos grises risueños. Es dueño de 40 cuadras de buena tierra que trabaja con sus hermanos y maneja un camión moderno con el cual viaja a Paine transportando semillas. La vieja tierra de rulo va a recibir este año por primera vez una ayuda. Formamos una cadena para trasladar los haces de paja al techo del Land Rover, y Doña Momo, como Diosa Ceres, recibía y pasaba los paquetes dorados rodeada de colinas, en el centro mismo del paisaje. A cierta distancia de nosotros, prudente, grave, pasó la misma Madre Tierra, una anciana apoyada en un bastón nudoso, de ropón negro y largo, hasta los pies, tocada con un gran sombrero oscuro de labriega china. Atravesó la explanada, lenta y segura, con un canasto al brazo, y se perdió por los senderos innumerables de esta Tierra de "largos caminos..."[122].

Los fotones llevan señales de un átomo a otro. La luz es un mensajero. La luz son los ángeles. El ángel de la luz.

16 de mayo

Regreso de Septimino.

La conversación del cazador yagán y su paje.

-"No quisiera mirarte y ver a través de ti a un Dios".

-¿Me prefieres a mí con mi mortalidad?

-Si, en el instante, en este instante... Y prefiero la comunión en este instante.

-No hay sino comuniones precarias, efímeras.

-Prefiero ésas.

-Sí, pero ésa es una vida de cigarra.

-Hay que escoger entre ser cigarra y ser hormiga.

Pero, entre la cigarra y la hormiga, está el hombre.

18 de mayo

He leído ayer en Jaspers un pasaje sobre la comunicación, que coincide con lo que siento profundamente. He aquí el gran tema. Otra vuelta de tuerca, que abra la comunicación, cerrada, sellada, entre el yo y el tú, el yo y el nosotros, el yo y el Cosmos. Este pueblo, pobre y borracho, acaso es tan pobre porque anhela comunicarse y no tiene los medios de lograrlo. Una comunicación que sea al mismo tiempo comprensión, humor, tolerancia, conciencia de la fragilidad de las cosas.

Van y vienen trenes, aviones, cápsulas espaciales, y sólo vale, en el fondo, en la interioridad del ser, aquel instante en que se abrieron las

---

[122] Con las anotaciones de este día y otras del 19 de mayo, Oyarzún preparó un artículo, "Recolecciones y presagios", publicado en *El Mercurio* (domingo 24 de junio de 1962, p.4).

puertas y se produjo la obra del Espíritu Santo en el vientre de la Virgen María.

Los demonios que nos asedian en la vigilia y en el sueño son simples residuos, sin substancia. ¿Cómo podrían ser eternos sin derrumbar el Cosmos? Nada sería hoy sino cenizas si estos diablos fueran tan reales como se teme. Los demonios son psicológicos; los ángeles, espirituales. Una sociedad regida por los demonios limita sus esperanzas y decide planificarse por entero, persiguiendo la virtud del orden y sus seguros beneficios. Una sociedad influida por los ángeles admite el desorden, pero, si está dirigida por el amor, se dilata y crea nuevas esferas, cada vez más distintas, cada vez más semejantes.

Cuervos y garzas jugando sobre el río, las últimas hojas de las parras, hay escarcha en los techos. La noche helada del río paraliza a los peces, es tiempo de dormir, aunque sea en la rapidez del agua.

19 de mayo

Desde el ángulo marxista, no se repara lo suficiente en que la lucha de clases terminaría, *ipso facto*, en el mismo momento en que los hombres, en virtud de una mutación espiritual, renuncian a todo apetito adquisitivo, a la posesión física de las cosas. Si esta sed tan fuerte se convirtiera en repugnancia, como ocurre en los procesos de desintoxicación, la historia concebida al modo marxista cambiaría de signo, sin necesidad de revolución armada, por simple transfiguración del sujeto. ¿No será ya esto en principio posible? ¿No lo será mañana de hecho?

La fría humedad crepuscular de los bosques en otoño me da una angustia sin forma, como si acabara de cometer el pecado original. Y no lo he cometido. No era yo responsable de este cambio de temperatura. ¿No sentiría Adán lo mismo al perder el Paraíso? No era él quien lo cambiaba. El Paraíso se cambiaba solo, a sus espaldas y por encima de su cabeza, sin que él supiera por qué. Y era eso lo que causaba su angustia y, en consecuencia, su pecado. Sentir de pronto una fría humedad entre los árboles.

Nonquén

Un cerezo está brotando de nuevo en mayo, a pesar de que ya partieron las golondrinas. El año pasado, en cambio, se quedaron todo el invierno en Nonquén. El bosque está tembloroso de presagios, el bosque entero con todos sus sentidos. El bosque oye lo que nosotros no escuchamos. Está despierto noche y día, con sus pájaros, sus insectos, sus bacterias y sus elfos. Todo el bosque respira y suspira. Florecieron este verano los colihues y dicen que florecen y dan semilla justo antes de morir. El bosque araucano se pobló de jilgueros, chirigües e innumerables avecillas ávidas de la menuda fécula sustanciosa, un poco amarga

al paladar humano. Cuentan los pehuenches que la flor y el fruto del colihue anuncian ruinas. "¡Qué tanta ruina!", responderían los pájaros colmados de semillas. Ruina para unos, cosecha para otros. Tal es el orden y tal es el ejemplo. Si yo supiera, si tú supieras, si todos supiéramos la primera parte de nuestra historia, y la última, no habría algarabía ni ruina, y lo mío sería tuyo. Y lo tuyo mío. Y el hombre, San Martín, recibiría su capa devuelta de los pájaros.

21 de mayo

Estas extrañas lecturas que nadie hace, y que no recomiendo a nadie: la correspondencia diplomática entre D. Antonio Varas, Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, y el Almirante Blanco Encalada, Ministro de Chile ante Napoleón III y Pío XI. Varas era un *esprit fort*, un hombre culto, formado a la americana, seco, de una sola pieza de plata maciza, y de árida sensibilidad. El país ¡qué pequeño, qué provinciano, qué aislado país! andaba bajo su férula, mientras llegara el tiempo en que caminara, vertiginosamente, sobre los rieles del ferrocarril. El tiene una gran dignidad republicana, conservadora sí, pero republicana cien por ciento. Rinde homenaje a la religión católica, anatema a los desquiciadores subversivos, pero se engalla ante el Papa y no cede un ápice. No importa que hubieran hecho concesiones naciones poderosas, como el Austria. El Concordato con Chile debe respetar la primacía del Estado. El no pide, exige: si la Iglesia quiere ser protegida de la anarquía, debe plegarse a la autoridad soberana del Estado, que vela por la Iglesia, y la limita. Un gran patriarca del republicanismo. Pero ¡qué aridez! Ni una sola nota íntima, humana. El Presidente Montt y su Ministro Varas dirigiendo a este menor, que llaman pueblo, como decía Lastarria, como reyes omnipotentes. Los grandes problemas, por cierto, de aldea: que los buques lleguen a Chile, que se extienda el ferrocarril, que llovió poco o mucho. Y en esto la realidad escueta de un país que es geográficamente una isla -una isla que de todas maneras quiere comunicarse con el resto del mundo, aunque sea a trompadas. Salen chilenos de todas las condiciones, hacen cosas inverosímiles, vergonzantes, admirables, sin dejar de sentir la pasión de la isla. Pero, ¿quién se conformaría con vivir preso por los desiertos y las cordilleras? El chileno imaginativo emigra, pero se lleva a esta patria consigo, siente su nostalgia y, si puede, vuelve. Todo lo que sea romper triunfalmente el aislamiento halaga al pueblo chileno: Anita Lizana, Gabriela Mistral, Pablo Neruda o el campeonato mundial de fútbol. Al chileno le gusta salir, o sentir que otros chilenos han salido y triunfado. Todos quieren salir, pero, es curioso, todos quieren volver. Tan aislada es esta tierra pobre, que inspira una especie de regaloneo. El chileno regalonea a Chile. Se siente tan lejano en esta remota lengua de América que él mismo se sobrepone a su tierra y la hace su amante: ¿dónde hallar lo mismo?, ¿estas montañas vertiginosamente altas, el mar, los lagos, los volcanes, los archipiélagos?, ¿dónde hallar tanta cosa junta con tanta sencillez humana? El chileno pata de perro

reflexiona, cuando cae el día, y dice: ¿Dónde? Y este pequeño país se transforma en mito para sus propios hijos. El torturado, conmovedor mito de Chile.

9 de junio

¡Ah, si pudiera de tiempo en tiempo perder la conciencia de mí, pero no la conciencia del Todo! Es decir, tener la conciencia del todo justamente por haber perdido la conciencia de mí. Ser mi perdido y mi ganado. En cierto modo mi destino es absolutamente íntimo y toda exterioridad me es contraria, un espejismo dispersador. ¡Ah, si tuviera mirada pura, una sola mirada verdadera, sin crispación, descubriría que sólo existo en la medida en que dejo de ser yo! Todos los proyectos del mundo me son ajenos. Yo no soy un proyecto en el instante en que soy. Desvestir al ser es una tarea sin tarea, sin voluntad. Tarea, Dios mío, de la gracia y por eso mismo anti-tarea, anti-esfuerzo, dádiva, comunicación gratuita de la Sustancia. Siento desgano ante cualquier placer. Se habla de la cuantificación del futuro y de su predicción sobre bases estadísticas. La sociedad se proyecta por medio de sus planificadores. Pero ¿cómo yo podría planificar la bondad, planear ser bueno, predecir la belleza? La retórica proyectista me parece el lenguaje del Príncipe de este mundo, el signo de la ruina del alma. Un mundo de proyectos me priva de contemplación. Nada hay más agotador que los gestos estériles. Dormir, Señor, dormir sin proyectos, sin planes, ¿no es asumir el Ser? Las florecillas que no tejen ni hilan... Un hombre maduro, cercano a la vejez, congestionado y ansioso, hablaba anoche de las necesidades de la sociedad y del espíritu. ¿Podría quien no ha llegado a la sabiduría promover raptos visionarios, espirituales, los únicos realmente revolucionarios en lo más profundo de la historia? Planificadores sin virtud, sin poesía, podrán sólo extremar las contradicciones lacerantes de la diversidad. Todo lo exterior es diverso y discordante enfrente del alma y sus aspiraciones unitivas. La interioridad es religiosa, se hunde en el gran silencio de la unción contemplativa y sólo aquí, en este punto extremo de la individualidad, se abre la puerta del Todo. Hay un querer dormir, un querer dejar la vida, que es el comienzo de la vida. La única gran aventura del hombre es su alma, y su alma sola, más allá de todo diálogo. Qué diálogo cabe en la Unidad del Ser. El diálogo, aun con Dios, es superficial, interjectivo, desde fuera. El espíritu nace y se consuma en sí mismo. Lo demás vendrá por añadidura, como iluminación de la exterioridad de lo múltiple por la intimidad del Uno. Y sólo aquí estoy en verdad, y si no puedo estar y ser el uno, no estoy ni soy. El devenir es cosa del tiempo ajeno, y el tiempo es el espejismo del ser cuando no se ha encontrado. Siento mi gravidez y mi angustia en cuanto aún el tiempo me ofusca y me hace concebir proyectos, la madeja laberíntica del yo enredándose cada vez más. Pero, que comience yo con mi inflada insignificancia a sentir realmente que soy, y me despojo del tiempo y sin ser llego por primera vez a ser y a nacer durmiendo, estirándome hasta

el infinito, que no es otra cosa que lo crea la desaparición del Yo, padre al fin del tiempo y del espacio.

"Vivió preocupado del porvenir de la humanidad". Y ¿por qué se preocupó de tal quimera? Más o menos lo mismo sería vivir preocupado del porvenir de Sirio o del átomo. Soñar no cuesta, y algunos hombres sueñan que están construyendo el porvenir. Puedo construir un bote, un cohete, una casa. Pero no puedo construir el porvenir de los seres humanos, libres como yo, esclavos como yo. Si libres, podrán reírse de mis planes; si esclavos, nada de lo que yo me propuse podrá violentar la fatalidad de su curso. Estamos enfermos de activismo y proyectismo. "Sólo el trabajo científico organizado podrá salvarnos". ¿No será, a la luz de la historia, igualmente cierta, por lo menos, la proposición: "sólo la ociosidad sin planes podrá salvarnos", porque sólo de esos intervalos de calma, sin tensión, puede surgir el conocimiento inspirador que transforma a la ciencia, es decir, que transfigura al hombre?

El espíritu proyectista es la forma nueva, tecnológica, de una vieja pasión: la sed de dominio. Hoy el ambicioso se viste de planificador y promete a la masa, con la falsa certeza de las cifras, aquello que la masa quiere que le prometan, para entregar su asentimiento. Vale la pena ver bien cuánto hay de determinismo deformante en esta visión del hombre y del futuro. No quiero decir que planes y proyectos no sirvan de nada. Quiero decir que valen en la acción, que ahí son útiles e inevitables. Pero que nada tienen que ver en la intelección del hombre y del mundo, y menos en la visión que es el término último del Ser. Nadie tiene derecho a hablar de planes en nombre del Espíritu, "que sopla donde quiere". Esta única fortaleza, y realidad, del hombre, el Espíritu, es justo lo que se destruye con el afán planificador, expresión de una idea mecanicista que niega el espíritu. Y esto que llamamos espíritu es tan susceptible que se borra apenas lo roza una actualización de su contrario, aquello que teólogos y místicos llamaban "el mundo" o "el príncipe de las tinieblas".

7 de julio

Me dice el ruiseñor: "Mía es la luz que vibra sólo para mí, la luna en mi garganta, y no la luz del sol que nos destruye a todos".

He mirado tanto a la tierra que al fin se ha cansado y se me entrega toda en un ruiseñor.

Junto a la materia material, una materia espiritual. La materia espiritual de las aureolas, con metales transparentes, oro fluido, plata derramada, cobre girando. ¿No serán éstos los ángeles, los espíritus de la materia?

De pronto la materia, por su falta de resistencia, se hace espiritual.

12 de julio

Mi madre, orgullosa, feliz, me tenía la sorpresa de sus primeras cerámicas, un gallo echado de cresta rosa, amarillo con estrías verdes

que, con una bufanda, nos hizo reír por su semejanza con mi padre, el mismo gesto entre avinagrado y burlón. Un plato y un cántaro que podrían ser de arte popular, de tonos pálidos, verdes y lilas. Después de sus esmaltes, yo puedo esperar cualquier cosa de esta fulguración creadora, imprevisible hasta hace un año. Voy siguiendo este milagro, que ha cambiado su vida, como un padre sigue los progresos del hijo, asombrado y dichoso de verla crecer bajo la fina y poderosa presión de sus manos infatigables. Ella, que era aprensiva y retraída, después de los 60 años, ha descubierto esta potencia oculta; esta fuente de goce que la hace correr mañana y tarde a trabajar el cobre y los esmaltes, los ácidos y el horno, a amasar la greda y a pintarla. Al fin del día, las manos adoloridas se quejan, pero ella sigue amasando en la fantasía los colores y las formas del día siguiente. Doy gracias a Dios por esta bendición gratuita y, por otra parte, tan justa diría con temor, que ha impartido sobre su vida azarosa.

La transparencia del diamante, que inquietaba a Novalis, lo hace sensible a la radiación nuclear, a las vibraciones y mensajes del Cosmos. ¿No debería ocurrir lo mismo, y aún más naturalmente, es decir, más sobrenaturalmente, con las almas que llegan a la transparencia?

La probabilidad, casi certeza, de la existencia de vida y espíritu en otros mundos, tal vez, de seguro, más avanzada que la nuestra, hace aún más imperiosa la trascendencia de los valores, de la belleza, del bien. Cada acto, cada pensamiento nuestro tienen infinitos testigos y de nuestra recta intención depende el equilibrio de la tierra.

16 de julio

Era tal la blancura en el cielo frío y purísimo del jardín, que la luna parecía otra magnolia recién abierta.

Ayer, una luz verde dorada hacia el poniente, a través de las avenidas del parque, recién pintado por Corot, apenas unos segundos antes y ya no unos segundos después.

Asombrados de tanta brutalidad cometida por el nazismo, mientras más conocido más terrible, celebramos anoche otra salida: "qué buena es, al fin, la democracia, ese régimen en que las tonterías de los unos son contrapesadas por las tonterías de los otros".

Con el nazismo culmina de un modo absoluto e insuperablemente realizado el determinismo biologista del siglo XIX, con toda su implacabilidad geneticista, su repugnancia por la trascendencia del espíritu.

El espíritu puesto en un tubo de ensayo se transforma en bomba atómica. Encerrado en sí mismo, sin puertas ni ventanas, explota y es capaz de hacer volar el mundo por los aires.

Agosto

Me quedo pasmado en el árbol, dormito en las plumas del gallo, me hundo con las raíces en la tierra, me caliento en el horno, soy pan y ¡oh, maravilla! pluma, fruta, deslizamiento de arenas, pepita de oro en el ojo de la paloma, soy.

Todo el pantano se ahonda con el reflejo de los sauces brotando. Profundidad y altura se contemplan. Un tordo se columpia en la rama de un sauce. Todas las criaturas del aire cantan, las de la tierra brotan, las del agua relumbran, las del fuego crepitan. Yo canto, broto, relumbro y crepito.

15 de septiembre

Risa burlona de la gallareta en la espesura, el chercán de septiembre modula fruslerías, cantan las aguas.

Panimávida, 16 de septiembre

La primera mano que se abrió sobre la tierra fue la de un reptil. Pavos revueltos con cabritillos. El canto del pavo se desploma en la mañana agridulce de septiembre. Una tenca nueva ensaya sus primeros trinos, con tonos alternados de madera y de piedra. Nada más admirable que un buen hortelano. La tierra ordenada en terrazas, peinada y bien cernida, sombreada de olivos y naranjos y vuelos de paloma. Florecen perales, duraznos. Crecen habas. Se marchitan lentamente las camelias blancas visitadas de abejas. Arde el aire con el zumbido de las colmenas. Empieza a florecer la casona del poeta. Como volcán nevado, el botón de camisa.

El olor de la tierra me endereza.

Un cielo de Bretaña se me vino con la mañana a la cabeza.

El perfume agridulce del lirio.

Chicha lila de las Toscas.

Lima, 24 de septiembre

La muchedumbre llenó la Plaza de Armas con la procesión de la Virgen de las Mercedes, ensordecida por los aires marciales, flanqueada de cadetes de todas las armas. Graves caballeros lucían los cordones de sus cofradías y desfilaban rezando, rosario en mano. Damas prominentes se mezclaban aquí por esta vez con más humildes y oscuras esclavas de la Virgen, todas cubiertas de mantillas. El Presidente de la Junta apareció en un balcón del Palacio con unas señoras de aspecto femenino-castrense, que se arrodillaron en reclinatorios al paso del anda dorada gigantesca, mientras, en medio del silencio más completo de la multitud,

unos edecanes ofrecían a la Virgen dos enormes ramos de gladiolos y crisantemos blancos.

25 de septiembre (Volando entre Lima y Quito)

A gran altura, sobre nubes lechosas, veo las altas cumbres desnudas de la costa como islas desamparadas.

Bogotá, 30 de septiembre

Ayer, visita al Museo de Arte, excelente en la parte arqueológica e increíblemente malo en lo de pintura. Hermoso edificio, con fuentes de piedra y hortensias prodigiosas, azules, rosadas. En la tarde, vagancia por las calles del centro, animadas, pero sin carácter. Añoro a Quito. Esta es una ciudad ni chica ni grande, bastante informe. Los extranjeros viven sobresaltados por la violencia sin freno. Percibo aquí un aire de pretensión que nada parece justificar, un poco Buenos Aires sin las alturas y laberintos de la gran ciudad. Palpo vagamente la indefinición de la vida sudamericana: violencia sin causa, catolicismo sin caridad, refinamientos aislados e inútiles. Un barco a la deriva con sus tres clases bien delimitadas. La pereza mental traslada acá los temas de Europa y los rebaja.

Hoy, visita a la catedral de sal, impresionante exterioridad en el interior de una montaña. Campos muy verdes, colinas plantadas de eucaliptos, muchos autos dominicales por el camino poblado de hosterías y de fondas. Nada muy excitante bajo esta luz impecable. Después, un cocktail con colombianos divertidos, ingeniosos. Un poco el café madrileño sin España. En estos primeros contactos, Colombia me gusta menos que el Ecuador modesto y sabroso, y que el Perú, tan tristemente vital bajo el gris cielo de Lima. En esta ciudad no hallo nada incitante.

Cartagena de Indias, 3 de octubre

Encantamiento de esta ciudad con su catedral rosa y blanca a través de los cocoteros de la plaza, donde la gente retoza a la sombra, sin prisa, y unos estudiantes leen sus libros de texto. El Palacio de la Inquisición es ahora un Museo de paredes blancas y ventanas con rejas de madera que se abren a los jardines de plátanos y acacias. ¿Qué hace un triste pino insigne en medio del esplendor de esta plaza?

1963

Hualpén, 9 de noviembre

Terrible sorpresa: una de las dos catitas australianas, la de azul más pálido, mató a la otra a picotazos, después de ocho días de felicidad al parecer perfecta. Ahora canta sola en su jaula, con el mismo estusiasmo de antes -¿o será que yo no descifro el trino de su gorjeo?-, rodeada tras los vidrios por estas visiones de una primavera ya madura, gozosa y fatigada, con mugidos de vacas a la distancia y lejanos reclamos de gaviotas en la boca del río. Clarines purpúreos se asoman entre los macizos de boj. Acabo de mirar de cerca -como con lupa, para algo ha de servirme mi ojo izquierdo tan miope- el más menudo y cándido nomeolvides, tan pequeño como para decir una y otra vez: "no me olvides, no me olvides", un diminuto personaje de cuento infantil. "Por favor, no me olvides". Y esta pulgarada de celeste con ínfimas veladuras de oro, casi mentales de puro mínimas, me da una felicidad que me equilibra la tragedia de la jaula de dos pájaros felices. La redención tras el pecado. Crepitan las hojas vivas y tersas bajo las pisadas húmedas de unas lagartijas que reverberan al sol, misteriosamente ignorantes de su bello traje, oliendo moscas en el aire. Teatinas espigadas se balancean, bajo el vuelo de unos moscardones que pesan en el glorioso vacío de un segundo sin nada, mientras la catita viuda y asesina sigue cantando.

La Serena, 13 de noviembre

Ayer me eligieron académico de la Lengua. Sabor *plutôt fade*... No es una reverberación de juventud ni de talento. Viaje nocturno en automotor. Cansancio, sueño interrumpido por movimientos bruscos y sirenas de alarma, pero también alegría de viajar solo entre gente innominada, al lado de una muchacha modesta que me ayudó en la oscuridad a extender mi asiento, mientras ella, mareada, se preparaba a dormir. En la noche, despertando, como si la sintiera inquieta casi junto a mí, le pregunté como a una compañera:

-¿No duerme?

-No, nada. ¿Puede, señor, darme un cigarrillo? Perdone la molestia, me duele tanto una muela.

Fumó la pobrecilla, abatida, frunciendo sus gruesos labios morenos, defendiéndose de los barquinazos del tren. Vivía en La Serena desde

hacía unos meses y aún no podía acostumbrarse. Por primera vez estaba lejos de su casa. Venía de una visita de apenas tres días. Y estaba tan lindo Santiago... Cerca del amanecer se quedó dormida. Su cabeza confiada me quedaba tan cerca que sentía su aliento, la concentración de sus ojos cerrados.

Empezó el día con aldehuelas apegadas a riachuelos de serranía, garzas madrugadoras entre los carrizos, ranchos entremedio de junglas de paltos, de higueras. Sólo en estas tierras he visto tal tupición de higuerales. Me preguntaba si tendrían sombra, si no serían macizos hasta el suelo. Sí, es claro, la tenían "para perseguir tordos huidos", como en el verso de la Mistral. La gente de los valles empezaba a levantarse poco después del amanecer. Unas viejas de pañolón en la cabeza barrían las hojas y basuras de los huertos menudos. Los cerros muelles de teatina madura conservaban Alstroemerias de lila intenso y de trecho en trecho el carbonillo se alzaba como un frondoso manzanillón en flor. Es temprano el despertar de los montañeses soltando cabras y burros, en esta comarca parecida a Tierra Santa, pobre, árida, descansando en oasis con lagunas enjuncadas y taguas que los campesinos respetan como "gentecita inofensiva e inútil del Señor", me dijo uno en el tren.

En un café de La Serena, unos jóvenes beben mesas de malta, hasta que les llega la hora de las recriminaciones mutuas. Discuten sobre salarios, peticiones y estatutos. Al fin de cada párrafo, elevan el tono de la voz, como en los fados portugueses. Sólo les falta llorar.

-¿Qué es la vida? -pregunta un muchacho a la mesonera.

-¿La vida? La vida del gato. Tengo siete.

-Dime, viejita, ¿por qué no te cuidas?

-¡Ah! por mí se cuida el dueño de casa -dice ella desperezándose.

En otra mesa una mujer entrada en años adoctrina a un mendigo:

-Chile es el país más lindo del mundo.

Un borracho viejo comunica a la dueña:

-Yo llevo años sin ver a mis chiquillos. Todo pasa con el tiempo. ¿Le gusta el Uno?

Creí que era un juego de azar; no llegué a pensar que se tratara de Plotino. Era un disco de Wurlitzer, que toca ahora un tango. Un joven minero con varios anillos en los dedos echa un montón de monedas, como para escuchar música toda la noche.

La Serena, 14 de noviembre

Hoy cumplo 43 años. Recuerdo claro qué pensé, qué hice cuando cumplí 14. Escribí entonces en mi cuaderno a propósito de esa fecha y de lo que esperaba de mí. Recuerdo el mismo día, en 1949, en Londres, recién llegado, sintiendo "la extrañeza de ser americano" (Miguel Arteche).

Pascua, 30 de noviembre

El agrio olor polinesio de la flor de lantana. Los niños de acentos lánguidos, con su rápida lengua pascuense, tienen algo de brasileños. Muchas cosas en Pascua parecen del Nordeste del Brasil, colores, perfumes, tierras secas y encendidas, languideces y tonos del habla. Hanga Roa es verde, arbórea. Llegamos en plena sequía, felizmente interrumpida hoy por una lluvia tropical que nos dejó empapados. Dicen ahora los isleños que el Pinto trae lluvias, como antes la golondrina de mar. El buque protector es el nuevo dios de la isla. Los bisques lavados por la lluvia suben hasta el cenit del bermellón en nuestro jardín que pedía agua con toda la ansiedad de sus ramas marchitas. Una bignonia de flores lilas pálidas trepa en la veranda, y otra de flores amarillas y hojas finas de acacia reluce, barnizada.

Nos alojamos, S.M. y yo, en una de las mejores casas de Hanga Roa. Su dueño es Jorge Edmunds, sub-oficial de la Fuerza Aérea, quien vive en Santiago con su mujer y sus 8 hijos y ha venido ahora en el Pinto. Es un hombre muy alto y delgado, moreno, pausado y fino de gestos. Representa algo más que sus 42 años. Es hijo de inglés y pascuense de origen tahitiana. El padre se volvió a Inglaterra y regresó después a Tahití, donde murió. Los hijos continuaron viviendo en Pascua, en torno a la madre, una nativa inteligente y señorial.

Pascua, 1 de diciembre

Mientras me afeitaba, antes de las 7, vi, a través de la rejilla inferior de la ventana de la pieza de baño, el sacrificio de una vaquilla. Jorge fue a buscarla ayer al campo, al monte Tere-Vaka -que es el más alto de la isla- para llevar la carne salada al continente. Desde temprano, la pobre daba mugidos de inquietud, amarrada a un naranjo cerca de nuestra pieza. (Ana Pavao, nuestra anfitriona, habla con vehemencia en la cocina, con tantas vocales, que parece estar ensayando la garganta para una ópera). Más tarde la llevaron al pie de una higuera, en el costado de la casa. Parecía presentir su suerte porque se defendió con cuernos, cascos y cola hasta caer rendida, todavía bramando débilmente, pero ya entregada, resignada a todo. La manearon y le pusieron una jáquima, ante la expectación de los niños esperando el desenlace. Uno de ellos se subió a la higuera para ver mejor. El sacrificador atisbaba el momento oportuno, con un cuchillo largo y afilado en la mano. Yo miraba también, la cara jabonada, a través del velo de malla de la rejilla. Temía el momento final, pero no podía perderlo. Todo fue muy simple y rápido. El hombre se precipitó como un rayo sobre la bestia inmóvil, que miraba tranquila al paisaje. Oí un gemido corto que fue apagándose por unos segundos, y luego los niños empezaron a ayudar al descuartizamiento.

Ana Pakomio trae a S.M. un arbolillo de coral como retribución por el vestido blanco que le regaló.

Ayer llovió varias horas con violencia tropical. Llegamos a casa, pesados de agua y barro, después de habernos guarecido inútilmente en el Cementerio nuevo, apegados a un muro de piedras negras volcánicas. Los isleños esperaban la lluvia con angustia, quejándose de que no hay ya fruta, apenas unos cuantos plátanos, ni piñas ni sandías. Los isleños son quejumbrosos. Aquí falta de todo, y sobre todo trabajo. Sólo 40 hombres trabajan el fundo. Los demás... (Y si hubiera trabajo ¿trabajarían?). Estaba ya oscuro cuando encontramos al lado de una pirca negra a Mateo Veri-Veri, el tallador de pequeños moais.

-Estoy viviendo aquí con mi "nuela" -y señaló una cabaña vecina a un platanar.

-¿Veri-Veri?

-Antes era Here-Veri, pero después cambió y lo inscribieron así. Here, amarrar, querer. Veri, hermosura.

-¿Amarrar la hermosura?

El hombre, ya anciano, casi andrajoso con su pantalón y camisa de tocuyo, miraba con agudos ojos salientes.

-Vivo con mi "nuela" y mis nietos, desde que mi hijo desapareció, no volvió más. Se fue con unos amigos jóvenes a Tahití. Se robaron el bote del Gobernador y partieron. Hubo otros que llegaron. Pero nunca se ha sabido nada de la embarcación, de mi hijo. Los tragó la mar. Sí, hijo único. Yo me quedé con su mujer y sus hijos. El Gobernador me cedió este terreno, que acabo de sembrar de sandías.

Mostró un campo más visiblemente sembrado de piedras que de sandías.

Todo falta. El mar es malo y tiene poco pescado, poco marisco. Cuesta salir al mar. Las langostas son chicas, los erizos chicos. Pescan bonito, bacalao, atún, albacora, peje-paz. Pero salen tiburones. No hay elementos aquí para pescar. Mucha variedad, pero poca cantidad. Mucho tollo. Hay un pescado muy rico, parecido al atún, el toremo. Remorema, cuando joven.

Los limoneros y naranjos han sido asolados por la peste negra. En cambio, los plátanos son tan lozanos que uno se pregunta por qué no hay más, aunque no fuera sino para detener la erosión y alegrar el paisaje. Lo mismo que las piñas y las vides. Dicen que la uva no vale gran cosa porque las parras se van en vicio de hojazones y zarcillos, pero es admirable verlas crecer en los parrones de los huertos domésticos y en las faldas interiores del cráter del volcán Rano-Kao.

El hobby fotográfico puede adquirir el vértigo de la pasión y aun los desvaríos de la locura. A la salida de la iglesia de Hanga Roa, fotógrafos profesionales y turistas rivalizan en la cacería de escenas pintorescas y terminan fotografiándose entre ellos mismos.

Una cosa por otra: el mismo escocés que trajo a Pascua los gorriones con la esperanza de exterminar las moscas, introdujo a las diucas, que cantan cristalinas y felices en las barbas de sus inveterados

competidores. Por esta vez ha triunfado la existencia pacífica. En cuanto a los tiuques, importados para acabar con ratas de campo, grillos y baratas, su difícil gestión tiene todavía a mucha sabandija por delante, y por debajo de su gritos de gozo exasperado. Basta levantar una piedra en las laderas del volcán Rano-Kao, para descubrir efervescentes poblaciones de grillos negros. Aseguran algunos isleños que los tiuques, salteadores macucos del Valle Central, devoran los huevos sagrados del Manu Tara, que ya no se divisa sino de tarde en tarde en los islotes de su antiguo culto, frente a las casas subterráneas y los petroglifos de Orongo. Higueras achaparradas, pero lozanas y de hojas brillantes, se asomaban entre las lajas de las casas desmoronadas de piedra. En las rocas, la mitología del hombre-pájaro, al borde del acantilado, cubierto de altas gramíneas, mirando al Oeste infinito. Un poco más lejos, el cráter del Rano-Kao con sus pantanos, juncales y manchones de platanar y viña, en el fondo de las paredes precipitadas de lava.

El amanecer en Pascua es iniciado, como en mi infancia, por cantos de diucas, por reclamos rezagados de gallo, todavía reverberantes de noche. No mucho más tarde empieza el parloteo de los niños, madrugadores, y el rezongo polinesio de las madres. No es difícil hallar en esta isla prolífica abuelas juveniles de 40 años con más de 20 nietos. Una de ellas, la esposa de Urbano Hey, nos mostró con orgullo su huerto, en el cual cultiva tomates, cebollas, pepinos dulces, papayos, plátanos, en un pañuelo de tierra bien apretada de ramas y de flores, el hermoso árbol amarillo de Tahití, suspiros, hibiscus. Doña Victoria Rapa Hango tiene 66 años. Ha vivido muchos años en el Continente -en el "Conti"- donde residen varios de sus hijos y no ha querido ir a Tahití, aunque ahí tenía parientes y tierras, "porque eso pertenece a otro país y ahí hay que tener mucho de esto... dólares". Ella habla con dulce dejadez, como desprendida ya de las cosas que empequeñecen la vida. El acento de tierra cálida y la mirada un poco ausente me recuerdan a la Gabriela Mistral de los últimos años fumando un cigarrillo demoroso. Le gusta menos vivir en Limache, donde tiene una hija casada, que en Santiago, "fuera de la rutina de la casa". Está contenta con sus hijos, que son de la gente mejor y más seria de la isla.

-¿Usted es viuda?

-Debo decirle francamente que yo siempre he sido una solterona empedernida.

Respuesta digna de la Mistral, que no podría haber sido tampoco sino madre soltera. Imposible imaginarla casada, del brazo de su marido.

Hanga Roa, con las pequeñas propiedades de los isleños, es un vergel tropical con platanares, palmas, higueras. Estas últimas perfuman las calles y dan una sombra generosa, impagable bajo este sol. Nos cuentan que Policarpo Toro las plantó en la época misma de la ocupación de la isla, pero no faltó un Gobernador que ordenara cortar a las que sombreaban las aceras. Sólo algunas pudieron salvarse y otras han vuelto a crecer, desde abajo. Las casas blancas y de colores claros, desparramadas

en medio del verdor salpicado de flores -*tiare*-, son holgadas, espaciosas, bien dispuestas para ventilarse de un ventanal a otro y para recogerse en la sombra de agradable frescura de sus aposentos centrales. Son casas modestas y pulcras, abiertas al buen aire y protegidas del calor. Así como en Puerto Rico nadie puede impedir que los sapos -coquíes- se metan por todas partes, sería imposible atajar acá a unas enormes cucarachas trituradoras de hierbas y maderas, que dan a algunos escalofríos cuando de repente cruzan las habitaciones. "Cada cosa tiene su sombra..."

Pascua, 2 de diciembre

Una lapicera perdida, tal vez hurtada por algún isleño tan curioso como ladronzuelo, tal vez extraviada durante la excursión del Ahu de Akivi y de Tere-Vaka. "Los 7 monos" llaman los pascuenses al Ahu reconstruido por Mulloy, Gonzalo Figueroa y Carlos Carrasco. Sobre su plataforma ceremonial se alzan entre las colinas, en medio del campo, mirando al Océano. Muy semejantes entre sí, sus expresiones son desoladas, impasibles. Estos 7 hombres hieráticos no alcanzan a ser ídolos ni monstruos. Son hombres, diríase atormentados por un padecer secreto que por algo que ignoramos están ahí juntos, la mirada hueca perdida en el mar. Parecen señores de la isla y del agua, erguidos tierra adentro, pero pendientes del ancho horizonte, ellos los únicos en Pascua que lo escrutan y desafían con los ojos. Detrás del monumento ceremonial, unos cuadriláteros de piedra marcan los sitios en que se verificaba la incineración de los cadáveres.

3 de diciembre (Día de San Fco. Javier)

Dormimos al pie de los moais del volcán Rano-Raraku bajo los efluvios de la luna menguante. El cráter está cubierto de totoras. Graznan los tiuques sobre los monos de piedra. Huyen las grises ovejas entre monumentos hundidos que sobresalen de la tierra como espárragos. Algunos están volcados desde la guerra de los iconoclastas. Nos vinimos ayer en carreta desde Hanga Roa. Doña Inés, tocada con sombrero de paja de alas gachas adornado en la copa con un pañuelo flor de la perdiz, parecía la Reina de Rapa Nui recorriendo sus dominios, conducida por sus bueyes ancestrales Mata Veri y Motu Nui y por su palafrenero Pacarati cantándole canciones y gritando a sus bestias.

Escribo afirmado en la mejilla plana de un moai enorme yacente. La piedra es casi pura arenisca que se desmorona al tacto. El menor toque de la mano desprende piedrecillas. Es difícil explicarse cómo los volcaron y más todavía cómo los desprendieron de la mole de roca y los trasladaron desde la cantera hasta aquí. Miro a la triste laguna del cráter entre dos cadáveres gigantescos como monstruos marinos, toscamente esculpidos, grandiosos por la reiteración de la forma.

En uno de los grandes huecos de la cantera, donde aún se ven moais que no alcanzaron a ser desprendidos y puestos en su sitio, retozan

y aun duermen las ovejas, que dan a este extrañísimo recinto un olor familiar de establo. Así como se murmura que las cabras formaron el desierto de Sahara, se dirá, en honor de estos mansos corderos, que redujeron a la nada las mayores glorias arqueológicas del Pacífico. "Sic transit gloria mundi". Más allá del cráter, una angosta escotadura de tierra erosionada y el Pacífico, hoy inmóvil, sin islas 2000 millas a la redonda, con toda la nítida redondez del mundo. Una cabeza tumbada parece dormir, soñando escenas de esta vida inaprehensible de los confines del tiempo, este absoluto al revés, perdido para mí, para todos. No la torturan las moscas que pululan en estos campos de duro pastoreo ni los borregos que vienen también a morir al pie de estos titanes, *Tatanes* o demonios los llamó nuestro boyero. Miro el mismo cuadro que vio y describió Pierre Loti cuando era teniente de marina. Sólo faltan los hombres desnudos, tendidos como criaturas de Gauguin, entre estos símbolos que ya no comprendían sino los *rongo-rongos* que poco después murieron sacrificados por los piratas peruanos.

Aquí un ídolo monumental de 10 metros, con perfil lejanamente evocador de Buda, por su serenidad de maestro en descanso, se quedó dormido como un niño antes de nacer, unido a la piedra original, apenas forma en el plasma volcánico. Líquenes verdes, excrementos de ovejas, helechos, ortigas y vinagrillos decoran como otros alfabetos la yacente cara, la extinta sonrisa. Una especie de locura sacó a esta muchedumbre de monstruos de la poquedad del Ombligo del Mundo emergiendo en medio de la vastedad oceánica y otra locura humana los abatió por tierra, los dejó inconclusos e instauró de nuevo, para siempre, el olvido sobre estos bloques de memoria vana. ¿Quién podría escuchar lo que oirán estos Orejas Largas?

Las rocas de lava negras y azul grises forman un hermoso rock-gardens con los helechos y arum de hojas parecidas a las del manto de Eva (taro o tara, esta última de raíz comestible después de cocerse en varios curantos). Todo aquí parece querer protegerse del mar, precaverse de sus peligros encarnados en piratas, tempestades, monstruos. Pascua se vuelve cráter, jardines en profundidad o bosquecillos cuando no pampa herbosa preocupado sólo de ovejas, vacas y caballos. Como los moais, la isla da soberbiamente las espaldas al mar y se regodea, estólida, con sus ganados.

La mejor prueba de que la representación de la figura humana resulta siendo siempre expresiva, aun cuando los medios técnicos sean rudimentarios en grado sumo, puede hallarse en estos moais, expresión casi infantil del hombre repitiendo un modelo que adquiere, en cada copia, fisonomía singular.

Higueras fuertes como la mujer del Evangelio crecen entre los pedruscos porosos de lava. Más acá, tabaco, taros y una leguminosa de pequeña flor amarilla.

4 de diciembre

Pasamos dos noches entre los gigantes del Rano-Raraku, llovía a ratos y la lluvia me mojaba la cara. Todo era perfectamente silencioso hasta el amanecer, con los graznidos de los tiuques y un lejano canto de gallo que recorrió esa dura inmensidad sin eco, desde la casa del viejo Niare, la única en esa comarca sombría. Al lado de los montes indescifrables, de esa costa sembrada de ruinas, Hanga Roa con sus lantanas, palmeras y platanares viene a dar razón a Roggenven que, al descubrirla, la consideró un pequeño paraíso.

6 de diciembre

Ayer, asombro ante los muros ciclópeos de Vinapú. Los bloques de piedra son perfectamente regulares, como si hubieran sido cortados con instrumentos de acero. Más que un Ahu, Vinapú parece una fortaleza en ruinas. Los muros de Troya no han sido mejor hechos que éstos. Uno se pregunta: ¿Cómo? ¿por qué? ¿para qué? Métraux en su hermoso libro es demasiado escéptico, con su racionalismo cauteloso, a la francesa. Cuando no escamotea los problemas, los resuelve de una manera tan superficial que él mismo llega a contradecirse, como ocurre con su teoría acerca del transporte de las estatuas desde la cantera de Rano-Raraku hasta la costa oeste. Considera no sólo factible, sino relativamente fácil, esta tarea, pero, cuando llega a la descripción del transporte de 2 pequeños moais al Mercator, resaltan todas las enormes dificultades. Equivale más o menos a volver a la explicación legendaria de que los gigantes se dirigieron por sus propios pies a ocupar sus lugares definitivos.

Me he refugiado de la lluvia en la ermita de la Virgen al lado de la iglesia. Nos sorprendió la nubada mientras nos encaminábamos a Punapau, el pequeño volcán donde estaba la cantera de los sombreros de toba roja. Pasa un joven de camisa roja, jinete en un caballo poco más robusto que la generalidad de los jamelgos de la isla y se persigna frente a la iglesia.

"El dios ancestral, uniéndose a la anguila furiosa, produjo la nuez de coco".

Los árboles: "Con frecuencia un padre de familia, en el momento de morir, prometía a sus hijos enviarle un árbol desde el reino de las sombras" (Métraux, 75).

"La isla de Pascua ha sido cultivada y habitada en casi toda su extensión, exceptuando, tal vez, la península de Poike y algunas otras zonas del interior" (Métraux, 76).

Jorge Edmunds nos dice que en otro tiempo los pascuenses trabajaban más y mejor en la agricultura. Cultivaban sus plantas con amor y prolijidad y se sentían orgullosos de sus jardines superficiales y profundos, que protegían con arcos de piedra. La crianza extensiva de ovejas introdujo un germen de comodidad. Los isleños, que no tenían

antes más carne que la de gallinas y ratas, se acostumbraron a depender del cordero que la Compañía, primero, y la Armada después, les vendía o regalaba. Fueron también olvidándose del mar, que tantísima importancia tiene en sus mitos arcaicos. No hay actualmente en Hanga Roa más de 30 botes. Nunca hubo muchos por la falta de madera, y en todos estos días en que ha estado aquí el Pinto, nadie ha visto pescado ni marisco. No he conocido ni de vista ni a las célebres anguilas ni a los atunes y langostas. Se dice también que han disminuido las gallinas, a pesar de que hoy se puede cultivar el maíz, antes desconocido, como que éstos volátiles manjar de dioses y de hombres en la antigua Pascua y fuente importante de adornos debían ser nutridos con camote. ¡Maldición de las ovejas!

7 de diciembre

Los profesores *rongo-rongos* y los nobles (*ariki*) llevaban grandes diademas hechas con plumas negras de gallo, que tenían a veces cerca de un metro de diámetro. Los rongo-rongos, además, en la fiesta de las tablillas enarbolaban en la mano un bastón terminado por un plumero.

Pascua, 8 de diciembre

Despedida de Pascua. Esta mañana, transmisión del mando de la isla en la Plaza de Fátima, ante autoridades, tropas isleñas y turistas. El Comandante O'Reilly, al final de su alocución, encomendó a los pascuenses a la sabia dirección y doctrina del P. Sebastián y a las orientaciones del Gobernador y sus hombres. Paternalismo a lo Oliveira Salazar. Ahora, toda la población mira desde el muelle los preparativos de zarpe del Pinto.

Bajan a un pascuense viejo en una camilla, con ataque de asma, la única enfermedad grave de la isla, que ignora las hipertensiones y los infartos. A los pocos instantes muere. Era José Pacarati, anciano aventurero que fue hace años en bote hasta Tahití. Estaba enfermo desde hacía tiempo y últimamente habían conseguido traerlo al Continente para tratar su asma. Llegó a caballo al embarcadero y el ataque sin duda cardíaco le vino cuando estaba en la barcaza, entristecido al saber que no viajarían con él ni su hija ni su nieta, que habían querido acompañarlo.

El Dr. Yen, etnobotánico neozelandés de origen chino que viaja con una beca estudiando el área de dispersión del camote, irrumpió ayer a bordo lagrimeante y borracho, con toda su flema chinesca perdida. Se proclamaba polinesio a pesar de ser chino de Hong Kong y lloraba la vergonzante suerte de los pascuenses, convertidos en mendigos. Proponía que cada familia tuviera una hectárea de huerta en el pueblo y cuatro hectáreas en el campo, para mantener siembras y animales. Excelente idea. Kelly, gerente de la Ford Motors en Chile, considera que un país tan pobre como el nuestro no puede darse el lujo de sostener con déficit la

isla de Pascua. "Chile vive por encima de sus medios. ¿De qué le sirven la Antártica, Arica, Aysén? ¿De dónde saca dinero para cargar con esos territorios? Del bolsillo de los contribuyentes norteamericanos".

El señor Kabath, fotógrafo vienés contratado por el Turismo para tomar fotos de Pascua, lee concienzudamente en la cámara, la mano en la frente, esa concentración que hace a los sabios [123].

[123] Con algunos agregados y supresiones, las anotaciones de Pascua dieron origen a un extenso artículo, "Itinerario de Pascua", publicado en *El Mercurio* (9 de febrero de 1964, p.5).

1964

Constitución, enero

Campamento en la isla, frente al pueblo, entre viejos eucaliptos. Mauricio bien podría llamarse Tadrio, como el niño de *Muerte en Venecia*. No, pero es distinto, a pesar de la elegancia común recibida de la naturaleza. Mauricio es altísimo y silvestre y, apenas entra en confianza, habla de sus aventuras con las muchachas de la costa, como para contrarrestar la impresión de delicadeza que se desprende de su figura. Ya el primer día, apenas habíamos montado las carpas, se bañó desnudo en el río, sin timidez, delante de todo el grupo excursionista. Nadó con presteza y se puso a saltar y hacer ejercicios en la orilla, bajo la mirada bondadosa de su padre. El hijo, como el Orfeo de Jáuregui, goza de libre edad su primavera ociosa, piloteando veleros río arriba, "yateando" entre golpes de viento, pintando y calafateando embarcaciones en traje de baño complaciendo furtivas muchachuelas lleno de gracia y de tiempo. Un ángel fluvial.

Constitución, 13 de enero

Despertar con algazara de gansos en la ventana, bajo un cielo nublado de costa. Mauricio trabaja toda la mañana reparando su velero, en la orilla de la isla.

Un sueño erótico de ciencia ficción. Hay en la pared un mapa que permite elegir entre varias posibilidades de amor, entre varios caminos. Se aprieta un botón y de pronto se materializa una persona. Siento en la penumbra de la sala el contacto de un cuerpo desnudo que me abraza, en actitud de posesión y de entrega. Su cuerpo está desprovisto de vellos. Las axilas parecen afeitadas, lo cual me sugiere que este ser llega de ultratumba: es un ánima que vuelve del Purgatorio -¿o del Infierno? ¿o del Cielo?- a revivir entre mis brazos. Es un ser real, tan real como yo mismo. Me pregunto: ¿de dónde viene? ¿Será en verdad un joven difunto? ¿O habrá sido sólo creado por mi deseo que opera sobre la máquina en complicidad con el éter? ¿Vivirá sólo estos instantes de efusión conmigo? ¿Podré retenerlo? ¿Podrá volver? ¿O vendrán siempre otros distintos, cada vez que apriete de nuevo el botón conmutador? Y, si no existió él ya antes, ¿existirá quién sabe después? ¿en este mundo? ¿en otro? ¿en los antípodas astrales de la Tierra? Lo único menos incierto es que ahora estamos juntos. Toco su cuerpo depilado e incitante. Una onda fosfórica nos une, pero hay una insignificante ruptura en la cáscara

de huevo de mi sueño y yo sé, yo sé que ni siquiera este abrazo es real y que entre este huésped enlazado a mí y yo mismo hay una sima infranqueable: yo estoy soñando y él también sueña, es un sueño. Yo sueño. Yo, sueño.

14 de enero

Mauricio está pintando el verduguete del velero.

Sí, lo está pintando absolutamente, a la luz del mediodía, ante mis ojos. Ya lo pintó. Su figura y sus gestos de ese largo momento desaparecen para siempre, porque tampoco permanecerán, ¡ay!, para siempre en mi memoria. Ahí cerca estaba un absoluto -el Absoluto también- y sólo era cosa de tocarlo, de verlo, como a todos los absolutos ocultos. El del "país de nunca jamás". Ahí para siempre, como el río de agua verdegris y el bote azul, rojo y blanco volcado en la arena. Tantas veces repetida, esta verdad no cansa. El tiempo pasa y su caducidad es un límite insalvable. Ni siquiera en la suma contemplación podría revivir en toda su realidad esta escena, porque ya no sería real. Hasta ahí llega mi taumaturgia posible. No puedo ir más allá. Tengo que aceptar, tengo que resignarme. La aguja perdida en el pajar se perdió para sí misma y ya no hay pajar ni aguja.

Pocas veces he sido tan feliz como en algunos instantes de estos días pasados en carpa a la orilla de un río. En este crepúsculo tibio, escuché y vi después el salto de una lisa en el agua como la encarnación del Todo, en la Perfecta Paz. Casi el *satori*, sin juicio, sin conflicto, sin tiempo. Yo era ahí el tiempo y lo que a la vez lo consuma. El río, la lisa, el cielo, tan fuera de mí que al fin podría reconocerme y poseerme. Estaba entrando sin movimiento en mí, saliendo. Mas no era todavía el momento. Distraje mi atención en unos cantos de jóvenes que remontaban el río en bote. Cantaban mal, desentonaban como borrachos. Perdí la armonía, no bien alcanzada.

-Pareces un Buda -me dice alguien.

Sentado al pie de un árbol, sólo podía mirar, sentir, al fin de nuevo suspendido sin deseos, sin proyectos, sin recuerdos.

Desde fuera parecía un Buda.

Acaso deba la acuidad de la mirada a la visión de Tadrio y su aureola. Un niño manso, con la nariz de gacela vuelta a los rumores del bosque, sensible a los olores del agua y al paso de las muchachas, sabueso puro perseguidor de huellas, lánguido buscador de sus tesoros, en ese límite justo en que el sexo es todavía un capullo sensible a los cambios del viento, tan puro y simple como el abrirse del día entre las hojas. Nada de lo que existe para mí pesa en sus ojos. El lo mira todo con otra pupila. Sus bienes no son míos. No son suyos mis males. Nada exterior nos une. Ese río es para él otro, que ni siquiera tiene los nombres que yo le doy. El mira su desnudez y ve lo que yo no veo, lo que nunca vi, ni en él ni en mí ni en nadie. No hay entre él y yo la menor cosa común. Ni planes ni

deseos ni recuerdos. El es absolutamente otro. Y sin embargo me es amable. No me es extraño. Mi deseo de él es un deseo de mirada, en el deleite de verlo y de seguirlo mientras nada al alcance de mi vista, cuando sale del agua, cuando sonríe apoyado en su manos largas, firmes y seguras sobre el remo. Me sugiere la contemplación de los ángeles, tan distinto es a mí y tan cercano se me ofrece. Se me ofrecía. Auxiliado, para la mayor perfección de mi contemplar, en la perennidad balanceada del río, en la fugacidad de los reflejos.

Una gozosa ruptura del hábito: dormir con este compañero bajo la misma carpa, sin ansiedad, sin el menor deseo de tocarlo. Rompería el hechizo de esta cabeza de pelo ondulante, de párpados translúcidos sobre los ojos verdedorados, durmiendo en el reposo de sus sueños cumplidos, unos sueños de joven que ignora los doblefondos del sueño, los bajofondos del despertar. Si hubiera sido mi hijo, no sería tal vez tan puro y, quién sabe, confiaría menos en mí. Este no es mi hijo, está libre de mí, y yo lo miro como si me lo hubieran dado para guardarlo una sola noche en el campo de todas las acechanzas de la noche, comenzando por las mías. Me lo han dado para que admire otra vez la inexpugnable puridad de una belleza que vale por sí misma, sin relación conmigo, pues a mí me ofrecen sólo el goce de contemplarla. El es una gota de rocío que yo no puedo rozar sin romperla. Y yo celebro el amanecer sobre la arena humedecida mirando, ofrenda de mi despertar, este cuerpo todavía dormido. Hasta que me levanto sigilosamente para no trizar siquiera la sombra de su amanecer, más cristalina que la misma luz que el amanecer refleja. Salgo de la carpa y el día está en el instante justo anterior al movimiento, está entero encarnado en luz, aun sin rumores de abejas, aun sin el viento de la costa. Es semejante, sin movilidad, sin ruido, a este mancebo que duerme, ignorante del alba, alba él mismo.

30 de enero

Lirios escarlatas de la arena florecen en las dunas. Avivan el suelo gris-azul que pardean las colas de zorro. Bandadas de fardelas revolotean sobre el mar pizarra buscando pejerreyes. Es la época en que la flor de la estrella *-mutisia-* se enrosca, con variables colores, de mar a Cordillera, del Maule al sur. Trepa aun por las zarzas -una trepadora sobre otra luchando por la vida- y lo engalana todo, como el soldadillo de agosto. Aun los cactos y los espinos.

El Horcón, 7 de febrero

Una excursión de nostalgia, bajo las emanaciones del magnesio del mar. Todo desaparecido. Nueva gente, otra sociedad que hasta parece haber cambiado las olas. Todo es tan diferente como yo mismo en esta Playa de los Jotes, siempre abierta, abrupta y negra, que recorrí tantas veces leyendo la *Cosmología* de von Weizsäcker. La multitud ha

invadido la costa. Y con esto todo se transmuta. En buena hora para ellos. Los cambios sociales violentos son como derrumbes de tierra y aquí, en esta vieja playa tranquila, se han desintegrado hasta los arrecifes.

Lo Gallardo, 12 de febrero

Anticipación del otoño. Un cielo nuboso y gris. Las codornices ya han criado a sus hijuelos.

Colliguay, 16 de febrero

Refulgente viaje con la Reina de Rapa Nui [124], por caminos fragosos, polvorientos, ahítos de sol entre sus montes arbolados donde rojean las últimas mutisias con sus crespas estrellas. Aquí se vive la paz de los huertos unida a la leyenda de las minas.

Colliguay, 17 de febrero

Silencio de hojazones tranquilas, rumor de higueras estremecidas por el viento, la tranquilidad de los huertos es la misma con los cantos de gallos a la redonda, los silbidos del juío, las vibraciones de madera del huidizo chercán. Todo está bien en el andar del día. Las últimas brevas, pálidas de sombra, rajadas de maduras, caen pesadamente con ruido de hojas removidas. Del peral más viejo del cerco cuelgan, graciosamente suspendidas como en una presilla de pintos flamencos, tres peras opulentas con sus hojas. Los parrones están cargados de uvas, todavía verdes, pero ya frecuentadas de abejas. He dormido estas noches en un cuarto de tierra, al lado de otro en que guardan la paja de trigo para retechar la casa, debajo de un enorme lagar. Todo parece armonizarse, sin excesos, ni estridencias ni pestes. Los abejorros zumban de acuerdo feliz con las tencas que se regodean con su propio canto. El tabaco florece en macetas de un rosa infantil de porcelana. Mas, cada cosa tiene su sombra, "cada árbol su historia" y así como la mayoría de las nueces caen devoradas ya por el gusano, las abejas estuvieron a punto de desaparecer todas, en las fauces de lagartijas de pronto enfurecidas, y así también este matrimonio de un anciano huertero y una cándida loca, que nos pareció puro y tan simple como el de Filemón y Baucis, oculta, como todo, "temor y temblor".

Llegamos a la aventura, subiendo difícilmente el camino empinado que se eleva sobre los huertos frondosos de Colliguay, que recuerdan a los de Caleu con un paisaje más amplio de montaña y un valle más

---

[124] Tal vez sea Inés del Río (la "Momo") a quien Oyarzún, tomando el título de la novela de Pedro Prado, llama la "Reina de Rapa Nui". Probablemente viajó también con él a Pascua, porque el 3 de diciembre de 1963 escribía: "Doña Inés (...) parecía la Reina de Rapa Nui recorriendo sus dominios".

abierto. Algo tiene también de Provenza en el color del cielo y de la tierra y mucho de Mallorca en la apretazón de árboles contra un fondo de cerros más áridos que el valle. Un encanto arcaico de vida en orden y en reposo, en un aislamiento casi completo, defendido por las altas cuestas y por la modestia de sus productos. Dice la tradición que por aquí se refugiaron soldados españoles fugitivos después de la batalla de Maipú. No hay todavía sino radios a pilas y luz eléctrica sólo en unas cuantas casas. Un autobús al día, que va y viene a Quilpué. No faltan los veraneantes, pero, concentrados en las orilla del estero de Pangue, de aguas deliciosas, no alcanzan a alterar la paz de los huertos. Los árboles frutales alternan tan bien con los nativos y desde tan antiguo, que unas parras centenarias suspenden sus racimos sobre el bulto oscuro y florido de campanitas blancas de un bosquecillo de pataguas. Los espinos vigilan el silencio aéreo de las teatinas. Los canelos son los custodios de las vertientes. Bandadas de garzas dan elegancia al cielo.

Me adelanté al auto que repechaba un recodo del camino y, entrando a un huerto plantado de parrones, me dirigí a un anciano pequeño, calvo, de ojillos benévolos, que se movía lenta y sutilmente como un hortelano chino.

-¿Podríamos acampar aquí, debajo de este peral? Queremos levantar la carpa por una o dos noches.

El viejito me miró sin extrañeza.

-¿Qué inconveniente habría, pues, señor?

Pero en ese instante sobrevino ella, Doña Brígida, toda trémula, trotando a todo lo que daban sus piernas desnudas llenas de várices con la corta melena entrecana revuelta, las manos intranquilas, añosas y trabajadas.

-No, Juan, ¿qué vas a hacer? No le des permiso. ¿Cómo sabís si este señor es un hombre bueno, cuando podría ser un malhechor?

-Señora, hágame el favor, nadie me ha encontrado nunca tal cara. Míreme bien y se convencerá.

Todo terminó por arreglarse con la llegada del auto y de Oscar, quien inmediatamente estableció una relación burlesca con la airada mujer, que cambió del cielo a la tierra.

Ya dulcificada, sonrió con el impulso de una chicuela y dio unos brincos, brazos en jarra:

-Tiene que perdonarme el caballero porque yo soy loquita. He estado años en la casa de Orates, pero nunca he sido mala y ya hace tiempo que estoy aquí con Juanito.

Miró tiernamente al mínimo anciano. Desde ese momento, para Oscar ya no fue Brígida sino Brújula o Bruja.

Hicimos la carpa bajo un peral viejo y corpulento, visitado por zorzales, tencas, pitihues. Subimos después a casa de ellos a compartir la cocina, acrecentada por nuestras provisiones.

Colliguay, 20 de febrero

La sombra de la higuera enfría los pulmones y a veces mata. En cambio, la del quillay enloquece y comienza por provocar un sueño morboso profundo de quien se tienda bajo sus ramas. Pero sólo algunos árboles producen este efecto.

Los Pozos, 21 de febrero

El joven tocador de guitarra, René Morales, de 15 años, bajo el parrón colmado de racimos,

Miraba la desnudez
Del balcón
Con sus anteojos.

Como el agua de la roca agrietada, brota la poesía de Don Alfonso difícilmente, gota a gota. En la calma plena de rumores del mediodía de la Arcadia, canta el gallo y el viejo trovador, de ojillos entrecerrados por decenios de humo, suelta la arcaica vertiente de su lamentación. Su mano, afinando la guitarra, parece un animal independiente, el animal humano de la mano, autora del hombre, sobre las cuerdas que me hacen pensar en Pitágoras y comprender al fin su teoría del arco y la lira. La mano se afina en la cuerda y se vuelve la fuente de una realidad tan bien terminada como una castaña, como un astro. Hay una mata de clavel en una olla colgada del parrón. El viejo reclama de sus dedos, de la guitarra, y el hijo adolescente la toma para acordarla mejor. Sale el humo de la cocina por dos ventanucos abiertos en la pared del rancho. Cacarea tan fuerte una gallina como si hubiera puesto 12 huevos.

-Ya no se mueren niñitos chicos. Hay que matar angelitos para cantarles. Hay que hacer lo del rey Herodes.

La boca tajeada por la aridez de la vida en el rostro consumido por las vigilias del riego y del trabajo sobre terrones, apenas sonríe cuando las manos provocan la melodía triste de la guitarra. El agua pobre y pura, como la Virgen María, sale apenas de la piedra de la imaginación dormida, con la historia de José vendido por sus hermanos y en este riñón áspero de Chile se vive en ritmos lentos, arábigos, punteados de sombra y de vitalidad contenida, cantando con unción despegada de la vida. El hijo admira el canto del padre, como bendiciéndolo, y el nieto rubio de ojos inteligentes observa, canario desde su jaula. El poder del Faraón es evocado entre cantos de gallos revestidos de paramentos de huaso. (Esta gentecita menuda y sencilla del Señor no tiene casi escuelas y no puede seguir educándose. Todo tan lejos y tan caro, Señor. Aquí nadie se acuerda de nadie).

22 de febrero

Dormí anoche en la carpa que hicimos en la era de trigo con René, el joven cantor, y su sobrino Enrique, niño de 10 años. El muchacho despertó al alba y se levantó presuroso, tocando una corneta como para despertar a todo el valle. Después partió hacia un lejano portezuelo.

Ayer fuimos con René al almacén de los ciegos. Uno de ellos, hombre viejo, corpulento y rubicundo, nos atendió el otro día y yo le sugerí que aprovechara su tacto para adivinar el destino de sus parroquianos. Comenzó con nosotros.

Colliguay estaba lleno de cantores a lo divino, que cantaban dos o tres días con sus noches.

No hay cosa más difícil que la aceptación lisa y llana de la vida. Algo en el hombre está fuera de toda realidad y es incongruente con todas. Algo de lo humano representa un anti-humano, y lo exige. La cultura es también ese esfuerzo inveterado por humanizar un mundo que no es humanizable, transformando a la tierra en paisaje. Es decir, convirtiendo mentalmente, por la fantasía, a ese terrón inhóspito, a ese caparazón mineral desnudo de espíritu, como la luna, en espejo del alma.

Este parece también "el seco riñón de Israel". Aquí, en lo más alto de las montañas de la Costa, entre atalayas rocosas que aún pueblan de algún verdor los últimos quillayes, vive una gente retirada del comercio humano, apacentando sus escasos ganados, al pie de sus parrones, cultivando bolsillos de tierra que producen lo poco que la economía familiar necesita para sobrellevar los inviernos. La madre, áspera y dulce como la uva de sus racimos, cuece en las cenizas del hogar nunca apagado la tortilla de rescoldo, tan pródiga como la tortilla corredora de la mitología chilena.

Cantaba el Huaso Raimundo en la cárcel, acusado de incontables crímenes:

> Para mí no hay tiempo alegre,
> soy un deshojado lirio,
> y a la sombra del martirio
> se secan las hojas verdes.

Liliana, una estampa gótica de catedral del Loira. Con sus 7 años a cuesta, bajo la forma de dientes que se le van cayendo, ella entona tonadas y cuecas con la voz destemplada de los niños que creen que basta pronunciar los versos con alguna cadencia para que eso se llame cantar.

El crepúsculo adquiere una calidad de oro negro y verde a través de las parras. El trovador don Alfonso se deja rogar. No suelta sus décimas de la Biblia, sonríe y habla del pelícano misterioso que se pica el corazón. "El pelícano en Quillota lo sacan en procesión..." Doña Celia, su mujer, se afana en las últimas faenas de la tarde. El joven guitarrista subió a los cerros a poner trampas a los conejos, perdices, codornices de

la serranía. Entre las hojazones de las parras, resplandece una tarde de oro viejo, que se aleja sin moverse, pausada, grave, como una postrera extremidad de colores. Los perros, en el hogar rural, son personas en cuatro patas, con tanta cara y tanta representación como los niños.

Quebrada Seca, 23 de febrero

Buscamos a Don Nolasco Morales, cantor a lo divino, y de una pobre casa en medio de un secadal sale corriendo un enanillo demente que se ofrece para llevarnos a la represa donde el vate está podando unas parras y cosechando peras membrillas. En un bolsillo de los cerros crecen con exuberancia sauces, vides, pataguas, perales centenarios. En la aridez, al lado de la casa, una majadilla de cabras se precipita sobre unas podaduras de parras. Entre ellas, camina a saltos una oveja que nació con las patas delanteras deformes y que ha sobrevivido gracias a la piedad un poco mórbida de esta familia montañesa.

-El zorro nos roba las cabritas.

En un cuaderno viejísimo y astroso, Don Nolasco guarda sus mejores versos a lo divino y a uno de ellos, dedicado al Apocalipsis, lo califica de "muy levantado". San Juan es descrito en la "isla de Palmo". El es hombre alto, fornido, de gran nariz y de ojos claros.

Los Pozos, 24 de febrero

La vida en estos parajes altos del valle es una continua sucesión de mínimos afanes, cada uno difícil a su modo, a veces requeridos de verdaderas virtudes que muy pocos poseen. Hoy comenzó el día nublado, el primero de otoño, con la fumigación de las abejas y el comienzo de la destilación de la miel en grandes planchas agujereadas bajo vidrio. El día gris no era bueno para fumigar, pero Don Alfonso, el príncipe de los cantores a lo divino, se protegió con una máscara de velo negro como un caballero medieval etíope y emprendió su tarea, bien provisto de un fuelle humeador alimentado por fuego de estiércol. Después, bajo el cielo amenazante con nublazones que se alzaban sobre las serranías y farellones, han techado pequeños pabellones de la casa con zinc y paja de trigo y han expresado la alegría de la primera lluvia (que no cayó).

El trabajo de Don Alfonso y sus hijos es armonioso y pobrísimo como el de unos pescadores de las islas griegas. Producen muchas cosas distintas en pequeñas o pequeñísimas cantidades que no alcanzan a ser comerciables, salvo los racimos que refriegan en chicha en su propio lagar, la miel y cera de las colmenas y un minúsculo limonar. Uno o dos nogales, unos cuantos duraznos, manzanos, tomates, cebollas, ajíes, siembras de papas, un gallinero bien provisto y adornado con una pareja de bulliciosos patos. Es un mundo rústico que engloba sólo a la familia generosa, con sus tres perros a cuestas, unos nietecillos huérfanos de

madre, los hijos que van y vienen desde sus quehaceres más o menos ocasionales en el valle abajo y los visitantes que suelen pernoctar después de libaciones en El Gallito.

Doña Celia, con sus trenzas cortas echadas hacia adelante, es la matriarca que mantiene siempre encendido el fogón. A la hora de las comidas, nunca falta la tortilla o churrasco enterrado, que cuecen en un brasero. Ella no sabe leer y en verdad en este bolsillo tan alejado de toda exigencia humana, nadie alienta mucho el estudio de los demás. El círculo doméstico se satisface tan poderosamente en sí mismo, que el muchacho, el menor de la familia llevado por el P. Vicente a una escuela granja de Puente Alto, no aguantó más de un mes y se volvió y ahora no quiere hablar de estudio ni desea salir de este enclave, un cervatillo que se resiste a abandonar el bosque de sus padres.

Don Armando Morales, también cantor que parece un gallo derrengado evocador del General De Gaulle, vive igualmente de sus chichas y limones y, tradicionalista extremo, añora los tiempos en que no había escuelas y primaban más que hoy las buenas costumbres. Atribuye una influencia nefasta a los profesores, a diferencia de lo que pasaba antaño, cuando los vecinos pagaban a un maestro privado que les enseñaba no sólo las primeras letras, sino las mejores usanzas de la vida.

Esta existencia arcaica tiene algo de la familia indígena, una familia primitiva que puede ser también polinesia, hasta puede asemejarse en su auto-suficiencia a un convento o a un gallinero.

Don Alfonso es hombre de 70 años, enteco, enjuto, tan seco que en nada se le nota el no practicar el hábito del baño desde hace varios lustros. Hijos y nietos se ven pulcros a pesar de la misma resistencia a las necesarias abluciones. Pareciera que los sucios somos nosotros.

Enrique, el niño canario de 9 años, vivo, listo y liviano como un galopín de París, jamás ha salido de estas alturas. Cuando le pregunto:

-¿Has ido alguna vez a Valparaíso o a Quilpué?

-Qué voy a haber ido a Valparaíso, si no'ai ido ni al Molino. De aquí no'ai salido nunca. Nunca.

Su mundo, como en los cuentos de hadas, se reduce estrictamente a éste que es menos que un condado y una parroquia, a estos riscos entreverados de huertos en las estribaciones cordilleranas de la Costa. Pero, a pesar de todo, la civilización como cosa del espíritu y no de la técnica hace de esta gente un grupo de humanidad mejor, más acordado en sí mismo y más generoso hacia los demás, que cualquier grupo urbano, no sólo de Chile. Y aun este infante candoroso es más civilizado y espiritual que los mejores niños de Santiago.

Los Pozos, 25 de febrero

El ciego Don Anacleto, recogía leña con un ojo encarnado de cíclope.

Si estas colinas estuvieran plantadas de olivos, el paisaje de Colliguay sería enteramente mediterráneo, con la imaginación de la gente poblada de historias bíblicas. Los personajes folklóricos más familiares son aquí el Faraón, Moisés, Jonás. Sobre todo este último, que parece fascinar a los campesinos de estas montañas con su prodigiosa aventura de la ballena. No parecen, en cambio, interesarles mucho las estrellas. Están demasiado cerca y son tan refulgentes que una noche me pareció estar en otro planeta, bajo otro cielo.

Bebemos vasos de hidromiel bajo el parrón pesado de racimos.

Los monarcas financieros de la parte norte del valle de Colliguay son los ciegos Olguín, encabezados por el más hábil, Don Pedro Celestino, que lleva las cuentas de su despacho de menestras a donde acuden a comprar invierno y verano, con o sin plata. Tiene fama de multimillonario y dicen que tiene la casa llena de mercancías, algunas de las cuales esconde cada vez que se presienten alzas de precios. Lo cierto es que nadie le pasa gato por liebre y reconoce los billetes al tacto. Viven los tres ciegos asistidos por un joven sobrino, alrededor de su padre, un anciano de 100 años, en una casa con un pequeño corredor sombreado por una frondosa enredadera sin flores, espesa como una zarza[125].

Agua de la Gloria, 10 de marzo

En ese fugaz encuentro del espíritu y la vida, y en el no menos fugaz de la vida y la materia, es tan escasa, tan excepcionalmente rara la experiencia del amor, que hasta las efusiones puramente carnales del eros resultan, en el vacío del mundo, un oasis, que en el desierto se extrema en flores y frutos, en murmullo de vida triunfante.

Ayer, los funerales de D. Enrique Molina. Las calles estaban llenas de gente más conmovida y respetuosa que los propios integrantes del bullicioso cortejo. Los obreros de los edificios en construcción habían suspendido sus faenas y se sacaban en silencio sus gorras de papel. Más allá de la estación, una locomotora saludó con pitazos lastimeros. La ciudad saludaba, con la misma ignorancia intuitiva con que recibió y después despidió Santiago a Gabriela Mistral, a quien la había engrandecido. Nuestro pueblo es sensible a los valores espirituales y parece que sólo pide que existan para reconocerlos y darles homenaje. El reserva sus grandes apoteosis, más que a los políticos, a los hombres que siente desinteresados, generosos, y que no le han pedido nada. El político es un hombre que pide y que pone su ofrenda en las balanzas del trueque. Estos otros, hombres de espíritu, se han limitado a dar, no se han extralimitado, y su ofrenda es pura. Por eso, Neruda, político, y político

[125] Todas las anotaciones desde el 7 al 25 de febrero son la base principal del artículo "Cosas de Colliguay y Cerro Viejo" publicado en la revista *Mapocho* (Año IV, Tomo V, N° 4, 1966. pp.175-182).

apasionado, odioso y resentido, puede ejercer influencia momentánea, pero no tiene autoridad moral. Si sus vaticinios siguen saliéndole ciertos, en dos años más se habrá arrepentido de sus pobres cantigas parrescas en favor de Salvador Allende. El gran vate no tiene la menor grandeza moral, ni siquiera ésta que hoy todos conceden a este hombre bueno y servicial, sin aborrecibles prejuicios, que fue Don Enrique Molina. Neruda sigue siendo un adolescente regalón, pedigüeño, irresponsable. Un gran gato persa, que cree que el talento poético hace innecesarias a la inteligencia y a la bondad. Un tontón con genio, cosa que ha descubierto muy bien ese otro ególatra, ese astuto matarife ordinario y tragón, Pablo de Rokha, con su genio avinagrado, desprovisto de trascendencia, con ternura volcada sólo hacia sí mismo. Los dos, personajes universales, aunque rezumantes de folklore del *8 y 1/2* de Fellini. Ellos creen que todo les es debido y se sientan en todo. Expresiones del "titanismo sudamericano", evocan la época del tirano Rosas y de Facundo Quiroga, con toques de Stalin y del modernismo *ad usum*. Cuando triunfe su candidato -si triunfa- de todas maneras estarán insatisfechos, a menos que los despache sabiamente como Embajadores, Neruda, Embajador en Cuba o Checoeslovaquia, y de Rokha, Embajador en China. Ahí estarían hinchados y felices. ¿Y Parra? Tal vez en la Mongolia Exterior, por ahora.

Terrible escena en el Cementerio. Enterraban a D. Enrique y Félix Armando Núñez, muy pálido, flaquísimo, con una bufanda ordinaria de lana, después de haber caminado una legua a pie, y tras de tanto discurso, conversa a 5 metros de mí con dos personas. Está ahí, de abrigo, cadavérico, tenso, con su calva hundida por los golpes que unos facinerosos le propinaron hace años. Ha venido a los funerales de su gran amigo, del bondadoso protector de tanto tiempo. Pienso avanzar a saludarlo. Comprendo su dolor, lo mucho que representa para él la muerte de este anciano que parecía inmortal, con su mudez y todo. Pero ahí estaba. Seguía viviendo, rector vitalicio de su Universidad[126]. Y mientras él viviera él tenía siquiera esa mínima seguridad, ese enlace con el pasado mejor que el presente. De pronto, Félix Armando es sacudido por unos sollozos convulsivos que se transforman en estertores, toda contención rota, sin pudor se contrae, gime y cae al suelo. Los ojillos se ponen fijos en las órbitas, se le separa de la boca la plancha de dientes, intenta agarrarse de un arbolillo y cae. Queda exánime. Se acercan algunos que le dan aire. Alguien inicia una respiración artificial. Le ponen una carpeta de libros debajo de la cabeza. Ha caído entre las sepulturas, en el momento en que sepultaban a D. Enrique Molina. Llegan unas enfermeras con capas grises. Acuden médicos facultativos. Los carabineros tienen que despejar unos cuantos metros para que los escolares curiosos y salvajes no aplasten al que parece agonizante que yace con los párpados abiertos y los ojos nublados, fijos. "¿Qué pasó?"

---

[126] La Universidad de Concepción, ciudad donde se realizaba el funeral.

"Hay un hombre desmayado". "No, está muerto". "¿Quién?""Un antiguo Secretario General de la Universidad, poeta laureado". "Llamen a una ambulancia". Se acercan hasta unos perros curiosos. A unos pasos, canta el coro polifónico mientras bajan el féretro de la cureña. Y este hombre está ahí, muriendo sobre el suelo duro y sucio. Hay gente que sale y se va. "Es un ataque de epilepsia", dicen. Los amigos se preguntan desde cuándo ha sufrido de epilepsia. "Vuelve el pulso", dice un profesor. "Está volviendo". La ambulancia arriba por fin, con sirenas, y el hombre es transportado al hospital, después de su primer ataque de epilepsia, a los 60 y tantos años, cerca de 70.

Cerro Viejo, marzo

Era bien difícil llegar a Cerro Viejo, en la hondura del valle de Colliguay, ya cerca de la hacienda El Crucero y de las antiquísimas tierras de Lepe. No muchos kilómetros, pero sí una cuesta fragosa de bruscos recodos y pedruscos sueltos que nos obligaban a bajarnos para empujar el auto en los repechos. Al fin, después de un largo descenso por el camino sombreado de pataguas que crecen al filo de las vertientes, el fundo Cerro Viejo con casas bien cuidadas, y en los corredores, la faena de deshojar las mazorcas de maíz. Nos recibe el dueño, hombre urbano, gentil, de ciudad, con anteojos y chaquetilla corta de huaso. Nos hace pasar a un recibo amplio con muebles confortables. Una buena copa de vino blanco helado en la cocina blanca de cal, como de cigarral de Toledo. Nos habla de sus proyectos literarios. Dos obras: *El cóndor de alas rotas* y *Mi amigo el viento sur*, pero advierte, ya ladino como toda la gente de este valle lejano, que le cuesta mucho escribir. En el verano, las cosechas. En invierno, la lluvia, el viento de 8 días. ¿Quién puede concentrarse?

-¿Y D. Fernando? ¿Vive por aquí?

-Sí, aquí en el alto, muy cerca.

-¿Usted lo ve?

-Muy a lo lejos.

-¿Es hombre de gran fortuna, no?

-Al contrario, es muy pobre.

Nos habían hablado en Colliguay de este caballero de rancio abolengo, uno de los antiguos dueños de la hacienda Providencia, que decidió trasladar sus reales a Cerro Viejo cuando un exceso de civilización mecánica y gente nueva llegó a La Jarilla y El Molino, donde él había vivido muchos años, alternando pequeños trabajos agrícolas con el piano y la banda de músicos que él formó a su costa entre los jóvenes del villorio.

-¿Será él de los Echeverría Valdés o de los Echeverría Cazzotte?

-No sé, señor. Apenas lo conozco.

Avanzamos en su dirección. El camino se hizo imposible. Seguimos a pie, bajo un sol de bronce.

Aparecieron unas casas, un palomar desvencijado en una loma. Desde el otro lado de una quebrada seca divisábamos las desconchadas paredes de barro, la casa del inquilino tal vez. Pero no había camino ni sendero. Teníamos que sortear piedras crueles en el suelo escurridizo de tierras pobremente erosionadas.

Una laguna. Una amena laguna entre rocas y los bosquecillos de arrayanes.

-¿Ves? Don Fernando se ha hecho un escenario alpino, de Luis II de Baviera, con todo un señor lago a sus pies. Magnífico señor ha de ser -dijo la impertinente Mosca.

Mediodía de arenas caldeadas y chilcas. Un trapiche abandonado. Maquinarias mohosas y un profundo pozo seco. Grandes ruedas, prensas, asientos dentados en medio de la hierba seca. Un establecimiento de metales perdidos entre las malezas. Y después la casa, con unos niños harapientos como atalayas.

Sale una mujer, joven, medio rubia, ya desdentada. Ladran perros flacos que nos odian por instinto de soledad.

-¿Vive por aquí Don Fernando?

-Sí, señor, aquí.

-¿Aquí? ¿Y está él?

-Si, señor. Por ahí está, en la huerta.

-¿Y ésta es su casa?

-Sí, señor, aquí.

Avanzó la Mosca plena de entusiasmo al encuentro de la aristocracia. El delgadísimo anciano estaba aporcando un papal de tres metros. Muy alto, y ya muy jibado, llevaba un sombrero de paja raído que sombreaba su rostro de viejo eclesiástico de alto rango en materia de ascetismo. Unos ojos claros pequeños y distantes, con una chispa aguda que interrumpía a veces su vieja dejadez, una boca sin dientes, una melena blanca que asomaba por debajo de la chupalla. Una camiseta inverosímil, sucia y remendada con pedazos de percala de algún traje de mujer. Pantalones viejos, parchados, desflecados abajo, sobre unos botines de *La quimera del oro*, los dos distintos, sin calcetines a la vista.

-¿Don Fernando?

-Sí, señor- con mano sarmentosa, engarfiada, como de cuero.

-Aquí venimos a verlo. ¡Qué lindo por aquí! ¡Qué lindo su campo! Y qué maravilla de tomates.

En la aridez, el pequeño huerto no parecía mucho más cuidado que el resto. Un enclave con perales apestados, zarzas y unas cuantas melgas de tomates, lechugas y achicorias.

El anciano se enderezó y pestañeaba como delante de una visita de marcianos. Y la Mosca a la carga, con voz pesada de almíbar.

-¡Qué maravilla todo esto, Don Fernando! Veo que usted cultiva almendros, que es lo que debe plantarse en estas tierras.

Desde su lejanísima soledad, Don Fernando responde:

-No, señor. Aquí no se dan bien los tomates, ni menos los almendros. Una cosa es lo que escuchan por ahí y otra la realidad. Estos almendros no han dado nunca fruto.

-Pero usted vive feliz aquí, Don Fernando, en este aire tan sano.

-Sí señor. Me gusta vivir aquí. Por eso aquí estoy. ¿En qué puedo servirles?

-Veníamos sólo a saludarlo. Yo soy muy amigo de muchas personas de su familia, como los Echeverría Carvallo, Echeverría Larraín, Echeverría Yrarrázaval.

El hombre, que ya caminaba con nosotros, ni miró a la Mosca.

-Bien poco me acuerdo, señor, de mis parentescos. Hace tanto tiempo que no veo a nadie de mi familia. Cuando voy a Santiago, me alojo en el campo, donde amigos de por aquí, en una población callampa.

-Pero usted, ¿es Echeverría cuánto?

-Ya ni me acuerdo de mi segundo apellido.

Al fin, la Mosca tuvo que retirarse genealógicamente derrotada. Pero volvió a la carga.

-Nos han dicho que usted es un gran músico. ¿Por qué no nos toca algo?

Avanzábamos bajo un parrón macilento hacia el palomar desvencijado, de donde habían salido más niños rubios que harapientos.

-¿Un gran músico? Hay que medir las palabras, señor. Me gusta la música, me gustan las óperas. Tengo muchas partituras. *Mefistófeles*, el *Fausto* de Gounod y *La condenación de Fausto*, *La sonámbula*. Me entretenía tocando arias. Pero todo lo tengo aquí en desorden. El Padre Patricio trajo un armonio a Colliguay, pero lo dejaron casi a la intemperie en invierno y quedó inservible. Yo me lo traje para acá y con paciencia lo he arreglado. Como las teclas de marfil son caras, le he puesto piececitas de hueso que he recogido en el campo. Y ahora toca, pero le fallan algunas teclas.

Sacaron el pequeño armonio del interior del rancho. Don Fernando probó las fallas.

-El Si bemol. ¿Ve? No suena bien.

Tocó primero de pie. Habían acudido más niños harapientos. Después de muchos ruegos, accedió a sentarse.

-Tocaré una marcha, señor.

Y tocó, con arrebato, una marcha de *Aída*, como un monje tibetano sacudiendo su molino de oraciones.

Al final, entramos a su pieza.

-Está todo sucio y en desorden. Tengo tantos libros desparramados por el suelo y partituras por montones.

Ahí estaban, y además, sobre el piso de tierra, un camastro, cubierto de ropas viejas, hasta de levitas de comienzos de siglo, y un platillo con humitas mohosas de varios días, y un pedazo de carne colgada de un garfio, y unos quesos de cabra en una zaranda, y montones de álbumes polvorientos de óperas, y un estante con libros de agricultura en francés, y algunos tratados de astronomía y geología, y dos tomos dispersos de Freud.

La infatigable Mosca descubrió las *Danzas noruegas* de Grieg.

-Y esto, Don Fernando, ¿por qué no las toca?

-Sí, señores. Veamos, Son tan lindas.

Y el anciano, bajo ese sol de los extramuros, nos tocó al armonio las *Danzas noruegas*[127].

20 de marzo

Cuando la experiencia de la identificación alcanza la plenitud, la religión se vuelve atea, se hace innecesaria. La inmanencia devora a la trascendencia y el yo y el no yo, unidos, se vuelven Dios, sin adentro ni afuera. Comprendo al fin que el budismo, suprema exaltación de la conciencia religiosa, pueda resplandecer en una beatitud total sin Dios. La religión exige dualidad, heterogeneidad, dicotomía, tiempo. Aun en la Parusía. Pero en esta intimidad cerrada del yo que llega a identificarse totalmente con su entorno, no hay Presencia, sino ser absoluto y mudez. Quién sabe si tal sea el estado cuasi general del Universo, en el macrocosmos y en el microcosmos, y quién sabe si ése sea el estado inicial y final del Todo, y todo lo demás, *flatus vocis*. El mundo, un sueño; yo, un sueño. Es hora de despertar, dice Descartes. Es hora de despertar con la razón, con la corteza del cerebro a toda máquina. Y, por otro lado, es hora de dormir, de entregarse al destino en la paz vibratoria de las profundidades. Descartes quería reformar la ciudad y el Cosmos. Mas, por debajo de él mismo, quizá, en la hondura inconfesada de sus desvaríos y sueños, la superación del caos no sería la variedad inteligentemente administrada y definida de los conceptos victoriosos de las cosas, sino el ser identificado con las cosas mismas, en la inmediación de la Unidad. El pájaro y el pez. El vuelo de la contemplación y el ojo ciego de la penetración. Al fin, la dichosa experiencia del acto sexual, cuando es dichosa, no responde sino a este doble ensueño de la concentración y la distancia. Por ésta, amamos, nos prendamos y prendemos. La belleza, inaccesible siempre, incita a la posesión que la oscurece y al vuelo agitado del ave que mira su presa desde lejos y se

---

[127] Esta narración del viaje a Cerro Viejo a casa del músico es, con algunos cambios, la parte final del artículo "Cosas de Colliguay y Cerro Viejo", ya citado. El acompañante de Oyarzún, que el *Diario* llama Mosca, en el artículo es simplemente Oscar, sin mote. Además el apellido Echeverría del músico desaparece en el artículo, donde se le da el de Bravo.

deleita en ella y se convierte en pulso de la vida. Cómo podría poseer sin haber contemplado, cómo podría contemplar sin ardiente deseo de anular la conciencia y de apagar la luz del Universo, la luminaria mientras más conocida más extraña. El conocimiento en el sentido bíblico resulta siendo un no conocimiento y si la contemplación engendra orfandad, esta compenetración, sustancia de la vida, cierra las heridas del alma y junto con clausurarlas, origina la paz.

En el prójimo bien próximo de mis amigos, tratados y desgastados cada día, mi presencia es turbulenta, como la de un animal sin sosiego. Pero en la poesía yo expreso los instantes de contemplación, es decir, de plenitud, cuando, por la gracia de Dios, soy originariamente yo, como si no hubiera nacido, como si hubiera muerto. Hay un trance de beatitud que me hace feliz sacándome del tiempo y del yo. Vuelvo a ser, más que niño, conciencia pura, la conciencia quieta que las cosas tienen de las cosas. De aquí viene mi amor por la naturaleza, esa vida universal e infinitamente múltiple distribuida en cambios que se ordenan en ritmos. Mi conciencia intelectual rompe el ritmo. Mi corazón rompe el ritmo. Mi capacidad inagotable, de goce rompe el ritmo. Me es tan difícil elegir. Cada ser que conozco me parece tener razón en su sinrazón, en la sinrazón de su ser. No puedo elegir. Por eso todo se me desordena y tiende a aplastarme. Yo no elijo. Soy elegido. Me llevan y me traen, y a veces me canso. Desde que recuerdo, he escrito cosas parecidas. Me pregunto si no seré uno de esos seres que Orígenes supone engendrados por el Demonio, desprovistos de alma inmortal, para confundir y perder a las almas inmortales. La mía, presiento, es un alma cibernética, que funciona con un mecanismo estelar. Mi cerebro es electrónico. Bien aceitado, podría recordarlo todo y resolver instantáneamente cálculos infinitesimales. Mi padre se quejaba de las molestias que le producía el cerebro. Todo lo veía, adivinaba y calculaba, pero no podía hacer nada continuado fuera de reírse de sí mismo y de los demás. Yo soy como el reloj de una torre. Doy las horas, miro y me pienso y en algún instante me identifico con la hora justa y con el paisaje. También soy espejo, deformante a veces, casi siempre. Cuando la cara de Narciso se mira en mí, me detengo y escribo un verso. Así, planta insectívora, absorbo el castigador alimento del mundo. No ser, digo, salvo en un punto. Y este punto es el ser. Especialidad en ombligos. La sombra que proyecta la rosa en su movimiento en toda la duración del día equivale a mi ausencia, a la ausencia de todo alrededor de un ojo dormido.

Un calor inquieto, una cierta viscosidad, un murmullo percibido por la piel. Una piel en contacto con otra piel. Se entiende que los teoremas de la congruencia no hubieran sido descubiertos sino después de la experiencia amorosa que intenta congruencias imposibles y que por su misma frustración empuja al intelecto a corregir la vida.

29 de marzo (Pascua de Resurrección)

Después de la erupción del Villarrica, el maremoto de ayer. Chile sufre y goza sus meteoros con toda tranquilidad. La gente miraba crecer el río con deleite, como rejuvenecida por el peligro. Los cataclismos renuevan la savia vital y acercan a la gente. Tal vez esta experiencia catastrófica del chileno influya en su estabilidad política y en su costumbre de no espantarse de nada en este orden de cosas. Suenan ahora, en la mañana soleada del Domingo de Resurrección, las sirenas de incendio y cuando la gente se pregunta qué pasa, un niño lustrabotas con toda naturalidad responde: "Se está subiendo el río", como si avisara que se está subiendo la leche.

Personajes de Constitución: D. Tranquilino Castro y D. Doroteo del Río.

6 de abril

Otoño de vides enrojecidas, de álamos que se elevan con intención de llamarada en los recodos de la costa. Estaban arando y el aire hervía de tiuques tan estremecidos como los que me deslumbraron de niño cuando vi arar el pequeño campo de mi abuelo, con algazara de gentes y pájaros. Perales enloquecidos de laca. El color enloquece.

Movilidad e inmovilidad de los cielos -movilidad e inmovilidad del alma.

La estética constructivista -no figurativa- se funda en la afirmación de raíz pitagórica según la cual las formas puras pueden ser directamente expresivas, es decir, se fundan en la expresividad pura de las formas en cuanto tales.

Santiago, 19 de abril

Maravilla de hojas en el Parque Forestal. Riqueza y abandono. Cada instante pesa en la opulencia de los plátanos y desprende sus hojas. La luz entreabierta derrite sus trémulas escamas a lo largo de las alamedas densas en que cada rasgo es ligero. Los amantes se abandonan bajo estas frondas a las quietudes, a los gozosos olvidos del amor. Hasta los vagabundos trasnochados dormitan en los escasos escaños como transidos en éxtasis sereno. Esta mudez madura del tiempo consume el círculo, sin gestos, sin hallazgos nuevos, en el reposo extremo de sus racimos.

Ir a Concepción con esta frecuencia es absurdo. No se puede vivir alternativamente en dos partes con tan mínima periodicidad. Necesito una vida más estable, con menos "embriagueces de otoño". Pero ocurre que mi presentismo sudamericano me crea todo el tiempo un demonio tentador, y yo cedo. Las hojas doradas, los racimos de las viñas, la aventura del día. Hay que estabilizarse. Ahora me siento medianamente

bien, porque he escrito dos artículos. Si trabajara más en literatura, me sentiría más lleno de fuerzas, más feliz. Hay ciertos temperamentos que responden bien a la teoría aristotélica. La dicha proviene de la actividad. Me hace falta trabajar con amor y amar con trabajo. Si no, se me estancan las aguas y se me vuelven vinosas. Y el vinoso Pantano estimula mi contemplación. Amo este reposo después del trabajo, con ordenación de papeles, de imágenes, de libros. Contestar las cartas. No tener que partir a la disparada en cualquier instante. Es una experiencia ésta del torbellino. Me produce vértigo, a mí, que siempre he pugnado inconscientemente por huir de las estabilidades, por no permanecer. Pero quién sabe si, en los "secretos de la madurez", sea ya la hora de "velar y contemplar". Hasta el amor -tardío- está subordinado a esta necesidad de calma, que viene también de cierta fatiga. ¿Hacer maletas? ¡Qué poesía en otro tiempo! ¡Qué tortura hoy! ¡Hacer maletas! Despertar temprano y salir de viaje, con libros que no voy a leer, con cuadernos que volverán vacíos. Mejor mirar en la quietud estos esmaltes, estos cuadros, estas plantas. Echar, al fin, raíces. Alguna raíz. ¡Y ahora, a las 10 de la noche a hacer maletas!

29 de abril

¡Ginko! ¡ginko! Un aéreo esplandor, una fulgurante vaharada de otoño.

La fugacidad del cielo. El Dorado y la Fuente de Juvencia en *La araucana*.

El pequeño pato multicolor sobre la blanca esposa. El cisne solitario.

3 de mayo

Hace ya 27 años. Sólo 27. Nada menos que 27. Tengo la cabeza blanca, blanca de mí. Todo ha pasado como si el ritmo de la naturaleza no me afectara. Porque yo lo rompía. Aun con toda mi adoración no pude seguir el ritmo de la naturaleza. Y, en buenas cuentas, la sociedad me es ajena. Los grandes momentos que eternizan la vida no son sociales. La verdad no es social. Hay que inventar otros términos. ¿Cómo calificar a este Absoluto del amor? ¿Y para qué? Estamos juntos y nos pertenecemos. Hay en este instante una trascendencia total sin otra meta que la pura plenitud del instante. ¡Ay, quién pudiera eternizarte! ¡Sí! Pero el arte de vivir consiste, como bien lo sintió Shakespeare en el Soneto XXXI, en vencer al olvido sin recuerdos, en la absorción total del pasado en el presente. En este ser presente de ahora está todo el pasado.

La percepción común nos da los objetos con sus lejanías, con sus ausencias. Cada cosa es la que en ella aparece y no es lo que oculta, lo que desplaza. Pero hay la posibilidad de una percepción englobante que concentra en ella misma el todo de su ser y nada deja afuera. La cosa sin

olvido, y sin nostalgia, revelada absolutamente, como en la muerte. ¿No es ésta la raíz suprema de la soledad y de la realidad, al mismo tiempo? ¿La absolutización del instante?

Hay que mirar a la muerte desde dentro, no desde fuera en temor y temblor. Desde dentro, es el instante que se vuelve absoluto, exactamente como el rapto de amor.

6 de mayo

Comentábamos noches atrás, con R.H., lo poco que se ha escrito sobre los goces mismos del amor, en comparación con lo mucho que los poetas han cantado a sus ansiedades y expectativas. El contacto con lo inefable de la consumación hace del amor un balbuceo, un silencio -devuelve la palabra a su silencio original.

18 de mayo

Al mediodía, encuentro con Juan Uribe y Arturo Alcayaga, que prepara su exposición de cuadros del Super Cosmos. Me pareció un hombre exacerbado que contrarresta su baja estatura midiéndose en galaxias. De pronto, después de almuerzo, Nicanor Parra, con sus canas de abuelo y su humor juvenil. Puedo pensar mal de él cuando está lejos, pero en el contacto personal me conquista de nuevo con su talento y su madurez de amistad. Nos unen vínculos indestructibles, independientes de los estados de ánimo y yo gozo con el relampagueo de su ingenio como si recién nos hubiéramos conocido. Me dice que está feliz de haber regresado de Rusia, que aquí está mejor, mejor que en París. "Siempre he sufrido en los viajes, sufría en Providence, en Oxford. Por París me arrastraba como un sonámbulo". En cambio, Violeta hablaba de Chile como de "ese país tan chico". Lo acompañé al Instituto de Literatura Chilena en su lóbrega mansión, y después a la Universidad. Eugenio González, imponente como un personaje de la Ilustración, pero siempre afable y sencillo, se quejaba de sus obligaciones. "Aquí soy un galeote". Entrevista con Domingo Santa Cruz. El no es un galeote, sino el patrón de la galera, seguro de sí y de cada gesto. Me ofreció clases, que acepté siempre que nombren a Luis Advis como auxiliar.

Concierto de música de percusión. Espléndida la composición de Chávez, ricamente ornamentada como un ritual maya. Débiles las otras cosas.

Visita a Luis Advis, que estaba transido de dicha, después de una noche y un día de amor. Descansaba en su camastro revuelto como un nido de tiuque, recién vestido, colmado. Y me hizo leer las primeras páginas de su trabajo sobre las Academias Renacentistas, no muy bien escritas. Vamos al *Rapa Nui* a comer unas empanadas de queso. Ahí estaba Mauricio Vacquez, con su amigo René, a quien tomé primero por un niño. Algún sobrino, pensé, rubio y de anteojos.

Después de tantos encuentros, me vine temprano a casa. "A casita", decía Claudio Giaconi.

Un antipoema de locura. Atravieso una esquina y pasa una citroneta verde, que dice: *Sopas Knorr*. Paso a la esquina próxima y la veo de nuevo: *Sopas Knorr*. Voy a atravesar la calle. Se ha detenido más allá de la raya una carroza funeraria automóvil, delante de las Sopas Knorr. Hay que pasar entre los dos vehículos, y una anciana de negro, ansiosa por llegar a su destino, me atropella -¡Tal es la prisa!- y pasa justo entre los dos autos, en el momento en que la funeraria retrocede, y es aplastada entre la parte trasera de la carroza y la trompa de las Sopas Knorr. ¿Venía para ella o para mí? Pero ella saltó con la liviandad de la senectud extrema, puro hueso, y se deslizó incólume entre los dos implacables artefactos. Y sin inmutarse, ya en la otra acera, dio una moneda para una colecta y compró un billete de lotería.

23 de mayo

Como forma de organización política y social ha tenido el marxismo más éxito en los países del Oriente y no ha alcanzado máximo poderío sino en las áreas subdesarrolladas. Pero el caso de las sociedades orientales, como la china, es digno de consideración no sólo desde las exigencias reivindicativas del subdesarrollo, sino especialmente en virtud de que allí el marxismo ha triunfado hincando sus raíces en el subsuelo de tradiciones milenarias aparentemente incompatibles con él. Es muy significativo este injerto cultural de unos valores en otros. Habría que preguntarse, con Antonio Banfi, si no hay una armonía dialéctica subyacente entre esas tradiciones y estas nuevas expectativas que el comunismo marxista ha introducido en Oriente y Africa. El racionalismo materialista del marxismo, que se proclama humanismo comunitario, vino a implantarse en China en la cuenca de una sociedad atea, de humanismo ético-social, que no incluyó etapas de individualismo como el renacentista. Este brotó orgánicamente de la lenta descomposición de la sociedad medieval. En cambio, ahora los procesos asimilativos se aceleran y no es posible prever ni siquiera aproximadamente sus resultados.

Según el pensamiento político de los marxistas chinos, las condiciones objetivas de las sociedades latinoamericanas son semejantes a las que allí imperaban antes de la Revolución, no sólo por el subdesarrollo, secuela del imperialismo, sino en virtud de la revolución mundial de los pueblos de color, que tan bien señaló Spengler. Dejando aparte el color de la piel, ¿somos Oriente u Occidente? Porque Occidente no es sólo el imperialismo ni todo lo que nos ocurre es consecuencia de éste.

4 de junio

Enrique Lihn en *Agua de arroz*: el barroquismo de la inteligencia, una obsesión de torero, no poner de inmediato los puntos sobre las íes, ir postergando la muerte del toro en una fiesta interminable de banderillas y de luces. A pesar de su experiencia tan rica, está afectado por el deseo de no ser vulgar, de mostrarse con su traje relampagueante un buen tiempo antes de matar al toro -la realidad. Esta realidad lo mueve, le interesa, lo apasiona. Pero entre ella y el papel está él -¡mansa novedad!-, inteligente, interpretando con brillo su dirección de escena con firuletes de espadachín, saltamontes de la inteligencia. El horror de la vida íntima o del pueblo adivinado en una pared se prepara con toda clase de circunloquios alrededor de sí mismo. No puede coger la sustancia ajena sin ponerse él mismo como ingrediente esencial. Su propio huevo está siempre en la tortilla.

13 de junio

El sentido catastrófico de la vida chilena, es el Pan Nuestro de cada día, en las noticias del menos sensacionalista de los diarios, *El Mercurio*. Hoy: 1) Refuerzos se harán en túnel de Chacabuco -debido a características geológicas, el concreto tendrá nuevo sistema de revestimiento. Se trata de evitar futuros derrumbes. 2) Editorial: "La reconstrucción del Sur". 3) Lluvias dejaron en angustiosa situación a familias porteñas. 4) Escuela de Renaico no brinda seguridad para los escolares. 5) Temporal destruyó parte del muelle en el puerto de Corral. 6) Principio de incendio en lancha con 50 pasajeros que zarpaba de Angelmó.

La naturaleza difícil y la pobreza - resultado del carácter de un pueblo que no ha logrado abatirla- producen esta fragilidad. Aquí, una simple lluvia larga se transforma en catástrofe.

Si los animales fueran capaces de escribir y publicar diarios, sus noticias no serían tan desoladoras como las nuestras.

Los límites de la imaginación creadora. La imaginación no puede crear nada absolutamente inexistente. La *folle du logis* está obligada a operar en el *logis* y a sacar de ahí todos sus elementos de encantación. ¿Qué puede crear la fantasía que sea *totalmente* insólito y que exprese el sentimiento de extrañeza *total* ante lo heterogéneo de realidades ajenas a nuestro mundo que el espíritu vislumbra? ¿Qué hicieron el Maestro Eckart o E.A. Poe? La imaginación llega a lo sumo a establecer relaciones insólitas. Entonces, lo desconocido se da en la relación, pero no en las cosas mismas relacionadas. Y el sentimiento de ser otro no se da tanto en la sinceridad como en la máscara. En la mascarada, que abre la puerta a los otros yo que nos habitan. El arte siempre está demasiado cerca y sus objetos son, al fin, las cosas tales como son para la conciencia deslumbrada o desquiciada o la experiencia que se escudriña y cosifica, figurándose que se trasciende, sin real trascendencia. La trascendencia

real exige una especie de muerte, para romper no sólo el límite del espacio, sino, mucho más, romper el espejo del tiempo.

La expresión pura del tiempo lo inmoviliza, lo abruma. Cuando llego a ser sólo tiempo, desligado del espacio, el tiempo deja de existir, porque se hace absoluto, simultaneidad total. Sólo el espacio nos hace sentir el tiempo como fluencia porque él lo canaliza. El tiempo en el espacio infinito es también infinito y deja de ir de un punto a otro. Ya no es devenir. Y entonces se desvanece. El infinito anula el espacio y con él, al tiempo, para instaurar un *suceso puro*.

Los signos son mandatos de acción, son tarjetas que determinan operaciones en el cerebro electrónico. Los símbolos son concentraciones de experiencias profundas, no impulsan a operar, sino a ver y ser. Por eso el símbolo es imaginativo, emocional e insondable, y puede llegar a ser omnialusivo.

El presunto asesino del Presidente Kennedy dejó unos huesos de pollo en el lugar desde el cual disparó. Tuvo tranquilidad para comerse un pollo.

La razón puede justificar todos los medios, aun justificar la nada. Quién sabe si la máxima tarea de la razón pura sea justificar la nada. Porque para justificar la menor cosa existente se necesita amor, y el amor no entra en la razón. La razón no lo supone. Es más fácil destruir con la razón que construir. Ni la razón más poderosa podría crear un huevo o una semilla. Pero la razón tecnológica puede barrer en un segundo con toda la civilización. Lo que ella puede destruir en un segundo no lo puede volver a crear sino en miles de años, auxiliada por el amor. Sin éste, no podría recrearlo nunca.

Una escena callejera. Un hombre del carrito, de mediana edad, sale por Lastarria a la Alameda. Lleva unos cajones de uva y va arriba un niño muy pálido de ojos oscuros, parecido al Pibe de Chaplín, con jockey y una bufanda de lana al cuello. El hombre, tal vez el padre, espera que los semáforos le den paso libre entre tantos autos. El confía en sus propias fuerzas, él es su propio caballo, con su propia bencina. Sus ojos están tranquilos, pero temen este tránsito difícil. Miro al niño. Lo hallo parecido a mí a los 7 años. El está allí encaramado sobre las uvas, bien sentado, despierto, medroso también. Cambian las luces. El padre saca fuerzas de su flaqueza, avanza con rapidez, balanceando al carrito y al niño, que mira con grandes ojos la pasada difícil, con su bufanda blanca de lana al cuello, rumbo a la población callampa. ¡Dios mío, Dios mío! Así irían San José y el Niño en la huida a Egipto. Pero también comprendo y deseo la revolución viendo a ese Niño.

3 de julio

Crisis de deseo y de celos. No me atraen en este momento ni los viejos amigos ni las primeras florecillas de invierno en los cerros. El primer afecto físico que se consolidaba y llegaba a buen fin me resulta

ilusorio. Acaso meses de placer no eran compartidos y cuando yo creía producir un goce daba una molestia. Entretanto, como tantas otras veces, debo respetar el amor ajeno, sin amor, ese amor que posee la extrañeza y la exuberancia de Dios. "Generación va y generación viene" en el orden normal de la vida. Fuera de eso, sólo arte, artificio, angustia. Si tuviese siquiera el consuelo del trabajo creador. Pero me resisto a él. Sin una pizca de ilusión compartida no hay trabajo posible. Mas esta ilusión no es sólo de correspondencia. Es también de dominio, de amor propio. Una continua vecindad de amor físico se irradia hacia el alma. La sola perduración del interés es indicio de algo más, cuando el alma resiste al quebranto del placer. Un joven secreto caído del cielo en un restaurant de barrio es también una ofrenda de los dioses, cuando a eso sigue una noche propicia a soñar en dulces correspondencias futuras, como si el cuerpo ajeno fuera por sí mismo un escudo contra la soledad y el desamparo. Sobreviven recuerdos punzantes y amables. Pasan meses, viajes, cataclismos, otros amores efímeros. Y permanece el deseo, que es ya de la persona en el instante más que del instante mismo. El deseo encuentra su recompensa. Con presencia y llamada. Así, con largas interrupciones, con intervalos gozosos, pasan años. El joven casi niño se convierte en hombre, siempre accesible, sin embargo. Hasta que un día se traba una relación ya estable, un trato de vida aparentemente destinado a durar. Y dura. Hasta que de pronto...

Colliguay, 4 de julio

Una vieja victrola de pie, mueble completo y lujoso, adorna ahora la cabaña de don Juanito y doña Brígida. Regalo de matrimonio, que los tiene orgullosos de tanta opulencia. Se han casado en plena ancianidad, con todas las de la ley, después de vivir varios años juntos y, como no han tenido dinero para todo, sólo don Juan luce una argolla enchapada en oro con las iniciales de su consorte: B.L., Brígida López. La victrola vino acompañada de un pequeño arsenal de discos viejos de la década del 20. Toda mi primera infancia. (También teníamos una victrola como ésta en Santa Cruz, comprada por mi padre que era tan poco moderno como músico, es decir, nada músico y nada moderno, en algún momento de debilidad).

El descansado aparato toca *fox-trots* y tangos antiguos.

Llegamos, por sorpresa, a reanudar en pleno invierno las amistades del verano. Afuera, en la terraza de tierra apisonada que domina el valle, chisporrotea el brasero de carbón blanco de litre. Vuelan *brujas* por el aire frío. Se ha despejado el cielo, más desnudo sobre los huertos sin hojas. Pasaron ya las frondas y son ya gallinas los polluelos que con tanta ansiedad esperaba doña Brígida en febrero. Un nuevo gallo amenaza los privilegios del antiguo y -¡oh, cambio de los tiempos!- tenemos que defender al viejo reyezuelo de los aviesos designios de su amante dueña, que quiere sacrificarlo, en homenaje nuestro. Generosidad de los pobres.

Ahora, doña Brígida se abriga la cabeza -cabezuela no muy firme- con un pasamontañas de lana y parece salir de una estampa de la Edad Media. Las velas tiemblan con los airecillos de lluvia. En este pesebre, nuestra llegada es un acontecimiento como la visita de los Reyes Magos. Pero el vino tinto de Marga-Marga tiene un frío de cuchillo en la garganta.

Don Juanito llegó hace sólo dos días de la costa, a donde fue a gozar de la procesión de San Pedro.

-Y, ¿cómo estuvo eso, don Juan?

-¡Oh, señor, divino! Nada más lindo que ver todos esos botes en el mar. "Lindo, lindo, lindo, flor de guindo..."

-Yo estaba ya desesperada -salta doña Brígida-, porque Juan no llegaba nunca. Casi tuve que ir a buscarlo por la mar. ¿No ve, pues, que yo no puedo vivir sin él y este viejo resinvergüenza se me había desaparecido? Cuando lo vi llegar al muy, ¿cómo le voy a decir?, casi me le fui encima para pegarle por cochino.

La victrola dice "angustia, angustia de no quererte más..."

¿Qué tiene que ver esta música aquí, me pregunto, en este silencio de montañas? Unos jóvenes invitados se balancean, ansiosos también de la vida que cualquiera música promete. Doña Brígida prepara el asado en el fogón, con la misma alegría que sienten los pascueses cuando abunda la comida.

En estas alturas rústicas se come temprano. Nuestros anfitriones ya habían comido, con gatos y perros, pero se preparan para comer de nuevo. "A media luz", "Ladrillo está en la cárcel", "Mocosita" endulzan el aire rígido. No había imaginado que hasta aquí llegaran hoy estas armonías de 1926, con mis imágenes infantiles de Charles Lindbergh, Mary Pickford, Jack Dempsey. Suena todo arcaico como una gavota. Mucho más para mí, como una danza de las Olimpíadas de Colombes o de Amsterdam, con Manuel Plaza, con la aguja gastada y la misma manivela que vi manejar, cuando muy niño, a mi padre en la casa en que nací. Y ahora de pronto -¡oh, sortilegio!-, la "Danza de las libélulas", lo primero que recuerdo haber oído en el gramófono de mi casa, me trae aquí, con el "Charleston" que viene después, la quintaesencia de lo que era para mí el mundo de los grandes. Un disco animado por voces femeninas que no me gustaban, que me producían inquietud. Algo que era el *dancing* de los otros, algo efervescente y hostil, algo que siempre ejercía tanta atracción sobre los demás como para que los amigos de mi edad aspiraran ansiosamente a eso y se perdieran, para mis ojos nostálgicos, en un vértigo que los alejaría para siempre de mis miradas envidiosas. A los 5 años yo sentía que nunca participaría de esas fiestas que me sugerían unos discos gastados -la moneda gastada de la vida- que ponía en movimiento el manubrio de la victrola accionado por la mano fina, nerviosa de mi padre. Esos misteriosos, encantadores, aborrecibles discos...

Chillán Viejo, 7 de julio

El granizo blanquea la plaza Isabel Riquelme, bajo las altas encinas. En la puerta de *El Parrón*, se refugiaban parroquianos y viandantes de ojota y poncho que no quieren tampoco perderse el espectáculo de esta furia de la naturaleza. Uno de ellos, hombre de nariz torcida en alguna pendencia y de ojos desconfiados por lo demás y por lo mismo, me cuenta su historia del granizo, entre Polcura y Trupán.

-Ese sí que fue granizo, caballero.

El está ciego a este atronador granizo de ahora, con truenos y centellas, que rebota en el suelo. No ve ni oye el presente. En su sueño, vuelve a decirme:

-El otro sí que fue granizo, caballero.

Los caminantes se apretujan en la puerta del bar. Se han soltado sobre Chillán todas las nubes negras que cargaban el cielo.

-Podría ser arroz lo que cae -dice uno.

-Aunque fuera trigo no más. Chitas que estaríamos rebién con este trigo...

-¿Trigo? Yo diría que fuera vino, vino tinto reservado, ¿no es cierto, compadre?

Un hombre rubicundo, muy gordo, de patilla colorina crecida, miraba con avidez y con nostalgia.

-Claro que si fuera vino, como estoy tan guatón, no podría agacharme para tomarlo. Pero me pondría de espalditas. ¿No es verdad, compadre?

-Pero ése sí que fue granizo, caballero. Esto no es nada. Aquí como usted me ve, yo he sido siempre un hombre bien hombre. Un hombre rencachao, caballero, pero no me avergüenzo. Pero con esos peñascazos que caían en el camino, créame usted, señor, me hice retiritas y me puse a llorar, señor. Lo que me ve usted, con este pecho. Me caían los peñascazos como puñetes y me fui arrastrando, llorando hasta la contumelia, caballero. Hasta que llegué al cementerio de Trupán. Aquí está mi salvación, dije. En este cementerio. Y me metí en un nicho, como buen aporreado de la piedra.

-¿En un nicho? ¿Y tenía techo?

-¡Qué iba a tener techo, señor! Estaba abiertito. Pero yo pensé que los pies me iban a quedar bien abrigados y me eché la manta de Castilla en la cabeza. Aquí bien tapado me paso la noche. Pero nada. Se me helaron los pies y la cabeza se me puso como peñascazo también. Aguanté puras dos horas.

-Y ¿no tenía miedo?

-¿Miedo de qué? Del frío y los granizos no más. Hasta que no aguanté más y me fui arrastrando y llorando como pude hasta que llegué a Trupán como a las seis de la mañana. Estaba oscurito, pero una comadre

mía me recibió en su casa cuando yo estaba más muerto que vivo. Ni me sentía, caballero. No sabía si me había quedado en el nicho y andaba sólo con mi alma en pena. Pero la comadre me dio un vaso de aguardiente de uno especial que yo me conseguí con el jefe de estación y sentía que me andaban otra vez las tripas, caballero.

-¿Las tenía heladas?

-¡Heladas, señor! Pero bien calafateadas con todo lo que les había puesto que se me recalentó y heló ahí mismo con la helada. Con la autorización de la comadre, caballero, debo decir con perdón suyo que me empeloté enterito porque hasta los calzones me estaban estilando. ¡Qué alivio p'al cuerpo, caballero! Los cabros de la comadre habían despertado con la bulla y me friccionaban con unos pellejos al lado del brasero. Viera usted, si casi las entrego esa vez. Los cabros me refregaban los pellejos y yo tenía sabañones hasta en el espinazo, caballero. Ese sí que fue granizo. No éste. Este no es na'. Pura agüita de arroz no más. Para ver granizos granizos, hay que estar por allá, por Trupán, por la Cordillera adentro, caballero.

Los Vilos, 14 de julio

Delicioso baño termal. Por la ventana vi el primer botón de flor de espino. Y esta mañana, en la penumbra del amanecer, en una mesa del comedor en Los Vilos, vi ya las Alstroemerias floridas de la costa.

Antofagasta, 17 de julio

Hay zonas del desierto transparentes como linfas tranquilas, otras como reverberantes de conchuela, y otras hondonadas opacas, oscuras, entre los cerros de metal garabateados por senderos de herrumbre. Entre Paposo y Antofagasta no hay casas ni alma viviente en 180 kms. No vuela un pájaro, ni una mosca. Sólo el aire purísimo y la luz que vela el sueño de la arena.

Arica, 18 de julio

El desierto se esconde bajo los tamarugos polvorientos. Habría que canonizar a este árbol heroico, que crece sin agua en los arenales, saciando su sed en las napas más profundas y atreviéndose a levantar su fina alzadura entre los terrones removidos del salitre. Es el árbol de la resistencia a la adversidad y, al revés de los árboles muelles de conservatorios y jardines, él persevera en su ser en este ambiente contrario a toda vida, sin picaflores ni mariposas, erguido en sí mismo, tenso de existencia en medio de todo aquello que lo niega.

Desamparo del pueblo de Huara. Una mujer vieja, de cara muy blanqueada, tal vez solterona y solitaria como abeja del desierto, nos

cuenta que ya están desmantelando las últimas casas, que aquí no hay ya nada con vida, ni salitreras ni minas ni agua.

-Antes llovía un poco, pero hace 20 años que no cae una gota. Sin embargo, a los 60 metros sale agua en la Pampa, entre los tamarugos.

-¿Y por qué esta tienda se llama *La Carioca*?

-Yo le puse así, para salir de los nombres tan repetidos, *La Pampina, La Iquiqueña, El Chilenito*. Y como había visto una película, que me gustó mucho, que se llamaba así, así le puse. ¡Oh, fue hace mucho tiempo! Figúrese que era una película muda... ¡Cuánto tiempo no hará!

El tiempo no parece importar aquí gran cosa. La señorita lo mira pasar, lo mira permanecer, entre sol y sol sin nubes, entre las murallas desniveladas de las casuchas y los armarios cada vez más vacíos de *La Carioca*.

-Ya no hay plata para reponer nada. Me estoy comiendo yo misma...

También sin tiempo, ya sin futuro, con su presente arrugado de esponja de mar, entra una viejecilla de mirada fija y perdida que sólo atina a decir algo que significa pedir cualquier cosa.

Apareció un vejete vestido con desechos militares, cargado con un haz de ramas de eucalipto y yerbaluisa, no muy afeitado que digamos, cetrino y ceñudo. Dirigiéndose desde la esquina hacia nuestra casa de pensión, empezó un discurso sonoro:

-¡Viva Allende! ¡Viva la Revolución, camaradas! ¡Abajo los conservadores! ¡Abajo los liberales! ¡Muera Frei! (En este momento, alguien, desde una ventana, lo aplaudió y el orador, como acostumbrado a tales manifestaciones, apenas miró hacia arriba para decir: "Gracias, pueblo"). ¡Muera Prat que se fue a pique! ¡Viva don Bartolomé Fagnano, que es el único que vende vino puro en Arica porque los demás le echan agua! (Está frente a la botillería del señor Fagnano). ¡Viva Claudio Fagnano, gran seleccionado de Arica, sin el cual Arica no vería ni una en el Campeonato! ¡Viva Pascual Clavero, que soy yo!

Así, como de mayor a menor, pasó revista al mundo hasta que apretó su manojo y partió cuesta arriba, por el Morro.

Arequipa, 26 de julio

En el puente del río Tambo, al sur de Arequipa, venía Patricio Linares con su borrico entre los cañaverales que cubrían el valle con su verdor un tanto sucio y marchito, interrumpido sólo por el esplendor severo de las buganvillas. Atravesó el puente de acero con calmosa dignidad, descalzo, y aceptó fotografiarse con nosotros al lado de su bestia cargada con sacos de cosecha.

En los pequeños valles del desierto peruano, la alfalfa llega a un verde esmeralda que brilla como si no hubiera polvo en sus alrededores.

A veces alzan sus cabezas crespas las palmeras. Las casas de barro parecen haber crecido de la misma tierra[128].

Locumbra, 28 de julio

El 28 lo celebran con pulcras banderas y cerveza abundante. La buganvilla es la flor heráldica de estos valles moteados de algodón en rama.

29 de julio

Las montañas y las mesetas de la costa peruana tienen arenas de rosa seca, pedregales ocres, lejanías azules y arrugadas de primitivo flamenco bajo cielos de transparencia insondable. Los caseríos en los valles son aún más pobres que sus correspondientes chilenos y suelen ser más sucios. En un parador de la pampa, cerca de Arequipa, en medio de la aridez sin árboles, detrás de cada casucha había un basural con muestras de letrinas y con niños andrajosos entre los montículos. Bajo cielo tan puro, la suciedad humana, la falta de piedad hacia las cosas. En cambio, esponjan el corazón los prados de alfalfa, los maizales, los plátanos vibrantes bajo la brisa.

El mercado de San Camilo de Arequipa pierde su colorido bajo una carga excesiva de cosas y de gentes. Vendedores y parroquianos llegan a instalarse en el suelo con sus mercaderías, y aun a comer sus oscuras fritangas entre los pies descalzos de los transeúntes. Me llamó la atención que a una hora tan temprana estuvieran las mesas de las picanterías abarrotadas de golosos indios que masticaban con fruición presas de cordero, negros tamales, empanadas fritas. El matiz más luminoso del mercado lo daban las naranjas. Enormes Thompson pálidas, naranjas sin pepa de Huando timbradas como cartas, mandarinas de ardiente cáscara inflada.

La placidez de los valles se acrecienta con el andar tranquilo de los burros. Los gallos cantan, señalando la redondez estrecha de estos pequeños mundos cerrados, reconcentrados en sí mismos, alrededor de su fuente o de su arroyo. Hay lugarejos de paz bíblica, sin tiempo y aun sin estaciones, hijos de sus menudas cosechas, de sus mazorcas y cañas corroboradas por higos de extremo dulzor y nueces grandes como manzanas. Mugen las vacas en los corrales de piedra más vieja que los incas y los terneros se apretujan a sus madres con vagidos de bienestar. El pobrerío descansa en las puertas, "que el indio quechua nunca cerraba".

---

[128] Las anotaciones desde el 17 al 26 de julio, con algunas reescrituras y escasas supresiones, Oyarzún las incorporó a su libro Defensa de la tierra, en el capítulo "Ramajes del desierto" (pp.35-37).

En el convento de las Monjas Carolinas de Arequipa, unos hermosos cuadros primitivos, tal vez altoperuanos. En uno de ellos, faisanes, pavos reales, gallos y toda clase de aves de plumas resplandecientes esmaltaban las figuras de árboles umbríos y los grupos de santos y prelados. Una de las Madres hablaba a través del torno con una muchacha en el luminoso locutorio. "No se preocupe usted, Madre. Yo sabré arreglármelas", musitaba la niña, como desesperada de tener que comunicarse así, a ciegas, con esa reciente clausurada, unida a ella quién sabe si por parentesco o protecciones. "No se preocupe usted". Me pareció asomarme a una novela española del siglo XIX.

La novela norteamericana contemporánea debe mucho a los Western -literarios y cinematográficos-, a las novelas policiales tipo Nick Carter o a las aventuras brutales de ritmo vertiginoso como la que intentó fallidamente hacer Huidobro en *Cagliostro*.

El trabajo intelectual es lo único que puede salvarme de los precipicios de la pasión. Entre Scilla y Caribdis, la salvación depende de una palabra creadora como el "Sésamo ábrete".

Arica, 30 de julio

Los despoblados del Pacífico están llenos de momias. La tierra salina exhala pestilencia de muertos. En el valle del Lluta, cerca de Apoconchile, un hombre tan cubierto de polvo que parecía también un cadáver recién resucitado, maneja una motoniveladora y va barriendo momias que quedan en el talud, al lado del viejo camino. Una de ellas fue una mujer de larga cabellera y este nuevo despertar tan cruel la sorprendió a piernas cruzadas, desnuda en sus huesos, mostrando las fosas nasales y los pocos dientes en una mueca de sueño interrumpido. Ahí estaba aparragada como un lorito seco, toda tensa en su inmovilidad, en este paisaje inanimado, dormida y protestando. "¡Hasta cuándo!" Irreverencia de los vivos. "Espérense no más, esperen no más. Yo no me canso de esperar. Espero. Seguiré esperando".

Más allá, una cabeza separada del tronco, con olor a cola de pescado, los ojos refruncidos en sus cuencas vacías, la calavera erosionada sobre la arena.

El motonivelador sigue evolucionando, solo en su torre rodante. Abajo, cerca del río de aguas sulfurosas, amarillas de sed, un indio viejo con más facha de mendigo que de labriego, cortaba totoras, quemaba canutillos, tan indiferente a todo, que no contestaba a nuestros saludos. Se limitó a mirar a través de los agujeros de su máscara de cobre. La tierra de azufre está cubierta con el canutillo y sus altas pagodas.

Ofrezco un diario a un muchacho que está descuerando a un cordero entre los *salix humboldtiana*, tan espléndidos en este rincón del valle. Corre subiendo el talud, polvoriento como él. Cultivan maíz,

alfalfa. La casa, en un altozano, está vacía. La pieza central está abierta al exterior, como en terraza o en *veranda*. En la pared hay dos espejos rotos enmarcados en madera tallada con motivos de flores imaginarias. Parecen galletas descoloridas por el polvo sulfuroso que se comió el barniz. La casa está sembrada de ruinas, pedazos, de máquinas, manojos secos de hierbas medicinales. Canta un gallo. El viejo va de un lado a otro entre los matorrales de canutillos, entre las pagodas. El joven ha colgado la res muerta y vuelve a la chacra, tan solo en este paisaje de altos arenales como si recién hubiera alunizado. El mediodía punza en las sierras, sin sueño, sin abejas, sin siesta[129].

Mamiña, 2 de agosto

En Mamiña hay unos perales floridos. La tierra es pobre y trabajada como una mina. El sol es fuerte y puro y, como en Caleu, hay rumor de agua. El Refugio del Salitre está lleno de gente modesta.

Los amables borriquillos del desierto cargan alfalfa, el tesoro de los valles transversales, que aquí se da el lujo de crecer silvestre. Entre las terrazas cultivadas, brillan estanques de aguas claras. El pueblo viejo es una aldehuela blanquecina de adobes y piedra calcinada. En la lejanía se escuchan rebuznos nerviosos, balidos de ovejas, el silbido de un aire muy antiguo, transmitido de unos pastores a otros. En la parte alta, abundan casas de veraneo de piedra pardusca de estilos vulgares. Lupinos azules y ranúnculos amarillos se han salido de los jardinillos y se abren lindamente a orilla del agua. Desde el camino veo la encantadora iglesia blanca y celeste construida por los españoles de la Conquista. También se han instalado aquí los gorriones, pero el aire está salpicado de píos de otros pájaros. Y desde el lado Norte, la iglesita es la más hermosa de Chile, con sus torrecillas azul y blanco, sus gruesos muros encalados y el portal de medio punto.

Este vallecito, que no alcanza a ser oasis, es como la imagen de la perfecta paz en la pobreza. En la plaza hay un pimiento de alzadura holgada, frente a la puerta principal de la iglesia decorada con naranjas y dos pilastras azules. Niños menos harapientos que los de otras sierras juegan en las dos callejas, que desembocan en los barrancos pelados.

El valle angosto está todo cuadriculado de pircas de piedra y pequeños alfalfares. Están segando algunos y los borricos se afanan cargados de verde por los senderos. Viejas indias serranas suben lentamente con haces de leña. (¡Ay! Oyese un transistor en el fondo de una casa). Como despertando de un sueño, resuenan las campanas que

[129] El propio Oyarzún hizo una copia mecanografiada de las notaciones del *Diario* desde enero a julio, con reelaboraciones ocasionales. Hemos optado por el original o la copia modificada según el interés objetivo, y la claridad, del texto. Ello explica algunas variaciones con respecto a la selección de páginas del *Diario* editada por mí en 1990.

llaman a misa. El párraco vive en una casita de piedra al costado de la plaza. Nos cuenta que cuando llegaron aquí los chilenos en la Guerra del Pacífico, quisieron acampar en la iglesia, pero fueron detenidos por el cacique Cautín, quien fue más tarde enterrado a la entrada del templo.

Las vainas del tamarugo parecen flores de ceibo, encarnadas y curvas. Bueyes y vacas reposan a su sombra. El agua tumultuosa de las altas sierras corre aquí con su olor a azufre y sus espumas despeinadas, al pie de viejísimos perales. No he escuchado abejas ni mosquitos. Dicen que en diciembre hay mucha fruta y que suele llover. Las chilcas sirven de setos vivos en los cercados. Bruscamente asoman sus hojas como plumas unos alhelíes morados, lechugas, arañuelas azules y caléndulas color de mandarina.

Abro la puerta de una antigua casa de piedra y sale un avestruz. Gris y casi todavía implume, la trajeron de las Cordilleras del interior. Los dueños de casa son amantes de los animales y la joven avestruz se pasea sin timidez entre los conejos.

La cocha de agua termal está sembrada de pececillos. Vuela una libélula roja. La linfa es verde, verdísima y refleja los carrizos y las altas colas de zorro.

Quillagua, 4 de agosto

Panne tras panne, consecuencia de pequeños arreglos mal hechos. En ninguna parte, ni siquiera aquí, a la sombra ventosa de los más viejos tamarugos, falta el maestro curioso que entiende de baterías, carbones y bobinas. Pero entiende hasta por ahí no más, sin conocimiento teórico alguno, a base de pura tinca. Aquí, en este pueblecito que puede competir con Mamiña por el escaño de la paz en el desierto, el maestro Palape posee el cetro de la mecánica. No le faltan ingeniosas herramientas ni explicaciones fundadas en su dura experiencia de tanto vehículo destartalado que pasó por sus manos. El polvo de los caminos y el uso de los años lo han dejado en harapos.

Quillagua vive de la alfalfa, con sus 8 cortes por año.

16 de agosto

Acabo de leer unas espléndidas declaraciones de Alejo Carpentier a propósito de su última obra, *El Siglo de las Luces*. Me descubro con él la zona común de la pasión por el conocimiento de lo americano en toda clase de documentos y libracos. Comprendo que sea castrista, no sólo por lo que hay de explosivo en el régimen cubano y su historia. También porque él siente a los individuos transitorios y sólo permanentes a las ideas. Algo de eso debe ocurrirle a Neruda, que fluctúa, como Carpentier, entre la fascinación de lo telúrico y la poesía épica del sufrimiento humano y la revolución. Hay grandiosidad en este diálogo ardiente de la tierra y el sudor humano enrojecido de sangre y cuando Carpentier sigue

a sus negros esclavos en sus peripecias terribles, por los trapiches y las selvas, llega tal vez a lo más alto, y denso de misterio. ¡Qué débiles son, en cambio, la mayoría de las imágenes de la vida chilena, como las historias de bandidos de Maluenda! La naturaleza es ahí retórica, irreal, un paisaje de adjetivos sin vida, y los tipos humanos, aunque puedan estar bien dibujados, lo están con trazos tan gruesos que parecen de Coke. El autor siente cierta simpatía por sus cuatreros. Los muestra en sus buenos sentimientos y acaso balbucea un asomo de crítica social. Pero estos bandidos no tienen vida interior, no sueñan. Están desprovistos de conciencia mítica. No son primitivos. Son pequeños burgueses, como todos los huasos. No son, al fin, malhechores ni locos, son "huasos fatalizados", víctimas de una "fatalidad" que les impide recuperar su sitio natural entre las gentes. Son más patiperros que rebeldes. Y por eso, al fin, se rinden, se entregan a la policía y afrontan su destino, que conocían y aceptaban de antemano. Mano a mano. Tal vez estos seres humanos estén desprovistos de magia, porque el autor no poseía sentido mágico. (No sé si decir al revés de Neruda de las primeras *Residencias*, porque acaso esta poesía cargada de contenidos mágicos haya sido siempre, en intención, anti-magia, una desintegración de lo mágico verificada con la razón oculta en máscaras inteligentes). Pero es probable que los huasos y bandidos, que son lo mismo, no sean en verdad primitivos, que lo sean menos que los españoles, árabes e indios, y que la tierra chilena con su historia haya empobrecido de naturalismo panteísta los ingredientes culturales que en ella se fundieron. Como que ya *La Araucana* no tiene magia alguna y es convencionalmente renacentista y en cierto modo, realista.

Excelentes descripciones de tierras y gentes en *Aguafuertes de Chile* de Lomboy. Con unos pocos adjetivos menos y un poco más de diálogo, de imaginación personalizadora, sería notable, como *Maderas por el río*, seco y fuerte, dura imagen de esa naturaleza sin magia y sin descanso de los balseros fluviales del Sur. Y después, de un envión, me he leído *Oleaje* de Daniel Belmar, a veces tan intenso que parece Faulkner. Pero tiene el defecto de no componer. Mete demasiadas cosas en un pequeño saco y de pronto lo vence la retórica. El áspero sentimiento se hace sentimentalismo. Pero, como *tranche de vie*, es fuerte, amargo. La muchacha habla sin naturalidad, se nota que la está haciendo hablar el autor, con términos que no son de ella. Sin embargo, esa forma destartalada de nuestra vida social que tiende al callampismo desde el corazón para afuera, está patéticamente expresado. No hay una sola línea que respire alegría. Todo es angustioso, agobiador.

12 de septiembre

Días con acontecimientos grandes y pequeños. Edo. Frei fue elegido Presidente de la República. Los marxistas preparan una oposición implacable, aun con terrorismo. El pueblo chileno ha revelado en esta elección una dignidad admirable. Un cierto escepticismo realista lo aleja

de las fórmulas dogmáticas, de las esperanzas extremas. No se produjo ni el menor asomo de violencia política. En este país, hasta ahora, la violencia es privada, no se proyecta en el plano de las organizaciones populares. La relación interhumana más distante, y la política lo es, deja a nuestro pueblo frío, le permite razonar. El pierde su razón cuando la relación se hace personal y conflictiva. Se acercan tiempos de grandes mudanzas y la vigilancia belicosa de la extrema izquierda va a obligar al nuevo gobierno a mantener una actitud combativa, realizadora, dinámica. Las sufridas mujeres del pueblo dieron el triunfo a Frei, no por ser más ignorantes que los hombres sino más realistas. Pero eso obliga a avanzar rápidamente en cosas esenciales, que son las que más duelen a estas buenas mujeres confiadas y confiantes, como el pan, el techo, el abrigo y la escuela.

14 de septiembre

En frases patéticas, vehementes, Federico García Lorca habla de su obsesión -la muerte- y del más allá, con candidez conmovedora, y con ecos de buenas lecturas de la *Revista de Occidente* -Uexküll, Bergson. "Una mosca tiene su universo, pero que, a su vez, no le permite llegar más allá de sus límites "mosquiles", lo que no quiere decir que lo que es incapaz de percibir no exista. Lo mismo ocurre con los hombres. Pero se trata de la continuidad eterna. El hombre con su alma y la mosca con la suya, ¿terminan o no terminan con la muerte?" "El cuerpo es el instrumento con que el espíritu se expresa en este mundo material. Al quedar aniquilado, el espíritu se evade y el cuerpo se transforma en algo así como una caja vacía" ("García Lorca y la muerte", Santiago Magariños, *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, septiembre-diciembre, 1961).

La poesía lorquiana de *Yerma*, ¿no estará influida por la Mistral?

Las personalidades literarias reales son como cometas con su cola generosa que se mete por todas partes y arrastra toda clase de materias. Los *literatti* son flacos, circunscritos, cuentan sólo su tema. Pero el tema no es nunca un límite -Shakespeare-, es el núcleo de una historia que termina por envolver al hombre y su destino. Los escritores marxistas han perdido el don de hablar con humildad -todo lo saben. Sus derrotas son errores de los demás, o son conjuraciones. Son crímenes. Tienen las claves del destino, como si el materialismo histórico fuera trascendente al mundo humano. Y ¿si los hombres se resisten a cumplirlo? Ahí muestran la hilacha hegeliana, anti-histórica, racionalista, dogmática. Y aún más los pro-chinos. Sólo la revolución continuada habrá de salvarnos. Y ¿si no hay quiénes quieran hacerla, cómo podría triunfar sola esa revolución arquetípica? Bueno, claro, si nos arrinconan en la miseria, algo haremos los pueblos pobres. Pero de seguro no la revolución marxista, como que el marxismo ya está dando para todo, hasta para volver al capitalismo. Pero los muertos no vuelven.

La forma extrema del resentimiento: querer la revolución y negar el valor de la vida. Querer la revolución para el goce de nadie.

17 de septiembre

"Pastoral de invierno". "Olor a monte". El resinoso olor a monte anuncia lluvia. La sangre de un macho cabrío enternece al diamante y ablanda al vidrio (según el médico Alonso López de Coulla).

El rubí tiene virtud contra el aire pestilencial y simboliza a la esperanza. La esmeralda inclina a condición apacible, ayuda a conservar la vista, predispone a conocer el porvenir y conserva la castidad y se quiebra cuando el que la lleva realiza actos carnales ilícitos. El topacio tiene virtud contra la pasión lunática y restaña la sangre de las heridas. El zafiro limpia la vista, mitiga las carnalidades, inclina a castidad "y así es más usado entre cardenales y prelados que entre otras gentes". El jacinto aumenta el ingenio y, llevado en un anillo, da seguridad al caminante y le proporciona buen recibimiento. La amatista es saludable para la memoria y para refrenar el vapor del vino y para ello ha de estar ligada al ombligo. El coral tiene la virtud de restañar la sangre y es bueno contra los sueños fantásticos y contra tempestades y fieras. El coral negro o coral gorgonia sirve de amuleto contra toda fascinación. La litropia, que es una piedra verde con gotas pardas y esparcidas, y venas coloradas, hace invisible al que la lleva. La calcidonia reprime los incendios amorosos.

18 de septiembre

La familia Macaya -de mi abuela Victoria- desciende en Chile del italiano Macagi, llegado entre los siglos XVII y XVIII. Don Juan Ventura era maltés.

Deberían ser mejor estudiadas la vida y predicaciones de Fray Gil González de San Nicolás, el primer defensor de los indios durante la Conquista de Chile.

Caleu

Perfecto 18 de Septiembre, con nubes blancas, vaporosas, entre las altas rocas del Roble. En Caleu, encuentro con E.L. y María Luisa, con su hijo y el joven Bernardo Subercaseaux.

Los perales florecen en varios tiempos. Los más viejos se demoran en abrirse, mientras los jóvenes empiezan a marchitarse. Se entrecruzan trinos de tencas y reclamos urgidos de zorzales que marcan su territorio con imperiosidad romana.

Es la hora del té en una choza de los huertos de Caleu. Se oyen voces sólo de mujeres viejas y jóvenes. De pronto, un viejo. Los jóvenes están bailando en la fonda. Cucharean. Hablan de gallinas y huevos.

Mataron una gallina colorada para el almuerzo. La madre reprende a una niña porque no usa el pañuelo para sonarse. El viejo parece sordo y borracho. Están tomando mate. La abuela se queja de tener todavía el almuerzo en el gaznate. Bajo el parrón, en una mesilla, hay unas ropas coloreadas de lana, un canasto de mimbre, una máquina fotográfica (!).

Todo cambia demasiado pronto. Ahora hay un puente de cemento en la fuentecilla donde vi bañarse un picaflor y un letrero sobre una piedra dice, entre flechas: "Avenida Las Viudas". Sólo el Roble, los cantos de gallos y el gruñido del cerdo permanecen, entre los árboles añosos floreciendo. La dudosa bendición de la luz eléctrica trajo la maldición de las radios, que llegan por fortuna hasta el pie de los canelos.

19 de septiembre

Entre los compañeros de Valdivia, había un Emildoro y un Agamenón, representantes del Renacimiento hispano en nuestro Finisterrae.

30 de septiembre

Centenario de Unamuno. Me ha gustado recordarlo en estos senderos fragosos de Nonquén, bajo cielos amenazantes y movibles de primavera, escuchando el correr de las aguas alborotadas, oliendo la tierra descompuesta de hojas. Se siente aquí la inmortalidad de la materia, con su alma o sus almas, mientras los pájaros afianzan las medidas de su territorio entre los altos robles recién brotados. Todo lo más contrario a la inmortalidad que tercamente quería Don Miguel. La tierra no tiene nombres propios, no tiene yo. No le importa morir. Por eso renace siempre en el sumo arrobamiento de sus nuevas flores.

Entre los lirios, las calas y las primaveras del pequeño jardín hay un niño espanta-pájaros con gorro frigio colorado. Un espanta-pajaritos.

Concepción, 6 de octubre

El cisne de cuello negro goza de todas las comezones de primavera y se rasca, voluptuoso, con su larga elegancia. Me dicen que los estudiantes, hambreados durante la huelga del personal en el mes de julio, se manducaron los bellos patos blancos de esta laguna. Así también pudieron comerse en ensalada el árbol de Judea. Se salvaron los dos patitos animosos de plumas tornasol, que en todo tiempo, aun en pleno invierno, disfrutan de primavera ociosa y gentil.

7 de octubre

La rectitud y nitidez de una hoja de lirio. Es tan modesto el nomeolvides que sólo atina a musitar en la espesura: no me olvides, no me olvides, como un niño en el limbo.

Para el primitivo las estatuas tienen poder sobre la felicidad del hombre, y los cántaros poseen almas que gritan y parten cuando alguien los rompe.

Santiago, 12 de octubre

Unos días enfermo me hacen ahora percibir como una revelación el aroma dulce y antiguo de los retamos, que desciende de una de las avenidas del Cerro Santa Lucía. Llega a su fin la primavera precoz, ansiosa, seca. Ya brotó el *Ginko-biloba* o cabellera de niña, que crecía silvestre en Europa hace 250 millones de años. Y en China, desde hace 60 millones de años hasta ahora, en parajes privilegiados. Caen, caen sus hojas, más persistentes que las religiones y las dinastías, haciéndose una y otra vez a sí mismas, extrañas, inmutables, formas al parecer tan necesarias como los signos geométricos de los ídolos.

16 de octubre

Un dulce aire de lejanos afiladores cierra con ternura el mediodía. Artesanos postreros de ciudades viejas, tan apacibles como para pensar en tijeras y cuchillos, los afiladores conservan sus vagas clientelas, cada vez más escasas, como los afinadores de pianos que antes recorrían el país de pueblo en pueblo, con el oído alerta de zorzal y con cierto pitagorismo misterioso.

21 de octubre

Los buques que entran a la bahía se ven tan blancos a la distancia, más allá de la isla, que parecen témpanos flotantes.

En el canal de aguas putrefactas, una algarada de gaviotas, que resultan como fuera de lugar, gaviotas de arrabal marino, gaviotas de acequia, gaviotas de alcantarilla.

Un anciano encorvado, tan viejo como la imagen misma de los años en los viejos cuentos, pasa esta mañana por la playa cargando un manojo de rábanos silvestres para algún caballo o algunos conejos.

Los inverosímiles oficios de la miseria alrededor de los mercados sudamericanos, las artesanías del hambre y de la sed con sus vendedores de agua, sus yerbas para engañar el estómago.

La flor de la pluma tan densa de racimos, abrumada de sí misma, pesada de su propio esplendor se entrelaza con una rosa trepadora de flores sencillas, rosa de esmalte con estambres de abeja.

La transparencia de los primeros brotes del rosal, la discreción de los peces en el sigilo del estanque, el brillo tranquilo de una hoja de camelia.

Al congrio lo ahuyenta la luna y reaparece con la *oscurana*.

Una muñeca borracha durmiendo con una botella de pílsener y unas flores en su ropa, un gallo rojo, orondo y sanguíneo como Enrique VIII. Toda una familia de pescadores vive en un solo cuarto de madera, al lado del mar. "Tenemos derecho marítimo". La casa es generosa con su techo de palomas que de tiempo en tiempo vuelan sobre la bahía. La dueña de casa, una vieja aguzada como un hueso de pescado, refunfuña y camina a pasitos rápidos, sin pausa, infatigable, ahuyentando a perros y gallinas, dando pescozones a tirios y troyanos. El padre retoza al sol entre las redes negras y las nasas para pescar apancoras, con una pequeñuela durmiendo en sus brazos.

Los pescadores tiñen de rojo sus redes en un caldo hirviente de ceniza y cáscara de pino.

En la extrema miseria de algunas chozas de la caleta domina la voz de las radios. Una vieja está despiojando a una niña, rodeada de toda la familia tendida al sol, mientras escuchan un programa de Stravinski. Otra anciana, la cabeza cubierta con un paño negro, la piel muy curtida y oscura, con argollas de oro en las orejas, fumaba sentada en un altillo bajo un techo de ramas. Reina de gitanos o capitana de barcos piratas, miraba impasible y majestuosa el humo de su cigarrillo mágico. En toda la caleta, en toda la costa, esta mezcla de esplendor primaveral con macizos de flores, gallinas, cerdos y patas con escuadras de patitos nadando en las pozas. Sólo una que otra de las casitas está pintada con los mismos colores del bote de San Pedro, celeste y café. Hombres y mujeres calafatean los botes con masilla y pabilo. La vinca trepa hasta los acantilados y el floripondio granate llega a ser selvático.

Los cuernos de Dios. Una piedra marina toda garabateada con jeroglíficos impresos por la luz de la luna.

Este pobre jote de alas extendidas toma el sol en el techo del Morro. Parece un paracaidista y también haberse creído águila de 2 cabezas.

Adán, fundador de la poesía, al nombrar las cosas, los animales, las plantas.

8 de noviembre

Los comunistas olvidan que no se puede combatir la hipocresía burguesa con el cinismo burocrático. Se lanzan huevos podridos en la cabeza del señor Caldera[130], a propósito de los campos de concentración venezolanos sin acordarse de los homólogos que hoy existen en la URSS y en China, denunciados por los mismos comunistas de uno y otro lado. Los estudiantes se creen sagrados y deberían serlo, pero están

---

[130] Rafael Caldera, dirigente demócratacristiano venezolano (Presidente de su país en 1969), de visita en Chile.

contaminados igual que los adultos con todas las ambigüedades y compromisos de la época.

12 de noviembre

Expedición a ver los notros floridos en la Cordillera de Nahuelbuta. Un día en Laraquete y una noche en Contulmo.

17 de noviembre

Mañana gris en Lebu. Todo es aquí pobre y en ruinas, comenzando por el muelle de maderos carcomidos y por el paisaje herrumbroso de la boca del río, donde se acumulan escorias humeantes. Si no fuera por los bosques de pinos y eucaliptos que cubren los cerros, uno se creería en el norte salitrero.

En la idílica cabaña del parque natural de Contulmo, regalo unas naranjas a una chicuela de grandes ojos tímidos sentada en el suelo, cerca de su madre que lava en una artesa. Es el mediodía más puro, con silbidos de pájaros en la espesura encendida de notros. La niña angélica estira su mano, la saca de un pequeño nido de plumas multicolores, mientras yo veo con horror un trío de pajarillos implumes que mueven alas y patas, incapaces de andar. La madre explica:

-Ya no hay caso, tienen que morirse no más. Su madre los mataría.

Esos seres condenados a una muerte inminente patalean, desnudos al sol, más desplumados que implumes.

-¡Qué mala eres! ¿Te gustaría que te robaran y te llevaran lejos de tu madre?

La pequeñuela toma su nido y corre a la casa y, cuando me acerco, me da un portazo. Está furiosa y como un halcón defiende su presa, su trofeo en este mediodía de perfecta primavera.

Palguín, 7 de diciembre

Un estado de dichoso equilibrio quita la gana de escribir. Cimarra de una semana por el sur con J.B. y mi sobrino Fernando de Andraca. La lluvia nos ha obligado a refugiarnos en hoteles, pero hemos disfrutado también de la libertad de la carpa bajo los robles del bosque, a la orilla de los lagos. La lluvia interrumpió la sequía en los campos de Ñuble y Bío Bío, que atravesamos bajo cielos de nubes pizarra con ráfagas explosivas. Desde Los Angeles nos vino el deseo de subir a la laguna del Laja, entre las montañas de la Sierra Velluda y el volcán Antuco. Las aguas eran oscuras ese día de fuertes chaparrones. Un lago rodeado de colinas de lava casi negra, recién salida del volcán, con robles achaparrados y *baccharis* que en este tiempo exultan de cremosa blancura. Antuco, en mapuche, agua del sol, agua que resplandece al sol -tal vez por el lago-

no brillaba, tal vez con la pobreza de sus cabañas de madera, sino en la rojez de las cerezas y en las cándidas rosas silvestres, que disputan a las Alstroemerias peregrinas la mayoría floral de las provincias del Sur. Entramos a Temuco por boquerones de barro y lluvia, por suburbios de carboneros, poblaciones callampas ateridas. Miseria más transculturación de nuestras poblaciones callampas en que cohabitan sórdidamente los peores fermentos del primitivismo y la civilización. Cenamos tarde en el comedor de otro tiempo del Hotel Central, con todos los lujos de la antigua Frontera, incluyendo unos gobelinos desteñidos.

Santa Bárbara, 8 de diciembre

Aroma de tilos, olor de humedad, en la plaza sombría.

1965

Huasco, 1 de enero

Los roqueríos del puerto abren oquedades de caverna leonardesca con suntuosidades de brocados venecianos, verde, púrpura, ocre ensangrentado por pepitas de luz. Este es un mar de aliento fresco y tan hondo que llena los pulmones con la plenitud del Espíritu Santo henchiendo a los bienaventurados en el cielo. El yodo marino se hace pájaro, bálsamo alado, soplo vital en el movimiento de estas olas sin prisa. Una grúa mohosa descansa también en Año Nuevo, con su roldana suspendida de un cable. Está inmóvil como Temis esperando, rodeada de la eterna agitación sin novedad de las gaviotas alrededor de su nítida medida, justo reposo en pie sobre la mesurada fugacidad de las olas. Unas cadenas abandonadas en la arena conservan una vida de serpientes, enroscadas en su posibilidad de movimiento, danzantes sorprendidos en una instantánea de su vuelo.

Un volver la espalda a las obligaciones del mundo resulta siendo la contrapartida de las épocas en que el afán de planificación y responsabilidad social recubre oficialmente con su espíritu geometrizante la realidad humana. Los mismos planificadores suelen ser duchos en el turismo y bien adictos a la *dolce vita* en mansiones parecidas a lo largo y alrededor del mundo, con sus artefactos modernos, *pelouses* bien peinados y aparatos HFi. No es un azar que la familia real inglesa haya abandonado este año hasta los últimos vestigios de su victorianismo con su fiesta de *teen-agers*, *disc-jockeys* y *twisters* encabezados por el Príncipe Carlos en el Castillo de Windsor, bajo la benévola mirada de la Reina Isabel, que hubiera querido tal vez participar en tan agradable tumulto.

La raza humana está llegando al instante en que la obligación social deja de ser imperiosa, justo cuando es más desesperadamente sentida y voceada en nombre de los hechos. La imaginería va más lejos y se desborda en conductas que desmienten a todo lo exteriormente más seguro.

Todas las formas de cualquier realismo se dirigen hacia nuestro *presente-pasado*, pero el super realismo va hacia el presente futuro, no sólo a las posibilidades -también a las necesidades futuras de expresión de la especie humana, la mutación de la mente en el terreno de lo próximo-actual-, salto a la imaginación comunicante sobre las aguas empantanadas de la vida, sin puente, al cielo. Hay que concentrar la atención en las formas más altas del ser humano, para provocar, por

aspiración, el *ascenso a las fuentes*. La concentración en las fuentes negativas no provoca sino estagnamiento y angustia.

Para salir de la población callampa hay que abandonarla mentalmente, y no hacia el barro prefabricado, sino a la otra población comunitaria, parecida a la callampa, pero callampa en el cielo y en la tierra, con solidaridad y humildad felices.

Le preguntaba en el sueño al Presidente Frei:

-¿Cómo hace usted para mantener su equilibrio psicológico con tanta obligación y demanda?

-¿Yo? Por la oración.

¡Ah! ¡Sí! Ha encontrado usted el único camino, que coincide con la enseñanza de los magos. Recuerdo, a propósito de la oración, que existan o no Dios y los dioses, la oración es una de las formas de la vida que valen por sí mismas, trascendencia pura que hace salir al ser de sí y lo equilibra con esas altas esferas que de otro modo nos serían hostiles.

9 de enero

Iba, a pesar del verano, tan abrigado como un choclo seco, con barbas de frailecillo.

El poeta E.M., con su voracidad de boa tragavenados, fue uno de los que más sufrieron con la huelga del Banco de Chile.

Al amanecer, en Conay, sentí la extrañeza de estar en ese sitio desconocido, sin saber bien dónde, ni desde cuándo ni con quién, escuchando unos silbidos -trinos o burlas- de pájaros de otros cielos. ¿Dónde estoy? Empezaba a amanecer en esa extremidad del valle de Huasco, ya en plena Cordillera, en tierra de cazadores de guanacos, entre los altos cerros desnudos.

14 de enero

Esta es como la canícula de los desaparecidos, aun con la ausencia de la Madre Naturaleza. No es el tiempo tóxico de B.S. sino un tiempo inactivo, sin agua y sin fuego. Advierto una vez más que nunca he estado plenamente en la vida, que siempre me ha faltado o me ha sobrado algo esencial. Un cuerpo activo e imperioso no basta para poner en movimiento al alma, que espera otra cosa, y que debería ser capaz de crearla.

Las Vertientes, 18 de enero

Graznidos de gansos en la mañana, tempranísimo.

Agua de la Gloria

Me parece oír un bostezo, en el silencio de esta casa llena de viejas, un lento suspiro:

-¡Ay! Y se nos va la eternidad...

Tengo la mano temblorosa después de dos horas de guerra contra las zarzas y los cardos negros. Les di batalla con unas grandes tijeras podadoras. Era un duelo singular y sin cuartel, ellos con sus espinas y yo con mis cuchillos, como la espada de Rolando en Roncesvalles. Había matas de cardo grandes, robustas, duras como guerreros vendiendo caras sus vidas, por lo menos al precio de un poco de mi sangre. La maleza arraiga mejor y más hondo que las buenas plantas, diría un moralista de mal humor. El hecho es que no logré extirpar todos los cardos ni menos todas las zarzas. Roma no se hizo en un día. Apenas abatía uno, veía otro y otro, hasta que di por terminada mi tarea de hoy, no sin pensar que mi odio a los cardos negros lo motivan la solapada ferocidad de sus espinas, la fea textura de sus hojas y nada más. Respetaba a la lengua de gato, que es más dañosa, y que no tiene la excusa de dar una semilla que alimenta a los pájaros ni un vilano que vuela sin rumbo, como uno quisiera volar, sin prisa y sin peso. Pero tanto las flores de cardo como las otras atraen a las abejas, que se introducen briosamente en el extraño bosque de lanzas azules y entre los labios ajustados de esta otra flor azul. Si están aliadas con las abejas, ¿qué éxito podré tener yo dándoles combate?

Colliguay, 8 de febrero

Desde temprano arrecia el calor. Caen peras remaduras del añoso peral de la espuela y del duende. Entre los fríos del amanecer, sobresalían los reclamos urgidos del pitihue. De nuevo he palpado con muslos y lomos la dureza de la tierra, bajo la carpa. Se duerme aquí ávidamente, con deseos de permanecer. Antes del alba, el cerco sinuoso de los gallos perdidos en la bruma soñolienta. El cerro de la Chapa emite resplandores en esta concavidad magnetizada de montañas. En el contraste de la aridez y la fertilidad de los oasis, las mieles de Colliguay son ardientes y oscuras y las pasiones se arremolinan en el secreto de los huertos estremeciéndose de mugidos. Cacarean sin fatiga, con gozosa zozobra, las gordas gallinas amenazadas cada noche por el ladrido de los zorros que bajan de los altos repechos con garras sigilosas y ojillos sibilinos. (¡Qué lindo!, dice don Juan escuchando este trozo, ¡qué lindo!, mientras yo entro en competencia con una tenca que trina en los cogollos del peral, ahíto de capitoso verano).

He leído en el terrazzo de doña Brígida las elegías religiosas de Alfredo Lefebvre. Las profería contra los cerros y el valle, con Alejandro como auditor, tan interesado y ausente como un lebrel. Alcanza intensidad, grandeza eólica y a ratos se llena la garganta con el vino generoso de la elocuencia sagrada, entre Claudel y don Ramón Angel Jara. Nuestra buena Brígida nos escuchaba, creyéndonos tal vez canutos. En cierto pasaje de un poema apocalíptico, Alfredo llama al Señor y al mar y al mundo y yo entonaba su advocación con alto brío. "¡Ven, Señor! ¡Ven, Océano!" Y doña Brígida me responde, saliendo de la cocina con baldes y pucheros: "¡No me apure, don Luchito, ya voy, ya voy!"

El andante apassionatto de esta tenca, de esta presentísima tenca y no otra, es como cosa extremada de exaltación, como si el canto lo hubiera ella perfeccionado dentro de toda una tradición musical, estudiándolo nota por nota hasta el delirio. Su garganta es de fina madera con pepitas de oro, como para que la tierra calenturienta cante por ella, mitad raíz, mitad vuelo.

A.L. quiere llamar Elegías a sus poemas. Encuentro débil el nombre. En el verso elegíaco hay una cierta nostalgia esencial, dolor y distancia. No hallo eso en estos versos que explotan como luciérnagas activas. Mejor que *Contra la muerte*, con algo cenital y quemante, con carnalidad de pies y manos, de ojos exacerbados por una visión desprovista de belleza, pero cargada de resplandor exuberante en la ausencia de su objeto. La ausencia de Dios y el deseo de poseerlo. Aunque no exista, de algún modo está en la insuficiencia extremada de todo arrebato. Los vacíos del amor exigen la plenitud de Dios.

Los calores de Colliguay en pleno verano tienen algo de mineral, de cósmico, y dan deseos de dormir, dormir para siempre. Hace tiempo que ando buscando algún lugar en donde dormir para siempre, para siempre jamás. Con este epitafio de la Mistral. Estoy fatigado de la carne, de mi carne, y la carne me pesa. ¿No será hora de abandonarla? Algún accidente feliz, algún rapto del sueño. Estos cerros de Colliguay tienen algo denso, pesado de Boca del Infierno. Aquí sólo deseo dormir. La naturaleza está demasiado presente y me abraza. Me abrasa. Cada cosa parece postrimera. Como si la reacción que provocan estos montes en el ánimo fuera sólo de embriaguez, para morir. Aquí no resiste el cerebro y lejos del mar la cabeza se cansa como una flor cargada de semillas. ¿Por qué volver aquí, a este cráter? Visitamos la capilla y el Padre Vicente produjo una brusca reacción en Alfredo. Un padre francés ventrudo, posesionado de virtud, como una gallina cargada de huevos de oro. Aquí no cabe sino dormir bajo las tupidas frazadas de polvo, el polvo de oro de la orfandad y la miseria. Viene Alejandro en un caballo zaino.

Colliguay, 9 de febrero

Estamos tan cerca de todo, incluso de Dios. ¿Es un desorden el pecado original?

16 de febrero

Antenoche, tal vez bajo los efectos de la belladona -bella donna-, soñé una obra de teatro completa, una tragicomedia, que yo mismo podía seguir apasionadamente como actor y espectador -no como autor- pues se producía realmente fuera de mi conciencia y se me presentaba como una revelación. El personaje principal era un hombre maduro, más bien grueso, parecido a M. Mendés-France; tenía algo de Dios y algo de mí. Desde luego, como yo, él dormía. Estaba recostado en una acequia, corría por ella, era la acequia. Pero en otro sentido estaba tan despierto

que lo sabía todo de este mundo y los otros y, buen Dios, sabía que todo ha ocurrido ya, que todo volverá a ocurrir, que nada ocurre, que debajo del tiempo hay un océano -un cielo- de no tiempo, de eternidad. El tiempo es un juego, "el tiempo es un niño que juega a los dados" de Heráclito o bien "el valle en que se moldean las almas" de Wordsworth. Yo era también el secretario, una especie de Hans Castorp de ese Dios vestido de hombre de negocios que fluía en una acequia de aguas cenagosas, y le comunicaba mi alarma por el protesto de unos cheques. El lanzaba una carcajada cínica. "¿Cheques? Eso pasó hace tantos años. ¡Y qué importancia tiene! ¡Ja, ja, cheques! ¿No sabes que todo lo sé, lo que fue y lo que ha de venir y que nada es sino lo que Es? Tú lo sabes bien, querido secretario, hijo mío". Ese hijo mío me resulta de pronto como un Hijo mío del Padre al Hijo. Estábamos los dos hasta la cintura en el fango. A nuestra pantanosa oficina entra una bella mujer vestida de seda negra con flores bordadas, la cabellera entre suelta y recogida en las sienes. ¿Una adivina? ¿Una clienta loca de mi patrón? Susurro mi pregunta: "¿Y esta dama?" Veo sólo los ojos de mi jefe, unos ojos oscuros levantinos, hechos al bien y al mal. "Deberías saberlo. ¿Por qué me lo preguntas? Si tú quieres, Cleopatra; si quieres, Mme. Sesostris. Da lo mismo, Amsterdam o Venecia". Yo estoy cada vez más perplejo y vuelvo a preguntar: "¿Dónde, entonces, dónde?" Mi Patrón ya está más visible, gordo, sereno, un poco Buda: "¿Cuántas veces lo has sabido, Hijo mío, y después lo olvidas?" "¿Y usted lo sabe?" Miramos los dos a esta mujer que, hierática y todo, se pone brazos en jarra ante nosotros con su cara increíblemente pintada. "¿Y usted lo sabe?" El Patrón se levanta, va hacia un kárdex del escritorio, revisa varios casilleros, arroja unos folios sobre la mesa y sonriendo vuelve a mirarme con ojos vacíos: "También lo he olvidado".

Todo esto es el esquema del final del sueño. Las frases últimas son literales. He perdido el resto pues la tragicomedia estaba completa y en el sueño ocupaba años, siglos, edades simultáneas. Despierto con este peso de experiencia por descifrar. Enciendo la luz. Ya ha aclarado. Son las 6. Las cortinas de terciopelo que me protegen de la luz, pero que alcanzan a cubrir toda la ventana, me dan el sentimiento de estar en una capilla ardiente despertando en el ataúd. Tomo un poco de agua de menta. "Tengo que anotar estas últimas frases, antes de que se me escapen". ¿Dónde? No tengo nada a mano. Sólo encuentro cerca una postal del Templo de Buda de Esmeralda de Bangkok que sale de un volumen de Ezra Pound. Después sigo en el blanco de la página final del libro. En eso, por primera vez, el lápiz no escribe más y tengo que levantarme a interrumpir el sueño de mi madre para pedirle su pluma fuente. ¡Horror! La pobre despierta a medias, pero la pluma tampoco escribe. Finalmente arreglo el lápiz. "Tanta vana agitación..."

Quién sabe si los monstruos mitológicos no fueron originados en tiempos remotísimos por hombres con ojo visionario, capaces de una percepción microscópica que descubrirían hasta en las gotas de rocío hidras, sirenas y dragones. Y acaso el hombre dejó de ver estos

engendros, tan reales como él mismo, para poder adaptarse victoriosamente a su contorno macroscópico de 3 dimensiones, cuya medida inicial y central es su propia medida, la del cuerpo humano.

17 de febrero

Ya me ha pasado varias veces en mi vida. Entrar a un sito en que soy de inmediato atrapado por un majadero y perder el contacto con otro ser que estaba ahí reverberando, recién caído de Venus, que hubiera significado mi dicha, mi desdicha, qué sé yo, pero sí en todo caso la vida triunfante, el demonio y la Parousie reconciliados. Y el majadero, bestia sin nada de ángel, dale con agarrarme de las solapas y espetarme su canto de buitre. "¿Cómo marcha la Academia?[131]. ¿Es cierto que está en una impasse?" ¿Impasse? Me parece que la palabra se aplica a lo que no fluye. ¿No se han muerto varios académicos? Ojalá que él hubiera sido uno de ellos, pero ni siquiera es académico el pobre. Y entretanto, se ha despedido la visión venusiana.

¡Qué sorprendente resulta saber que muchas mariposas tienen uñas!

Barraza, 19 de febrero

Por aquí al pimiento lo llaman pimentón. Toda ésta es ya comarca de burros y totoras. La gente es simple y longeva, como en una Arcadia muy pobre y zarpada de quiscos. Al de espinas largas que usan en las cercas lo mientan copado. Un anciano muy blanco de bigote cano y sombrero de paja, parecido a Don Pablo Burchard, se acerca con curiosidad a la citroneta y mira largo la patente. "Las Condes -le digo-, una comuna de Santiago. ¿Ha estado alguna vez en Santiago?" "No, señor, nunca -me contesta con mucha apacibilidad-. Lo he oído nombrar, sí". Me muestra a lo lejos el célebre cerro Tamaya, la primera de las grandes minas de cobre. Se llama Natanael Araya.

Esa paloma más que arrullar parece roncar en la siesta del jardín.

Montegrande, 20 de febrero

El pueblo de Gabriela está hoy colmado de huesillos y todo el valle huele gozosamente a duraznos y uvas azules con el dejo nostálgico de las azucenas rosadas. Una joven toca en el pequeño armonio de la iglesia, rodeada de niños. Es día de regar y el agua pasa por debajo de la casa del cura e inunda el abandonado jardín de geranios rojos y jazmines de España.

---

[131] Desde 1963 Oyarzún era miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

Al lado de afuera de nuestro balcón, en el segundo piso del hotel Palace, leo un letrero escrito en la pared, que dice: "Profesor Martín, Astrólogo y Quiromántico". La pieza debe estar cargada de poderes, encarnados esta noche en zancudos tan voraces y zumbadores como los de la Costa Azul.

La tumba de Gabriela está rodeada de montañas desnudas y viñares escalonados en las colinas, en un altozano que mira hacia la grandiosidad de los Andes y la estrechez hervidora del Valle. Han puesto un bloque de granito verdusco a la fosa con una cursi hoja de laurel en relieve, la innecesaria mención del Premio Nobel, el nacimiento y la muerte y la no muy feliz inscripción: "Lo que el alma hace por su cuerpo es lo que el artista hace por su pueblo". Las docas han prendido bien en la tierra dura y seca. Hoy florece una azucena rosada, muy pálida. Detrás del sepulcro crecen unos eucaliptos que nada tienen que ver con el paisaje ni con el lugar, tan ajenos como los dos mástiles que la imaginación castrense colocó a ambos lados de la piedra funeraria. En cambio, están bien aquí el algarrobo, el espino y el quisco.

Horcón, cerca de Alcoguaz

Acampamos ayer a orilla del río en Alcoguaz, bajo un bosque de sauces entreverados con un matorral de culenes y siete camisas. El río es ahí un torrente cordillerano de aguas alborotadas y de linfa tan cristalina que las raicillas purpúreas de los sauces relumbran como en un acuario. Nos sirvió de guía uno de los empleados de la hacienda, que corría descalzo adelantándose a nuestros deseos, listo para ofrecernos fruta, como todo el mundo en el Valle, de capitán a paje, con una gentileza de abolidas Arcadias. Nos contó rápidamente algo de su vida de agricultor minero, nacido en la antigua Unión, que el Presidente González Videla rebautizó con el nombre de Pisco del Elqui, en homenaje a este licor que da vida en el Valle a tanta gente. Pero en la hondura de ese retiro grato de aguas perdíamos gentes y paisajes y nos quedábamos como en un nido sonoro. Con la venia de nuestro anfitrión, nos vinimos un poco más abajo dentro de la misma comarca de Alcoguaz. Los muchachos de un club deportivo preparaban una fiesta y cargaban por el camino unas planchas de zinc para cerrar un espacio destinado al baile. No se puede bajar en vehículo hasta el Valle mismo, muy profundo, al que se llega por senderos estrechos de montaña. Cargados con carpa y sacos de dormir, entramos a una finca parecida a las otras en extensión y cultivos. Un pañuelo de tierra llana labrantía y arboledas que se escalonan en los faldeos de los cerros por el lado del poniente. Una pequeña era daba testimonio de la veneración simbólica que en todo rincón de la tierra cabe rendir al trigo tutelar, padre nutricio. Más acá una granja de adobes con su tesoro evangélico de pajas y en un alto, la casa con su corredor adornado de enredaderas y macetas donde en este tiempo la gente de la familia pela sin descanso peras y duraznos que después airean por 10 días

en mallas de colihue hasta que el aire y el calor confirman la capitosa dulzura de los descarozados, medallones y orejones.

Expongo nuestro caso y pido permiso para acampar a un hombre joven que sale de la sombra de una de las piezas interiores. Después aparece su madre, mujer aún lozana de ojos zarcos y pelo crespo entrecano. Ella me dice:

-¿Y por qué no alojan aquí? Tenemos dos camas limpias.

Le explico que andamos con una carpa y que nos gusta dormir al aire libre, sobre todo aquí, bajo esta maravilla de cielo. Ella se asombra. El hijo, que ha entrado a la casa, vuelve a salir con un racimo de uvas doradas tan brillantes que parecen de ámbar. Me lo alarga para que empiece a saborear la hospitalidad de su tierra.

Madre e hijo nos acompañan al potrerillo pedregoso que hemos elegido para campamento. Doña María del Carmen nos ayuda a limpiarlo de piedras y Efraín, su hijo, corre a buscar una carga de paja para mullir el suelo. Ella tiene esa misma distinción tranquila, lenta, como de persona bien instalada en su sitio, que yo admiraba en Gabriela Mistral. Doña Carmen no la conoció personalmente, pero la llama doña Gabrielita. Ella podría ser una de las cuatro que iban a ser reina, "cazando tordos huidos a la sombra del higueral", pero tendrán unos 10 años de diferencia. Al fin, queda la carpa sobre sus pies.

En la noche, después de comida, función de títeres en una barraca parecida al Retablo de Maese Pedro, por la Compañía Estrella Nacional, con dos jóvenes e invisibles titiriteros, un gerente y un acordeonista de ocasión con su batería para los momentos solemnes. Los personajes eran tan medievales como los del *Quijote*, un noble celoso, un caballero cruzado, una doncella encantada y un ángel de la guarda. Además, un negrillo encargado de los chistes populares de calibre más o menos grueso. Después los músicos se vinieron a animar la fiesta de los jóvenes en el cobertizo de planchas de zinc, a beneficio de los deportistas y del Centro de jóvenes católicos. Coligados unos y otros continuaron bebiendo y bailando hasta las 5 de la mañana con nuestras consiguientes dificultades para dormir en la carpa. A eso de las 2 y media de la mañana nos trasladamos al corredor de la casa, temerosos de ser asaltados por algunos ebrios y empobrecidos festivantes. El temor no tenía más fundamento que la incertidumbre de la noche y la palidez lunar. Tras la noche anterior en Paihuano, dedicada a la guerra contra los mosquitos, dormí sonoramente en el comedor sombreado de vides y recortado en racimos y zarcillos.

Al amanecer volvimos a la carpa. La fiesta terminó en chivateo, borrachera y sueño.

Pasamos a visitar a un tío de nuestros huéspedes, en la Hacienda Pabellón, camino a Alcoguaz. Su mujer, morena, locuaz, enjuta y de vivísimos ojos oscuros, nos dice que su marido está tomando desde hace 2 días en casa de don Bazael. Las mujeres del Valle aceptan con naturalidad la afición al trago de los hombres, esposos e hijos. "Está

tomando..." "Como a los hombres les gusta tomar". Efraín asistió a la fiesta y no vino a la casa a dormir. Se quedó por arriba. En cambio, Guido, su hermano menor, no bebe ni trasnocha. Su madre me dice en la mañana: "Ahí tiene a mi hijo menor, mi regalón, mi niño". El niño tiene 20 años, es alto, delgado, fino, feo y serio. En cambio, su primo Lionel Espejo Pizarro, de la misma edad, moreno con algo de crespos africanos en el pelo y las pestañas, bailó hasta las 5, y en la mañana se lavó en el agua cristalina de la acequia, regó la viña, puso el pan al horno y lo sacó con el sudor de su frente y ahora está pelando y despepitando peras. Espera partir pronto a la Argentina por los pasos cordilleranos de Barahona y Doña Rosa para traer a su madre, que se quedó viuda cerca de San Juan. Tardará 5 días en el viaje, pernoctando donde venga, con un caballo de tiro, y se volverá con su madre en la misma forma.

Horcón del Alcoguaz, 22 de febrero

El uvate se hace de uvas negras grandes. Se despepitan las uvas y se deja el puro hollejo. Cuando el arrope está dando punto se echa el hollejo y cuando está cocido se le agregan nueces peladas. Se deja enfriar y se enfrasca.

El arrope se fabrica con el jugo de la uva. Se corta este jugo para quitarle el agrio de la uva con ceniza de higuera o de romero, una, dos o tres cucharadas. Cuando está hirviendo se revuelve y se espuma y se le deja descansar por 2 días. Después se cuela y se le da punto hasta que soplado dé olitas.

El arrope de miel se hace con el caldo de la cera, dándole punto y espumándolo. Algunas personas lo cortan también con ceniza. ("¡Es increíble que la ceniza endulce!", dice doña María del Carmen).

La jalea de arrope se hace con arrope de más punto al cual se agregan nueces peladas y molidas.

Toda esta gente es dulcera y sabe por tradición los secretos de las frutas y sus cocimientos. En este tiempo de fines del verano y hasta bien entrado el otoño, el principal trabajo es pelar y pelar duraznos, peras y manzanas. Los montones de duraznos pequeños, dulces y secos, los rodean con manojos de menta florida, para el olor.

-Yo soy bueno para todo -dice Lionel. A todo le hago.

Y ahora acaba de llegar con un gran canasto de manzanas del paraíso, que doña María quiere regalarnos, con un cajón de uvas rosadas, pan de la casa, peras, nueces. Son hospitalarios como los árabes y las viejas, como las que amaba la Mistral, consentidoras e infatigables. Doña María va en persona a regar las viñas, entre pelar y pelar. (¿No nacería el término pelador en este Valle o, por lo menos, en esta interminable faena de pelambres?).

Ayer llegó Efraín con un pariente, los dos todavía borrachos después de una noche de juergas. Estaban, como es de ritual, medio cargosos. El pariente, hombre enteco y filudo como un minero asturiano,

se fue, me dicen, lamentándose de no haber sabido antes que yo era un poeta y amigo de Gabriela Mistral, porque me habría pedido un verso para alguno de sus hijitos, "para que no tuvieran que repetir siempre las mismas cosas en las fiestas". Le hice uno a duras penas, y doña María, encantada, me pidió otro para Pedro, su sobrinito natural de 12 años. "Para que pueda recitar algo en el cementerio, cuando se pueda ofrecer. Cuando enterramos a mi mamá, muchos dijeron versos y ninguno de nosotros supo nada".

Santiago, 1 de marzo

Anoche regresamos desde Huentelauquén, bajo humo de incendios en los cerros de la Costa y en los de la Sierra del Caqui. En este verano tórrido de la zona central todo arde, las hierbas se chamuscan, huyen a las alturas los zorros sedientos, los faldeos se quedan resecos con esqueletos de cabras. Santiago, "polvo, sudor y hierro", me aplasta y protege como una prensa, una caja de fondos o el claustro materno. Me obliga a reorganizar mi vida, que no se equilibra sino en la aventura o en el trabajo continuado. Tengo demasiado cerca a mis antepasados labriegos, todo el día a caballo en tierras pobres, pero también a las abuelas conversadoras y maternas, como las peladoras de frutas del Valle de Elqui, que trabajan y descansan en una charla sin fin, mirando, recordando, inventando, engordando cuchillo en mano, como nuestra gorda anfitriona de Montegrande, que madrugaba para ponerse a pelar duraznos y más duraznos, en espera de los trabajos más duros de la cosecha de uva.

Llegamos a Montegrande en la tarde, de vuelta de Cochiguaz, la rama menos fértil del Valle, alimentada también por aguas claras de la Cordillera, madre pétrea y nutricia. Entramos a una finca antes del pueblo, con viñedos en los cerros y una era de trigo en la redondez de una colina sobre el río, con la torre de la iglesia y la tumba de Gabriela a la vista, allá abajo. Una gorda señora consulta a otra gorda señora, su hermana, y nos dan permiso para hacer la carpa donde queramos, porque su hermano don Demetrio Pizarro no se opondrá. Nos instalamos allí sobre las pajas de la era, gozosamente, con ese pétreo paisaje de rocas y el Valle de viñas y frutales cerrando el horizonte, como un Apenino más fragoso en los confines de la Umbría.

La más autorizada de las dos gordas señoras está todavía semi inválida, con una pierna envuelta en vendajes apretados. Su accidente fue singular, singularísimo, único tal vez en los anales de Montegrande. Nos cuenta la historia, sin dejar de mano la pelambre de sus duraznos que corren por sus dedos como las hebras en el telar. Tiempo atrás cazaron un guanaco, le curaron sus heridas y lograron domesticarlo, por gusto, para tenerlo ahí de adorno, hermoso y manso, ciervo de los Andes, "aire, de los aires consentido". La bestezuela era fuente de conversación y alegría. Pero, al entrar este verano, empezaron las majadas trashumantes a tomar el camino de Cochiguaz para alcanzar las llanadas altas de pastos jugosos, más allá del fin de los caminos, en plena Cordillera. Mañana y

tarde pasaban los rebaños y el guanaco olfateaba con sus narices finas. Olfateaba nervioso, perspicaz, intranquilo, alzando la cabeza para husmear esos aires fugaces de las alturas. Llegó un momento en que no pudo más y emprendió la carrera, en pos de las majadas. Doña Rosa, buena madre consentidora, pero no tanto, intentó sujetarlo. ¡Terrible sorpresa! El manso guanaco se le abalanzó y en cosa de segundos empezó a morderla hasta causarle heridas profundas en lo bajo de una pierna y en el pie, con dentelladas feroces, como las que se infligen los machos -los Mauros- cuando luchan por las hembras. La pobre gorda quedó sangrando, exánime, a vista y paciencia de dos vecinos, que nada hicieron por socorrerla, tan cobardes eran o tan insólito fue el trance. Tuvieron que llevarla de urgencia al hospital de Vicuña y suturarle las llagas. La familia perdonó, sin embargo, al ofensor, que desde entonces está amarrado al tronco de un peral, solo, viudo de su libertad no reconquistada.

Las cordilleras de Hurtado, al sureste de Vicuña, son la patria misma del bailahuén, que el mes y la sequía agostan allí ahora, glutinoso, dorado, punzante. En los portezuelos, suele discurrir todavía algún hilillo de agua, alguna vertiente todavía viva que brota de la jugosa tierra interior como si brotara del cielo. Los pájaros acuden a beber y picotear semillas olvidadas: tordos, turcas, tórtolas cordilleranas que al mediodía arrullan sus últimos amores. Donde hay agua aparecen higuerales, pequeñas chacras, gente pobre y lejana. La tierra y el aire se resecan en esta luz de abandono. En toda la mañana nos topamos con un solo jinete, que atraviesa las serranías, de Hurtado y Vicuña, y después un camión, que quedó en panne justo en el portezuelo de Tres Cruces, entre los dos valles. El patrón con su ayudante y un niño se afanan bajo el sol quemante, pero, con la gentileza del Norte Chico, nos ofrece una sandía. Ni más ni menos, esta gloria de las tierras de Paine entre los peñascos trizados de granito, el bailahuén seco y huesos de chivatos calcinados. ¡Ay, la sequía! Todo clama por la bendición de la lluvia. Siempre que llueva poco, Dios mío. Mucha lluvia sería una catástrofe. Se desplomarían los cerros, se ahogaría el Valle. "Todo con medida". Bajamos hasta la cabaña de una pobre mujer, abrigada a la sombra de un algarrobo de 1000 años, que bebe su agua de hontanares más hondos que la cáscara requemada de la tierra.

-¿Cuántos niños tiene?

La mujer no es todavía vieja, pero ha perdido ya casi todos los dientes. Va de un lado a otro para atendernos. Trae un pan redondo como la tortilla corredora.

-Pasen por aquí, señores, a la sombrita. Aquí no hace nunca calor, debajo de este algarrobo. Tengo 10 hijas, todas mujercitas. Las mayores están trabajando en Chuqui, apatronadas. Vivimos con las otras.

Muestra unas chicuelas rubias, de ojos azules. ¡La explosión demográfica! ¡Cómo detener esta marejada! Pero, si la hubieran detenido, no estarían aquí estas niñas encantadoras. Faltan tres que bajaron en burro a la quebrada, a darle agua. Nos preparamos un poco de caldo.

-Mi marido arrienda este predio, pero, como no da lo suficiente, tiene que trabajar en otras fincas, donde pueda.

La casa es pulcra en su extrema modestia. Dejamos ahí a esta mujer fuerte del Evangelio con su parvada de niñas.

En el pueblo de Hurtado, una vieja nos muestra la iglesia, fresca, limpia, pobrísima. El Cura viene de otra parte. La iglesia está al cuidado de estas amigas almidonadas que nunca faltan, armadas de escobas, con tintineantes manojos de llaves.

Las grandes moles de los cerros pulsan de calor, sobre el río de aguas claras y las huertas apretadas de frutales, entre sus pircas de piedra azul. Echo una mirada al interior de una casa y me hallo de manos a boca con una viejecilla que lee con lupa un viejo *Almanaque 18*. Se sorprende al verme, se levanta de su silla, vestida con antiguo traje ceñido, laboreado. Vive ahí, rodeada de viejos diplomas puestos en marcos y de innumerables cosas de las que fabrican o fabricaban las maestras rurales hacendosas. Se llama Trinidad. No parece sola. En el dormitorio vecino, abierto como para una exposición, hay dos camas grandes, holgadas, cubiertas de bordados y cojines. Doña Trinidad se queja del calor. Me da a entender que su casa es propia de ella, que también lo es la casa vecina en que está el almacén y que además tiene un fundo arrendado al mismo almacenero, don Benito, hombre bueno y cumplidor.

No contesta a mis preguntas y sigue por su lado, con sus ojillos claros casi desvanecidos en la distancia de sí misma, hundidos en el rostro espolvoreado de blanquete. El escaso pelo teñido de nogal aún le responde con dos o tres ondas, que hace de su preocupación mañanera.

-Este temperamento es muy bueno. Ahora hace calor, pero después refresca y en invierno cae nieve. Pero es un aire muy sano. Ya me ve usted. Tengo mis años. Jubilé como Directora en 1941. ¡Cuántos años, cuente, señor! Hice todos mis estudios con buenas notas y en esos tiempos eran más estrictos que ahora. Sí, pues, señor, más estrictos. Una vez, delante del Intendente, me felicitó mi jefe, ¡ay!, señor, ¿cómo se llamaba mi jefe que yo quería tanto, este pobre caballero que murió atropellado por un bus en Santiago?

Alucinado por esta tierra de borriquillos, le oigo mal:

-¿Atropellado por un burro?

-Sí, señor, por un bus, microbús, autobús. ¡Ay cómo se llamaba, por Dios! ¡Ah!, el señor Apablaza. Usted debe de haberlo conocido.

Detrás de su silla de Viena, hay una mesa que le sirve de altar, con Virgen del Carmen vestida, angelitos de porcelana, un pesebre, una representación en yeso de la Ultima Cena de Leonardo. Nos señala a los personajes y cuenta la historia de Judas y sus 30 monedas, la traición de San Pedro y los tres cantos del gallo, como si fuéramos paganos.

En las paredes hay retratos pequeños de familia y uno en que aparece doña Trinidad a los 20 años, con todo el cándido encanto de su juventud, cuando se recibió de maestra. En las paredes cuelga un sinfín de cosas, óleos monjiles, con flamencos, garzas en lagunas del Douanier

Rousseau, perros con caras casi humanas, bordados, banderolas, ramos de olivo.

-Todo lo hice yo, en tantos años.

Ahí la dejamos, como a una artista en su taller paralizado, con todas sus obras concluidas, terminada la tarea, leyendo con su lupa el *Almanaque 18*.

Más abajo, por el valle de Hurtado, el villorio de Serón, fértil en la hondura, árido en las laderas. La gente se apresura también en el pelambre de frutas. Todo huele a huesillos. Los techos están cargados de fruta pelada color marfil, color de miel. Las casas son de un piso hacia el camino y de dos hacia el valle, que baja en declive rápido. Como los de Elqui, los viejos son enjutos, tiesos en sus cabalgaduras, de mirada incisiva en sus ojillos casi siempre claros. Aparece uno que viene a echar un párrafo con la gente que pela duraznos en un breve parador de murallas blancas y postigos celestes. Cuando sabe que viajamos con nuestra carpa a cuestas y que venimos de las cordilleras, nos dice:

-No vaya a pasarles a ustedes lo que le sucedió a un viejo cura con su sacristán, que fueron a las montañas a cazar patos.

Se ríe so capa, con risita de conejo, debajo de su bigotillo gris.

-Les tocó mal tiempo al pobre cura y a su compañero y tenían que comer sólo cosas secas adentro de la carpa. A la vuelta, el cura estaba muy mal del estómago y acudió adonde otro sacerdote, que era médico. Este lo examinó y le pidió las aguas. El curita se las mandó con una sirvienta, pero a esta infeliz se le quebró la botella y no halló mejor que llenar otra botella con sus propios orines. Y ocurre que la mujer estaba embarazada y cuando el cura médico examinó las aguas, casi se cayó de trasero de pura sorpresa. Llama por teléfono al enfermo:

-Señor cura, por Dios Nuestro Señor, que la hizo bien regrande.

-¿Y por qué, señor cura?

-Fíjese que el mal está en que está usted esperando familia...

-¡Ay, Dios santo! ¿Y cómo pudo ser eso?

-Usted sabrá, pues, señor cura.

El desdichado eclesiástico, sin encontrar otra cosa qué hacer, corrió adonde el sacristán, que estaba trabajando la huerta, y le espetó esta filípica:

-¡Miserable! ¡Qué cosa hiciste! Me dejaste preñado. Toma estos 500 pesos y vete para siempre.

El sacristán corrió despavorido, creyendo que el cura se había vuelto loco.

En esto viene el cura médico y sigilosamente le dice a su colega:

-Mire, señor cura, es mejor que todo esto quede bien en secreto. Tómese este aguardiente alemán, y santas pascuas.

Obedeció al punto el azorado fraile y el purgante tardó tan poco en hacer su efecto, que salió disparado a la huerta, donde lanzó su explosión al borde de un barranco, donde tocaba que había un nido de

murciélagos. Cayó la plasta soberana, que acertó a incorporarse a la vista del doliente párroco, que retrocedió, crispado:

-¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡Véte a los mismos infiernos!

La gente ríe y nosotros también, mientras el anciano contador se atusa los mostachos.

6 de marzo

La visita al anciano don Filidor Gaete en Llico.

El avellano, "en flor y fruto"... Una tenue malva morada suaviza lomajes. Es el tiempo en que la rosa mosqueta empieza a enrojecer los caminos del sur hasta darse después como coral submarino en los cercos de alambres goteados de lluvia, en las mañanas de niebla.

18 de marzo

Cuando se consideran los hechos de la historia con toda su brutalidad, se ve que la filosofía ha mirado siempre con favoritismo al hombre universal, a la idea de hombre, tal vez empavonecida por el hombre concreto y presa ella misma de una ilusión que sólo a veces alcanza a ser esperanza. El filósofo experimenta la ebriedad de las ideas y su imagen de lo real resulta, por lo mismo, un sueño, ojalá necesario. Cuando se piensa que los más grandes héroes han sido generalmente asesinos, y siguen siéndolo, las más bellas concepciones del carácter humano se impregnan de irrealidad como en las atmósferas oníricas. Tal vez no podamos vivir sin angostar idealmente nuestra visión de nosotros mismos y de los demás para hacerla aceptable a esa esfera soberbia y pretenciosa que Freud llamaba super-yo. La realidad con todo su peso y con todos sus matices nos aniquilaría de inmediato si la percibiéramos sin las prevenciones salvadoras del "idealismo" o del humor. En esta línea, Montaigne, Hobbes y después el Marqués de Sade y el Darwinismo abren una grieta de dudas y zozobras que prepara al pensamiento contemporáneo más implacable.

22 de marzo

Es un alivio disfrutar de un primer día de otoño, plateado en el cielo, verde manzana en los cajones recién cosechados, perezoso, muelle en los últimos suspiros de las tórtolas. Soy tan rural que hasta la sequía me estimula. Nueces y cebollas en tendales para secarse al sol, cabezas secas de amapolas, livianas y sonoras después de su translúcido esplendor vencido por la edad; albahacas de flor blanca y de semilla morada, ajíes y sandías, gloria todas del sol, de la tierra, del aire y del agua. ¡Cómo olvidarlo cuando comienza el otoño en esta confusión apretada de frutos y malezas!

Debajo de un viejo tonel de fierro mohoso, encuentro a un gran sapo de llameantes ojos pintados de verde. Lo cojo de las patas traseras,

y lo llevo en el aire hasta el estanque del jardín. Es tan grande su terror que no sólo jadea y forcejea. Se hace pipí y en un último esfuerzo expulsa un chorro de agua. No da más, hasta que nada, asombrado, entre las plantas acuáticas de flores amarillas y se queda inmóvil, mimetizado con el fondo barroso.

27 de marzo

"El contenido latente de una época" (André Breton) estará en la poesía.

30 de marzo

No sentimos el terremoto en el camino de San Antonio, hasta que nos causó extrañeza la cantidad de piedras que habían caído sobre el camino en las cuestas. No había desorden en la gente sino un poco de excitación, como en un día de grandes partidos de fútbol. El primer síntoma de un gran remezón lo encontramos en una ventana de un segundo piso, detrás de la cual se había desplomado un maniquí con cara de abandono. El restaurant Riviera estaba a oscuras y la dueña aún no se reponía de su terror acrecentado por la quebrazón de botellas. Un chorro de cognac mezclado con pisco y otros licores caía incesantemente desde el segundo piso.

Los terremotos son también mentales, arrasan el subconsciente, lo abrasan y requiebran. Algo queda trizado en el alma después de estos remezones que atestiguan la vitalidad del planeta y su incompatibilidad con el espíritu. Ya el chileno puede superar con creces al sentimiento cristiano de la precariedad de la vida, pues sobre este suelo la vida es no sólo precaria y, como en todas partes, perecedera, sino eminentemente peligrosa: la vida en un cráter, en un basural, en un incendio de bosques. Es algo más que el sentimiento trágico de la vida el que podemos nosotros desenvolver. Se diría que ese sentimiento, a lo Unamuno, es normal, y que el nuestro resulta siendo para-normal. O supernormal. Nuestra adhesión a la tierra es de amor con extrañeza. Pero más todavía, es de amor-odio, lo cual da cuenta, a su modo, de algunos de nuestros más típicos desequilibrios, como nuestro alto índice de criminalidad privada y nuestro alcoholismo. Aquí, en efecto, se siente bien que la vida es sueño, pero sueño cruel, y nadie me expresa mejor esta realidad cruda que una foto de *El Mercurio* de hoy, en que aparecen sobre un empapelado a lo Matisse unos retratos chuecos de los antiguos dueños de casa que fueron arrastrados por el alud de relaves. 300 personas quedaron sepultadas, como en gelatina, bajo este desbordamiento de materias hostiles, que van endureciéndose más y más.

1 de abril

¿Cómo renovar el viejo pacto con la Naturaleza? Esta es nuestra Madre madrastra, que yo puedo identificar con la mía.

La sensación de estar perdido, perdido de los amigos, de mí mismo, del tiempo. "En el principio era la acción". Me siento tan miserable después de una noche de conversaciones exacerbadas, en este país de cataclismos, con mi propio desorden interior, como para llegar a comprender profundamente la *Residencia en la tierra* de Neruda. No es "Residencia en la tierra" sino "Residencia en el polvo". Esta es la tierra pulverizada de un alma harapienta. "Señor mío y Dios mío", ¿por qué pusiste tanta semilla de perdición en tus obras? Estoy cada vez más convencido de que nuestro maridaje mortal con la carne, que es tierra, es nefasto. Estoy solo clamando por la lengua de la materia una cosa distinta, hecha a la medida de lo que soy, de eso mismo que ignoro. He llegado a los límites del abismo. Angel mío de salvación, pérdida absoluta, háblame hoy. La belleza del mundo no es una belleza. ¿Qué hacer? Un hacer a la medida del espíritu humano. Todo sucumbe, todo se agrieta. Quisiera reconocer un astro nuevo.

La Vacada, 2 de abril

Son tan pobres las chozas de los campesinos que aquí el terremoto no ha destruido nada. En el silencio otoñal de los grandes espacios hay suspendida una ligera bruma. Pasó ya el tiempo de los trinos melodiosos. Sólo de tiempo en tiempo una codorniz entona una llamada repetida, suplicante, que combina bien con los silbidos de algún joven leñador. El pitihue corre con alarma graciosa, protegido por la espesura.

Empiezo este nuevo cuaderno, regalo de Efraín Barquero, en plena excursión fotográfica y botánica, con Carlos Muñoz, su hijo Carlos, Mario Toral y Bob Borowicz. Los árboles del día son peumos, quillayes, lingues. Dios y los hombres quieran preservarlos, Amén, como a objetos sagrados.

El interior del tronco del maitén es morado, púrpura y siena. El fruto es de un color coral, una pequeña esfera en una cápsula que se abre como una manecilla.

3 de abril

Las Palmas de Cocalán. Mugen las vacas en el bosque seco de palmeras gigantes -*Jubaea chilensis* o *spectabilis*- que son nativas de este lugar más que de ningún otro en el mundo. El valle está enclavado entre montañas altas todavía pobladas de robles que empiezan a leonarse. Es ancho y solitario, con el aire batido por las hojas de las palmas y la caída de los coquitos anaranjados. Es solemne, en la pureza de la luz, esta repetición de lineamientos y formas simples. Parlan los choroyes en el bosque de pataguas a donde vienen en busca del fruto. La recolección de coquitos está salvando a las palmas de la destrucción ocasionada por la miel. Las ovejas mondan los frutos comiéndoles "la grama" hasta dejarlos relucientes.

Después hay que asolearlos por unos días. Nos acompaña el mayordomo don Nicolás, maduro montañés de ojos zarcos y voz temblorosa de inflexiones delicadas. Las espadas que envuelven el racimo de flores son la canoa. Cuando se abre, suena como rasgada.

La palmera más alta es la vieja capitana de unos 30 metros de altura, esbelta como cocotero tropical, destacada de las otras, ondeando arriba, fino lebrel del cielo.

Caleu

La luna llena del Jueves Santo brilla fija, pupila otoñal, sobre los cordones altos de la costa, entre los contrafuertes, huertas y quebradas de este valle todavía arcaico. No es la luna del solsticio de verano que azulea las rocas viejas. Es también una cara tranquila, presa de su gravedad, ojo del cielo borrador de estrellas, más antigua que los hombres, más quieta que su corazón. Bajo esta luna, los bueyes dejan de rumiar, las cabras se detienen, las lechuzas se callan. La luna de la Pasión del Señor transmonta los atajos y pone una orilla brillante en cada hoja, en cada mirada de bestezuela y hasta en la pupila ardiente de los arrieros que se deslizan por una tierra ahora tan remota, que otra vez parece iluminada por sí misma, en este silencio sin viento y sin grillos. Esta luna del Jueves Santo es la oración de la tierra y a mí, sin oraciones, me ayuda a rezar.

Bollenar, 4 de abril

Fútbol, terremotos, elecciones, los tres oficios de Chile. En cada pueblo o villorrio, la gente campesina mira los partidos de pelota y en transistores escucha los de Santiago, con la misma pasión que llevaba a los prelados del Sínodo -la Synodo- del Obispo Alday, en 1763, a condenar los abusos de la *chueca*. Ahora es una enajenación mental por partida doble.

Abril

Un estado de turpitud y de vacío ablanda los huesos, en el aire dorado del otoño. Bandadas de estudiantes apedrean autobuses. El país está de nuevo a medias en pie, a medias en ruinas. El Viernes Santo visitamos Hijuelas y Nogales. La vieja casa de Hijuelas, donde solíamos almorzar bajo el parrón, quedó deshecha. La pobre dueña vagaba, como el Rey Lear, de patio en patio, saltando sobre los escombros. No quedaban en pie sino los árboles. Desapareció hasta el clavel del aire que colgaba de unas parras. El carácter chileno ha de amoldarse a esta atmósfera, a este polvo de cataclismos, que trizan la voluntad y el ánimo. Hay una correspondencia entre terremotos, miseria y vino. La corteza terrestre de este país es delgada, quebradiza, inestable, como la cáscara de la conciencia. Muchos chilenos tienen que sobrellevar la pena de vivir, como los árboles enfermos.

El amor es cosa más difícil que la aventura de las estuinas. Y es terrible conservar la inseguridad de la adolescencia en la edad madura. Las tragedias del globo terrestre se convierten en tragedias de la persona incompleta cuando hasta la tierra, de madre nutricia, se pasa a madrastra.

La soledad. La sola palabra es hermosa porque es real. Soledad. ¿El estado que consiste en estar solo? ¿Es sólo el estar solo? Más bien es el ser solo, el sentir la soledad esencial, sólo interrumpida por el sueño. Soledad. La voz castellana -tan estudiada- tiene algo también de remanso, defensa contra la intervención ajena en el propio ser. Una substancia que se mira y reconoce, *conoce* su soledad. ¿O la solitariedad del encuevado?

Santiago, 15 de abril

Los estudiantes de la Vanguardia Popular Marxista protestaban esta mañana contra las alzas de la locomoción en las afueras del Pedagógico. Obstruyeron la calle con bloques de piedra. Lanzaban, parapetados tras las rejas, peñascazos a los carabineros, que disparaban al aire. Miré un rato la refriega, entre los alumnos no participantes que se apretujaban en la puerta. Los jóvenes supermarxistas desahogan su furor o sus fuerzas superabundantes en ataques a los buses cargados de pasajeros, que serían, en todo caso, las víctimas de aquello contra lo cual protestan. Los graves dirigentes, en las avenidas del jardín interior, se satisfacían con ideas y pensaban estar iniciando la gran Revolución -¡contra los pobres vecinos del barrio!

16 de abril

No sé cómo los norteamericanos podrán seguir criticando el Paredón de Fidel Castro cuando ellos ponen en práctica los mismos -o peores- métodos en Vietnam. Leo en *El Mercurio* de hoy: "En Da Nang, un pelotón de fusilamiento ejecutó hoy públicamente a un terrorista del Vietcong que trató de colocar una bomba en un hotel donde se alojaban soldados norteamericanos. Se escucharon aplausos entre las 7000 personas que presenciaban el ejecución cuando el joven comunista fue atravesado por las balas". ¡La ejecución se realizó en un campo de fútbol!

18 de abril (Domingo de Resurrección)

"El camino es mejor que la posada", escribió Cervantes.

Ayer, excursión a las Palmas de Cocalán. Había llovido el día anterior y brotaba ya la nueva grama en los espinales de la Cordillera de la Costa, para deleite de ovejas y vacadas. Aparecen las primeras florecillas. En el aire de absoluta limpieza, reverberaban como "diez mil madres", las palmas, con reflejos plateados bajo la brisa, con los cerros altos y armoniosos detrás. Abejas apuraban los últimos dulzores de las

uvas y de las granadas abiertas en los pequeños huertos apretados entre las palmerías. Terminó ya la recolección de los coquitos [132].

Alerce: Los alerces encuentran en el río Yelcho su límite austral. Desde antiguo la corteza del alerce sirve para calafatear, pues reemplaza con ventaja a la estopa.

Abril

Hay que enriquecer la vida campesina -¡qué duda cabe!- con un mayor conocimiento de la misma tierra y sus recursos, y con una rica sociabilidad, en contacto con lo mejor -y no lo peor- de las ciudades, con libros, radio, televisión, en un centro comunitario que puede ser la escuela. La radio ha llegado a nuestros campos, ¡con avisos comerciales y fútbol! La escuela no tiene por qué estar reservada sólo a los niños, sino concebida como una casa de todos, como la mejor casa, llena de oficios, de discusión comunitaria, con teatro, coros, conocimientos útiles. Con lavaderos y baños comunes. Hay que poner al campesino en contacto con su mundo y con lo que hacen los demás.

Nuestros campesinos chilenos no conocen las plantas, no saben cómo tratar a sus animales enfermos, no saben ni aprovechar ni amar a la naturaleza. No hay cultura sabia que no sea trabajo moral del hombre sobre sí mismo en relación con los demás hombres y sus cosas, culturas de buen trato, de cortesía y de amor. En la cultura china, cada cosa alcanza así su sentido, y no hay malezas. El hombre conoce sus límites y su finitud. Es capaz de trabajo y de ocio, de acción y de contemplación, como que los aldeanos, después del afán agobiador del día, penetran en la belleza visible y concreta mirando con pleno desasimiento un cerezo florido.

Nosotros vivimos en tierras sin raíces. No hemos sabido o podido buscarlas. No las sentíamos nuestras. No puede haber planificación social ni económica feliz sin un hombre que de algún modo pueda sentirse feliz en algunos instantes privilegiados, que valen por todo el resto oscuro de la vida. Sea por la contemplación religiosa de la naturaleza, sea en el sentimiento de participación integral con los demás hombres en una misma tentativa, que no termina con la muerte, podemos ser humanamente -modestamente- felices. Tal es el lirismo, no sólo posible, necesario, de la vida humana. Sin él, la aridez, la acedía, los frutos secos de la planificación.

Porque, ¿de cuándo acá los economistas -y no los humanistas- han de ser nuestros apóstoles y de cuándo aquí nos habrían de llevar ellos a la fuente de las aguas? Hasta los sacerdotes se han puesto hoy economistas

---

[132] Las anotaciones de los días 2, 3 y 18 de abril fueron reescritas, ampliadas considerablemente e incluidas en el libro *Defensa de la tierra* (pp. 39-43). Forman el capítulo "Entre árboles".

y planificadores, como si sólo de pan viviera el hombre. Bien está que se aborde el problema urgentísimo del hambre fisiológica, pero no olvidemos el hambre espiritual, que lo es de comunicación y amor, cosa que a muchos de estos nuevos levitas tiene sin cuidado. Los más agudos marxistas reconocen cada vez más la necesidad de mover y conmover las almas, en ese reducto más profundo que no se satisface sólo con la acomodación material. Entretanto, las religiones espirituales parecen convertir a sus epónimos inspiradores en empresarios sociales, gerentes, ingenieros, para librar batalla allí mismo donde, si no derrotados, estarán por lo menos a mil leguas de transmitir en acto lo que debería ser su palabra verdadera. Fácilmente las iglesias pueden transformarse en industrias o centrales de distribución, agencias de empleos o usinas sociales dirigidas por eficaces e implacables cerebros electrónicos, como sucursales IBM del Príncipe de este Mundo, olvidando que hasta el más incrédulo de los hombres necesita ternura, esperanza y amor, independientemente de todas sus riquezas y miserias materiales.

No imagino a San Francisco de Asís en *jeep* conformándose con distribuir queso y leche en polvo. ¿Por qué no dejar esta tarea a los gobernantes? Hay algo en el carácter sacerdotal que obliga a la primacía de las dádivas espirituales y al mantenimiento de un fuego que ellos están destinados a dar, tan necesario como los alimentos terrestres. La Iglesia proveedora tiene para esos sus seglares. De otra manera, la Santa Iglesia resulta imitando al Estado, rivalizando con él o inmiscuyéndose en la lucha de los partidos.

Imaginemos que los profesores de matemáticas o de filosofía, posesionados del urgente deber de dar de comer al hambriento, abandonaran sus cátedras y se dedicaran sólo a este afán necesario. No afirmo que estos sacerdotes distribuidores descuiden sus deberes eclesiásticos. Pero, ¿no sería mejor que utilizaran otros medios, más, impersonales -"que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha"- para ejercitar su caridad? ¿Por qué han de ser tan marcadamente los católicos de Estados Unidos -*The Catholic U.S. Relief*- quienes ayudan a los pobres del mundo? ¿Por qué no sencillamente el hombre al hombre?[133].

24 de abril

¡Ebriedad del otoño! Tú me decías y repetías esta frase, que resultaba en tus labios una burla amorosa, tan distante del amor, sin embargo. ¡Ebriedad del otoño! También en tus brazos o en los míos. Como para equivocarme a cada instante y caer sin fin en el goce de tu juventud y mi fatiga. Ninguna correspondencia más profunda. Sólo el

[133] Toda esta extensa reflexión figura, con pocos cambios, en *Defensa de la tierra* (pp.82-85).

latido de las almas solas en los cuerpos unidos, en ese lagar denso de la vendimia que mezcla olvidos y presencias.

Abril

En Miguel Serrano, la evocación poética infantil no se detiene en la propia infancia de esta vida. Se remonta espontánea y gozosamente más allá, a los umbrales del hombre, a la ciudad de Is, a Ur, al Paraíso Perdido, como si en él hubiera continuidad, por el inconsciente colectivo, con las más remotas esferas del Yo, no en la continuidad de la historia, sino en la del sueño.

Su ascetismo engendra transparencia visionaria, cánticos de alabanza cristalinos, diamantes de la vida interior. En *Las visitas de la Reina de Saba*, aquel paisaje en que un monje tibetano viene a escuchar su silencio es digno de un gran poeta.

En Serrano, es uno solo el soplo poético que anima a Dios, los dioses, la naturaleza, los hombres. El respira con la plenitud de sus pulmones y todo el Cosmos entra en su alma entera.

Su mundo exterior es siempre su mundo interior. El no diría que ha escrito un viaje alrededor de su cuarto, sino el viaje alrededor de su alma. Seguirá siempre viajando, por eso, hacia la región "de los eternos hielos", a donde no se llega "ni por mar ni por tierra", sino por la hondura del Sí mismo, en toda la extraterritorialidad que éste adquiere cuando se aventura hacia adentro. Como lo ha hecho, peregrino, Miguel Serrano. Entre todos los libros chilenos de cualquier época, éstos son los únicos que tienen las amarguras y deleites de la vida interior.

Me decía Miguel Serrano en Delhi -en 1960- que nunca le había interesado "escribir por escribir". ¿Coqueterías de *grande*? Probablemente no. El escribe como los místicos, para la salvación de su alma y de las almas, o como los políticos, para la mayor gloria de su causa y de sí. Por eso está entre los místicos y los políticos, entre la India y Yugoslavia. En cambio, tantos otros escriben sólo para el éxito, no para la gloria -como la *glory* del Orlando de Virginia Woolf- sino para la satisfacción de sí mismo, con la misma actitud interior de quien se llena simplemente la panza con exquisiteces o baraturas. Conozco más de un escritor que "ha llegado" y está ahíto de sí como un notario enriquecido. Miguel Serrano no estará nunca ahíto de sí ni de mundo. Estará siempre sediento de una trascendencia que señala su distinción espiritual. Es hombre de más allá y no sólo de aquí y de ahora. Resulta siendo, por su mirada lejana y al final desasida, un Lacunza del siglo XX.

Lacunza, por estos lados del tiempo, puede parecernos un poco o un mucho lunático, un jesuita chileno expatriado, absorto en las profecías bíblicas sobre el pueblo de Israel, en algún lugar de Italia, pobre, solo, echando de menos los goces patriarcales de su casa, la atmósfera primitiva del Nuevo Mundo con olor a callampas recién sacadas de la tierra. Se ve al hombre con la cabeza llena de ciencia escrituraria,

inclinado sobre sus librotes. Pero, a veces, en medio de las arideces exegéticas, entra en oasis de sabiduría común, *ad usum mortalis*, válida para los hombres de entonces y de ahora, como cuando dice de los hebreos: "Este amor desordenado de sí mismos, esta confianza desmedida, esta satisfacción, este tenerlo todo para sí, este interpretarlo todo a su favor...", sentencias que no sólo valen para los hebreos, por cierto. "Se ve que han perdido su sustancia, no quedándoles otra cosa que aire, sonido y pompa".

Abril

Leído a estas alturas, el *Cagliostro* de Vicente Huidobro es poco más que una historieta con tijeretazos de ingenio y bravuconadas de circo, en Fiesta de los Estudiantes: "Es una noche solemne, una noche que se da cuenta de su importancia histórica". "En un jardín lejano oye el alegato de dos ruiseñores que se disputan la luna".

En cambio, la poesía de los *Ultimos poemas* posee gravedad en su elocuencia, hondura en su liviandad:

"Hay tantos muertos que me llaman
allí donde la tierra pierde su ruido".

"¿Dónde está el hombre y el fundamento oscuro?", pregunta, como Neruda en las *Alturas de Macchu Picchu*.

"Con su ansiosa mirada que humedece el espacio
de este planeta triste y sin excusa..."

Al lado de la profundidad del Huidobro esencial, los juegos del ingenio -como siempre después del tiempo efímero de la ingeniosidad, que tiene sólo un instante, ni siquiera un día-, suenan a artificio retórico, a vacío verbal.

Abril

Tomo un libro y me cae en las manos este mensaje del *I Ching*: "La felicidad está en la propia acción; sin embargo, es el centro de ti mismo".

No veo por qué el "sin embargo", pero la sentencia caída al azar me dice mucho. La acción es el principio del Cosmos humano. "En el principio era la acción". ¿Después sobrevino el pensamiento? Una acción sin pensamiento parece la condición original del mundo. Cosas que pasan. El mundo es un montón de cosas que pasan. Sólo el pensamiento las liga y busca, tal vez infundadamente, sus razones. La razón de lo que pasa, el Logos. ¿Por qué pasa esto y no lo otro? La razón sobreviniente quiere fundar la acción. Porque de todas maneras las cosas pasan, y con ellas, la vida y la muerte.

"El Ser Para la Muerte". Habrá que imaginar un ser humano esencial, completamente distinto del ser humano fáctico, para postular su salvación eterna. La realidad humana en lo que tiene de más real es atroz. Sólo puede redimirnos la esperanza de un hombre nuevo, un hombre cristológico, con otras facultades de conocimiento y de amor. La fisiología misma del hombre actual tiene algo de erróneo. Estamos atados a un cuerpo que no conocemos y no nos pertenece. Debería estar el hombre a punto de vencer su cuerpo, de alzarse contra él y de ser realmente la realización del espíritu.

1 de mayo

Cuando se estudian las revoluciones, se ve algo de lo que hay de permanente en la condición humana. Todas se parecen. El hombre cambia sólo por "vías invisibles", diría por *la part de Dieu* que sigue manifestándose en él y que está enormemente lejos de "el mundo".

7 de mayo

Los restos del Abate Molina, traídos morbosamente a Chile por Vicuña Mackenna en 1855, están preservados en un frasco de alcohol. Parecen los huesecillos de una liebre comida por un zorro.

9 de mayo

Hoy, paisajes de Humboldt y super-Humboldt desde las alturas leonadas, tornasoladas en siena con todos los deslumbramientos del fuego, de nuestro viejo bienamado Roble, señor sereno de sus dominios otoñales, humano con su calva de piedra y sus quebradas boscosas, frente a los gigantes inhumanos, a los grandes divinos que él puede mirar cara a cara como si él fuera un hombre más viejo en esta inmensidad: en fila, diamantinos, celestes, nada menos que el Aconcagua, el Juncal, el Tupungato y el Plomo, estos grandes estelares, silentes de piedra pura, sin la debilidad de los animales ni los árboles. Fuimos hasta lo más alto del Roble humano y Roberto Humeres pudo ofrendar en la cima con ojos empañados de altura y de memoria, una mirada que las nubes no podrían reconocer, porque estaban abajo y había que inclinarse sobre el abismo para descubrir los antiguos y preciosos "paisajes de nubes"[134].

12 de mayo

Me deslumbra el verdor de los geranios contra el patio ciego del fondo, mientras cae una lluvia que alegra a los árboles y a los pájaros. Es tan intensa la exaltación de este color tranquilo que crea un absoluto

[134] Este trozo, reescrito, fue incluido en *Defensa de la tierra* (p.76).

cerrado en sí mismo, hondo como las hojas miradas a ras del ojo, tan hondo como el azul de un mar sin olas. La lluvia estremece a las hojas extáticas, y yo las miro en un acto de adoración tan cristiano como idólatra, pues por un instante ellas son el Absoluto en un verde que aplaca y purifica los sentidos.

Leo en cama, con algo de fiebre intestinal, la vida de San Juan de Dios. Parece un personaje de Cervantes pintado por Velázquez. Todo en él es español popular del Siglo de Oro, un cristianismo fuerte, duro, de hierro fraguado en los yunques de Castilla, a pesar de su origen portugués. La muerte del Santo, postrado ante el Cristo en la Cruz, es la quintaesencia de una de las venas de España.

El ideal de santidad esteriliza a todos los otros. Ninguno puede crecer a su sombra. El fanatismo se explica como consecuencia de esta extrema altitud -y sequedad- del alma, que es una atmósfera enrarecida para ver directamente a Dios sin sus criaturas. El aire de la muerte y de la vida eterna, por encima de toda temporalidad, más allá de las suavidades engañosas de los sentidos.

La segunda bomba atómica lanzada por los chinos es, según la prensa del régimen, "un homenaje a la inteligencia de Mao Tse Tung".

Mayo

La lluvia, la bruma sobre estos techos largos, anchos, profundos de Concepción, me exaltan en la noche relampagueante, en la ebriedad de sus fiestas nocturnas, con el pulso sobresaltado de sed, ahíto de alimentos terrestres. Desde la costa provienen las sirenas de un tren azumagado. Al pasar por una calle, bajo la lluvia, sentí de pronto el olor de la madera revenida de sidra y de pipí de gato. Qué puedo hacer, Dios mío, siendo Tú el Espacio, Tú el Tiempo, el agua y la sed.

Qué puedo hacer, hijo, hermano mío, en esta mitad de mi silencio. Si he de morir, quiéreme antes. Otros buscan, encuentran, anhelan. Aquí todo sucede. "Sucede que uno se cansa de ser hombre", se cansa de ser niño, ama y saborea el amor con labios golosos y se cansa de ser. Ebrio de cielo, siento un ardor amante de la muerte más vida que da vida.

Dormí toda la noche al lado de esa ave blanca de grandes alas tranquilas, atravesando en blancura el océano del sueño. Sentía su respiración en pausas profundas, su voz, el ardor de sus ojos fundidos en el sueño. Dormí como Tobías con el ángel, otra vez, las manos unidas, "júntanse los alientos y se niegan". En la atmósfera húmeda del puerto, los pitazos de los trenes nocturnos juntan sus voces en una sola exaltación lastimera que hace más densa la noche.

Junio

Otra vez. Apenas desperté con la sirena, tendido al lado de este joven puro, entre los arrecifes brumosos del amanecer, en plena

antimateria. Dormimos toda la noche con pausados giros, en las caricias de una inocencia de los Mares del Sur.

Concepción, junio

Exposición de Julio Escámez. Decorativismo anecdótico, pura ilustración sin dramatismo real, "sin pena ni gloria". A la salida, dos golfines, muy pequeños, sucios, melenudos, con sacos a la espalda, discutían sus negocios mutuos. Los instamos a bajar las escaleras a ver esa linda exposición.

Santiago, 20 de junio

Hoy me asombré de ver espinos floridos en el Cerro San Cristóbal y ayer, almendros y duraznos en el Cajón del Maipo. El mes de junio ha sido más caluroso que mayo y que abril.

21 de junio

Los araucanos cultivaban una alta gramínea que llamaban mango (*Bromus mango*). De su pequeño grano hacían harina. La planta puede llegar a dos metros de altura y macolla mucho, es decir, de un solo tronco nacen muchos tallos y espigas. Es una excelente planta forrajera de rulo, que crece en los peores terrenos donde una sola planta da mil o más granos. El trigo la fue corriendo hasta que llegó a desaparecer casi por completo. Gay la describe en el tomo VI de su *Historia de Chile*.

Araucaria. Las tribus araucanas que no poseían pehuenes en sus territorios, especialmente las del otro lado de los Andes, formaban caravanas que iban a los territorios de los pinares. Para botar los piñones se subían a los árboles. En algunas ocasiones tenían lugar feroces combates entre algunas tribus forasteras y las que vivían en los pinares, que se consideraban dueños de la región.

El *madi* o *melosa* daba a los araucanos un aceite que consideraban muy bueno. Con harina tostada y ese aceite, hacían unas tortas que un antiguo cronista calificó de exquisitas (Ebenhardt). Los conquistadores también lo conocieron. Pedro de Oña escribe: "Madi es una semilla negra, que seca y molida se hacen de ella unas bolas envueltas en harina: son de gran regalo y sustento para los indios" (p. 519).

Alerce. "La madera de alerce tiene la excelente propiedad de poderse partir muy derecha, a simples golpes de hacha y de cuña, rajando así tablas de cualquier espesor sin necesidad de sierra" (Ebenhardt). Con esta madera hacían los chilotes sus piraguas o dalcas.

La hierba *quinchamalí* lleva el nombre de un cacique que halló su virtud, para curar las heridas.

22 de junio

Atisbé como una lechuza la noche más larga del año, sentí los rumores de la tierra original, la inquietud del cielo, el florecer helado de la higuera. Gocé con el rodar desvencijado del año, con el molino de las aguas nocturnas.

Un corresponsal de 1825, de vuelta de un viaje entre los araucanos, escribe acerca de sus costumbres funerarias y habla de su creencia en una "isla dichosa al otro lado del mar" a donde se van los muertos -la Isla de los Muertos.

25 de junio

Ya en mi infancia, me intrigaban más los paisajes de la Cordillera de la Costa que los del llano Central. Más que las alamedas crecidas, solemnes, militares, me gustaban los lomajes áridos en verano, a donde bastaba llegar para sentirse en otra edad y otra tierra, en la comarca de los pastores y los rebaños de cabras. Ahí crecían a comienzos de la primavera las primeras flores silvestres que me maravillaron. Eran justamente las primaveras rosadas de muchos pétalos ondulados como en una golilla del siglo XVI. ¡Qué aventura cogerlas, olerlas, formar un ramillete entre los balidos de las cabras y los saltos y brincos de los cabrillos!

26 de junio

El aromo de Til Til está apretado de botones, como conteniendo el aliento, antes de partir en flor por los caminos de la tierra y del aire.

27 de junio

Los acantilados de la cuesta de Chacabuco contra los arreboles de la tarde. Florecen algunos espinos. Ocultos en la hondonada, sobreviven quillayes centenarios, algunos sollamados, pero vueltos a la vida por su porfiado impulso de existencia. Como esos rotos hambrientos y vigorosos, "de que se pasmaba el General argentino Tomás de Iriarte", después de quemados vuelven a brotar y aun, para defenderse de las contingencias enemigas, echan renuevos como barbas de joven por todas partes del cuerpo. En la bruma del atardecer, se llamaban unas codornices perdidas. Un guairabo echaba periódicamente al aire su graznido de malhumor como un chapoteo de aguas mansas. Las águilas parapetadas en las altas cuevas vigilaban desde arriba la seguridad de sus posesiones.

11 de julio

Ayer, almendros densamente floridos en Til Til. La espuela de Turpin se enrosca en los matorrales. El invierno de Santiago pasó antes

de llegar, mientras el sur se pudre bajo el agua. Las costas de Toltén están hundiéndose cada vez más y tierras interiores de ayer son ahora un lago. Años atrás escribí de esas mismas playas sembradas de troncos que parecían, como en el verso de Neruda, "un vasto hundimiento".

28 de julio

El cielo, naranja y rojo, a través de los pimientos, se enciende y los oscurece, empieza a desvanecerse y otra vez los sutiliza, con los troncos oscuros y el follaje plateado, como en un dibujo de Burchard realzado en sanguinas.

Era Pedro de Oña tan hispanizante, a pesar de haber nacido en Chile y nada menos que en Angol, en plena Araucanía, que canta al "septiembre frío" y al "templado abril" en Elicura, donde "las náyades están a su contento". Las flores y los árboles han venido por milagro a amenizar el baño de Caupolicán: "la rosa de encendido", "el clavel de púrpura teñido", "las violas, jazmines, azucenas, amapolas..."

"Tan bien se ve la yedra enamorada,
que con su verde brazo retorcido
ciñe lasciva el tronco mal pulido
de la derecha haya levantada;
y en conyugal amor se ve abrazada
la vid alegre al hombre envejecido,
por quien sus tiernos pámpanos prohíja
con quien lo enlaza, encrespa y ensortija".
(*Arauco domado*, Canto V)

Pero Oña es un admirable poeta y, con toda su opulencia barroca que tiene algo ya del vitalismo americano, toca deliciosamente el *Beatus Ille*. El baño de Caupolicán y Fresia es un Tiziano, con su plasticidad, su movimiento ondulante y sus colores.

El pilo (*Sophora tetraptera*) tiene doble patria: Chile y Nueva Zelandia.

El maitén y el culén tienen desarrollo rápido. El molle crece lentamente, pero no es buen forraje y adquiere desde joven consistencia leñosa que lo defiende de muchos ataques.

El quilo (*Muchlenbeckia chilensis*) es un repoblador de las tierras quemadas o taladas. Bajo su ramazón rastrera se cobija la primera vegetación herbácea delicada. En las orillas de las pircas, a la sombra del matorral de quilo crecen muchos helechos delicados como *Adicentum* y *Cystopteris*, *Equisitum bogotense* (cola de caballo) y otras plantas como *Gilliesia graminea*, *Calceolaria rudicanlis*, *Verbena híspida* -que suele resistir mucha sequedad-, *Alonsoa incisaepolia* y otras. "La sobriedad y poca exigencia para vegetar del Quilo es verdaderamente asombrosa; casos muy curiosos he observado en Limache de ejemplares que crecían

en forma semi-epífita sobre viejos acacios (Robinia pseudo-acacia) y que son bastante frecuentes" (Agustín Garacuntra).

Otros repobladores: el palqui (*Astriun parqui*), la chilquilla (*Baccharis marginalis*), la brea (*Tessaria absinthiodes*), el romerillo (*Baccharis rosmaninifolia*), el mayo o mayu (*Sophora o Edwardsia chilensis*), el maqui (*Aristotelia maqui*), algunas alstroemerias como la *Alstroemeria pulchra*.

El palo santo -primo del ulmo- es una compuesta, una de las pocas arbóreas que se conocen. Alcanza 2 a 10 ms. de altura y sus flores dan el néctar para la mejor miel chilena. Crece desde el río Maule hasta el río Pucho, principalmente en la Cordillera de la Costa.

La *Mutisia illicifolia*, flor de granada, yerba del jote.

¿No terminaría la civilización maya por una serie de cataclismos como los que estamos sufriendo ahora?

12 de agosto

El *Lasiogerathus Saccostoma* -pez de los abismos- posee un tentáculo frontal con el aspecto de una caña de pescar, con todas sus partes, la caña misma, el flotador, la cuerda y los anzuelos. Y así dicen que la naturaleza no imita al arte.

Me parece hallar al fin la identidad de la planta que en Horcón llamamos hierba loca "que se alimenta del magnesio del mar". ¿No será la *Salicornia peruviana* o *Sosa*?

Y la flor de seda finísima que produce una planta que me parecía cactácea, de hojas suculentas, asentada en los roqueríos de la costa, es una *Calandrinia* que, por cierto, pertenece a la familia de las *Portulacas* (rayitos de sol). Dice Philippi que en Chile hay más de 60 especies de este género, con nombres vulgares como semilla, pata de guanaco, yerba del corrimiento. Los campesinos la emplean contra el dolor de cabeza, los golpes y heridas.

15 de agosto

Chile país de desastres. Exceptuando las descripciones idílicas, e interesadas, de Pedro de Valdivia, todos -hasta el virgiliano P. Ovalle- desde los indios, que tenían por dioses a los volcanes, aunque se extremen en elogios y panegíricos, hablan con cierto "temor y temblor". El abate Molina, desde Italia, no deja de estremecerse: "Se encuentran 14 montes ígneos harto notables que centellean continuamente". César Famin, en su *Universo*, cuando llega a Chile anuncia: "20 volcanes en hilera señalan el límite oriental de esta comarca".

El volcán Peteroa o Planchón, a no más de 200 kms. al sur de Santiago, ha tenido varias erupciones en tiempos históricos, es decir, recientes. El 3 de diciembre de 1762, una de ellas. "Las cenizas y las lavas rellenaron todos los valles inmediatos"...

17 de agosto

En la tarde tempestuosa, alzaron su pausado vuelo sobre la estepa remojada de lluvia. Eran cientos de aves acuáticas, patos silvestres o gansos tal vez, que se elevaron rítmicamente en dirección al sol que se filtraba entre las nubes, haciendo brillar las lagunas crecidas con resplandores de mercurio. En la inmensidad del páramo no se veían hombres ni animales, sólo ese aleteo lejano, ese silencio henchido de alas, al brillo entreabierto del sol.

18 de agosto

En Til Til, al costado del puente viejo intransitable, un picaflor se solaza, temblando entero, entre los últimos soldadillos floridos. Canta un sapito madrugador de primavera.

16 de octubre

Quién sabe si los días más hermosos de mi vida, en la primavera madura del Norte Chico, aquí y allá, en la proximidad del cielo y del mar, en el continuo descubrimiento de cada día, de cada instante, noche y día. Otra vez el amor de los grandes tiempos, con aire, misterio, soledad, compañía. Me parece todo tan milagroso que no logro todavía reconocerlo y hallarme en esta exaltación que no me parecía ya posible. Habría que practicar holocausto, hacer sacrificios para dar las gracias y adquirir más conciencia de esta dulzura. Deberá ser el fruto de una gran bondad, como en el dilema de Leonardo: ¿gran amor o gran conocimiento?

23 de octubre

Cuesta de la Dormida. Florecían los últimos *tropaeolum*, ya pequeños, aún no descoloridos, y algunos se lanzaban audazmente de una rama a otra de los peumos, brillando al sol. Salpiglosis, minúsculas primaveras lilas, ranúnculos amarillos, grandes ortigas amarillas y blancas, formaban el coro discreto de este mes de octubre gris sin zumbido de abejas, apenas con el canto huidizo de las turcas.

9 de noviembre

En Nonquén, una calceolaria arbórea de flores blancas y lilas. Es el tiempo de la viola más azul, de fondo color limón y estambres blancos. La violeta amarilla bordea los senderos.

El verdor tiernísimo de los robles y coigües en este silencio turbado sólo por el agua, la gallareta y el chucao huidizo, escondidizo y burlón. El bosque está aún silencioso, vela en su transparencia sin abejas, sin tábanos. Nada más fino, más aéreo ni más firme en la tierra que un coigüe. Tiene la elegancia de un bergantín, la nervadura sutil de

una telaraña. Cuando lo remecen los vientos, él se estremece entero, tiembla como un velamen y no suelta una sola amarra, elástico, tenso y dócil.

8 de diciembre

Una gallina blanca repolluda escarba en lo alto de unos sacos de carbón. Silenciosos, pesan en el aire blanquecino unos cardenales de rosa inflamada. No parece tanto un 8 de diciembre, es como un 21 de mayo, con lejanos cantos de gallinas ponedoras, con resignados y extrañados gallos que rompen el atardecer plumoso. Estamos en la galería de una casa decente, triste, con una Virgen celebrada hoy en su día, celeste y blanca, de yeso. La dueña de casa, una mujer ya muy vieja, nos regala una flor encarnada de cactus. El tiempo está inmovilizado, estancado en la acequia sin riego. La gente del camino ve pasar los autos. El cactus florido que compramos en casa de doña Eloísa acaba de desplomarse sobre la citroneta. Unas hormigas se escapan del fondo episcopal. Orquídea purpúrea el cactus regalado.

San José de Costa Rica, 19 de diciembre

Estoy encantado con esta pequeña ciudad. Suenan las campanas de la Iglesia de la Agonía. Un cura viejo pulsa un armonio, absorto, tocando para sí mismo, para adorar a Dios, para vencer el *taedium vitae*. Otro cura, aún más viejo, pasa rengueando con un bulto en el pecho izquierdo, como si fuera una amazona. No se miraron, entes autónomos, vecinos de la muerte y de la eternidad. Secretamente termina el cura su concierto de susurros, de arrullos de paloma vieja, cierra el armonio y se va, también cojeando. El más anciano de los dos se mete a un confesionario barroco muy ornamentado, descorre una cortinilla, me mira con fruición, me espera. Yo escapo. Son las 3 de la tarde. ¡Qué parlan pericos en las altas palmeras! Hierven de palabrería. Hora para confesarse.

Vi una pareja de cisnes negros y un solitario loro blanco enjaulado, y ahora un frailecito negro de hábitos blancos que pide pasaje para España. Lleva un paraguas negrísimo.

El viejo loro blanco mira con suficiencia a los turistas, pero come con avidez el pan que le ofrece un vagabundo calvo en chancletas, con la pelada muy sucia a pesar de las lluvias torrenciales de esta ciudad. Los ojos del papagayo tienen párpados celestes y una especie de escafandra rosada alrededor. Tiene un copete blanco de guerrero carlovingio y en algo me recuerda al personaje que apareció ayer en la calle Principal, mientras miraba el desfile de la gente enloquecida por los *confetti* ("¡Confette! ¡confette! ¡A peseta la bolsa!") (Una peseta es un real, 25 cts. de Colón). Lo vi primero como un niño de unos 12 años, muy moreno, gruesos anteojos, boca refruncida, con un gorro de papel crêpe celeste con tirillas rojas, amarillas, azules cayéndole hacia un lado.

Forcejeó un poco y quedó en primera fila, delante de mí. ¡Oh, sorpresa! El niño era un hombre adulto y calvo, por añadidura, y lo más raro es que se había puesto ese gorro sobre la parte de la cabeza aún cubierta de pelos, como luciendo su mayoridad. Ahí se estuvo mirando un buen rato hasta que después se incorporó al cortejo festival.

Tegucigalpa, 22 de diciembre

Entre Managua y Tegucigalpa he visto más tordos que en todo el resto de mi vida. Ayer, en Managua, al atardecer ennegrecían con las golondrinas entreveradas los alambres de una calle central, bajo la sombra blanca del Banco de Nicaragua. Ahora, frente a la Catedral de Tegucigalpa, a cada petardo vuelan de las araucarias y los ceibos y estremecen el aire con su velocidad quebradiza que contrasta con el vuelo en sordina de las palomas.

Sentado sobre una piedra gastada del atrio de la Catedral, miro el vuelo disparado de los tordos y de pronto veo a una de esas apariciones que justifican un día: avanza lentamente, barco de otros tiempos, un anciano de gruesos anteojos, bastón, paso claudicante, calva marfilina y ¡oh, Dios!, sus barbas son tan largas y tan anchas que la brisa las lleva hacia atrás y envuelven su cabeza como un halo interior, tan blancas, tan materiales, sin embargo, en su finura, que no se puede dudar de que éste anciano casi ciego se ve a sí mismo en su barbas y tiene en sus barbas al mundo. Como el viejísimo rabino que vi ayer en Managua bajar de un avión de la Panamerican. Era con mucho el último de una hilera de gente cargada con paquetes. Soplaba un viento fuerte y él venía un poco jibado, sujetándose a su fragilidad, bajo un bonete con su traje negro reluciente, solo, barbas también enormes, moviéndose en espiral como en el Judío Pobre y el Judío Rico, como en un capricho de Goya o de Chagall.

En América, los chilenos estamos luchando contra la corriente y las fuerzas contrarias a nuestra posición son inmensamente más poderosas que las nuestras. La "buena voluntad" del Gobierno de Frei cuenta con el apoyo de las minorías ilustradas democráticas, pero se estrella con el Pentágono, el militarismo, la inercia popular, las oligarquías y la extrema izquierda. Para sobrevivir, en medio de tanta hostilidad, no tenemos sino la fuerza moral que, en último término, ha sido el motor de nuestra subsistencia y de nuestra organización. Después de visitar estos países, siento profundamente la rara calidad de esa fuerza que ha hecho Chile, contra las adversidades de la naturaleza, contra la blandura conformista y la barbarie de otros. Ninguna de estas Repúblicas tiene la experiencia de nuestra organización institucional ni menos de nuestra libertad, también difícilmente conquistada, pero adquirida al fin con la socarronería del huaso y la tozudez fantasiosa del minero. Por eso siempre hay algunos, en cualquier parte de Latinoamérica, que nos admiran y aun nos quieren, y miran hacia nosotros, hacia el país más pobre del Imperio Español. No sabemos apreciar suficientemente este

gesto, ni corresponderlo. En Centroamérica, nuestros pedagogos, a veces modestos maestros primarios desconocidos en Chile, han dejado una huella que la gente reconoce con gratitud. Escritores, diplomáticos, la élite intelectual de unos pueblos que anhelaban formarse me dicen: "Chile es para nosotros una nación rectora". Desde lejos nos vemos mejor. La Galería de nuestros Presidentes Constitucionales parece, en este caos, un friso de república romana y los escritores y artistas que han podido tener resonancia continental son escuchados, vistos, admirados. No hay maestro o literato que no tenga en la mente a la Mistral, a Neruda, a Huidobro. Así como en los tiempos oscuros existía la Lámpara del Norte, que era Irlanda, por estas tierras muchos celebran a Chile como la Lámpara del Sur, valientemente encendida contra viento y marea, en plena tempestad. Una República organizada que mantiene el orden civil y que progresa en el sentido del bienestar y la libertad conjuntamente y que, sólo por su fuerza moral y con toda su pobreza de partida, puede enderezarse, ser digna ante los poderosos, y buscar soluciones nuevas en el laberinto de las influencias internacionales. Los chilenos deberíamos ser más conscientes de esta inspiración que damos. "Ustedes fueron capaces de transformar en Presidente civil a un general ex-dictador, cuando volvió al Gobierno", me dice un escritor hondureño. "Eso se llama civilizar". "El no quería otra cosa", le respondo. Tuvo esa compensación suprema: redimir en la senectud los pecados de la edad madura. Bastaría eso tal vez para juzgarlo con estimación y para juzgar al pueblo que produjo tan raro fenómeno.

La vida es más blanda en estos países, más propicia a todas las formas de evasión -sueño, danza, conversación sin fin. Desde aquí, Chile tiene mucho de piedra, de repechada violenta cada día y continuada al siguiente, algo de la resistencia araucana y de la tenacidad de Valdivia y no poco de ese espíritu jurídico *suaviter in modo, fortiter in vie* de la legislación de Bello, que nos hace más lentos, pero más seguros en el avance social. Es difícil que los pueblos desesperados comprendan la virtud de este método. Pero es un error creer que los pueblos del Continente estén desesperados. Más podemos estarlo nosotros. Aquí, por su lado, la vida es fácil y transcurre con menos inhibiciones, con menos expectativas. Los guerrilleros que no son simples bandidos, son intelectuales, a veces de la mejor clase social, jóvenes ideólogos como los nihilistas rusos de 1905. Ellos personalmente no sabrían qué hacer si llegaran al Gobierno. La experiencia de Cuba no sirve, en este sentido operacional, a otros pueblos. También cunde en los medios de extrema izquierda una cierta duda con respecto a Fidel Castro y su régimen. La discordia chino-soviética ha roto los movimientos revolucionarios y hasta los líderes disienten a base de conjeturas. "¿Qué fue de Guevara?" Nadie sabe, y el no saber significa algo aun para las almas fanatizadas.

Llegan unos jóvenes espartanos hondureños al café y hablan justamente de la desaparición de Guevara. Lanzan hipótesis: "Murió en Venezuela... Estará en Maracaibo, estará hecho petróleo..." Ridiculizan el discurso de Fidel anunciando la partida del Che Guevara. "Estamos

conscientes de que en la América Latina hay una ebullición... pero, ¿qué fue del Che Guevara? Le pasó como a Cienfuegos, se cayó, lo aplastó un camión". ¡Qué hipocresía! Si la hipocresía fuera positiva. La humanidad es hipócrita. "De Camilo al Che..."

Estos jóvenes han tenido como ídolo a Fidel. Uno de ellos dice: "Fidel va a caer, como cayó Robespierre, como cayó Stalin". Alguien con voz sorda, discute y cita como héroes de la liberación latinoamericana a Pancho Villa, a Zapata. "Lo que vendrá no podemos saberlo..." "No, la verdad está determinada". "Pero, ¿qué dices tú de estas rupturas, de estas escisiones? Cienfuegos también estaba al lado del pueblo". "Es que a Camilo se le ocurrió sentirse Cristo y rompió el proceso dialéctico". "Como Stalin..." La actitud anti-norteamericana es definida en todos ellos. En este punto están de acuerdo, pero se ve que el mito positivo con la velocidad imaginativa del trópico se ha roto.

Chalchuapa (Rep. del Salvador), 23 de diciembre.

Aplicar los móviles de Calder a los árboles de Navidad.

Veo unos pequeños cráteres perfectos en la tierra, entre las gradas de la pirámide.

¿Son insectos?

Son cusuquitos.

Al lado de la pirámide, el cementerio nuevo.

Van quedando todos juntos.

La capilla central del S. Sacerdote mira hacia el Poniente y domina todo el valle, hacia Guatemala.

El árbol de San Andrés, una begonia de flores amarillas, y la *veranera* como rosa bermeja en la espesura (buganvilla).

Llama del bosque de grande y engañosa flor roja. Avecita que llega ahí a chupar el néctar, se muere. Recogí semillas. La hoja es grande, rugosa, como la Pavlonia, pero la flor es una compuesta muy finamente de lila en forma de hortensia.

La misma pobreza de Chile, sólo que con distintas mariposas. La misma máquina Singer movida por los pies diligentes de las mismas madres, que cosen con prisa los trajecitos nuevos de Navidad.

Un viejo zapatero negro, pequeñito, de anteojos remendados, todo chupado él mismo, que está reparando unas botas, encuclillado en la acera, me mira desde su miopía y me dice al pasar:

-¡Adiós, Pancho!

Un gusano vestido de Arlequín, con traje a cuadros naranja y negro. Al pie de unos juncos, una mancha de amarillo intenso con matices de hoja verde, sobre el pasto, a orillas de la laguna de Cazuchapa: un mitin de mariposas. Nunca había visto tantas concentradas, formando una flor móvil, inestable, tremolante, un Calder viviente, sin peso, desprendido de la materia. Se alejan y vuelven. Se persiguen en el aire.

No me atrevo a acercarme para no deshacer este hechizo, esta reunión de pequeñas hadas a pleno sol. Una negra con un pañolín en la cabeza, metida en el lago, lava su ropa, mientras su pequeña prole se baña, 3 niñas con la felicidad del mediodía caliente en el agua. Se refocilan como las mariposas y como unos pájaros estridentes que dialogan entre los plátanos con chillidos de monos. Son los pájaros carpinteros de esta región. Me acerco a las mariposas y no me advierten y hasta una de ellas, plateada, negra, blanca y azul, toda escrita en caracteres chinos, se posa en un dedo de mi mano izquierda, que sostiene el cuaderno, mientras escribo, como un anillo fulgurante que me dura un segundo, lo suficiente para ser feliz por eso, como si uno por un segundo hubiera vuelto a ser naturaleza. ¿Qué hacen reunidas aquí las mariposas? ¿Toman el sol? ¿Se aman? ¿Juegan? ¿Se alimentan? Viven como lo que son, mariposeando. Pero esta reunión me muestra en ellas un colectivismo que no les conocía. Vuelan en torno mío y se buscan a mi alrededor. Para ellas debo de ser sólo una sombra que interrumpe la claridad del día.

En Tegucigalpa, una cosa para mí nunca vista: en los alambres que cruzan las calles crecen hierbas en manojos puntiformes y ahí ostentan sus flores y semillas, tan bien instaladas en su migaja de tierra como en una chacra. Aquí en Chalchuapa, hay toda una flora variadísima en los techos, como en la antigua Vivaceta, donde, según H. C., soltaban a una cabra en septiembre para que se alimentara con el pasto de los techos.

En la 2ª temporada de cosecha del café y a la caída de la tarde, carretas como las de la señora Liberona y grupos de hombres y mujeres regresan de la faena, cargando hatos de leña, subproductos de la recolección.

Desde el fondo de su juncal del Douanier Rousseau, en el patio de una casa que estoy atisbando, me mira una anciana y los anteojos le brillan como ojos de gato en esa sombra amena.

Vallenar con palmeras y más colores, algo de La Serena, La Ligua, el Norte Chico. Pero las montañas conservan aquí sus bosques y gran parte del año llueve sin descanso. Los niños podrían ser de esos pueblos, sólo que algunos son negritos y no pocos andan desnudos.

"Altar donado por fervorosas señoras chalchuapanecas".

En el *Diario de Hoy* de S. Salvador, un fraile, utilizando la carta de Fiducia a Frei, despotrica contra el gobierno de Chile, al que califica de marxista disfrazado de cristiano y afirma perentoriamente que va hacia el totalitarismo.

En la plaza, un "grimillón" de niños y unas cuantas viejas se deleitan mirando en la televisión instalada en el Kiosko, una película que se desarrolla en la corte de Napoleón III, que primero confundí con "El Gatopardo".

Chalchuapa, 24 de diciembre

Gloriosa mañana del trópico. Desde temprano se afanan en el mercado compradores y vendedores, entre sus canastos, fritangas, pordioseros. Compré un sombrero de junco blanco para soportar el sol del camino de la pirámide de Tazumal.

La explosión demográfica llena las aceras y los bordes de los caminos, con niños que juegan, berrean, se dan de mojicones, sucios, semidesnudos, unos sobre otros.

-¿De dónde traerían el jade estos indios? -me pregunta el cuidador del Museo, un hombre ya anciano, ayudante del arqueólogo que ha participado en los trabajos de Tazumal desde el comienzo. Le respondo que los mayas y otros pueblos de México y América Central labraban el jade, a veces en grandes piezas, pero él me insiste en que no había jade en América, que tenía que venir del Asia.

Los campesinos usan corvos largos como alfanges en vainas de cuero repujado con cordones adornados de puntas de plata.

Encuentro una especie de espino muy semejante al chileno. Lantana y petunias silvestres. Sanseverias defienden de la erosión a los terrenos en pendiente.

En el interior de un cafetal. "Centavitos" llama la niña a las hojas redondas de una enredadera que crece en el tronco de un cocotero.

De punta a cabo ha sido éste para mi un buen día, y sería el primero perfecto en este viaje, si no fuera por los cohetes, cohetillos, triquitraques y guatapiques que la imbecilidad de los adultos permite a la inconsciencia de los niños para celebrar el Nacimiento. Tanto con pedir el cese del fuego en Vietnam. Paulo VI debió pedir el cese del fuego en las calles de la Cristiandad, premonitorio del otro. Pues, ¿qué, si no violencia, puede engendrar esta violencia simbólica, este solazarse con los ruidos menos armoniosos? Mientras Europa entona *carols*, *chansons de Noël*, villancicos, nuestra América bárbara hace explotar petardos, se emborracha desde temprano desde el Río Grande hasta la Tierra del Fuego y baila a cualquier son que le toquen, extraño o propio.

Almorzaba en esta *Pensión Roosevelt*, agradable, modesta, limpia, medio pensión, medio casa de citas a donde llegan parejas que entran en "carro" al patio -vi a uno con chofer y todo que esperaba a los amantes al lado afuera de su pieza-, cuando entró de pronto al bar una viejecilla eterna, flaquísima, menuda, jibada. Su piel "más arrugada que la tierra" me hizo recordar a esa Lolita Arriaga de "vejez divina", que cantó Gabriela, de quien la muerte se había olvidado. Entró como por su casa, habló con los dependientes y se dirigió a mi mesa. Hablaba como una urraca, pájaro niño con la malignidad bondadosa de los años. Su carta de presentación son sus 110 años acreditados, dijo, por la fe de bautismo. Tendrá 95, pero le conviene aumentarlos. Está sola, dice. No tiene a nadie y no le quedan sino los dientes de abajo.

-El dentista del hospital quería sacármelos, pero yo no quise. Si todavía me sirven para comer... A veces tengo para un café y a veces no.

Le doy unas monedas y le ofrezco una naranja que acaban de traerme. Todo lo acepta con bendiciones.

-A esta edad uno no sabe si estará viva para la otra Pascua. Me falla un poco la vista, joven. (Debe de fallarle bastante). Pero Dios ante todo, Dios primero. Esta noche iré a la Misa del Gallo. Tuve una discusión con un creyente de la Iglesia Bautista porque ellos no creen en los santos. Yo, sí. Soy devota de la Divina Providencia y de la Virgen del Perpetuo Socorro. Que sea usted muy feliz caballero. Que la Virgen lo proteja.

Tal como entró se va, tan mínima que aun antes de salir ya ha desaparecido.

En parte alguna, ni en Birmania ni en India, he visto mendigos de aspecto más espantable que en esta ciudad y en Tegucigalpa. Abundan los ciegos que deambulan solos, sin lazarillo ni bastón, mirando hacia el arriba inexistente, con la boca abierta, exhibiendo llagas, habitantes, fantasmales de una tierra hostil, de una sociedad tan cerrada para ellos que debe de aparecérseles como un muro, lo extraño contra lo cual se estrellan, fuera de todo, en la reiterada pesadilla de sí mismos.

En Managua, entro a una de las fondas instaladas cerca de las orillas del lago para celebrar las fiestas y me sobrecojo de asombro al ver a un joven sentado a una mesa, todo pintado y con los labio encendidos de rouge. Allí, bajo la música tempestuosa del juke-box y los bailes de otros jóvenes con sus muchachas, él bebía un refresco y meditaba. Las dictaduras centroamericanas dan para todo. "Aquí nadie dice nada", me dice el mesonero. "Si él es así..." Tal vez por eso la dictadura les importa poco. Como ahora, en esta pensión, la mejor de Chalchuapa, a donde entran y salen las parejas, antes de la Misa del Gallo y de la Nochebuena familiar.

Son las 11 y cuarto. La 1 y cuarto del 25 de diciembre en Chile. Días atrás, me parecía angustioso no estar allá en esta noche y andar por estos mundos. Ahora estoy perfectamente tranquilo, mirando un tejado. Me sobrepuse a la nostalgia, que había llegado a desarreglarme los nervios. Bebo cerveza, como la momia egipcia de la Quinta Normal. Iré a la Misa del Gallo y me acostaré después. Mañana, a Ciudad de México. No siento soledad. Este pequeño pueblo de gente simple me conquista con su cercanía afable. Con un poco de naturaleza, de naturalidad humana, uno puede estar bien en cualquier parte, de cualquier modo. Y ya pasó la Nochebuena en Chile. Ya no estuve. Me resigno.

Chalchuapa, Pascua de Navidad

Medio pueblo estaba borracho después de la medianoche. Era imposible seguir la Misa del Gallo, tanto por los cohetes de la plaza, algunos disparados por los mismos sacristanes, como por la cháchara de adultos y niños. Sólo las viejas, salidas de la tragedia maya con sus

rebozos negros de Electra, mantenían compostura. Algunos, ya borrachos, dormían en la iglesia, que estaba adornada con colgaduras blancas y tenía un pesebre *technicolor* en el altar. Niños y niñas corrían en 4 pies por el crucero. No se puede negar que se divertían. Por lo demás, nadie ponía atención en las palabras del cura, un español corpulento de anteojos parecido a M. Félix Guillard, que predicó en un estilo peraltado, tratando a los fieles de "amadísimos cristianos", no hermanos ni hijos, sino correligionarios. Cuando se sentaba frente a la grey bajo su casulla blanca de raso con una cruz dorada, parecía una actriz de ópera wagneriana descansando en el entreacto. Entonces el chivateo subía de punto y las trágicas mayas abandonaban un instante su ensimismado hieratismo y se miraban entre sí bajo sus mantos, como si abandonaran un ensueño profundo. En el coro, armonio y violín desafinaban gloriosamente, en lucha con los triquitraques, con los niños y consigo mismos y una voz estragada de barítono clamaba en ese desierto de estridencias. Enardecido, opté por retirarme.

En la pensión habían comenzado las reyertas y Douglas optó por cerrar a la 1 de la noche. Los petardos sonaban como cañonazos en una guerra civil. Recorrí una vez más las calles, en las que empezaban a desplomarse en cualquier sitio las víctimas del *huaro*, aguardiente de caña. Dormían en plena acera, con la cara pegada al cemento o a la tierra. Me fui a dormir. Hoy en la mañana, el pueblo ofrecía el cuadro de un campo después de la batalla, lleno de la papelería de los guatapiques y de las bajas yacentes, a veces de espaldas con caras estragadas, entre la locura y la muerte. Aun la pirámide de Tazumal me pareció ajada. Era tiempo de irse a otra parte y en buena hora tomé el bus de S. Salvador. Después de mediodía, la ciudad estaba desierta. Me llevó al aeropuerto el buen D. Sinforoso, el anciano chofer que me transportó a Chalchuapa hace dos días. Al despedirse, detrás de sus anteojos de abuelita, me abrazó y me dijo:

-Ojalá, señor, pueda estrechar algún día de nuevo su mano generosa.

El vuelo fue vertiginoso, en comparación con otros 20 minutos a Guatemala, donde estuvimos, sin embargo, una hora no sé por qué, y 1 hora y media a Ciudad de México.

A pesar de la grandiosidad urbana y del turismo norteamericano, muy copioso en estos días de fiestas, México conserva una bonhomía tradicional, con viejitas arrebozadas paseando con sus nietos por la Alameda rutilante de globos, de luces, de Santa Claus y juguetes. Al pie de los rascacielos, unas pobres mujeres vendían castañas asadas. Vi unas familias de indios mirando vitrinas con capas de visón, toda la familia extasiada, como unos pequeñuelos en Shangai que se deleitaban ante una vitrina de jades, marfiles y piedras preciosas. A pesar de su violencia famosa, este pueblo me parece más civil que el chileno, que ya se habría robado estos adornos de cola de pavo real que han puesto bajo los faroles de la Alameda. Se los habrían robado, por gracia, nuestros coléricos jovencitos bien. Aquí los admiran con mansedumbre.

Me es cada vez más insoportable la atmósfera de los grandes hoteles y me irrita cada vez más este abismo, tan aceptado por nuestros países, entre el lujo más vulgar y la miseria atroz, horripilante de Managua, Chalchuapa, Tomé, etc. Hay que promover la revolución hasta sus últimas consecuencias, que van más allá del marxismo.

29 de diciembre

Pasé la noche en una casita que me prestó Yolanda Sanguinetti, experta chilena de Cepal. Dormí bien por primera vez en México.

En un pequeño mercado, se realiza el ideal de un lustrabotas: embetunar y sacar brillo al enorme zapato de un cojo, que deja reluciente como un violín.

Dos burritos en un patio de grandes arcadas de piedra. Más acá, un Galaxia último modelo. Una viejecilla centenaria atiende un Kiosko de periódicos y golosinas.

Patios verdes de macetas, con la corona del Inca sangrando en medio del jardín.

Pasó una mujer más ancha que alta, muy morena, pintadísima, de pies diminutos, pantalones café ajustados, blusa amarilla, paso de astronauta. Parecía venir bajando de un astro desposeído de belleza.

"Bálsamo de tripas de Judas", leo en un pote de la botica donde una anciana muy miope acaba de ponerme una inyección antigripal.

El ambiente callejero, urbano y rural, de México, tiene en todas partes el encanto de lo informal, la comunicación fácil para la vida y para la muerte, sin el menor hermetismo. Todo está a la vista. El tendero a quien le he comprado unos zarapes, llega llamado por teléfono por una hija, una muchacha de 12 años que sirve la tienda en su ausencia y que no sabe bien los precios, y se desembaraza de un pistolón que pone en una gaveta junto con el dinero. Acto seguido, discutimos los precios y dice hacerme una rebaja porque soy el primer comprador del día, y se persigna. Es un hombre todavía joven, parecido a Guayasamín. Cuando se van las hijas, le piden permiso para marcharse y le besan la mano. Dejo allí mis compras para recogerlas después. En otra tienda, una mujer arrebozada que le toca también persignarse conmigo. Vuelvo al local del pistolón. No hay nadie. Está todo abierto. Mis compras, envueltas sobre el mesón. Todo abandonado, con las llaves en el cajón del dinero. Me paseo por la tienda en entera libertad. El hombre está en otra parte. Me cuesta atraer a alguien, hasta que llega una muchacha cuidadora. La pistola, pienso, ha de ser sólo un símbolo. Pero la delicadeza sudamericana de Keyserling es bien comparable con ella.

En todas partes, ancianas de aspecto arcaico, entre españolas e indias. La atmósfera es más popular que en Chile, con menos notas sórdidas. Parece que la gente viviera más asentada en sus cabales, con más naturalidad. Uno no se siente extraño a esta humanidad. No es, como dice Jorge Zalamea en una entrevista de *Novedades*, que éste sea

el único pueblo vivo de la América Latina, todos lo están, y éste no es más que los otros. Sus opiniones son las de un demagogo, corrompido por su oficio oportunista de turiferario, que se siente obligado a halagar a sus anfitriones y admiradores presuntos. Pero, sí, éste es un pueblo vivo, humano en el arte de vivir. Vitalismo sin mucho intelecto. Están aquí más presentes los viejos, los niños, los pájaros, los alimentos terrestres. ¡Qué variedad de dulces y qué efusión de flores! Viven sin duda el goce del color, con toda la violencia que puede adquirir el rojo.

Reencuentro de Cipriano y Enrique de Rivas. A los 75 años, Cipriano mantiene su vivacidad y su malevolencia. Lo conocí hace 15 años, y está igual, un poco más estragado. A veces se pierde en sus historias. Pero se vuelve a encontrar y es siempre interesante, pintoresco, mordaz, patético. Los 6 años y medio que estuvo en 17 prisiones de Franco lo han ayudado a mantenerse joven y a trasnochar en tertulia de café todos los días. Es sobrio de gaznate y pródigo de lengua. Pero es una de esas vidas que tronchó la Guerra Civil española. De entonces acá, con toda la dignidad de un caballero, su expatriación tiene algo de la picaresca, a pesar de su familia ejemplar y sus 10 nietos. Pesa en él la nostalgia del *ancien régime* y de una Europa que alcanzó a gozar a boca llena. Enrique es ciudadano mexicano, excelente poeta ahora, y Decano, a su pesar, a los 34 años. Huye a Italia apenas puede. Devoto de Roma, vivió allí 4 años trabajando en la FAO. Me leyó un magnífico ensayo sobre la identidad de Mitra y el Arcángel Miguel, escrito con sutileza, elegancia y fantasía. Hablamos de él, de mí, de Grecia, de Corfú donde él vivió, de Pío XII, Juan XXIII y Paulo VI. El trabaja ordenadamente sobre símbolos y da clases de literatura medieval española. Tiene un espléndido departamento, que me ofreció al llegar.

Mujeres y hombres en canoas excavadas de troncos con sacos de harina y provisiones rumbo a la isla de Janitzio, entre carrizos altos y nenúfares. En el agua hay verdaderas selvas de flores del pato, que verdean el canal de acceso al lago de Pátzcuaro. Un joven lo echa todo a perder con su radio portátil que transmite avisos comerciales. El lago es intensamente azul entre el verdor. Y es tan intenso éste mismo, como si lo viera con LSD. Se ensancha el lago. El sol está bajo. El corazón respira a pulmón lleno.

El secreto de viajar consiste en mirar la mirada de la gente. Los hombres se desentierran con miradas. Y cuando la naturaleza nos mira también, somos felices en la extrañeza de la identidad.

Tejas escalonadas sobre el lago rodeado de montañas con la inocencia de niños en el pañuelo de tierra que ocupan y comparten con todos. Tejen redes escuchando horribles radios. Pero no faltan los guitarristas que se festejan mutuamente.

Navegan niños con redes, ancianas con anzuelos. Como el motor se quedara atascado, los pilotos lo golpean como si fuera una mula, hasta que anda.

No crece la luna. La vi en Salvador, antes de Nochebuena, en un camino denso de follaje. Pensé en ti. Y no ha crecido. En este cielo gris

azul del lago con nubes tan sutiles, inventadas en cada instante, sigue esta luna débil en la deliciosa paz de las aguas volcánicas, sin ti. Me pregunto hasta dónde el desaparecer no es la expresión final del Sí mismo, del En Sí. Dos pájaros avanzan con certeza frente al cielo dorado. Los sigo ansiosamente. Pasan frente a una montaña que los oculta. Pienso que no los veré más. Pero vuelvo a divisarlos, apenas un instante, más allá de la montaña, en un meandro de luz.

Ahora el cielo se ha puesto de lila y ha salido Venus. Una muchacha sentada en la lancha frente al lago, con una sola trenza al lado izquierdo, con el agua rizada y las montañas detrás, grandes ojos, tez pálida, las manos cruzadas sobre las rodillas, mientras se dora y dora el lago, parece una Madonna. Sus ojos miran lejos, a ninguna parte, al infinito, en el lago de Pátzcuaro.

Es la hora en que todo rostro adquiere un aura de perfección. Se repiten las montañas lejanas en el oro profundo del lago y dan deseos de descender a éstas que no existen, y a estas nubes del fondo.

31 de diciembre

¡Oh, capitán, oh, capitán, nuestro espantoso viaje ha terminado! Esta noche de San Silvestre me sabe a precariedad, a vacío. Pasé el día con Enrique, almorzamos, fuimos al Museo Nacional de Arqueología, magnífico, deslumbrante. Caminamos por calles y calles, visité a su madre, una señora española toda dignidad, así como él es todo caballerosidad. Anduve, miré, vi. Y aquí estoy, esperando el regreso, cargado de pequeñas cosas en el mundo implacable de los aviones, un poco vacío. Cada uno se vuelve hacia lo que ama en la noche de San Silvestre. Me tocó a mí este año, como en la Nochebuena, estar solo. (También el año pasado). El trance no es tan duro. Lo difícil es el comienzo, cuando uno se desprende violentamente de todo. Después actúa la inercia del viajero y viene el acostumbramiento a las largas esperas. Las ausencias se volatilizan, salvo en el sueño. Despierto en un lugar desconocido y me pregunto dónde estoy. ¿Dónde estoy? En mi casa, en Tegucigalpa, en Chalchuapa. ¿Dónde estoy? No conozco a nadie, no amo a nadie en este país. Estoy solo conmigo en esta casa impersonal, estoy desamparado. Ancho es el mundo y ajeno. Me he resfriado, estornudo. Tal vez deje mis huesos en este lugar extraño. Todos festejan la Navidad, arden las ciudades, la gente circula vertiginosamente en sus autos, todos llevan paquetes, licores para la fiesta y yo vivo este verso: "como traje de fiesta para fiesta no habida". Pero siempre, en estos países, hay alguien cordial aunque no sea sino el niño lustrabotas que termina su servicio y me dice en la Alameda de México: "Tenga usted un Feliz Año Nuevo".

1966

Lisboa, 27 de febrero

Cintra. Nostalgias, presencias, cosas y cosas, insomnio. Hoy, día de invierno con grandes fresnos brotando, encinas desnudas, nieblas en las rocas del Castillo de Pena. Crece abundantemente el musgo sobre los troncos. Dicen que desde hacía 200 años no llovía tanto como en este invierno. El Tajo, El Duero, el Mondego se han salido de madre y han inundado los campos. El Ribatejo está bajo el agua. En el aire plateado, tiritan los almendros. Después, la vulgaridad internacional de Estoril y aun de Cascais. Ráfagas de viento frío despojan de flor a los almendros. Todo Portugal parece un jardín. Se ven algunos mendigos tan bien trajeados que al comienzo uno cree que están pidiendo un óbolo para alguna institución de caridad. Sin embargo, los muchachitos de 12 años que trabajan como grooms del Hotel Europa no van a ninguna escuela y no tienen aspecto lozano. Han aparecido aquí también los comunistas pro-chinos, que días atrás, según la prensa y la policía, ejecutaron por su cuenta y riesgo a uno de ellos que los había traicionado. Lo capturaron y lo apuñalaron en un bosque cerca de Lisboa. La policía puso después la mano encima a un grupo de jóvenes, entre ellos un médico, dedicado a la fábrica explosiva de la Revolución, los últimos nihilistas románticos, tan entrenados en China como se quiera, pero tan diferentes a los comunistas chinos como a los bonzos birmanos. En mi último viaje, en 1961, Europa estaba sacudida con el asesinato de Lumumba. Ahora lo está con la deposición de Nkrumah. Otra vez el Africa. Me parece que Fidel, después de su querella con los chinos, se está quedando solo, sobre todo en América Latina, donde la juventud comunista es todavía pro-china mientras no trabajen en China, es decir, mientras no tengan la experiencia de la vida china, comunista o no, que es lo menos juvenil que existe. La cultura china es una cultura seria y no trascendental, una cultura de viejos. Como, en su género, son viejos estos portugueses tan domésticos, pobres y civilizados, que miran a Europa un poco desde el tercer patio, al Africa con los últimos arrestos de su antiguo esplendor, y al resto del mundo con escepticismo e ignorancia. No tienen la expectativa de las grandes integraciones. ¿A dónde podrían integrarse sin unirse primero con España, este otro protagonista trágico de la tragicomedia de nuestros días? Están con los EE.UU., pero de perfil, under the circumstances, como pudieron estar con los nazis. Y, sin embargo, a pesar de la opresión política suave para los más, fuerte y cruel para los menos, ellos mantienen las últimas virtudes de una sociedad

anterior a la masificación. La familia es sólida, los ancianos gozan de prestigio, creen en Dios y en la religión. Valores del anacronismo. Ahora resulta que el Estado Corporativo de Oliveira Salazar no sirve, tal como es, para llevar adelante una política de planificación, porque el Estado paternalista dejó sin voz y sin aliento a las empresas y a los grupos sociales que deben realizar la planificación a la rusa, a la americana o a la inglesa. Su porvenir es su presente, vino Oporto y turismo, y me asombro hoy de saber que el corcho es la principal industria nacional. ¿Para qué sirve hoy el corcho? Seguramente, para menos y con menos porvenir que nuestro salitre. Será quién sabe el Portugal, en el próximo porvenir, un lugar de reposo, un sanatorio sedante para almas enfermas de contemporaneidad, un país en que se escuchan campanas, cantos de gallos y arrullos de paloma y en donde todo expresa las viejas melancolías que ama y quiere volver a sentir, por humanas, arcaicas, y mansas, el hombre retorcido de tensiones. No un pueblo niño, como los viejos polinesios, un pueblo de tías y pastelerías, menos urgido de velocidad y menos obligado a la ferocidad tecnologizada de nuestra época. Es claro que no es aquí todo dulzura ni Eça de Queiroz. Por algo están los pequinistas y los presos políticos, comparativamente menos, en todo caso, que en Rusia o en China y, en cuanto a muertos que se multiplican de un día para otro, menos que en Siria, Indonesia, Ghana, o cualquiera de los nuevos países del Africa que los pro-comunistas suelen presentarnos como modelo del desarrollo, con su crónico olvido de lo personal, y de los valores personales de la historia.

En el Hotel Europa ha sobrevenido un delicioso Obispo inglés. Muy gordo, entre Winston Churchill y Teófilo Cid, difícilmente enfundado en una especie de chaquet con faldones y botones en ala de mariposa, todo brilloso y chorreado en la pechuga, se apoya en un acólito, menos corpulento, también de edad madura, profesor de alguna Universidad en Inglaterra. Al Obispo le cuesta caminar, pero come con entusiasmo digno de su propia causa. En su boca pequeña se concentran los vestigios rosados de su juventud. Esta mañana, bajo la lluvia, concebía proyectos de excursión. Querían ir a Batalha, pero el viaje en taxi recomendado por los porteros del hotel era muy caro tal vez, y el día muy feo. Se quedaron, apoyándose mutuamente, como dos conmovedores ciegos que vi al mediodía, viejos, gordos y bien vestidos, bajando gozosos, el uno en el otro, por la Rua de Misericordia. Iban los dos gordos caballeros ciegos, el uno sobre su bastón blanco, el otro en el brazo de su corpulento Lazarillo, más seguros por Lisboa que el Obispo y su acólito. Sólo en cuanto a gordura podían compararse.

Lisboa, 28 de febrero

Primera noche de sueño más o menos regular después de unos cuantos Oportos y de los primeros capítulos de las *Cosas vistas* de Víctor Hugo. La página sobre la muerte de Talleyrand es digna de una antología universal del pensamiento cruel. "La maison Talleyrand" y la cloaca.

Un poco recargados, como los mismos funerales, los relatos del "Retour des cendres". Pero, como buen poeta y novelista, da siempre Víctor Hugo con el hecho significativo traducido en imagen. No pierde el contacto con la vida popular.

Primer día de sol. Un cielo puro levanta los espíritus. Vuelan las palomas y la gente parece toda ella hermosa.

"Tenía en una mano nada y en la otra, cosa ninguna".

En el Mirador de Sta. Lucía, una amable tertulia de ancianos disfruta del sol y en el techo de la iglesia, una tertulia de palomas blancas. En la pérgola, hay hasta una pequeña biblioteca municipal al aire libre. Los tejados amarillean de yuyos floridos. Todo se esponja después de los días de lluvia. Los canarios cantan en sus balcones. Los ciegos salen a estirar las piernas, los cojos a recrear la vista. Los mudos hacen genuflexiones. Azulea en los muros la cerámica. La ropa se seca jubilosamente en las ventanas. Hay gallinas poniendo en los techos. Mujeres robustas lavan en las azoteas.

Pienso que en el maremagnum de los tiempos, es tanto o más urgente que lo demás defender los valores de la vida privada. Pues ahora se reúnen cada vez más los escritores, los artistas del mundo entero, y hablan sólo con la mínima autoridad de su oficio de los asuntos públicos, como si nadie tuviera vida privada, vida personal en las raíces. La vida privada ahora parece clandestina, tema de confesionario y no la instancia decisiva, aquélla por la cual habremos de comparecer en el Juicio. El arte invadido por las consideraciones públicas y los compromisos con la gran revolución de la época. ¿Y la conciencia interior de cada día?

Maravillas del mimetismo: una hoja arrugada de papel puesta en un gancho del *Pacherus* se parece, apenas la recuerdo, a la viejecilla centenaria que voló con nosotros el jet KLM de Montevideo a Lisboa. Ella seguía a Zurich, y de ahí a Milán, donde la esperaban, ¿quiénes? Sus bisnietos tal vez. Pequeña, encorvada, ganchuda por todas partes, voló durmiendo, pero en la alta noche se levantó para ir al toilette. Cada uno de sus movimientos producía alarma. ¡No fuera a deshacerse en el esfuerzo de persistir! Recorrió el largo pasillo a oscuras hasta llegar al cuarto de popa, ayudada al final por la joven azafata holandesa, llena de fuerzas lácteas. Salió de ahí abrochándose su traje complicado de vieja. El mundo es malo, dirán, pero todos y todas la ayudadan, como si su ancianidad extrema fuera un gran privilegio, producto de una enorme desgracia.

Lisboa, 1 de marzo

El palacio ruinoso de Ajada que le gustaba a Rilke, blanco y rosa bajo el sol, con sus monumentos alegóricos: Constancia, Acao Virtuosa, Bon Aviso, Perseverancia, Decoro.

Lisboa, 2 de marzo

Segunda visita a las Jaulas Verdes. Mis dos cuadros predilectos son "Las tentaciones de San Antonio" del Bosco y el "San Jerónimo" de Durero. Aunque no sea aquél un Bosco de *primo cartello*, están ahí sus fantasmagorías y visiones, los huevos henchidos de nacimientos imprevisibles, los peces transformados en naves voladoras, las mezclas de hombre, la tragicomedia de lo monstruoso, que se me actualiza con la llegada de una sarda a la parrilla, que podría ser vehículo espacial de Bosch, sobre una sartén, cubierta de papas cocidas y cebolla. ¿Podría volar en ella durante el sueño después de habérmela comido? La sarda es plateada, su vientre gris verdoso y el lomo garabateado de escritura china. No mala de comer, pero demasiado tiesa, envarada como una azucena. Los escarlatas de Durero, los hilos dorados de la barba, la expresión del santo con sus libros, dan en lo visible tal profundidad como en Erasmo, y con un misterio más denso que las palabras. En cada museo de Europa o en cualquier sitio ceremonial en que el hombre haya manifestado su más alta aspiración, vuelven a abrirse todos los temas y a plantearse todos los problemas, hasta los político-sociales, de la época, o bien, desde luego éstos. Masas y élites, por lo pronto. En los museos no están las masas, se diría, salvo en los de arte popular. Falso. Los grandes museos están abarrotados de expresión masificada, academismo, manierismo. Aunque la masa, como infra-estructura social, se distingue de la masa o del hombre-masa individual. Pues un pintor académico, representante de lo repetitivo, masa cultural, puede no serlo individualmente, y ser en tal caso un cuadro frustrado, mensajero, sin embargo, de valores de élite. Por otra parte, el arte popular que se da en su propio estilo, es portador de creación y es anti-masa, porque, ya está mil veces dicho, el pueblo en cuanto tiene realidad expresiva, deja de ser masa. En cambio, los grupos de turistas que visitan los museos tomando fotos y escuchando a los guías, estas mesnadas de norteamericanos, cuya buena voluntad por demasiado ingenua deviene pura estupidez, son masa, y no lo es el mendigo de la esquina que se detiene frente a una ventana y admira un ícono que él nunca podrá tocar ni comprar. Los artistas devotos de las masas no son frecuentemente admirados por las masas. Ni por las élites. Están en la tierra de nadie del "realismo socialista". ¿Quién admira el realismo socialista? y ¿qué es eso? Pareciera haber una contradicción en los términos. Si se trata de realismo, debemos postular la máxima libertad en la representación de lo real -para usar este término, con cierta irresponsabilidad, sin duda, lo real, sea lo que fuere-, en favor o en contra de cualquier ideología. Si es socialista, tal término está canalizado ideológicamente, y en tal sentido des-realizado, puesto que es selectivo. Con lo que se llega a concebir como más propia la expresión "idealismo socialista" o "ideologismo socialista".

Otra incitación de los museos: ¿cuál o cuáles son nuestras tradiciones en el arte y en la cultura? Todas para nosotros,

latinoamericanos, todas, todas sin excepción hasta las polinesias, y, por cierto, las africanas y asiáticas. No es poca comprobación de esta tesis el más visible caso de autoctonismo artístico en América Latina: el muralismo mexicano, que se asienta en la tradición de la pintura italiana primitiva, tanto o más que en las artes pre-colombinas y populares de México. Es ésta una ventaja cultural contrapesada por tantas otras desventajas de nuestros países. Sentir todas las tradiciones como propias, por defecto de una sola tradición dominante y por vocación de ecumenismo, que representa otra futura tradición, la única a la altura de los nuevos tiempos. ¿Podrá un africano de hoy sentirse unido a la tradición maya, o a la incásica o pre-incásica? ¿Podrá identificarse con los etruscos? ¿Podrá un chino abandonar su cielo alveolar del Reino Medio y hundirse con toda la cabeza y todo el sexo en el arte contemporáneo? ¿Podrá un francés ser chino? Lo podrán, en muchos años, cuando la conciencia y la inconsciencia humanas hayan llegado al nivel planetario. Nosotros lo podemos ahora, porque hemos surgido de un maridaje de tradiciones en conflicto, que a veces llegan a armonizarse, como en el barroco colonial y en la poesía y pintura contemporáneas de la América Latina. Vallejo, Mistral, Neruda, Rivera, Orozco, Matta, Parra, Lam, Asturias, Borges, provienen de este pluralismo de influencias y tradiciones. Ninguno hubiera sido como es sin Europa, pero tampoco lo sería sin la América indígena y colonial y sin el exotismo, mayor o menor, presente en todos. Malos serán los francesismos, galicismos o anglicismos que se han dado y se dan entre nosotros, como en todo el mundo hasta 1914, o los españolismos, que hacen anacrónica a tanta literatura nuestra, así como sería mala una nueva *chinoiserie* que nadie ha inventado, porque los chinos actuales aspiran a occidentalizarse para atrás en materia artística, pero peor sería que rompiéramos el contacto con la tradición europea. Que es también nuestra. Si no, ¿cómo pasar con devoción por los museos? Y ¿por qué Neruda, Matta, Vallejo, Cortázar, Fuentes, destinan largas temporadas a Europa? Todavía se busca en este continente la tierra del universalismo. Con razón. Un intelectual aun comunista está en Rusia o China aislado de las grandes fuentes de comunicación. No lo está en París, donde hay también comunistas, y además, los otros, que distribuyen las voces por el mundo. Para la creación que tiende a universalizarse, Rusia y China son más provincianas que la Argentina y Chile. El Asia y el Africa deberán abrirse a este comercio de las culturas, con toda su fuerza actual y potencial. De otro modo seguirán siendo peligrosas provincias, nada propicias al diálogo de los hombres futuros. Pero éste vendrá, y cometen injusticia los que acusan a los EE.UU. de imperialismo y cerrazón *urbi et orbi*, cuando, justamente, en sus universidades, museos, ferias, se ha ido elaborando, en mayor escala que todas las conocidas hasta hoy, una conciencia del hombre universal, independiente de las políticas de los sucesivos gobiernos. ¿Ha hecho la Rusia Soviética algo semejante para el conocimiento vivo de las otras culturas? Puedo estar yo, como cualquier latinoamericano consciente de la situación de su país y de los

otros, en contra del imperialismo norteamericano, pero, como espíritu objetivo, debo distinguir entre ese imperialismo, y lo mucho que los norteamericanos han hecho y se esfuerzan por hacer en el sentido de un mutuo conocimiento y de una inevitable cultura ecuménica futura, que no tendrá tal vez su signo, pero que habrá recibido de ellos mucho de su impulso. Los grandes novelistas y poetas de los EE.UU. son críticos crueles de su país y de la sociedad americana. Han inspirado a otros. Sus vidas han sido difíciles. Muchos han triunfado individualmente. No han sido colgados ni aprisionados por su crítica despiadada. ¿Diremos lo mismo de los soviéticos o de los chinos? Usen entonces otros argumentos para combatir a los EE.UU. Los que usaría Gorki o Pasternak, o los que llevaron al pobre Krouchenko al suicidio. Nicanor Parra me decía que, después de su experiencia de 6 meses en Rusia, había llegado a ser partidario de las revoluciones democráticas. Efraín Barquero, Jaime Valdivieso y su mujer llegaron aterrorizados de China.

¿Salvaremos a la sociedad con el terror del individuo?

Un perro vaga por este restaurant como por su casa, entre las mesas. No entiendo mucho al lisboeta. Es enfático y troglodita. Lisboa, con todas sus galas de paisaje, cansa por la suavidad impersonal. Se recomienda oler el Porto antes de beberlo. Uno huele el país, y en el aroma se le queda todo, con Oliveira Salazar y todo. Deliciosamente nada.

Lisboa, 3 de marzo

¿Moriré? ¿Viviré? ¿Sobreviviré? El *Times* de Londres, que ahora estoy leyendo, ha estado bajo amenaza de muerte. No sé si se haya salvado. Leo que *Il Mondo*, periódico italiano que no conozco, ha caído ya bajo la marea ascendente de la masificación, aquí, en Europa, en Italia. (No es tan extraño si se piensa que el fascismo fue un gran movimiento de masificación desde arriba, para salvar del comunismo a la burguesía masificada). *Il Mondo*, leo en el *Times*, "era intransigentemente anti-comunista en nombre de la libertad, intransigentemente antifascista en nombre de la inteligencia e intransigentemente anticlerical en nombre de la razón". No es raro que muera: libertad, inteligencia y razón no son valores favoritos de nuestro siglo XX. Y, si la vida es difícil para los periódicos que sustentan tales principios, habrá de serlo también para las personas que adhieren a ellos.

Miro una foto de la estatua de Nkrumah, de 4 ms. de alto, derribada en Acra y rodeada de niños regocijados. *Sic transit gloria mundi.* Pueden volver a erigirla, mas, por ahora, está ahí, caída, y hasta los consejeros más próximos vuelven la espalda al dictador ególatra. Así ha sido siempre y seguirá siéndolo. Nadie se salva, excepto Franco y Oliveira Salazar. Los demás, caídos, muertos, ajusticiados -Mussolini, Hitler, Stalin, Trujillo. Hasta Ben Bella. Y ahora Nkrumah. Después, Nasser, Castro... La política es cosa vil en acción y reacción cuando no

es directa. La discreción se llama democracia representativa. Pero no es mejor el ser humano.

Sevilla, 4 de marzo

Vuelo de 50 minutos de Lisboa a Sevilla. Día luminoso, de cielo frío, ya primavera. Paseo en victoria por el barrio de Santa Cruz, el Parque de María Luisa y los restos zarzuelescos de la Exposición de Sevilla de 1929. Alojados en el antiguo Hotel de Inglaterra, en la Plaza de San Fernando, con arcadas, azulejos y atmósfera de Eduardo VII. Es frecuentado por la burguesía inglesa de escasos recursos que viene a disfrutar de la luz y el sol de Andalucía. Sevilla conserva su encanto de ciudad ni grande ni pequeña, hecha aún a la medida humana. La gente ríe, parlotea, gesticula, pasea suelta de cuerpo. En cambio, los lisboetas tienen grandes ojos negros melancólicos que no les impiden ser ceñudos, poco amables, poco abiertos. España es aquí, y en todas partes, más vibrante que el Portugal. No les pesa el esplendor perdido. Son dignos en su pobreza y no han sido dominados por el turismo. Los gestos de la vida civil, de la individualidad privada, parecen intactos.

Sevilla, 5 de marzo

Paso a una taberna de la calle Sta. Patrona a beber un vasito de mosto nuevo que ofrecen en una pizarra. Es un vinillo muy dorado y liviano que parece echar burbujas. Un jorobadillo, un hombre joven y animoso, da voces de gran querella, apoyado en sus muletas, contra un hombre hecho y derecho que le responde también a voz en cuello.

Aquí anuncian las funciones religiosas en carteles impresos a color tan llamativos como los de las corridas de toros, con ilustraciones y todo. "La Real, Ilustre, Antigua y Fervorosa Hermandad Sacramental y Cofradía de Nazarenos del Santo Sudario" invita a Ejercicios Espirituales, Lanzadas, Quinarios para el Cristo del Buen Fin, el Cristo de la Salud. Se invita a un Septenario Doloroso en donde Nuestra Señora de la Esperanza.

La testa mitrada de un obispo carcomido por la muerte en un cuadro de Valdés Leal en la Capilla del Hospital de la Caridad, parece en su horror lleno de opulencia, un cuadro de Francis Bacon. En el fondo de la iglesia, sentada inmóvil en su eje, una hermana de la caridad mira toda esta turística Vanidad de Vanidades. "El triunfo de la muerte" y "Las postrimerías" son pintura metafísica.

En el claustro vecino a la plaza de los naranjos, en la Catedral de Sevilla, cuelgan o mejor se muestran pendientes del techo, un gran colmillo de elefante y un enorme cocodrilo. ¿Ex-votos?

Cádiz, 6 de marzo

En cualquier parte de Europa, aun en España, hasta en el tren, se

ven rostros de J. Bosch, miradas ansiosas de gaviota, con expresión ultraterrena de horror. La inquietud en la mirada trabajada por la inquietud.

Regresé de Cádiz, solo, en un tren común. La familia española es admirable. Nada les cuesta hablar a los desconocidos ni servirlos en caso de necesidad. Los sentimientos están a flor de piel. En la estación de Jerez de la Frontera en el viaje de la mañana, unos paletos, del interior tal vez, despedían a sus hijos que partían con enormes sacos al servicio militar. Sus caras duras de pan negro se conmovían en el andén. Un hombre viejo se sacó su pañuelo para enjugarse los ojos, un grueso pañuelo de hierbas para esa cara arrugada como la tierra, ya sin expresión en sus arrugas tan hondas, pero los ojos eran de niños y en ellos se asomaban la ternura y el temor del destino. El hijo, en un grupo de mozalbetes, se cohibía, se ocultaba de la emoción del labriego, y sólo cuando el tren partió, alzó la mano. Tal vez para animarse, se contaban chascarros. Uno de ellos tenía una cabeza digna de un héroe de las Termópilas: pelo castaño rizado, nariz recta, boca bien perfilada, ojos claros, cuello de guerrero. Bajaron en Cádiz con grandes bolsos en dirección a la Milicia Naval. Cada vez que aparecía una muchacha en las estaciones, se daban de codazos y mojicones y cada uno quería aparecer más hombre que el otro. Quién sabe si en el fondo temblaban como doncellas ante el misterio de su nueva vida.

Cádiz, callejuelas blancas, macetas de cardenales en los canales, mucha gente común, familiar. Repito este término, porque pocas ciudades son ya familiares, con niños que pasean con sus padres, abuelas de manto, felicidad hogareña que sale a las calles. Una vida discreta, sobria, bien pausada, como de Fr. Luis de León. España da esta sensación de paz y me cautiva con ella. Sostiene todavía la medida humana, y hasta el mismísimo Franco no ha de ser tan malo, como reina, cada vez menos visible, este país de buenas voluntades. ¡Si de aquí se pasara a una república civilizada! Es o fue una desgracia para la América Española no tener un mentor, un centro a la altura de los tiempos, que debió ser España, la capital europea de las naciones hispánicas. El Commonwealth británico no se hizo sobre bases más sólidas. La Mancomunidad hispánica ya imposible habría sido, para España y para nosotros, el comienzo de un mercado común natural. En este sentido, después de las razonables visiones de Campomanes y Floridablanca, tanto los españoles como nosotros carecemos de visión histórica. Y quién sabe si en esto San Martín viera mejor que Bolívar, cuando quiso instalar a infantes de España como reyes del Sur de América. Una España republicana, agregaríamos, habría sido nuestra central europea. Nada nos separa de España, lo advirtió Pérez Rosales, ni cielo, ni clima, ni gentes, ni costumbres. Ahora es tarde: estamos más cerca de EE.UU., de Rusia, de China. A contrapelo. Y España, más cerca de EE.UU. que de nosotros. En este aspecto, la Guerra Civil fue también un codo. Y ahora aparecen los arrepentidos, de ambos lados. ¿Para qué tantos

muertos? Los hombres se hacen enemigos y se matan, y después se dan la mano. El pecado original.

Sevilla, 7 de marzo

Título para una publicación: *El nudo corredizo*. Título para mí: *Inventario*.

Acaso la salud psicológica del pueblo español derive de su familiaridad con la muerte, de su culto, no de los muertos, sino de la muerte misma.

Córdova, 8 de marzo

Los cordoveses se quejan del frío. Llovió todo el invierno, pero recién ahora hace frío. El cochero que nos llevó a pasear por la ciudad, un hombre joven de rasgos finos, nariz respingada y hablar muy rápido, nos hace visitar la casa de los Marqueses de Viana, con su hermoso patio principal y sus jardines interiores. La uniformidad echa a perder el encanto de los patios andaluces. Abusan de las aspidistras, filodendros y mantos de Eva ordenados en macetas sin color y ya revientan los millones de azahares, entre las naranjas encendidas. Están abriendo las rosas multifloras, pero todavía se siente frío a la sombra de los naranjos.

Europa ¡aun España! está hoy plagada de ancianas disfrazadas de jóvenes. Procedentes de todos los puntos cardinales, de Suecia y de Australia, pasean su avidez de existencia con pelucas, prótesis y sonrisas de doncellas. Examinan mapas, extienden largos brazos desnudos, miran con misterio a través de sus lentes de contacto, hierven de ansiedad cimbreándose, pidiendo nuevas frases de amor, nuevos placeres, situándose misteriosamente detrás de sí mismas, diciéndose: ¡Ah, la felicidad es posible todavía! Viudas, dignatarias, enmancipadas, respiran a todo pulmón en Sevilla y se esponjan con sus grandes manos musculosas, atentas a coger la manzana y pasarla a los serenos españoles o a los caballeros cargados de cámaras que inundan las calzadas, los hoteles, los templos. No hay ahora templos con secreto, ninguna capilla tiene recogimiento. Se han apoderado de todo los guías, que se encolerizan si uno no recurre a ellos, y los turistas. Los Cardenales, Arzobispos, Obispos, Arciprestes, Canónigos dormitan felices en sus aposentos, mientras el templo es explotado por los simplotes que arrastran a la pobre piara de turistas de todas las naciones, pero especialmente norteamericanos, que todo lo escuchan con su bobería desprovista de curiosidad y ríen con los chistes mil veces repetidos. La Iglesia Católica ha entregado sus maravillosas catedrales a los mercaderes que Jesús expulsó del templo. Ninguno de estos altos lugares "habitados por el espíritu", de que hablaba Baviés, responde ahora a su misión. Están polutos, poluidos, en poder de los miserables mercenarios. Una catedral concebida y ejecutada para recogimientos profundos, es nada más que un foro, donde unos hombres y unas mujeres traídos y llevados por el

comercio turístico escuchan las historias más vulgares sobre algo que a los creyentes costó siglos de inspiración y esfuerzo. Templos hechos para la adoración de Dios se hacen eco del sonambulismo del hombre masificado. ¿No se habrá preocupado el Concilio de todo esto? La invasión turística de los lugares santos es un tema nuevo, tan digno de atención como la misa o la Penitencia. La Iglesia pierde su dignidad con estos tratos. Está bien que ella esté en el mundo, pero no con las peores superficialidades de la masa, que le significan dinero.

Europa está invadida por las viejas norteamericanas y por la televisión.

Sevilla, 9 de marzo

No están bien tenidos los cuadros del Museo de Bellas Artes. Los Valdés Leal están aún más oscuros que *natura*. Nunca me ha convencido mucho. Es un excelente talento de segundo orden, bastante monótono en su tenebrismo, con algo de predicador de cuaresma sevillana. Algunas santas de Zurbarán son espléndidas, sobrias y al mismo tiempo ricas, luminosas, concretas. Murillo, transformó en industria a la Inmaculada Concepción, no por bella menos repetida y débil. Adquiere fuerza cuando se hace popular, meandro menor en el río que va de Velázquez a Goya. El retrato del Greco bien merece una salita aparte. ¿Qué podría decirse de esta página de su gran libro de imágenes humanas que no se haya dicho?

Anoche, desvelado por los golpes de los obreros que reparan una calle vecina al Hotel de Inglaterra, y por sus grandes voces, terminé las *Cosas vistas* de Víctor Hugo, libro salpicado de observaciones profundas, abisales a veces, sobre el carácter humano y su destino. Me leí *Hernani* de un golpe. Lo creía un chamón insoportable. Me sorprendió su belleza. Aun con todo su oropel romántico francés y su exotismo hispanista, con la fealdad histórica de sus caracteres, capta el interés afectivo y se eleva a trechos a la altura del *Don Carlos* de Schiller. Su Carlos V es falso, no tanto como el otro Carlos de Schiller, pero ¡qué importa! Es un canto trágico de amor, un poco pueril para el gusto de hoy, pero tan bien articulado como una ópera de Mozart. Parece en efecto, un gran libreto operático. O el libreto de un ballet.

En *Cosas vistas* se ve la trastienda del genio y se perciben no pocos de sus prejuicios. Se advierte la mezcla de oficialismo y de heterodoxia en las actitudes de Víctor Hugo. Personaje de Corte, Par de Francia, Vizconde, frecuenta al rey y a los ministros, pero mira también la comedia humana hacia todos los costados, defiende las buenas causas, no le repugna el arroyo, visita morbosamente las cárceles, sorprende los constrastes de la muerte y la vida. Le fascinan los criminales y simpatiza con ellos. Ve en ellos, como Dostoievsky, los abismos del bien y del mal. Escruta la fragilidad de las grandezas. Anota sus sueños con la calidad misma del sueño.

Granada, 12 de marzo

En los jardines del Generalife, escucho por primera vez el canto de un ruiseñor. Canta con opulencia y arrebato juvenil, con la luz densa y sin embargo alada de los ciruelos floridos. Están floridos los laureles entre los surtidores de la Alhambra.

Se diría ahora en este hotel Limonar de Málaga que la lengua del país es la alemana. Hablan tanto como los españoles, más que los malagueños. Son austriacos.

Hace 16 años, me fascinaron más la Alhambra y el Generalife. Una época del año, septiembre, y otra época de la vida, la juventud. Sentía más las presencias y las ausencias. Había visto menos cosas bellas. En cambio, el Palacio de Carlos V me parece hoy más bello que entonces: proporción, simplicidad, grandeza. Y todo hecho por los Machuca, cuyo nombre en Chile descendió al bajo pueblo. Los encajes aéreos del estuco en la Alhambra, sus juegos de luz y de sombra, me regocijan sin emocionarme. Mejores arabescos crea un olmo recién florido contra el cielo. Pero nada hay en la naturaleza tan espiritualmente ordenado como el orden renacentista del Palacio que a la geometría de las estrellas y colmenas agrega la decoración de raíces históricas, desafiando a la maravilla mozárabe y mudéjar, más de telaraña que de imaginación. Estas burguesas austriacas ríen con risa de tortugas. Los hombres hablan y hablan, cuentan chistes largos como novelas y tal vez lo único cómico es que de pronto llegaran a su fin. Y las burguesas ríen.

13 de marzo

En el hondor del Tajo, vuelan grajillos, palomas, cuervos, que hacen sentir la altura pavorosa de este puente, entre las rocas que caen a pico hasta las aguas verde oscuro del Guadalevín. Sopla el viento de las Sierras, desde lo alto de estas peñas ásperas como piedra pómez, desnudas, azuladas, rosas, transparentes como gemas en el aire de fines de invierno. Todas las casas son blancas, blanquísimas. Una anciana muy blanca también, de pañolón negro y chapires, sonriente, llena de alegría, nos muestra la casa del Marqués de Salvatierra, nada suntuosa, pero sí pulquérrima, rica de planos, niveles y desniveles, equilibrada con sus jardines y balcones sobre la cuenca profundísima, verde en trigos, olivos y almendros de diversos matices. La casa Renacimiento español es familiar, mesurada. La anciana habla de sus dueños con veneración cariñosa. Vuela de una habitación a otra, sin el menor ruido. Mientras nos asomamos a un balcón sembrado de alhelíes, ella se sienta a una silla de paja, descansa al sol, como una mosca alisándose las alas. No le quedan dientes, pero su sonrisa es tan hermosa como debió ser antes.

Málaga, 14 de marzo

La caleta de pescadores de El Palo es sucia, aparte de pobre, a pesar de la blancura municipal de sus casas y de los maceteros con geranios.

Como en tantas caletas parecidas, hay olor a basural y a pescado podrido. Las olas turbias mordisquean la arena. Las viejas de negro son como las sicilianas, las griegas, secas matriarcas sin nada de la blandura de nuestras criollas. Suelen ser gordas y tener las piernas hinchadas. Ahí se afanan también detrás de sus redes.

En la reparadora de calzado, los zapatos parecen estar en un cementerio de automóviles, despersonalizados, todos viejos, como avergonzados de estar ahí todavía con vida.

Málaga, 15 de marzo

Ayer, visita a las cuevas de Nerja, arte ciego de la naturaleza. Así como Voltaire protestó ante Dios por el terremoto de Lisboa, se podría protestar por este prodigio barroco, geométrico, gótico, greco-búdico, románico de unas aguas que durante milenios han labrado la piedra caliza con magnitudes de catedral. Recuerdo ahora, a la sombra del dictado *Ars longa, vita brevis*, la boutade de Bertrand Russell cuando dice que, en la infinitud de los tiempos, un chimpancé ante la máquina de escribir podría recrear las obras completas de Shakespeare. Ahí están concentrados los estilos, acabados en la perfecta oscuridad de los siglos geológicos, como para demostrar que el arte no es una larga paciencia y que el estilo no es el hombre. Mi madre se olvidó de sus piernas y Marita subía y bajaba las gradas húmedas de aguas subterránea con liviandad de cabra granadina. Estaban fascinadas más que yo, porque este paisaje no dejaba de ahogarme por su sensacionalismo de feria mundial, con luces de colores y música de Tchaikowski. Desde algunos ángulos, una complicada impresionante belleza, como el límite expresivo de la materia pura. Más naturaleza todavía que la belleza de las montañas exteriores o del mar, porque aquí no hay cielo, y el cielo tiene algo de sobrenatural, de angélico y humano, que aquí está ausente. Tal vez por eso los guías y visitantes identifican estas figuras azarosas con anécdotas humanas: Adán y Eva, el Papa, el Pesebre, los fantasmas. Se abren y cierran perspectivas, todo es extraño y al mismo tiempo caricatura de lo humano.

Hoy fuimos a Gibraltar, paraíso de las compradoras. Una pequeña ciudad inglesa en un paisaje africano, con peñón, monos y todo. La Costa del Sol, perdida por él mismo, es el paraíso del turismo, que resulta el infierno de los amantes de la tierra. Hasta los burros piensan "en turismo". Las "urbanizaciones" avanzan entre los olivos de mil años. En 10 ó 15 años más esto será como Long Island, con la misma fealdad oficial, belleza de las masas. Todo lo que era bello para nuestro excelente chauffeur era detestable para mí. La Nueva Andalucía, las fábricas de cemento montadas por los americanos, la refinería de petróleo de La Línea, el General Franco. Ayer, encontramos en el camino a un joven pescador, ex-marinero del Malespina, que estuvo en Nigeria, Guinea y Fernando Po. Un simio contemplaba como Descartes a un norteamericano viejo y multicolor que lo apuntaba con su cámara.

Esta cultura que defendemos es la misma que no damos a quien condenamos por hombre masa, en Latinoamérica.

Málaga, 16 de marzo

Una viejecita malagueña salida de un cuento de Calleja me hace entrar y me dice:

-Aquí está la llave, éstos son grabados de Picasso. Vaya usted mismo encendiendo las luces de las otras salas.

Es la discreción misma vestida goyescamente. Al contrario de lo que ocurre con los guardias en las otras salas, que encienden y apagan luces a su arbitrio y dicen necedades acerca de los cuadros, apresurados como conductores de trenes.

Madrid, 17 de marzo

"El que no le baila es tonto", dice una vieja madrileña en la calle.

Frente al Palacio de Cristal del Retiro, sauces tiernos de primavera, narcisos amarillos abiertos en el césped, cantos de zorzales, y una carta a R. Ayer, visita a Claudio[135], en su departamento elegante, parecido a él. Después de 5 años de éxitos, mundanidades y amarguras, es el mismo, con acento andaluz que recuerda un poco a las hablas muelles del trópico. Me recibió con cariño.

-¡Qué canoso estás! ¡A ver, veamos! Pero estás siempre joven.

Estaba con un amigo, el primero que conoció en Madrid, Edo. Norris, de unos 30 años, alto, pálido, pausado, de pequeños ojos francos. No hallábamos por dónde empezar. Comenzamos por los cuadros. El mismo estilo de antes, pero llevado a su punto de madurez. No sólo la proyección de la mano, también intensidad en retratos y autorretratos y el frenesí zurbaranesco de la despersonalización identificatoria con panes, papeles arrugados. "Los primores de lo vulgar".

Se me da la vieja España de Galdós en las puntadas largas de aguja que traza una mujer en un interior de la calle de Pizarro, mientras gorjean canarios en el aire azul, rojo de tejas. Es el bello tiempo de las viejecitas sentadas al sol, el bello tiempo del olor a coliflores. Bello tiempo de palmas y ventanas abiertas.

Almuerzo con Claudio, mi madre y Marita. Tortilla española y calamares. Anoche, comida en un restaurant de la plaza del Ayuntamiento con unos españoles amigos del régimen. Todos parecen de gran inteligencia verbal, poca libertad de juicio en la amplitud del mundo.

---

[135]Claudio Bravo, pintor chileno.

Ibiza, 20 de marzo

La tierra es un animal: con su pelaje tiene algo de burro, algo de mazorca. Yo soy también de la tierra, pero no de noche. He dormido 20 horas seguidas. ¿Será le Sacre de Printemps? Ahora recibo el sol como una triple bendición y me hundo en la blancura de Ibiza. Todo es aquí resplandeciente. El cielo está lleno de caminos. El mar tiene más silencio que voz, más luz que soledad.

¡El lejano silencio de la provincia mía!

Madrid, 23 de marzo

Cena con Claudio y discusión sobre sus cuadros. Se toca allí con dedo de fuego todas las limitaciones de un talento real dedicado al retratismo de la buena sociedad. Cuando pinta para sí mismo, le salen de la mano paquetes vacíos, envoltorios sin fondo. Después de los príncipes y de la nobleza española, se queda sólo con unas cajas de cartón. Y con el corazón mudo tras la mano cuyo índice señala el vacío. Tan imposible en el fondo como soslayar los motivos del yo, es evadirse del propio tiempo. Y ya no se trata de que él pinte lo exterior de su época, sino que en todo se pinte a sí mismo y en él a todo lo que es actual y vivo, que podrá verse hasta en los mendrugos, como se ve en los envoltorios arrugados.

Valladolid, 31 de marzo

Salimos de Madrid esta mañana a las 10 y media. Atravesamos el Guadarrama con nieve, Castilla la Vieja verde, evocadora de Azorín en su aridez de parras viejas, en el contraste de la planicie y el cielo tempestuoso.

1 de abril

La perfección monumental de Santiago de Compostela bien vale todavía el sacrificio de los romeros. La piedra románica, gótica, renacentista está aún viva debajo de los líquenes y del jaramago que nace en sus resquicios. Suenan poderosas las campanas que delimitan como el canto dominador de un pájaro las cuatro plazas de su ciudadela. La catedral está ahí, con el Apóstol ecuestre, montado en lo alto de su propia efigie, abierta y cerrada, abierta para que entren los peregrinos que bajan a la cripta a abrazar por la espalda al guerrero, y cerrada para la luz del mundo.

Fuenterrabía

Mi primer contacto con el país vasco se da con el conocimiento de unas tierras muy verdes, onduladas, con árboles de tierno verdor -olmos,

sauces, encinas- y de unas ciudades -Bilbao y San Sebastián- mucho más grandes, industriales y modernas de lo que nunca pude imaginar. El antiguo pueblo de Oyarzún ha perdido su ruralidad, es ahora un suburbio de San Sebastián, urbe tentacular, y de su vecina Irún, que parece también una ciudad considerable. Las pocas calles estrechas estaban llenas de gente dominguera, emboinada y azarosa. Subí hasta la iglesia, que tiene una fábrica pesada, sin proporción con la colina ni con la pequeña ciudad que ella gobierna. Entré al templo sombrío en que rezaban dos muchachos recogidos en el silencio. El retablo enorme del altar mayor -tal vez siglo XVIII- no tenía nada fuera de su gran porte, proporcionado a la gran altura del cielorraso con nervaduras góticas.

Los jóvenes vascuenses de Fuenterrabía son rabiosamente gritones, aun cantando. No sé qué celebran, tal sólo el día domingo. Cantan y bailan en pequeños grupos, que de pronto se versifican en himnos rituales. Beben con estrépito y sin la menor tristeza. Son afirmativos, duros. Se sienten que son otra raza. Predominan los rubios rubicundos. Ríen constantemente con acentos francos. No se ven mujeres de negro como elemento organizador del paisaje. Sus voces suenan como las de los griegos actuales de Atenas. De repente interrumpen la conversación para cantar chascarros en versainas.

Lourdes, 4 de abril

Transparencia del aire, de la arquitectura, de la primavera. La luz de Francia es más plateada, más liviana que la luz española. Los árboles brotan y florecen con perfección cartesiana. Aun Lourdes, con sus grandes prados cubiertos de ancianos inválidos, tiene un encanto matinal a orillas del cauce de Bernardita. Más de un centenar de enfermos -la mayoría más de vejez que de otra cosa- tapados con unos cobertores celestes, esperaban allí un nuevo milagro. Bebían vasos de agua de Lourdes servidos por monjas blanquísimas como gaviotas que cargaban regadores de plástico amarillo. La basílica estaba llena de viejos con insignias del Sagrado Corazón. Todos anhelantes de vida, terrenal y eterna. Nunca había visto tanta vejez reunida. Juntos, darían la edad entera de la humanidad, sobre el césped, frente a la gruta de los vertederos del agua que sale en chorrillos cuando se presiona un botón de bronce. Al lado de las monjas blancas, unos caballeros de edad madura y no pocos jóvenes se hacen cargo del cuidado de los enfermos, con gestos de consideración y ternura. Esa carne marchita animada por sus últimos suspiros es alzada por brazos fuertes, que conducen a los pobres ancianos al consuelo, a la esperanza del baño en el agua santa. Fue esto lo que me conmovió más. Este don generoso de sí. Y los rostros de esta tribu, con los avatares, con la densidad de historia de cada uno, como el retrato trágico de nuestra condición, como un coro individualizado de tragedia griega, un coro que en sus mil miradas lucha contra la despersonalización de la muerte, con los postreros fuegos del deseo de

vivir. Cada uno puede sentir en ellos su destino, en esa porción que aterrorizó también al príncipe.

5 de abril

La catedral es una fortaleza, con torreones y torrecillas, y parece increíble que justo al lado, en el Palacio de la Berlie, más castillo que palacio, esté ahora el museo de Toulouse-Lautrec. El niño Henri debió haber conocido y reconocido estos muros con sus gárgolas.

Maravillosa visión de los tres puentes de Albi, sobre el río de aguas verdes. El ladrillo tiene aquí una tonalidad serena que alcanza trasparencia en los reflejos.

Los pintores de la cueva de Altamira acaso pintaron sólo por el placer de hacerlo, para matar el tiempo, por superabundancia de fuerzas y de imaginación. Metidos en la creación de formas -como mi madre en sus esmaltes- serían conquistados por ellas.

Las hojas del castaño de la India brotan como gusanos de seda, como niños envueltos, con misterio, con gozosidad animal.

Ver a un hindú comprando carne de vacuno en el mercado de Albi es como ver al diablo vendiendo cruces en la guerra de los Albigenses.

Portofino, 8 de abril (Viernes Santo)

Juegan niños junto a las barcas en la tranquilidad de la primavera con lluvia.

Lucca, 9 de abril

Faisanes colgados en las carnicerías del mercado con toda la elegancia de sus plumas al lado de gallinetas, de palomas y de liebres, como en un cuadro de la Revolución Francesa.

Fiorenza, 15 de abril

Asís rosa bajo el cielo de cuervo. La campiña de la Umbría verde en cipreses, en trigo, en álamos de ternura líquida. Dan deseos de vivir en algún nido de golondrina entre los campanarios de Asís.

No he visto grullas sino en España..., se instalan en las catedrales y en las torres de los castillos. Tal vez escapan estas misántropas a medias del smog, de los ruidos de las grandes ciudades, del zumbar de los aviones.

Venezia, 17 de abril

¡Campanas de Venecia! Metal y reflejos. Una góndola negra como un ataúd con un ramo de camelias plásticas. Pasa otra recamada

de oro barato y rojos cardenalicios. Le salía música de jazz de un libro de misa.

Sasa, 19 de abril

Pernoctamos en esta pequeña ciudad alpina. Esta mañana, despedida de Venecia con sol un poco empañado. La piedra rosa y gris de los palacios se adornaba con glicinas trepadoras que suben hasta lo más alto de los muros. No es todavía la plena primavera de las aguas, aunque pronto será el verano.

Madrid, 27 de abril

La lluvia ponía un vaho más azul en los grumos de las lilas gloriosamente en flor en toda Francia. Cada buena casa burguesa se gloría de sus lilas de un lila cremoso, apoyadas en los muros de piedra. No tan altas como las glicinas que suben hasta los mismos techos, a una altura de dos o tres pisos, las lilas se recogen en su bordada envoltura y dentro se esponjan con reverberación sigilosa.

Los Vilos, 19 de mayo

Extrema desolación. La mugre corroe las rocas, engrasa el mar. Ni las piedras se salvan. Sólo las gallinas parecen ricas en esta inmensidad de miseria acumulada, desgastada por los años. Un pato grazna en la oscuridad, bajo un camastro. Las gaviotas guardan el silencio del muelle abandonado. El fierro ha envejecido tanto que las ruedas no giran. Aquí la materia se derrite de vieja en esplendor de moho. Sale el sol y alumbra tanta caducidad.

Barraza, 22 de mayo

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Exaltación de la noche y pobreza del alba. Dormimos en la plaza, entre pimientos, cipreses y campanas. "El Señor está con vosotros".

12 de junio

El cielo del poniente, bajo nubes negras, magnificaba en los últimos arreboles un cuadro de Ricardo Irarrázaval. Como en los ponchos araucanos, el rojo oscurecido, casi siena, parecía más grave entre los oros desvaídos y el gris de tórtola. Con nuestro odio por la naturaleza, dentro de poco los pájaros estarán representados sólo por los colores del cielo. ¿Dónde están las torcazas? Largas espinas de algarrobos, jinetes en la penumbra del día con los mismos ponchos de Rugendas.

25 de junio

Los árabes ponían apio machacado sobre los párpados para quitar las irritaciones de los ojos.

¿No se concede mucha importancia la acacia a sí misma cuando admite llamarse, como una cocotte fin de siglo, Egipciaca mimosa nilótica?

26 de junio

Los brujos chilenos usaban el estramonio, llamado en el campo hierba del diablo, manzana del diablo o manzana espinosa, para producir alucinaciones. Su fruto parece un huevo y toda la planta es venenosa.

En las cercanías del Valle del Encanto llamaron hinojillo a una planta de flores aterciopeladas, de un rojo casi negro, que florecía en pleno mes de mayo. Muñoz Pizarro la hace aparecer en su *Flora chilena* entre las Bignociáceas, como Argylia pulurula, vulgarmente colombo, flor del jote, cartucho, terciopelo o hinojilla.

El geranio se llama también hierba de San Roberto. El guayacán de Chile o palo santo (Porlieria chilensis). Según Philippi, las hojas se cierran y se recuestan contra las ramas cuando anochece o cuando va a llover. ¡Lignum Sanctum!

Araucaria. Los campesinos extraen de su leño una resina que usan en forma de parches para curar torceduras, heridas y ulceraciones. Del piñón extraen un aceite que toman contra la hidropesía.

Patagua. Produce un fruto comestible que los indios llaman mitahue. La corteza es depurativa.

16 de julio

Rungue y Til Til entre las nieves. El rosa del cielo reflejado en la limpidez del tranque. Alrededor la miseria. *Lima la horrible*, escribió Salazar Bondy antes de morir. Un poco de blancura de nuestras almas y no sería todo tan positivamente feo, entre las malas noticias, la mala salud, el mundo en desorden.

17 de julio

¿Podemos enfrentar el ocio? Gran pregunta contemporánea. Por hoy, sí, evidentemente en cuanto a mí, descubrimiento de las quebradas de Rungue, con los primeros soldadillos y quillayes tan gordos de troncos como una ballena. Se deslizaban las aguas desde el Roble, cantando a lo Pezoa Véliz, "alborotadas" y crecían las Alstroemerias en el humus de las hojas.

Panimávida, 19 de agosto

En Concepción, el martes, comida en casa de Hernán S. M., con Neruda, Matilde, Gonzalo Rojas, Hilda Ortiz y otros contertulios. Deliciosa sesión de humor, vino pipeño y aguardiente con Ginseng. Neruda habló largamente, con cariño, de Gabriela Mistral. También nos reímos de ella, a la distancia. De su presunto amor por Haya de la Torre, deportado en México en la época de Vasconcelos. Haya de la Torre practicaba el box y la gimnasia para mantener despierto el cerebro. Gabriela Mistral lo visitaba en su departamento y en esas ocasiones se peinaba con cuidado y se coloreaba con solimán y carmín.

-Visité a Gabriela Mistral en Portofino, donde arrendó una espléndida casa, que a los pocos días le pareció intolerable por lo fría. A pesar de su amor por las Ligurias, se echaba a temblar. Siempre sacaba la historia de su Mediterráneo. Imagina, para nosotros existen Antofagasta, la Pampa y ella se sentía mediterránea. "Lo único mediterráneo de Chile es el Norte Chico". En una de sus últimas cartas me decía, después de hablarme de mil cosas: "Tenga usted cuidado, Pablo. En Nápoles lo vi quejarse de frío". ¿En Nápoles quejándome yo de frío? Y terminaba: "Arrópese, arrópese, Pablo".

Caleu, 28 de agosto

Arrulla también la turca en los barrancos, oculta del caminante, como justificando el dicho "¡Por ver las turcas volar!" Pían zorzales, tencas. Este pequeño universo tiene como en todos los agostos sus flores de almendro, soles, mugidos y cantos de pidén, como si no hubiera guerras ni existiera la muerte. La codorniz pone sus huevos, las ovejas se aprestan a parir, y todo esto ocurre justo porque existe la muerte, porque la vida juega con la muerte.

Anoche, en el sueño, estaba yo en un barco o en una península entre dos brazos de mar y las aguas, cada vez más agitadas, eran verdes, fosforescentes, azules de ala de mariposas, olas a rayas que fulgían a mi lado, inmensas, cambiantes, océano de la vida que era también de la muerte y me seguía fascinando al despertar.

Caleu, 11 de septiembre

Florecen duraznos bajo los pétalos marchitos de los almendros. El soldadillo apura su relampagueante fulgor de dos semanas. ¿Por qué no lo reciben nuestros jardines? Los robles están a punto de romper en hojas. Todo se armoniza en este campo rumoroso de aguas. Las raíces de las nalcas al pie de los torrentes se preparan a echar hojas en la pura humedad de los cristales recién derretidos en las cimas de El Roble. El lilén oculta maravillosamente monedas de otoño, rojas, purpúreas, manchadas de lila y de negro, alas de mariposa atemorizada del vuelo.

El canelo vigila la caída de las aguas y atempera su curso. La mutisia seca se renueva entre los matorrales y vuelve a brotar en espirales espinosos.

A mediodía, paisaje de carpas rojas, grises y blancas en el tranque de Rungue. Se perseguían apareadas, jugaban en grupos, en la felicidad del mediodía y de la primera edad del celo. Eran miles de lenguas de fuego, el Espíritu Santo a ras de las aguas, dedales de oro diseminados en la profundidad luminosa del agua.

El arrayán musita su temblor de invierno entre las hojas secas. Pero ya vuela en brillos con toda su dulzura, en cantos de ramas. De pronto tosió el sol en el fondo de la quebrada. No se oyen cantos de pájaros ni zumbidos de abejas. Resplandecen en silencio los primeros zancudos de septiembre y una mariposa verde azufre atraviesa el sendero. El lomo de las hojas de los canelos brilla con frialdad de magnolia a la distancia. Es todavía la primavera plateada de las cordilleras.

23 de septiembre

Otra vez víspera de viaje. Y de nuevo a China, de donde vino este libro, que no alcanzo a terminar antes de irme, y que volverá conmigo a su país. En la víspera de cada viaje, se mueven raíces. Y yo soy un poco planta. Tal vez por eso me gusta el vino pipeño, sin revolución industrial, el vino de la tierra. Otra vez el mundo, cada vez más angosto, y más ajeno. A estas alturas de la vida, si uno no es turista norteamericano desaprensivo, se viaja con el temor, y hasta con el presentimiento de la muerte ajena, y ya un poco de la propia, "con una muerte callada y extranjera". Por ahí estará quién sabe mirándose al espejo con nuestra propia cara demudada, a los huesos desnudos o como el "Angel de la Guarda" de la Hormiga[136] -que vi esta tarde en su homenaje a Guadalupe Posada-, un esqueleto con las alas de las tinieblas.

Shangai, 12 de octubre

Hospital N° 6. Película sobre la implantación de brazos amputados. "Esta operación es la primera en su género que ha tenido éxito en el mundo. Después se han practicado 4 similares. La más difícil fue la de una mano amputada en la mitad, dada la problemática de la ligazón de los vasos. Ultimamente se han restablecido con éxito dedos amputados". Llegan dos pacientes operados que cuentan la historia. A los tres cuartos de hora estábamos en la sala de operaciones.

El reloj de casa de música que canta "El Este es rojo".

Pobres callejuelas de la Ciudad Vieja. Nos siguen los niños y nos toman de la mano. Nos hacen escribir sus cuadernos. Nos saludan los

[136] Delia del Carril, pintora, que fue esposa de Pablo Neruda.

pequeños Guardias Rojos en la Costanera. "Desde los viejos desdentados hasta los niños de 7 años estudian las obras del camarada Mao Tse Tung" (La activista habla). Para elegir profesión hay que elegir a M. T. T. "Cuando comuniqué a mi madre mi decisión de hacerme campesina, ella se puso furiosa, ella pertenecía a la vieja ideología. Y me dijo: "Aunque tuviese que mantenerte toda mi vida, no te dejaré ir al campo". Como no podía hacer nada, consulté las obras del Presidente Mao y pedí a mi hermana mayor que me ayudara. Ante mi tenacidad mi madre tuvo que aceptar de mala gana y el éxito coronó mi determinación, lo que debo al Presidente Mao".

Su primera tarea fue la de tirar la carretilla de excrementos. Recuerda que, cuando vivía en la ciudad, al ver pasar esa carretilla suspendía la respiración. "Los excrementos me saltaban a la cara y a la ropa. Miré a otros compañeros que realizaban la misma labor, con expresión indiferente. Pude comprender con esto que aquéllos eran los verdaderos puros, no los intelectuales. Ahora soy capaz de arrastrar el carruaje por 5 kms.".

El Presidente Mao dice: "Debemos ser los bueyes para las amplias masas y la espina para los enemigos".

13 de octubre

Ming Yang, ciudad satélite. Prensa hidráulica. Gorriones.

"El agua es un héroe anónimo".

"Mao Tse Tung" -Luz del Este.

Hasta en los cuartos de baño hay citas de M. T. T. En los trenes frente a cada asiento una fotografía o un pequeño busto de yeso; en los autos.

Hangshow, 14 de octubre

"El mono de oro agitó airado su cara formidable y limpio de polvo quedó el firmamento de jade".

Salvias rojas. El Pabellón de los Pájaros. 3 urracas parlantes: una habla cantonés y las otras pekinés. A la primera le preguntan cómo está y responde con voz muy ronca:

-¡Hen Hao, ping-o! (¡Muy bien, amigos!).

Una de la urracas pekinesas, después de haber comido, con grandes muestras de júbilo grita:

-¡Mao Tse Tung Chang-sé!

"Lugar de la contemplación de los peces". Carpas.

Tiestos para peces.

"Los burócratas construían en este lugar sus casas de veraneo. Hangshow era una ciudad consumidora antes de la Liberación. Ahora

existe muy desarrollada la industria de la seda, el papel de bambú y las usinas siderúrgicas".

El río Tcheng-Tang está rodeado de bosques, platanares y bambuzales. Libélulas. Sanatorio de los obreros ferroviarios. Antes de la Liberación era lugar de veraneo de un terrateniente. Cigarra y grillos. El Sanatorio es también una escuela para estudiar las obras del Presidente Mao.

-No se impaciente, espere a que el cuerpo adquiera una firme columna de lucha contra las enfermedades.

Por la mañana, el tratamiento. Al mediodía, canciones revolucionarias. 2 días a la semana se emplean para el estudio de las obras del Presidente Mao.

"El arma antibiótica fundamental es el escrito acerca del Viejo Tonto".

El ají es una planta ornamental -rojo, amarillo, jaspeado.

La Pagoda de las 6 armonías es ahora un paseo público. Con citas de M. T. T.

La Carrera del Tigre, la Fuente del Zarpazo del Tigre, el Pozo del Dragón y el Té Loong-Yin. El agua densa del Tigre sirve para el té.

Los Guardias Rojos contemplan los peces mientras nos ofrecen gelatina de harina de raíces de loto espolvoreada de azúcar y flores de ligustro.

M. T. T. ha reemplazado a los Budas de las pagodas.

Fábrica de Bordados de Seda "Oriente Rojo". La directora dice: "Como al principio los obreros no sabían dibujar, consultaron las obras del Presidente Mao, en especial la historia del Viejo Tonto. El verdadero conocimiento proviene de la práctica. La teoría viene después". "La luna de otoño sobre el lago tranquilo" -Un campo de lotos.

Hileras de patos y sampanes, un hombre cabalga en una vaca.

Los pinceles de bambú mejores del mundo.

Shanghai-Wuhan, 16 de octubre

Un niñito solo llorando -todos lo consuelan, le cantan "El timonel"- y tiras ilustradas revolucionarias.

La miseria de los alrededores de Wuhan, el cielo gris terroso, el gran puente sobre el Yang-Tsé. M. T. T. con un fondo de raso rojo, letras de oro y un homenaje de aralias y reinas luisas.

"Al beber el agua debemos recordar la fuente" -proverbio chino.

Los patos vivos de los mercados de Shanghai -el desplume.

Wuhan, 17 de octubre

Navegación por el Yang-Tsé Kiang. Los Guardias Rojos a bordo empiezan a recitar y cantar salmodias. Instrumentos grandes. Retratos

de M. T. T. Pasa un sampán negro, de velas remendadas con su miseria a cuestas.

Altos Hornos Combinado de Acero Metalúrgico. El director se queja de Krushev y su camarilla revisionista, que retiraron a sus técnicos en 1960 bajo el pretexto de que no aplicaban sus planes -los cumplían hasta un 96%- ni atendían a sus obreros -a pesar de que les construyeron un hotel, con aire acondicionado, piscina y teatro-. Se permitían enmendar los proyectos soviéticos. Muchos técnicos partieron con lágrimas. "Por eso distinguimos entre el pueblo soviético y la camarilla revisionista de Krushev".

Lago del E. Los pescadores tejen sus redes blancas junto a la yucca. Casias floridas.

Mujeres transportan canastos llenos de piedras en largas varas de bambú. El Instituto Agrícola ha producido 50.000 tatzibaos. "Lo primero que hacemos es comparar los sufrimientos de antes con la felicidad de hoy para despertar el sentimiento de clase. Para que China nunca cambie de color. Aplicar creadoramente el pensamiento de M. T. T.".

Expulsan a las autoridades que siguen el camino capitalista.

En el curso de algunos meses, se han escrito 50.000 tatzibaos.

Seguir la orientación de la Revolución Cultural.

Persistir en la lucha por razonamiento y no por coacción. Lin Piao dice: "La lucha por el razonamiento llega hasta el alma del hombre -la violencia o la coacción sólo lo tocan en lo físico. Somos los jóvenes Guardias Revolucionarios del Presidente Mao, libres de egoísmo. Nos levantamos en contra de las 4 viejas legadas por la Vieja Sociedad y se atreven a crear las 4 jóvenes que obedecen a los intereses del proletariado. Nuestro blanco de ataque son los capitalistas, los elementos burgueses y los revisionistas, los cuales aún persisten y no se dan por vencidos. Hemos registrado las casas de los malvados. Encontramos sus nombramientos otorgados por el Kuo Ming Tang, sus contratos de arrendamiento y títulos de propiedad, que conservan con la esperanza de que se reconstituya el régimen anterior. Los reaccionarios no caen, a menos de ser golpeados. "No desaparece el polvo allí donde no llega la escoba". Otro de nuestros objetivos es establecer contactos revolucionarios que tienen tres funciones: intercambiar experiencias para desenmascarar los elementos nocivos que ocupan puestos dirigentes en el seno del PC, apoyarnos mutuamente, prepararnos para la guerra, dirigiendo una mirada hacia el mundo. Así podemos comprender que el imperialismo norteamericano es el peor enemigo de los pueblos, como se ve en Viet Nam. Ha violado las fronteras de nuestro país. Debemos combatir el revisionismo contemporáneo. No poseemos en nuestras manos arma alguna, pero el Presidente Mao Tse Tung nos ha dado su Libro de Citas, que es nuestra mejor arma".

Visitamos el Museo de los Crímenes de la Burguesía. Los profesores perseguidos pretendían un régimen de 9 horas de trabajo, 9 horas de descanso y 6 de recreaciones. (*Life* 1949, discos antiguos,

diapositivas de viajes, medias, carteras de mujer, vestidos, corbatas, zapatos, un cachurero del Mercado Persa, monedas antiguas, un látigo). Una guía histórica denuncia estos crímenes basándose en caricaturas de los acusados.

En el Zoo de Pekin, los osos pandas comen brotes de bambú. Guardias Revolucionarios dormidos en los escaños. Letreros en chino. La grulla silbadora desapareciendo en su vuelo a través de la tierra.

18 de octubre

"El pensamiento del Presidente Mao es capaz de curar las enfermedades", exclamó un campesino. Hay equipos ambulatorios y médicos de labranza que trabajan en el campo cuando no tienen pacientes. Son de origen obrero, que asegura un buen contacto con los trabajadores. Disminuyen la distancia entre el trabajo intelectual y el manual, cosa indispensable en una sociedad comunista. Ondas supersónicas de invención china. Sala cuna para neonatos. Materia prima para elaborar medicamentos: serpientes seccionadas, grillos, escorpiones para fabricar contravenenos.

19 de octubre

Una niñita nos entrega unas fucsias perfumadas. Museo de la Revolución. El viejo cuidador era un obrero revolucionario de los FFCC. "Tú provocas la huelga de los obreros. Te vamos a degollar". Y así el C. Chang fue ejecutado en la Montaña Roja. Sin embargo los obreros no se dejaron amedrentar por los crímenes de los reaccionarios y continuaron la huelga. "Nos aplicaron toda clase de torturas, pero ninguno de nosotros se doblegó y así permanecimos 22 meses encarcelados. La huelga fue un gran golpe para los imperialistas ingleses. Convocaron a reuniones de emergencia y enviaron sus tropas para reprimirla. Por aquellos tiempos hubo cientos de huelgas similares. Pero la huelga del 7 de febrero de 1923 tuvo carácter político, pues proclamaba los derechos humanos y la libertad".

El abuelo Chang nos ofrece unas flores de hibisco que corta de los arbustos.

Huimos de los intérpretes para recorrer las calles céntricas de Wuhan. Un viejo vendedor callejero nos ofrece monederos fabricados con ratas disecadas con cabeza, bigotes y cola. Barrio comercial. Naranjas mandarinas.

En tren a Chang-Sha. Luna creciente. Una maceta de crisantemos, con piedrecillas de cuarzo, en el compartimento del tren. Los niños en el talud. La niñita castigada por recibirme una flor.

20 de octubre

Llegan romerías a Chao-Shan, miles de Guardias Revolucionarios y toda clase de gente en autobuses, camiones y a pie. A su paso piden

"comida revolucionaria", la misma que comía M. T. T. La comida de Wuhan es picante.

Nostalgia de China, fraternidad proletaria.

La casa natal de Mao. Vivió aquí su infancia. En 1910 abandonó su tierra. Retornó a Chao-Shan en tres ocasiones para recapitular sus experiencias. (En el año han llegado 700.000 visitantes nacionales y 3000 extranjeros). Consideran el día de su visita como el más feliz de su vida. En un estanque cercano a la casa de Mao, se bañaba la familia. Ahora los peregrinos hacen abluciones con ellas. La casa es una vivienda de adobe y paja con pesebreras más importantes que las habitaciones, una amplia cocina con tiestos de greda empotrados en agujeros del suelo, altar de los antepasados y alberca para criar peces. En el techo de una de las piezas cuelga un nido de golondrinas. Una pequeña huerta. Colinas plantadas de coníferas y bambúes, arrozales, montañas altas de formas caprichosas. La lluvia levanta perfume de tierra.

Chang-Sha, 21 de octubre

Urracas en el campo. Ruiseñores. "El Estanque del Agua Limpia" donde vivió M. T. T., oculto. Una casita atendida por una hermosa joven.

Fábrica de bordados. Antes de la Liberación, no existían fábricas de bordados. Los artistas guardaban sus secretos para no morirse de hambre y sólo los trasmitían a sus hijos mayores. Antes se bordaba únicamente temas ociosos, beldades y Emperadores. Pero con las enseñanzas de M. T. T. de que "el arte debe servir al pueblo", los artistas jóvenes se han ido a trabajar al campo para identificarse con los trabajadores e idear nuevos contenidos para sus diseños. El viejito que pinta tigres. Bordados a mano y a máquina.

Escuela Normal N° 1 donde M. T. T. trabajó y estudió 8 años. Los GR que vienen a "establecer contactos revolucionarios" llevan agua del pozo en que se bañaba M. T. T. Una muchacha extrae barro del pozo y escribe con su pincel untado en él, en su diario.

El olor de abono orgánico. Callejones estrechos con olor a salsa Perrins con niños jugando a la rueda y un anciano apoyado en una vara de bambú.

22 de octubre

Atravesamos en balsa el río Asian. Las colinas en una aguada. Barrios pescadores, grandes barcos, filas de hombrecillos vestidos de azul. Parque de Ilu-Shan. El pabellón del Amor Nocturno. Los grandes árboles. El Pabellón de la Felicidad en las Nubes sirve de descanso a los peregrinos que suben hacia la cumbre. Una campana de fierro quedó aprisionada en el interior de un gong, nadie sabe por qué, pues aquí no hubo templo alguno. Tomamos té y comemos una especie de maní. Redes como campanas, velas sobre el río.

Vuelo a Cantón. Balcón con vista al paisaje con pagoda. Mercado de las Perlas. Búhos, ranas, serpientes, gatos, iguanodontes, monos, anguilas. Una mujer con un machete corta una anguila viva y la desuella con navaja. Lenguados secos y costillares de cabra. Huevos del día y huevos de 1000 años.

Sampanes en el Río de las Perlas. La vista desde el nuevo hotel con la catedral con la roseta reemplazada por la hoz y el martillo. El nuevo barrio de los antiguos sampaneros. El Kuomingtang les impedía casarse con gente de tierra. El 95% era analfabeto. No podían asistir a escuelas y pagaban muchos impuestos. Eran mendigos, vendían sus hijos, se morían de hambre. Morían de peste por causa del agua del río. Los cadáveres flotaban en el río pues no les permitían tener tumbas en tierra. "Uno hoy come los peces y mañana me comerán a mí". Un viejo nos cuenta esta historia. Los sampaneros han eliminado a las 4 viejas. Eran muy supersticiosos. Colgaban ídolos que han sido reemplazados por retratos del Presidente M. T. T. y citas de sus obras. También ellos participan en la Revolución Mundial para librar a los dos tercios del mundo que viven en un mar de sufrimientos. Mientras el hombrecillo pronuncia estas frases con entusiasmo, pasa un pilluelo astroso a su lado.

En la escuela, a pesar de ser domingo, leen y estudian las obras de M. T. T. Una rapazuela nos recita la palinodia contra el imperialismo yanqui. Entona los himnos revolucionarios y nos conmina la infantil comisaria a estudiar mejor las obras de M. T. T. Comuna popular. Junto con las plantas, se cultiva el patriotismo, el nacionalismo y el internacionalismo. Moscas, ratas y gorriones. Comen los ratones grandes y a los pequeños los entierran para abono. Reivindicación de los gorriones.

Una mínima viejecilla nos muestra los anteojos con que lee las obras de M. T. T. Hasta 1965 era analfabeta. Toda su familia murió en la guerra contra el imperialismo japonés. Sonriente, cuenta que tenía que comer aun excremento de caballo. Muestra sus reservas de arroz.

Es imposible ser fanático en calzoncillos o en bikini. A propósito de la gente de Cantón.

24 de octubre

Puerto fluvial. "Los cerdos son una fábrica de abono orgánico -nos dice el guía- y se alimentan de lirios de agua". Caminos de casuarinas en los arenales, plantaciones de palmas para fabricar abanicos.

También los torneos de ping pong se ganan poniendo en práctica el pensamiento de M. T. T.: "Despreciar la estrategia y considerar seriamente la táctica, apuntar al lado flaco".

Los barcos navegan mejor gracias al pensamiento de M. T. T. Las máquinas nos obedecen.

El cocinero del barco:

-En medio de las tempestades sentía fuertes mareos, pero, gracias a la lectura del Presidente Mao, pude dominarlos.

Todos consultan apuntes para darnos explicaciones.

Las pagodas inaccesibles de Cantón.

25 de octubre

Todos despiertan muy temprano. Cabritas y gallinas deambulan aun por los barrios centrales de las ciudades chinas.

Fábrica de repuestos. Las calurosas bienvenidas se acompañan de tambores y gongs. Pizarras nos saludan.

-Nuestro pueblo tiene los ojos puestos en el mundo. Los imperialistas confían en la tercera o cuarta generación. Como dice Lenin, olvidarse del pasado es una traición. Cuando recuerdo a mi difunto hermano menor, no puedo contener la emoción. Cuando se enfermó, no había dinero para médico. Cuando murió, no tenía donde enterrarlo. Así murieron mis hermanos y hermanas, de enfermedad y hambre. Mi hermana mayor fue vendida para trabajar como *coolí*. Eramos 11 hermanos, murieron 8. La diferencia entre antes y ahora es como del cielo a la tierra. El Presidente Mao es mi salvador. Quiero estudiar toda la vida sus obras.

El pájaro azul entre las palmas. Los enamorados, tomados de la mano, entonan cantos revolucionarios.

Universidad de Sun Yat Sen. Bambúes. Llueve. Nos reciben los GR estudiantes de Inglés. El fin de la sequía que asolaba a Cantón. Los GR existirán mientras quede el último vestigio de capitalismo y de revisionismo en el mundo. Queremos crear un mundo totalmente rojo, pero eso depende de la conciencia política de los pueblos. La Revolución no puede ser exportada, pero nosotros apoyamos las revoluciones de todos los pueblos del mundo.

Una niña lava en la acera a un niño completamente desnudo.

Viejos andrajosos.

26 de octubre

Guardería infantil. Encantadores niños educados en el odio de clases. Se les relatan episodios de la vida infantil de M. T. T. Los niños de 3 años pueden recitar algunas Citas. Cantan: "Quiero ser un soldado del espíritu de Liberación para aplastar al imperialismo norteamericano". Los niños de 6 años juegan con fusiles y metrallas. Fusil en mano cantan: "Cuando seamos grandes seremos héroes y no olvidemos que nuestra ideología es el marxismo-leninismo".

Jardín Botánico. 3000 variedades, grandes terrazas de cultivo. Han tenido que combatir la sequía. Maduración de los bananos con

humo de incienso. Mamaos gigantes. Cultivan pimienta negra que se da en grandes racimos. Plantaciones de palmas. *Ranwolpia serpentina*.

27 de octubre

Tren a Hong Kong. Chupallas con flecos. Viejas de pantalones anchos.

Isla de Lantao, 30 de octubre

Un joven inglés nos dice que la isla está llena de peregrinos que han venido a las fiestas religiosas. Mercado acuático. Perros, osos, piñas enormes, gatos rayados. Los bosques aún tiene ciervos y jabalíes. Terrazas con lechugas y plátanos, tumbas de antepasados. Mariposas virrey. Abono orgánico. Mar con islas. Teatinas, pequeñas orquídeas.

31 de octubre

El Templete en la selva. Altar de Kuan Yin. Mujeres chinas de negro con largas trenzas. Salmodias, cabezas rapadas. Unas devotas protegen con sombrillas negras a los Venerables. Otras les ofrecen té. Unos perros se fornican en medio de los fieles. En una pagodilla, unos monjes se aplican parches de peras sobre las llagas de las canillas. Algunos llevan radios portátiles.

Unas ágiles viejitas nos abren los senderos. Ríen al vernos desorientados. Budas en el templo. Suena el gong inmenso. Pasamos a la casa de unas inmaculadas venerables que nos ofrecen agua de la fuente y naranjas. En este paraíso, un gatito mama a una enorme perra. Una serpiente quebrada en una acequia.

1 de noviembre

R. se ha rapado la cabeza. En el ferry-boat, unas peregrinas budistas echaban cartas. En *Flying Condor*, a Macao. Funeral chino con llorones moqueando. Nuestro hotel, resulta *suspect*: hay que pagar la pieza por adelantado y comprar una toalla.

2 de noviembre

Ancianas hacen gimnasia china en el Cerro Guía, alrededor de un termo con té. Caquis secos. La antigua iglesia de San Pablo. Oscuridad y mugre.

Tokyo, 7 de noviembre

Arreglos florales, mujeres con abanicos.

8 de noviembre

El mar. Restaurant con pescado crudo. Las hojas de los arces. "Cada gesto tiende a la belleza". Hase Kannon, "la señora de la misericordia, dorada, con sus ojos eternos dorados, con su infinita sonrisa suspendida, renunció al Nirvana por una miríada de tiempo por piedad hacia los hombres". Esculpida en un solo tronco de alcanfor. "4 santos la acompañan, de eternidad en eternidad". Venta de souvenirs, tragamonedas de la buenaventura.

Kamakura, 9 de noviembre

Ofrendas de kakis y crisantemos. El Daibutsu. Entro a la cabeza con unos turistas norteamericanos. Palomas, escolares. Camelias floridas.

Santuario shintaoísta. Matrimonio -ofrendas de metros de género en tirillas de papel. La novia solloza. Mandas con palmas. Música aguda de instrumentos de viento. Las Miko. El saké ritual. La vieja que canta sola en los jardines.

Kamakura, 10 de noviembre

Unos venerables fumando, leyendo diarios y escribiendo a máquina sobre el paisaje brumoso de la ciudad. Las figuras de piedra decapitadas. Estudiantes budistas norteamericanos.

11 de noviembre

Los troncos protegidos con totora. En el interior de una casa, un monje toma té y mira la televisión. Otro canta sutras y toca ruidosamente el gong.

14 de noviembre

Cumplo 46 años. Aire frío. Plenitud del otoño. Arces, ginkos, cedros japoneses. El jardín del señor Kanaya. Una viejecita tomando té. Camino de la hostería, la luna nueva. Unos jóvenes nos dan tarjetas. El fuego del hogar. El gato.

Kyoto, 1 de diciembre

Caminos de tierra, tejados, casas bajas. Los ginkos aún dorados. Una viejecilla asa raíces de loto. Patos mandarines. Mandarines café. El paisaje del Mar de la Serenidad. Marrón y blanco en el templo. Jardines de musgo. La perfección mozartiana.

"Armonías que se adentran la una en la otra, sin que uno pueda advertir el punto de fusión. Al parecer la naturaleza se adentra en la

cultura sagrada del mismo modo que la visión sagrada del hombre se adentra en el seno del mundo natural" (R. M.).

Teatro Kabuki. Recitador, orquesta. Intervención del público. El maquillaje de los actores visto desde la terraza.

3 de diciembre

Palacio Imperial. Parque, gimnasia. Graffitti en los venerables muros. Ginko milenario. Los incendios -un cerezo y un naranjo, tesoros nacionales.

Templo Shokoku-ji, Rinza, Budismo Zen. Ventanas en forma de campanas invertidas. Paredes blancas. Un venerable barre el polvo de arena del monasterio.

4 de diciembre

Arquitectura, naranja radiante. Los bautizos. Un quiromántico se protege del sol con manos de paño. Palomas.

Daibutsu del Templo Hokoji. Madera. Parece abandonado. Calles en pendiente, jardines secretos. Naranjas asadas en el templo shintaoísta. Un sacerdote se inclina sobre una viejecilla sentada en el suelo. Tumbas sobre las colinas. Bosques. El Monte Kiyumitsu. Kyoto a lo lejos. Las altas pagodas. Una anciana ora en un templo budista y después en otro shintaoísta.

5 de diciembre

Dioses animales. Castillo de Nijo, sede del Shogunato Tokugawa. Llueve.

El jardín no tiene árboles porque muestran lo perecedero. Después plantaron árboles de hoja caediza. Las tablas, ruiseñores para anunciar asesinos, pinturas de Kano, pavos reales, nubes, bambúes en que se posan los gorriones, la cisnesa perseguida por dos machos en el foso, el caballo sagrado en el templo de Kitano.

7 de diciembre

Colina de templos. Una viejecilla. La pagoda de plaza, el lago del Oeste, la casa del poeta, el camelio en flor junto a la piedra, el reposo del guerrero Samurai [137].

---

[137] Sobre este segundo viaje a China, extendido ahora a Japón, además de las escuetas anotaciones registradas en el *Diario*, Oyarzún redactó dos artículos periodísticos, "China entre los Guardias Rojos", fechado en Tokyo, diciembre de 1966, y "Entre los cisnes de Cantón", publicados ambos en *El Mercurio* (28 de diciembre de 1966, p. 7, y 7 de enero de 1967, p. 7, respectivamente).

1967

Guanajuato, 17 de marzo

Las casas son blancas, rosadas, verdes, luminosas en el aire seco. La ciudad tiene algo de irreal, como un escenario cinematográfico. Los asistentes al Congreso hablan con énfasis vacío. Sara de Ibáñez lee un trino lastimero con voz de garza. Jorge Icaza toca una quena ecuatoriana. Compadezco a Alejo Carpentier que tiene que presidir una reunión tan vacía. Antonio Castro Leal habla con elocuencia, luciendo una insignia de Christ College en la chaqueta azul. Pepe Bianco me decía después de almuerzo que le admiraba ver a un hombre tan refinado, urbano y letradísimo que se vanagloria al mismo tiempo de haber sido político, es decir, cómplice de tanta cosa.

18 de marzo

Anoche, teatro y estudiantinas. Conversación nocturna con Elena Garro, su hermana, su hija y Enrique Lihn. Elena está con los cubanos porque le gustan, aunque se declara anticomunista.

Algo del Norte Chico, más poblado y más arcaico. Crecen los mismos pimientos con distintos pájaros.

En las cercanías del cementerio, en la Cuesta China, la obra maestra de la repostería funeraria: momias charamuscas de dulce con olor a canela, de coco, de nuez, de pasas, me dice la pequeña vendedora. Matrimonios, madres con sus hijitos. Suenan las campanas del mediodía, chillan urracas en los cipreses del cementerio. Se baja a la cripta por un difícil camino de caracol. Una vieja señora dice: "Ya bajé lo principal, ya estoy en lo principal", mientras avanza en la oscuridad hacia las momias retorcidas, convulsas por las torturas de la post-muerte.

"Hijo querido en el éter vago", reza una lápida olvidada en unos tablones.

Rebuzna un burro con pleno goce de vivir.

Esta comensalidad con la muerte explica mucho de la crueldad de la historia, la política y el arte mexicanos, la crudeza de su estilo, la dulzura capitosa de sus goces.

En la Cuesta China, los balcones floridos con macetas de geranios, cartuchos, jaulas de canarios, guirnaldas de palmera, rebosantes de cantos, con el horizonte redondo de gallos. Cantan a la vida al lado de

la muerte esculpida en mazapanes de miel. Refulgen las paredes blancas, rosas, verdes con una luz de Macao.

Es el tiempo del jacarandá florido.

Guadalajara, 22 de marzo

En las iglesias, hombres y mujeres caminan de rodillas. Aun muchachos en bluejeans. Guadalajara tiene todavía algo de pequeña ciudad, como si se hubiera puesto demasiado pronto pantalones largos.

Un lustrabotas pone su transistor para iniciar su trabajo conmigo. Todos tienen este acompañamiento musical.

Anoche, en la Plaza de los Mariachis, con Elena Garro, Juan Liscano y su mujer, Pepe Bianco, Juan Rulfo, escuchando una canción.

Qué suerte la del cabrito
o se muere de chiquito
o se muere de cabrón.
El que es perico
dondequiera es verde
y el que es pendejo
dondequiera pierde.

Los espinos velan la soledad de la planicie seca. Ellos proclaman San Agua, el Agua Santa.

Las mujeres tehuanas son capaces de llevar cualquier cosa sobre la cabeza, y tal vez adentro también.

Los colores. Todo es color en los mercados mexicanos, más color que algazara. Las viejas indias pasean con majestad arcaica. En el baile de la zandunga, las Tehuanas, bailando solas, hieráticas, sin mirarse entre sí, parecían reconcentradas en un rito primitivo absorbente.

Oaxaca

Laureles de la India en la Plaza. El sabino Taxodium Mucronatum -cuajado de pájaros en Sta. María del Tule con sus 42 ms. de perímetro y su tronco rugoso de ballena. La gente ve en él cabeza de león y de venado. Son padre, hijo y nieto.

La Capilla del Señor de la Salud en Tlatolula. Espejos, ángeles músicos, un bergantín colgado del techo. Dan las 11 las campanadas barrocas. Arrullan las palomas del mediodía.

Oaxaca, 3 de abril

Un enanillo vestido de rojo con lazos blancos y capelo cardenalicio sentado en un trono de oro (San Felipe Neri).

Canta un reloj de sol.

"Imprenta El Incendio".

Funerales-Tortas-Especialidad en Novias.

Me aligeró la música de un armonio lejano. Y la vista de una vieja india cosiendo sentada en el suelo. Desde la Plaza de la Danza, la Iglesia de la Soledad con el palacio vecino parecía llevarme a uno de los más hermosos sitios de España, si no fuera por el predominio de los colores demasiado fuertes en las casas aledañas.

Lima, 5 de abril

La América Latina, con todos sus Congresos, Seminarios, Mesas Redondas acerca de sí misma, es el continente de los trabajos de amor perdidos. Nada tiene continuidad, excepto la poesía. Ni siquiera el Sí mismo. Lo que veía ayer en México en la pintura, me lo revela. Se salta de un punto a otro hasta llegar a las manchas universales del informalismo, por imitación. Estoy en Lima, en la Chifa Wilson, nombre que parece la síntesis local -*hic et nunc*- de lo que somos. Chifa, peruanización de un término chino, y Wilson, por la Av. Wilson, supongo. Bebo un *high-ball* -jáibol, escriben los mexicanos. Se oye una música asordinada, la misma de las paredes de Tokyo. Todos se resignan a esta mirada falsamente internacional sobre las espaldas de los indios y mestizos, que no beben jaiboles, pero que los beberían si pudieran y que escuchan la misma música, cuando pueden. Fumo un cigarrillo Camel. Estoy solo. Marco teléfonos de amigos, pero se han cambiado.

Ayer, Elena y Elenita la Chata sostenían que sólo son admirables los escritores desconocidos de la mayoría -Jünger, Ernst von Salomon, Bernanos-, al margen de la claque propagandística de los Mann, Hemingway, Sartre, Camus, etc. Plausible punto de vista, siempre que estos últimos fueran malos escritores, que no lo son. Pero ellas prolongan este sentimiento en alusiones casi nazis -¿o enteramente nazis?- a la liga de los judíos militantes, los norteamericanos, los homosexuales, etc. ¿Cómo? Conversa Elena con alguien y le dice: "Nosotros estamos desvalidos, porque no somos comunistas ni judíos ni negros ni homosexuales, que se unen para defenderse". Quién sabe de ahí partía esa atmósfera de pensamiento feo y meado de gato que me producía tal malestar en casa de Elena, a pesar de su encanto.

Elena me parecía a ratos, por lo tajante, auténtico y falso de sus opiniones, una versión joven de Gabriela Mistral. Echada muellemente en su bergère, profetizaba como una bruja, desde el fondo de sí y expresaba raíces, como Gabriela, de amor mezclado con odio. Su interés por los indios era parecido. "Estos pobrecitos", pero pobrecitos de ella que al final resultaban siendo malos, desagradecidos, traidores. Todos terminaban traicionándola. Su juicio sobre las gentes no tiene nada de racional. Como Gabriela, ama y excluye. Con ella es posible hablar de todo y en todo, gozosamente, tropiezas con sus prejuicios. Un corazón

abierto -hacia adentro. Es decir, bastante cerrado a la razón, que es instrumento enajenador, afuerino para *afuerizarse*.

-Y el espíritu, ¿qué es?, ya que tanto lo mencionas -me pregunta Enrique Lihn.

-¿Qué es? Un rayo que ve y ordena, un ojo que ve y ordena. En el ver está su sustancia, y en el ordenar su movimiento, su método. Se ordenan el bien y el mal, la fealdad y la belleza, pero primero todo eso se ve. Sin ver, las ordenaciones son falsas.

6 de abril (Volando a Tacna)

En los alrededores de Arequipa, los ríos profundos de J. M. Arguedas.

Qué pocas cosas me interesan, Elena. Hasta qué punto uno puede afuerizarse. Un joven empresario habla ahora de las riquezas universales del Norte de Chile. Su voz es opaca, muerta, como la voz de los minerales mismos. El tropieza en su exposición, que yo haría más clara y convincente. Está seguro de lo que dice, pero eso no me importa ni te importa a ti, ni a nadie sino al hombre-herramienta, al que no sabe cantar.

Arica, 7 de abril

Días calurosos de otoño. Placeres de la casa y desajustes del hígado, con bascas y trasudores matinales en los primeros días después de llegar.

17 de abril

Se ve que la historia del cura embarazado que nos contó un viejecillo en las Cordilleras de Ovalle ha recorrido bastante mundo, pues ahora la encuentro casi igual en versos del poeta satírico Lëo Trézenick, siglo XIX, en calidad de cuento normando.

25 de abril

La actitud ambigua de Rubén Darío frente a EE.UU. es una consecuencia también de su vitalismo, por lo menos en parte. Admiraba la fuerza, la pujanza, la exuberancia yanqui, pero se opone, vitalmente, a su mecanicismo. Así escribe de Nueva York: "la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque". "Se cree oír la voz de N. Y., el eco de un vasto soliloquio de cifras. ¡Cuán distinta de la voz de París, cuando uno cree escucharla, al acercarse, halagadora como una canción de amor, de poesía y de juventud!"

"Por un gran canal cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrios y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías,

ómnibus, hombres-sandwichs vestidos de anuncios, y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su fervor continuo, llega a sentirse la angustia de ciertas pesadillas. Reina la vida del hormiguero: un hormiguero de percherones gigantescos, de toda clase de vehículos" (*Los raros*. pp. 18 - 19).

1 de mayo

Tiempo de cosechas en los huertos, con participación de abejas y picaflores. Las abejas abren forados en las tunas maduras, rojas de azúcar. Un picaflor extraviado confunde los racimos con flores y se enreda entre los zarcillos de las parras lánguidas de fruto. Grandes peras -peras yeguas- descansan al mediodía, indiferentes, sin miedo a los zorzales que por su lado suspiran con el gozo dulzón del mediodía. Un pitihue viajero asombra a los gallos con su canto pocas veces oído en estas serranías. Bala una cabra. El azul de las alturas confirma con arabesco de los álamos alzados sobre el rumor del agua. Las voces humanas vienen desde lejos, medio confundidas con los cacareos de las gallinas y el fondo indeciso de los ruidos de las quebradas. Más presente es el zumbido de un moscardón, el croar distante de un pato, un ladrido.

5 de mayo

Ayer, nuevo deslumbramiento otoñal de Caleu, con R. y J. C. Almorzamos bajo un parrón colmado de racimos y vagamos por las quebradas de robles y canelos.

9 de mayo

El domingo, escena de las dos pentecostales posesas en el Parque. Uno de los curiosos protesta, mientras el predicador, Evangelio en mano, habla de Dios.

-Muy bueno será Dios, pero ¿por qué no deja tranquila a esa mujer?

Varias voces insistieron, amenazantes.

-Quédese calladito no más...

El hombre con la cara hinchada y algo tumefacta insistía:

-Pero esta mujer se va a morir... Hace más de una hora que está bailando y este gallo la tiene hipnotizada. Este gallo es un sátiro (Parecía querer decir sádico). Mire, señor carabinero.

-Y a usted qué le importa... ¿Le importa algo a usted?

13 de mayo

Lectura de Juan Borchers en casa de Hamuy.

21 de mayo

Anoche, comida con Gabriel Valdés, Silvia S., Armando Uribe y Mario Monteforte en Las Condes.

La circuncisión como ofrenda.

27 de mayo

El Río Tornagaleones

El Río quitacalzones.

El "Alerce de mina", alerce enterrado por antiguos cataclismos.

3 de junio (San Isaac)

Cuesta remover el velillo del hábito de los ojos y ver esta maravilla por encima de malas asociaciones, Santiago de Chile entre estos pimientos del Cerro Santa Lucía y la más hermosa Cordillera del mundo, con el macizo del Plomo, ahora azul pizarra, gris, rosa de glaciar crepuscular. ¡Y esto es Santiago, el próximo confín de Santiago más bello que cualquier otro de la tierra! A esta hora vespertina, cada rostro, como quería Leonardo, adquiere seducción. La luz marca la rotundidez de las líneas próximas y desvanece a las más lejanas. Un gato negro avanza con plena seguridad por el repecho angosto del muro de piedra. Merodean jóvenes alrededor de las muchachas. Se encienden árboles de rosa té sobre la Sierra. Se ocultan las altas cumbres del oriente y la luminosidad del mar adquiere profundidad de ópalo sobre los cerros de la Costa. Los troncos de los pimientos estampados con *fusain* dan solidez al paisaje que en todas partes huye en las aguas del atardecer. Miro con veneración este cielo intocado por la mano del hombre, esta luz móvil, fija, fiel. El rincón del Cerro Santa Lucía se queda desierto, silencioso, sin nadie y su belleza alcanza la dignidad de una melancolía antigua, como si ésta fuera un jardín clásico decorando un paisaje olvidado.

4 de junio

Aún los picaflores de Caleu no se retiran a sus cuarteles de invierno. Las mariposas se fueron. Caían cristalillos de granizo entremezclados con lluvia en el aire frío. Por el camino de El Roble bajaba un rapaz con un burro cargado de tablas. Dijo que subía y bajaba hasta la cumbre llevando provisiones. Su cara muy morena daba un acento arcaico a ese fondo de montañas iluminadas por el sol lejano, al otro lado del valle.

Las reuniones con expertos norteamericanos, como ocurre con los soviéticos, en estos planos académicos, se transforman en discusión doméstica de asuntos mínimos.

Esta mañana, antes del amanecer, empezó a nevar. El Cerro Santa Lucía blanco.

El sábado, a mediodía, visita a la Casa del S. Cristóbal con Gabriel Valdés, Sergio Larraín García Moreno y Armando Uribe. Sorpresivamente apareció Frei, bastón en mano.

10 de junio

R. al salir, me muestra la luna nueva. Me la señala desde abajo y yo la saludo desde el balcón. Poco antes habíamos recordado mil venias a la luna en Nikko. Venus y Marte ¿o Júpiter? están en conjunción en el cielo puro de invierno. La luna está casi dorada.

14 de junio

Nieves, escarchas, varios grados bajo cero en Santiago. Pedro Mira hace en *Ercilla* unas declaraciones sobre la belleza de la mujer chilena. Puro Rivanismo estético del peor resentimiento, el que se oculta bajo la protesta social. Según él, no se puede ser bello y pobre, la belleza es cuestión de clase. De clase, diría yo, sin duda.

Ese escritor era tan ávido de literatura que en una ocasión llegó a comerse una máquina de escribir, tecla por tecla, como una alcachofa, sazonándola con palta y tinta Pelikan.

La estufa-pianola de Sofanor avanza a pedal por los caminos de la Quinta Normal.

Osorno, 18 de junio

-¡Don Panchito, Don Panchito, le relumbra el ojo al pato!

El silencio de los robles con digüeñes.

20 de junio

En el infierno se fuma de todo.

22 de junio

Anoche, inauguración del taller de las Tres Pascualas, con mi madre feliz. Después comida con R. M. en el Club Alemán, bastante deteriorado. En la mesa vecina discutían sobre Lafourcade.

29 de junio

Almuerzo con J. M. y A. Uribe en casa de Nicanor. Anoche, lectura de las *Canciones rusas* en la Universidad y comida a Arguedas

en la Sech. En la tarde de hoy, sol rojo y el último disco de Violeta. Historias soviéticas y cubanas.

1 de julio

Ahora llama R. y le cuento un cuento, mientras miro una pantalla china. Soñé a las 4 de la mañana que tú te habías convertido en una gota de agua que bajaba deslizándose por un alambre hasta entrar furtivamente en tu pieza -igual que un escarabajo que llegaba muy apurado y con mucho calor e ipso facto se sacaba sus élitros y los colgaba de una percha y se ponía una caperuza de élitros de chinita y se ponía a tomar una taza de té preparada con hojuelas de cardenal. Cuando terminó, se limpió los bigotes con estambres amarillos de violeta, se sacó prolijamente su esclavina de cochinela y se encasquetó los Vitros, no sin maquillarse con polen de jazmín. Partió a ver a sus hijos que dejó durmiendo en una vaina de acacia, cada uno en el hueco de una semilla tapizado con plumas de cardo.

R. se ríe y me dice escríbelo, es un cuento infantil.

La comadreja, el hurón, el oso y el lobo han sido reivindicados. Ya le tocará el turno a Trotzsky.

2 de julio

El mar poluido de HK-el agua de pez-la tortura de bañarse en el infierno-cómo secarse los muñecos muertos en la playa-nunca hallamos el monasterio trapense.

3 de julio

Estoy como condenado a muerte escribiendo su testamento delante del verdugo (escribiendo sobre la Henriette Petit delante de ella misma).

Arica, 12 de julio

En una acera de Arica, un gran estanque vacío de acero, con una abertura redonda. Por cierto, el interior está ya convertido en letrina y basural.

Una animita creció vela tras vela hasta ennegrecerse por completo y ocultar el nombre de su dueño. Las flores se amontonan sobre el hollín como un homenaje de la belleza a la fealdad de la muerte.

Arica, 13 de julio

Tarapacá. Alto maíz del padre.

El maíz sembrado en un anillo de anchoveta formado por la cola

metida en la agalla y que preserva la germinación. Paico molido con ají da un aliño llamado ocopa, de origen chibcha.

Los indios andinos ponían a sus hijos nombres de animales y a las hijas nombres de plantas.

Los nemátodos, polillas y hongos no distinguen entre malezas y plantas cultivadas -las joden a todas, se les meten en el meollo del alma.

Arica, 15 de julio

Piedras bermejas, racimos de huevos de tiburón, negros, crespos de zarcillo secos, una gaviota vigilante, lentos gallinazos entre los buques anclados en el mar aceitoso, rodean el abrazo de los jóvenes amantes que se hacen el amor, mientras juguetean dos perritos de Pomerania que han traído a pasear. Abundan las aves marinas muertas, secas. Están herrumbrosos los alambres de púa que encierran el terreno de Grace, bajo las palmeras de barbas secas. Unos hombres recogen cosas de la playa y las echan en sacos. Uno de ellos se pone a arrojar guijarros contra el mar. Los transatlánticos se concentran en sí mismos, sin deseos de quedarse ni de partir, en el mismo fondeadero que usaran Drake, Cavendish. Se oyen, a la distancia, unos clarines del Regimiento.

Afirma el Dr. Pulgar -sabio naturalista- que los valles de Arica se secaron cuando cortaron los bosques del interior, de las Cordilleras. Sólo unos cuantos olivos de raíces profundísimas pudieron sobrevivir. La sequía duró todo el siglo XVIII.

16 de julio

Encuentros imprevistos con pájaros errantes. Desde hace un mes no comían pan a manteles ni dormían bajo sábanas. El mercado de Maipú -la pobreza extendida por el suelo, entre montones de papas polvorientas, regímenes de plátanos recién sacados del valle de Azapa, naranjas de Huando, con ropa de nylon ordinario, conservas, baratijas pintarrajeadas, revistas viejas, huevos y patitos.

Las ánimas son empujadas cementerio afuera, arreadas hasta el mar. ¡Muerto, muerto, vete al mar!

La campana de oro de San Marcos, sepultada por el terremoto de 1868 y vuelta a encontrar medio siglo después. La enviaban a Liverpool, pero terminó en las bóvedas del Banco Central.

El abate Fenilli atribuía lo malsano del clima de Arica a la fetidez del estiércol de pájaros de la isla del Hacrón.

El Waterie, barco norteamericano surto en la bahía de Arica, fue arrastrado dos millas tierra adentro por el maremoto de 1868, y después transformado en hotel, hospital y bodega.

-¿Por dónde se llega al cementerio? -pregunto.

-Por todas partes, no tiene cómo perderse.

Arica, 17 de julio

"Este hombre sentencioso que nos aburre todas las mañanas con sentencias ajenas" (H. S.). "Este grafómano de trote corto que multiplica sus escritos como guano de cabra".

Para el tema de arte moderno y crisis, no olvidar el informalismo en la composición -literaria o plástica-, no sólo la falta de tema o asunto central, sino de ordenación compositiva. Los hechos o las manchas tienen parecido valor, "sin que ninguno se empine sobre los otros y trate de dominarlos", sin perspectiva natural o imaginaria. Las tentativas contrarias -pintura concreta, música dodecafónica- son consecuencia de lo mismo -de la misma crisis- con signo contrario, como son en lo político las dictaduras totalitarias con su planificación. En ningún caso hay protagonista, héroe, foco central.

Las viñas de Chaco barridas por el desierto, sus vinos fueron saboreados por reyes y pontífices. Las 17 tinajas de los santos. Las viñas crecían sobre gentilares. El vino nieto, el padre, el abuelo.

Canta el pinchuncho con alegría de chincol en los cocoteros del Parque Presidente Ibáñez.

El cura, viejo, gordo, armado de un megáfono azul eléctrico a transistores, insistió en que la Virgen deber de ser venerada y no adorada. Hablando de su virtud, que ponía de ejemplo a las jóvenes, exclamaba: "Cuando la Virgen María fue visitada por el Arcángel en la Anunciación, ella puso sus condiciones, desde luego no perder la virginidad". Pudo referirse a San Ildefonso, patrono de Putre, que fue el primer doctor de la Iglesia que defendió la virginidad de María, "antes del parto, en el parto y después del parto", lo que le trajo una visita personal de la Virgen, que le regaló una casulla, y una aparición intempestiva de Santa Leocadia, mártir de Toledo, que dejó en sus manos un trozo de velo antes de desaparecer.

Arica, 18 de julio

"Es siempre fuente de sorpresa para los angloamericanos y europeos el descubrir cuán profunda puede ser la conversación del más humilde sudamericano" (Fawcett, *Exploración*, Zig Zag, 1954, p. 405).

19 de julio

Ayer, valle del Lluta con Carlos Lara, hasta el molino. Visitamos la capilla con el Obispo Ramón Salas. En ninguna parte de Chile el sauce amargo es tan frondoso y de tronco tan grueso. Libro de horas de un árido país con un cinturón de fertilidad. El cielo azul sobre las montañas desnudas. Extensos maizales.

"Las vizcachas nos miraban con asombro desde sus celdas de roca".

Los ratones de pirca salen a tomar el sol de los domingos en la puerta de sus rascacielos.

La señora buscaba huevos de mármol para sus gallinas. Se acerca al empleado, ya viejo y achacoso, que camina apenas:

-¿Tiene usted huevos de mármol?

-No, señora, pie plano... (Contado por Augusto Tamayo Vargas).

"Una bacante de risa nerviosa y mirada extraviada" (E. M.).

Lima, 22 de julio

Los estilos artísticos en las culturas críticas son anti-ornamentales.

"Se necesita novia con experiencia", en una ventana de la calle de Pedreros.

Puruchuco, 23 de julio

Las madres-un camote, una papa que se ponen en hornacinas, un gran maíz con dos espigas-los espíritus de la naturaleza-habla Jiménez Borja entre las paredes de adobe, untuoso, como un esteta en tierra oliendo a plumajes suaves y a rabo de llama.

No deberían haber plantado pinos en las cercanías del palacio de Puruchuco. No crece una mata en los cerros de atrás. Cantan avecillas entre los algodoneros y los matorrales de suspiros. El cielo es gris. Los gruesos muros de adobe son como la exudación de la tierra, de los montes. Un perro aborigen con piel de foca y pata de conejo tirita al pie de la bandera.

Las aves chocleras.

La influencia oriental llegó a Perú a través de las Filipinas.

Ancón, 31 de julio

Cantan gallos de arena, escondidos aquí miles de años. Duermen barcas de cerámica sobre el mar subterráneo. Aquí no llueve nunca. Las momias están secas, resecas. Pero, cuando llega a llover, todas se mojan, se esponjan y se van.

No sé si el olor de Ancón es de arena excavada, de gallinero o de momias profundas. De todo mucho. Se camina pisando conchas anteriores a la memoria humana. Ladra un perro afligido. Tocan radios sobrantes de las Fiestas Patrias. Ahora explota una banda militar. Hay aquí 8000 años de basuras, osamentas, raíces, esteras, corontas de maíz, piedrecillas labradas, todo lo que deja el poblador cuando vive y muere en alguna parte. Signos. Huelen las basuras al unísono, con banda y todo. Unos pequeñuelos huaqueros escarban los montoncitos de greda revuelta con restos de choros, navajuelas, astillas de hueso, hasta estrellas de mar petrificadas. Respiro ahora el silencio del Dios Apenas Sol, Pachacamac.

Iquitos, 2 de agosto

En el Mercado de Belén, los gallinazos descueran los cascos de unas frutas sanguinolentas. Todo es pobre y descolorido. A pesar de ser una zona ecuatorial cubierta de selvas, la ciudad no tiene árboles. Los jugos de frutas vienen en latas de Lima o EE.UU. La plaza, con sus mahomeys cortados en conos, parece de Puerto Varas. La pila central ha sido pintada con colores de cassatta, verde pistaccio y amarillo fluorescentes. A unos cuantos metros discurre, majestuoso, el Amazonas, turbio, serpenteante y serpenteado, orillado de selvas que llegan hasta sus bordes, ramificado en una telaraña de afluentes.

En la balaustrada del malecón apareció de pronto Felipe, que era también Jorge. Alto, con nuca rapada de cadete militar, ojos achinados, labios gruesos, camisa carmesí, grandes manos, tez trigueña, 17 años.

-¡Hola!

-¡Hola!

-¿Eres de Iquitos?

-No, soy de Piura.

Pero era también de Arequipa y ahora vagaba conociendo mundo. "A rodar tierras". Vivía con su madre en Iquitos por unos meses, hasta cumplir 18. En la Escuela Militar de Arequipa se había hecho experto en karate y judo. Seguiría en la Aviación o en el Ejército.

-Me gusta todo lo militar. Me llamo Felipe, pero me dicen Jorge.

Posó coquetamente para una foto con el fondo del Amazonas y la isla vecina de los indios. Me pidió la dirección y se ofreció para acompañarme al museo. Después seguimos juntos toda la tarde. Atravesamos en bote a la isla.

Extemporáneamente me dice:

-No diga que es chileno, mejor. No le iría bien aquí.

Mientras Felipe y el indio dueño de un mísero despacho en el puerto del río arreglan los detalles de la embarcación, yo me quedo a cargo del tenducho, que casi no tiene mercaderías de ninguna clase, fuera de refrescos y algunos licores. Miento. Quedaban músculos de ostra a granel al lado de bolsitas de Té Jazmín.

Cuando vuelve Felipe, bebemos un vasito de *chuchuhuasi*, licor de hierbas. El indio nos dice que sirve para todo, contra la picadura de víbora, contra la palidez, "contra esos dolores de cuerpo que llaman reumatismo".

En la choza construida con hojas de palmera, el transistor chilla sin descanso con la propaganda de los motores Johnson. En la isla de los indios, las mismas radios aullaban en la oscuridad del bosque y entre los cobertizos.

En un bote gobernado por una india viejísima, me como una culebra sancochada, revuelta en una salsa picante, de un sabor muy parecido al congrio, y después una porción de lagarto, como ancas de

rana. Al final, todo los plátanos que quiera. Quedo ahíto de trópico ecuatorial.

Aquí la gente hace toda su vida sobre el río o en sus orillas. Muchos viven en las barcas. Los chanchos comen los desperdicios en las riberas. Un niño corre enarbolando dos grandes y blancos pescados. Sale de una casa en cuyo interior brilla un lavatorio rosado de hojalata. Una mulata carga una enorme fuente de greda en la cabeza. Una barca verde esmeralda con techo de paja impone su color a la bahía. Parece japonesa una india que navega sola en un bote a vela, con su paraguas celeste abierto de par en par.

Con las manos metidas en los bolsillos del ajustadísimo pantalón blanco norteamericano, Felipe, como un joven negrero, otea el horizonte. Remontamos el río, hacia el norte. Felipe agarra el timón. Barcazas verdes de carga y pasajeros siguen el mismo rumbo, bajo un inmenso cielo de nubes blancas, surcado por garzas. Las orillas están erizadas de árboles de troncos plateados. Pruebo el agua turbia del Amazonas. Felipe goza con todo, como un niño que es. Canta solo en la popa y me sonríe. El aire del río es deliciosamente fresco, pulmón azul de esta libertad de cielos y de tierra. Aquí saboreo el fuego del sol y los otros tres elementos conjugados. La tierra está cerca y su perfume llega hasta nosotros.

-¡Qué bien se vive aquí, en los ríos! -exclama Felipe, estirándose como un lebrel joven en el fondo de la embarcación.

En una choza indígena, en un terreno despejado junto al río, están excavando un trozo de moena para tambor. Se siente la radio de la cabaña vecina, a cuadras de distancia: "Motores Johnson..." "Desodorante Atkinson..." Felipe toma en las manos unos festivos pericos nuevos. Acaban de matar una gran serpiente jergón. La radio canturrea: "Fanta es fantástica".

Hay que subir a la cabaña por una escala de madera. En el piso bajo no vive nadie. Tiene sólo los pilotes sustentadores. Arriba está la madre con sus niños y un joven tío de unos 20 años. Ellos son indios puros de raza amazónica. No se sienten peruanos sino de su propia nación. La casa es de caña brava sobre palos. La madre despioja a un pequeño. Este acto resulta aquí enteramente limpio. Lo sucio es la radio.

Un pilar de mahomey está brotando en la esquina del cobertizo. Indecente la música tzíngara. Una red de pescar de hilos finísimos y blancos se seca delante de la casa. Todo se mimetiza en el cañaveral. Hasta nosotros.

Felipe vuelve de la selva vecina con expresión triunfante. Trae la serpiente jergón de lomo gris y vientre vetado con amarillo azufre. El muchacho cazador le cortó la cabeza. Vuelan mariposas multicolores que se confunden con las hojas. Las gallinas sestean debajo de la casa. Siempre me admira la tranquilidad de estos seres condenados a ser comidos inevitablemente antes de la edad senil. Ahora danzan unas mariposas de oro y limón jaspeado que alcanzan a dar una lenta sombra

de vuelo sobre la tierra seca. En el dormitorio de toda la familia, hay sólo una radio y dos arcas de madera sin pulir. En la pieza de al lado, un fogón de ladrillos y unas cuantas ollas de fierro y de greda. Una hamaca pequeñita para la criatura. La india, su hermano y los niños son cordiales con nosotros. Los niños corren a mostrarnos la serpiente muerta. Nos convidan aguajes, los frutos de una palma. Parecen lúcumas yema de huevo. Están recubiertas, como el piñón o la piña, de piezas imbricadas. Con esta fruta fabrican una bebida, aguajina, espesa y muy dulce, como el jugo natural de papaya.

Iquitos, agosto

Al día siguiente temprano, vuelve Felipe, que la noche anterior se había ido al cine con su madre.

Salimos a caminar por la ciudad.

-Mire ahí, señor, ¡un camaleón!

El animalucho, acezando, con sus grandes ojos protuberantes y su piel verde escamosa, va subiendo por un árbol, junto a la balaustrada que da al río. Ahora es grisáceo, verde, rojo, azul. Estira una lengüeta vertiginosa y papa moscas. Papamoscas.

El *amasisa* es un árbol gigantesco de la selva que se parece a un magnolio. Está cuajado de flores amarillas. A orillas del río, un festival de mariposas anaranjadas, entre bosquecillos de variadas palmas, todas airosas, crespas, refrescantes. Nadie recuerda aquí las melancolías secas del Tahuantisuyo. La atmósfera de un gran río festoneado de selva ahuyenta a los dioses andinos.

En una almadía atestada de pasajeros que regresan de Iquitos viajan, muy sentadas, como en un retablo, tres angelicales monjas holandesas, una Trinidad monjil que navega con pausados giros. Van a internarse como misioneras en la selva amazónica, como quien va al cine a la vuelta de la esquina en el puerto de Rotterdam. Se bajan en un parador, donde las esperan unos mestizos, para emprender la jornada hacia las selvas lejanas. Nosotros bebemos ávidamente una cerveza, comemos sandwiches de queso suizo y sardinas de Portugal. La casa de madera podría estar también en el interior de Aysén o en la Patagonia.

Iban dos estatuas de hielo sobre una piragua, derritiéndose lentamente, proa a Pucalpa, Amazonas abajo.

Me inclino reverente ante el árbol del pan de enormes hojas y ante la higuera salvaje del Paraíso, que no florece en la noche de San Juan.

Felipe me lleva al Museo, que no tiene mucho de interés, fuera de su colección de pirañas de varios tamaños; su profusión de máscaras, arcos, flechas, plumas. Al lado, en una tranquila casa, reza un letrero: "Se vende un tigrillo manso, tiene un año". El tigre grande es el Otorongo. En el mercado, bebemos un vaso de leche de yuca -masato. Felipe se afana preparando in mente una escopeta para nuestra excursión

a la selva. Siente un entusiasmo de niño pensando en los lagartos y garzas que va a abatir con su perfecta puntería.

El maestro González, dueño del bote a motor que hemos arrendado estos días, me deja de nuevo a cargo de su puesto de bebidas, que ofrece Inca Cola, gaseosas, cervezas, grandes naranjas verdes ácidas y *chuchuhuasi*, el licor del árbol rejuvenecedor. El boliche está rodeado de botes y de barcas y de pulular humano. Muchachos en magro traje de baño zambulléndose desde cualquier techo de falúa, niñas que venden bebidas y cosen o remiendan, mientras vigilan su tenducho; otras que lavan la ropa en lavatorios de fierro enlozado sobre sus balsas, en continuo quehacer que parece juego o sucio libro de horas, todo en el público escenario fluvial. Estoy en el centro de esta calle de techos de paja sobre balsas en el Amazonas. Más arriba del río hay pequeños palacios flotantes, casas de dos pisos de vivos colores, cabarets, prostíbulos. Las asiladas son buenas bogadoras. La radio comenta "Rebelde sin causa", con esa voz de locutor hispanoamericano, que es de todas y ninguna parte: *la voz del sirviente*.

Anoche, en la misma balaustrada donde lo conocí dos días antes, Felipe me contó, con media lengua de adolescente a la peruana y con muchos "¿ya?", historias de la selva, del Dorado oculto en la espesura, de princesas embrujadas, de fantasmas que se forman en los pantanos, parecidos al Anchimalhuén de los araucanos chilenos. Su ingenuidad es verdadera. El cree en todos estos mitos.

En todas las casas fluviales, los pericos son los miembros más menudos de la familia.

Aguardiente con clavo, con jengibre, con chuchuhuasi, pidió en el despacho la india jorobada y el pequeño que cargaba a la espalda le refregó un pan largo entre los pechos. Al almuerzo, la misma vieja de ayer nos da en su mesón fluvial carne de tortuga guisada con arroz y frijoles negros.

Un pescador, desde la proa, tendió una red negra sobre el río Itaya. Por la transparencia de sus aguas y el verdor oscuro de sus frondas, el río se parece al Futa o al Tornagaleones. Florece un arbusto con flores semejantes al jazmín de Siberia. Nuestra canoa ha sido excavada de un solo tronco. Bogamos por un estero de linfa cristalina con pequeñas flores verdes flotantes, con suspiros acuáticos de pálido lila. Dicen que este río abunda en pirañas. La tranquilidad paradisíaca es turbada por un escopetazo de mi amigo, que provoca el desbande de los patos, gallinas acuáticas y loros de los árboles. Todos croan y parlan.

Avanzamos por la soledad sonora de los grandes ríos.

-¿De Iquitos, señor, está viniendo? Pase a la casa.

La mujer, una india joven, encinta de varios meses, estaba pescando con un simple palo en el río. No era una caña sino una rama. ¿Pereza mental, abundancia de peces?

Su cobertizo es espacioso, un palacio selvático de juncos, de unos 20 metros de largo por 10 de ancho, bien construido y al parecer bien

habitado, porque de todas partes brotan niños que nos miran con avidez. En esta comarca amazónica, Felipe es tan extranjero como yo. Me digo que uno debiera andar siempre bien provisto de caramelos y estampas, así como los frailes que llevan medallitas.

Sigo un ancho sendero que se interna por la selva, entre bambúes gigantes, con restos secos de hormigueros destruidos por los osos. Cantan cigarras estridentes, *pankanas*, pájaros tan huidizos como una urraca llamada paja-muchacha. Sobre una caña verde se alza una flor de color coral con bordes blancos: el *cituye*. Milton, el hermano menor de Abel González, nuestro barquero, clava la flor de cituye en la punta de una vara. Es un muchacho de 11 años, tranquilo, fino, con algo de viejo. Apenas le entiendo lo que habla. El acento de esta Amazonia tiene unas cadencias que ya no son peruanas.

El *ohé* posee un rosado tronco generoso como el del arrayán del Sur de Chile. Se eleva hasta gran altura en ramas armoniosas, con sus hojas de magnolio. En un gran árbol abatido por la tempestad o por el rayo, crecen miles de callampas blancas duras, coriáceas. La brisa estremece los árboles como la luz los vitrales de una catedral. Vuela una garza roja y gris sobre el Itaya. El cielo del atardecer se degrada en varias alturas de gris y de cúmulos blancos en el azul cerúleo. Los pájaros, los perros, las cigarras se agitan antes de dormirse. Cantan gallos ocultos en las lejanas espesuras, entre trueno y trueno. La granjera me pregunta si Felipe es mi hijo. Ella está a la orilla del río preparando almidón de yuca, que cuela en un paño blanco. La rodean algunos de sus once hijos. Otros se le murieron. La selva es pródiga en vidas y muertes. A pesar de tan trabajosa existencia, la mujer se ve robusta, lozana. Dice que el marido trabaja demasiado en sus cultivos, sin ayuda, porque la mano de obra es cara. Desde las 5 de la mañana hasta las 6 de la tarde él atiende sus plantaciones de caña, bananos y yuca.

El implacable joven cinegético volteó cuatro pancares negros y amarillos, pico verde claro y ojos celestes. Se los lleva como trofeo. Este lugar, a la orilla del Itaya con sus 30 metros de anchura, dominado por la granjera como sierva patrona y sus hijos jugueteando alrededor, parece una estampa arcaica de las estaciones en clase de francés.

Regresamos a Iquitos en nuestra canoa, bajo relámpagos. Al día siguiente volvería a Lima. Terminé regalándole a Felipe un pantalón americano Lee. Me despidió a mediodía en el aeropuerto y por primera vez dio señales de alguna emoción después de tanta y tan grata compañía.

Volé en un avión casi vacío, que volvía a Lima después de dejar en Iquitos una delegación deportiva. Llegar al Hotel Columbus era arribar a tierra conocida.

Arequipa, 6 de agosto

Si fuera anti-indio escribiría: "Los cholos suplementeros parados frente a una iglesia no saben ni cómo se llama la iglesia". Así es. No

aciertan a dar con el nombre de San Francisco. Cerca de ahí, una plancha grande y solemne, como las que abundan para estos casos e instituciones en todos nuestros países, reza en voz alta: *Colegio de Abogados*. Y, al lado, el humor cholo ha puesto con tiza: *Augados*.

Vago a toda hora entre las calles y callejuelas blancas de Arequipa. A pesar de la severa y palaciega armonía de su Plaza de Armas, tiene algo de familiar, de conventillo pobre, como Iquique o Vallenar. La grandiosidad arquitectónica de la Colonia no tiene nada que ver con los pies descalzos ni con las ojotas del pueblo. Se me ocurre entrar a un cine, a ver "La Condesa de Hong Kong". El film vale por dos o tres buenas escenas, del buen Chaplin de antes.

Desde la frontera y la tierra de nadie, Arica parece una gran ciudad blanca.

12 de agosto

Hace 37 años (1930) escribí mi primer esbozo literario en una libreta de tapas negras con hojas de papel de borde rojo, como las que se usaban para el pan, el almacén, la carnicería. Escribí después de un paseo en auto por el campo, en familia. No, no. Un falso recuerdo. La libreta era más pequeña, de tapas rosa oscuro, mordoré, con gruesos arabescos parduscos. Me gustaba tocarla, áspera, suave. No me atreví a escribir ahí más de 3 ó 4 páginas. Aprovechando la precaria armonía familiar, salimos esa tarde a mirar el campo, hacia Chomedahue, la Patagüilla y Chépica. Los cerros verdeaban de pasto nuevo, como ayer. Y eso mismo lo escribí. "Qué lindos se están poniendo los cerros". Mi primera línea fue una alabanza de la Naturaleza, que se me había revelado más que nunca poco antes, en la época de las siembras. No olvidaré el tumulto de pájaros que seguía tras el arado que iba roturando la tierra negra, ni la exaltación triunfal de graznidos y entusiasmos volantes de tiuques que eso provocaba.

El poeta E. M. está preocupado porque noche a noche sueña con el alfabeto: sueño de escritor profesional.

El Taj-Mahal, un edificio-señorita, dice Michaux. "Especie de pescado plateado construido por el hombre".

Un chincol deslíe su canto con una risita, una cascada de chorrillos matinales. Chorrillos y Miraflores.

Cuenta Chamfort que una niña, hija de Luis XV, no podía convencerse de que su compañera de juegos tuviera también cinco dedos en las manos y en los pies. No se cansaba de contarlos. Los mismos dedos que estrangularon a muchas nobles gargantas décadas más tarde.

Lo Gallardo, 13 de agosto

En *Un bárbaro en Asia*, Henri Michaux escribe en 1941 que allí, en Asia, todos los demás somos bárbaros. Los americanos sobre todo, que ya lo son en su propia casa.

Ayer, estreno del Land Rover. Travesía de la Cordillera de la Costa con R. H., quien no salía hace meses de su nueva casa, en un edificio de la avenida Holanda. Se fue redescubriendo el paisaje primaveral, impartiendo bendiciones. Hizo aventurados planes para pasar su vejez en la Quebrada de Alvarado, que divisó al pasar, después de la Cuesta de la Dormida. El campo estaba rosado y polvoriento de almendros. Hacia la Costa perduraba la flor de los aromos. Su amarillo espeso de lluvia congelada tiene el esplendor opulento de un flujo caudaloso de crema. Es de una belleza comestible. Llega puntualmente la primavera, a pesar del invierno seco, y en este preciso momento germina el césped de las colinas, hasta en los mancillados cerros de Renca.

La mina Ramayana, suspendida sobre el vacío en su ceja de montaña, se veía desierta. Ya no dirigirá ahí su paso aquel cojo que subía tan penosamente con un canasto de sierra ahumada una lejana mañana de canícula. El cojo engordecido y las sierras ahumadas en sus envoltorios de papel mantequilla sudaban por igual. Pasa sobre nuestras cabezas una nubada de queltehues.

Suena una campanilla: ¡el pan! ¡la leche! Ese sonido me dice en el sueño que estoy en Lo Gallardo.

Sostenía Chamfort que sólo se mantiene la salud partiendo de una visión totalmente pesimista de los hechos, de los hombres y de la sociedad. Después de eso todo resulta divertido *-amusant*. Se parece la suya a la actitud de la Medea colgada de Cocteau: *Desde el punto de vista en que me encuentro...*

El optimismo matinal de los gansos es capaz de sobreponerse a todo. Llueva o no llueva, los gansos entonan su himno estridente de alabanza.

En camino a la Quebrada de Alvarado, el Land Rover empezó a languidecer y a hacerse el interesante. Un grupo de carboneros de buen humor nos ayudó a virar cuesta abajo. Unos niños rubios, cenicientos, nos siguen moqueando, llenos de curiosidad y risa. Les ofrezco un montón de *Mercurios*. Uno me dice: "No tenemos plata". Y agrega: "Yo soy Tito de Tito y éste es Juan de Juan".

En una muralla de Til Til: *Los Momios al Museo.*

Alguien carga una guitarra retobada como un pavo.

-Al Land Rover le dieron membranas.

F. es ahora el que está lánguido. Bosteza y se sume en la somnolencia. Tendremos que regresar a Santiago en tren esta noche y volver mañana a saber qué le ha pasado a esta terranave, que se queda en manos de Guillermo, padre del Tito y compadre de R. H. Nos invitó a su casa a calentarnos en el brasero y a tomar una taza de té con aceitunas del lugar. Su mujer, rodeada de cuatro pequeños, teje con mansedumbre, sin dejar de atender a las visitas. Hablamos de los olivos y tunales de Til Til, de los *montes* que vuelven a brotar desde sus troncos y aun raíces quemadas. Bebemos una botella de vino blanco. Nos cuenta que este año ha nevado, pero no llovido.

15 de agosto

El canibalismo tiene que haber sido por largo tiempo una condición natural del hombre. Habrá sido difícil abandonarlo, tanto como descubrir los motivos para hacerlo, en virtud de un tabú que funda a la especie humana en su situación cultural, en su espíritu.

Veo a lo lejos por el camino un cerro renegrido de pavos: una visión goyesca.

Una nota proustiana en este pasaje de Chamfort: "M. de B. decía que a una mujer no se le dice a las 3 lo que se le dice a las 6, ni a las 6 lo que se le dice a las 9, a medianoche, etc. Agregaba que el pleno mediodía tiene una especie de severidad. Pretendía que su tono de conversación con Mme. de... había cambiado desde que ella había pintado de carmesí los muebles de su gabinete, que eran azules..."

La Fontaine, al oír compadecerse de la suerte de los condenados al infierno, dijo: "Yo me complazco en creer que se han de acostumbrar a ello y que, al fin, acabarán por encontrarse allí como el pez en el agua". Preludio del Evolucionismo.

Marmontel y el anciano Boindiu, hablando en clave, pusieron a Dios el nombre de "Monsieur del l'Etre".

"Es precioso amar a alguien diabólicamente para comprenderlo", decía un misántropo citado por Chamfort.

25 de agosto

-Las perspectivas del mundo serán cada vez peores, pero las nuestras son buenas -me dijo. Moriremos pronto.

-¿Usted cree que a los jóvenes les interesa que nos preocupemos de ellos? Al contrario. Nada de caritas sentimentales de viejos intrigados por el porvenir, a lo Arturo Piga. Por lo demás, la preocupación por el porvenir ha sido una de las formas más redomadas de hipocresía. Un pedagogo es casi siempre un simulador. Como Selma Lagerlöf o Gabriela Mistral, que no podían tolerar a los niños, a los que debieron el Premio Nobel.

Til Til, 26 de agosto

Digo, ¡mierda! y F. me pregunta:

-¿Y con esa misma boquita come pan?

Mario Vargas Llosa declara en una entrevista que el escritor debe trabajar como un empleado de banco, 8 horas al día. ¿Para qué? Para *fabricar* sus obras. Para confeccionarlas, como un pastelero, como un sastre. He ahí un camino. ¿El baudeleriano? No sé hasta qué punto. ¿El único? No es el método de Sócrates, por supuesto. Ni el de Chamfort. Y, para seguir bajando en la escala de valores, no es el mío. En cambio, mi madre trabaja en sus esmaltes sus 12 horas al día.

Cortázar me parece hasta ahora un maestro de la composición. Gocé intensamente con "Axolotl", pero mucho menos con sus historias estupendas de estados de alma poco interesantes.

27 de agosto

Las lechugas hicieron cortocircuito e incendiaron la casa.

Desde Til Til hacia los cerros del poniente, se penetra en los bolsillos de Tapihue, donde podría Fray Luis haber escrito su "Oda a la vida retirada", interrumpido por el grito de un pavo, como éste que ahora me asedia mientras escribo. Tengo que cambiarme de lugar y seguir sentado sobre las raíces de un almendro todo afiebrado de flores y de abejas. Para los animales es un sitio y una hora de amor. Una pata casera de pico rojo llega, azareada, resoplando. Mueve lateralmente la cola. Levanta el pescuezo. Me mira como si fuese una granjera danesa, casada con el Rector de la Universidad. El pavo está amarrado de una cuerda clavada en la tierra, que no le impide hacerle la rueda a una pava de ceniza melancólica y querer pisarla con arremetidas de mechón furioso y de papada majestuosa. Ahora atraviesa el arroyuelo -para qué decir qué cristalino- y viene directamente hacia mí. Se le acerca la pava, toda púdica, hipócrita Susana y se queda ahí, esperando el gran momento, junto a la pata curiosa, que no puede más de ahogada y toma agua para refrescarse. El pavo se monta sobre la hembra, la aplasta contra el suelo. Medio se desequilibra con toda su indumentaria, tose, estornuda, se engrifa, se vuelve a subir sobre la bella. Parece hacer el amor en varios actos. La pata, ausente, se queda en silencio. Balan unos cabritillos recién nacidos. Dicen que no lejos de aquí el año seco está matando a los hijos con sus madres. Pero en esta huerta hay algo de prosperidad: colmenas, palomares, grandes higueras aún sin hojas, niños que entran y salen de las casuchas de madera construidas después del terremoto de 1966. Un verraco blanco viene a olerme con curiosidad.

Todos siguen en esta Arcadia los partidos de fútbol por radio -por el afán de seguir algo, cualquier cosa.

Una novela sobre nuestro esteticismo a la chilena y su muerte. Su deshojamiento. *Las plumas del cisne.*

30 de agosto

Siempre me ha parecido que en la idea aristotélica de *mimesis* se da también la exigencia de un descubrimiento. No se imita sólo por reproducir las percepciones sino por hallar en ellas algo más, desde que aquéllas -en cuanto tienden a identificarse con las ideas- son susceptibles de enriquecimiento, de progreso. Retratar un cuerpo humano equivale a comenzar a descifrarlo.

Santiago, 6 de septiembre

No se conocen en el pueblo de Chile las danzas colectivas, fuera de los bailes de los *chinos*, que son puramente religiosos y tan dominados por los varones que uno se olvida de que también pueden participar mujeres. Viendo nuestras fiestas, y aun las peruanas, se evocan con nostalgia las sandungas del istmo de Tehuantepec. La cueca es forzadamente alegre y resulta al final monótona, descolorida y triste. En los campos, después de unas horas de tomatina, los danzantes parecen aletargados, sobre todo cuando ella es vieja y se mueve sin ganas y sin la menor sombra de gracia, por obligación de servidumbre, hembra sometida al destino.

Acabo de terminar *Una Venus marina* leída a saltos, en varios climas, estaciones y países. El libro viajó y se usó tanto, que terminó como un cisne desencuadernado, veterano de guerra. Me dio goce desde comienzo a fin, a pesar de las disquisiciones históricas menos vivas que el resto. A comienzos de 1966 lo llevé al Brasil y lo leí en parte con R., en la navegación a la isla de Paquetá, en pleno enero calamitoso. Tanto nos gustó que nos prometimos seguir leyéndolo juntos, pero la ocasión no volvió a presentarse y después nos olvidamos de la promesa. R. tal vez se olvidó del autor y del libro. Pero lo eché de nuevo en mi equipaje al partir a China. Ahí se quedó dormido e hizo todo el viaje con las tapas cerradas. Volvió a abrírseme en las manos hace unos pocos días, después de la *Antología* de Cortázar. Me parece tan inactual como Pierre Loti, con la diferencia de que la inactualidad de Durrell es la mía, y la otra ya no es de nadie, ni de Salvador Reyes. Entretuve una o dos noches de insomnio en Lima con el *Fantasma de Oriente*, que podría ser buen tema para un film de Buñuel. Lo abandoné entre los libros viejos del Hotel Columbus, en un anaquel al lado de la recepción, y vi con sorpresa que desapareció muy pronto. Alguien se lo llevó, tal vez por ser el único libro en castellano entre los Pocket Books suministrados a la clientela de turistas. No alcancé a compartir nada del amor de Loti por Aziyadé y me pareció que él tampoco sentía nada. El único personaje vivo que recuerdo es la vieja criada negra moribunda que lo guió al sepulcro de su bienamada. La pobre estaba muriéndose.

A mi mamá le dice doña Alicia, su consuegra, que para esta noche hay anunciado un terremoto. Sin hacer caso de mi oposición, pone en sitio seguro unos *potiches* de una repisa y yo me sorprendo imitándola con unos jarros chinos. Mucho más tarde me comunica con aire de triunfo que la radio informa de un temblor en Tocopilla. Traduzco una hora a Koyré. Me acuesto y leo a Durrell. Dormito y me desvelo. Termino *Una Venus marina*. Tomo un namurón, el primero en mucho tiempo. Escribo. Agarro un volumen de la correspondencia de Sainte Beuve.

9 de septiembre

"Artemisa bastarda" o Milenrama es la planta auxiliar del I Ching. (Gastó de un golpe las pezuñas del hábito).

11 de septiembre

En dos sesiones despaché *Ape & essence*, libro amargo, caricaturesco y cansado. Es una lectura de terror, descarnada, brutal. El fin no alcanza a levantar el ánimo. *L'amor qui muove il mondo...* no sé por qué me acuerdo de L. V. ¿Serían tan subjetivos los móviles de su suicidio?

Visiones angustiosas de Peregrino poseído por el demonio, tragándose la lengua, con la lengua afuera, torcido.

Y ahora, *Pedro Páramo*. Paisajes sobrecogedores. Más humano que Julio Cortázar, tiene una raíz goyesca como Guadalupe Posada y el aire desgarradamente sobrenatural de algunos versos de muerte de la Mistral más sombría. Es una pesadilla húmeda, toda llena de visualidad, lo entrevisto en la penumbra del sueño, en pleno tenebrismo español, que es tan mexicano como las momias de alfeñique de Guanajuato.

En la medianoche, insomne, golpeo las manos para que acudan los espíritus del sueño.

Me pierdo en las descripciones japonesas de Pierre Loti. El todo lo hace delicuescente, a fuerza de lirismo verbal y un poco lacrimeante. Compararlo con Durrell sería como comparar a D'Halmar con Lafourcade. Interesan las mismas cosas, pero sentidas al revés. A mí me reprueban -y me reprocho- el preciosismo; pero me interesa la visión íntegra, lo que no me impide ser un autor inactual e insignificante. Pero, en general, el mundo que ven otros es susceptible de arreglo, por la revolución o la ciencia, por las dos cosas, y el mío es a la vez perfecto y sin arreglo. Perfecto en cuanto tiene salida -un poco más que estética, pero, así y todo, estética-, y sin arreglo posible porque será y deberá ser siempre igual. Nada maniqueo. Por cierto, no se trata de buenos y malos. Sino del mal y el bien en un mismo centro existencial. El maniqueísmo hay que dejárselo a los políticos. No sirve luchar contra él. No sirve luchar contra esta almendra del poder.

16 de septiembre

En todo lo que escribe, se ve que E. L. siente nostalgia del homosexualismo.

Una nostalgia colérica. Y malsana.

Anoche, ordalía de R. H. Me saturé de él de nuevo. Quejas, reproches, soberbia. El cree que el mundo se desmorona sin él.

18 de septiembre

Cerca de Puerto Oscuro, que bien merece su nombre, el pequeño Fiat se pone a humear y después de un nuevo intento de partida, se queda mudo a unos cuantos metro. ¡Se acabó el viaje! Fernando regresó a Los Vilos a buscar aceite, pensando que nuestra pana se debía a eso, y yo me quedé con R. H. mordisqueando hierbas y leyendo el *Poema de Chile* de Gabriela Mistral. Así se nos pasó el día entero. Nuestro joven compañero sólo pudo volver en la tarde, al oscurecer, cuando ya soplaba una brisa de hielo, con unos muchachos que iban a La Serena en una camioneta desvencijada, los únicos que se comidieron a traerlo. Tuvimos que regresar a Los Vilos tirados por un enorme camión cargado de citronetas de Arica.

El frío nos había mantenido sitiados en el auto. Los *Poemas de Chile* están sembrados de pepitas preciosas, pero el conjunto es tieso, parece envarado como un músculo después de una caminata muy larga. La poetisa jadea, abusa de las dualidades, de las oposiciones entre la muerte y la vida, se imita y se repite y los arcaísmos populares sólo a veces le resultan felices. Algunos hallazgos -empezando por el poema "Hallazgo", el primero del libro- son espléndidos, una revelación de experiencia insondable y, sin embargo, simple. En casi todo el resto, el forcejeo con una lengua acostumbrada a cantar lo mismo le niega el descubrimiento. R. H. descubrió muy bien lo que vale, especialmente en los versos más logrados, ágiles y patéticos. A veces ella escribe como si ya estuviera muerta y se dirige a su sobrino desaparecido, sigue con él un diálogo que ya no será interrumpido por nadie ni por ninguna acechanza y, como antes en la vida, le cuenta el mundo. Ella es la Madre Gea que inventaría -o inventa- un país imaginario -*su* país- y se lo entrega. Chile, ahí está, lleno de ciervos, huemulcillos, vicuñas, poblado de indios. Ella se identifica con los unos y los otros. Su mundo es pequeño, tan clausurado como eterno. Es la huerta, el jardín humilde de las viejas aldeanas como ella; pero es más huerta que jardín, pues éste ya le parece demasiado lujo. No oculta su poca simpatía por las rosas, que dan un aroma que no dura y que son flores altaneras de rico. En cambio, sus preferencias están con la salvia silvestre, con la albahaca, la menta, las plantas que son útiles y fuertes, penetrantes de olor, salutíferas. Es el suyo un mundillo de vieja campesina, un poco solterona, un poco viuda, que vive de recuerdos que se transforman en "el recuerdo", el del *hijo robado: malas manos tomaron tu vida...* Es la misma tragedia. Ella sólo se consuela conversando, loca, con él, a través de sus macetas, con su higuera, con su pañuelo de hortalizas. El resto del mundo no existe, o le importa poco. Se le ha secado.

A veces la poesía no pasa de ser eso y ella se queda ahí mismo, sentada triste en el corredor de la casa. Mas de pronto hierve y se le sube a la sangre, se le derrama en generosidad bendecidora o se alza en elevada, altísima tragedia. En sus cogollos alcanza a la plenitud.

En el pobrísimo figón donde almorzamos, había en la pared de barro un paisaje de montañas feo, seco y vulgar, firmado por un señor Ollarzú. Nos sirvieron una especie de conejo asado que parecía arrancado de ese paisaje, con salsa picante y con papas fritas verdosas de puro mal de aceite. La muchacha que nos atendía usaba un gorro de piel parda con cola de zorrino. Su cara parecía la de una mucama suiza y sus movimientos tenían gracia montaraz. La sorprendí escupiendo por el colmillo. El grimillón de harrapiezos de Puerto Oscuro muestra la explosión demográfica entre tantos terrones. La estación de Los Vilos se ha adornado para Fiestas Patrias con flores azufradas de chagual clavadas en los pilares. Pero casi nunca pasa el tren.

Las loicas parecían añañucas paradas en los bordes de la carretera, sobre los matorrales de pata de cabra. Triste planta de sequedal que hace gris el paisaje, detenida sin resplandor de flores, perseverando en el puro permanecer. Entre ellas crecen los diminutos geranios de las tierras áridas y un césped que no dura verde más allá de septiembre. En estas comarcas no falta sólo el agua. Faltan la tierra y el labrador.

Los Vilos, 19 de septiembre

Almuerzo con R. H. en un pequeño restaurant de la playa, El Sin Envidia. Es sólo una pieza abierta al mar, de muros celeste y puerta roja. Las mesas están adornadas con ramos de calas. Por las ventanas se divisan las colinas de Huentelauquén y Puerto Oscuro. Jóvenes de rojo vivo y azul juegan pelota frente al mar, más azul que otros días. Comemos congrio frito con papas y empanadas de locos. Cogí un floripondio carnoso del que acabo de sacar una arañuela verde y pardusca que termina por ocultarse en un vaso azul. En el *pickup* del Sin Envidia tocan los mismos discos mexicanos que he escuchado siempre en esta costa.

Leyendo *El túnel*, veo que las *Canciones rusas* son la consecuencia de los *Antipoemas*: la extenuación después del caos.

En un médano, al costado de la carretera, un grupo de gente me pareció estar haciendo picnic alrededor de una bandera chilena. Son evangélicos, que de pronto inician su canturía salpicada de oraciones. No tocan instrumentos. Los colores de su ropa son más vistosos que en otras partes. Abundan las notas rojas, los tonos claros, y los pañuelos en la cabeza. Han clavado otra banderita en lo alto de un quisco. No han traído más impedimenta que un canasto tapado por un paño blanco. En medio de la primavera que verdea en las colinas y que arrastró a todo el mundo a la Pampilla de Quereo, ellos entonan las estrofas lastimeras de sus cantos y se quejan de los pecados del mundo.

Mientras yo miraba con horror un enorme cerdo despanzurrado que apareció muerto al lado de la estación de servicio de la carretera, veo que aparece sonriente y sorprendido Jorge Millas, quien viene de regreso de La Serena.

-¿Por qué ha de ser que siempre me encuentras en estas circunstancias curiosas? -me pregunta.

Celebramos este hallazgo con R. y nos fuimos a almorzar al Sin Envidia, que estaba desierto. La gente tomaba y bailaba en la Pampilla.

Entró un burro al comedor y se comió todos los claveles.

Los Vilos, septiembre

Equinoccio de primavera.

Mañana gris con eucaliptos floridos y golondrinas recién llegadas desde el alba. En esta región llaman a los picaflores pequeños, *pingueras* o *pingueritas*, que corresponde a las eufemias o eufemitas de la costa de San Antonio y Lo Gallardo.

En los faldeos crece mucho el siete camisas, que la gente distingue de la ñipa y del varraco. Pero este siete camisas, después de florecer en campanitas rosadas, produce una baya como la del boldo, que los niños comen de vuelta de la escuela. También la llaman palo falso. Una especie de heliotropo es el palo negro o monte negro. La salvia también es perseguida por los picaflores. Los campesinos la usan en infusión para hacer gárgaras contra el dolor de garganta.

Después de leer *El túnel*, que me parece tener mucho de grand-guignol porteño, sigo ansiosamente el patetismo serrano de *Los perros hambrientos* de Ciro Alegría. Todo está bien trazado, parece real, pero padece de *la enfermedad del estilo*. Tiene zarandajas y colgaduras que le sobran. Las descripciones son "pórticos", de cartón-piedra. Los hechos, que son lo único que cuenta en esta obra, alcanzan apenas a salvarse, como si no se tratara de una novela sino de una ópera.

"Los aullidos se iniciaban cortando el silencio *como espadas...*" "La mujer entregó su vientre redondo y sus largos muslos a la claridad de la luna y al hombre"[138] (Lima, Editorial Universo, 1967. p. 128).

El poeta Molina tiene un ojo de agua. Don Castoro, Don Tortillo Corredoro, Don Ruibardo, Doña Nipona.

2 de octubre

Estas noches, leyendo a Elena Garro, *Recuerdos del porvenir*. En ella luchan el sueño y la realidad, el sueño "literario" y la realidad. Es artificiosa de la mejor manera posible, como Henry James. Pero, si la comparo con el Rulfo de *Pedro Páramo*, veo la diferencia. En éste, el sueño y la realidad se apoyan, se acentúan mutuamente. Lo real es sueño y el sueño es real. Ambos salen de la tierra seca, del hambre, del crimen, del amor a regañadientes, de todas las ánimas que somos. Elena es esteticista a lo Virginia Woolf y crea delicias climáticas morbosas, con

[138] El destacado en la cita es de Oyarzún.

lo cual llega a condensar un velo de Maya de suaves toques ambiguos sobre sus personajes y objetos. Su estilo es sensible, inteligente, a veces demasiado perfecto. Ella trabaja sobre el agua y ve a la Revolución a través de sus pestañas, mientras dormita a la sombra de un jacarandá. Es difícil superarla en la sutileza desde la cual re-crea a la barbarie. En cambio, Rulfo escribe con tierra y con tinieblas. El estilo de ella tiene algo de muselina, con toda la finura de una telaraña para ver y ocultar lo que se ve. Rulfo camina sobresaltado, a tropezones de pesadilla. Elena está sonámbula y los sonámbulos no tienen pasión.

Octubre

Encuentro por la calle a Roberto Munizaga. Me dice que las cosas están malas en la Universidad, todo está muy mal. Eugenio González es uno de los mayores responsables. ¿A dónde vamos? Se acercan las guerrillas. Jorge Millas, en Los Vilos, me aseguraba que todo está inevitablemente mal. Juan Gómez Millas me agrega que las cosas están peor en todas partes. Para el poeta Molina, todo está cada vez mejor. Sus años son cada vez menos y, por lo demás, todo lo que pasa lo previó y predijo Teilhard de Chardin.

Todos los partidarios furibundos de la paz -la Paz- preparan la Revolución, quieren hacernos creer que se han olvidado que las Revoluciones también son guerras. (¿La guerra que pone fin a las guerras?). Y en la América Latina, aún más crueles que las guerras externas, porque los odios y resentimientos son mayores y tienen a su objeto más cerca. No sólo se tira a matar, sino a herir para torturar al enemigo antes de su fin.

En los últimos capítulos de *Recuerdos del porvenir*, Elena Garro reúne todas las vertientes y llega al patetismo sin mañana de la tragedia griega.

Bajo el pulgar, siento latir mi sangre en la sien e intuyo que este mismo latido se reproduce en los seres vivos innumerables del mundo y que él da ritmo y medida a la vida del universo.

5 de octubre

Almuerzo con Hernán Valdés. Hablamos de Enrique Lihn, Nicanor, Teillier. Dice que le gustan de Lihn los poemas sentimentales, los que él justamente rehúye. No confía en el barroquismo grandilocuente de los otros versos. Enrique siempre se muerde la cola. En sus poemas ideológicos es confuso. No le gustaron -a H. V.- las *Canciones rusas*. "Cualquiera conversación en una esquina es más interesante". Ha tartamudeado después de los *Antipoemas*. Jorge Teillier se quedó pegado a su talento infantil y a los poetas y contertulios de las provincias del sur, que son su Corte y con quienes se emborracha. Hablamos después de unos años desvanecidos. Hacemos recuerdos del *Gofo* Molina.

Margot Loyola me cuenta que con Violeta Parra, su comadre enemiga, se habían prometido anunciarse la noticia de su muerte. Así ocurrió. Ella estaba en un pueblo cordillerano de Arica, con Cristina Miranda. Una noche se le apareció Violeta en sueños, contándole que había muerto y que vendría pronto a buscarla.

-¡No, no quiero morirme tan pronto!

-¿No? ¿No sabes que aquí se está mejor? Estaremos mejor -insistía Violeta.

Margot, aterrada con este anuncio de muerte, cuya primera parte se había cumplido, estuvo alterada dos meses.

Es curioso comprobar que las instituciones también mueren por mediocridad. Yo creía que se mantenían por ella.

Tema para Félix Schwartzmann: ¿Por qué los hombres se interesan por la Humanidad? ¿Por qué puede interesarme a mí una humanidad que no veré y en la cual no habré de participar? La frase *Après moi, le déluge* es no sólo la expresión de una considerable mayoría, sino una consigna del buen juicio, rubricado a su modo por G. B. Shaw, cuando exclamó: "No me gustan los viejos porque no les interesa el futuro". A menos que, para sobrellevar la vejez -plausible doctrina-, haya que olvidar la muerte. Los viejos se valen del futuro, que no les pertenece, para no dejarse morir tan pronto y por eso actúan y atacan al presente, para bien indirecto de los jóvenes, que necesitan ser atacados.

Mucho de lo que vemos, como fenómeno propio del último tercio del siglo XX, proviene de la invasión de la juventud, que antes no había tenido voz ni mayoría. Ahora los jóvenes son más y se imponen. Y, entre las cosas que establecen, traen consigo una revisión práctica de la idea y del sentimiento del pecado. Especialmente de los pecados sexuales. Y si hasta la avenida costanera de Valdivia lo confirma, lo desmienten, por cierto, los Guardias Rojos de China. La hipocresía de los mayores, desenmascarada en todos los campos, es puesta en éste más descarnadamente en la picota, en virtud del mismo juego dialéctico que los jóvenes de hoy practican. La abolición o cambio de los mores sexuales es por sí misma una revolución. *Contra los viejos*, la consigna es más practicable que la otra: *Contra la muerte*[139]. Por lo menos, justifica muchas cosas. Pues, ¿quién duda? Los adultos solemos ser más hipócritas, mentirosos, perversos. Salvo los santos, que son siempre jóvenes.

Con que las nuevas juventudes latinoamericanas se levanten en favor de una sociedad sin clases y sin discriminación racial o sexual, bastaría para que le hubieran hecho un buen servicio a este mundo.

En las discusiones que llegan a lo bizantino, por exceso de sutilezas jurídicas y retóricas -como cuando en nuestras Universidades se discute el co-gobierno, asunto puramente práctico y contingente-, se

[139] Oyarzún utiliza intencionadamente aquí el título del libro de poemas de Gonzalo Rojas, *Contra la muerte* (Santiago, Editorial Universitaria, 1964).

olvida fácilmente que la mayoría de los profesores son detestables. J. M.[140] habla de la Universidad como el "templo del saber". ¿Quién se puede tragar tal cosa? Los estudiantes piden intervenir porque quieren meterse en todo y porque no resisten más a gran número de docentes amparados en caducos privilegios y que no valen nada. Este es un hecho.

6 de octubre

R. H., alterado con las condenas a muerte y la negativa de indulto de Frei. Después, comida en casa de R. M., que extremó en canciones su banal coquetería. Susurros brasileños, italianos, franceses.

Para esa madre ejemplar, el mundo comenzaba a estar bien cuando todos sus hijos estaban acostados, profundamente dormidos.

Cosa chilena: En Coquimbo, restaurant *La Crisis*.

En 1842, un sabio alemán sostuvo que el eje de la Tierra fue intencionalmente desplazado por los Dioses.

Reforma urbana: Si todos los habitantes de la ciudad tuvieran árboles, pájaros y una pequeña huerta o jardín, las revoluciones no serían tan frecuentes.

Los Pierrotins de la Martinica danzaban locamente en la víspera de su aniquilamiento.

Octubre

En la actual civilización urbana, una persona sin teléfono se condena al salvajismo.

Hace muchos años, Nicanor Parra descubrió que entre Don Quijote y Sancho Panza existía una relación sexual apasionada. También intentó dar una base erótica a la atracción universal, y vice versa. Decía que tan misteriosa es la atracción sexual como la gravitación.

Me produce irritación Acario Cotapos, cuando me dice por teléfono que no le interesa ninguna música del pasado, lo que equivale a sugerir que se queda sólo con la de él -que también es del pasado. Ahí solo, en su minarete de la calle Guayaquil, él no hace sino llenarse de sí mismo, lo cual es una consecuencia de su infortunada soledad.

El poeta Molina me pregunta:

-Y las gallinas, ¿se reencarnan a través de otros huevos?

Dos amantes en el Hotel Lucero se eternizan discutiendo sobre átomos y moléculas, a propósito de hidrógeno y oxígeno, del agua y de las nubes. Ahora se insultan. Han pasado por todos los conceptos fundamentales de la química para terminar acostándose con mucha familiaridad. Ella insiste en las mezclas y él la aplasta con cierta erudición acerca de los halógenos. Desde ahí se elevan al cielo y

[140] Jorge Millas.

descienden a la fenomenología de la carne. Ella ríe a sorbitos, segura de su objetivo. De pronto él cita a Gabriela Mistral y a Neruda, a propósito de la dureza de las nubes. Y terminan diciéndose que tienen que acostarse, a pesar de tantos misterios irresueltos.

Con su pelo crecido y crespo, R. M. parece un fauno, un joven borracho de Velázquez.

Huanhualí, octubre

Un joven de aspecto mulato que trajimos en el auto, analfabeto de 22 años -Alberto Tapia-, nos muestra con orgullo su jardín de la plaza, alrededor de un horrible monumento a Rubén Darío. De todas maneras el jardín es prodigioso, abierto a las colinas y a las cordilleras más lejanas, con profusión de flores elegidas por el ojo colorista del joven. Ranúnculos, lupinos enanos, altas colas de zorro, cinerarias azules, achiras, setos de crategus y coronas del poeta, se mezclan con los yuyos, con las alcaparras del Norte y con la flor de la perdiz. Unas alas blanquinegras de queltehue hacen de espantapájaros. La tierra seca se inunda aquí de efluvios, de cantos de pájaros y vuelos rasantes de golondrinas.

Este año, en Pichidangui, menos flores azules de Novalis -*Nolana postrata*-, raleadas por la sequía. Aparecen los primeros frutos del lúcumo silvestre. Altramuces azules. Un hormigón negro sube azorado por una roca parda de líquenes. Parece un ermitaño solo en un mundo hostil, un Robinson Crusoe ignorante de la primavera. Mínimas liliáceas amarillas se elevan en dos pies, se empinan sobre su estatura un codo.

El poeta Golo -y goloso- convive con Misiá Genovena de Brabante en Lo Gallardo.

Los brotes tiernos del palo colorado -el lúcumo silvestre- van desde un laca profundo al siena. Las lágrimas de la Virgen se lloran a sí mismas. Un litre aparragado, todo en flor, se ha transformado de pronto en la Victoria de Samotracia. Anoche dormí en carpa al lado del mar, entre unos boldos. En mitad del sueño escuché el ladrido del zorro y desde antes del amanecer, los cantos de las diucas, del cometocinos, del churrín, del chercán mezclados con plañideros de gaviotas.

Las hojas del lúcumo silvestre son tan elegantes como un *menu* francés del siglo XIX.

En Alhué, R. H., que viene a esta villa después de 20 años, intenta en vano convencer a una anciana y a su hija que jamás se han movido de este pueblo de que su casa era blanca en ese tiempo.

Exaltación de las acacias. La primavera se encierra entre las altas montañas y explota en perfumes reprimidos entre los rosales y las parras.

Noviembre

20 años atrás, en estos días sentí la más grande exaltación de amor. Ahora empiezo a despedirme de todo. Aun de ese amor, ya seco.

Pienso en la muerte como una liberación semejante al amor más consumado. Subamos, amor mío, a las colinas de la muerte.

Conozco perfectamente mis vicios. No he adquirido ninguna virtud.

Anoche, ¿qué? Anoche. Cada noche trae su pequeña promesa. ¿Para qué? Ahora estaremos juntos, tú y yo. Como en los orígenes del mundo, antes del pecado. Aun allí, ¿estaríamos juntos? No estoy muy seguro. Siempre olvido los rasgos del rostro amado.

Maravilla de teatinas maduras en la cuesta de Nogales. Cantaban los pájaros en los litres floridos alrededor de R., que sostenía una brizna de hierba entre sus dientes. Sus ojos verdes se nublaban de cielo y los zumbidos de las abejas se entrelazaban en los vellos dorados de su pecho. Miraba lánguidamente en torno suyo y de pronto sentí que sólo lo amaba como a la encarnación fugitiva de un dios primaveral.

El conocimiento artístico es conocimiento fabricante, intuición manual.

Anoche, besos, ternura. Un tesoro, al fin, al alcance de mis ojos, de mis labios. Un tesoro con nombre y apellido.

Dice R.: "A mí se me picó la guía..."

En el fondo, mi madre no me perdona ser homosexual. Pero menos me perdonaría no serlo. Todos nuestros conflictos vienen de ahí. Entre Scila y Caribdis.

Recuerdo el día en que me fueron a dejar al Internado. Toda la noche me pareció atravesada por campanas extrañas -eran de la Basílica de Lourdes. Yo no sabía la hora en que debía dormir ni la hora de levantarme. Mi vecino en el dormitorio no lo sabía tampoco. Estábamos despistados. Un inspector me levantó temprano en zapatillas de gimnasia. Mi madre se había marchado en la noche sollozando. A ese mismo inspector le había dicho: "Este Colegio parece una prisión". Y él, muy deportivo: "Es todo menos una prisión, señora. Ya verá su hijo cómo se acostumbra".

La noche fue larga, ópera en varios actos, y al amanecer, campanadas de Lourdes.

Nos duchamos como a las 6, mi vecino y yo. El era moreno, de grandes ojos almendrados. Nos sentíamos amigos por la fuerza de las circunstancias. El, tan solo como yo. ¿Qué vendría después? Estábamos sometidos a la misma condena. Su madre lo había dejado en el Colegio. Teníamos que despertar, a la sombra de esas campanas, en ese dormitorio enorme de cien muchachos que dormían ahí esa primera noche, sin aprensiones, sin remordimientos. Mientras yo me daba vueltas en la cama, con temor, intranquilo por estar ahí, la primera vez solo entre tantos ¿Sería el amanecer? Sonaba la sirena de un tren eléctrico. "No es éste mi nido. Mi padre no es capaz de nada. En todas partes seré un huérfano. Mi padre no puede ganarse la vida. No tiene constancia. Se emborracha. Mi madre ha conseguido que yo venga a este Internado a

educarme, a aprender cosas". Me parece que es muy tarde cuando tocan los timbres. Hay que levantarse. Ya me he duchado. Hay que ir al desayuno. Todo está indicado por horas. Levantada, a las 7. Desayuno a las 8. Mi vida está perfectamente dividida. Me preguntan: "¿Estás bien?". "Bien". No es tan seguro. Mis compañeros son como yo no soy. Parecen felices.

Diciembre

Los australianos matan y se comen a los cangurúes, que son la peste de Australia. Pero sin duda la situación sería inversa si estos singulares animalillos hubieran leído a Darwin y se hubieran perfeccionado para la lucha por la vida.

Ayer, las amapolas rojas de Lo Gallardo. Doña Momo las vigila, seguida por su azafata enanilla de Charles Nodier.

Noche en el bosque de Palo Colorado. Fogata bajo un cielo nuboso. Carne asada que huele a pampas argentinas. El lúcumo está en sazón con sus frutos rojos y verdes, sobre el verde botella de las hojas de revés plateado. La pulpa magra es dulce, blanducha. El arbusto trepa hasta lo alto de los roqueríos. Muy temprano empezaron a cantar los zorzales con muchas voces y distancias distintas. Un variado coro de pájaros me demostró mi ignorancia en el conocimiento del campo. No podía distinguir sino la tenca, el chincol, el chercán, la diuca -la más madrugadora.

En una de las pozas de agua estancada entre las rocas habían muerto una araña peluda, una enorme madre de la culebra y una rata, todas infladas, flotando en la viscosidad de las algas. Me pareció oler ahí la descomposición de la extinta primavera, en flor sólo con los pajaritos azules -*pasithea*- entre las teatinas secas y en la crasa opulencia de las alcaparras. Las moscas zumban aletargadas en el monte. La codorniz llama con sofocación en la espesura del bosque de pitras. Al mediodía la escalonia exhala con más fuerza su perfume de honda quebrada chilena. En el potrero seco, menudas ruedas de la fortuna, me miran miles y miles de manzanillas minúsculas, ocho pétalos blancos, lilas, amarillos en torno a un sol central de fuego. Arranco una pequeña flor y la pongo entre las hojas de mi cuaderno. En ella quedará una gota de esta mañana blanca y gris, fugitiva en sus cantos.

Colliguay, 17 de diciembre

Solsticio en los cantos de las diucas antes del amanecer, a las 3 y media de la mañana. Delicias nocturnas, delicias del amanecer, bajo el peral florido en que se posa un ave misteriosa de encrespado plumaje.

Don Pedro Muñoz, viejo vecino de Colliguay, nos habla del *vino carlón*, mosto asoleado del Maule que estrujan de los racimos ya cortados y puestos a secar para endulzar las uvas como pasas. Don Pedro

nos ofrece un vaso de chicha dorada y cristalina de sus parras. Nos dice que aquí abunda la gente vieja, gente que vive pobremente, con sobriedad y pulcritud. El hombre de 70 años, nacido en Quirihue, antiguo suboficial del ejército, se avecindó en estos montes en busca de salud.

En el ojo de la garza
no hay clarividencia.
(Juan Calzadilla)

1968

Santiago, 2 de enero

Después de la más tranquila noche de San Silvestre, sin campanas y sin sueños, subimos al Cerro de las Cabras de Til Til, hasta la mina, entre codornices que huían en bandadas y cantos de turcas. Nos apretaba el sol de las alturas.

Harto altanero,
gran caballero,
capa dorada
y un buen sombrero. El Gallo. (Jaime Esteban Saavedra).

-¿Por qué Cristo murió en La Cruz?
-Porque no alcanzó a llegar a Quillota.

"Un olor nacional a hoja podrida". (Pablo de Rokha, *Escritura de Raimundo Contreras*).

Las siembras de comino azulean el lomaje. Un anciano, pobre como cooli del Antiguo Imperio Chino, limpia semillas en un lavatorio blanco. Hay que harnearlo pacientemente, casi uno por uno, en faena de hormigas o canarios. Pasa un huaso a caballo acompañado por una mujer de antiguos encajes y un viejecillo en una mula renga. El venía saliendo de una estampa de *Rugendas* con una radio a pilas *rugiéndole* en la mano.

Hay una capilla en el molino abandonado. En los muros las avispas levantan su casa de barro y construyen afanosamente hasta en la piedra del altar. La iglesia se cayó de sí misma, de puro vieja y de puro iglesia. Un picaflor enorme, más bien gris en la penumbra, vuela vertiginosamente bajo el campanario, disfrazado de golondrina, borracho de estar vivo entre las ruinas del molino. El río botó las casas, se llevó las piedras, acabó la iglesia, desarmó las cruces aguas abajo.

11 de enero

Anoche, match Neruda vs. Evtuchenko. Neruda parecía una tranquila abadesa de anteojos con pechera blanca. Evtuchenko saltaba elástico, un peso liviano en torno al Buda milenario. Recitaba con vehemencia de actor de comedia de capa y espada y acentos de colegial de Turgueniev. Pantalón negro ajustado, polera amarilla, zapatos blancos. Un bailarín. El patetismo se le convertía en contorsión.

Melancolía: "El torrente envolvió nuestras almas". (Rabelais).

Los Angeles (California), 2 de febrero

Exposición de nuevos pintores y escultores ingleses. Aquí el arreglo lo es todo; importa la materia y no el alma. Todo respira, reluce y transpira con el mismo acento deshumanizado, lunar. Hasta lo más humano, con discos, *cassettes*, *slides*, se transforma en *happening*.

"Nada es tan maravilloso como para no ser verdad", Faraday. (Inscripción en uno de los edificios de la U.C.L.A.).

Si fuera fetichista, me robaría un pelo de Picasso, apresado bajo una pincelada de "L'Arlesienne", en la colección Hanley.

Ayer, a 15.000 metros de altura, volando entre San Francisco y Washington, vi la película "The last safari". Kenya se parece al Norte Chico.

El Serafín de "San Francisco recibiendo los Estigmas" de Doménico Veneziano, revestido de un rojo traje espacial, parece un marciano.

La idea del cauce en las creaciones colectivas, el ahondar surcos de Thomas Mann. Es tan hondo el cauce de la poesía española del Siglo de Oro, que hasta los poetas menores son maestros y los malos son buenos. Cuando el cauce es profundo, hasta los más chicos crecen.

Me fascina otra vez en la Phillips Collection la "Montagne Sainte Victoire". ¡Bonnard! Dice Carlos Pedraza que su "Ventana abierta" es el cuadro más hermoso que ha visto en su vida. "La santificación de la vida cotidiana". Esas manos tenían algo de santidad en su pureza perceptiva. Un mal hombre no ve esos colores. Trigales de Van Gogh, nogales, transeúntes de Arles, un niño leyendo, otras anémonas ahogadas en el verde tierno de Bonnard, con su ventana abierta, todo esto es la inmortalidad del instante, fruto del deseo de condensar el tiempo en el espacio. Al lado del "Faisán" de Soutine, el San Pedro arrepentido del Greco es una pintura ideológica, pura *cosa mentale*. ¿Cómo no amar el Mediterráneo de Courbet, los opulentos duraznos de Chardin, sus brillantes ciruelas?

Los visitantes de los Museos salen a veces del interior de los cuadros. Acabo de toparme con una mujer pintada por Kokoschka.

Nada más árido que un artículo de arte. Además, en su pedantería llega a imaginarse ser el autor de las obras.

La "Naturaleza muerta con jamón" de Gauguin se come a casi todo el siglo XX. Es más abstracta que Rothko y más carnal que un *Pop* sanguinolento.

En los Museos de historia natural, veo salir viejas de los insectarios y niñas tontas de los nidos de pájaros. Una señora gorda nació colgada del hilo de una telaraña. A otra la puso una avispa en su caseta de tierra.

Paul Klee me interesa menos mientras más lo voy mirando. Me parece demasiado intelectual -una especie de Francis Ponge-, infantil a la fuerza, tozudamente empeñado en disfrazarse de niño o un ser niño otra vez, sin real ingenuidad. Un ingeniero jugando a ser niño con un *meccano*.

"L' Étranger" de Lucchino Visconti. El seco texto de Camus adquiere vida y paisaje sin perder su patetismo arenoso. El extranjero, con su falta de pasión, es una especie de M. Teste *en nature*, en este caso vulgar y, sin embargo, raro. Su lógica no es menos incontrovertible. Me sentí desolado. La única nota grata fue el sorpresivo homenaje de Visconti a Alain Delon, que aparece 10 minutos sentado como periodista en el proceso -el cual es en sí bastante absurdo. Dadas las condiciones del mundo, el héroe de Camus no habría sido nunca condenado a muerte por haber asesinado a un argelino en 1938, máxime si actuaba en defensa propia. No importa que él no hubiera querido decir nada en su favor. La justicia habría inclinado su balanza a la francesa. Se ve ahí más a lo vivo la debilidad de Camus como escritor de ficción. Tiende siempre a la tesis y por eso al esquema. Excelente en el ensayo, se empobrece en la novela y termina por matar a sus personajes tan absurdamente como se murió él mismo, en un estúpido accidente de automóvil corriendo a toda velocidad sobre la nieve. En la casa que conseguí comprar para la Universidad -Miraflores 556-, donde estaba el Instituto Chileno Francés de Cultura, le oí hace ya 20 años una conferencia sobre Chamfort. No recuerdo nada de lo que dijo, pero sí me queda su aspecto de hombre todavía joven, super inteligente, cansado, sin ningún fervor comunicativo aparente. Más o menos como *l'étranger*, humano sin auto-compasión, sin esperanza. Un hombre un poco tímido a pesar de la gloria y por eso mismo, agradable y lejano. No le debe de haber gustado Chile o no haber recordado mucho de su visita oficial, porque nunca después, que yo sepa, escribió nada sobre este país, que lo recibió en ese tiempo con muy escaso conocimiento de su obra.

Por último, ya de noche, en la National Gallery, los "Caprichos" de Goya prohijaron a una viejecilla tocada con cofia de plumas y con piernas de queltehue tullido, apoyada en unas muletas. No podía abrir la puerta giratoria de salida y C. P. saltó -contra su arisca costumbre- en su ayuda. La anciana, a punto de ser atrapada como una lagartija, avanzó profiriendo juramentos y bajó las gradas de la enorme escalinata envuelta en una sola llamarada de cólera, muleta en ristre.

Washington, 12 de febrero

Almuerzo informal, de mucha vivacidad, con Radomiro Tomic en la residencia de la Embajada. R. expuso algunas de sus ideas de gobierno, bien decantadas en los EE.UU., y por eso mismo menos realizables. Tendrá que estrellarse con la realidad chilena y sucumbir varias veces en el trayecto. Después de una o dos derrotas, es posible que triunfe, cuando esté viejo y se haya olvidado de todo. Su actitud era bastante crítica hacia el gobierno DC. El proyecto de ahorro obligatorio le parecía extemporáneo. Hablando de Frei, dijo: "Le han faltado los ojos y oídos del Rey".

Me sigue sonando "L'Etranger". (La Segunda Sinfonía de Brahms es música barata...). Olvidé el nombre del protagonista. No era

un nombre. Sólo un apellido. El mata al muchacho árabe en defensa propia. Es su primer compromiso ¿después de mandar a la madre a un asilo de ancianos? Pero, después de matarlo, le dispara cuatro veces. Ese ya no es simple compromiso. Es un lujo -de cólera, de violencia incontenida; desafío contra sí mismo, contra todo. El matar excita a la muerte, tirantea sus riendas. La violencia -aun en los indiferentes y aun más en los controlados- no engendra sino más violencia. Pero el futuro condenado a muerte no es más violento ni culpable que cualquier soldado que mata a otro en una acción de guerra, con la misma indiferencia personal, con la misma falta de odio. Sólo que a él no lo protegía ningún estatuto ni convención. Estaba ahí solo, desarmado con su indiferencia, en el vacío, con la verdad objetiva de su desnudez adánica. Sin las raíces que unen a lo institucional y prestan máscara de permanencia a la desintegración vertiginosa de la vida.

¿Morir a los 30, a los 70 años? ¿Es distinto?

En la sociedad de masas se va desvalorizando la figura del hombre calificado moralmente: el noble romano, el caballero medieval, el santo, el cortesano de Castiglione, el *gentleman*, el *honnête homme* o el hidalgo, en favor del titán: Mao Tse Tung, un Johnson, un Stalin, un Onassis, un Fidel Castro. El titán corresponde a las grandes imágenes totémicas.

En este país (EE.UU.) siento en todas partes una apacible aureola de horror.

Tareas del individuo: trabajar, descansar, trabajar otra vez. Sólo el descanso nos distingue de los himenópteros. Pero este descanso se parece al letargo. Para los norteamericanos, nosotros los del Sur andamos todavía a caballo, ordeñamos vacas y aún lloramos la muerte de nuestras fieras prehistóricas. Lo cual es verdad, por la gracia de Dios, de los indios, de España y del subdesarrollo. Parece que tendremos que desplazarnos cada vez más al fondo de los bosques incendiados, entre las majadas de cabras hambrientas, para seguir chupando la teta cada vez más fláccida de la naturaleza. Mientras ellos suben a sus cielos de plastiglas y se quedan ahí pegados, moscas dormidas en el sueño del fin de la semana.

Washington, 13 de febrero

C. P. me dice que el Greco no le interesa mayormente, porque está todo en Tintoretto. Se ve que lo mira sólo con ojo de pintor. Los tonos, luces, sombras y draperías del Greco están sin duda en su maestro, pero en la luz interior de sus apóstoles, vírgenes y santos, él esta solo, como en el ardor secreto de sus rostros caballerescos. Los dos genios coinciden en la periferia: Tintoretto más pintor y el Greco más espíritu. (Matta ha recogido algo de las vagas luminiscencias de los fondos de paisajes del Greco).

En el "Bautismo de Cristo" de Magnasco, se conmueven los cielos.

Nueva York, 15 de febrero

El Neo-impresionismo, en la excelente selección del Museo Guggenheim, me lleva a recordar la revolución cultural de Mao. De tiempo en tiempo se dan estos fanatismos con la repetición incansable. El puntillismo llega a ser una salmodia.

Los hombres del Norte, que llegaban a Roma desde páramos helados, sin monumentos ni templos, mirarían como nosotros en Nueva York las riquezas de la urbe.

En el Metropolitan Museum, las galerías egipcias colindan con las de cerámica peruana. Es curioso que uno pueda sentirse más cerca de los egipcios. Tal vez por su mayor proximidad a los griegos, por su clasicismo. Hay cabezas y bustos que pertenecen totalmente al reino de la belleza formal de Occidente, como que están fundándolo.

19 de febrero

Sobrevino Gabriel Carvajal, con todo su peso específico y con varios poemas de Damocles. He aquí uno: "Las estrellas celestes dan luz rosa. Las estrellas azules dan luz blanca. Las estrellas violetas dan luz naranja. El sol es azul". "Burdo y hermoso es el lenguaje de las formas. Reconoce, empero, la fuerza del silencio, que asciende".

Se ha transformado en un Judío Errante que no alcanza a ser el *Viajero por la Tierra*. Vive buscándose trabajos, y nunca está satisfecho del Sí mismo que encuentra. Anoche se robó un volumen de oraciones de Kierkegaard y ya en la mañana, en el Taft Hotel, había querido hacer perro muerto con la cuenta del desayuno. Todo su capital en Nueva York era un dólar y yo aparecía como la salvación de su bolsillo. Durmió en el Taft, almorzamos en un restaurant italiano del Village y después me llevó a su buhardilla. Me siguió todo el resto del día hasta que la noche me liberó, aliada con el terrible frío, pues él se pasea sin abrigo ni gorro, a pesar de lo mucho que dice haber ganado con sus traducciones y artículos. Debería integrarse a un piquete que en Washington Sq., frente al Victory Arch, permanece inmóvil: *Friends for Peace*.

Las multitudes son ya también el problema de los Museos. No se sabe si va a ver las obras de arte o la gente que las frecuenta. Todo está lleno. Un chorro de humanidad se deja caer sobre las reliquias de todas las culturas.

La cerámica geométrica micenia usa a veces patrones que coinciden con los de la cerámica blanca de Valdivia.

Veo un Buda gigantesco y una pintura mural de Shansi que los chinos decían haberles sido robados por los imperialistas norteamericanos. Aquí están, en una maravillosa sala del Metropolitan, donados por Mr. Suckler ("el chupador"), en memoria de sus padres. La instalación es inmejorable, pero eso no quita que fueran de verdad robados. Ningún dinero podía pagarlos.

28 de febrero

Escribo afirmado en el parapeto de Riverside, mirando al Hudson. Vuelan gaviotas sobre las aguas verdegris. Es un cuadro de Whistler. Hacia la boca del río, el gris cede al rosa y a un dorado veneciano. A pesar del hormigueo de los autos arriba y abajo, hay paz y casi soledad. El Washington Bridge parece un adorno para apresar el espacio o un instrumento musical sobre las aguas, entre dos promontorios boscosos. Es un sitio perfecto para un pintor. Pienso que el destino de la ciudad hubiera cambiado si Nueva York, como París y tantas ciudades de Europa, se hubiera ordenado mirando al río. El encierro de Manhattan se habría atemperado con el lirismo de los horizontes cambiantes del Hudson.

Regresé esta mañana en tren a New Haven, de vuelta de la Universidad de Yale. Vi un cementerio pulcro, de piedra gris y mármol blanco, rodeado de basurales, con todos los desechos de una ciudad industrial, hasta cunas de niño.

J.F.K. Airport, 1 de marzo (0,30 A.M.)

Una tormenta de nieve nos impide salir. Dormimos toda la noche en el aeropuerto Kennedy. Vagando por estos interminables pasillos blancos de medianoche, desiertos a esa hora, concebí el sueño de encontrarme ahí con más y más muertos. Los difuntos aprovechan las horas sin vigilancia de los sitios públicos para estirar las piernas.

En el aeropuerto más moderno del mundo, la nieve -liróforo celeste- restablecía los derechos de la naturaleza. Desde la ventanilla me parecía estar en Alaska o en una novela de Julio Verne, en 1860, en Nuntucket.

Santiago, 9 de marzo

Desde el Santa Lucía, es siempre posible consolarse y encontrarle a Santiago algún encanto. Apenas se sube, Chile se mejora. Se descompone a ras de tierra. La altura, la distancia geográfica y el tiempo empiezan a hacerlo amable. Le cojea, en cambio, el aquí y el ahora. El polvo grisáceo del verano recuerda a Lima, a las ciudades que orillan el desierto, en este caso, los cerros de Ramón y los gritos del vendedor de tunas. Pero el ojo sediento se alivia con el planchón de nieves eternas del Plomo en contraste con esta cercanía, con las ramas de un pimiento, que cuelgan como lianas, y dos caballeros que leen, apacibles, como en el fondo de un cuadro de Bonnard, bajo una glorieta de buganvillas.

Me encuentro de nuevo con la célebre frase de Van Gogh: "he tratado de expresar con el rojo y el verde las terribles pasiones humanas". La leí hace poco, en la Phillips Collection, en Washington, y en el Museo Guggenheim. A pesar de toda su inmediatez, cuesta entenderla, pero no se sabe por qué. Se intuye. Los musicólogos y críticos norteamericanos

transforman estas experiencias en materia de erudición, las apelmazan. Nada más seco que la erudición doctoral, como los cerdos en embutidos en los mataderos de Chicago. Aparece entonces una señorita sabihonda que recita su doctrina en los museos y que obtiene con cada folleto un aumento de salario.

Yo sentía miedo ante los borrachos profesionales de Bowery, que no eran peores que los chilenos. Pero no sé por qué parecían aún más condenados. Para ellos no hay esperanza. El vicio los impulsa al odio. Sus miradas no son sólo de alcohólicos, sino más bien de malhechores. Un borracho al pie de un rascacielos está peor que al pie de un árbol. El árbol siempre tiene algo de misericordioso. La miseria se concentra más en oposición con esa opulencia mecánica en que todo incita al menosprecio de los que están fuera del riel.

No es tranquilizador ser perseguido a la salida del subway por un negro vociferante que no se sabe si le está pidiendo a uno limosna o si pregunta por quién es uno o si está pidiendo cuentas al mundo por lo que el mundo ha hecho con él. A veces en Nueva York sólo me quedaba el refugio de los Museos con toda su tediosa acumulación de cosas bellas.

¿El arte? También puede ser una imitación de la técnica. Después de milenios de imitación de la naturaleza, con cielos, árboles, pájaros, figuras humanas, la nueva imitación de los avisos luminosos, de las máquinas, de las anticipaciones tecnológicas. El hombre danzando al revés, en una sátira sin magia. En lugar del modelo vivo, los maniquíes, los robots. O simplemente el tartamudeo de lo cotidiano. A quien ha perdido el apetito, una píldora le viene mejor que un caldillo de congrio. Hay que pensar en todas las cosas buenas que todavía nos presta la pobreza.

"Este es el peor de los mundos posibles, y es el único", me dijo con severidad ese Anti-Leibnitz que encontré en un bar alemán del Bowery.

De pronto, la Cordillera se puso negra ante mis ojos, como en las primeras tempestades que recuerdo en mi infancia, cerca del mar. Un viento seco estremeció las parras oxidadas de smog frente a la Asistencia Pública, hasta convertirse en un soplo de lluvia oscura. Bajo un sauce deshilvanado vociferaban unos ancianos del hospicio, entusiasmados por el cambio súbito, impacientes en sus sillas de rueda. Este es el viejo cielo de otoño. Un Juicio Final con púrpura en las nubes y con el son de las trompetas de los ángeles furiosos. Tronos y dominaciones arden en rojo y azafrán. Hasta ese lóbrego edificio se transfigura bajo este cuerno de lilas, cadmios, rosas, en la transparencia de lenta reverberación que se funde en el cielo.

25 de marzo

Leo con encantamiento la *Crónica del forastero* de Teillier. Su refinamiento poético -es curioso- reposa en la observación externa tanto como en la experiencia interior evocativa. Sus versos son tan reveladores como las metáforas de otros poetas, pero a la vez son exactos, como

inventarios notariales. "En el patio invadido de colas de zorro / un caballo se acerca a oler / la trilladora mohosa". La aureola en la memoria -"esa lechuza ciega huyendo a refugiarse en un árbol hueco"- da su verdadera profundidad a las cosas ordenadas por ella, por ella restauradas, corroboradas como en una naturaleza muerta.

El poeta está bien vivo, con los sentidos y los deseos bien abiertos, pero siente por anticipado nostalgia de la vida, como si ya hubiera atravesado su umbral. No se conforma con haber crecido y ser hombre adulto. "Tú sabes que veo el sol y la muerte viajar juntos".

Para qué decir que es un poeta del Sur y que lleva consigo el aliento de los surcos recién hechos y de los bosques incendiados, la tristeza de los pueblos nuevos con sus casas de madera y un horizonte de bandadas que pasan. Aunque es aún joven, parece un colono, un hijo anciano de los conquistadores de la Frontera.

Algunos dicen que Jorge Teillier se repite en sus juegos malabares de la memoria. He oído que un crítico de su edad le recomendó públicamente en Valdivia: "¡Tuércele el cuello al ganso!", recordando que estas aves gritonas croan más de una vez en sus versos de infancia. Me parece un error. En su atmósfera propia, la única respirable para él, aparecen urgencias, preguntas y vaticinios que bastan para limitar un reino de continuada creación. Es la suya también una línea permanente en la poesía: el acento elegíaco. "Ninguna ciudad es más grande que mis sueños".

¿Que no hay aquí pasión? Tampoco la hubo en Garcilaso o en Fra Angélico, si por pasión se entiende la lucha del ser con sus demonios llevados al extremo o el deseo desencadenado o la participación en conflictos que sobrepasan con desmesura los límites del alma individual. Esta es una cálida voz contemplativa. Pero no hay en ella conformismo ni predica la serenidad. Es contemplación y es angustia. "Cae, lluvia pulverizada sobre huérfanos extraviados de un paraíso". Con toda su inocencia, la mirada es empañada por el temor, por la conciencia soterrada de la muerte. "Debo regresar solo, se sale y se entra a solas". El poeta niño sabe que su niñez se fue también aguas abajo, muy lejos, para siempre. "El río ha cambiado de color". Da pena, una pena provocada por él, por los demás, por uno mismo, por nuestra condición mortal, terminar el libro con estos versos que cierran el círculo: "Veo sin temor / la canoa negra esperando en la orilla". "Todos seguimos alguna vez nuestro cortejo / y hemos resucitado tantas veces / en el moscardón que ronda las casas".

Pero aun en esas imágenes sombrías hay algo de infantil, con liviandad de juego: la que espera en la orilla no es la barca de Caronte. Es una canoa y quién sabe si esté esperando sólo para un nuevo paseo entre los indios, en los esteros del sur.

El abandono de toda perspectiva en la pintura equivale a la pérdida del sentido del valor en la moral y en la vida espiritual. Todo está igualmente cerca, todo es igual, todo da lo mismo.

26 de marzo

Ordenando libros, me encuentro con un pequeño recorte de periódico que cae del interior de un volumen: "Elecciones en la Sociedad de Escritores". ¿1944? "Resultó elegido el siguiente Directorio: Jerónimo Lagos Lisboa, Pedro Prado, Pablo Neruda, Armando Donoso, Nicomedes Guzmán, Alfonso Bulnes, Carlos Préndez Saldías, Rubén Azócar, Marta Elba Miranda, Luis Oyarzún". Me sentí como un veterano del 79, un sobreviviente.

Leo con placer *Les navigateurs de l'infini* de J. H. Rosny, mayor. No conocía otro libro suyo que *La muerte de la Tierra*, publicado hace más de 30 años por Zig Zag en su biblioteca Universo, que encantó muchos días de mi primera adolescencia. No recuerdo los detalles de esa novela, pero sí una imagen que nunca desapareció de mi memoria y que me vuelve cada vez que me represento visualmente lo inhumano invasor, dotado de vida y de una inteligencia distinta a la nuestra: los *ferromagnetales*, que arrasan con el hombre. Ellos crecen inteligentemente como una pestilencia lúcida, que tuviera conciencia de sus fines, hasta dominar el planeta.

En estos navegantes del infinito, Rosny es aún más audazmente precursor de la ciencia-ficción contemporánea y vaticinador de portentos casi reales hoy. Tres hombres -científicos y tecnólogos a la vez- vuelan a Marte en una cápsula espacial, construida con una materia super-resistente dotada de transparencia y de la posibilidad de hacerse opaca a voluntad de sus conductores, del todo refractaria a las radiaciones y temperaturas del ambiente. Los alimentos que consumen se parecen a los que usan hoy los cosmonautas. Están hechos a base de substancias muy concentradas que después se dilatan y recobran su tamaño y forma originales. El problema de la respiración ha sido también solucionado. Rosny no se detiene demasiado en los aspectos técnicos del viaje -él es más bien un poeta de la ciencia-ficción-, pero asegura con verosimilitud sus fundamentos.

El primer contacto con Marte después de 3 meses de vuelo les muestra un astro aparentemente muerto. Aterrizan cerca del Ecuador, en un valle espacioso, entre altas colinas. Por cierto, no hay agua. Pero muy pronto empiezan a aparecer algunas formas de vida, unos seres secos, como de alambre rugoso, que apenas se distinguen de su medio polvoriento. La primera noche en Marte revela a los viajeros la fantasmagoría luminosa de estos seres, que se mueven en miríadas por el espacio. Son los *etéreos* o *eteroides*.

3 de abril

Atisbos de Nicolás Palacios sobre el roto en *Raza chilena*: "el ingenio en la rusticidad" (p. 34).

El prólogo del Dr. Senén Palacios es una requisitoria anti-oligárquica o, mejor, anti-plutocrática y anti-extranjera. Menciona entre

los hechos que más afligieron a su hermano la terrible matanza de obreros del salitre en 1905, poco después de la edición de *Raza chilena*, en 1904.

"El chileno carece de la viveza y brillo de la imaginación, cualidad meridional en Europa y que sirve de cartabón al criterio latino para medir la talla intelectual de los hombres y de las razas" (p. 39). "El ingenio que Ud. encuentra en el roto no lo halla el español, ni el italiano, ni el francés meridional. El *humour* del roto está todo en el concepto, y le basta y aun busca el menor número de palabras para expresarlo, dejando al oyente el cuidado de comprender el chiste, al revés del latino, que busca la gracia más en la forma que en el fondo" (p. 39).

"En este arte en que los medios de expresión superan a la necesidad de expresar -dice Louis Jouvet a propósito de Beaumarchais- comprendí que demasiado oficio perjudica y como dice Montaigne, que "el arquero que sobrepasa el blanco falla tanto como el que no llega hasta él"" (*Réflexions du comédien*. p. 28).

En el mismo libro de Jouvet, en el delicioso y triste ensayo sobre "la desgracia de Henri Becque" -más fúlmine que D. Jacinto Grau-, encuentro este fino recuerdo del *Intermezzo* de Giraudoux: "La encantadora Isabel enseña a sus alumnas a no creer en la injusticia de la naturaleza; al poder, al espíritu que preside todas las manifestaciones de la naturaleza, ella lo llama el Ensamblador; pero hay un segundo personaje astuto e invisible para explicar las pequeñas molestias y las pequeñas sorpresas de la vida. "Uds. saben, dice ella, el que hace crujir los postigos en la noche, o el que lleva a un viejo caballero a sentarse en la torta de ciruelas puesta, por negligencia, sobre una silla": él se llama Arturo. Con Arturo y el Ensamblador, se explicarían todos los destinos" (p. 103).

Cómo cambiaría nuestra concepción del mundo si nos halláramos de pronto con un hormiguero habilitado en teatro, con una multitud de hormigas mirando una representación silenciosa de unas pocas hormigas en el escenario. O con los peces de un acuario congregados para presenciar un diálogo entre Romeo y Julieta.

Esta doblez en la contemplación -equivalente a la máscara- parece ser uno de los fundamentos de la condición humana, a la vez el punto de arranque de la contemplación, de la crítica, de la rebeldía. Algo que, una vez desatado, no vuelve atrás.

13 de abril

Imágenes locas: un Cristo del espacio exterior. Su Padre es algún poderoso Espíritu, Ser Espiritual, de otra galaxia, que transmite su pensamiento amoroso por medio del Arcángel. O bien Cristo es hijo del Arcángel en el sentido inmediato, sólo por la inmediatez del Espíritu fecundador. Pero el Espíritu -el Padre- vela por su hijo y lo instruye en el largo intervalo de silencio de la vida de Jesús antes de su vida pública. Fue a Egipto, decían algunos. ¿Por qué no a las galaxias? A donde

vuelve en su resurrección y a donde lleva después a su Madre, en cuerpo y alma. La mutación cristiana, como las otras, es obra del Espíritu Santo. ¿Desde cuándo Santo? ¿Desde siempre? Tal vez no, desde otra mutación -trascendente, enormemente lejana en el espacio, posterior tal vez a la rebelión de los Angeles, cuyo triunfo significa haberse alzado sobre el Pecado Original por una suma concentración de Amor que trae por consecuencia un sumo poder. El sacrificio es voluntario. Y difícil, de resultados imprevistos. Porque ni siquiera Cristo está seguro de su resurrección. "Padre mío, ¿por qué me has abandonado?" Pero el Espíritu Santo no lo abandona. Viene a buscarlo. No rige para El la muerte. La anula de una plumada y se lleva a su hijo, cuya muerte ha provocado la redención de los hombres.

1970

Nueva York, 29 de agosto

Ayer, visita de Alejandro Carvajal[141], mi alumno de Diseño, que ahora trabaja en el famoso restaurant Pickfour Anthony's en Boston Harbour. Vive allí con una muchacha chilena y se gana la vida como buen servidor. No dirá, es claro, graciosamente "servidor", como los criados de Barcelona, Ramón y Emilio. Me cuenta que ese restaurant, famoso en los EE.UU., pertenece a un rico albanés que con ése y otros 3 ó 4 locales más se gana 7 millones de dólares al año. Trabajan ahí 300 empleados de muchas nacionalidades: unos 25 latinoamericanos, alemanes, españoles, chinos, japoneses, griegos. Por suerte, me dice, no hay puertorriqueños. Pero, a falta de ellos, los griegos se encargan de representar la rusticidad, la ordinariez, el desaseo. Pienso en Fidias y Praxiteles y me asombro de estos griegos demóticos enteramente beocios. Pero, al fin y al cabo, ¿no serían así también los antiguos, sólo que nosotros los vemos a través de Platón y de Homero, ennoblecidos? No cabalga tampoco Don Quijote por los caminos de España. Quién sabe si Ulises no era más que Aristóteles Onassis. Eso sí, no hay ahora un Sócrates, aun con Kazantzakis y Kavafis. No hay un Platón, por cierto, ni un Aristóteles. No sólo en Grecia. No los hay en el mundo. Los montes redondeados por el uso humano se quedaron sin cumbres. ¿O es sólo nuestra imaginación la huérfana indolente?

Fui con A. C. a las Naciones Unidas y le mostré salas y salas de reuniones, el buen Rouault que regaló el Papa Paulo VI con ocasión de su visita, el vitral azul de Chagall frente al huerto de manzanos a la orilla del río, donde la gente se sienta a leer y descansar. Después, los Portinaris, la gran tapicería persa y la de Ghana, el hermoso textil de Paracas, el Antúnez.

Central Park empezaba de nuevo a poblarse, al final del verano. Las focas estaban desesperadas de calor, se refregaban y mordisqueaban, se acariciaban y maltrataban a gritos. Un ínfimo monito hacía acrobacias en la jaula de sus padres, indiferente a los alaridos de sus vecinas.

Rebaños polares reverberaban en el cielo del Hudson, de azul piedra crepuscular. Se pone el sol con derretimiento de oros tras los rascacielos de New Jersey. Bajo los jets y el murmullo de la gran ciudad envolvente, los navegantes de yates en trajes de baño conversan con los

[141] Oyarzún residía entonces en Nueva York como Adicto Cultural de Chile, designado por el gobierno de Frei.

pescadores ociosos de una caleta. Un barrilete da profundidad a las nubes, que se espesan hacia el poniente, preparando el día nublado de mañana. El pleno verano está vencido, a pesar del calor húmedo de la tarde. Ya el vuelo de las gaviotas turba un cielo purpúreo de otoño, con la inquietud del ave que presiente los cambios del tiempo.

Contaminación ambiental. Según el *Christian Science Monitor*, el Departamento de Defensa es el principal agente contaminante del gobierno, principalmente por arrojar gases venenosos en el Atlántico.

No es un azar, dice Fred Hoyle, que de pronto casi todo el mundo se haya interesado seriamente en la protección del medio. "Algo nuevo ha ocurrido para crear esta conciencia sobre nuestro planeta". Ya había predicho Hoyle hace años que, una vez que los hombres vieran la tierra desde el espacio, "una nueva idea, más poderosa que ninguna en la historia, quedará en libertad". Esta nueva conciencia se asemeja a la experiencia de los europeos cuando se expandieron para explorar y desarrollar otros continentes. Europa floreció en arte, ciencia, reforma social y religiosa. Ahora la tierra como un todo está floreciendo en un nuevo despertar y una nueva reforma que trae también muchos beneficios materiales (Eric Burgess, artículo en *The Christian Science Monitor*, 29 de agosto, 1970).[142]

Nueva York, 30 de agosto

Conservantismo de Winston Churchill: "Siempre he considerado que la sustitución del caballo por la máquina de combustión interna marcó un hito muy sombrío en el progreso de la humanidad".

Un hombre de melena y largas barbas, que sin embargo parece mujer, la *femme à barbes*, merodea por los mismos sitios de Riverside Park y pronuncia discursos en la oscuridad.

Leo esta inscripción en el muro de un paso bajo nivel: "The walls in the street, in the parks, in the heart are the sometimes place for a new poetry, a new poetry which extends beyond any sufferings we may ever have known. It is the suffering of our new creation, our new liberation which we seem so afraid to accept. Please read this and then tell me more so we both know each other's freedom".

Y más allá:

Find Auroville
Accept everyone elses freedom
and freedom will be ours.

LOVE STILL EXISTS.

Y al final del túnel: I AM A TROLL - I EAT POETS.

---

[142] Este comentario sobre la contaminación a partir de un artículo del *Christian Science Monitor*, Oyarzún lo incorporó, con modificaciones, a su libro *Defensa de la tierra* (p. 57).

Como invocado, aparece un trasgo con teja de cura agitando una bandera norteamericana en la mano.

Siguen los *graffitti*:

At the risk of seeming ridiculous, let me say the greatest motivation of a revolutionary is love.

Those not busy being born are busy dying.

Entre las malezas de Riverside Park veo toda sucia, desgarrada como después de una batalla, una guerrera azul y roja de la Guerra Civil.

Las únicas "personas" alegres de Nueva York son los perros que corren en el pasto, se mean y desahogan a sus anchas. Y, más allá, las palomas, estas señoras siempre endomingadas que tejen pespuntes en los prados.

En la mañana, Alvaro de Silva me cuenta largamente la historia de su amigo Eduardo Hamel. Sus conferencias matinales por teléfono duran a lo menos una hora. El me habla casi siempre de su vida en Chile y, como a todos los chilenos, no le faltan odios, ni las odiosidades. Con los años ha suprimido muchas cosas y valores -casi todos- y también muchas personas, a quienes ignora, desdeña o maltrata. En cambio, no son pocos los que en su memoria aparecen como íntimos amigos, hermanos de leche, seres sin secretos para él. Así será. Eduardo Hamel no era escritor ni artista. Era un gentleman bohemio, que paseaba junto a él su apostura y su elegancia por los barrios bajos de Valparaíso.

Nueva York, 31 de agosto

Anoche, en el Talía, Lola Montes y la "Kermesse heroica". ¿Fue ése el fin real de Lola Montes? Tal vez por eso Salvador Reyes estaba tan interesado en tener datos precisos. Habría visto esta película. La última vez que estuvimos juntos, en la Academia, me pidió que le averiguara detalles. Después de consultar la *Enciclopedia Británica* y otros libros, lo telefoneé sin pensar que ésa sería nuestra última conversación. Terminamos nuestra larga amistad hablando de Lola Montes.

Pobreza de Chile: en 1920 comentaban como un acontecimiento la adquisición de 12 motocicletas para el ejército.

En 1888, el norteamericano W. E. Curtius decía que Valparaíso con su comercio enteramente controlado por los ingleses, sus transacciones mercantiles realizadas en dólares, su diario inglés y el amplio uso de este idioma, no era nada más que "una colonia británica" (Citado por Ramírez Necochea).

El capitalismo de los ricos frena el capitalismo de los pobres. Es soberbio y envidioso. En la iglesia católica del Santo Sacramento, un sordomudo reza el rosario con la mano golpeándose rítmicamente la boca.

Querido Roberto[143], de pronto me viene la nostalgia de la primavera de tus ventanas, que no habré de ver ni aspirar golosamente. Una primavera que concuerda bien con nuestro otoño y que se acuerda de tantas otras, en Caleu, en Til Til, en Lo Gallardo. Pocos tránsitos me fueron más fáciles y más angustiosos que éste, de esa primavera a este tiempo urbano, sin más estaciones que el calor y el frío. Los cielos de Nueva York son magníficos todavía, pero ¡tan altos! La naturaleza está confinada a los boletines del tiempo y a los pocos parques, muy hermosos. Pero la urbanidad de Nueva York es ruda, sucia, más llena de basuras que Santiago. Es la selva urbana, muy distinta de la ciudad aristotélica o albertiana, que podían recorrerse a pie. Mi ojo miope se complace como el eremita de Parra en sus pecados materiales -en las ventanas de las tiendas, en las esculturas, cuadros y potiches parafernálicos, en esta isla de Manhattan, socavada por la angustia, la violencia y la multiplicidad sin armonía. En ninguna parte he visto expresiones más atormentadas.

Por primera vez viajo sin dejar todo el corazón en otra parte, más abierto a lo que es y a lo que vendrá. Siento que estoy aquí desde hace años, muchos, pero además, que no he estado aquí nunca sino de paso. Paseo por las calles como un extranjero más, pero aquí todos son extranjeros, y cada uno tiene que hacer su acusación a la gran ciudad.

Son tantos los estímulos de cada día, que no siento el cansancio y pierdo el sueño.

Nueva York, 5 de septiembre

Las directivas homosexuales ofrecen conferencias de prensa en la iglesia Episcopal de los Santos Apóstoles -calle 28 con 9ª Avenida-, que ahora celebra servicios vespertinos regulares para "the Gay people of N. Y.". El Ministro de Defensa de los Panteras Negras, Huey P. Newton, pidió a sus correligionarios que traten de formar "una coalición de trabajo con el movimiento de liberación homosexual y con los movimientos femeninos de liberación". Las minorías perseguidas[144].

En el lenguaje puesto de moda por Malraux, después de Teilhard de Chardin, lo que acaba de producirse en Chile, ayer[145], es una mutación: el punto inicial de una carrera hacia lo imprevisible, con todos nosotros -los adultos mayores- a la retaguardia o en el olvido. Los ganadores de la batalla electoral no son propiamente los políticos, ni Allende, ni los comunistas ni los hombres de partido. No han ganado

---

[143] Roberto Humeres.

[144] Sobre la expresión organizada de los grupos activistas, Oyarzún había escrito un artículo, "Nueva York: organización y desorden", publicado en *El Mercurio* (19 de abril de 1970, p. 7).

[145] La elección de Allende como Presidente de la República.

Volodia ni Corvalán ni Neruda. Han triunfado los jóvenes y los "sin casa". No es propiamente el *lumpen*. Son los jóvenes revolucionarios, que tienen el camino abierto a todas sus quimeras, ambiciones, ideales y disparates. Lo que pugnaba por emerger, siempre con triunfos o derrotas a medias, ha abierto hoy la brecha. Producida la mutación, viene después la evolución acelerada, que llevará al caos o a un nuevo orden, o bien primero al uno y después al otro.

Nueva York, 6 de septiembre (Domingo)

Las condiciones y expectativas de Chile han cambiado tanto en estos últimos dos días, como si se hubiera producido un cambio de astro. Ya nuca más será el país de antes, ese bello, malo y desgraciado país. Ahora es otro. Y muchos chilenos han de sentir que en éste están demás. El trabajo creador pertenece a otros, a ellos, a los de la otra orilla. Los del Antiguo Régimen a lo sumo podrán ser tolerados, pero no aceptados, como los que en la China de la Revolución Cultural llamaban *sabios polifacéticos*, a los cuales convidaban a morir tranquilamente en sus sarcófagos. Un viejo ciudadano es una rémora inevitable y nada más.

¿Hasta dónde llegará la elasticidad de Chile en el experimento social? No lo sabemos todavía. Tal vez no es mucha. En Chile nunca se han realizado experimentos políticos audaces. Es el país del sentido común, la República de Pero Grullo. Tal vez eso es lo que llamaba Diego Portales "el peso de la noche" y, un siglo más tarde, su epígono Alberto Edwards "la República en forma". A los que sobresalen de la adobera donde se fabrica el queso nacional, les cuesta caro asomarse, abandonar la "forma". Balmaceda lo prueba. Y Alessandri (Arturo) prueba lo contrario.

28 de septiembre

Bandadas de aves migratorias se estrellan con la torre del Empire State Building y caen muertas o agonizantes en plena ciudad.

Muere Gamal Abdel Nasser, víctima de un ataque cardíaco después de despedir en el aeropuerto de El Cairo al Rey Hussein y a Arafat, que acababan de acordar un pacto de paz que él promovía. Las banderas de la Naciones Unidas flamean a media asta y los delegados pronuncian elogios fúnebres interminables, en que ningún país quiere quedarse atrás. Las ideas repetidas se convierten en cartas de naipe grasosas, malolientes, gastadas. Ya no son ideas, ni gestos, ni expresiones. Se han vuelto materia.

8 de octubre

"Somos posiblemente los primeros uruguayos que no dejamos para mañana lo que podemos hacer hoy", declara un Tupamaro en entrevista grabada con Don Mitrione.

Los métodos y las armas que han usado los reclusos de las cárceles *-tumbas-* de Brooklyn y Queen's son los mismos que utilizan sus cofrades de Chile. Las prisiones de este país no son tan malas e insalubres como las chilenas; pero también están superpobladas, son irrespirables en verano, polares en invierno. Los presos se quejan de la mala comida, de los malos olores y piden desodorantes. Han parlamentado a gritos con sus carceleros y aun con el Alcalde Lindsay y no soltaron sus rehenes hasta ser escuchados.

Las muchachas de la "familia" de Charles Manson trataron de marica al juez de la causa y el propio Manson no sólo cantó una de sus canciones en una audiencia, lo que obligó al Magistrado a expulsarlo de la sala. En la sesión siguiente, se tiró de guata sobre el estrado del juez.

Nueva York, 24 de octubre

El Congreso Pleno eligió hoy Presidente de Chile a Salvador Allende. En la regularidad cronológica de las elecciones chilenas, estos plazos de 6 años fijan el tiempo y lo demarcan como las antiguas Olimpíadas. 1946: González Videla; 1952: Ibáñez; 1958: Jorge Alessandri; 1964: Frei; 1970: Allende. Los personajes se repiten. ¡Cuántas veces sonaron y se escribieron en las murallas los mismos nombres! Alessandri, Ibáñez, otro Alessandri, Allende, Allende, cuatro veces, hasta dar en el clavo.

El 5 ó 6 de septiembre de 1924, caminaba yo -3 años, casi 4- de la mano de mi padre por la calle Nicolás Palacios, llamada así porque ahí nació el autor de *Raza chilena*. Santa Cruz, entradas de primavera, acequias de agua oscura y rápida a la orilla de la calle, alegría primaveral de niño con su padre. Pasa un rápido vecino desconocido en sentido contrario. Podría ser tinterillo o peluquero; podría ser más, no menos. Hombre gordo, moreno, mediana edad, ojos amarillos, escurridizos. "Ojos de indio", decían. Con cierta euforia dice a mi padre:

-Los militares echaron a Alessandri. Hay una Junta Militar presidida por Altamirano. Alessandri se refugió en la Embajada yanqui y se fue con 180 pesos.

Mi padre escuchaba con interés, no sin cierto estupor. No es político, pero las noticias políticas lo fascinan. Es radical, pero tal vez no le gusta Alessandri ni Sanfuentes ni Barros Borgoño, sino los que los echan abajo. Cualquiera, cualesquiera. Vendrán muchos: Altamirano, Ibañez, Grove, Dávila.

-¿Cierto?

-Cierto, cierto. Acaban de llegarle telegramas a don Celedonio. (Don Celedonio es el Gobernador).

Mi padre apresura el paso. Irá a ver a don Celedonio. Son muy amigos, a pesar de que éste es conservador. Mi padre casi no tiene amigos en el pueblo. Cuando toma un trago se pone agresivo, presuntuoso. Por eso don Celedonio no lo quiere mucho -mucho, poquito, nada. Pero

hay que ir a la Gobernación, al lado de la plaza. Don Celedonio es famoso cacique electoral. Parece salido a medias de una foto de la Revolución Mexicana en un film de Buñuel o en una novela de Elena Garro.

Tiene panza de abad, grandes apetitos de prietas, longanizas y chunchules; grandes bigotes que chorrean de vino. Respira, resopla para arriba, para abajo, para adelante, para atrás. Bufa con los bigotes de morsa, suda con el sombrero de pita y le sale humo de los botines abotonados cuando se estira en la Plaza de Armas después de comida, rodeado de la corte de sus amigos que lo escuchan sentados en los escaños recién pintados de verde pastel.

Don Celedonio examina la situación política y rápidamente llega de lo más general, que se desarrolla en Santiago, a las peleas, intrigas y pelambres del pueblo. Los contertulios son paracaidistas que se interesan cada vez más, mientras más se acercan a la tierra. No pierden pisada de la lengua de don Celedonio. Pero no todo es silenciosa miel sobre hojuelas, no todo ha de ser pelambre por la lengua. No en balde don Celedonio se atiborra de chicha, chicharrones, malotilla con porotos, todo bien regado con chacolí de su propia viña y una copita o dos o tres de aguardiente, y antes de todo alguna perdiz escabechada, escurridiza en su nido de cebolla aliñada.

Don Celedonio piensa. Transmite generosamente su pensamiento, sin ambages ni reticencias. No respeta los géneros ni técnicas literarias.

El tinterillo don Onésimo, el escribiente don Blas y el Secretario don José María escuchan, todo oídos, a la primera autoridad departamental, don Celedonio, bastón de chonta en mano:

-¡Al fin echaron a este bachicha de mierda!

La exclamación no viene sola. Levanta una pierna ajamonada en calzoncillo largo y grueso pantalón y lanza su gran petardo, tan fuerte que casi tiene eco en la plaza. Político al fin, profiere:

-¡Pa' Almendroza!

Almendroza ha sido su enemigo de años en la política del pueblo.

26 de octubre

Alguien dijo: "Estos son los alambiques de Cristo Rey". Imaginemos un Cristo borracho, con la cabeza caída sobre el pecho, el largo pelo desgreñado, las barbas en desorden.

Alvaro de Silva conoció a Rabindranath Tagore en Shantiniketan. Admiraba su sabiduría y su arte poética. Tagore estaba ya muy viejo. Hablaba como un Dios y se le caía la cara para un costado. Estaba traspasado de infinitud. Le pregunto:

-¿Era Rabindranath Tagore casado?

Con cierta irritación, rara en él, Alvaro me responde:

-¡Qué pregunta! Es como preguntar si Dios es casado o viudo.

Alvaro de Silva y Pablo Neruda partieron al Oriente, allá por 1927.

Se sabe que, a instancias de algunos admiradores del poeta, el Ministro Conrado Ríos Gallardo -era todavía Presidente don Emiliano Figueroa, no Ibáñez- lo designó Cónsul de elección en Rangoon. A Neruda no le gustó el Oriente. Lo corroía, lo desintegraba, lo hacía dormir en exceso. De ahí vino mucho de *Residencia en la tierra*. Alvaro, hombre de curiosidad inagotable, era un joven lleno de entusiasmos, de gran fortuna en el amor. Llevado por su deseo de adentrarse aún más en el Oriente, se alejó del amigo, que pronto regresaría a Chile y a España, y se marchó a India.

Alvaro de Silva es sin duda uno de los mejores narradores chilenos. Nunca ha publicado un libro. En Estados Unidos, sus cuentos han aparecido en excelentes revistas como *Atlantic*, *The Newyorker*, ilustrados por dibujantes notables. En su país ha publicado poquísimo, pero mantiene viva la memoria de sus años de infancia y primera juventud, en Valparaíso y Santiago. Uno de sus relatos, que recuerda el terremoto de 1906 en Valparaíso, apareció hace más de 20 años en *Sur* de Buenos Aires. Muchos se preguntaban quién sería este gran narrador que conocía tan bien el ambiente chileno. Alvaro declara que su residencia oficial es París, donde tendría un taller de pintor; pero desde hace años vive en un pequeño departamento cerca de Central Park y Riverside en Nueva York. Su lugar favorito es el viejo Manhattan, en los alrededores de Times Square. El es un hombre solitario y sociable, amigo de estar solo escribiendo, leyendo o pintando, pero siempre dispuesto a participar con entusiasmo en las fiestas de sus amigos chilenos, norteamericanos o de cualquier parte. Es tal vez el más antiguo residente chileno en Nueva York. Escriben que gozó lo indecible acompañando a su gran amigo Pablo Neruda, en sus días de gloria neoyorkinos, hace unos pocos meses. A veces me asalta la punzante nostalgia de su compañía. En su memoria sensible y prodigiosa desfilaban amigos y paisajes urbanos que él recreaba con verdadero genio. Al revés de mí, el odia el campo. Aun aborrece vivir en los confortables suburbios de Nueva York. "Es como vivir en otro país", decía, refiriéndose a Lorchmond o Long Island. Aun a Washington.

Nueva York, 28 de noviembre

Los magazines de propaganda de Navidad que editan las grandes tiendas norteamericanas son tan pornográficas como *Gay* o *Screw*. La opulencia aparece allí como afrentosa, una conspiración contra todo el resto del mundo pobre, que se baraja puñal en mano. La falsa alegría pagana de Navidad costeada por los miserables, como en el *Satyricón*.

X-504, que conocí en 1965 en Bogotá, Jaime Jaramillo Escolbar, se parece en su poesía a Jorge Teillier. No tienen físicamente nada en común, pero sí la vocación por el lirismo directo de situaciones y cosas, la imaginación que vuela sólo unos cuantos centímetros sobre la arena de la playa. Un esteticismo realista.

1971

Nueva York, 9 de enero

Tres días en cama, afónico y con dolor de garganta, huyendo del terrible frío, dedicado a leer y a privarme de los jugos terrestres.

Mary Mc Carthy distingue bien entre los escritores de la sensibilidad y de las sensaciones: Virginia Woolf y Joyce; Proust y Faulkner; la Mistral y Neruda.

Escuché las sirenas de Año Nuevo medio dormido, en la noche fría y desierta de Nueva York. La muchedumbre de Times Square es silenciosa, triste como un gallinero gigantesco.

El *Times* de Londres abriga la esperanza de que vuelvan a Inglaterra las antiguas avutardas.

También hay huelgas en el Vaticano. El personal de la Universidad Gregoriana dejó de concurrir a sus labores, protestando por el exceso de trabajo a que lo obligan los Jesuitas.

Hayden Planetarium. Viaje bajos los cielos de Alaska, Ecuador y Nueva Zelandia. Cuando divisé la Cruz del Sur y volví a sentirme bajo nuestro cielo, se me nublaron los ojos.

La imaginación infantil está ahora obsesionada con los extraterrestres. En el concurso de pintura para niños de Planetarium, muy pocos se remiten al cielo puro con sus abstracciones de color y de forma. Casi todos pintan seres del espacio más o menos diferentes de los hombres, con otras caras, viscosos, fosforescentes.

Santiago, junio

Visita a R. H. Llegué lleno de temor, de temores. Su segundo infarto me hacía mirar con angustia la lista de defunciones en Valdivia. Al fin, nada. Lo encontré bien. En cama, pero en orden.

De nuevo Santiago me parece una de las ciudades más feas del mundo, aunque no desprovista de un cierto encanto polvoriento, rotoso. Es como el país. Hasta suelen gustarme sus malas partidas, lumpen, suciedad, desorden.

Discusión con Armin Wexler borracho. No es la primera.

-Llama a esto tragedia, o comedia al fin...

-¿Qué es esto?

-Esa época...

-¿Tragedia o comedia?

-Somos cobardes. No queremos encontrar la salida de este enredo.

-¿Cuál es el enredo?

-El enredo es el tema.

-Pero tu respuesta no tiene sentido.

-Quiero decir una cosa bien precisa... Nosotros somos productos... somos náufragos de una cultura que estaba dedicada a una época desaparecida.

Valdivia, 11 de junio

Paseo por el Jardín Botánico con Pacita[146]. Día de sol espléndido. Charlan dos choroyes balanceándose en las ramas de un roble. Un faisán corre desalado hacia nosotros. Pincha mi dedo a través de una malla de alambre.

-Tío, ¡qué colores!

Ella nunca había visto un faisán y éste, que la deslumbra, le da miedo. Se le acerca y ella retrocede, atemorizada.

Mira a los choroyes iguales y me pregunta:

-¿Cuál es la esposa?

El sol se pone temprano y pronto sale la luna, que domina el cielo despejado, salvo nubecillas que cabalgan, briosas.

Valdivia, junio

Edgardo Boenninger -a diferencia de su contendor, Eduardo Novoa- es el primer Rector de la Universidad de Chile que asume por temperamento, carácter y formación, los rasgos del hombre contemporáneo. Otros habrán sido antes hombres más vulgares y desde luego menos inteligentes que él. Basta sólo el recuerdo de un Domingo Amunátegui Solar o un Juvenal Hernández, el primero por menos inteligente y éste por más común. Pero no eran contemporáneos. Pertenecían a la tradición académica y el cargo les exigía una compostura oficial que D. Domingo tenía de oficio y ex-cátedra y D. Juvenal, por vocación de joven provinciano, obsecuente y radical. Boenninger confiesa que prefiere la música popular a la culta, que baila *cha cha cha*, que lee historias policiales, que es devoto de la revista *Estadio*. Son novedades en un Rector.

Pero, en la contrapartida, podría pensarse que, dentro de las circunstancias actuales, D. Diego Barros Arana o D. Valentín Letelier no

[146] Este Jardín Botánico es el de la Universidad Austral, de Valdivia, en el campus de Isla Teja. Pacita, es Carmen Paz, hija del hermano de Luis Oyarzún, Fernando. Oyarzún había regresado de Estados Unidos para hacerse cargo del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Austral.

hubieran corrido mucho en la carrera de la Rectoría, ni se habrían resignado a hacerlo. Con todo su liberalismo radical, habrían rechazado estos métodos, esta atmósfera. Y, lo que es peor, ellos habrían sido rechazados y acaso humillados, ofendidos, vapuleados por aquéllos o por éstos. A nuevos tiempos, nuevo Rector.

Quien esta vez representaba la tradición era Novoa, candidato de la izquierda. Tal vez perdió por eso. Ni yo habría votado por él. Pero, con el triunfo de Boenninger, me siento un poco viejo y ausente.

A raíz del asesinato de Pérez Zujovic, el país se divide, como siempre, entre sofismas y falacias. Se ha hablado de poderes paralelos instaurados por este Gobierno. Comienzo de prueba: ¿Quién podría asegurar que estos presuntos asesinos no tenían cómplices en las altas esferas? Sospecho que en esta emergencia Allende tiembla ante las Fuerzas Armadas, que le han exigido hallar a los culpables dentro de un plazo perentorio. Le habrán representado respetuosamente la necesidad de que el misterio llegue a un desenlace, que el Gobierno demuestre su autoridad antes de que sea tarde. ¿No caerían bajo las balas los hermanos Rivera por la inminencia del vencimiento? Delincuentes sin duda, golpistas, locos, lo que fuere. Pero no es absolutamente seguro que fueran ellos los asesinos. Y, si lo fueron, ¿por qué no los apresaron nunca antes? Y ¿cuándo se sabrá por qué y para qué lo fueron?

15 de junio

Como en el Lago del Oeste de Hangchow, bogan barcos y figuras chinescas desdibujadas en la bruma -abrumadas- por el río Calle Calle.

Perdí un guante en el paseo Costanera, esta mañana de niebla cerrada, y cuando lo encontré, parecía mi propia mano haciéndome reproches, *clamantis in desertum*.

Junio

Lluvia y granizo. Me entusiasman los fenómenos de la tierra. El río crece. Está crespo de aguas. Un militar telefonea en santa paz, con santa lluvia y un santo martini en la mano. Amanecí antes del amanecer. Clarea muy tarde. Doña Alicia estaba furiosa por no haber sido invitada a los patos asados de San Luis en el hotel Unión. En cambio, dijo, invitaron a Torrejón y Cía.

30 de junio

Muerte de los astronautas soviéticos.

Julio

Pacita, mirando unas hojas gemelas: "Son mariposas porque están juntas".

"¿Escribamos eso?"

Conferencia del P. Agustín Martínez, que tiene ahora una apariencia de Jorge Millas con algo de Paulo VI.

Recuerda, para no escandalizarse demasiado con los hechos actuales, que ha habido momentos peores. Cita la asunción de Hildebrando, Gregorio Magno, que se halló con un clero que no cumplía sus votos. Sigue con Santo Tomás de Villanueva que, al hacerse cargo de la diócesis de Valencia, se halló con el 60% de sus sacerdotes presos por ebriedad, violaciones y sodomía. Y termina con la cita de un Cardenal, cautivado por las enseñanzas de Calvino, que, junto con recibir una bula del Papa, instándolo a volver al redil de la Santa Madre Iglesia, congregó solemnemente a sus ovejas y contrajo matrimonio ante ellas.

26 de agosto

Aún están los nenúfares dormidos. El invierno todavía resguarda su propio silencio sólo turbado por el susurro de las flores de aromo. Pero todo está por brotar en ramajes, flores, cloqueos, llamadas y escapadas de amor. Bastará un nuevo movimiento para cambiar la música de las esferas.

Los cazadores de Valdivia se acuerdan de los viejos tiempos en que derribaban perdices al vuelo, aun sin perdigones.

-En cambio, ahora sólo por casualidad pasa volando alguna bandada de choroyes. Ya no hay pájaros. Van quedando nada más que los gorriones.

Entra un viejo alemán de 80 años y otro parroquiano le dice:

-¿Cómo ha amanecido usted, joven?

Este joven octogenario cuenta que otro se entretuvo hasta las 4 y media de la mañana en una kermesse del Colegio Salesiano. "Para mantenerse joven no hay como levantarse temprano y salir a cazar patos".

En el azar de agosto, un día de primavera perfecta, con vientos alisios. Carmen Paz y yo recogimos camelias rosadas en el Phoenix, a la orilla del río, después de visitar los patos, los pollitos, el gallo, los gansos, los choroyes y el faisán, no sin agregar el pelícano y la gran garza gris. Brotan los sauces. Florece la retama. El Jardín Botánico empieza a animarse. En el Cau Cau cloquean las taguas y los patos silvestres entre los juncales, en las vegas todavía inundadas después del maremoto de 1960.

El ascenso político de los militares, encabezado al final por Ibañez, significó mucho para la clase media provinciana. En cierto modo, determinó su llegada al poder y el robustecimiento de una burocracia procedente de los liceos fiscales. Mis recuerdos de esa época se entremezclan y dejan de ser tan infantiles. De aquellas elecciones de 1927 que hicieron Presidente a Carlos Ibañez, se me representan los

votos, las cédulas electorales sobrantes, que sacaba de un viejo mueble de la Gobernación de Santa Cruz un pariente de mi padre, que era secretario. Ahí escribíamos, dibujábamos o hacíamos buquecitos o aviones de papel.

31 de agosto

¡Ha florecido el canelo! Nunca vi uno tan madrugador, ni en Caleu ni en Fray Jorge. En la laguna croan las ranas ya infladas de pasión, asomándose fuera del invierno, como el primer nenúfar, entre los robles plateados. ¿Es un diálogo esta vehemente conversación de ranas?

Me dijo: Me despido de la vida en paz. ¡Fui de tal manera desagradable a mí mismo! Nunca pude soportarme. No me quedaba sino esta salida. La vida es una puerta. La muerte es otra. La segunda es sin duda más interesante. O bien no es nada. La nada no tiene mayor interés. ¿Se da cuenta usted? ¿Qué interés puede tener la nada? ¿Para quién? ¿Para Dios? Desde la nada no existe Dios y para Dios, no existe la nada.

Alguien grita en el coche comedor del tren:

-¡Oye, car'e corneta! ¿Querís un agua?

Octubre

Es el tiempo del notro, la zarzamora tierna y el copo de nieve. Las acacias me cubren de abejas, me forman una aureola de pequeño infinito entre galaxias de pétalos y alas.

Valdivia, noviembre

Desde que caen a la cama, los enfermos graves empiezan a ser tratados como muertos. Conmiseración, fastidio, indiferencia se acumulan, mientras la mirada observadora de unos y otros dice: "¿Hasta cuándo?"

Toda discusión política ha estado llena de slogans, falacias y sofismas, desde todos los bandos. Los políticos no buscan la verdad sino el poder, generalmente disfrazado de orden o justicia, y pueden usar todos los medios.

La ultraizquierda ha lanzado a los Mapuches a tomarse los fundos, con el argumento de que las tierras les pertenecen porque les fueron arrebatadas a sus antepasados. Pero éstos no practicaban la propiedad de la tierra y eran todavía más recolectores que granjeros. Las tierras eran suyas, sí, un poco al modo del cielo, la Cordillera y los volcanes. Hoy están convencidos de que todavía les pertenecen y, con esta creencia, por lo menos conseguirán algo. Lo que es rigurosamente justo, aunque pueda ser anti-económica. Pero la justicia es casi siempre pre anti-económica y no por eso debemos dejar de hacerla o de buscarla.

Esperando sentada en la proa de un bote, una anciana despioja tierna y solemnemente a su nieto dormido.

Un gran río favorece los encuentros, las despedidas. Las nostalgias. La lentitud de las embarcaciones da madurez a las imágenes.

Me parece absurda la designación de Fidel Castro como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile. ¿En virtud de qué antecedentes académicos o culturales? Hace años, costó que la misma Universidad confiriera este grado a Gabriela Mistral, "porque no se había concedido sino una vez", a Ricardo Levene. Otro absurdo, por partida doble. Ahora a Fidel Castro.

14 de noviembre (1.30 A.M.)

Desvelado, a pesar de la Clorpromazina, celebro la entrada a mis 51 años. Sin brindis, sin vino, rebanado de mi Jerusalén, más solo que al nacer, en la Clínica Alemana de Valdivia. Pero no se piensa en los cumpleaños hasta que rompe el día.

Veo en una revista la foto de una sesión del Consejo Normativo Superior de la Universidad de Chile. Preside el Rector Boenninger y a la derecha del Salón de Honor, como alcatraces de las rocas, alumnos en camisa y bluejeans se hallan instalados sobre el piano.

La desconfianza sectaria ve espías por todas partes. Ya nadie está seguro de no ser acusado de espionaje o contraespionaje, en favor de Dios o del Diablo.

Chiste del *New Yorker*: Una pareja de turistas visita el Partenón y se detiene ante el Erecteo. La mujer, mirando a las cariátides, exclama:

-Veo que, al parecer, nuestra suerte no ha cambiado en nada.

Valdivia, 15 de noviembre

Se mantiene la mejoría. Título para una parte de mi Diario: *Reloj de bolsillo* -páginas de diario- U.S.A. y China. Quisiera juntar todas estas páginas de 1966, 1968, 1969, 1970, 1971 escritas en Pekín, Hong Kong, Hangchow, Wusih, Cantón con las de California, Washington, New York, Bloomington.

No hay lección mejor ni más triste de uno mismo que repasar las viejas agendas. Nunca las he llevado escrupulosamente, porque no he tenido necesidad memorística de ellas. Pero he solido usarlas de tiempo en tiempo. ¡Cuánta ceniza! Para comenzar, esas insoportables sesiones de la Facultad de Bellas Artes, que debí presidir durante ¡9 años! De ellas, no conservo recuerdos inspiradores. Casi siempre sobre los temas artísticos predominaban los pedagógicos y sobre las personas inteligentes o sensibles, las que eran decididamente soporíferas, como Caracci, o agresivas como Bontá o Samuel Román, con su allegro cantabile al modo amargo o allegro furioso con necesidad de camisa de fuerza. Los mejores no asistían o callaban. Por lo demás, ¿qué resta de todo eso? En la actual Universidad de Chile, nada. Puros recuerdos de viejos. Muchos jóvenes ni siquiera saben que fui Decano durante tres períodos

y director de tanta majadería. Es natural. Llegaron otros y querían imponer sus cosas o sus causas o sus propios causeos. Los otros, al olvido, al saco de carbón. Menos mal que el paredón no aparece todavía.

16 de noviembre

Orisha-Kopko: versión de Obatalá, el primero y más grande de los seres creados por el Dios supremo Olorún, que no tiene forma ni figura, ni ídolo ni culto especial. Es el guardián de las puertas.

En otra agenda antigua de Camdridge, encuentro este pasaje, escrito en Valdivia en 1953[147]:

"Están abiertos los nenúfares rosados y blancos bajo el fijo resplandor del mediodía. Las ranas, hinchadas de transparencia acuática, responden al zorzal y al silbido del pajarillo en calma. Una nube blanca vela el grito sostenido del sol y ennegrece los pinos en torno a la laguna. No había pensado que las ranas pudieran marcar tan bien el tiempo, relojes linfáticos que cantan a dos voces, algunas veces rápidas como si pretendieran llegar a alguna parte.

Un joven campesino desembarca de su bote con su mujer y dos hijos pequeños. Toda su carga se reduce a un gran canasto y un cajón de lechugas. Antes de bajar a tierra, se aliña y alisa con la escrupulosidad de un insecto.

Cosas que traen los botes: manzanas rojas, papas nuevas, porotos verdes, chupones, manzanillas, pajaritos azules, alhelíes rosados, ilusiones, hortensias blancas y celestes, lechugas, arvejas, repollos, cebollas, cerezas, zanahorias, habas, zapallitos italianos, flores del lazo, perejil, pensamientos, ajos, claveles rojos, betarragas.

Ayer, en Corral, con Ruby y Jorge Palacios recogimos unas flores ligeramente rosadas que nos llamaron *Flor del pasmo*. En la mañana, en Naguilán, vimos la amansadura de una yegua bajo la lluvia. La bestia no era demasiado fuerte y a poco de freno y de espueleo entregó la oreja".

Por la soledad del Tornagaleones, rema un niño solo.

Otra revelación de la agenda: Juan Rivano residía en la calle de los Olivos.

En 1954, la S.E.CH., de la cual yo era Presidente, me designó jurado para otorgar el Premio Nacional de Literatura. El Jurado constaba de 3 miembros, uno de ellos, el Rector Juan Gómez Millas; el otro era Pedro Lira Urquieta, por la Academia Chilena de la Lengua.

---

[147] Oyarzún olvida que había trasladado ya este pasaje de la agenda a uno de sus cuadernos (ver 20 y 22 de enero de 1954) y equivoca además el año de su escritura que es 1954 y no 1953 (en enero de 1953 estaba en Punta Arenas). Al incluir este pasaje en mi selección de páginas del *Diario* publicada en 1990, me dejé llevar por el recuerdo de Oyarzún y lo feché, erróneamente, en 1953.

Oficialmente, la S.E.CH. no tenía candidato. Sin embargo, tanto los directores como yo estimábamos que sería justo dárselo a Manuel Rojas, que había publicado hacía poco *Hijo de Ladrón*. El valor de su obra no podía desconocerlo nadie.

Así las cosas, llegamos a la reunión, a la que me incorporé, cuando estaban ya parlamentando Gómez Millas y Lira que, en mi ausencia, y sin esperarme sino para confirmar su elección, se habían puesto de acuerdo en un nombre: Emilio Rodríguez Mendoza. Se mezclaron en mí la indignación y la sorpresa ante el desconsiderado procedimiento. Conteniéndome les dije:

-Permítanme retirarme y estampar mi protesta. Han esperado mi llegada sólo para agregar mi firma a un acta ya acordada por ustedes. Yo, como Presidente de la S.E.CH., la represento y, por lo demás, soy el único escritor de los tres.

Me levanto para retirarme, pero el Rector me agarra de un brazo y me dice:

-Por favor, quédate. No hay nada definitivo. Queremos escucharte.

Pedro Lira se puso pálido y musitaba explicaciones en voz baja:

-La verdad es, Luis, que no pensamos que usted no fuera a aceptar el nombre de don Emilio. Ha escrito tanto, desde la época de Balmaceda, cuando firmaba A. de Géry, hasta ahora. ¡Cuántos libros y artículos! El pobre está viejo, sordo, pobre, amargado. Es una cosa de justicia.

-Sí, respeto mucho los merecimientos cívicos, periodísticos e históricos de Rodríguez Mendoza. Pero es famoso en Chile por la mala calidad de su estilo. En *El Mercurio* lo llamaban "el carro de cinco ruedas". Escribe a tropezones. Por lo demás, no ha influido en nadie y no significa nada para la literatura chilena, que está llena de gente más valiosa. Mi candidato es el de muchos escritores y de un amplio público lector: Manuel Rojas.

Pedro Lira confesó honradamente no conocerlo, no haberlo leído.

En ese momento debió aplazarse la discusión para un mes más tarde, mientras Lira se ponía al día con Rojas. Nada. Siguieron insistiendo en Rodríguez Mendoza, que a esas horas debe haber estado en su casa esperando la grata noticia.

Fracasado mi primer candidato, podía presentar otros que tuvieran calidad literaria sobresaliente, aunque no fueran poetas ni escritores de ficción.

Gómez Millas y Lira miraban con buenos ojos la apertura del premio hacia la historia y el ensayo. Juan, Ulises de muchos recursos, esgrimía los nombre de Momsen, Bergson, Russell, Churchill, laureados con el Premio Nobel.

-Entonces -digo-, ¿por qué no premiamos a Alone?[148]

---

[148] Falta una página en la copia mecanografiada del *Diario*. En todo caso, ninguno de los candidatos de Oyarzún obtuvo apoyo. El Premio de Literatura de ese año fue para Víctor Domingo Silva.

Valdivia, noviembre

Sueño mientras dormito: Graham Greene va en auto de Valdivia al sur con su secretaria al volante. (Efectivamente, tal cosa ocurrió hace unas pocas semanas). Se detienen para pedir algunos datos acerca del camino frente a una casa modesta de madera, con rústico portal. Se dirigen a un anciano, que hasta ese momento conversaba animadamente con una mujer. El anciano intenta contestar, pero sólo emite un gorgoreo cada vez más apagado. ¡Es sordomudo!, exclama la mujer. Las preguntas son transferidas a ella. Graham Greene toma nota. Apenas le piden los datos, ella misma empieza a musitar y se vuelve sordomuda.

Los viajeros parten un poco perdidos, entre este mundo y el otro.

Algunos hombres más que mujeres, cumplido el medio siglo, han pasado bruscamente en estos años de la juventud a la madurez avanzada, hasta retirarse de las actividades habituales y de las expectativas de la condición común. Llevados por su propia inclinación a la marginalidad, siguen las huellas de los poetas malditos, hasta llegar a retirarse de la historia como actualidad y afán. Son los últimos espiritualistas o escépticos burgueses en un mundo de luchas despiadadas, de hombres metálicos, de grupos de piedras. Ellos quieren mantenerse humanos, pero aparte. Todavía subsisten para ellos algunos amigos y les queda un poquito de naturaleza.

"Si hubiera estado solo, qué locuras no habría hecho: Morderme las manos, dar una voltereta, subirme a un árbol...", escribe Stanley, cuando llega a Ujiji a encontrarse con Livingstone.

¿No habrá que aplicar ahora a Neruda, después del Premio Nobel, sus versos de *Crepusculario*:

"Lo que siempre se ha buscado
no debiera hallarse nunca...?"

¿Y a Salvador Allende?

Ya no es la religión; hoy es la Televisión el opio del pueblo.

Escribir *La Piel de Tigre, Carta de Violeta, Los Dientes del Monje, Los Cisnes de la Catedral, Los Claveles de la Calle.*

Me parece muy bueno el discurso de Fidel Castro ante los estudiantes de Antofagasta. Termina con una exhortación a unir las capacidades del estudio y del trabajo, después de atacar al sectarismo revolucionario.

21 de noviembre

Entre misteriosa y graciosamente, me dijo Cipriano en Puerto Rico, que Jorge Millas estaba muy metido con los brujos.

Según el Vudú haitiano, ramificado en todo el Caribe y entre los negros de EE.UU., la culebra que mira de reojo trae mala suerte. El Vudú haitiano se ha difundido entre la gente más primitiva de la plebe.

La piel del gato montes tiene poderes contra el mal de ojo, así como llevar al cuello una cruz hecha de asta de toro muerto por un rayo. "Proporciona dicha llevar un anillo para cuya construcción se haya utilizado el metal procedente de las *asas de un ataúd*".

Algunos amuletos consisten en oraciones escritas que se llevan pendientes del cuello o se fijan en las paredes, detrás de las puertas, etc. Como en el actual Japón. "La oración a la piedra imán", "la oración del Anima Sola", "la oración del Justo Juez".

22 de noviembre

"Alhaja que tiene boca, ninguno la toca". Refrán español.

Pablo Neruda es más entusiasta de la pintura Naïve y de las artes populares que de las artes cultas. Le gusta más el Cante Jondo que la música moderna.

Primero en Chañaral y después en Entrelagos, cerca de Osorno, sendos muertos carbonizados por incendios durante sus velatorios.

De cada 5 plateros que hay en el país, uno es mapuche.

"La verdad es que en su mundo no existía antes el derecho de la tierra. Ni siquiera existía la propiedad del Mapu. Tenían propiedad de uso, nada más". "La del derecho a la tierra vino más tarde con la burguesía" (Entrevista a Eduardo Pino, *El Correo de Valdivia*, 18 de octubre).

23 de noviembre

La palabra *balacera*, ahora de uso diario, no es de origen español ni chileno. No figura en el *Diccionario* de la R. Academia. Proviene de México y el Caribe.

El falsete huaso de la canción chilena.

El terror de las moscas calvas.

Me siento borracho en la superficie de la luna.

25 de noviembre

Un buen número de chilenos practica la técnica del anti-saludo, la mirada asesina para el prójimo. "Con ésta te borro del mapa". Son los practicantes de la guerrilla callejera.

Los poetas nadaístas colombianos son confusos y aburridos. ¿Quién puede interesarse por esta poesía que aborda temas de cuento, de novela o de ensayo filosófico?

Es una poesía de pata pesada.

"Aún las personas más condecoradas, las que ocupaban los primeros puestos de la República, cometían a cada frase las faltas del lenguaje más graves y ridículas" (M. L. Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora*. p. 156).

26 de noviembre

La decapitación ritual del gallo pasó de los Yorubas del Africa al Brasil. Tiene que ser hecho con un cuchillo de madera, anterior al sílex y al hierro. Entre los Africanos, los tambores cumplían el oficio de campanas. Por lo general el baile religioso de los brujos se acompaña únicamente por tambores.

Se produce, como en el candomblé, la intoxicación por el sonido y el movimiento.

Remedios mágicos (Fernando Ortiz, *Los negros brujos*). Para la tisis, impresión de tamarindo arrancado por el lado oriental del árbol; para la debilidad de la vista, comer romero, ruda, albahaca con pan y sal; para el calambre, envolver la pierna en una piel de anguila; para la tos convulsiva, el caldo de la lechuza; para los dolores de estómago, un cinturón de piel de majá; para el reuma, frotaciones de grasa del mismo animal; para enfermedades de los ojos, llevar al cuello en una bolsita las patas de un sapo; para contener hemorragias, llevar en el bolsillo un sapo muerto atravesado por un instrumento de acero afilado.

La araña viva llevada al cuello en una bolsa cura las dolencias de la garganta.

El hígado de la anguila se emplea para alivio de parturientas; el hígado de perro hidrófobo para la hidrofobia; sangre de gallina negra para las afecciones hepáticas; para curar un orzuelo frotarlo con la cola de un gato.

27 de noviembre

Motín de los reclusos de Valdivia reclamando condiciones menos inhumanas de vida.

6 muertos en el naufragio del Riñihue en el canal de Moraleda.

28 de noviembre

Hoy hace su Primera Comunión mi sobrino Pablo.

"Para el dolor de oídos úsese la carne producida en la cola herida de un gato, o el jugo de caracoles atravesados por un instrumento de hierro, y también los orines de un negro o de una negra, según el sexo del paciente..., etc." Para curar el dolor de muelas se debe escupir en la boca de una rana. "Donde comienza el amor termina el asco" aseguraba Mme. Horowick, amiga europea de R. H.

1 de diciembre

Mariño de Lobera dice del río Valdivia que "es en todo este río tan aventajado que se puede contar entre los mejores que en el mundo se sabe". El Almirante Pastene lo bautizó con el nombre de Valdivia, antes

Ainil en lengua mapuche. Vásquez de Espinoza, describiendo la ciudad en el siglo XVI, dice que "era abastecida y regalada de pescado, que todos los días entraban los indios llenas sus canastas y en particular los días de viernes o cuaresma, que entraban de 40 a 50 canoas..."

Era famoso el oro de Valdivia.

"Cisnes de cuello negro, como ánades, engalanaban las aguas". Carvallo y Goyeneche, valdiviano, decía de sus habitantes a fines del siglo XVIII, "son de claro y pronto ingenio, no sé si por razón del clima".

5 de diciembre

Llamada por su fundador Santa María la Blanca, el Marqués de Mancera la rebautizó en 1645 como "un dulce nombre de María". Tirso de Molina escribió que, "entre todas las indianas"... "por su excelencia la llamaban la perla o la joya".

Luis Oyarzún visita un Museo en China.

1972

Valdivia, 1 de enero

La presencia del Año Nuevo se asegura en campanas hacia adentro, lejos del río azul del Mediodía. El volcán arrasa con lava, piedras y agua los campos de los indios. Un pato marino pesca en la mitad del río y el diente de león en flor parece personaje de Shakespeare. Crece el trébol rosado entre las ruinas. El Año Nuevo duerme entre geranios y rezagos de vino. Mi abstinencia me hace transparente el aire, me alisa las alas, me devuelve la luz. Anoche, la luna llena del 1 de enero. Un año lunar. En su espera se juntan los 2 años. A esta edad, y con este cuerpo, siempre se teme o se espera el último. La muerte es ya la correhuela de la vida. No parece haber revolución en esta calma dicha de un estío fluvial cargado de arrayanes. Es el descanso del guerrero. Son otros los que luchan, los que mueren en los arrozales, los que se estrellan en los caminos. Están todos aquí entre el agua y las flores de rábanos silvestres, en la escritura gozosa, en las raíces del pan de cada día, pero el hombre está oculto, enroscada serpiente en la espesura. Oculta está la muerte. No se deja querer. No necesita sino paciencia, dura vida, para apagar al fin todas las lámparas. Entretanto, atravesemos el río. Hoy todo es puente y bautizo en el último día. Los volcanes mellizos se hacen daño entre sí.

12 de enero

Todo río es historia. El nos cuenta la tierra, el nacimiento de las montañas, los tránsitos del cielo, hasta dar con los hombres, sus barcas, y sus sueños, en doble viaje sobre la movilidad del río que respira en ondulaciones, colores, corrientes. Para los ojos fatigados no hay mágico más prodigioso. Ni siquiera el fuego. Para la joven pupila del alba, el despertar del agua con sus aves. Para la exaltación, el viento que juega. Nada más suave que el deslizamiento del velero en el día tranquilo. Nada es más transparente que un río virginal. ¡Ahora! ¡Ahora!, grita el timonel. Todo es ahora en el río.

24 de enero

Las abejas son propensas al pillaje, a menudo por escasez de alimento. Influye también el estado de la reina. "El desaliento causado por una mala reina puede conducir a la pérdida de una colonia".

4 de febrero

Me pesaba la cabeza como una dalia.

Cada árbol ardiendo debiera dolernos como una quemadura.

La boga, como la danza, es el fruto de un esfuerzo concertado que se resuelve en gracia, en movimiento que iguala en perfección al reposo, realzado por lo humano del impulso.

El escritor-máquina, máquina de escribir, por cierto, a lo Enrique Lafourcade o José Donoso, muchas veces no tiene nada que escribir y entonces deja de ser escritor. Se resuelve en nada. Se queda cesante de vida.

13 de febrero

El arrebol es más intenso en el río que en el cielo. Una torrecilla se eleva detrás de los cascos oxidados de las viejas barcas que ya no van a ninguna parte. El cielo empieza a dormirse sin estrellas y el río, sin remos. Los dos parecen mirarme. El arrebol se enciende más, ondea en ráfagas.

-¡A esta hora sube el agua! -exclama una chicuela.

Pasa un remolcador que muele el rosa del agua y espanta a las gaviotas. No necesita puente la mirada. Los amantes se besan en el pretil del Calle-Calle, junto al Paseo. Siempre son ellas las más ansiosas. Se muerden, se acarician, se despiojan como catitas de amor, aislados de todo ambiente, también dentro de su jaula. Todo pasa entre los dos, dentro de los dos. No necesitan de barca para navegar en este río que va perdiendo los colores del día.

Los amantes más desventurados, los más solos, los más pobres, se refugian en la radio portátil.

En Nueva York hablábamos con el pintor Botero del gran poder de las cucarachas. De su portentoso alcance. De su osadía. De su capacidad para moverse en los espacios vacíos, para caminar en las superficies blancas de los lavatorios, en las tinas de baño. Para sumergirse en los resumideros. Un mundo para ellas tan ajeno.

Todo bote que zarpa a la hora del crepúsculo recuerda episodios sigilosos de la piratería, expediciones confidenciadas con los remos embozados, sobre el río que resplandece con luz propia. Cualquiera embarcación a esta hora va muy lejos, se sale del mundo y sus límites.

Ahora reina la muchedumbre serena del mar.

15 de febrero

Las nubes ponen renegrido el río. Amarillean ya los álamos. El agua muestra unas lejanas transparencias de otoño. Ya no hay flores nuevas. Maduran las semillas como el pensamiento asentado de la tierra.

Las cabezuelas florales se inclinan, pesadas de rocío. El abejorro se apresura, más inquieto que de costumbre. El puente tiene un anciano vigilante que mira solo el paso de las estaciones.

21 de febrero

"¿No os molestaría asistir a un combate de peces? Acercaos y mirad a esos dos enemigos, de cuerpos translúcidos, que se entregan a un duelo a muerte en una estrecha prisión de vidrio. Sus ojos, enormes para cuerpos tan pequeños, sobresalen de la cabeza. Con las natatorias erizadas, temblando de odio, se precipitan con furor el uno sobre el otro, y sus volteretas son tan rápidas que cuesta seguir sus movimientos. Ya las escamas siembran el fondo del vaso y, alineados en círculo, los apostadores siguen con ansiedad las últimas peripecias del combate de estos luchadores minúsculos" (Albert Davin, *Noirs et jaunes*, Didier, París, 1888).

28 de febrero

Una luna para comulgar, tan en su sitio como si nunca la hubiera penetrado ninguna mirada. Ella parece ahora la autora de su luz, la tejedora de su propio cielo. Se diría que la estábamos esperando. Un niño exclama: ¡Mira esa luna tan grande! Las casas de Las Animas se desdibujan en azul pizarra, en verde inglés. Más acá, el fulgurante resplandor. La luz quiere decir: ¡qué lastima! Tengo que irme... y Venus, ya luciente, celebra su victoria.

2 de marzo

La experiencia como un disco rayado.

"Las cucarachas, el insecto alado más antiguo sobre la tierra" (Aureliano Buendía en *Cien Años de Soledad*).

"El único medio eficaz para matar cucarachas es el deslumbramiento solar".

Motivos de García Márquez: la soledad como incomunicación, zozobra, angustia, titanismo.

Recuerdos de provincia, *María* -mi tío Isaac y de pronto *Las lanzas coloradas* y la novela social hispanoamericana.

La gran síntesis del mestizaje provinciano -revolución, miseria, aislamiento. La vida que pasa y retorna, la vida-selva. El hombre como vegetal. El tiempo recurrente.

Los autodidactas -todo el saber, ciencia, magia, técnica, todo envasado en una sola persona. Alquimistas medievales, héroes del Renacimiento, crueldad y ternura, sensualidad.

Las grandes viejas, tejedoras que mantienen la urdimbre, la forma. Los comejenes del tiempo.

Los personajes que se confunden. La basura de la vida. Los escombros, la descomposición, la mugre, el tiempo de la naturaleza.

La voluntad de sobrevivir. Ideología y poder.

Surrealismo, Neruda, "Simplemente María". El contador de historias. Cantos Homéricos, *Las mil y una noches*, Don Quijote.

La imaginación que crece como selva de imágenes y palabras. Rabelais, ¿la realidad puesta en duda?

Sabiduría más que psicología y ternura por la creación. "La historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vuelta hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable" (*Cien años de soledad*. p. 334).

"Una vida de piedra después de tantas vidas" (P. N.).

El humor negro - lo siniestro latinoamericano - la falta de continuidad y formas. La fatalidad (*La hojarasca*, lo mejor después de *Cien Años*).

El jaguar y la luna de P. A. Cuadra -poesía transparente, un espejo con puras imágenes que no reflejan nada y resultan simples apariencias impuras. Salvo en instantes, en versos sueltos: "Pero siempre amé los lugares donde ella reposaba", "Contemplo el tiempo fugaz de la corriente en mi faz inmóvil".

Primeras o últimas palabras de un silabario poético que ha servido ya para cientos de libros, algunos inmortales. Monedas sin peso, escamas de azogue. Nobles temas: dioses, doncellas, asnos, templos, lamentaciones. Desde la tierra de R. D.[149] no es extraño recibir pedrerías alucinantes. Pero a este descendiente lejano -tan distinto- le faltan muchas cosas del otro, empezando por la inteligencia poética que saca chispas de todos los guijarros del camino. Su poesía no tiene ángel ni cuerpo. (Un montón de leña recién trozada y traída del bosque vale más que todo este libro). No está aquí el poeta "cazador de aves mágicas". En cambio, se despierta y se levanta con ruido de hojarasca en el *Códice de abril*, en donde la belleza grandiosa de los mitos mayas dinamiza los versos con larga respiración y hondo sentido.

La sociedad de aluvión es la hojarasca -presentista, va y viene sin permanecer. Es la que sigue a la fugaz prosperidad de Macondo, la que puebla las ciudades brasileñas del oro o nuestras salitreras.

Macondo: "La hiedra invade las casas, el monte crece en los callejones, se resquebrajan los muros y uno se encuentra a pleno día con un lagarto en el dormitorio" (*La hojarasca*, p. 128).

Las cucarachas de Nueva York son tan antiguas como el Viejo Testamento.

Una hija de alemanes pasea por la Costanera, bien abrigada y con sombrero azul para admirar la tarde sobre el río. Me dice que está feliz

[149] Rubén Darío.

de haber nacido en este lugar tan bello y me muestra, como las ancianas judías dueñas de Riverside Park, la amplitud de sus dominios, suavizados por el agua y la caída del sol. "Hay que saber apreciar esta hermosura". "¿Usted, es de Valdivia?" "Mire esa luz, esos colores". "Son cosas que Dios nos da". Habla sin solemnidad, sin unción de circunstancias. Y con la misma naturalidad, al despedirse, me dice: "Que Dios lo bendiga".

A cada paso, a la orilla del río, *El niño y el pez*.

La luz rasante eleva los castillos de tablas hasta la altura del Espíritu. No queda sino mirar y obedecer. Pescadores, nubes, gaviotas, toda el aura que abrazan los ojos adquiere calidad de luminoso misterio. Esta luz no es el contorno de lo real. Es la plenitud instantánea del ser. El alma abreva su caudal y vuelve a su fuente. Se transforma en todo, se volatiliza y se concentra.

Es también el lanchón renegrido, la aguja de la iglesia, el álamo, el pez y la caña. Hasta que el tiempo deshace su cotidiano prodigio y se muerde la sombra.

¡Un cielo de Rubens tremolante en el río!

Se aprestan a dormir Mariluz, Carmencita y Duby[150], sobre ondas que ahora son de obsidiana bajo nubes de mármol azul. Ya es el fin del crepúsculo y el fin del verano.

Los remeros, escritura del río.

Esos caballeros de solemnes anteojos podrían ser arrobados admiradores del paisaje.

"Todo loro pasado fue mejor" -habría que recortarle la mitad de la lengua y quedaría mucho mejor.

4 de marzo

El noble acanto atrae caracoles -y vuela, estrella fija, la clemátide. Toda isla entrevista es más lejana.

9 de marzo

No puede ser malo *Fin de mundo*. Sería como pedir a un gran pianista que olvide todos sus reflejos y toque muy mal. Imposible. El arte es una segunda naturaleza. No es el cenit tampoco. Aunque suele ser de una sombría hermosura que llega a los acentos de Wagner, se impone como una buena pieza de programa, bien orquestada, un poco obligatoria. Sin imprevistos. Es la milésima calavera de Posada. Pero, de pronto, sorpresivamente, Neruda vuelve a ofrecernos la sorpresa de sí mismo en dos raros motivos: un remordimiento trizado de desencanto, con un triste y deliberadamente tardío *mea culpa* inspirado en los sucesos de Praga en 1968 -cosa nueva en él-, y el mismo tono de angustia, ahora acentuado por la presencia física de la muerte, de *Residencia en la*

[150] Nombres de pequeños barcos en el río de la ciudad de Valdivia.

tierra, con arpegios de Jorge Manrique. Es la muerte del poeta en primer término, sin duda. Pero es también el fin del siglo y el fin del mundo, hasta el fin de la tierra. Este libro está empapado de muerte y de muertes.

15 de marzo

Cuando todo es polémica y todo lleva a los principios y a las últimas consecuencias, no es raro que también se transforme en *divortium aquarum* la cuestión de la merluza. ¿Hasta qué punto somos capaces de comerla? ¿Nos gusta, no nos gusta? ¿Nos gusta artesanal y nos repele cuando está industrializada? Lo peor de la actitud mental del subdesarrollo es llevar a la conclusión de que la miseria es no sólo inevitable, sino mejor, un estado natural rousseauniano. Entonces es malo que haya mucho de nada bueno porque se transforma en un bien indigesto. No se mira la carne de merluza sino la espina atravesada en la garganta. Estos críticos habrían condenado la multiplicación de los panes y los peces. Condenan el desabastecimiento, pero les carga la abundancia ajena[151].

El roble pellín da dos encarnados, el canelo da el verde, verdoso claro las barbas de palo, el rubio de oro.

Como en la casa de un viejo Mandarín, las damas de la Corte de Hernán Poblete pintan la elevación de la luna llena sobre el río en la transparencia de un crepúsculo de otoño.

16 de marzo

Por orden expresa del Presidente, el Subsecretario del Interior, meses atrás en los días del asesinato de Pérez Zujovic, denuncia un contrabando de armas "para la sedición" transportado en el barco Puelche. Este es perseguido y cercado por buques de la Armada. Al final no hay nada. Un simple contrabando de radios y hojas de afeitar, de cualquier cosa. El Presidente y el Subsecretario mantienen silencio.

Antes de eso, todos los servicios informativos del Gobierno, en vísperas de las elecciones municipales acusan a un grupo de extranjeros de haber organizado una conspiración internacional para bajar el precio del cobre, obtener ganancias especulativas y perjudicar al Cobre nacionalizado. Uno de los presuntos delincuentes había mantenido entrevistas con Allende y el Ministro de Minería. Todos caen presos. Después de un tiempo, la justicia los absuelve. El Gobierno no dice nada.

A fines de año, el Gobierno, encabezado por el Subsecretario comunista del Interior, acusa al Rector de la Universidad de Chile y sus acompañantes, profesores y alumnos, de haber pretendido tomarse la Moneda, cuando penetraron "a viva fuerza" a la antesala del Subsecretario a solicitar una audiencia con el Ministro. Meses después, el Ejecutivo retira la querella.

---

[151] El sentido de estas reflexiones se aclara con las anotaciones del 30 de marzo.

Felipe Herrera es recibido con manifestaciones hostiles por el MIR y la Izquierda Universitaria de Valdivia, a donde viene a recibir un grado de doctor de la Universidad Austral. *Go home, Mr. Herrera*, dicen los letreros que llenan el campus y sus accesos. Para los miristas, Herrera es un bien cebado lacayo del imperialismo. Pocos meses más tarde, el mismo es proclamado candidato a Rector de la Universidad de Chile por la Izquierda Universitaria, tras la intervención personal del propio Presidente Allende. Es justo agregar que los miristas siguen rechazándolo.

El Gobierno y su prensa acusan a sus contrarios de sediciosos cuando hablan de *desabastecimiento*, término que habría sido puesto en uso por ellos. "En Cuba hay de todo", "En Chile hay de todo..." La verdad es que no faltan muchas cosas indispensables y que las viejas de la burguesía se han quejado a voz en cuello desde que subió la UP al poder. Y aun desde antes, a raíz de la escasez generada por el pánico de ellos mismos. Y especialmente de *ellas*. "No hay galletas, no hay sostenes de nylon, no hay remedios, no hay cosméticos".

El Gobierno dice que el racionamiento de carne bovina tendrá que durar muchos años, o siempre, si la población humana aumenta más rápidamente que la masa ganadera. Hay que reemplazar esa carne por cerdo, pollos, pescados. Pero, entre las cosas que faltan o escasean, la mayoría han desaparecido por la ampliación del poder comprador y por el acaparamiento de particulares o comerciantes. Si escasean los taxis en Santiago es en parte por abuso de los taxistas y por falta de repuestos (¿hasta cuándo las dos cosas?) y porque ahora los proletarios tienen dinero para pagar taxi. Esto último es probablemente cierto.

Pero no es tan claro el asunto de los medicamentos. La oposición hace con sensacionalismo la denuncia: ¿Algodón? No hay ¿Insulina? Está faltando. ¿Gasa? No hay. Y así muchas cosas. La prensa gobiernista atribuye estas voces de alarma a la "campaña del terror". Un alto funcionario de la Salud Pública explica las deficiencias por las mayores compras originadas por las más altas disponibilidades de dinero y por la ayuda efectiva que hoy presta a los asegurados y sus familiares el Servicio Médico Nacional (Sermena). Por último, el Ministerio reconoce la escasez o falta completa de algunos fármacos y anuncia que el Subsecretario viajará a Europa y Japón, encabezando un comité que comprará, al crédito, cinco millones de dólares en medicamentos. Magnífica solución, mientras el gordo oportunista, coautor del Formulario Nacional, no se mueve de España, donde es Embajador.

Con la concurrencia decisiva del Ministro de Educación, el valetudinario radical Ríos Valdivia, Arturo Piga, uno de los más gárrulos, vacíos y reaccionarios profesores de la Universidad de Chile, ha sido elegido Vicepresidente ejecutivo de la Comisión Chilena de la Unesco, organismo decorativo, inocuo, pero que otorga por lo menos un nombre conocido. Hace más de 30 años, cuando las tropas nazis entraron a París, el profesor Piga entró desafiante a la Sala de Profesores del antiguo Pedagógico, exclamando: "¡Nos tomamos París!" Lo que no

impidió que, al término de la guerra, fuera condecorado por el Gobierno de Francia. Su énfasis operático y sus bravuconadas verbales de viejo afeminado fueron el hazmerreír de los alumnos de varias generaciones. Nadie leyó, ni por obligación, sus libros farragosos, mal escritos, sembrados de truismos y fingidas requisitorias espiritualistas contra los EE.UU. Avaro, hipócrita, concupiscente, desprovisto hasta del último ápice de rigor intelectual y moral, no es raro que haya dorado la píldora de la UP, como antes las de Ibáñez y Alessandri, que lo nombraron Adicto Cultural en España e Italia. Arturo Piga solía proclamarse comunista. ¡A lo San Francisco de Asís! Ni un grado menos en la escala de la santidad.

"Ahora que el Carbón es de Chile..." Al mismo tiempo, se anuncia que se traerá una primera partida de carbón de Canadá. La producción interna alcanzó en el mes de mayo a un promedio diario menor que en 1970. Sin embargo, el mismo Gerente fiscal que hizo tal anuncio sostiene que hay un 50% más de producción que antes de la toma de la Empresa por el Estado. El mismo funcionario -modelo de lógica- agrega que la baja se debe en gran parte al ausentismo del 21% de los obreros "que le ponen el hombro a la producción" porque "producir más es también revolución". El resto -añadió- se debe a la lentitud del trabajo, al alcoholismo y al problema de la vivienda. Otros sostienen que el ausentismo es muy superior al 21%. Ellos dicen que el Gobierno declaró que iba a derrotar la miseria y por eso puso un gran letrero frente a la plaza principal de Lota Bajo. Ahora la miseria es mayor que antes. Han vuelto a aparecer niños descalzos. El último reajuste de salario fue una burla.

Tienen razón los que hablan de los efectos *irreversibles* de la Revolución desde el poder. Entre ellos, Allende. Pero, con la misma razón sociológica, habría que hablar de los efectos igualmente "irreversibles" de nuestro descalabro económico -en el cobre, en el carbón, en la industria, en la agricultura.

Los defensores de la empresa privada añoran las ganancias, pero olvidan a los obreros.

El senador conservador Ochagavía anuncia que Aisén, por los abusos de la Reforma Agraria, será campo de muertos.

Ayer hubo huelga nacional de peluqueros.

El Canciller Almeyda, en un banquete oficial en Madrid, brindó por el general Franco. ¿Qué habría dicho de eso el mismo Almeyda hace 3 años?

Según los dirigentes agrícolas -fuertes opositores al Gobierno-, el afán de hacer producir a tierras situadas en faldeos inadecuados para sembrar, con el objeto de aumentar artificialmente la superficie sembrada, está produciendo un desastre ecológico. Las copiosas lluvias de este año han barrido la tierra útil y la han arrojado a los ríos, que parecen de chocolate.

"El Apocalipsis lo quiere todo de inmediato; la Revolución lo consigue todo lenta y duramente. El peligro está en que todo hombre

lleva en sí mismo el deseo de un Apocalipsis. Y que en la lucha este deseo, transcurrido un tiempo bastante breve, acaba en un fracaso inevitable por una muy simple razón: por su naturaleza misma, el Apocalipsis no tiene futuro", escribe André Malraux.

Los beatos del populismo chileno olvidan que no sólo existen los crímenes de los ricos. Suelen ser tanto o más espantosos por su crueldad, a veces reconcentrada y fría, los hechos de sangre de la gente enardecida por la prédica revolucionaria o envilecida por su condición, se dirá. Igual que los otros, envilecidos por la codicia y el dinero. Vaya una cosa por otra. En estos días, los ocupantes de un fundo mantenían en rehén al propietario y amenazaban con matarlo "a sangre fría". Si el respeto por la vida es índice de civilización, Chile ha bajado en estos años del mínimo vital. La crónica roja ocupa todos los días varias páginas. Ni siquiera los ancianos centenarios se salvan de los bandidos, vengadores o depravados. Algunas de las declaraciones de los criminales son pasmosas. Cuenta la prensa de hoy: "Detenido Hardy Rojas, manifestó que había apuñalado a María Inés por venganza de una lesión provocada por la víctima tiempo atrás y *al mismo tiempo para aclarar que él no tenía relaciones con ella*". La aclaración no podía ser más contundente.

La UP está haciendo cada vez más odiosa a la música folklórica que, en su forma campesina, casi siempre corresponde a un Chile feudal que ya no existe.

Uno de los males de Chile es la enfermedad de las noticias.

En casa de C. G. ella y C. R., que rodeaban a H. D. A.[152], no hacían sino quejarse del régimen, de todas las demasías, descalabros y ruinas. Pero otra cosa es el bolsillo. Justificaban la venta de acciones al Estado por parte de ilustres caballeros nacionales. Estos opositores tiene el más puro patriotismo y un máximo sentido del bien público cuando les conviene.

19 de marzo[153]

No puede estar bien de salud un país en que todos los días se ahorca una media docena de individuos. La mayor parte de los suicidas en el Sur se cuelgan de los árboles. Algunos son muy jóvenes. Algunas son muchachas.

Considerar la enorme diferencia que existe entre *valer* y *costar*.

Revista: *El Ojo de la Papa*.
La Mano Recreativa. (JS).

---

[152] Tal vez Hernán Díaz Arrieta (Alone).

[153] Las anotaciones del 19 de marzo y las del 15, 18 y 21 de mayo no figuran en la copia mecanografiada de los cuadernos del *Diario*, sino en una pequeña libreta que no había sido transcrita. Las he intercalado en el lugar correspondiente.

En Macondo nada trasciende. Todo está hundido en un presente cenagoso. Los pájaros no vuelan ni cantan en libertad -o caen muertos por docenas o gimen como los alcaravanes. El calor y los apetitos carnales lo pulverizan todo entre límites pegajosos.

Juan Guzmán me contó que el Poeta se revistió de mandrágora y empezó a hacerle exigencias a Efraín para iniciar su viaje: compra de libros, ropa, reloj, etc. Sombrero de tres picos, banda tricolor, escarpines de terciopelo. Efraín accedió, pero le ordenó que pidiera sus artículos por vía oficial con facturas en quintuplicado y notas a la Dirección de Aprovisionamiento[154].

Me sentí tan mal después de tomar unos whiskys en la noche, que al día siguiente tuvieron que ponerme una inyección.

Lo de París debe tener algún fundamento de oídas, porque es cierto que Neruda está muy mal.

Estuvo hace un mes y medio en EE.UU., pero después regresó a París y fue a Londres. Actualmente se supone que está en Moscú, hospitalizado. Recibí hace pocos días una tarjeta de él desde allá.

Tiene muchas enfermedades: flebitis, insuficiencia cardíaca, prostatitis. Lo operaron de la próstata y no quedó bien. Dicen que se le ha producido un cáncer generalizado. Lo vi hace una semana acompañando a Almeyda al Quai D'Orsay y se veía muy flaco y apagado.

Si viniera a verte más seguido, podría realizar al fin su obra literaria.

Rubio me dijo también que mientras estuvo Efraín en Santiago, pasó todo el tiempo curado.

¿Será de la ultra izquierda?

21 de marzo

Comienza el otoño con un furioso temporal de viento que amenaza con descuajar el abedul, frente a mi ventana. El viento levantaba las planchas de zinc. Como a un niño, las oleadas violentas me estremecían, casi me hacían castañetear. El tronco blanco del abedul parecía un cimbreante cuerpo desnudo azotado por el Kunt. Gemía y hasta sangraba. De pronto se cortó la luz y ya no pude leer. Cuando salí al patio a poner al loro Don Camilo al resguardo de la tempestad, sentí al viento tibio como un aliento animal. Terminé durmiéndome muy tarde, cuando la lluvia reemplazaba al huracán, en los últimos capítulos del *Mal paso* de García Márquez, que tiene la obsesión del calor, la lluvia tropical y los ratones. Admiré una vez más la elasticidad circense del abedul.

Una agachada anciana se abotona, al dar vuelta a la esquina, como si viniera saliendo de las tapas abrigadas de un cuento de Calleja.

---

[154] Oyarzún se refiere a Neruda y a Efraín Barquero.

26 de marzo

"La zozobra religiosa es a la vez la expresión de una zozobra verdadera y la protesta contra esa zozobra verdadera. La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo desprovisto de corazón, al igual que es el espíritu de una situación sin espíritu. Es el opio del pueblo". Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel.*

30 de marzo

La tortura cotidiana de los periódicos. Ni tirios, por cierto, ni troyanos. Pero hay un hecho que vale irremediablemente contra el Gobierno de la UP, a pesar de todos sus planes y proyectos dignos de aplauso: la voz que han alcanzado en su favor la ineptitud, el fanatismo y la ignorancia. Los mayúsculos problemas del país son abordados por oportunistas o sectarios ignorantes, que creen que la sociedad se gobierna con "ideas", a golpe de TV y radio. Es la República de los locutores.

Hay cinismo y maldad en editoriales como éste: "En las naciones socialistas, el consumidor no tiene otra alternativa que comer lo que el gobierno ordena". Se ve que el articulista no ha estado en ninguno y que no ha podido comparar los mercados chinos o rusos de alimentos con los nuestros de tipo proletario. No hablo de los super-mercados de las clases acomodadas. "Pero Chile no es todavía un país enteramente socializado. La voz del pueblo merece aún cierto grado de consideración. A la gente no se la puede, todavía, obligar a comer cosas que no desea comer". Se olvida que, *todavía*, algunos pueden obligarla a no comer nada o alimentarse de mugres. Y este divino botón mercurial: "En consecuencia, la merluza soviética tiene escasa salida". El feliz autor de estas líneas asigna a la U.R.S.S. aguas y peces con banderas frente a nuestras costas y determina que esa pesca, al parecer por ser soviética, tiene escasa salida. Todo se conjuga para hacerla indigna de los paladares chilenos y de los estómagos vacíos. Las proteínas no interesan a este diario defensor del nacionalismo gastronómico. ¿No les gustaba el caviar del Mar Negro? ¿No aceptaban los excedentes agrícolas norteamericanos, con la protesta de los agricultores chilenos, que preferían su ganancia al pan del pueblo? (Editorial de *El Mercurio*, 15 de marzo, 1972).

Dar y recibir. "En el profundo sentido religioso de la civilización hindú, el que pide está haciendo el bien al que da y no al revés. El que da al dar modifica su *Karma* o destino, se supera, se mejora. Por ello, debe dar con humildad, sin esperar agradecimiento; el que da debiera agradecer al que pide, porque le brinda la maravillosa posibilidad de dar, que le permitirá, tal vez, superar el círculo de las reencarnaciones y liberarse" (Miguel Serrano, "La música de la decadencia", artículo en *El Mercurio*, 15 de marzo de 1972).

2 de abril (Pascua Florida)

Mucha lluvia y pocas flores.

Al fin, se decía con cierto optimismo, algún día teníamos que pasar entre Scila y Caribdis. Siempre que emboquemos bien el desfiladero.

3 de abril

Clase sobre el pensamiento metafísico[155].

4 de abril

En ritmo del río en sus barquichuelos.

Sólo en el lago Baikal se encuentran algunas especies vivas: el nerpa -una foca- y el golomyanka, un pequeño pez transparente: se puede leer el diario a través de él. Este pez, en lugar de poner huevos, da nacimiento a 2.000 criaturas a la vez, y se come algunas de ellas.

5 de abril

Mujeres del Sur, que cuando caminan, parece que fueran quedándose sentadas.

8 de abril

No hay duda de que el río Calle Calle despide efluvios eróticos: *Venusfluss*. En esta ciudad no debe de haber virginidades adultas. A las muchachas que no poseen jóvenes amantes, las inicia el río con sus piedras tibias y su espuma salina. Es un tranquilo cabalgador, "quebrantador de miembros".

Un mancebo solo de pullover celeste lee al sol un folleto concientizador sobre Explotación capitalista. Su concentración no parece continua. Más absorto en su tarea está el botero cargado de manzanas. Y desde luego un perro enojado que le tira mordiscos a un niño o el joven que abraza a su niña.

Hasta ahora los mejores ensayos de los 9 *Asedios a García Márquez* son los peruanos: Ortega y Oviedo. Los peores los chilenos: Lastra y Loveluck. Cuando Angel Rama con su conocida vehemencia de guerrillero de la crítica literaria, enfoca a García Márquez centrándolo en el tema de la violencia, procede de acuerdo con sus preferencias. Lo que afirma no es un error sino una exageración.

También podría decirse lo mismo del Quijote, fijándose sobre

---

[155] En la Universidad Austral de Valdivia, además de sus actividades en Extensión Cultural, Oyarzún daba clases de Filosofía y Estética.

todo en la batalla contra los molinos de viento o en la liberación de los galeotes. Pero éstas ni comienzan ni se acaban ahí.

Entre las armas encontradas en un "arsenal" de Patria y Libertad en Concepción, aparecen hasta unas bolitas de barro. Eso no significa que no tengan armas más poderosas en otra parte.

Bajo el gobierno de González Videla, H. Santa Cruz, como Embajador de Chile en las Naciones Unidas, acusó a la U.R.S.S. de intervención en la política chilena y latinoamericana y defendió la ruptura de relaciones con ese Estado. 25 años más tarde, acompaña a Cuba en sus violentos ataques a U.S.A. por los bombardeos y bloqueo de Vietnam del Norte.

Decadencia de la vida silvestre. Se calcula que en 1900, en Alsacia había 9.000 cigüeñas. 50 años más tarde eran sólo 360. Hoy en 1972, no pasan de 200. Según los científicos, dentro de un decenio no habrá ninguna[156].

Los indios yapura, que suelen salir en rápidas excursiones de la selva amazónica, hablan del Gran Lagarto Trueno, un animal enorme, de varios metros de largo, con una cabeza "como la de 10 caimanes" y una gruesa cola con la que golpea el agua de los pantanos. Se parece al *brontosaurio*, de la era secundaria, que vivía en lodazales. En Siberia se han encontrado las huellas de un mamut vivo y en la Amazonia venezolana las de una pareja de *Amer Antrope*, los grandes monos sin rabo que desaparecieron oficialmente hace 45 millones de años.

10 de abril

El pintor Anwandter pretende contrariar a Heráclito: pintar dos veces el mismo río.

16 de abril

PUTAS

Graffitti en una esquina residencial de Valdivia.

Un gato como siempre vestido de fiesta... miró bajo el ciprés como quien revisa debajo de la almohada o mira bajo la cama una mañana de Pascua. No era difícil escarmenar la hojarasca del castaño en el suelo. En cambio el ciprés, avaro de sí, no soltaba una hoja. Así podrían clasificarse los árboles, por lo que ofrecen a un gato remolón. El abutilón atrae con sus farolillos a los ardientes picaflores. La espuela de galán concentra al rocío en grandes gotas que parecen volcadas de un termómetro.

---

[156] Información incluida en *Defensa de la tierra* (p. 64).

18 de abril

Era un poeta tan poco conocido el Capitán Aldana cuando A. L. empezó a estudiarlo, que muchos creímos que sería algún oficial de carabineros que había conocido a la vuelta de la esquina.

30 de abril

A pesar de las prohibiciones venden copihues en la estación de Antilhue.

"Los hombres pasan, los árboles quedan", dice la propaganda del Instituto Forestal. Debería decir: "Los hombres pasan, los árboles también".

El Dr. dentista Muñoz Ribbeck asegura que los zánganos son muy útiles a la colmena, pues su sola presencia estimula a la Reina y a las obreras, a aquélla a poner más y a éstas a trabajar con más entusiasmo. Además son los acarreadores de agua.

Un hombrecillo que me vende viejas revistas en alemán vive con su mujer y 6 hijos en una casita de la población Corvi, calle J. V. Lastarria. El pobre dice que los materiales de la casa son tan malos que un día abrió una ventana y la ventana se deshizo en sus manos y toda la casa se vino al suelo. El vive de mínimas compraventas. Soporta la vida sin desesperación, con gesto desvalido y sonriente de hombre débil de la cabeza.

A pesar de la lluvia, los picaflores chupan el néctar de los abutilones, que aún florecen profusamente, amarillos, salmón, blancos. Ya están llegando los gorriones que cubren los manzanos sin hojas. Llamean como cofres de piratas los abedules furiosos de oro.

Moscú exige cese del bloqueo de Viet Nam del Norte.

"El comienzo del período invernal ha demostrado una vez más que el país no está preparado para afrontar esta contingencia". ¿Contingencia al comienzo del período invernal? ¿Tal vez la Confederación de la Producción y el Comercio ignoraba la periodicidad de las estaciones?

Cuando la Reina está vieja y da señales de enfermedad o muerte, las obreras la sacan de la colmena y, aunque se resista ella a salir, la expulsan a empujones como a un mendigo. Si no hay una soberana de reemplazo el enjambre se dasarticula y muere.

El Dr. Muñoz Ribbeck sostiene que la Reina mantiene su poder cohesivo gracias a un olor especial. Cuando disminuye o desaparece, la Reina pierde su imperio, enormemente efectivo durante el primer año de su reinado, pero declinante después, hasta desvanecerse del todo. Hasta los 3 ó 4 años, la Reina, sin embargo, mejora sus capacidades de ponedora.

"Como las gallinas -me dice Muñoz R.-, que cuando viejas son mejores madres."

2 de mayo

Un caso fatal, entre los 15 del último temporal en el centro del país. En la Av. Vitacura de Santiago fue hallado un obrero de 56 años en el interior de una casucha de perro, donde se había guarecido de la lluvia.

La justificación extrema de una filosofía que ha perdido todos sus territorios, provincias y dominios es el simple ejercicio de la reflexión -nada más y nada menos.

Subdesarrollo: "4 años luchando para obtener otro poste de alumbrado" (*Correo*, 2 de mayo).

"Y sobre todo no es cuestión de negar a la literatura en general, porque no puede evitar que un niño se muera de hambre" (Sábato).

"Robada en Italia la calavera de San Crisógono". La desaparición ocurrió después de los robos del cráneo de San Silvestre y del pie de Sta. Teresa de Avila, en otras dos iglesias de Roma. "El viernes pasado el ladrón del cráneo de San Silvestre se arrepintió de su acción y devolvió la reliquia en el confesionario".

-Y tú, ¿eras virgen?

-No, no he sido nunca.

Abejas asesinas, cerca de Recife, mataron a aguijonazos a un ex-Alcalde, a 40 pollos, 4 pavos y 4 palomas. Fueron identificadas como de raza italiana.

Generalmente estos ataques los efectuaban feroces abejas de Sud Africa, importadas para mejorar la calidad de la miel brasileña.

Hubert Taft, hijo, Presidente de la Taft Broadcasting Co. y descendiente del Presidente Taft, murió cuando una explosión destruyó el refugio contra bombas y la precipitación nuclear, que había construido en su quinta en el suburbio de Ludian Hill en Cincinatti. El techo del refugio, una estructura subterránea de bloque de concreto y cemento, se derrumbó sobre Taft, atrapándolo dentro. La víctima tenía 60 años. Los bomberos dicen que parece que la explosión fue causada por gas embotellado almacenado en el refugio. Grupos de salvamento tuvieron que usar equipo pesado para remover los escombros. Se tardó 3 horas en encontrar e identificar al occiso.

Los elefantes temen también a los ratones. En Sierra Leona, un elefante estaba desfilando ante el público en una función cuando de repente corrió un ratón por la pista. El paquidermo se paró en dos patas, saltó la cerca de madera que lo separaba de la concurrencia y emprendió una loca carrera. El público también se dio a la fuga.

Valdivia, mayo

Keir Dullie me dejó impresionado con su Marqués de Sade. ¿La belleza sin remisión? ¿El pecado de la belleza? El tema es ético y estético.

El placer se transforma en locura, en maldición, en impulso autodestructivo.

Recordé a ese sujeto de una casa de citas en Londres que tenía que ser azotado desnudo, envuelto en un impermeable azul de plástico.

Una sola corneta de niño puede destruir todo el equilibrio silencioso de la naturaleza tan claramente como una bomba atómica. Así como una falta de ritmo puede echar abajo un puente o desarmar un buque.

El viejo castellano está almorzando. Sus matorrales tienen oídos y paredes, ojos. Mira incesantemente a la distancia, hacia el río anterior al puente, hacia lo que es hoy la nada, un río sin agua y sin puente. Los perros ladran al vacío de la noche. El anciano piensa en su hija, que vive al otro lado del camino nuevo. El la aborrece porque ella se quedó con el bosque. A la muerte de su mujer, todo se volvió un lío. Ella salió con la suya, se fue de la casa grande sobre la ribera, construyó su propia casa y se quedó con el bosque plantado por su abuelo, cuando llegaron los primeros alemanes a la Isla[157].

15 de mayo

Los partidos de la UP en Concepción -incluyendo a los radicales y con la excepción del PC- suscriben el odioso punto de vista del MIR, que apela a "la voluntad terminante de obreros, campesinos, pobladores y estudiantes de probar que *legítimamente* las plazas y las calles son del pueblo movilizado que está dispuesto a defender sus avances y que nada ni nadie podrá *trancarle* el paso a la conquista total del poder".

Desde luego, gran parte de esos obreros, campesinos, pobladores y estudiantes son contrarios al MIR y a la UP, como lo demuestran las elecciones parlamentarias, sindicales, académicas y estudiantiles del último año, y los pobrísimos resultados obtenidos por el MIR.

En seguida, ¿por qué los pobladores habrían de constituir una categoría aparte? ¿No son obreros, estudiantes, empleados, dueñas de casa?

18 de mayo

Anoche, comida con Alejandro Covarrubias. Viene por unas semanas como experto de Unesco, supervisor de un proyecto de enseñanza básica integrada para América Latina. Hoy partía a Llifén. Su ímpetu optimista es el mismo. Me cuenta que Neruda dejó a la Unesco en París con un palmo de narices pues no asistió a un almuerzo en su honor a raíz del Premio Nobel, sin dar ninguna explicación. Dice que a raíz de eso, Mabeu ordenó cancelar el número de *El Correo* dedicado a él. Alejandro Covarrubias pertenece ahora al PIR. Considera insostenible la actual situación política chilena.

---

[157] Se refiere sin duda a Isla Teja, unida a Valdivia por un puente.

21 de mayo

Se escucha el Himno Nacional. En mis recuerdos más lejanos, esta fiesta se asocia con cielos grises, barro, pelotazos de fútbol, borracheras otoñales de la gente de campo. Debieran suprimir esta fiesta, que ofende a los peruanos.

Sin duda, N. P. agrega a W. W. una gotas de humor[158].

Es cierto que lo conoció en 1937 en la traducción de Vasseur, pero a comienzos de 1943 ya lo manejaba en inglés, en una espléndida edición de lujo que compró en la librería Studio y que llevó en nuestro viaje a Chiloé. Era un librote de tapas verdes que se robaron unas periodistas norteamericanas en un hotelucho de Chonchi. De harto le sirvió el poema "Captain, oh my Captain". Y el águila septentrional.

15 de julio

Desde Allende a Ignacio Palma, DC Presidente del Senado, hasta los microlocutores de las pequeñas radioemisoras, todos hablan del enfrentamiento, pero nadie sabe en qué consistiría. Si las Fuerzas Armadas apoyan al Gobierno, no puede haber guerra civil. A lo sumo guerrillas y escaramuzas. Pero, ¿será posible? Un personero comunista de cierta importancia me dijo en el verano que, si el Gobierno no lograba el apoyo de la izquierda del Partido DC, se iría a una dictadura con apoyo de las FF.AA., en lo que éstas estarían ya de acuerdo. ¿Todas? ¿También los marinos, con su antigua fama de conservadores? Difícil. H. P. terminó su intervención de anoche en la TV oficial en tono sombrío, después de comentar las expresiones amenazantes de Allende y el Ministro del Interior, la protesta de la Corte Suprema contra éste y los anunciados discursos de Palma y el Coronel Labbé, candidato de la oposición en las próximas elecciones parlamentarias. La tendencia cínica de Allende -siempre por debajo de sus responsabilidades- se superó a sí misma en la carta al Presidente de la Corte Suprema que dictó a su Ministro de Justicia. Se excusa diciendo que las manifestaciones populares frente a los Tribunales y el Congreso eran espontáneas, a pesar de que los manifestantes habían sido trasladados desde fuera de Santiago en vehículos fiscales. Agrega que dio órdenes de que el mítin fuera disuelto y de que la gente se retiró pacíficamente, pero olvida que tales órdenes, en todo caso, fueron burladas por el propio Ministro del Interior suspendido, quien habló a ese público. En seguida se queja de la parcialidad clasista de la justicia burguesa y presenta varios ejemplos en su apoyo. No le interesa agregar, por cierto, que se podrían exhibir casos de mucho más flagrante injusticia de parte de los tribunales socialistas. Si no, que lo digan escritores, científicos y aun líderes obreros soviéticos,

---

[158] Habla sobre Nicanor Parra (N. P.) y declaraciones suyas con respecto a cuándo conoció la poesía de Walt Whitman (W. W.).

checos, húngaros. La justicia burguesa, con todas sus dilaciones, abusos, favoritismos, absuelve a Angela Davis y no utiliza el paredón.

El Presidente Allende, a fuer de viejo político, une a sus reconocidas capacidades de hábil tramoyista, una cierta dosis de insinceridad, que sus adversarios le descubren con facilidad. Por ejemplo, envía al Ministro de Justicia -personaje político menor, perteneciente al insignificante Partido Radical pro marxista- con una sedicente carta de explicaciones a la Corte Suprema de Justicia, y en ella misma altera la verdad, con plena conciencia y quién sabe si riéndose para sus adentros. Alude al "pueblo", que juzga con severidad y objetivismo a la justicia "burguesa", pero ese mismo pueblo, según Allende y el Gobierno, no sería capaz de responder bien a un plebiscito sobre las reformas constitucionales que harían legal en cada caso el traspasar las empresas privadas al área mixta o a la social.

Uno de los rasgos más irritantes del lenguaje subdesarrollado de la Revolución es la hipóstasis del término *pueblo* -tan distinto en su connotación al *people* inglés-, cargado de notas y aureolas sentimentales, que desfiguran su sentido descriptivo. Los poetas demagogos -grandes y chicos- se llenan la boca con las virtudes del pueblo, que resulta siendo omnialusivo, frágil e irisado como una pompa de jabón, ora inocente y tierno, ora vengador, cruel ejecutor de la justicia, oráculo del Destino. ¿No viene de Víctor Hugo y su romanticismo político lleno de grandilocuencia esta hipóstasis, sin duda engendrada en la gran Revolución?

El desorden político se nota en hechos como éste: una fracción de los socialistas de Valdivia se tomó la Intendencia para defender al Intendente socialista de las intrigas de otros socialistas que querrían desplazarlo. "Estamos seguros de que, por encima de todo personalismo subalterno, los trabajadores sabrán acatar las resoluciones de la dirección política, sin prestarse para desatinadas actitudes que, como la toma de la Intendencia, sólo benefician a la ofensiva contra-revolucionaria que hoy enfrenta nuestro Partido", dice la Comisión Política del Comité Regional del Partido Socialista de Valdivia. Pero estas *desatinadas actitudes*, que sólo beneficiarían a los contra-revolucionarios, son la obra exclusiva de los socialistas, sin ninguna intervención de los contrarios. "Los Cesantes están con Monreal", decía uno de los carteles colgados en la Intendencia. Estos cesantes, numerosos en Valdivia, agradecen al Intendente Monreal todo género de ayudas, menos haberles conseguido trabajo, puesto que siguen siendo cesantes, tal vez con cierto gusto de serlo.

La intervención electoral del Gobierno asume a veces caracteres dignos de un Artefacto de Nicanor Parra. En la provincia de Coquimbo se recibió una serie especial de 5 capítulos de "Sombras tenebrosas"[159], el mismo día y a la misma hora de la proclamación del candidato de la oposición unida. Tal vez eso influiría en el triunfo final del candidato comunista.

---

[159] Serial de televisión, de gran audiencia en esos años.

El diputado Carlos Morales Abarzúa, dirigente del Partido Radical pro-marxista, acaba de declarar al diario socialista *Ultima Hora* que, si fuera uruguayo, sería tupamaru y, si fuera brasileño, "lo más probable es que estaría en la selva combatiendo como guerrillero". Estas afirmaciones tan osadas, y aun temerarias si se considera la edad y las costumbres de este parlamentario, las hace un radical que colaboró con entusiasmo en el Gobierno derechista de Alessandri, y su interlocutor es otro entusiasta radical polifacético, que ahora dirige ese diario socialista de ultra-izquierda.

El actor Ives Montand declaró a la revista argentina *Panorama*, después de su visita a Chile, que "la Izquierda (chilena) no ha entendido que ni el mal gusto ni la grosería son revolucionarios". Pálidas pruebas al canto: "Nosotros mismos también metimos las patas. Llegamos a lo choro, convencidos que podíamos obtener todo gracias a la conciencia política y de clase de los trabajadores. Y no fue así. Tuvimos que aprender que la cosa no era como la suponíamos" (Declaraciones de David Silberman, Gerente de la Empresa Chuquicamata, la mina de cobre más grande del mundo, a la revista *Ramona*).

Mientras el Gobierno alza los precios en un 100%, la Dirinco le echa la culpa a los especuladores. El Director Patricio Palma habla por TV, con facha de vago atorrante que acaba de bajarse de un tren de carga, para proclamar la necesidad popular de defender las alzas de *todos* los precios: "Los revolucionarios deben respaldar todas las medidas del Gobierno para derrotar a los fascistas y detener la conspiración del hambre". Olvida decir que el mayor conspirador es el propio Gobierno, con sus increíbles desaciertos.

El Siglo reconoce que ha habido favoritismos, y aun fraudes, en los sorteos y entregas de televisores populares.

Según Eduardo Frei, quien cita a la prensa europea, China apoya a Nixon contra Mc Govern. Los chinos no quieren que los EE.UU. retiren sus tropas del continente europeo, como propone Mc Govern. Temen a la unificación del Vietnam bajo la influencia rusa.

21 de agosto

Toda luna pasada me da pena
Toda luna pasada fue mejor

26 de agosto

Indifente a la huelga, un picaflor remolinea sobre los iracundos.

A pesar de duelos y quebrantos, han sobrevenido dos días de primavera con olor a jacintos. El río pasó del Spitzberg al Mediterráneo. Aparecen los remeros. Brotan las lilas. Los cantos inflados de los gallos repiten una balada remota. Mozart puede vivir aún con su alto gozo de ritmos y de pájaros de otro sol. Los niños de la Teja están alborotados

por la aparición de un zorro que frecuenta el basural improvisado que ha sido subproducto de la huelga.

Nadie sabía a ciencia cierta a qué altas horas de Nueva York se acostaba cada noche Alvaro de Silva. Ni a qué horas se levantaba. El decía que despertaba antes del alba. Otros sugerían que no dormía nunca. No faltaban los que aseguraban que se lo pasaba durmiendo. Su alimentación, según visitas de observación, consistía en pan, té y lechugas. El decía aborrecer todas las carnes, salvo el jamón de pavo, que parece de papel secante y no tiene gusto a nada. "Mientras más insípido mejor". Pero lo vi en algún *buffet froid* engullirse ávidamente una chuleta de cerdo, una costilla de ternera. Siempre que le telefoneaba, a cualquier hora, me contestaba al punto, sin sorpresa ni somnolencia. Dormiría con un ojo como los gallos y, apenas despierto, se prepararía una taza de té, para ponerse a escribir en alguna máquina vieja de dientes gastados. Ya Neruda se preguntó hace años dónde estarían sus obras, sus miles de páginas escritas, borradas, vueltas a escribir. Resulta siendo un escritor tan misterioso como el Poeta Molina.

El PC se opone a los miristas, socialistas y demás partidos de la UP en Concepción. Todos éstos, desconociendo la "legalidad burguesa", pretenden establecer una Asamblea del Pueblo y Tribunales Populares.

Agosto

Ahora le toca al Gobierno de la UP recibir las palizas de la ultra-izquierda, con motes de "asesino" y "contrarrevolucionario". Ayer tuvieron también su Pampa Irigoin en el Campamento Asalto al Cuartel Moncada. Los pobladores del FTR se habían tomado la Plaza Egaña como protesta por la detención de un dirigente mirista. Después, en la población, tras un toque de campana y unos altavoces llamando a resistir a las fuerzas represivas del Gobierno, vino una andanada de disparos, piedras, palos, fierrazos. Según la policía, en el frente de combate pusieron en primera fila a mujeres y niños. Según los pobladores, la policía, armada hasta los dientes, los habría sacado de sus camas antes del amanecer, llamándolos para defender al Gobierno, que estaría afrontando un golpe contrario. Tras esa mentira, los habrían rodeado y disparado en la oscuridad. En todo caso, los policías avanzaron con bombas lacrimógenas. Resultado final: un joven poblador muerto, varios heridos, 160 presos. El Subsecretario comunista Daniel Vergara transfiere el origen de los hechos al Poder Judicial, pues el Ministro sumariante de un proceso anterior dictó orden de allanamiento que encargó a la policía civil.

EL FTR llama a obreros, campesinos, pobladores, estudiantes y soldados a crear las asambleas del pueblo para detener "la represión reformista". Según ellos, habría 3 muertos. Esa Central obrera atribuye estos hechos y otros análogos a las conversaciones de la UP con la DC, que habría impuesto al Gobierno una política represiva contra los trabajadores "que luchan por más fábricas para el pueblo, más viviendas para el pueblo". Esta -dicen- es la política de Teiltelboim y Millas, que

defiende al Parlamento burgués y está contra la Asamblea del Pueblo; la política que defiende a la Contraloría y a los Tribunales de Justicia, para así reprimir y matar obreros, campesinos, pobladores y estudiantes.

EL Presidente Allende va a la población Lo Hermida a dar explicaciones de los hechos ocurridos. Entra sólo acompañado por un Ministro y dos o tres edecanes y guardias. Es increpado por los pobladores más audaces y por un activista universitario, Vice Rector de la U. de Chile en Osorno. Le faltan el respeto. El resiste y aguanta hasta que termina por irse, sin esperar mayores acuerdos. Algunos lo aplauden. Otros lo silban.

El mismo día, se amotinaron los presos del presidio de Puerto Montt, protestando porque no les permitían ver la TV hasta después de las 19 horas. Inmediatamente recibieron el apoyo de unos 500 pobladores de los "barrios bajos", que empezaron a apedrear autos en el Camino Longitudinal, hasta ser dominados por el Ejército. Días más tarde, un grupo de terratenientes -en su mayoría descendientes de colonos alemanes- dio muerte a 3 campesinos, en un enfrentamiento en el distrito vecino de Frutillar. El hecho produce conmoción nacional y opiniones encontradas. Los defensores de los granjeros dicen que actuaron en legítima defensa.

-Pacita, ¿quién es Allende?

-Un viejo con anteojos que anda por todas partes. Un viejo que cuando se encuentra con obreros se pone sombrero de obrero.

"¡Nixon Asesino!, le gritaron en Moscú", dice en la tapa el semanario comunista *Mayoría* (su título es también falso). ¿Podrían ellos lanzar la primera piedra? Ocurre en Chile y en todas partes que los que menos valor conceden de hecho a la persona humana -es el caso de nuestros jóvenes terroristas- son los que más amenazan con el término asesino. Los comunistas tampoco retroceden ante la muerte ajena. Se abanican con ella, aun los que se han aburguesado. Pero se abanican también con la increpación: ¡asesino!

Los que se les oponen a sangre y fuego, o con maquinaciones, intrigas y chismes, tampoco lo hacen mal. Las supuestas palomas tienen enorme facilidad para convertirse en halcones, tiuques o gallinas cluecas, según la condición o el sexo.

La politiquería con sus cuoteos y la incapacidad consiguiente de los funcionarios, altos, medios y bajos, son dos elementos *insoslayables* de la crisis chilena. Requisan una fábrica, la dejan inactiva mientras colocan a su gente y después producen menos y más caro.

Pequeño vocabulario de bolsillo de la UP: cuestionar, nominar, concientizar, insoslayable, fascista, momio, etc.

28 de agosto

Un discípulo me preguntaba ayer, cómo y para qué se escriben y realizan trabajos de investigación como "Antecedentes históricos de la

fábula de Píramo y Tisbe" o "El mito de la caverna platónica en Camoens y en Cervantes". ¿Para qué? Por deleite estético-intelectual, tal como se pinta una begonia. Es decir, por juego.

Otra cosa es, en el extremo opuesto, la literatura política. Pero, ¿quién la leerá después de un tiempo? ¿A quién interesan los versos latinoamericanos en favor del liberalismo o la Nueva Marsellesa de Víctor Domingo Silva? En la historia literaria, don Arturo Alessandri Palma, como tema, vale menos que una paloma, mucho menos que una lágrima de amor. Hasta Napoleón o Stalin son menos que una mariposa. Los centenares de poetas que hicieron de esos nombres un símbolo falso o sincero, terminaron por arrepentirse de su equivocación.

En mi ventana de agosto, el amanecer es como el gran teatro de la naturaleza cuyo telón de fondo se alza lenta y sigilosamente.

En su poesía buena, por lo demás, Enrique Lihn[160] es casi siempre un sofista resentido que escribe por la herida. Siente odio contra su infancia y en su egolatría mistraliana la identifica con el mito. La infancia es víctima del mito. ¡Mueran los mitos! El quiere ser realista, con la agresividad autodidacta de Pablo de Rokha, y se enreda en su falta total de realismo. Su imaginación es poderosa y puede sacar mucha Agua de Arroz[161] de unos graffitti en unos murallones de la Estación Mapocho. Pero eso no es realismo. También es mito: el de Huacho y Pochocha como el de Venus y Adonis.

Resulta siendo, en lugar de blasfemo a lo Lautréamont o a lo Rimbaud, groseramente anti-católico o, mejor, anti-clerical, como un dirigente del MAPU o un viejo francmasón que nos habla de "Santa Vitrola" y del "cacareo" de los ángeles. Y ¡qué latinoamericano, por lo demás, a la peruana o a lo calavera confitada de Guanajuato, son estas confesiones que huelen a López Velarde y a sacristía quiteña!:

"de agua bendita soy un pudridero,
llenas de musgo y podre están las llagas".
("Noticias de Babilonia")

Estos interesantes sentimientos -nada nuevos, por cierto- están expresados en lengua poética viperina, a veces magistral. Los sofistas han sido siempre grandes retóricos, hablan y escriben bien. A veces vulgarmente, sólo "recordando con ira":

"Iglesia de los Padres Capuchinos.
Angel de la Trompeta en la ventana.

---

[160] Oyarzún desarrolla en las páginas siguientes su lectura crítica del libro de poemas de Enrique Lihn, *La musiquilla de las pobres esferas* (Santiago, Editorial Universitaria, 1969).

[161] Es el título, *Agua de arroz*, de una colección de cuentos de Enrique Lihn (Santiago, Ediciones del Litoral, 1964). A uno de estos cuentos pertenecen los personajes mencionadas por Oyarzún al final del párrafo: Huacho y Pochocha.

Dios es amor, reparto a domicilio.
Alguien tenía que resucitarlo.
Vino al mundo con flores a María
en un decir Asís y "Vamos todos".
.....
Venid y vamos todos al infierno".
("Noticias de Babilonia")

La Babilonia es él y la musiquilla es la suya, la misma producida no tanto por el "órgano del miedo" -ni por las "pobres" esferas que no se interesan en él- como por su organillo de músico tembloroso y errante.

Por cierto, el barroquismo de E. L. incluye, retorcidos, espirales, salomónicos, los temas de la vejez, la podredumbre, la muerte. Aunque le cuesten o le aburran. No en balde el corazón es "el órgano del miedo". "El viento amargo nos devuelve poco a poco a la tierra, el mismo que nos puso un día en pie, pero bien al alcance de la huesa".

La contrapartida:

"Seres amados que se me escaparon
de los dedos, camino de los cielos,
estamos vivos pero desdoblados:
sigo allí en ese misterio doloroso.
.....
Lo del Cordero fue una historia cruel
.....
lo de la eternidad mi pesadilla".
("Noticias de Babilonia")

¿Quién puede no conmoverse con la elocuencia hebraica de E. Lihn, con su caldo espeso, vertiginoso, mareador con huesos bíblicos, condimentos de Marx, aliños de Kafka y cilantro nacional de Parra? Pero, cometa de cauda en remolino, su resplandor no tiene paralelo en nuestra poesía de mediana edad, desde luego por su don de lenguas. Por algo le interesa tanto la Torre de Babel. Su resentimiento no es mezquino, trasudado y tartamudo como el de los revolucionarios de provincia. Su vociferación proviene de contradicciones profundas y su rebeldía empieza por volverse contra sí mismo. Y ahí mismo termina, sin resolverse ni pedir cuartel. Lihn es un heroico guerrillero de la vida interior y no se cansa de lamentarse por serlo sólo de ella. Según él, todo le resulta mal y en su soberbia perdura un sentimiento de culpa que se vale de la razón poética y su dialéctica para defenderse ante los demás. Es bien visible cuando se trata del amor. En lugar de celebrarlo con palabras de exaltación o de lamentarse al itálico modo, se deshace en excusas. La pasión está aún encerrada en la *pieza oscura*[162].

[162] Título éste, *La pieza oscura*, de otro libro de poemas de Lihn (Santiago, Editorial Universitaria, 1963).

29 de agosto

¿Se puede sostener una poesía que quiere ser siempre ingeniosa?

No se olvide que también en poesía E. Lihn es un bailarín expresionista y que como vanidoso mimo, suele ser gimoteante. Transforma su inteligencia en máscara y su sentimiento en mascarada.

Debe de ser naturalmente así: estos anti-poetas que proclaman la muerte de la poesía, no son sino poetas.

"Menos yo en pie de qué,
en pie de poesía, en pie de nada.
.....
robo a la angustia horas de mi razón,
muriéndome
en el trabajo estéril de poeta,
en su impotencia laboriosa".
("Seis soledades")

Con todas sus cajas destempladas, la *musiquilla* termina por ser una defensa histérica de la poesía.

Gesticula y se queja de que no sirve para nada. ¿Para qué habría de servir? ¿Para hacer la revolución? ¿Para fomentar la agricultura? ¿Para hacer el amor en buena forma? Él también, como tantos otros, empieza por lloriquear y disculparse, por pedirle peras al olmo de la poesía. Porque escribió, fue la "víctima de la mendicidad y el orgullo mezclados". ¿Será la mendicidad, será el orgullo? ¿No estará abusando de las palabras? (¿Self-pity, esa actitud tan desdeñada por ciertos ingleses de carácter?). La poesía es, en todo caso, "perfectamente inútil". Y no ha hecho otra cosa que empaparnos con sus manguerazos de poesía, con esas emanaciones impuras de su yo exacerbado. Los guijarros que recoge un niño junto a un río son "perfectamente inútiles". ¿A qué habría querido destinarlos? Esta especie de locura o, mejor, de demencia senil:

"La especie de locura con que vuela un anciano
detrás de las palomas imitándolas
me fue dada en lugar de servir para algo".
("Porque escribí")

No se puede negar a esos versos su efecto de comicidad. Ese vuelo zoomorfo de un anciano es digno de recordarse. Pero, ¿en qué se parece la poesía y por qué le impide a E. Lihn servir para algo? Lo devora el remordimiento de ser poeta, "la cruz de la poesía" de que se vanagloriaban los viejos vates de chambergo, que, en efecto, tampoco servían para maldita la cosa. El mismo Lihn confiesa tener algo de ese género:

"Soy un poco el poeta de chambergo flotante,
de los quevedos flotantes, de la melena y la capa española,

un viejo actor de provincia bajo una tempestad artificial".
("A Roque Dalton")

Pero, ¿qué culpa tiene la poesía de todo esto? Por lo demás, a diferencia de E. Lihn, Préndez Saldías y Canut de Bon se sentía muy bien con sus chambergos y sus capas. Porque él escribe, todos dudan de su existencia real. ¿Será sólo por eso si es que dudan? ¿Dónde está? ¿En un país socialista? ¿En U.S.A.? Podría ser verdad lo que dice, dada la organización practicista de esos Estados, que se inclinan por otras clases ociosas.

Por otro lado, y aquí está la contradicción existencial, no poco histriónica y manifestación más del "orgullo" que de la mendicidad, escribir "significa trabajar con la muerte codo a codo" (¿No habría que decir "vivir" o "pensar"?), "robarle unos cuantos secretos". ¿No será demasiado? ¿Le ha robado alguien algunos secretos a la muerte? Ni el Dante ni Milton ni W. Blake pretendieron seriamente haber llegado a tanto. Y el extremo contrario, igualmente falso: "porque escribí fui un odio vergonzante".

De todas maneras, el odio no lo pone la poesía. Llega a ella y en ésta y otras de E. Lihn se nota bajo la forma de un coceador resentimiento contra personas, instituciones, sentimientos o, como diría otro resentido de menos generosidad, "contra la muerte".

De todos modos, E. Lihn *reitera* la poesía. Lleva un cuarto de siglo escribiendo versos. Cree, con buena lógica de enfermo, que la poesía es su mal y su medicina (E. Lihn le echa la culpa al empedrado):

"porque de la palabra que se ajusta al abismo
surge un poco de oscura inteligencia
.....
Porque escribí no estuve en casa del verdugo
ni me dejé llevar por el amor a Dios
ni acepté que los hombres fueran dioses".
("Porque escribí")

Tal vez, en esta enumeración, estar "en casa" del verdugo signifique ser ajusticiado, y no dejarse llevar por el amor a Dios quiere decir, simplemente, no tenerlo. Dan ganas de recordar el verso de chambergo: "¡Siempre habrá poesía!", porque, al final, sirve para tantas cosas: para reemplazar al psiquiatra, para evitar la pena capital, para sacarle el cuerpo al misticismo, para ver a los hombres como tales, para no caer en el destino burocrático, para resignarse a la pobreza ("ni la pobreza me pareció atroz"), para no sucumbir a la tentación del poder, para no lavarse las manos, para no ensuciárselas, para elegir a las mejores amigas entre las que no son vírgenes, para apartarse de los fariseos, para contener la cólera y no desbaratar al enemigo... Es una panacea y, otra vez, su elogio resulta omnialusivo. Llega a parecerse a lo que descubre Boecio en el fondo de un pozo cuando escribe su *Consuelo de la filosofía*.

A pesar de todo, el escribir no nos libera de la muerte:

"Pero escribí y me muero por mi cuenta,
porque escribí porque escribí estoy vivo".

Pero sí, al parecer, ha librado a E. Lihn de una muerte prematura y es de esperar que seguirá escribiendo. Nadie habrá de reprochárselo, aunque a él suela desesperarlo tanto, en su cuasi fingido satanismo.

Sigamos leyendo y escuchando, a veces con admiración, aun con arrobo, la *musiquilla de las pobres esferas*.

30 de agosto

Waldo Rojas, en su "Nota preliminar"[163], nos explica el origen de la música de las esferas, a través de W. Blake, para quien el hombre en su caverna la escucha por la 2ª de las 5 ventanas. Podría mejor haberse remontado a Pitágoras y los pre-socráticos. La poesía "formalista", al decir de Rojas, con su "alquimia del verbo", uno de cuyos nigromantes chilenos es Lihn, se fundaría en esa música que el vate irreverente transforma en musiquilla, cosa que al invisible músico debe tener sin el menor cuidado.

Poco ha de importar a nadie que el poeta Rojas considere sus resonancias como un "eco trastabicado", iniciando a la mayoría en el uso de este críptico adjetivo. La música que todavía pulsa el rapsoda Enrique Lihn se ha vuelto sonsonete vacío (¿por qué un sonsonete no habría de serlo?), lira envilecida. Este último es un calificativo moral y no poético. Está Waldo Rojas, sin embargo, en lo cierto cuando denomina a la expresión de su amigo "poesía de la contradicción". Habría que agregar que pocas obras literarias significativas, desde los cantos homéricos a Ezra Pound, dejan de serlo.

Eso sí que tal contradicción aquí se anuncia como el "documento de un conflicto: la destrucción de la poesía misma, pero la destrucción justamente a través de ella, serpiente alquímica que devora su cola". Si tiene algún sentido, esa *musiquilla* de Lihn sería la última poesía posible, pues se habría devorado la cola y con eso no nos habría dejado nada en las cuadernas de los poetas. Habría eliminado con sus invectivas toda posibilidad de poesía pura.

Parece demasiado.

Si lo piensa en serio el prologuista, quisiéramos abrigar la esperanza de que el poeta no lo acompaña en su frío tropicalismo.

Pero la roja cornucopia de tan breve nota preliminar parece una caja de Pandora. Según él, frente a ese "ocio increíble de que somos capaces", que nos mantiene "vivos, pero desdoblados", está el *compromiso*

[163] Que es el prólogo al libro de Lihn que Oyarzún viene comentando (pp. 9-12).

real, seguramente con la Revolución o con la construcción socialista, ante las cuales la poesía, musiquilla anacrónica, no es sino ocupación vergonzante. Pero estos bardos avergonzados no pueden tirar lejos su lira trastocada. Están condenados a portarla como a la piedra de su destino. ¡Qué lástima!, habría que decirles. Ni siquiera les queda el consuelo de la poesía ancilar, laudatoria, condenatoria, blasfematoria, en todo caso "concientizadora", la poesía de circunstancias. Sólo ahí habría un comienzo de compromiso real, ya que niegan la posibilidad de todo compromiso de la poesía con el espíritu humano o con ella misma.

Sugiere Rojas, en su fértil y señalado prólogo, que los textos del libro de Lihn marcarían "las primeras estribaciones de un camino de suyo accidentado que conduce nada menos que a la desarticulación de la poesía". No ha de ser muy difícil bajar por esas estribaciones. Lo que cuesta es subir. Por otra parte, Nicanor Parra, sin tanta teoría, se ha propuesto lo mismo en sus Anti-poemas y Artefactos, como bien lo advierte cualquier lector sagaz y como lo demuestra con mucha penetración el ensayista L. M.[164]. Con menos resolución, Lihn querría llegar por sí solo a aniquilar toda poesía como "hacer humano auténtico". Waldo Rojas reconoce que la anti-poesía lleva a una "condensación aniquilante" y ésta, en cambio[165], le parece describir "el camino más corto entre dos puntos: el cuestionamiento". ¿Habrá que recordarle que el camino más largo entre dos puntos se parece al infinito y que "cuestionamiento" no se opone a "condensación aniquilante"? Es cierto que él no habla de que sean vías opuestas, sino aproximadas, "pero sin embargo cuánto más diferente". (Este castellano parece recién llegado). Y todavía nos habla, como en un programa de partido político, que "es ésta una etapa evolutiva", que se basa en los 6 libros anteriores de Lihn, que se prolonga "sobre la base de sus propios supuestos". Quedamos informados de que se trata de una poesía deductiva, axiomática, que, como Atenea, estableció desde su origen sus propios supuestos. Aun Mallarmé no hubiera osado atribuirse tanta clarividencia. Y eso que es la de Lihn "poesía narrativa y de circunstancias", "desgarrada en cuanto alude a la relación humana enajenada, densa en cuanto esa enajenación es delineada mediante *categorías metafísicas* (¿Cuáles serán éstas, Dios mío?), o más exactamente, a través de *concepciones filosofantes* armadas de lenguaje poético iluminador, "una realidad de salvación", para citar al propio poeta"[166]. Resulta entonces que esas categorías metafísicas no son sino "concepciones filosofantes" armadas en lenguaje poético.

El entusiasmo es peligroso, nos enseñaba Valery. Entre nosotros, hace ya medio siglo, Huidobro advertía contra los poetas y críticos de "pecho caliente". El disparo apuntaba y daba en el blanco por partida

---

[164] Leonidas Morales, *La poesía de Nicanor Parra* (Santiago, Editorial Andrés Bello y Universidad Austral de Chile, 1972).

[165] Es decir, la poesía de Lihn.

[166] Los destacados en la cita son de Oyarzún.

múltiple. A W. R. le habría llegado más de un perdigón. Tiene perfecto derecho a decir que Lihn aparece "dueño" de un lenguaje modulado con cabal propiedad, suponemos que en su primer libro, *Nada se escurre*, 1950, pero cuesta seguirlo cuando añade que ese lenguaje estaba "desumbilicado" de los modos y recursos ya establecidos, "aunque históricamente emparentado a ellos". Lamento no tener el breve volumen a mi alcance, pero estoy seguro de que no tiene nada de revolucionario en ningún sentido, así como si se trata del lenguaje no sobresalen tampoco en este aspecto las obras posteriores. Ninguna está tan "desumbilicada" de los modos y recursos ya establecidos. Hasta podemos descubrir por ahí más de un soneto. Pero nos enteramos de que en *Poesía de paso*, cuyo título parece contrario a *Nada se escurre*, que sugiere una restricción o retención absoluta de todo, en el poema "La derrota", Lihn desarma su andamiaje seguramente obedeciendo a sus propios supuestos, "e intenta una poesía que va a nutrirse del cuestionamiento de sí misma". Más fundamental sería que el poeta se nutriera del cuestionamiento de *sí mismo*. El género es aquí bien importante. En *Escrito en Cuba* se "radicalizará" -otro término al uso- "esta preocupación". Vamos a dar a la inanidad del lenguaje literario. W. R. y E. L. quieren una poesía "no enajenada", producto de "una voluntad desmitificadora". Más sencillamente se diría, una poesía auténtica o realmente humana. Mas, termina aseverando el seguro y consolidado prologador, la poesía contraria, esa "enajenación volcada por el lenguaje", parece defenderse y, como "fulguración ahistórica persistente que rebrota y da frutos a la vuelta de algunos años", aparece "periódicamente". ¿Por qué? ¿Y por qué periódicamente? Cuando la creíamos muerta a raíz de las estocadas de E. L. o, por lo menos, reducida a una simple musiquilla de sus pobres esferas, resulta que goza de buena salud. No es extraño que el primer poema de este hermoso libro, reciamente literario, se llame "Noticias de Babilonia".

31 de agosto

Me dice:

-¡Ah, C. A. Cornejo, el cronista de TV nacional! Algunos todavía lo escuchan, porque creen que es el tenista Cornejo. Si ordenara sus ideas tan bien como se desarregla el pelo, otro gallo... Si tuviera tantas ideas como pelo. Siquiera algunas...

La misma me agrega:

-O. M. es un buen araucano solapado. Con esa manta de color arratonado, parece un lobo disfrazado de lobo. (El chiste de W. Churchill fue: Mr. Ashbee no es más que una oveja disfrazada de oveja). Anda siempre con un hachita que afilar en la mano y en la otra, bajo el poncho, un cuchillo.

Eduardo Frei tiene un sentido histórico personal: cree que sólo con él comienza la verdadera República y cree que con él terminó en Chile la verdadera República.

Como dicen las lolitas, Radomiro Tomic se cree la muerte y los demás lo acompañan cuando se trata de sus candidaturas a la Presidencia.

Salvador Allende tiene la virtud de hacer mal las cosas buenas. En España dirían que es fúlmine.

Grínor Rojo, después de tanto predicar la Revolución, se quedó con una Antología de Armando Moock, y Guillermo tras lo mismo, con la "Fábula de Píramo y Tisbe".

Fernando Alegría y Gonzalo Rojas se parecen a Rómulo y Remo: cada uno chupa una teta de la loba, uno en Washington; el otro en La Habana. Así se trabaja contra el aislamiento de Cuba.

Cada vez que Mauricio Van de Maele atraviesa el puente con su jeep cargado de familia, parece iniciar una expedición al Amazonas.

¿Qué realidad es la tuya, más o menos durable que esos remeros pintados de negro en una acuarela china? , ¿más verdadera que la mancha de sol que levanta los confines del río?, ¿más profunda que la mirada del búho?, ¿más perspicaz que el pensamiento de un gato? A ese anciano inválido que atraviesa el puente ya se le fue todo entre dos resbalones y los jóvenes llenos de vida que se besan a su lado no tienen nada que él pueda recoger. Otro viejo me mira tras su tapa de vidrio. De tanto observarme pienso que soy yo mismo en el cabo del hilo y que no tengo aguja ni dedal: todo ya lo perdí tocando a ciegas.

2 de septiembre

Días de violencia callejera en Santiago, iniciada por la Federación de Estudiantes Secundarios. Nadie obedece a nadie. Un carabinero muerto en Concepción durante una manifestación socialista. Los dos bandos se acusan violentamente. Cualquiera de los dos pudo ser el responsable. Suenan en todas partes las tontas cacerolas vacías. Pero muchos, entre quienes las tocan, todavía se quejan de llenos. Todos hablan de la inminencia de una Guerra Civil. Yo no termino de entender cómo podría financiar una guerra civil un país sin recursos, que no tiene divisas y está al borde del hambre. El dueño del Cobre sería el triunfador obligado.

Nixon se ha reunido en Hawai con el Primer Ministro Japonés. Uno de los temas de Nixon: establecer que las relaciones amistosas del Japón con China "no pondrían en peligro los intereses norteamericanos en el Extremo Oriente".

3 de septiembre

Fin de mundo es un Mea Culpa, una premonición de la muerte. Menos poema de amor que canción desesperada, un poco tentativa del hombre infinito: "...a pesar de este fin de mundo / sobrevive el hombre infinito" (p. 182), en una atmósfera de crepusculario de la vida. Son Cantos de Muerte con poca esperanza. La residencia en la tierra se hace

cada vez más difícil, no sólo a él, a todos los hombres. La tierra sigue siendo "el planeta más amargo", pero es el suyo, el nuestro, y en este fatigado libro de despedida el último verso dice: "Tierra, te beso y me despido".

El habitante se va sólo con una remota esperanza en el hombre y la tierra, que no vale para él y no espero que tampoco signifique mucho para los demás. Su último canto ya no es un canto General. Si no se atuviera a su ritmo consubstantivo y a su frágil filosofía de siempre, *Fin de mundo* sería un Anti-poema.

Naturalmente, se pasó del derecho sagrado de los Reyes, al derecho sagrado de los burgueses y al derecho sagrado de los trabajadores representados por sus jerarcas y comisarios.

Un camión destartalado Hudson 1930 se llama "El Jerarca".

Según declaró Schacht en los procesos de Nüremberg, él mismo habría oído exclamar a Hitler: "Libraré a todos los seres humanos de la sucia, denigrante y venenosa locura llamada *conciencia moral*".

¿Dónde estará la exposición de cuadros en homenaje a las 40 medidas del Gobierno Popular?

Expresiones que van siendo obsoletas o de difícil ejecución o representación:

"comerse el buey",
"¡chitas que soi vaca!",
"los pecados de la carne",
"el camino de la carne",
"abandonar la presa por la sombra",
"la carne y sus frescos racimos" (Rubén Darío),
"el becerro de oro",
"hubo toros",

A Antonio Romera, de puro viejo y calvo, terminará por no quedarle un pelo de leso, pero todo lo que escribe seguirá siendo ancilar.

Enrique Bunster que, según las investigaciones astrológicas de Hernán Poblete Varas, será el Premio Nacional de Literatura de este año, me enseña que el general Baquedano era tartamudo y devoto de la Virgen. La posteridad recordará no sólo sus éxitos militares y su mala conducta con Balmaceda, también su "¡Por visto!", antes de entrar a cada Sala del Museo del Louvre. Según el mismo Bunster, el general Bulnes aplicaba una escuela "primitiva y cruenta", que consistía en atacar de frente sin que importaran las pérdidas propias o ajenas.

Baquedano adoptó el mismo sistema.

Cambios de los tiempos: en la BBC hablan de las tejedoras de Isla Negra, que exponen en el Instituto de Artes Contemporáneas de Londres.

Surrealismo de parroquia: siguiendo el paralelo entre Bulnes y Baquedano escribe Bunster: "Otra semejanza misteriosa es que mientras Bulnes inspiró a Zapiola el himno de Yungay, Baquedano salvó la vida

a Eusebio Lillo, autor de la Canción Nacional, en el combate de la Alameda" (*El Mercurio*, 3 de septiembre, 1972). Con cierto tonillo sedicioso contra el Gobierno de la UP, la imagen de Bunster nos da un Baquedano medio elemental, torpe y ladino parecido al general Ibáñez.

En un artículo que acusa fuga de ideas y demencia senil, Hugo Silva cita esta frase de Izaac Walton en su libro *The complete angler* (Londres, 1653): "Si yo fuera el juez llamado a determinar la clave de la cuestión que se discute, diría que Dios jamás le dio existencia a un entretenimiento más tranquilo e inocente que la pesca con anzuelo". ¿Inocente? ¿Y los pescados que son víctimas del engaño urdido por el pescador?

La incapacidad presidencial. Verbalismo, duplicidad, falta de voluntad -fallas intelectuales.

Dice Rafael Moreno (*El Mercurio*, 3 de septiembre, 1972, entrevista de Silvia Pinto) que Allende después de designar a un general de Carabineros en retiro como interventor de una industria, lo cambió por otro diciendo que lo había confundido con otra persona del mismo apellido. La periodista agrega: "El Presidente suele confundir los nombres. A Manuel Rodríguez en un discurso una vez le dijo Manuel Martínez..."

En esta ciudad lluviosa, hasta los alambres eléctricos se cubren de líquenes. Aparecen hongos hasta en el pico de los cisnes. Miríadas de microorganismos viven en las selvas vertiginosas de ese río-aéreo.

Basta leer una página de cualquier diario para creer en la realidad del Demonio. (Sí, con mayúscula, excelentísimo señor Demonio). ¿No estará menos afanado con la guerra de Vietnam? Es poco para él. Anoche estaba entre los 4 borrachos que incendiaron una *bôite* en Montreal y achicharraron a 42 personas que se divertían. Ahora danza y gimotea en mi radio que transmite una composición ultramoderna en homenaje a Durero. Otro que bien lo conocía y trataba.

A ratos, Neruda es un poeta satánico. Baudelaire, Lautréamont, Sade lo mirarían con extrañeza porque su satanismo está disfrazado de bondad, justicia y amor. Es un satanismo de falsa Cruz Roja.

4 de septiembre

La UP celebra el 2° aniversario de su triunfo. La violencia ha reemplazado al entusiasmo. Ambas partes controlan masas y contramasas.

Maravilloso día de sol. El paseo de la Costanera bulle de juventud. Estos celebran cada día un nuevo aniversario. No necesitan recordar tiempos antiguos. Entretanto yo puedo repetirme con Rubén: ¿Y dejas pasar, hermano, la flor del mundo?

6 de septiembre

Hace unos días, se publicaron algunos párrafos del discurso que Alejandro Solzhenitsyn debió haber pronunciado para agradecer el

Premio Nobel de 1970 y que no leyó personalmente porque las autoridades soviéticas lo amenazaron con impedir su regreso al país, si iba a Suecia. Posteriormente no autorizaron al Secretario de la Academia para entrar a la U.R.S.S.

No necesitó ser profeta ni zahorí para hablar del "renacimiento de la barbarie en el mundo". "Los demonios de Dostoievsky... están serpenteando a través del mundo entero ante nuestros propios ojos, infectando países que no soñaban. Mediante los asaltos, los secuestros, las explosiones y los incendios de los últimos días están anunciando su determinación de sacudir y destruir la civilización".

Todos los días confirman esas aprensiones que él comparte con tantos otros. Cada mañana, la radio, la TV, el periódico nos presentan una bandeja de horrores.

Hoy ha sido el horrible crimen de los comandos palestinos en Munich, donde ultimaron a varios deportistas israelíes y después murieron confundidos con un grupo de rehenes a bordo de un helicóptero. Los Juegos Olímpicos han quedado amenazados de muerte.

En el pequeño escenario chileno, nos hemos incorporado de lleno a la representación del terror. Asesinatos de campesinos por los patrones expropiados, de un carabinero por los comandos socialistas, manifestaciones violentas de moros y cristianos en las calles, con la participación de muchos miles de estudiantes secundarios y universitarios, se prolongan cada día en una nueva "escalada" gubernativa o sediciosa. Ayer, un grupo de socialistas que integraban jóvenes tupamaros uruguayos, intentaron asaltar una sección de la Posta Central de la Asistencia Pública de Santiago para incautarse de implementos médicos y remedios para su propia clínica. Pronto aparecerá la "cárcel del pueblo", como la que funciona en Uruguay.

Lo peor es que todo parece legítimo. Allende, con su mente que acusa signos de desintegración progresiva, condena con improperios la violencia de sus contrarios, y sólo por fórmula, que todavía repite y envuelve en subterfugios, los atropellos cometidos por sus parciales.

El diario comunista *Puro Chile*, en su 1ª página, da los nombres y direcciones particulares de los líderes de la oposición más beligerantes. ¿Para qué? "Para que no te olvides". Así lo hizo el domingo con Juan Luis Ossa Bulnes.

7 de septiembre

Casi todos olvidan que Carlos Marx fue corresponsal del *New York Times* en Londres.

Hasta los diamantes tienen un rostro singular, que permite seguirlos, perseguirlos y reconocerlos.

El centro de Santiago se ha vuelto un infierno todos los días.

9 de septiembre

Todo lo malo y aun lo peor que ocurre en nuestros días, ¿no será consecuencia de una merma progresiva, de una muerte de la esperanza?

"Nada es durable", pronunció Buda y, aunque nos duela, habría que inclinarse por la sentencia griega que hizo grabar T. E. Lawrence en el dintel de su cabaña: "Nada importa".

Se sienten gritos llamando un bote para cruzar el Calle Calle bajo el viento y la lluvia[167].

Lo peor de Allende es que no tiene grandeza.

"Nada importa". Pero no, no es cierto que nada importe nada. Por lo menos mientras nosotros importemos, nos importemos algo. Mientras podamos proyectar y proyectarnos.

En Chile va siendo cada vez más difícil proyectar, hacer proyectos para la propia vida y sus alrededores. El tiempo azaroso cada día, cede bajo nuestros pies. En cuanto al espacio, estamos ya condenados a no viajar y casi a no movernos, por la crisis de los transportes de largo y corto alcance y por el altísimo costo de los viajes, aun en tren. Se denuncia que los FF.CC. subirán en 80% el costo de sus incomodidades y de sus camas que datan de medio siglo. Son los más viejos wagons-lits en circulación por el mundo. En EE.UU. se podrían trocar por otros más flamantes, vendiéndolos a algún museo industrial o de transportes. Resulta como viajar a bordo de teléfonos Ericson. Por eso crujen como carabelas, apestan como bodegas de viejos *cargoes* de la época de Conrad.

He leído en *El Mercurio* unas declaraciones absurdas de Enrique Lafourcade en Caracas. Siempre se caracterizó por ese género de salidas, que provienen de su tabla falsa de valores. Dice que Allende (¡) "ha marginado a los escritores que no están con él". ¿Qué singnifica "marginar"? ¿No darles cargos públicos? Parece que sí, puesto que nombra a los literatos diplomáticos de la UP. Y ¿qué tiene eso de raro? ¿No vivieron, entonces, Rimbaud, Nerval, Baudelaire, Whitman, T.S. Eliot "marginados"? Añade que, a pesar de su izquierdismo, Nicanor ha sido poco menos que perseguido, y en todo caso ignorado, por su actitud independiente. Y, ¿qué querría que hicieran con él? ¿Que lo nombraran Embajador? Tal vez él tiene esperanzas de llegar a esos latosos cargos algún día, para la restauración de los Borbones. De todas maneras no duraría mucho, se aburriría pronto. O lo echarían, como a Latcham.

Es el atardecer, que no te gusta; cuando echas de menos la conversación junto al fuego. Las palomas han ido a dormirse en sus aleros de castidad. Tan afanosas son, que hacen el amor sólo de día. Como buenas burguesas, piensan que la noche es para descansar. Odian

---

[167] En Valdivia, Oyarzún habitaba una casa en una calle corta con pendiente que terminaba en el Paseo de la Costanera, a orillas del Calle Calle.

las pasiones nocturnas, les parecen cosas de murciélagos, fogonazo pasional de lechuzas. Para ellas vale el

Midi le juste.
Le soleil y repose ses feux.

Por lo demás, ¿quién podría admirar de noche el amor de estas histrionas? Tendrían que perseguirse en un escenario de TV. Así como el búho de Minerva emprende su vuelo en el crepúsculo,

el abanico caudal de las palomas
sólo enarca su gloria a mediodía.

La araña vuelve a tejer su tela cada vez que la pared se cae. Y lo digo con mayor convicción en este instante, porque puse la radio y me topé de inmediato con la voz repelente de Allende, que suena como cazoleta vacía de convento. Habla en forma más cargante y cargosa que un teatino ventrudo y cojo.

No se puede negar que apedrear al Ministro del Interior en la Catedral y el Cementerio durante los funerales de un cabo de Carabineros, es más surrealista que el encuentro de una máquina de coser y una mesa de disección. Y aún más que la advertencia que tanto gustó a los surrealistas a comienzos de la Segunda Guerra: "Desconfiad de los camiones cargados con monjas. Son paracaidistas alemanes". Ahora se trata del surrealismo generalizado.

11 de septiembre

"Dentro de la selva la madera vive... Y su conciencia es muy extraordinaria, es espesa y enmarañada como el techo de la selva" (Miguel Serrano).

13 de septiembre

"Del salón en el ángulo oscuro..."

Encuentro una carta de 27 de mayo de 1970 a Carmen Paz desde Nueva York:

"En invierno los niños de N. Y. parecen enanitos; en verano corren desnudos por los parques.
A veces voy a escuchar el olvidado canto del gallo solitario en Central Park. Miro también al cóndor melancólico".

Le escribo a Fernando:

"Recibí días atrás una carta de Mimí Marinovic, pidiendo mi adhesión pública a Tomic, en nombre del comando de intelectuales y artistas. Le contesté afirmativamente, por supuesto. Eso significa con más seguridad que mi contrato terminará el 31 de

diciembre de este año.

N. Y. es agobiador, sobre todo por la falta de raíces. Todo me parece más provisional y precario que en otras partes.

Pocos tienen aquí el sentimiento de contribuir a nada sustancial. En esta sociedad gigantesca valen las instituciones, no las personas. No quisiera vivir en N. Y. como los latinoamericanos transplantados en París".

Carta a R. H.:

"A pesar de los pocos días de sol, las lilas que veo desde mi ventana están a punto de abrir. Ya crecen las hojas y se aprietan los botones. Pasaron los almendros, los ciruelos. ¡No los vimos en Til Til! Las camelias florecen con capricho. Se defienden de la lluvia. Se desgastan como flores de marfil todo el invierno, un poco enmohecidas. Los rododendros florecen todo el año y las azaleas no lo hacen mal. El abedul duerme todavía. Seguiremos hablando de flores bajo la tormenta[168].

Santiago parece haberse convertido en una ciudad atroz. En todas partes se desata la violencia. Todos tienen alguna razón o sin razón, pero lo que predomina es el impulso ciego. El Gobierno es malo, pésimo; pero la oposición es peor con su heterogeneidad, su mediocridad, su mezquindad de aldea.

Santiago no tiene primavera. "Y la fucsia parece bailarina..." Leí en *La Nación* que el Poeta al fin cumplirá su sueño de viajar al extranjero. Se pega el gran salto. Va a Salta, con Menedín. Va a celebrar el 18 y la Vía Chilena al Socialismo con empanadas y vino tinto: empanadas salteñas y vino de Mendoza. Es la rama argentina de nuestro Socialismo. Me acordé del poema de López Velarde: "La Saltapared", que mucho impresionó a Nicanor hace un cuarto de siglo.

La troupe que han formado el Poeta y Menedín es digna del Circo que vimos en Aculeo, sobre un estero seco: El Tony Ginés, la trapecista Mena Quijada, la mujer de goma Lita Gutiérrez y el Payaso Escobar.

¡Que bajón tan grande, Dios mío!

14 de septiembre

I Ching:

"En el más bello día
Se acumulan los peores presagios".

Jorge Millas, temeroso de la Guerra Civil y de la hambruna, almacenó en su casa 200 bolsitas de té, 3 tarros de Nescafé, un saco de

---

[168] Esta última carta, a Roberto Humeres, por sus términos, parece haber sido enviada desde Valdivia.

harina, una docena de sobres de sopa, dos jabones Lux y 3 rollos de papel Confort. Es el más modesto de los acaparadores, comparable a una ardilla del Central Park. Podría intervenir la Dirinco, sin embargo. Y meterlo preso.

15 de septiembre

Paulo VI intenta algunos aletazos en su camisa de fuerzas. Dice que la humanidad se ha sumido en el lodo. Si viera algunas poblaciones de Valdivia, comprendería cuánta verdad encierra lo que dice.

Con las ganancias del Campeonato Mundial de Ajedrez, Islandia está financiando su gran guerra pesquera. En cambio, nosotros nos hemos comido hasta la última merluza que pescaron los barcos soviéticos.

Si lo que busca la Revolución popular -marxista o no- es el bienestar económico de las masas, más fácilmente obtendrían su objetivo si fuéramos súbditos de U.S.A. o de Alemania. Lo que demuestra que los teóricos quieren otras cosas: poder, independencia, voz, etc. Pero la gran mayoría no los acompaña. Pues desea pan, automóviles, comodidades y circo -lo que da la vía americana de desarrollo.

Allende acaba de denunciar con gran alarma el Plan Septiembre, organizado por la Derecha facciosa y destinado a derrocar al Gobierno. El comienzo de su declaración aparece despegado del resto. Se diría que no tiene nada que ver con él, que es el encabezamiento de otro discurso: ¡Pronuncia tantos! "Hecha abstracción del tono irrespetuoso utilizado por partidos opositores, considero importante informar al país..."

De sus declaraciones aparece que el cambio de recorrido impuesto por las autoridades a la marcha anterior, se vio justificado a posteriori por la fuga a Bolivia del Mayor Arturo Marshall. Dentro del Plan Septiembre se contemplaban varias fases: a) movilización de los estudiantes secundarios; b) conflicto en los transportes, con cortes del país en 8 segmentos; c) provocar dificultades a los barcos que traían trigo.

Esta serie es por lo menos ilógica y no menciona un hecho más grave, que fue el cierre nacional del comercio. No se ve tampoco cómo todo eso pudo ser organizado por "grupos fascistas", que aprovecharían situaciones creadas por sectores "irresponsables", como Bandera Roja, que se tomó la U. de Chile, o las actuaciones de algunos pobladores como los que intervinieron en el Encuentro Internacional de la Vivienda que se realiza en la Unctad.

16 de septiembre

Después de tantas declaraciones alarmistas, hoy el Presidente y el Ministro del Interior expresan que la situación es completamente normal.

En vísperas de Fiestas Patrias, la gente vacía los supermercados y almacenes. Se acaban las carnes, pescados, leche, mantequilla, quesos.

Frente a las tiendas se agolpan los autos, se alargan las colas. De las bodegas salen cientos de chuicos, garrafas y damajuanas. Los barquichuelos y botes se atiborran de vino. Diríase Jauja, la Jauja triste de los chilenos pobres. Pero el desabastecimiento no se nota más que en detalles, cuando se trata de alimentos cotidianos.

Parece que Neruda está de nuevo en actividad en París. Escucho en la radio que hace dos o tres días leyó poemas de Gabriela Mistral en un acto de Unesco y ayer inauguró una exposición de Héctor Herrera, "con motivos tomados de la maravillosa fauna chilena".

La poesía de F. G. R., *Cuando la luz se extingue* (Valdivia, Talleres Gráficos Libertad, 1972), es una obra de jardinero campesino, a lo Tagore. El autor, nacido en estas tierras hace un poco más de 60 años, es profesor primario y ha trabajado algunos años como periodista y libretista en Santiago. Pero él recuerda sobre todo el tiempo en que fue Director de una modesta Escuela en el Estuario del Reloncaví. Desde muchacho, ajeno a los pasajeros círculos literarios de nuestra capital.

En el lenguaje obrero, los patrones o empresarios han pasado a ser pulpos, chupasangres, vendepatrias.

La moral pública y privada se ha hecho hoy cínicamente oportunista, casuística, mentirosa a conciencia. En todo se puede ver tal cosa. En estos días, en los juicios políticos motivados por la masacre olímpica.

17 de septiembre

Las gallinas de enfrente, con el suntuoso gallo a la cabeza, aprovechan las Fiestas Patrias para triscar el pasto crecido del jardín.

18 de septiembre

Allí estará en West End Av., en su zaquizamí, escribiendo y escribiendo, el misterioso Alvaro de Silva. ¿O habrá emprendido ya su largamente preparado y legendario viaje a Haití? Todavía dirá a la gente que él no vive en Nueva York. Vive en París, donde tiene su taller.

En uno de los amenos artículos que Enrique Bunster dedica en *El Mercurio* dominical a la Guerra del Pacífico, aparece don Ramón Subercaseaux, político, diplomático y pintor, como ayudante de cirugía en un hospital improvisado en la calle Castro de Santiago. Ahí ayudaba con humildad y sacrificio en las terribles operaciones. Muchos años más tarde, recomendaba al joven R. H. no establecer amistades con gente "que no fuera de su clase". R. H. vivió 40 años lamentándose interiormente de no haberle obedecido.

19 de septiembre

La falta de lógica se complica con el resorte de lo inverosímil cuando el Presidente desciende a detalles infantiles, como el plan de

"importar" desde Bolivia a Marshall para que colaborara en la fuga de "algunos personajes que están detenidos" (léase Viaux). Para el caso no importan los errores presidenciales de lenguaje, como "abortar en forma anticipada". Entre los síntomas del Plan sedicioso, enumera hechos que se atribuyen al Gobierno o a las fuerzas policiales, como la muerte del cabo Aroca en Concepción y la muerte de un joven en el centro de Santiago.

Aunque no imposible, es difícil que algunos grupos proyecten realizar "provocaciones masivas" contra las Fuerza Armadas "en su viaje a la elipse" (¿Qué elipse?) o a su regreso.

Comentando esas deshilvanadas advertencias, el senador comunista Jorge Montes afirma que "es tradicional el legítimo respeto del pueblo por las Fuerzas Armadas".

Enrique de Rivas echa de menos una poesía "que cante".

Ignacio Palma, Presidente del Senado, habló de la "inevitable *diáspora* ideológica de una democracia viva...", al ofrecer un almuerzo en honor de las Fuerzas Armadas.

Agiles, suben por la acera los primeros jóvenes veraniegos, portando remos. Cuando pasan debajo del abedul, cortan mecánicamente ramillas, después hojas. ¿Supervivencia de tiempos herbívoros?

Para el 18 de Septiembre, se ha disparado el primer cartucho del jardín.

En Johanesburgo, extrajeron a un hombre del estómago un tumor de 14 kgs. que, según su esposa, podría ser su hermano gemelo, en consecuencia, su cuñado. El tumor contenía dientes cabello y piel.

El general Prats, Comandante en Jefe del Ejército, elogió la estabilidad política de Chile y sus hábitos libertarios.

La mañana está más dormida que la noche. Sólo se oyen voces lejanas de remeros, cantos de queltehues, afán de gaviotas, más una bandurria sola. Llueve para lavar mejor el sol. La luz entera es ella misma entera. El verde del agua es puro como el fuego.

Apenas llegó al corazón de la selva, a ese sitio inaccesible a toda mirada humana, se instaló bajo un árbol y puso su radio a pilas.

Otros toman fotografías; yo tomo apuntes.

20 de septiembre

Con la falta de divisas, ha caído fulminado en Chile el cazador fotográfico.

Suena la sirena de incendio. Aúlla un perro a la orilla del río. Los amantes de la naturaleza se conforman con una rama florida en la ventana. Esta es una sirena humana, transida de sentimiento. No es, como en N. Y., una sirena loca. Esta voz brota de una garganta humana y llama a los verdaderos voluntarios. ¿Por qué la propaganda política olvida la antigüedad de estos trabajos?

22 de septiembre

Nubes en el cielo y en la Universidad Austral. En el país se oye ruido de sables.

23 de septiembre

Solo de Yola para viejas.

Las gallinas cantan y cacarean a la infecciosa primavera. El huével y la espuela de Turpín habrán florecido en los cerros de la costa. En Valdivia se oyen las llamadas de los gansos salvajes, las órdenes de los timoneles furiosos como viejos mayorales de barco negrero.

Anteayer se suicidó Henri de Montherlant de un tiro a la garganta.

La Brigada Ramona Parra expulsó a los ocupantes del Liceo 12 de Santiago. Según la directiva estudiantil, colaboraron en esta retoma el Ministro de Educación y el Intendente de Santiago.

El movimiento iniciado por la Facultad de Filosofía[169] es un atropello a la legalidad universitaria. Pero, justamente fueron las universidades las primeras que abrieron la senda antes estrecha, y hoy más amplia, de la "legalidad sobrepasada". No creo que sea fácil detenerlos. En el fondo tienen razón. El orden garantizado por la administración y los estatutos y reglamentos de la U. está sembrado de anacronismos, abusos y privilegios. Quedarán muertos académicos en el camino. Pero los revolucionarios reformistas no quieren la democratización del poder por la cual dicen luchar. Saben que ésta es un simple mito, como se ve en todas las universidades reformadas. Ambicionan el poder para hacer su universidad, con todo su dinamismo innovador y con toda la carga de sus resentimientos estrechos a lo O. L. (¡qué parecido es a Carlos Isamitt!, araucano o turco de origen, tal vez las dos cosas).

A la UP le falta espíritu. Por eso está ahogada por el odio y contagia con él a los demás. El mismo S. Allende es hombre sin espíritu, sin generosidad, sin trascendencia, sin duda, duda creadora.

La conquista contemporánea del color: fotografía, cine, televisión, publicidad. El Chile de la UP nos deja sin colores y sin cine, sin revistas, sin libros. ¿Podrá un país pequeño, débil y monoproductor hacer una revolución sin destruirse?

Sería como la revolución suicida de los santos: templarios, albigenses, cátaros o irlandeses.

5 de octubre

Un obrero que sube trabajosamente con un tablón al hombro por la calle se parece al Nazareno cargando la Cruz. O a Caupolicán, en la calle de su nombre.

---

[169] De la Universidad Austral

Florecen las lilas sobre el muro.

La Kennecott empieza a embargar el Cobre chileno. Un tribunal de París decretó el primer embargo. La protesta chilena es unánime.

Ese hombre me exigía todo el tiempo que hiciera esto o lo otro. El hacía muchas cosas, pero al poco tiempo murió. Ahora no hace nada y nadie le exige nada.

De la rosa salen puros pelícanos, chiquititos, enanitos, como guagüitas (Carmen Paz).

La flor que más me gusta es la lámpara. Y el N° 11.

9 de octubre

Pavlonias y flor de la pluma en San Javier.

Las casitas callampas siguen el derrotero de las animitas a la orilla del camino de tierra.

La seca liviandad de la teatina amenaza incendiar la sementera. ¿Dónde quedó el hechizo del trigal?

Todavía hay nieve en el Horcón de Piedra.

Está visto que los pueblos -las masas- no tienen todavía educación para realizar el socialismo. Pero tampoco la sociedad de masas.

Los grumos de lilas se codean con la flor del manzano.

Los niños devoran como hormigas la flor del membrillar.

Armonía de rábanos silvestres, mostazas en suaves hondonadas.

En estas tierras se abre en aromas el misterio de la primavera.

La humedad de Valdivia origina una primavera transparente, de tonos vivos.

"A la DC le está gustando el PN", letrero del camino.

Es difícil ser tan amante del aire libre sin dejar muchas cosas inconclusas.

La necesidad de las altas montañas y el aire de la nieve. La sensación de triunfo al escalar. Los goces respiratorios.

Los taludes de yuyos.

Aran con caballos las viñas que brotan.

Una palma sola entre las malezas.

El palto puede ser patriarcal.

Un anciano cargando con un hatillo en la carretera parece venir toda la vida en esta recta, desde alfa a omega.

Los canales copiosos se entrecruzan en este año de lluvias.

Socratina se nos va -Molina se fue al comenzar la primavera. Pero en verdad no se ha ido.

Caballero Racimo.

Es como si el autor no estuviera escribiendo sino soñando que escribe. Poesía española del siglo XVIII:

"El feo escarabajo reculando
bolas que fabricó lleva redondo".

Título de un libro devoto: *Pienso espiritual para los borregos de Cristo.*

Al poeta, después de su fracasado viaje a Salta, ya casi no le queda comarca por conocer.

Los peces de colores.

¡Todo tiene interés!

R. H. dice que mi "Elegía oscura" revela un complejo de culpa que termina confesando que deseaba envenenar a mi mamá y le pido perdón a un gato.

Las 7 vidas literarias del Poeta, una perdida por doña Inés.

Hay que estar a la altura de los tiempos. El Viudo se encontró conmigo y no me dijo nada que Ginés estaba aquí. Es exclusivista, yo no sabía nada. Pero él sí.

Mañana podríamos ir a Caleu con Ginés en su auto.

Un vino apesadumbrado.

Tema de novela: cada compañera es la muerte.

La compañera de Efraín,

La compañera del Poeta,

La compañera de Dios.

El dueño del mal quiere que midamos las cosas.

A todos los lápices se les acaba la tinta.[170]

18 de octubre

Situación de incertidumbre completa. No se sabe si mañana habrá algo que comer. Es posible que no.

19 de octubre

Los basurales aprietan la garganta de la ciudad y la mía.

¿Es el arte un artículo de primera necesidad?

La belleza en la batalla de la producción. Belleza y funcionalidad. Belleza y eficiencia. El trabajo bien hecho es también obra bella. Los adolescentes ociosos. Trabajos voluntarios para el arte. La pesantez y la gracia. El Pecado Terrenal.

20 de octubre

El notro florece entre las ruinas. Ya no hay caras de amistad.

---

[170] Las anotaciones de este día, 9 de octubre, por los objetos, circunstancias y personas que registran, no pueden desde luego situarse en Valdivia, sino que corresponden a un viaje al norte del país, a Santiago.

22 de octubre

Domingo de plenitud primaveral que desata el santoral de los ríos.

-¿Ves? ¡Estás borracho!

-Sí, pero creo que me comporto mejor que muchos puritanos. Y que trato de ser mejor que ellos. Leo a Hölderlin.

-Y ¿qué sacas? Tu hígado importa más que Hölderlin y que toda la literatura.

-¿Para usted?

-Sí, para mí.

-Pobrecita, qué equivocada está. Nadie importa tanto. "Nada importa", escribió T. E. Lawrence en su puerta. Y conquistó Arabia. Nos vendrá bien una taza de té[171].

Un hombre de genio, más borracho que yo, me dice: "Soy una gallina sin huevos de oro".

Vivir solo, solo, para mí, implica ¿por qué implica? casi vivir como un espejo.

Eso es lo malo, eso es lo peor, al fin. Mahatma Gandhi no necesitaba espejo. Le bastaba una cabra.

Y ¿quién era Gandhi para mí? ¿Y por qué una cabra?

E. C. C. dice:

"Gracias por los erizos. La patria se lleva en el estómago. Tengo una nueva esposa. La patria en Nueva York es azarosa. Pero, ¿no es azarosa en todas partes?"

En N. Y. no hay paisaje, pero sí hay personas. Es sustancial la lentitud chilena. Yo tengo una salud de toro desvanecida. Mi madre es mi enemiga. Todas lo son con sus ambiciones frustradas. Querrían que uno fuera Presidente de la República.

Tengo una ansiedad inconmensurable.

Un proyecto de novela: Doña Momo y el resto de las madres, empezando por la mía, que en su seguridad pequeño-burguesa siempre cree tener la razón.

Lo que me fascina del paisaje son las tejas.

Todo está por reventar. Ya se me olvidó la aceituna electrónica. Pintar con la pata de chancho.

Sánchez Cotán es un pintor de la naturaleza corrompida.

Pero el poeta es absolutamente incapaz de entender la naturaleza. No hay naturaleza aprendida.

---

[171] Diálogo de Oyarzún con su madre. El alcohol ya había sido el causante de las hemorragias que llevaron a Oyarzún a la Clínica Alemana de Valdivia en noviembre de 1971, y luego provocará una segunda crisis, ya definitiva, en noviembre de 1972.

Molina le ganó el corazón a la Momo con su jardinería metafísica. A la Momo le gustaría Rabindranath Tagore. Es un matrimonio morganático.

Tengo gran terror de mi melancolía. Sin embargo quiero vivir. Quiero estar vivo para recuperar el amor que tenía por mí mismo.

La necesidad de lo "natural" acontece como un producto de una crisis de propósito.

El optimismo industrial ha desaparecido.

Tengo la salud machalina.

A mí me gusta la escasez.

Sigo mirando.

Lo que uno pierde cuando se envejece es cierto grado de amor.

Todos los problemas psicológicos provienen de la vida social. Hay alguna salud en estar loco.

El Viudo quiere estar loco porque no tiene vida interior.

Lo irrecuperable es la noción de cierto grado de infinito.

Quiero recuperar esa noción tan simpática que era sentirme bien.

El amoblado del alma tiene tanta insatisfacción.

El más alto estado de conciencia es la inocencia.

La estrella tiene una misión insoportable.

23 de octubre

España aparece como el paraíso turístico de la vida fácil. Aunque sea eso mentira.

Acabo de leer el primer número de *La Quinta Rueda*, la revista que dirige el más abominable de los judíos: Hans Ehrmann-Ewart, una especie de mandrágora que imita al profesor Lipschutz. Huele a billetes, odio racial y pasiones crematorias. Todo en él parece postizo, salvo el odio. Para él no vale la libertad porque no puede salvarse y sería hacerle un favor ponerlo en esa categoría en que Orígenes coloca a los destinados al infierno. Además a diferencia de Satán, es tan soberbio como feo. Pertenece a la especie humana sólo porque éste es un concepto muy amplio.

¡Qué cosa más anacrónica que Valle Inclán! Pero ¡qué anacrónica es también una estrella vista en lo alto de una aguja catedralicia! Y cuánto no lo es una babosa.

25 de octubre

Un país sin cigarrillos es un país sin lujo, un país paupérrimo. La cara de muñeco del General de Gaulle -¿podrá ser también cara de místico? ¿Lo podrían esculpir en un portal catedralicio?

Un país sin colores, reducido al gris.

Las noches son largas cuando no hay fiesta.

Todo teléfono parece que suena para mí. El torero se burla de todo. Con arte. El supremo, que ofrenda la vida.

Mi buena causa: defiendo el orden. Mi mala causa: me gustan los desórdenes.

El odio refleja más que el amor la vulgaridad de las personas.

El que odia, puede empequeñecerse como el santo, hacerse mínimo, aparecer como un hombrecito -y sólo quiere dominar, poder, ser santo.

Mi dueño de casa -70 años- fue interrumpido en un acto de amor. ¡Qué lástima! Lo único que le interesó fue crear las condiciones para realizarlo de nuevo.

En un lugar mejor, los alimentos se realzan, se hacen insípidos y estúpidos.

26 de octubre

"El olor del carbón siempre es el mismo".

Es el olor de la pobreza, de nuestra pobreza. Como el vino pipeño. Pero éste no debe de ser tan pobre, porque desapareció también, con los cigarrillos. Ahora aparecen hasta en los almacenes y verdulerías unas gordas venteras fumando pipa.

27 de octubre

El país se ha decidido a no hacer nada. Para echar a Allende. Una huelga de brazos caídos que dura tanto, es como resolver los problemas del mundo con un rosario de oraciones.

Me miro en un espejo y me veo la cara de mi abuela.

"Vivimos en una ficción legalista", dice González Videla.

"La insurrección de la burguesía", dice *Punto Final.*

En el fondo, es lo mismo. La ficción legalista origina la insurrección de la burguesía. Cuando la ficción se disipa, aparecen los dientes.

28 de octubre

Dicen, digo: "De alguna manera se vive o se muere". Mi madre responde: "A mí no me toca sino morir". Sí, pero algunos mueren con la bandera al tope. Es decir, fregando a los demás.

¿Morir? ¿Vivir? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe si vivió! y de estar muerto, ¡quién sabe!

Los países "subdesarrollados" transforman en tragedia lo que no es sino cuenta corriente, libro de gastos, en otros lugares.

¡Vamos! que siempre queda un pedazo del viejo rabo del mono, dice un personaje de las conversaciones de Kafka.

-¿Cómo se porta Enrique?

-¡Bueno, usted sabe!

La cosa está quizá en que el ser humano no ha aprendido a soportar al ser humano, ni el ser humano a ser sí mismo.

29 de octubre

-Quedan cada vez menos lilas, doña Silvia.

-Y cada vez menos pan, don Ambrosio.

Yo no sé si es suya la culpa.

Suya: Vamos obreros y campesinos,

a preparar nuestra nación...

-¿No tiene usted un poco de sueño, señora?

-Bueno usted sabe, el sábado...

-¿Le gusta a usted la poesía?

-Mucho, mucho, más que el arcoiris, tanto como el pan, como el jamón de pierna.

El ahumado es mejor.

¿Qué me da por cantar los lirios en estas circunstancias? Sólo tengo en común una cabeza, y ésa me duele.

No puedo hablar del señor lirio, aunque me duela, ni menos de su tallo y su entereza. ¿Qué puedo yo decir a estas alturas de nada ni de nadie sino del cigarrillo que fumo sin deseo, al borde de una muerte que no es la muerte?

"Nunca es tarde", nunca deja de llegar una certeza, una voz por teléfono, un caballero que me dice "es tiempo" y una señora que agrega "¡todavía!"

Que todo me sea extraño no me importa, "nada importa", me dijo. ¿Quién era él? Un héroe, con tota seguridad. No lo corrijo. "Nada importa". Me digo. No soy héroe.

Marta Blanco se llama esta tristeza. Nada más. Nada más. Es el teléfono. Ya se mueren las lilas en tu falda.

Desconozco la hora. ¿Vendrá el sueño?

El ocaso se llama Marta Blanco.

Un australiano borracho me interrumpe. ¡Dios mío!

Cuánta celeridad en esta noche.

Una noche vacía como mi ángel o mi estrella gemela.

31 de octubre

La noche fue de ráfagas huracanadas.

Siempre temo que el abedul me aplaste.

Siempre soñé que me aplastaba un abedul.

El misterioso genio de los bosques.

Un abedul sobre mí entero, temporal de hojas, profundidad, mil hojas.

Tomaré vino hasta que mi hígado resista, dijo Buñuel.

Si uno no cargara tanto peso de vida, sería más tonto, liviano y feliz.

Whispering.

Pero también es triste, todo se reduce a la noche pasada.

¿Quién dice? ¿Cómo quién dice?

1 de noviembre

Pacita dejó flores en la tumba inexistente de mi abuelo paterno, en el Cementerio Viejo de Valdivia.

-Nunca había estado en un Cementerio, tío.

Ella puso las flores en una tumba ajena.

El Día de los Muertos puede ser el nombre de un poema dedicado a la vida.

El sentimiento de la Naturaleza en la literatura y el arte, ¿es correlativo o contrario al sentimiento de lo humano?

3 de noviembre[172]

Escuchando a Casals, reverberó la virtud consumada, por encima del *yermo de las almas*. El cello es una afirmación de espíritu tan extremada como podría ser su prueba. Representa el ser justo en el afán de aparecer. El ser sin circunstancia. El toca en este momento un dúo de Schumann, Adagio y Allegro en Mi bemol N° 70.

He estado leyendo, después de tantos años, a Valle Inclán, justamente el *Yermo de las almas*. Todo me parece falso, el lenguaje imposible. Y, sin embargo, a veces da en el blanco, con el viejo, noble y humano tema de la muerte. Es el nuestro. El negocio de vivir no es el mío, decía. El mío es de morir.

¡Hubiera sido mejor morir!, dice la joven moribunda. Eso hace. En eso está. ¡Ars muriendum!

Todo parece falso. Todo es verdadero.

¡El Yermo de las Almas!

Laura Rodig ha muerto.

¿Una bondad sin límites?

---

[172] De aquí en adelante las anotaciones, las últimas del *Diario*, son las contenidas en una libreta en la que Oyarzún siguió escribiendo en el hospital, a donde llegó a raíz de una nueva hemorragia. La última anotación es del 25 de noviembre. Muere el 26.

¡Oh, sin prejuicios, Laura!

Amiga mía, sobre todo amiga de quien está ya muerta[173], ¿muerta contigo?

¡Ah! amiga, c'est la vie en rose!

¡Gabriela y Edith pusieron esta cosa cárdena en la felicidad de todos!

Yo te escucho. La muerte contigo, con ella, ¡conmigo!

Una bondad -¿bondad?- sin ti, sin mí, sin nadie.

La pasión hace el cielo, ¿qué más cielo?

Tal vez nuestro defecto es el azul.

Nadie es, al final, amigo de los dioses.

La eternidad, Laurita, nos persigue ¡y no es nada!

Diste, Laura, al dolor ternura, con tu voz secreta, allí donde vivías tan lejos, ¿cómo se llamaba ese sitio?

El Agua Seca, lo más contrario a ti.

Tal vez si de Gabriela fuera esa vertiente.

Ojos de tanto cielo, luz discreta, Laura de Juan Fernández, de lágrimas y árboles cruzados, ¡Laura, Laura!

Si hubiera que demostrar la grandeza del hombre -cosa tan puesta en duda y con tanta razón- bastaría con Juan Sebastián Bach.

¿Qué más, para qué más, fortuna máxima?

5 de noviembre

¿Quién teme repetirse?

¿Quién ha dicho, fuera de algún médico árabe, que el hígado es el órgano del espíritu? Aprecio en Bergson su defensa de la espiritualidad de los órganos espirituales. Desde luego, el espíritu no es un órgano. Ni es una función. Es el ser, el Ser. No tiene por qué ser asimilado a un cuerpo que le es ajeno, puesto que no depende de él. Sería como afirmar que los órganos sexuales son el instrumento y la esencia del amor. Todo llama a su complemento y su contrario. El alma necesita compensación. Por sí misma, es excesiva, requiere un cierto peso, y tal vez la materia no existe, en tal sentido, sino para limitarla y enfermarla.

Digamos, el alcohólico. Siente la ansiedad. No del alcohol, sino de la efusión amorosa. La ansiedad del absoluto. Que el hígado sufra las consecuencias, es más asunto del hígado que del alma.

¡La ansiedad de Dios! Bien poco lo comprenden los fríos críticos católicos, como ese frígido Valente, tal vez religioso por azar.

Si se me cae una muela, ¿qué tiene esto que ver con el alma? Y ¿qué tiene que ver, en la suprema exaltación de los sentidos espirituales, que uno sea hijo de tal o cual sujeto, padre o madre?

---

[173] Laura Rodig fue gran amiga de Gabriela Mistral.

El mundo permanece y uno pasa. ¿Quién se acordará de mí en 100 años, o de este perro que ladra con toda la autoridad de su deseo?

Toda la mañana pinté con Carmen Paz -6 años. Su cariño de pequeña regalona me da miedo. Pero, ¿no soy para ella un árbol, un soplo de viento? Y ¿qué más soy, por fin?

6 de noviembre

Al fin y al cabo es eso, y esto. Espero a R.[174] También el sexo puede ser causa de tanta espera, y por eso mismo del pecado. Una falta de atención. R. me ciega, me alucina, me acerca y me aleja de mí mismo. ¿Es esto el amor? ¿Me duele el hígado por él?

Lo impagable del río.

7 de noviembre

¿Por qué Neruda aparecía tan bajo de estatura en mi sueño? Como un inspector escolar. Descubrí, además, que no teníamos nada que decirnos.

En una farmacia, donde compro insulina, un señor me interrumpe para decirme que Somerset Maughan padecía de perversiones sexuales.

Dormí con el hígado en la mano.

Todo florece en contacto con la muerte.

Nuestra emoción termina en la realidad, pero comienza muy lejos de ella.

N. P. me dijo hace años que, si no escribía, se volvería loco.

¿Quién eres para cantar? Canta si quieres.

10 de noviembre

Las sociedades humanas no favorecen a los hombres extraordinarios. Es natural. Se defienden a sí mismas. Con ellos, desaparecerían como los dinosaurios, en la peor desorganización, en el caos, si no original, por lo menos final.

Pero los hombres medios tienen muchas clases, y calidades. De su buena disposición dependen, no las obras excepcionales, sino las obras públicas.

Por eso, con el buen sentido de una sociedad inmensa de hombres medios, ha triunfado Nixon. Su rival también era un hombre medio, pero menos medio.

Personajes inconmensurablemente menores, son más eficientes que yo, que padezco de ansiedad, insomnio, dudas acerca de mí y del

---

[174] La R. corresponde a "Ronnie", nombre consignado por Oyarzún en la misma libreta a que se refiere la nota 172.

mundo, en buenas cuentas, menores, o lo que se llama y trata como tal cosa. Para mí la luna es muy distinta a lo que es para el Presidente Nixon, o para mi hermano Fernando.

Buena prueba para mis alumnos, tan normales: ¿Qué es la luna para ti?

Veo a un profesor de la Facultad que hace clases de Filosofía con gráficos. Lo entiendo y no lo practico.

Es claro que las clasificaciones y los juicios son infinitos. Como es infinita para mí la vida que todavía me queda. Necesariamente muy poca, porque la querría toda.

-¿Quieres decirme cuánto vino tomaste?

-No lo sé. Nunca sé nada.

15 de noviembre

Miro otra vez, y siempre de soslayo a un efebo cruel que me desdeña.

La experiencia al final no nos enseña a descubrir el fin de nuestro ensayo.

Al mejor leñador lo parte un rayo.
La cascada más pura se despeña.
El más despierto al fin cree que sueña.
Sólo siento otra vez que me desmayo.

El escribe sin pausa ni premura.
Toda la luz transpira entre sus dedos.
Yo lo miro y lo sigo con ternura.
Amo sin fin su intento y su figura.
Lo que hay en él y en mí eso perdura.
Y dónde él está, allí me quedo.

PAJARITA DE PAPEL

¿No tocan las campanas para ustedes?
¿Tienen flores todavía las camelias?
¿Tiene tu voz al fin algún destino?
Miro el Neptuno[175] y pierdo mi camino.

¡Oh, el azul que espejea en mis pestañas!

VINO PIPEÑO

Se me había olvidado Santana.

---

[175] Nombre de un barco convertido en restaurant en Valdivia.

25 de noviembre

El 23 empieza misteriosamente. "Une saison en enfer". Unos vasos de vino en la mañana, en un bello día. Ninguna molestia, a pesar de que los últimos días mostraban en las deposiciones que había hemorragia. De pronto, en la Sastrería de Seín Contreras, conversando, un síncope total. Caigo sin conocimiento. Los buenos sastres creen en un infarto. Llaman a la Universidad. Yo apenas puedo respirar. Sudo a chorros. Se junta gente. Me suben a una camilla y me traen al hospital. Me internan en la pequeña sala de asistencia pública -6 camas, dos enfermeras. Mientras varios médicos me examinan apenas después de llegar, tengo un vómito de sangre. Ahí estaba la madre del cordero: hemorragia, baja de presión, pre-infarto, complicaciones diabéticas. Tratamiento: interminables transfusiones de sangre, inyección de grandes frascos de suero fisiológico, sondas de agua helada. Viene la reacción.

Pero, con este sistema hospitalario, no se puede vivir, dormir ni mejorar. Separadas por cortinas blancas, las camas de los enfermos. Ni menos los ruidos[176], como la tos de un gordo viejo con algo de reyezuelo africano y de horroroso mapuche, que sufre de insuficiencia cardíaca y tiene que respirar con oxígeno. Tose la noche entera y escupe en el suelo.

Me desagrada tanto la tos como su horrible cara y su cuerpo de hombre de las cavernas.

El mismo día que yo llegó un hombre relativamente joven que parecía muy viejo. La primera noche no dejó dormir a nadie con sus terribles quejidos, su inquietud incesante, su monólogo de agonizante que se contaba la vida. Una avanzada cirrosis terminó por producirle el coma hepático. Anoche, a las 10, murió. Las enfermeras y un muchacho lo cuidaron como si pudieran salvarlo. Poco después de su muerte, lo envolvieron en una camilla y se lo llevaron, más bien risueños. Parecía un hombre completamente solo.

Antes de una hora, su cama era ocupada por una muchacha desesperada que había ingerido unas píldoras contra el reuma, la acostaron. Agitaba convulsivamente los brazos y gemía. No se calmó sino al final de la noche.

Los largos timbres en la noche.

Los enfermos se repelen entre sí. El espacio de los enfermos es distinto.

Como el tiempo, es irregular y accidentado. Son espacio y tiempo angustiosos.

TAKEN for a RIDE.

---

[176] Esta suerte de incoherencia introducida por la frase "Ni menos los ruidos", que no tiene relación lógica inmediata con la anterior, consta así en el texto manuscrito de Oyarzún.

ÍNDICE

	Página
Prólogo: El *Diario* de Luis Oyarzún	7
La presente edición del *Diario* de Oyarzún	21
Diario	
Año 1949	29
Año 1950	33
Año 1951	77
Año 1952	119
Año 1953	169
Año 1954	205
Año 1955	227
Año 1956	241
Año 1957	247
Año 1958	289
Año 1959	305
Año 1960	325
Año 1961	327
Año 1962	379
Año 1963	405
Año 1964	415
Año 1965	455
Año 1966	495
Año 1967	525
Año 1968	557
Año 1970	569
Año 1971	577
Año 1972	589

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres
del Departamento de Estudios Humanísticos,
en Enero de 1995.

ciudad donde muere. Aparte de colaboraciones en revistas y periódicos, es autor de numerosos libros: una novela (*La Infancia*, 1940), textos poéticos (*Las murallas del sueño*, 1940, *Poemas en prosa*, 1943, *Ver*, 1952, *Mediodía*, 1958, *Tierra de hojas*, 1987, póstumo), relatos con evocaciones de infancia (*Los días ocultos*, 1955), ensayos (*El pensamiento de Lastarria*, 1954, *Leonardo da Vinci y otros ensayos*, 1964, *Temas de la cultura chilena*, 1967, *Defensa de la Tierra*, 1973, *Meditaciones estéticas*, 1981, estos dos últimos también póstumos), y libros armados con páginas fechadas de su *Diario* (*Diario de Oriente*, 1960, *Mudanzas del tiempo*, 1962). En 1990 se publicó una selección de fragmentos del *Diario íntimo* de Oyarzún.

Leonidas Morales T., Doctorado en Literatura, profesor de Literatura Chilena e Hispanoamericana en universidades de Chile, Estados Unidos y Venezuela, enseña actualmente en la Universidad de Chile. Ha publicado ensayos de crítica literaria en revistas universitarias chilenas y extranjeras. Es además autor de tres libros (*La poesía de Nicanor Parra*, 1972, *Conversaciones con Nicanor Parra*, 1990, *Figuras literarias, rupturas culturales*, 1993) y de una selección de páginas del *Diario íntimo* de Luis Oyarzún (1990).